NARCISO LOPEZ Y SU EPOCA
1850 1851

★ ★ ★

POR HERMINIO PORTELL VILA
PROFESOR DE HISTORIA DE AMERICA
UNIVERSIDAD DE LA HABANA

LA HABANA
1958

NARCISO LOPEZ
Y
SU EPOCA

(1850-1851)

POR

HERMINIO PORTELL VILÁ

PROFESOR DE HISTORIA DE AMERICA

UNIVERSIDAD DE LA HABANA

* * *

COMPAÑIA EDITORA DE LIBROS Y FOLLETOS

O'REILLY No. 304

LA HABANA

1 9 5 8

INTRODUCCION

Han pasado veinte y ocho años de la publicación del primer tomo de *Narciso López y su época* (La Habana, 1930, Cultural, S. A., 318 pp., ilustraciones), que hoy constituye una extraordinaria rareza bibliográfica, solamente obtenible a un precio muy elevado en las casas dedicadas al negocio de libros raros. En 1952 apareció el segundo tomo de la obra (La Habana, 1952, Compañía Editora de Libros y Folletos, 490 pp., ilustraciones), y durante ese dilatado período de tiempo, como también con anterioridad a 1930, hube de publicar otros varios estudios sobre Narciso López, inclusive una *Breve biografía* del héroe, impresa en 1950, con ocasión de las pobres y vacías ceremonias conmemorativas del Primer Centenario de la Bandera de Cuba, que es la bandera que nos dió Narciso López, por la que él y otros muchos millares de patriotas sacrificaron la vida y con la que, por fin, se estableció la República de Cuba, en 1902.

Mi interés en el tema de Narciso López se remonta a mi niñez en la ciudad de Cárdenas, donde nací. Mi madre, archivo viviente y gran narradora, era cardenense y su infancia había estado llena de recuerdos de testigos presenciales de la toma de Cárdenas por Narciso López, en 1850, hecho histórico que primero conocí de labios de ella y del que después supe más por el inolvidable erudito Dr. Oscar de Rojas y Cruzat, fundador y director del Museo-Biblioteca de Cárdenas, que lleva su nombre esclarecido.

Había ya publicado varios trabajos sobre Narciso López y había ganado con uno de ellos el premio de historia local, en los Juegos Florales de 1922, cuando escribí la *Historia de Cárdenas* (La Habana, 1928, Imprenta *Cuba Intelectual*, 250 pp.), uno de cuyos capítulos estaba dedicado a la expedición de 1850 y en él hacía rectificaciones fundamentales en cuanto a errores de bulto que habían publicado y todavía publican historiadores a quienes ha resultado y resulta más cómodo repetir las equivocaciones de escritores mal informados o tendenciosos, que aceptar y proclamar la verdad.

de vista, porque ya hace treinta años de que en la *Historia de Cárdenas* dí un relato nuevo y verídico de lo que ocurrió en esa ciudad el 19 de mayo de 1850, que echaba por tierra lo que hasta entonces se había aceptado como artículo de fe, y todavía sigue ignorándose la verdad de que hubo cardenenses que se identificaron con López y sus expedicionarios y de que logró unos treinta reclutas, blancos y de color, para sus fuerzas.

Narciso López, el verdadero precursor de la independencia de Cuba, no ha sido perdonado porque fue hombre de acción, resuelto y sin prejuicios. Todavía siguen tomando desquite de todo esto los que tratan de negarle o de reducirle, por lo menos, su gloria. La República de Cuba ni siquiera pudo aprovechar el Centenario de la Bandera Nacional, que se la debemos a él, para erigir un monumento al héroe y mártir de nuestra independencia en la explanada de La Punta, donde ratificó su fe en los destinos de Cuba momentos antes de dar su vida por su Patria de adopción.

Este tercero y último tomo de *Narciso López y su época* se publica, como el segundo, por el sistema de suscripciones concertadas de antemano. Envié centenares de circulares a personas que consideraba posibles suscriptores, entre ellos los descendientes de los cubanos que de 1848 a 1851 tuvieron una actuación destacada en aquellos movimientos revolucionarios. A Camagüey, a Trinidad y a varias poblaciones de la Provincia de Pinar del Río envié muchas de esas circulares con la expresión de que ahora se publicaría el relato definitivo del movimiento de Joaquín de Agüero y del de Isidoro de Armenteros, así como de la Expedición de la Vuelta Abajo. Hubo tres suscripciones de camagüeyanos, dos de trinitarios, dos de cardenenses y ni una de los vueltabajeros: poco más o menos lo que ocurrió en 1848 a 1851 con la mayoría de los camagüeyanos, los trinitarios, los cardenenses y los vueltabajeros de entonces. Llegué a 349 suscripciones que, por supuesto, no cubren el costo de la edición, por los aportes de dos mecenas bien generosos, los doctores Teodoro Johnson Anglada y Viriato Gutiérrez Valladón, así como por la orden de compra, pagada por anticipado, de la Librería "Martí".

Tengo mucho que agradecer a todas las personas que con sus suscripciones han hecho posible la impresión de esta obra; pero debo asimismo gratitud a los bibliotecarios y archiveros que en Cuba, en los Estados Unidos y en otros países, me dieron facilidades para investigaciones históricas realizadas durante estos años.

También hago presente mi agradecimiento a la doctora Isabel Pruna Lamadrid, profesora de Bibliología de la Escuela de Bibliotecología, Universidad de La Habana, por la preparación de la tabla alfabética de la obra, que aquí se publica.

En la investigación en archivos y bibliotecas, como en la revisión de las pruebas, mi esposa, la señora Lea Rodríguez de Portell Vilá, me ha dado su colaboración inapreciable, la misma que he tenido en todos mis libros.

El lector encontrará repeticiones hasta frecuentes en los argumentos relacionados con las declaraciones de Narciso López y de los otros revolucionarios de su época, en torno al problema del anexionismo. En ocasiones hasta se repiten extractos de documentos y algunos de estos últimos, íntegramente. Debo explicar que esto ha sido hecho así con toda deliberación por la tesis misma que se mantiene en esta obra sobre que Narciso López y sus más leales compañeros NO ERAN ANEXIONISTAS. No se trata, pues, de un descuido del autor, sino que de esa manera repito la prueba documental allí donde se hace necesario repetirla para que el lector la tenga en cuenta en ese momento ante la afirmación o la explicación hecha y que debe ser avalada con la cita correspondiente.

En lo posible se ha mantenido la ortografía original de los documentos y de los libros citados por el mismo rigor científico con que he querido desarrollar esta tesis de *Narciso López y su época*, la época en que aquel infortunado defensor de la independencia de Cuba, a quien la posteridad no ha hecho justicia, acabó con las conspiraciones platónicas para lanzarse a la revolución por medio de las armas en su empeño de hacer a Cuba libre e independiente, ni colonia de España, ni estado de la Unión Federal Norteamericana.

Otros historiadores habrá quizás que puedan sacar mejor partido de la documentación que presento en apoyo de mi tesis; pero no los habrá que la expongan con más entusiasmo o con mayor sinceridad porque, con toda mi admiración por la obra revolucionaria de Narciso López y con todos los elogios que dedico al gallardo luchador por la independencia de Cuba, no he silenciado un solo dato respetable que fuese adverso a mi tesis. El biógrafo, en efecto, se entusiasma con el personaje al que dedica su estudio; pero no por ello tiene derecho a presentar una obra que sea tendenciosa.

zadas contra Narciso López, al paso que la opinión general se declaraba partidaria de repetir el esfuerzo libertador que les había llevado a Cárdenas, de nuevo bajo la jefatura de Narciso López. *La Junta patriótica promovedora de los intereses políticos de Cuba*, pobre, sin influencias decisivas y haciendo frente a todas las dificultades y a todos los obstáculos, había triunfado con su primera expedición, a pesar de los escasos recursos disponibles. El *Consejo de Organización y Gobierno Cubano*, por el contrario, quedaba por completo desacreditado e inutilizado. Muchos de sus integrantes, como Arrieta, Veranes, etc., ya se habían ido para Europa y les seguiría a poco José Aniceto Iznaga. Betancourt Cisneros y Agüero habían vuelto sus ojos hacia López, y Jardines, Alonso Betancourt, Agramonte, etc., se inclinaban a hacer lo mismo.

Cristóbal Madan, el "Semi-Yankee", "El Isleño", "El León", etc., como se le decía en el seno de las conspiraciones cubanas, estaba a punto de consumar su deserción y de regresar a Cuba, decidido a someterse al despotismo español y a renunciar, aunque fuese por el momento, a sus empeños de lograr la anexión, mediante conspiraciones platónicas. Como ya hemos señalado en el volumen segundo de esta obra, Madan había iniciado sus contactos en busca de un perdón o indulto español, desde antes de la salida de la expedición de Cárdenas. Según el ministro español en Wáshington, D. C., el 16 de abril de 1850 Cristóbal Madan le había escrito, a espaldas de los demás emigrados, para prometerle que se apartaría de la política para dedicarse a sus negocios y al cuidado de su familia. (1) El regreso de Madan a Cuba fué autorizado por el Conde de Alcoy con fecha 7 de mayo de 1850, es decir, el mismo día en que el *Creole* salió de Nueva Orleans llevando a Narciso López para lo que iba a ser la expedición a Cárdenas. Naturalmente que Madan no se atrevió a volver a Cuba en esas circunstancias. Si hubiese triunfado López, la situación personal de Madan, quien se había acogido a un perdón español, habría sido dificilísima. De haber fracasado López, como fracasó, los españoles, en medio de la excitación política del momento, posiblemente se hubiesen olvidado de las garantías ofrecidas a Madan para hacerle víctima de un escarmiento. Madan, pues, se quedó un poco más de tiempo en los Estados Unidos y dió pábulo a nuevas sospechas de los españoles sin que todavía sus compañeros de conspiración hubiesen penetrado el secreto de su defección.

José Luis Alfonso, el "Beppo" del *Club de La Habana*, había tomado el prudente partido de irse de Cuba cuando José Antonio Echeverría tuvo la certeza de que López se negaba a nuevas dilaciones y se lanzaba a la tentativa revolucionaria de la expedición de Cárdenas. Desembarcado en Charleston, S. C., allí tuvo sus primeras dificultades con los emigrados cubanos, convencidos éstos de que el problema de Cuba sólo se resolvía por medio de las armas, mientras que él y sus amigos preferían las presiones diplomáticas, las gestiones políticas en Madrid, el "evolucionismo político", el mantenimiento de la esclavitud, la anexión sin disturbios ni choques y otras fórmulas conservadoras. Alfonso siguió a Nueva York y allí celebró largas entrevistas con Madan, Betancourt Cisneros, Pedro Manuel Sánchez Iznaga, Pedro de Agüero y otros cubanos de ideas, más o menos afines a las suyas, a quienes quería convertir a sus propósitos. Si en alguno pudo influir, lo logró con Madan, quien ya había iniciado sus trámites para regresar a Cuba y sólo esperaba la promesa de que no sería víctima de una barbaridad.

Fernández de Castro se equivocó por completo al interpretar una carta de José Aniceto Iznaga a José Antonio Saco, escrita desde París, el 25 de febrero de 1851, como indicativa de que Alfonso había salido de Nueva York, el 25 de enero, llevando para La Habana la correspondencia secreta de Betancourt Cisneros. (2) Ya entre *El Lugareño* y Alfonso habían surgido graves discrepancias de opiniones políticas, a las que nos referiremos más adelante, y Alfonso consideraba a los conspiradores de los Estados Unidos como hombres peligrosos y no se habría prestado a ser portador de sus comunicaciones.

Significativamente fueron Madan y Agüero, tan criticados por los amigos de López, según se habrá visto en el tomo segundo de esta obra, quienes mejor acogida dieron a las ideas de Alfonso, que representaban la liquidación absoluta del *Club de La Habana* y del *Consejo de Organización y Gobierno Cubano*, además de la comprobación de todo lo que López y sus compañeros habían sospechado siempre, respecto a que esos grupos conspiradores no querían, en realidad la Revolución Cubana. Con la designación de Concha como Capitán General de Cuba, que tantas infundadas esperanzas hizo concebir a Domingo del Monte y a los partidarios de las reformas que estaban en Europa (3). Alfonso y Agüero se prepararon para completar su deserción y separarse de toda aventura revolucionaria y al fin se calzaron

en favor de Madan. Sedgwick se encontraba ausente y las pruebas las envió el abogado Edward Curtis, de Wáshington, encargado de sus asuntos durante esa ausencia, con una comunicación en la que decía que remitía esas pruebas sin entrar a considerar las opiniones y los deberes que Madan considerase que le correspondían como hombre y como patriota, en cuanto a Cuba, para mejorar la situación del país en el que había nacido mediante un acuerdo de sus clases acaudaladas e influyentes con los principales hombres públicos de los Estados Unidos (*).

Las pruebas aportadas por Sedgwick, Curtis y Madan merecen ser transcritas y comentadas. Una de ellas consistía en una carta de John L. O'Sullivan, el cuñado de Madan y biógrafo y amigo de López, periodista, político "free-soiler" y más tarde diplomático que representó a los Estados Unidos en Europa. O'Sullivan, cuyas opiniones y actividades revolucionarias ya hemos comentado en el tomo segundo de esta obra, le decía con su firma a Curtis lo que sigue, a fin de que hiciese valer su testimonio ante Webster:

> ...Durante los últimos dos años he estado íntima y completamente al tanto de las operaciones, planes e ideas del general López, y perfectamente al corriente de todo lo que se ha hecho y con lo cual él haya tenido alguna relación, respecto a la isla de Cuba.
>
> No sólo el Sr. Madan no fué en momento alguno miembro de la *Junta promovedora de los intereses políticos de Cuba*, sino que ese organismo se estableció en contra de sus puntos de vista y de sus deseos, y desde el principio hasta el fin sólo existió entre él y la *Junta* una relación de decidida y en grado considerable hasta hostil oposición, situación que nos llevó a un extrañamiento personal prolongado, entre el Sr. Madan y yo, a pesar de ser parientes bastantes cercanos y con anterioridad muy afectos el uno al otro. Nada tuvo que ver con sus actividades y se le consideraba por sus integrantes como un hombre únicamente dedicado a frustrar sus planes y sus deseos. Nada supo de los preparativos de la expedición que fué a Cárdenas y los miembros de la Junta se mostraron especialmente ansiosos de mantenerle en la ignorancia de lo que se tramaba, dominados por el temor de que él se interpusiese para impedirla y para frustrarla.
>
> Puedo testificar en cuanto a estos extremos debido a la íntima relación que he tenido con el general López y con los otros componentes de la Junta... (10). (Traducción de H. P. V.)

La importancia de las declaraciones que aquí hace O'Sullivan, en un documento de información testifical destinado a la

cancillería de Wáshington, es indiscutible. La primera conclusión que salta a la vista es la de que el interés de Narciso López en cuanto al establecimiento de una junta revolucionaria *pública*, frente a otra, *secreta*, que era lo que quería Madan, queda justificado. López era quien de verdad quería llevar adelante la Revolución Cubana, con todos los riesgos, y no temía asumir responsabilidades definitivas, aunque le costasen la vida. Madan no tenía esa misma resolución, se había escudado en el secreto y tras él echaba todas las culpas sobre López y sus amigos porque el estudiado secreto del *Consejo de Organización y Gobierno Cubano*, en el que figuraba hasta con un seudónimo le preparaba el camino para la defección. Aún hay otra conclusión, sin embargo. Si Madan y sus amigos eran, como ellos mismos se proclamaban, los verdaderos anexionistas y esclavistas y proclamaban que nada tenían que ver con López y con la expedición de Cárdenas, entonces López y sus esfuerzos revolucionarios no eran del mismo carácter que Madan y los suyos. La distinción ratifica una vez más lo que llevamos dicho sobre que la Revolución Cubana no era anexionista ni esclavista con López y tenía la enemiga de los que sí defendían esos puntos de vista y que temían que el caudillo libertador fuese a establecer una república sin esclavos.

Madan, en su desesperación para lograr el perdón de España y el padrinazgo de Webster, no se detuvo en sus propias declaraciones y en las de su cuñado O'Sullivan, que ya hemos citado, sino que se apoyó, también, en las de José M. Sánchez Iznaga, uno de los miembros de la *Junta patriótica promovedora de los interés políticos de Cuba*, y amigo fiel de López. Como que se habían roto las relaciones entre Madan y Sánchez Iznaga desde hacía casi un año, O'Sullivan fué el mediador para obtener que el patriota trinitario ayudase a "exonerar" a Madan de la acusación de haber conspirado contra el despotismo español. En los archivos diplomáticos de Washington, encontramos el original de la carta en la que O'Sullivan le pide a Sánchez Iznaga que olvide los agravios que tenga contra Madan y escriba al dorso de la propia carta la verdad acerca de que Madan no había tenido relación con "...aquella noble, aunque infortunada tentativa para liberar a vuestro país...", ya que ese testimonio era importante para que Madan pudiese recobrar sus propiedades confiscadas. O'Sullivan vivía en el No. 110 de Bleeker Street, Nueva York, y allí le fué dirigida la siguiente declaración:

Todavía se puede citar otra información relacionada con los puntos de vista de los emigrados acerca del regreso de Madan a La Habana. El relato es también de Villaverde, concebido en los siguientes términos:

> ...Encontré al Gral. que iba a almorzar i al mismo tiempo subió Agüero. Cuando el Gral. subió aquel dijo dirigiéndose a m: ¡Hombre! Si Madan sabia antes de dejar a N. York que debia tener la Cabaña por cárcel algún tiempo, mientras se sustanciaba su causa. Ya lo sabia yo, —le respondi; si no hubiera sido todo de antemano convenido, el no se hubiera entregado en las garras del gobierno tan fácilmente. En efecto, con el se representará una farsa de juicio, el Cap. Gral. saldrá al fin con un perdón ruidoso, i de este modo se creerá darle un golpe al partido anexionista que, por lo visto, *se cree que es el que agita la revolución. ¡Que chasco se llevarán!* (Lo subrayado es del autor de esta obra). Pero ¿Ya se habrá convenido en las declaraciones que habrá de dar el isleño Madan? ¿No comprometerá con ellas a ninguno de los que lo emplearon en los Estados Unidos? ¿El gobierno se contentará con el efecto moral que su perdón puede producir en la clase rica? ¿No aspirará a sacar otro fruto de la farza (sic)? He aqui cuestiones que solo el tpo. resolverá. En el paso que últimante ha dado Madan no solo se descubre el carácter traidor i bajo de que siempre dió muestras, sino el influjo que sobre el ha ejercido *Beppo* (José Luis Alfonso), quien a no dejar duda le ha aconsejado i aun ajenciado (sic) en la Habana su presentación i entrega al gobierno español, justificando asi ambos, no me cansaré de repetirlo, las predicciones del Gral. López i la conducta que observó con ellos i con los cuerpos que representaban... (15)

Séanos permitido, en atención a la tesis de que Narciso López no era anexionista, ni buscaban él y sus amigos la anexión, tesis que es la que se mantiene en esta obra con documentación de primera mano, el llamar la atención sobre las palabras del *Diario* de Villaverde en la cita que antecede y que hemos destacado. Villaverde, ya secretario de Narciso López, en marzo de 1851, dice que los españoles, por lo visto, "se creen que el partido anexionista es el que agita la revolución". Por eso, hace observar él, es que perdonarán a Madan, con la idea de que de ese modo asestarán un golpe a ese partido anexionista, que no era revolucionario, sino que se lisonjeaba con la esperanza de que forzarían a España a ceder a Cuba a los Estados Unidos, con la esclavitud y los demás privilegios intactos. Como bien hace notar Villaverde en la cita que acabamos de transcribir la revolución que se agitaba era muy distinta, aunque España y los anexionistas no lo advertían. Aquella revolución, la de Narciso

López, era por la independencia de Cuba; por eso no la apoyaba el gobierno de los Estados Unidos y por eso es que no hay un solo documento en el que López aparezca pactando oficialmente con el gobierno de Wáshington! Esta cita, debemos añadir, corresponde a la época en que, según Manuel Sanguily y otros comentaristas que se conformaron con repetir sus opiniones sin hacer investigación alguna al efecto, Narciso López era ya "declarado anexionista". (16) A eso, en 1851, anticipando la verdad de los hechos cuarenta y tres años a Sanguily y a sus seguidores, Villaverde les decía: "¡Qué chasco se llevarán!"; pero ni por esas; ¡fueron tantas las patrañas que los españoles, los anexionistas y los reformistas acumularon contra López, a partir de 1848, que no sólo Sanguily, sino los que se conforman con citarlo en nuestros días, se han resistido a aceptar la verdad de que el valiente venezolano no fué anexionista!

¿Qué ocurrió con Madan, mientras tanto, en Cuba? El descubrimiento y el fracaso de la expedición del *Cleopatra* tuvieron lugar mientras el antiguo conspirador platónico, que negaba hasta haberlo sido, guardaba prisión en la residencia de su propio padre y era interrogado y coaccionado por la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente, deseosa de extraerle hasta la última noticia que tuviese acerca de los emigrados revolucionarios que había en los Estados Unidos y de los colaboradores con que contasen en Cuba. Las preguntas y las respuestas de la investigación fueron aprovechadas por el espionaje español para completar los informes que tenía acerca de los conspiradores de la época. La desbandada del *Club de La Habana* y los golpes descargados por el Capitán General Concha contra los agentes y confidentes de López en La Habana, datan de esa época y en algún caso fueron el resultado de la imprudente defección de Madan, de la que se sirvió el despotismo español. Fué en junio de 1851, mientras Concha jugaba con él como el gato con el ratón al que se propone devorar, que el ex-*León Fragua del Calvo* impetró la protección de la cancillería norteamericana para librarse de la persecución española. Lo hizo mediante una apelación dirigida al nuevo cónsul general, Allen F. Owen, de Georgia, uno de los funcionarios más incapaces, pusilánimes y hasta indignos, que los Estados Unidos jamás hayan tenido en el extranjero.

Owen, el subtituto de Campell, hacía apenas un mes que estaba en La Habana, cuando Madan apeló a él. El flamante cónsul norteamericano, dominado por el temor a las atrocidades de los

> Wáshington toma acción en esta materia con interés, actuando con decisión y rapidez, podrán ser rescatados los bienes y la persona y se obtendrá reparación de tanta descarada injusticia.
>
> Si tal no fuese el caso, como padre y como marido que me preocupo por el bienestar de mi familia, debo sacrificar todo sentimiento de mi alma atribulada en este crítico momento y dejando como Ud. lo sabe a mis dos hijas mayores en el Norte, una en sus últimos momentos y la otra en un alarmante estado de salud, con mis hijos más pequeños al cuidado de una madre enfermiza y afligida, he de dejarme llevar a España, procurando obtener aquí lo que pueda antes de mi partida, de la crueldad de las autoridades coloniales... (17)

Como ya hubimos de señalar, este escrito de Madan iba acompañado por otros documentos, todos ellos autentificados, que encontramos en el volumen correspondiente de *Miscellaneous Letters*. Uno de esos papeles es la carta del ministro español en Wáshington al Capitán General de Cuba, fechada a 23 de febrero de 1850, y en la que le decía, con verdad, que Madan era "el alma" del "Club secreto", o sea, del *Consejo... Cubano*, conjuntamente con Betancourt, Agüero y Arrieta. En otro figuraba la copia de la carta de Calderón de la Barca a Roncali, de marzo 14, 1850, en la que le informaba de que Madan tenía en su poder diez mil pesos correspondientes a la expedición que se organizaba, que el armamento confiscado a las expediciones de 1849 le había sido entregado a Madan y que se le acusaba de haberlo vendido sin rendir cuentas. Una tercera carta de Calderón a Roncali, de fecha 24 de abril de 1850, se refería a que Madan, por carta del 16 de abril ¡tres semanas antes de la salida de la expedición de Cárdenas! le había pedido que se le permitiese regresar a Cuba, con un perdón a cambio del cual prometía retirarse de la política y dedicarse a sus negocios y al cuidado de su familia. (18). Calderón de la Barca no asumió la responsabilidad que le atribuía Roncali para que le expidiese pasaporte de regreso a Madan. En la cuarta de las cartas cuyas copias enviaba Madan a la cancillería de Wáshington, sin decir cómo se las había procurado, el ministro español le decía al Capitán General de Cuba que no creía en la sinceridad de Madan ni en la de los Estados Unidos, y que no expediría el pasaporte para el cual se le autorizaba a pesar de que su espía, Ramón Valdés o Montalvo, quien estaba en contacto con Cirilo Villaverde y Pedro de Agüero y les sacaba noticias, no acusaba a Madan entre los complicados en las actividades de esos conspiradores. (19)

Cabe agregar que, por fin, Madan logró que no le desterrasen a Cádiz y que volvió a los Estados Unidos por la protección que le dispensó la cancillería de Wáshington, que se interesó por él y aseguró que nada tenía que ver con las expediciones de Narciso López. El State Department, regido por el famoso Daniel Webster, buen amigo del despotismo español, ni siquiera se dió por enterado de que el ministro Calderón de la Barca, en una comunicación dirigida al Capitán General Roncali, le decía que no creía en la sinceridad de los Estados Unidos, es decir, del país ante el cual estaba acreditado y que servía a España en contra de la independencia de Cuba. Los Estados Unidos se conformarían en otras muchas ocasiones con análogos insultos por parte de los diplomáticos españoles, si no llegaban a ser del dominio público. Por eso fué tan acertada la táctica empleada por los revolucionarios cubanos, en 1898, en el caso de la carta en que el ministro español Dupuy de Lome insultaba al Presidente McKinley: fué publicado primero su fácsimil y entregado después al gobierno norteamericano el original.

La reagrupación de los emigrados revolucionarios cubanos que habían actuado en los Estados Unidos era un hecho a fines de 1850 y se completó antes de la expedición de la Vuelta Abajo. Los cambios que ocurrieron en los dos grupos de conspiradores fueron muy significativos. Acabamos de describir la defección de Cristóbal Madan. Arrieta, Posse y Veranes, se fueron para Europa en marzo de 1850 (20) y nunca más aparecieron sus nombres mezclados en conspiraciones y aventuras revolucionarias. Alonso Betancourt (*El Solitario*), siguió en Filadelfia, apartado de todo. Antonio Iznaga y su primo Pedro Manuel Sánchez Iznaga, también renunciaron a continuar laborando por la independencia de Cuba, si tenían que hacerlo al lado de Narciso López, en quien no confiaban y al cual habían preferido siempre el *Consejo...Cubano*. Igual ocurrió con Porfirio Jardines y otros. Pedro de Agüero (*El Tribuno*) también a punto de hacer defección, se demoró un poco para acercarse al despotismo español y conformarse con él; pero al fin lo hizo, aceptó el cargo de representante de España en la Exposición de Londres y limitó en lo adelante su interés en las cosas de Cuba a escribir sobre la instrucción pública, a hacer una biografía de Saco, de quien antes había abominado por considerarlo el obstáculo mayor a la anexión, y a otras tareas puramente intelectuales. Dejó a un lado para siem-

...Pepé (José L. Alfonso) me escribió de New York; vuelve solo a la Habana en septiembre y en la primavera viene a Europa; por supuesto que está tan emperrado que no vendra a España y tendré yo que irlo á ver a Paris... ([25])

Si tenemos en cuenta las dificultades del correo de la época entre Nueva York y Madrid, hay que convenir en que la carta de *Beppo* a su pariente Del Monte, a la que éste alude, fué escrita en los mismos días en que Villaverde anota en su *Diario* que *Beppo* no quería que Narciso López lo viese, tanto porque lo comprometía como porque no iba a seguir laborando por la Revolución Cubana. En efecto, al querer regresar a La Habana en septiembre el arrepentido conspirador, resuelto a cortejar al general Concha y a identificarse con el régimen colonial, ya no podía tener relación alguna con Narciso López.

Hasta entonces Villaverde no tenía otras noticias del cambio de actitud de Alfonso, que las que recibía por terceras personas; pero poco después se encontraron casualmente en la calle, en Nueva York, y ya el futuro Marqués de Montelo por gracia regia le confirmó al novelista cubano que ya nada tenía que ver con las actividades revolucionarias a las que hasta entonces, por lo menos en apariencia, se había dedicado. En ese encuentro *Beppo* se quejó amargamente de que los conspiradores cubanos le perjudicaban con su actuación y Villaverde así lo anotó en su *Diario* ([26]). Alfonso, pues, no sólo había renunciado a sus devaneos románticos de conspiraciones, sino que, además, no quería comprometerse cuando estaba a punto de pasarse al bando español. Hay otra anotación de Villaverde que precisa todavía más las causas de las divergencias de opiniones con José L. Alfonso. A éste le preocupaba muy mucho el que los cubanos negros pudiesen participar de la Revolución Cubana. Hacendado y dueño de esclavos, como era, lo que le había interesado había sido la conservación de sus privilegios de clase, que había creído ver en una anexión a la que Narciso López no se habría prestado. Ante la posiblidad de que el abolicionismo británico hubiese podido forzar a España a dar fin a la esclaviutd, la anexión de Cuba a los Estados Unidos había sido su fórmula y la había querido de garantizado cumplimiento y sin que hubiese habido la más remota probabilidad de que los esclavos hubiesen tomado partido por el uno o el otro bando. Desde 1848, sin embargo, se había encontrado con que Narciso López obraba por su cuenta, organizando su propia conspiración en Trinidad y adoptando sus decisiones, independientemente. Al refugiarse López en los Estados Unidos, se había reafirmado en su actitud de no recibir órdenes del *Club de La Habana* y de los hacendados y tenedores de esclavos, en general, hasta el punto de que había hecho el desembarco de Cárdenas con un desafío a las objeciones y prohibiciones de Alfonso, de Echeverría y de Madan.

Beppo temía, y con razón, que López asumiría más y más radicales actitudes como dirigente supremo de la Revolución Cubana, y en una conversación con Villaverde y con J. M. Hernández, a mediados de septiembre, vió confirmados sus temores. El futuro Marqués de Montelo, en una conversación con sus compatriotas, expuso la preocupación que le dominaba en cuanto a que los cubanos negros fuesen a participar del esfuerzo libertador, como querían los matanceros y los camagüeyanos. Llegó a decir "...que si era cierto q. se contaba con la gente de color, él era el primero q. se opondría a la revolución con todas sus fuerzas"; pero Villaverde y Hernández le respondieron que esa participación era inevitable.

El tema de la abolición de la esclavitud, que equivalía al más completo antianexionismo, era por entonces tratado y aceptado por López y sus compañeros de conspiración como uno de sus objetivos revolucionarios. El 29 de septiembre, según anota Villaverde en su *Diario*, Alfonso, Pedro Manuel Sánchez Iznaga, Antonio Iznaga y otros hacendados, habían decidido escribir a sus amigos de La Habana con la noticia de que López pensaba utilizar a los negros libres en la Revolución Cubana, y denunciarlo así en los estados del Sur, que eran esclavistas, y hasta al propio gobierno de Wáshington, para que López se encontrase desprovisto de apoyo, fuese perseguido y no pudiese organizar otra expedición armada.

Las amenazas de Alfonso no surtieron efecto en el ánimo de López y sus amigos; pero *Beppo*, empeñado en ganar la más completa indulgencia por parte del gobierno español y en asegurarse su capital contra el abolicionismo, se quedó por algún tiempo más en los Estados Unidos, dedicado a su labor contrarrevolucionaria. Así fué que llegó a la conversación que recoge Villaverde en su *Diario* y que ahora vamos a transcribir por la enorme importancia de los conceptos en ella expresados por Alfonso. Dice así Villaverde:

ro, en aquel juego de duplicidad y de irresolución al que estaba dedicado, todavía se permitía decirle a López, en marzo de 1851, cuando Alfonso ya se había "convertido" al reformismo, que ese personaje le había encargado que le pidiese la posposición de su expedición, a fin de llegar a un acuerdo con él. (31)

Es posible precisar cuál era el plan de la doblez de Alfonso, propuesto al mismo tiempo que estaba de acuerdo con Concha y reconciliado con del Monte y con Saco. En el *Diario* de Cirilo Villaverde figura una nota acerca del particular en la que se dice que *El Lugareño* iba a entrevistarse con el general Quitman para ofrecerle cien mil pesos a fin de que organizara otra expedición, que seguiría a la encabezada por López. Según Villaverde ésa era la proposición de Alfonso, llevada por Agüero, a quien se le escapó que pudiese ser que *Beppo* no quisiese expedición alguna; pero que ésa era opinión particular suya, lo que, de acuerdo con la anotación de Villaverde que ahora utilizamos, fué comentado por Betancourt Cisneros con la expresión de que no era opinión, "sino bribonada" para engañar a todos. Admitió entonces Agüero, quien también estaba a punto de pasarse a Concha y a los claudicantes, que *Beppo* no quería la revolución; pero que temía que si ésta triunfaba, pudiese perjudicarle en sus intereses. Por eso era que se ofrecía el futuro Marqués de Montelo, a pesar de su acuerdo con Concha. *El Lugareño*, quien con tanta fe había colaborado con Agüero, Alfonso y Madan, frente a Narciso López, entonces ponía el siguiente comentario final a todas estas revelaciones:

> ...Nosotros hemos sido engañados miserablemente; ni Pepé (Alfonso) ni Madan han querido nunca la revolución, ni la quieren ahora, ni entrarán en ella sino arrastrados por las circunstancias... (32)

Así se reagrupaban los grupos de conspiradores; pero el tiempo, las oportunidades, los recursos y los esfuerzos que se habían perdido hasta entonces por los egoismos, los recelos y las ambiciones imperantes desde 1848, no sería posible duplicarlos o hacerles que resurgiesen de nuevo, por lo que de ese modo se preparaba el camino para el fracaso definitivo, que tendría lugar poco después.

Alfonso, mientras tanto, alternaba en La Hábana con Concha, renunciaba a sus amistades y a sus actividades de antaño, y de una vez se pasaba al partido españolista, en el que continuarían él y sus familiares, durante el resto del siglo XIX. Nombrado

comisionado del gobierno colonial para que lo representase ante la famosa Exposición Internacional de Londres, aceptó sin rubor el cargo, como después en la era republicana y en nombre de la supuesta neutralidad de la cultura harían otros cubanos, sometidos a dictadores nativos, para misiones diplomáticas, científicas, literarias o artísticas. Emprendió el viaje en plan de gran señor, rumboso y dispuesto a asombrar Europa con sus riquezas. Para excusarse con la posteridad y hasta con su propia conciencia, entonces llevaba entre manos un proyecto de reformas para Cuba, proyecto raquítico y que, sin embargo, siempre resultó demasiado para España. El antaño presidente del *Club de La Habana*, el que había prometido millones para la Revolución Cubana, el que señalaba normas de patriotismo y de cívica para los cubanos, en contra de España, entonces limitaba sus planes

> ...a proponer a los gobiernos de España, Inglaterra y Francia, un tratado por el cual se comprometiese la primera a dar a Cuba, en el término de un año, una constitución política semejante en su espíritu a la del Canadá y a declarar la abolición de la esclavitud en todas las posesiones españolas en el transcurso del fin del siglo, sin indemnizar a los amos. Inglaterra y Francia, por su parte, garantizarían a España, por el mismo espacio de tiempo, la tranquila posesión de esta isla, contra toda invasión del extranjero, e insurrección de blancos y negros en el interior... (33)

En Londres, como se echa de ver por la correspondencia de Alfonso, Del Monte y Saco, el primero citado discutió su malhadado proyecto, que aseguraba la continuación de la esclavitud por cincuenta años más, con el reaccionario general Narváez, con el diplomático británico Lytton-Bulwer, expulsado de España, con el embajador Istúriz y con otros personajes, quienes no le hicieron el más mínimo caso a las que Del Monte llama, para sorpresa nuestra, las "muy buenas ideas" con que llegaba a Londres su pariente Alfonso.

Transcurrió poco menos de un año y Villaverde, quien había sido nombrado redactor de *La Verdad*, publicó en ese periódico un violento ataque contra aquellos reformistas cubanos, residentes en Europa, quienes ponían sus esperanzas en España, Francia y la Gran Bretaña, sin darse cuenta de la realidad de las cosas. El artículo de Villaverde era especialmente duro contra Saco y contra Alfonso y dió lugar a la carta de este último, dirigida a Gaspar Betancourt Cisneros, que ya publicamos en el volumen primero de esta obra (34), y a la que *El Lugareño* contestó con

> No habré perdido mi tiempo si estas explicaciones logran sacarle de su error y convencerle de que, aunque separados por principios políticos, todavía siente por Vd. consideraciones de estimación su atento servidor... (36)

Si dispersos estaban el *Club de La Habana* y el *Consejo... Cubano*, como acabamos de demostrar, ni siquiera así se había logrado estructurar una organización fuerte, disciplinada, unida y de procedimientos y objetivos definidos y precisos, ya que la reagrupación de los conspiradores cubanos, y así lo veremos en el curso de esta obra, no equivalía a una unión en la que todos estuviesen identificados. Se había logrado, eso sí, separar de la conspiración y del conocimiento de las actividades revolucionarias a muchos de los elementos marcados por su egoísmo, su indeciso patriotismo, sus ambiciones y sus capacidades para la intriga menuda. De la mayor parte de los miembros del *Consejo... Cubano* no se vuelve a hablar en la historia revolucionaria de Cuba. De repente se les había acabado el entusiasmo por conspirar contra la dominación española y habían adoptado una curiosa actitud conformista. En cambio, aquel pequeño grupo de los disidentes de diciembre de 1849, los que al llamado de Narciso López habían organizado, sin recursos y sin influencias, la *Junta patriótica promovedora de los intereses políticos de Cuba*, era el que atraía a no pocos de los antiguos partidarios de Madan y de Alfonso, desilusionados como estaban. Gaspar Betancourt Cisneros, *El Lugareño*, figuró entre ellos y fué a radicarse en Nueva Orleans.

2. El Capitán General Concha: sus antecedentes y su gobierno.

José Gutiérrez de la Concha, primer Marqués de La Habana, fué posiblemente el único militar español que desempeñó en tres ocasiones el cargo de Capitán General de Cuba, durante toda la la época colonial. Nacido en Córdoba de Tucumán, República Argentina, cuando ya las Provincias Unidas del Plata se encaminaban hacia la independencia, su padre era oficial del ejército español e intentó sin buen éxito y a costa de su vida oponerse a la Revolución de Mayo. Concha, como siempre se le llamó después e igualmente a su hermano, el Marqués del Duero, militar y político español, abandonó su suelo natal cuando era un niño de corta edad, huérfano de padre desde que tenía cinco años. La viuda del oficial caído en la lucha contra los libertadores argentinos, acompañada de sus dos hijos varones, ya citados, y de una hija, más tarde Marquesa de Sardoal, llegó a La Habana a bordo de un buque mercante que traía elementos españolistas que huían del Río de La Plata, cuando ya Fernando VII estaba en el trono. Poco tiempo permanecieron los refugiados en esta tierra, que años después padecería los furores, la crueldad y las intrigas siniestras de José Gutiérrez de la Concha, convertido en general español. (37).

Abrazaron los dos hermanos la carrera de las armas, para lo cual tenían especial privilegio por los antecedentes de su padre, y durante la Guerra Carlista tuvieron amplias oportunidades para distinguirse como soldados y para obtener ascensos. Según Cirilo Villaverde, Concha había sido ayudante del general Narciso López durante la Guerra Carlista, y junto al bravo venezolano, como él, hijo de América, había logrado sus primeros grados sin que en aquel hombre frío y calculador, siempre implacable y que no retrocedía ante nada que se interpusiese en su camino, quedase un simple recuerdo de consideración para su antiguo jefe y compañero de armas, ni siquiera por el hecho de que su pretendida lealtad al despotismo colonial era de conveniencias, ya que es fama que el general Concha que cruelmente se ensañó con Narciso López, al tenerlo en su poder, después coqueteó con una aventura revolucionaria en Cuba, al lado de Ramón Pintó, con la secreta esperanza de que él pudiera ser el O'Donojú de Cuba.

Este hombre pérfido y cruel, a quien no le faltaba capacidad para ser un buen gobernante y si no lo fué, hay que atribuirlo a sus ambiciones y a su falta de escrúpulos, fué uno de los gobernantes españoles a quienes los cubanos obligaron a tragarse sus palabras despectivas y de censuras para el patriotismo de un pueblo cuya nobleza él no supo comprender; pero que supo arrojarle a la cara la sangre de su digno servidor, el delator de Narciso López, y después lo derrotó con la invasión de 1875-1876, que puso fin al tercer mando de Concha en Cuba y le obligó a volver, fracasado y humillado, a España.

Sin embargo, como ya he señalado en el epígrafe anterior, los reformistas cubanos del tipo de Domingo del Monte y de José Antonio Saco, alguna vez pusieron su fe en las supuestas mejoras que Concha introduciría en Cuba, los anexionistas más entusiastas, como Pedro de Agüero, José Luis Alfonso, Cristóbal Madan y otros, se le sometieron, y hubo poetas que trataron de halagarle con sus versos, sin descubrir que se trataba, simple y sencillamen-

galías, con mengua del prestigio de su autoridad. El general Manuel de Enna, segundo en el mando de Cuba, no fué de los escogidos por Concha, ya que llegó a La Habana el 12 de septiembre de 1850, cuando todavía se tramitaba en Madrid todo lo relacionado con su nombramiento para Cuba.

Las consideraciones hechas por Concha, en sus *Memorias...*, que fueron de fuerte crítica para los errores del régimen colonial, no determinaron que su gobierno fuese más liberal, o más progresista, o más justiciero, o más beneficioso para Cuba y para los cubanos. Jugaba él así con las palabras, como jugaría con los hombres, con las esperanzas y con las instituciones.

No acredita mucho la perspicacia política de los reformistas cubanos que estaban en Europa, ni tampoco demuestra la buena calidad de sus fuentes de información, el hecho de que la primera de las cartas políticas de Concha al Ministro de Gracia y Justicia, una vez llegado a Cuba, tuviese como único tema el solicitar la supresión de la Audiencia de Puerto Príncipe o Camagüey, la más antigua de todos los dominios españoles, a virtud de razonamientos que en su totalidad se referían a la consolidación del absolutismo español. Esos razonamientos, en la prosa oficialesca del Capitán General que se estaba portando "divinamente", eran políticos y vendrían a constituir un "leit motiv" de la correspondencia de Concha, como un "Delenda est Carthago" pronunciado contra el tribunal que en un momento dado podía querer frenar las demasías de los gobernadores. "Debe desaparecer aquella Audiencia..." (43) reclama una y otra vez el Capitán General elogiado por los reformistas.

La lectura de la tercera de las cartas políticas de Concha, fechada a 1º de abril de 1851 y dirigida al Presidente del Consejo de Ministros (44), plantea la supresión de la centenaria Audiencia de Puerto Príncipe como indispensable para la continuación del dominio español sobre toda Cuba, y da la información referente a la disolución del Ayuntamiento de Puerto Príncipe por haberse atrevido a gestionar que no desapareciese la Audiencia, y acerca del relevo del brigadier Cayetano Olloqui, porque no se impuso violentamente a los munícipes camagüeyanos, para ser substituído por el general José Lemery, quien llevaba instrucciones de hacer un escarmiento entre los cubanos y lo inició al mes siguiente, en mayo, con numerosos arrestos de prominentes vecinos que fueron a parar a las mazmorras del Castillo de Los Tres Reyes del Morro, en La Habana, para ser deportados.

Muy por el contrario de lo que imaginaban Del Monte y los otros reformistas refugiados en diversos países europeos, Concha fué el arquitecto principal de la estructura del despotismo español en Cuba, como después existiría durante el resto del siglo XIX. El soborno, la seducción, la cárcel, la traición, el cadalso, la tortura, el destierro, las confiscaciones y las coacciones de todo género, fueron los procedimientos empleados por él para dividir y para vencer a los cubanos descontentos de la época. Se atrajo a los que eran como Pedro de Agüero, Alfonso y Madan, intimidó a Morillas, a Costales y otros, halagó a Milanés, a Betancourt y a los literatos de floja voluntad, expulsó a Francisco de Agüeco, a Arango y a otros muchos, fusiló a Joaquín de Agüero, a Armenteros, a Benavides, a Hernández Echerri y a numerosos patriotas más, despojó de sus bienes a la mayoría de ellos y, en suma, dejó a la población cubana en el temor de la delación, del presidio africano, del garrote y del piquete de fusilamiento.

Por supuesto que Concha puso de relieve una mayor resolución, más facultades para la intriga y el espionaje, más temibles rigores y menos escrúpulos humanos, en general, que sus antecesores en la Capitanía General de Cuba; pero muchas de las reformas que recomendaba y por las cuales parecía abogar sinceramente, como las pocas obras públicas y de fomento cuya realización acometió y que casi nunca se completaron, no le dan títulos justos a ser considerado ni siquiera un mediano gobernante, en lo administrativo, en lo político o en lo económico, sino que fué, simple y sencillamente, un efectivo enemigo de la independencia de Cuba y un implacable y despiadado perseguidor de todos los que por ella abogaban o tenían simpatías, por lo menos.

3. Fillmore y Webster: nueva orientación política del gobierno de Washington.

La inesperada muerte del Presidente Taylor, al mes siguiente al de la expedición de Cárdenas, produjo un cambio súbito en el gobierno de Wáshington y con él una reorientación de la política exterior norteamericana. Los "whigs" habían elegido presidente de los Estados Unidos al general Zachary Taylor por la popularidad que su actuación y sus victorias le habían dado a quien el pueblo llamaba "Old Rough and Ready" o "El viejo duro y alerta". Esa postulación había puesto el punto final a las ambiciones presidenciales de Henry Clay y de Daniel Webster, mu-

¡Tan caído! ¡Tan perdido! ¡La luz ya ida
Que una vez le iluminó!
¡La gloria de su pelo gris desvanecida
Para siempre jamás! (46)

El abolicionista William Lloyd Garrison calificó el discurso como "imposible de describir por su bajeza y su maldad", mientras que Charles Summer, quien años después ayudaría a mantener a Cuba con sus esclavos crucificada bajo la dominación española, se permitía opinar que Webster "se había colocado en la sombría lista de los apóstatas". (47) Webster se defendió hábilmente, aunque sin reconquistar el prestigio eminente que había tenido, y a la muerte del Presidente Taylor, su antiguo adversario, Millard Fillmore, con quien se había reconciliado y que se convertía en presidente de los Estados Unidos, lo nombró secretario de Estado.

Webster, siempre endeudado con bancos, proveedores y amigos por su prodigalidad y por la insuficiencia de sus ingresos, titubeó antes de aceptar el cargo; pero tenía amigos acaudalados, cuyo portavoz y defensor era, y ellos se encargaron de recaudar una gruesa suma para ayudarle a hacer frente a sus gastos al frente de la cancillería. (48) Sería interesante saber si Christopher Fallon, de Filadelfia, agente financiero de la reina madre de España, la Duquesa de Riánzares, y de Isabel II, figuró entre los contribuyentes de ese fondo destinado a ayudar a Webster y que, sin duda alguna, tenía sus implicaciones políticas.

De todos modos, Daniel Webster aceptó el cargo que se le ofrecía porque sus amigos, los financieros y hombres de negocios, le garantizaron los recursos que él consideraba necesarios para hacer frente a los gastos de un puesto público que requería un costoso tren de vida. ¿Qué libertad de acción ante los intereses u opiniones de esos contribuyentes le permitía la condición de gobernante subvencionado por un grupo de ciudadanos? No es fácil contestar esta pregunta a tantos años de distancia; pero vale la pena que estudiemos el desenvolvimiento de la gestión de Webster para que así nos ayudemos a formar una opinión más exacta de lo ocurrido en los años de 1850-1852, cuando Webster tuvo a su cargo la dirección de la cancillería de Wáshington, con la reverente deferencia con que el Presidente Fillmore atendía sus indicaciones.

¿Hasta dónde llegaba la amistad de Daniel Webster, el secretario de Estado de Fillmore, y de aquel habilidoso diplomático, fértil en recursos, que fué don Angel Calderón de la Barca, primer Marqués de Calderón de la Barca, ministro de España en Wáshington, bien relacionado en los círculos políticos y sociales y tan inteligente como enemigo de la libertad de los pueblos de América, a pesar de que era nacido en Argentina? Es posible que jamás se sepa con exactitud lo relacionado con esa amistad y con sus derivaciones; pero Fuess, el biógrafo de Webster, es quien nos dice que Calderón de la Barca era "one of his close personal friends" (uno de sus cercanos amigos personales), (49) y este dato permite colegir que en la crisis en torno a la Revolución Cubana, que habría puesto fin a la dominación española sobre la Perla de las Antillas, Webster tenía en cuenta lo que le interesaba a su íntimo amigo, como así fué y ocurriría con Hamilton Fish, con Richard Olney y con otros secretarios de estado de los Estados Unidos, en parecidas futuras ocasiones.

No de otra manera puede explicarse la otra contradicción de Webster, en aquellos tiempos, cuando tuvo que trazar normas de la política exterior norteamericana, completamente contrapuestas, en los casos de Austria y Hungría, de una parte, y de España y Cuba, de la otra.

El primer aspecto de la cuestión está relacionado con la conducta seguida por Webster en cuanto a la Revolución Húngara contra el gobierno imperial de Viena y su actuación acerca del insigne agitador magyar, Luis Kossuth.

La Revolución Húngara había coincidido con las de otras nacionalidades europeas, en 1848, y en un principio había podido lograr algunas ventajas militares contra las tropas austríacas; pero después, con la intervención de los ejércitos rusos, la heroica resistencia de los húngaros se había desmoronado. Muchos de aquellos valientes emigraron y un gran número de ellos fueron a parar a los Estados Unidos, después de la rendición de Comörn, y vinieron a Cuba con Narciso López. Luis Kossuth, el presidente de la efímera República Magyar, se refugió en Turquía; pero hasta allí le persiguieron los furores de los autócratas de Viena y de San Petersburgo, quienes reclamaban la entrega del símbolo vivo de la independencia de Hungría, para aniquilarlo.

El Presidente Taylor y sus consejeros no se preocupaban de los horrores del despotismo europeo en Cuba, casi a la vista

Claude Moore Fuess, quien al hablar de la ejecución de Narciso López en el garrote, dice con la mayor tranquilidad que ese suplicio "...era una suerte que indudablemente merecía". (52) (Traducción de H. P. V.) ¡Qué escandalosa e imperdonable injusticia! ¡Qué vergonzosa demostración del poco respeto que la vida humana, y la vida de un libertador de pueblos, le merece a este maestro y escritor de la Nueva Inglaterra! ¡Para él, si los ingleses hubiesen llevado al cadalso a Washington y a otros patriotas norteamericanos, también lo habrían tenido muy merecido!

El concepto de lo que Fuess tiene por "just and generous", que es como califica la política seguida por Webster en contra de la Revolución Cubana y en favor de España, revela el abismo de incomprensión que hay entre un dómine mal informado y reaccionario del anacrónico puritanismo de la Nueva Inglaterra, y las figuras de los libertadores de la América Latina. Para justificar los errores y las concesiones de Webster en contra de Cuba Libre, Fuess justifica la muerte en el cadalso, de Narciso López; pero de ese modo condona las atrocidades del despotismo español en Cuba, y el costo terrible que tuvieron para Cuba, para España y para los propios Estados Unidos, hasta que en 1898 terminó el despotismo español en América.

Por lo demás, es un hecho que Webster reorientó la política del gobierno de los Estados Unidos en cuanto a Cuba y la hizo vigorosamente contraria a los esfuerzos revolucionarios de los cubanos, hasta hacerlos fracasar y arruinarlos.

4. Los conspiradores de Cuba después de la expedición de Cárdenas.

Ya hemos hablado de la significativa claudicación de José Luis Alfonso (*Beppo*), el máximo director del *Club de La Habana*, claudicación que si comenzada antes de la expedición de Cárdenas, se consumó después de ese acontecimiento. Alfonso, sin embargo, aunque por su propia familia y por la de Aldama, con la que había emparentado, era un personaje de enorme influencia entre los conspiradores habaneros, no constituía por sí solo ese *Club*. Aunque jamás se ha encontrado la lista de los miembros del *Club de La Habana*, por lo que llevamos publicado en el curso de esta obra, por la correspondencia entre Del Monte, Saco, Alfonso, Betancourt Cisneros, Echeverría y otros, por los procesos políticos de la época y por las obras históricas de Arnao, Vidal Morales y otros escritores, se puede compilar una lista de habaneros que pertenecieron a aquel grupo conspirador.

El lector de esta obra, por ejemplo, sabe que José Antonio Echeverría, "El Paisanito" y "El Proclamista" de aquellas conspiraciones, era una de las principales figuras del *Club de La Habana*. Cauto y hábil, ni se comprometió lo suficiente para sentir sobre sí los rigores del despotismo, en aquella época, ni siguió a Alfonso en sus claudicaciones, sino que se mantuvo en plan de conspirador por la independencia de Cuba hasta su muerte, ocurrida muchos años más tarde, en Nueva York. La conducta posterior de Miguel Aldama, el opulento hacendado que se identificó con la Revolución Cubana en la Guerra de los Diez Años y a cuyo lado trabajaba Echeverría, y también las referencias a él en la correspondencia entre Del Monte y Saco, que ya conocemos, demuestran que Aldama era otro de los miembros, el menos conocido quizá; pero uno de los más influyentes, del *Club de La Habana*. Tampoco fué él de los que se pasaron a Concha, como sí hizo su pariente Alfonso. Los datos disponibles permiten colegir que el distinguido abogado Anacleto Bermúdez, así como el Conde de Pozos Dulces, cuñado de Narciso López, también formaban parte del *Club de La Habana* y se mantuvieron firmes en su actitud de oposición al coloniaje, después de la expedición de Cárdenas.

Los recuerdos del viejo patriota matancero Juan Arnao, uno de los pocos de aquella época que alcanzó a ver el final de la dominación española en Cuba, recogieron muchos detalles acerca de los conspiradores cubanos después de la Expedición de Cárdenas. En cuanto al grupo de los habaneros y su actitud tras la defección de José Luis Alfonso, dice Arnao:

> ...A poner manos á la obra el muy entendido letrado Anacleto Bermúdez, arrostrando el peligro convocó a junta los de igual clase Porfirio Valiente, (Manuel) Rodriguez Mena y otros, y constituídos, resolvieron allegar recursos para auxiliar la revolución, procediendo al nombramiento de jefes que movieran las masas á cuya consecución quedaron elegidos en orden á su capacidad, distritos de su vecindad y opinion para con el pueblo. Lo fueron así para el distrito ó barrio de Colon, Esteban Diaz y F. Martinez, para los limitrofes de Guadalupe y de Peñalver Federico Zenca y Francisco Piñero, para el del Pilar José de los Angeles Morilla, para el del Horcon Benito Ragues y para el de Jesús del Monte Manuel Lazo de la Vega. Agregandose á éstos varios individuos que habrían de operar por separado como espontaneos patriotas,

vistas con el Gral. y de la memoria que le presentó sobre Hacienda Modelo, la cual he sabido despues que la adquirió contra la voluntad de su dueño, D. José María Dau.

Este año, en Julio, entraba yo un dia en la Habana pr. la calle de San Rafael y en la esquina de la Industria me lo hallé qe. iba como de intra con Belen, hermo. de V. Nos paramos, me preguntó pr. el *asunto*, lo estrañé y sin contestarle le dije —¿Qué dices de bueno? y vea V. ntro. diálogo, pues lo tengo muy presente. ¿Qué quieres que te diga de bueno un pobre cubano? —¡Hombre! ¿Qué tú eres un *pobre cubano*? —¿Y cuándo no lo he sido, picaron? ¿Por qué me dices eso? —Porque no creo pobre cubano al privado, al amo. del noble Conde de Alcoy. Y me reí al decir esto. —Y ¿qué privanza es la mia? —La que me has dicho tu mismo, de recibirte con preferencia á Regidores y Coroneles, y la de darte cuatro onzas al mes. —Pero si yo no tengo esas cuatro onzas. —¡Vaya, hombre, acabaras! Gracias á Dios, porque cuatro onzas eran obstáculo para que fueras patriota. —Mira que si me lo vuelves a decir te doy un bofetón. —Y al mismo tiempo me abrazó. Yo, volviéndome á Belen, le pregunté: —Camarada, ¿será cierto que podemos volver á contar con este? ¿Será de los nuestros? —Belen se rió y él me dijo que queria que yo fuese de los *suyos*. —¡Como!, —le dije, —¿De los *tuyos*? ¿Que tú eres gefe? —No, hombre, quiero decir de mi reunion. Y despues supe por Turla q. andaba en solicitud del despacho de capitan, al parecer bajo el nombre de Nemesio Carballo. Ya ve V. que no se portó conmigo como hombre q. tiene limpia la conciencia, ps. á mis indirectas del Padre Covos debió responderme con dignidad y preguntarme el motivo de hablarle yo de aquel modo. En fin, yo le contesté que tenia otro núcleo, nos despedimos y nunca estuve en contacto con él.

Ahora bien; desps. de todos esos antecedentes, ya sabe V. que mi sumario no empezó hasta q. él no satisfizo la interpelacion que le hicieron en su *cómica* prision sobre si sabia q. yo era ó no Secto. de Leopoldo (Turla) en la Junta conspiradora que se reunia en casa de este. Juzgue V. estos hechos q. son de los que yo sin dudar partí á llamarlo delator. Tal lo considero y consideraré mientras una luz mas clara no eclipse la que me alumbra en este particular. Y cuente V. qe. la noticia de la interpelación la comunicó á un herm. mio Pedro José (Morillas), herm.º de aquel... (57)

La importancia de esta carta para precisar la existencia de grupos conspiradores que actuaban en La Habana, de acuerdo con Narciso López, es excepcional. Pudiera presumirse que López había buscado colaboradores independientemente del *Club de La Habana*, ya que Angulo y Guridi habla de dos grupos, uno de ellos el que José N. Morillas decia encabezar y para el cual buscaba que se le nombrase capitán con el nombre de Nemesio Carballo, seudónimo en el que empleaba su segundo apellido, que era Carballo. El otro grupo, a lo que parece, lo dirigía Leopoldo Turla, de quien Angulo y Guridi se confiesa secretario en esa carta.

Turla y Angulo y Guridi estaban juntos en Charleston cuando este último escribió la carta que acabamos de citar. Los dos patriotas habían huido de Cuba con grandes dificultades, perseguidos por el despotismo español. Turla, poeta de patéticas exhortaciones cívicas y didácticas en sus versos, estaba destinado a vivir el resto de su vida en el destierro, separado de Cuba, a cuya independencia lo sacrificó todo. Al día siguiente de que Angulo y Guridi le escribió a Villaverde la carta que acabamos de transcribir, Turla envió al autor de *Cecilia Valdés* otra carta, que es también de extraordinario valor histórico y que dice así, descifrados los nombres en clave que en ella aparecen:

...Segun veo está mui equivocado, pues cree que mi soneto "A un Delator" va dirigido á Morillas. ¿De dónde ha podido Vd. inferir tal cosa? ¿Será porque él i yo estamos disgustados por aquella jugarreta que me hizo, ó porque la opinion pública lo señala como espia? Solo asi pudo Vd. congeturar lo que no es. Yo soi demasiado generoso para ser rencoroso i hace tiempo que he dado al olvido lo mal que procedió conmigo. El soneto está dedicado á un frances llamado *Pouchau*, mui conocido de los hacendados de la Habana como inventor de algunas máquinas pa. la elaboracion de la caña, el mismo que denunció al Betancourt que vino prófugo en el *Isabel* con Angulo i el que hizo otro tanto conmigo. Vuelva Vd. á leer el encabezamiento del soneto i verá que digo: *Dedicado á Monsieur P*... No he hecho esta aclaracion con el objeto de ver si consigo que el soneto vea la luz en "La Verdad", sino con el de sincerarme i deshacer al mismo tiempo el error en que está Vd. Pero pasemos á otra cosa. Dice Vd. que Dolz (en clave este nombre) es una solemne bestia, i que duda de que pueda servirnos de mucho: en lo primero estoi acorde con Vd., pero en lo segundo, no. Daré mis razones. En una conversación que tuvo conmigo una tarde, me dió á entender que contaba con alguna tropa, i me añadió que sabria vengarse de un gobierno tan ingrato. Yo creo q. esto quiere decir bastante, i q. de un hombre vengativo se puede esperar mucho. ¿Sabe Vd. lo q. es hacerle á un pobre diablo 5000 pesos de costas i quitarle á la vez el empleo?

Yo no sé qué pensar del silencio del General. Por la que le escribe á Vd. Angulo, se enterará de lo q. le ha comunicado Narciso á Macías. Yo estoi dispuesto á acompañar al General con cualquiera que sea el número de hombres que se reuna; bien sea con 20, con 10 ó con 5. Es más fácil que un puñado de hombres desembarque en la Isla q. no una espedicion numerosa, i creo q. la sola presencia de Narciso bastaria á levantar en masa á todo el pueblo de Cuba. Es preciso, de todo punto necesario que la espedición esté allá á principios de año, porque la gente está cansada de esperar inútilmente i escarmentada de tantos plazos anunciados i no cumplidos. Luego Narciso cometió la imprudencia de mandar á decir á los muchachos pr. su comisionado Cabrera, q. la Noche Buena comeria lechon con ellos. Digame Vd. como se pondrán los po-

figurara esa franquicia. Por lo menos habria de darnos el buen efecto de mantener neutrales á todos los que han labrado su fortuna en el pais, y á todos los que esperan de él lo que no tienen en su misma patria.

Lo mismo que digo respecto a la opinion digo en cuanto á socorros pecuñiarios. El dinero que hoy no mandan muchos pr. que dudan el éxito de la empresa, sobraria desde el instante en que el ejército libertador pisara nuestras playas. Un hombre solo se compromete a reunir doscientos mil pesos entre sus amigos, y este hombre no es de la Habana ni está en el círculo de los poderosos; —figurate ahora si se moririan de hambre los invasores —mas ese hombre vacila y desconfia y no tendria confianza sino cuando viera un cuerpo de ejército en el territorio cubano. Como este hay muchos.

Por lo demas, creo tambien indispensable que las relaciones de Vdes. con los de aquí se intimen mas. No es posible que Vdes. solos hagan la revolucion. Es necesario que los de acá tomen parte muy activa, y para que la tomen fuerza es iniciarlos en el plan, bien que con la prudencia que aconseja el temor de ser descubiertos. Si la venida de Narciso López la hubiesen sabido algunos mas no se habría encontrado aislado en Cárdenas.

El amigo que te entregue esta te dirá quien soy, sino lo hubieses adivinado ya. Solo por él te permito que me escribas dándome razon de la verdad y de los proyectos para mi gobo. Se dice que ya no hay nada, esperando el movimmto. popular de las elecciones en esos Estados pa. ponerle por condición al presidente la incorporación de la isla. ¡Que desconsoladora es esta espera, cuando creiamos ver ondear el pabellon libertador en las playas cubanas en el año de 50! Y aguardar otros dos ¡que doloroso es! Después de habernos dejado devorar por la impaciencia ¿no temen Vds. que cause gran desaliento el aplazar pa. de aqui á dos años la invasion? ¿Con que garantias cuentan Vdes. pa. fiar en la promesa de ayuda? ¿No será este un ardid del gobierno español? Dime lo que hay, pues la incertidumbre me causa un mal imponderable. Yo no vivo.

Si bien te parece bas imprimir el adjunto himno pa. circularlo en esta isla... (59)

En esta carta se advierte la confusión de las ideas politicas del poeta y maestro, intimo amigo de José Antonio Echeverría y a través de éste muy relacionado con el ya prácticamente desaparecido *Club de La Habana*, que había abogado por la anexión y había negado todo apoyo a Narciso López, precisamente porque sospechaba que éste último aspiraba a la república y sin esclavos. Palma creía que había gentes acaudaladas y capaces de aportar dinero para la Revolución Cubana y se lamentaba del fracaso de Cárdenas, que equivocadamente atribuía a que Narciso López no mantenía los contactos adecuados en el país. Para él

era indispensable la acción inmediata, sin más espera, porque el país estaba maduro para la sublevación; pero no se le ocurría otro expediente de proselitismo que la propaganda de la anexión. De todos modos, sin embargo, la carta de Ramón de Palma sirve para demostrar que la inquietud política no había desaparecido en La Habana, a pesar de las represiones ordenadas por el Capitán General Roncali, que habían hecho salir de Cuba a Julio Arozarena y a Antonio Porto, quienes se habían unido en Charleston, S.C., a Turla y a su amigo Angulo y Guridi, cuyas cartas acabamos de transcribir y comentar. (60)

De la realidad del núcleo conspirador de La Habana, por esa época, hay prueba adicional en una carta a Villaverde, escrita por Macías, en la que se refiere a que Betancourt Cisneros acababa de pasar por Charleston, S. C., en viaje de Nueva York a Nueva Orleans, y que le había informado de la entrega de $2,500.00 a O'Sullivan, en Nueva York, "...el dinero que recibió de la Isla...", (61) y de que llevaba personalmente a López"... las prendas de las camagüellanas (sic)", lo que hace presumir que el dinero en efectivo procedía de La Habana y se diferenciaba de las joyas de las camagüeyanas. En esa misma carta decía Macías, como demostración de que estaba en contacto con los patriotas habaneros, lo siguiente:

...De Gonzalez nada he sabido, sino que le dejó á Rosis en Savannah un paquete conteniendo 150 ejemplares del retrato del Gral., los cuales saldran con seguridad pa. la Habana y Matanzs. por el próximo viage del *Isabel*. *El segundo sobrecargo* de este no trajo nada, muchos ofrecimientos para el viage siguiente, que no pudo hacer. Arozarena recibió, con la noticia de la muerte de su padre, órden para irse para la Habana, y se fué el 15...

Los emigrados cubanos tenían derecho a ilusionarse con las noticias que recibían de los preparativos revolucionarios que se hacían desde La Habana y que parecían presagiar una inminente sublevación general que nunca tuvo lugar. Es de por entonces una carta de Juan Francisco Villaverde a su hermano Cirilo, que confirma todo esto. Juan Francisco Villaverde era conspirador, como el autor de *Cecilia Valdés*, como se echa de ver por lo que hemos publicado en el tomo primero de esta obra (62), y él era quien infundada e imprudentemente daba las seguridades revolucionarias contenidas en la siguiente carta:

como se ve, distó mucho de conducirse con la discreción y la lealtad que había derecho a esperar de él, y aunque se mantuvo en la oposición al despotismo español y estuvo después complicado en el castigo mortal al traidor Castañeda, sus declaraciones fueron de gran utilidad al espionaje español. Arnao tiene algo que decir en relación con las actividades de Collins, y a ese efecto escribió lo siguiente:

> ...El cubano Carlos Collins, hábil, atrevido y muy astuto, realizó varios viages á La Habana enviado por López para entregar en propia mano la correspondencia á los citados jefes y a los sargentos y cabos de compañía, la que enviaba el sargento López, que se unió a los invasores en la espedición de Cárdenas. El que escribe, amigo íntimo de Collins, le acompañó hasta la puerta de los cuarteles para entregar las cartas. Si fueron ó no contestadas en convenio lo ignoramos; porque la mision de Collins se limitaba á entregarlas solamente: ninguno las devolvió... (69)

Desbaratados los planes acerca de los prácticos que los Fleury iban a obtener en Regla, se hizo indispensable buscar otros pilotos, conocedores de las costas de Cuba. El fracaso de esta tentativa le costó la vida a Graciliano Montes de Oca, un joven canario qué llegó a simpatizar con los proyectos revolucionarios de Narciso López.

El caso de Montes de Oca pinta a maravilla la imprevisión habitual de los conspiradores cubanos de todas las épocas, y hasta su imprudencia. Graciliano Montes de Oca y Meilián, un joven inmigrante, procedente de Islas Canarias, no hacía muchos años que estaba en Cuba, a la que había venido en compañía de su hermano Francisco. Cuando trabajaba como dependiente en el café "El Diorama", frente al Parque Central, que era uno de los más frecuentados de La Habana, lo conoció el patriota cubano Ramón Ignacio Arnao, quien ya había tenido sus dificultades con el despotismo colonial, y a principios de 1851, estando sin empleo, Montes de Oca acudió a Arnao y éste le comisionó para que le averiguase dónde podía encontrar unos buenos prácticos de la costa norte de Cuba. El desdichado joven se aplicó a cumplir el encargo que había recibido y tuvo el poco acierto de confiarse a un paisano suyo, nombrado Domingo Padilla, con quien departió del asunto en el muelle de Tallapiedra. No aceptó Padilla la proposición; pero se ofreció para recomendarle otras personas, que sí estarían dispuestas a trabajar como prácticos. Rechazó la invitación el primero de los recomendados, aunque sin entrar en el

fondo de la cuestión; pero el marino Guillermo Cintas, natural de las Baleares, se mostró conforme con el ofrecimiento, pidió y obtuvo más datos y se adueñó del secreto del plan sin el menor propósito de cumplir su compromiso sino dispuesto a traicionar al confiado intermediario. Cintas se asesoró de otros individuos de su calaña, uno de ellos el abogado Calixto José González, quien sugirió la delación ante el Capitán General Concha, en busca de recompensa. Montes de Oca, entretenido con falsas esperanzas por Cintas, le dió más noticias en otras entrevistas que celebraron y cuando le esperaba para la reunión que sería definitiva, en un billar cercano a la Puerta de Tierra (Dragones y Monserrate), fué arrestado por los esbirros del despotismo, maltratado e interrogado hasta que confesó ingenuamente todo lo que sabía acerca de su misión, con lo que en el acto se ordenó la búsqueda y captura del reincidente Arnao, quien logró evadir a sus perseguidores y ponerse a salvo.

Por los papeles que los policías encontraron en poder de Francisco Montes de Oca, el hermano de Graciliano, vecino del barrio de Guadalupe, se puede colegir que ambos jóvenes estaban en realidad complicados en las conspiraciones de la época, sin limitarse al papel de gestionar la contratación de prácticos para terceras personas. La Comisión Militar Ejecutiva y Permanente condenó a muerte a Graciliano Montes de Oca, quien fué ejecutado en garrote, el 29 de abril de 1851, en la explanada de La Punta, mientras que Arnao fué sentenciado en rebeldía a ocho años de presidio, el pago de las costas y la prohibición perpetua de vivir en Cuba o en Puerto Rico (70)

Lo ocurrido con Collins y con Montes de Oca debió haber servido de aviso a Narciso López y a sus amigos respecto a la efectividad con que trabajaba el espionaje español bajo el Capitán General Concha y que era muy superior a la vigilancia de tiempos de Roncali, ya que había podido destruir el principal de los puntos de enlace que había con los conspiradores de La Habana, como era el caso del cónsul venezolano Muñoz Castro ("Catuche"), sobrino de López y quien hasta entonces había venido actuando sin despertar la menor sospecha por parte de las autoridades españolas. Por los datos que hemos expuesto desde que nos referimos a la fuga de Angulo Guridi y de Turla a los Estados Unidos, y ahora con los de Montes de Oca, Collins y Muñoz Castro, era evidente que el espionaje español estaba sobre

aviso y descargando uno tras otro golpes muy efectivos sobre los conspiradores cubanos.

Otro de esos golpes alcanzó al abogado habanero licenciado Santiago Bombalier quien, quizás si no fué tan importante personaje dentro del grupo revolucionario como él mismo, alguna vez, se hizo representar; pero que sin duda figuraba entre los jefes principales. Bombalier, errático y algo indiscreto; pero esencialmente patriota, fué arrestado poco después de efectuarse la prisión de Carlos Collins y quizás si como resultado de ésta. (71) Según Zaragoza, se le ocuparon papeles comprometedores y la correspondencia que mantenía con Narciso López, aunque había tenido tiempo de destruir los documentos de mayor importancia al enterarse de la prisión de Carlos Collins. Este dato hace suponer que era Bombalier, en efecto, uno de los conspiradores más directamente relacionados con López, aunque al propio tiempo ha de causar extrañeza el hecho de que un revolucionario tan significado como él pudiese escapar con vida de las manos del temible Concha y a los pocos meses se pasease libremente por Madrid, ya que Domingo del Monte, al escribirle a Saco, a principios de 1851, podía decirle:

> ...Aquí está en campaña el insigne Santiago Bombalier; trae mil proyectos, entre ellos el de fundar un periódico. Ya lo llevé ayer á casa de Baralt (debe referirse a Luis Alejandro Baralt, venezolano, expulsado de Santiago de Cuba por Concha como complicado en la conspiración de los hermanos Oberto). "Buen par de ranas nos hemos juntado", pudieran decir con las del cuento de Gallardo... (72)

Pocas días después Del Monte volvía a referirse a Bombalier, en otra carta, y decía:

> ...Bombalier está hecho un torbellino. Primero hizo copula con Baralt. Ahora lo ha endilgado Andresillo (Andrés Arango y Núñez del Castillo) a "La Epoca", periodico de oposición, moderado, de su sobrino Diego Coello. Nos ha suscrito á tres ejemplares á Hilario (Hilario Cisneros y Saco) y á mi por 3 meses, ó sean 15 pesos en efectivo para publicar articulos cubanos y mandarlos á la Habana...(73)

Bombalier vuelve a ser tema de la correspondencia entre del Monte y Saco pocos meses más tarde. José Antonio Saco había tenido noticias de que Bombalier se ocupaba en escribir una biografía de Narciso López, que a él le habría tocado de rechazo, y preguntó a Del Monte acerca del particular. La respuesta del humanista emigrado ya muestra un mayor encono contra Bombalier, cuando se refirió a él con estas palabras:

> ...No hay nada de biografía, al menos que yo sepa. Recien llegado el taravira de Bombalier, dijo que iba á escribirla; y en efecto dijo algo, poquisimo, no me acuerdo en que periodico, que creo que te mandó. Despues no he vuelto á oir mas de esto. Si tu, sin embargo, tienes otros datos, comunicamelos, para por ellos poder hacer en tu obsequio lo que me pides...
>
> ...Bombalier es un camueso, que no hace aqui mas que tonterias que lo comprometen á el y á los demas habaneros que hay aqui, sin provecho ninguno. En un periodiquin nuevo titulado "El Precursor" ha impreso un articulo muy insultante y muy provocativo contra los gallegos en general: que van a robar á la isla de Cuba, que son sanguijuelas, etc. Todo esto para saciar su enemistad contra Vazquez Queipo. Yo le he reprobado esta conducta ruin, ridicula, peligrosa, tonta, y sin provecho. Su agubilibre y su travesura, en Cuba las ha dejado: aqui ha querido trabajar de brocha gorda y lo que ha hecho es tirar el dinero y que se rian de el. Con la amnistia ha quedado lucido... (74)

Como se ve, si hay que dar crédito a Del Monte, de antemano influenciado en contra de todo y de todos en lo que pudiese representar soluciones violentas en Cuba, Bombalier, a quien Zaragoza y otros españoles consideraban uno de los principales cómplices de Narciso López en La Habana, estaba conduciéndose en Madrid como revolucionario. El lector debe advertir que Del Monte y Saco, sin embargo, no lo relacionan con actividades y propósitos anexionistas, sino que le colocan en la oposición a su ingenuo y equivocado evolucionismo, que por espacio de medio siglo en vano esperaría justicia por parte de España. De ahí que, al referirse a las dificultades que había para el éxito de su ilusoria estratégica política ante el gobierno de Madrid, Del Monte volviese a escribir, en son de queja:

> ... La estrategia va haciendose mas dificil, porque á consecuencia de las indiscreciones de Andres (de Arango) y de Bombalier, anda la gente muy avisora... (75)

En lo adelante Santiago Bombalier deja de ser tema de la correspondencia entre Del Monte y Saco y va desapareciendo de la historia de las revoluciones cubanas como otras muchas de esas figuras que momentáneamente han atraído la atención popular y hasta asumido papeles importantes en las conspiraciones de Cuba, en todos los tiempos; pero que han sido como fuegos fatuos, desva-

miento constitucionalista del mariscal Lorenzo, en Santiago de Cuba, que Tacón había aplastado con mano de hierro. Doña Braulia, la madre de los Oberto, hasta había publicado una exposición dirigida al Regente Espartero, en 1841, para defender la conducta de sus hijos. La acompañó una hija, casada con José Domingo Trigo, asimismo venezolano, y la colonia de naturales de la Gran Colombia, establecido en la capital oriental que tenía fáciles comunicaciones marítimas con los puertos de la América del Sur, aumentó rápidamente. Jaime Esteva y los hermanos Baralt, estos últimos pertenecientes a la familia del insigne patriota e historiador Rafael M. Baralt, también figuraron entre los venezolanos que se avecindaron en Santiago de Cuba. Dejamos de propósito para citarlo en último término a un modesto soldado del ejército de Morales, venezolano, nombrado Maceo, quien decidió licenciarse para fundar una familia en Cuba y que así fué el padre del más bizarro de nuestros mambises, el lugarteniente general Antonio Maceo Grajales.(79) La correlación de los venezolanos que por error sirvieron a España durante las Guerras de Independencia de la Gran Colombia, y los patriotas que luego combatieron por Cuba libre, tipificada por Narciso López, se advierte además con el hecho de que cuando el antiguo soldado de López, Marcos Maceo, quiso bautizar a su hijo Antonio, acudió a su amigo Tomás Asencio, posiblemente oriundo de Venezuela y de todos modos muy relacionado con los otros venezolanos que acabamos de citar, ya que también estaba complicado en la conspiración "lopizta" de Santiago de Cuba, descubierta a fines de fines de 1850, como señala el propio Arnao. Así resulta, pues, que el padre y el padrino del Titán de Bronce, estuvieron relacionados con Narciso López.

Consta del proceso cuya documentación se guarda en el Archivo Nacional de Cuba, que Ildefonso Oberto embarcó en Santiago de Cuba, el 19 de septiembre de 1850, para ir a Venezuela, donde había nacido; pero con el sorprendente itinerario de hacer el viaje por vía de Nueva York. La navegación entre Santiago de Cuba y La Guayra, atravesando el Caribe, era muy frecuente; y con los antecedentes de Oberto como simpatizador de López, quien estaba en los Estados Unidos, y el propósito que ya se le había atribuido, de querer colaborar con él en los días de la expedición de Cárdenas, naturalmente que el espionaje español miró con sospechas aquel viaje con escala en Nueva York. Tan pronto como el pailebot *Desengaño*, en el que viajaba Oberto, llegó a Jamaica, el conspirador venezolano escribió a su cuñado, el también venezolano José Domingo Trigo, casado con una hermana de aquél; pero la carta fué interceptada y leída por los españoles, quienes encontraron en la ambigüedad de su redacción motivos suficientes para proceder contra el destinatario, su otro cuñado, el subteniente retirado Francisco Oberto, antiguo subordinado de López y otros venezolanos y también cubanos que había algún tiempo que eran estrechamente vigilados por causa de sus ideas políticas. En la casa de Trigo, al practicarse un registro, se encontraron una proclama de Narciso López y tres ejemplares del periódico *La Verdad*, de Nueva York.

Estos comprometedores papeles fueron correlacionados con otra carta de Ildefonso Oberto, dirigida a su hermano, el subteniente Francisco Oberto, en la que le decía que iba a los Estados Unidos"... por el noble propósito que sabía...", (80) y se hizo evidente que el antiguo teniente de López lo que en realidad quería era ir a reunirse con su jefe y compatriota, al cual hacía referencia, para incorporarse a la Revolución Cubana.

A la cárcel fueron a parar Francisco Oberto, Jaime Esteva, Luis Alejandro Baralt, José Domingo Trigo, Felipe González y otros venezolanos, además de José Valiente, Luis Oyón, Gaspar Mateo de Acosta y algunos cubanos más, acusados de infidentes. Francisco Oberto logró fugarse durante el curso del proceso; pero no sin que la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente lo condenase, conjuntamente con González y con Trigo, a ser expulsados de Santiago de Cuba y que fijasen su residencia en La Coruña, España. El fallo dictado contra Ildefonso Oberto, el 29 de julio de 1851, fué de ocho años de presidio y pérdida de su empleo; pero no pudo cumplirse, primero porque se había refugiado en los Estados Unidos, y después por la heroica muerte de Oberto en el combate de Las Pozas, donde la victoria se compró al precio de su vida y de las vidas de otros valientes soldados de López.

Por los datos que aporta Arnao (81), se echa de ver que el grupo de conspiradores formado en torno a los Oberto no era el único que había en Santiago de Cuba por aquella época. El menciona a los hermanos Hilario y Manuel Cisneros y a Francisco de Paula Bravo como los integrantes de una conspiración contra el gobierno español, descubierta antes que la de los Oberto y que determinó que los santiagueros que acabamos de citar, conjun-

acertó a ponerse al frente, encabezaría la sublevación de *La Demajagua*, para entrar en la historia como Carlos Manuel de Céspedes, el "Padre de la Patria".

Relata el general Manzano que, a partir del 17 de agosto de 1851, coincidiendo con las noticias acerca de los alzamientos de Camagüey, Trinidad y la Vuelta Abajo, que tan tristes desenlaces habían tenido, los jóvenes santiagueros Bienvenido y Luis Hernández, con otros conspiradores, usando corbatas azules con lunares o estrellas blancas, lograron suspender un baile que iba a tener lugar en El Caney y alegaron para ello que los cubanos debían guardar luto por los fusilamientos de Camagüey, que calificaban de asesinatos, según hace constar el gobernador español. A partir del 17 de agosto hasta la fecha de la comunicación del general Manzano, que era la de noviembre 26 del trágico año de 1851, todos los días habían aparecido en las casas y en las calles de Santiago de Cuba "papeles subversivos", banderas cubanas, etc., recogidos por los policías o entregados por ciertos vecinos, o temorosos de comprometerse, o que de ese modo difundían la alarma, o que así manifestaban la realidad de la protesta popular tras la excusa de que ponían en conocimiento de las autoridades la circulación de la propaganda contra el coloniaje.

Según el general Manzano, era evidente que de antiguo existían en Santiago de Cuba varios "clubs" revolucionarios, dirigidos por Santacilia y Mariño; pero que se manejaban "con tal arte que sabiéndose las reuniones, no ha sido dable sorprenderlos..." (84)

Hay en este interesante escrito que comentamos una importante referencia que los historiadores de la Guerra de los Diez Años debieran tener en cuenta, relacionada con la fecha del 10 de Octubre, que en 1868 sería escogida para el "Grito de Yara". El 10 de octubre era el día en que se celebraba el cumpleaños de Isabel II, la reina de España, y en 1851 la Sociedad Filarmónica, de Santiago de Cuba, quiso conmemorar el onomástico regio con un baile. No se encontraba el general Manzano en la capital de Oriente, por esos días, y los cubanos lograron efectivamente que fracasase la fiesta proyectada, a la que concurrieron poquísimas personas y aun éstas fueron criticadas y hasta insultadas "groseramente", hubo de decir Manzano, por la juventud oriental apostada en las esquinas por las cuales era preciso pasar para llegar al edificio de la Sociedad Filarmónica. Cuando el arzobispo de Santiago se manifestó contrario al sentimiento cubano y muy españolista, por otra parte, llovieron sobre él las críticas y hasta las amenazas de los patriotas, contenidas en papeles que despertaron la indignación del gobernador militar, quien los remitió a España.

Así las cosas, los integristas quisieron organizar otro baile en los salones de la Sociedad Filarmónica, con ocasión de celebrarse el día de Santa Isabel, en el mes de noviembre. La pugna entre los patriotas, de un lado, y los españolistas y los cubanos afectos a ellos, del otro, se hizo violenta y envolvió al propio Ayuntamiento de Santiago de Cuba. Abiertamente se hizo la propaganda contra el baile, en nombre del luto del pueblo cubano, y el 19 de noviembre, por la tarde, cuando ya estaba adornado el salón de bailes y en él se había erigido un trono en homenaje a Isabel II, los conspiradores santiagueros inutilizaron el local con substancias químicas mal olientes y corrosivas llegando a arrojar "... al pie mismo del trono ácido fétido...", como decía iracundo el general Manzano al gobierno de Madrid. Se hicieron numerosos arrestos, entre ellos el de Luis Hernández, acusado concretamente por los españolistas, y se iniciaron procesos contra los que se sospechaba que trataban de hacer fracasar el baile y contra varios jóvenes cubanos que fueron aprehendidos cuando repartían banderas como la de Narciso López y proclamas patrióticas. Los detenidos por el general Manzano fueron Cayetano Hechavarría. Tomás Asencio, Juan de Mata Tejada, Joaquín Portuondo, Bienvenido y Luis Hernández, Pedro Santacilia y Antonio Manuel Mariño. Deportados a España, en su mayoría, por orden gubernativa, algunos de ellos lograron escapar de la Península, como en el caso de Santacilia, quien se consagró a luchar contra la dominación española en Cuba el resto de su vida, no obstante el concepto que por su saber y la austeridad de sus costumbres le merecía al general Manzano. Este, ya liquidado el episodio demostrativo de que en Santiago de Cuba había grupos conspiradores relacionados con Narciso López, que él había querido destruir con el destierro de los ocho dirigentes citados, no se hacía ilusiones de que lo hubiese logrado y hasta decía que "...aún quedan otros...", contra los cuales no procedería por el momento debido a consideraciones que le parecían atendibles. Todo hace presumir que entre esos "otros" se contaban los hombres influyentes por su riqueza y su posición social, como Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera, José Joaquín Pal-

Así las cosas, el *Sun*, de Nueva York, publicó la noticia de que la *Junta Cubana* (?) había recibido cuatro cajas de joyas enviadas por las damas camagüeyanas para la Revolución Cubana, agregó el inventario detallado de esas alhajas y la información de que no serían vendidas, sino pignoradas, a fin de que sus propietarias pudiesen recobrarlas algún día, y comentó con grandes elogios el generoso rasgo y el patriotismo de las cubanas. (88) Como que Betancourt Cisneros vivía como huésped en casa de una parienta de los Beach, los dueños del *Sun*, la misma señora que con el seudónimo de "Cora Montgomery" aparecía como directora responsable del periódico revolucionario cubano *La Verdad*, de Nueva York, publicado por *El Lugareño*, la conclusión inescapable es la de que fué él mismo quien suministró los datos publicados por el *Sun* y que sirvieron para excitar la rabia y el celo policíaco del despotismo colonial español.

Cuando López y sus amigos se enteraron en Nueva Orleans de lo publicado por el *Sun* aún antes de que Betancourt Cisneros hubiese cumplido la misión que le había sido encomendada, naturalmente que se indignaron. Aquella indiscreta publicidad, que servía solamente para alimentar las divisiones entre los emigrados y para destacar la existencia de una supuesta *Junta Cubana*, en Nueva York, que había desaparecido con el resonante fracaso del *Consejo... Cubano*, al propio tiempo ponía en guardia al general Concha y le hacía descargar sus furores sobre los camagüeyanos cuando más se necesitaba que estuviesen a salvo de persecuciones para prepararse más eficazmente con vistas a los movimientos revolucionarios que se organizaban.

El *Delta*, de Nueva Orleans, el periódico de Sigur, en cuya casa moraba López, recogió la información del *Sun* y la censuró abiertamente, ya que si era cierto que así se demostraba la voluntad de las cubanas para sacrificarse por la independencia, los detalles del inventario de las alhajas y los demás particulares publicados por el *Sun* podían servir para que los esbirros del coloniaje identificasen a algunas de las donantes, como así fué. (89)

Cuando estas noticias aparecían en la prensa norteamericana ya Betancourt Cisneros iba camino de Nueva Orleans, a cortas jornadas; y aparte de lo que acabamos de señalar al respecto en la correspondencia entre López y Macías, vale la pena que citemos lo que Villaverde hace constar en su *Diario*, cuando dice:

> ...Por parte telegrafico de Macias... se sabe que Betancourt i P. Aguero habian salido... en vuelta de esta ciudad con las prendas de las cubanas camagueyanas i unos $3,000 de los camagueyanos q. mandan al Gral. pa. la espedn... (90)

La noticia tan fué del dominio público que el espionaje español que había en Nueva Orleans se enteró en seguida del donativo de las camagüeyanas. El 26 de febrero de 1851 el cónsul Laborde le escribía desde Nueva Orleans al ministro de España en Wáshington, D. Angel Calderón de la Barca, y le decía que las alhajas producirían entre diez y quince mil pesos (91), aunque al día siguiente, en otra comunicación, dirigida ésta a Mauricio López Roberts, el secretario del gobierno político de Cuba, el propio Laborde le informaría de esta guisa:

> ...Es cierto que han llegado las llamadas joyas de las Damas Habaneras (sic), po, tambien lo es que no valen $300... (92)

Las contradictorias noticias de Laborde, el jefe del espionaje español en Nueva Orleans, eran cotejadas por sus jefes y comprobadas, por lo que ya Concha tenía suficientes pruebas de los frecuentes certeros informes enviados por Laborde, quien en esos mismos días había delatado con todo éxito la misión de Carlos Collins, que ya hemos relatado, con la cual se había llegado a la prisión del comisionado y de Santiago Bombalier, al mismo tiempo que se establecía la vigilancia sobre Manuel Costales y sobre el Dr. Adolfo Chaple, quienes reemplazaban a Bombalier y al cónsul venezolano Muñoz Castro, expulsado éste de Cuba.

Los datos publicados por el *Sun* y el *Delta*, como los suministrados por Laborde, unidos a los antecedentes ya conocidos por Concha acerca de la actitud y las opiniones políticas de los camagüeyanos, determinaron la adopción de un plan represivo encaminado a destruir los centros conspiradores de la antigua Puerto Príncipe.

Parte esencial de ese plan era para Concha la supresión de la antigua Audiencia de Santo Domingo, trasladada a Camagüey cuando los españoles evacuaron a Quisqueya, derrotados por la invasión haitiana, a fines del siglo XVIII. La Audiencia representaba a la ley frente al despotismo colonial y venía a constituir la única institución influyente en el seno de la cual podían actuar con garantías y privilegios los cubanos, si se hacían abogados.

un foco de perturbación política contra la dominación española y de que

> ...era ya de todo punto necesario obrar allí con entero desembarazo, y apelar á una política vigorosa y firme, si se habían de mantener inalterables el órden y la sumision al Gobierno... (94)

En la descripción hecha por Concha acerca de la situación imperante en Camagüey hacía constar que había frecuente correspondencia entre los camagüeyanos y los patriotas emigrados, que se imprimían y distribuían impresos revolucionarios con la mayor impunidad, que los jóvenes"... se reunían y concertaban para negar su saludo al comandante general..." y que "...de público se aseguraba que en los Estados Unidos se habían recibido alhajas y joyas remitidas por una porción de señoras de aquella ciudad, con el objeto de que se rifaran y vendiéran para proporcionar fondos á los revolucionarios, hecho que me constaba de un modo fidedigno..." (95)

Conocían los camagüeyanos los dictámenes y recomendaciones de las autoridades militares españolas en contra de la Audiencia y sabían que Concha había insistido en las gestiones tendientes a la supresión de aquel poderoso tribunal que hacía sombra al absolutismo colonial. La opinión pública en las varias veces centenaria ciudad se había escandalizado con recientes desmanes gubernamentales, entre ellos la expulsión de las monjas ursulinas de su convento, construido por el pueblo, para convertir el edificio en cuartel del Regimiento de La Habana, los abusos del alojamiento forzoso de los refuerzos militares en ciertas residencias, las exacciones representadas por la entrega de camas para la tropa y los castigos impuestos a quienes protestaban contra aquellas injusticias y entre los cuales figuraban damas de las más respetables, cuya reclusión en las prisiones de las mujeres de mal vivir se ordenó por aquel americano renegado, feroz y despiadado, que era el general Concha.

El Ayuntamiento de Camagüey, en sesión celebrada el 14 de febrero de 1851, había aprobado el escrito que sería dirigido al gobierno de Isabel II para protestar del traslado de la Audiencia de Puerto Príncipe; pero también había acordado enviar copia de ese escrito al Capitán General Concha, lo que se hizo con el retraso conveniente para que no se pudiese interceptar el original de la protesta, que llegaba a España cuando el gobernador

se enteraba en La Habana de la protesta. Concha, por supuesto, advirtió que había sido víctima de una estratagema, por muy almibaradas que fuesen las frases del escrito de remisión, y su rabia se desbordó. Ordenó en el acto el relevo de la autoridad militar que no había sabido o no había podido impedir el acuerdo consistorial y que con tanta demora se lo había hecho conocer, y lo reemplazó por el coronel Ramón Conti, como teniente gobernador, a sabiendas de que así rebajaba la importancia de la jurisdicción, que era comandancia militar, y no obstante que Conti, por su incultura y sus desplantes cuando las monjas ursulinas fueron expulsadas de su convento para dejarlo convertido en cuartel, era extraordinariamente impopular entre los camagüeyanos.

Al mismo tiempo se nombró al brigadier general José Lemery, jefe de la caballería española en Cuba, para que en misión extraordinaria se trasladase a Camagüey y pusiese en vigor una serie de rigurosas medidas represivas, entre las cuales figuraba, en primer término, la destinada a castigar al Ayuntamiento de Camagüey con la destitución de los concejales que se habían permitido alentar opiniones propias frente a las imposiciones del despotismo. Concha pisoteaba así las clásicas libertades municipales castellanas, en 1851, como en 1517 había hecho Vasco Porcallo de Figueroa, cuando esas libertades fueron humilladas en Camagüey, en Sancti Spíritus, etc., al servicio del despotismo de Carlos V, que aplastó a las Comunidades de Castilla. Porcallo y Concha, sin embargo, obraban a nombre del absolutismo regio y del coloniaje; pero muchos años más tarde, en plena era republicana de Cuba, igual haría la dictadura de Fulgencio Batista a través de su ministro de Gobernación, Ramón O. Hermida, quien por medio de decretos ilegales y apoyado por la fuerza de las bayonetas, destituyó decenas de alcaldes y de concejales debidamente elegidos por el pueblo porque no se sometían a sus exigencias. En 1517, en 1851 y en 1952, el despotismo siempre ha sido enemigo de las libertades municipales, que son las primeras. Cuando éstas están a salvo, todas las demás, incluso las que a veces parecen ser las más fundamentales en la vida política de un pueblo, son respetadas por las autoridades.

El propio Concha explica en sus *Memorias*... cuál era el contenido de las instrucciones que dió al general Lemery, cuando lo envió a Camagüey para que se impusiese por el terror, como así lo hizo. Después de explicarle las causas de su nombramien-

nas (hoy Victoria de las Tunas), de donde nos dice el historiador español Zaragoza que estuvo a punto de salir el valiente venezolano Ildefonso Oberto, con algunos compañeros más, cuando la toma de Cárdenas por Narciso López, para iniciar un movimiento revolucionario en apoyo de los invasores, a través del Departamento del Centro (99) Del mismo modo los patriotas camagüeyanos enviaban recursos económicos diversos a los emigrados de los Estados Unidos, acopiaban armas y pertrechos y trataban de darse una rudimentaria organización militar para cuando llegase el momento de combatir contra los españoles. Finalmente, estos grupos de enemigos del coloniaje aprovechaban todas las oportunidades que se les ofrecían para dedicarse al proselitismo y para hacer patentes, a pesar de todos los riesgos, su desprecio y su hostilidad hacia los personajes del despotismo.

El Dr. Silva Barbieri, delegado de los revolucionarios camagüeyanos en La Habana, le escribía el 12 de marzo de 1851 a su compañero Francisco Agüero Estrada para informarle de la sublevación en la Vuelta Abajo, que parecía inminente, y se refería a un juramento patriótico hecho por "treinta camagüeyanos" para luchar contra España, noticia demostrativa de que a principios de 1851 el número de los conjurados de la S. L. de P. P. casi se había triplicado. (100)

El general Lemery no se limitó a las sanciones impuestas al Ayuntamiento de Camagüey en la histórica sesión del 7 de abril, sino que tres días más tarde arrestó a numerosos vecinos prominentes de Camagüey y de Nuevitas, mientras que otros muchos, quizás si los más comprometidos, advertidos a tiempo de la orden de detención lanzada contra ellos, pudieron escapar y se refugiaron en las serranías y las haciendas de la región. Reunidos en el patio de la Casa Consistorial los detenidos, quienes antes habían estado recluídos en la cárcel situada en los bajos del propio edificio, el comandante Francisco Montaos, ayudante de general Lemery, ordenó a Serapio Recio Agramonte, Manuel de Jesús Arango, José Ramón Betancourt, Salvador Cisneros, Fernando Betancourt, Francisco de Quesada y Francisco Varona Batista, que se preparasen para ser trasladados a La Habana el día siguiente, como presos a la disposición del Capitán General Concha, pero se mantuvo el arresto en Camagüey del último citado y solamente los otros seis fueron enviados a La Habana. A virtud de circunstancias especiales Serapio Recio no siguió la suerte de sus compañeros y hasta fué puesto en libertad, por lo

que, según Arnao (101), se dirigió a Cienfuegos y a Trinidad para hacer que la sublevación de los villareños fuese coordinada con la de los camagüeyanos. Arango, llamado a ser uno de los más valientes e infortunados luchadores por la independencia de Cuba, conjuntamente con Cisneros, los dos Betancourt y Quesada, fueron enviados a España bajo partida de registro como otra de las medidas represivas de Concha contra los camagüeyanos.

Ante todos estos desmanes del coloniaje encabezado por Concha, todavía resultan más absurdas y lamentables las injustas palabras que, como comentario a aquellos desmanes incluyó Del Monte en una de sus cartas a Saco, cuando le decía:

> ...Entretanto los c... de los anexionistas estan enredando diabólicamente por alla la pita, y como te anuncié creo en otra mia, tanto han cacareado en *La Verdad* que contaban con lo mas granado de Puerto Principe, y que alli se juntaban los patriotas en unas cavernas inaccesibles que al fin un Gobernador nuevo que fue allá, llamado Limeric (sic) ha prendido en efecto á lo mas granado del pueblo, Recios, Cisneros, Varonas, etc., y diz que los mandaba á la Habana sin formacion de causa... ¡Vivan los patriotas y viva la anexion! A esto se seguirá la irritacion del vecindario y la suspicacia y el temor del gobierno; conspiraran "en pure perte" los unos y el otro apretará la naranja y lo que se conseguirá será, no la anexion, ni la libertad, ni calabazas, sino persecuciones, fusilamientos, presidios y desgracias y diez años mas de estado de sitio y leyes especiales... (102)

Del Monte, en su ceguedad al servicio del imposible reformismo español, confundía en una sola solución a la anexión y a la libertad de Cuba, sin tener en cuenta a la independencia; pero también se equivocaba al creer que España implantaría en Cuba reformas liberales si los cubanos se le sometían servilmente, como la Historia demostraría una y otra vez.

Con lo expuesto, sin embargo, basta para demostrar que, como en La Habana, en Santiago y en otras jurisdicciones de Cuba se conspiraba en 1851 contra la dominación española.

Nos queda por estudiar lo referente a la situación política imperante en Matanzas por esta misma época, antes de dar por terminada la materia referente a este epígrafe.

En los volúmenes anteriores de esta obra ya hemos hecho referencia a las ideas políticas imperantes en la jurisdicción de Matanzas, contrarias a la dominación española y que databan de antiguo, ya que se habían manifestado en la intentona cons-

nario del pueblo cubano sin los "santones". Por eso fué que éstos nunca colaboraron sinceramente con él, ya que no les dejaba ser los jefes de la conspiración.

Los emigrados revolucionarios matanceros de tiempos de Narciso López formaban legión. Figuraban entre ellos Juan Manuel Macías, Ambrosio J. González, José Manuel Hernández, Francisco J. de la Cruz, Miguel Teurbe Tolón y su esposa, Emilia, Plutarco González y otros. Encarcelados o deportados habían sido José Ricardo Fresneda, por haber publicado en *La Aurora del Yumurí* una poesía las iniciales de cuyos versos formaban la frase "Libertad vuestra Patria, hijos de Cuba"; Pedro y Eusebio Guiteras, por haber traído y distribuído proclamas revolucionarias, al regresar de los Estados Unidos; Joaquín Delgado, Francisco y Calixto Sorondo e Ignacio Alvarez, por haber hecho fracasar un baile de la Sociedad Filarmónica organizado en honor de Isabel II; Sebastián Alfredo de Morales; el P. Joaquín Valdés, párroco de Sabanilla; Pedro Acevedo Somodevilla y Pedro Acevedo Blanco, y otros muchos.

Los "hombres de revolución", sin embargo, a quienes se refería López como "los cubanos guapos", que le gustaban, eran gentes del pueblo, sin recursos económicos y sin gran posición social, quienes miraban como jefes a los ricos y distinguidos, dominados éstos por la irresolución. A principios de 1851 el Capitán General Concha visitó a Matanzas y a Cárdenas, acompañado de su esposa, en viaje dedicado a estudiar de cerca la situación, a hacer prosélitos y a preocupar a los conspiradores con su presencia. En las páginas de la *Aurora*, el periódico que parecía más liberal, se publicaron entonces las poesías de José V. Betancourt y de José Jacinto Milanés en homenaje a la "generala" Concha, la esposa del Capitán General, y toda la emigración cubana se sintió traicionada y humillada ante aquella claudicación.

Pese a todas las precauciones del esbirrismo español y a despecho de las prisiones y de otros castigos, por Matanzas y por Cárdenas, cuando no por el Ferrocarril de La Habana, llegaban las proclamas y los periódicos revolucionarios, que se leían y se distribuían con la mayor cautela, aunque de cuando en cuando se cometía una imprudencia que ponía sobre aviso a los agentes del coloniaje y como consecuencia de la cual se desbarataba o inmovilizaba a un grupo conspirador. La mejor prueba de cómo funcionaba la correspondencia de los conspiradores, la encontramos en el proceso iniciado en Alacranes, Provincia de Matanzas, el 18 de marzo de 1851, al ser ocupado un ejemplar del periódico cubano *La Verdad*, de Nueva York, edición del 11 de febrero del propio año. En cinco semanas ese impreso había llegado a Cuba, penetrado por La Habana, Matanzas o Cárdenas para llegar a su destino, en el corazón de la Isla. Nunca se supo quién había sido el destinatario o a quién se le había olvidado el perseguido periódico sobre un banco de carpintería de la tienda mixta de Tomás Iribarne, en Unión de Reyes; pero las autoridades españolas agotaron las pesquisas para descubrirlo.

Como resultado de las averiguaciones realizadas se supo que el esclavo Valentín Criollo, analfabeto, perteneciente a Manuel Morejón, guarda-almacén de aquel Ferrocarril de La Habana que estaba minado de conspiradores, había encontrado el ejemplar de *La Verdad* y se lo había entregado al panadero Esteban Lleopart, catalán, quien se encontraba junto a la tabaquería y tienda mixta de Iribarne, sin poder leer su contenido. Lleopart, al enterarse de que era un periódico revolucionario, se lo había dado a Francisco de Palacio, vizcaíno, y éste había acudido con el comprometedor impreso a las autoridades españolas. ([106])

También de esa época fué el proceso contra el agrimensor Andrés Portillo, de Matanzas, y el maquinista Celestino Duprez, mestizo, del ingenio *Diago*, situado éste en Canasí, por haber leído versos y proclamas de tipo revolucionario en el partido de El Naranjal, cercano a Matanzas. Portillo pudo escaparse al extranjero, por el puerto matancero, y a fines de abril de 1851 el consejo de guerra de la Comisión Militar computó a Duprez la prisión sufrida como parte de su condena y lo declaró sujeto a vigilancia policíaca por algún tiempo más. ([107])

Otro de los procesos políticos de 1851, en la jurisdicción de Matanzas, fué el seguido contra Miguel Acosta, maestro de azúcar, matancero, y Anacleto Torre, campesino de Guamutas, a quienes se acusó de que en una taberna de "El Andarivel", en La Maya, jurisdicción de Camarioca, habían improvisado décimas revolucionarias mientras Torres alardeaba de que tenía listos cuarenta hombres para incorporarse a Narciso López, tan pronto desembarcase la nueva expedición. Acosta había sido implicado, con anterioridad, en la fracasada intentona de Juan Arnao, a la que pronto nos referiremos en detalle. Después de cinco me-

pañol y al fin y al cabo el herido cayó en manos de sus perseguidores. Juan y Ramón Ignacio Arnao, los dos indomables patriotas matanceros que dedicarían sus vidas a luchar por la independencia de Cuba, comenzaban por entonces a derramar su sangre por Cuba libre, como revolucionarios que colaboraban con Narciso López.

El "Encuentro del Yumurí", anterior a las sublevaciones de Armenteros y de Agüero y distinto a la lucha de Cárdenas, cuando la primera expedición de López, por el número de extranjeros que había entre los invasores, viene a ser el primer combate en que cubanos y españoles cruzan sus armas al grito de ¡Viva Cuba libre! y causándose bajas unos a otros.

Según Arnao, de cuyo relato tomamos estas noticias, los españoles detuvieron esa noche del 8 de octubre en Matanzas a unas doscientas personas, entre ellas a Benito Pacheco y a Joaquín de Rojas, mientras que Saturnino Hernández Morejón, Acevedo y Ramos lograron huir. El joven Lara Acosta fué a parar a Nueva Orleans y regresó meses después para ser encarcelado por sus manifestaciones contra el régimen colonial. Francisco de la O. García fué libertado en atención a su edad y sus servicios, a los pocos días.

5.—El proyecto de la pequeña expedición desesperada.

En los meses subsiguientes a la expedición de Cárdenas la opinión cubana pasó por crisis de abatimiento y de exaltaciones, de las cuales Narciso López no podía por menos de enterarse. Las cartas que le llegaban, los periódicos que recibía y los testimonios de viva voz, suministrados por viajeros que procedían de Cuba o por emigrados que estaban al corriente de los últimos acontecimientos, le decían bien a las claras que su prestigio como caudillo revolucionario estaba en crisis. Sus inexpertos consejeros, como sus rivales en la aspiración de ser las primeras figuras de la Revolución Cubana, todos coincidían en la opinión de que era indispensable dar una demostración de fuerza, desafiando al coloniaje, para que los patriotas recobrasen la confianza perdida.

Es de justicia aclarar que todas esas excitaciones, acompañadas de críticas y de promesas, no estaban respaldadas con el aporte de los recursos necesarios para otra intentona revolucionaria o por una buena organización, disciplinada y bien preparada, por parte de quienes tanto criticaban. Entonces, como en otros parecidos momentos de la historia de Cuba, abundaban los inconformes platónicos y los protestantes cautelosos, que todo lo esperan de los demás y que a nadie dan cuartel con sus censuras; pero de ellos no podía esperarse acción decisiva alguna.

A pesar de comprenderlo así, sin embargo, López sentía que tenía que actuar con rapidez para reconquistar la confianza pública, destruir las maquinaciones de sus rivales y tener en jaque al gobierno español. La empresa que normalmente habría consistido en la organización del esfuerzo revolucionario de todos los cubanos contra España, de ese modo quedaba rodeada de múltiples complicaciones, de las que no se podía esperar nada bueno. El germen de los fracasos definitivos del movimiento acaudillado por López quizás si estaba ahí y él lo comprendía así; pero al mismo tiempo se encontraba reducido a la impotencia y sin poder modificar esas circunstancias, de acuerdo con las cuales era que tenía que actuar a menos de que renunciase a sus empeños libertadores. Sus mejores amigos, aquéllos que en todos los momentos difíciles de la pugna con el *Consejo... Cubano* y de la expedición de Cárdenas, se habían agrupado en torno suyo, contribuían sin darse cuenta de ello a agravar la situación en que se encontraba el caudillo con las noticias que le llevaban, muchas de ellas equivocadas o exageradas, y con las observaciones que le hacían para que de todos modos se hiciese una nueva tentativa revolucionaria. Ellos creían de buena fe en que bastaba un simple desembarco para que se produjese un levantamiento general en Cuba.

Con los documentos conservados por Cirilo Villaverde se puede seguir el desenvolvimiento de aquella intentona desesperada, pues no era otra cosa, que se proyectaba y que por fin no se llevó a cabo al organizarse las expediciones del *Cleopatra* y del *Pampero*. Debemos recordar, sin embargo, antes de entrar en materia, que no pocos de los casos en los que la represión española se cebó por entonces en la imprudencia de grupos aislados de conspiradores cubanos, como en el "Encuentro del Yumurí", estaban relacionados con la información que llegaba a esos patriotas sobre la inminente llegada de Narciso López para encabezar la revolución. La información se nutría de rumores, de noticias reticentes, de alardes de imaginación y del propósito de mantener el patriotismo al rojo vivo, en espera de los acontecimientos. Los

bir y que ahora comentaremos. Se ve por esta carta que a Narciso López se le excitaba para que se lanzase a una nueva aventura revolucionaria y que el mismo caudillo estaba cogido en las mallas de la red que todos contribuían a tejer, porque Cabrera, "el comisionado", un patriota de Güines, tío que fué de Raimundo Cabrera, hasta llevaba a Cuba la información más o menos velada de que la expedición desembarcaría antes de Navidad, lo que no ocurrió. El historiador, sin embargo, debe señalar también que "los pobres muchachos" de quienes hablaba Turla como factores determinantes de la independencia de Cuba, no eran más que eso, unos "pobres muchachos", porque ni antes ni después se sublevaron en apoyo de Narciso López, y tampoco lo hicieron años más tarde, durante la Guerra de los Diez Años, cuando la Revolución Cubana no pudo penetrar en las provincias occidentales y los patriotas de esas regiones que acudieron a cumplir su compromiso de pelear, fueron a Las Villas, Camagüey y Oriente. La contradicción entre las esperanzas que se forjaba Turla y en nombre de las cuales reclamaba una formidable imprudencia, y la realidad de los hechos, se dió entonces y se ha dado muchas veces más en la historia de Cuba, con gentes más exaltadas que responsables, más dispuestas a la palabrería que a la acción resuelta para hacer triunfar un movimiento revolucionario.

En la correspondencia entre López y Macías, que está en el *Archivo Villaverde*, en nuestro poder, se encuentran datos concretos de los preparativos de la expedición a la desesperada, que no se dió al fin y al cabo cuando se organizó la del *Cleopatra*, con mayores recursos; pero que fracasó por la intervención del gobierno de Washington. Esa expedición la había anunciado López a Villaverde, a fines de noviembre, con una breve carta que aquí vamos a transcribir:

> ...Mi querido Villagreen: es verdad que llego á mis manos la suya del dia 9: pero es mentira qe. yo lo haya olvidado á V. como aquella dice.
>
> Mis ofrecimientos se cumpliran en cuanto á llevarlo á V. á su legitima tierra, y V. no tendra pr. que realizar lo de pegarse un tiro.
>
> Tampoco tengo el tiempo que necesito: no tengo nada; me falta todo, hasta las interesantes noticias que en bien de la causa de la tierra encargo á mis amigos; pero no pr. eso me vaya V. á tener lástima, pues Dios, pr. su infinita misericordia, me ha favorecido con tanta paciencia que yo mismo me admiro de la que me sobra despues de emplear la necesaria. Con la superabundancia de este elemento voy adquiriendo algo de lo que me falta pa. realizar UN PLAN QUE HE MEDITADO DE POPULO BARBARO. Encomiendeme V. á Dios en sus oraciones. Su mismo amigo con sus pelos y señales. (f) N. Lopez (117)

NOV. 28

El plan "de pópulo bárbaro" era la expedición a la desesperada, que así se anunciaba a Villaverde, quien estaba en Nueva York y se proponía partir para el Sur. Pocos días después, en una carta a Macías, el propio López ya daba instrucciones concretas para el reclutamiento en una carta concebida en estos términos:

> ...Mi querido Macias: dos renglones pa. qe. sepa V. qe. recivi la suya del dia 26, pr. qe. pr. lo demas nada puedo decirle hasta qe. nos llegue el "Ohio", como no sea recomendar, tanto á V. como á Tolon y Guridi, qe. no se muevan de hay (sic. por "ahí") hasta qe. yo no se los diga.
>
> Para mí, lo qe. Gaspar (Betancourt Cisneros) le encargó á V. que me digese, no es mas qe. la prosecucion del mismo *humbug* (patraña) de siempre con algun aumento en su lado de miseria y debilidad.
>
> Le recomiendo á V. vea si *hay* (sic, por "ahí") se podrian comprometer algunos jobenes de entusiasmo y amor á la Gloria, que quisiesen acompañarme en mi empresa, armados, equipados y montados pr. su cuenta; po. de una manera resuelta y sin condiciones pa. marchar, seguros todos de que en la formacion qe. debe seguir del Egercito del pais tendran comiciones de oficiales. Desde que V. tenga cuatro, digame pr. el telegrafo "...*cuatro dias faltan pa. el vencimiento de la letra...*", y segun baya aumentando el numero de comprometidos me va V., en sus avisos, aumentando el numero de dias que faltan en aquella suposicion, qe. yo iré sumando acá sobre los que me tenga ya avisado... (118)

DEC. 3, 1850

Juan Manuel Macías comenzó en el acto su reclutamiento y telegrafió a López los primeros resultados de su gestión, sin que hubiese más noticias acerca de la pequeña expedición proyectada, por lo que se quejó a López en relación con su silencio. El caudillo revolucionario, desde Nueva Orleans, le informó de que le había contestado sus cartas y le instó a que le diese más noticias "..de faltas de dias pa. vencimientos de letras...", o sea, de más reclutas comprometidos, pero sin telegrafiarle directamente a él, sino a Mr. Sigur, el director del periódico *Delta*, en cuya casa vivía López. En esa carta, a vuelta de tratar de sus estrecheces para sostenerse y para sostener a los cubanos emigrados que había en Nueva Orleans y a los soldados españoles que se le habían incorporado en Cárdenas, López le decía a Macías:

al 25 y pr. la Buelta de Abajo desuerte que halla (sic. por "allá") se sabra cuando como y donde| Ademas me parece decirte qe. pa. esos dias *volará* la noticia: segun el plan q. tienen es muy grande y bien combinado y creo se saldra airoso; se juntaran hasta dos mil y por mi no se necesitan tantos. Los puntos que se atacaran seran Cacarajicara y los dos pueblos siguientes pa. abajo; en este supuesto no te hablare mas de esto ni quisiera qe. me escribas mas pues no estare aqui y tal vez no pueda sacar las cartas.

Recibe el último adios hasta qe. nos veamos qe. sera lo mas cierto: adios, adios... (121)

En esos momentos López tenía sobre sí la amenaza del proceso por violación de las leyes de neutralidad con ocasión de la expedición de Cárdenas. El gobierno de Wáshington y la diplomacia y los abogados y policías privados que le servían, hacían grandes esfuerzos para lograr que se declarase culpable a López y se le condenase, lo que habría sido el golpe de muerte para todos los preparativos revolucionarios. Los amigos que había hecho López, por otra parte, como Sigur, Henderson, Foote y otros, le llevaban de un lado a otro con vistas a lograr que los jueces, los jurados, la prensa y la opinión pública, lo amparasen ante la persecución política que pretendía inutilizarlo, cuando se terminase la vista de la causa. Esa consideración le obligaba a no ausentarse mientras que durase el peligro de una sentencia condenatoria; pero López seguía alentando la esperanza de que le sería posible desembarcar en Cuba con una pequeña expedición y sublevar el país.

Es de justicia que insistamos sobre el hecho de que ni los patriotas emigrados ni los conspiradores que permanecían en la Isla comprendían la angustiosa situación en que se encontraba López. Para ellos todo lo que había que hacer era hacerse a la mar con unos pocos hombres armados, desembarcar en Cuba y dar el grito de guerra, y destruir con facilidad el coloniaje. Hasta los más probados amigos de López, como Villaverde, Macías, Angulo Guridi, etc., se dejaron dominar por los recelos y dudaron de la lealtad de López, a quien sus enemigos de antaño desacreditaban despiadadamente, sin darle cuartel a pesar de que los hechos habían demostrado los errores del *Consejo... Cubano* y del *Club de La Habana* y la falsía de Madan, de Alfonso, de Agüero y de algunos otros de los anexionistas a ultranza, quienes no querían la independencia, la reforma agraria y la terminación de la esclavitud, sino la anexión a los Estados Unidos o la dominación española algo liberalizada y sin abolir la esclavitud.

Llegados a Charleston, S. C., un grupo de jóvenes cubanos dispuestos a sumarse a la expedición, Macías se lo avisó a López. Figuraban entre ellos Manuel Peraza, Miguel Porto, Julio Arozarena y otros. A esa carta contestó López con esta otra:

...Mi estimado Macias: contesto su última carta del 25 del pasado, que he recivido con el retraso que caracteriza al correo de esta parte de la Union.

Los cuatro cubanos recien llegados á que V. se refiere, como los demas que estan hay (sic, por "ahi") ardiendo en deceos de hacer conocer su patriotismo en el suelo querido, deben permanecer en esa, de la manera que puedan, hasta qe. yo escriba ó mande allá uno pa. qe. hagan lo que convenga á los planes qe. tengo entre manos actualmente, y que son de naturaleza qe. á todos contentaran.

El joben de quien V. me abló en su anterior y qe. quiere conservar su grado actual, es necesario que haga algo que lo amerite pa. ello, semejante á lo qe. V. le dijo... (122)

Esta correspondencia acerca de la pequeña expedición a la desesperada se continúa con otra carta de López, pocos días después, en la que el caudillo, abrumado por las dificultades que le rodeaban, le decía a Macías:

...Mi estimado Macias: contesto la suya del 31 del pasado, qe, recivo en este momento, aprovechando un lugarcito qe pr. rareza tengo desocupado. Hace V. bien en compadecerme cuando reflexiona en mi actual situacion; ciertamente soy muy digno de lástima, sean cuales fueren las condiciones de mi alma.

Cuando yo le he ablado á V. de gente que se costee y que se presente montada, no me he referido á ningun cubano, pues de estos solo quiero saber el numero de los qe. me quieran seguir en mi empresa de libertar á la Patria, de la manera qe. yo pueda hacerlo, con hombres qe. no tengan la condición de ser cubanos. De los primeros, aviseme V. pr. el Telegrafo; y el numero de los segundos, en caso de aumento, me lo dice V. en sus cartas espresandome sus respectivas situaciones, pa. yo proveer á las necesidades de sus movimientos cuando los exija, qe. repito á V. "creo" no me haré esperar mucho, si se *realizan las esperanzas qe. tengo con bastante fundamento.*

Deceo recivir un parte de V. que me entere puedo contar en ese punto con 10 ó 20 jóbenes con sus caballos y armas, pues pr. sus cartas veo qe. aun no puedo contar con ninguno hasta ahora, á pesar de su primer parte... (123)

En la carta que acabamos de transcribir López habla de Cuba como de la patria a libertar y señala que las circunstancias le imponen que la manera de hacerlo es con hombres que no tu-

tar con quienes le ayudarían para ella. López estaba a punto de lanzarse sobre Cuba, con otra expedición de menos recursos, que creía contar con el apoyo de grupos armados organizados en la Isla. Los contactos establecidos a través del cónsul Muñoz Castro ("Catuche"), sobrino de López, a los cuales nos hemos referido ya; los viajes de Carlos Collins y de otros confidentes de López, a La Habana; los empeños para conseguir en La Habana prácticos de las costas de Cuba, que llevaron a la ejecución de Gracilíano Montes de Oca, y las inquietudes que se advertían en la Vuelta Abajo, en Matanzas, en La Habana, en Trinidad, en Camagüey, en Tunas y en Santiago de Cuba, eran parte de un plan ideado en gran escala para lograr una sublevación general que sorprendiese a los Estados Unidos y a España. Los datos que hasta ahora hemos aportado en diferentes epígrafes de este mismo capítulo, convienen unos con otros como las piezas de un rompecabezas para formar el todo de un movimiento libertador a la desesperada y que se confiaba que tendría éxito, pues había llegado a conquistar la colaboración de militares españoles.

Villaverde estaba en viaje de Nueva York a Nueva Orleans, llamado por López: pero cuando había llegado a Savannah, corto de recursos, allí le alcanzaron notas urgentes de Narciso López y de Ambrosio José González para que sin pérdida de tiempo y pidiendo prestado el dinero, si era necesario, siguiese viaje a la Ciudad del Delta, donde su presencia se necesitaba imperiosamente. ([126]) La primera noticia de la pequeña expedición con que López se proponía lanzarse sobre Cuba la había recibido Villaverde en Nueva York, el 18 de diciembre de 1850, en una carta que desde Charleston le había dirigido Miguel Teurbe Tolón al reunirse con Macías. Al día siguiente, todavía en Nueva York, se había entrevistado con José M. Sánchez Iznaga, algo alejado de López después de la expedición de Cárdenas y por el momento ilusionado con otros proyectos revolucionarios en uno de los vaivenes propios de su carácter. Sánchez Iznaga, al comentar con Villaverde la carta que acababa de recibir desde Charleston, le dijo que los cubanos que se habían reunido en esa ciudad o no habían entendido a López en lo tocante a la expedición a la desesperada, o el caudillo "...no se propuso más que callar las reclamaciones que quizas le hacen los de Charleston, recordándole el estado de Cuba. Tambien me comunicó Sánchez reservadamente que parece que los capitanes de los vapores *Georgia* i *Fulton* estuvieron en Jackson á ofrecerseles á Quitman por

si queria transportar la espn. á Cuba en sus barcos, i O'Sullivan se proponia ver si arreglaba eso con Garibaldi i Porter, pues se sabe q. el primero dijo a Avezzana que con 1,000 cubanos haria la revoln. de Cuba..." ([127])

Es fácil colegir el estado de desconfianza y desorientación en que Villaverde hubo de quedarse con tan contradictorios informes. Por un lado, Sánchez Iznaga desmentía todo lo que López había estado prometiendo a los emigrados de Macon, Savannah, Charleston, Cayo Hueso y Nueva Orleans, atribuyendo esas promesas al frívolo deseo de acallar las reclamaciones que le hacían de Charleston, recordándole el estado de Cuba, y por el otro ignoraba a López como jefe de la Revolución Cubana para presentar a Quitman y a Garibaldi como los caudillos de la expedición. En cuanto a Quitman, personaje tortuoso y falso, cuyo papel en las conspiraciones y movimientos revolucionarios de 1850-1855 quizás si algún día historiaremos, si nos alcanza la vida para ello, la noticia de que los capitanes de dos buques correos, que iban de Nueva Orleans a La Habana, sabedores de cómo les vigilaba el espionaje español, hubiesen dejado sus barcos en Nueva Orleans para ir hasta Jackson, en Mississippi, tierra adentro, para verse con Quitman, era de todo punto absurda.

Las circunstancias relacionadas con Garibaldi y Avezzana requieren un análisis más detallado. Giuseppe Garibaldi, el gran luchador italiano contra las tiranías de Europa y de América, campeón de la unidad de Italia, después de su denodada actuación en la América del Sur, en la defensa de Montevideo y combatiendo contra el expansionismo argentino y brasilero, había sido una de las grandes figuras de la Revolución de 1848, en Europa, que hizo tambalearse al absolutismo y de tal modo le afectó que ya no pudo oponerse con eficacia al desenvolvimiento de las nacionalidades. Perseguido por la reacción austríaca, se había puesto a salvo en Nueva York, donde llegó el 30 de julio de 1850, a bordo del *Waterloo*, saludado como un verdadero héroe libertador. Giuseppe Avezzana, otro de los patriotas de la unidad italiana, quien había formado parte del ejército mexicano en los primeros episodios de la Guerra entre México y los Estados Unidos, había precedido a Garibaldi y estaba en Nueva York, considerado como uno de los caudillos del movimiento internacional contra el absolutismo y en favor de la libertad y la independencia de los pueblos oprimidos. Los desterrados cubanos que es-

...De la Habana las noticias son malas. Se esperaba otra expedicion. Unos dicen que se compondrá de 6,000 hombres, mandados por Garibaldi... (130)

Fernando Ortiz ha publicado varios estudios acerca de las relaciones de Garibaldi con los emigrados cubanos, y hasta ha llegado a precisar que el famoso libertador italiano vino a Cuba en 1851, con el seudónimo de Guiseppe Pane, y que estuvo en La Habana (130). Ahora bien, el cuidadoso estudio que he hecho de los datos disponibles y con el cual llego a la conclusión ya expuesta de que Garibaldi no colaboró en las expediciones de López, sino que mas bien se relacionó con los emigrados cubanos de Nueva York y sus amigos de La Habana, alejados de las actividades de López, concuerda con el criterio recientemente expuesto al efecto por Jorge Quintana, al decir:

...Es muy posible que el grupo de conspiradores que se habia reunido junto al general Narciso López mantuviera contactos con los amigos intimos de Garibaldi, pero la realidad es que ni éste, ni ninguno de sus hombres de confianza, colaboró en los planes expedicionarios que entonces estaban preparándose, aun cuando tuviese simpatias por el mismo... (131)

El distanciamiento entre López y los emigrados de Nueva York, entre quienes se contaba su otrora íntimo amigo y hombre de confianza, Sánchez Iznaga, resentido éste por el fracaso de Cárdenas, aparece confirmado por otra carta de la época, dirigida también a Macías, cuyo texto era el siguiente:

...Mi querido Macias: voy á poner á V. dos letras pa. qe. sepa que he recivido sus cartas del 25 y 31 del pasado y su parte telegráfico del 4 del actual. La primera me gustó mucho, y la segunda me ha inquietado bastante por el párrafo qe. me copia de la carta del cubano de N. Y. (Sánchez Iznaga) al de esa ciudad (Teurbe Tolón), pues pr. el veo que en aquella ciudad se sabe lo que yo hago y digo á los de allá, con un caracter tan reservado, como que de esto depende que realizemos o nó nuestros patrióticos proyectos. Nada, amigo, estoy cada vez mas convencido de qe. mientras no pueda verme de la misma manera qe. cuando preparaba mi salida pa. Cardenas todo correrá mil riesgos, si es qe. pr. milagro y a fuerza de trabajos inmensos podemos conseguir el objeto. Espero con ancia a Gaspar (Betancourt Cisneros) quien acompañado pr. nuestra mala estrella con el "insigne" Agüero, tal vez me haran sufrir mucho, y lo qe. es peor, qe. sufra el plan q. tengo en movimiento pa. salvar la patria. Me preparo pues pr. si acaso con mas resignacion y paciencia... (132)

Ya por entonces el primitivo plan de la expedición pequeña, a la desesperada, para realizar el cual se trabajaba desde septiembre de 1850, estaba prácticamente fracasado. Con dificultad había recursos para los gastos de vida de los emigrados que colaboraban con López y que formaban pequeños grupos en varias ciudades de los estados del Sur. Ambrosio J. González, con su mejor conocimiento del inglés, haciéndose pasar por "el general González" y utilizando su labia natural, se movía más desahogadamente en Georgia; pero Teurbe Tolón no pudo conseguir empleo como profesor de español en la Universidad de Charleston, Porto comenzó a trabajar como auxiliar del sobrecargo del vapor *Isabel*, Angulo Guridi casó con la Sra. Julia Maciá, viuda residente en Charleston, otro de los cubanos puso una tabaquería y los demás, como Macías, vivían trabajosamente de las cortas pensiones que a veces recibían, sujetas a multitud de peripecias.

El dinero que habían ofrecido enviar desde Cuba para la expedición no venía y los recursos disponibles estaban en manos de Betancourt Cisneros, Goicouría y Rodríguez de Mena, quienes desconfiaban de López y todavía mantenían relaciones con Pedro de Agüero, cuya inminente defección no sospechaban siquiera.

A mediados de febrero ya López había perdido las esperanzas acerca de las cuales había hablado meses atrás con tanto entusiasmo. Por eso fué que le escribió a Macías esta carta, dominado por el pesimismo.

...Mi querido Macias: pr. su último parte telegráfico quedo enterado de qe. volvió el *Isabel* sin los recursos que se esperaban, y que de consiguiente debo graduar qe. Vds. no podran hacer lo que convendria pr. falta de medios pa. moverse. Es por eso que yó en mis cartas siempre le he dicho a Vd. lo que me gustaria que se hiciese *pr. los que pudiesen hacerlo*, de consiguiente si es necesario qe. todos permanezcan *hay* (sic por "ahi") pr. no poder otra cosa, esto es lo que debe suceder, poniendose siempre de acuerdo con Gonsales, bien escrjviendole, o bien yendo uno, *si es posible* á Savannah pa. convepir con él la manera de entenderse en adelante hasta el momento suspirado de la partida y modo de recivir los medios de efectuar la reunion.

Aun no parece Gaspar, y es cuanto pr. el momento me detiene y hace que pierda un tiempo tan precioso pa. obrar, pues qe. ya nada tengo que esperar de la isla en cuanto á recursos; y lo espero solo pr. qe. ni él ni nadie pueda decirme luego que pudiendo acometer la empresa con 30, lo hize con 10, como parecen quieren hacer creer desde hace mucho tiempo. Ya V. vé que él tiene en su poder algunos recursos que si quieren poner a mi disposicion me harian mas fuerte pa. obrar, que lo podria ser con los que actualmente poseo.

Llego Villaverde y me entrego el pañuelo de la cubana... (133)

cia decisiva para resolver muchas de las diferencias que había entre los patriotas cubanos. El propio Vilaverde dejó el siguiente relato de sus primeras impresiones al llegar a Nueva Orleans, relato que confirma la inminencia de una expedición en pequeño, que sería seguida de otra, mayor:

> ...Volví á Custom House i me encontré en el zaguan con Sigur q. bajaba le dije quien era i me llevo al cuarto del General, en el segundo piso. El Gral. me parecio mas gordo; me había mandado llamar pa. dejarme aqui cuando *él salga pa. Cuba* i pa. q. le siga con la divisn. q. ha de desembarcar en la Vta. B. Aqui ayer mismo vi á Montoro, á Plana, á Herdz., á Laine, á Manresa, á Roca, a Lofio; a Collins lo vi por la tarde cuando fui al muelle... Las cartas de la Haba. q. recibió anoche i esta mañana el Gral. son de poca importancia ps. no le incluyen libranzas, sino q. le mandan prendas pr. valor de unos $700, prendas de dos mujeres casadas, sobrinas del Gral. i de otra señora... (135)

El lector hará bien en fijarse en el dato referente a que una división expedicionaria desembarcaría en la Vuelta Abajo, que figura en la anotación que acabamos de transcribir. A fines de 1850, según la correspondencia entre Villaverde y su hermano, que hemos citado, ya Pinar del Río figuraba en los planes revolucionarios de López, quien conocía la extremidad occidental de Cuba y contaba con numerosos amigos en esas comarcas. Ahora encontramos ratificado ese dato en el *Diario* de Villaverde, en los mismos días en que el consul Laborde, desde Nueva Orleans, escribía al brigadier Fulgencio Salas, presidente de la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente de la Isla de Cuba, y a vuelta de informarle de que Wenceslao Mestre había llevado papeles de López para Cuba, de donde J. L. Lamothe acababa de llegar con documentos para el caudillo revolucionario, le decía que Antonio González, natural de Canarias, iba para La Habana a bordo del *Falcon* y que sabía que un paisano suyo contaba con un grupo de doce a catorce hombres reunidos cerca de la costa con el pretexto de que hacían carbón; pero en realidad dispuestos a ayudar a la expedición. El isleño González se ofrecía para delatar a su paisano y agregaba que él llevaba cartas de los revolucionarios de Nueva Orleans para los conspiradores de Pinar del Río, con instrucciones acerca de lo que debían hacer (136). Pinar del Río como uno de los objetivos revolucionarios de López era, pues, conocido de los españoles, de los emigrados y de los conspiradores que había en Cuba, muchos meses antes de la salida de la expedición del *Pampero*.

Los informes entonces recogidos por Villaverde acerca de López y de los emigrados cubanos radicados en Nueva Orleans, no deben ser pasados por alto, ya que revelan una actitud ante el deber patriótico que en otras ocasiones, hasta en nuestros días, ha sido distintiva de muchas personas frívolas y caprichosas que han tomado el camino del destierro como una manifestación de hostilidad a la situación política imperante; pero sin estar animadas de verdaderas convicciones cívicas, de ésas ante las cuales se hacen todos los sacrificios.

Escribía Villaverde en su interesante *Diario*, que López

> ...había salido en busca de dos hombres pilotos prácticos que le mandaron de la Habana... Esos dos hombres fueron ajustados por M. M. (Manuel Muñoz y Castro, Cónsul de Venezuela en La Habana) el sobrino del General... He sabido aqui que el Gral. sostenia á unos 15 polacos, hungaros é italianos, que se proponen acompañarlo á Cuba; como tambien sostiene á la Compa. de Cárdenas, con Gotay, Pedro Lopez i Curbia en Pascagoula... i tambien á Plana, á Montoro, á Herdz., á un tal Valdes (el P. Valdés, cura párroco de la Sabanilla, perseguido por el despotismo español), i qué se yo cuantos mas. Los gastos mensuales no bajan de $200. Es mucha cosa q. mientras el Gral. se priva hasta de calzoncillos i de casaca, i de otras muchas cosas, los mocitos quieran divertirse á costa de la Patria... Por parte telegráfico de Macias... se sabe que Betancourt i P. Agüero habian salido... en vuelta de esta ciudad con las prendas de las cubanas camagüeyanas i unos $3,000 de los camagüeyanos q. mandan al Gral. para la espedn... (137)

La anotación que acabamos de transcribir contiene algunas observaciones muy interesantes. En primer lugar, se confirma que López actuaba de acuerdo con Muñoz Castro ("Catuche"), su sobrino, quien ejércía funciones consulares en La Habana y que ambos habían convenido quienes serían los pilotos o prácticos de la expedición, la cual se consideraba inminente. Este acuerdo hay que estudiarlo en relación con la fracasada misión de Carlos Collins, el proceso contra Graciliano Montes de Oca, la expulsión de Muñoz Castro y el destierro de Bombalier, hechos todos a los que nos hemos referido con anterioridad. En segundo término, también son muy interesantes los datos acerca de la penuria en que vivía el caudillo de la Revolución Cubana mientras los "mocitos" se divertían en espera de una expedición en la cual no irían muchos de ellos, por lo que hay que convenir en que ya por entonces florecía ese curioso tipo de revolucionario cubano expatriado, enemigos de dictadores y tiranos extranjeros o nativos; pero más de palabras que de hechos y de principios. Por último, la

El lector debe, además, fijar su atención en los pronunciamientos de López acerca del militarismo desorbitado y sus perjuicios para la "democracia republicana". Más que ningún otro de los libertadores cubanos; más que el propio Máximo Gómez, quien había sido oficial de milicias antes del Grito de Yara, Narciso López era militar. Lo había sido desde los catorce años de edad y había ascendido por méritos de guerra en Venezuela, en Portugal y en España, con una brillante hoja de servicios, y había llegado a ser mariscal de campo después de haber participado en sangrientas batallas entre las que se contaban Carabobo, Puerto Cabello, Garabulla, Maracaibo, Oñate, Mendoza, Sesma, Arroniz, Mendigorría, Salvacañete, Torrijos, La Matilla, Cheste y otras. España le había otorgado prácticamente todas las condecoraciones militares de la época y le había confiado mandos políticos y militares en Cuenca, Valencia, Madrid, etc. Su único cargo civil había sido el de senador por Sevilla y entre los caudillos con los cuales se había batido figuraban Bolívar, Páez, Zumalacárregui, Cabrera y otros. Como hemos destacado en el primer volumen de esta obra, las aptitudes militares de López no sólo habían impresionado a hispanoamericanos y españoles, sino también a los jefes británicos que pretendieron regularizar la Guerra Carlista y que elogiaron en informes oficiales su capacidad, su bravura y sus otras cualidades. Con esos antecedentes todavía son más importantes los pronunciamientos del general Narciso López en cuanto al militarismo y las repúblicas democráticas, ya que sus grados y condecoraciones no habían sido usurpados o logrados merced a componendas y favoritismos. Sabedor de lo que hacían los Páez, los Monagas, los Mosquera, los Flores, los Santa Cruz, los Gamarra, los Rosas, los Iturbide y otros generales de las Guerras de Independencia para destruir o confiscar en provecho suyo las libertades prometidas, se anticipaba a prometer que eso no ocurriría en Cuba libre, porque él, el caudillo por antonomasia en un país sin tradición militar y sin héroes militares por entonces, depondría el mando en manos del Congreso de la República de Cuba, como un ejemplo para los demás combatientes por la independencia. Con él, pues, Cuba libre no sería el "hato de generales celosos", al que se refería Martí, o "silla de monta para que el tirano militar se pavonee, después de la guerra triunfante", ya que, en opinión suya, que también expresaría Martí muchos años más tarde: "¡Pelear es una cosa y gobernar es otra! Subordínese... el empleo militar, que es el agente de la ley, al gobierno civil, que es la ley. La guerra no habilita para el gobierno; pero tampoco es la escuela propia del arte de gobernar". (139)

Estas consideraciones, basadas en documentos de le época, demuestran que López no era el típico soldado de la independencia hispanoamericana, dispuesto a substituir al despotismo español con otro, encabezado por nativos, sino el libertador de los ejemplos patrióticos y de los grandes renunciamientos al estilo de San Martín, de Sucre y de Máximo Gómez. Creía tener a su alcance la creación de Cuba Libre y de antemano renunciaba al poder para no interferir con el establecimiento de una democracia. Nadie tiene derecho a pensar que fuesen vanas sus palabras o que, al hacer sus declaraciones, que acabamos de comentar, no actuase con sinceridad o se refiriese a una revolución inexistente. El propio Cirilo Villaverde es quien anota en su *Diario* el dato de que tan concretas eran en esos momentos las posibilidades de una expedición combinada con una sublevación de los propios cubanos, que él le había escrito a su hermano Juan Villaverde para decirle que un grupo expedicionario iría a La Mulata, a corta distancia de las Playitas del Morrillo, donde después desembarcó la expedición del *Pampero*, o a Majana, y que el propio López, con un segundo grupo de combatientes, daría otro golpe revolucionario en un lugar distinto. En esos momentos el escritor Manuel Costales era el contacto principal de los "lopiztas" en La Habana, y él era quien tenía en su poder proclamas y retratos de López, así como despachos en blanco para los nombramientos de agentes y jefes de las diversas partidas, comprometidos en el alzamiento proyectado. (140) En el vapor *Falcón*, salido el 13 de febrero de 1851 para La Habana, se enviaron doscientos despachos en blanco, que debían ser llenados con los nombramientos de los oficiales de un regimiento de patriotas, que se sublevarían en La Habana, simultáneamente con el desembarco de la expedición, y cien retratos de López, todo ello con instrucciones de que Manuel Costales interviniese en la distribución de esos documentos de la que se consideraba una revolución inminente.

No desdeñaba López el aporte que podía representar la agitación anexionista norteamericana, que solamente contemplaba la adquisición de Cuba. De ella esperaba dinero, armas, municiones, voluntarios y hasta la posibilidad de influencias políticas cerca del gobierno de Wáshington, que neutralizaran la cola-

No era ésta la actitud de los hacendados y de los esclavistas de Cuba, cuyas ideas eran similares a la de los anexionistas norteamericanos, y tampoco las de algunos conspiradores cubanos quienes aspiraban a ser, con sobrados méritos para ello, las figuras máximas de la Revolución Cubana, y que se encontraban con que López les dejaba relegados a un segundo plano por su renombre militar y su popularidad. Gaspar Betancourt Cisneros, *El Lugareño*, se encontraba en ese caso. Tenía sus dudas acerca de las posibles ambiciones de López, en plan de caudillo militar, y prefería seguir conspirando con sus amigos si no podía lograr que López se le sometiese. Estas rencillas habían frustrado las tentativas libertadoras hechas hasta entonces y que no habían logrado la unidad nacional cubana frente a los españoles. Estaban a punto de producirse esos mismos lamentables resultados en aquellos momentos y por ellas ocurrirían otros muchos descalabros en la historia revolucionaria de Cuba, hasta nuestros días.

De ahí que López esperase en Nueva Orleans a Betancourt, a fines de febrero de 1851, lleno de preocupaciones. A punto de llegar *El Lugareño* a la metrópoli sureña, López departía con Villaverde y le exponía su criterio de que, en opinión suya, *El Cubano* (Manuel Rodríguez de Mena), quería que él, López, estuviese unido con Betancourt, Arteaga y Agüero, y él se negaba a entenderse con los dos últimos, aunque admitía, con reservas, al primero, de quien decía que nunca encontraba bien lo qu él pensaba y se oponía a todos sus planes. Sin embargo, agregaba, si Betancourt quería unírsele, él lo sacrificaba todo, y concluyó diciendo: "Sí, sí, á la independencia y libertad de Cuba estoy dispuesto a sacrificarlo todo, mi honra, mi sangre; pero no la independencia y libertad mismas..." (148)

La llegada de Betancourt a Nueva Orleans coincidió con una sangrienta riña callejera en la que cubanos y españoles se combatieron ferozmente, el 25 de febrero de 1851. Los ánimos estaban caldeados mientras llegaban a su fin las sesiones del proceso contra López y los demás organizadores de la expedición de Cárdenas. Ese proceso, en el cual estaban incluidos el senador Henderson y el general Quitman, gobernador del Estado de Mississippi, había comenzado en junio de 1850; pero la presión de la opinión pública en favor de los acusados y las argucias legales cerca de jueces y jurados, lo habían alargado considerablemente sin que se pudiera llegar a un veredicto, aunque es de justicia señalar que el gobierno de Wáshington, en las mejores relaciones con la legación de España por la amistad que unía al ministro Calderón de la Barca con Daniel Webster, el secretario de Estado de Fillmore, había presionado al tribunal de Nueva Orleans todo lo que había podido para lograr la condena de López y de los demás acusados.

Quitman había renunciado espectacularmente su cargo de gobernador de Mississippi el 3 de febrero, cuando el tribunal de Nueva Orleans, en el vecino estado de Luisiana, ordenó su arresto y su comparecencia en juicio. El turbulento personaje, identificado con los anexionistas norteamericanos y con los verdaderos anexionistas cubanos, había llegado a Nueva Orleans, donde se le había aclamado como un héroe por la proclama contentiva de su renuncia como gobernador y en la que había una ardiente profesión de fe en favor de la anexión de Cuba como solución inescapable para el conflicto entre el Norte y el Sur. En el banquete ofrecido en honor de Quitman por los anexionistas de Nueva Orleans y en el que se pronunciaron encendidos discursos que pedían la anexión de Cuba a los Estados Unidos, Narciso López y sus amigos estuvieron conspicua y significativamente ausentes (146). Varias y diversas razones se expusieron por entonces para explicar la situación de alejamiento planteada; pero la que real y verdaderamente daba la clave de lo ocurrido, era la de que López y sus amigos evitaban con su abstención todo compromiso oficial anexionista, mientras seguían aprovechándose de la ayuda que podían obtener por parte de los partidarios de la anexión.

Alrededor de todos estos sucesos y mientras se hacía necesario convocar y disolver tres jurados sin lograr una sentencia, con lo cual el fiscal Hunton tuvo que pedir el sobreseimiento de la causa, cubanos y españoles comenzaron por intercambiar insultos y amenazas. El 25 de febrero, para expresar públicamente su regocijo por la derrota de los españolistas, los cubanos desfilaron por las calles, llevando al frente de la manifestación una bandera cubana y dando vivas a López y a la independencia de Cuba. Los españolistas se reunieron al paso de los manifestantes y les contestaron con gritos insultantes. En la refriega que se produjo hubo cabezas rotas y otras lesiones; pero los cubanos, ora fuese porque contasen con un mayor número, ya fuese porque el vecindario y la misma policía estaban en su favor, llevaron la mejor parte. Un español de apellido Vargas, dueño de un café, ofreció pú-

blicamente quinientos pesos por la cabeza de López, los ánimos se agriaron más todavía y los patriotas emigrados anunciaron que el martes 4 de marzo llevarían a cabo otra manifestación con banderas y con una banda que iría tocando himnos revolucionarios. Dice Villaverde que el propio López, entusiasmado con la demostración que se proyectaba, arreglaba la gran bandera del desfile y exclamaba: " ¡Señor: qué me gustan los cubanos guapos!" (147) cuando supo que acababa de llegar Betancourt Cisneros.

Las eternas dicrepancias entre Narciso López y Gaspar Betancourt Cisneros se manifestaron en seguida. Este último, como siempre había hecho y seguiría haciendo a pesar de los repetidos fracasos de las esperanzas puestas en el turbulento general Quitman, se inclinó a éste, por entonces convertido en héroe popular en Nueva Orleans. Tras la primera entrevista entre el jefe de la expedición en Cárdenas y *El Lugareño*, éste mostró su descontento. Villaverde anota en su *Diario* lo siguiente:

> ...Betancourt me dijo "q. no estaba satisfecho de los proyectos del Gral., q. no veia unidad, q. habiendo poco dinero estaba dividiéndolo pa, diferentes negocios, aqui i en N. York, i q. el creia q. debia irse con cualqr. número. de hombres, en el primer transporte q. consiguiese." y agregó Betancourt: "...de suerte q. yo no se que decir á la Hana., no veo claro, me parece q. todavia el Gral. no puede irse ni podrá salir, mientras no reconcentre sus fuerzas i sus medios, los tiene mui esparcidos". (148)

En la anotación que antecede encontramos de nuevo la referencia a la pequeña expedición, a la desesperada, con cualquier número de hombres y en el primer transporte que se consiguiese, esta vez hecha por Betancourt Cisneros; pero no para que él figurase en esa expedición, sino para que Narciso López fuese quien emprendiese la aventura. Los teóricos de la Revolución Cubana, tan abundantes en todos los tiempos: criticaban a los hombres de acción por la inactividad a la cual le forzaban las circunstancias; pero al mismo tiempo y después de haber restado a López, en los momentos decisivos, su apoyo económico, ahora decían por boca de *El Lugareño* que no veían con claridad las cosas, que no sabían qué decir a La Habana y que el esfuerzo revolucionario tardaría. Se creaba así un curioso y lamentable círculo vicioso: al caudillo se le regateaban y hasta se le negaban todos los recursos necesarios para organizar y conducir la expedición que habría sido decisiva, y al mismo tiempo se le criticaba porque no la llevaba a cabo tan poderosa como tenía que ser y en ese caso hasta se

llegaba a la decisión de que fuese a combatir la dominación española cómo pudiese y con lo que pudiese.

Betancourt no tardó en renovar sus contactos con Quitman, uno de los militares norteamericanos a veces improvisados, como ocurría con el gobernador de Mississippi, que siempre habían sido preferidos a Narciso López por quienes desconfiaban de este último. Las diferencias entre el caudillo revolucionario y el patriota camagüeyano continuaban y hasta iban en aumento. Villaverde vuelve a aludir a ellas cuando dice en su *Diario*:

> ...Por la mañana fuí á ver á Bett. i me leyó algs. apuntaciones ú observaciones q. habia hecho al borrador de la Constitun. provisional q. el Gral. habia estendido pa. Cuba el año pasado. La idea de Bett, es q. ningun empleado ni autoridad del Gobo, español se separe de su puesto por virtud de nuestro mandato o nuestra amenaza, sino por virtud de propia deliberación, logrando asi quitar todo motivo de queja fundada contra el nuevo Gobo. Esto se opone á las miras del Gral., quien teme q. muchos pícaros retendrán el puesto ó la autoridad pa. poder hacernos daño. Bett. tiene tambien entre manos el proyecto de una constitucion i cree que sobre esto ya otros han preparado trabajos... (149)

Tres días más tarde ya estaba Pedro de Agüero en Nueva Orleans, acompañado de su esposa, sin dejar traslucir la realidad de que tanto él, como José Luis Alfonso y Cristóbal Madan, estaban en contacto con el gobierno español y a punto de hacer defección para aceptar nombramientos y beneficios por parte de Concha. Si Agüero no había hecho el viaje en compañía de Betancourt "por nuestra mala estrella", como decía López, por lo menos le había seguido a Nueva Orleans y se aplicaba a sembrar la cizaña, López le había arrancado a *El Lugareño* la promesa de no revelarle nada de Agüero, a cuyo objeto se escudaría tras la excusa de que López no quería dar detalle alguno acerca de la expedición y se reservaba todos los datos que tenía repecto a la misma. El vacilante personaje de la Revolución Cubana que era Agüero se indignó ante la actitud asumida por Betancourt y le criticó el que hubiese entregado a López, sin previas condiciones, las joyas de las camagüeyanas, a lo cual agregó la noticia de que Alfonso, secretamente vendido a Concha, le había dicho que pidiese a López que demorase su expedición para ponerse de acuerdo con él. Aquellos falsos conspiradores, desmoralizados por su egoísmo y por su falta de escrúpulos, hasta pensaban que podían sobornar a López e inducirle a abandonar la empresa libertadora a la que había consagrado su vida y en torno a la cual alentaba los más

anexionista de los estados meridionales de la Unión y de las clases privilegiadas de Cuba. La independencia, la República de Cuba, la distribución de tierras, el comercio libre y la falta de una promesa concluyente en favor de la esclavitud y que favorecía su abolición, puntos todos que figuraban en las proclamas y en las constituciones de López y que son ideales democráticos y no los simples propósitos aludidos por Sanguily y de la Cruz, todo eso quedaba frustrado con la fuerte expedición de Quitman, financiada con los dineros que se regateaban y hasta se negaban a López.

Según el *Diario* de Villaverde, la proposición que *El Lugareño* hacía a Quitman y a la cual acabamos de aludir, había sido inicialmente preparada por *Beppo* (José Luis Alfonso), el personaje de los grandes dobleces y cuya máxima preocupación consistía en seguir disfrutando de sus riquezas, de sus privilegios y de sus esclavos, tanto si lograba estas ventajas por parte de España, como si las conseguía por el lado de los Estados Unidos. En cuanto a Cuba Libre, no se le ocultaba al después Marqués de Montelo que con la fundación de la república vendría una verdadera revolución que impondría un nuevo orden de cosas. De ahí que siempre, desde los días de la *Conspiración de la Mina de la* Rosa Cubana y de sus gestiones cerca del general Worth, el *Club de La Habana*, que él dirigía, el *Consejo de Organización y Gobierno Cubano*, de Nueva York, que le obedecía y todos los elementos que les eran afines, trabajasen contra Narciso López y contra sus preparativos revolucionarios, aunque con ello ayudasen a la continuación del despotismo español en Cuba. Para ellos el despotismo era cosa secundaria y lo importante era que la clase que representaban siguiese en el garantizado disfrute de sus privilegios. Por eso fué que José Luis Alfonso y sus amigos se pasaron tranquilamente al tirano Concha después de haber abominado de España. Por eso fué que combatieron en las filas españolas cuando la Guerra de los Diez Años, contra la independencia de Cuba, mientras Saco les escribía para calificar a la Revolución de Yara de

> ...funesta insurreccion que bien puede calificarse de criminal... (154)

La proposición de Betancourt Cisneros a Quitman, originaria de Alfonso y de la cual había sido portador Agüero, no condujo a nada por el momento; pero en torno a ello se produjo un interesante esclarecimiento de las actitudes de los conspiradores de la época. Se le escapó a Agüero el decir que quizás si, en el fondo, *Beppo* no quisiese expedición alguna, a pesar de la encomienda que le había hecho al efecto; pero agregó que eso era opinión suya. *El Lugareño*, molesto por el desairado papel que acababa de desempeñar, contestó que eso no era una opinión, "sino una bribonada" (155) para engañarlos a todos. Agüero admitió entonces que José L. Alfonso, es decir, el *Club de La Habana*, el *Consejo... Cubano*, etc., no querían la revolución, pues temían que si triunfaba ésta, fuese a perjudicarlos: por eso era que *Beppo* se ofrecía a colaborar, concluía Agüero; y Betancourt Cisneros, quien incautamente le había hecho el juego frente a todos los resueltos empeños revolucionarios de López, explotó en amargas quejas y dijo:

> ...Nosotros hemos sido engañados miserablemente... ni Pepé (José Luis Alfonso) ni Madan han querido nunca la revolucion, ni la quieren ahora, ni entraran en ella sino arrastrados por las circunstancias... (156)

Esos eran, sin embargo, los miembros del *Club de La Habana* y del *Consejo... Cubano* que en 1848, 1849 y 1850 habían obstaculizado y frustrado los planes libertadores de López por la desconfianza con que consideraban los posibles resultados de la revolución encabezada por él. Entonces se criticaban entre sí; pero todos habían estado de acuerdo contra López sin querer comprender los que iban de buena fé que solamente con él era que podían llevar adelante los planes libertadores de Cuba. ¿Por qué, sin embargo, debe el historiador de hoy ser duro al calificar a los incautos que no supieron ver la realidad y les hicieron el juegos a los contrarrevolucionarios? ¡Todavía en nuestros días pretensos historiadores cubanos, algunos hasta con cátedras de esa disciplina, y algún pobre diablo con etiqueta de radical y que es incapaz de ver más allá de sus narices, se muestran incapaces de comprender todo el choque de intereses creados que hubo en torno a Narciso López y a sus empresas libertadoras y por no saber o por no pensar acerca de lo que debieran saber, se refugian en las ideas hechas de los que erróneamente juzgaron hace más de sesenta años los movimientos revolucionarios de mediados del siglo pasado y los personajes que intervinieron en ellos y las motivaciones de sus actos!

En el caso de Betancourt Cisneros lo más doloroso era que, no obstante el efecto que le producían las revelaciones acerca de la

xico, con los funestos cuartelazos del militarismo desenfrenado, al servicio de la reacción, y López declaró:

> ...En Cuba no será así; yo seré el primero en renunciar á todo grado i nó daré ninguno sino con muchísima parsimonia, i me armaré de toda mi fortaleza pa. no hacer dos capitanes si no se necesita mas q. uno, ni tres si solo se necesitan dos, i cuando se acabe la guerra haré cuanto esté en mi poder pa. q. todos los militares se manumitan, pa. lo cual se establecerá un fondo, i se dará á cada uno q. quiera manumitirse en dinero ó en tierras el valor ó capital q. representa su grado. No habrá pensiones de ninguna especie, gangrena de los estados... (158)

Si en 1851 se hubiese consolidado la Revolución Cubana, encabezada por López, hasta lograr la independencia, como pudo haber ocurrido si todos los que se habían comprometido a apoyar el movimiento hubiesen cumplido las promesas hechas, el caudillo libertador habría estado en una posición decisiva para imponer la solución que acabamos de transcribir, tendiente a la liquidación del militarismo y de clases privilegiadas entre los cubanos, y también conducentes a sanear las finanzas, a librarlas del gravamen de pensiones que se eternizan, y a demostrar con hechos la gratitud de la Patria para con sus libertadores, quienes se habrían convertido en terratenientes. López, un general que no se había improvisado y que no debía sus grados a intrigas, tenía autoridad moral para exigir que los soldados de la Revolución Cubana no se convirtiesen en un peligro para ella.

Los proyectos de López acerca de la pequeña expedición a la desesperada hubo que modificarlos a consecuencia de la actuación de Agüero y Betancourt cerca del caudillo revolucionario y del general Quitman. No había seguridad alguna de una acción conjunta y hasta había posibilidades de que uno de los planes interfiriese con el otro y de que López, al aventurarse con fuerzas insuficientes a desafiar la dominación española, fuese aplastado por los soldados de Concha sin que nadie acudiese a respaldarlo, como así ocurrió, al fin y al cabo. Todavía el 17 de marzo López no había renunciado del todo a su idea de lanzarse sobre Cuba con cualquier número de hombres que pudiese reunir (159); pero mientras tanto, se habían desarrollado en La Habana los sucesos que ya hemos relatado sobre la prisión de Carlos Collins y de Santiago Bombalier, en cuyo poder se encontraron comprometedores documentos que llevaron al descubrimiento de las actividades revolucionarias de Manuel Muñoz Castro (*Catuche*), Cónsul de Venezuela en La Habana y sobrino de Narciso López, quien era el punto de contacto entre los patriotas de Nueva Orleans y los habaneros. La represión española se cebó en Graciliano Montes de Oca y no fué posible encontrar a través de los Fleury, de Regla, otros prácticos de las costas de Cuba. Los jefes de grupos en La Habana, Güines, etc., o fueron aprehendidos o tuvieron que ocultarse y se dió contraorden en cuanto al levantamiento, que era inminente en ciertos parajes de la Vuelta Abajo. El espionaje español en Nueva Orleans hasta sabía y el Cónsul Laborde así se lo informaba a Concha, que los directores de la conspiración, apresados en La Habana, eran reemplazados por Manuel Costales y por el Dr. Chaple, lo cual era cierto. ¡Había fracasado el plan tan laboriosamente preparado en los mismos días en que, con una lamentable coincidencia, Cristobal Madan llegaba a La Habana y se entregaba a las autoridades coloniales!

El desconcierto se había apoderado de los emigrados que estaban en Charleston y en Savannah, en espera de que les llamasen para ir a Cuba. No acertaban a comprender el por qué de aquellas demoras y del prolongado silencio de López y temían lo peor que, a juicio suyo, pudiese ocurrir, o sea, que la expedición partiese sin que ellos figurasen en la misma.

Días antes de que se consumase el fracaso Macías había escrito a Villaverde y le había dicho:

> ...he recibido su segunda del 20 del mes pro. po. y con ella el placer de saber que todo marcha admirablemente bien: Ojalá sea cierto lo que V. me dice respecto á que pa. fines de Marzo nos veremos en Cuba. Yo, acá en mi retiro, no puedo formar juicio de cuando ni como saldremos; así es que deseo siempre saber de por allá, pues aunque poco me dicen, basta para tranquilizar algun tanto mi ansioso espiritu: mi único consuelo en estos momentos es el conocimiento que tengo del Gral. y la seguridad de que el, mientras tenga existencia, trabajará por llevarnos al camino de la gloria: estas ideas me hacen estar con alguna tranquilidad en medio de la oscuridad en que estoy. Nuestros amigos en esta siguen *templados* y decididos, aunque todos muy pobres. Porto no pudo dar mas viages en el *Isabel*, hasta hoy que salio con el para quedarse en la Habana porque su familia, sabedora de los lios en que andaba le negó sus recursos, poniéndolo en la necesidad de irse por falta de recursos para vivir; nosotros, poco podiamos hacer por el, hallándonos punto menos. El lleva el proyecto de ver si puede engañar a su familia haciéndoles creer que se ha separado de nosotros, para que le den dinero y volverse para acá.

que me vaya con él á Jacksonville, donde vive él; po. no he querido irme porque no se si convendrá ó no á los planes del Gral. que yo esté allí ó en otro punto: mañana se va él.

Yo no he recibido ni una letra de mi familia, no se á que atribuirlo, y lo estraño. Quizás mas adelante reciba... aguardaré al otro viaje del *Isabel si hay tiempo* y sino paciencia y conformidad.

3-25-51 Por Mr. Titus he sabido que Gonzalez está en Savannah. Cruz (Francisco Javier de la Cruz) me ha escrito por el *Isabel;* esta bueno y tan patriota y templado como siempre. Angulo, Tucla y demas amigos buenos y decididos á hacer lo que el Gral. nos mande... (168)

Las proposiciones de Agüero y Betancourt Cisneros a López para que aceptase la jefatura de un norteamericano en una gran expedición de dos mil hombres a cambio de que se le diesen a él $30,000 con destino a la otra expedición, más pequeña, que había estado preparando, por un momento parecieron ofrecer el remedio para las dificultades de carácter económico con las que había tropezado López. Los representantes de los capitalistas cubanos le decían al caudillo que podían lograr que Domingo de Goicouría entregase esos treinta mil pesos si López se comprometía a reconocer la autoridad de un militar norteamericano que encabezaría la expedición mayor. Agustín (?) Roca fué escogido para la misión cerca de Goicouría y la cumplió al anticiparse a la llegada del aviso enviado por el cónsul Laborde pero Goicouría se negó en redondo a enviar la cantidad pedida y Roca fué arrestado por los españoles e interrogado severamente por el propio Capitán General de la Isla, quien lo deportó al no poder arrancarle confesión o prueba alguna de la misión que acababa de desempeñar y que el espionaje colonial tenía motivos para saber que había sido el objeto de su viaje. (164)

Una tras otra perdía López sus esperanzas de cumplir el ofrecimiento que había hecho a los conspiradores de Cuba para dar el grito de independencia. La noticia de la detención de Carlos Collins, conocida por Macías desde el 25 de marzo en Charleston, no la recibió López hasta el día último de ese mes, en Nueva Orleans, debido a que no había servicio telegráfico entre Cuba y los Estados Unidos y se dependía del correo marítimo. Según Villaverde, el defraudado caudillo montó en cólera ante la confirmación del nuevo fracaso y sus posibles consecuencias y llegó a decir que Collins merecía que lo fusilasen. (165) Más y más tenía que resignarse a depender de sus antiguos enemigos de 1848-1850, quienes contaban con los recursos que a

él se le negaban. La defección de Cristobal Madan, quien acababa de entregarse a Concha y era de esperar que pagase su perdón con servicios al despotismo español, la comentó severamente, según se lee en el *Diario* de Villaverde, en presencia de Agüero y de Betancourt, los antiguos compañeros de Madan y el primero de los cuales estaba a punto de hacer lo mismo que había hecho el flamante presidente del *Consejo... Cubano*. López se sentía vindicado con la conducta de Madan y escuchando a Agüero y a Betancourt, quienes también la condenaban, se sintió inclinado hacia ellos y hasta llegó a creer, que podía confiar en Agüero.

Todo lo que podía salvar de su organización consistía en llegar a un acuerdo con quienes le habían dejado solo, le habían zaherido y le habían negado su apoyo cuando más lo había necesitado, a fin de preparar una nueva tentativa libertadora, que sería en gran escala, según las doradas promesas de Agüero y Betancourt, confirmadas desde Nueva York por John L. O'Sullivan y sus amigos, los emigrados cubanos allí radicados... Así fué como Narciso López por fin consintió en participar de la expedición del *Cleopatra*, que quizás si habría sido decisiva por los recursos con que contó; pero que fué desbaratada por el gobierno de Wáshington para servir a los intereses coloniales de España en contra de Cuba Libre y así esperar una mejor oportunidad para realizar la anexión.

Quedaba por liquidar una cuestión secundaria con los elementos que habían estado dispuestos a participar de la pequeña expedición a la desesperada. Los emigrados que estaban en Nueva Orleans sin mayor dificultad se adaptaron a la nueva consigna; pero no todos los que estaban en Charleston y en Savannah mostraron la misma disposición de ánimo. Un joven, resuelto y audaz, Manuel Peraza, no se resignó a esperar por la nueva expedición y se manifestó dispuesto a irse por su cuenta, hasta sólo, si era preciso, para incorporarse a los grupos revolucionarios que se habían comprometido a sublevarse en Pinar del Río. Pidió ayuda a los demás emigrados e insistió en su empeño con tanta firmeza, que por fin el propio López autorizó y hasta propició su salida para Cuba.

El gobierno español, durante las investigaciones hechas con ocasión de los arrestos de los conspiradores habaneros, se había referido a "un tal Macías" en el curso del proceso. López sintió

"Yo soy filibustera
¡Viva López!
¡Viva Cuba!
¡Viva su bandera!" (170)

La opinión cubana, pues, a pesar de los excesos del despotismo español, de las defecciones de los que se dejaron seducir por Concha, y de los descalabros que habían acompañado a los preparativos revolucionarios, se mantenía firme al lado de Narciso López. De él y de sus compañeros era que esperaba la destrucción del coloniaje y el establecimiento de la independencia, mientras que la anexión era la raquítica y egoísta aspiración de los esclavistas y de los otros intereses privilegiados.

Tan hondo llegó a adentrarse la popularidad de López, que allá en los jardines de los ingenios *Santa Rosa*, de Aldama, y *La Majagua*, de Güell (emparentado con Isabel II), se desarrolló la rosa *Narciso López*, con cáliz rojo y centro blanco estrellado, como el del triángulo rojo de la estrella solitaria, y ese rosal se propagó por todos los jardines de la Isla a pesar de la persecución del despotismo, que lo consideraba un símbolo revolucionario para quien lo cultivase.

CAPITULO II

1.—La organización de la expedición del "Cleopatra".—2. Los emigrados revolucionarios europeos y su participación en este esfuerzo libertador.—3. El espionaje español y el norteamericano.—4. La expedición del "Cleopatra": sus recursos, la delación y el fracaso.—5. Efectos de esta infructuosa tentativa sobre la emigración cubana.

1. La organización de la expedición del "Cleopatra".

No es posible determinar con precisión qué día fué que Narciso López renunció a los preparativos que venía haciendo para una expedición pequeña, a la desesperada, simultaneada con la sublevación de sus amigos de Cuba, para aceptar las proposiciones de Betancourt Cisneros y de O'Sullivan en nombre de otros revolucionarios cubanos, quienes preferían una expedición en gran escala. Si no nos es posible fijar esa fecha con toda exactitud, por lo menos sí podemos formar el cuadro de las circunstancias que le inclinaron a colaborar en la expedición del *Cleopatra*, sin duda la más importante en cuanto a recursos y medios de transporte que los cubanos organizaron en el extranjero contra la dominación española y por ello mismo la que probablemente pudo haber sido decisiva para iniciar una rápida y triunfante guerra de independencia. De ahí que el fracaso de la expedición del *Cleopatra*, frustrada por la colaboración oficial de España y los Estados Unidos contra Cuba Libre, sea tanto más doloroso en la historia de nuestro país, ya que el acuerdo de Fillmore y Webster con Calderón de la Barca y con Concha, en 1851, fué directamente responsable de que el coloniaje español en Cuba durase hasta 1898, con todos sus horrores, y de que al fin y al cabo los Estados Unidos se viesen envueltos en una guerra con España, que no habría tenido lugar en tiempos de Narciso López.

En ese cuadro de circunstancias la prisión de Carlos Collins, Santiago Bombalier y los demás conspiradores descubiertos por el espionaje español, había sido un factor determinante, ya que

La carta de Macías a Villaverde ratifica las profundas diferencias que había entre los patriotas cubanos en el destierro y el hecho de que López contaba con su propio grupo de conspiradores en Cuba y que constituían los *ciertos secretos* que no habían sido revelados a Betancourt. El joven patriota, cuya vida seguiría en el exilio, siempre suspirando por ver a Cuba Libre, no se limitó a prevenir a Villaverde contra Agüero, sino que hizo lo mismo en cartas enviadas directamente a López. Este, ya inclinándose a la colaboración propuesta por Betancuort y Agüero para la expedición del *Cleopatra*, le contestó con estas palabras tranquilizadoras:

> ...Voy á poner á V. dos letras en contestacion á su carta de 19 del actual, qe. la falta de tiempo me ha impedido responder antes. Sobre cuanto me dice con respecto a D. Perico, (Pedro de Agüero) puede V. tranquilizarse, pues es lo cierto qe. ademas de no podernos ya hacer un gran mal, yo sigo una marcha qe. no admite asechanzas y no le seria facil engañarme, como no han podido hacerlo antes todos ellos juntos; pero debo decirle ademas, pa. que se contente de que hayan triunfado esta vez la justicia y la razon, que creo á Agüero cinseramente adicto á mis ideas y que de buena fe me ayudará á llevarlas a cabo; si V. me dice que le quedan temores y desconfianzas, yo le contestaré que nadie perderá sino él, si mi juicio no es exacto. En cuanto á sus reflecciones acerca de los 1000 pesos que recibió (Agüero), de esto lo cierto es que es una suma que el pidió particularmente...
>
> ...El tal Macias puede estar contento, pues que á pesar del enorme peso que aplastaria a cualquiera y que llevo hace mucho tiempo sin repugnar aun las adiciones que lo aumentan pr. dias, lo estoy yo sobremanera y ya el sabe lo que esto quiere decir... (175)

El que Narciso López, después de todas las amarguras y decepciones que había tenido con Pedro de Agüero, defendiese a éste ante la desconfianza de Macías y de sus otros íntimos amigos, es la mejor prueba de que el caudillo se había resignado a colaborar en la expedición que le habían propuesto Betancourt y Agüero.

En efecto, después de las primeras reuniones entre López, Betancourt Cisneros y Agüero, que no habían sido muy cordiales, a juzgar por las anotaciones que figuran en el *Diario* de Villaverde, poco a poco habían mejorado las relaciones entre ellos y el autor de *Cecilia Valdés* hizo constar en su crónica personal que los tres habían llegado a un acuerdo según el cual *El Lugareño* y Agüero, este último a punto de hacer defección, tan pronto como partiese la expedición, se establecerían en Wáshington, D. C.

> ...Donde, dijo el Gral., desde el principio tendremos que haberноalas con los ingleses i con su ministro, al mismo tiempo qe. será necesario qe. los cubanos de la calidad de ellos esten cerca del asiento del Gobierno federal i en el promedio (de la distancia) de N. Orleans i N. York, para todo lo que ocurra en la esfera diplomática... (176)

El acuerdo progresó de tal manera en los días subsiguientes, que el lunes 17 de marzo de 1851, Villaverde anotó que Agüero y Betancourt Cisneros habían convenido en reunirse al día siguiente con López, en la habitación de éste, a fin de revisar el proyecto de la constitución provisional de Cuba, que se proclamaría al llegar a la Isla la expedición, y fijar el texto definitivo del documento. La reunión se efectuó como se había acordado y Villaverde dejó el siguiente relato acerca de ella:

> ...Después entraron Agüero y Betant. que venian citados por el Gral. para reformar la Constn. Provil. que él habia preparado el año pasado para Cuba, i que no llegó á publicar por haberse demorado poco en Cárdenas... El Gral., B(etancourt), A(güero i yo bajamos á la sala de abajo, i en poco mas de dos horas discutimos, reformamos e hicimos, se puede decir, una Constn. Provisional. Concluido el borrador, subimos i ya se habian ido todos los cubanos. Leyendo y ordenando los articulos, leimos delante de Sigur el q. hacia referencia al comercio, i por consejo de él se puso de la manera en que está ahora, declarándose antes libres de dros. los articulos de esportacion y cargando un 20% ad valorem en los de importacion que estuviesen mas cargados por los aranceles españoles. En suma, se decretó el comercio libre, paso atrevido q. sin duda ganará a Cuba las simpatias del mundo comercial... En toda la tarde Bett. dictando y yo copiando pusimos en limpio la Constitucion Provisional. Los articulos que hacen referencia al Jefe del Egército son redaccion del Gral. i por su instancia se han puesto, lo mismo q. todas las frases q. aluden á el i q. le hacen mucho honor. Betanct., que ha tomado gran parte en la redacción lo mismo q. el Gral., estan mui complacidos con la obra. Sin duda q. será la única de su clase en la historia de las colonias españolas i quizas del mundo... (177)

Esta anotación del *Diario* de Villaverde no fué tenida en cuenta por Sanguily cuando sin los antecedentes históricos que eran de rigor para juicio tan concluyente, afirmó que Narciso López era hombre de propósitos: pero no de ideales. Villaverde había estado en correspondencia con él y en esa correspondencia había tratado en vano de convencer a Sanguily respecto a las aspiraciones democráticas y liberales que alentaba López en

contramos con su muger, pues ese hombre parece q. no sabe viajar solo. No vino con Najasa por esperar á ver á Pepé Alfonso como sucedió en N. York segun el mismo Agüero nos refirió. El don Pepé venia en la persuasion que no habia espedicion, ni medios con q. formaria más adelante, i apenas llegó á Washington i vió á Calderon, este le dijo mas, le aseguró, pues Pepé negaba, q. López estaba preparando una espedicion. (Ya nosotros sabiamos que Calderon olia espedn. porque escribió dias pasados á Benjamin (Mr. Judah P. Benjamin) el comp. del District Attorney, diciendole q. sabia q. Lopez preparaba aqui una espedn. Agüero, por confesion del mismo, le aseguró tambien que el Gral. se iba i que le constaba tenia los medios suficientes para irse, i entonces Pepé le encargó dijera el Gral. q. si queria esperarse le daria los medios para una espdn. en grande. No hagamos comentarios, ni esclamaciones, don Macias. Tambien dijo Pepé que si en su mano estuviera no habria espedicion de 2000 ni de 20,000 hombres, porque estaba ahora mas persuadido que nunca (de) que habria un diluvio de concesiones de España, porque el Capn. Gral. apoyaba las peticiones que se hacian i porque hasta un Club de españoles se habia formado espresamente. para conseguirnos muchas gangas de España; i la prueba la daba en los actos recientes del Capn. Gral. que habia abierto las puertas de Cuba á todos los espatriados, es decir, á los Gonzalez de Boston, Cancio, Arnao, Emilia (Teurbe Tolón) i otros tales que no estaban (castigados) por sentencia pasada en autoridad de cosa juzgada. Por supuesto, Agüero trae el encargo de desengañarse por sus propios ojos de si el de ahora es otro "humbug" del Gral. *como el pasado de Cárdenas*, de probar por la millonésima vez la paciencia del Gral. i por la trimillonésima vez si muerde el cebo o no; porque el mismo Agüero nos dijo q. transmitiria a Pepé la respuesta que le diera el Gral. Otro de los motivos q. han traido hasta acá a Agüero es ver qué ocupación le dará el Gral. desps. de su salida para Cuba, cuya ocupacion nos aseguro con mucha solemnidad la aceptaria si le placia i si no la rechazaria. Yo lo oia, é interiormente me reia i lo compadecia al propio tpo.; porque en primer lugar, el Gral. no lo necesita, no lo quiere para nada, asi lo ha repetido, i temo mucho q. la petulancia de Agüero lo saque de quicio i lo aplaste de una palmada. Porq. sin que le quede á V. la menor duda, Agüero ha venido, quizas sin conciencia del papel que representa, a espiar al Gral. i estoi persuadido q. si Pepé sabe algo cierto, o con las noticias q. le comuniquen puede detener la espedicion, lo hará á todo trance, pues asi lo persuaden la conviccion en q. vive, su entrevista con Calderon, el envio de Madan al estado de Mississippi i lo que este alli dijo contra el Gral., en fin, el recado mismo, que Agüero trae al Gral. de su parte. No se como yo pude ocultar mi indignacion. Deseo la llegada del Gral. para ver si de una vez para spre. arroja á Agüero al desprecio que merece, i lo reduce al silencio de que no deberia salir nunca. Jamas me ha parecido tan despreciable; ¡Najasa, camarada, estaba ligado con él en un triunvirato que lo obliga á trabajar juntos i a comunicarse mutuamente, proyectos i secretos! Por fortuna, aun reserva de Najasa i de todo el mundo los secretos mas importantes de sus proyectos, q. si no, Dios nos asista... (180)

Como se ve, Villaverde y los amigos de López, en general, aun sin saber de los contactos que Agüero, Alfonso y Madan habían establecido con el gobierno español y que culminarían en su defección para convertirse en partidarios del coloniaje, tenían bien fundadas sospechas de que Agüero no se conducía lealmente, ni con López, ni con Betancourt Cisneros. El caudillo, quien tenía más fundamentos para sus dudas y sospechas, que todos sus amigos juntos, tampoco se hacía ilusiones acerca de la sinceridad de Agüero y de sus otros enconados opositores; pero, desprovisto de los necesarios recursos para organizar por sí mismo la expedición que se necesitaba, volvía a actuar con aquel posibilismo suyo, que a veces le hacía conducirse con pocos escrúpulos en cuanto a sus palabras y a sus contactos, y se conformaba en apariencia con las ofertas de cooperación que le hacía Agüero; pero en su fuero interno se limitaba a aprovecharse de la colaboración ofrecida, siempre dispuesto a hacer, a su debido tiempo, lo que quería en cuanto a la independencia de Cuba y a la organización republicana que se proponía darle a la nueva nacionalidad, como se echa de ver de la anotación que figura en el *Diario* de Villaverde, correspondiente al viernes 21 de marzo de 1851, que bien a las claras revela que López sabía a qué atenerse respecto a la sinceridad de Madan, Agüero y sus parciales.

Fué dos días después de la fecha que acabamos de citar cuando López decidió iniciar en firme los preparativos para la expedición del *Cleopatra*, renunciando a los que independientemente había estado haciendo en Nueva Orleans para la otra expedición, que habría sido sólo suya, como la de Cárdenas, y sumando sus esfuerzos con los que llevaban a cabo los otros patriotas emigrados, que estaban en Nueva York y le pedían que actuase conjuntamente con ellos. La extensa anotación del *Diario*, de Villaverde, que describe el proceso mediante el cual López cambió de idea, es una de las más importantes que figuran en ese interesante documento histórico. Dice Villaverde:

> ...Ayer tarde me encontré al Gral. en la cama leyendo, aunq. me dijo que tenia dolor de cabeza, segun me añadió, despues de pensar en como haria pa. traer aqui los $10,000 i tantos pesos q. tiene en N. York, si es q. Sanchez (José M. Sánchez Iznaga) i O'Sullivan (John L. O'Sullivan) no han podido comprar el vapor como lo indica el pedido de otros $10,000 que no hai, ni de donde sacarlos. Luego q. el Gral. se hubo dado unos cuantos paseos de un estremo á otro del cuarto mui pensativo, yo pr. distraerle i pr. encaminar á otra parte sus pen-

dores de mentirijillas que siempre se habian opuesto a López y que ya se habían dejado conquistar por el coloniaje español, trataba de atraerse a Betancourt Cisneros, ilusionado con la vana esperanza de que *El Lugareño*, amigo que había sido de Alfonso, Arrieta y Madan, siguiese los pasos de éstos y se separase de los proyectos revolucionarios de López.

Pero aún hay más que comentar y destacar en cuanto a esa anotación. Los orientales, los que consiparaban junto a Ildefonso Oberto y a los otros amigos de López, en Santiago de Cuba, NO ERAN ANEXIONISTAS, sino que laboraban por el establecimiento de la República de Cuba y querían que Narciso López fuese el presidente de la nueva nacionalidad. Oberto, pues, luchó y murió en Las Pozas por la independencia de Cuba, NO POR LA ANEXION. Finalmente, cuando ya se había producido el acuerdo entre López y Betancourt, este último y el secretario de aquél, Cirilo Villaverde, depositario de sus secretos, festejaban en Nueva Orleans, como ya hemos puesto de relieve con las frases en mayúsculas, que no querían la anexión. SINO LA INDEPENDENCIA DE CUBA y se reían con el chasco que se llevarían los que se preocupaban con la anexión"... que en realidad no ha sido pa. nosotros mas q. un pretesto para cazar pájaros de muchas especies...", como de su puño y letra escribió por entonces, en marzo del año 1851, Cirilo Villaverde quien, de paso, alude a Saco para ratificar que éste sólo veía la independencia a través de las imposibles concesiones de España. Puede que alguien nos diga que Sanguily se equivocó porque no conocía estos datos, cuando afirmó que en 1851 López y los suyos eran definitivamente anexionistas; pero aparte de que Villaverde, en su correspondencia con Sanguily, allá por 1888, ya le había refutado sus errores al respecto, José Ahiceto Iznaga le había escrito a José Antonio Saco, quien se encontraba en Montpellier, para precisarle que la anexión no era el objetivo de la Revolución Cubana,

> ...teniendo Cuba independiente por donde debe empezarse el privilegio de conservar su independencia, ó de acogerse á la protección de la poderosa Republica de Washington... (183)

Hasta en Iznaga, pues, confidente de Betancourt Cisneros y hombre perteneciente al grupo de los hacendados cubanos, la independencia venía primero y Cuba decidiría después su porvenir, lo que constituía una excelente fórmula de acción para los que no querían perder el apoyo de los terratenientes y de los ricos, en general, antes de acabar con la dominación española.

Parece ser ésta la oportunidad adecuada para que nos refiramos a las relaciones de los revolucionarios cubanos de esta época con el general Mirabeau Buonaparte Lamar, personaje del militante sudismo norteamericano, casi tan pintoresco como la extraña combinación de nombres patronímicos que tenía y de acuerdo con la cual, si nunca llegó a ser el extraño demagogo que fué Mirabeau, tampoco alcanzó a distinguirse como Napoleón, ya que se quedó a mitad del camino en cuanto a identificarse con las dos figuras históricas cuyos nombres llevaba. Varios documentos acerca de los contactos entre López y Lamar y de éste con Ambrosio José González, figuran en la Texas State Library, de Austin, y fueron publicados, con comentarios, por Luis Marino Pérez, allá en la época en que este investigador se ocupaba de la historia de Cuba. L. M. Pérez ya cuida de aclarar en sus comentarios a esos papeles, publicados por Cuba *Contemporánea* (1916), que dicho epistolario no está completo "... y deja en duda cuáles fueron las precisas relaciones que entre Narciso López y el general texano existieron..." (184) Nosotros procuraremos determinar la realidad de esas relaciones con nuevos elementos de juicio, que no conoció L. M. Pérez.

Por la correspondencia entre López, Macías, Villaverde y otros patriotas cubanos de la época, radicados en Nueva Orleans, Charleston y Savannah, correspondencia que ya hemos transcrito con anterioridad, se echa de ver que López había delegado en Ambrosio José González para que le representase en las gestiones que se hacían para lograr apoyo norteamericano en el Estado de Georgia. Una y otra vez le escribe López a sus amigos de Charleston y de Savannah que se mantengan en contacto con González, a quien daba instrucciones sobre lo que se debía hacer. Ahora bien, el carácter de Ambrosio José González, marcado por la vanidad y la ambición, no era el más adecuado para que se le diesen tales facultades, como lo puso de relieve por entonces y de nuevo lo demostró durante la Guerra de Secesión de los Estados Unidos, en una famosa controversia con Jefferson Davis, el presidente de la Confederación de los Estados del Sur, (185) de resultas de la cual se retiró a Carolina del Sur, donde terminó la guerra a las órdenes del general Johnson. Gon-

yette, concluye con la predicción de que el pueblo de Cuba sabría ser agradecido con los que le ayudasen, "... como no lo fueron los que le precedieron en la anexión". Esta última frase era toda de González, no de López, quien no estaba al tanto de sus manejos, y quería asegurarle a Lamar que no le ocurriría con la anexión de Cuba, a la que él se refería, lo que le había pasado con la de Texas, donde Lamar había visto frustradas muchas de sus esperanzas personales. Por supuesto que puede ocurrir que los jurados detractores de López, a pesar de todas estas razones, pretendan sostener la conclusión de que González obraba en todo y por todo de acuerdo con López y con conocimiento de éste, cuando le hablaba a Lamar de que con "su" plan, el de González, que a "nadie" había comunicado, se lograría la anexión. Por fortuna, la investigación histórica que hemos llevado a cabo en la preparación de esta obra nos permite señalar que, si el día 14 de marzo, por su cuenta, González le ofrecía a Lamar la anexión, dos semanas más tarde Villaverde escribía en su *Diario* lo siguiente, como prueba irrefutable de que López estaba en completo desacuerdo con González y descontento con su conducta. Dice Villaverde:

> ...Ayer por la tardecita tuve un rato de conversacion á solas con el Gral. Estaba irritado con la conducta de Gonzalez, i la atribuye á su vanidad i su ambicion: Yo comisiono á Gonzalez para hacer una organizacion i levantar fondos, le doi mis instrucciones, va i hace lo q. le da la gana, i la echa de hombre que obra por si. Si yo tuviera hombres, le aseguro á Vd. que Gonz. no se jugaba conmigo: ya lo hubiera llamado diciéndole q. no servia pa. el caso. Cuando no se necesitan mas que 300 ó 400 hombres está pensando en 900, i en parques de artilleria, i en mochilas, i en instrumentos musicos, i en zapatos. Lo probable es q. tengamos que dejar en el barco, ó en la playa el parque, porq. tendré que moverme deprisa, i porq. pa. mi primera operacion basta el obus de montaña q. tengo. Pero es mucha la fatuidad de Gonzalez. ¿Quiere Vd. ver hasta donde llega su fatuidad? Queria dorar la vaina de su sable porq. la del mio lo está i como él se ha empeñado en ser general, se figura que la vaina de los sables de los generales debe ser dorada. I yo he de corregir esa fatuidad o no soi Narciso Lopez. ¿Quien lo hizo General? ¿Yo? No, porq. hubiera sido lo mas ridiculo i tambien lo más pernicioso para Cuba, que yo empezase á crear rangos entre hombres q. por mui patriotas q. fuesen, i por servicios que hubiesen prestado, ningunos conocimtos. de la milicia tenian, pa, de la nada elevarse al rango de Generales. En la orden del dia q. se dió cuando ibamos pa. Cárdenas, no di rangos á los q. no los tenian, di encargos, porque no son otra cosa los de ayudantes del Gefe, que pueden serlo cualesquiera. Don Pepe (Sánchez Iznaga) tenia razon, cuando despues de nuestra vuelta los papeles publicos lo mencionaban á él como Coronel y a Gonzalez como General, para deshacer el error, publicando aquella orden del día; po. González se opuso fuertemte., pues por lo visto le agradaba el Generalato, aunque lo había adquirido por un error de imprenta, i hoi es tan tonto que no pone su nombre en ningun libro de hotel, sin q. agregue la coletilla de *General*... (188)

Esta cita basta por sí sola para demostrar que, en realidad, González obraba por su cuenta en sus contactos con Lamar. López desaprobaba su conducta en lo que sabía de ella, que era posiblemente lo más elemental, y lo calificaba duramente. Su indignación habría sido todavía mayor si hubiese conocido que González prescindía de sus instrucciones hasta tener planes "que a nadie he comunicado" y que llegaban a ofrecerle a Lamar la anexión de Cuba.

Hay más aún, sin embargo, en cuanto a la demostración de que López era ajeno al anexionismo de González, quien originariamente había sido el representante del anexionista *Club de La Habana*, en 1848, para contratar los servicios del general W. J. Worth y de cinco mil voluntarios norteamericanos de la Guerra entre los Estados Unidos y México, destinados a destruir la dominación española en Cuba y a realizar la anexión en los mismos momentos en que López y los revolucionarios de Trinidad, Cienfuegos, Sancti Spíritus, Santiago de Cuba, Matanzas, etc., organizaban independientemente del *Club de La Habana la Conspiración de la Mina de la Rosa Cubana*. Ese argumento adicional lo aporta el propio Mirabeau Buonaparte Lamar en una carta muy extensa que a principios de abril de 1851 le envió desde Filadelfia al general Narciso López, escrita en español, y que también figura entre los documentos que Luis Marino Pérez publicó en *Cuba Contemporánea* y que estamos comentando. El lector advertirá que M. B. Lamar pretendía con esta comunicación el convencer a Narciso López de que sus empeños para hacer a Cuba libre e independiente, una vez libertada de España, iban mal encaminados, porque la única solución practicable, en opinión suya, era la de la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Es evidente que si Lamar pretendía convencer a López de las supuestas ventajas de la anexión era porque sabía que no era anexionista y que sus propósitos revolucionarios eran muy otros.

En su carta Lamar comenzaba con estos significativos párrafos, cuyo contexto bien a las claras demostraba que López aspiraba a la independencia y a la soberanía de Cuba, muy al contrario de lo que con buena o mala fe le había indicado González. El lector advertirá que en esos párrafos conservamos la ortografía con que aparecieron en *Cuba Contemporanea*:

...Perseguido i proscrito por sus principios liberales, i su amor patriótico, no puedo menos que sentir alguna ansiedad por la seguridad i la felicidad de Vd. En verdad, me intereso mucho en su bienestar, Quizás Vd. pensará que es indecoroso mezclarme en los asuntos políticos de Cuba, i aun más impropio entrometerme en los negocios privados de Vd. Sin embargo, estoy resuelto, á riesgo de ser considerado como impertinente, á aventurar algunas observaciones y reflecciones que me han ocurrido al pensar sobre la revolucion, que, se dice, ha de suceder muy pronto en aquella Isla atropellada. Perdóneme Vd. si, en mi zelo, me espresare con demasiada osadía. Su situación de Vd., así como la de su patria, es en estremo critica; i las consideraciones de la verdad, la amistad i la humanidad, me obligan á hablar con candor i á no disimular nada. Espero que no llevará Vd. á mal mi franqueza i que mi lenguaje, por fuerte que le parezca, merecerá alguna indulgencia i encontrará disculpa en consideracion á mi sincero deseo de ser util á Vd., i tambien á la noble causa á la que se ha consagrado. Suplico á Vd. que se acuerde de que el bien de los demas i no mi propio interes, es el unico motivo que me ha inducido á escribir esta carta.

El libertar á Cuba del pesado yugo de España es empresa de gran magnitud—una de las mas nobles que puede emprender un patriota. ¿Qué cosa puede ser mas sublime que el romper las cadenas del despotismo i dar la Independencia i un buen gobierno a medio millon de almas? Pero obra semejante no está exenta de peligro, porque siempre hay peligros en las revoluciones i no pueden efectuarse sino con medios proporcionados i equivalentes á la grandeza del objeto. En todas las tentativas de esta naturaleza, dos cosas son indispensables para asegurar el buen exito. Primera, dinero para costear los gastos de la guerra; y segunda, virtud é ilustración por parte de los habitantes. El dinero no falta á Cuba; porque hay riqueza abundante en aquella isla-sus recursos son ilimitados-pero en cuanto á los demas requisitos-a saber-las cualidades morales é intelectuales para salir bien, no estoy seguro de que existan allí. Sobre este punto tengo algunas dudas. Vana seria su riqueza si carecieran los cubanos de principios de moral evangelica, y buenos sentimientos de honor y patriotismo. Sin estas bellas cualidades nada se puede hacer.

El gran Napoleon decia, "la nacion que desea ser libre, lo es", —palabras llenas de sentido, —laconicas y claras— y bien caracteristicas de aquel que las profirió. Sin embargo, creo mejor decir que "la nacion que se resuelve á hacerse libre, lo logra sin duda", porque el mero deseo de alcanzar algo, y la resolucion fija de conseguirlo á todo trance, son dos cosas muy distintas...

No hay duda de que los cubanos tienen deseos vehementes de ser libres, felices, e independientes; porque esto es natural á todos los hombres; pero la cuestion es, si estan ó no preparados y dispuestos para una revolucion. Pregunto, ¿tienen en realidad las cualidades ya indicadas de corazon y entendimiento —quiero decir— las luces necesarias para una contienda semejante? ¿Se ha generalizado entre ellos el deseo de una revolucion? ¿No hay divisiones ni disenciones (*sic*) entre ellos? ¿Obrarán de comun acuerdo, de buena fe, con valor y con alma? Es muy necesario que estas preguntas se contesten. No es cosa barata, la libertad. No puede comprarse á poca costa. Su precio es la vida humana y millones del tesoro público. Las piedras del templo de la libertad tienen que consolidarse con la sangre de sus amigos. ¿Quienes pagarán este precio? ¿Quieren los cubanos hacerlo? ¿Son capaces de sacrificarlo todo, aun la vida, si fuere necesario, por la dicha y la gloria de su patria? Creo que no; y pronto diré en qué fundo mi creencia.

Los cubanos tienen motivos muy poderosos para hacer una revolucion. No hay ningun pueblo sobre la faz de la tierra cuyos derechos y libertades esten tan hollados como los suyos. El gobierno de Cuba es, sin duda, el mas cruel y despotico del mundo. El genio del hombre no puede inventar ni fabricar un sistema mas infernal y diabolico. Es el estremo de todo lo que es malvado y atroz. Ved á los habitantes gimiendo bajo las exacciones enormes y graviosas (*sic*). Ved á los funcionarios publicos, tanto civiles como militares, holgandose en el vicio, el ocio y el luxo á costa de la miseria publica. Ved á los pobres, convertidos en bestias de carga i dirigidos á la voluntad de los gobernantes. Ved á los proceres y los altos personages violando las leyes con impunidad, enseñoreandose sobre las clases bajas. Ved tambien á un clero más feroz que todos, viviendo de la credulidad y la ignorancia del pueblo, alucinando al populacho, engañando á los incautos y quitando á todos el pan que ganan con tantas penas y con el sudor de su frente... No me admiro, pues, de que las jentes de Cuba, cansadas de tal estado de cosas, deseen establecer (si supiesen hacerlo) un gobierno mas liberal, justo y humano, y menos cruel, despotico y sanguinario. Solo estraño que hayan arrastrado las cadenas de la tirania por tanto tiempo, sin levantarse en masa y hollar á sus orgullosos opresores. ¿Por qué no lo han hecho antes de ahora? ¿Por qué no se lanzan hoy, como otros tantos leones, sobre sus enemigos, y se vengan de las injurias y los agravios que su pais ha sufrido hace más de tres siglos? Diré a Vd. el porqué. Es porque a los cubanos falta una cosa, a saber, el animo. No tienen ese noble desinteres, esa soberbia de espiritu y esa varonil osadia que siempre caracterizan á los verdaderos patriotas, y sin las cuales ningun pueblo puede adquirir la libertda, ni es digno de ella tampoco. La libertad es un don que hace Dios á los valientes y virtuosos. Ninguna nación puede recibirla sin merecerla primero: nunca espere conseguirla una poblacion timida y entorpecida que estimando la guerra como un mal peor que la esclavitud, prefiere mas bien morir ig-

cia y establecer un buen gobierno. Concedo que tengan todas las virtudes compatibles con su condicion politica y social; pero es innegable que un gobierno despotico, cruel y corrompido, no es el mas adecuado para la producción perfecta y vigorosa de las cualidades morales e intelectuales que se requieren para adquirir y conservar la libertad social.

No culpo tanto á los habitantes de Cuba como les compadezco. Es su destino. La supersticion ha cegado su razon, ha nublado su entendimiento y les ha privado de la facultad de ver las cosas bajo su verdadera luz y como realmente son. Serviles por costumbre y por educacion, ignoran los primeros principios de la libertad; ni tienen la menor idea de lo que constituye un gobierno bueno y liberal...

I ahora, amigo mio, ¿no percibe V. en esas inconsistencias o en semejante conducta irracional por parte de sus conciudadanos, su total ineptitud para tener un gobierno libre y la imposibilidad de ecsitarles á la vindicacion de sus violados derechos?

¿Acaso les compeleria V. á ser libres quieran o no? Esto es imposible tambien. Donde falta la luz la fuerza es vana. V. no puede hacer bien á los que no quieren recibirlo; ni es dable que la libertad se confiera sobre una nacion cuya poblacion no tiene el animo y el brio para dar el primer golpe por ella. Repito que no tengo la esperanza mas ligera de que la jente de Cuba apoye y sostenga á V. en sus empeños y afanes para mejorar su condicion y promover su felicidad, y hay que temer que V. encontrara, cuando sea demasiado tarde, que ha emprendido una tarea que no puede efectuarse sino con el tiempo y el adelanto intelectual...

No quiero que V. crea que me hallo desnudo de simpatia y amistad hacia los Cubanos. Todo lo contrario. No hay persona mas pronta y dispuesta que yo á hacer cualquiera cosa que sea licita y que esté dentro de lo posible para promover su bienestar; y cuando quiera que proclamen su independencia y desenvainen la espada en defensa de sus derechos, estaré pronto al primer aviso á tirar de la mia, también, y espero hallarme entre los primeros en el campo de batalla. Sin embargo, yo opino, como he indicado ya, que á menos que hagan algo por si mismos, tomando algunas medidas para su propio alivio, seran inutiles, si no peor, todos los esfuerzos de V. en favor de ellos... Mi proposito no es otro que el de convencerle de que no esta tomando el rumbo mejor para conseguir su noble fin...

¿No hay otro medio de adquirir la libertad é independencia...? Contestaré que si lo hay y ese medio es la anexion de Cuba á la Union Americana. Esta medida pondrá un pronto termino á todos sus males y los Cubanos podran de una vez comenzar una carrera de gloria y felicidad...

He indicado ya el unico y verdadero remedio de sus males, a saber, su anexion á los Estados Unidos; una medida... que puede efectuarse sin dificultad y sin demora, no de un modo filibusterico, porque ya he dicho antes que el pueblo cubano no se halla preparado para ello, sino por la intervencion del gobierno de los Estados Unidos. ¿Se me dirá que

la presente administracion se opone á la independencia y anexion de Cuba? No lo niego; pero no importa. El pueblo es mas poderoso y omnipotente que el gabinete de Washington. Yo aconsejaria, por lo tanto, que se apelase á ese mismo pueblo; porque creo que existe una tendencia general por parte del pueblo americano en tomar este asunto en sus propias manos... La presente Administración tiene sus dias contados y no dudo de que al espirar su termino el pueblo, de un estremo á otro de la Unión, hará resonar su clamor por la Anecsion de Cuba, como lo hizo por la de Texas... La anecsion de Cuba es una medida de suma importancia para que se posponga por mas tiempo. Los Estados Unidos como medida de defensa propia deben tomar posesion de aquella Isla, bien sea por medio de compra ó por la fuerza; y los que quieran facilitar el cumplimiento de esta medida, no podran efectuarlo de un modo mas eficaz que agitando la cuestion por medio de la prensa publica, instigando al pueblo á que tome parte en la cuestion. Esto seria el curso que yo seguiria y el que aconsejo que se lleve á cabo, como el mas conveniente en el particular.

Deseo que se entienda que no intento por esta carta, desanimarle en su noble empresa de libertar á su patria de las garras del despotismo. Sentiria mucho que lo que he dicho le hiciese abandonar la causa, o tuviese el efecto de enfriar su ardor y moderar sus esfuerzos... En verdad, amigo mio, su plan de invadir á Cuba con una pequeña partida de Americanos, un puñado de hombres que no saben el idioma é ignoran las costumbres del pais, tiene mucha apariencia de correr en pos de una quimera y estoy casi seguro de que V. no podrá hacer nada digno de su caracter ó que contribuyese al nobilisimo fin á que se ha consagrado... (189)

La lectura de este extenso documento, al transcribir el cual solamente hemos prescindido de repeticiones y razones irrelevantes, sin duda que habrá convencido al lector de su importancia para la tesis de esta obra sobre los verdaderos propósitos que perseguía Narciso López con sus empeños libertadores, que no eran anexionistas. Es evidente que hay diferencia de conceptos entre las expresiones contenidas en las cartas de Sánchez Iznaga y González, de una parte, y las de Lamar, de la otra; pero, muy especialmente, en la que Lamar le dirigió a López y que acabamos de transcribir. Lamar desaprueba los planes de López en favor de la independencia de Cuba, o sea, que reconoce paladinamente que lo que López quería era la independencia, y se dedica a criticar esas aspiraciones con una serie de argumentos de típica autosuficiencia norteamericana y que, no por demostrar lo poco que él sabía respecto a lo que fué la Guerra de Independencia de las Trece Colonias, dejan de presentar la realidad de que él y Narciso López tenían distintos puntos de vista en cuanto al destino de Cu-

destituido cónsul en La Habana, Mr. Robert B. Campbell, el Presidente Fillmore había nombrado para esa representación consular a Mr. Allen F. Owen, un individuo pusilánime, inepto y sin concepto alguno de los deberes que debía ejercer en circunstancias tan difíciles, en nombre de los Estados Unidos. Las instrucciones que personalmente dió Webster a Owen, cuando éste acudió a saludarle en Wáshington, no le indicaban que debía comportarse con indignidad o que debía despreciar las vidas y los demás derechos de sus compatriotas que colaborasen con Narciso López; pero Owen, por su cobardía, su obsequiosidad y su espíritu reaccionario, las entendió y las practicó de esa manera, al servicio del despotismo español.

Había delatores en Georgia y en otros estados qque enviaban informes a Webster acerca de la expedición del *Cleopatra*, como el Warren Akin que en abril denunció ante la cancillería de Wáshington, a título de "good citizen", que se decía ser, que se estaban reclutando voluntarios para ir a combatir en Cuba (191); pero uno de los más completos informes confidenciales fué el del propio Cónsul Owen, durante su misión de espionaje en Georgia y cuando ostensiblemente estaba en camino de La Habana, para hacerse cargo de su puesto.

Coincidiendo casi con la denuncia hecha por Calderón de la Barca, a la que aludimos hace poco, Owen le escribió a Webster para decirle:

> Es adecuado que le participe que no estaré listo para embarcar con destino a La Habana el día 15 de este mes. Mi larga ausencia de Georgia ha requerido más tiempo del que pensaba que necesitaría, a fin de arreglar mis asuntos. Saldré de Charleston, S. C., a bordo del *Isabel*, el primero de mayo próximo, y confío en que Ud. me lo aprobará.
>
> Me sería en extremo agradable el tener una oportunidad de verme con Vd. por espacio de una hora, a fin de informarle con más detalles de los que puedo dar por este medio, respecto a la propuesta o proyectada invasión de la isla de Cuba. No tengo duda alguna de que unos mil seiscientos hombres han prometido formar la fuerza invasora, de que los jefes poseen varios buques de vapor, de que han vendido bonos y levantado fondos por ese medio, de que han comprado armas y municiones, y de que cuentan con que trece mil o más cubanos enarbolarán la bandera de la revolución tan pronto como los invasores hayan desembarcado en Cuba. Lamento tener que añadir que, según creo, parte de los hombres y del dinero de la expedición han sido obtenidos en Georgia. Hoy me ha sido mostrada una carta de uno de los jefes, fechada a fines de marzo, en la que se dan detalles que mucho me han asombrado y, según esa carta, es en este mes y alrededor de estos días o poco más tarde que se acometerá esa empresa. La carta estaba destinada a convencer a un capitán que figuró en la primera tentativa (1849) para que se una a esta nueva expedición, cosa que, a lo que parece, él ha declinado hacer porque las probabilidades de éxito no son suficientes. El individuo que me enseñó la carta me aseguró que las mujeres de Cuba habían enviado a los Estados Unidos, joyas por valor de $102,000 y que él mismo había visto una buena parte de esas joyas.
>
> He creído de mi deber el mencionar estos informes a Ud., aunque no sé si le será de alguna utilidad el que lo haga así. (192)

Estas y otras alarmantes noticias llegaban a mediados de abril de 1851 a la Casa Blanca y a la cancillería de Wáshington, a veces enviadas por confidentes oficiosos y en ocasiones remitidas por autoridades locales. Isaac Scott, por ejemplo, le decía a Webster que la expedición de López y sus amigos, que tenía a Cuba como objetivo, estaba al partir, y que su punto de reunión estaba en las costas de la Florida y disponía de tres o cuatro vapores. Más concretamente, el confidente Scott informaba de que en el mismo día en que redactaba su carta habían pasado por Macon, procedentes de los condados del interior, unos cuarenta expedicionarios, que formaban una compañía, y que sus armas y municiones se transportaban aparte, en cajas consignadas a Capt. John Lama, de Savannah, Ga., como si fuesen mercancías inofensivas. Si los rumores que implicaban en la expedición a Henderson, Quitman, B.M. Lamar y hasta el propio gobernador de Georgia, eran falsos, el nombre de John Lama correspondía a uno de los más leales colaboradores de López, de antiguo relacionado con sus conspiraciones, y demostraba que la denuncia no iba del todo descaminada. (193)

Por otra parte, el gobernador de Florida, John Brown, le escribía al Presidente Fillmore para decirle que los vecinos de Cayo Hueso, población que acababa de visitar, le habían pedido que gestionase la visita de un buque de guerra porque estaba al salir la expedición para Cuba y que, al llegar de regreso a Tallahassee, había confirmado los rumores referentes a la expedición. La población, decía él, estaba llena de forasteros que desde allí y desde Georgia iban camino de la costa, donde estaba el punto de reunión. (194) El periódico *Sentinel*, de Tallahassee, edición del 16 de abril, daba detalles muy completos de la expedición en proyecto e informaba de que el 9 de abril habían pasado por Tallahassee cincuenta y cinco expedicionarios, quienes iban para Savannah, Ga., y los tres días siguientes se había mantenido un

ERROR

poder catorce mil cuatrocientos pesos que se emplearían en los gastos de la expedición neoyorquina. (196)

Al día siguiente escribía Villaverde en su *Diario* que cuando Goicouría estuvo en Nueva York, en 1850, llevaba consigo treinta mil pesos, según le había informado Agüero; pero que éste y Betancourt Cisneros le habían disuadido de entregar ese dinero por no saber qué era lo que se preparaba en Nueva Orleans. (197)

En la anotación correspondiente al 2 de abril, que ya hemos citado, Villaverde hacía constar que él se incorporaría a la Compañía de Cárdenas y al Regimiento de Arkansas, mandado éste por el coronel Downman, para embarcar en el *Fanny*, en Nueva Orleans, cuatro días después de la partida de la vanguardia, con rumbo a la Vuelta Abajo, dato este último que reitera que el desembarco en Playitas de Morrillo, tan desacertado como era y llegó a ser, al fin y al cabo, de antiguo figuraba en los planes de la nueva expedición organizada por Narciso López.

Pasaron varias semanas y ya cuando el espionaje norteamericano y español estaba al tanto de los detalles de lo que se tramaba y en espera de una oportunidad favorable para destruir la empresa revolucionaria contra el despotismo colonial, todavía O'Sullivan, desde Nueva York, escribía a López para decirle que había comprado un vapor por $13,600.00; pero que necesitaba $19,000.00 para repararlo y aprovisionarlo. (198) Ese mismo día Ambrosio José González avisaba por carta a López de que el gobierno de Wáshington se proponía actuar contra los expedicionarios y le aconsejaba que se fuese de Nueva Orleans, cosa que ya había hecho el caudillo revolucionario.

La súbita desaparición de López, quien dejó de ser visto por los lugares que acostumbraba frecuentar en Nueva Orleans, sorprendió y alarmó a los emigrados cubanos allí radicados, todos los cuales, con la indiscreción y la imprudencia proverbiales de nuestros conspiradores, en todas las épocas, pretendían que les tuviesen al tanto de todas las noticias, aun las más secretas, lo que siempre ha sido la manera más segura de hacerlas fracasar. No hay sino ver lo que en tiempos bien recientes han sido el individualismo y la indisciplina de los cubanos en política para comprender las dificultades que López tenía que tener con muchos de los emigrados de la época. Cirilo Villaverde hace observar que el 23 de abril de 1851, al llegar Sedano, Mola, Agüero y otros

exilados, procedentes de Nueva York y que iban a formar parte del contingente expedicionario de Nueva Orleans, ya se oyeron quejas de que López prefería a los extranjeros. Los cubanos dispuestos a acompañar a López constituían una minoría y Villaverde anota que cuando Mr. Sigur, en ausencia del caudillo, quien era activamente buscado por los agentes federales, decidió convocarlos para explicarles lo que ocurría, solamente se reunieron ¡veinte y cuatro personas! (199) A ese pequeño grupo Mr. Sigur les pidió que renunciasen a sus sospechas de que López se hubiese marchado prescindiendo de ellos. No le fué fácil convencerlos aunque lo logró, al fin y al cabo, con la ayuda de Agüero; pero al ser elegido uno de los reunidos para que fuese el contacto permanente con Mr. Sigur, la elección recayó en el puertorriqueño Gotay, hombre ordenado y previsor, en vez del matancero J. M. Hernández, turbulento e indiscreto, quien prorrumpió en violentas protestas porque Gotay no era cubano sino puertorriqueño. El origen de la conjura de los emigrados contra López, que estalló poco después, se encuentra en el fracaso de las aspiraciones de Hernández para ser el corifeo de los descontentos. (200) El y Angel Loño, neutralizadas por el momento sus maquinaciones contra López, no silenciaron su rabia, sino que en los mismos días en los que la suerte de la expedición pendía de un hilo, iban por los corrillos de Nueva Orleans propalando patrañas en cuanto a la ausencia de López y acusándole de que los había engañado. Los espías de los españoles, como los confidentes de las autoridades federales norteamericanas, no tenían más que seguirles de grupo en grupo para escuchar sus revelaciones acerca de los preparativos de la expedición del *Cleopatra*.

Se comprende perfectamente que López llegase a desesperarse con aquella injusta campaña que, al desacreditarle, debilitaba la empresa libertadora que él encabezaba. En otra nota del *Diario* de Villaverde puede leerse lo siguiente, a ese respecto:

> ...Anoche estuve á ver al Gral. Se manifiesta descorazonado por la conducta de los cubanos que quedan en N. Orleans, y dice que si no estuviera empeñado su honor, ó si hubiera pretesto honroso pa. abandonar la empresa de libertar á Cuba, la abandonaria. Porque dice él —i con razon— si tan ingrata é injustamente proceden los cubanos que parecen ser la flor i nata del patriotismo i de la consagracion á la causa, ¿q. debo esperar de los otros? Si no obedecen, ni respetan mis ordenes los que estan á mi lado i dependen inmediatamte. de mi, ¿q. hai que esperar de los demas? Se quejan de que prefiero á los estran-

nario. Las concesiones liberales del gobierno de Viena, después de la huida de Metternich, habían determinado la fundación de un ministerio húngaro, presidido por el conde Batthyany y en el que figuraban hombres de todas las tendencias, aunque el más avanzado era Kossuth, nombrado ministro de Hacienda y quien, desde ese cargo y desde las páginas de su periódico *Kossuth Hirlapja*, comenzó a trabajar por la independencia de Hungría, aunque cometiendo el error capital de antagonizar a los pueblos eslavos del Imperio.

La guerra en el valle del Danubio comenzó por ahí, ya que el gobierno de Viena alentó al conde Jellachich, virrey de Croacia, para que invadiese a Hungría. Después de unos pocos triunfos iniciales las tropas de Jellachich fueron destrozadas o tuvieron que rendirse y ya entonces los austriacos, envalentonados por sus éxitos militares en Italia, declararon la guerra a Hungría. Ya Kossuth se había convertido en la primera figura del nacionalismo húngaro y sus milicias y las fuerzas regulares que se habían declarado por la independencia, estaban en posesión de las principales plazas fuertes y ocupaban lugares estratégicos en la frontera con Austria. Hasta la fortaleza de Komorn, llave del Danubio, evacuada por el mariscal austriaco Mertz, fué ocupada por los húngaros, quienes inmortalizarían su defensa con no pocos de los que después serían compañeros de Narciso López en la expedición de la Vueltabajo.

Cuando los austriacos encontraron crecientes dificultades para someter a los húngaros, que resistían en todas partes, negociaron la intervención de Rusia en la contienda, y Kossuth y sus generales vieron como un cerco de hierro se cerraba en torno a ellos. En el verano de 1849 Kossuth lo dió todo por perdido y se refugió en Turquía, de donde le sacaron con honores y consideraciones oficiales los Estados Unidos, que en esos mismos momentos apoyaban al despotismo español en Cuba, y al rendirse los ejércitos de Georgey sólo quedaron peleando los heroicos defensores de Komorn, a las órdenes de Klapka, uno de cuyos fieles auxiliares era el coronel Janos Pragay. Komorn resistió hasta principios de octubre de 1849, y al capitular su guarnición, obtuvo garantías de las que no disfrutaron los otros revolucionarios húngaros sobre los cuales cayó la terrible venganza de Haynau, el sanguinario e implacable general de Francisco José, cuya siniestra fama pasó a la Historia con el sobrenombre de "El General Hiena", que bien

pudo compartir con aquel otro digno contemporáneo suyo, el general José Gutiérrez de la Concha, gobernador de Cuba y como él, terrible perseguidor de todos los hombres partidarios de la libertad.

La represión del absolutismo en Italia, Hungría, Alemania, Polonia, etc., lanzó millares y millares de emigrados políticos hacia Francia y la Gran Bretaña, y muchos de ellos cruzaron el Atlántico para establecerse en los Estados Unidos. Allí, todavía, ardiendo de rabia por la derrota sufrida, tuvieron noticias de que en una tierra cercana, en Cuba, se repetía el drama del despotismo contra la democracia y se sintieron atraídos a la lucha de un pueblo que también quería ser independiente, como si ya sintiesen la prédica que años después haría Martí sobre que "...todo hombre de justicia y de honor pelea por la libertad donde quiera que la vea ofendida, porque eso es pelear por su entereza de hombre, y el que ve la libertad ofendida y no pelea por ella, o ayuda a los que la ofenden, no es hombre entero..."

A principios de diciembre de 1849 Pragay llegó a Boston, en el vapor *Europa*, acompañado del comandante Cornelius Fornet y posiblemente, de otros refugiados húngaros. ([202]) Pocos días después, a bordo del vapor *Herman*, procedente de Bremen, arribaron a Nueva York ochenta expatriados húngaros, entre ellos Ladislao Ujhazy, quien había sido el último gobernador civil de Komorn, con su familia, y la amazona de la Revolución Húngara, Apolonia Jagella, quien tenía el grado de teniente de caballería. ([203]) Estos refugiados informaron al desembarcar que todavía quedaban en Hamburgo otros compatriotas suyos, en espera del buque que habría de llevarlos a los Estados Unidos, y que todos alentaban el proyecto de establecerse en el país y fomentar granjas en las que se establecería una gran colonia húngara.

Estos soldados de la vencida Revolución de 1848 se hicieron muy populares en los Estados Unidos, entonces una nación que se proclamaba consagrada a la lucha por la libertad y que no se detenía ante nada para alardear de y para practicar la solidaridad de los pueblos contra el absolutismo. Después de ser los personajes centrales de numerosos homenajes y demostraciones de afecto en Nueva York, el 15 de enero de 1850, menos de un mes después de su llegada a los Estados Unidos, se abrieron las puertas de la Casa Blanca, en Wáshington, para que el comisionado del Distrito de Columbia, W. W. Seaton, equivalente al alcalde que no

tenciario de los Estados Unidos en Portugal, usaría y abusaría sin reparo de sus privilegios diplomáticos para ayudar a los revolucionarios europeos. El general Avezzana, como el general Garibaldi, fueron ayudados por él a su llegada a los Estados Unidos, y lo mismo hizo con los húngaros. De entre éstos su principal colaborador fué el teniente Louis Schlesinger, personaje singular y contradictorio que desempeñó papel muy importante en los preparativos de la expedición del *Cleopatra*, en Nueva York, junto a O'Sullivan, hasta el punto de que fué procesado por ello, mientras que Pragay se relacionaba directamente con Narciso López, en Nueva Orleans. (206)

En las listas de los expedicionarios del *Cleopatra* y del *Pampero* abundan los nombres de los refugiados europeos procedentes de Alemania, Austria, Gran Bretaña, Hungría, Irlanda y Suiza, que se incorporaron a aquellas empresas libertadoras de Cuba para morir obscuramente en la Vuelta Abajo en las prisiones españolas y de Africa, o en los propios Estados Unidos, los que por fin pudieron volver a ese país. En la historia de las luchas de los cubanos por alcanzar su independencia, aquellos valientes legionarios de la libertad son acreedores al reconocimiento de Cuba Libre.

3. El espionaje español y el norteamericano.

El espionaje español en torno a las actividades de Narciso López y sus amigos estaba organizado conforme a las normas regulares de la época y era muy efectivo. En Cuba había una verdadera legión de confidentes que seguía los pasos a todos los sospechosos de mantener contactos con los emigrados revolucionarios o de ser hostiles a la dominación española. Esos confidentes actuaban de acuerdo con funcionarios escogidos de la policía colonial y con oficiales del Ejército y de la Marina de Guerra adiestrados en lo que hoy llamaríamos Servicio de Inteligencia. Todos estos agentes informaban al secretario del Gobierno Político, que venía a ser una especie de ministro del Interior o de la Gobernación, y también al Segundo Cabo, al jefe del Apostadero Naval, al presidente de la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente, y al propio Capitán General de la Isla quien, como en el caso del general José Gutiérrez de la Concha, tomaba un interés directo y continuado en todas las averiguaciones. Por otra parte, los cónsules españoles establecidos en los Estados Unidos, y el propio representante diplomático acreditado en Wáshington, tenían instrucciones de investigar por sí mismos y por medio de terceras personas, todo lo que decían, proyectaban o hacían los emigrados revolucionerios, para comunicarlo al Capitán General de Cuba, cuya relación con esos funcionarios diplomáticos y consulares era de una cierta superioridad, que se hacía más terminante por el hecho de que las Cajas de Cuba eran las que pagaban los sueldos y los demás gastos de la legación y los consulados españoles en los Estados Unidos, por orden del Capitán General de Cuba.

Ya hemos visto en el curso de esta obra cómo ciertos oficiales españoles, entre ellos Ramón de Acha, Guillermo Chacón, Fernando Blanco, Crispín Ximénez de Sandoval, Fulgencio Salas y Joaquín G. de Rubalcava, este último capitán del puerto de La Habana, estaban en continua comunicación con el cónsul Laborde, de Nueva Orleans y hasta acudían a entrevistarse con él para mayor seguridad de los informes a recibir y luego llegaban a Wáshington, como en el caso de Ramón de Acha. Hay motivos para sospechar que algunos de los corresponsales y aun pretensos miembros de las conspiraciones de la época, radicados en Cuba, traicionaban la confianza de López y de sus amigos o se comportaban con imperdonables ligereza e indiscreción en cuanto a los secretos que se les confiaban.

La explicación de los fracasos revolucionarios de 1851, en cuanto a Cuba, parece encontrarse en la detención de Carlos Collins, el correo entre Narciso López y su sobrino, el Cónsul Muñoz Castro, de Venezuela, ocurrida a principios del citado año. Los españoles lograron apoderarse de ciertos documentos, escritos en clave, de los que Collins había sido el portador, ora en su poder, o ya entre los papeles de Muñoz Castro. Esa clave, que aquí publicamos en facsímil, copiada del *Diario* de Villaverde, que posee el Dr. Eligio de la Puente, la hemos utilizado para descifrar ciertos nombres y hasta pasajes de la correspondencia entre los conspiradores de entonces, y siempre ha revelado el secreto de los logogrifos que obran en nuestro poder, como parte del Archivo Villaverde; pero lo que para nosotros ha resultado fácil porque la clave copiada tenía las letras que le correspondían, en 1851, para Concha y sus secuaces, presentó al principio dificultades casi insuperables. Fué entonces que el Capitán General de Cuba apeló a un oficial del ejército español, el comandante y luego coronel Agustín Ordóñez Romero, hombre con preparación en

En otra parte de la obra del procónsul español, que acabamos de citar, volvió a insistir el general Concha sobre el hecho de que estaba al tanto de los planes de López, ya que hubo de decir:

> ...Habíame hecho dueño de todos los papeles y correspondencia de López así como anteriormente había tenido en mis manos muchas de sus comunicaciones... ([212])

Es, pues, indiscutible, que el espionaje español tenía una información bastante completa y exacta sobre los planes de Narciso López. Lo que no pudo averiguar directamente al descifrar la correspondencia entre los emigrados revolucionarios y sus amigos de Cuba, se descubrió por las indiscreciones e imprudencias de los propios cubanos quienes, con la característica ligereza de los conspiradores cubanos de todas las épocas, no sabían guardar sus secretos.

Por lo general los fiscales federales y los funcionarios policíacos y los oficiales de las fuerzas armadas, norteamericanos, también colaboraron con el gobierno de Wáshington y con España en la persecución contra López, sin que faltasen gentes oficiosas que les ayudasen.

En el caso concreto de la expedición del *Cleopatra* el espía que con mayor eficacia sirvió a la dominación española en Cuba fué el Dr. Henry Burtnett, conocido de los revolucionarios por el sobrenombre de "Duncan Smith" y que se mezcló con ellos, penetró sus secretos y luego, en el momento oportuno para el mejor éxito de sus funestos propósitos, los traicionó para convertirse en testigo acusador, conocedor de los hechos comprometedores y desprovisto de escrúpulos y de consideraciones. Aunque en los primeros informes delatores de Burtnett éste hace alardes de haber actuado contra la expedición del *Cleopatra* movido por sentimientos de amor por su Patria, o sea, por los Estados Unidos, y de simpatía por España, la realidad era muy otra, porque no tardó en reclamar una crecida recompensa en metálico, que pretendió fijar en veinte y cinco mil pesos y que luego los españoles, cuando ya se habían aprovechado de él, redujeron a sólo ocho mil, no sin marcar con su desprecio al traidor. Este descubrió al fin y al cabo que los españoles se habían aprovechado de él: pero sin tenerle en otra consideración que en la de un espía que traicionaba por paga y que era la única que merecía. Burtnett quedó señalado en su país como un miserable delator, con su vida en peligro, hasta que finalmente se perdió su rastro.

Todos los datos del sonadísimo proceso por la expedición del *Cleopatra* se publicaron en la prensa norteamericana de la época, pero John L. O'Sullivan, uno de los directores de la *United States Democratic Review*, quien figuraba entre los más comprometidos de los conspiradores, recogió los aspectos más sobresalientes del proceso y los publicó en su revista. ([213]) El Prof. Caldwell tiene algunas referencias a la expedición del *Cleopatra* y al espionaje de la época; pero su información no es completa ([214]) y se limita mayormente a lo publicado por la revista de O'Sullivan, ya citada, y a ciertos datos de los informes del espía "Duncan Smith" al gobierno español.

Es de justicia insistir sobre el hecho de que "Duncan Smith" no actuó en sus traiciones de 1851 por motivos desinteresados o por cuestión de convicciones; sino simple y sencillamente por la codicia y las más bajas ambiciones. Hombre sin moral y sin lealtad, con toda deliberación se aplicó a ganarse la confianza de los conspiradores y no se detuvo ante bajeza alguna para lograrla, mientras que al mismo tiempo mantenía enterados a los españoles de los secretos que descubría y hacer valer sus servicios, de modo que cuando pusiese precio a sus traidoras actividades, pudiera obtener la compensación monetaria que pensaba reclamar y que, al fin y al cabo, no le pagaron, porque aunque el daño que hizo a López y a sus compañeros, fué grande, y principalmente por él Cuba continuó esclavizada y martirizada medio siglo más y se hizo preciso una guerra entre España y los Estados Unidos para liquidar la dominación española en Cuba, el Capitán General Concha le regateó al infame delator lo que éste pedía y le redujo su paga.

El relato de "Duncan Smith" que publicó el *Boletín del Archivo Nacional* de Cuba ([215]) no tiene una cuidadosa transcripción y presenta ciertos errores. Necesita, además, una interpretación cuidadosa que ahora trataremos de darle.

Aunque otra cosa parezca desprenderse de las anotaciones del *Boletín*, es un hecho que las actividades de "Duncan Smith" se desenvolvieron en Nueva York y poblaciones vecinas, y no en Nueva Orleans. Los datos aportados por él siempre se refieren a O'Sullivan, Sánchez Iznaga, el capitán Lewis y los demás conspiradores radicados en Nueva York. Los cónsules españoles con quienes colaboró eran Francisco Stoughton, de Nueva York, y Carlos Chacón, de Filadelfia, y nunca hizo mención del cónsul

La reunión se celebró y de ella participaron además de O'Sullivan, Freeman y "Duncan Smith", el capitán Lewis, quien había estado al mando del *Creole* cuando la expedición de Cárdenas, Louis Schlesinger, el capitán Wilson, del *Cleopatra*, un Mr. Pitfield (L. J. Sigur) a quien se consideraba el intermediario con los conspiradores que estaban en el Sur, y un Mr. Rogers, padre de la esposa de O'Sullivan. De todos ellos se expresó el traidor en los peores términos, cuando envió sus confidencias al gobierno español; pero en la reunión de referencia se mostró muy de acuerdo con ellos y hasta les felicitó por sus trabajos revolucionarios. O'Sullivan, disipadas todas sus dudas, reveló a "Duncan Smith" que había unos cuatrocientos expedicionarios, de ellos doscientos cincuenta en Nueva York, setenta y cinco en South Amboy, N. J., y setenta y cinco en Filadelfia, y que se necesitaba un buque, preferiblemente de vapor, que los recogiese en Horseshoe, cerca de Sandy Hook, y los llevase a bordo del *Cleopatra*. Se convino en que "Duncan Smith" recibiría setecientos cincuenta pesos en efectivo y dos mil quinientos en bonos cubanos, y que en un plazo de treinta y seis horas estaría listo para cumplir su parte del contrato. Los incautos conspiradores ni siquiera se reservaron el dato de que estaban en connvivencia con ciertos operadores telegráficos para que éstos les revelasen si el gobierno federal iba a proceder contra ellos.

Dueño de tan trascendentales informes el delator se dispuso a actuar y descubrió toda la trama a los cónsules españoles Carlos Chacón, de Filadelfia, y Francisco Stoughton, de Nueva York, así como al agente confidencial norteamericano James Ridgway. Las autoridades de España y de los Estados Unidos así tenían las pruebas que necesitaban para arrestar a los conspiradores y desbaratar sus planes y no fué necesario que interviniese Sir Henry Lytton Bulwer, el ministro inglés en Wáshington, para presionar a los Estados Unidos, como se ha pretendido. "Duncan Smith", el delator, descubría dónde estaban los expedicionarios, quiénes eran sus jefes, cuáles eran sus medios de transporte y el armamento de que disponían, y en qué consistían sus planes de acción, de conformidad con los cuales saldrían hacia Cuba, desde puertos del Estado de Florida, a bordo de varios buques, para hacer desembarcos simultáneos en diversos parajes de la costa Norte de Cuba, después de engañar a los españoles con simulacros de invasión por la costa Sur y de provocar levantamientos en

diversos lugares de Cuba. El traidor podía informar a los españoles, además, de que los conspiradores creían contar con catorce mil hombres, que habían dividido a Cuba en tres regiones, desde el Cabo de San Antonio hasta Matanzas, desde esta ciudad hasta Nuevitas y desde esta última población hasta Maisí.

No habían descuidado los conspiradores el suministrar a "Smith" anécdotas, reales o supuestas, acerca de la buena disposición de las tropas españolas de Cuba en favor de Narciso López, y el delator trasladó todos estos datos al espionaje colonial, que los aprovechó para la represión de los elementos desafectos. Claro que no es posible comprobar si es cierto lo que dice "Smith" respecto a que los conspiradores de Nueva York se le confesaron impotentes para combinar los detalles de la expedición y que le pidieron que se hiciese cargo de ellos; pero, en la práctica, se condujeron como si así hubiese sido y el espía llegó a tener en sus manos todos los hilos de la trama y arregló las cosas de manera que la culpabilidad por la violación de las leyes de la neutralidad norteamericana alcanzase a cada una de las personas que habían estado en tratos con él y a las cuales acusaría ante las autoridades federales.

Como ya lo había convenido, "Duncan Smith" procedió a fletar buques y a suministrar todas las otras pruebas de culpabilidad que se necesitaban, y atentos a sus confidencias los funcionarios judiciales y aduanales de los Estados Unidos, como los cónsules españoles, pudieron desbaratar la expedición del *Cleopatra*, como más adelante describiremos; pero siempre de acuerdo con los planes trazados y las indicaciones hechas al efecto por "Duncan Smith" a quien hay que reconocer el triste mérito de que por su traición fracasó una de las más fuertes tentativas revolucionarias de la época.

Por otros documentos que se encuentran en el Archivo Nacional de Cuba es posible colegir que "Duncan Smith", o sea, el Dr. Henry Burtnett, vino a La Habana para alardear de su triunfo; pero que, en el viaje de regreso a Nueva York, a bordo del vapor *Cherokee*, alrededor del 17 de julio, estuvo a punto de ser "linchado" por ciertos pasajeros conocedores del siniestro y despreciable papel de delator, que había desempeñado ([217]). Escapó con vida y se escondió al desembarcar, todavía sin haber cobrado el precio de su traición, por la cual reclamaba que se le pagasen veinte y cinco mil pesos, a tono con la importancia del

cios prestados por los norteamericanos, estaría mejor dispuesto para vendérsela.

A mediados de abril el subsecretario de Estado de los Estados Unidos acusaba el recibo de informes acerca de López, enviados por el Navy Department, y decía al secretario Graham que en el acto había enviado copias de esos informes a Calderón de la Barca ([221]). Este servicio informativo, de carácter oficial, se mantuvo en los meses subsiguientes del propio año de 1851, como puede comprobarse con la documentación coleccionada como *Executive Letters* de la Secretaría de Marina de Wáshington.

Por lo demás, la salida de la expedición era un secreto a voces. El *Picayune* y el *Delta*, de Nueva Orleans, se referían con frecuencia a la invasión libertadora de Cuba. El *Herald* de Nueva York, a mediados de abril, anunciaba los preparativos de la expedición del *Cleopatra*, y agregaba que el gobierno federal la frustraría porque estaba enterado de lo que se tramaba. El *Express*, el *Times* y otros diarios neoyorquinos, también dedicaban sueltos a la expedición que saldría para Cuba. El *Sun*, de Nueva York, era posiblemente el periódico que mejor estaba al tanto de lo que se preparaba, por las relaciones de sus propietarios con los emigrados revolucionarios cubanos; pero por eso mismo se manejaba con mayor cautela en sus informaciones. De ahí que resultase tan significativo el largo artículo que el diario de los Beech dedicó al tema de Cuba por aquellos días y en el que excitaba al pueblo norteamericano para que simpatizase con la Revolución Cubana, que estaba al producirse, y lo hacía sin mencionar para nada a la anexión, sino a la independencia. El artículo iba seguido de una proclama en español cuyo título era: "¡A las armas! ¡Cubanos! ¡A las armas!", con pie de imprenta que decía "Imprenta libre de Puerto Príncipe". El texto comenzaba con la cita latina de San Pablo: "Tempus est jam de somno surgere". En la traducción al inglés, el *Sun* transcribía este llamamiento:

> ¡Marchad al campo de batalla al mágico sonido del grito de libertad! Repetido por todas las naciones de la virgen América que os llaman de todas partes para que ocupéis un lugar entre las naciones libres de la tierra... ([222])

Los seudohistoriadores que continúan sosteniendo la falsa tesis del anexionismo en las expediciones de Narciso López por

supuesto que no tienen cómo explicar el contenido genuinamente republicano de esta proclama relacionada con la expedición del *Cleopatra*, en el periódico que mejor podía considerarse como el defensor y el órgano de los revolucionarios cubanos; pero ni así reconocerán su error ni rectificarán sus equivocados juicios, como debieran hacerlo. No hay duda, sin embargo, de que el artículo y la proclama constituían un anuncio bien concreto de la inminencia de la invasión de Cuba, que no pudo pasar desapercibido para el espionaje español y el norteamericano. Eran Betancourt Cisneros (*El Lugareño*), con Arteaga, Agüero y otros camagüeyanos radicados en Nueva York, los colaboradores de López que en esa ciudad trabajaban en la organización de la expedición del *Cleopatra*. Betancourt Cisneros y los Beech, dueños del *Sun*, trabajaban de acuerdo y el conspirador camagüeyano vivía en la casa de una parienta de los Beech, como huésped, y era ella, Mrs. Cazneau, la que aparecía como editora responsable del periódico cubano *La Verdad*, de Nueva York, con el seudónimo de "Cora Montgomery". Lo publicado por el *Sun* en esos críticos momentos era, pues, el equivalente de un anuncio oficial de la Revolución Cubana y como tal fué que lo recibieron los espías y las autoridades de España y los Estados Unidos. Cuando ocho días más tarde el *Sun* protestó de las medidas represivas del gobierno de Wáshnigton y negó que hubiese expedición alguna en proyecto, ya el daño estaba hecho y resultaban irreparables las consecuencias de tantos imprudentes alardes y de tantos y tan señalados descuidos en torno a unos preparativos que debieran haber estado rodeados del más impenetrable secreto.

Es por el *Sun*, de Nueva York, sin embargo, que nos enteramos de que, aparte de "Duncan Smith" y de otros delatores, un tal Rakiewitz, polaco, quien había logrado infiltrarse entre los expedicionarios de Nueva York, era un espía al servicio del gobierno de Wáshington ([223]). El *News*, de Savannah, Ga., publicaba por esos mismos días el dramático relato de que un joven norteamericano de esa ciudad, al servicio del cónsul de España en dicho puerto, se había alistado como expedicionario y en calidad de tal, estaba a bordo del vapor *St. Matthews*, cuando este llevaba un contingente de reclutas desde St. John's River para Savannah y fueron descubiertas sus actividades, por lo que se le pusieron centinelas de vista y se le obligó a seguir con la expedición, prometiéndole que se le pondría en primera fila al desembarcar en Cuba, de modo que tuviese oportunidad de morir

El 14 de febrero de 1851 un telegrama firmado "Rawley" y despachado desde Nueva York por la "Washington and New Orleans Telegraph Co".. contenía el siguiente mensaje para Sigur:

> ¿Donde está Brown? Thompson espera tener trescientas cajas listas. Dos mil quinientos cigarros recibidos de ¿La Japa? y Johnson sale para Nueva Orleans mañana. Cuando llegue Brown giraré contra ustedes por la garantía de las naranjas que pronto recibirán. ¿Qué hay del depósito en el banco de la calle Canal? (Traducción de H. P. V.) (227)

En ausencia de datos más concretos vale la pena que ensayemos una posible explicación del significado de este telegrama. El *Diario* de Villaverde nos permite imaginar esa explicación ya que en esos mismos días había llegado a Nueva Orleans un telegrama de Macías en el que anunciaba que Gaspar Betancourt Cisneros y Pedro de Agüero salían de Nueva York y llevaban consigo las joyas de las camagüeyanas y alrededor de tres mil pesos en efectivo, que los patriotas de Camagüey enviaban para la expedición que se organizaba. ¿Pudieran "Thompson" y "Johnson" haber sido los nombres figurados de *El Lugareño* y de Agüero, los "dos mil quinientos cigarros" la suma recibida y disponible y las "naranjas" que servirían de garantía en el banco, las joyas de las camagüeyanas? Inclusive la extraña palabra "La Japa", con trabajo manuscrita en el telegrama recibido, en aquellos tiempos en que no había máquinas de escribir, se parece en sus inseguros rasgos a *Najaza*, el seudónimo muy usado por Betancourt Cisneros y cuyas letras pudieran haber sido poco legibles al telegrafista norteamericano. En cuanto al nombre "Brown" no tenemos por el momento hipótesis que ofrecer. La relación entre este telegrama y las anotaciones del *Diario* de Villaverde permiten asegurar que la expedición del *Cleopatra* tuvo mucho que ver con el esfuerzo revolucionario de los camagüeyanos en esa misma época tal y como Sedano, muy conocedor de los detalles de las conspiraciones de la época, indica en uno de sus estudios sobre las cuestiones políticas cubanas, cuando dice:

> ...No pensaban mal los anexionistas (usa el injusto vocablo de los españolizantes) escogiendo á Puerto Principe, por el estado escepcional en que se encontraba, como el punto más á propósito para promover una rebelion que coincidiera con la salida de los Estados Unidos de una fuerza invasora que debia conducir el *Cleopatra*... (228)

El lector advertirá que con este dato de Sedano, que puede correlacionarse con los que ya hemos comentado de la represión política ordenada por Concha en Camagüey, allá por la primavera de 1851, el cuadro general del cambio de gobernador en la antigua Puerto Príncipe, de acción contra su Audiencia, de aumentos en la guarnición y de persecuciones contra los más significados patriotas camagüeyanos, en aquella época, se integra muy bien con la expedición del *Cleopatra*, que estaba destinada a apoyar el alzamiento de los conspiradores de Camagüey y en la que intervenían directamente los camagüeyanos Betancourt Cisneros, Agüero y Arteaga. El despotismo colonial, pues, actuó de acuerdo con un plan efectivo después de estar en posesión de todos los hilos de la trama a virtud de delaciones, imprudencias, averiguaciones y confesiones arrancadas por la tortura.

No hay entre los papeles de Villaverde más telegramas correspondientes a febrero y marzo de 1851; pero a principios de abril Sigur recibió en Nueva Orleans un telegrama cursado desde Savannah, Ga., por medio de la "Washington and New Orleans", y firmado "A. Herrmany", que era enviado por Ambrosio José González, quien usaba el seudónimo de "don Germán" entre los patriotas emigrados y al firmar de aquella guisa hacía que el nombre del remitente se leyese como "A (mbrosio) Germany o Herrmany.

El telegrama de González tenía el siguiente texto, que hemos traducido al español:

> ...Mis sugestiones del 30 de marzo por mediación de Mr. Dixon deben ser adoptadas; las circunstancias lo hacen imperativo. He enviado diez mil a Rawley, (O'Sullivan) enviaré el resto la semana próxima. He tenido mucho éxito con mi gestión: sólo dos semanas más para los fondos y otra para disponer de los efectos y regresar a casa... (229)

En cuanto a este despacho de Ambrosio José González si tenemos una mayor información que aportar, ya que al dorso del telegrama figuran dos borradores de la respuesta que se envió desde Nueva Orleans a aquel turbulento personaje. La letra y la deficiente redacción en inglés, de ambos borradores, permiten colegir que fueron escritos por Cirilo Villaverde, ya entonces en el papel de secretario de Narciso López, que era quien contestaba a González. El primer borrador desechado en favor del segundo decía lo siguiente:

Como ya se ha visto en lo relacionado con la contratación de los servicios de "Duncan Smith" por los conspiradores de Nueva York, éstos tampoco se conducían con gran prudencia y sin dificultad alguna se ponían en manos de un espía que lo delataba todo a España. Los telegramas que se cursaban de Nueva York a Nueva Orleans y viceversa, como los que se enviaban desde Savannah y desde Wáshington, muchos de los cuales obran en nuestro poder, pueden resultarnos hoy en día difíciles de descifrar en todos sus detalles; pero no lo eran así en aquella época para quienes estaban al tanto de los trabajos revolucionarios y conocían los nombres y los seudónimos de los que participaban de esos trabajos. De todos modos, un lector cuidadoso de dichos telegramas sin dificultad advierte que estaban relacionados con misteriosas y sospechosas actividades. Con toda seguridad que por entonces los detalles de esos telegramas eran un libro abierto para los que estaban al tanto de lo que se tramaba y hoy apenas si podemos colegir que cuando Rawley (O'Sullivan) telegrafiaba desde Nueva York a Sigur, quien se encontraba en Nueva Orleans, con fecha 12 de abril de 1851 para decirle que no podía "liquidar" antes del diecinueve o el veinte de ese mes y que para eso necesitaba poder girar sobre los cuatro mil pesos que Sigur le había autorizado, que depositasen esa suma y hasta más, si era posible, en el banco, a lo que se refería era a que no podía completar sus preparativos para zarpar en las fechas indicadas, a menos de que el dinero estuviese a su disposición. En ese telegrama, cuyo original poseemos, también se decía que el giro de P. A. (Pedro de Agüero) sobre A. I. (Alejo o Aniceto Iznaga) ya había sido pagado. Esos cuatro mil pesos vuelven a ser citados en otro telegrama retrasmitido desde Wáshington, el 14 de abril, o sea, dos días más tarde, en el que I. Lewis, el capitán que había sido del *Creole*, le decía desde Nueva York a Alfred Kearney & Co., de Nueva Orleans (intermediario de Sigur), que tan pronto como se le notificase de que habían sido depositados en un banco los cuatro mil pesos convenidos, estaría listo para cumplir las instrucciones de Mr. German. Como que en el seno de la conspiración Ambrosio José González era conocido como D. Germán, aquí sí es cierto que aludían a él y Lewis lo que pedía era que le avisasen a Sigur de que todo estaría listo tres días después de recibido el dinero. Al día siguiente, 15 de abril, desde Savannah, *A. Joseph* (Ambrosio José González) le telegrafiaba a Sigur para informarle de que Brown, el mismo misterioso personaje ya mencionado en el telegrama del 14 de febrero, tenía preparado para embarcarlo el diecinueve de abril un "carruaje mayor", lo que con la anotación de las quejas de López contra González, que ya hemos citado, permite suponer que González pedía más dinero, todo el que pudieran enviarle, y anunciaba que había dado término a sus gestiones y que sólo esperaba por las instrucciones que debían serles enviadas a él y a Lewis. El 16 de abril, desde Nueva York, Lewis telegrafió a Alfred Kearney & Co. (intermediario de Sigur), en Nueva Orleans, y le avisaba de que Brown estaría bien para la fecha fijada y de que el embarque de las cajas, posiblemente la salida de la expedición, solamente dependía de que se recibieran los fondos prometidos y que todavía no habían llegado.

Así pasaban los días y "Duncan Smith" y los otros espías seguían con sus trabajos para frustrar la expedición, bien enterados de todo lo que ocurría, hasta que las autoridades federales norteamericanas se decidieron a actuar para impedir la salida del *Cleopatra* y lograr la detención de los organizadores de la expedición y la confiscación del armamento adquirido tan trabajosamente y a costa de tantos sacrificios. Otro telegrama de Lewis firmado solamente con sus iniciales y enviado desde Nueva York, el 24 de abril, a la dirección de Alfred Kearney & Co., de Nueva Orleans, decía sencillamente:

> ...Rotas las negociaciones. Es dudoso que puedan ser renovadas ventajosamente. No debe usted depender de las ventas de aquí para llenar sus pedidos... (232) (Traducción de H. P. V.)

Ya con este telegrama no había modo de engañarse. Con toda claridad avisaba Lewis del fracaso de la expedición del *Cleopatra*, que calificaba de irremediable, y aconsejaba que no se contase ya con los preparativos de Nueva York. El mismo día, como para confirmar la noticia y asegurar el que llegase a su destino, Lewis envió a Kearney otro telegrama, esta vez por la "O'Ripleys Atlantic, Lake and Mississippi Telegraph Co.", en el que repetía:

> ...No es probable que por algún tiempo se puedan hacer ventas aquí. No puede usted de consiguiente confiar en ellas para llenar sus pedidos... (Traducción de H. P. V.)

Era en Nueva York, sin embargo, donde se había hecho el mayor esfuerzo económico para aquellos preparativos revolucio-

para esperar al *Cleopatra*, que debería llegar por la noche. Los buques se reconocerían e identificarían por medio de cohetes luminosos y luego por luces de posición, con señales convenidas. El traidor, además, fletó el vapor *Nahantu*, a bordo del cual estaría él mismo, y lo tendría atracado al muelle de la calle Dieciocho para que allí embarcasen los expedicionarios que estaban en la isla de Manhattan en las primeras horas de la noche. Una vez embarcados los reclutas, el *Nahantu* se dirigiría al lugar donde estaría anclado el *Cleopatra*, que tendría tres luces a popa, hasta acercársele y hacerse oír con la palabra "Salvage" ("Salvamento") que era la consigna y debía ser repetida desde el *Cleopatra* para que los dos buques juntasen sus amuras y se hiciera el trasbordo de armas, municiones y equipos, desde el *Nahantu* al *Cleopatra*. El *Nahantu* continuaría viaje seguido del *Cleopatra*, hasta encontrar a la goleta *William Pise*, a fin de hacer el segundo trasbordo y consumar el delito contra las Leyes de Neutralidad, mientras que las autoridades, convenientemente apostadas, en la ciudad y a la entrada del puerto, intervenían en el momento oportuno y procedían a arrestar a los expedicionarios.

El plan del espía Burtnett ("Duncan Smith") no se desenvolvió como él esperaba porque la goleta *William Pise* fué detenida por los aduaneros de South Amboy, que sospecharon de alguna irregularidad en sus papeles o en su carga ([234]). Según el informe de Burtnett, que estamos citando, él se fué entonces a la calle 18, con el fin de recoger a un grupo de expedicionarios y embarcarlos; pero estando allí se le apareció el confiado O'Sullivan para comunicarle que los tripulantes del *Cleopatra* se habían emborrachado y se negaban a zarpar si no se les adelantaban sus sueldos. Todo esto era el resultado de las intrigas y de la propaganda disolvente hecha por los agentes españoles y federales, quienes habían logrado alarmar a aquellos marinos hasta inducirlos a adoptar aquella actitud. Se hizo preciso, pues, desistir del embarque y atender a la subsistencia de los expedicionarios mientras se resolvían las cuestiones referentes a los buques. Estos incidentes debieron tener lugar el jueves 24 de abril y no el 20, como publicó el *Boletín del Archivo Nacional*, ya que el 20 fué domingo y los acontecimientos se precipitaron sin demorar una semana hasta que el sábado 26, o sea, cuarenta y ocho horas después de haber surgido las primeras dificultades concretas para la expedición, el incauto O'Sullivan volvió a confiar sus cuitas al traidor Burtnett, informándole de que necesitaba mil ochocientos

pesos para cancelar unos créditos que había contra el *Cleopatra* y cayendo en la trampa que le tendió Burtnett para que hipotecase por dicha cantidad las provisiones que había en las bodegas del buque, lo que así se hizo. También concertaron un plan para que el *Cleopatra* zarpase al mando del capitán Wilson, para engañar a los agentes españoles y norteamericanos, y convirtiendo a Burtnett en supuesto propietario del buque, dedicado al tráfico de ganado entre Nueva Orleans y Galveston, por lo que el *Cleopatra* zarparía de Nueva York rumbo a la boca del Mississippi y en Savannah el espía Burtnett, en su papel de dueño, cesantearía a Wilson y lo reemplazaría con el famoso capitán Lewis, de la expedición de Cárdenas, quien de ese modo sería el encargado de llevar a Cuba el contingente invasor.

Ya para entonces O'Sullivan tenía múltiples razones para preocuparse con los obstáculos que por todas partes surgían para la salida de la expedición y que incluían deudas reales o imaginarias de los buques a emplear y que interferían con la salida de los mismos; pero todavía seguía confiando en Burtnett. Este creyó llegado el momento de lanzarse sobre los expedicionarios, quienes serían arrestados, y sobre sus buques y equipos, los cuales quedarían confiscados. Según su tantas veces citado informe a las autoridades españolas, Burtnett se consultó con los agentes consulares españoles en Filadelfia y en Nueva York, Chacón y Stoughton, quienes aprobaron el plan por el cual Burtnett iría a Norfolk, Va., seguido del vapor *Susquehanna*, con funcionarios judiciales a bordo, para hacer la sorpresa del *Cleopatra* y de todos los comprometidos en la expedición. El plan no fué aceptado por el fiscal de Nueva York, quien dudaba de la efectividad legal de lo que se proyectaba, y se hizo necesario actuar en el puerto neoyorquino, muy a disgusto de Burtnett. El informe del espía contiene un error en cuanto a los días de la semana decisiva contra la expedición del *Cleopatra*, porque el 25 de abril, cuando se completaron las denuncias contra O'Sullivan y sus compañeros, no era miércoles, sino viernes. El espía tenía que facilitar, junto con el cónsul Chacón, las denuncias contra los expedicionarios, de modo que él mismo quedase arrestado, también, y según sus alardes en el documento dirigido al Capitán General Concha, que hemos citado repetidas veces, fué él quien dirigió la actuación de las autoridades judiciales, policíacas y navales. Otra versión publicada por el *Herald*, de Nueva

La colección de documentos, tan valiosa y tan poco conocida, de la cancillería de Wáshington, clasificada bajo el título genérico de *Miscellaneous Papers*, contiene una importante información acerca del desenlace de la expedición del *Cleopatra*, que ahora vamos a citar, transcribir y comentar.

En torno a la presentación de Cristóbal Madan ante las autoridades españolas de Cuba, al hacer defección del movimiento revolucionario cubano, en general, y de su prisión por el Capitán General Concha, había surgido un activo intercambio de entrevistas y de cartas entre las autoridades norteamericanas en Wáshington y el representante diplomático de España, Calderón de la Barca. En el curso de esos contactos Calderón de la Barca tuvo oportunidad de aludir a la expedición del *Cleopatra* y de reclamar que fuese detenida. Durante todo el mes de abril de 1851, como ya hemos señalado con anterioridad, el Presidente Fillmore y sus secretarios de Estado y de Marina, Webster y Graham, habían recibido por su parte numerosos informes acerca de los expedicionarios que en Savannah, en la desembocadura del río St. John, de la Florida, y en Nueva Orleans, esperaban los buques para la invasión de Cuba. El 22 de abril el fiscal neoyorquino J. Prescott Hall se dirigió al secretario Webster para denunciarle que entre cuatrocientos y quinientos hombres se disponían a partir de Nueva York, a bordo del *Cleopatra*, para un punto general de reunión en los estados del Sur, y que ese despacho lo enviaba con su agente, James Ridgway, en demanda de instrucciones para su actuación en cuanto a la expedición, a cuyo efecto le advertía que si el Presidente Fillmore ordenaba el proceder contra la expedición, debía hacerlo a virtud de la Sección Octava de la Ley de Neutralidad de 1818, delegar poder para ello en la propia orden y telegrafiar al jefe de policía Talmadge de esta guisa: "Proceed by the President's authority under the 8th Section", o sea: "Actúe por autorización del Presidente y de acuerdo con la Octava Sección", que de esa manera ellos procederían en seguida contra la expedición. ([237])

Leyendo entre líneas lo que Hall decía a Webster era que decidiese él si se detenía la expedición o se la dejaba partir, si se facilitaba la revolución en Cuba o se la frustraba. Como que los Estados Unidos querían la anexión de Cuba; pero no la revolución por la independencia, la decisión del gobierno de Wáshington para impedir la salida del *Cleopatra* y desbaratar la expedición laboriosamente preparada era la mejor demostración de que entonces, como antes había sido y volvería a ocurrir, el gobierno de Wáshington no creía que la anexión fuese el resultado de los empeños de López, cosa de la cual siempre habían estado convencidos los anexionistas norteamericanos y cubanos, especialmente Madan, quien por eso acababa de pasarse a España, sino que llevaría a la independencia de Cuba y a la abolición de la esclavitud en Cuba, lo que agravaría el problema político-social que vivían los Estados Unidos y habría producido la Guerra de Secesión una década antes.

Es evidente que hacia el 20 de abril el gobierno de Fillmore había acordado destruir la expedición del *Cleopatra*. Webster, el secretario de Estado, había ido a Boston, y allí debió recibir instrucciones del Presidente Fillmore, que desconocemos, para que dirigiese la acción federal contra los expedicionarios de Nueva York, ya que el 23 de abril telegrafió al Presidente Fillmore como sigue:

> ...Lamento haber demorado tanto; pero era inevitable. Voy mañana. ¿Qué haré en Nueva York? Le ruego que me escriba allá... ([238])
> (Traducción de H. P. V.)

Al no encontrarse Webster en Wáshington a la llegada del agente James Ridgway, éste, quien era el jefe de despacho de la oficina del fiscal del Distrito Sur de Nueva York, entregó su informe-denuncia al subsecretario Derrick, y así fué que el documento llegó a manos del Presidente Fillmore. El informe-denuncia de Ridgway decía lo siguiente:

> ...En una entrevista personal que ayer por la mañana sostuve en Nueva York con el Dr. Burtnett (quien hizo sus comunicaciones bajo el seudónimo de Duncan Smith y desea que su nombre no sea revelado sino a funcionarios del gobierno), supe que él estaba profundamente interesado en la invasión que se proyectaba a la isla de Cuba por una fuerza que estaba a punto de embarcar para ese destino en el puerto de Nueva York. Que el vapor *Cleopatra* (de unas novecientas o mil toneladas de desplazamiento), había sido fletado con ese objeto; que iba a zarpar para anclar en Horse Shoe, Sandy Hook y quedarse allí hasta que unos 400 hombres pudiesen embarcar en el vapor y éste estuviese listo para seguir viaje; que en la mañana de hoy (abril 23), 75 hombres llegarían por tren del Sur a Amboy y allí quedarían escondidos hasta la noche; que la corbeta *William Roe* llevaría esta noche o mañana por la noche, entre nueve y diez de la noche, 250 hombres que embarcarían en el *Cleopatra* y 200 de los cuales eran húngaros; esos 250

tas *Morris*, de Nueva York, que contaba con artillería y que partió para el Sur en seguida.

La dirección de Webster en la persecución, con el renegado campeón de la independencia de Grecia convertido en familiar de la inquisición política de España en Cuba, se comprueba con otras comunicaciones de su émulo, el fiscal auxiliar Evarts, en los días subsiguientes a la detención de los expedicionarios del *Cleopatra*. El 26 de abril Evarts daba cuenta a Webster con el arresto de Schlesinger, Lewis, Rogers, O'Sullivan e Iznaga y le decía que los había hecho detener para evitar que se fugaran, y el 29 de abril le informaba de que les había fijado fianza a varios de los detenidos; pero que O'Sullivan pedía que le dejasen descargar el *Cleopatra* para dedicarlo al comercio regular, en cuyo caso no seguiría la reclamación que proyectaba plantear contra el gobierno federal. Era de Webster de quien Evarts solicitaba instrucciones respecto a lo que debía hacer con la proposición de O'Sullivan, que buscaba librar al *Cleopatra* y enviarlo hacia el Sur donde todavía, aun sin el armamento que dejaría en los muelles de Nueva York, podía ser utilizado para transportar los expedicionarios de Georgia, Florida, Kentucky, Alabama, Mississippi y Luisiana. La decisión de retener el *Cleopatra*, por lo tanto, adoptada por el fiscal auxiliar de Nueva York, fué el resultado de la consulta que hizo a Webster. Estas dos comunuicaciones, como las anteriores, figuran en el volumen de *Miscellaneous Letters*, que venimos citando, correspondiente a abril-mayo de 1851. El *Cleopatra* no le fué devuelto a O'Sullivan hasta el día 30 de mayo; pero ya por entonces se había desbaratado la expedición, no sólo en Nueva York, sino también en el Sur, porque el administrador de la Aduana de Savannah, Hiram Roberts, con policías y funcionarios federales a bordo del *Welaka*, había ido hasta Jacksonville, St. Mary, Burnt Fort, Satilla, Altamaha, Darien y la isla Wilmington, y ante ellos se disolvían las concentraciones de expedicionarios, quienes regresaban a sus hogares. Cuando los perseguidores llegaron a la casa de E. B. Barstow, en Wilmington Island, donde según confidencias estaban refugiados López y González, ya se había dado la alarma y no pudieron registrar dicha casa por carecer de mandamiento judicial. El 5 de mayo Roberts dió por terminada la expedición en el Sur, también, al anunciar a la secretaría de Hacienda que López había partido para Mobila, Ala., en ruta hacia Nueva Orleans, y que González se había ido para la Florida.

Durante todos estos críticos días la situación en Nueva Orleans, entre los expedicionarios allí radicados, se había hecho muy difícil. La mayoría de ellos eran cubanos, revolucionarios cubanos, o sea, el grupo humano de mayor indisciplina que darse pueda, y reclamaban a voz en cuello que se les tuviese al corriente de todos los secretos de la expedición y, al no lograrlo, se dedicaban entonces a fomentar recelos y desconfianzas, a criticarlo todo y a amenazar con que pondrían tienda aparte. El *Diario* de Villaverde, contiene muchos ejemplos de la actitud díscola e indiscreta de los cubanos de Nueva Orleans, pero uno de los más concretos es el que ya hemos citado en la nota No. 200, de esta obra. Villaverde nos dice que, al llegar a Nueva Orleans, procedente de Nueva York, un grupo formado por Owen, Sedano, Mola, M. Agüero y otros que iban a formar parte de una expedición, casi en seguida comenzaron las quejas de los cubanos en el sentido de que López les pretería en favor de los extranjeros. ([248]). La situación se hizo tan tirante que Sigur, en ausencia de López, quien había partido para Georgia, convocó a los cubanos y a sus compañeros a una reunión que se celebró el día 24, y en ella les aseguró que López no se proponía partir para Cuba sin ellos y les pidió que renunciasen a tales sospechas. Agüero también habló a los reunidos, que eran veinte y cuatro personas, en el mismo sentido y, por lo menos en apariencia se logró convencerlos. Se acordó entonces elegir a uno del grupo para que fuese el hombre de contacto con Sigur y se viese con él todos los días; pero, al hacerse la elección, fué designado Gotay, el puertorriqueño incorporado en Cárdenas, y no José M. Hernández, de Matanzas, quien también había figurado en la expedición de Cárdenas y aspiraba al puesto para el cual había sido seleccionado Gotay. Hernández quedó muy disgustado con el fracaso de su aspiración y allí mismo protestó de la designación hecha y con notable imprudencia hizo notar que Gotary era puertorriqueño y no cubano.([248])

Al día siguiente, viernes 25, según el *Diario*, de Villaverde, que venimos citando, Hernández continuaba sus críticas contra López, así como sus calumnias, y lo hacía acompañado de Angel Loño. Ambos protestaban de que López estaba ausente de Nueva Orleans cuando el hecho cierto era que había ido a Georgia para poner remedio a las imprudencias de Ambrosio José González, a las que ya hicimos referencia, y para coordinar la reunión y el embarque de los expedicionarios reclutados y de los recursos

disponibles cuando llegase aquel vapor *Cleopatra* que ya había sido detenido a virtud de las denuncias del espionaje español y del norteamericano, y de la actuación directa del secretario de Estado, Mr. Webster, en Nueva York. Villaverde, en su papel de secretario confidente de López tenía que guardar silencio ante las diarias acometidas y recriminaciones de Hernández, Loño y los demás descontentos mientras los españoles de Nueva Orleans obtenía datos importantes acerca de lo que ocurría con sólo enterarse de las indiscreciones de aquellos equivocados patriotas, dominados por sus suspicacias y sus resentimientos.

El sábado 26 de abril ya era grande la ansiedad entre los revolucionarios de Nueva Orleans y se sospechaba que había fracasado la expedición, según hacía constar Villaverde en su *Diario;* pero el domingo 27 ya se conoció la durísima proclama del Presidente Fillmore contra los cubanos que en el territorio de los Estados Unidos, en opinión suya, se dedicaban a criminales hostilidades y organizaban expediciones con "la idea de saquear y robar". La redacción del documento era de Webster, por supuesto, del gran apóstata en cuanto a la esclavitud en los Estados Unidos y en lo referente a la libertad de los pueblos, porque si Whittier lo calificó de "Ichabold" por su traición al abolicionismo, también traicionaba los principios que había sostenido en lo tocante a la independencia de Grecia y de Hungría hasta la imprudencia, cuando se ponía de parte de España en contra de Cuba, aunque pretendiese justificar la contradición con el supuesto interés de que no se realizase la anexión de Cuba, cosa inadmisible cuando él sabía mejor que nadie que López jamás había hecho ni haría proposiciones anexionistas a gobernantes norteamericanos.

Anota Villaverde que el 28 de abril, lunes, Sigur le había dicho: "Todo se ha perdido..., todo ha sido confiscado. El Sr. González es muy tonto y Mr. O'Sullivan, también..." Sigur había recibido el telegrama de O'Sullivan, fechado a 24 de abril, en el que decía, con una clave convencional bastante pobre: "Rotas las negociaciones. Es dudoso que puedan ser reanudadas satisfactoriamente. No deben depender de la venta aquí para llenar los pedidos de ustedes..." ([247]) (Traducciones de H. P. V.)

Ahí estaba ya el fracaso de la expedición del *Cleopatra;* pero López escribía desde Macon, Ga., el día 25, insistía en que podía embarcar con doscientos hombres. A esto se negaron Sigur y otros de sus compañeros. López ofrecía telegrafiar cuando embarcase y el miércoles 30 de abril no había llegado su telegrama y se hizo necesario confesar la derrota.

4-25-51

En efecto, la persecución de Hiram Roberts, a la que ya nos hemos referido, había disuelto las concentraciones de expedicionarios en Georgia y el propio López era perseguido de cerca. En Nueva Orleans comenzó la desbandada de las unidades expedicionarias que se habían reunido allí y crecieron las exigencias de indemnizaciones y compensaciones. El 1º de mayo Sigur tuvo que ocultarse mientras los decepcionados reclutas de Arkansas lo buscaban para "lincharlo". Los hombres del regimiento organizado por el coronel Downman también demandaban ayuda económica para regresar a sus hogares y no había con qué satisfacerles. El sábado 3 de mayo se recibió un telegrama de Lamar, el cubano emigrado que se había radicado en Savannah y Charleston y cuyo apellido llevaba al gobierno de Washington a confundirlo con el general Lamar. El telegrama fechado el día anterior en Savannah, decía: "Mr. Souverville no puede recobrar su salud y regresa a esa ciudad" (Traducción de H. P. V.) y así quedaba confirmado el fracaso total de López (Mr. Souverville) y su regreso a Nueva Orleans. El miércoles 7 de mayo llegó López a Nueva Orleans, según el *Diario* de Villaverde, y al día siguiente fué a visitarle el autor de *Cecilia Valdés,* quien observó que se había dejado crecer la barba para que no le reconocieran sus perseguidores. López dijo a Villaverde que preparaba otra expedición y le explicó que cuando llegó de Nueva Orleans ya había orden de arresto contra él y que el jefe de policía se había negado a cumplirla (López se había hecho masón allí mismo, en Savannah, algún tiempo atrás, y tenía la protección de la masonería), por lo que si el buque expedicionario hubiese llegado, como se había convenido, de todos modos habría embarcado con sus seguidores. Lo había esperado en vano, escondido en una isla (recuérdese lo que ya hemos dicho del administrador de la Aduana, Hiriam Roberts, yendo a arrestar a López en Wilmington Island), hasta que se desengañó del fracaso. Para la nueva expedición, agregó, contaba con los recursos que le ofrecía Sigur, provenientes de un pleito que acababa de ganar y con la hipoteca que constituiría sobre el periódico el *Delta,* de Nueva Orleans ([248]). El autor no deja pasar esta oportunidad sin hacer notar al lector que estos recursos, tan modestos, productos de la amistad de Sigur con López y de la fe que había depositado en este último, son las supuestas "formidables" contribuciones de la escla-

WRONG

Estas tres anotaciones son muy importantes y, además de la correlación que tienen, merecen un comentario detallado. En una de ellas se advierte que Concha quería atraerse a López e insinuaba la posibilidad de que podía tener una "brillante posición", para lo cual lo único que tenía que hacer era renunciar a la empresa de libertar a Cuba. El tema de la anexión no aparecía por ningún lado y Concha no aludía a los anexionistas de los Estados Unidos para limitar su crítica al hecho de que López quería convertir en "leones" a los que, según él, eran "perros", solamente. Otra de las anotaciones se refiere al costo de la expedición del *Cleopatra*, que básicamente se fija en $37,000.00, y no hay referencia alguna a que ese dinero hubiese sido aportado por anexionistas norteamericanos. Si estos hubiesen sido "los grandes intereses económicos y políticos" de las expediciones de López, que han imaginado historiadores cubanos y norteamericanos al seguir la pauta dictada por los españoles para desacreditar aquellos empeños libertadores, un río de oro habría nutrido el tesoro revolucionario y los estados del Sur se habrían jugado el todo por el todo para lograr que triunfasen y así plantearles a los abolicionistas el hecho consumado del final de la dominación española en Cuba para realizar la anexión de otro país con esclavos. La expedición del *Cleopatra*, pues, había contado con escasos recursos, mayormente aportados por cubanos y, agotados o confiscados esos recursos, no había siquiera con qué dar de comer a los expedicionarios cubanos de la emigración, o con qué pagar el regreso a sus hogares, de los aventureros norteamericanos que habían sido reclutados. ¿Dónde estaban, en esa crisis de penuria, los grandes intereses esclavistas y anexionistas a los cuales siempre se ha querido vincular la empresa libertadora de Narciso López? Finalmente, cuando López, dominado por la desesperación, se franquea con Villaverde para contarle las preocupaciones que le embargaban, le habla del compromiso que tiene con la Patria, es decir, con Cuba; pero con nadie más. Si se retiraba de la empresa "de libertar a Cuba", sin la más remota alusión a la anexión en sus palabras, no tenía que dar cuenta a los que después se ha supuesto que eran quienes le mandaban o estaban detrás de él, o sea, los anexionistas de los Estados Unidos.

Se comprende que a los españoles amenezados por Narciso López en su dominación sobre Cuba, y odiándole por americano y por general de la metrópoli que se volvía contra ella, se les ocurriese que la mejor manera de desacreditarle como revolucionario fuese la de marcarlo como anexionista y esclavista, aunque no lo fuese. De ese modo, además, debilitaban la confianza que los cubanos pudieran tener en él y les privaban del caudillo militar que era imprescindible para lanzarse a la lucha contra España. Lo que resulta incomprensible es que, copiando a los españoles, entonces, después y hasta en nuestros días, haya habido historiadores que no hayan querido ir a las verdaderas fuentes documentales, ni hacer las revisiones históricas indispensables, ni aventurarse a sostener una tesis independiente en cuanto a los propósitos del general López para libertar a Cuba. Explicable y sin disculpas la confusión de Sanguily, Manuel de la Cruz o Vidal Morales; pero inexplicable el ignorante empecinamiento en el error de los historiadores sin investigación, repetidores de lecturas que nunca analizaron debidamente, del tipo de Entralgo.

Todo parecía perdido, pues, en aquellos primeros días de mayo de 1851. Desbaratada la expedición del *Cleopatra* que tan efectiva pudo haber sido, López quedaba sin recursos y se enfrentaba con una grave crisis de autoridad que, según todas las apariencias, haría imposible la organización de otra expedición, por lo menos en mucho tiempo. La historia de Cuba nos dice, sin embargo, que dos meses más tarde aquel hombre infatigable y de resuelta consagración a la causa de Cuba, organizó la expedición de la Vuelta Abajo y de nuevo sacudió hasta sus cimientos la dominación colonial en Cuba, aunque el empeño le costó la vida.

5. Efectos de la infructuosa tentativa del "Cleopatra" sobre la emigración cubana.

Como es común en los casos en los que fracasan las conspiraciones y las intentonas revolucionarias, lo ocurrido con la infructuosa tentativa del *Cleopatra* determinó una crisis de autoridad, de confianza y de armonía, entre los cubanos emigrados de la época. Claro que, con anterioridad, como ya hemos señalado, habían surgido recelos, rozamientos y hasta rivalidades entre las diversas facciones; pero lo que ocurrió a partir de abril de 1851 sobrepasó todo límite.

La lectura de los documentos de la época revela que no había unidad de acción o siquiera de propósito, entre los revolucionarios, y que cada grupo se manejaba por su cuenta. No había ver-

en cuanto al porvenir de Cuba, libre de España. Encontraban miles de razones, políticas, económicas y sociales, además de las personales, para mantenerse al margen de los acontecimientos y la propaganda de los anexionistas que se movían en torno a López y a los verdaderos libertadores, la aprovechaban a maravilla para explicar y excusar su abstención. El 4 de mayo José Antonio Saco, bien en correspondencia con Domingo del Monte, pontífice máximo de los evolucionistas que casi siempre eran epicúreos, le escribió a Iznaga una carta muy interesante que no aparece entre las publicadas por Figarola Caneda, pero de cuyo contexto es fácil que nos formemos una idea, hoy en día, por la respuesta que le dió Iznaga y por los comentarios que a ella hizo el propio Saco, en su correspondencia con José Luis Alfonso, con del Monte, y con otros amigos suyos. El viejo patriota trinitario, al contestar a Saco, le decía terminantemente:

> ...Está en mi poder, acabada de llegar, su muy apreciada de 4 del actual. En ella veo algo que merece estar claro; á ello llamaré brevemente la atencion de V. En primer lugar creo que V. ha entendido mal a Gaspar suponiendo que "él considera la revolucion y la guerra civil en Cuba, como una felicidad para ella." No es menos grande la equivocacion que padece en suponer, aludiendo á la independencia de Cuba, que "de todo se trata menos de eso." Y aun lo es mayor la de asegurar que "lo que se quiere es precipitar los acontecimientos, hacer una revolución á todo trance, y... esa isla desventurada entregarla á los Estados Unidos".
>
> Respecto á la asercion sobre Gaspar, ni creo, como he dicho, que lo ha entendido V., ni concibo como V., que conoce tan bien á Gaspar, puede abrigar la idea de que él pueda pensar de aquella manera (lo de que la revolución y la guerra civil fuesen una felicidad para Cuba. N. del A.). La segunda debe ser por olvido de V., pues en "La Verdad" se ha manifestado lo contrario, y ademas yo mismo se lo dije en Montpellier, observandole que eso dependeria de circunstancias (la independencia ó la anexión) teniendo Cuba independiente por donde empezarse, el privilegio de conservar su independencia, ó de acogerse á la protección de la poderosa Republica de Washington. Y con respecto á la última aseveración (coincidiendo por mi parte que cualquier riesgo debe correrse con la esperanza de salir de la angustiada y deplorable situación en que se hallan los pueblos de Cuba y evitar los males futuros que le amenazan) permitame recordarle que no solo le he hablado á V. en sentido opuesto á la aserción de V. sino que el objeto de mis comunicaciones a U. en los meses anteriores y en el de mi viaje a fines de marzo a Montpellier ha tenido exactamente el objeto contrario, que me movió el solo deseo de una pausa en el movimento actual para aumentar su solidez con el apoyo de las luces de V. (253)

Esta comunicación de Iznaga figura en la colección publicada hace más de treinta años por José A. Fernández de Castro y no era desconocida antes. No se trata, pues, de uno de los documentos inéditos que hemos podido utilizar al realizar la investigación de fuentes originales que corresponde al verdadero historiador. Esa carta, sin embargo, hace inevitable la pregunta siguiente: leyó, por lo menos, y fijándose en lo que leía Elías J. Entralgo, el libro de Fernández de Castro? ¿Pasó por alto esta comunicación tan importante y reveladora para que no continuase en el error de señalar a Narciso López como anexionista? Iznaga rebate a Saco sus presunciones y conclusiones y le aclara la verdad de sus dichos, mal interpretados y tergiversados por el historiador bayamés, y no deja lugar a dudas de que lo primero era la independencia y de que esa tesis la había mantenido el periódico *La Verdad* y que sólo en último término y por decisión de los cubanos sería que se contemplaría la anexión. Ahora bien, ¿es posible que a estas alturas haya cubanos tan pobres de espíritu y tan mal enterados del sentimiento patriótico de los revolucionarios del siglo pasado, que puedan imaginarse que Cuba libre fuese a preferir la anexión? Además, deficiente como sea la información histórica de quienes sostengan esa tesis imposible, ¿pueden ignorar que no podía haber anexión de Cuba a los Estados Unidos cuando la mayoría de la opinión pública y de la congresional, norteamericana, era completamente opuesta a la anexión de Cuba, país con esclavitud?

¡Ah! Si Saco, Alfonso, Madan, del Monte, etc., no hubiesen estado cegados por sus prejuicios y por sus ideas hechas, no habría habido malentendido alguno acerca de los objetivos perseguidos por Narciso López; pero es que ellos, además de estar en contra de todo cambio fundamental en el coloniaje bajo el cual vivía Cuba, desconfiaban todavía más del propio Narciso López, y de sus compañeros de expedición y temían que Cuba libre significaría una transformación completa de las realidades cubanas de la época, de las cuales todos ellos eran beneficiarios, cada uno en su medida.

Las aclaraciones de Iznaga a Saco, que acabamos de transcribir, ponen en tela de juicio la sinceridad del historiador bayamés cuando, al día siguiente de la carta cuyas torcidas interpretaciones le rebatió Iznaga, le escribió a Alfonso, a su amigo y discípulo Alfonso, al verdadero anexionista por conservar su

a esos emigrados porque no había recursos para hacerlo, y quizás si esta situación había influido sobre ellos para que se lanzaran a una expedición a la desesperada. El martes 13 de mayo el proyecto de Loño y Hernández era de que entre doce y quince cubanos fuesen en un barco de vela a dar el grito de independencia en Cuba, con López o sin él: pero éste le había dicho a Gotay, para que se lo comunicase así a aquellos ardorosos patriotas, que no podían contar con él para semejante tentativa, ya que él iría con una verdadera expedición o no iría.

Así las cosas, los soldados españoles incorporados en Cárdenas, a quienes se había retirado la consignación para su gastos y que estaban más o menos alarmados por las noticias circulantes, también le exigían a López que les explicase qué era lo qué ocurría.

No fué hasta el 14 de mayo que se recibió en Nueva Orleans la primera carta en la que O'Sullivan informaba sobre el fracaso de la expedición del *Cleopatra* a virtud de la traición de "Duncan Smith", en quien él y Sanchez Iznaga habían depositado incautamente su confianza.

La oposición a López seguía su propaganda y aprovechó la reunión de emigrados revolucionarios que tuvo lugar el 18 de mayo de 1851, en la casa de la calle Gravier No. 121, en Nueva Orleans, para manifestarse. La reunión tenía como objeto aparente la conmemoración, al día siguiente, del primer aniversario de la toma de Cárdenas. Hubo discursos de cubanos y de norteamericanos y el domingo 19 se conmemoró la fecha con desfiles, cañonazos y mítines; pero bajo auspicios bastante tristes, ya que ese mismo día llegó la noticia de que habían sufrido la pena de garrote en La Habana los patriotas Carlos Collíns y Manuel H. Ramírez, lo cual no era cierto, aunque sí lo era que sus actividades revolucionarias habían sido descubiertas y que Ramírez había sido detenido hacía algunos días en San Cristóbal, Pinar del Río (257)

Hay motivos para sospechar, aunque esto no aparece en el *Diario*, de Villaverde, que éste mismo vió vacilar por entonces la fe que tenía en López, combatido como estaba por todas partes y carente de recursos para una nueva tentativa revolucionaria. Villaverde trató de regresar a Nueva York, lo que equivalía a separarse de López, y a ese efecto se dirigió a Betancourt Cisneros por cartas, del 10 y el 11 de mayo, para pedirle dinero a fin

re-written diary

de realizar ese viaje. Esas cartas aparecen citadas en otra de Betancourt Cisneros (258), que le facilitaba la oportunidad de separarse de López y le encargaba que gestionase que el caudillo le entregase seiscientos fusiles para una misteriosa aventura revolucionaria a la que estaba dedicado *El Lugareño* y que nunca tuvo lugar.

con Quitman

La carta, característica de las divisiones y rencillas entre aquellos emigrados cubanos, iguales a los de todas las épocas, vale la pena que la transcribamos aquí y volveremos a usarla:

> ...Me apresuro á escribir á V. aun en la incertidumbre de encontrarle en esa, pues considero habrá continuado haciendo esfuerzos por venir pa. acá. Así es que para asegurar esta carta la pongo bajo cubierta de Mr. Sigur. Al grano.
>
> En contestacion á las suyas de 10 y 11 le dije que no tenia un peso mio, ni me atreveria á ocurrir á los paisanos pudientes pa. pedirles una peseta pa. ninguno que siquiera pensase en servir á la revolucion. Hoy tengo el gusto de decirle que un pudiente me ha ofrecido 50 ps. pa. el transporte de V. á esta y V. puede pedirlos allá ó librar sobre mi en el seguro concepto de que se pagará á la vista dicha cantidad. Parece es condicion que venga V. y supongo que por eso ni se me da ni se libra el dinero. El bienhechor me prohibe hasta que deje transluzir (sic) su nombre. Qué quiere V.? Es preciso aceptar todas las condiciones: nuestras circunstancias y las de los que no estan en nuestras circunstancias, exijen todas estas precauciones y reservas. Qué nos importa quien nos haga un bien, si se nos hace un bien? Yo le ruego que venga como pueda y cuanto antes porque yo tengo acá un proyecto y necesito hombres como V. pa. ponerlo en planta: no le desagradará.
>
> Han llegado ayer de Nuevitas Benjamin Sanchez, su esposa herma. de Alonso (Alonso Betancourt) y cinco niños; Gaspar Agüero (hermo. de Perico Agüero) su esposa y tres niños; Anita Sosa y un hijo mas, y un joven Zayas descubridor ó *resolvedor* del gran problema *de la cuadratura del circulo*. Todos los hombres y todas las mujeres estan acordes en que las Camagüeyanas querian salir y lanzarse con puñal en mano á la cárcel á quitar á los presos; pero que estos se opusieron al levantamiento asegurándoles que ellos saldrian bien porque estaban inocentitos como los recien nacidos y que nada les podria suceder porque nada se les habia encontrado ni cojido (sic) que ameritase aquel procedimiento. Por esto, dicen, no se lanzaron quinientos hombres á y porque la órden dada á la tropa ú oficiales que los custodiaban era de matarlos al momento que viesen el menor movimiento de resistencia etc. Me han contado que á lo menos media docena de los mas influyentes andan huyendo por los campos y se cree que no los cojeran (sic). Parece que todos allá estan esperando la espedicion, y eso tambien ha paralizado todo movimiento espontáneo y decidido.

de la que al día siguiente se ocuparon los periódicos y que produjo gran indignación entre los españoles y sus partidarios de la gran ciudad del Sur, quienes se dispusieron a organizar otra demostración callejera, en homenaje a España.

En otra anotación, correspondiente al viernes 23 de mayo, se decía que López había recibido una carta cifrada, procedente de La Habana, en la que se le decía que Goicouria sería portador de trece mil pesos con destino a una nueva tentativa revolucionaria y que "...García Calderón, uno de los comandantes de los cuerpos recién llegados de España, puesto de acuerdo con el de rurales ([259]), daría pronto el grito de independencia, i q. la señal sería la llegada á estos Estados de la familia de dicho García Calderón..."

López estaba bien al tanto de los ataques de que era objeto por parte de los mismos cubanos por cuya libertad iba a dar su vida, ya que llegó un momento en el que nadie se recataba para criticarle como un ambicioso y para acusarle de que era el culpable de que Cuba no fuese libre. Ese era el tema de la anotación del sábado 24 de mayo en el *Diario* de Villaverde, que textualmente dice:

> ...El Gral. se queja de que algunos cubanos le han atribuido el haber detenido varias vezes (sic) el movimiento revolucionario en la isla por ambicion i miras personales, cuando la verdad es q. hasta ha dado órdenes pa. q. se comience, no habiendo sido otro su objeto sino el de poner de acuerdo en cuanto sea posible el movimto. de allá con el de acá pa. asegurar mas el exito...

En los días subsiguientes se modificó en algo la actitud de hostilidad con que un grupo de emigrados que estaban en Nueva Orleans miraba a López. Este, por otra parte, con las noticias que recibía de Cuba y no pocas de las cuales conocía Concha por medio de sus espías, comenzó a alentar de nuevo la esperanza de que contaría con recursos para otra expedición desde los puertos del Sur de los Estados Unidos y, en consecuencia, no se avino a ceder las armas que *El Lugareño* había pedido para aquellos levantamientos simultáneos en los tres departamentos, que no se dieron, al fin y al cabo.

Ramón Ignacio Arnao había logrado escapar de Cuba después del fracaso de los conspiradores habaneros Carlos Collins, Graciliano Montes de Oca, Manuel Muñoz Castro, etc., que

ya hemos relatado, y llegó a Nueva Orleans a fines de mayo. En conversaciones sostenidas con Villaverde, explicó a éste lo ocurrido en La Habana cuando el arresto y la expulsión de Muñoz y Castro, y la anotación del sábado 31 de mayo, en el *Diario*, de Villaverde, contiene los siguientes detalles, que son del mayor interés:

> ...Anoche me refirió al fin Arnao el modo con que puso en relacion a Garcia Calderon, el coronel del regimiento recien llegado de España i q. está dispuesto á dar el grito de independcia. ahora. Dice que el se puso en relacion con este gefe por medio de Jose Maria Salinero, de quien es pariente, pues el tal Garcia Calderon es de Panzacola, i lo puso en relacion con Manl. Muñoz llevando á este disfrazado de domino al pie de la fuente de la India, donde habló cerca de dos horas con dicho gefe, que iba tambien disfrazado. El plan de este era el dia que entrara de parada apoderarse del Capitan Gral., del Intendente, del Inspector, del Mayor de plaza, etc., i con dos compañias q. tiene en una fortaleza apoderarse de esta. Como necesitare dinero pa. comprar otro regimiento por medio de los sargentos del suyo, dice Arnao q. se le dió el q. pidió, pues pa, esto Carlos del Castillo, Goicouria y otros estaban bien dispuestos... ([260])

Ese mismo día 31 de mayo fué que supieron López, Villaverde y los cubanos de Nueva Orleans, que el Dr. Manuel Rodríguez de Mena, el más habilidoso e influyente conspirador de La Habana, había preparado su viaje a los Estados Unidos para el 22 del propio mes, o sea, que para entonces se encontraba en territorio norteamericano. ([261]) El 1º de junio, por carta de Juan Manuel Macías desde Charleston, S. C., supo López que el Dr. Rodríguez de Mena había desembarcado en dicho puerto, con su familia, procedente de La Habana, y que seguía viaje a Nueva York. Villaverde, en su *Diario*, se lamenta de ello y comenta que no era con Betancourt Cisneros con quien debía entrevistarse, sino con López, que era quien organizaba expediciones.

En realidad, los conspiradores de La Habana y de Nueva York habían resuelto despojar a López de la jefatura del movimiento revolucionario que sería asumida por Rodríguez de Mena, Betancourt Cisneros y Goicouría, al resurgir la antigua división que desde 1848 había hecho imposible la acción unida contra España, ya que los cubanos acaudalados e influyentes preferían ser ellos los caudillos libertadores, aunque no tuviesen experiencia militar ni resolución para ir a pelear, porque aparte de los celos personales que había en cuanto a López, existía la sospecha de

alas de cera el libertar á Cuba ó atacar al Gobierno español antes que el Gral. Lopez, he estado y estoy actualmente viendo como puedo aunque sea haciendo el sacrificio de quedarme, recuperar mi salud para poder ayudar al Gral. despues, segun el plan que él mismo me indicó antes de separarse de mí. 7º Que mañana mismo daré un mentis público por los periódicos y el telégrafo a mis calumniadores. Créame como spre. su amigo afmo. y compañero. (f) Ambrosio J. Gonzalez. (262)

Hemos transcrito íntegramente esta importante carta porque es una prueba definitiva de la realidad de las maquinaciones contra López en el momento más crítico de aquellos esfuerzos libertadores, a los que se refiere González para negar del modo más terminante toda participación en las mismas y, de paso, condenarlas como lo que eran, un golpe terrible contra aquellos esfuerzos libertadores y una suprema injusticia contra el caudillo cuya abnegación y cuyos sacrificios habían puesto en peligro la dominación española sobre Cuba y que era el único que realmente hacía la guerra a España. La carta llegó a su destino cuando la trama divisionista contra López había sido deshecha por el voto de la mayoría de los emigrados cubanos de Nueva Orleans, como veremos en seguida; pero fácil es comprender que estas rivalidades a las que no quiso prestarse González, debilitaban el movimiento revolucionario y hacían que López no pudiese estar seguro de nada, ni dueño de sus mejores facultades de organizador y de jefe frente al coloniaje, cuando tenía que hacer frente a complots y a intrigas de mala ley entre los mismos cubanos. Todo este proceso explica muy bien la precipitación y hasta la improvisación con que López tenía que actuar, mientras se sentía acosado por los agentes españoles y norteamericanos y por los enemigos que tenía entre los cubanos que más alardeaban de querer la independencia de su patria.

A pesar de la destrucción de muchos de los papeles de López, quedan pruebas escritas de la preocupación que le dominaba por los ataques de que era objeto. En una carta suya a Juan Manuel Macías, a fines de mayo de 1851, le decía:

...Ni D. Germán (Ambrosio José González), ni O'Sullivan, ni D. Pepe (José M. Sánchez Iznaga) me han escrito desde que nos sucedió el fracaso. No se puede creer esto; pero, crealo V.

Aqui hubo un molote cubano á resultas de mi viage á esa y en desprecio de las ordenes que les dege(sic). Hubo juntas, mensages (sic), etc. (No se ria V., crealo pues que se lo estoy yo diciendo); pero despues que he llegado á esta, que hace hoy cinco dias, todos han

venido a verme, cada cual me ha esplicado su conducta disculpandose el que ha creido necesitarlo, menos Jose M. Hernandez y (Angel) Loño, que no han parecido por mi casa, sin duda porque se manifestaron mas acerrimos contrarios mios, diciendo y propalando cuanto se les ocurría que pudiera favorecer sus intenciones. ¡Cuanta paciencia no necesita, amigo mio, el hombre que toma á su cargo una empresa como la mia!...

Los demas cubanos qe. hay aqui parecen no estrañar (ps. no dan señales de mortificación) la conducta de H(ernandez) y L(oño). ¿Que piensa V. de tal ingratitud?... (263)

Villaverde, a su vez, también escribió a Macías sobre este tema en cartas que el patriota matancero consideró tristes y desconsoladoras y a una de ellas contestó con el siguiente párrafo:

...A lo que cuenta del villano proceder de algunos Cubanos en esa despues de la venida del Gral. á esta, nada contestaré porque me da asco meter mi pluma en tal inmundicia. Ellos llevaran su justo castigo. En la culpa llevaran la penitencia. Basta con esto... (264)

Según el *Diario*, de Villaverde, tantas veces citado, los cubanos disidentes de Nueva Orleans aseguraban que contaban con el apoyo de Ambrosio J. González para llevar una expedición a Cuba en la que no figuraría Narciso López y por eso fué que él le escribió a González hasta saber la verdad. Más seguros de sí mismos López, Villaverde y sus amigos, se decidieron a convocar a una reunión preliminar de los emigrados, que tuvo lugar el 17 de junio de 1851, en Nueva Orleans, según dicho *Diario* para tratar con los disidentes; pero el caudillo se mostró inflexible en su determinación de no llevar consigo a Cuba a quienes le habían estado combatiendo y calumniando y al día siguiente se efectuó una asamblea general a la que concurrieron unos cincuenta de los emigrados radicados en Nueva Orleans. El hecho de que Villaverde conservó muchos de sus papeles, que han llegado hasta nosotros sin que sobre ellos cayese la destrucción que hicieron que se perdiesen para la Historia no pocos documentos de López, Sánchez Iznaga, González, J. M. Hernández y otros, nos permite conocer cuál fué el desenlace de la cuestión. Dice la anotación del *Diario*, correspondiente al jueves 19 de junio, que el día anterior, o sea, el miércoles 18, se había celebrado una asamblea en la casa No. 124 de la calle de St. Louis, para tratar de la conducta de los cubanos de Nueva Orleans para con el general Narciso López, y que a ella habían asistido unas cincuenta personas, presididas por Diego Hernández, patriota santiaguero,

Hay en esta correspondencia y en estos documentos acerca del desenlace del complot contra Narciso López algo más que la ratificación de la confianza y de la lealtad de la mayoría de los emigrados en el único jefe revolucionario que en realidad les había llevado a pelear contra España: hay la reiteración de que él y los que estaban identificados con él eran los que formaban el partido de la libertad y de la independencia de Cuba, sin sombra alguna de anexión, lo que lógicamente plantea la otra cuestión sobre cuáles eran los propósitos políticos de los que no querían continuar al lado de López. ¿Había en el fondo la vieja discrepancia de siempre entre los que querían asegurar la anexión y no se fiaban de López de quien sospechaban, y con razón, que buscaba acabar con la dominación colonial española, en Cuba y en Puerto Rico, para la independencia y no para la anexión? En esos documentos se establece que López y los que le secundaban eran del "partido independiente republicano". ¿Independencia y república podían ir juntas con la anexión? ¡Qué contesten esta pregunta, con toda sinceridad, los que todavía no han querido ver que López estaba contra la anexión y que por eso le combatían los que no veían otra salida del coloniaje español que la incorporación de Cuba a los Estados Unidos!

López, pues, ganó la partida a sus adversarios con los acuerdos de la asamblea del 18 de junio; pero con ellos quedó obligado a ir adelante con los preparativos de la última expedición, que le costaría la vida. Hay motivos para creer, sin embargo, que ese triunfo no favoreció la realización de sus planes revolucionarios, ya que debilitó la unidad de la emigración y dejó sembrados amargos resentimientos que llegarían a ser en extremo perjudiciales para el esfuerzo libertador que pocas semanas después se intentaría.

CAPITULO III

1. La sublevación de Camagüey; sus antecedentes, su organización y sus conexiones en los Estados Unidos.—2. Carácter y antecedentes de Agüero, Betancourt, Zayas Benavides y Castellanos.—3. La lucha con los españoles y el fracaso del alzamiento.—4. El proceso contra los patriotas y su resultado.

1. La sublevación de Camagüey: sus antecedentes, su organización y sus conexiones en los Estados Unidos.

Más de una vez se publicó, a raíz de las tentativas revolucionarias de 1851 y por muchos años después, que la sublevación de Camagüey, bajo la jefatura de Joaquín de Agüero, había sido hecha con el propósito de anticiparse a la expedición que organizaba Narciso López y para crear el hecho consumado de un alzamiento de los criollos, realizado independientemente, que López se habría visto obligado a tomar en consideración al llegar el momento de decidir la suerte futura de Cuba.

Es posible que estos cálculos los tuviesen algunas personas, de las que nunca se decidieron, con toda sinceridad, a combatir hasta lo último al coloniaje español, por los temores que abrigaban en cuanto a lo que sería Cuba, si libertada por Narciso López y bajo el gobierno de éste; pero en cuanto a la realidad histórica, respaldada por los documentos de la época, la situación fué muy otra, completamente distinta, y López había visto con agrado la fundación de núcleos revolucionarios en diversos lugares de Cuba, había buscado establecer contacto con ellos, les había alentado y hasta llegó a darles instrucciones para que se lanzasen a la lucha antes de que él llegase a Cuba con su expedición.

No se nos oculta que uno de los compañeros de López, de 1851, años más tarde puso en labios del caudillo una declaración al efecto de que el alzamiento de Camagüey era un error que perjudicaba a todo el esfuerzo revolucionario, al atribuirle el comentario, cuando supo de la sublevación de Agüero, de que el movimiento era prematuro y de que el país, sobrecogido por la te-

ta nada, armas y deseos es lo que más vale, gente sobra. Adios, adios y qe. nos concervemos (sic) nada mas pido pa. tener el gusto de vernos... (271)

Y, efectivamente, así fué: los conspiradores de La Habana y la Vuelta Abajo se dispusieron a cumplir lo que habían convenido; pero el espionaje español estaba al tanto de todo: ocurrieron las detenciones de Muñoz Castro (*Catuche*), Montes de Oca, Collins y otros muchos en La Habana, y solamente Manuel A. Ramírez y algún otro salieron de La Habana para la Vuelta Abajo sin que se dieran los asaltos a las fortalezas de Santa Clara, La Chorrera y El Príncipe, y sin que el coronel García Calderón cumpliese lo ofrecido en cuanto a sublevar la guarnición capitalina. Santovenia es quien hace notar la coincidencia de las instrucciones de López, a través de Villaverde, para la sublevación a la que acabamos de referirnos, con el hecho de que

...ya en el mes de abril de 1851, en los momentos en que se aguardaba en La Habana el aviso de que los invasores habían pisado suelo cubano en las inmediaciones del cabo de San Antonio, se vieron marchar hacia allá a personas de La Habana... (272)

Ramírez fué una de esas personas y fué arrestado; pero también lo fué el Dr. Juan Francsico Villaverde cuando se encontraba en su finca de San Diego de Tapia, sin que tuviese tiempo de refugiarse en la cueva de esa comarca, como le había aconsejado su hermano Cirilo.

De manera bien concreta López había autorizado y hasta aconsejado la sublevación de los patriotas de Cuba como parte de su plan para una revolución general contra España, y de esto hay pruebas diversas. En la anotación del 23 de mayo del *Diario*, de Villaverde, hay constancia de que López acababa de recibir carta de La Habana en la que le avisaban de que Goicouria llevaba $13,000 para los gastos de la expedición y de que el coronel García Calderón, de la guarnición habanera, puesto de acuerdo con el jefe de los rurales, pronto darían el grito de independencia. Estas noticias fueron bien acogidas por López y Villaverde, sin que mostrasen la menor inconformidad con ellas. Más aún, en la anotación correspondiente al sábado 24 de mayo puede leerse lo siguiente:

...El Gral. se queja de que algunos cubanos le han atribuido el haber detenido varias vezes(sic) el movimiento revolucionario en la isla por ambicion i miras personales, cuando la verdad es q. hasta ha dado órdenes pa. q. se comience, no habiendo sido otro su objeto sino el de poner de acuerdo en cuanto sea posible el movimto. de allá con el de acá pa. asegurar mas el éxito...

Esta anotación de Villaverde concuerda con el contenido de una carta autógrafa de López a Macías, en la que decía:

...Yo recomiendo de nuevo a los gefes con que estoy en comunicacion en Cuba, hoy mismo lo interesante que (roto) den allá el grito de libertad lo mas pronto posible, amparandose en seguida de las montañas y esperandome, puesto que el hecho mismo haría que yo no tardase con grandes refuerzos de este pais... (273)

Queda, pues, demostrado, que López quería que se produjesen los alzamientos locales en Cuba y que los consideraba convenientes y hasta necesarios, por lo que dió orden para que se produjesen sin esperar por su expedición y para que ésta fuese en su apoyo, lo que, en realidad, integraba un verdadero plan de acción combinada, en gran escala, que pudiera haber derrotado y destruído el régimen colonial español en Cuba. El espionaje de Concha y la habilidad con que éste actuó, frustraron los alzamientos que en abril y mayo debieron haber tenido lugar en La Habana y en la Vuelta Abajo. El de La Habana llegó a tener fecha fija, la del 25 de mayo, según el Dr. Rodríguez de Mena informó a los cubanos de Charleston y de Savannah cuando desembarcó en los Estados Unidos.

Juan Manuel Macías, después de entrevistarse con Rodríguez de Mena, le escribió a Villaverde, quien se sentía muy decaído con la detención del *Cleopatra*, y le exhortaba para que tuviese fe en que Cuba no tardaría en verse libre, a cuyo efecto le decía:

...bien se deja ver que V. no ha tenido un cacho de conversacion patriotica con un cierto sugeto que vino de la Habana á Charleston el 25 del pdo., á quien llama Camagüey (Betancourt Cisneros) *mi compadre* (Rodríguez de Mena). Si Vd. hubiera oido las lindezas y primores que cuenta de la Isla, seguro que no me aconsejaria que me volviera á N. Y., ni andaria buscando *aguilas americanas* (dinero) para salir de esa, que tan poco le ha gustado: si V. hubiera oido la mitad, nada mas, de lo que me contó á mi, solo pensaria en ver *pitirres* y *judios* en los campos de Cuba, con su rifle á cuestas. Mire V. Don Cirilo, lo, menos que me dijo fué que para el dia 25 del pp. debia estallar en la Habana una conspiracion tramada y dirigida por dos jefes militares, los cuales habian dado seriamente sus palabras de lanzarse aquel dia á la cabeza de 2,000 hombres. (la mayor parte de estos serian del egercito) y

era precisamente lo contrario y de manera bien específica López se lo había comunicado así a Macías, con estas palabras:

> ...Podrá llegar el caso de que se pronuncien en la isla antes que pase el mes entrante (abril) pues he dado las órdenes pa. ello, pr. lo mismo que detube (sic) el movimiento prematuro qe. quisieron efectuar... (275)

Es un hecho bien conocido el de que los patriotas camagüeyanos estaban al tanto de las sublevaciones proyectadas en La Habana y en la Vuelta Abajo para los meses de marzo, abril y mayo de 1851 y hasta puede asegurarse que enviaron a La Habana a un representante suyo, en la persona del Dr. Manuel Ramón Silva Barberis (276), miembro de la Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe, el grupo conspirador organizado a fines de 1849 y que mantenía estrechas relaciones con Gaspar Betancourt Cisneros, Alonso de Betancourt y los demás emigrados revolucionarios camagüeyanos radicados en los Estados Unidos. Desde La Habana, donde se encontraba, el Dr. Silva Barberis escribió a su amigo Francisco de Agüero Estrada, el 12 de marzo de 1851, y le decía:

> Amigo querido: hoy debe ser el golpe que los libres de la Vuelta Abajo deben preparar, tenemos el temor de que nos falten dos de los oficiales que han de empezar el fuego, por la distancia que todavia ayer los separaba del punto de la rebelion; di en nuestro club que si no logramos nuestro intento con la locura de los que hemos levantado acá, no faltará carnada que poner en el anzuelo al gobierno; de modo que cuando hayamos atraido la atencion en cualquier punto, podamos dar el grito decisivo.
>
> Por la que dirijo á nuestro secretario te impondras que el general L(opez) ha pensado preparar una falsa salida de los puntos del Norte; pero es cierto que sus despachos han sido aceptados con entusiasmo frenético. ¡Desgracia fuera que el intento que tanto nos cuesta se frustrara en la mejor ocasion!
>
> Las carabinas no las he comprado porque no las hay en armerías de la Habana, pero me parecen buenos aquellos modelos, aunque no sean de piston.
>
> Cuando hablé con los iniciados de este club (¿Club de La Habana?) no quedé tan contento como cuando los treinta camagüeyanos firmamos el terrible juramento. Creo que los hermanos habaneros hubieran temblado ante nuestro principio, son menos decididos pero trabajan con talento y confían en nosotros mas que en la potencia esterior... (277)

Ahora bien, los antecedentes de la agitación revolucionaria entre los camagüeyanos se remontan a muchos años antes de las

conspiraciones de Narciso López. *El Lugareño* podía decir con verdad a José L. Alfonso, el desertor de la Revolución Cubana, en una famosa carta suya de mayo 13, 1852, cuando el flamante Marqués de Montelo le acusaba de que desde 1850 se dedicaba a preparar revoluciones e invasiones:

> ...Entendámonos: revoluciones, preparativos para la revolución de Cuba, negocio es en que trabajo desde 1823...

En efecto, ya en 1823 había conspiradores en Camagüey y lo eran Gaspar Betancourt Cisneros, Alonso de Betancourt, Francisco de Agüero, Manuel Andrés Sánchez, José Agustín Arango, Fructuoso del Castillo, y otros muchos, perseguidos por el despotismo colonial en los años subsiguientes. La tradición camagüeyana era la de gentes enérgicas y vigorosas, animadas de fuerte espíritu regionalista, a tono con el aislamiento del Camagüey, con una organización económica que no facilitaba el desarrollo de la esclavitud y con una estructura social de la cual la endogamia era característica principalísima. El impulso civilizador de Betancourt Cisneros y de sus amigos trajo el ferrocarril a la región, para comunicar el puerto de Nuevitas con Puerto Príncipe; pero ya aquel puerto era el punto de contacto de los camagüeyana con el mundo entero; pero muy especialmente con La Habana y con los Estados Unidos.

Las tentativas de limitar la introducción de esclavos africanos en esa comarca fueron acompañadas de proyectos para el fomento de la inmigración de trabajadores blancos y las autoridades españolas, que lucraban con el contrabando de esclavos desde los personajes más influyentes, en Madrid, pasando por el gobernador de Cuba y llegando al más modesto funcionario colonial, marcaron con su hostilidad a los camagüeyanos. Uno de los más notables de entre éstos, hombre culto y digno, Joaquín de Agüero y Agüero, había libertado a sus esclavos por escritura pública de 23 de enero de 1843, como para dar una demostración concluyente de que la integración nacional era incompatible con la esclavitud y que ésta se mantenía por los españoles y por los cubanos adinerados que les hacían el juego. Cuando Betancourt Cisneros, de nuevo emigrado en los Estados Unidos desde 1846, acometió al año siguiente la publicación del periódico revolucionario *La Verdad*, de Nueva York, ya trabajaba de acuerdo con otros patriotas camagüeyanos, en Puerto Príncipe y en Nuevitas,

cuales ni siquiera las conocía por entonces. La proclama "A los amantes de la libertad en Cuba" es, pues, de fecha bastante posterior, de cuando López había roto con el *Consejo... Cubano* para organizar por su cuenta las expediciones a Cuba. A mayor abundamiento, el ejemplar de esa proclama que obra en nuestro poder y que ya publicamos en el segundo tomo de esta obra, tiene al pie una anotación manuscrita de Cirilo Villaverde que dice: "Escrita por Sánchez Iznaga en N. York hacia el 4 ó 5 de Enero de 1850". Como se ve, López no pudo haberle dado a Agüero, en abril de 1848, aun aceptando la entrevista que pretende Juárez Cano, lo que no se escribiría sino casi dos años más tarde, en Nueva York.

Otro tanto debe decirse acerca de la proclama que Juárez Cano publica como el apéndice número cinco de su trabajo, dirigida "A los españoles peninsulares" y que lleva al pie el nombre de Narciso López. También en este caso Juárez Cano alega que López se la entregó a Agüero con ocasión de la pretendida entrevista de Trinidad: pero esa proclama, que reprodujimos en facsímil en el segundo tomo de esta obra y en la que, por cierto, López promete por su honor y por Dios establecer "una república de hermanos", libre e independiente, sin referencia alguna a la anexión, fué escrita por López e impresa en papel finísimo allá por enero de 1850, según la nota manuscrita que aparece al pie del ejemplar que poseemos.

Mientras no haya otras pruebas de la afirmación de Juárez Cano acerca del pretendido acuerdo de 1848 entre López y Agüero, no hay razón alguna para creer que existiese tal concierto entre ellos por entonces.

Lo más seguro es que el movimiento revolucionario de los camagüeyanos se desenvolvió por su lado, y el de los trinitarios, por el suyo, aunque más o menos al mismo tiempo y con algún conocimiento elemental de que había descontentos y conspiradores en ambas comarcas.

Juárez Cano dice vagamente que en abril de 1848

> ...se fundó el Partido Separatista que dirigió una proclama á los habitantes de Cuba explicando la necesidad perentoria de "cortar el lazo que encadena la Isla". Los conspiradores de Puerto Príncipe recibieron tal proclama y mandaron a imprimir un millar de ejemplares a la imprenta "El Fanal"... (280)

Si Juárez Cano está en lo cierto cuando identifica esa proclama como del "Partido Separatista" y la reproduce en los apéndice de su trabajo, hay que convenir en que se había originado fuera de Camagüey y que después la recibieron e hicieron imprimir los patriotas de la antigua Puerto Príncipe. Es evidente del texto de ese documento, que es ESCLAVISTA y ANEXIONISTA, que respondía a los puntos de vista y a los objetivos esclavistas y anexionistas del *Club de La Habana* y del *Consejo... Cubano*, de Nueva York; pero que no tenía relación con los preparativos que por entonces, 20 de abril de 1848, desarrollaba Narciso López en Trinidad, aparte del *Club de La Habana*. Sin que Agüero y sus amigos fuesen esclavistas y anexionistas, los que redactaron esa proclama y se la enviaron, sí lo eran y con toda franqueza lo decían así en su manifiesto "A los habitantes de Cuba".

Es Juárez Cano, asimismo, quien señala que Agüero y sus compañeros de conspiración imprudentemente hicieron imprimir mil ejemplares de esa proclama en los talleres de *El Fanal*, de Camagüey; pero que luego compraron en los Estados Unidos una pequeña imprenta y la hicieron instalar en Nuevitas para dedicarla a la reproducción de sus escritos de propaganda revolucionaria.

No obstante todos estos reparos y hasta refutaciones que hacemos de algunos de los asertos de Juárez Cano, que son aquéllos que no se ajustan a la verdad, es de justicia repetir que en Camagüey se conspiraba desde hacía tiempo contra la dominación española, mientras que en Trinidad, Santiago de Cuba, La Habana y Matanzas había otros grupos conspiradores. Juárez Cano da por fundados los "clubs" revolucionarios camagüeyanos que llevaron los nombres de "Tínima" y de "Caunao" y les atribuye doce delegaciones al primero y ocho al segundo, a raíz del fracaso de la *Conspiración de la Mina de la Rosa Cubana;* pero, infortunadamente, no aporta las pruebas adecuadas acerca de la existencia de esos grupos organizados en 1848. Rivas Agüero, a su vez, se apoya en un folleto de Francisco de Miranda Varona (281), para hablar de los "clubs" revolucionarios de la época; pero nombra a "Camagüey", y a "Tínima". Por otra parte, el Dr. Ponte Domínguez, quien ha hecho los estudios más sistemáticos y acuciosos, entre nosotros, acerca de la historia de la masonería en sus relaciones con la

Los trabajos revolucionarios se desenvolvieron hasta metódicamente, por medio de reuniones secretas y de impresos y cartas que se distribuían con el mayor cuidado. Dos imprentas clandestinas, la una en Nuevitas y la otra en Puerto Príncipe, hacían los impresos, y por Nuevitas venían de los Estados Unidos las comunicaciones y las proclamas que enviaban los emigrados y que circulaban por toda la región. De tiempo en tiempo, pretextanto viajes de negocios o con la excusa representada por fiestas tradicionales o religiosas de la Virgen de la Caridad, o de San Juan, etc., había la oportunidad de relacionarse con bayameses, espirituanos, trinitarios o tuneros, y de ese modo crecía el movimiento revolucionario. En la propia Puerto Príncipe se celebraban reuniones que, en apariencia, eran de carácter social; pero mientras había quienes bailaban o se divertían con los juegos de salón, no faltaban quienes hacían un aparte en jardines o gabinetes para comentar la última noticia y distribuir y recibir instrucciones. La conspiración se extendió y llegó a ser conocida de las camagüeyanas, las cuales se entusiasmaron con la idea de la independencia y se dispusieron a colaborar en el movimiento, Adolfo Pierra y Agüero, uno de los sobrevivientes del fracaso de 1851 en Camagüey, al rememorar muchos años después lo ocurrido, describe de esta manera la celebración de una de esas reuniones sociales camagüeyanas en las que se conspiraba activamente:

> ...Cuando empezaron a formarse las partidas revolucionarias en los montes del Camagüey, se reunían a menudo en casa de la señora de Joaquín de Agüüero varias jovenes camagüeyanas, entre ellas mi querida hermana (la poetisa Martina Pierra y Agüero), a preparar hilas y vendas para los heridos, escarapelas cubanas y la bandera que debía enorbolar Joaquín, la de Narciso López, y en un momento de entusiasmo y de fe en el buen éxito de nuestra causa, improvisó mi hermana Martina un soneto para que se recitara al entregar dicha bandera a nuestra partida. Al leerselo a Pepilla Agüero y las demás primas, se entusiasmaron tanto, que le pidieron que firmase el soneto, pues ya estaban seguras de nuestro triunfo. Así lo hizo, y este soneto junto con la bandera que llevaba Joaquín Agüero y Sánchez (hermano de Pedro Agüero), cayó en poder del gobierno español, habiendo sido atacado por numerosa fuerza de caballería a una legua de la ciudad, al ir, en unión de otros varios jóvenes de la mejores familias, a reunirse con la partida. A mi hermana se le formó causa; pero teniendo mi padre algunos amigos entre las autoridades españolas, y no estando aún tan enconadas como más tarde las pasiones de los españoles, se dispuso que permaneciese arrestada en nuestra casa, a donde iban el fiscal y el escribano de la Comisión Militar a tomarle las declaraciones, y se consideró prudente que negase ella haber escrito esa poesía. Afortunadamente tenía dos formas de letra. Cuando escribía con pluma de acero, usaba la forma de letra inglesa; cuando con pluma de ave, la española. Se le hizo que escribiera ella misma su declaración y lo hizo usando la forma española y como el soneto lo había escrito con la forma inglesa, se tuvo que sobreseer la causa, absolviéndola de culpa y pena (284)

Lo que Adolfo Pierra describe en cuanto a las reuniones en la casa de Joaquín de Agüero, ocurría en otras muchas residencias de familias camagüeyanas, entusiasmadas con la idea de la independencia. No sólo era patriótico, sino hasta elegante, el conspirar contra España y esto se hizo en el seno de las sociedades de recreo, a las que acudían las autoridades españolas y los elementos más representativos del coloniaje, y también en el seno de la Audiencia de Puerto Príncipe con todos sus fueros, en el Ayuntamiento y en otras muchas instituciones públicas y privadas, sin excluir de entre ellas, con lamentable imprudencia, hasta las iglesias. Es ley natural del desarrollo de las conspiraciones políticas la de que la seguridad de las mismas contra la delación y las indiscreciones, está siempre en razón inversa al aumento en el número de los conspiradores, o sea, que cuantos más conspiradores haya, menos seguridad habrá.

Así ocurrió con la Conspiración de Camagüey. Hubo quienes no adoptaron las precauciones indispensables y el relato que acabamos de transcribir, hecho cincuenta años más tarde por Adolfo Pierra, así lo demuestra. No faltaron quienes hicieron confidencias comprometedoras a gentes que no eran de fiar, aunque fuesen familiares suyos, y en bailes, coloquios, paseos, justas deportivas, mercados, vistas judiciales, negociaciones comerciales y hasta en los actos religiosos, la indiscreción y la imprudencia despertaron la alarma y las sospechas de los elementos afectos a la dominación española y de los mismos representantes del gobierno de Madrid.

Es un error el creer que la sublevación de Joaquín de Agüero y sus amigos, con su trágico desenlace, fué toda la conspiración de Camagüey: fué, a lo sumo, la última etapa de aquel movimiento revolucionario, desenvuelto a lo largo de varios meses, cuando el Capitán General Concha se anticipó a los acontecimientos y precipitó la crisis. Agüero hacía tiempo que organizaba el movimien-

la libertad política sino, además, la desaparición de la servidumbre o esclavitud.

Lógicamente esta proclama, una vez conocida de los españoles, sirvió para demostrarles la enorme gravedad de la situación en cuanto a Camagüey. Poco después tenía lugar el cambio de titular en la Capitanía General de Cuba, y retirado el Conde de Alcoy, venía a sucederle con las más amplias facultades y hasta con el equivocado visto bueno de hombres como Domingo del Monte y otros, el funesto José Gutiérrez de la Concha, encargado de salvar al despotismo español en Cuba. En otro lugar de esta obra y en este mismo volumen, ya hemos relatado lo referente al nombramiento de Concha y a sus primeras medidas de gobierno, implacablemente dirigidas a destruir de raíz el movimiento revolucionario. Zaragoza, Sedano y el propio Concha, entre los historiadores españoles, han tratado también de este período, y Fernández de Castro y Figarola Caneda han publicado la correspondencia entre del Monte, Saco, Betancourt Cisneros, etc., relacionada con la gestión de gobierno de Concha, que fué fatal para la libertad, el progreso, la ilustración y la prosperidad de Cuba.

Pocos días hacía de que había tomado posesión de su cargo el Capitán General Concha, cuando el gobierno colonial tuvo pruebas concluyentes de que en Camagüey funcionaba un centro revolucionario que buscaba extenderse hasta Santiago de Cuba y que ya tenía contactos en el Departamento Oriental. El pueblo de Tunas (hoy Victoria de las Tunas), era el enlace natural entre camagüeyanos y orientales y allí el cubano Esteban de Aguirre era el agente de la *Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe*. El 30 de noviembre de 1850 llegó a manos del brigadier José Mac-Crohon, comandante general del Departamento Oriental, una carta que había sido interceptada en Tunas, dirigida desde Camagüey a Esteban de Aguirre y con la cual se enviaban ejemplares de la proclama dirigida a Narciso López, que ya hemos transcrito, y de otros documentos revolucionarios

> ...de los que entregaron tambien ejemplares varios vecinos de la poblacion, que á la vez dieron á las autoridades, como noticia segura, la de estar plagada la isla de papeles incendiarios, impresos todos en la capital del Camagüey y probablemente en la imprenta portátil clandestina, de que otras veces se habian servido los enemigos de España. En la causa instruida se averiguó que de las Tunas habia salido don Ildefonso Oberto, cuando la expedicion de López a Cárdenas con algunos otros individuos del Departamento Oriental, para reunirse á los invasores, y que visto el fracaso, tuvieron que regresar á sus casas, aunque no desanimados, puesto que más tarde y en distintas ocasiones, no se ocultaron de dar vivas á Lopez y de seguir en su favor la conspiracion y una propaganda permanente y sostenida... (287)

Todo parece indicar que el brigadier Mac-Crohon y las otras autoridades españolas lo que decidieron, en el caso de Esteban de Aguire, en Tunas, fué no alarmarle demasiado con lo que ya sabían acerca de sus actividades y sus contactos revolucionarios, sino vigilarle estrechamente con la esperanza de que así lograrían descubrir mucho más en cuanto a los dirigentes del movimiento, en Camagüey. Así resultó que Aguirre, cuyo papel ya conocía el brigadier Mac-Crohon desde el 30 de noviembre, siguó actuando como el jefe de la delegación revolucionaria, aunque vigilado con la mayor eficacia y convertido, sin saberlo, en fuente de información para los españoles, durante el resto del año 1850 y los primeros meses de 1851 hasta que en los días críticos, al comenzar el mes de mayo, cuando el espionaje colonial tenía en sus manos los hilos de la conspiración, Joaquín de Agüero fué hasta Tunas a entrevistarse con Aguirre y éste le informó de que ese mismo día (el 1º ó el 2 de mayo).

> ...un traidor, que nunca falta entre miles de leales, habia delatado al teniente gobernador don José Morales, la existencia de la delegación (revolucionaria), quiénes la formaban y lugar donde se reunian todas las noches a conspirar; pero que Morales, demasiado confiado, no creyó al principio en tales trabajos revolucionarios, quedando avisado y tomando medidas sobre el particular... (288)

Como se ve, pues, comparando lo dicho por Zaragoza y por Juárez Cano, cinco meses después de que habían los españoles interceptado la correspondencia de Esteban Aguirre, todavía éste no estaba enterado de que se habían descubierto sus actividades y atribuía a exceso de confianza del coronel Morales lo que era el desenvolvimiento de un plan de vigilancia que no quería despertar la alarma.

Por otra parte, sin embargo, el Capitán General Concha no estuvo muy acertado con la selección del jefe militar enviado a Camagüey, que fué el general José Lemery, (Limeric le llamaba Domingo del Monte en sus cartas a Saco, desde Madrid, lo que hace suponer que fuese otro más de los descendientes de irlandeses al

con el gobierno de Madrid, en gran parte conocida y hasta publicada en el *Boletín del Archivo Nacional de Cuba*, demuestra que desde los primeros momentos él había encaminado sus esfuerzos a lograr el traslado de la Audiencia camagüeyana, que podía amparar a los descontentos y a los rebeldes, y que ese traslado había alarmado a los elementos más representativos de la sociedad principeña. Los conspiradores habían continuado su propaganda revolucionaria con reuniones políticas, distribución de proclamas y preparativos para la lucha armada y el entusiasmo era tal que sin gran siglo se había hecho la recogida de las joyas de las camagüeyanas, así como de algunos aportes en dinero, que habían sido enviados a los Estados Unidos como la contribución de Camagüey para lo que después fué la expedición del *Cleopatra*. De todo esto estaba Concha bien enterado.

A principios de abril de 1851 fué que se dispuso la substitución de García Olloqui por Lemery. El nuevo comandante militar de la región traía consigo más refuerzos de tropas y cuando el 8 de abril pasó revista a la guarnición los camagüeyanos pudieron constatar que el régimen colonial español en aquella ciudad de Puerto Príncipe, que apenas si tenía veinte y cinco mil vecinos, estaba defendido por 2,033 soldados de infantería del Regimiento de León, 190 jinetes del cuerpo de Lanceros del Rey, 300 artilleros y 100 hombres de ingeniería militar, o sea, más de dos mil seiscientos veteranos, bien armados. El general Lemery regresó a su despacho, terminada la revista militar, para encontrarse con que uno de sus ayudantes le entregaba un sobre cerrado y lacrado que acababa de dejar para él un jinete que luego había partido a galope tendido. El sobre contenía una proclama impresa dirigida a la guarnición española, firmada con las iniciales de la *Sociedad Libertadora de Puerto Principe* y fechada en abril de 1851. Según Juárez Cano, quien relata este episodio, la reacción del general Lemery fué una explosión de cólera, bastante natural, por otra parte, al propio tiempo que juraba: "¡Ah, bergantes! ¡Ya me las pagaréis todas juntas!" (290)

Esta proclama, con sus siglas y con su pie de imprenta, venía a unirse a otra, titulada *Hoja suelta*, de fines de noviembre, y a la de 12 de diciembre de 1850, que reproduce Juárez Cano y que desde la cita de la opinión de Calixto Bernal acerca de la democracia, que la encabeza, hasta su última línea, se identifica con artículos de propaganda revolucionaria, aparecidos en *La Verdad*, de Nueva York. El 1º de enero de 1851 se había distribuído la

proclama dirigida "A los liberales del Ejército Español" y el 20 de febrero quedó impresa la fechada en Tuabaquey, repartida con retraso porque el impresor Fontana, de Nuevitas, estrechamente vigilado, tuvo que esconder los ejemplares que se habían hecho. Esta última proclama estaba dirigida a los cubanos y les llamaba a empuñar las armas. Aparece reproducida por Juárez Cano en uno de los apéndices de su monografía sobre la sublevación de Camagüey, que venimos citando, y tiene a modo de firma una "F" que pudiera ayudar a identificar su redactor como el patriota Francisco de Agüero Estrada, conocido como *El Solitario*, quien era uno de los tres triunviros de la *Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe*. El tono de esa proclama es vibrante y su argumentación, terminante, ya que iba al fondo de los fracasos revolucionarios cubanos de todas las épocas desde que Heredia se lamentó de la "piedad insensata" del que "es humano y conspira", en versos inmortales. La proclama planteaba la necesidad de destruir a los tiranos de una vez, si Cuba iba a ser libre.

Todos estos antecedentes, conocidos de las autoridades españolas, preparaban el terreno para una demostración de autoridad y de fuerza por parte del despotismo colonial. Este necesitaba un pretexto adecuado para que los camagüeyanos supieran lo que les esperaba. Ese pretexto fué el traslado de la Audiencia de Puerto Príncipe, instalada en Camagüey cuando España tuvo que evacuar su colonia de Snto. Domingo y la que, por espacio de más de medio siglo, había representado una elemental garantía de ley y de justicia frente a los poderes omnímodos del Capitán General de Cuba. La vida de los camagüeyanos se había condicionado en torno a la Audiencia. Esta había estimulado el estudio y la práctica de la abogacía entre ellos y les había acostumbrado a pensar que había un régimen jurídico frente a las realidades políticas que vivía Cuba bajo el despotismo. El traslado de la Audiencia, pues, no sólo rebajaba la posición social y el modo de vivir de numerosos camagüeyanos, los más ilustrados, ciertamente, sino que también los despojaba de los pocos derechos que los cubanos podían tener en aquella época, amparados por un tribunal de prestigios seculares.

Concha escogió bien, pues, el terreno para su primer gran choque con los camagüeyanos, ya que éstos no podían permanecer indiferentes al agravio y el perjuicio que se les infería con el traslado de la Audiencia. ¡A esto es a lo que el iluso de Domingo del Monte llamaba por entonces, en carta a José A. Saco "las

de empleados codiciosos y sin moralidad. He aquí la razón por qué los Cubanos queremos emanciparnos, he aquí por lo que deseamos constituirnos en República y gobernados por nosotros mismos; mas volvamos á la ocurrencia que ha motivado este papel.

Si aun queda un solo Cubano que espere alguna reforma de los déspotas que nos mandan, y del gobierno de Madrid, con cuyas instrucciones obran, que vuelvan sus ojos al Ayuntamiento de Puerto Príncipe y se convenceran de que no hay otro medio ni otro recurso alguno que es el de las armas y el de la emancipacion.

El Cabildo se olvido de que así él como todo habitante de Cuba, no son más que unos esclavos miserables y degradados, y que los esclavos degradados y miserables no pueden quejarse, ni pedir, ni hablar siquiera: solo deben obedecer ciega y servilmente y á esto es á lo que llama el Sr. Lemery *orden y bienestar de la sociedad*. Todo el que traspasa esa barrera de hierro es un *malévolo á quien castigará con mano fuerte*... ¡Ay! El día que nuestros oidos no se lastimen con las bravatas del poder despótico absoluto que nos humilla, ese dia no está lejos, y el triunfo de los principios libertadores y de la libertad de Cuba llegará infaliblemente; pero, Cubanos, para que se derrame menos sangre es preciso estar unidos entre nosotros mismos y tambien con los peninsulares ilustrados que reconocen nuestra justicia. Nosotros no tenemos mas enemigos que los que gobiernan y necesitan mantenerse en sus puestos para mandar y enriquezerse á costa del sudor del pueblo. Es necesario tambien tener tanto mas valor, cuanto mas apuradas sean las circunstancias. El cobarde que huyere ante el peligro es un traidor infame que merece la muerte. Aprended de nosotros, que escribimos esto y aunque con inminente riesgo lo imprimimos á pocas cuadras de la casa que habita el Bajá que nos amenaza. Si nos tocare ser los primeros que tengamos la gloria de regar con nuestra sangre el árbol de la libertad, no os amedrenteis por eso; al contrario, tened presente, á toda hora, que en el Cielo estaremos rogando al Altísimo para que venzais y porque seais libres y venturosos. ¡Dios eterno, oid las plegarias del pueblo Cubano, y en la hora del conflicto no lo abandoneis en su propósito augusto y santo! (293)

Esta información de *La Verdad*, si por un lado relata el incidente entre el general Lemery y los regidores camagüeyanos, por otra parte demuestra que no había relación entre los últimos citados y los conspiradors de la región, ya que se les censuraba directamente porque no habían hecho causa común con los que enemigos del coloniaje. Concha, sin embargo, a pesar de los inexplicables elogios de Domingo del Monte a sus supuestas reformas liberales, había escogido el caso de la Audiencia y del Ayuntamiento de Puerto Príncipe como el pretexto para iniciar la represión en Camagüey y para poner de relieve que iba a proceder con implacable energía, que fué lo que hizo.

En una población que se había desenvuelto durante más de medio siglo en el único ambiente de ley y de justicia existente en Cuba, por relativo que fuese, los efectos de las represalias impuestas por orden del gobernador español se hicieron sentir hasta sobre aquéllos que no conspiraban; pero que tenían relaciones de familia, de amistad o de comunes intereses de vecinos con los que organizaban la revolución. Se maltrataba, humillaba y provocaba a todos los camagüeyanos, para obligarles a la lucha. Lemery fué todavía más lejos. Los camagüeyanos se habían sentido halagados con el establecimiento de la Comandancia General y Gobierno Político de Puerto Príncipe, dispuesta por el Conde de Alcoy, el antecesor de Concha, que daba más rango a la ciudad, pero entre las represalias dictadas por Lemery figuró el rebajarle la categoría a la jurisdicción, que de nuevo quedó reducida a simple tenencia de gobierno, a cargo de un coronel, y hasta se escogió para ese cargo al militarote Ramón Conti, del Regimiento de La Habana, bien conocido de los camagüeyanos por su ineptitud y sus desplantes. No es un revolucionario cubano de la época ni un historiador cubano de hoy quien califica de imprudente y desacertada la política seguida por Concha y por Lemery en Camagüey, allá por 1851, que fué increíblemente elogiada por Domingo del Monte, sino que los propios defensores del coloniaje la criticaron. Así lo hizo, entre otros, Carlos de Sedano, cuando dice que "...el general Lemery, con impremeditacion por su parte, procedió á verificar prisiones de personas notables...", y agrega:

> ...Si el general Lemery hubiese procedido con menos violencia, mas tino y mejor pulso, y evitado la destitucion del Ayuntamiento, reduciéndose á vigilarle de cerca, el movimiento insurreccional de Agüero no habria tenido lugar... (294)

Estaba en el ánimo de Concha, sin embargo, el apelar a las medidas extremas; ésas eran sus órdenes y para cumplimentarlas había escogido a un hombre capaz de las mayores violencias. No se le ocultó a Lemery el mal efecto producido por la destitución de los concejales y por la reinstalación de la tenencia de gobierno, así como por las noticias relativas al traslado de la Audiencia. En la Sociedad Filarmónica, en los templos, en las tertulias familiares y hasta por las calles, él y los jefes y oficiales de la guarnición podían constatar la realidad del descontento, de la protesta y de la resolución levantisca de los camagüeyanos. Estos, además,

Concha, los nombres de los camagüeyanos más conocidos como desafectos a España. El sábado 3 de mayo se decidió a actuar contra ellos y después de poner a la guarnición sobre las armas, despachó a sus golillas, respaldados por patrullas de soldados armados, a detener a todos los sospechosos. Para mejor asegurarse de que nadie podía escapar, las detenciones comenzaron a las doce del día, cuando los vecinos debían estar en sus casas para el almuerzo y la subsiguiente siesta criolla de la época. Sobre las residencias escogidas de antemano cayeron los golillas y la tropa y al cabo de tres horas habían arrestado a ochenta y nueve personas, en su mayoría pertenecientes a las familias más antiguas y respetables de la varias veces centenaria ciudad. Joaquín de Agüero, Agustín de Miranda y Boza, Melchor Silva, José María Valdés, José Joaquín Rivero y Agustín Castellenos, no pudieron ser hallados cuando la policía irrumpió violenta y sorpresivamente en sus casas, sin miramientos ni consideraciones; más precavidos que sus compañeros de conspiración o avisados a tiempo se habían escondido o habían "cogido monte", como entonces se decía del que se refugiaba en los bosques o las sabanas.

Según Juárez Cano ([297]), fueron ochenta y nueve los vecinos arrestados a virtud de las órdenes expedidas por el mariscal Lemery. La población, alarmada, cerró los establecimientos comerciales, se paralizó el tránsito público y la inquietud y la angustia se apoderaron de las familias camagüeyanas a medida que se enteraban de las detenciones de sus vecinos o que recibían ellas mismas la visita de las patrullas militares. La cárcel local, situada en los bajos de la Casa Consistorial, tenía siempre una guardia permanente de veinte y cuatro hombres, entre oficiales, clases y soldados; pero ese día fué fué reforzada por una compañía de infantería, al mando de un capitán, por el crecido número de detenidos que se esperaba y que no pasó de ochenta y nueve personas porque muchos de los sospechosos y de los que tenían motivos para temer persecuciones políticas lograron escapar a tiempo y la redada no fué completa y hasta varios de los más comprometidos y de los que Lemery hubiese querido tener en sus manos, se pusieron a salvo. Los detenidos iban siendo interrogados a medida que llegaban a la cárcel, por los fiscales militares, muy interesados en descubrir la organización, los jefes y los planes de la S. L. de P. P. o "la Libertadora", como se le llamaba; pero en la mayoría de los casos esas pesquisas no dieron el resultado que se buscaba. En las últimas horas de la tarde llegó a la cárcel el odiado comandante Francisco Montaos quien, ya enterado de las actuaciones, venía a resolver la situación de los detenidos. La mayoría de estos, no obstante las aparatosas precauciones tomadas para arrestarlos y mantenerlos en la cárcel y los trastornos que habían sufrido, fueron puestos en libertad sin una excusa siquiera y luego de escuchar las amenazas de lo que el régimen colonial español haría con los infidentes. Formados todos en el patio de la Casa Consistorial, se ordenó a Salvador Cisneros Betancourt, Francisco de Quesada, Serapio Recio, Manuel de Jesús Arango, Fernando Betancourt, José Ramón Betancourt y Francisco Varona Batista, que se pusiesen aparte para ser recluídos en un calabozo. Caía la tarde cuando aquellos siete infortunados escucharon cuando el comandante Montaos les intimaba que se preparasen para ser trasladados a La Habana, a disposición del Capitán General Concha, a cuyo efecto les concedía una hora para que se despidiesen de sus familiares y se habilitasen para su viaje. Con el gesto descompuesto el militarote español agregó que "avisaran seriamente a sus parciales que quedaban como rehenes á fin de que pagaran con sus cabezas cualquier perturbacion armada ó manifestacion de protesta." ([298])

Es de imaginarse las tribulaciones de los presos contra los cuales se fulminaban tales amenazas y que tan perentoriamente eran arrancados de sus hogares, sin que se supiese cuál sería el final de su viaje. Camagüey tenía el aspecto de una plaza sitiada, al caer la noche, según los que vivieron aquellas trágicas horas, y mientras los lanceros y la infantería patrullaban las calles de la ciudad, los artilleros permanecían junto a sus piezas, listos para hacerlas funcionar, y destacamentos bien armados montaban guardia ante los edificios públicos y en torno a las residencias de las autoridades. Medio centenar de soldados del Cuerpo de Ingenieros fueron destacados para que custodiasen la estación del ferrocarril entre Puerto Príncipe y Nuevitas, situada en Sabana Nueva, a cuatro kilómetros de la ciudad.

La mayoría de los presos fueron puestos en libertad en las primeras horas de la noche, aunque sin grandes seguridades y con amenazas; pero seis de los que ya hemos citado, los que más habían despertado la desconfianza y las iras del mariscal Lemery, fueron retenidos, envueltos en las peores angustias, para el escarmiento

que la esclavitud era consubstancial con el régimen colonial, al cual estaba indisolublemente unida. Toda manifestación de abolicionismo era un reto al despotismo español, al mismo tiempo que la más concreta demostración de cubanía que podía darse, porque la independencia de Cuba tenía que ser la obra de todos los cubanos, sin distinción de razas, o cada movimiento revolucionario siempre quedaría en grado de tentativa por no haber representado la opinión de todo el pueblo de Cuba. Agüero, además, se había manifestado partidario de la colonización blanca, que era anatema para el régimen colonial, empeñado en que solamente hubiese una clase ociosa y parasitaria de cubanos blancos, separados de la población de color y debilitados por esa causa, mientras que los elementos del coloniaje imperaban sobre el pueblo dividido contra sí mismo. Cuando Agüero emancipó a sus esclavos y se preocupó de ayudarles para que se sostuviesen como hombres libres, como cuando se manifestó partidario de su educación y de la creación de escuelas públicas, ya estaba atacando los cimientos mismos de la dominación española en Cuba. La colaboración de Agüero en la iniciativa de Gaspar Betancourt Cisneros para construir el ferrocarril de Puerto Príncipe a Nuevitas era otra actividad progresista, al servicio de Cuba, que lo destacaba y que asimismo aumentaba la preocupación con que le miraban los gobernantes. Sus palabras, sus escritos, sus amistades, sus viajes, sus aficiones y su vida misma le destacaban como un dirigente de la opinión cubana liberal, partidaria de la ilustración, de la democracia y de la independencia. Sus contemporáneos, en una sociedad provinciana que a lo largo de muchos años se había caracterizado por la endogamia y por el aislamiento y la cual, de repente, sentía que era importante por el papel de la Real Audiencia y de sus relaciones con los pueblos libres de América, en la Gran Colombia de Bolívar, en México y en los Estados Unidos, llegaron a idolizar a aquel hombre austero, culto, laborioso, cívico y valeroso, que reunía tan excelentes cualidades.

Estaba Joaquín de Agüero en la flor de su edad, con sus treinta y cinco años de vida fecunda, cuando se convirtió en el director supremo del movimiento revolucionario de Camagüey y los hombres altivos, independientes y resueltos de la antigua Puerto Príncipe y de toda la región, así lo reconocieron. Inclusive los camagüeyanos que tenían mayor edad que él, tanto en Cuba como en el extranjero, y los que tenían mejor posición económica o social, le reconocían como el jefe adecuado y así se advierte en

las referencias que se encuentran acerca de él en la correspondencia de Gaspar Betancourt Cisneros.

Ahora bien, si todos los datos disponibles respaldan la conclusión de que Joaquín de Agüero era la primera figura revolucionaria de Camagüey y que por eso mismo en él se cebaría la represión española, con especialísima preferencia, en busca de un escarmiento, en cuanto a sus compañeros de proceso y ejecutados con él, Miguel Antonio Benavides Pardo, José Tomás Betancourt Zayas y Fernando Secundino Zayas y Cisneros, que completan el grupo de los cuatro mártires de 1851, la conclusión es la de que fueron escogidos para la pena capital, no porque tuviesen la misma importancia que Agüero en el seno de la conspiración, sino porque eran los que hacían armas contra las tropas coloniales en el momento de producirse el último combate, al caer prisionero Agüero y ellos con él. Con toda seguridad que escaparon a la muerte otros revolucionarios del calibre de Agüero por el hecho mismo de que no estaban a su lado en Punta de Ganado.

Esta distinción, por supuesto, no rebaja méritos revolucionarios a Benavides, Betancourt y Zayas ni disminuye su gloria o la gratitud que Cuba les debe por su abnegación y por el sacrificio de sus vidas, ya que si uno solo de ellos, o todos tres, hubiesen sido malos cubanos, habrían comprado su perdón al hacer hincapié, precisamente, sobre la circunstancia de que había jefes revolucionarios más caracterizados que ellos. Ahí es donde el historiador encuentra el mérito extraordinario de los otros tres revolucionarios ejecutados con Agüero, en que no eran caudillos por sí mismos, sino otros tantos patriotas dispuestos a luchar y a morir por la independencia de Cuba, a quienes las circunstancias colocaron en el papel de víctimas ejemplarizadoras y lo desempeñaron con el heroísmo que había derecho a esperar de los jefes maduros y representativos de una revolución.

Al despotismo español le habría convenido que los compañeros de Joaquín de Agüero en Punta de Ganado se hubiesen vuelto contra él, que le hubiesen acusado de haberles engañado, o de ser un mal jefe, por el fracaso del movimiento revolucionario. Con facilidad esa apostasía les habría conservado sus vidas al mismo tiempo que desacreditaban los empeños libertadores y hasta la personalidad misma de los patriotas, a beneficio del coloniaje; pero eso no pudieron lograrlo los españoles y la actitud digna y viril de Benavides, Betancourt y Zayas, les alzó hasta colocar-

En sus declaraciones ante el teniente coronel Pedro Aguilar Castellanos, fiscal del proceso contra los patriotas de Camagüey, Zayas pretendió excusarse, en cierto modo, y por un momento hasta pareció que quería culpar a Agüero, por todo lo ocurrido, quizás si de acuerdo ambos; ([302]) pero se mantuvo firme en cuanto a buscar clemencia con una apostasía de última hora, oyó con entereza la sentencia de muerte que le fué impuesta y serenamente acudió al lugar de la ejecución.

La tradición y el dicho de testigos presenciales le acreditan de haber sido el único de los cuatro fusilados que lanzó una exclamación frente al piquete de fusileros, segundos antes de que sonase la descarga fatal, cuando se le oyó decir con voz fuerte; "¡Muero por libertarte, patria mía!" Hablaba por sí y por sus compañeros y el hecho de que fuese él quien lanzase la exclamación, se explica perfectamente por las circunstancias de su carácter, más vivo y de más ardientes reacciones que los de los otros tres mártires camagüeyanos.

Agüero, Benavides, Betancourt y Zayas se convirtieron en símbolos del esfuerzo cubano por la independencia y los camagüeyanos, que habían hechos vanas tentativas para impedir su ejecución, crearon el culto a su memoria con la iniciativa de las cuatro palmas reales plantadas en la entonces Plaza de Armas que, como afirmación de cubanía, pasó a otras muchas poblaciones de Cuba, con la posible excepción de La Habana, donde las palmeras sembradas en cuadrilátero en el centro de plazas y paseos, vinieron a representar el homenaje de todo el pueblo de Cuba por los patriotas camagüeyanos de 1851. En Camagüey se conservaron otros recuerdos de aquellos mártires, como el pañuelo de seda ensangrentado y perforado por las balas, con que fué vendado Joaquín de Aguero, y que está en el Liceo de Camagüey, papeles, armas y objetos varios. Historiadores, poetas, maestros, etc., también contribuyeron al desarrollo del culto a la memoria de Agüero y sus compañeros, víctimas de la cruel represión española de 1851 y fusilados por una curiosa coincidencia el mismo día 12 de agosto en que Narciso López y sus expedicionarios iniciaban su esfuerzo libertador en la Vuelta de Abajo, o sea, que no hubo manera de simultanear ambas tentativas y hasta de correlacionarlas con la que casi al propio tiempo había iniciado Armenteros, en Trinidad, y que llegó a su triste fin ese día aciago del 12 de agosto de 1851.

3. La lucha con los españoles y el fracaso del alzamiento.

La prueba de confesión de Joaquín de Agüero ante los funcionarios de la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente, que le juzgaron y condenaron, reveló que el jefe de los conspiradores camagüeyanos estaba en abierta rebeldía desde el 30 de abril, cuando salió de su casa de Nuevitas y se despidió de su familia para organizar en el campo al contingente revolucionario. Agüero, pues, se anticipó en tres días a las detenciones hechas en Camagüey, el 3 de mayo, por orden del mariscal Lemery. Es posible que recibiese una confidencia en cuanto a lo que iban a hacer las autoridades españolas; pero pudiera haber sido asimismo, que ante el golpe de mano contra los concejales de Puerto Príncipe, efectuado el 26 de abril, Agüero y los suyos hubiesen decidido precipitar los acontecimientos y Juárez Cano hasta dice que ese día, a las 7 p.m. se reunieron los conspiradores camagüeyanos en la casa "El Tinajón Grande", al final de la calle de la Gloria, en la capital de la región, y que allí se acordó que Agüero saliese a caballo a recorrer la jurisdicción, portando instrucciones precisas para los conjurados y llegando hasta el pueblo de Tunas, ya en el Departamento Oriental.

El historiador, sin embargo, no puede ni debe pasar por alto que todas esas fechas e instrucciones y actividades revolucionarias están directamente relacionadas con algo que en Camagüey no han considerado en toda su importancia y es la expedición de *Cleopatra*, de Nueva York, y otros buques, de Nueva Orleans, cuyo arribo se esperaba en esos días. La represión española actuó en aquellos momentos, precisamente por la invasión, que parecía inminente, y que fué frustrada por el gobierno de los Estados Unidos, y los revolucionarios se lanzaron a la lucha, en Camagüey y en Trinidad, y estuvieron a punto de hacerlo en La Habana y en Pinar del Río, también, porque se habían comprometido a hacerlo así, de modo que la invasión ocurriese simultáneamente con varias sublevaciones locales que habrían dificultado las operaciones militares unificadas del gobierno español. Ya es tiempo de que se dé a López, O'Sullivan, *El Lugareño*, Sánchez Iznaga, etc., todo el crédito que merecen por haber logrado coordinar en la primavera de 1851 la acción revolucionaria de los patriotas, dentro y fuera de Cuba, para un golpe concertado contra la dominación española, que pudo haber sido decisivo. Los éxitos parciales del espionaje español, al sorprender parte de la corres-

Es imposible, por ejemplo, explicar el por qué del preferente interés de los patriotas de Camagüey por una sublevación en Tunas de Bayamo, a más de ciento veinte kilómetros de distancia, si en Tunas no había un centro revolucionario de gran importancia y si la selección de esa localidad no iba acompañada de consideraciones estratégicas, políticas y de otro orden, que la justificasen.

Por esa época el pueblo de Tunas de Bayamo o Las Tunas (hoy Victoria de las Tunas), cabeza de una extensa jurisdicción política militar, tenía 1,357 habitantes, entre ellos 138 esclavos; pero había 400 vecinos, de color, libres, y el recinto urbano estaba formado por ocho calles orientadas de Este a Oeste, y once que corrían de Norte a Sur. Contaba con unas ciento ochenta viviendas, en su mayoría de pobre construcción, pocos edificios públicos y unos cuantos comercios y talleres de obraje. Pocos años antes, en 1847, se había establecido la tenencia de gobierno, a cargo del teniente coronel José Morales, y éste contaba con un destacamento de infantería, formado por un oficial y veinte y cinco soldados, un pelotón de caballería, con menores efectivos todavía, y los integrantes de las milicias locales, a las que se había dado gran impulso el año anterior, cuando la toma de Cárdenas por Narciso López. ([304]) Fundado el pueblo a mediados del siglo XVIII, era por esta época, precisamente, que crecía en importancia como punto de enlace para la comunicación terrestre de Santiago de Cuba a Camagüey, y viceversa.

Hacia Tunas emprendió viaje Joaquín de Agüero, una vez que hubo dado fin a sus entrevistas con los conspiradores de Cascorro, Sibanicú y Guáimaro, por lo que, teniendo en cuenta esas gestiones, los medios de locomoción empleados y las distancias recorridas, se puede calcular que llegó a las inmediaciones de Tunas al comenzar la segunda semana del mes de mayo. Sus principales contactos allí eran Esteban de Aguirre y Facundo Agüero, delegados de la *Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe*, quienes ya hacía algún tiempo que reclutaban a elementos descontentos con el coloniaje, les mantenían al tanto de las noticias de la conspiración, acopiaban armas y pertrechos y se preparaban para secundar el alzamiento, cuando éste tuviese lugar. Agüero llegó con todas las precauciones del caso a la morada de Esteban de Aguirre y allí se ocultó, sin dejarse ver en el pueblo, donde eran muchos los que le conocían. Aguirre y Facundo Agüero pudieron informarle de que también en Tunas las autoridades coloniales estaban al tanto de la conspiración, porque había habido un traidor que en esos mismos días había delatado lo que sabía ante el teniente gobernador, y aunque éste, en apariencia, no había dado mucha importancia a la delación, los hechos demostraron después que el teniente coronel Morales se había preparado y tenía a sus hombres en guardia. Juárez Cano llega a precisar que los conspiradores de Tunas tenían en su poder, convenientemente ocultos, cincuenta y dos fusiles de chispa, veintidós trabucos, doce carabinas, más de cien pistolas, doscientos libras de pólvora y cantidades de balas y armas blancas. ([305]) o sea, un verdadero arsenal, más que suficiente para acabar con la guarnición española. Añade el historiador que acabamos de citar que Aguirre y Facundo Agüero

> ...contaban para todo con el concurso de exaltados patriotas, afiliados a la delegación, entre los que figuraban los Tornet, Colibar (¿Golibart?), Montes de Oca, Ruz, Paneque, Cordoví, Sánchez, Fuentes, Portuondo, Aguilera, Pupo y algunos cabos de ronda. El hacendado Castillo (?) facilitaba caballos suficientes para montar un pelotón de rebeldes; Andrés del Río, monturas y calzado en abundancia, García Menéndez muchos sables, machetes, espuelas, cuchillos y otros efectos de ferretería... ([306])

En el proceso contra Agüero y sus compañeros apenas si hay mención de algunos de estos patriotas cuyos apellidos, sin más detalles, da Juárez Cano. Sin embargo, no figura entre ellos el Rdo. P. José Rafael Fajardo, cura párroco de Tunas, quien fué condenado a ocho años de reclusión en un seminario.

Durante la visita de Agüero a Tunas y, de conformidad con los delegados de la *Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe*, se convino en que la primera acción de guerra sería el ataque contra Tunas, llevado a cabo por los patriotas camagüeyanos y apoyado por los del pueblo, quienes se alzarían a los primeros tiros.

A la segunda noche de su estancia en Tunas, resueltos todos los particulares de la gestión que se le había encomendado y en la creencia de que todo iba bien, Agüero reanudó su recorrido de propaganda y organización. Después de una breve parada en Guáimaro, su próxima escala fué en La Deseada, finca situada en la hoy línea divisoria de los términos municipales de Camagüey y de Guáimaro y bastante cerca del campo de batalla de Palo Seco, en la Guerra de los Diez Años. De La Deseada la marcha continuó en dirección a San Miguel de Nuevitas, villorrio sobre

cia de numerosos vecinos acampados a orillas del Sol, o sin advertirla, se acuartelaron en un tejar de Cascorro. Al mariscal Lemery se le informó que

> ...No encontraron nada anormal en el caserio y sin otra novedad que la natural alarma que siempre las medidas gubernamentales de represion y para la conservacion del orden publico, causan en el vecindario... (310)

La presencia de aquellas tropas en Cascorro debe haber producido mucho más que esa "natural alarma", porque se trataba de sesenta y tres soldados y Cascorro sólo tenía entonces 23 casas y una población de 196 vecinos, en total, incluyendo 17 esclavos.

Joaquín de Agüero estaba él mismo en la jurisdicción de Cascorro cuando renunció a seguir viaje a San Miguel de Nuevitas para refugiarse en la Sierra del Palenque. Le acompañaba, como lo había hecho durante todo el viaje desde el 30 de abril, su fiel asistente, el mestizo Gregorio Agüero, antiguo esclavo suyo a quien había dado libertad, en 1843, con los otros siete esclavos que figuraban en su patrimonio. Gregorio, "chino criollo", según la expresión usada en esa época para designar al mulato cubano, era un hombre de alrededor de cincuenta y un años de edad, ya que en la escritura pública de 1843, por la que fué manumitido, se le atribuía la de cuarenta y cinco años, y citado en primer lugar entre los esclavos libertados por Agüero, se le reconocía por ese mismo hecho una cierta jerarquía sobre los otros. (311) Convertido en hombre libre e identificado con su antiguo amo, siguió junto a éste, le acompañó a la lucha y luego desaparece su nombre entre las víctimas de la Revolución de 1851. Con Agüero y Gregorio estaban en la Sierra del Palenque otros dos patriotas, cuyos nombres se desconocen, aunque pudieran haber sido los hermanos Pedro y Domingo Labrada. El pequeño grupo se movía en torno a unas escarpadas alturas que se prestaban a maravilla para disimular sus movimentos y que a lo largo de muchos años habían servido de refugio a esclavos fugitivos, quienes "se apalencaban", o sea, formaban "palenques" o puntos de reunión, más o menos defendibles, contra los "rancheadores" encargados de perseguirles y capturarles de nuevo. La Sierra del Palenque tiene tres puntos culminantes que son, en este orden, el llamado Mirador de Nuevitas desde el cual, según se dice, en días claros

se alcanza a ver la ciudad y la bahía de Nuevitas, el Mirador de Jacinto, que está frente a la montaña de Jacinto, y El Farallón, así llamado porque lo corona una pared rocosa de más de quince metros de altura y que conduce a una pequeña explanada casi inaccesible; pero a la que podían llegar los conocedores de aquellos parajes al aprovecharse de ciertas anfractuosidades de las rocas y de otros medios auxiliares que no se dejaban visibles, como escaleras rústicas. En la planicie que corona El Farallón corre un manantial de agua pura, hay algunas cavernas y no faltaban en aquella época grandes piedras. Agüero y sus compañeros levantaron parapetos con esas piedras y construyeron casetas de las llamadas "vara en tierra", que no eran fáciles de ver a distancia.

El caudillo se sintió tan seguro en aquella escarpada loma, que le dió el nombre de "El Buen Refugio" y así fechó las cartas e instrucciones que envió a los grupos conspiradores de las cercanías y de Puerto Príncipe y Nuevitas.

Todos los autores están contestes en que Pedro y Domingo Labrada, de Cascorro, fueron los primeros patriotas que se incorporaron a Agüero en El Farallón, enviados por un grupo que se había alzado y establecido su campamento a orillas del río del Sol, tan pronto como hubo noticias de la presencia de Agüero en El Farallón. Posiblemente los hermanos Labrada eran los otros dos patriotas a quienes se alude, sin mencionar sus nombres, al lado de Agüero y de su antiguo esclavo. La relación de estos dos hombres y de Agüero con los demás esclavos a quienes había libertado años atrás y, en general, las del caudillo con los hombres de color de Camagüey, no tan numerosos como en otras regiones de Cuba, eran las de un hombre blanco que se había ganado el afecto, la confianza y la lealtad de una raza maltratada y oprimida, por lo que puede decirse que en Camagüey comenzaban a aparecer las señales de una verdadera integración revolucionaria nacional a base de cubanos y no de blancos o de color, la misma que años más tarde llegó a producir la Guerra de los Diez Años y que en 1851 pudo haber producido los mismos resultados si la sublevación hubiese tenido algunas otras circunstancias favorables para su consolidación, ya que el régimen colonial español podía mantenerse si había divisiones entre los cubanos; pero no si éstos se manifestaban unidos contra el opresor.

por la tarde, a pesar de toda la diligencia con que habían actuado los correos de los patriotas.

No discutimos la posibilidad de que, efectivamente, el 21 de mayo se enviase aquella orden a Agüero, y de que éste la recibiese el día 24. Lo que sí negamos es que ese cambio obedeciese a que en Camagüey supiesen por entonces lo que López ni siquiera había comenzado a preparar y hasta con plazo fijo dentro del cual iba a llegar una expedición que no estaba organizada y en momentos en que López hacía frente a una amenazadora división entre los cubanos de Nueva Orleans. Es muy posible, por otra parte, que toda la correspondencia de López, desde Nueva Orleans, y de Betancourt, desde Nueva York, a los conspiradores cubanos, fuese interceptada, descifrada, leída y aprovechada, por el Capitán General Concha y por sus golillas, en La Habana. Todo hace pensar que así se desarrollaron los acontecimientos a partir del descubrimiento de las actividades del sobrino del general López, el cónsul venezolano Muñoz Castro (a) *Catuche*, cuando estaba a punto de salir la expedición del *Cleopatra*. Con leer la correspondencia interceptada y adaptarla convenientemente merced a la adición de los jeroglíficos ya descifrados, en La Habana, en Puerto Príncipe, en Trinidad y en la Vuelta Abajo, los conspiradores pudieron ser engañados e inducidos a actuar de una manera o de otra, aunque fuese en contra de los intereses de la causa que dependían... Y eso fué, precisamente, lo que ocurrió, como se echa de ver por la certificación que el Capitán General Concha suscribió, durante su segundo mando en Cuba, con fecha 17 de marzo de 1859, en la que decía:

> ...durante la primera época de mi mando en esta Isla, y principalmente en la invasion de los piratos en el año de 1851, utilicé el talento y la lealtad del Coronel graduado primer Comandante de Infantería retirado D. Agustin Ordoñez, ocupandole en servicios especiales de la mayor importancia; debiéndose a su laboriosidad el conocimiento más reservado de las comunicaciones de aquellos, inclusas las escritas en cifra en idioma extranjero, sobre planes que debían ponerse en práctica, *facilitándose así los medios de contrarrestarlos*, cuyos servicios que exigían una completa confianza, fueron desempeñados á mi entera satisfaccion y desinteresadamente por el mencionado jefe...

Más adelante, en ese mismo folleto, que hoy constituye una rareza bibliográfica, el propio coronel Ordóñez es quien explica lo ocurrido en 1851 con la correspondencia entre los revolucionarios cubanos de los Estados Unidos y los que permanecían en Cuba. Y dice así:

> ...Cuando á mediados de 1851 se alistaba contra esta importante Isla de Cuba una pronta invasion de osados aventureros conducidos por el General que fué D. Narciso López, siendo mayor la alarma por no saberse el punto que elegirían para su desembarco en tan dilatadas costas, fué afortunadamente cogida una comunicacion secreta que el caudillo dirigía desde New-Orleans á un cónsul en la Habana.
>
> Con el mas vivo interés fué abierta esta comunicacion por el Jefe Superior de la Isla; pero desgraciadamente solo aparecieron dudas y números; de modo que lo que se creyó un precioso hallazgo, se convirtió en objeto inútil por no haber quien supiese descifrarlo: en vano se ocuparon de ella con decidido empeño escogidas capacidades. Así lo manifestó de oficio el Fiscal de la causa que se formó; y en su consecuencia pasó lo actuado al archivo con la misteriosa carta. De allí salió esta por disposición superior para que se ocupase de ella el que suscribe, quien lo rehusó mucho por varios motivos, creyendo tambien que alcanzar lo que había resistido tanto á personas escogidas era casi un imposible. Tuvo, sin embargo, que ceder á respetables persuasiones y desde entonces le fué preciso concentrar toda su atención á este único objeto... Mas obligado á la brevedad, diré: que cuando ya sucumbia rendido por el mas intenso y extenuante trabajo, un rayo de luz inexplicable... pero basta... con la mas cuidadosa reserva, sin que se impusiese ninguna clase de oficina ni secretario, puso en las respetables manos del Excmo. Sr. Capitan General de la Isla, no solo la carta ya descifrada, sino la fórmula de su clave, y por consiguiente lo hizo dueño de alcanzar todo lo que bajo ella el caudillo enemigo entonces ó despues determinára. Se daban órdenes... Se anunciaba su desembarco... Se hablaba de conseguidas seducciones en este ejército no solo sobre algun jefe, sino... Todo puede comprobarse... (316)

Con todas las reticencias y lagunas dejadas en su escrito, de propósito, por el coronel Ordóñez, quien en cierto modo se quejaba de que Concha no había procedido con justicia en su caso, y en los demás, pudiera añadirse, se lee entre líneas que, una vez conocida la clave empleada por los conspiradores, resultó muy fácil utilizarla en lo adelante y sin duda que así se hizo y no sólo con los patriotas de Camagüey, sino con el propio Narciso López, hasta llevarles a su fracaso y a su triste fin.

La orden de la S .L. de P. P. para que Agüero no se lanzase a la lucha posiblemente estaba condicionada a todo lo que ya sabía el espionaje español y hasta a los informes falsos que se hacían circular junto a las noticias fidedignas; pero, de todos modos, el régimen colonial adoptaba todas las precauciones del caso porque, casi conjuntamente con la orden enviada a Cascorro pa-

En la historia de Cuba no hay otro ejemplo de preparación metódica para la guerra, en una comarca dada, como la representada por este recorrido llevado a cabo por Agüero, que merece varios comentarios. En primer lugar, lo que sorprende es que el pequeño grupo de patriotas pudiese moverse con tantas rapidez y seguridad, para recorrer más de doscientos kilómetros, en distintas direcciones y haciendo escalas en aldeas, ingenios, haciendas y paraderos diversos, sin que fuesen detenidos o siquiera molestados por las autoridades coloniales y sus golillas, que sabían que Agüero estaba fuera de la ley desde hacía más de seis semanas. Conocido como era en toda la región camagüeyana, la impunidad con que actuó Agüero durante ese tiempo no puede tener más que una de estas dos explicaciones, o quizás si las dos, a la vez: o el prestigio y la popularidad de que disfrutaba, le protegían hasta cierto punto contra la represión española, o el mariscal Lemery no se sentía del todo seguro para lanzar contra él al grueso de sus fuerzas y correr el riesgo de un levantamiento en la propia ciudad de Puerto Príncipe con una guarnición debilitada. Cuando Agüero regresó a El Farallón, el 15 de junio, hacía casi dos meses de que había una orden de arresto contra él, porque su detención había sido ordenada el 26 de abril, con las de los otros patriotas que luego fueron deportados a España Sin embargo, sin estar oculto, porque se conocía su paradero, en "El Buen Refugio", y recorría la región en todas direcciones, no se le reducía a prisión y él continuaba abiertamente sus preparativos revolucionarios, de finca a finca y pernoctando en ellas desde por la tarde del día de su llegada hasta la mañana del día siguiente, provisto de víveres, cabalgaduras y todo lo necesario para aquellas duras marchas.

De vuelta a El Farallón y a la pobre ranchería construida en su cima y a la que llamaban, "El Buen Refugio", Agüero y sus acompañantes tuvieron noticias que enviaba la S. L. de P. P. al efecto de que dentro de pocos días se daría la orden del alzamiento general, por lo que se aceleraron los preparativos revolucionarios y se envió recado a los conspiradores de la comarca para que acudiesen a incorporarse al contingente armado que se organizaba en El Farallón. Fué de los primeros Fernando de Zayas y Cisneros en acudir a la cita, desde "La Deseada", y le siguió Miguel Benavides Pardo, desde el ingenio "Norma", ambos al frente de los hombres que habían reclutado para el alzamiento y yendo al encuentro del trágico fin que les esperaba.

El jueves 26 de junio, en horas de la tarde, Agüero recibió un aviso urgente que le enviaban desde Cascorro y en el cual le notificaban que el Sr. Artacho, dueño de la finca "El Caimito", situada junto a las lomas de Cascorro, al N. E. del pueblo y como a unos dieciséis kilómetros del mismo, había dicho en los corrillos pueblerinos que en El Farallón estaban acampados varios hombres, en son de guerra, para participar de "...una guerra civil que iba a estallar en esos días para atacar a San Miguel de Nuevitas y al Baga y proclamar Cuba independiente, auxiliados por los contrabandistas americanos..." (317). Juárez Cano aventura la opinión de que el Artacho obró impensadamente; pero el hecho de que poco después confirmaba ante el jefe de la guarnición de lanceros todo lo que acababa de decir y que luego serviría como guía a la columna española que salió para El Farallón, hace pensar que todo aquello fué una delación. El oficial español despachó un destacamento hacia Sibanicú, con encargo de que el capitán pedáneo diese la alarma en San Miguel, donde ya había otra guarnición preparada, y él se puso en campaña con cincuenta de los lanceros que tenía a sus órdenes.

Agüero y los suyos no esperaron a la columna que venía contra ellos, sino que esa misma noche abandonaron el campamento que tenían en El Farallón para no precipitar los acontecimientos cuando todavía no se había ordenado la sublevación general. Refugiados en los bosques cercanos dieron ocasión para que los españoles, quienes habían hecho noche en la finca "El Caimito", de Artacho, comprobasen la retirada de Agüero y sus acompañantes y regresaron a Cascorro, desde donde el oficial que mandaba a los lanceros escribió al mariscal Lemery para confirmarle que, en efecto, estaba organizada...

> ...la partida del cabecilla Agüero a quien tenían como Capitan sus parciales, que eran más de 20 hombres montados y todos armados con fusiles, trabucos y pistolas, con sables y dagas, que se dicen separatistas y van avisando a los vecinos, labradores y esclavos de los lugares que visitan, que luego la Isla sera independiente de la Peninsula española y que ellos y expedicionarios americanos que esperan vengan pronto, establecerán aquí un gobierno republicano igual a los de tierra firme y los americanos del Norte. Dicen también que cuentan con tropa veterana de la guarnición de esa plaza, que al primer grito de guerra estarán con ellos con armas y bagajes... (318)

El lector debe tener en cuenta que la cita que antecede, como otros datos ahora usados en este relato, proceden del trabajo del

nieron con otros doce o trece hombres que también iban a incorporarse a Agüero. A las 4 de la tarde partieron todos los patriotas, en dirección a *El Jucaral*, donde se sabía que estaba acampado Agüero. La marcha era hacia el N. E. y ya de noche perdieron el rumbo al atravesar un bosque y penetraron en la finca *La Concepción*. Al día siguiente, empapados hasta los huesos porque había llovido mucho, llegaron los reclutas a San Francisco del Jucaral y obtuvieron un práctico para que les guiase hasta los montes de *El Jucaral*, a reunirse con Agüero, lo que lograron a las pocas horas. Como dice Pierra en su diario, allí estaba acampada la partida de *Franklin*, seudónimo de Joaquín de Agüero en el seno de la conspiración, integrada por dieciséis hombres, y con Pierra y Zayas llegaban otros catorce, por lo que en la víspera del levantamiento solamente había un grupo de treinta hombres dispuestos a emprender la lucha, número que aumentó hasta cuarenta y tres, al día siguiente. ([319]) En The National Archives, Wáshington, D. C., entre los papeles del Departamento de Estado, figura una copia certificada del acta de la "junta provincial" de los representantes de numerosas poblaciones cubanas, que se reunió en Camagüey el 4 de julio de 1851 para proclamar la independencia de Cuba como nación que se colocaba bajo la protección de los Estados Unidos. El texto completo del documento, totalmente inédito hasta ahora, aparece en el epígrafe tercero del último capítulo de esta obra.

Nos dice Pierra que tan pronto como saludó a Agüero entregó a éste "un pliego", sin duda contentivo de las instrucciones enviadas por la S. L. de P. .P. Al día siguiente, 4 de julio, se completaron los preparativos para el alzamiento y a las cinco de la tarde los reunidos proclamaron la independencia de Cuba y se dispusieron a luchar por ella. Estaban en terrenos de la estancia *El Jucaral*, donde todavía había bosques, y el paraje no se prestaba para ceremonias del caso, por lo que se dirigieron a San Francisco del Jucaral, donde disponían de mejores facilidades. Con toda seguridad que en el pronunciamiento ya hubo una bandera; pero Pierra no la menciona. Para un espíritu metódico como el de Agüero, un hombre que no había dejado pasar sin solemnizarlo el primer aniversario de la toma de Cárdenas, el 19 de mayo, en El Farallón, era imposible que la revolución de Camagüey comenzara sin una bandera, y ésta debió ser la de Narciso López en Cárdenas, conocida de todos los patriotas cubanos de la época. En cuanto a ella no había división entre los patriotas

emigrados: ideada por Narciso López, había sido aceptada por Gaspar Betancourt Cisneros y es fama que con una de ellas volvió a Cuba, al cabo de muchos años, y que la hizo enterrar poco antes de su muerte. Los camagüeyanos, hay que tenerlo presente, se sublevaron en 1868 con la bandera de López, mientras que los orientales lo hicieron con la de Céspedes, y este argumento ayuda a establecer la hipótesis de que en 1851 el alzamiento de Joaquín de Agüero, hombre tan unido a Betancourt Cisneros y en comunicación con él por el puerto de Nuevitas, se hizo en torno a la bandera que Narciso López había hecho triunfar en Cárdenas, el año anterior, y que era la única bandera de la Revolución Cubana. A mayor abundamiento, téngase en cuenta que las camagüeyanas, en esos mismos días, habían ideado la bendición de banderas cubanas como la de Narciso López, en los templos de Puerto Príncipe, con una piadosa si que imprudente ceremonia que exponía a muchos peligros a los patrocinadores de la misma, tema éste del que trataremos más adelante. Además, el famoso soneto de la poetisa Martina Pierra y Agüero, hermana de Adolfo, al entregar su bandera a los camagüeyanos, que le costó un proceso, es de entonces, La bandera, pues, de Joaquín de Agüero, era la enarbolada en Cárdenas por Narciso López, el año anterior.

La reunión en San Francisco de Jucaral no fué a campo abierto, sino en una casa. Nadie cuidó de explicar esto para la posteridad; pero la conclusión inescapable, una vez que se estudian las circunstancias de la reunión, es la de que ésta tuvo lugar bajo techo, en casa con ciertas comodidades, porque la redacción de una acta de independencia, su lectura y su aprobación, como la elección de los jefes del grupo revolucionario, no se pueden hacer de noche, a campo raso. Y Pierra nos dice en su diario que todo eso se hizo en San Francisco de Jucaral, después de las ocho de la noche. Allí mismo tuvo lugar el primer acto de guerra de los sublevados, consistente en la incautación de las mercancías que transportaba un arriero español en una recua de mulos y que pasaron a ser de las vituallas de los patriotas. Lo más seguro es que éstos pagaron en efectivo por dichas mercancías, aunque para justificar al arriero ante los dueños de las mismas, en cuanto al despojo, le dieron un recibo en el que prometían que a su debido tiempo se pagaría el valor de los artículos incautados.

La cuestión del acta de la independencia del 4 de julio de 1851, de su contenido y de su destino, es una de las más com-

de lanzarse a la lucha por la independencia de Cuba, nadie tenía derecho a exigirle que impusiese a sus compañeros el compromiso de la abolición de la esclavitud en el documento en el que les llamaba a las armas. Lincoln ha pasado a la Historia como el emancipador de los esclavos de los Estados Unidos; pero electo presidente de su país por un partido político cuya plataforma era abolicionista, se cuidó muy mucho de hacer tales pronunciamientos al iniciar su período de gobierno y las proclamas contra la esclavitud vinieron después y por grados, a medida que el desarrollo de la Guerra de Secesión y las circunstancias así lo justificaron, y no antes. Sanguily, sin embargo, no pudiera rebajarle su gloria a Lincoln porque dijese que lo que prefería era la unidad de su país, con esclavitud si no quedaba otro remedio, sin ella, si era posible. Diez años antes, y no en los Estados Unidos, respaldado por una mayoría abolicionista, en una nación libre y poderosa, como en el caso de Lincoln, sino en una colonia tiranizada y en la que él era el único cubano que había libertado a sus esclavos, Joaquín de Agüero pasaba como por sobre ascuas sobre la promesa de conservar la esclavitud, y la suscribía, porque también él tenía el derecho de colocar la independencia de Cuba por sobre toda otra consideración, especialmente en los momentos en que se lanzaba a conquistarla y sabedor de que la fuerza misma de los acontecimientos impondría la terminación de la esclavitud.

Lejos, pues, de creer que falta una declaración antiesclavista en el acta que publica Pirala, como han pretendido otros historiadores, o de condenar a Agüero y a los suyos porque no la insertaron, como parece ser la tesis de Sanguily, la actitud de los sublevados de 1851 era explicable, mucho más si se tiene en cuenta que desde 1843 Agüero había libertado a sus esclavos, mientras que en La Habana nadie hizo tal cosa y los más eminentes patriotas cubanos de la capital, inclusive educadores, filósofos, profesionales, economistas y hombres de ciencias, tenían esclavos en 1843, en 1851 y por muchos años más.

Ahora bien, si Sanguily está en lo cierto por lo que sí dice el manifiesto de la S. L. de P. P., de 4 de julio de 1851, acerca de la esclavitud, y debe reconocérsele el derecho de razonar como lo hace, con tales fundamentos, no ocurre lo mismo cuando sin ellos trata de utilizar otro párrafo del mismo documento como prueba de su obsesión en cuanto a descalificar todos los movimientos revolucionarios de 1848 a 1851 como anexionistas, tesis para la cual nunca hizo la investigación histórica adecuada, aunque sí anunció que se proponía hacerlo y hasta dió algunos pasos en ese sentido; pero, nacido en 1848, dotado de extraordinarias capacidades intelectuales, relacionado con muchos de los sobrevivientes de aquellos sucesos, en Cuba y también en los Estados Unidos, porque vivió largos períodos de emigración, con oportunidades únicas para estudiar de primera mano, y objetivamente, la época de Narciso López, se conformó con sólo dos de una veintena de proclamas, y unos pocos libros, algunos de ellos transidos de odio español contra Narciso López y sus simpatizadores, para establecer la conclusión falsa, que para él se convierte en obsesión y para sus seguidores, sin su genio, en consigna, de que las conspiraciones de la época de Narciso López no buscaban otra cosa que la anexión de Cuba a los Estados Unidos.

Además, tomar fuera de texto una frase incompleta para con ella pretender justificar la acusación de anexionismo, sin tener en cuanta otras, bien concluyentes, que no la justifican, sino que la destruyen, no es técnica de exposición histórica que debamos aceptar, ni siquiera porque haya sido Manuel Sanguily quien la emplease. Dice Sanguily que en el ejemplar del "Manifiesto" de la S. L. de P. P., que venimos comentando, y que le había sido facilitado por Manuel de la Cruz, aparece la siguiente frase que él transcribe en su trabajo: "Nosotros, además de nuestros propios recursos, tenemos en los vecinos Estados de la Unión, en todas las Repúblicas de la América, los campamentos de nuestras tropas, los depósitos de nuestros víveres, los arsenales de nuestras armas". La frase corresponde a un párrafo que ahora transcribimos completo, sacado a la letra del ejemplar del "Manifiesto" que obra en nuestro poder y que dice así:

> ...Nosotros, ademas de nuestros propios recursos, tenemos en los vecinos estados de la Union, y en todas las repúblicas de la América, los campamentos de nuestras tropas, los depósitos de nuestros víveres, los arsenales de nuestras armas. Todos los hijos de este inmenso mundo, en cuyo seno se abriga la isla de Cuba, y que han tenido como nosotros que sacudir por la fuerza el yugo de la tirania, aplaudirán nuestra resolucion llenos de entusiasmo, volarán á centenares á ponerse bajo la bandera de la libertad en nuestras filas, y sus brazos valientes y aguerridos, nos ayudarán á despedazar de una vez y para siempre el último padrón de ignominia que aun afrenta al libre e independiente suelo Americano.

sido el de la anexión, sino el de la independencia, establecían una relación con los anexionistas de los Estados Unidos para que Cuba pasase a poder de los norteamericanos? Sin embargo, esas injustas consideraciones de Sanguily y esa afirmación sobre el "Manifiesto" de Camagüey, de 1851, han sido hasta hoy aceptadas como artículo de fe y repetidas por historiadores improvisados que en algún caso hasta han llegado a cátedras universitarias sin haber sido capaces de escribir un solo libro fundamental.

Ahora volvamos, después de estas aclaraciones y de la refutación inescapable, a la reunión de San Francisco de Jucaral y al misterio del acta de la independencia que falta en el proceso incoado por la Comisión Militar, en 1851, de cuya desaparición ya se hizo eco Vidal Morales, jefe del Archivo Nacional, cuando escribió sus *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución Cubana*, en 1901, al decir en la página 285 de la misma que en San Francisco de Jucaral dictó Joaquín de Agüero a su sobrino y secretario Manuel José de Agüero, (aunque otros autores dicen que de amanuense fungió Adolfo Pierra), el acta de la independencia, "...documento importantísimo que después fué ocupado por las tropas españolas y cuyo original no se agregó a los autos de la mencionada causa criminal".

Ahora bien, si ese documento no figura en el legajo correspondiente del Archivo Nacional porque fué sustraído de la causa instruída cuando estaba en poder de los jueces militares o después, cuando se mandó a archivar, lo que constituye un misterio sin explicación en cuanto a tan trascendental pieza de convicción, el historiador español Pirala, al transcribirlo en parte y comentarlo a su manera, cuarenta años después, ahonda todavía más el misterio, porque nada dice él en cuanto a la fuente dónde obtuvo el documento que en parte publica.

Vidal Morales, escribiendo sobre este asunto seis años después de que lo hizo Pirala y con la posición que tenía en el Archivo Nacional y sus relaciones con los pocos sobrevivivientos que todavía había, de los sucesos de 1851, debe haber agotado las investigaciones en busca del documento original o de una copia fidedigna del mismo, sin hallar el uno o la otra. Pirala, vivo aún en 1901, o no se enteró de la pregunta planteada por Vidal Morales o no quiso aclarar lo que sabía. Falleció dos años después y nadie se preocupó de hacer una revisión de los papeles

por él utilizados para escribir su obra sobre la Guerra de Cuba, que probablemente habría explicado todo lo ocurrido.

El lector, sin embargo, puede con facilidad comprobar que Pirala no dice que lo qué él publica como el acta del 4 de julio de 1851, esté mutilado. Esa interpretación la dió después Vidal Morales y la han repetido otros autores que no han hecho un estudio cuidadoso de la cuestión. Lo que Pirala dice, textualmente, en su obra, pp. 91-92, es que de la reunión de San Francisco de Jucaral se levantó la siguiente acta:

> "En presencia del Supremo Legislador del Universo, á quien invocamos, llenos del más profundo respeto, para que nos asista con sus luces..." (aquí viene la burla de Pirala a la invocación, que hemos comentado con anterioridad y el anuncio de que seguía la transcripción. NOTA del autor de esta obra). Nos hemos reunido protestando ante los hombres que en fuerza de las razones indicadas (estas razones eran unos cargos injuriosos para el Gobierno español, tan groseramente formulados, que no he querido reproducirlos), no podemos, ni queremos vivir por mas tiempo semejante vida. De hecho y de derecho nos constituímos en abierta rebelión contra todos los actos ó leyes que emanen de nuestra antigua metrópoli: desconocemos toda autoridad de cualquier clase y categoría que sea cuyos nombramientos y facultades no traigan su origen exclusivamente de la mayoría del pueblo de Cuba solo ente moral á quien reconocemos con facultades para darse leyes en la persona de sus representantes. Bien penetrados de la inmensa responsabilidad que echamos sobre nosotros asumiendo los derechos y representación de todos nuestros hermanos de Cuba, repetimos y ratificamos todas y cada una de las cláusulas antecedentes y cuantas más fuesen necesarias para ampliar é ilustrar nuestro propósito, el cual para llevarle á cabo sin temor ninguno, como también sin odio, pero ciertos y seguros que aventuramos la vida en ello, así como nuestra hacienda marchamos impávidos en busca de cuantos peligros puedan presentársenos, jurando aquí ante Dios y los hombres que ni ellos ni consideración alguna nos detendrán, y como se hacía indispensable sacar de en medio de nosotros un jefe que nos mandase, elegimos por tal y revestimos con toda clase de facultades al ciudadano Joaquín Agüero y Agüero, á quien obedeceremos estricta y religiosamente, sin excepción de persona, siendo una de dichas facultades nombrar los individuos que juzgue oportuno para que le auxilien en el desempeño de su delicado encargo. Todos lo prometemos así de nuevo y lo juramos. Hacienda de San Francisco del Jucaral, en el fondo (sic por fundo) de Gracias á Dios, á 4 de julio de 1851, Manuel José Augusto Arango, Carlos de Céspedes Agüero y Agüero, Francisco Perdomo y Batista, Juan Ignacio Machado, Pedro Labrada, Carlos Estrada, Mariano Estrada Varona, Fernando de Zayas Estrada, M. Francisco Estrada Varona, Fernando de Zayas Estrada (¿repetición?), Antonio María de Agüero, Juan Francisco de Torres, Mariano Benavides, Apolinario Zaldívar, Miguel A. Benavides, Fernando

porque las firmas de Joaquín de Agüero y Agüero, Francisco Agüero y Estrada y Ubaldo Arteaga Piña, no aparecen en el impreso de julio de 1851, que obra en nuestro poder, sino en las versiones posteriores de otros tratadistas. Uno no puede menos de preguntarse: ¿cómo es que tantos historiadores de nota, hasta de los que vivieron en el siglo pasado, no se detuvieron a estudiar todos estos aspectos de la gran cuestión antes de condenar a Agüero, como pretendieron algunos, o antes de inventar que había una promesa antiesclavista que había sido escamoteada por Pirala, como alegaron otros?

Y ahora, aclarados todos estos particulares en cuanto a la ideología y los objetivos inmediatos del pronunciamiento del 4 de julio de 1851, volvamos a enhebrar el hilo de la narración acerca de aquellos sucesos, en esa propia fecha, en la reunión de San Francisco del Jucaral.

Según el "Diario" de Adolfo Pierra, que se conserva en los legajos del proceso contra Agüero y los suyos, en el Archivo Nacional, en la reunión de San Francisco del Jucaral, el 4 de julio de 1851, por una mayoría de treinta y cinco votos contra tres, fué elegido Joaquín de Agüero (Franklin) como jefe de los sublevados y se le dieron facultades para nombrar a los jefes subalternos, mientras que el propio Pierra fué seleccionado como secretario. En la lista de nombres del acta de la independencia, que publicó Pirala y que nosotros reproducimos, no hay sino treinta y cuatro nombres de firmantes, algunos de ellos repetidos, aunque cabe la posibilidad, por los cruces familiares tan frecuentes en Camagüey por aquella época, de que hubiese más de una persona con iguales nombres y apellidos. De todos modos y hasta aceptando esto último que acabamos de exponer, en San Francisco del Jucaral votaron treinta y ocho personas, por lo menos, según el escrutinio anotado por Pierra, o sea, cuatro más que el número de firmantes, hasta con las repeticiones. Esos otros cuatro votantes, que pudieran haber sido más, deben haber sido de los que no sabían firmar, blancos analfabetos y, más probablemente, personas de color, quienes no podían firmar. Viene en seguida el recuerdo de Gregorio, el fiel compañero de Agüero, el primero de los esclavos manumitidos en 1843, de quien sabemos que desde un principio había acompañado a su antiguo dueño hasta "El Buen Refugio", en El Farallón, y estaba a su lado. Gregorio y quizás si otros ex-esclavos, eran de los otros votantes para la elección del jefe y sus firmas no aparecen en el acta aunque sus votos sí se contaron. Juárez Cano hace observar por su cuenta que eran más aún los reunidos en San Francisco del Jucaral; pero que algunos no firmaron el acta en cuestión porque hacían de centinelas en los caminos que conducían a la hacienda.

Los sublevados permanecieron en San Francisco del Jucaral unas veinte horas y no fué hasta el sábado 5, a las cuatro de la tarde, que emprendieron la marcha. ¿Hacia dónde? ¿En dirección a Puerto Príncipe, Nuevitas, Santa Cruz del Sur, Cascorro o las comarcas villareñas? ¡No! Enderezaron el paso de sus cabalgaduras hacia el Departamento Oriental, con rumbo S. E., cruzaron el Salvial, uno de los afluentes del Cabreras y penetraron en la jurisdicción de Las Tunas para ir a pernoctar en San Francisco de Puerto Rico esa misma noche. Allí se les incorporaron cuatro hombres más, cuyos nombres no se dan; pero que ya eran de los que habían estado en relación con la S. .L. de P. P. y la acogida debió ser cordial, ya que Parra pudo cambiar su caballo, tuerto y cansado, por otro de refresco. Todo esto indica que el plan de atacar a Las Tunas, cuya preparación había iniciado Agüero semanas atrás, cuando hizo el primer recorrido por aquellas comarcas, estaba vigente y constituía el objetivo inicial de la pequeña columna que, al disponerse al ataque, estaba integrada por cuarenta y cinco combatientes, contado Agüero entre ellos, además de cuatro hombres de color, a cargo de la impedimenta.

Según Juárez Cano ([324]), cuando poco antes Agüero había hecho el inventario de los recursos con que contaba y pasado revista a su reducida hueste, eran cuarenta y cuatro sus hombres en disposición de pelear y se habían distribuido entre ellos siete fusiles y dieciocho carabinas de chispa, aparte de doce tercerolas y cuatro trabucos. Tenían, además, veinte pistolas de arzón, trece pistolas corrientes y dos de a dos cañones, y en cuanto a armas blancas, treinta y siete sables, seis machetes y treinta y cinco dagas y cuchillos. Como se ve, el armamento era pobre, deficiente y heterogéneo y todavía en 1851 no se había descubierto en Camagüey la terrible efectividad del machete como arma de combate para la caballería. La totalidad de los alzados estaban montados, que era lo normal en aquella región llana, ganadera y de enormes distancias. Los cuatro esclavos o ex-esclavos seguían a la columna con diez bestias de carga, las cuales transportaban víveres, armas, municiones y otros artículos.

La inexperiencia militar de los sublevados se demostraba en todo, no sólo en lo referente a su equipo, sino en lo tocante a la

dovi, fueron sentenciados a diez años de presidio. Menciona, también Juárez Cano, entre los miembros del grupo conspirador de Las Tunas, a otras personas apellidadas Tormet, Ruz, Sánchez, Fuentes, Portuondo, Aguilera (¿Francisco Vicente?), Pupo, García, Menéndez y del Río. En cambio, no incluye entre los patriotas al cura párroco de Las Tunas, Pbro. José Rafael Fajardo, quien fué condenado a ocho años de reclusión en un seminario por su participación en aquella tentativa libertadora. Según Juárez Cano, el hacendado José María Castillo facilitaba los caballos necesarios, Andrés del Río los arneses y el calzado y García Menéndez, sables, machetes, espuelas, cuchillos y otros artículos de hierro, lo que permite suponer que fuese un comerciante de ferretería. Más aún, de acuerdo con el estudio histórico de Juárez Cano, Esteban Aguirre y Manuel Facundo Agüero tenían ocultos en Las Tunas, como armamento para los suyos, cincuenta y dos fusiles de chispa, veintidós trabucos, doce carabinas, más de cien pistolas, doscientas libras de pólvora, balas y otro material de guerra.

Si todo era cierto, como parece haberlo sido, se comprende que el asalto a Las Tunas revestía más y más el carácter de una decisiva acción inicial de guerra, del éxito de la cual dependía la campaña emprendida, porque sería posible armar y equipar a más del doble de los hombres que se habían sublevado en San Francisco del Jucaral.

Reforzada en esos días la guarnición regular de Las Tunas con cincuenta lanceros y veinte y cinco soldados de infantería, con sus oficiales, había así en la población más de cien hombres de tropa veterana y esto hacía que el elemento de la sorpresa en el ataque fuese indispensable, aunque las autoridades coloniales estaban sobre aviso.

Como en la mayoría de las poblaciones cubanas de la época, el centro de la vida urbana y de los edificios públicos estaba en la Plaza de la Iglesia, donde se alzaba ésta, al final de la Calle Real de Isabel II, ocupando un amplio edificio de mampostería, que databa de 1820 y el cual había quedado sin terminar en cuanto a torres, capillas y otros elementos arquitectónicos. La residencia del teniente coronel Morales estaba también frente a esa Plaza, así como el alojamiento de parte de la guarnición, porque el grueso de la misma estaba en el cuartel de infantería, a pocas cuadras de distancia, mientras que los lanceros, por la atención de sus cabalgaduras, habían sido acuartelados al final de la calle.

El domingo 6 de julio, y de noche, habían llegado Agüero y sus compañeros a la Sabanilla del Pontón y habían acampado en la finca "El Potosí", a orillas del Yariguá, que era de la propiedad de Manuel Francisco Agüero, padre de Manuel José de Agüero, el primer ayudante del caudillo revolucionario..

El compromiso contraído por Joaquín de Agüero con la delegación de Las Tunas, dos meses atrás, determinaba que se avisaría a estos últimos con doce horas de antelación al ataque, de manera que pudieran estar preparados, reunirse y participar de la lucha. Agüero dió cumplimiento a lo convenido y para ello envió a Las Tunas a José Tomás Betancourt, con instrucciones de avisar que el asalto tendría lugar en las primeras horas de la madrugada. Betancourt hizo la doble jornada con rapidez y efectividad y todo hace suponer que los patriotas de Las Tunas no trataron de disuadir a los atacantes, sino que se dispusieron a colaborar con ellos, ya que Adolfo Pierra, en su "Diario", hace notar que no se pusieron en marcha hacia Las Tunas hasta las seis de la tarde del lunes y ya para entonces había regresado Betancourt con el informe acerca de su misión, en el cual ya se decía que había alarma en la población, o sea, que la posibilidad de un ataque era conocida y comentada por más personas de las que debieran haber estado enteradas de lo que iba a ocurrir, que es lo más natural y corriente en todos los movimientos revolucionarios cubanos, de todas las épocas.

Durante el día, seguro en "El Potosí", Agüero había tratado de dar alguna organización, además de disciplina y habilidad en el manejo de las armas, a sus hombres. Pierra se refiere a esto en su "Diario", diciendo que hicieron varias "evoluciones", o sea, ejercicios militares a caballo; pero no entra en más detalles, como tampoco lo hace Rivas Agüero. Juárez Cano, sin embargo, es más prolijo, aunque lamentablemente no revela las fuentes históricas utilizadas. Según él, el lunes 7 de julio, por la mañana, Joaquín de Agüero ordenó a sus hombres, que eran unos cincuenta, que montasen a caballo y formasen en la Sabanilla o Sao del Pontón, los dividió en grupos, los hizo evolucionar y ejercitarse con sus armas, y luego estuvo con ellos mientras se consumía el primer rancho, terminado el cual se celebró un consejo de guerra para acordar todo lo relacionado con el asalto a Las Tunas y la primera fase del movimiento revolucionario.

guiarlos hasta el lugar que se les había señalado, mientras que Ponte les mantenía dispuestos a ir a la lucha.

Ahora bien, esta versión de Juárez Cano no concuerda con la del propio Joaquín de Agüero, que aparece en los legajos del proceso instruído contra él y sus compañeros y que hemos citado. Según el desdichado caudillo, unos treinta hombres, mandados por Manuel José de Agüero, atacarían a la guarnición en el cuartel, mientras que otra brigada, la encargada de la impedimenta, estaba lista para apoyarla. Joaquín de Agüero, personalmente, con una pequeña escolta, se haría cargo de hacer prisionero al coronel Morales y a sus asistentes, y luego haría lo mismo con el oficial que mandaba la tropa y que no vivía en el cuartel, sino en casa aparte. Todo eso se suponía que sería posible lograrlo sin disparar un tiro, así como que luego, rendido el coronel Morales, ordenaría a sus soldados que entregasen sus armas.

Pasada la media noche llegaron los patriotas a las afueras de Las Tunas y por parte alguna pudieron encontrar a los hombres de la delegación de la S. L. de P.P., dispersos ante la persecución de los españoles. El caudillo, acompañado de tres hombres, avanzó en dirección a la Plaza de la Iglesia para realizar la misión que él mismo se había dado, de capturar al coronel Morales, y dejó órdenes bien estrictas de que no se iniciase el ataque ni se disparase un tiro hasta que él estuviese de regreso. El resto de los sublevados, por rutas distintas, debían converger sobre el cuartel de infantería, que sería asaltado por la brigada de Manuel José de Agüero y Francisco Perdomo Batista, mientras que la otra, la de Manuel Agustín Agüero y José Tadeo Ponte, tomaba posiciones a una cuadra o poco más del cuartel, lista para sumarse al asalto, si era necesario.

Joaquín de Agüero y los suyos llegaron sin novedad a la Plaza de la Iglesia, se dirigieron a la residencia del gobernador y, tocando a la puerta, le despertaron a gritos, mientras le decían que había novedad en el cuartel de infantería. Parlamentaban con el coronel Morales cuando sonó una descarga de fusilería en dirección al cuartel, seguida de otra, y el fuego se generalizó mientras que los soldados españoles, con más disciplina que los atacantes, cogían sus armas y se aprestaban a la defensa. En el lugar donde habían sido acantonados, al extremo de la calle del Popé, los lanceros ensillaban los caballos y se aprestaban a entrar en acción.

Un error fatal de las dos columnas enviadas contra el cuartel de infantería había precipitado los acontecimientos y allí mismo se producía el fracaso del plan en el que tantas esperanzas habían puesto los patriotas, con la alarma dada y que hacía imposible el triunfo por sorpresa.

Nunca se aclaró satisfactoriamente lo ocurrido; pero la explicación que más parece acercarse a la verdad es la de que la brigada a cargo de la impedimenta y que iba guiada por Manuel Agustín Agüero, se había estacionado en el punto que se le había asignado, a corta distancia del cuartel de infantería, donde aquellos improvisados soldados habían echado pie a tierra. La otra brigada, la que estaba encargada del asalto, iba bordeando el cuartel y al entrar en una callejuela sus hombres distinguieron un farol encendido y cuya luz les hizo visibles a sus propios compañeros, apostados allí cerca, sin que unos y otros acertasen a reconocerse, cosa bastante explicable en la obscuridad de la noche y en el estado de excitación en que se encontraban todos, más o menos bisoños. Los jinetes desmontados dieron el ¿quien vive? a los que llegaban y éstos, sorprendidos ante el alto que les daban los que estaban con el pie en tierra cuando creían que todos ellos iban en sus cabalgaduras, trataron de salir del paso ante quienes estimaban que eran soldados españoles de infantería y contestaron: ¡España! No esperaron más los hombres de la impedimenta y recibieron a sus compañeros con una descarga de fusilería, que fué contestada con otra y se generalizó el fuego. A todas éstas, mientras los cubanos combatían entre sí, los soldados españoles ya estaban en disposición de repeler el ataque. Allí quedaron heridos Manuel Agustín Agüero, Augusto Arango y José Mateo Ponte. La desbandada fué general.

Cuando la sorprendida brigada de Manuel José de Agüero huía al galope, sus hombres pasaron por frente a la casa del coronel Morales, quien todavía no se daba exacta cuenta de lo ocurrido, y al ver en la obscuridad el tropel de jinetes y caballos, creyó que se trataba de un piquete de sus lanceros y les habló; pero uno de los patriotas, al reconocerle, le descerrajó un tiro sin lograr hacer blanco y siguió a galope tendido. Joaquín de Agüero no había podido llegar a tiempo para impedir la desbandada, varios de sus hombres, algunos de ellos heridos, habían caído prisioneros, y con su grupo salió del pueblo en el que tan lamentablemente había fracasado el esfuerzo militar de los sublevados. Los tropas españo-

rios de la dispersión general para que cada cual regresase a su hogar, como pudiese. No faltaron quienes se pronunciaron en favor de dirigirse a la costa para buscar el modo de huir a los Estados Unidos o a otro país, Joaquín de Agüero se encontró con que sólo un pequeño grupo de fieles seguían resueltos a continuar la lucha. El debate se enconó sin llegar al extremo que ya se había producido el día 7, en "El Ventorrillo", cuando uno de los campesinos, que a toda costa quería repetir el ataque a Las Tunas, disparó su pistola contra Waldo Arteaga Piña, aunque sin herirlo. En un momento dado Joaquín de Agüero no pudo contenerse más y dió a los reunidos una hora para que se decidiesen. Pasado ese tiempo, doce de los sublevados decidieron abandonar la empresa y volver a sus casas, y así lo hicieron. Según el propio Arredondo Mirando, con los rezagados que se habían ido incorporando, el grupo que resolvió continuar la lucha quedó reducido a veinte y siete hombres.

Allá, en San Carlos, los sublevados pasaron los días 9, 10, 11 y 12 de julio, rodeados de privaciones y dominados por la desesperación; pero sin decidirse a tomar la iniciativa para la lucha o por resguardarse mejor. Cometían una costosa imprudencia inmovilizados allí mientras las tropas regulares españolas y los milicianos y rondas llamados al servicio activo, los iban cercando y obligaban a dispersarse y huir a otros grupos que se habían alzado por Santa Cruz del Sur y por la jurisdicción de Nuevitas. Las confidencias recibidas por los españoles y la seguridad en que ya se encontraban de que el movimiento estaba fracasado, les movió a lanzarse contra los patriotas que seguían acampados en San Carlos y entre los cuales, a lo que parece, ya se habían abandonado algunas elementales precauciones de las que siempre resguardan un campamento. El domingo 13 de julio amaneció nublado y hacia el mediodía comenzó a llover furiosamente y el aguacero no se terminó hasta las cinco de la tarde, hora en que hubo un sol radiante. Las tropas españolas habían ido avanzando bajo la lluvia y casi habían completado el cerco del batey cuando Fernando de Zayas acertó a ver los primeros soldados y dió el grito de alarma por los que él creyó que eran lanceros, pero eran tropas regulares del Regimento de Infantería de Isabel II, al mando del comandante Joaquín Gil, cien hombres de infantería, a quienes se unieron cincuenta lanceros.

En el primer momento de la sorpresa Agüero ordenó a sus hombres que se tendieran en guerrilla detrás de la choza que era la única vivienda del "Colmenar de San Carlos"; pero alguien le hizo observar que allí no había defensa posible por lo endeble de la construcción y el cerco que se cerraba en torno de ellos. Entonces, a gritos, dió la orden de que se refugiasen todos en un denso maniguazo cercano. Quizás no todos le entendieron, como después se dijo, aunque también pudo ser que en la confusión del momento y con la desmoralización que ya había, un grupo de los sublevados, el más numeroso, por cierto, prefirió ponerse a salvo en el monte firme que estaba en dirección opuesta al maniguazo. Quedaron así divididas las fuerzas de Agüero y éste logró refugiarse en la manigua, que ofrecía alguna protección con palmas, jobos, magueyes y piñones. A su lado estaban Augusto Arango Agüero, Francisco Perdomo Batista, Waldo Arteaga Piña, Antonio María Agüero Estrada, Mariano y Miguel Benavides, José Tomás Betancourt y Zayas, el abogado Juan Francisco de Torres, Adolfo Pierra Agüero y un negro prófugo o cimarrón, a quien habían dado el nombre de Cuervo; pero quien realmente se llamaba Victoriano Mellado. Como se ve, ya Agüero, ni siquiera tenía con él a su antiguo esclavo libertado, el chino criollo Gregorio.

Este grupo de patriotas, formado por once hombres solamente, bisoños, mal armados y peor alimentados, era el que iba a sostener el combate de San Carlos contra ciento cincuenta soldados del ejército español, de caballería e infantería, mandados por el comandante Gil y quienes tenían en su favor todas las ventajas posibles para lograr un triunfo aplastante y decisivo.

La lucha fué encarnizada y duró hasta bien entrada la noche sin que los españoles llegasen a pelear cuerpo a cuerpo, ya que el fuego de los patriotas era sostenido y eficaz y parecía provenir de un grupo más numerosos, de tiradores, de los que realmente había. La tropa disparaba a la altura que su experiencia les aconsejaba y sabiendo que no había árboles ni rocas que protegiesen a los sublevados, cercados como estaban éstos. Sin embargo, para trasmitir las órdenes en el círculo amplísimo que formaba su línea, tenían que apelar a los cornetas, de los cuales tenían tres: ni uno solo sobrevivió, alcanzados por el fuego de los cubanos. En lo más reñido del combate, el Dr. Juan Francisco Torres, particularmente molesto con aquellos toques de "las chi-

pecto a las que infligían a los cubanos, práctica que ha quedado en el folklore cubano con la sátira de:

"¡Tiritos por acá; tiritos por allá!
Por nuestra parta ¡sin novedad!"

Los esfuerzos de Rivas Agüero para revisar los libros de defunciones de Las Tunas, a fin de comprobar cuántos fueron los españoles enterrados en el cementerio del pueblo en los días del combate de San Carlos, han fracasado porque no se han conservado dichos libros; pero Juárez Cano dice que los trece muertos que tuvo la columna del comandante Gil, como los cinco de los cubanos, fueron enterrados allí mismo, y agrega que los españoles se llevaron sus soldados heridos para Las Tunas y tuvieron, además, ocho caballos muertos y quince heridos, todo lo cual demuestra que los patriotas atacados en San Carlos se defendieron con valentía y con efectividad y que si no hubiese sido por el desdichado y fatal error cometido en el asalto a Las Tunas, habrían podido apoderarse de la población.

Joaquín de Agüero y sus compañeros sobrevivientes del combate no permanecieron en San Carlos, sino que huyeron en busca de un refugio más seguro, casi desarmados. El caudillo revolucionario, Miguel Benavides y Adolfo Pierra habían salido ilesos, no obstante que habían estado en la línea de mayor peligro durante la lucha; pero Antonio María Agüero Estrada y Waldo Arteaga Piña, iban heridos y gravemente. El primero de ellos se fué quedando retrasado en aquella marcha terrible, por lodazales y malezas, hasta que en la obscuridad de la noche no pudo más y se tendió sobre la huerba, a esperar la muerte, sin que sus compañeros se diesen cuenta de que lo habían perdido. Arteaga, más fuerte o no tan gravemente herido, siguió al lado de Agüero, Benavides y Pierra, aunque cubierto de sangre.

La noche del 13 y todo el día 14 estuvieron caminando casi sin rumbo, pasando hambre y sed, con las ropas y el calzado, destrozados, y haciendo alto una que otra vez para breves descansos y para asegurarse de que no había enemigos a la vista. Caía la tarde después de una jornada agotadora cuando oyeron en lontananza el tañido de una campana. Todos sabían que en las fincas de la época ésa era la señal con la cual se llamaba a la dotación para que regresase al batey y en el estado en que se encontraban decidieron no seguir adelante sin probar fortuna con aquellos campesinos. El propio Joaquín de Agüero fué quien se adelantó para relacionarse con los dueños de la finca, aunque sin darse a conocer, por una precaución elementalísima. Convino con sus compañeros que éstos le esperasen y que no se presentasen en el batey, hasta que oyesen tres veces seguida el canto de la codorniz, que él imitaría, cosa que hizo al poco rato.

Agüero se encontró con que estaban en la hacienda "Hato Arriba", al O. del río Las Cabreras y en la jurisdicción de Nuevitas, o sea que, a pesar de todas las vicisitudes pasadas y sin guías adecuados, los fugitivos habían mantenido la orientación de su marcha al N. O., como se lo habían propuesto. En el batey no había sino un mayoral, blanco, y varios esclavos, con recursos bastante escasos; pero así y todo aquellos hombres generosos recibieron cordialmente a Agüero y a sus amigos y les atendieron en todo lo que pudieron, dándoles leche, café, casabe y otras vituallas, además de caballos. También se les proporcionó un guía, que era uno de los esclavos, para que les condujese a una finca vecina, propiedad de otro de los Agüero, donde esperaban obtener la ayuda que necesitaban. Según Pierra, en su "Diario", no fué hasta que se marchaban que los fugitivos revelaron su identidad a aquellos amables montunos, quienes no por eso modificaron su actitud.

Cabalgaban en dirección al O., hacia la finca "El Jatal", cuando advirtieron que por la misma vereda venían otros jinetes, de una de las rondas de campesinos que les perseguían, por lo que abandonaron sus caballos y se ocultaron al borde del camino para luego seguir a pie hasta la hacienda en la que tantas esperanzas habían cifrado. Allí les esperaba una dolorosa decepción, sin embargo, porque el pariente de Agüero les recibió con aspereza y desconsideración porque le comprometían con las autoridades coloniales. Hasta les notificó que los caballos de refresco que preparaba era para entregarlos a sus perseguidores y sólo llevaron de aquella visita la impresión consoladora de que la esposa de aquel hombre sin sentimientos de cubano, se apiadaba de ellos, porque les suministró carne cocida, viandas y hasta telas con que cubrirse.

La desesperada fuga continuó. Esa noche durmieron al raso, en un monte de la finca "San Martín", ya en la jurisdición de Nuevas Grandes y manteniendo con su invencible persistencia la direción hacia Nuevitas. Al despertar, el martes 15, Miguel Bena-

en aquellos patriotas, como no los había habido durante el fracasado esfuerzo libertador y tampoco lo habría en el curso del proceso, un solo pronunciamiento de tipo anexionista o que mencionase siquiera la anexión, aunque después vendrían Sanquily y otros historiadores para dejar caer sobre la memoria de aquellos dignos cubanos la acusación de anexionistas.

Los días subsiguientes los fugitivos los pasaron entre "El Carmen" y "El Júcaro", fincas contiguas. La noche del 16 y el día entero del 17, que era jueves, estuvieron en el hicacal, que les ocultaba muy bien; pero los mosquitos les atormentaban y el 18, al mediodía, se refugiaron en un rancho de "El Júcaro" y pudieron dormir con mayor comodidad. Aquella inactividad, sin embargo, constituía una gravísima imprudencia en hombres contra los cuales se había concentrado la persecución de las tropas españolas, ayudados por los oportunistas, quienes consideraban fracasado el movimiento y se unían al vencedor.

Muy de madrugada, el sábado 19, Joaquín de Agüero despachó a uno de los esclavos, de nombre Lorenzo, para que fuese a Nuevitas y entregase una carta suya para el "P. P.", como dice Pierra en su "'Diario", aunque Arredondo Miranda nos aclara que se trataba del "P. Machado", miembro de la delegación de la S. L. de P. P. en Nuevitas, a quien Agüero le explicaba su situación y le decía el lugar en que se encontraba, a fin de que se le ayudase.

La mejor fuente de información acerca de lo que ocurrió después, la constituyen el "Diario", de Pierra, y el relato que él mismo hizo, muchos años después, en carta enviada a Vidal Morales, que esclarece algunos de los puntos del "Diario". ([326])

Por parte alguna hay un dato que permite saber qué pasó con la carta que el esclavo Lorenzo llevó al P. Machado, de Nuevitas, y hasta si la entregó; pero es posible colegir que sí lo hizo y que el sacerdote apeló a personas de su confianza, seglares, para que fuesen ellos los que se acercasen a Agüero y le ayudasen. Es entonces que entra en escena el joven camagüeyano Norberto Primelles, perteneciente a una familia que después daría valientes patriotas a la Revolución Cubana, pero que en él, por desgracia, solamente aportó un traidor cuyo nombre evita mencionar con el mayor cuidado e inexplicamente, Arredondo Miranda, en su tan detallada memoria sobre los sucesos de 1851, a pesar de que

Pierra y otros historiadores nunca hicieron un secreto del triste papel que desempeñó Norberto Primelles en aquellos críticos momentos. El esclavo Lorenzo no había regresado el sabado 18, por la noche, después de que hacía veinte horas de su partida, y a las cinco de la tarde había habido una alarma por la cual los patriotas se habían ocultado en la manigua, pero disipadas las sospechas, volvieron a la vivienda y allí durmieron.

Cuenta Arredondo Miranda que la noche era clara y muy estrellada y que el joven Pierra, mozo y poeta, fijó la vista en un lucero que brillaba espléndidamente y exclamó "¡Si así brillara la estrella de Cuba!" y que Agüero le había contestado, sentenciosamente: "¡La estrella de Cuba brillará así cuando los cubanos derramen mucha sangre! ¡Qué bien hicieron los que idearon la bandera cubana en colocar la estrella blanca en campo rojo, pues parece una estrella flotando en un lago de sangre!"

Es de presumir, sin embargo, que algún recado llegó esa noche, de cierta manera, a Joaquín de Agüero, ya que a las siete de la mañana del domingo 20 partió, sólo, para la finca "El Real de los Catalanes", de donde no regresó hasta horas más tarde, aunque sin que Pierra explique cuál había sido el resultado de su gestión. El "Diario" y el relato de Pierra, publicado éste por *Cuba y América* determinaron claramente que Agüero regresó con Norberto Primelles y Vicente Agüero Rioseco, este último pariente suyo, además de un sitiero cuyo nombre no se da. Al ser Pierra testigo presencial de estos sucesos y relatarlos contemporáneamente, su versión merece más crédito que la de Arredondo Miranda cuando éste hace llegar al escondite de la manigua a Norberto Primelles y a Vicente Agüero Rioseco, entre diez y once de la mañana, y dice que Joaquín de Agüero regresó por la tarde, porque Arredondo Miranda, quien no vivió esos sucesos, los describe más de sesenta años más tarde y sin documentación fehaciente.

La hipótesis más probable, pues, es la de que, en efecto, Agüero recibió durante la noche alguna indicación de lo que debía hacer el día siguiente, que era el domingo 20, y por eso fué a la finca "El Real de los Catalanes", donde se encontró con su pariente, Vicente Agüero Rioseco, Norberto Primelles y el sitiero innominado, los que con iniciales menciona Pierra en su "Diario", quienes entregaron a los fugitivos un alcance o suplemento periodístico, el "alcance impreso, etc.", a que alude Pie-

Desde el punto de vista del aislamiento y las dificultades de comunicación por tierra, Punta de Ganado era un acierto de quienes la habían escogido para propiciar la escapada de los fugitivos hacia los Estados Unidos. Por eso mismo a nadie hubo de sorprenderle la información que traía Primelles y mucho menos cuando él mismo les guiaría y acompañaría hasta aquel lugar; pero la última anotación completa del "Diario" de Pierra, cuando dice: "..retornó á la casa N. (orberto) P. (rimelles), se aparece diciéndonos que al día siguiente hemos de estar en Punta de Ganado...", hace pensar que el joven secretario de Joaquín de Agüero ya tenía ciertas reservas mentales en cuanto a la conducta de Primelles y la sospechosa impunidad con que podía transitar por aquellos andurriales, a pesar de las tropas regulares españolas y de los milicianos que estrechaban la persecución en torno al último grupo de los patriotas que quedaba libre y en el cual figuraba, precisamente, el jefe principal del movimiento revolucionario de Camagüey y único de entre ellos a quien de antemano se le negaba todo indulto. Años más tarde, el relato de Pierra que publicó *Cuba y América* y que ya hemos citado, agregó la información de que cuando los seis desdichados emprendieron "...las apariencias y las acciones de Norberto Primeyes (sic) hicieron sospechar á Joaquín (de Agüero) que no estaba de buena fe, y habiéndonos manifestado su sospecha en un momento en que Primeyes (sic) se hallaba á alguna distancia, Fernando de Zayas, que estaba emparentado con su familia, nos aseguró que era hombre de toda su confianza". La caminata duró toda la noche, con los pies destrozados porque los zapatos, ya en muy mal estado, no habían podido resistir a los "dientes de perro" y cuando tenían que vadear las lagunas de agua salada, ésta les quemaba las llagas que se les habían formado. Al amanecer divisaron el "pesquero" y Primelles les guió por otro camino que parecía alejarles, sin responder a las preguntas que, ya alarmado, le hacía Agüero; pero finalmente llegaron a la ranchería de los pescadores, donde había una sola casa de guano, dividida en dos habitaciones, una que tenía paredes de yaguas y puertas y se comunicaba con la otra, cuyos costados no estaban por completo cubiertos y carecía de puerta. En la primera vivían el pescador con su mujer y un ayudante, todos tres blancos, de Canarias, y un esclavo, negro.

....El recibimiento no dió motivo para sospechas y los recién llegados tuvieron una buena comida y luego fueron a ocultarse en los manglares, porque la playa era abierta y desde los acantilados cercanos se veía todo lo que ocurría en el "pesquero". El día transcurrió sin incidentes, aunque aquellos desdichados eran atormentados por los mosquitos, por la falta de agua potable y por las lesiones que tenían y de las cuales las de los pies eran las más dolorosas. Al caer la tarde volvieron a la ranchería para comer y decidieron dormir en el piso de arena de la segunda habitación que siempre sería más cómoda que los manglares cercanos. Durante la comida, considerándose seguros y sin precauciones, hablaron libremente del buque norteamericano en el cual iban a escapar, según les había dicho Primelles, y éste les confirmó que levaría anclas al romper del día y que, como estaba fondeado a una legua de distancia, pronto estaría en aquellas cercanías. La conversación la escuchaban el pescador y sus compañeros y ya no había el menor interés en disimular quiénes eran los visitantes y las causa de su presencia allí.

El "Diario" de Pierra, ocupado por los españoles y que figura en la documentación del proceso contra Agüero y sus compañeros, conservada en el Archivo Nacional, está en blanco en cuanto al martes 22 de julio. Solamente figura allí esa fecha escuetamente; pero la última anotación es la del día anterior, sin duda porque con el alborozo de la huída definitiva, que consideraba inminente, y las preocupaciones del momento, no tuvo ánimos para escribir los recuerdos de aquel día. Así quedaron sin la adecuada inscripción los acontecimientos de aquel día y no fué hasta cincuenta años más tarde que Pierra, ya setentón y para siempre desvinculado de Cuba, ensayó rememorar lo ocurrido.

Según esa versión, los fugitivos, extenuados, se acostaron temprano y muy pronto estuvieron profundamente dormidos. Alrededor de la media noche se despertaron ante el furioso ladrido de los varios perros que había en el "pesquero" y Agüero, quien se había levantado antes que los demás, les dijo: "¡Muchachos! ¡Alerta! Esos perros ladran a gentes". Al asomarse por uno de los costados de la choza ya pudo divisar la línea de soldados españoles que, desplegados, cercaban a la ranchería. No esperó más y cogiendo su revolver trató de escapar hacia el mar, al mismo tiempo que gritaba: "Estamos rodeados de mucha tropa: ¡síganme!" Sus palabras fueron seguidas por la primera descarga

La columna emprendió la marcha a las 6 de la mañana del miércoles 23 de julio, y la primera escala era en el batey de la finca "El Júcaro", de los Primelles, donde habían trabado conocimiento con Norberto Primelles, pocos días antes. Agüero y Pierra, amarrados, iban en el mismo caballo; Zayas y Castellanos en otro; Benavides y Betancourt en un tercer caballo, y Primelles, solo, en otro; pero todos ellos con sus ataduras.

Llegaron a "El Júcaro" poco antes del mediodía y mientras los oficiales españoles fueron a descansar a la casa de vivienda, los prisioneros fueron puestos en un cobertizo, bajo fuerte escolta, y con dificultad fué que lograron que les diesen agua para apagar la sed. Allí mismo les visitó uno de los oficiales de la columna que tenía la misión de sacar a Primelles, con el mínimo posible de sospechas, de entre los patriotas, y dirigiéndose a Agüero le preguntó, al mismo tiempo que señalaba hacia Primelles; "¿Cuándo se reunió el señor con ustedes?" "Anoche", le contestó Agüero, sin aludir a las entrevistas anteriores. Y volvió a preguntar el militar español: "¿Y ha estado él de algún modo relacionado con el movimiento de ustedes?" A lo que respondió Agüero: "De ningún modo". No esperó más el teniente Pérez, que era el oficial en cuestión, y encarándose con el sargento de la guardia, le ordenó: "Suelte usted al señor". Y así se hizo mientras y Agüero y sus compañeros se miraban significativamente. Primelles había sido puesto en libertad precisamente en el batey de la finca perteneciente a su familia, casi en el lugar en el que setenta y dos horas antes se les había acercado, inesperadamente, para darles la noticia de que la sublevación había fracasado. Agrega Pierra, como es cierto, que la familia Primelles tuvo que enviar a España al joven Norberto, ya que su vida corría peligro en Camagüey y allá se quedó, mientras que los otros Primelles, los que permanecieron en Cuba, dieron a la Revolución Cubana varios insignes libertadores.

La espera en "El Júcaro" no fué larga, ya que a las 3 de la tarde se reanudó la marcha. Esta vez los presos iban a pie y todavía atados de dos en dos, hostigados para que caminasen al paso de las cabalgaduras por breñas, arenales y zarzales. Los brazos atados a las espaldas dejaban un cabo que iba hasta los tobillos y todavía quedaban dos varas de cuerda, libres, cuyo extremo sujetaba un soldado por cada dos presos. La nueva escala sería en la finca "Santa Lucía", de los Cisneros Betancourt, donde pasarían

la noche, y a mitad del trayecto comenzó a llover furiosamente, lo que se añadió a las molestias de la marcha. Cuando llegaron todos estaban rendidos y molestos; pero era la tropa la que era dueña de la situación y a modo de venganza, al encontrarse con que había en la finca un viejo cepo para esclavos, con cabida para doce, ése fué el suplicio de aquella noche terrible del 23 de julio para hombres heridos, golpeados, maltratados y que casi no podían moverse.

A las 6 de la mañana les sacaron del cepo y asegurados los nudos de las cuerdas, se inició la otra jornada, en dirección al pueblo de San Miguel, villorrio de la jurisdicción de Nuevitas, donde había una cárcel. Les hicieron desfilar por las calles Real, del Comercio y de la Marina, hasta encerrarlos en un calabozo en el que tampoco faltó el cepo, ya utilizado en "Santa Lucía" para extremar los malos ratos. La caminata había durado todo el día, pues llegaron al atardecer, atormentados por el hambre, la sed y las ligaduras. Cuenta Pierra que a su llegada a San Miguel les esperaba el teniente coronel Bruno Gayoso, con sus oficiales y el grueso de la columna de operaciones de su mando, y al preguntarle al capitán Conus cuántos eran los prisioneros y recibir la respuesta de que eran seis, solamente, su odio anticubano explotó en la frase de: "¡Qué no fueran seiscientos!", lo que les hizo pensar a ellos, en su triste situación, que si alguna vez hubiesen contado con seiscientos hombres, no habrían llegado a San Miguel de aquella guisa.

Al amanecer del día 25, con imponente custodia e iguales malos tratos que antes, se les llevó desde San Miguel hasta el embarcadero de Bagá, en la Bahía de Nuevitas, por un camino carretero en muy malas condiciones. Allí les esperaba un balandro al que subieron con fuerte escolta para ir a otro embarcadero, el del Cabo Guincho, cercano a Nuevitas, donde les esperaba una compañía de infantería, enviada desde la cabecera de la jurisdicción con encargo de llevarlos directamente a la cárcel de Nuevitas donde pasarían esa noche. Ya estaba Agüero de regreso en la población donde había tenido su hogar y en la que todo el mundo le conocía y había tenido ocasión de estimarle por sus virtudes públicas y privadas. De sus compañeros de allí había esperado ayuda decisiva y hasta la había pedido en la carta enviada por manos del esclavo Lorenzo, al Pbro. Machado, cura párroco del lugar; pero no la había logrado y sólo se le había acercado aquel

contaba con otros grupos de combatientes, además del de Joaquín de Agüero. Miguel Agüero Estrada, con cincuenta hombres, se sublevó en Santa Cruz del Sur, con la misión de cortar las comunicaciones entre ese puerto y la capital de la jurisdicción, mientras que su hermano, Francisco Agüero Estrada, patriota y literato de mérito que usaba el seudónimo *El Solitario*, hacía lo mismo al Oeste de Puerto Príncipe, desde los montes de Las Yeguas hasta los de Cercado, cortando el camino real hacia La Habana. Una tercera partida, que nunca se completó, tenía la misión de operar en la Sierra de Cubitas. ([329]) Los españoles procedieron contra los jefes más significados de eso grupos de sublevados. Juárez Cano, siguiendo lo dicho por el historiador local de Santa Cruz del Sur, Rafael Pérez Peralta, asegura que los sublevados de ese puerto meridional de la región camagüeyana, operaron en la jurisdicción de Santa Cruz del Sur, en la sabana que se extiende desde Punta de San Juan, al Este del río Najasa, hasta el potrero Santa Isabel, al Oeste, donde capturaron al teniente pedáneo Juan Nepomuceno Barroso y se lo llevaron consigo, junto con el vecino Manuel Núñez, hasta que se acordó la dispersión del grupo.

Antes de terminar con este epígrafe, sin embargo, debemos relatar lo ocurrido en la antigua Puerto Príncipe y su jurisdicción mientras Joaquín de Agüero llevaba a cabo su fracasada tentativa revolucionaria, desde Cascorro, en Camagüey, hasta Las Tunas, en Oriente.

Según Arredondo Miranda la S.L. de P.P. radicada en la capital camagüeyana, estaba formada por el Dr. Juan Ramón Proenza, Pedro Agüero Sánchez, Lcdo. Manuel de Jesús Arango, Francisco y Manuel A. Molina Villavicencio, Manuel Núñez y Miguel Barroso, este último en representación de Santa Cruz del Sur ([330]). Y agrega el mismo autor que la S.L. de P.P. estaba ramificada en delegaciones o clubs, como especie de logias, establecidas en los barrios de la varias veces centenaria ciudad y que llevaban los nombres que la tradición había dado a esos barrios y que, por supuesto, no concuerdan con la nomenclatura moderna de los mismos, que es por número y no por nombres y que, además, ocurre que tampoco se identifican en cuanto a los límites por los cambios en el recinto urbano, con el crecimiento de la ciudad durante más de un siglo.

El barrio No. 1 de hoy, que era el del "Santo Cristo del Buen Viaje", tenía como jefe a Diego Alonso Betancourt Varona, cuyo sobrenombre era el de *El Patriota;* el No. 2 era el de "Santa Ana", a cargo de José Manuel Almanza; el No. 3 comprendía una parte del de "Santa Ana", regido el todo por el propio Almanza; el No. 4, llamado de "La Vigía", había sido confiado al Lcdo. Gregorio Agüero Zaldívar; el No. 5 correspondía al de "San José", que tenía a su frente a Pablo Antonio Golibart; el No. 6, incluía el bario de "La Soledad", y lo regía el Lcdo. Manuel de Jesús Arango, y ese distrito de hoy comprende también al de la "Iglesia Mayor", de entonces, a cargo de Esteban Estrada Varona; el No. 7 era el barrio de "San Francisco", bajo la jefatura del Lcdo. Bernabé Sánchez Castillo, y el No. 8, o "La Caridad" corespondía a Manuel Emiliano Agüero.

Todavía siguiendo con los aportes de Arredondo Miranda, que son muy importantes al estudio del tema, agreguemos que, según él, la delegación, logia o club del barrio de San Francisco, la que tenía como su jefe o presidente al Lcdo. Bernabé Sánchez Castilo, contaba con estos otros miembros: Fernando Agüero Varona, apodado *Napoleón*, como vice; Francisco de Torres, secretario, y los vocales Lcdo. Serapio Recio Agramonte, Lcdo. Gregorio Agüero Zaldívar (quien también aparece como jefe en el bario "La Vigía"), Lcdo. Tomás Arredondo Pichardo (padre de Arredondo Miranda), Lcdo. Vicente Sánchez (médico), José Joaquín Rivera, Esteban Estrada Varona y José Manuel de Velasco Sánchez. Es el propio Arredondo Miranda quien nos dice que su valiosa compilación histórica acerca de la sublevación de Agüero, publicada por *La Discusión*, fué preparada con los datos que le suministraron su propio padre, miembro de la delegación del barrio de San Francisco, y Francisco Agüero Estrada (*El Solitario*) y su hermano Miguel, así como Francisco Agüero Varona, Manuel Emiliano Agüero y Juan de Mata Rivera, hermano del P. Rivera, confesor de Joaquín de Agüero, cuando ya éste estaba en capilla, todos ellos actores o testigos de los sucesos de 1851, en Camagüey, a quienes él agrega como otro de sus informantes aquel laborioso y digno patriota e historiador que fué Francisco Puig de la Puente o *Julio Rosas*.

Se puede colegir, admitiendo lo que dice Arredondo Miranda acerca de la integración de la delegación del barrio de San Francisco, con once funcionarios, que en las otras delegaciones

había una simpatia que era bastante general, por los patriotas; pero no había más en cuanto a la mayoría de la población.

Es evidente que Ana Josefa Agüero de Agüero, prima y esposa del mártir, no se quedó en su hogar de Nuevitas cuando el caudillo del alzamiento se separó de ella, el 30 de abril. O tenían ellos otra casa en Puerto Príncipe, en el barrio de "La Caridad", y en ella se instaló con sus hijos en espera de los acontecimientos, o esa casa era de sus familiares y se había convenido que fuese a vivir con ellos durante la crisis que surgía, pero hay constancia de que el 21 de mayo se había establecido en Puerto Príncipe.

El hecho es que, a partir del 30 de abril, cuando Agüero inicia el recorrido que le llevó hasta Las Tunas y que constituía la separación definitiva de aquel matrimonio ejemplar, ya su esposa se radica en Puerto Príncipe. Sin duda que era mucho el entusiasmo revolucionario de los camagüeyanos en eso momentos. Entre lo que se esperaba de Joaquín de Agüero y su grupo de sublevados, las noticias, bastante exageradas, que circulaban acerca de un próximo alzamiento en Las Villas y de los preparativos hechos en Santiago de Cuba, en Matanzas, en La Habana y en Vuelta Abajo; pero, sobre todo, con la excesiva confianza puesta en la expedición de Narciso López, todo parecía fácil y hacedero, hasta sin grandes sacrificios. La mayoría de aquellos espíritus inquietos no habían imaginado lo que poco después, en medio de sus desdichas y de su angustia, Joaquín de Agüero le diría a Adolfo Pierra sobre que la indepencia de Cuba costaría mucha sangre y que la estrella de Cuba, en la bandera de Narciso López, parecía que flotaba sobre un lago de sangre.

Ana Josefa de Agüero y sus amigos se reunían frecuentamente para cambiar impresiones y noticias, hacer ensayos en cuanto a la preparación de vendajes, bordar gallardetes y pañuelos con alegorías patrióticas... y soñar despiertas con la nueva Cuba, libertada por el esfuerzo de sus hijos. No había mucho más que hacer durante el mes de mayo; pero en junio las cosas cambiaron. Los efectos de la represión española se habían ido disipando y Joaquín de Agüero hacía progresos en su refugio para la organización del grupo que le acompañaría al sublevarse. La misma S. L. de P.P., pasados los instantes de abatimiento porque había fracasado la expedición del *Cleopatra*, con la que se contaba, volvía a poner sus esperanzas en que se produciría la invasión de Cuba desde los Estados Unidos, ora por el propio Narciso López, ya por Betancourt Cisneros, a quien no dejaba de encantarle la idea de volver a Cuba al frente de una expedición militar; pero sin pasar de ese deseo, que había expresado a Waldo Arteaga, cuando éste le visitó en los Estados Unidos.

Por fin la S.L. de P.P. atendió los urgentes requerimentos de Agüero para que se autorizase la sublevación y hay buenas razones para creer que la fecha del 4 de julio de 1851, que fué la escogida, con anterioridad la conocía Betancourt Cisneros, en los Estados Unidos, y la había aprobado ([332]). También la conocía en Puerto Príncipe la esposa de Agüero y antes de que la S.L. de P.P., en su reunión del martes 1ro. de julio, la hubiese fijado así mediante el correspondiente acuerdo y las órdenes dadas para el levantamiento.

La prueba de esta última afirmación la encontramos en la primera de las dos cartas que Agüero recibió de su esposa, fechada a 30 de junio, cuando le dijo:

> ...He convocado á varias señoras para que en cada templo se diga una misa solemne, para rogar allí al Dios de los ejercitos les de la victoria; la mia se dirá el día 4 y detras del marco de alguna imagen estará... (la bandera) ([333])

Esa fecha no había sido escogida caprichosamente, sino de acuerdo con un plan general, ya conocido y para el cual sólo restaba la aprobación formal, que tendría lugar el día 1º de julio. Como señalamos en otra parte de esta obra, el 4 de julio de 1851 se había reunido en Camagüey la Asamblea de delegados de muchas poblaciones cubanas, desde Pinar del Río hasta Oriente, y había acordado la declaración de la iudependencia. Había más de un bandera, por otra parte, porque si bien Ana Josefa de Agüero hablaba el 30 de junio de la bandera que el día 4 de julio estaría detrás del marco de alguna imagen, en su carta del 2 de julio le hablaba de la bandera que le remitía en ese momento con un mensajero y que había confeccionado el día anterior, o sea, que ella se refría a dos. Con toda seguridad que las otras señoras y señoritas camagüeyanas que habían estado reuniéndose con la esposa de Joaquín de Agüero, habían hecho otras banderas las que ellas llevarían, por su cuenta, a otros templos en los que también serían bendecidas al celebrar la misa.

imagen mientras el sacerdote oficiara solemnemente en el altar. Con esa imprudencia estaba autorizando la condena a muerte de su compañero del alma y de los valientes que lo secundaron en el empeño libertador... (336)

Como el lector advertirá, hay ciertas diferencias entre los datos expuestos por Juárez Cano y Ponte Domínguez y el primero de ambos es mucho más concreto en sus amplias afirmaciones, lamentablemente no avaladas por la adecuada referencia a las fuentes empleadas.

En fecha mucho más reciente el historiador camagüeyano Miguel A. Rivas Agüero ha dedicado las pp. 145-160 de su interesante obra *Joaquín de Agüero y sus compañeros,* que tantas veces hemos citado, a refutar la tesis de que la esposa de Joaquín de Agüero revelase a su confesor el secreto de los planes revolucionarios de los camagüeyanos y de que ese confesor delatase al mariscal Lemery lo que acababa de decirle su penitente.

Queda algo por decir en torno a esta controversia que, posiblemente, nunca podrá ser dilucidada del todo sino con una investigación detallada de los documentos históricos cubanos, de carácter político, que se encuentran en los archivos españoles, porque Ana Josefa de Agüero Perdomo sobrevivió a su esposo hasta el 25 de diciembre de 1868, radicada en los Estados Unidos, donde se había refugiado con sus hijos, y también sobrevivieron otros camagüeyanos contemporáneos de aquellos luctuosos sucesos, y desde los primeros momentos había circulado el rumor de la delación por parte de un sacerdote que había violado el secreto de la confesión, y no hay uno solo de ellos que hiciese declaración terminante alguna de que se trataba de una falsedad. Sin embargo, al tanto como estaban de los acontecimientos que tenían lugar en Cuba y entre los emigrados establecidos en los Estados Unidos, sin duda que llegó a su conocimiento el rumor circulante en cuanto a la denuncia de la sublevación de Agüero, atribuída a un sacerdote que había faltado a sus deberes. No obstante, si bien es cierto que ni la viuda de Agüero ni los demás patriotas confirmaron el rumor, también lo es que no lo negaron, como debieron haberlo hecho para que no siguiese circulando.

Pepilla Agüero, a la vez que esposa ejemplar y patriota entusiasta, era mujer piadosa y de profundo sentimiento religioso. El 30 de junio, desde Puerto Príncipe, había escrito a su esposo una carta nobilísima, con el "vos" entonces tan generalizado entre los camagüeyanos, hasta en la mayor intimidad de la familia, y en ella le decía:

Nuestra Casa á 30 de junio de 1851.

Alma mia, todo mi ser:

Hoy hace dos meses que salió Vd. de mi lado contra mi gusto, y esto le valió no estar expatriado; quiera Dios que esta Patria á quien está consagrado y por quien ha sufrido tanto (todo me lo ha contado A. M.) se vea reconquistada al fin por los esfuerzos de todos sus hijos: yo no ceso de pedirle al Todo Poderoso que trasmita al corazon de todo cubano un ardiente deseo de libertar á su patria y que al mismo tiempo les de valor y virtudes para que lo consigan. He convocado á varias señoras para que en cada templo se diga una misa solemne, para rogar allí al Dios de los ejércitos les de la victoria; la mia se dará el día 4 y detras del marca de alguna imagen estará la... ¿bandera? Yo espero que cuando Vd. tenga reunidos los patriotas que van á esponer su vida por darle vida a la patria y para conservar su dignidad de hombres, invocará con ellos (todos de rodillas) al Dios altísimo, al Dios justo que no abandona jamas la senda del honor y del deber ¡oh! esposo mio, quien tuviera la dicha de hallarse allí en ese momento supremo! Con cuanto placer estrecharia entre mis manos la de cada uno de esos caudillos, ¡con cuanto lo estrecharia á Vd. contra mi corazón diciendole: hasta cantar la victoria en la tierra ó hasta gozar de la gloria en el cielo! ¡pero ya que mis dos hijos me impiden hallarme allí, reciban Vd. y todos ellos los votos de mi corazon!

Mi esposo idolatrado, el verdadero valor siempre es prudente; no se ofenda porque le ruegue que en todas ocasiones (como siempre se lo he visto egecutar) consulte la prudencia.

Nuestros hijos estan buenos y le piden á Dios por su adorado papá y por todos los cubanos.

Adios mi bien, mi ventura, mi solo y unico amor. J... a. (337)

En esta carta la esposa habla del proyecto de hacer bendecir una bandera, la de ella, sin que eso significase que en las misas que las otras señoras ofrecerían en diversos templos, no hubiese otras banderas que también fuesen bendecidas en la fecha del 4 de julio, que ya ella sabía que sería la del alzamiento. Si la bandera de Ana Josefa de Agüero iba a estar detrás de una imagen, el 4 de julio, no podía ser enviada a Joaquín de Agüero Agüero por medio de su homónimo, dos días antes, o sea, que si estaba detrás de una imagen en la iglesia de Puerto Príncipe, no podía estar al mismo tiempo en San Francisco de Jucaral, a un centenar de kilómetros de distancia, independientemente de que Joaquín Agüero Sánchez fuese o no interceptado en Guanamaquilla.

la delación de un sacerdote, que es versión repetida a lo largo de los años, desde 1851 hasta nuestros días, no hay una prueba concluyente de que tal cosa haya ocurrido, sino una especie de tradición o de rumor que pudo haber sido disipado por la correspondiente aclaración de quienes sabían si eso era cierto o no; pero que nunca lo hicieron, lo cual no deja de ser significativo, por otra parte.

Acordada la sublevación por la S.L. de P.P. en la fecha que ya Agüero y su esposa conocían con anterioridad, o sea, el 4 de julio, en los días precedentes se preparó un correo, a cargo de Joaquín Agüero Sánchez, joven principeño, quien salió con doce reclutas que iban también a incorporarse al grupo reunido por Joaquín de Agüero y Agüero, en "San Francisco del Jucaral". Son varios los autores que coinciden en que, estando Salvador Cisneros Betancourt, el marqués de Santa Lucía, en su residencia, que era asimismo la de su suegro, el coronel de milicias Gaspar Betancourt y Betancourt, vino a ver a este último el comandante de milicias Antonio Lara, y le trajo la noticia de que estaba al comenzar la sublevación y de que las autoridades españolas estaban enteradas del viaje de Joaquín Agüero Sánchez y estaban preparadas para cortarle el paso y detenerlo. Cisneros Betancourt pudo escuchar lo que decía Lara y en seguida fué a visitar a Melchor Batista Caballero, jefe de la logia de la que formaba parte y quien, a su vez, se entrevistó con Joaquín Agüero Sánchez y le comunicó lo que había oído "el marquesito", haciéndole al propio tiempo juiciosas observaciones para que cambiase la hora de su salida y la ruta que había pensado seguir, porque si no sería interceptado en el camino. Este Joaquín Agüero Sánchez no parece haber sido favorecido con la más elemental prudencia, ya que se negó en redondo a seguir la advertencia y el consejo que se le daban y contestó: "He ofrecido salir a las tres, a las tres saldré, resulte lo que resulte. Tengo la bragueta bien puesta". ([338]) En efecto, a las tres de la tarde salió con sus doce acompañantes por el camino real, como si se tratase de un paseo de gente pacífica y que nada tenía que la comprometiese, y ya con las sombras de la noche llegaron a Guanamaquilla, a poco más de ocho kilómetros de Puerto Príncipe y cayeron en una emboscada que les había sido tendida por un pelotón de jinetes del Regimiento de Caballería de la Reina. Los compañeros de Agüero Sánchez se dispersaron en todas direcciones sin que los españoles se mostrasen muy

dispuestos a perseguirles: era Joaquín Agüero Sánchez quien les interesaba por lo que ya sabían que llevaba.

Llegado el momento de que aquel imprudente y temerario correo diese la demostración de su indomable valentía, no ocurrió nada de lo que había derecho a esperar si nos atenemos a sus alardes, y Joaquín Agüero Sánchez fué capturado con todo lo que llevaba, trasladado a Puerto Príncipe, procesado, juzgado y sentenciado a muerte, pena que le fué conmutada por la diez años de presidio en Ceuta, sin que nada más vuelva a saberse de la suerte que corrió el infortunado joven.

La mochila de Agüero Sánchez contenía la bandera que había cosido y bordado Ana Josefa de Agüero para su esposo, el día 1ro. de julio y que según ella era la ofrenda que más grata y más querida podía serle a Joaquín Agüero y Agüero. Según una versión, esa bandera el mariscal Lemery la envió al Capitán General Concha y éste, después envuelto en España en conspiraciones y cuartelazos contra Isabel II, se la remitió a esta última y debe haberse perdido, al cabo de tantos años. Las cartas de Ana Josefa Agüero para su esposo también cayeron en manos de los españoles y éstos actuaron en consecuencia, ya que el mismo día 4 de julio el fiscal militar capitán Juan Larrúa ofició al vicario eclesiástico de Puerto Príncipe, P. Antonio M. Lladó, para indicarle que se hicieran los correspondientes registros detrás de las imágenes, en las iglesias de la ciudad, y que le comunicase si se encontraban objetos ajenos al culto, o sea, las banderas que Ana Josefa de Agüero y las señoras habían convenido en llevar a los templos para que fuesen bendecidas, como anunciaba ella en su carta de 30 de junio. El P. Lladó contestó el propio día 4 de julio con la promesa de que se harían los registros pedidos y que se daría cuenta con el resultado de los mismos; pero como que pasaban los días y no se recibía dicho informe, el 15 de julio el capitán Larrúa reitiró su petición y esta vez el P. Lladó ya le informó de que no se había encontrado objeto alguno, ajeno al culto, detrás de las imágenes de los templos.

No obstante esto, dos días después se produjo la novedad de que el fiscal militar citó formalmente al P. Francisco Norniella y al P. Manuel Borrero, párrocos, respectivamente, de la iglesia de La Caridad y de la de La Candelaria, para que prestasen declaración ante él. Los dos sacerdotes concurrieron a esa diligencia judicial, aunque bajo protesta del vicario eclesiástico

por el error con que se habían atacado los tres grupos que habían penetrado en la población, agregó que Agüero le había dicho que

> ...de no haber sucedido esto, pensaban haberse hecho independientes, enarbolando el pabellon republicano, donde hubieran llamado las personas que hubieran querido acogerse a el... (339)

Como se ve, el propósito anexionista no aparecía por parte alguna y, en cambio, sí estaba el anuncio de que los sublevados buscaban la independencia y de que su bandera era republicana y buscaba atraerse a todas las personas que hubiesen simpatizado con esa causa. Aunque Agüero así lo hubiese dicho, era un militar español, o sea, un enemigo interesado en desacreditar las aspiraciones de los cubanos, quien repetía que la sublevación de los camagüeyanos era por la independencia y que su bandera era republicana.

La primera declaración prestada por Agüero ante el teniente coronel Aguilar se caracterizó por la cuidadosa selección de las frases empleadas, hasta el punto de que hay gran vaguedad en las respuestas dadas al interrogatorio del fiscal y no se compromete a una sola persona que ya no hubiese sido sentenciada por la Comisión Militar, o que no estuviese muerta o que no hubiese sido detenida junto con él, o sea, que el derrotado caudillo se preocupaba por la seguridad de aquéllos que habían logrado substraerse a la persecución de las autoridades coloniales y trataba de aminorar las responsabildiades de los que estaban presos. Sin desplantes innecesarios, con gran serenidad, presentaba su propio caso como el de un hombre a quien las circunstancias habían colocado en el puesto de jefe de un movimento revolucionario aunque no había buscado esa jefatura ni se creía merecedor de ella. Agüero había estudiado leyes y sabía perfectamente cuál era el terreno que pisaba, después de lo ocurrido, ante la implacable Comisión Militar Ejecutiva y Permanente con otros detenidos. En esa primera declaración está la que pudiéramos llamar la exposición definitiva del plan para apoderarse de Las Tunas, que fracasó, y como ya hemos expuesto en otro lugar de la obra, Joaquín de Agüero y tres hombres más de su confianza, se proponían sorprender al teniente gobernador Morales, capturarle y obligarle a que ordenase la rendición de la guarnición sin necesidad de gran lucha o derramamiento de sangre. Es de justicia señalar que Agüero, al hacer esta primera deposición ante el fiscal, trató de pasar

sin mucho detalle por sobre las realidades de la conspiración y del alzamiento contra el régimen colonial, como si hubiese una remota posibilidad de aminorar sus responsabilidades en cuanto a la sublevación; pero sin culpar a nadie.

El joven Castellanos, de dieciséis años, declaró sin reparos que lo habían engañado y coaccionado para sublevarse, y esa excusa pudo parecer lógica ante sus jueces, ante su corta edad; pero Adolfo Pierra, poco mayor que él, hizo constar que se había sublevado por su propia voluntad. En cuanto a los otros detenidos, precisamente los que fueron a la muerte al lado de Agüero, en aquellos primeros momentos del proceso todavía no habían visto con toda claridad cuál era el único camino que se abría ante ellos y que era el de mantenerse firmes en el papel de patriotas que habían sido derrotados y para quienes no había esperanza posible de sublevación. Así fué que Benavides declaró que había sido inducido a sublevarse, aunque sin acusar a nadie, en particular, por ello; Betancourt quiso librarse de responsabilidad por lo ocurrido, y Zayas, además de tratar de excusarse, en cierto modo pretendió señalar a Joaquín de Agüero como el responsable de las actividades revolucionarias de aquellos críticos meses.

Los antecedentes de Agüero, con la fundación de una escuela pública en Guáimaro, la libertad dada a sus esclavos, sus empeños para fomentar la colonización blanca, los viajes que había dado al extranjero, a veces sin el permiso del gobierno español, su interés en la construcción de ferrocarriles y sus relaciones con Gaspar Betancourt Cisneros, lo destacaban aun sin los sucesós de 1851, como la figura principal del movimiento revolucionario de Camagüey. Sobre él, pues, se concentró la presión del fiscal y una vez que advirtió claramente cuál era el curso del proceso, Agüero dejó a un lado la cautela inicial de su primera declaración y en la prueba de confesión dijo, con aplomo y sinceridad:

> ...Que se ratifica en su espresada declaración en todas sus partes escepto solo en el fin que se proponia en el pueblo de las Tunas después de presos su Gobernador y oficial y tropa que la guarnecia, pues segun aparece al reverso del folio cuarenta y dos, dijo que su intento era convocar al pueblo para que espontaneamente se estendiese segun el voto de dicho pueblo, una esposición al gobierno de S.M. la Reyna pidiendole ciertas reformas que dijo reclamaban á su ver las circunstancias. No era este, en efecto, el fin que le movia y le es harto doloroso no haber espresado al tomarle la instructiva cual fue el verdadero

guerra ya celebrados, los encarcelamientos y las deportaciones y la dispersión de los patriotas. Los presos, veían así aumentarse su angustia, su desencanto y su indignación. Se había derrumbado el edificio laboriosamente preparado y construído, que iba a ser la independencia de Cuba y ellos quedaban como los mayores responsables de todo y expuestos a los peores escarmientos que España pudiera hacer en los cubanos que no sólo se habían sublevado con bandera propia y declaración de la independencia, sino que habían luchado contra las tropas coloniales. Un día, abrumado Agüero con los relatos y las noticias que le traían y con los comentarios que escuchaba, interrumpió a los amigos que estaban del otro lado de la reja y como si volviese en sí, después de una meditación sin respuesta, les preguntó, simplemente:

Y ese pueblo, ¿qué hace? (841)

Nadie pudo contestarle; pero la interrogación quedaba planteada, en aquel caso y en otros más, de la historia de Cuba, hasta nuestros días. ¿Qué hace el pueblo? ¿Qué hacemos todos, como ciudadanos, cuando los que todo lo dan, hasta la vida, por el bien público, fracasan en su empeño?

Quizás si como consecuencia de esa pregunta fué que comenzaron a urdirse en la antigua Puerto Príncipe los planes, unos razonables; pero los más, descabellados, con los que aquéllos que se retraían ante los sacrificios decisivos, trataban de cohonestar sus deberes como cubanos y como parientes y amigos, con su indecisión y su impotencia. Estos planes, todos ellos inspirados en el noble deseo de salvar a los presos, estaban destinados al fracaso y nunca se ensayó el de la sublevación general en una ciudad de veinte y cinco mil habitantes, que dos siglos atrás había luchado con desesperación y con heroísmo contra los piratas de Henry Morgan.

El primero de esos planes, en orden cronológico, fué adoptado cuando todavía no se había pronunciado la sentencia de muerte; pero ya había el temor de que tal sería el desenlace. Varios son los autores que se refieren a esa tentativa de liberación; pero la versión de Arredondo Miranda es probablemente la más completa. Según esa versión, Manuel Ramón Silva Barbieri, Carlos Vasseur Agüero y Francisco Molina Villavicencio iniciaron una recolecta entre los camagüeyanos pudientes para reunir veinte y cinco mil pesos en onzas de oro con destino al soborno de ciertos custodios y al empleo de los más rápidos equipos para la huída en dirección a la Costa Norte, donde estaría un barco que llevaría a los fugitivos al extranjero. Una dama principal aportó ella sola dos mil quinientos pesos y otro tanto Francisco Estrada Varona, a quien se nombró depositario de los fondos acopiados, mientras que el Lcdo. Bernabé Sánchez dirigía la ejecución del plan. Eje de la trama era el teniente Martín Masipe o Macipe, quien se hacía pasar por amigo de los cubanos y era bien recibido en muchos hogares. A él le correspondería estar de guardia en el Cuartel de Caballería el jueves 31 de julio y ya se habrían hecho llegar a manos de los patriotas detenidos, seis puñales y cuerdas, que emplearían con sus centinelas para poder escapar mientras el teniente Masipe o Macipe se dejaba sorprender y facilitaba la fuga. Silva Barbieri les esperaría con buenos caballos y por "El Hatico" y "Cafetal de Bernal", con grandes precauciones, les llevarían por ruta poco frecuentada, mientras que a los perseguidores se les inducía a seguir por Matanzas y Cubitas hacia la costa.

El 31 de julio, sin embargo, con todo dispuesto para la fuga, se cambió la guarnición del Cuartel de Caballería, entre las ocho y las nueve de la noche, y cien soldados del Regimiento de Infantería de Cantabria y otros cien del Regimiento de Infantería de La Habana, se hicieron cargo de la custodia de los presos y de la defensa de la fortaleza. A última hora se decidió no llevar adelante los preparativos de la fuga, porque era evidente que las autoridades españolas habían sido avisadas de lo que se tramaba y hasta el teniente Masipe o Macipe no estaba al mando de la guardia. Según el propio Arredondo Miranda, se dijo entonces que una joven principeña cuyo novio era el capitán Eladio de la Torre, ayudante del Regimiento de Caballería del Rey, había puesto tanto empeño en prevenir a dicho militar que no fuese esa noche al Cuartel de Caballería, que con ello había hecho surgir la sospecha de que se intentaba propiciar la fuga de los prisioneros; pero otros sospecharon del teniente Masipe o Macipe y lo consideraron el traidor que les había delatado, después de engañarles, ya que siguió en su papel de defensor de Betancourt.

El consejo de guerra encargado de pronunciar sentencia quedó integrado por el teniente coronel José Villacampos, el comandante Antonio González, el comandante Nicolás Otero, el comandadante Fermín Pujol, el comandante Erasmo Orlembuck y el

tina Pierra de Póo, autora entre otras muchas composiciones de una oda elegíaca a la muerte de Joaquín Agüero.

En cuanto a Adolfo Pierra, las circunstancias eran distintas y no había escapatoria posible con sus terminantes declaraciones sobre sus convicciones patrióticas y sobre lo que había hecho. Su defensor, el teniente de las Heras, era amigo de la familia y le simpatizaba aquel joven sincero e idealista. En la primera entrevista le indicó que el plan para su defensa consistía en hacerlo pasar por loco, al alegar que Pierra padecía de accesos de locura y que en uno de ellos se había incorporado a Joaquín de Agüero. El joven patriota rechazó la proposición y comentó el asunto con sus compañeros de celda, sin aceptar el razonamiento que le hacía Agüero, conmovido ante su juventud y su lealtad, para que siguiese el consejo del teniente de las Heras. "A mí",— añadió el caudillo con sombrío buen humor,— "también me llaman loco; esa locura es una locura sublime". En una segunda entrevista el defensor de Pierra, preocupado con su suerte, le dijo que había estado consultando la legislación española en busca de atenuantes y eximentes y que había hallado una circunstancia que le favorecía porque cuando un menor, como en el caso de Pierra, cometía un delito en compañía de un pariente que era mayor que el primero, se entendía que lo había hecho así influído por el de más edad. La sugerencia equivalía a acusar a Joaquín de Agüero como el responsable de que Pierra se hubiese sumado a la sublevación, y el joven patriota se negó en redondo a utilizar aquel recurso. El fiscal Aguilar trató de salvarle por ahí y repetidas veces le dió una oportunidad para que declarase que había sido seducido por la propaganda o la influencia de otras personas; pero Pierra se mantuvo firme para decir que había oído decir que había grupos que se sublevaban para proclamar la libertad y la independencia de Cuba y que '...creyendo que el deber de todo cubano era tomar parte en esa empresa, decidí unirme á esas partidas, y qué ignorándolo mi familia, salí al campo". Todavía quiso tomar pie en esa declaración, para salvarle, el defensor de Pierra, y se le preguntó que a quién había oído decir lo que le indujo a sublevarse, y contestó que no lo recordaba.

En la madrugada del día en que comenzaba la vista de la causa ante el consejo de guerra, la mamá de Pierra llegó a verle a su celda. Lloraba acongojada y le entregó una carta de su hermana, Martina, confinada en su casa por orden de las autoridades

españolas, en la que le hacía una súplica desgarradora para que, por amor a su madre, a su padre, postrado en cama, y a sus hermanos, entregase al tribunal el memorial que le acompañaba y que tenía la firma de su padre. En ese documento se decía que Adolfo Pierra había sufrido accesos de locura y hasta había dos certificados médicos que así lo decían, y se invocaban los servicios que el padre de Adolfo Pierra había prestado al gobierno español para que hubiese alguna clemencia con el preso.

Era tan angustiosa la carta de Martina Pierra y tan triste la situación de aquella familia, que el propio Joaquín de Agüero, conmovido, unió sus ruegos a los de ellos para que el joven patriota hiciera lo que se le pedía. En efecto, pocas horas después, cuando el presidente del consejo de guerra le preguntó a Pierra si tenía algo que agregar antes de que se pronunciase sentencia, le contestó el reo que solamente quería entregar un memorial al consejo, y lo dejó sobre la mesa.

El consejo de guerra se reunió el sábado 9 de agosto; pero ya los camagüeyanos sabían, desde el día anterior, que se iba a decidir su suerte y que tanto el mariscal Lemery como el auditor del Busto, eran partidiarios de que se impusiese a los presos la última pena. Los seis jueces y el presidente nato del Tribunal, coronel Conti, con el fiscal y otros funcionarios, fueron a oir misa de seis y media de la mañana a la Iglesia de San José; pero se trataba de uno de eso actos de piedad rutinaria tan corrientes en los hombres dominados por el fanatismo y los prejuicios y que creen que así se excusan con la Misericordia Divina por la crueldad anticristiana con que después van a manifestarse. Los coroneles Conti y Villacampos, con los comandantes González, Otero, Pujol, Orlembuck y de la Gándara, escucharon primeramente la lectura del sumario, que duró tres horas, y luego se procedió a las preguntas de rigor, a los acusados, por si tenían algo que decir. El primer interrogado, naturalmente, fué el propio Joaquín de Agüero quien, decidido a dar un ejemplo y sabedor de lo que le esperaba, contestó con la afirmación de que no reconocía al tribunal derecho alguno para juzgarlos, a él, y a su compañeros. El silencio que se produjo con aquella audaz declaración fué roto por el comandante de Gándara, liberal "a la española", de aquella época, para decirle a Agüero: "Tu lo quisiste, Fraile Mostén; tu lo quisiste, tu te lo ten". La entereza y el buen humor de

condenar y condena por unanimidad á que sufran la pena de muerte en garrote vil, á Don Joaquin de Agüero y Agüero, Don Jose Tomas de Betancourt, Don Fernando de Zayas y Don Miguel Benavides; imponiendo la inmediata de diez años de presidio á Don Miguel Castellanos y á Don Adolfo Pierra y Agüero. al primero por no tener la edad de la ley, y al segundo por las circunstancias atenuantes que concuren respecto a el, condenandolos asimismo mancomunadamente en el pago de las costas causadas. Puerto Principe, á nueve de agosto de 1851. (ff.) Ramon Conti. Jose de la Gandara, José Villacampa. Antonio Gonzalez. Nicolas Otero. Fermin Pujol. Erasmo Oriembach. (342)

Cuenta Adolfo Pierra, único sobrevivente de aquéllos sucesos que hubo de relatarlos, que se sintió de tal modo sobrecogido con la lectura de la sentencia, que confirmaba la presunción que se había hecho Joaquín de Agüero, que por un momento no supo lo que pasaba por él y que un militar lo llevó al cuarto de banderas, para que se repusiese y allí al poco rato se le reunió Miguel Castellanos y los dos fueron ya separados de los condenados a muerte, que entraban en capilla. Su celda quedó al lado de la que servía de capilla a Betancourt y a Zayas, este último tío carnal de Castellanos.

Los preparativos para la ejecución comenzaron en seguida mientras la terrible noticia corría por la ciudad. A gestiones de última hora para obtener el indulto, contestó Agüero, simplemente: "Al hierro sólo se le rompe con el hierro".

Francisco Agüero Estrada (*El Solitario*), conspirador y sublevado de 1851, quien sobrevivió y dió a la estampa una biografía de Joaquín de Agüero, es quien proporciona ciertos datos acerca de los últimos documentos escritos por aquel valiente caudillo de la Revolución Cubana en Camagüey, aunque sin decir de dónde los tomó, aunque nadie como él pudo recogerlos, de la viuda de Agüero o de otros parientes y contemporáneos suyos. En un fragmento de cierta carta enviada a Ana Josefa de Agüero, el derrotado adalid le ratificaba que sostendría su convicción política sobre la independencia de Cuba, aunque le costase la vida y sin contradecirse, como así lo hizo; pero en otra carta sin dirección, que posiblemente fué dirigida a sus compatriotas, les pedía que honrasen su memoria con la unión de todos los cubanos para poder ser libres y después, hablando de sí mismo, se quejaba del fracaso de "este pobre hombre que tuvo la desgracia de no llevar á cabo su pensamiento, quizás porque no era tiempo aun, ó lo que creo mas bien, porque le faltaron los medios", razonamiento que

coronaba con una aguda y vibrante exclamación, que tendría vigencia entonces y más tarde, hasta nuestros días, cuando decía: ¡Ilustraos, hermanos! ¡Reformad vuestras costumbres, si quereis ser libres!" (343)

El historiador se abisma hoy en día en reflexiones acerca de ese mensaje final de Joaquín de Agüero, en vísperas de su ejecución y cuando pasaba revista a las causas de su fracaso y señalaba dos de los problemas fundamentales del pueblo cubano frente a los gobiernos de fuerza, los de la era colonial y los de la época republicana: la ilustración y la reforma de las costumbres, es decir, el redimirnos de la ignorancia y el librarnos de la frivolidad, la envidia y la indiferencia. Joaquín de Agüero penetró profundamente, como pensador, como estadista y como revolucionario, las realidades del país por el cual sacrificaba su bienestar y su vida, con las de su esposa y sus hijos, que no le sobrevivirían mucho tiempo.

Al ser puestos en capilla los cuatro patriotas, a las seis de la mañana del lunes once de agosto, ya les fueron designados los sacerdotes que les ayudarían a bien morir y que estarían con ellos hasta el último momento. Joaquín de Agüero fué acompañado por el P. José Manuel Rivera, cura párroco de la Iglesia de La Soledad, cuyo hermano era miembro de la S.L. de P.P.; el P. Fray Felipe de la Cerda y Varona, mercedario, atendió a Miguel Benavides, y los P.P. Joaquín de Cisneros Betancourt y Luis de Quesada Castillo, ambos de la Iglesia Mayor, asistieron a Fernando de Zayas y a José Tomás Betancourt, respectivamente. Los cuatro sacerdotes eran camagüeyanos; pero, con toda seguridad y junto con su ministerio de paz y de amor, llevaban la consigna política del coloniaje, que siempre trató en Cuba de convertir a la Iglesia Católica en un instrumento del gobierno español. No era concebible que un sacerdote considerado desafecto o que simpatizase con los cubanos, tuviese la oportunidad de ser el depositario de mensajes políticos por parte de aquellos hombres que eran los primeros que habían combatido contra las tropas peninsulares, especialmente cuando en el caso del P. Fajardo, de Las Tunas, había el caso concreto de un sacerdote que había hecho causa común con los patriotas y que no era el único, porque en los Estados Unidos se encontraba el P. Domingo Valdés, párroco de Sabanilla, fugitivo de la persecución del coloniaje.

sus compañeros, Juárez Cano rodea esa fábula de un número de siniestros detalles para asegurar que Callejas, en efecto, había sido envenenado y lo merecía; pero Rivas Agüero destruye de una vez y para siempre esa falsa versión, que no honraba a los camagüeyanos de 1851, ni mucho menos, y demuestra sin dejar lugar a dudas que el verdugo Callejas había fallecido más de un mes antes de que se celebrase el consejo de guerra contra Agüero y sin que nadie hubiese caído en la aberración de envenenarle para que no fuese el ejecutor de unos patriotas quienes el mismo día en que él murió, el 4 de julio, era que iniciaban en San Francisco de Jucaral su noble y heroica empresa libertadora. (344)

El 12 de agosto de 1851, a hora bien temprana, los reos oyeron misa con los P.P. Rivera y Quesada revestidos con atributos de color negro. Las tropas habían sido movilizadas con el alba para que fuesen a ocupar las posiciones que les habían sido designadas. En la Sabana de Arroyo Méndez, en las afueras de la ciudad, se había formado un cuadro con el Regimiento de Cantabria y el de Infantería de La Habana, con sus bandas de música, un pelotón de artillería y escuadrones del Regimiento de Lanceros y el de Caballería de La Habana, además de milicianos y policías. En lugares estratégicos de la ciudad, a lo largo de la ruta que seguirían los reos, se habían apostado soldados bien armados.

Durante la madrugada, según se supo después, Ana Josefa de Agüero había huído de la finca en la que estaba oculta, para ir a Puerto Príncipe, y había caminado por los campos, insensible a los obstáculos y sin reparar en la obscuridad, hasta caer, extenuada y sin conocimiento. Allí la encontraron y la recogieron sus parientes y amigos para devolverla al refugio en el cual había podido escapar de los furores de la reación española. ¿Dónde iba la infeliz mujer? ¿Cuál era esa última cita con su esposo, a la que quería asistir de todas maneras? Sólo caben conjeturas en cuanto a las respuestas de estas preguntas y una de ellas es la de que Ana Josefa de Agüero, enloquecida por su dolor, en aquella última carta que Joaquín de Agüero había recibido horas antes y que había quemado, le indicaba dónde iba a estar, corriendo todos los riesgos, a lo largo del "viacrucis" que recorrerían los patriotas para llegar al lugar de la ejecución, en la Sabana de Arroyo Méndez, y que ese paraje tenía que ser una residencia conocida de ambos y en la que a ella le permitiesen estar, con todas las precauciones del caso.

Ahora bien, al partir el cortejo del Cuartel de Infantería, a las seis de la mañana, hacia la Sabana de Arroyo Méndez, desfilaba por la que hoy se llama Avenida de los Mártires, entonces flanqueada por quintas o residencias semi-campestres, que por entonces llegaron a ser las favoritas de las familias cubanas pudientes. Entre esas quintas estaba la de don Juan de la Cruz Agramonte y Arteaga. Los presos, rodeados de sus defensores militares y de sacerdotes que les habían estado preparando para bien morir, llevaban una escolta de cincuenta lanceros y dos compañías de infantería. Precedíanles los cornetas y a retaguardia iban los dieciséis soldados de infantería, con un teniente, un sargento y un cabo, encargados de la ejecución, el fiscal militar, el escribano de guerra, el comandante de armas de la plaza y el Dr. Justo Fernández, médico militar.

La marcha se hacía lentamente; pero sin paradas, y al llegar a la quinta de don Juan de la Cruz Agramonte Arteaga, de repente se detuvo Agüero para mirar ansiosamente la fachada del edificio, fijando la vista en las ventanas cuyas persianas permanecían cerradas. El cortejo tuvo que detenerse en medio de la inquietud general y para muchos era obvio que Agüero buscaba a alquien o a algo, que creía que estaría allí. El P. Rivera, alarmado, se dirigió a su penitente y le exhortó a que se despreocupase de las cosas de este mundo y pensase solamente en la gloria eterna. Agüero, finalmente, sin haber podido ver lo que quería, reanudó la caminata y siguió el cortejo hacia la Sabana de Arroyo Méndez, para la ejecución. El historiador deja volar la imaginación para pensar que Ana Josefa de Agüero, en aquella última carta, le había prometido a su esposo que le vería desde la quinta de los Agramonte Arteaga, a la que habría llegado después de escaparse de la finca en que estaba oculta, y que así le despediría; pero al no poder llegar a la cita, como ya hemos relatado, Joaquín de Agüero la buscó en vano y así fué al encuentro de la muerte con una ilusión menos, que acababa de ver frustrada.

Hasta llegar al lugar de la ejecución todas las etapas del proceso y del cumplimiento de la sentencia se habían desenvuelto sin incidentes. En la última fase las exhortaciones de los sacerdotes habían sido muy efectivas para evitar que los reos hubiesen intentado medidas desesperadas para provocar un motín. Joaquín de Agüero, el más caracterizado de los cuatro, por temperamento filosófico y por las amarguras de las últimas horas, era el más re-

creer que los españoles pudieron ejecutar su terrible venganza porque imperase la cobardía en Puerto Príncipe. ¡Nada de eso! Fué un caso de irresolución muy lamentable y para sacudir a la cual faltaba una actitud nacional de protesta y de acción, bajo una jefatura agresiva y experimentada, que no había en Cuba, en aquellos momentos y que irían surgiendo y se desarrollarían, la actitud y la dirigencia adecuadas, en los años subsiguientes.

La reacción de los camagüeyanos fué de admiración, de simpatía y de sincera identificación con sus mártires y esa reacción se evidenció de mil maneras, la primera de ellas la que hizo de Puerto Príncipe un centro permanente activo de oposición al coloniaje, en el que los cubanos estrechaban filas de una manera continuada. Pero hubo también manifestaciones bien ostensibles del dolor de los camagüeyanos ante aquella bárbara represión, con las consignas de cortarse el pelo las mujeres, de llevar luto ellas y los hombres, de dedicar versos en homenaje a la memoria de los mártires y de ayudar a los sobrevivientes de la lucha, unos en presidio y otros en el extranjero y en cuyos bienes como en los de los fusilados, se habían cebado los golillas y covachuelistas del sistema jurídico-militar español, con las confiscaciones y la imposición del pago de las costas. Ana Josefa de Agüero y sus dos hijos no sólo perdieron al jefe de la familia, sino todo su patrimonio; pero no les faltó para ir a vivir con decoro en el destierro, y así ocurrió con otras muchas víctimas de la venganza puesta en práctica por las autoridades españolas.

No faltaron tumbas que acogiesen los restos de los cuatro mártires en el Cementerio General de Puerto Príncipe. Fernando de Zayas y José Tomás Betancourt, emparentados en vida y unidos en capilla, fueron enterrados en la bóveda de la familia Zayas, y Joaquín de Agüero y Miguel Benavides, quienes habían pasado juntos sus últimas horas, siguieron reunidos en la bóveda que para ellos abrió José Antonio de Miranda y Boza, amigo de la familia Agüero. Es fama que, luego de sepultados los cadáveres y por muchos años después, al cumplirse el aniversario de los fusilamientos, o en el Día de los Difuntos, siempre se colocó sobre la tumba de Joaquín de Agüero una tarjeta con los versos que memorizaron los camagüeyanos y los patriotas de las otras provincias y que decían:

Víctima infausta de un amor sincero,
Sentido por el hombre y por la gloria,
Yace aquí el adalid Joaquín de Agüero:
Su vida guarda la cubana historia;
Su muerte llora el Camagüey entero.

Pasaron unos pocos años y el recuerdo de los cuatro mártires, en plena dominación española y sin despertar los recelos de las autoridades coloniales, fué identificado con cuatro gigantescas palmas reales, sembradas al efecto en la Plaza de Armas, y ese culto patriótico se extendió a muchas otras poblaciones cubanas hasta el punto de que, al inicio de la era republican, apenas si había una ciudad de Cuba que no tuviese en su plaza o parque, las cuatro palmas reales en memoria de Agüero, Benavides, Betancourt y Zayas.

Debemos agregar alguna información, ya al terminarse este capítulo sobre la sublevación del Camagüey, en 1851, sobre que hubo más procesos por entonces, en Puerto Príncipe, para castigar a otros conspiradores contra la dominación española. Desde el día 15 de julio, según Vidal Morales ([348]), la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente había estado actuando contra las personas que se habían sublevado o cuya complicidad con el movimiento revolucionario había sido comprobada. Los primeros enjuiciados fueron los que, de resultas del fracasado ataque a Las Tunas, heridos o no, habían caído prisioneros o se les había identificado como combatientes. José Mateo Ponte, capturado en las cercanías de Las Tunas, herido, fué condenado a muerte y la sentencia le fué conmutada por la pena inmediatamente inferior de diez años de presidio en Ceuta. César Zequeira, herido por los milicianos del capitán Salgado, después del ataque a Las Tunas, y hecho prisionero, también fué condenado a muerte y luego se le perdonó la vida; pero para que fuese a cumplir diez años de presidio en Ceuta. La misma pena capital, luego conmutada por la década terrible en el presidio africano, fué fulminada contra el soldado Juan Herrera Misa, quien simpatizó con los patriotas, y contra Francisco Agüero Arteaga, José Agustín Agüero Artega, José Agustín Agüero Sánchez, Miguel Agüero Agüero, Francisco Hernández Perdomo y Joaquín Agüero Sánchez. Rivas Agüero presenta la más completa tabulación de la represión española de Puerto Príncipe, en 1851 y él es quien nos dice que fueron condenados a muerte, en rebeldía, Francisco José Agüero Estrada (*El Soli-*

tario), Carlos Duque de Estrada Varona, Pablo Antonio Golibart, Rafael Panaque, Rafael Castellanos Arteaga, Domingo Barreto, Pedro Porro, José Agustín Brocelta, Pedro Labrada, Juan Francisco Valdés, Agustín y Augusto Arango Agüero, y José María y Ciriaco Castillo, estos dos últimos de color. Todos estos patriotas pudieron escapar de los furores de la Comisión Militar al refugiarse en países extranjeros o al ocultarse en las serranías hasta que, pasados dos años, hubo indultos y amnistías.

Fueron directamente condenados a diez años de presidio, en Ceuta, Juan Eugenio Machado, Manuel Tamayo (de color), Manuel Facundo Agüero Arteaga, Angel Montes de Oca, Francisco Cordoví, Juan de Arteaga, Waldo Arteaga Piña, Manuel José Agüero Agüero, Manuel Agustín Agüero, José Gabriel Placeres, Adolfo Pierra Agüero y Miguel Castellanos Zayas.

Ocho años de presidio fué la condena contra Jesús González, Diego y Pedro Rull (de color), Manuel de Zayas, José Antonio Cossío Recio, Miguel Angel Cossío y Mariano, Francisco y Esteban Estrada y Varona.

La sentencia de seis años de presidio recayó sobre Melchor Ma. Agüero y Castillo, hijo de José Agustín Agüero de la Torre y a quien los historiadores camagüeyanos aluden como el hijo del vicario de Nuevitas, lo que parece dar a entender que su padre había abrazado el estado eclesiástico después de tener familia. Melchor Ma. Agüero y Castillo figura en la nómina de los sublevados de San Francisco de Jucaral, preparada por Arredondo Miranda (V. *La Discusión*, agosto 24, 1915, p. 5) y que es la más completa que conocemos, aunque todavía tiene puntos obscuros.

El P. José Rafael Fajardo, párroco de Las Tunas, complicado en el movimiento revolucionario de 1851, fué sentenciado a ocho años de reclusión en un seminario de España.

De propósito he hecho notar que hubo cierto número de hombres de color, alrededor de un diez por ciento, entre los sublevados de Camagüey, lo que da un contenido de tentativa de un movimiento nacional por la libertad y la independencia de Cuba, al intentado por Agüero, ya que a tono con el "Manifiesto" de la S.L. de P.P. se le habían sumado y habían sido aceptados, los cubanos de color. No obstante eso, hay que hacer notar que Gregorio Agüero, el antiguo esclavo de Joaquín de Agüero, libertado por éste y que le había acompañado cuando se enfrentó con el despotismo colonial, desaparece a partir del pronunciamiento de San Francisco de Jucaral. Asimismo produce extrañeza el hecho de que Esteban Aguirre, el representante de la S. L. de P.P. en Las Tunas, conocido como conspirador por las autoridades españolas, y fugitivo, tampoco fué encausado por la Comisión Militar.

A todas esas penas aflictivas impuestas por los consejos de guerra, hay que agregar, en cada caso, las pecuniarias, consistentes en la confiscación de bienes para el pago de multas, indemnizaciones y costas de los procesos, y con las cuales se cometían enormes injusticias.

Las represalias del coloniaje, pues, fueron terribles en el caso de los camagüeyanos que se habían sublevado el 4 de julio de 1851, Había el propósito de llevar a cabo una verdadera venganza oficial, disfrazada de escarmiento, y ese propósito se cumplió hasta la saciedad.

CAPITULO IV

1. La sublevación de Trinidad: historial y organización.—2. Carácter y antecedentes de Armenteros, Hernández Echerri y Arcís.—3. Fracaso del alzamiento y captura de los patriotas.—4. El proceso y las represalias de los españols.

1. La sublevación de Trinidad.

El movimiento revolucionario de Camagüey siempre ha atraído más la atención de los historiadores, que el de Trinidad, que fué contemporáneo suyo, y eso ha hecho que al cabo de los años hayan sido mejor conocidos Joaquín de Agüero y los valientes de la S. L. de P. P., que Isidro de Armenteros y los bravos compañeros suyos que también pagaron con su vida sus empeños por libertar a Cuba.

En realidad, la caja de resonancia, que pudiéramos decir, era mayor en Puerto Príncipe que en Trinidad y el choque decisivo de la Vuelta Abajo, que se produjo en seguida, también contribuyó a apagar los ecos de aquel otro infortunado movimiento revolucionario. Fué una verdadera lástima que los Iznaga, Ignacio Belén Pérez, los Cadalso y los parientes mismos de Arcís, Armenteros y Hernández Echerri, quienes les sobrevivieron por muchos años, no dejasen memorias o datos escritos acerca de la sublevación de Trinidad. Por espacio de más de un siglo han sido tan pocos y tan parcos los estudios históricos de este aspecto de la historia de Cuba, que todavía se le conoce de una manera imperfecta. Don Carlos M. Trelles, en su prolija *Biblioteca Histórica Cubana* (Matanzas y La Habana, 3 vols., 1922-1926), no cita un solo título en relación con Armenteros y sus compañeros, y el Conde de Jaruco, en su *Historia de las familias cubanas* (La Habana, 1940-1943, 6 vols.), hasta prescinde de Isidoro Armenteros y Muñoz en su completísima historia de ese linaje y ni siquiera menciona al revolucionario de 1848-1851 entre los miembros de esa familia.

En cuanto a sentimiento de cubanía y a firmeza en los ideales libertadores, Trinidad nada tenía que envidiar de Matanzas,

Puerto Príncipe, Bayamo, Santiago de Cuba y otras poblaciones que se habían distinguido por su espíritu de independencia y por su patriotismo. Desde los primeros movimientos revolucionarios cubanos, contemporáneos de los que tenían lugar en la Gran Colombia, ya hubo trinitarios que conspiraban contra la dominación española, los más prominentes de entre ellos aquellos patriotas del linaje Iznaga, ricos, influyentes y progresistas, no pocos de los cuales dedicaron a la lucha por la independencia de Cuba los mejores años de su vida, sin reparar en sacrificios, ni siquiera el de la vida misma, en esa consagración. Apartados de La Habana y de las otras grandes ciudades por las montañas y las distancias, los trinitarios se comunicaban con el exterior, preferentemente, por el puerto de Casilda. Laboriosos y emprendedores, las circunstancias les forzaban a ser contrabandistas y a bastarse a sí mismos ante los ataques de corsarios y piratas, y su espíritu levantisco no cedía en nada al de los camagüeyanos.

Fué en campo abonado, pues, que el general Narciso López, entonces en el apogeo de su prestigio como militar y de su gallardía varonil, inició en 1841 su gestión como gobernador de Las Villas, con residencia en Trinidad. Desde los primeros momentos, como ya hemos relatado en el primer volumen de esta obra, su actuación fué la de un hombre que buscaba relacionarse con sus gobernados, hacerse popular y convertirse en influyente entre ellos. Lo consiguió sin dificultad y bien temprano el espionaje español, cuando todavía gobernaba en Trinidad, le consideró sospechoso de conspirar con el vicecónsul británico Francis Ross Cocking para un movimiento revolucionario, de carácter abolicionista, lo que está demostrado con prueba documental existente en el Archivo Nacional de Cuba (1841-1842) y que es una de las pruebas concluyentes de que López abrigaba propósitos concretos contra la dominación española en Cuba desde mucho antes de que surgiesen los movimientos anexionistas de La Habana y de los emigrados cubanos en los Estados Unidos y en abierta contraposición con los objetivos político-sociales de estos últimos. No vamos a relatar de nuevo aquí lo que el lector puede encontrar en el tomo primero de esta obra en cuanto a la organización y el fracaso de la *Conspiración de la Mina de la Rosa Cubana* (1848), surgida y desarrollada por completo aparte del complot anexionista que por entonces organizaba el *Club de La Habana* y que buscaba la incorporación de Cuba a los Estados Unidos mediante la

invasión de varios millares de los soldados norteamericanos que acababan de pelear contra México y que serían contratados al efecto, plan que ignoraban López y sus compañeros de Trinidad, Cienfuegos, Manicaragua, Matanzas, etc.

Sin embargo, en los años transcurridos desde la aparición de *Narciso López y su época*, mis investigaciones en archivos cubanos y norteamericanos me han proporcionado datos en extremo importantes y que yo desconocía hacia 1930, relacionados con el problema de la delación que sirvió a los españoles para desbaratar la *Conspiración de la Mina de la Rosa Cubana*. Aunque algunos de esos datos los he publicado mientras tanto en mi *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España* (La Habana 1938, Vol. I, pp. 381-86), esta obra no estaría completa si, al tratar de Trinidad y de las actividades revolucionarias de López, prescindiésemos de esos datos y de las revelaciones históricas que representan.

No se trata ahora solamente de que el periódico revolucionario cubano *La Verdad*, de Nueva York, recogiese el rumor de que la delación en cuanto a la conspiración organizada por López, en Trinidad, había partido de funcionarios norteamericanos, cosa que *La Verdad* negaba de plano (V. ediciones de agosto 15, septiembre 9 y octubre 1, 1848), sino que el Capitán General Roncali, en su correspondencia con el gobierno de Madrid, alude a conversaciones con el cónsul Robert B. Campbell, en las que éste, según Roncali, le confirmó lo referente a que López estaba conspirando. En una comunicación de julio 27 de 1848 el conde de Alcoy decía al ministro de Estado español que la conspiración de Trinidad carecía de importancia por la conducta denigrante que él atribuía a Narciso López; pero agregaba que con, con sospechas de que Mr. Campbell estuviese ayudando a los conspiradores, lo invitó a una comida ofrecida en honor de varios oficiales norteamericanos que estaban en La Habana y le sondeó acerca de la entrevista que había sostenido con López, el mes anterior, cuando los directores del *Club de La Habana* habían revelado sus preparativos al jefe de la conspiración de Trinidad y le habían pedido que no se lanzase a la lucha. Según Roncali, Mr. Campbell le descubrió que, en efecto, se había entrevistado con Narciso López; pero que se había negado a ayudarle y, le había pedido a su gobierno instrucciones al respecto, agregando que López le merecía mal concepto. ([346])

Esta información, por sí sola, hace sospechar que Roncali y Campbell hablaron extensamente de López y de sus proyectos y que las confidencias hechas fueron aprovechadas por los gobernantes españoles en cuanto a lograr que fracasase el movimiento de Trinidad; pero es que hay más que decir sobre este asunto. Como anota el Presidente Polk en su "Diario", con fecha 9 de junio, la política a seguir para que España consintiese en la venta y la anexión de Cuba a los Estados Unidos, tenía como fundamento el convencer a España de la amistosa disposición de los Estados Unidos y de su deseo de no tomar parte en revolución alguna que tendiese a destruir la dominación española en Cuba. ([347]) El propio Presidente Polk hace alusión, en su "Diario", a un despacho de Campbell a la cancillería de Wáshington, fechado a 18 de mayo y al texto de la instrucción preparada por Mr. Buchanan, el secretario de Estado, que iba a ser enviada a Campbell y que primeramente fué leída y aprobada en la reunión del gabinete del 18 de mayo de 1848. Ahora bien, esos dos documentos, conocidos por las anotaciones del Presidente Polk y que sin duda contenían datos muy importantes sobre la conspiración de Trinidad, no fueron incorporados al archivo del consulado de los Estados Unidos en La Habana, ya que uno de los sucesores de Campbell, pocos años después, así hubo de denunciarlo al State Department.

En los archivos diplomáticos de Wáshington sí se encuentra una instrucción de 9 de junio, dirigida a Campbell, en la que se le prevenía para que se las manejase con el mayor cuidado para evitar hasta la más ligera sospecha de que estuviese alentando a los cubanos para que se rebelasen contra España. Se le advertía, además, que se impediría el que los soldados norteamericanos de la guerra contra México pudieran tomar parte en la sublevación de los cubanos; pero, muy específicamente, se le hacía saber que tal sublevación atrasaría y hasta destruiría la anexión de Cuba a los Estados Unidos, a virtud de negociaciones directas con España, que era la política acordada por el gobierno del Presidente Polk. De los dos movimientos revolucionarios que había, el del *Club de La Habana*, anexionista y que pretendía utilizar a los soldados norteamericanos licenciados, y el de Narciso López, en Trinidad, que era por completo distinto y no podía ser impedido desde Wáshington, el gobierno del Presidente Polk podía frustrar el del *Club de La Habana* con la prohibición de que las tro-

pas que eran repatriadas desde México pudiesen ir a Cuba. Esa prohibición se dictó y surtió el fin que se perseguía. La otra sublevación, la de Trinidad, eran las autoridades españolas las que podían desbaratarla, siempre y cuando que estuviesen enteradas del complot. Era preciso, pues, delatar lo que sabían los funcionarios norteamericanos sobre esa conspiración. Polk y Buchanan sabían bastante por las revelaciones que les habían hecho, en Wáshington, los cubanos Gaspar Betancourt Cisneros y José Aniceto Iznaga, en entrevistas que habían celebrado y de las cuales hay constancia en el "Diario" del Presidente Polk. El cónsul Campbell sabía todavía más, después de sus conversaciones con Narciso López y de las confidencias que le había hecho su colega, el vicecónsul de Venezuela, Manuel Muñoz Castro (*Catuche*), emparentado con López. Con las instrucciones que tenía, Robert B. Campbell procedió a poner en conocimiento del Capitán General Roncali lo que se tramaba en Trinidad. Fué después de esta conversación entre Roncali y Campbell que el comandante Trespalacios, ayudante de campo de Roncali, partió para Trinidad y casi en seguida se produjeron la espectacular fuga de López, de Trinidad y Cárdenas, a Matanzas y luego a los Estados Unidos, así como los arrestos de la mayoría de los conspiradores trinitarios.

Pasaron varios años y el que había sido secretario de Estado, Mr. James Buchanan, cuando era ministro en Londres, aspiró a la presidencia de los Estados Unidos, cargo que llegó a desempeñar y en el cual su ineptitud y su debilidad de carácter prepararon la terrible Guerra de Secesión. Cuando comenzó la campaña en favor de su candidatura, Mr. Lawrence J. Sigur, el amigo más leal y generoso que Narciso López había tenido entre los norteamericanos, declaró que combatiría las aspiraciones de Buchanan porque sabía que éste, en tiempos del Presidente Polk, había sido el responsable de la delación que hizo fracasar la conspiración de Trinidad, a lo cual agregó que se había enterado de eso por "el general Campbell", que era como generalmente se llamaba al cónsul Robert B. Campbell, representante de los Estados Unidos en La Habana cuando se preparaban los movimientos revolucionarios de 1848, como ya sabemos. El azar había hecho que en esos momentos Robert B. Campbell fuese el cónsul general de los Estados Unidos en Londres, donde Buchanan era el jefe de la misión diplomática norteamericana. Con el recuerdo que

en los estados del Sur habían dejado las expediciones de López y las atrocidades de los españoles, especialmente en Kentucky, Luisiana, Texas, Mississippi, Alabama, Florida, Georgia y Tennessee, la oposición que anunciaba Sigur equivalía a la derrota de la candidatura de Buchanan.

Fué entonces que el ministro Buchanan se dirigió al cónsul Campbell, quien en cierto modo era su subordinado, en comunicación de noviembre 12, 1855 ([348]), y le planteó la necesidad de que saliese al paso de la propaganda con que le amenazaba Sigur. Campbell salvó la situación para Buchanan con un declaración escrita que también se encuentra en The Historical Society of Pennsylvania y en la cual decía, con lamentable falta de probidad, lo siguiente:

> ...Nada pudiera haberme sorprendido más que esta afirmación en el memorandum que usted amablemente me ha entregado: "Afírmase por el general Campbell (a través de L. J. Sigur), que Mr. Buchanan, cuando era secretario de Estado, proporcionó a las autoridades españolas la información que las llevó al descubrimiento y al consiguiente fracaso de la primera conspiración de López, en 1848 (Trinidad), en cuya oportunidad otros de los revolucionarios fueron arrestados y ejecutados. Se afirma que Mr. Buchanan disfrutaba de la confianza de los revolucionarios y que así pudo obtener toda la información acerca de sus actividades.
>
> Si el general Campbell aludido más arriba se quiere que sea yo, nada pudiera ser más erróneo o infundado que la declaración que antecede. Nunca he sostenido con persona alguna conversación que pudiera ser interpretada como justificativa o comprobadora de semejante afirmación. No tengo memoria de que hubiese tentativa de partido revolucionario en Cuba, en 1848. La única conversación que yo haya sostenido con Mr. Sigur que pudiera tener alguna relación con usted, se refería al licenciamiento de los voluntarios de la guerra con México y las instrucciones dadas al general Saunders mientras era ministro en Madrid.
>
> La persona que envió a Ud. esa comunicación ha sido mal informada, así lo creo yo, ya que con gran dificultad me inclinaría yo a crer que Mr. Sigur intencionalmente desfigurase mis palabras, una acción que estaría por completo en contradicción del juicio que me merece su carácter ([349]) (Traducción de H. P. V.)

El lector advierte en seguida que lo que Campbell y Buchanan pretenden con este intercambio epistolar, es salvar al último citado, aspirante presidencial que necesitaba el apoyo de los sudistas, de que se le acusase como responsable de lo que había ocurrido en Cuba desde 1848 hasta 1851, cuando muchos norte-

americanos de los estados del Sur fueron fusilados o murieron en combates, y los sobrevivientes, maltratados y torturados, habían ido a parar a los presidios de Africa. Con lo que anteriormente ya hemos expuesto acerca de la actuación de Campbell en sus relaciones con Roncali, con López y con el *Club de La Habana*, en 1848, que figura hasta en su correspondencia oficial, se ve claramente la mentira de su afirmación sobre que no recordaba que hubiese habido movimientos revolucionarios en Cuba, en 1848; pero no sólo en eso faltaba a la verdad, sino también en la burda excusa que le proporcionaba a Buchanan.

Hay más sobre este asunto, de fuentes españolas. El Campbell que en 1855 decía que nada recordaba de actividades revolucionarias en Cuba, siete años antes, el 9 de agosto de 1848, le había escrito a Buchanan para decirle que en La Habana se decía que la noticia de la proyectada sublevación la había dado el propio Presidente Polk al representante de España en Wáshington, Calderón de la Barca, y que éste le había dado traslado al Capitán General de Cuba con esa información. Ahora bien, lo curioso es que en el orden regular de encuadernación de los despachos enviados por Campbell, desde La Habana, a ese documento le correspondía el volumen 22 de los "Consular Despatches-Havana", de los archivos diplomáticos norteamericanos; pero no fué insertado en este tomo, sino que está incluído en el tomo 40, que es de muchos años después, cuando Buchanan era presidente de los Estados Unidos, mezclado con otros papeles de 1848, cuando había sido secretario de Estado, como si entonces hubiesen sido restituídos a la colección documental del Departamento de Estado, en la cual no habían sido incluídos a su debido tiempo. En el detallado "Diario" del Presidente Polk no aparece una sola anotación que permita justificar lo que decía el olvidadizo Campbell; pero en los días en que iba a ser desbaratada la Conspiración de Trinidad celebraron una entrevista Mr. Buchanan y el diplomático español Calderón de la Barca, y en ella el último citado recibió la confidencia de lo que se preparaba en Trinidad y dió traslado al Capitán de Cuba de lo que acababa de saber. Roncali actuó en consecuencia y así fracasó la Conspiración de Trinidad. Calderón de la Barca dió cuenta con todo esto a la cancillería de Madrid, por un despacho fechado a 15 de agosto de 1848, y consta que el ministro de Estado español, Pedro P. Pidal, le contestó con una nota el 16 de septiembre siguiente, en

la que le instruía para que diese las gracias a Buchanan por los informes suministrados y por la lealtad que los mismos evidenciaban. (386) El 23 de marzo de 1850 el periódico *La Crónica*, que se publicaba en Nueva York, subvencionado por España, sin reparo alguno publicó que el gobierno de Madrid había expresado su gratitud al de Wáshington"... por haber dado á los agentes españoles los avisos necesarios para impedir que una provincia española lograse su independencia..." Como que España sólo tenía en América a Cuba y a Puerto Rico, es evidente que a la primera de ambas islas y a la delación hecha por Buchanan en cuanto a la *Conspiración de la Mina de la Rosa Cubana*, era que atendía el periódico español de Nueva York, o sea, que aquel gran simulador, lleno de ambiciones y desprovisto de escrúpulos, que fué James Buchanan y acerca de quien el Presidente Polk anotó juicios bien duros en su *Diario*, fué el delator del movimiento revolucionario organizado en Trinidad, en 1848, por Narciso López.

Y ya fijados estos datos fidedignos acerca del fracaso de la Conspiración de Trinidad, vamos a historiar lo ocurrido en la antigua población villareña después de que López, al huir y declararse el máximo responsable del complot, facilitó la defensa de los otros revolucionarios.

Del clan trinitario de los Iznaga, cuya casa solariega se conserva en la cuatro veces centenaria ciudad, fueron encartados en el proceso el hacendado Pedro Gabriel Sánchez Villa, casado con Bárbara Iznaga, sus hijos José María, Pedro Manuel y Saturnino Sánchez Iznaga, y sus sobrinos Alejo y Pedro Iznaga Hersados, los hermanos Francisco y Lucas Castro, educadores y escritores de renombre cuyos descendientes enlazarían por matrimonio, en México, con la familia de Narciso López, y Ladislao Landa y otros vecinos de la extensa jurisdicción de Trinidad. Otros conspiradores prominentes eran de Cienfuegos, como el Lcdo. José Gregorio Díaz de Villegas, su pariente Francisco Díaz de Villegas, el Lcdo. Rafael Fernández de Cueto, el Lcdo. Gabriel Montiel, el Lcdo. Antonio Guillermo Sánchez, el procurador José Joaquín Verdaguer, adscripto al bufete de Díaz de Villegas y otras personas ya de menos significación en la Perla del Sur.

Preciso es confesar que algunos de los conspiradores, principalmente en Trinidad, se condujeron indiscreta y hasta imprudentemente en sus declaraciones y revelaron no pocos de los aspectos del complot, aunque después pusieron empeño en rectificar y llegaron a confundir a los jueces militares con sus contradictorias declaraciones. No pocos de los complicados en el movimiento revolucionario, residentes en Trinidad o en sus cercanías, lograron así salvarse de la represión española, mientras ésta concentraba su atención sobre López y José María Sánchez Iznaga, quienes habían huido a los Estados Unidos, con unos meses de diferencia el uno del otro Las poderosas influencias que entraron en juego durante el proceso lograron que el primer consejo de guerra, por sentencia de 3 de marzo de 1849, se conformase con la petición del fiscal para el sobreseimiento de la causa en cuanto a todos los acusados, menos López y Sánchez Iznaga, el primero condenado a la pérdida de empleos y honores y a destierro perpetuo, y el segundo a ocho años de destierro. Pocas semanas después se ordenó la revisión de la causa y la anulación de la primera sentencia y otro consejo de guerra ordenó a López a ser fusilado y a Sánchez Iznaga a ocho años de presidio.

La mayoría de los conspiradores de Trinidad, pues, se libraron de todo castigo y solamente pasaron por las molestias del proceso; pero pudieron volver a sus hogares y a sus negocios.

Nadie vaya a crer por esto que las actuaciones se condujeron con lenidad, sino que lo que ocurrió fué que, siendo aquella la primera conspiración de una serie en que cada vez serían más amenazadoras las manifestaciones contrarias al coloniaje, las autoridades españolas no estaban del todo seguras de sí mismas ni habían entrado resueltamente por el camino de las terribles represiones, como harían después. Muchos de los conspiradores de 1851 ni siquiera fueron citados en aquel primer proceso de 1848, aunque es de justicia señalar que, ante el arrastre que tenía Narciso López entre la tropa, se consideró necesario que el fiscal instructor del proceso examinase a toda la oficialidad de las guarniciones y las milicias de Trinidad y de Cienfuegos, para asegurarse de su lealtad, y entre los interrogados figuraron el teniente coronel José María Alegre, jefe de la guarnición de Trinidad, quien protestó enérgicamente por lo que calificó de vejación, y el coronel de caballería José Isidoro de Armenteros y Muñoz, quien logró eludir la responsabilidad que ya se le imputaba, de estar complicado en el movimiento revolucionario encabezado por Narciso López.

Armenteros pertenecía a familia muy antigua en Cuba y que había alcanzado posición económica y gran distinción por sus servicios frente a los enemigos de España. Después de más de un siglo que los Armenteros estaban radicados en Cuba, uno de ellos, Pedro José Armenteros-Guzmán y Poveda, se estableció en Trinidad y creó la rama trinitaria de ese linaje. Este Pedro José Armenteros era hombre de recia fibra y de espíritu aventurero. Nacido en las postrimerías de la Guerra de Sucesión al trono de España, participó de la expedición organizada en La Habana contra los ingleses de Georgia y de Carolina del Sur, en 1740, y se distinguió en ella como uno de su más valerosos capitanes. Después fijó su residencia en Trinidad, dedicado al corso, al contrabando y a la agricultura. Hizo fortuna y fué considerado por los españoles como súbito leal, lo que demostró cuando se negó a aceptar la dominación británica en La Habana (1762-1763), y la combatió.

Los Armenteros eran, pues, vecinos distinguidos de Trinidad, desde hacía más de un siglo, cuando los sucesos de 1851 y José Isidoro de Armenteros y Muñoz, nieto del fundador de la rama trinitaria de esa familia, nacido el 4 de abril de 1808 en la casa solariega de Cristo No. 7, en Trinidad, heredó fortuna y la mejoró con su trabajo, en torno al ingenio de *"Manacas-Armenteros"*, de Trinidad, y el *"San Luis" y "Laberinto"*, de Yaguaramas. No se había mostrado tempranamente partidario de la independencia de Cuba, como en el caso del camagüeyano Agüero, ya que en 1836-1837, cuando la sublevación del mariscal Lorenzo, en Santiago de Cuba, en favor de la Constitución y contra el despotismo del Capitán General Tacón, que había sido de los puntos decisivos de la evolución política de Cuba, el teniente coronel graduado y capitán de caballería José Isidoro de Armenteros y Muñoz había respaldado a Tacón en sus empeños de sofocar el movimiento constitucionalista Después sus ideas políticas habían evolucionado, con los excesos del despotismo y las injusticias sufridas, y cuando Narciso López comenzó sus sondeos para la Conspiración de Trinidad, Armenteros se le unió y fué una valiosa adquisición por su posición social y económica y su

relativa experiencia militar. De corta estatura; pero vigoroso y resuelto, Armenteros era un jefe natural para el movimento.

Al ser interrogado en el proceso incoado contra López, Sánchez Iznaga y sus compañeros, no le fué difícil a Armenteros el lograr que se le eximiese de toda responsabildad en el movimiento, con la declaración en la que rechazaba toda imputación de complicidad y exhibía su hoja de servicios; pero casi en seguida se vió envuelto en otras dificultades que, de nuevo, debieron haber despertado las sospechas de las autoridades coloniales y de las que otra vez salió indemne, como veremos más adelante.

La segunda conspiración de Trinidad, la que debía llevar a la sublevación de 1851, comenzó entonces. López no podía abandonar los preparativos de aquel movimento revolucionario, que él mismo había organizado en una comarca que conocía palmo a palmo y en la que tenía muchos simpatizadores y amigos. La mejor prueba de que esto fué así la encontramos en la propia voluminosa causa instruída en 1848 contra López, Sánchez Iznaga y los otros acusados por la *Conspiración de la Mina de la Rosa Cubana*. Se trata de una carta que López envió desde Nueva York, el 28 de octubre de 1848, a Juan Pío del Campo, acaudalado amigo suyo de Trinidad, en la que le decía:

> Tengo precision de poseer una copia exacta de una proclama á los habitantes de esa Isla que hizo y tenia preparada el general Lopez, cuando pensó levantar ese país en conquista de su emancipacion así como también de la dimicion que hacía á S.M. de su empleo y honores; ambos documentos se encuentran en la causa formada á consecuencia de aquella tentativa, y á V. no le es difícil nada, de manera que lo espero todo en este mismo vapor á su regreso... (f) Mañana (355)

La escritura de esta carta es, indiscutiblemente, toda ella de Narciso López, y el papel en que está es el que usaba él por entonces. El seudónimo empleado, "Mañana", era el anuncio de que no desistía de sus propósitos y que aguardaba una próxima oportunidad para su realización. El destinatario de la carta, vizcaíno, hombre de setenta y tres años de edad, no mostró el menor deseo de cumplir con la peligrosa encomienda que le hacía López y en el acto entregó la carta al juez militar que instruía el proceso y trató por todos los medios de disipar cualquiera sospecha que pudiera haber en cuanto a sus relaciones con López, a quien atacó duramente y llegó a acusarle de que le debía diez mil pesos

que le había prestado en otra época, sin que se mostrase dispuesto a saldar su deuda; pero con sus oficiosas revelaciones dejó constancia de que López seguía con sus planes revolucionarios.

Las contradictorias, habilidosas y hasta fantásticas declaraciones y rectificaciones hechas por los Sánchez, los Sánchez Iznaga, los Díaz de Villegas y otros acusados en el proeso de 1848, lograron encubrir y librar de sospechas a la mayoría de los comprometidos en la Conspiración de Trinidad, sin que las indagaciones de los españoles llegasen hasta ellos, mientras López y José María Sánchez Iznaga atraían sobre ellos la principal culpabilidad, que dejaba satisfecha a la Comisión Militar.

Esos conspiradores, que habían salido indemnes, volvieron a reunirse, a tratar de las cuestiones políticas del momento y a discutir lo que debían hacer para poner fin a la dominación española en Cuba. Recibían correspondencia de López y de Sánchez Iznaga y de José Aniceto y Alejo Iznaga, de los hermanos Castro, de Francisco Javier Vingut y de otros trinitarios emigrados, que estaban en los Estados Unidos y en México. En La Habana el patriota Hernández Echerri, bien relacionado con los conspiradores de la capital, les tenía al tanto de lo que sabía. Los paquetes de "verdades", como se decía de los ejemplares del periódico *La Verdad*, publicado en Nueva York, y los manifiestos y otros papeles revolucionarios, llegaban sin mayores dificultades por el puerto de Casilda.

Pasados los primeros meses de la tormenta política desatada por el proceso de 1848, los patriotas estaban de nuevo en actitud revolucionaria. Ya no eran solamente Armenteros, Arcis, etc., los que conspiraban. Había que añadir a Justo Germán Cantero, regidor y alférez real, médico, oriundo de Venezuela por vía de Curazao, quien era hombre rico por su cuenta y aumentó su capital con un matrimonio afortunado. Tenía inquietudes políticas, literarias y artísticas y con todos los antecedentes que dejamos enumerados y los contactos habidos con López, también sudamericano, su inclinación hacia las actividades revolucionarias era natural. Los españoles siempre sopecharon de él; pero el elusivo personaje no les dió una sola oportunidad para proceder contra él ni hubo conspirador que le delatase. También hay que mencionar a Juan Cadalso Piedra, notable autodidacta y espíritu progresista, infatigable en el esfuerzo por la independencia de Cuba. Cadalso

había dirigido la construcción de templos, un teatro, residencias y obras públicas, era el armador del vapor *Táyaba* y administraba los bienes del opulento conde de Casa Brunet. En el *Táyaba*, con el mayor secreto, había llevado a Trinidad, en 1848, dos pequeños cañones adquiridos en los Estados Unidos y que iban a ser utilizados en la sublevación organizada por Narciso López, cosa conocida de varios de los conspiradores y no divulgada sino hasta muchos años después. Cadalso, quien iba a dedicar su vida entera, año tras año, a la lucha contra el despotismo español, era uno de los más valiosos entre los conspiradores de Trinidad, y llevó al movimiento a sus familiares. Como era de esperar por la consagración de la famila Iznaga a la causa de Cuba Libre, varios de sus miembros también colaboraron en aquellos trabajos revolucionarios. Así también Ignacio de Belén Pérez y Pérez, patriota trinitario, dueño del potrero *Las Avispas*, alumno que había sido de Luz y Caballero y quien, después de pasar por las aulas del Real Seminario de San Carlos y San Ambrosio, en 1845 se había graduado como bachiller en leyes en la Universidad de La Habana y tres años más tarde, en 1848, había obtenido en ella el título de licenciado en derecho. Ignacio de Belén Pérez, hecho prisionero por los españoles, en 1851, fué condenado a presidio y enviado a Ceuta, de donde escapó para ir a refugiarse en los Estados Unidos, y allí siguió laborando por la Revolución Cubana. Otro de los conspiradores de Trinidad fué el Lic. Francisco Pérez de Zúñiga, primo de Ignacio Belén Pérez y ambos pertenecientes a una familia de gran prominencia, en la cual había regidores, alcaldes y militares. Pérez de Zúñiga, cuyo segundo apellido quedó en la toponimia trinitaria con el caserío de Zúñiga y el embarcadero de ese nombre, junto al río Higuanojo, hizo sus estudios con gran distinción en el Colegio Santísima Trinidad, de su ciudad natal, y luego pasó a La Habana y se matriculó en el Real Seminario de San Carlos y San Ambrosio y en la Universidad, a partir de 1837. En 1840 a los diecisiete años de edad, ya era bachiller en leyes, y luego trabajó como pasante y completó estudios superiores hasta obtener el título de licenciado en derecho, en 1844. Por su posición social, sus relaciones de familia y su profesión, Ignacio de Belén Pérez y Francisco Pérez de Zúñiga eran de los jóvenes más populares e influyentes en la jurisdicción que, pasando por Trinidad, se extendía desde Sancti Spíritus hasta Cienfuegos.

El lector habrá advertido ya, por lo que dejamos dicho, que entre los revolucionarios de Trinidad los había que pertenecían a las que pudieran llamarse las clase conservadoras, porque eran hombres de recursos económicos, de cargos en el régimen colonial y de estudios profesionales. No faltaban, por otra parte, elementos de la incipiente clase media cubana de la época, en el grupo conspirador. Rafael Arcís, el mayoral del ingenio *Palmarito*, era uno de ellos; pero había más, como Juan O'Bourke, trinitario en tonces avecindado en Cienfuegos, José María Rodríguez, Juan Bautista Hevia, Avelino Rosada, Pedro José Pomares y otros. Como en Camagüey, el movimiento no se limitó a los cubanos blancos, descontentos con el régimen colonial, sino que también interesó a los cubanos de color, libres y esclavos, tema éste del que trataremos más adelante, al referirnos al proceso instruído por la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente; pero sí es de este lugar el que señalemos que tanto en la Conspiración de Camagüey, como en la de Trinidad, ambas relacionadas con los movimientos libertadores organizados por el general Narciso López, se advertían los lineamientos fundamentales de una revolución acorde con la integración nacional del pueblo cubano, como si se hiciese un corte seccional de la sociedad cubana dedicado a la lucha por la independencia.

Los historiadores que ya van más allá de los hechos aislados de tales y cuales personajes y que intentan hacer las grandes síntesis y formular las adecuadas conclusiones sobre la historia de Cuba, bien harían en ir encuadrando, en el lugar que les corresponde, del proceso general revolucionario de todo el pueblo cubano, a estas conspiraciones como la de Trinidad.

Las esperanzas puestas en las expediciones de López (1849-1850) eran acicates para los preparativos revolucionarios de Trinidad. Los papeles que se recibían, cartas, proclamas y periódicos, se leían y discutían en el círculo de los iniciados en la conspiración o circulaban con las mayores precauciones para que llegasen al conocimiento de tales o cuales simpatizadores en un ingenio, un potrero, una mina o un caserío lejano. Algunos de los conjurados buscaron simpatizadores y compañeros en Sancti Spíritus y en Cienfuegos, poblaciones muy relacionadas con Trinidad, y otros, en viajes que aparentaban ser de negocios, llegaron hasta Puerto Príncipe y La Habana, se relacionaron con otros patriotas, quienes conspiraban por su cuenta, y les dieron y recibieron de

ellos las noticias referentes al esfuerzo revolucionario que se preparaba.

Algunos historiadores han aventurado la tesis de que la Conspiración de Trinidad y la de Camagüey se desenvolvieron de acuerdo y que la *Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe* y el grupo trinitario encabezado por Armenteros habían convenido en una sublevación simultánea que se extendería por otras regiones de Cuba, como un alzamiento general. Esta tesis parte de una base falsa. No había tal acuerdo formal de camagüeyanos y trinitarios, sino preparativos revolucionarios regionales que todos ellos tenían en cuenta la llegada de las expediciones de Narciso López: la del *Cleopatra*, primero, frustrada por el gobierno de Wáshington, y la del *Pampero*, después, que las autoridades norteamericanas no pudieron detener en el viaje inicial; pero sí en el que debía traer los refuerzos desde el río St. John, en Florida. El punto de partida era la invasión prometida y cada grupo, cualesquiera que fuesen las confidencias que se hicieran, actuaba por su cuenta y sin la madura coordinación de actividades y propósitos que más recientemente se ha querido ver en el hecho de que Agüero se sublevase el 4 de julio, en Camagüey, y Armenteros lo hiciese días después, en Trinidad. De los dos grupos, además, el que más estrechamente seguía a Narciso López por las relaciones de éste con los trinitarios, era el de Armenteros.

Cierto que dice Juan Arnao, sin documentar su afirmación, que Serapio Recio Agramonte, uno de los detenidos por el mariscal Lemery, en Puerto Príncipe, el 3 de mayo de 1851, y enviado a La Habana el día siguiente, en calidad de preso, pudo desvanecer las sospechas que había contra él y fué puesto en libertad, logrado lo cual marchó a Cienfuegos y a Trinidad para combinar con los conspiradores de allí una sublevación de acuerdo con los camagüeyanos ([356]). En tantos años transcurridos desde la publicación de la obra de Arnao, que apareció en 1877, como antes de esa fecha, no ha habido historiador que haya podido comprobar lo referente a la misión de Recio, vigilado por las autoridades, en una época en que para viajar por Cuba se necesitaban múltiples permiso oficiales y a raíz de haber sido detenido y expulsado de Camagüey. De todos modos y aceptando que Recio visitase a Cienfuegos y a Trinidad, se hace difícil admitir que llegase a un acuerdo formal con los conspiradores de esas poblaciones para un alzamiento conjunto con los de Camagüey cuando éstos escogieron con horas de anticipación y a instancias de Agüero, aislado éste en las montañas, que se sublevase el 4 de julio, mientras que los trinitarios habían estado dispuestos a hacerlo en la segunda mitad de junio y no fué sino a última hora que pospusieron su alzamiento por varios semanas y no se lanzaron a la lucha hasta el 23 de julio, cuando ya Agüero y los suyos habían sido derrotados y capturados. El acuerdo formal de camagüeyanos y trinitarios, pues, nunca existió, aunque es posible que Recio hubiese estado en Las Villas, después de ser puesto en libertad. A lo sumo hay imperfectas coincidencias de fechas entre las dos sublevaciones; pero más que entre sí, las tienen ambas con la invasión que se esperaba, encabezada por Narciso López y que constituía el hecho central de aquel momento revolucionario y en torno al cual se movían todos los cálculos, los preparativos y las esperanzas.

Los años entre la Conspiración de Trinidad, de 1848, y la Sublevación de Trinidad, de 1851, transcurrieron con relativa tranquilidad en la varias veces centenaria población villareña, sin los incidentes que por aquella misma época tenían lugar en Puerto Príncipe. Apenas si se pueden citar dos casos de procesos políticos, luego de terminados los de 1848, en la jurisdicción de Trinidad, y ambos en 1850, lo que hace pensar que el año de 1849 transcurrió sin incidentes que alarmasen a los españoles.

El primero de los dos procesos mencionados se inició en marzo de 1850 y en él figuraron como acusados el campesino Juan García, de color, empleado en el ingenio que el Pbro. Antonio María López tenía en el valle del Caracucey, jurisdicción de Trinidad, y otros guajiros de esa zona, nombrados Angel Odoardo, Nicolás Zenón, Juan Bautista Dávila, Esteban Zúñiga, Benito Grau y José Rodríguez. El delator fué un hombre de color, nombrado Pedro Antonio Pérez, a quien García se confió. El Pérez le hizo hablar de los servicios que había prestado a Narciso López, como guía, en 1848, y de la gente que había que reclutar para ayudar a López, mientras lo tenía de visita en su casa, en la que previamente había escondido a varios militares españoles para que escuchasen lo que iba a decir García. Este fué condenado a cuatro años de presidio en Ceuta, con prohibición de regreso a Cuba: a Benito Grau, de color, se le sentenció a un año de trabajos forzados, con grillete al pie, a Nicolás Zenón

se le declaró computado con la prisión sufrida durante el proceso y los demás fueron absueltos; pero el fiscal militar, coronel Cruces, no pudo arrancar a los presos dato alguno en relación con las otras personas de Trinidad, de acuerdo con las cuales hacían el reclutamiento para ayudar a López, cuando llegase su expedición. (357)

El otro caso tuvo como acusado a Ciriaco Antúnez, conocido por "Borroto", hombre de color, libre, de Sancti Spíritus; pero que deambulaba por la vecina jurisdición de Trinidad, a quien se le imputó que el 21 de mayo de 1850, o sea, dos días después de la toma de Cárdenas por Narciso López, había dicho en una conversación que antes del día 26 habría guerra. Antúnez negó la acusación y rechazó el dicho de los testigos y lo hizo con tal efectividad, que escapó con una sentencia leve; pero, de todos modos, no deja de llamar la atención el que estos hombres del pueblo, en la jurisdicción trinitaria, estuviesen reclutando voluntarios para ayudar a López, semanas antes de su desembarco en Cárdenas, o supiesen que iba a haber guerra en los días de la expedición de Cárdenas, a pesar de todos las dificultades de las comunicaciones en aquella época. No se puede escapar a la conclusión de que estaban en estrecho contacto con elementos de más cultura y prominencia que ellos, cuyo secreto protegieron.

Quizás si por esto mismo fué que a principios de mayo de 1850, ante la creciente inquietud política y siendo inminente la salida de la expedición que Narciso López llevó a Cárdenas, el coronel Ramón Conti fué enviado desde Santa Clara a Trinidad, con toda la fuerza del Regimiento de Infantería de La Habana, para que hubiese una mayor guarnición de tropa veterana en la villa donde López había iniciado sus trabajos revolucionarios. (358)

La conspiración, dirigida con extraordinaria cautela, continuó desarrollándose durante el resto del año 1850 y los primeros meses de 1851. Con tanta habilidad se manejaron los patriotas de Trinidad, que nada trascendió de sus preparativos al Capitán General Concha, cuya atención se concentraba en La Habana y en Camagüey, como se advierte en su correspondencia oficial con el gobierno de Madrid y en la *Memoria*..., acerca de su mando en Cuba, que varias veces hemos citado. No sospechaba el gobierno colonial que era allí, en Trinidad, en la persona del coronel José Isidoro de Armenteros, donde Narciso López tenía

a uno de sus mejores amigos y de sus más fieles colaboradores, en segura y frecuente comunicación con él. No se vigilaba a Rafael Arcís, hombre de acción con quien Narciso López contaba desde la Conspiración de Trinidad, en 1848, y tampoco la suspicacia de las autoridades españolas se fijaba en Fernando Hernández Echerri, el ideólogo del movimiento, formado junto a Luz Caballero y quien había dejado su puesto de profesor del famoso colegio *El Salvador* para regresar a su nativa Trinidad.

El historiador trinitario Marín Villafuerte nos ha descrito la última fase del movimiento revolucionario, cuando se escogió la fecha del 29 de junio de 1851, día de San Pedro, para iniciar la sublevación, aprovechando la favorable coyuntura de que era el onomástico del coronel Pedro Cruz Romero, del Regimiento de Tarragona, que guarnecía a Trinidad. Como se ve, pese a lo que se dice sobre que el Lcdo. Serapio Recio Agramonte había ido a Trinidad para coordinar la fecha de la sublevación de los trinitarios con la de los camagüeyanos, Armenteros y los suyos habían preparado su alzamiento para el 29 de junio y no fué hasta días después que la S.L. de P.P. dió a Agüero la orden del levantamiento para el 4 de julio.

Las fiestas de San Juan y de San Pedro y San Pablo eran tradicionales en Trinidad. Del Valle de los Ingenios, del embarcadero de Casilda, de los potreros y hasta de Sancti Spíritus, de Cienfuegos y de Santa Clara, convergían sobre Trinidad, en esos días, las familias y los hombres solteros de los campos, para los bailes, las ferias, las competencias populares y otras diversiones, que tenían lugar en la varias veces centenaria población. Era fácil el aprovechar la ocasión para un estallido revolucionario que cogiese por sorpresa a los españoles y que alcanzase el éxito inicial necesario. En 1848, cuando la Conspiración de Trinidad, encabezada por Narciso López, se había pensado en hacer prisionero al gobernador español para de ese modo desalentar a sus tropas, cosa que, como se recordará, también quiso hacer en Las Tunas el infortunado Joaquín de Agüero, aunque fracasó en su empeño al darse la alarma, prematuramente, con el choque entre dos de los grupos de los sublevados. En Trinidad, en 1851, todavía seguía vigente el mismo plan de 1848.

La tarde del día de San Pedro, reunidos Armenteros y Hernández Echerri en una casa de las calles menos frecuentadas,

llegó a Trinidad el otro miembro del triunvirato revolucionario, aquel Rafael Arcís Bravo que en 1848 había estado junto a Narciso López, en espera de la orden que debía iniciar la lucha. Sabía dónde podía encontrar a sus compañeros y conocía muy bien las calles y callejuelas de Trinidad. Gran jinete y bien montado con puño firme guió a su caballo hasta el lugar de reunión, desmontó, aseguró las bridas del corcel en una ventana y entró en la casa. Hernández Echerri salió a su encuentro, le estrechó la mano con entusiasmo y le llevó a una de las habitaciones interiores, donde pudo abrazar a Armenteros. Allí se dispuso todo lo relativo al secuestro del coronel Miguel Barón, gobernador de la plaza, y de otros jefes y autoridades, como paso previo para el alzamiento.

La fiesta estaba en todo su apogeo en la residencia del coronel Cruz Romero, donde éste recibía y atendía a sus numerosos visitantes, quienes luego pasaban a divertirse. El gobernador, coronel Barón, también figuraba entre los concurrentes y por su jerarquía ocupaba puesto principal en la sala, llena ésta de civiles y militares con sus esposas y las hijas casaderas. Es probable que hasta ese momento el coronel Barón no tuviese idea concreta de que le amenazase algún peligro, aunque se habían adoptado las precauciones de rigor, de conformidad con las órdenes dictadas por el Capitán General Concha ante las noticias de que Narciso López preparaba una nueva expedición y, sobre todo, por los problemas surgidos en Puerto Príncipe, semanas atrás, entre el mariscal Lemery y el Ayuntamiento. El gobernador no creía que tuviese nada que temer en cuanto a los munícipes trinitarios, aunque el concejal Dr. Justo Germán Cantero era un espíritu inquieto y alguna vez sus expresiones en materia de política habían provocado comentarios y suspicacias. Los otros concejales, Gregorio Zulueta, Pío Fernández y Pedro Ochotorena, eran hombres de fiar, chapados a la antigua.

La fiesta seguía su curso y caía la tarde cuando uno de los confidentes del coronel Barón se le acercó, le habló al oído y le dió noticias concretas acerca de lo que se tramaba. El gobernador llamó a uno de sus ayudantes y le dió órdenes para que aprestase la tropa y tomase las precauciones del caso. Alguno de los conjurados había observado todo aquello y extrajo la conclusión inescapable de que la sorpresa había fracasado y que habría que luchar desde el primer momento. En seguida abandonó la residencia en que tenía lugar la fiesta, buscó a uno de sus compañeros en una callejuela próxima, que esperaba, jinete en su caballo y le dijo lo que había visto y la deducción que había hecho y que se ajustaba a la realidad. El jinete se acercó a otros de los conjurados, que formaban grupos en lugares convenidos de antemano, y les informó de lo que pasaba. Los grupos se fueron dispersando, la noticia llegó a los jefes del movimiento, Armenteros, Hernández Echerri y Arcís, y éstos decidieron suspender el alzamiento proyectado. En las primeras horas de la noche, preocupados con su situación personal y con las posibles represalias, los vecinos de la población que estaban complicados en el movimiento o se habían retirado a sus hogares o se habían ido a las fincas de los alrededores, en espera de los acontecimientos, y los campesinos, monteros y mayorales habían tomado el camino de los ingenios, los potreros o las haciendas donde trabajaban, deseosos de pasar desapercibidos hasta que llegase una nueva oportunidad: ¡había fracasado aquella intentona, laboriosamente preparada y que quizás si pudo haber tenido éxito! Vidal Morales dice que el descontento y la dispersión de los conjurados, el día de San Pedro, se produjeron cuando alguien hizo circular la especie entre los hacendados y mayorales, de que había ocurrido una sublevación de esclavos y que era conveniente tomar medidas para atajarla, por lo que ante ese peligro, los conspiradores olvidaron su compromiso para atender a la disciplina entre sus esclavos. Si eso fué lo que sucedió, hay que convenir en que el primero en lanzar ese rumor no estaba sinceramente del lado de los patriotas, sino que más bien estaba ayudando a la dominación española.

Naturalmente que lo ocurrido el 29 de junio hubo de alarmar al gobernador Barón y a las otras autoridades españolas de Trinidad. De repente les habían sacudido en medio de la tranquilidad de que gozaban con la revelación de que no había desaparecido el descontento entre los trinitarios y de que conspiraban y hasta que lo hacían con el plan de secuestrar a los funcionarios del gobierno colonial y de mantenerlos en rehenes. Por otra parte, se hacía imposible señalar a la cabeza dirigente de aquel movimiento, organizado en medio del mayor secreto y conocido de muy pocas personas, precisamente las de mayor firmeza de carácter entre los conspiradores y que se guardaban muy mucho de cometer una imprudencia. La exaltada personalidad y el

espíritu de cubanía de Hernández Echerri, regresado de La Habana, eran bien conocidos; pero era público y notorio que había vuelto a Trinidad para contraer matrimonio y por eso mismo no despertaba sospechas. En cuanto a Arcís, sus visitas a Trinidad eran infrecuentes y permanecía la mayor parte del tiempo en el ingenio *Palmarito*, a veinte kilómetros de Trinidad y en el que era el mayoral. Armenteros no despertaba sospechas con su grado militar y su posición social y económica. Además, con anterioridad había logrado disipar todas las dudas que había sobre su conducta política cuando con todo éxito pudo rechazar las acusaciones de infidencia de que había sido objeto.

En los primeros días de julio ya hubo en Trinidad algunas noticias acerca de la sublevación de Camagüey, traídas por los viajeros que atravesaban el territorio de Las Villas. Para los trinitarios aquellos sucesos estaban relacionados con la llegada de la expedición de Narciso López, con la que ellos estaban comprometidos a colaborar. Se hizo la convocatoria para una reunión de los conspiradores, que tendría lugar el jueves 24 de julio de 1851, por la noche, según Marín Villafuerte, aunque Vidal Morales indica que la fecha de la reunión en que se acordó la sublevación fué el 23. Ambos autores no aclaran la fuente en la cual obtuvieron esa información; pero en el proceso instruído por la Comisión Militar contra Armenteros y sus compañeros, aparece la declaración del infortunado jefe revolucionario en la que dice que la idea de la sublevación surgió después del 6 de julio, o sea, cuando les llegó la noticia del alzamiento de Agüero, y que entonces se aceleraron los preparativos, los cuales explicó en detalle. En cuanto a la fecha del pronunciamiento y la disparidad de opiniones entre Marín Villafuerte y Vidal Morales, es de justicia señalar que en el proceso contra Armenteros se dice que los días 23 y 24 de julio, es decir, las dos fechas que mencionan ellos, se repartieron proclamas revolucionarias en Trinidad.

Sea cual fuere el día escogido para la sublevación, de entre esos dos, el período que medió entre ellos y el 6 de julio mencionado por Armenteros en sus declaraciones, se empleó en levantar los ánimos decaídos después de la dispersión del día de San Pedro, en coordinar los preparativos revolucionarios y en tener listos impresos, armas, vituallas y caballos para lanzarse a la lucha. Consta que Armenteros hizo testamento y es posible que

lo mismo hicieran algunos otros de los dirigentes, quienes eran hombres de buena posición económica.

Esta vez se acordó que el alzamiento tuviese lugar con cualquiera que fuese el número de los sublevados, de modo que la noticia misma del pronunciamiento pudiese preocupar a los españoles y aliviar la presión que ejercían sobre los camagüeyanos, además de preparar el terreno para el mejor éxito de la invasión de Narciso López.

Juan Cadalso prometía reunir un grupo de jóvenes combatientes en los ingenios *Yaguaramas* y *Palmarito*, al Este de Trinidad, y allí situó a su propio hijo, Néstor Cadalso, para que se hiciese cargo de llevarlos a la lucha. Armenteros encabezaría otro contingente, que se suponía sería de cincuenta hombres, y comenzaría a reunirlos a lo largo del camino, desde Trinidad hacia Palmarito, cosa que se consideraba fácil por la popularidad de que disfrutaba el jefe del movimiento y que estaba destinada a pasar por una prueba muy ruda. El Lic. Francisco Pérez Zúñiga, con su primo, el Lic. Ignacio de Belén Pérez y Fernando Hernández Echerri, reclutarían a sus compañeros en la propia Trinidad y con ellos saldrían de la ciudad, en dirección al potrero *Las Avispas* y también con la misión de acopiar cabalgaduras, armas y vituallas, además de engrosar sus filas con los patriotas dispuestos a participar de la empresa.

Los jefes de la conspiración daban por seguro que reunirían un importante contingente de hombres resueltos, bien montados y equipados, y que todos ellos arderían en los mismos entusiastas sentimientos que les animaban a ellos para desafiar la dominación española en Cuba, ayudar a los camagüeyanos y preparar el terreno para el desembarco de la expedición de Narciso López.

2. Carácter y antecedentes de Armenteros, Hernández Echerri y Arcís

Sin rebajar los merecimientos de Juan Cadalso, Ignacio de Belén Pérez, Francisco Pérez de Zúñiga, Juan O'Bourke y otros patriotas que valientemente cumplieron sus compromisos cuando la sublevación de Trinidad, de 1851, la verdad histórica es que José Isidoro de Armenteros, Fernando Hernández Echerri y Rafael Arcís Bravo, eran los tres principales jefes de aquel movimiento revolucionario y Armenteros y Arcís ya habían tomado parte en la *Conspiración de Trinidad*, de 1848. Claro que la prue-

ba más concluyente de este aserto está, precisamente, en el hecho de que fueron ellos tres los que resultaron condenados a la pena de muerte, y ejecutados, mientras que los demás sólo fueron sentenciados a presidio, confinaciones, destierros y multas. La represión española se cebó en ellos por la resolución de que habían dado pruebas, por la influencia que ejercían sobre los demás y porque habían aceptado la responsabilidad que les correspondía como tales jefes.

En cuanto a los otros conspiradores, los que en Trinidad, como en Puerto Príncipe, en Las Tunas, en La Habana, en Matanzas, en Cárdenas y en la Vuelta Abajo, utilizaron múltiples pretextos para no cumplir lo que habían prometido para luchar por la independencia de Cuba, eran de un acomodaticio patriotismo, que les habría llevado a sumarse a los sublevados si la revolución hubiese triunfado; pero una vez fracasado el movimiento inicial, con la mayor facilidad cambiaban de actitud y se quedaban tranquilos en sus casas, los más de entre ellos, mientras que otros buscaban bienquistarse con las autoridades coloniales, echaban la culpa del fracaso a quienes todo lo habían sacrificado y a lo sumo decían que se reservaban para otra tentativa, que tendría resultado decisivos.

No hay razones convincentes para aceptar el dicho de Vidal Morales sobre que Hernández Echerri fuese el verdadero jefe de la sublevación de Trinidad, en 1851, no obstante sus dotes intelectuales y sus méritos cívicos. Armenteros, figura prominente en la sociedad trinitaria y conspirador habilísimo, era al mismo tiempo el único del triunvirato que estaba en relación con Narciso López desde la *Conspiración de Trinidad,* de 1848, y el único entre los conjurados que tenía experiencia militar. Al ocurrir la delación que determinó el fracaso del movimiento y la huída de Narciso López, se las manejó de modo que no se le envolviese en el proceso.

Fuese por simple precaución, para no hacerse notar o porque, realmente, conviniese a sus intereses, Armenteros no permaneció en Trinidad tan pronto como quedó exonerado de complicidad en la *Conspiración de Trinidad,* a las primeras pesquisas; pero mientras el fiscal Zurita seguía ahondando en sus investigaciones, el 4 de agosto de 1848 embarcó en Casilda, abordo del vapor español *Santiago,* que hacía viajes de cabotaje por la Costa Sur. Iba a Santiago de Cuba, ostensiblemente con el propósito de

comprar esclavos para sus fincas azucareras, aunque es probable que llevase la misión de entrevistarse con los hermanos Oberto, Baralt y otros venezolanos radicados en la capital oriental y quienes conspiraban con López y fueron descubiertos y perseguidos poco después. La vigilancia del coloniaje debió seguirlo en su viaje por cuanto, a su regreso, estando en Cienfuegos, fué interrogado de nuevo por el fiscal Zurita en relación con unas declaraciones subversivas que se le atribuían, como hechas en una fonda de la Plaza de Armas, de Santiago de Cuba, aunque no se aclaraba a quienes las había hecho ni en qué circunstancias. Su acusador lo era un Camilo Rózpide, español, sin duda confidente policíaco, quien aseguró que Armenteros había hecho manifestaciones favorables a la revolución y asegurado que primero se proclamaría la independencia de Cuba y luego se haría su anexión a los Estados Unidos y que a ese objeto era que López se había refugiado en ese país.

Al ser interrogado Armenteros negó de la manera más terminante la denuncia que se le hacía y, aunque admitió que había hablado de López durante su estancia en Santiago, aseguró que solamente lo había hecho una vez y eso para un comentario sin importancia. Admitió entonces que conocía a López y que lo había tratado cuando estaba en Trinidad, pero afirmó que nunca había sostenido con él conversaciones de tipo político y hasta llegó a decir que desconocía todo lo referente a la renuncia que había hecho López a su empleo y honores, en vísperas de la fracasada revolución y lo que se decía de su proclama y de su bandera.

El fiscal Zurita titubeó ante la situación planteada por la acusación de un golilla contra un hombre de posición social y económica y hasta de grados militares, como Armenteros, y quiso sobreseer la causa iniciada; pero Armenteros se mostró audaz y exigió que continuase hasta el final y que se le diese ocasión de aportar pruebas de los servicios que había prestado al régimen colonial en otras épocas, como así se hizo, y el fiscal Zurita pidió la absolución de Armenteros y el consejo de guerra la acordó por unanimidad.

Inexplicablemente no hubo otros importantes procesos políticos en Trinidad, de 1848 a 1851, y, como ya hemos hecho notar, de todos los que se incoaron, sólo resultaron dos fallos condenatorios, al cabo de varios años, contra López y

contra Sánchez Iznaga, cuando ambos estaban abiertamente dedicados a organizar la invasión de Cuba, desde los Estados Unidos, y no era posible limitarse a unas penas de destierro como las que primeramente se habían acordado.

El Armenteros que con tan buen éxito había podido disipar las sospechas de los españoles contra él, era, sin embargo, un amigo fiel y decidido de Narciso López, se mantuvo en contacto con el jefe revolucionario, reclutó hombres y trató de organizarlos, hizo acopio de armas y municiones, distribuyó propaganda y preparó el terreno para una sublevación que tendría lugar cuando López así lo ordenase. Tan habilidosamente mantuvo el secreto acerca de sus actividades revolucionarias y tan estrecha era su identificación con López, a quien había negado ante el fiscal Zurita, que ninguno de estos dos compañeros del esfuerzo libertador de la época dejó traslucir un simple indicio de que marchaban de acuerdo. Fué preciso que José María Sánchez Iznaga así lo revelase, cuando los dos amigos habían dado la vida por Cuba Libre, para que la posteridad llegase a conocer que López, en la emigración, vivió de la mesada de treinta pesos que puntualmente le enviaba "...el patriota y buen amigo Don Isidoro Armenteros". (352)

Un conspirador verdadero y efectivo, que con todo éxito pudo manejárselas durante tres años, en una ciudad provinciana, para hacer todo eso sin despertar sospechas, necesariamente tenía que ser un hombre fuera de lo ordinario. Lo era Isidoro de Armenteros, sin duda alguna. Con gran habilidad se las manejó para dejar en manos de sus consignatarios de azúcar, en los Estados Unidos, las cantidades necesarias para que puntualmente y con el mayor secreto girasen a López la pensión que le había asignado y con la cual podía subvenir a sus necesidades. Si Narciso López estuvo a salvo del hambre y pudo presentarse vestido decentemente durante tres años y pico que dedicó en los Estados Unidos a la causa de Cuba Libre, por la que dió su vida, se lo debió a Armenteros y no a los esclavistas y anexionistas, quienes siempre le trataron con reservas mentales porque sospechaban que nos les haría el juego. Es injusto que todavía en 1942 un historiador como Gerardo Castellanos, después de cometer el error de decir que la Guerra de Secesión de los Estados Unidos (1860-1865), fué anterior a las expediciones de López (1849-1851), diga que López "seguía enredado en la malla del gobierno yanqui y sus políticos" y que ese gobierno permitía "...las aventuras de Narciso López en juego con sus intereses y para provocar inquietud en España." (353) El lector que ha seguido la tesis de esta obra sabe muy bien que Narciso López no tuvo tales enredos con el gobierno de los Estados Unidos, que no existe UN SOLO DOCUMENTO que pueda servir para demostrar tales contactos, y que lo que sí tuvo él, en todo momento, fué la enemiga y la persecución de sus expediciones por parte del gobierno de los Estados Unidos, hasta el punto de que, de cinco que organizó, tres le fueron confiscadas por las autoridades norteamericanas, quizás si las más poderosas de todas ellas, y las dos que lograron eludir la persecución de los agentes federales, tuvieron que apelar a las más complicadas y perjudiciales combinaciones de trasbordos. Más concretamente cuando el *Pampero* volvió a los Estados Unidos, después del desembarco en la Vuelta Abajo, para recoger el segundo contingente expedicionario, fué interceptado y así el gobierno de Wáshington le hizo a España el decisivo servicio de evitar la llegada de refuerzos para los invasores ¿Qué más tenía que hacer el gobierno norteamericano para demostrar su oposición y su enemiga a las empresas libertadoras de López, porque no le hacía el juego en sus propósitos anexionistas? ¿Entregárselo a España, atado de pies y manos? ¿Fusilarlo?

Correspondió a Isidoro de Armenteros el reconstruir la trama revolucionaria tejida tan laboriosamente en Trinidad, y realizó su cometido con gran habilidad. Don Pedro Gabriel Sánchez, el padre de José Ma. Sánchez Iznaga, había trasladado su domicilio a La Habana, señalado por la opinión pública como delator. Los demás miembros de la familia Iznaga se habían dispersado, unos para ir al extranjero, los de ideas más avanzadas, y los otros, los más conservadores, para establecerse en sus ingenios, y haciendas, lejos de la vida urbana.

Armenteros restableció el contacto con los vecinos que habían sido más afectos a López, los que en junio de 1848 habían estado dispuestos a sublevarse con él. El más resuelto de entre ellos era Rafael Arcís Bravo, joven, apuesto y entusiasta, hombre de acción como mayoral que era del ingenio *Palmarito* y familiarizado con la vida del campo. Villaverde, en el manuscrito inédito "Memorias del general Narciso López", que está en poder del autor de esta obra, lo describe como "...bastante mozo aún, enjuto de carnes, musculoso y agraciado de rostro". Jineteando junto a Narciso López, ambos habían simpatizado y ya en 1848, cuando la *Cons-*

piración de Trinidad, era uno de los hombres de confianza del caudillo y naturalmente se había unido a Armenteros como representante de aquél, después del fracaso habido en tiempos de Roncali. Por su movilidad, su arrojo y su popularidad, Arcís era un auxiliar utilísimo. El patriotismo animaba a su familia y un sobrino suyo, Alonso Arcís, figuraría entre los expedicionarios del *Virginius* cuando este buque fué capturado y llevado por los españoles a Santiago de Cuba, donde fué fusilado en las espantosas matanzas ordenadas por el brigadier Burriel.

Junto a estos dos hombres actuaba Fernando Hernández Echerri, más joven que ellos, igualmente valeroso; pero de mucha mayor preparación cultural. Hernández Echerri también era trinitario. Poeta, escritor y maestro, se había distinguido en los círculos literarios habaneros y en el famoso colegio *El Salvador,* de don José de la Luz y Caballero había recibido los enseñanzas de *Don Pepe* y había actuado, a su vez, como educador, mereciendo la amistad y los elogios del insigne forjador de la conciencia nacional cubana. Apenas si había cumplido los veinte y cinco años y los amigos que había hecho en La Habana comentaban admirados los sonoros versos y los elevados conceptos de sus odas *A la Libertad* y *A Gaspar Betancourt Cisneros* que, según Vidal Morales, figuraban en un cuaderno de composiciones inéditas que había denominado *Brisas de Cuba.* El propio Vidal Morales reproduce en su obra ([354]) el siguiente retrato físico y moral de Hernández Echerri, hecho por José Agustín Quintero, también poeta y revolucionario de la época.

> ...Hubo un joven que no llegó a completar sus treinta primaveras. Su cabello era rubio y naturalmente crespo, su frente meditativa y despejada, sus ojos azules y amorosos brillaban con resplandor intelectual y su boca mostraba la sonrisa de un corazón afectado por el dolor. Faz expresiva, figura gallarda, tipo del genio y de la bellaza varonil: tal era Fernando Hernández Echerri.
>
> ¿Quién que conoce la historia revolucionaria de Cuba no ha oído su nombre? ¿Quién que admira la nobleza, la generosidad y el talento, no ama su memoria? ¿Quién que aplaude el patriotismo y el valor no le consagrará en homenaje una lágrima y un recuerdo? Patriota y poeta fundía en su alma los elementos más puros del poder democrático. Tenía un corazón ardiente y percepción vivaz para explorar lo bello y sentir lo sublime en todas sus formas, gran talento, erudición, valor y una generosa, pero indomable independencia de espíritu.
>
> Su estilo era puro y elegante, con rayos intermitentes de luz y poesía. Filósofo y crítico, la fuerza de su lógica jamás cortó el elevado vuelo de su imaginación. Tenía admirable facilidad para aprender y brillar en géneros opuestos. Parecía que su alma se derretía cuando leía versos y que había lágrimas en aquella voz que ningún corazón sensible podía resistir.
>
> Creía que la resistencia al despotismo español era obediencia a Dios. Valiente, caballeresco y dominado por la fe de su espíritu, no vaciló en sacrificarse alzando el pabellón de independencia en la tierra nativa con un puñado de hermanos. Hecho prisionero, se le fusiló con el jefe del movimiento y otro compañero. Jamás había visto un campo de batalla; pero los que le conocían le hubieron aclamado por su caudillo. Semejante a Luis XII en Aignodel, en medio del peligro habría exclamado, dirigiéndose a los tímidos: *Que los que tengan miedo se coloquen a mi espalda.*

Pocos años después del fusilamiento de Hernández Echerri comenzó a publicarse en La Habana una revista quincenal que dirigían Néstor Ponce de León, Fernando Valdés Aguirre y Santiago de la Huerta, y en ella aparecieron varias composiciones poéticas del infortunado joven patriota, en dos de las cuales, el soneto *La Esperanza* y la epístola *A mi hermano Rafael,* llaman la atención las invocaciones a la Patria cubana con la promesa de que, una vez pasada la tormenta, vivirían todos los cubanos días de serenidad y de calma ([355])

Hernández Echerri no aparece mencionado en la biografía de Luz Caballero por Mesa Rodríguez, a pesar de haber sido alumno y maestro del Colegio *El Salvador* y no obstante sus merecimientos patrióticos y literarios. Su hermano José Rafael había sido alumno de Luz Caballero, allá por 1840, en el Real Seminario de San Carlos y San Ambrosio, y había merecido el afecto y el estímulo del gran mentor de la juventud cubana. Cuando fué a continuar sus estudios en España, ya había recomendado a su hermano Fernando, llamado a tan trágico fin, para que se educase junto a Luz Caballero y éste le tuvo como alumno y luego como maestro del famoso colegio que él dirigía. Vidal Morales y otros historiadores cubanos están contestes en que Fernando Hernández Echerri consultó con Luz Caballero su decisión de participar de la sublevación de Trinidad y que su maestro había tratado en vano de disuadirle de que lo hiciese, calificando su resolución de "locura generosa y estéril".

Lo que dejamos expuesto acerca del carácter y los antecedentes de Armenteros, Hernández Echerri y Arcís, demuestra que sus empeños revolucionarios no eran cosa momentánea, surgida al calor del entusiasmo provocado por la sublevación de Agüero,

en Camagüey, o por las expediciones de Narciso López. Estos patriotas, a quienes no acompañó la suerte en su empresa, hacía años que conspiraban y habían pasado por más de un descalabro sin que los fracasos les hiciesen desistir de su empresa. Como ocurría con todos los cubanos de la época y así seguiría por algún tiempo más, la política colonial de negar a los cubanos el servicio de las armas, que se inspiraba en lo ocurrido en las otras colonias españolas de América, que se habían independizado, determinaba que fuesen pocos los cubanos con experiencia militar y todavía menos los que estaban familiarizados con los deberes de un ciudadano libre. Se necesitaban más errores por parte de España y mayores abusos del despotismo colonial para que se pudiese hacer el reto definitivo a su dominación sobre Cuba. Armenteros, Hernández Echerri y Arcís, con sus otros compañeros, cumplían con su rol histórico en aquella etapa de la lucha por la independencia de Cuba y su esfuerzo, como su sacrificio, preparaban el camino de la liberación. De todos modos, ellos tres, el representante de la aristocracia criolla, el intelectual y el campesino, como los terratenientes, los profesionales y los obreros y guajiros que se les sumaron, blancos y negros, eran un corte seccional de la sociedad cubana de la época y su tentativa revolucionaria fué, por lo tanto, bien representativa del pueblo de Cuba y nadie tiene derecho a menospreciarla o a rebajarle su importancia o su significación patriótica.

3. Fracaso del alzamiento y captura de los patriotas.

Armenteros había serenamente adoptado las precauciones y las disposiciones que consideraba indispensables en un hombre que iba a jugarse la vida. Se encontraba en Cienfuegos con su familia y el 27 de junio había vuelto a Trinidad, acompañado por su esposa y unas sobrinas, que hacían las veces de hijas en aquel matrimonio sin descendencia directa. Hizo testamento y, fracasado el movimento que se había señalado para el 29 de junio, el domingo 13 de julio estaba en La Habana para una breve estancia durante la cual se entrevistó con el ilustre jurisconsulto Lcdo. Anacleto Bermúdez, ya para entonces uno de los principales jefes de los conspiradores habaneros, y además aprovechó el viaje para comprar en una imprenta de la Calzada del Monte un pequeño equipo de tipografía destinado a la impresión de proclamas y demás papelería de la revolución, que fué confiado al doctor Antonio Hidalgo, vecino de la farmacia *Celada*, en la calle de Jesús María, en Trinidad, a quien se encargó que tuviese listos los impresos para el día de la sublevación, como así lo hizo. El doctor Hidalgo huyó de Trinidad del 23 de julio, en el vapor *Táyaba*, para ir a La Habana, de donde siguió viaje a los Estados Unidos, y las autoridades españolas no pudieron encontrar la imprenta y tampoco la persona que se hizo cargo de ella al huir el Dr. Hidalgo y que tuvo el valor de repartir otra proclama, en Trinidad, el 28 de julio, cinco días después de efectuado el alzamiento.

Las declaraciones de los sublevados que cayeron presos y que aparecen en las varias causas incoadas por la Comisión Militar, en 1851, en Trinidad, permiten reconstruir el curso de los acontecimientos en cuanto a la tentativa revolucionaria de los trinitarios. Armenteros y Desiderio López, este último sargento de la Compañía Urbana de Milicias de Caballería, cuyo jefe era Armenteros, con media docena de hombres, más, salieron de Trinidad en la noche del 24 al 25 de julio para el punto de reunión que previamente se había escogido, en el Paso de Guanacualco o Coatzacoalcos, como en el puerto mexicano de ese nombre, situado sobre el río Manatí o Agabama, también llamado "de la barca del Manatí", por el andarivel que allí había. Cuando se efectuó la reunión ya figuraban en el grupo Rafael Arcís, José y Alejo Iznaga y Pedro Pomares.

El Lcdo. Francisco Pérez de Zúñiga, con Hernández Echerri, Ignacio Belén Pérez y otro grupo de patriotas, se reunieron en la casa de Real No. 51, en Trinidad, donde vivía el primero, en las primeras horas de la noche del jueves 24 de julio, y de allí partieron, montados y armados, por el que llamaban Camino de la Barranca, siendo aproximadamente las 8:30 p.m., hasta llegar a la quinta de Justo Germán Cantero, donde se les incorporaron ocho o diez hombres más, entre ellos Pío Bastidas, dueño de un potrero cercano, y este grupo traía más armas, las cuales se repartieron en un recodo del llamado Callejón de don Félix, de donde los alzados siguieron el camino del Corojal hacia el potrero de *Las Avispas*, en Yuraguano, propiedad del Lcdo. Pérez de Zúñiga, donde esperaban reunirse con Armenteros.

Hubo otra partida de sublevados, dirigida por Vicente de León, vecino de Trinidad, la cual quedó organizada en Loma del Puerto, al N. E. de Trinidad, y de allí marchó a caballo, con escala en el ingenio *Cacaibande*, de Gabriel Suárez del Villar,

concuño de Armenteros, sobre el Táyaba, y el potrero *Las Avispas*, de Pérez de Zúñiga, hacia Yuraguano.

Estas reuniones de pequeños grupos obedecían a un plan general, la dirección del cual la atribuye Vidal Morales a aquel infatigable, hábil y resuelto patriota que fué Juan Cadalso, mezcla curiosa de hombre de negocios y de conspirador. Administrador de los cuantiosos intereses de conde de Casa Brunet y otros terratenientes de la jurisdicción de Trinidad, Cadalso ocupaba una posición privilegiada para ir situando en diversos lugares, sin despertar sospechas, a los grupos de revolucionarios comprometidos a alzarse para que luego fuesen incorporándose a Armenteros. En algunos casos hubo quienes no cumplieron sus compromisos; pero, por lo general, en las escalas convenidas de antemano hubo uno, dos o más hombres, con o sin armas, listos para iniciar aquella aventura libertadora llamada a tan triste fin. Según las declaraciones de Jesús Entenza, en el ingenio *La Magua*, de Nicanor Cantero, más al Norte de *Cacaibande*, el administrador de la finca, nombrado Gabriel Sandoval, ofrecía soldada de veinte pesos mensuales a quienes se lanzasen a la revolución y logró reclutar treinta y dos hombres, no todos los cuales después siquieron a Armenteros ([360]). Este es uno de esos casos, en el plan general del alzamiento, de las reuniones parciales para una integración definitiva del grupo revolucionario, que parecen comprobar el dicho de Vidal Morales en cuanto a la incorporación escalonada de las partidas al núcleo principal, acaudillado por Armenteros, hasta llegar al paraje que había sido escogido para la proclamación de la independencia. El plan, sin embargo, era de difícil ejecución, ya que dejaba demasiada latitud a la iniciativa individual y al espíritu de resolución de cada uno de los conspiradores.

Según Vidal Morales, Armenteros no logró reunir más de nueve hombres cuando salió de Trinidad, mientras que Pérez de Zúñiga y Hernández Echerri formaron un grupo de apenas once hombres, al iniciar la sublevación. No obstante esto, los desertores Julián Fernández, Joaquín López y Nicolás Medinilla, blancos, y Francisco Valdés, de color, libre, quienes fueron apresados por las tropas españolas, el 29 de julio, en El Ocuje, declararon que cuando Armenteros llegó al paso de la barca del Manatí, su partida la formaban treinta y cinco hombres y a ellos cuatro "les obligaron" a incorporarse ([361]). Lamentablemente Vidal Morales no aclaró cómo supo lo de que el sargento Desiderio

López trató de disuadir a Armenteros para que no siguiese adelante con su proyectada sublevación porque no le habían respondido todos los que se habían ofrecido a apoyarle. Sin embargo, allí quedó esa afirmación en la por muchos conceptos recomendable obra de Vidal Morales, y hasta aparece el extracto de un supuesto diálago entre Armenteros y su subordinado, al final de cuya conversación Armenteros se ratificó en su propósito de lanzarse a la revolución y de ir a reunirse con las otras partidas que se habían formado, como así lo hizo. Este incidente, de ser cierto, viene a reforzar la tesis de que Armenteros era el jefe y el impulsor del movimiento de Trinidad, cosa que, por otra parte, inexplicablemente, Vidal Morales trata de desvirtuar para convertir a Hernández Echerri en la figura principal de la sublevación de Trinidad, hasta por delante de Armenteros, cuando lo cierto es que este último, con el Lcdo. Francisco Pérez de Zúñiga, eran los que realmente tenían autoridad de jefes entre los sublevados.

Entre los papeles que le fueron ocupados a Armenteros, cuando cayó prisionero, y que figuran en la causa instruída contra él, hay una hoja de papel azul encabezada por un escudo embanderado y de muy curiosos elementos. El cuerpo del escudo, rectangular, consta de cinco franjas verticales con los colores de las franjas de la bandera cubana; pero las banderas de los flancos presentan algunas diferencias fundamentales con la de Narciso López, que las hacen únicas en la historia de las banderas de Cuba, sin que aparezcan descritas en el estudio sobre la materia, hecho por el Dr. Enrique Gay Calbó ([362]). El triángulo ideado por López aparece en esa bandera; pero con la estrella de cinco puntas en el vértice más alejado del asta, y entre éste y la estrella hay una llave y un compás (símbolo masónico), entrecruzados. Al pie del dibujo aparece la dedicatoria "A la torre de Armenteros", seguida por estos versos, un poco cojos:

Esos mágicos colores
Que en esa torre se ostentan
A la patria representan
Libre de sus opresores.
El hombre que por temores
Tolere el yugo tirano,
Ese hombre no es nuestro hermano
Porque ama la esclavitud.
No puede tener virtud
Ni merece ser CUBANO.

Aquí hay prueba adicional de la jefatura de Armenteros, que pudiera completarse con las proclamas impresas en Trinidad y que constituían la declaración de la independencia de Cuba, firmada por el jefe o los jefes del movimiento. Desdichadamente, esas proclamas fueron arrancadas por manos desconocidas y hace muchos años, de los legajos que forman la documentación de la causa instruida contra Armenteros, y sus compañeros. A fojas 239-240 del Leg. 101, No. 1, clasificación moderna (antes Leg. 83, No. 9), de los fondos de la Comisión Militar, Archivo Nacional de Cuba, se describen las proclamas de Trinidad, dirigidas al pueblo y a la tropa, y se dice que están a fojas 33 y 34; pero han sido arrancadas de allí. Claro que hay derecho a esperar que esas proclamas fuesen de tono levantado, de expresión de nobles ideales y de exquisita redacción, ya que fueron redactadas por Hernández Echerri, cuyas virtudes patrióticas y méritos literarios ya hemos destacado, pero mientras no aparezcan o se aclare el misterio de su desaparición, tendremos que conformarnos con la declaración de Armenteros ante sus jueces, cuando dijo que "...la sublevación era con el fin de proclamar la independencia de esta Isla". No podemos contar en cuanto a Trinidad con la excelente información que sí hay en cuanto a la sublevación de Agüero, en Camagüey, que incluye hasta el manifiesto completo de la *Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe*.

Por cierto que en el curso del proceso surgió una seria descrepancia entre Armenteros y Hernández Echerri en lo que respecta a la redacción de las proclamas de Trinidad; pero esa discrepancia fué luego resuelta al practicar un careo entre ambos patriotas. En su declaración Armenteros reveló sin propósito acusativo y sólo como parte de la información que creyó pertinente, una vez fracasado el movimiento, que Hernández Echerri había redactado y hecho imprimir las proclamas revolucionarias de Trinidad, hoy desaparecidas, pero Hernández Echerri negó lo dicho por Armenteros y a su vez dijo que las proclamas habían sido redactadas por Betancourt Cisneros e impresas en los Estados Unidos, declaración que tenía por objeto escapar a mayores responsabilidades y confundir a los españoles quienes no podían llegar con sus furores a *"El Lugareño"*, en su refugio de Nueva York. El tribunal dispuso entonces un careo entre Armenteros y Hernández Echerri y este último entonces confesó ser el autor de las proclamas y el haberlas hecho imprimir, tal como en un principio había dicho Armenteros. Los dos patriotas se llevaron a la tumba el secreto de si este incidente había enfriado sus relaciones personales.

Ubieta publicó el texto de un pronunciamiento atribuído a los sublevados de Trinidad; pero por su redacción y por las ideas contenidas en el mismo, no puede ser una de las desaparecidas proclamas. Según el autor de las *Efemérides cubanas*, este pronunciamiento y otros más se encontraban en la causa instruída contra Armenteros, conservada en el Archivo Nacional. Si él los vió, el autor de esta obra no los encontró cuando en dos ocasiones trabajó con esa documentación. De todos modos, vale la pena transcribir lo publicado por Ubieta, que dice así, textualmente:

> En contestación al publicado el 26 de julio por el mentiroso Gobierno, es en todo igualito al de marras, en que salieron ahorcados tres Iznagas y un tal Villaverde lo mismo que el combate de Cárdenas y la muerte de don José Sánchez Iznaga. Sigan con sus boletines y sus cacareos, que nosotros les creemos a puño cerrado. Amén Güinia de Miranda, julio 28 de 1851. Imprenta Cubana. (363)

Las tres partidas, mandadas por Armenteros, Pérez de Zúñiga y Vicente de León, tenían que converger sobre el potrero *Las Avispas*, en Yuraguano, propiedad de los Pérez de Zúñiga, donde se completaría la concentración de los patriotas. El recorrido fué desalentador, ya que no se incorporaban a los grupos todos los individuos que habían ofrecido hacerlo. Armenteros, sin embargo, estaba más comprometido en la empresa que todos sus compañeros y ardía en deseos de demostrar que era capaz de cumplir lo que había prometido a su amigo, Narciso López. La marcha continuó, a pesar de todo, y el grupo encabezado por Armenteros hizo escala en los ingenios *Palmarito* y *Yaguaramas*, en los límites de aquel Valle de San Luis o de los Ingenios, donde estaba concentrada la mayor parte de la riqueza de Trinidad. Juan Cadalso había preparado las cosas, en todo lo posible, y allí se incorporaron Pedro Pablo Arcís, mayoral de *Palmarito*, Pedro José Pomares y sus dependientes y amigos hasta reunir unos veinte y ocho hombres, casi todos armados con mosquetes o pistolas, aunque sin estar familiarizados con su manejo.

La marcha fué rápida, porque a las siete de la mañana del miércoles 25 de julio, según la declaración del testigo Rafael Hernández, vecino de Río de Ay y empleado en la estancia de

los Pérez de Zúñiga, en Río de Las Cañas, el grupo del cual él formaba parte y que era mandado por Francisco Pérez de Zúñiga, efectuó su reunión con el que seguía a Armenteros y en el que figuraban Rafael Arcis, José Iznaga e Ignacio y José Lisiano.

Ya estaban en el potrero *Las Avispas*, en Yuraguano, y aunque Vidal Morales afirma que Pérez de Zúñiga y Hernández Echerri, habían esperado allí "con unos once hombres muy jóvenes, desarmados y a pie", el testigo Rafael Hernández afirmó en sus declaraciones que cuando salió con Pérez de Zúñiga, de Trinidad, ya iban armados, y que cuando llegaron a la Quinta de Cantero, por el Camino de la Barranca, se les incorporaron ocho o diez más, entre ellos Pío Bastidas, con más armas, que se repartieron.

En el camino hacia el punto de reunión ya hubo el primer acta de hostilidad contra el régimen colonial, cuando la partida de Armenteros interceptó al correo que iba de Camagüey para La Habana, en un paraje del tramo entre Sancti Spíritus y la Hacienda del Quemado, sobre el camino real. Fué ocupada la correspondencia oficial, que enviaba el mariscal Lemery al Capitán General Concha y en la cual le daba cuenta del fracaso de la sublevación de Joaquín de Agüero y sus compañeros, quienes ya habían caído en poder de las autoridades españolas, las cuales les seguían proceso sumarísimo. Los despachos fueron leídos y produjeron la más penosa impresión en los patriotas trinitarios; pero se acordó mantener en secreto entre los jefes las noticias que acababan de saber a fin de no descorazonar a los demás sublevados, y se insistió en seguir adelante con el empeño revolucionario.

Según Armenteros, al efectuarse la concentración a orillas del arroyo Yuraguano, ya el grupo de sublevados lo formaban sesenta y nueve hombres. Se hicieron visitas de reclutamiento a San Francisco, Mayaguara, Naranjo y Güinía de Soto, sin grandes resultados. Siguió la marcha el curso del Yuraguano, en dirección a Güinía de Miranda, entonces un poblado de cierta importancia sobre el camino a Santa Clara; pero antes de llegar a él, en el potrero *Limones*, tuvieron lugar las ceremonias de la declaración de la independencia de Cuba por los sublevados de Trinidad y también se acordó la organización del grupo revolucionario con ciertos lineamientos militares que pudieron haber sido mejores si tenemos en cuenta que Armenteros, López y algunos otros de los sublevados eran hombres con experiencia en asuntos de la milicia.

Los documentos auténticos de la Revolución de Trinidad, en los que debían aparecer la relación de agravios del pueblo cubano y los objetivos del movimiento, han sido arrancados del legajo correspondiente del Archivo Nacional, en el que debieran estar. Por ello, mientras no aparezcan eso papeles o copias genuinas de los mismos, pues consta que se imprimieron manifiestos y proclamas y que se repartieron por entonces, tenemos que conformarnos con los publicados por Vidal Morales y con la declaración de Armenteros ante sus jueces, cuando dijo que la sublevación era "...con el fin de proclamar la independencia de esta Isla". Basta ella, sin embargo, con su brevedad, para confirmar que se trataba de un movimiento revolucionario que buscaba hacer libre a Cuba y que no tenía propósitos anexionistas.

Las proclamas publicadas por Vidal Morales son únicas, pudiéramos decir y mientras no se demuestre lo contrario, deben corresponder con las dos que faltan en el legajo del del Archivo Nacional que comprende la causa instruída por los sucesos de Trinidad, en 1851. No hay razón alguna para rechazarlas como las redactadas por Hernández Echerri, impresas en la tipografía clandestina de la botica de *Celada*, en Trinidad, leídas ante Armenteros y los demás patriotas, formados en el potrero *Limones*, y constitutivas del pensamiento político de los trinitarios. Por todas esas circunstancias es que resulta imprescindible conocer y analizar sus textos, mucho más por la tesis mantenida en esta obra en cuanto a que los verdaderos movimientos revolucionarios de la época de Narciso López, diferenciados de la intrigas de los esclavistas que sólo buscaban la anexión sin mayores dificultades para sus intereses, eran republicanos y buscaban la independencia de Cuba y no su incorporación a los Estados Unidos o a otro país. En el caso de Joaquín de Agüero y sus bravos compañeros de Camagüey, más afectos a Gaspar Betancourt Cisneros que a Narciso López, ya pudimos destacarlo así con el análisis de su "Declaración de Independencia", fechada a 4 de julio de 1851. Hagamos lo mismo ahora con las proclamas de Trinidad que publica Vidal Morales y tengamos en cuenta que Armenteros fué uno de los patriotas más identificados con Narciso López desde la *Conspiración de la Mina de la Rosa Cubana*,

y que lo mismo ocurrió con Arcís y que hay razones para suponer que Hernández Echerri fué el contacto para la entrevista entre Luz Caballero y Narciso López, relatada por Suzarte y recogida en el primer volumen de esta obra, o sea, que los jefes de la sublevación de Trinidad eran todos ellos hombres de relación directa con López y que seguían sus inspiraciones.

Vidal Morales sitúa a las un tanto desconcertadas huestes de Armenteros como reunidas en el potrero *Limones*, que él parece localizar cerca de Güinia de Miranda; pero que mas bien está en las inmediaciones del arroyo Yuraguano, sobre el camino que iba hacia aquella población. La fecha impresa al pie de las proclamas incluye la localización de la declaración de la independencia como hecha en Güinia de Miranda, entonces un villorrio de alrededor de trescientos vecinos; pero lo cierto es que los sublevados no llegaron a ese pueblo. Acampados en el potrero *Limones* desde el atardecer del viernes 25 de julio, los jefes del movimiento afectaban no dar importancia al incumplimiento de sus compromisos por parte de muchos de los que habían ofrecido sublevarse junto a ellos y quisieron galvanizar el espíritu de los patriotas con una solemne demostración de firmeza y de fe en el porvenir de la revolución. Para ello se ordenó que los reclutas de la causa de Cuba Libre, en su inmensa mayoría rústicos que allí estaban por devoción y simpatía personales en cuanto a los dirigentes, unidas a un sentimiento bastante impreciso por la independencia de Cuba, se agrupasen ante los hombres a quienes habían seguido en aquella aventura y que sí eran de mayor preparación, actuaban con conocimiento de causas y se movían por ideales patrióticos madurados durante largos años. En el grupo director sin duda estaban Armenteros, hacendado, ex-regidor, coronel de milicias y prominente vecino de Trinidad, Hernández Echerri, escritor, poeta y educador, los dos primos, Francisco Pérez de Zúñiga e Ignacio Belén Pérez y Pérez, abogados y antiguos alumnos de Luz Caballero, los Iznaga, de estirpe revolucionaria y acaudalados, Néstor Cadalso, hijo del insigne patriota Juan Cadalso, Juan O'Bourke, de Cienfuegos, emparentado con Armenteros y joven que había hecho algunos estudios, y Pedro José Pomares, rico terrateniente de la jurisdicción de Trinidad. Lo más probable es, por la descripción que se hizo luego en cuanto a lo actuado, que Rafael Arcis, quien no cedía a nadie en cuanto a patriotismo; pero cuya vida siempre había sido la de un campesino colocado por su energía y diligencia en puestos de mando, estuviese con los suyos, en el grupo que miraba hacia los jefes.

La justificación intelectual del movimiento revolucionario estuvo a cargo de Hernández Echerri, por educación, por temperamento y hasta por vocación, el ideólogo de aquel desafío a la dominación española en Cuba. Con voz clara y resuelta leyó la proclama dirigida "A los hijos de Cuba", cuyo texto, según Vidal Morales, era como sigue:

> Sonó por fin la hora señalada por los destinos para la libertad de Cuba, de esta parte preciosa del país de Hatuey, tan inicua como atrozmente perseguida por los descendientes de los impíos vencedores de aquel inocente cacique. Puerto Príncipe nos ha dado la señal; y oprobio y mengua sería que los demás pueblos de Cuba no secundasen el movimiento revolucionario á que han dado principio con tan buen éxito nuestros hermanos de aquella provincia.
>
> Cubanos: Quinientos trinitarios, entre los que se cuenta lo más granado y florido de esta Capital del Centro en riqueza, saber, virtud y patriotismo, se levantan como un solo hombre para redimir la patria de su oprobiosa servidumbre; nuestros campos inundados de valientes que rivalizan en destreza, valor y perseverancia con los invencibles llaneros de la América del Sur, nos esperan con impaciencia, ansiosos por aniquilar de una vez y para siempre la dominación española en esta tierra de Cuba.
>
> Cubanos: Volemos todos al combate, donde nos aguarda el triunfo; donde la gloria nos prepara sus laureles inmarcesibles é imperecederos. El Dios de los ejércitos nos tiende su mano protectora siempre de la razón y de la justicia. Una expedición formidable, capitaneada por insignes generales, se apresta con la velocidad del relámpago en las playas de la gran confederación norteamericana para volar á nuestro socorro. Narciso López, el hijo predilecto de Marte, tan temido del Gobierno por sus inmortales hazañas, y odio á la tiranía, sembrará en breve, entre nuestros opresores, el terror y el espanto, y con su espada redentora los hará huir despavoridos para siempre de nuestras hermosas playas.
>
> Compatriotas: unidos todos desde la Punta de Maisí al cabo de San Antonio, proclamemos nuestra independencia y con las armas en la mano conquistemos nuestra libertad.
>
> Güinia de Miranda julio 24. *Imprenta Cubana* (364)

Esta proclama, redactada por Hernández Echerri, como él mismo finalmente hubo de admitir, en un careo con Armenteros, es toda ella de firmes sentimientos cubanos, sin sombra alguna de propósitos anexionistas, cosa ésta que, sin embargo, sí se encuentra en documentos de Bayamo (1868) y Guáimaro (1869).

pero es a los patriotas de 1848-1851 a quienes historiadores superficiales, mal informados o que imitan con lamentable ligereza a los escritores españoles más apasionados, siguen acusando de anexionistas. Es a Narciso López y a sus compañeros a quienes se trata de rebajar sus méritos patrióticos, presentándoles como hombres que, si enemigos de la dominación española, eran partidarios de la anexión de Cuba a los Estados Unidos.

Sin embargo, ahí está la solemne declaración de los patriotas de Trinidad, de 1851, todavía más identificados con López que los camagüeyanos, y en ella el llamamiento es por la independencia y la libertad de Cuba, sin alusión siquiera al anexionismo que solamente sentían los grandes hacendados y esclavistas de la época, más interesados en la conservación de sus privilegios junto a los Estados Unidos, nación con esclavos, que en Cuba Libre.

Es presumible que en la propia reunión del potrero *Limones* se conociese el texto de la otra proclama de Hernández Echerri, la dirigida a los soldados españoles que estaban de guarnición en Cuba. Cierto que duplica conceptos con anterioridad aparecidos en otras proclamas, firmadas por Narciso López, a partir de 1848, y también dirigidas a las tropas del coloniaje; pero como que los pensamientos contenidos en esta otra proclama de Trinidad, reafirman las aspiraciones de los patriotas de 1851 en favor de la independencia, vale la pena transcribrila aquí. Dice así:

AL EJERCITO ESPANOL

Soldados; Llegó el momento en que esta preciosa parte del país que habitáis se levante para romper de una vez las cadenas que lo oprimen: nuestros hermanos de Puerto Príncipe nos han precedido en la noble empresa de libertar la Patria y un éxito brillante ha empezado á coronar sus esfuerzos; el Gobierno se encuentra en una posición desesperada, falto de recursos, sin simpatías, sin confianza en vosotros mismos, pues muchos de vuestros valientes hermanos en Puerto Príncipe se han alistado en las filas de los patriotas y temiendo la próxima llegada del valiente y esforzado General Narciso López, su pérdida es segura, infalible su derrota. Si seguís al partido de ese Gobierno sanguinario y corrompido, que sin campasión alguna os ha arrancado de vuestros hogares en la flor de la juventud para traeros á Cuba á oprimir á vuestros hermanos, os daría el mismo premio que á los que en su defensa se sacrificaron en todo el continente de América; si escapáis de una muerte casi segura, la miseria y la desesperación serán vuestra recompensa.

Nosotros, si venís á nuestras filas y contribuís á libertar á Cuba, os recibiremos como amigos, como hermanos, os trataremos como á hombres libres y recompensaremos con usura vuestros servicios. Cada soldado de vosotros que se aliste en nuestras filas tendrá una gratificación de *doce onzas de oro y una caballería* de tierra tan pronto como el país, libre de tiranos, recobre su tranquildiad, y durante la campaña recibirá la paga de *cinco reales diarios.*

Soldados: Escoged entre los dos partidos; en nuestras filas seréis ciudadanos libres que pelean por la causa de la humanidad y el progreso; en las filas contrarias seréis tratados como bestias, sin consideración alguna á vuestra dignidad de hombres. Si á pesar de todo os obstináis en continuar prestando vuestros servicios á un gobierno que os tiene tan oprimidos y degradados, si os seducen sus insidiosas promesas, en el campo os esperamos sin encono ni temor; pero os esperamos dispuestos á derramar nuestra última gota de sangre en defensa de la santa causa de la independencia y de la libertad de Cuba.

Güinia de Miranda.—*Imprenta Cubana.*

Como se ve, este segundo documento, del mismo tono que el anterior, tampoco contiene la más ligera alusión anexionista y se relaciona todo él, como en la misma declaración de Armenteros ante sus jueces, con la independnecia de Cuba.

La descripción de aquel acto memorable de afirmación revolucionaria agrega que el propio Armenteros dirigió la palabra a los reunidos, tras la lectura de las proclamas, y les exhortó para que continuasen en sus dignos y viriles propósitos, como dice Vidal Morales, aunque hay motivos para presumir, por lo que ocurrió después, a las primeras pruebas de energía y de constancia, que no pocos de los sublevados permanecieron bastante ajenos al solemne compromiso que acababan de contraer y hasta hubo quienes todavía no comprendieron lo tratado allí.

Armenteros fué confirmado como jefe militar de la sublevación, con el Lcdo. Pérez de Zúñiga como su segundo, y procedió en seguida a dividir sus fuerzas en dos compañías, al mando de los capitanes Lcdo. Ignacio Belén Pérez y José María Iznaga Valdespino. El joven Juan O'Bourke, de Cienfuegos, emparentado con Armenteros, fué nombrado alférez y los sargentos primero y segundo fueron Alejo Iznaga Miranda y Pedro José Pomares.

Al lector extrañará, como también extraña al historiador, el hecho de que Fernando Hernández Echerri, el sargento Desiderio López y el denodado Rafael Arcís, no tuviesen mando ni grado en la organización de las huestes revolucionarias en el po-

trero *Limones*. ¿Habrían surgido rivalidades entre los patriotas ya en aquellos primeros momentos? ¿Produjeron esas designaciones algún descontento entre los que pudieran considerarse postergados? ¿Influyó todo esto en el rápido fracaso de la sublevación, sin resistencia digna de ese nombre? Ni los tres patriotas ejecutados en *Mano del Negro*, ni los sobrevivientes, ni sus contemporáneos, dejaron información alguna sobre estos extremos, como uno más de los misteriosos silencios de los trinitarios sobre el alzamiento de 1851: pero sí se observaron en el proceso algunos desacuerdos y más de una contradicción en las declaraciones que pudieran ser interpretados como demostraciones de que los sublevados de Trinidad tuvieron algunas discrepancias y carecían de disciplina, como veremos más adelante.

Al revistar a sus reclutas advirtió Armenteros que cierto número de ellos todavía no tenían armas de fuego y pidió un voluntario para que, al frente de una partida de sublevados, fuese a apoderarse de las que hubiese en los ingenios de la jurisdicción. Rafael Arcís Bravo, uno de los más resueltos conspiradores trinitarios, iniciado en el complot desde que Narciso López organizó la llamada *Conspiración de la Mina de la Rosa Cubana*, fué quien se ofreció para dirigir y llevar a cabo aquella acción de guerra, con la cual quedaba señalado para la represión española. Solicitó Arcís que le permitiesen escoger los hombres que le acompañarían en su empresa y así se le autorizó. Los que seleccionó eran campesinos bien montados y con armas de fuego, a quienes él conocía muy bien. Formaron un grupo de quince hombres y con Arcís a su frente llegaron los patriotas al ingenio *Sacra Familia*, del hacendado español Juan Fernández, situado entre Condado y Mayaguara, a la hora del almuerzo. El mayoral y los otros empleados estaban sentados a la mesa cuando Arcís y sus hombres echaron pie a tierra en el batey. Unos cuantos de ellos quedaron al cuidado de las cabalgaduras y Arcís, machete al cinto y trabuco en mano, irrumpió en el comedor seguido por los que estaban mejor armados del grupo. La sorpresa fué completa, tanto que los españoles no pudieron oponer resistencia cuando Arcís les exigió que entregasen todas las armas y pertrechos que había en el ingenio. El mayoral, quien ya se sospechaba lo que había tras aquella exigencia, trató de ganar tiempo y preguntó que con qué autoridad se hacía aquella demanda, y Arcís, bien terminante, dió una palmada en la culata de su trabuco al mismo tiempo que agregaba: *Con ésta*, es decir, con el arma que portaba. Allí se recogieron escopetas, pistolas y municiones y el grupo siguió la marcha hacia el ingenio *Mayaguara*, del vizcaíno Pedro Choperena, donde se hizo la misma requisa y así también en *Güinia de Soto*, de Justo Germán Cantero, y en *Algaba*, de Pío Bastida, sobre el valle del Caracusey.

Tres acémilas cargadas con armas y pertrechos formaban la impedimenta de la partida mandada por Arcís y que no había tenido necesidad de combatir para lograr lo que se quería. El recorrido, de muchos kilómetros y por terrenos accidentados, requirió muchas horas y no fué hasta la mañana siguiente que Arcís y los suyos comenzaron a descender del lomerío para volver al punto de reunión en el potrero *Limones*. Los avisos de todas las fincas visitadas, sin embargo, al mismo tiempo llevaban la noticia de lo ocurrido hacia Trinidad, Sancti Spíritus y Villaclara.

Armenteros y el grueso de sus fuerzas habían pasado la noche en angustiosa espera y temiendo lo peor; pero con las primeras claridades del día pudieron divisar al grupo de gente armada que bajaba por los senderos de las lomas hacia la llanura del Yuraguano. Poco tardaron en precisar que se trataba de Arcís y los suyos, quienes habían agregado las bestias de carga. Cuando ya estuvieron a una distancia adecuada Arcís dió su primer grito de ¡Viva Cuba Libre! coreado por el grueso de las fuerzas. Era la primera vez que libremente se aclamaba la independencia de Cuba, en son de guerra, en el territorio de Las Villas, y aquellos patriotas se sentían enardecidos con los primeros éxitos alcanzados, que habían sido mayormente fáciles. Conocedor de la jurisdicción, y también de la estructura del gobierno colonial y de sus recursos, no se le ocultaba a Armenteros que muy pronto tendría en su persecución las tropas que vendrían de las "Cinco Villas" para converger sobre los valles de la región de Trinidad, donde las ventajas serían todas de los soldados regulares.

Su decisión, pues, aceptada por todos, fué la de internarse en la región montañosa que se extiende desde Trinidad hacia Manicaragua y luego en dirección a Cienfuegos, la cual podía ofrecerle un refugio bastante seguro para organizar debidamente sus bisoñas huestes y disciplinarlas de modo que después pudiesen medirse con las tropas españolas con mayores probabilidades de éxito. El plan era bueno; pero se había perdido un tiempo precioso para su adecuado desarrollo y entre los sublevados no ha-

bía ni la identificación necesaria ni la resolución indispensable para llevarlo adelante.

Ya dentro de las montañas los patriotas acamparon la noche del 25 de julio, dice Vidal Morales, aunque quizás si fué la del 26, en el potrero *Naranjo*. La inquietud y la desorientación comenzaban a infiltrarse entre los más timoratos y la acogida que recibían en su camino no era de las más alentadoras. Además, en algunos parajes había noticias acerca de movimentos de tropas españolas que iban o a su encuentro o en persecución suya. En *El Naranjo* desertaron Julián Fernández, Joaquín López, Nicolás Medinilla y el pardo libre Francisco Valdés, cuando todavía había el propósito de llegar a Güinía de Miranda, y así lo declararon ellos mismos en el proceso incoado. Lo mismo hizo por entonces, según su propio testimonio, Manuel de Jesús Borges, vecino del Partido de San Francisco, quien se separó de la partida, al pasar por Santa Ana, el día 26. Todo esto ya parece indicar que los sublevados de Trinidad distaban mucho de tener la unidad de propósitos y de acción que se requería para su empresa, aun antes de tener su primera prueba de fuego.

Desde *El Naranjo* la marcha fué en dirección N. O., por las lomas del Yabunal hacia Jibacoa, ya en los límites de la jurisdicción de Trinidad con la de Cienfuegos. Dejaban a su izquierda el Pan de Azúcar y se internaban en las fragosidades de las llamadas Lomas de los Negros, que por mucho tiempo habían sido el refugio de cimarrones apalencados. En el valle de Jibacoa estaban a unos cincuenta kilómetros de Trinidad e hicieron alto en el hato perteneciente al Ayuntamiento de Trinidad y en el cual había unos pobres rebaños cuyos vaqueros carecían de noticias. Aquel valle, de cerca de veinte kilómetros de largo por ocho de ancho, comunicaba hacia el N. con la Siguanea, región central de Las Villas y al S. con la Sierra del Yabunal, en dirección a Trinidad. Un camino de herradura, angosto y serpenteante, era la única vía de comunicación de N. a S., y el monte firme cubría las laderas del lomerío y buena parte del fondo del valle en el que, además, el pobre desagüe del mismo formaba lagunas y ciénagas. Había allí buenas posibilidades de completar la organización y el adiestramiento de los sublevados para que luego pudiesen combatir con efectividad; pero por razones que nunca llegaron a saberse, el alto fué breve. Vidal Morales aventura la opinión de que Armenteros y sus hombres querían llegar a Manicaragua para invadir después la jurisdicción de Villaclara, donde esperaban ser bien recibidos; pero no hay un solo dato conocido que confirme esa hipótesis y los villaclareños de la época, según todos los historiadores, fueron ajenos a los movimientos revolucionarios de la época de Narciso López.

La conclusión que se desprende del recorrido de los sublevados de Trinidad, con sus marchas y contramarchas, es la de que iban sin rumbo fijo y que si alguno tuvieron en un momento dado, era en dirección a las boscosas anfractuosidades de la Siguanea, en los límites de la comarca cienfueguera, que Armenteros, O'Bourke y otros de los patriotas tenían motivos para saber que ofrecían un buen refugio.

Ni en las declaraciones de los prisioneros, antes o después de la sentencia dictada, ni en relatos que pudieron haber dejado los que escaparon a la represión española y que fueron muchos, hay datos fehacientes que permiten reconstruir lo ocurrido a aquel grupo de más de sesenta hombres armados, entre los cuales los había que eran estudiantes universitarios, con capacidad para escribir. El mismo Juan O'Bourke, quien dejó una memoria muy detallada de su cautiverio en Africa y de la fuga del presidio de Ceuta hecha por él y varios de sus compañeros de Trinidad, no relató los incidentes del fracaso de la sublevación de Trinidad. pero mientras no aparezca alguna más completa información acerca de aquellos sucesos, no queda más remedio que pensar que los patriotas trinitarios no se mostraron muy interesados en dejar el recuerdo detallado de su actuación.

El domingo 27 de julio encontró a los sublevados marchando desde Jibacoa hacia Siguanea y luego en dirección a Caobilla del Guayabo, en las estribaciones de la sierra, desde donde podían encaminarse hacia Manicaragua, por donde pasaba el bastante frecuentado camino de Villaclara a Trinidad. Fué en esas cercanías donde Armenteros tuvo las primeras noticias de que habían sido despachadas en su contra, desde Villaclara, tropas del Regimiento de Infantería de Zaragoza y del Regimiento de Caballería de La Habana, a las cuales no habría podido hacer frente con sus bisoñas huestes. Torció el rumbo en dirección a Barajagua hacia el Oeste para llegar a su ingenio, llamado *Laberinto*, sobre el Damují, en las cercanías de Abreus, desde donde era fácil refugiarse en la Ciénaga de Zapata; pero no tardó en enterarse de que había salido de Cienfuegos una columna de operaciones man-

dada por el coronel Pantaleón López Ayllón y de la que formaban parte, junto a los tropas regulares, las fuerzas de *Voluntarios urbanos*, vecinos de la Perla del Sur. Hubo una nueva contramarcha, esta vez retrocediendo hacia la jurisdicción de Trinidad; pero con tan poca suerte que chocaron con las avanzadas del Regimiento de Tarragona que, mandado por el coronel Miguel Barón, había salido de Trinidad sobre el rastro de los alzados. Se produjo una escaramuza en que se cambiaron algunos disparos, sin que hubiese bajas; pero los hombres de Armenteros se replegaron con la noticia de que fuerzas militares venían en su seguimiento. El efecto de esta noticia sobre aquellos hombres que no habían sido fogueados, fué desmoralizador. Hay que convenir en que, con toda su experiencia en la milicia, Armenteros no pudo inspirar resolución y confianza a sus parciales. Pidió un práctico para que guiase a la pequeña partida hasta un lugar seguro; pero no había quien conociese aquellos vericuetos y existía el peligro concreto de que se efectuase la conjunción de las tropas que venían de Manicaragua con las que llegaban de Trinidad, para cogerles entre dos fuegos. Por el lado de Barajagua, además, avanzaba la columna procedente de Cienfuegos. Así las cosas se tomó la primera vereda que había a mano y que conducía al corazón de la región montañosa de la Siguanea; pero al cabo de pocas horas los fugitivos se encontraron con que aquel sendero llegaba al pie de una loma pedregosa y de extremada pendiente y moría allí. ¡Estaban atrapados! Quedaba el recurso extremo de escoger posiciones adecuadas para defenderse y quizás si escapar del cerco, más tarde; pero, inexplicablemente, lo que se produjo fué una completa crisis de autoridad. La orden de echar pie a tierra fué interpretada, como dice Vidal Morales, como una consigna de ¡sálvese quien pueda!, y la mayoría de los sublevados abandonaron sus caballos y las armas y municiones, dispersándose en distintas direcciones con la esperanza de que así les sería posible escapar a la persecución de las tropas españolas. Los días 29 y 30 de julio casi sin lucha digna de ese nombre, se había liquidado el movimiento revolucionario de Trinidad, tan laboriosamente preparado y que apenas si había durado una semana. En El Ocuje, cerca del Hanabanilla, fueron capturados varios de los que pretendían internarse en la jurisdicción de Cienfuegos.

De los primeros en caer prisioneros fué el noble e idealista Hernández Echerri, poco acostumbrado a los rigores de aquellas marchas y contramarchas y quizás si un poco desilusionado con

el curso de los acontecimientos, pero el teniente de caballería del ejército español Rafael Ruiz de Apodaca, quien lo capturó con otros diez de los fracasados revolucionarios, trató de salvar aquellas vidas y los dió como presentados de acuerdo con la oferta que el coronel Barón, gobernador de Trinidad, había hecho por medio de un bando en el que prometía que serían indultados de la pena de muerte los sublevados que se presentasen a las autoridades coloniales. El oficio en que el coronel Barón, desde La Siguanea, comunicaba al coronel Cruz Romero, de guarnición en Trinidad, la captura de Hernández Echerri y otros treinta y dos patriotas, claramente decía que se habían "presentado", o sea, que de manera oficial se les declaraba elegibles para los beneficios del decreto de indulto. Sin embargo, a dos de ellos, Hernández Echerri y Arcis, se les fusilaría días más tarde cuando las autoridades españolas renegaron de su promesa.

El parte oficial del coronel Barón, según la copia literal enviada al coronel Cruz Romero, publicada por Vidal Morales, decía así:

> —Con esta fecha digo al Excmo. Señor Capitán general y Excmo. Sr. Comandante general del Departamento del Centro lo siguiente: Excmo. Señor: He continuado sin descanso las batidas sobre las sierras donde se abrigaron los individuos que componían la facción dispersa, siendo el resultado el haberse presentado ya los treinta y tres comprendidos en la relación adjunta. La batida de mañana la haré en combinación con las fuerzas que al mando de los Tenientes Gobernadores de Villaclara y Cienfuegos han concurrido tan oportunamente a este punto limítrofe de las tres jurisdicciones y equidistante de sus respectivas capitales. Lo que traslado á usted con inclusión de la precitada relación. Dios guarde á V. muchos años. La Siguanea, 29 de Julio de 1851. (f) Miguel Barón. Señor Comandante del Regimiento de Infantería de Tarragona, Don Pedro C(ruz) Romero.
>
> Relación de los individuos que se han presentado hasta el día de la fecha procedentes de la facción dispersa:
>
> Don Fernando Hernández Echerri, Don Néstor Cadalso, Don Ignacio Belén Pérez, Don Alejo Iznaga, Don Juan O'Bourke, Don Rafael Arcis, Don José María Rodríguez, Don José Antonio González, Don Joaquín López, Don Fernando Medinilla, Don Nicolás Medinilla, Don Jesús Medinilla, Don Cristóbal Sarosa, Don Ignacio Colina, Don Jesús Colina, Don Vicente de León, Don Juan Quesada, Don Toribio García, Don Pedro Vera, Don Avelino Posada, Don Cruz Birbas, Don Pedro Pomares, Don José Guillermo Jiménez, Dan Manuel del Sol, Don José Tenreyro, Don Julián Fernández.

Pardos pertenecientes á la misma facción: Caridad Guevara, Manuel Rivera, Mariano Borrell, Narciso Peña, Santiago Calderón, Francisco Valdés, José Dolores, esclavo del conde Brunet'.

Lo que he dispuesto se publique por medio de boletín extraordinario para general inteligencia. Trinidad, 30 de julio de 1851. (f) Cruz Romero.

En cuanto a esta relación lo primero que llama la atención es el hecho de que Armenteros ya estaba separado de sus dos compañeros, Hernández Echerri y Arcís. El historiador no puede menos de volver a la preocupación que más de una vez ha expuesto en el curso de esta obra. ¿La separación de los jefes iniciales del movimiento fué solamente circunstancial, en el momento de la dispersión final, u obedecía a divergencias de opiniones, también? Cuatro de los individuos de esta relación, Nicolás Medinilla, Julián Fernández, Joaquín López y el pardo Francisco Valdés, aprehendidos el 29 de julio en El Ocuje, ya trataron de descargar su responsabilidad sobre Armenteros y le acusaron de que les había obligado con las armas, a incorporarse al movimiento, en el andarivel del Manatí. Además, en segundo término, hay que señalar el hecho de que no se menciona un solo caso de resistencia a la aprehensión, es decir, que hasta hombres de fibra como Arcís, Iznaga, O'Bourke, Ignacio Belén Pérez, Hernández Echerri y Pomares, por no citar sino a los más conocidos de entre los detenidos del 29 de julio, se dejaron desarmar y asegurar por sus captores, para ser llevados a Trinidad, sin que vendiesen cara su efímera libertad o prefiriesen la muerte a la prisión. Esto no es concebible entre revolucionarios sino cuando ha ocurrido una previa crisis emocional de primera magnitud, que los desconcierta y los desalienta, quitándoles el ánimo para la lucha.

Pocas horas después ocurrió la prisión de Armenteros, el desdichado jefe supremo de la sublevación de Trinidad. En la documentación existente en el Archivo Nacional hay testigos que alegan que Armenteros fué interceptado en su camino, cerca del Hanabanilla y que trató de engañar al cabo y cuatro soldados que le dieron el alto, diciéndoles qué él se llamaba Nicolás Pinto; pero que le encontraron un sable y finalmente se identificó. No obstante esos testimonios oficiales, el parte oficial de 30 de julio de 1851 sobre la aprehensión de Armenteros, publicado en Trinidad como boletín extraordinario y firmado por el coronel Cruz Romero, decía como sigue:

...Al Excmo. Señor Capitán General digo con esta fecha lo siguiente. Excmo. Señor. A las doce de la noche recibí aviso de que en el puesto que tenía situado en el paso del río Hanabanilla, llamado del Guayabo (hoy Caobilla del Guayabo), se había presentado Don Isidoro de Armenteros al Teniente del Regimiento de Tarragona Don José María Espinosa, manifestándole que se acogía á la piedad de S. M. y del Excmo. Señor Capitán General. Inmediatamente me trasladé al dicho puesto, distante una legua de donde me hallaba, y después de haber adoptado las disposiciones convenientes, lo manifiesto a V.E. para su conocimiento; así como que hallándose en mi poder el jefe de los sublevados, creo poder regresar á Trinidad después de la batida general que dentro de pocas horas tendrá lugar por las sierras inmediatas, en virtud de que habiendo desaparecido la causa que motivó mi salida de aquella ciudad, podré tomar algún descanso del que absolutamente carezco, hace cinco días. Lo que traslado á V. para su conocimiento. Dios guarde á V. muchos años. Potrero de Guayabo á las tres de la madrugada á 30 de julio de 1851. (f) Miguel Barón. Señor Comandante del Regimiento de Tarragona.

En este oficio el coronel Barón se refiere exclusivamente a Isidoro de Armenteros y también de manera oficial dice que "se había presentado" y hasta que se acogía al indulto decretado dos días antes; pero esto no obstante, Armenteros fué exceptuado de la gracia prometida y pagó con su vida el generoso empeño de libertar a Cuba.

El sargento Desiderio López, hombre de confianza de Armenteros, no pudo ser arrestado y tampoco fué de los que creyeron en la promesa de indulto. Se ocultó como pudo y escapó a la venganza política española, aunque con la pérdida de sus bienes. El Lcdo. Francisco Pérez de Zúñiga, segundo jefe de los sublevados, no siguió la triste suerte de su primo, el Lcdo. Ignacio Belén Pérez, enviado al presidio de Ceuta. Acosados y cercados los dispersos fugitivos por las tropas españolas y casi sin poder andar por las heridas que tenía en las piernas, Pérez de Zúñiga y un sirviente suyo, de color, que le había seguido en aquella aventura, treparon a un frondoso árbol y allí permanecieron ocultos durante muchas horas, mientras los españoles recorrían el bosque en distintas direcciones. Cuando se dieron por terminadas las batidas que buscaban capturar el resto de los sublevados, salieron de su escondite y con infinitas precauciones llegaron al bohío de un esclavo africano que trabajaba en un cafetal de las lomas de Trinidad. El sirviente de Pérez de Zúñiga conocía al esclavo y logró que les diese refugio, les curase y les alimentase por es-

pacio de casi dos meses, al cabo de los cuales, relajada un tanto la vigilancia española y ayudados por amigos y parientes, los dos patriotas pudieron escapar a los Estados Unidos. Pérez de Zúñiga perdió toda su fortuna, confiscada por el gobierno colonial. El 22 de octubre de 1851, en Nueva York, Pérez de Zuñiga decía a Villaverde y éste lo anotaba así en su "Diario", que "... Nadie se presentó; fueron cogidos por su indisciplina".

Unos pocos más de los sublevados fueron capturados desde el Hanabanilla hasta el Caracusey; pero de los sesenta y nueve hombres que en el potrero *Limones*, valle de Yaraguano, habían proclamado la independencia de Cuba, más de una tercera parte pudieron substraerse a los rigores de la represión española sin que la Comisión Militar lograse identificarlos y procesarles.

Una semana había durado la sublevación de Trinidad y llegaba a su fin sin haber dado lugar a un solo combate formal. El jueves 31 de julio ya entraban de regreso en la varias veces centenaria ciudad las patrullas militares españolas que habían contribuído a aplastar el movimiento revolucionario y que traían fuertemente custodiados a unos cuarenta prisioneros. Muertas todas las esperanzas de libertar a la Patria y hasta de haber dado buena cuenta de sí mismos combatiendo por ella, Armenteros, Hernández Echerri, Arcis, Iznaga, O'Bourke, J. B. Pérez, Pomares y sus compañeros desfilaron por las calles en medio del silencio, la curiosidad y la simpatía de sus convecinos, algunos de los cuales les habían alentado para que se lanzaran a la lucha y luego no les habían secundado en su empeño. Las puertas de la prisión se cerraron tras aquellos infortunados y la guarnición adoptó precauciones extraordinarias para custodiarles y frustrar cualquier tentativa encaminada a rescatarles aunque, en realidad, no había que temer tal cosa, ya que aquella ciudad con catorce mil habitantes permaneció por completo tranquila mientras sus frustrados libertadores vivían los últimos momentos de su calvario. Los captores inmediatamente comenzaron a señalar la importancia de los servicios que habían prestado al régimen colonial, con vistas a lograr las recompensas acostumbradas; pero los ascensos y condecoraciones sólo favorecieron a cuarenta y dos militares (oficiales, clases y soldados), lo que hace pensar que no fueron tan numerosas las fuerzas que en realidad entraron en acción y establecieron contacto con los sublevados de Trinidad ([365]).

De todos modos, en cuanto a la rendición de Armenteros y los demás trinitarios escribió algo de cierto interés el patriota José Aniceto Iznaga, quien les conoció y era de la misma varias veces centenaria ciudad. El eterno conspirador se encontraba en París y su amigo Cirilo Villaverde había escrito lo que podía interpretarse como una crítica de la conducta seguida por los sublevados de Trinidad. Iznaga escribió para decirle:

> ¿...no pensaran Vms. que Armenteros, Hernández, etc., á haber estado advertidos de lo que les esperaba, no se habrían colgado de un arbol en las montañas antes que acojerse á la clemencia del Gobo, ni que fiarse en sus indultos ni en su buena fe...? ([366])

Para Iznaga, pues, los revolucionarios de Trinidad fueron engañados por las promesas que se les hicieron y por eso se rindieron, quizás si con la esperanza de que les sería posible probar fortuna, con mejor éxito, años después. No hubo flaqueza de espíritu, sino que fueron defraudados.

4. El proceso y las represalias de los españoles.

El régimen colonial español se fundamentaba sobre el principio de la represión y el escarmiento, o sea, que funcionaba por el terror y para el terror. El proceso contra los sublevados de Trinidad se atemperó a ese principio. Había, además, desmedido afán de lucro y venalidad en funcionarios judiciales y jefes militares del coloniaje, y no pocos de los trinitarios detenidos eran ricos por sí mismos o pertenecían a familias acaudaladas, y esta circunstancia ofrecía a los encargados de instruir el sumario y de dictar y ejecutar sentencias, una oportunidad privilegiada para aumentar sus ingresos, y la aprovecharon.

La Comisión Militar Ejecutiva y Permanente comenzó a actuar tan pronto como tuvo noticias del alzamiento de Armenteros y los suyos. El brigadier Carlos de Vargas-Machuca y Cervero fué de Villaclara a Trinidad para presidir el tribunal encargado de juzgar a los prisioneros, el cual fué completado con el coronel Cruz Romero y el teniente Ruiz de Apodaca, a quienes ya hemos mencionado, con los oficiales de la tropa regular o de las milicias señores Manuel del Llano, Francisco de Cevallos, José Mariano Borrell y Antonio Wanter Horcasitas. El capitán Francisco Javier Mendoza fué nombrado juez instructor de la

causa y fiscal, para que se ensañase con la rabia anticubana que había puesto de relieve en otros procesos.

En poder de Armenteros y de los otros sublevados se habían encontrado documentos comprometedores, que incluían las proclamas que hemos transcrito, y además armas y ciento una onzas de oro, con alguna moneda fraccionaria, hasta completar unos dos mil pesos, el tesoro de la Revolución de Trinidad, aportado por Armenteros, Hernández Echerri y el Lcdo. Pérez de Zuñiga. Por otra parte, la detención del correo y la violación de la correspondencia del gobierno colonial, como el reclutamiento de los patriotas, la proclamación de la independencia y las escaramuzas habidas, daban al capitán Mendoza suficientes elementos de juicio para proceder contra los sublevados.

No encontró evasivas por parte de Armenteros y de otros jefes del movimiento, que habían sido detenidos. Si entre la gente de fila hubo quienes quisieron lograr su salvación haciéndose pasar como engañados y hasta coaccionados, la mayoría de los sublevados se mantuvieron firmes en su actitud de inconformidad y de rebeldía. La frase de ritual al terminar las declaraciones de los acusados respecto a que habían admitido sus errores no debe ser interpretada como una retractación, sino como la ratificación de sus opiniones y de las actividades revolucionarias que habían desarrollado.

Armenteros, Hernández Echerri y Arcís tenían derecho incontestable a salvar sus vidas, a tono con la proclama del coronel Barón, que así lo había prometido a quienes se presentasen y a todos ellos, oficialmente, se les había dado por presentados. Las autoridades españolas, sin embargo, querían que lo hiciesen así con una abyecta sumisión y un humillante reconocimiento de la legitimidad del coloniaje, y no pudieron conseguirlo.

El jefe del movimiento declaró que él, el Lcdo. Pérez de Zúñiga y Hernández Echerri se habían sublevado "...con el fin de proclamar la independencia de esta Isla..." y que se habían decidido a ello ante el alzamiento de Agüero, en Camagüey, pero que, al verse fracasados, se habían acogido a la legalidad ante la oferta del coronel Barón, fechada a 28 de julio y hecha en la Siguanea, que prometía leniencia. Según esa declaración, la idea de tomar las armas surgió después de 16 de julio y entre el Lcdo. Pérez de Zúñiga, Hernández Echerri y él aportaron dos mil pesos para financiar el movimiento. De acuerdo con Armenteros

las fuerzas reclutadas habían llegado a contar sesenta y dos hombres, algunos de éstos seducidos y hasta coaccionados, como explicó él con el generoso propósito de salvar a los campesinos que le habían seguido y que estaban presos. Fué en el curso de esa declaración que Armenteros dijo que las proclamas de la sublevación de Trinidad habían sido redactadas e impresas por Hernández Echerri, cosa que negó éste, a su vez, cuando fué interrogado por el fiscal y aseguró que las proclamas habían sido redactadas por Betancourt Cisneros e impresas en los Estados Unidos. Esta discrepancia fué advertida por el fiscal, quien ordenó que se practicase un careo entre Armenteros y Hernández Echerri, a fin de dilucidar la cuestión, y Hernández Echerri admitió que era cierto lo dicho por Armenteros. Este, además, había explicado minuciosamente que el 13 de julio había estado en La Habana, donde había comprado un equipo tipográfico que llevó a Trinidad e instaló en la botica de *Celada*, calle de Jesús María, a cargo del Lcdo. Antonio Hidalgo, quien las repartía y a tiempo pudo escapar a los Estados Unidos.

Al no poder apresar a Pérez de Zuñiga, los españoles le juzgaron en rebeldía y así lo condenaron después; pero en cuanto a Hernández Echerri, el ideólogo del movimiento, y a Rafael Arcís, jefe del asalto a los ingenios, de cuyas armas se había apoderado por la violencia, los dos estaban en manos del implacable tribunal, que se ensañó con ellos.

Hernández Echerri es fama que había ido a Trinidad a casarse con una joven de la localidad, mientras disfrutaba de sus vacaciones como maestro. Estando allí, conocidos su patriotismo y sus ideas en cuanto a la independencia de Cuba, se incorporó al movimiento acaudillado por Armenteros y en el cual, según todas las apariencias, no tuvo el puesto destacado que le correspondía, aunque sí se destacó más que nadie en cuanto a los pronunciamientos revolucionarios. Sus jueces afectaron mirarle con simpatía por su juventud y su cultura, aunque en realidad le creían por ello más débil de carácter. Por eso mismo, después del interrogatorio regular, al cual acudían los presos de dos en dos, y cuando ya todos se encontraban sentados a la mesa para comer, vino un soldado y se llevó a Hernández Echerri, solo, para una segunda comparecencia ante el tribunal. Los jueces querían arrancarle alguna declaración comprometedora para aquel personaje singular de la historia de Trinidad que fué el Dr. Justo Germán

Cantero, progresista y rico, y también para los más acaudalados miembros de la familia Iznaga, contra los cuales no aparecía indicio alguno de culpabilidad concreta que permitiese incluirles en el proceso con todas las ventajas económicas de las costas y de la clemencia comprada a precio de oro. Hernández Echerri defendió hábil y enérgicamente a sus amenazados convecinos, sin dejarse enredar por las capciosas preguntas que se le hacían. En un momento dado las maquinaciones del interrogatorio fueron tales que Hernández Echerri dijo a sus inquisidores: "A los hombres de mi educación y de mis convicciones no se les hacen preguntas de ese jaez". Hubo entonces halagos y promesas, entre estas últimas hasta la de enviarle a España para que allí continuase sus estudios; pero a todo se negó el digno joven y uno de los jueces, hablando por todos, exclamó: "¡Váyase usted! ¡Hemos cumplido con Dios y con los hombres!" Y así volvió Hernández Echerri a reunirse con los otros presos, a quienes relató lo ocurrido.

Doña Elena Hernández, viuda de Echerri, vivía en Trinidad. Era una mujer de temple y de ideas cubanas muy firmes. No hizo una sola gestión para salvar a su hijo que pudiera ser mal interpretada y le atendió en todo lo que pudo. Quería verle, sin embargo, por última vez, y cuando ya los infortunados patriotas estaban en capilla, hizo que se le preguntase a Hernández Echerri si tendría valor para recibirle en su celda y darle su último adiós. "Díganle que ya tarda en venir", fué la respuesta de aquel valiente, y allá fué doña Elena para la postrera entrevista, que fué tierna y edificante, tanto que uno de los soldados hubo de extrañarse ante la serenidad con que aquella madre ejemplar salía de una despedida que sería eterna, con el hijo a quien idolatraba. Sin inmutarse, doña Elena le contestó: "Mi hijo muere mañana para sus verdugos; pero nace lleno de gloria eterna para su nombre y para su Patria". ([367]) Allí mismo agregó otras valientes palabras en elogio de su hijo y de la causa por la cual daba su vida. La memoria de Fernando Hernández Echerri se convirtió en un culto para doña Elena. Nunca más se quitó el luto que llevaba por aquel hijo que le había dado a Cuba Libre y cuya tumba cuidó mientras tuvo un hálito de vida. Por su entereza de carácter y por su devoción se comprende el contenido de la carta que años más tarde envió a la señora Micaela del Rey, viuda de

Armenderos, cuando ésta casó en segundas nupcias con Alejo Iznaga, uno de los patriotas trinitarios sobrevivientes. ([368])

Por supuesto que la esposa de Armenteros y sus familiares cumplieron con él en aquel último trance y que no le faltó el cariño, la identificación y el consuelo de los suyos al jefe de la fracasada sublevación de Trinidad.

En cuanto a doña Gertrudis Bravo, viuda de Arcis, la madre de Rafael Arcis, condenado a muerte, y de Pedro Pablo Arcis, enviado a presidio, en España, por seis años, era una brava campesina cubana sin la educación esmerada para expresarse con bellas palabras; pero animada de los mejores sentimientos. No le quedaba sino otro hijo. Vicente, hombre de campo, a quien no llegó la represión española. La confiscación de bienes alcanzó a todo lo que poseían los hermanos Rafael y Pedro Pablo Arcis, este último dueño de un sitio de labor en Mabugina y de una vega junto al arroyo Juan Velázquez, en el cuartón de San Francisco. La desventurada madre en vano pidió que se levantase el embargo, por lo menos en cuanto a una de las propiedades, para atender a su subsistencia; pero no lo consiguió. Todavía le quedaría mucho más que sufrir a manos del despotismo español, ya que su nieto, Alonso Arcis, fué una de las víctimas en las matanzas de los expedicionarios del *Virginius*, en Santiago de Cuba, realizadas por orden del sanguinario brigadier Burriel.

El Lcdo. Ignacio de Belén Pérez y Pérez, Juan O'Bourke, los Iznaga, Pomares, de León, Llorente, Xiqués y otros sublevados de nota, casi todos ellos gentes de buena posición económica, se vieron despojados de sus bienes, además de ser condenados a varios años de presidio, en España; pero en cuanto a Desiderio López, Pedro Ignacio de Zayas y el Lcdo. Pérez de Zúñiga, quienes lograron ocultarse y escapar, la pérdida de todas sus propiedades y las angustias de la fuga fueron la penalidad pagada.

La instructiva, los interrogatorios, los careos y las pruebas del tribunal duraron todos los primeros días del mes de agosto sin que hubiese un solo movimiento de protesta en Trinidad y sin que los amigos de los reos intentasen una gestión colectiva en su favor. Sólos con su triste suerte y confortados por sus familiares, en lo que era posible, esperaron en la Real Cárcel de Trinidad la sentencia de la implacable Comisión Militar Ejecutiva y Permanente. El 6 de agosto el feroz capitán Mendoza hizo su

informe al tribunal y pidió la pena de muerte para Armenteros, Hernández Echerri y Rafael Arcís, quienes al fin y a la postre serían ejecutados; pero también para el Lcdo. Ignacio Belén Pérez, Néstor Cadalso, Juan O'Bourke, Alejo Iznaga y José María Rodríguez, o sea, que el fiscal Mendoza reclamaba que hubiese mucha sangre para el más completo escarmiento. En cuanto a las penas de prisión, la petición fiscal era de diez años de presidio para Juan Bautista Hevia y Avelino Posada, y seis años para Pedro José Pomares, Toribio García, Cruz Birba y Fernando Medinilla, con penas menores para los otros acusados.

Por espacio de dos días, a tono con las noticias y rumores circulantes, los presos vivieron la incertidumbre más dolorosa en cuanto a su suerte. Por fin el viernes 8 de agosto se dictó una primera sentencia, la cual quedó aprobada el día 12. Hubo varios días más de angustia y el domingo 17 de agosto concurrieron a la Real Cárcel de Trinidad el fiscal auxiliar capitán Manuel Jiménez y el secretario teniente Manuel María Martel, para las notificaciones de rigor.

Armenteros, Hernández Echerri y Arcís habían sido condenados a muerte y serían fusilados al día siguiente, por lo que en seguida fueron colocados en capilla. El Lcdo. Pérez de Zúñiga, Desiderio López y Pedro Ignacio de Zayas, prófugos, cumplirían diez años en los presidios de Africa, cuando fuesen habidos. Pedro Pablo Arcís, Cristóbal Llorente y Vicente de León, fueron condenados a seis años de presidio en La Coruña, y mientras que al primero de ellos le embargaron las fincas que ya citamos, a Llorente le despojaron de la hacienda de ganado que tenía en Pueblo Viejo, con una extensión de diez caballerías, así como de los esclavos y los demás bienes que estaban a su nombre, con lo que su esposa y sus hijos menores fueron lanzados a la miseria. Pedro Gutiérrez, José Tenreyro, José Cardoso, Ignacio Colina, Manuel de J. Colina y los "pardos" Francisco Valdés, Carlos Pérez y Mamerto Gascón, fueron condenados a cuatro años de presidio, en Barcelona, y el "pardo" Pedro Celestino Jiménez, a dos años de presidio en la capital catalana. Luis Xiqués vió confiscado el potrero que tenía en Casilda y quedó desterrado por un número de años. Hecha la notificación a los presos que acabamos de mencionar, once de los sentenciados a presidio fueron embarcados por Casilda y Batabanó para La Habana, de donde irían para España a cumplir sus condenas.

Las actuaciones de la Comisión Militar no quedaron terminadas con esas diligencias, ya que el temible tribunal se trasladó a Villaclara y allí continuó sus trabajos para completar lo que se quería que fuese un escarmiento ejemplar, y en el mes de septiembre todavía juzgaba a otros cincuenta y un prisioneros más, circunstancia ésta que hace presumir que otros trinitarios, quienes no habían figurado entre los sublevados, fueron arrestados y procesados.

Finalmente, el Lcdo. Ignacio Belén Pérez, Néstor Cadalso, Juan O'Bourke, Alejo Iznaga y José María Rodríguez, fueron condenados a diez años en los presidios de Africa, mientras que Juan Bautista Hevia y Avelino Posada lo fueron a ocho años, y Pedro José Pomares, Toribio García, Cruz Birba y Fernando Medinilla recibieron sentencias de dos años de presidio.

El importe de los bienes embargados y confiscados, pocos de los cuales fueron recobrados al cabo de los años por sus legítimos propietarios, sin duda que ascendió a más de un cuarto de millón de pesos si se tiene en cuenta que Armenteros, por su cuenta, era dueño de dos ingenios y de otras muchas fincas rústicas y urbanas.

Aquellos devotos católicos españoles que eran los jueces de la Comisión Militar aprovecharon el domingo, día diecisiete, para notificar la sentencia de muerte a Armenteros, Hernández Echerri y Arcís y para ponerlos en capilla. Les fueron permitidas sus últimas entrevistas y disposiciones, con centinelas de vista y en el edificio de la Real Cárcel, bien protegido por la tropa; y la ciudad, conturbada y sumida en la impotencia por la falta de espíritu público y de la adecuada dirigencia, aguardó la llegada del nuevo día, el lunes 18 de agosto, cuando habitualmente la madre de Hernández Echerri celebraba su onomástico, bajo la advocación de Santa Elena.

Al despuntar el alba el Regimiento de Infantería de Tarragona, reforzado por tropas llegadas de otras poblaciones, se desplegó a lo largo de la ruta que desde la Real Cárcel, en la esquina de las calles de Santa Ana y San Procopio, iba hasta el Campo de la Mano del Negro, en las afueras de la población. El populacho se agolpaba a lo largo de la carrera y en medio del mismo no faltaban grupos de españolizantes a ultranza que prorrumpían en gritos y otras demostraciones en favor del coloniaje, a pesar de que los salvaguardias pretendían que hubiese tranquilidad y silen-

cio. Armenteros, conforme a la ordenanza, vistió su uniforme de teniente coronel, de milicias, mientras que Hernández Echerri y Arcís iban de paisano. Una fuerte escolta de cazadores del Regimiento de Tarragona rodeó a los reos, listas las armas, cuando la trágica procesión salió de la Real Cárcel. Cuando se les pidió, conforme a la tradición en esos casos, si tenían algún último deseo que quisieran satisfacer, Armenteros y Hernández Echerri nada pidieron; pero Arcís, hombre de campo, acostumbrado "a tomar la mañana", pidió que le sirvieran un poco de ginebra. Armenteros, al oirle, le dijo: "Rafael: no tomes ginebra, pues van a creer que tienes miedo", y Arcís comprendió que tenía razón y celoso de su hombría le contestó: "Es verdad, capitán, no quiero tomar nada."

Sin más el cortejo comenzó a moverse al son de los tambores con los parches cubiertos por paños negros. Los reos miraban al frente; pero sabían por dónde iban. Aquellas calles las habían recorrido muchas veces; sabían quiénes vivían en aquellas casas que las flanqueaban y en más de un caso identificaron tal o cual rostro de amigos y hasta familiares y hasta de compañeros de la conspiración quienes se habían retraído en el momento decisivo, sin cumplir sus compromisos. Por San Procopio hasta la callejuela de Las Chanzonetas, a un lado dejaban el Cuartel de Infantería y salían de la población para llegar a una sabana en la que ya había público y alguna tropa. El Campo de la Mano del Negro había visto otros ejecuciones por motivos políticos desde que los esclavos Juan Armenteros, Bartolo Bastidas y Baltasar Fernández, fracasada la sublevación que encabezaron en 1838, fueron ahorcados allí y luego mutilados sus cadáveres para cocer las cabezas y las manos en alquitrán hirviente.

El cuadro se formó con los soldados que ya había en el lugar y con los que formaban la columna y casi en seguida Armenteros fué llevado ante la bandera del Regimiento de Tarragona, para la ceremonia de la degradación. El sargento mayor de plaza le arrancó los galones y demás insignias y de nuevo el reo se unió a sus compañeros. Altivos sin alardes e impresionando a todos con su valor y su tranquilidad, las tres víctimas del despotismo español fueron colocados de espaldas al piquete ejecutor y a la primera descarga recibieron la muerte gloriosa de los patriotas derrotados por un enemigo despiadado. Todo había ocurrido con tanta rapidez que cuando la tropa comenzó a desfilar ante

los cadáveres, a tambor batiente y con banderas desplegadas, los curiosos apenas si se habían recobrado de su dolorosa sorpresa, ya que hasta el último momento hubo quienes confiaron en que llegaría la conmutación de la pena capital para aquellos tres infortunados a quienes amparaba el indulto ofrecido antes de su rendición. ¡No contaban, por supuesto, con el natural implacable y feroz del Capitán General Concha; pero tampoco sabían del desembarco de la expedición de Narciso López en la Vuelta Abajo, días atrás, que había sacudido hasta sus cimientos a la dominación española en Cuba!

Manos amigas lograron la autorización para el entierro de los tristes despojos, y poco después el cortejo fúnebre penetró en la ciudad y la atravesó de un extremo a otro para ir al cementerio general en el Camino de la Boca. El desfile, posiblemente a petición de doña Elena Hernández de Echerri, se hizo de modo que los restos de los patriotas fusilados pasasen por frente a la casa en que había vivido su prometedora juventud Fernando Hernández Echerri y en la que ella quedaría, abrumada por su dolor, hasta el fin de sus días. Firme y dignísima, con el corazón acongojado y refrenando sus lágrimas, la madre de Hernández Echerri vió pasar el entierro de su hijo idolatrado y los tres patriotas fueron enterrados, uno junto a los otros, como para que estuviesen unidos en la tierra y en la inmortalidad...

Así terminó, con sangre, torturas, presidio, confiscaciones y otros desmanes característicos de la dominación española en Cuba, la sublevación de Trinidad, de 1851.

CAPITULO V

1. La organización de la expedición de la Vuelta Abajo.—2. Los cubanos que figuraron en la empresa libertadora de 1851.—3. Los expedicionarios extranjeros: norteamericanos, europeos, etc.—4. La actitud del gobierno de Wáshington hacia la expedición.—5. Los preparativos del Capitán General Concha para hacer frente a la expedición.

1. La organización de la expedición de la Vuelta Abajo.

La expedición de la Vuelta Abajo, organizada cuando apenas si habían transcurrido unas semanas del fracaso de la expedición del *Cleopatra*, necesariamente produce asombro y admiración. Un día el general López había estado como aplastado por el fracaso y sin recursos, hasta el punto de que había surgido entre los cubanos de Nueva Orleans una facción oposicionista, que le discutía su jefatura, y al día siguiente el incansable caudillo de nuevo era dueño de la situación, había logrado el respaldo y la confianza de la inmensa mayoría de los emigrados y contaba otra vez con medios de transportes, armas y municiones para ir a realizar su último esfuerzo por la independencia de Cuba, que le costó la vida; pero no sin que el régimen colonial español sintiese la más fuerte sacudida que lo había estremecido hasta entonces.

Podrán los detractores de López y aquéllos que nunca han querido comprenderlo, atribuirle con notoria injusticia los propósitos anexionistas que nunca fueron suyos, sino de algunos de sus contemporáneos, en Cuba y en los Estados Unidos, con quienes él tenía que lidiar para llevar adelante sus planos revolucionarios; pero lo que no se le puede discutir al caudillo, en manera alguna, es que su devoción a la causa de Cuba fué firmísima, que su perseverencia era invencible y que la fertilidad de su imaginación para rehacerse de todos los descalabros, menos el último, era como para maravillar a cualquiera. Si se compara lo que López pudo hacer, de 1848 a 1851, con un puñado de seguidores, mientras aprovechaba todos las coyunturas favorables para su empresa, con lo que otros libertadores cubanos pudieron hacer, en materia de expediciones organizadas en los Estados Unidos, de 1868 a 1878 y de 1895 a 1898, cuando la colonia cubana en territorio norteamericano era rica y muy numerosa, hay que reconocerle al héroe caraqueño mucho más que el valor indomable que no han podido regatearle sus detractores y se hace necesario verle como un notabilísimo organizador y como un dirigente capaz de inspirar confianza y aliento a hombres quienes por su cuenta reunían méritos muy sobresalientes.

Como ya destacamos en un capítulo anterior, el fracaso de la expedición del *Cleopatra* disminuyó y perjudicó, aunque fuese temporalmente, la influencia que López había tenido con los que pudiéramos llamar los elementos de acción entre los emigrados cubanos. La tentativa de una "expedición pequeña", con Peraza, al frente, al igual que la reunión de algunos inconformes, en Nueva Orleans, para hacer la oposición a López como jefe de la Revolución Cubana, demuestran que, como hubo de señalar agudamente el propio López, "...entre los cubanos había surgido la lucha de los partidos antes de que hubiese libertad para el país". Estos dos incidentes le acicatearon para actuar con mayor empeño en la realización de otra tentativa revolucionaria. Las noticias que le llegaban en cuanto a la disposición en que se encontraban los cubanos para ir a la lucha eran naturalmente, abultadas y no se ajustaban a la realidad de las cosas; pero como que, por otra parte, algunos de sus corresponsales de mayor crédito, también le avisaban de que había llegado "la hora", él llegó a creerlo así. Fué entonces que supo de la partida del Lcdo. Manuel Rodríguez de Mena y Garibaldo, en quien tantas esperanzas había cifrado López, con su familia, para ir a los Estados Unidos. La impresión que inicialmente recibió López fué la de que Rodríguez de Mena, conocido entre los conspiradores de la época por el sobrenombre de *El Cubano*, por ser de Santiago de Cuba, y también de *El Compadre*, se substraía a la represión española porque era inminente la revolución; pero que iba a los Estados Unidos a entregarle los recursos que había reunido y para colaborar con él. Eran tales la simpatía y la confianza que Rodríguez de Mena, muy unido a Anacleto Bermúdez, inspiraba a López, que era una de las figuras en que principalmente se fijaba él como el posible primer presidente de Cuba Libre. Así encontramos en el *Diario*, de Villaverde, la anotación del 27 de marzo de 1851, que dice así:

> ...pasé á ver al Gral... i hablamos de como se compondrá el futuro Gobierno Provisional de Cuba. El Gral. le tiene antipatia á los hombres ricos, que son los q. hasta ahora se oponen á sus proyectos, quiere por el contrario, demócratas, pobres, hombres de buen corazon i de luzes claras. Si encontrara dos guagiros que poner en el Gobo. Provl.

con muchisimo gusto los pondria, ps. asi me lo ha repetido varias veces. Hasta su pensamto. se ha fijado en el *Cubano* (Rodriguez Mena), en don *Pepe* (Luz Caballero), en *John Smith* (Anacleto Bermúdez). Pedro Agüero le ha indicado esta tarde a Bernabé Sanchez, de Camagüey, aunque él ya habia pensado en Manl. Jesus Arango, del mismo, en Gregorio Villegas, etc.

Y en otra anotación del *Diario*, que tiene fecha del jueves 10 de julio de 1851, se lee bien concretamente lo que sigue:

...Hablando esta mañana con el Gral. sobre la conducta á mi ver débil de R. Mena, que evidentemente se ha dejado dominar por Betancourt, me dijo el Gral: "Yo, acá en mi corazon, habia proyectado hacerlo primer Presidente de la República Cubana; pero ahora con su conducta me ha hecho desistir. Yo lo creo un patriota, mas no el hombre apropósito para llenar la primera Presidencia; mi proyecto de hacerlo Presidte. era mui sencillo: como yo había de obtener muchos votos ó la mayoria pa. ser Preside. hacia q. lo eligieren á él vice, á los dos meses renunciaba i quedaba él de Presidente...

Esta declaración acerca de la fe que López había puesto en Rodríguez de Mena contiene, tres semanas antes de la expedición de la Vuelta Abajo, la afirmación terminante de que López no pretendía la anexión de Cuba a los Estados Unidos, sino el establecimiento de la República de Cuba y la elección de su presidente y de su vice, no obstante todas las acusaciones de anexionismo que los anexionistas cubanos de la época, los españolizantes y los que les han seguido en esa campaña, hasta nuestros días, han lanzado contra Narciso López.

Según la anotación de febrero 22 de 1851, en el *Diario*, de Villaverde, Narciso López había recibido en Nueva Orleans una caja con aderezos de topacios y perlas, sortijas de brillantes y otras joyas, enviadas por Rodríguez de Mena, quien así y de otras muchas maneras le reconocía como el verdadero caudillo de la Revolución Cubana. En la anotación del día siguiente hacía constar Villaverde que

...Lopez entendia que el Cubano (Rodriguez Mena) queria que estuviese unido con Betancourt, Arteaga i Agüero i él se negaba á entenderse con los dos últimos, aunque admitia, con reservas, al primero, de quien decia que nunca encontraba bien lo que él pensaba i se oponia á ello. Sin embargo, si Betancourt queria unirsele él lo sacrificaba todo... "Si, si, concluyó, á la independencia i libertad de Cuba estoi dispuesto á sacrificar todo, mi honra, mi sangre; pero no la independencia i libertad mismas...

Con todos esos antecedentes López tenía derecho a esperar que Rodríguez de Mena no rehuyese entrevistarse con él, a su llegada a los Estados Unidos, al mismo tiempo que sí se relacionaba con otros patriotas emigrados muy vigilados por los agentes españoles, y que buscase coordinar los esfuerzos tendientes a la liberación de Cuba. No fué así, sin embargo. El 1º de junio, en Nueva Orleans, ya López sabía que Rodríguez de Mena habrá embarcado en La Habana, con su familia, el 22 de mayo, y que iba a desembarcar en Charleston, S. C. Cuando ese mismo día 1º de junio López recibió la noticia de la llegada de Rodríguez de Mena a Charleston, con ella tuvo la desconcertante información de que su amigo y corresponsal no tenía el propósito de entrevistarse con él, sino que en seguida continuaba viaje para Nueva York, donde le esperaban Betancourt, Goicouría y otros patriotas emigrados. Juan Manuel Macías, uno de los más fieles amigos de López, establecido en Charleston, vió a Rodríguez de Mena en esa ciudad, a su llegada, y le escribió a López sobre el resultado de su entrevista, en una carta que el caudillo recibió el 2 de junio y en la que le decía que, según Rodríguez de Mena, la revolución debía haber estallado en La Habana, el domingo 25 de mayo y que el recién llegado le había preguntado con mucho interés por las armas con que contaba López para ir a Cuba. Según anota Villaverde, ante estas noticias López llegó a considerar que se demoraría la nueva expedición que proyectaba, porque no contaría con todos los recursos que necesitaba; pero entre los papeles de Villaverde se encuentra una copia de la carta de López a Macías, escrita el mismo día 2 de junio en que había recibido la del último citado y en la cual le decía:

...Quedo en cuenta de lo que me dice respecto a Mena (Rodríguez) y en su consecuencia he escrito hoy por el vapor "Union" á N. York para que le den los conocimientos que le recomendo á V. me pidiese, puesto que O'Sullivan y Pepe (Sánchez Iznaga) estan en cuenta de todo. Nada me ha gustado que M. (Mena) y C. (?) hayan marchado á aquella ciudad, y hasta sin escribirme dos letras; y si mi posicion fuera otra, auguraria mucho mal; pero yo me creo bien parado en estos momentos por mi mismo para ir á Cuba.

No puede llegar el caso de mi salida que me dice, sin Vds., por circunstancias apremiantes, á lo menos sin instruirles de todo cuanto convenga: descanse V. pues por ese lado, que soy quien se lo digo... (369)

Por la anotación de Villaverde en cuanto a la pregunta de Rodríguez de Mena por las armas, y por lo que López dice en

la carta que antecede, a Macías, sobre los conocimientos o documentos de embarques y depósitos en poder de O'Sullivan y Sánchez Iznaga, se puede colegir que Rodríguez de Mena reclamaba la entrega del armamento de la expedición del *Cleopatra*, almacenado a nombre de O'Sullivan, cinco semanas antes de la expedición del *Pampero*, o sea, que lejos de haber unidad de acción y de propósitos en los momentos en que se iban a hacer los esfuerzos decisivos contra la dominación española: el que se esperaba en La Habana, los de Agüero y Armenteros y la invasión de la Vuelta Abajo, habían surgido las discrepancias de antaño, que tanto favorecían al régimen colonial.

Hay pruebas bien concretas de esto en los sucesos de los días subsiguientes, y ahora vamos a darlas.

El domingo 8 de junio recibió López una carta de La Habana, enviada por la hermana de José Antonio Echeverría, compatriota suya, en que le decía que el viaje de Rodríguez de Mena "es con miras grandiosas". Villaverde, al hacer la anotación correspondiente en su "Diario", hizo constar que, a juicio suyo, Rodríguez de Mena había llevado consigo el dinero que meses atrás se había confiado a Goicouría (alrededor de $30,000.00) para que lo entregase a López, cosa que no hizo aquél y que tampoco hacía ahora Rodríguez de Mena, al seguir para Nueva York y evitar toda relación directa con López, es decir, que de nuevo los elementos adinerados de La Habana decidían hacerse cargo de la dirección del movimiento revolucionario y relegar a López a un puesto secundario.

Villaverde, a lo que parece, no demoró en hacer saber a Macías la inquietud que le dominaba en cuanto a la actitud y los propósitos de Rodríguez de Mena, ya que obra en nuestro poder una carta original de Macías a Villaverde, en la que le acusa el recibo de otra del último citado, de fecha 9 de junio, y le dice:

> ...No pasaré adelante sin decirle unas cuantas palabras con respecto al Compadre (Rodríguez de Mena), del cual recela V. que tome parte en alguna nueva edicion de la obra *consegil* (el Consejo de Organización y Gobierno Cubanos, que rivalizó con López) por el año de 49. Tanto por el buen concepto que de él he formado despues de tratarlo, como hombre honrado y buen patriota, incapaz de formar partida que entorpezca la marcha del Genl., como por lo que me dijo y me ordenó decir al Genl., comprendo y creo firmemente que él viene decidido á ayudarlo, reconociéndolo como jefe de la revolucion y único que puede llevarla á buen fin hoy. El, en las conversaciones que tuvimos en Charleston, siempre se manifestó amigo y apreciador del *Capo* (Narciso López), y mas bien creo yo que él influirá con los de N. York para que reunidos todos los cubanos ayuden á nuestro viejo olvidando todo lo pasado, que que los de N. York puedan influir en él. Si V. lo hubiera oido hablar de la manera que siempre me habló sobre estos asuntos de Cuba, estoy seguro que pensaria como yo. El no le escribió al Genl. porque venia con muchisimo miedo y temia que se estraviaran las cartas en N. Orleans donde cree él que los espias abundan. El tiempo dirá si yo estoy equivocado en el juicio que de él me he formado... (370)

En efecto, no tardó el tiempo en demostrar que Macías se había equivocado, porque el 14 de junio José M. Sánchez Iznaga quien, con O'Sullivan, representaba a Narciso a López en Nueva York en cuanto a los armamentos salvados de la expedición del *Cleopatra*, le escribió al caudillo para informarle de lo tratado y acordado en dos conferencias de las cuales había participado, con Manuel Rodríguez de Mena, Gaspar Betancourt Cisneros, Domingo de Goicouría y Pedro Agüero Sánchez. Dice Villaverde que Sánchez Iznaga.

> ...con mucho chiste... pintaba lo que habia pasado en ellas pues decía que despues de mucho hablar y perder tiempo, Mena, Betancourt, Goicouria y Agüro convinieron y sentaron que todo lo pasado había sido una pura mentira, que mas que menos todos habian mentido, motivo por el cual estaban desacreditados en Cuba todos los que hasta ahora ahora habian manejado el cotarro y que ya era preciso trabajar sobre un nuevo plan y con nueva gente. Según Sánchez Iznaga, Goicouria, echándola del gracioso, fué el que salcochó la junta, que era el objeto de las conferencias. Como no se creia necesario á Agüero, ni convenia Sanchez Iznaga por su gran intimidad con el general López, Goicouria, al segundo dia de la discusion, dijo: Eh! Usted, (hablando con Betancourt) sea un miembro de la junta que se ha de formar, y Vd. (hablando con Mena), sea el otro, el tercero, el general López, á quien será bueno darle parte de todo lo hecho aqui é invitarlo á que acepte la presidencia. Y no se hable más del asunto. Concluido.
>
> Así quedo formado el triunvirato de Nueva York, compuesto de Gaspar Betancourt Cisneros, Manuel Rodriguez Mena, y conforme se esperaba, del general Narciso López, á quien los dos anteriores despacharon un comisionado, Cárlos Arteaga, para comunicarle la resolucion propuesta por Goicouria y aprobada de plano por sus amigos. Dicho comisionado llegó á Nueva Orleans el 23 de junio, se presentó en la casa de Mr. Sigur en la tarde del msimo dia; pero aquél, que lo recibió á la puerta le dijo que no podía ver entonces al general por estar ausente. Mucho sintió López no ver al comisionado aquella misma noche porque segun dijo estaba preparado para recibirlo y deseaba desengañarse por su misma (roto) del objeto de su embajada. Así que has-

ta el 24 por la mañana no vió al general López y entonces le presentó sus credenciales, las instrucciones y el programa de la junta salcochada por Goicouría. En aquel instante, es decir, cuando López recibia los papeles del duunvirato, entró el que escribe estas páginas. (Cirilo Villaverde) y le oyó decir: Todo esto está muy bueno, me gusta el programa, celebro las esplicaciones, ¿mas de que me pueden valer si no me dan el resultado que apetezco, quiero decir, 6,000 pesos que necesito para redondear mis planes y marcharme á Cuba? López, sin embargo, dijo luego al comisionado, que meditaria un poco en el asunto y daria una contestacion definitiva á la mayor brevedad posible; y sin mas demora se puso á escribir. Con esto el comisionado se volvió a su posada, a esperar la respuesta de López. Redactada en sentido negativo, nos la dió para que la examinaremos y le diéramos nuestro parecer. Despues de leerla él se volvió para nosotros y exclamó: "Yo no quiero junta, no estamos para juntas ahora. ¿No vé V. que esto seria degollarme yo mismo?" Y esto lo dijo con un movimiento muy expresivo, pues se pasó con fuerza el dedo índice por la garganta, que entonces tenia desnuda por el excesivo calor de la estacion. La respuesta estaba escrita en pocas palabras y en estilo severo. Nos pareció demasiado duro un pasaje y aun ambiguo, y el general lo suavizó y lo enmendó con mucha docilidad. Luego con las esplicaciones del duunvirato á la vista, la carta contestacion y algunas ideas que nos apuntó López, por órden suya le escribimos á Mena. Nuestra carta en sustancia se reducia á decir, que si en vez de ir él (Mena) á Nueva York para no hacer nada, hubiese venido a Nueva Orleans, ya el general estaria en Cuba y no hubieran creido conveniente los duunviros constituirse en junta para conspirar cuando lo que se requeria era obrar; que López necesitaba de 6 á 7,000 pesos para redondear sus planes y salir, y no podía ni debia diferir su ejecucion hasta tanto que se formase la junta y arbitrase ella fondos, ántes habia dado órden se vendiese o hipotecase el *Cleopatra*, por cualquier suma de dinero; y por último que de nada servia el ofrecimento del préstamo de 7,000 que hacian á la junta allá en Nueva York, si el prestamista ponia la condicion de no entregarlos sino despues de la salida de la expedicion.

No bien hubimos acabado esta carta, cuando entró de nuevo el comisionado, López encarándose con él sin mas rodeo le dijo: "Aquí está mi contestacion al duunvirato, y esta es la carta de Villaverde para el Sr. Mena. Digo V. á esa gente que ya no es tiempo de juntas." El comisionado, en efecto, convino en que si los de Nueva York hubieran sabido los elementos con que contaba el general para formar otra expedicion, no habrian creido necesaria la ereccion de nueva junta; pero era preciso que él lo expresara asi, pues parece que allá no daban crédito ninguno á José Sanchez Iznaga ni a Mr. O'Sullivan. Esperaba ademas el comisionado que luego que se tuviese en Nueva York la seguridad de que López tenia los medios de salir para Cuba, el individuo que ofreció los $7,000, los adelantaria sin la condicion anuladora. Tal se convino y arregló y Arteaga se preparó para volver el 25 de junio a Nueva York. (371)

El lector debe tener en cuenta que todo esto ocurría a mediados de junio, tres semanas apenas antes de que Agüero se sublevase en Camagüey y a poco más de un mes del alzamiento que haría Armenteros en Trinidad; pero cuando ya debía haber estallado la revolución en La Habana. El desacuerdo entre los emigrados era evidente. Se había dado la consigna a los conspiradores de Cuba para que se lanzaran a la lucha, y los exilados, quienes debían acudir al combate con una o más expediciones, estaban divididos en facciones, la una con jefes irresolutos y que disponían de recursos, y la otra con un caudillo resuelto y a quien se le negaba la ayuda económica y a lo sumo se le ofrecía alguna para después que hubiese partido una expedición para la cual necesitaba esos mismos recursos que se le regateaban.

La papelería de Cirilo Villaverde en poder del autor de esta obra no tiene todos los documentos a los que alude Villaverde en el relato que acabamos de transcribir; pero tiene, por lo menos, una copia de la carta de López a Rodríguez Mena, entre otras muchas cuyo texto conservó Villaverde. He aquí el contenido de la carta de López a Rodríguez Mena, que es en extremo importante:

Mi estimado *Cubano*:

Francamente la razon q. V. me da en su esquelita sin fecha que recibí antes q. llegase Arteaga, pa. no haberme escrito siquiera de Charleston (no de Savannah, a donde V. no llegó) pr. futil no es admisible. Como recibí la carta del Sr. Macías en q. me habló de V. y me trascribió el encargo de V., con la misma seguridad y prontitud hubiera recibido cualquiera cosa q. V. hubiera tenido á bien remitirme. Los correos en estos E.U. no estan sujetos á los percances q. en Cuba. Mas á cosa mas seria, q. ya V. se olvida de decirme lo que yo esperaba que Vd. hubiera hecho desde Charleston, verbigracia, a quien dejó mi clave y cuanto concierne á esto q. es cosa del mayor interés en las actuales circunstancias, etc.

Estoi viendo, mejor dicho, desde q. me anunciaron su llegada á Charleston ví q. si la buena estrella de Cuba lo hubiese traido aquí en vez de llevarlo á N. Y. donde nada habia que hacer por ser una tierra infectada, ni hubiera V. creido conducente crear una junta en ella ni yo me viera todabia aquí y ya Cuba hubiera visto pr. segunda ves la bandera de la Libertad. Si hubiera V. venido aquí antes de tocar en N. York hubiera podido informarle detenidamente de mis proyectos y esperanzas y ya q. hubiese V. creido indispensable la formacion de la junta hubiera V. tenido presente pa. ello muchas cosas esenciales, pr. ejemplo, qe. el párrafo 5o. del Programa nos hace un mal grave pr. cuanto tiende á desbirtuar los compromisos sagrados q. tengo contraidos desde qe. empezé á organizar la Espedicion qe. llevé á Cardenas, los

qe. tambien contraje en la recientemente fracasada, en la cual ha de saber V. qe. solo poco mas de la mitad de los fondos vinieron de Cuba, y ultimamte. los qe. llevo contraidos despues de esta desgracia. Hubiera podido convencerlo de q. de un modo ó de otro teniamos q. deshacernos del Cleopatra, ya vendiendole, ya tomando sobre él los 7.000 q. Vds. dicen tienen probabilidad de asegurar, po. sin la condicion q. su prestamista exige, pues ese dinero se necesita pa. sacar la expedición, no pa. despues de sacada. En una palabra, hubiera podido desengañarlo, si es q. tal engaño cabe en la esperiencia y buen juicio de V. q. es un crimen sentarnos ahora á conspirar cuando los patriotas de Cuba estan en pie y con las armas en la mano esperando el sonido del clarin pa. lanzarse á la pelea. Pero aun es tiempo de q. V. repare el error; aun es tiempo de q. dando de manos á las fórmulas embarazosas de la creacion de un cuerpo economico-legislativo se lanze conmigo á la egecucion y á la práctica de los hechos, q. son los únicos q. hoi pueden salvar la Patria y el gran numero de sus hijos cmoprometidos *hasta el gollete* en una revolucion q. no ha tomado arranque todabia.

Hagan Vds. si es q. a tanto llega su poder y si aun no se ha vendido el Cleopatra, q. el prestamista de q. Vds. me hablan levante la condicion fatal anuladora del beneficio inmenso q. nos traerá el préstamo y habran hecho un servicio importantisimo á la Patria. De otro modo yo me veré en la necesidad de hacerme del dinero q. me hace falta pa. redondear mis planes á cualquier costa y de cualquier parte, vendiendo el Cleopatra o levantando sobre el fondos como tengo dicho o bien procurando emitir bonos en este país. Porq. ponernos ahora á esperar los resultados de las colectas q. se han de recomendar á los Clubs de la Isla seria condenarnos á la inaccion q. es lo mismo q. la muerte pues la dilacion daria lugar al descubrimiento de mis planes y el fracasar seguiria inmediatamente. Ni puedo ni debo espresarme con mas claridad. Sé q. hablo al corazón patriota mas grande y mas fuerte q. tal ves encierra la Isla, y sé q. le hago justicia: q. la haga al viejo soldado q. no conoce mas lenguaje q. el de la franqueza y la honradez... (372)

Lo más doloroso de toda esta discrepancia de última hora, que amenazaba con retrollevar a la Revolución Cubana a los tiempos del *Consejo de Organización y Gobierno Cubanos* y el *Club de La Habana*, de un lado y la *Junta patriótica promovedora de los intereses politicos de Cuba*, del otro, era que ya en esos momentos Joaquín de Agüero se encontraba en las montañas de Camagüey, perseguido por los españoles y a pocos días de la Declaración de la Independencia, de San Francisco del Jucaral, mientras que cinco días más tarde los patriotas trinitarios planeaban hacer prisionero al gobernador y sublevarse, toda ello en la seguridad de que los emigrados, fuertes y unidos, vendrían en su ayuda. La pretensión de Betancourt Cisneros, Goicouría y Rodríguez de Mena, de dedicarse a conspirar, como decía Narciso López, aparte de lo que representaba en contra de la fortaleza de la expedición que esperaban los patriotas en Cuba, dejaba a los grupos a punto de alzarse a merced de los españoles.

El lector habrá observado que López, en la carta que acabamos de transcribir, hace alusión a los compromisos que había contraído y anuncia que, si no se le atiende, se verá obligado a obrar por su cuenta y sin reparar en medios.

Como es sabido, Rodríguez de Mena falleció en Nueva York, no mucho tiempo después de estos sucesos, y su viuda contrajo matrimonio con Betancourt Cisneros. Los papeles de ambos, así como los de Goicouría, ejecutado por el despotismo español veinte años después, no llegaron íntegramente a la posteridad, por lo que resulta casi imposible saber si se ahondaron todavía más, después de esta carta, las discrepancias entre Narciso López y los "junteros" de Nueva York. Inclusive el borrador de la carta de Villaverde que debía acompañar a la de López no figura entre la papelería del autor de *Cecilia Valdés*, que obra en nuestro poder.

Hay buenas razones, sin embargo, para creer que no se produjo la conciliación que López reclamaba de Rodríguez de Mena y para ello me baso en el borrador de una carta de Villaverde a Rodríguez de Mena, cuando ya había salido la expedición de la Vuelta Abajo y no se le habían enviado los refuerzos convenidos. Decía así Villaverde:

Mi estimado amigo:

El 27 por la noche me entregó el Sr. Arteaga su grata de Vd. fecha 24 (de julio). El tono de toda ella me da á entender claramente una cosa que yo no sabia ni que deseaba saber, porque su noticia me da profunda tristeza, esto es, que hasta Vd. ha venido á los Estados Unidos para aumentar el numero, ya harto largo, por desgracia, de los cubanos desacordados i aun resentidos con los hombres que manejan los asuntos de Cuba.

Me dice Vd. que nada sabe respecto del contrato que el Capo (Narciso López) tenía celebrado con Pittfield, de N. Orleans, sobre un vapor que este debia comprar i en efecto medio compró en N. York i añade Vd. que Gaspar nada sabia tampoco. Nosotros no nos entendemos ó no queremos entendernos. Comunicando yo esta especie al señor Sanchez Iznaga, me contestó que habia comunicado él mismo cuanto sabía sobre el particular de Pittfield al Sr. Betancourt. Agrega Vd. que ultimamente el Sr. O'Sullivan algo le ha dicho sobre eso, como tambien que Pitffield se habia vuelto para N. Orleans. Esto ultimo lo confirma

el Sr. Sanchez Iznaga. De suerte que por lo que dice este i por lo que dice Vd. mismo, ambos á dos sabian (Vd. y el Sr. Betancourt) algo sobre el contrato del vapor en cuestion, i para mi intento al recordárselo a Vd. en mi anterior carta importaba poco que supiera mucho, pues lo que yo deseaba es que Vd. tan interesado como el primero, le hiciera presente ese negocio al Sr. O'Sullivan, quien podía pasarlo por alto.

En seguida me habla Vd. de desorganizacion vergonzosa en los asuntos de Cuba, teniendo él mismo la culpa segun Vd. *por el modo a q. sugetó la retaguardia.* Permitame Vd. que le diga que no ha sido por el modo á que sugetó su retaguardia, por lo que todavia no han salido fuerzas en su apoyo, sino por una de aquellas causas que no está en la prevision humana evitar. El Gral. al partir dejó preparadas dos organizaciones, una en Kentucky i otra en Florida i este Estado (Georgia). No contando con más de un transporte porque no había medios para mas, espero con sobrado fundamento que, si se salvaba de los cruceros enemigos á los tres ó cuatro ó diez dias de soltarlo á él en las costas de Cuba, el transporte hubiera llegado, recojido la organizacion en Florida, puestola en Cuba en otros cinco dias, por todo quince dias de intermedio de su desembarco al 2º desembarco i que en otros 15 dias hubiera hecho lo mismo con la organizacion de Kentucky... (372)

Ahí tiene el lector suficientes elementos de juicio para ver que en 1851, como antes y después, en tantísimas ocasiones, los revolucionarios cubanos, en el país y en el extranjero, no marchaban de acuerdo en los mismos días en que se hacían los más extraordinarios esfuerzos por la independencia de Cuba que hasta entonces se habían acometido. Sin rebajar la importancia de las intrigas, el espionaje y los rigores del Capitán General Concha, y sin disminuir lo referente a la indiferencia de la mayoría de los cubanos ante aquellos generosos empeños libertadores, eran las disensiones entre los patriotas, las cuestiones de puntillo, la rivalidad de las ambiciones y el egoísmo y la irresponsabilidad, las verdaderas causas de los fracasos revolucionarios de Camagüey, de Trinidad y de la Vuelta Abajo.

La anotación del *Diario*, de Villaverde, correspondiente al martes 27 de mayo de 1851, ya afirma que López comenzaba a trabajar en la organización de la expedición que fué a la Vuelta Abajo y que decía qre no daría a nadie la noticia hasta que la expedición estuviese lista. Pocos días más tarde, el primero de junio, hay otra anotación en el *Diario*, según la cual López confirmó a Villaverde lo referente a la nueva expedición, diciendo "... q. pensaba celebrar el 4 de julio en Cuba, llegando allí ese día, si para entonces no se habían levantado los cubanos". El lector debe por su cuenta advertir la coincidencia de que ése era el día,

precisamente, en que Agüero se sublevaba en San Francisco de Jucaral. El inesperado viaje de Rodríguez de Mena y la forma en que evitó verse con López, aunque aseguraba que el 25 de mayo debía estallar al revolución en La Habana, enfriaron un poco los entusiasmos de los patriotas de Nueva Orleans. Según Villaverde, López era quien alentaba más esperanzas de que habría una gran sublevación en Cuba, y a ese efecto leemos en la anotación de su *Diario*, correspondiente al jueves 5 de junio, lo que sigue:

...El Gral. está mui confiado en que por esta vez se levanten en Cuba i aun mi corazon me dice que asi será. Por cierto que diciendome ayer tarde el viejo Trudeau (escultor que esculpió el busto de Narciso López): ¿qué hariamos con el general Concha?, le respondi: He is already dead: was shot through the head yesterday ("ya está muerto. Ayer le dieron un tiro por la cabeza") Porque estoi persuadido que si se levantan en la Habana, como se supone, será preciso fusilar algunas de las primeras autoridades para commprometer i aterrar. El Gral. dice que sentiria mataran á Concha, porque lo quiere i es buen muchacho...

Esta anotación es muy interesante. En ella aparece Cirilo Villaverde, el literato, no hombre de acción y de lucha, coincidiendo al cabo de los años con José María Heredia, también hombre de letras y no de pelea, en cuanto al punto principal de todas las revoluciones cubanas. Heredia había escrito, después de su fracaso en tiempos del general Vives, "¡ay de aquél que es humano y conspira!", para indicar que "un poco de sangre vertida" habría sido la clave del éxito. Villaverde se inclinaba a ese criterio; pero los revolucionarios cubanos, al iniciar la lucha, nunca pensaron así ni obraron en consecuencia, sino que se limitaron a la guerra más o menos formal. Por otra parte, las palabras que Villaverde atribuye a López, acerca de Concha, su antiguo ayudante de campo, son muy interesantes e indican que López no había penetrado toda la duplicidad y la crueldad del carácter de Concha, quien le enviaría al cadalso con el peor ensañamiento y en las circunstancias más humillantes, a las pocas semanas.

El 8 de junio Villaverde anotaba en su "Diario" que, a juicio suyo, Rodríguez de Mena había llevado consigo el dinero del que en otra ocasión había sido portador Goicouría, aunque sin entregarlo, y que al seguir para Nueva York se proponía utilizarlo de acuerdo con Betancourt Cisneros. López, sin embargo, se esforzaba por lograr diversos préstamos con los cuales completar

su expedición, y Villaverde comentaba las "miras grandiosas" que la hermana de José Antonio Echeverría atribuía al viaje de Rodríguez de Mena, y decía:

> ...Si todo es cierto, como tiene todos los visos de serlo, i si el Gral. consigue el dinero q. necesita para habilitar su espedicion, ¿q. sorprendidos no se quedaran el de las miras grandiosas i los demas de N. York cuando se les diga por telégrafo que el Gral. ha partido para Cuba? No menos sorprendidos se quedarán el Gobo. español i el de Washington i el mundo entero. El solo hecho de salir de las costas de los E. U. hoi dia, con una espedn. de 400 hombres le atraeria una celebridad universal...

Por lo que antecede se ve que la organización de la nueva expedición estaba bastante adelantada, hasta el punto de que Villaverde llegaba a precisar con bastante exactitud el número de hombres que desembarcarían en la Vuelta Abajo, dos meses más tarde.

Por entonces acababa López de contraer los compromisos para la nueva expedición, a los que hubo de aludir en su carta a Rodríguez de Mena. Abandonado por éste, quien había sido uno de sus principales contactos entre los conspiradores de La Habana, tenía fundados motivos para sospechar que se le quería echar a un lado para favorecer otra organización revolucionaria en la que Betancourt Cisneros y otros emigrados cubanos, radicados en Nueva York, serían los jefes. Villaverde acababa de recibir una carta de Betancourt Cisneros en la que él decía, en respuesta a las peticiones de ayuda económica que le hacía el autor de *Cecilia Valdés*, que "no tenía un peso" que fuese suyo, pero que

> ...hoy tengo el gusto de decirle que un pudiente me ha ofrecido 50 ps. pa. el transporte de Vd. á esta y V. puede pedirlos allá o librar sobre mí en el seguro concepto de que se pagará á la vista dicha cantidad. Parece que es condicion *que venga* V. ... Yo le ruego que venga como pueda y cuanto antes, porque yo acá tengo un proyecto y necesito hombres como V. pa. ponerlo en planta: no le desagradará... En otros tiempos le facilité yo á Gonzalez (Ambrosio Jose) cincuenta pesos... Pídaselos sin pena y venga V. volando para acá...
>
> ...Diga V. al Capo, de mi parte: que á nombre de varios, de muchos y muy buenos cubanos le pregunto si podemos contar con 600 armas de fuego, compuestas de rifles, fusiles y carabinas. Se necesitan, se piden y se nos exijen de Cuba para armar 200 hombres en cada departamento, doscientos hombres escojidos y resueltos á dar el grito en el término y dia prefijados. La respuesta urge y debe venir a vuelta de correo, sin falta, si o nó... como Cristo nos enseñó... (374)

Narciso López, naturalmente, supo del contenido de esta carta que tenía dos objetivos: el primero, privarle de los servicios y la compañía de Villaverde, quien no aceptó el dinero que se le proponía a condición de que se fuese para Nueva York; y el segundo, dejarle sin las armas para la expedición que preparaba, al facilitarlas a los emigrados de Nueva York, quienes no cooperaban con él y alentaban el vago proyecto de armar a unos hombres escogidos y resueltos, en los tres deprtamentos en que estaba dividida Cuba, a quienes ellos solamente conocían y dirigían.

López, pues, siguió por su cuenta sus preparativos y las gestiones que hizo, ante la deserción del grupo de Nueva York, le llevaron a depender de la ayuda que pudieran prestarles los sudistas, norteamericanos, la mayoría de ellos esclavistas y hasta anexionistas, hombres para quienes Cuba era una deseable adquisición porque con ella podían cambiar a su favor la mayoría del Senado y de la Cámara de Representantes, de Wáshington, derrotando a los abolicionistas y antiesclavistas norteamericanos. Si en cuanto a Lawrence P. Sigur, el propietario del periódico *Delta*, de Nueva Orleans, es un hecho cierto que profesaba sincera amistad a López y tenía verdadera simpatía por Cuba Libre, los senadores Foote y Henderson, el gobernador Quitman y otros personajes sudistas se interesaban por el caso de Cuba muy principalmente desde el punto de vista de la utilidad que la adquisición de la isla podía reportarles en los problemas de la balanza del poder, planteados en el Congreso de Wáshington. Ahora bien, no por esto deben los detractores de López, una vez leídas estas líneas, revivir el erróneo e infundado juicio de Sanguily para calificar al bravo caudillo de anexionista. Pudiera algún improvisado historiador, dominado por sus prejuicios o presa de su ignorancia, decir con la lectura de la primera parte de este párrafo: "¡Ahí está la prueba del anexionismo de López!", porque aceptó la ayuda de ciertos políticos sudistas cuando de nuevo los cubanos adinerados le retiraban su colaboración en momentos bien críticos; pero harían bien en leer lo que sigue, escrito en aquellos mismos días por Cirilo Villaverde, para llegar a la verdad de los propósitos que animaban a los patriotas cubanos emigrados. El *Diario*, de Villaverde, contiene una anotación muy extensa, correspondiente al domingo 23 de marzo de 1851, y en ella se dice:

...Ayer tarde encontré al Gral. en la cama leyendo aunq. me dijo que tenia dolar de cabeza, segun me añadió, despues de pensar en como haria pa. traer aqui los 10.000 y tantos pesos q. tenia en N. York, si es que Sanchez i O'Sullivan no han podido comprar el vapor como lo indica el pedido de otros 10.000 $ que no hai, ni de donde sacarlos. Luego q. el Gral. se hubo dado unos cuantos paseos de un estremo á otro del cuarto, mui pensativo, yo por distraerlo i pr. encaminar á otra parte sus pensamientos, le sugerí varios medios pa. hacer venir el dinero, hasta q. le dije: Pero por qué no manda V. á Betancourt, que desea volver á N. York? Casualmente, eso es en lo que en la actualidad me ocupaba; le daré mis instrucciones pa. Gonzalez i le diré q. con todo el despacho posible se ponga en N. York. Al oscurecer empezaron á entrar cubanos, i el Gral. continuó en sus paseos sin hacer caso de nadie. Cerca de las 7 entró un caballero americano q. habia estado otras veces i preguntó pr. Mr. Sigur i dijo q. un amigo suyo quedaba abajo esperando. El Gral. me presentó á este caballero i me dijo q. le dijera q. Mr. Sigur no estaba en casa, po. q. vendria pronto i q. él i su amigo podian subir i esperarlo sentados. Bajó el caballero i subió luego con su amigo, el cual me presentó, tomaron asiento i les informé de las últimas noticias de Cuba, pr. encargo del Gral. A las 7 i 10 entró Sigur i ellos tres con el Gral. bajaron á la sala. Mientras ellos estuvieron abajo, q. fué como media hora, subieron Betancourt i varios otros cubanos, i luego el Gral. frotándose las manos con violencia y rapidez. Yo le estendí la mano i le pedí algo, i él sin comprenderme, me dijo: "Yo no tengo nada"; po. yo q. conocia q. aquel caballero americano era el q. ofrecia rematar el vapor Fashion pr. 15.000 $ con un contado de 5.000 $, ps. el Cuartel maestro del Gobo. era su amigo, pr. la cara i la accion del Gral. comprendí q. la conferencia habia tenido el efecto mas favorable. Asi fue, porq. luego lo vi empeñado en conversacion secreta con Betant. manifestandole la necesidad q. habia de q. él saliera hoi mismo pa. N. York. La conversación se prolongo hasta el corredor, a donde al cabo me diriji yo i donde el Gral. me dijo con indecible alegria: "Ya tenemos vapor; Sigur les hipoteca la casa en que vive i la parte q. tiene en el periodico el Delta para responder al pago dentro de seis meses de 10.000 $ con sus intereses. ¡Qué cubano, esclamó, hasta ahora ha dado una prueba tamaña de su patriotismo! ¡Es mucho hombre este!" Bett. se decide á salir hoi domingo pa. Savannah i N. York, i cerca de las 9½ nos despedimos del cuarto del general dejando á este i á Sigur del mejor humor del mundo. Como de costumbre B (etancourt) i yo fuimos á tomar te en un cafe en Canal St. i allí i durante el camino hasta separarnos en Hevia St. *no dejamos de delirar con la libertad, engrandecimto. i felicidad de Cuba, ni de reirnos de los q. teniéndonos por anexionistas furiosos, nos viesen salir con que haciamos mejor la independencia de Cuba. ¡Qué chasco para los que quisieron chafarnos combatiendo la anexion, que en realidad no ha sido para nosotros mas q. un pretesto para cazar pájaros de muchas especies! ¡¡Qué vergüenza y confusion pa. Saco que solo veia la independencia al traves de las imposibles concesiones de España!!*... (Lo subrayado lo ha sido por el autor de esta obra para mejor destacar la importancia de estos puntos de vista).

Todavía hay más en el *Diario*, de Villaverde, acerca de esto, porque la anotación del martes 10 de junio de 1851 contiene el siguiente párrafo, al tratar de una reunión que ese día celebraban López, Sigur y un desconocido, en momentos en que llegaba Villaverde:

...Yo crei que estaban en tertulia, asi q. cuando subió el Gral. lo detuve al principio de la galeria i le pregunté: ¿de qué se ha tratado en la asamblea?—Acaba Mr. Sigur de consumar el sacrificio,— me contestó. Acaba de firmar el contrato de compra del vapor *Pampero*, dando por él su parte en la imprenta de la *Delta*, que le producia 4.000 $ anuales de utilidad, i se ha quedado en el aire. Si mi empresa se desgraciara, él quedaba arruinado. Pero eso se llama tener fe en una causa i en un hombre. ¡Qué ricacho en Cuba hará otro tanto!

No obstante todos estos preparativos había en Nueva Orleans un grupo de cubanos quienes se negaban a creer que López pudiese organizar otra expedición y abiertamente prescindían de él para obrar por su cuenta, tema éste del que ya hemos tratado con anterioridad, y según reportaba Sánchez Iznaga desde Nueva York, y Villaverde anotaba en su *Diario*, el 11 de junio, Goicouría y Betancourt Cisneros escribían a sus amigos de La Habana para que se sublevasen y les decían que no tenían nada que esperar en cuanto a expediciones de los Estados Unidos. Villaverde ya hacía constar que la expedición estaba asegurada, a pesar de que el grupo antilopizta de Nueva Orleans, encabezado por el matancero J. M. Hernández, quien había figurado en la expedición de Cárdenas, había enviado a Cuba a uno de ellos, nombrado Miguel Valdés, para hacer campaña entre los conspiradores a quienes conocían para que no se fiasen de Narciso López y no le apoyasen en sus empeños revolucionarios. Enterado el caudillo de todas estas intrigas y maquinaciones, el 17 de agosto le advirtió a Villaverde, quien así lo anotó en su *Diario*, que no llevaría a Cuba a ninguno de los disidentes, cuando partiese la expedición. Días después, de la manera más terminante, el propio López notificó su decisión al respecto a Angel Loño, en persona, y le agregó que ni él, ni Castillo, ni Polhamus, ni Roca, ni Hernández, ni Jiménez, figurarían en su expedición, ya que habían demostrado ser enemigos suyos. La declaración fué hecha el 23 de junio; pero pocos días antes, al celebrarse una asamblea de los emigrados cubanos, en Nueva Orleans, cuando se discutió una moción por la cual se le ratificaba a López la confianza de los

exilados, Loño, Castillo, y Polhamus habían abogado contra su aprobación, y finalmente, habían votado por la negativa, pública y abiertamente. El caudillo, pues, tenía cierta justificación para excluirles de una expedición dirigida por él y para organizar la cual, así como para financiarla, se le dejaba solo.

Lo que Villaverde anota en su *Diario* acerca de la ayuda económica de Mr. Sigur para la expedición de la Vuelta Abajo presenta un aspecto, solamente, de la serie de gestiones que López tuvo que hacer, en el curso de unas pocas semanas, para reclutar y equipar a más de cuatrocientos hombres que participarían de la empresa. Ya había logrado dominar bastante el idioma inglés y en Luisiana, antigua posesión francesa, se ayudaba muy bien con el francés que sabía. Ya no necesitaba de intérpretes, como había ocurrido en 1848-49, a su llegada a los Estados Unidos. Los frecuentes recorridos que había hecho por los estados del Sur le habían familiarizado con trenes, diligencias, correos y telégrafos. Nueva Orleans era, en verdad, su centro de operaciones y la ciudad en la que era más conocido y tenía las mejores relaciones; pero con facilidad hacía excursiones a Natchez, Vicksburg, Mobila, Pass Christian, Galveston y Louisville, para visitar a amigos y simpatizadores que pudieran ayudarle en sus empeños revolucionarios. Por todas partes era tratado con deferencia. Su marcial apostura, sus maneras corteses, la formidable revelación de vigor físico que había en sus ademanes y el entusiasmo que ponía en tratar del caso de Cuba para denunciar al despotismo español y para destacar que los cubanos merecían ser libres, convertían esas excursiones en otros tantos éxitos. Narciso López "the Cuban patriot", como era llamado en todas partes sin que nadie recordase ni su nacimiento en Venezuela ni el tiempo que había servido en el ejército español, se había convertido en una celebridad en todo el Sur. Era en Nueva York, en Boston y en Wáshington donde Kossuth, Mazzini, Garibaldi, Avezzana y Paéz atraían la atención pública y recibían atenciones oficiales que ponían en peligro la neutralidad de los Estados Unidos, sin duda porque la diplomacia española y los administradores de las inversiones de la Casa Real, de Madrid, eran muy influyentes, aunque los capitales a invertir en los Estados Unidos, a cargo de abolicionistas, fuesen el producto de la trata de esclavos que se mantenía en Cuba. El financiero Christopher Fallon, de Nueva York y Filadelfia, agente de inversiones de la reina madre de España. María Cristina, en los Estados Unidos, era sin duda

hombre que presumía de liberal, cristiano y hasta abolicionista; pero el dinero que administraba procedía del contrabando de esclavos y de otras corruptelas del régimen colonial español en Cuba, sin que él sintiese escrúpulos por ello. En el Sur de los Estados Unidos, por aquella época, no había uno solo entre los emigrados europeos y americanos, que disfrutase de la popularidad y la nombradía de López. Dondequiera que iba encontraba coyunturas favorables para la realización de sus planes y las aprovechaba, sin detenerse a considerar si había algún otro interés, de carácter sórdido, o alguna ambición bastarda, que se mezclase con la ayuda obtenida, aunque en muchos casos así era. En su fuero interno decidía que la persona que no se movía por nobles razones humanitarias, sino por motivos de egoísmo no era acreedora a que se le guardasen las consideraciones merecidas por los que sí habían abrazado la causa de Cuba libre con plena sinceridad. De ahí aquella terrible frase de López, citada por Villaverde, que luce más cruel y descarnada de lo que, efectivamente, era en el fondo, porque se refiere a los aventureros que creían aprovecharse de él para sus ventajas personales, sin importarles nada la libertad o el bienestar del pueblo cubano. Según Villaverde, cuando se preparaba la expedición de la Vuelta Abajo y se hacía necesario, como en la de Cárdenas, contar con una mayoría de reclutas del Sur, casi todos esclavistas. López hubo de decirle:

> ...Puesto que no hay aquí cubanos bastantes para que me acompañen, estos peleles de americanos me servirán de escolta, con ellos desembarcaré, me internaré, levantaré el país, y los iré dejando en el camino para que los perros de los españoles se entretengan en roerles los huesos mientras yo me rehago y fortifico... (375)

Sigur, el periodista de Nueva Orleans, sinceramente se interesaba por la causa de Cuba y se había convertido en un verdadero amigo de Narciso López. Su ayuda resultó inapreciable para la expedición de la Vuelta Abajo por su generosidad y por su influencia en todo el Estado de Luisiana. Fué él quien logró que en 1850 la asamblea estatal aprobase un crédito anual de cinco mil pesos para la milicia conocida como la "Louisiana Legion of New Orleans", y ese dinero permitió que hubiese armas y municiones en los cuarteles y que por la tolerancia de sus custodios para con ellas fuesen equipados no pocos de los expedicionarios. (376)

Ya para fines de junio López había logrado atraerse a no pocos de los cubanos quienes, en un prinicipio, se encontraban entre los "antilopiztas" de Nueva Orleans; pero así y todo decidió tomar algunas precauciones con los que habían dudado de él, por lo que Villaverde hace constar en su *Diario*, con la anotación del miércoles 18 de junio, que el caudillo había decidido dividir en dos grupos a los cubanos que irían en la expedición, según el grado de su adhesión y confianza. Los que le fuesen más afectos embarcarían con él en Nueva Orleans; pero aquellos de quienes podía tener alguna duda irían por su lado hasta el lago Pontchartrain para ser recogidos por el vapor expedicionario cuando ya estuviese en marcha hacia el Golfo de México. Ese día los entusiasmos de López para acabar con los restos del imperio colonial español en América habían subido de punto, ya que le dijo a Villaverde que iba a enviar a Puerto Rico al borinqueño Carreras, quien estaba en Nueva Orleans, con la proclama en la cual prometía a los puertorriqueños que les ayudaría a sacudir la dominación española.

Las disensiones existentes en Nueva Orleans eran de cierta importancia y habían hecho mella en el ánimo de López, como acabamos de ver; pero las más sensibles eran las que habían surgido con los patriotas de Nueva York, a raíz de la llegada de Rodríguez de Mena. Este, Betancourt, Goicouría y Agüero, no simpatizaban con John Louis O'Sullivan, el cuñado de Cristóbal Madan, porque se había separado de este último para identificarse con López. Le consideraban, además, imprudente y ligero. El, a su vez, era igualmente hostil a quienes le criticaban y desconfiaban de su actuación. Con esos antecedentes no es de extrañar que O'Sullivan se mostrase opuesto a la proyectada junta de Nueva York, de la cual ya hemos hablado, y así se lo escribió a López. Acerca de esto Villaverde en su *Diario*, en la anotación correspondiente al 20 de junio, dice lo que sigue:

> ...Cuando yo traducía al Gral. la carta de O'S(ullivan) al llegar la esplicacion de las intenciones de la junta, esclamó dándose una palmada en el pecho i dirigiéndose Sigur: Si ahora no voi á Cuba juro por mi honor q. sin decir palabra á ellos (los de N. York) me retiro á mi país. Cuando por 2a. vez leyó la carta de Mena, dijo: este es como los demas, no me escribió desde Charleston porque quiso primero consultar con la gente de N. York...

Sigur había comprado el *Pampero*, el barco de la expedición a la Vuelta Abajo, cuando vendió a John P. Heiss, el 10 de junio, la parte que tenía en la empresa del *Delta*. No estaba ese vapor en Nueva Orleans y se hicieron los arreglos adecuados para que fuese a dicho puerto y quedase a las órdenes de su nuevo dueño; pero no estaba en buenas condiciones para la navegación de altura y, además, no era prudente que llegase a Nueva Orleans con demasiada anticipación porque podía despertar sospechas con una estadía demasiado prolongada. Transcurrió el resto del mes de junio y parte de julio mientras se completaban los preparativos de la expedición y ya con la seguridad de que había un transporte disponible. Aunque el *Picayune*, de Nueva Orleans, hubo de publicar en su edición del 7 de septiembre de 1851 que el *Pampero* había llegado a esa ciudad el domingo 29 de julio y que su capitán había acudido a la Aduana el día siguiente con la declaración de que sus calderas estaban en mal estado y no tenía en orden sus documentos, la verdad es que el barco había llegado con varios días de anticipación, y que Villaverde anotó en su *Diario*, el miércoles 25 de junio, que había ido a ver al *Pampero*, por la primera vez, y que no le había gustado, aunque sin explicar cuáles eran sus objeciones. Esto ya indica la connivencia de los funcionarios aduanales de Nueva Orleans, con los expedicionarios para disimular la presencia en el Mississippi del transporte encargado de llevarles a Cuba; pero también demuestra que el espionaje español no era del todo eficaz.

Era López quien con gran habilidad había logrado solucionar el gran problema del buque destinado a la invasión. Por él era que los vecinos más prominentes de Nueva Orleans, como Isaac Johnson, secretario de Justicia del Estado de Luisiana; M. M. Cohen, ex-comisionado federal de Luisiana; Joseph Genois, secretario del Ayuntamiento; D. Corcoran, co-propietario del *Delta*, los periodistas Alexander Walker, J. F. H. Claiborne y Durante da Ponte; los abogados Cyprien Dufour, William Monaghan, Benjamín Campbell y Randall Hunt, habían estado ayudando en los preparativos revolucionarios; pero no deja de llamar la atención que aquel curioso demagogo que fué Pierre Soulé, luego senador y años más tarde ministro de los Estados Unidos en España, con encargo de comprar la Isla de Cuba, se abstuviese de participar en todo acto público relacionado con los planes de Narciso López. Era este último, además, el que con su influencia personal y los relatos que se hacían de sus proezas mi-

litares y de sus formidables fuerzas físicas, decidía a no pocos de los aventureros que había en Nueva Orlenas, ciudad turbulenta y desordenada, a enrolarse en la empresa de ir a combatir contra la dominación española. Era a López, por otra parte, a quien el gobierno español temía en relación con las actividades revolucionarias para libertar a Cuba. Y era a López, finalmente, a quien vigilaban los gobiernos de Estados Unidos, Francia y la Gran Bretaña, por las complicaciones internacionales resultantes de la Revolución Cubana. Los emigrados de Nueva York, por su cuenta, no constituían una seria amenaza para el coloniaje español en Cuba. Siempre habían sido platónicos, más dedicados a la propaganda y la crítica y la protesta escrita o hablada, que a la acción guerrera. En cuanto a ésta era la única que podía destruir la dominación española en Cuba: hasta entonces y por espacio de medio siglo, en ese campo no había habido otro caudillo que se hubiese hecho temer, sino Narciso López, y no lo habría de nuevo, muerto él, hasta que Carlos Manuel de Céspedes, muchos años más tarde, se revelase como el hombre de acción que es el que hace las revoluciones.

Ya a fines de junio López estaba convencido de que, pese a todos sus esfuerzos, le sería imposible estar en Cuba para el 4 de julio. Los obstáculos que había encontrado le resultaban prácticamente insuperables y las discrepancias con los emigrados de Nueva York eran mayores que nunca. Había considerado como de buen agüero el desembarcar en Cuba el 4 de julio, aun sin saber que ésa era la fecha para la sublevación de Camagüey y que los contactos de ésta eran con Betancourt Cisneros y los emigrados de Nueva York, entre los cuales la campaña de descrédito contra López era tan intensa en esos momentos, como lo había sido en la época en que Madan manejaba el cotarro del extinguido *Consejo de Organización y Gobierno Cubano*. A López no se le podía discutir experiencia como militar ni arrojo personal. Con la expedición de Cárdenas había realizado una hazaña que ningún otro libertador cubano pudo llevar a cabo. La campaña de descrédito, pues, no iba por ahí, sino que trataba de presentarlo como un hombre que era el juguete de influencias extrañas y que no tenía opinión propia definida. Arteaga, el comisionado de Betancourt, Rodríguez de Mena y Goicouría, necesitó que López pidiese prestado en Nueva Orleans el dinero con que costeó su viaje de regreso a Nueva York; pero esto no obstante, mientras estuvo en Nueva Orleans no se recató para repetir lo que había oído

a Betancourt y a Goicouría sobre que López no era quien manejaba y decidía los asuntos de su expedición y llegó a decir que López "...no piensa con su cabeza sino con las las de las personas que tiene al lado", según anotó Villaverde en su *Diario*, con fecha 29 de julio de 1851.

Esta opinión era equivocada e injusta. Los detractores de López tenían motivos más que suficientes para saber que el caudillo era tan obstinado como valiente y que, rodeado de hombres irresolutos, formaba por su cuenta las opiniones que luego mantenía con invencible firmeza. El comentario más caritativo en cuanto a esa campaña es el de que los que la alentaban, infortunadamente, no habían logrado penetrar la realidad en cuanto al carácter de Narciso López. En esos momentos había resurgido la oposición a López, como pudo observar Villaverde: pero lo peor era que esa oposición no se disponía a ir a pelear en Cuba, sino que desacreditaba y negaba su apoyo a quien quería hacerlo, al mismo tiempo que alentaba a pequeños grupos de patriotas, en distintas localidades de Cuba, para que se sublevasen por su cuenta.

A fines de mayo, según carta autógrafa de Betancourt Cisneneros a Villaverde, que ya hemos citado, habían llegado a Nueva York varios camagüeyanos con las últimas noticias de los desmanes del mariscal Lemery. En esa carta, que era la que *El Lugareño* utilizaba para reclamar de Villaverde que fuese a Nueva York, también le decía:

> ...Han llegado ayer de Nuevitas Benjamin Sanchez, su esposa, hermana de Alonso (Betancourt) y cinco niños: Gaspar Agüero (hermano de Perico); Pedro Agüero Sanchez, su esposa y tres niños; Anita Sosa y un hijo más, y un joven Zayas Bazan *descubridor ó resolvedor* del gran problema de la *cuadratura del circulo*. Todos los hombres y todas las mujeres estan acordes en que las Camagüeyanas querian salir y lanzarse con puñal en mano a la cárcel á quitar á los presos (Serapio Recio, Manuel de Jesús Arango, José Ramón Betancourt, Salvador Cisneros Betancourt, Francisco de Quesada, y Francisco Varona Batista, arrestados el 3 de mayo de 1851 en Camagüey y en su mayoria deportados a España. NOTA del autor de esta obra), pero que estos se opusieron al levantamiento asegurándoles que ellos saldrian bien porque estaban inocentitos como los recien nacidos y que nada les podia suceder porque nada se les había encontrado ni cogido que ameritase aquel procedimiento Por esto, dicen, no se lanzaron quinientos hombres á quitarlos y porque la orden dada á la tropa ú oficiales que los custodiaban era de matarlos al momento que viesen el menor movimento de resisten-

cia. Me han contado que á lo menos media docena de los mas influyentes andan huyendo por los campos y se cree que no los cojeran. Parece que todos *allá* estan esperando la espedicion, y eso también ha paralizado todo movimento espontáneo y decidido.

Comunique V. todo esto á quienes concierne; al Capo (N. López) y á Perico (Pedro Agüero), si es que están por ailá...

Los párrafos que anteceden hacen ver con qué facilidad se inventaban pretextos para justificar la indiferencia ciudadana ante los abusos del despotismo; pero, además, señalan que entre Betancourt Cisneros y el joven Zayas Bazán habían surgido algunos rozamientos, a virtud de los cuales *El Lugareño* le calificaba irónicamente de *descubridor o resolvedor* del problema *de la cuadratura del círculo*. Una nota del *Diario* de Villaverde, fechada a 30 de junio de 1851, y escrita después de recibir una carta de Sánchez Iznaga, nos da la clave de las diferencias habidas entre el viejo conspirador camagüeyano y su joven comprovinciano, ya que dice:

...Zayas Bazan queria saber de Sanchez Iznaga si no habia mas hombres que Betanct., Agüero i Goicouria, & para dirigir los negocios de Cuba porque, en su opinion si no habia otros, era preciso despedirse de la libertad de la Patria, pues esos se entretienen en formar juntas, hacer discursos i murmurar del Gral., de O'Sullivan i demas, en vez de apoyar i empujar la revolucion de su pais...

Como se ve, la campaña contra López no se limitaba al grupo de los dirigentes más connotados de la emigración, sino que llegaba también a los recién llegados, con la consiguiente perturbadora influencia de provocar divisiones y de impedir que hubiese un solo esfuerzo revolucionario lo bastante poderoso para derrotar al gobierno colonial. Como era natural por sus prestigios revolucionarios, por la obra realizada en Camagüey, donde había nacido y vivido y por sus relaciones de familia, Gaspar Betancourt Cisneros era el oráculo para los camagüeyanos. El caso del joven Zayas Bazán y de sus irreverentes opiniones era muy raro porque los conspiradores de Camagüey se orientaban por las indicaciones de Betancourt Cisneros, quien tenía su propio y personal sistema de comunicaciones con ellos, especialmente por el puerto de Nuevitas.

Así se explica que el día 1º de julio de 1851 ya Betancourt y Rodríguez de Mena, desde Nueva York, pudieran telegrafiar a López, quien se encontraba en Nueva Orleans, la noticia de la sublevación de Camagüey, que era inminente. El telegrama original, infortunadamente, no figura entre los que Cirilo Villaverde conservó, que obran en nuestro poder. Sin embargo en el *Diario* del insigne novelista y patriota, hay una anotación correspondiente al jueves 3 de julio de 1851, que dice:

...Sigur trajo un parte telegráfico de N. York fecha 1o. en que Betancourt i R. Mena dicen que tienen buenas razones pa. creer que á la misma fecha se habia dado en Cuba el grito de independencia i q. allá esperaban al General...

Esta noticia se relaciona directamente con uno de los problemas históricos más debatidos durante muchos años por los actores y participantes de los sucesos de 1851, y también por los historiadores interesados en llegar al fondo de las causas determinantes de los fracasos que hubo entonces en Camagüey, Trinidad y la Vuelta Abajo. Muchos años después de aquellos sucesos el periódico *La Voz de América*, que editaban en Nueva York chilenos y cubanos cuando el conflicto de España con las repúblicas hispanoamericanas del Pacífico, en la América del Sur, publicó una serie de artículos acerca de la historia revolucionaria de Cuba, que estaban destinados a inflamar a la opinión pública cubana contra la dominación española para mejor ayudar a Bolivia, Chile, Ecuador y Perú, con la promesa de que esos países, a su vez, ayudarían más tarde a los revolucionarios cubanos. Juan Manuel Macías y Cirilo Villaverde, dos de los más fieles amigos de López, figuraban entre los redactores de *La Voz de América* y el último citado comenzó a publicar en sus páginas la biografía que había prometido escribir del caudillo venezolano, que nunca completó, ya que sólo redactó los capítulos iniciales que, en borradores manuscritos o en tiras impresas de *La Voz de América*, obran en nuestro poder. A partir de la edición del 11 de mayo de 1866 *La Voz de América* comenzó a publicar una serie de artículos sin firma sobre historia revolucionaria de la época de Narciso López, que generalmente se atribuyeron a Juan Clemente Zenea, entonces bien conocido como uno de los poetas de la emigración, que había comenzado sus actividades de conspirador todavía muy joven, hacia 1850. Zenea nunca negó la paternidad de dichos artículos, aunque tampoco polemizó por ellos y al autor de esta obra no le sorprendería si en

realidad hubiesen sido escritos por Cirilo Villaverde, uno de los principales redactores del periódico, o inspirados por él y fundamentados en materiales y opiniones aportados por él.

Uno de esos artículos presentó la tesis de que López desconocía lo relativo a la sublevación de Camagüey, aunque sí lo sabían Betancourt Cisneros, Pedro de Agüero y Waldo Artega. En ese artículo hasta se afirmaba que *El Lugareño*, por mediación de Arteaga, había instruído a Joaquín de Agüero para que se sublevase en la seguridad de que él le apoyaría desde los Estados Unidos y que Arteaga había dicho a Betancourt Cisneros que la sublevación tendría lugar el 4 de julio y no había dado ese informe a Narciso López. Después de esto es que el articulista aludía al telegrama de Betancourt Cisneros y Rodríguez de Mena, dirigido a Sigur, con fecha 1º de julio, y al que se refiere la anotación del *Diario*, de Villaverde, del 3 de julio, que ya hemos transcrito. En el artículo, sin embargo, hasta se dice el contenido del telegrama de marras, redactado como sigue:

> ...Tenemos buenas razones para crer que hoi ha nacido el niño en Cuba i esperan á V. para el bautizo... (413)

Por lo que hemos escrito en el capítulo III de esta obra queda demostrado que, en efecto, la sublevación de Camagüey debía comenzar el 1º de julio, el día en que Adolfo Pierra y otros patriotas salieron de la antigua Puerto Príncipe para ir a reunirse con Joaquín de Agüero; pero que no fué hasta el día 4 que se firmó la Declaración de la Independencia, en San Francisco del Jucaral. De Nuevitas a Nueva York un barco de vela tardaba más de dos semanas de navegación; pero es un hecho que Betancuart Cisneros podía telegrafiar a Nueva Orleans, el 1º de julio, que ese día "nacía el niño", es decir, comenzaba la sublevación, y que se esperaba la llegada de López "para el bautizo", o sea, para apoyarla. Ahora bien, pocas semanas antes Betancourt Cisneros había escrito a Villaverde, en carta autógrafa cuyo original poseemos y que ya hemos citado (414), para que le pidiese a López la entrega de "600 armas de fuego" que "se necesitan, se piden y se nos exijen de Cuba". Durante el mes de junio, por otra parte, se había desarrollado la polémica entre López, de un lado, y Betancourt y Rodríguez de Mena, del otro, porque estos últimos querían entonces establecer otra nueva "Junta Cubana" en Nueva York para trabajos conspiratorios, mientras que López disentía violentamente de tales cabildeos y creía que con ellos se perdía el tiempo. De todos modos, el lector no podrá menos de extrañarse ante las contradictorias actitudes de *El Lugareño*, una vez en solicitud de armas para una inminente sublevación, casi al mismo tiempo dedicado a organizar un grupo conspirador sin miras inmediatas de acción armada, y en seguida enterado del alzamiento de Agüero, antes que nadie, y reclamando para que se le apoyase la expedición de López que no podía salir, precisamente, por la falta de colaboración económica de parte de Betancourt Cisneros y sus amigos de Nueva York. Los emigrados cubanos, entonces y por muchos años después, hasta los mismos días que vivimos, ponían de relieve una lamentable disposición al individualismo, a las rivalidades, a las suspicacias y a la ambición de mando.

El artículo de *La Voz de América* contenía, además, una dura crítica contra Betancourt Cisnieros, quien moriría en La Habana antes de que se terminase aquel mismo año de 1866, y después de este ataque el articulista atribuía a Narciso López unos comentarios sobre el telegrama de Betancourt Cisneros y Rodríguez de Mena, que terminaban con estas palabras.

> ...Me parece que veo lo que va á suceder; esos jóvenes sin esperiencia serán batidos á las primeras de cambio por los soldados españoles los harán prisioneros, se les juzgará sumariamente, los fusilarán, me presentaré yo i agobiado el pais por el peso moral de esos ejecuciones no encontraré quien me apoye ni habrá quien responda a mi llamamiento.

Según la anotación de julio 3, en el *Diario*, de Villaverde, efectivamente López hubo de quejarse, al recibo del telegrama en que se le anunciaba la sublevación de Agüero, de la anticipación con que ésta tenía lugar y de que a él no se le ayudaba para que completase su expedición. Esto, sin embargo, no se compadece con otra anotación anterior del *Diario* de Villaverde, correspondiente al sábado 24 de mayo de 1851, que dice:

> ...El Gral. se queja de que algunos cubanos le han atribuido el haber detenido varias vezes el movimto. revolucionario en la isla por ambicion i miras personales, cuando la verdad es q. hasta ha dado órdenes pa. q. se comience, no habiendo sido otro su objeto sino el de poner de acuerdo en cuanto sea posible el movimiento de allá con el de acá pa. asegurar mas el éxito...

Como se ve, a fines de mayo Villaverde nota que López había dado órdenes para que comenzara la sublevación en Cuba, y seis semanas más tarde le atribuye el quejarse del alzamiento de Agüero como prematuro. De todos modos y sin que haya posibilidad concreta de aclarar por ahora qué fué lo que realmente dijo López sobre los pronunciamientos iniciales, es indudable que no hubo la necesaria coordinación entre las sublevaciones de Camagüey y de Trinidad, de un lado, y la expedición de la Vuelta Abajo, del otro, y que en cuanto a la de Camagüey definitivamente López desconocía todo lo relacionado con ella, mientras que Betancourt Cisneros y sus amigos entre los emigrados de Nueva York, sí estaban al corriente de sus preparativos y hasta de la fecha en que debía comenzar.

El telegrama de Nueva York mas bien acicateó a López para ir adelante por su cuenta en lo que respecta a la expedición que preparaba, ya que la anotación del *Diario*, de Villaverde, correspondiente al sábado 5 de julio, contiene la declaración que López le había hecho a su secretario de que saldría de todas maneras con su expedición, a la que se agregaban estas palabras:

> ...puedo decir á Vd. con toda verdad, que sea cual fuere la contestacion q. me den de N. York, lo que quiero es q. acabe de llegar, pues si me dicen no, yo me arbitraré por acá, i tendré el gusto de irme para Cuba sin haber ocupado ni en medio á los triunviros de N. York...

La situación que se planteaba era de abierta discrepancia, traída por viejos recelos y rivalidades; pero no podía ser más inoportuna y perjudicial por el hecho de que había llegado el momento de los supremos esfuerzos mancomunados, con el hecho concreto de una sublevación iniciada y otra al comenzar, en Camagüey y en Trinidad, respectivamente, y su triunfo dependía muy mucho de que se pudiera asestar un golpe decisivo al poderío español en Cuba por medio de una fuerte expedición. Los contactos de López en Cuba no funcionaban con tanta efectividad como los de Betancourt Cisneros, ya que no fué hasta el 6 de julio que el jefe revolucionario recibió en Nueva Orleans el mensaje en cifra que le enviaba desde La Habana su corresponsal John S. Thrasher, el director de *El Faro Industrial*, de La Habana, conocido en el seno de la conspiración por el sobrenombre de *El Semi-Yanqui*, quien hasta entonces se las había manejado con gran habilidad en su puesto; pero cuyas actividades estaban

siendo estrechamente vigiladas por el espionaje español desde que, semanas atrás, los esbirros del Capitán General Concha habían logrado descifrar la clave de López con su sobrino, el agente consular de Venezuela en La Habana, Muñoz Castro. El informe de Thrasher, al que se refiere el *Diario*, de Villaverde, señalaba que para fines de junio se esperaban cuatro levantamientos en Cuba, uno en Santiago de Cuba, otro en Camagüey, otro en Trinidad y el último en la Vuelta Abajo. Al recibo de esta carta, según Villaverde, López comentó que debía darse "un golpe de mano" en La Habana "...porque en su concepto el país está hecho un volcán".

El telegrama sobre el inicio de la revolución en Camagüey no fué la única noticia que López recibió de Betancourt Cisneros y de Rodríguez de Mena por aquellos días. El despacho telegráfico, por supuesto, circulaba con mayor rapidez, del 1º al 3 de julio, entre Nueva York y Nueva Orleans; pero el lunes 7 de julio López recibió una carta, fechada a 29 de junio, que le enviaban los propios firmantes del telegrama. Según el *Diario*, de Villaverde,

> ...El contenido de la tal cartica era que se esperaban levantamtos. en Cuba, donde era urgente que el Gral. acudiese pronto con 800 hombres, que este hiciese cuantos esfuerzos pudiese por aca para estar listo al primer aviso mientras ellos (B. i R. M.) por allá, luego q. estallase en Cuba la revolun. lo auxiliarian con otros 800 hombres en el *Cleopatra*, para lo cual necesitaban q. el Gral. diese la orden de que se les entregase... Enseguida nos leyó á Arnao (Ramón Ignacio) i á mi (su) contestacion... sin duda llena de calor, patriotismo i verdadera elocuencia.... el Gral. les prueba q. pa. entonces no necesita de ellos, ni de sus ausilios del Norte, antes mira como perjudicial á la causa que otros q. sus agentes, personas idoneas i conocedoras del pais organizen espediciones ausiliares i las manden detras de el, i q. hará todo cuanto esté en su poder para impedirlo...

Por la anotación del *Diario*, correspondiente al martes 8 de julio, se ve que López, después de maduras consideraciones, desistió de enviar la carta a que se refiere la cita anterior y esperar, en cambio, a que Betancourt y Rodríguez de Mena le contestasen a su proposición de venderles el *Cleopatra* por seis mil pesos, hecha días atrás, con ocasión de la visita de Arteaga como comisionado de la Junta de Nueva York, recién creada. Según Villaverde quería López que le cogieran la palabra en cuanto a la venta del *Cleopatra*, en la seguridad de que, de ese

modo, para el 10 de agosto estaría en Cuba. Pocos días después, el viernes 11 de julio, López se encontraba apremiado de dinero y decidió contestar la carta de Betancourt y Rodríguez de Mena y así lo hizo, aunque modificando su texto, y les ofreció en venta el *Cleopatra* por cuatro mil pesos, al mismo tiempo que ratificaba su actitud en contra de formar parte de la nueva Junta de Nueva York.

No descansaban López y Sigur, mientras tanto, en Nueva Orleans, dedicados a completar los preparativos de la expedición, y sus agentes en Corpus Christi, Tejas, Cayo Hueso y la desembocadura del río St. John, en la Florida, Savannah, Georgia, y Charleston, Carolina del Sur, también trabajaban afanosamente para recaudar fondos, reunir armas y pertrechos y reclutar expedicionarios. Como se recordará, cuando el *Creole* regresó de la expedición a Cárdenas, fué a parar a Cayo Hueso, donde desembarcaron López y sus hombres. Aunque con ocasión de la varadura, a la salida de Cárdenas, el pequeño vapor había sido aligerado de su carga para que volviese a flotar, siempre se había conservado algún armamento, que quedó depositado en Cayo Hueso, supervisado por el matancero Francisco Javier de la Cruz, expedicionario de Cárdenas, muy afecto a López. Después, cuando se hicieron los preparativos para la expedición del *Cleopatra*, el fiel amigo de Narciso López que era el comerciante cubano Juan Lamas, establecido en Savannah, Ga., y el norteamericano H. J. Titus, dueño de un aserradero en la boca del St. John, conservaron las armas y municiones que no fueron utilizadas cuando las autoridades federales se apoderaron del *Cleopatra* e hicieron fracasar aquella expedición. Todos esos materiales de guerra, pues, iban a ser empleados en la nueva tentativa revolucionaria y facilitaban los preparativos de la expedición, cuyo problema principal seguía siendo el transporte marítimo, a pesar de que ya había un vapor disponible, el *Pampero*.

Las perspectivas de la expedición del *Pampero* mejoraron concretamente a mediados de julio, como consecuencia de la coordinación de todos los esfuerzos de López y de sus amigos. Con fecha 13 de julio, según anota Villaverde en su *Diario*, Sigur le dijo que ya no se necesitaba "el dinero de la Junta de N. York", que era el que se esperaba por la venta del *Cleopatra*, y le informó de que Lamas, desde Savannah, había hecho un anticipo de dos mil pesos, mientras que en la misma Nueva Orleans se

habían recaudado tres mil más. Había quien prestaba un vapor para que fuese al río St. John, a recoger las armas que guardaba Mr. Titus, las cuales serían llevadas a Corpus Christi, en Tejas. Allí iría a recogerlas el *Pampero*, llevando a bordo cien expedicionarios de Nueva York, cuyo número se aumentaría considerablemente con otros cuatrocientos hombres que estarían concentrados allí. Corpus Christi, pues, parecía haber sido escogido como la base principal de operaciones, en parte porque muchos de los emigrados húngaros que querían ir en la expedición, se habían establecido en Tejas, y en parte para despistar al espionaje español y a las autoridades federales de Nueva Orleans.

Este plan sufrió algunos cambios con posterioridad; pero no deja de ser interesante el hecho de que ya entonces había una idea bastante aproximada del número de los expedicionarios que irían en el primer viaje del *Pamparo*. López estaba de recorrido en esos días para completar sus acuerdos con los húngaros, y Sigur había quedado encargado de comunicar las órdenes dejadas por él, a los interesados. Fué ese día que Villaverde supo, por Sigur, que él no figuraría en el primer contingente expedicionario, sino que debía patrir para Savannah, Georgia, a trabajar junto con Lamas, Macías, etc., en la preparación de un segundo grupo invasor, que iría en apoyo del primero tan pronto como el *Pampero* estuviese de regreso.

Los preparativos estaban tan avanzados que Sigur pudo decir a Villaverde, en ese momento, que el principal de los agentes confidenciales de López, De Gournay, había embarcado para La Habana ese mismo día, por la mañana, a bordo del vapor *Cherokee*, provisto de un pasaporte falso a nombre de O'Callaghan, enviado por López.

> . . . como agente i ayudante suyo, para llevar amplias instrucciones a los gefes, siendo las principales q. se levantaran en la misma ciudad tan pronto como supieran su llegada a la isla, se apoderaran de todas las autoridades que pudiesen i formando un consejo, nombraran un gefe superior á quien todos obedeciesen i a qn. se someteria la direccion de las demas operaciones hasta ponerse en relacion con el Gral. Lopez . . .

Este P. F. de Gournay, principal de los agentes confidenciales de López para sus contactos con los conspiradores de Cuba, es una de las figuras más misteriosas de aquella época. Norteamericano de ascendencia francesa por el lado paterno, la línea

materna tenía familiares cubanos y era hombre que hablaba bien sus tres idiomas. Pudo haber sido hábil o imprudente, según los casos, en el desempeño de su misión; pero su lealtad pareçe haber estado por encima de toda sospecha. En el *Archivo Villaverde* se conservaron algunas de sus cartas, las que más adelante comentaremos y tenemos entendido que vivió hasta los años de la Guerra de Secesión, de los Estados Unidos, sin que publicase relato alguno de sus actividades en 1851 y sin que se sepa qué ha sido de los papeles que sin duda llegó a tener, acerca de sus relaciones con Narciso López. Su viaje a Cuba, a mediados de 1851, era la señal de que la expedición del *Pampero* estaba al partir y de que los conspiradores que habían estado relacionados con Narciso López debían hacer buenas sus promesas de sublevarse, cosa ésta que no ocurrió.

Por el *Diario*, de Villaverde, anotación del martes 15 de julio de 1851, se echa de ver que la propuesta de Narciso López a los que él llamaba los "junteros", de Nueva York, para que le comprasen el *Cleopatra*, tuvo buen éxito. No hay otro dato al respecto en los documentos de la época; pero, de todos modos, la información que da Villaverde ya parece convincente cuando dice que el día citado López recibió un telegrama que desde Nueva York le enviaba O'Sullivan en el que le decía que ya tenía en su poder los siete mil pesos del precio que originariamente se le había señalado al *Cleopatra*, y agrega Villaverde:

> ...el Gral. loco de contento, levantó en peso a Sigur, como si fuera un año, i luego dijo... chispeandoles los ojos: Se embromaron los españoles ..."

Ese mismo día partió Villaverde para Savannah, en cumplimiento de la misión que se le había encomendado y bien ajeno de que se despedía de Narciso López para siempre, porque la fuerza de las circunstancias haría que nunca más se viesen aquellos dos hombres que por espacio de unos tres años, en la emigración, habían estado tan estrechamente unidos. El autor de *Cecilia Valdés*, quien se convertiría en la principal fuente de información para los sucesos de aquella época, aunque sin escribir la historia definitiva de los mismos, como varias veces hubo de prometer que haría, iba a Savannah para reunirse con Lamas y con Macías y para lograr que estuviesen listas las armas con anterioridad confiadas a Titus y que debían ser embarcadas en el vapor

que habría de llevarlas a Corpus Christi, en Tejas, cosa que nunca se hizo porque a última hora se modificaron los planes para la invasión.

Villaverde no llegó a Savannah sino el miércoles 23 de julio, después de un viaje por mar que había durado ocho días, y en seguida se reunió con Lamas, Macías, Turla y Angulo y Guridi para acordar lo relacionado con las armas cuya custodia tenía Titus, en el río St. John. Allí, en Savannah, tuvo Villaverde la confirmación de que Agüero y un grupo de patriotas camagüeyanos se habían sublevado y habían combatido con los españoles; pero el *Sun*, de Nueva York, en su edición del 22 de julio, ya había publicado la noticia de que el bergantín norteamericano *Lothera*, capitán Bentley, al llegar a Nueva York, procedente de Nuevitas, había traído informes según los cuales la sublevación de Camagüey había comenzado el 28 de junio. La edición del día siguiente ya daba los nombres de Joaquín de Agüero y Waldo Arteaga, como jefes del alzamiento y el jueves 24 de julio Sánchez Iznaga y otro cubano, con una iniciativa que no podía tener otra explicación sino la de distraer la atención de las autoridades federales hacia Nueva York mientras la expedición de López salía de Nueva Orleans, visitaron al fiscal de Nueva York, J. Prescott Hall, quien tan sañudamente les había perseguido cuando la expedición del *Cleopatra*, meses atrás, y le dieron la noticia de que en Camagüey había comenzado la Revolución Cubana, después de lo cual le preguntaron si habría objeción legal a que un grupo de entre cien y doscientos cubanos y simpatizadores, desarmados, embarcasen desde Nueva York para ir a incorporarse a los sublevados. El fiscal Hall, sorprendido, les dijo que no tenía objeción legal que hacer; pero que el dictamen final debían darlo el Presidente Fillmore y el secretario Webster, con quienes debían consultarse, cosa ésta que declinaron hacer los cubanos visitantes (415). El efecto producido por esta visita y por la calculada revelación hecha en el curso de la misma fué el que se buscaba: el fiscal Hall se comunicó en seguida con el secretario de Estado, Daniel Webster, para darle cuenta de lo que acababa de saber, y se intensificó la vigilancia federal en Nueva York y hasta el crucero español *Pizarro* llegó a Nueva York en esos días para impedir una expedición que nunca se organizó, aunque Webster tenía otras confidencias que señalaban hacia Nueva Orleans y otras puertos del Sur como posibles pun-

tos de partida para la proyectada invasión de Cuba. En realidad, con fecha 6 de julio un James Brooks, al servicio del gobierno de Wáshington, apenas llegado a los Estados Unidos, a bordo del vapor *Georgia*, procedente de La Habana, ya le había avisado a Webster que un amigo suyo, mezclado en la conspiración, le había dado la imprudente confidencia de que la expedición saldría de Nueva Orleans ([416]). Calderón de la Barca, el amigo de Webster, representante de España en Wáshington, también había avisado al Departamento de Estado de que la nueva expedición saldría de Tejas o de Florida y que en ella figurarían contingentes armados de los estados del Sur, principalmente de Mississippi y de Luisiana, una noticia que a las claras revelaba que el espionaje español estaba al tanto de los preparativos que se hacían, aunque el fiscal Harris, del Estado de Mississippi, al recibir la denuncia de Calderón de la Barca, contestó al subsecretario de Estado. W. S. Derrick, y alegaba que no había base legal para proceder contra los simpatizadores de Narciso López ([417]), aunque no negaba los hubiese en su jurisdicción.

A partir del 15 de julio, sin embargo, todos los emigrados cubanos, lo mismo los que estaban en Nueva York que los que se habían establecido en el Sur, fueron envueltos y engañados por una campaña de infundios y de noticias tendenciosas y fabricadas, que mucho tuvieron que ver con el fracaso de la expedición de la Vuelta Abajo. Algunos de esos desterrados tenían por su cuenta una cierta experiencia en lo que respecta a deformar y abultar noticias para confundir al adversario e influir sobre la opinión pública, y por eso mismo trataron de resistir y de no dejarse impresionar por informaciones cuya autenticidad no había sido comprobada; pero al cabo de cierto tiempo ellos también siguieron la corriente general que imaginaba a la totalidad de Cuba sublevada contra el régimen colonial y asestándole golpes decisivos. El propio Narciso López no pudo substraerse a la influencia de esa propaganda organizada de mano maestra, mucho menos cuando le habían fallado sus fuentes de información en Cuba, a veces por haber sido arrestados sus corresponsales, en ocasiones porque les interceptaban sus despachos y se los alteraban desde que Concha tenía en sus manos la clave de la correspondencia secreta, y en otros casos por la cobardía de tales o cuales agentes, quienes rehuían cumplir con sus deberes ante el temor de ser descubiertos.

El *Sun*, de Nueva York, que era el diario de antiguo más identificado con los conspiradores cubanos, contribuyó de buena fe, aunque equivocadamente, a diseminar toda esa propaganda falsa. Si en su edición del 22 de julio se limitaba a confirmar la noticia de la sublevación de Camagüey y daba los nombres de Agüero y de Arteaga, como sus jefes, sin exagerar los hechos, ya al día siguiente prometía publicar el manifiesto del 4 de julio, de San Francisco de Jucaral y anunciaba que se habían producido numerosos levantamientos en distintos lugares de Cuba, que eran pura fantasía, y aseguraba que el próximo día 17 era la fecha para el alzamiento de la Vuelta Abajo. La edición del lunes 28 de julio era todavía más alarmante y sensacionalista El pailebot *Pauline*, llegado a Nueva York, como el vapor correo *Falcón*, en su viaje regular a Nueva Orleans, habían llevado pasajeros y cartas con las más extraordinarias y falsas noticias sobre victorias cubanas en batallas campales, enormes bajas de los españoles, una supuesta sublevación en Matanzas, etc., que eran un tejido de mentiras, ávidamente leídas por los emigrados, quienes en su inmensa mayoría las creyeron y perdieron toda prudencia en cuanto a sus futuras actuaciones. Se generalizó la fiebre expedicionaria y no sólo los cubanos, sino también los norteamericanos que estaban en contacto con ellos, hablaban de ir a Cuba y de cualquier manera. El gobierno colonial corría un cierto riesgo con esa propaganda, que podía precipitar una gigantesca invasión, con elementos superiores a los que España tenía en Cuba; pero, desdichadamente, como los acontecimientos casi en seguida lo demostraron, no había más que un Narciso López que corriese todos los riesgos para organizar expediciones, y se le discutían la autoridad y los méritos y se le regateaban y hasta negaban los recursos necesarios para asestar un golpe mortal al coloniaje, por lo cual sólo podía contar con un solo vapor, el *Pampero*, de setecientas toneladas de desplazamiento, con sus maquinarias en muy mal estado y del que se hacía necesario esperar dos y hasta tres viajes rapidísimos, en redondo, entre Cuba y los Estados Unidos, para poder destruir el poderío español en Cuba. En esos últimos días del mes de julio, el *Sun*, de Nueva York, y el *Delta*, de Nueva Orleans, no eran los únicos periódicos que publicaban los infundios acerca de una revolución general en Cuba, ya que las mismas noticias aparecían en las páginas del *Tribune*, el *Herald*, el *Courier & Enquirer* y el *Express*, de Nueva York, el *Bulletin*, de Filadelfia, el *News* y el *Georgian*, de Savannah, el *Na-*

tional Intelligencer, de Washington, D. C., el *Picayune*, de Nueva Orleans, y otros muchos diarios norteamericanos. En general, el tono de esos informaciones era de simpatía por la Revolución Cubana y por la Declaración de Independencia de San Francisco del Jucaral, en Camagüey, publicada por el *Sun*, de Nueva York, en su edición del 28 de julio de 1851, que aparecía firmada, por la primera vez, por Joaquín de Agüero y Agüero, Francisco de Agüero y Estrada y Waldo Arteaga y Piña, aunque el documento original, aprobado en San Francisco del Jucaral, contenía muchas más firmas.

Ya el día 31 de julio el *Sun*, de Nueva York, comenzaba a poner en tela de juicio las noticias de las victorias y los alzamientos que tenían lugar en Cuba, cuando había transcurrido más de una semana de la captura de Joaquín de Agüero y sus compañeros en Punta de Ganado, pero, de todos modos, todavía daba cabida en sus columnas a las noticias de supuestas sublevaciones en otros lugares de Cuba... Así se formó entre los emigrados el erróneo criterio que el propio Narciso López expresaba al hablar de que "...la Isla está convertida en un volcán". Villaverde anotaba en su *Diario*, el 25 de julio, también engañado por la propaganda que dirigía Concha y por las "bolas" (418), que

> ...Las noticias de Cuba que pudimos recojer de los pasajeros del *Isabel* son que los patriotas batieron i tomaron prisioneros nueve oficiales, entre ellos Conti, el coronel del Regimiento de Cantabria, q. con 300 hombres el gobo. lo mando á Pto. Ppe. para reforzar su guarnicion; q. se aumentaba su número; q. llevaban dos banderas, una blanca con un letrero; "Egercito Libertador" i la otra igual á la del Gral. en Cárdenas; i q. en Matanzas se temia q. hubiera movimento tambien...

C. S. Urban, en su estudio acerca de *New Orleans and the Cuban Question in* 1849-1851, que ya hemos citado, describe con abundantes detalles la excitación pública existente en Nueva Orleans, a partir del 22 de julio, cuando se recibieron las primeras noticias de la sublevación de Camagüey. Se organizaron mítines para recaudar fondos con los cuales se organizaría la expedición que iría en apoyo de los sublevados; varios comités financieros trabajaban activamente en ese sentido y con poquísimas excepciones los numerosos periódicos locales publicaban artículos favorables a la Revolución Cubana y justificaban todo empeño destinado a ayudarla. Los emigrados cubanos eran huéspedes favoritos y aplaudidos en todos los mítines, reuniones y desfiles y ellos mismos se sintieron arrastrados por el entusiasmo general para lanzarse a la lucha con la mayor premura. Por supuesto que buena parte de los fondos recaudados, que no fueron muy crecidos, en honor de la verdad, y de los materiales de guerra aportados, fueron a parar a manos de Narciso López, Sigur y sus colaboradores. Testigo presencial de aquellos sucesos, el comandante Louis Schlesinger, húngaro, historiador de la expedición del *Pampero*, describió el entusiasmo que prevalecía en Nueva Orleans, a fines de julio, con estas palabras:

> ...distintos pensamientos, esperanzas y perspectivas llenaban mi mente cuando aceleraba mi viaje desde Nueva York hasta Nueva Orleans, a cuya población llegué el 28 de julio, contento de encontrar —y a pesar de todo lo que me ocurrió y presencié después, todavía me regocijo —que no había llegado demasiado tarde.
>
> Encontré a Nueva Orleans, la alegre y espiritual metrópoli del Sudoeste, ardiendo de simpatía y excitación por Cuba y para Cuba. El simple tránsito por las calles revelaba en pocos minutos al forastero el sentimiento público que animaba fuertemente a la comunidad. La bandera de Cuba (una estrella blanca en un triángulo rojo, con tres franjas azules separadas unas de otras por franjas blancas) se veía en casi todas direcciones, desplegada en los edificios, o colocada en miniaturas en las ventanas de las ventans de las casas. Las proclamas fijadas en las paredes invitaban a reuniones públicas, y Cuba, Cuba, Cuba era el tópico en los periódicos, la Bolsa, las esquinas de las calles y los cafés. Hasta se escuchaba ese nombre en el púlpito. Las contradictorias noticias que llegaban de Cuba, entre las exageraciones de los entusiastas patriotas y las sitemáticas supercherías de las autoridades españolas, para las cuales era de vital importancia negar la existencia de disturbios en la "siempre fiel Isla", mantenían a la opinión pública dividida entre la esperanza y el temor. Había una angustiosa ansiedad, estimulada por las exhortaciones de varios de los más hábiles y respetables hombres de la comunidad, para que se enviase ayuda a los grupos sublevados, a fin de auxiliarlos en su empeño de librar a su país de un yugo universalmente conocido por cruel y por opresivo, como era el de España, y para que, al mismo tiempo, Cuba se colocase en la posición de independencia nacional, desde la cual su feliz ingreso en la gran confederación de los Estados Unidos se estaba mirando naturalmente como el próximo paso en la probable marcha de los acontecimientos. López era, por lo tanto, objeto de general interés y hasta de expectación en aquellos momentos. (419) (Traducción de H. P. V.)

Por lo que dice Schlesinger, pues, mucho del interés que había en Nueva Orleans, en cuanto al caso de Cuba y para ayudar a los patriotas, era de tendencia anexionista, ya que la idea de la independencia nacional consideraba a esta última como un

paso previo para que después pasase a formar parte de los Estados Unidos. Ese propósito, de consiguiente, existía entre los vecinos de Nueva Orleans; pero Schlesinger no dice que de él participasen López y los cubanos que más identificados estaban con él, y en cuanto al caudillo y a Villaverde ya hemos tenido oportunidad de transcribir sus puntos de vista, contrarios a la anexión y partidarios del establecimiento de la República de Cuba.

Sin embargo, es de justicia repetir que, en efecto, la motivación anexionista impulsaba a no pocos de aquellos entusiastas vecinos de Nueva Orleans; pero ¿dónde estaba el respaldo que daban en aquellos críticos momentos los cubanos adinerados? Si los descontentos con el coloniaje no se hubiesen conducido egoístamente; si no hubiesen condicionado la colaboración patriótica, a la que estaban obligados, a sus propios intereses como tenedores de esclavos los unos, o como amigos de los esclavistas, otro muchos; si no se hubiesen dejado llevar de ambiciones personales y de rencillas, no habría habido oportunidad para que los anexionistas de los Estados Unidos contemplasen la independencia de Cuba, lograda con su ayuda, como el paso inicial para la incorporación de Cuba a los Estados Unidos, por encima de las aspiraciones nacionalistas y de los ideales de plena soberanía cubana que animaban a Narciso López y a sus parciales.

En los últimos días de julio de 1851, acicateado López por las noticias que recibía y por la excitación pública, completó los preparativos para la expedición del *Pampero* con los elementos que había podido reunir en Nueva Orleans y esperanzado con la posibilidad, que parecía bien concreta, de un segundo contingente invasor que le seguiría á los pocos días, a bordo también del *Pampero*, único buque que tenía a su disposición. Tenía en Nueva Orleans o sus cercanías a la mayor parte de los soldados del Regimiento de Infantería de León que se le habían incorporado en Cárdenas, al puertorriqueño Felipe Gotay, a los cubanos y a los venezolanos que seguían al caudillo porque estaban identificados con él, y a los milicianos y aventureros de los estados de Luisiana y de Mississippi que se habían ofrecido para figurar en la expedición. De Texas y de Nueva York habían llegado a Nueva Orleans algunos húngaros y alemanes que estaban refugiados en los Estados Unidos después del fracaso de la Revolución de 1848, en Europa, que los había lanzado al destierro. El Estado de Kentucky, que en 1850 había aportado un numeroso contingente para la expedición de Cárdenas, ahora volvía a hacerlo y los vapores fluviales, las diligencias y los trenes todos los días traían pequeños grupos de kentuckianos. Había que alojar, alimentar, vestir y armar a estos hombres, en su mayoría desarmados al llegar a Nueva Orleans; pero, mediante compra cuando no quedaba otro remedio y las más de las veces por donativos y préstamos, se pudo completar el equipo de más de cuatrocientos combatientes entre los cuales, cosa curiosa, no figuró ni uno solo del puñado de cubanos, Ambrosio J. González, Juan Manuel Macías, José María Sánchez Iznaga, Francisco J. de la Cruz y José M. Hernández, quienes habían participado de la expedición de Cárdenas. El esfuerzo hecho para completar esa expedición fué verdaderamente extraordinario, ya que hay que tener en cuenta que la inmensa mayoría del material de guerra disponible, como procedente de las expediciones del *Creole* y del *Cleopatra*, estaba almacenado a lo largo de la costa del Atlántico, desde Nueva York hasta Cayo Hueso, a gran distancia de Nueva Orleans.

El espionaje español, por supuesto, estaba al tanto de muchos de los preparativos de la expedición. El cónsul Laborde y sus agentes habían logrado infiltrarse en los grupos de conspiradores y expedicionarios y continuamente enviaban agentes a la legación de España en Wáshington y a la Capitanía General de Cuba, y tanto Calderón de la Barca como Concha laboraban activamente para prevenir la salida de la expedición y para destruirla, si llegaba a partir. Los archivos diplomáticos de Wáshington guardan la documentación referente a las notas de Calderón de la Barca, los despachos del cónsul Owen, las respuestas de Webster al representante de España en Wáshington y las instrucciones y órdenes de la cancillería a los funcionarios del gobierno federal en los puertos del Sur de los Estados Unidos. Era cosa perfectamente conocida que la expedición estaba a punto de partir y que Narciso López se disponía a jugarse el todo por el todo, hasta con los pocos recursos que le había sido posible reunir, para hacer un esfuerzo decisivo contra la dominación española en Cuba. Webster escogió precisamente esos días para, después de cumplir con Calderón de la Barca en cuanto a las medidas dictadas contra la proyectada expedición, irse de vacaciones a la Nueva Inglaterra, y después de una corta

estancia en Boston, siguió viaje a Franklin, N. H., de modo que si la Revolución Cubana llegaba a tener éxito, todavía pudiese él desenvolverse ante la nueva situación sin que hubiese estado demasiado comprometido en cuanto a la ayuda a España, que era el punto cardinal de su política.

En la organización de la expedición el general López, el único de los caudillos de la Revolución Cubana que tuvo amplia experiencia militar y en mandos responsables, utilizó con frecuencia las denominaciones de "regimiento" y "compañía", sin que tuviese muy en cuenta para ello el número de los reclutas o plazas que formaban tales unidades. Alguno de sus críticos interpretó esto como un ligereza; pero lo que verdaderamente ocurría era que López, siempre ilusionado con las promesas que recibía de Cuba en cuanto al número de los patriotas que se le incorporarían a su llegada, llevaba de antemano formadas las unidades regulares que formarían su ejército; pero en esqueleto. De ese modo impedía que los soldados que le acompañaban en la expedición, extranjeros en su mayoría, pudiesen en un momento dado formar un grupo armado de cierta homogeneidad que pudiese enfrentarse con su autoridad de jefe supremo. Los reclutas de Luisiana, pues, formaban el cuadro de una unidad mayor, que debía completarse más tarde en cuanto a sus efectivos, y que se llamaba "Regimiento de Luisiana". Lo mismo ocurría con los de Kentucky y con los de Mississippi y tal habría sido el caso, también, si hubiese podido continuar la invasión con los contingentes de Georgia y de Florida. Los mismos emigrados cubanos, con los antiguos soldados españoles, de Cárdenas, que le habían seguido, y con otros latinoamericanos, integraban una unidad aparte. No se le ocultaba a López que su posición como caudillo de un movimiento revolucionario al que se habían incorporado reclutas de muy diversas procedencia, entre ellos, en su mayoría, norteamericanos, era difícil y no estaba consolidada. En un momento dado, de haber sido derrotada España, habría llegado la oportunidad crítica de decidir el futuro político de Cuba, y los expedicionarios de Kentucky, Luisiana, Mississippi, etc., respondían muy principalmente al interés anexionista que prevalecía en los estados del Sur de los Estados Unidos y hasta quizás si habían recibido consignas a ese efecto. Había que estar preparados para evitar, en ese caso, una concentración efectiva de gentes armadas y resueltas a imponerse por la fuerza. Los patriotas que se hubiesen

incorporado a los "regimientos" y "compañías" que estaban en esqueleto, hasta completar sus efectivos, no habrían hecho causa común con los extranjeros y al lado de ellos habrían ido adquiriendo el adiestramiento y la experiencia militares que estaban vedados a los cubanos de la época como parte de la política colonial de España en Cuba. Asimismo López había incorporado a los húngaros, alemanes, etc., que eran soldados de profesión y veteranos de las guerras europeas, a su propio estado mayor. Estas precauciones, como luego se vió con la defección de Crittenden y sus hombres y con los incidentes del coronel Pragay, ya en tierra cubana, con algunos elementos indisciplinados y levantiscos, estaban muy puestas en razón. En la expedición de la Vuelta Abajo, como en la de Cárdenas, la división en "regimientos" era dictada por la más elemental prudencia, aunque no se ajustase en todo y por todo a la ordenanza, que López conocía muy bien.

2. Los cubanos que figuraron en la empresa libertadora de 1851.

La llamada "Compañía Cubana" de la expedición de la Vuelta Abajo constaba de cuarenta y nueve plazas y era considerada como la base de un futuro regimiento, tan pronto como aquellos millares de patriotas que se habían ofrecido para ir a la lucha, se incorporasen a la Revolución Cubana. Curiosamente, no todos los integrantes de la "Compañía Cubana" eran cubanos por nacimiento y hasta su jefe, el antiguo subteniente del ejército español. Ildefonso Oberto Urdaneta, era venezolano, aunque desde 1823 había estado avecindado en Santiago de Cuba, donde había llegado con su señora madre, Braulia Urdaneta, su hermano Francisco y otros muchos evacuados de Venezuela, entre ellos Narciso López y el padre de los Maceo, después de los triunfos de Bolívar y Páez.

Ildefonso y Francisco Oberto habían conspirado con Narciso López, en Santiago de Cuba, desde los primeros momentos; pero lograron pasar desapercibidos durante varios años a pesar de que, cuando la invasión de Cárdenas, estuvieron listos para secundar a López con un alzamiento en Las Tunas. Poco antes de la Vuelta Abajo, cuando ya habían comenzado las detenciones de los sospechosos en el Departamento Oriental, Ildefonso Oberto partió de Santiago de Cuba, ostensiblemente para regresar a Venezuela, vía Jamaica; pero lo que hizo fué ir a los Estados

Unidos, desembarcó en Nueva York y sin perder un momento fué a reunirse con su antiguo jefe, en Nueva Orleans.

La llegada de Oberto, hombre de experiencia militar y en quien tenía completa confianza, le dió a López la oportunidad de colocar al puertorriqueño Gotay, el recluta de la expedición de Cárdenas, al frente de otra unidad, relevándole del mando de la "Compañía Cubana", que había tenido por espacio de varios meses, para darle el de la Compañía "D", en el Primer Regimiento de Infantería, bajo la jefatura del coronel R. L. Dowman. De ese modo López tenía otro de sus más leales y hábiles subordinados al frente de otra unidad. Gotay hablaba bien el inglés y tenía excelentes cualidades como organizador y como jefe, por lo que casi en seguida se convirtió en el ídolo de sus soldados, la casi totalidad de los cuales eran norteamericanos y dejaron a un lado todos los prejuicios nacionalistas para identificarse con su capitán. Vale la pena indicar aquí que cuando el comandante Schlesinger va describiendo la integración del contingente expedicionario, al llegar a la Compañía "D", del Primer Regimento de Infantería, dice:

> ...Esta era una unidad compuesta de norteamericanos; pero al mando de uno de los amigos del general López, procedente de Cuba. Gotay era nativo de Puerto Rico y se había incorporado al general López, en Cárdenas, el año anterior. Era hombre alto, apuesto y valeroso, muy estimado tanto por sus soldados como por todos nosotros. No había probablemente otra unidad expedicionaria que estuviese en tan buen estado de preparación y de orden, como la de Gotay... (420)

Lo que antecede puede explicar por qué fué que López, luego de haber tenido a Gotay durante un año a cargo de los antiguos soldados españoles incorporados en Cárdenas y de los cubanos que se le habían unido en Nueva Orleans, decidió darle otro mando de confianza, en el que pudiese serle igualmente útil entre soldados de habla inglesa, idioma este último que Gotay dominaba, mientras que la "Compañía Cubana" quedaba a cargo de Ildefonso Oberto, en cuya lealtad y otras buenas cualidades militares también podía descansar; pero que no sabía el inglés.

La nómina de la "Compañía Cubana" ha sido imperfectamente conocida hasta ahora debido a varias razones. Los españoles no pudieron capturar el archivo de Narciso López en la expedición

de la Vuelta Abajo, porque él tuvo tiempo de destruirlo o de ocultarlo de manera que jamás ha sido encontrado. Por otro lado, la papelería dejada por Narciso López en Nueva Orleans, confiada a su amigo Sigur, también fué destruída en gran parte cuando el Conde Pozos Dulces, a la muerte de López, su cuñado, dió cumplimiento al encargo que el caudillo le había hecho a ese efecto. Sólo se salvó lo que Cirilo Villaverde pudo conservar por su cuenta. Listas incompletas de los integrantes de la expedición se han publicado a lo largo de los años, en inglés y en español, a veces con errores en cuanto a ciertos nombres.

Desde los primeros momentos, sin embargo, Villaverde se había preocupado de recoger papeles y de hacer anotaciones con la esperanza de que algún día le sería posible escribir la historia de las expediciones de Narciso López, lo que nunca hizo. En el "Archivo Villaverde" se encuentra uno de esos papeles, que es la carta que le envió su amigo, J. B. Martínez, desde Nueva Orleans, poco después del desastre de 1851, y ese documento contiene la nómina casi completa de la "Compañía Cubana", compilada por Martínez, que en seguida vamos a dar, después de transcribir la carta de Martínez, que dice así:

> 24 de Dbre., 1851
>
> Querido amigo: (la adjunta es pa. Gonzalo Govantes).
>
> Recibí su ultima el 5 de la que espera (ba) contestar á vuelta de vapor; éllo no ha sucedido hasta el 22 pr. haver estado esperando al Falcon seis dias en la Habana el que se cree haber naufragado.
>
> Dias hace tengo la lista en mi poder la que sin embargo de mi mayor empeño no he podido conseguirla esacta. Como le fue dirijida al inclito P. Agüero, en esto hay un misterio que facilmte. he podido comprender y el que á continuacion voy a referirle. P. Agüero lleno como siempre de ambicion y pretenciones necias quiere (ser positivamte.) ser el primo, y unico publicador de la descripcion de Aragon como tamvien de los nombres de los que componian la Compañia Cubana lo que yo le aseguro á V. no sucederá ps. como comprendo el fin á que se propone, estoy esforzandome en cortarle el resultado que pretende alcanzar y creo conceguirlo. En fin esto quedará así hasta la procsima vez que le escriva en la que estenderé mas acerca de estas mesquindades necias y vanas del pobrecito Agüero, pr. lo qe. paso á ponerle el nombre de los que componian la Compañia Cubana á la vuelta de esta hoja, faltando el nombre de dos como V. verá marcados con N. y N. Siempre su verdadero amigo. (f) J. B. Martinez

Compa. Cuvana

Capn. Ildefonso Oberto
Tente. 1o. Diego Hernandez
" 2o. Miguel Lopez
Alferez 1o. Angel Planos
" 2o. Pedro Manuel Lopez
Sargto. 1o. Ramon Rives
" 2o. Manl. Fleury
" 2o. Manl. Aragon
" 2o. Victor Lopez Moreno, Espl.
" 2o. Agustin Montoro
Cabo 1o. Andres Céster, Espl.
" 1o. Franco. Lainé.
" 1o. Ramon Aragon
" 1o. Franco. Curbia
" 2o. José Anto. Zayas
" 2o. N. Villarino. Espl.
" 2o. Joaqn. Cabrera
" 2o. Pedro González Govantes
Intendente—(Ramon) Ignacio Arnau
Dr. Anto. Luciano Alfonso

Soldados

Ibrahim Isbel (Izbert)
Anto. Falcon
Eleuterio Jorge
Jose Rubino Espl.
Juan Oleaga
José Aguedo Valdes
Miguel Guerra
José la Croi
Esteban Gonzales. Florida
Andres Gonzales. Intérprete
Sotero Lopez
Agustin Sta. Cruz
Eduardo Salmeron. Espl.
Jose Iglesias. Espl.
Ancelmo Torres
Pedro Deville, Luisiana.
Pedro Conrrado. Ungaro
N. Pedro. Frances
Pedro Dorent
Anto. Hernandez. Corneta
Manl. Landa
Anto. Rosales
Pedro Isla. Mulato del Gral.
Nicolas Flot
N. Petipiers. Luisiana
N. Melesion. Frances
N. N.
N. N.

(Huyendo ha llegado á esta una hermana de Govantes pr. habersele encontrado unos fuciles en su casa, llegó el 22) (421)

Claiborne, cuando publicó su biografía de Quitman, nueve años después de la ejecución de Narciso López, aparte de llamar "Golday" a Gotay, dió la plana mayor de la "Compañía Cubana" como integrada por Oberto, capitán, y cuatro tenientes. Los nombres del primero, el segundo y el cuarto tenientes concuerdan con los del primero y segundo tenientes y el segundo alférez de la lista que acabamos de transcribir; pero en cuanto al primer alférez se advierte una diferencia, ya que en la compilación hecha por Martínez aparece como Angel Planos, y en la de Claiborne se le llama José A. Planos (422) Vidal Morales, a su vez, nombra a ese oficial J. A. Planas (423).

Esta es la oportunidad para aclarar de manera definitiva, que la "Compañía Cubana", de la expedción de la Vuelta Abajo, no estaba principalmente integrada, como se ha pretendido, por los soldados del Regimiento de Infantería de León, quienes

se habían ido con Narciso López cuando la expedición de Cárdenas, el año anterior. El sargento Miguel López, convertido en segundo teniente cuando la invasión de la Vuelta Abajo, se mantuvo firme a la causa de Cuba Libre, que había abrazado, y por ella dió su vida. Es poco lo que sabemos, al cabo de los años, de este joven militar español, digno de mejor suerte y cuyo nombre debe figurar, con derecho propio, entre los de los mártires de la independencia de Cuba; pero el *Diario*, de Villaverde, en su anotación del viernes 21 de febrero de 1851 lo describe de esta manera.

> "...Subimos i encontramos arriba al Cap. Lopez, de la Compa. de Cardenas, joven de unos 26 años, bajo, trabado, trigueño, buena barba y vigotes, el ojo vivo, la nariz derecha..."

Eduardo Salmerón, el soldado preso de la Cárcel de Cárdenas, libertado por López e incorporado a los invasores, también figuró en la expedición de la Vuelta Abajo, y así Andrés Céster o Sestar, hecho cabo primero, Luis Villariño, quien en la nómina de J. B. Martínez figura como "N. Villariño", y posiblemente Francisco Iglesias, quien aparece como "José" Iglesias, español.

La inmensa mayoría, pues de los reclutas de Cárdenas, no volvieron a Cuba con la expedición de la Vuelta Abajo, sino que permanecieron en los Estados Unidos.

Ahora bien, hay en la lista otros dos españoles, Víctor López Moreno y José Rubino, quienes no habían formado parte de la guarnición de Cárdenas, y con ellos un húngaro, dos franceses, dos norteamericanos de Luisiana, identificados como tales y los dos soldados innominados que aparecen como "N. N.", la denominación entonces corrientemente empleada cuando no se sabía el nombre de una persona.

El alférez segundo, Pedro Manuel López, era el sobrino de Narciso López, nacido en Venezuela y que había vivido durante varios años en Cienfuegos y en La Habana. Cuando López comenzó a organizar sus expediciones en los Estados Unidos, a su sobrino la vida se le había hecho difícil en Cuba y por fin se había refugiado en territorio norteamericano. Al reunirse con su tío en Nueva Orleans quedó naturalmente incorporado a la expedición y combatió bravamente hasta el final. Fué capturado junto a Narciso López, en los Pinos de Rangel, y enviado al presidio de Ceuta, en Africa. Cuando al cabo de cierto tiempo re-

gresó a los Estados Unidos, se estableció en Nueva Orleans, luego pasó a Mexico y casó con una hija del Dr. Vicente de Castro, de Trinidad, emigrado revolucionario cubano. Vuelto a Nueva Orleans, allí falleció el 10 de abril de 1877, siempre entusiasta partidario de la independencia de Cuba, y algunos de sus descendientes viven hoy en Cuba, con la nacionalidad de la república que Narciso López había querido formar y por la cual dió su vida.

La casi totalidad de los restantes miembros de la "Compañía Cubana", más de treinta hombres entre oficiales, clases y soldados, eran cubanos. Diego Hernández era de Santiago de Cuba y hacía pocos meses que había llegado a los Estados Unidos, por vía de Nueva York, y perteneciente al grupo de los orientales directamente relacionados con Narciso López, en seguida había seguido viaje a Nueva Orleans. La anotación del *Diario*, de Villaverde, correspondiente al domingo 23 de marzo de 1851, se refiere a una carta que acababa que de recibir Narciso López y en la cual Diego Hernández, fugitivo de Santiago de Cuba, le decía que allí habían tratado de sublevar la guarnición para proclamar la República de Cuba y nombrar presidente de la misma al general López. Bien relacionado con Ildefenso Oberto, éste de antiguo avecindado en Santiago de Cuba, Diego Hernández era su segundo en la "Compañía Cubana".

Algunos de los cubanos participantes de la expedición de la Vuelta Abajo son más conocidos que otros. El Agustín "Santa Cruz" de la nómina de J. B. Martínez, por ejemplo, no es otro que Agustín Santa Rosa, patriota quien dedicó la mitad de su vida a las conspiraciones y la lucha por la independencia de Cuba hasta caer fusilado por los españoles durante la Guerra de los Diez Años. El Francisco Lainé mencionado como cabo primero en la nómina compilada por J. B. Martínez, no es otro que el patriota habanero Francisco Alejandro Lainé, años más tarde complicado en la invasión de Walker a la América Central y tronco después de una familia norteamericana de Nueva Orleans. Ignacio Arnau es Ramón Ignacio Arnao, el valiente matancero de las hazañas más portentosas, que parecía tener la vida encantada por la forma en que siempre salió indemne de los mayores peligros. Manuel Fleury era de Regla y había sido uno de los primeros prácticos de las costas de Cuba con que había podido contar Narciso López, hasta que fué descubierto por el espionaje español y con grandes dificultades le fué posible escapar a los Estados Unidos. El Pedro Isla o Pedro Velasco, en la lista identificado como "mulato del Gral.", es el mismo joven que había huído con Narciso López, de Trinidad a Pijuán, Cárdenas, Matanzas y los Estados Unidos, en 1848, y a quien algunos consideraban como uno de los varios hijos naturales de López.

esclavo?

Como se recordará, cuando las desavenencias de López con un grupo de emigrados de Nueva Orleans, a quienes dirigía José M. Hernández, de Matanzas, expedicionario que había sido del *Creole*, el caudillo había formado la resolución de no llevar entre sus expedicionarios a quienes le habían estado discutiendo y combatiendo. La orden de exclusión alcanzaba a José M. Hernández, Angel Loño, Martín Jiménez, Francisco Curbia, J. Polhamus y otros dos cubanos cuyos apellidos eran Roca y Castillo, todos los cuales habían participado activamente del movimiento divisionista de junio de 1851. En la práctica, sin embargo, la exclusión no se aplicó a Francisco Curbia, porque formó parte de la "Compañía Cubana". En cuanto a Torres Landa, González, Oberto, Jorge, Valdés Montoro, López Moreno, Izbert, Santa Rosa, Aragón (Manuel y Ramón), Lainé, Dr. Alfonso, Planos, Zayas, Oleaga y Cabrera, sus nombres aparecen entre los de los asistentes a la asamblea de cubanos celebrada en Nueva Orleans, el 18 de junio de 1851, y en la que se acordó por una inmensa mayoría respaldar a Narciso López y consurar la conducta y los procedimientos de José M. Hernández y de sus descontentos.

Es posible que en algunas otras unidades y hasta junto a López, como parte de su séquito, hubiese otros cubanos participantes de la expedición del *Pampero*. Ahora bien, en ese caso no se trataba de hombres de cierta prominencia por su historial revolucionario o su posición social o económica.

El otro grupo de los leales de López, también bastante numeroso, estaba lejos de Nueva Orleans y debía formar el segundo contingente expedicionario, aunque es cierto que ellos hubieran preferido ir en el primer viaje del *Pampero*. Esa circunstancia ha hecho que algunos historiadores, equivocadamente, hayan incluído entre los expedicionarios de la Vuelta Abajo a otros patriotas, amigos de López, quienes no se encontraban en Nueva Orleans al salir el *Pampero*. A fin de dejar aclarado definitivamente todo esto, hay que precisar dónde estaban los demás hombres de confianza de López en aquellos momentos y qué papel le había sido asignado a cada uno de ellos.

Plutarco González, a quien a veces se le ha hecho figurar en la expedición del *Greole* y en otras ocasiones se le ha presentado como expedicionario del *Pampero*, no participó de uno ni otro esfuerzo libertador. Todo lo más se encuentra mencionado su nombre en una carta de Rodríguez de Mena a Villaverde, escrita en Nueva York el mismo día de la ejecución de Narciso López, y en ella decía Rodríguez de Mena que los emigrados de Nueva York estaban calculando si debían o no partir para el Sur, a incorporarse al segundo contingente organizado por Villaverde, y agregaba:

> ...Creo, sin embargo, qe. mañana saldran algunos bajo la dirección de Plutarco... (426)

Plutarco González, pues, no sólo no figuró en la expedición del *Pampero*, sino que todavía estaba en Nueva York el msimo día de la ejecución de López y no partiría para Savannah sino el día siguiente. Sus relaciones con López, además, habían sido en extremo frías por espacio de más de un año.

En cuanto a Villaverde, ya hemos dicho que López le había designado para que dirigiese todo lo relacionado con el segundo contingente expedicionario, reemplazando a González y a los demás cubanos en ese puesto director. El autor de *Cecilia Valdés* partió de Nueva Orleans el 15 de julio y el miércoles 23 ya estaba en Savannah, dispuesto a entrar en funciones. Iba provisto de plenos poderes al efecto mediante una carta autógrafa de López, dirigida a A. J. González, a John Lamas, a H. J. Titus y a Juan Manuel Macías, que decía:

> Queridos: Mr. Villaverde portador de esta es mi misma persona y dira á Vds. cuanto es menester que Uds. hagan pa. secundar mis planes y triunfar.
>
> De Uds. como siempre amigo afmo. (f) Narciso López (426)

389

La reunión de Villaverde, Lamas y Macías, en Savannah, fué casi en seguida aumentada con la llegada de Leopoldo Turla y de Angulo Guridi, quienes estaban en Charleston, S. C., y se apresuraron para ir a cumplir con su deber junto a sus compatriotas. Ambrosio José González no estaba en Savannah ni se sabía cuál era su paradero, por lo que no participó de aquel último esfuerzo cubano para impulsar la Revolución Cubana y hasta en opinión de Villaverde, había dejado las cosas de tal manera trastornadas, que sus imprudencias dificultaron muy mucho los preparativos para enviar el segundo contingente expedicionario. La base principal para la organización de ese segundo contingente se suponía que eran las armas y municiones que habían quedado de las expediciones del *Creole* y del *Cleopatra*, depositadas con Mr. Titus en el aserradero de su propiedad, situado a orillas del río St. John, en las inmediaciones de Jacksonville. Allí fueron Villaverde y Turla, el sábado 26 de julio, para saber a qué atenerse en cuanto al estado de ese material de guerra y prepararlo para que fuese embarcado. Las armas, como después se vió, eran casi inservibles por el descuido con que habían sido almacenadas, sin que Titus y González hubiesen atendido tan importante extremo. El 3 de agosto, sin que todavía hubiese quedado resuelto en Jacksonville lo del embarque del armamento, llegaron a ese puerto José M. Sánchez Iznaga, procedente de Nueva York, con escala en Savannah, y Agustín Manresa, quien venía de Nueva Orleans y era portador de la última carta enviada por Narciso López, fechaba a 24 de julio, en la que anunciaba su partida para el jueves 31 y que estaría en la desembocadura del St. John cuatro días más tarde, plan éste que fué modificado a última hora, a virtud de causas diversas. Ya en la segunda mitad de agosto fué que llegó a Savannah el camagüeyano Arteaga, quien venía de Nueva York y permaneció poco tiempo en Georgia. En cuanto a Francisco Javier de la Cruz, ya establecido en Cayo Hueso y dispuesto a incorporarse al segundo contingente expedicionario, no tuvo oportunidad para hacerlo porque faltó el transporte para ello.

Por otra parte, Betancourt Cisneros y Rodríguez de Mena, permanecieron en Nueva York todo el tiempo y así ocurrió con otros cubanos emigrados en dicha ciudad.

3. Los expedicionarios extranjeros: norteamericanos, europeos, etc.

Los recuerdos que tenía López acerca del comportamiento de O'Hara y de Pickett, durante la expedición de Cárdenas, hicieron que prescindiese de ellos cuando la tentativa del *Cleopatra* y en la invasión de la Vuelta Abajo. O'Hara hasta tuvo una actuación algo turbia e imprudente después de su regreso a los Estados Unidos, y los norteamericanos afectos a López y este mismo y sus colaboradores se recataron de O'Hara, ya que no había el menor deseo de utilizarle nuevamente.

FALSO

Sin embargo, era en el Estado de Kentucky donde había uno de los más numerosos grupos de simpatizadores de las expediciones de López y así había sido desde las de Round Island y Cat Island, pasando por la de Cárdenas. Se necesitaba, pues, un jefe que fuese de Kentucky y cuyo nombre trajese reclutas dispuestos a seguirle. De entre los varios que pudieran haber sido escogidos, el que mejores posibilidades de éxito parecía ofrecer era William L. Crittenden, entonces empleado en la Aduana, de Nueva Orleans, y perteneciente a la prominente familia de los Crittenden, de Francfort, Ky., uno de cuyos miembros, el exsenador J. J. Crittenden, era en esos momentos el "Attorney General" o secretario de justicia, en el gobierno del Presidente Fillmore. William L. Crittenden había tenido una juventud turbulenta y se había visto precisado a salir de la U. S. Military Academy, en West Point, por su conducta desordenada; pero después había participado con distinción en la Guerra entre los Estados Unidos y México, como teniente de voluntarios de Kentucky y, al ser licenciadas esas tropas, se había radicado en Nueva Orleans y desempeñaba un puesto mas bien modesto en la Aduana, que no obstante le permitía estar al corriente de todo el movimiento marítimo del importante puerto y de las instrucciones y disposiciones dictadas por el gobierno federal en cuanto a la salida de buques y el pasaje y la carga que llevaban. En la vida civil W. L. Crittenden no había renunciado a los malos hábitos que habían interrumpido su carrera de militar y, desdichadamente, los llevaría consigo en la expedición de la Vuelta Abajo, a cuyo fracaso contribuyó a costa de su propia vida. Schlesinger ya anota que Crittenden entendió que él era el jefe de mayor graduación entre los norteamericanos y que desde los primeros momentos ya mostró su resentimiento porque se consideró preterido en favor del coronel Downman, veterano con más años de servicio que él, sin falta alguna en su hoja de servicios y jefe del "Primer Regimiento de Infantería". Schlesinger describe así lo ocurrido:

> ...Nuestro bravo e infortunado Crittenden estaba muy disgustado porque en una ocasión el general López lanzó una orden general por medio del Coronel Downman, en vez de hacerlo por conducto suyo, siendo así que él había entendido a Mr. Sigur que sería el jefe de mayor graduación entre los norteamericanos de la expedición. López tuvo alguna dificultad para apaciguar ésta y otras fuentes de disturbios semejantes... (426) (Traducción de H. P. V.)

El llamado "Primer Regimiento de Artillería", puesto al mando del coronel Crittenden, de repente elevado a dicho grado, estaba compuesto de las compañías "A", "B" y "C", con la siguiente integración en su plana mayor:

Compañía "A": capitán John A. Kelly; primer teniente T. C. James; segundo teniente, James A. Stevens, y tercer teniente, J. O. Bryce.

Compañía "B": capitán James Sanders; primer teniente, Philip Van Vechten; segundo teniente, Beverly E. Hunter, y tercer teniente, William H. Craft.

Compañía "C"; capitán Victor Kerr; primer teniente, James Brandt y segundo teniente, H. T. Vienne.

El ayudante general de esta unidad era R. C. Stanford, con el grado provisional de comandante; el cuartel maestre Felix Huston, y el médico militar, Ludwig Hanks. Ciento catorce hombres formaban ese "Primer Regimiento de Artillería", en su mayor parte procedentes de Luisiana y Kentucky; pero eran pocos los que habían figurado en el "Regimiento de Kentucky" que, mandado por O'Hara, había ido en la Expedición de Cárdenas, el año anterior.

El "Primer Regimiento de Infantería" constaba de 219 plazas, según Schlesinger y era, por lo tanto, la unidad más fuerte de la Expedición de la Vuelta Abajo. Su plana mayor la integraban el coronel R. L. Downman, de Mississippi; el teniente coronel W. Scott Haynes; el comandante George A. Graham; el cuartelmaestre Joseph Bell, y el ayudante George Parr. Esta unidad tenía sus fuerzas distribuidas en la siguiente forma:

Compañía "A": capitán Robert Ellis; teniente, E. H. Mc Donald, y subtenientes J. L. Labuzan y R. L. Breckenridge.

Compañía "B": capitán John Johnson; primer teniente, James Dunn; segundo teniente, J. S. Williams, y tercer teniente, James O'Reilly.

Compañía "C": capitán J. C. Brigham; primer teniente Richard Howden; segundo teniente, G. A. Gray, y tercer teniente J. D. Baker.

Compañía "D": capitán Felipe Gotay (Philip N. Golday le llama Claiborne en su biografía de Quitman), primer teniente David L. Rousseau; segundo teniente, John H. Landingham, y tercer teniente, James V. Howain.

Compañía "E": capitán Henry Jackson; primer teniente William Hubble; segundo teniente, Thomas A. Simpson, y tercer teniente James Crangle.

Compañía "F": capitán William Stewart; primer teniente James G. Owens; segundo teniente John G. Bush, y tercer teniente Thomas Hudnall.

El coronel Downman era un militar veterano, hombre de bastante edad y de gigantesca estatura, valeroso, todavía ágil a pesar de sus años y de su corpulencia, y buen organizador y disciplinario. Su segundo, el teniente coronel Haynes, sobrevivió al desastre de la Vuelta Abajo y después puso de relieve un gran sentido de responsabilidad para ocuparse de ayudar a los soldados suyos que habían escapado con vida y que regresaban a los Estados Unidos. La mayoría de los oficiales y soldados del coronel Downman procedían de los estados de Mississippi y de Luisiana, aunque había algunos procedentes de Arkansas, y muchos europeos.

Había, además, las bases o esqueletos para otras dos futuras unidades que ya entonces eran llamadas, bastante impropiamente, como en el caso del "Primer Regimiento de Patriotas Cubanos", el "Regimiento Húngaro", y el "Regimiento Alemán". La plana mayor de ambos, según Claiborne, era como sigue:

"Regimiento Húngaro": comandante Geo. Bontila, capitán Ladislaus Palank y tenientes Joseph Csermelyi, János Peteri, Adalbert Kerakes y Conrad Eichler.

"Regimiento Alemán": capitán Hugo Schlicht, capitán Pietro Müller y tenientes Paul Michel Birot y Giovanni Placosio.

Schlesinger, por su parte, adscribe a esos dos grupos nueve hombres a cada uno y algunos de ellos serán identificados en el siguiente capítulo, cuando tratemos de los prisioneros hechos por las tropas españolas.

El estado mayor de la Expedición de la Vuelta Abajo, con Narciso López como general en jefe, estaba integrado por el coronel János Pragay, jefe de estado mayor y segundo en el mando, el coronel Eugene Blumenthal, jefe de los ayudantes, el comandante Louis Schlesinger, secretario del estado mayor, el capitán Emmich Radnitz y los tenientes Ludwig Müller, Joseph Lewohl y Segis Reckendorf. El médico mayor era el Dr. Henry A. Fourniquet y el cuartel maestre general, G. A. Cook.

El gran total de estas fuerzas, según las cifras aportadas por Schlesinger, cuya ortografía hemos seguido preferentemente en cuanto a los nombres de húngaros, alemanes, franceses e italianos que figuraban en el contingente expedicionario, era de 410 hombres, jefes, oficiales, clases y soldados, reunidos. Sin embargo, en el momento del desembarco se contaron 434 hombres, y esa diferencia en cuanto a los números totales se explica con la incorporación de dos docenas más, de elementos que iban en pos de una aventura y que en un principio no estaban adscriptos a unidad alguna.

El mismo Schlesinger nos dice que cuando ya el *Pampero* navegaba río abajo, por el Mississippi, al llegar a la Baliza, sobre la costa del Golfo de México, López ordenó que desembarcasen varios grupos de expedicionarios que había a bordo del buque y cuya presencia no estaba justificada. El 4 de agosto se había dictado una orden general para que los jefes de las distintas unidades reportasen oficialmente las listas de los hombres que las componían y cuando así lo hicieron, se pudo comprobar que había en el *Pampero* muchos más hombres que los que había en las listas. Formados los expedicionarios en cubierta, el propio López les dirigió la palabra para exhortar a aquéllos que quisieran hacerlo, para que desembarcasen. Al no ser atendida esta indicación, se hizo necesario colocar a bordo del remolcador que volvía a Nueva Orleans a los individuos que por su cuenta se habían incorporado; pero todavía quedaron algunos más y con ellos fué que se completó el número de cuatrocientos treinta y cuatro expedicionarios. A pesar de lo que al respecto dice Schlesinger sobre que el *Pampero* llevaba demasiados pasajeros, había el propósito de agregar algunos más, de los que estaban en puertos de la Florida; pero no se hizo así cuando se decidió, a la llegada a Cayo Hueso, hacer rumbo a Cuba sin más escalas.

El coronel Downman era hombre de toda la confianza de Narciso López, no sólo por su hoja de servicios y por la opinión en que le tenían Sigur y los otros norteamericanos de López, sino por las observaciones personales hechas por este último, quien ya había contado con Downman cuando la fracasada expedición del *Cleopatra*. Entre los papeles de Cirilo Villaverde que obran en nuestro poder figura el borrador de las "Instructions for (the) Colo. Downman", escrito en inglés, con numerosos errores de ortografía y de construcción, indicativos de que la persona que

lo redactó no dominaba ese idioma. El texto traducido de ese documento es como sigue:

El coronel Downman conducirá sus tropas y los cubanos que al efecto dejo con el Sr. Villaverde, hacia cualquier punto en la parte occidental de Cuba, aunque dando su preferencia, en lo posible, para hacer su desembarco, a las bahías de *Baja* (¿Bahía Honda?) o *La Mulata*.

Tan pronto como se haya efectuado el desembarco, el buque debe seguir viaje y la presión del vapor en la caldera deberá mantenerse mientras se hace el alijo.

Antes de que comience el desembarco las tropas deberán haber comido a bordo, de modo que cuando estén en tierra el coronel Downman pueda partir en marcha ordenada y sin precipitación hacia las posiciones en las montañas que se ven hacia el Sur, o sea, en dirección a *Pinar del Río* y *Consolación*, con cuyo movimiento un considerable número de patriotas cubanos se le incorporarán y se cuidará de darles alguna organización, en el caso de que no la tengan ya.

El coronel Downman siempre tratará de ocupar fuertes posiciones cuando los informes que reciba acerca de los movimientos del enemigo puedan darle la impresión de que será atacado por fuerzas superiores y, en general, su estrategia será, hasta que reciba otras órdenes de mí, la de mantenerse en la defensiva y solamente emprender planes seguros, además de organizar un fuerte cuerpo armado con el cual pasar a la ofensiva cuando llegue la oportunidad para ello.

Los desertores del ejército español que se pasen a la fuerza norteamericana, deberán ser distribuidos entre las compañías formadas por nativos, con el pretexto de que eso es necesario para mejorar la instrucción de los criollos en cuanto al manejo de las armas; pero la verdadera política será la de mantenerlos separados.

Se indica al coronel Downman que debe conceder preferente atención sobre todo otro asunto militar, a la formación del mayor número de *guerrillas* con gentes del país, dando el mando de las mismas a los hombres más audaces, influyentes y experimentados y dirigiéndolas de modo que estén en todo momento en actividad sobre el terreno en que opere el enemigo y ordenándoles que suministren continua información acerca de lo que observan o vean. Esta organización es una garantía, la más segura, para que subsista la fuerza de su mando y, al mismo tiempo, es el medio más efectivo para obtener ventaja sobre el enemigo. Los jefes cubanos que se le incorporen le informarán acerca de los hombres competentes que el coronel Downman podrá escoger para tan importante servicio.

Añado a estas instrucciones las que ya he dado a todos mis partidarios en Cuba, a fin de que el coronel Downman pueda utilizarlas en cualquier caso en que sea necesario hacerlo.

El Sr. V. (illeaverde) debe ser considerado por el coronel Downman como mi representante personal en todo lo que se refiera a asuntos civiles, por lo cual todas las medidas de ese carácter que él pueda tener que tomar, las consultará con el Sr. Villaverde y seguirá su consejo. El susodicho Sr. Villaverde también le informará de ciertos asuntos, acerca del país, de los cuales le he encargado.

Sus comunicaciones a mí deben ser tan frecuentes como resulte posible, haciendo uso al efecto de los hombres experimentados del campo a quienes llaman *monteros*.

Si como es posible, de acuerdo con los datos que tengo, se produce algún movimiento revolucionario en la Isla, de carácter general, y ocurren cosas que hagan necesario aprovecharlas para obtener mejores resultados, el coronel Downman en tal caso deberá proceder conforme al consejo de su propia prudencia y de su habilidad militar... (427)

Es evidente, por el documento que antecede, que el coronel Downman era considerado por Narciso López como su primer jefe de operaciones, por encima de Crittenden y del propio Pragay. Era a él a quien dirigía estas detalladas instrucciones sobre la estrategia a seguir una vez en tierra cubana. La temprana muerte del coronel Downman, al frente de sus hombres, en el combate de Las Pozas, impidió que se desarrollase plenamente el plan que de antemano le había trazado Narciso López y que posiblemente hubiera podido impedir, o retrasar, por lo menos, el desastre militar de la expedición de la Vuelta Abajo. En ese documento, además, se confirma lo que ya hubimos de señalar en cuanto al papel principalísimo que en esos momentos tenía Cirilo Villaverde en las empresas revolucionarias de López, hasta el punto de que este último lo consideraba como si fuese él msmo. Esta cuestión tiene importancia adicional en cuanto al valor del testimonio histórico representado por el *Archivo Villaverde* y en lo relativo a los esfuerzos que habían hecho los emigrados de Nueva York para que Villaverde se separase de López, y se fuese a esa ciudad. Cirilo Villaverde, pues, era el hombre de confianza de Narciso López, su "alter ego", después de los fracasos que había tenido con J. A. Echeverría, Ambrosio José González, Rodríguez de Mena y otros. El historiador de entonces y de ahora, pues, tiene la obligación de considerarlo como primerísima fuente de información en cuanto a las empresas revolucionarias de Narciso López, muy especialmente las relacionadas con la expedición de la Vuelta Abajo, cuando por nombramiento expreso de López era la primera autoridad en cuanto a las cuestiones civiles.

El hecho de que entre los expedicionarios de 1851 los había que eran de Luisiana y, más concretamente, de Nueva Orleans, ha sido bien probado por Urban (428), después de prolijas inves-

tigaciones en los periódicos de la época. Hay que creerle, pues, cuando dice que en el *Pampero* iban "...por lo menos cincuenta vecinos de Nueva Orleans, varios de ellos en calidad de oficiales..." y que no fueron más de esa ciudad porque la compañía de rifleros voluntarios, mandada por el capitán Jackson, fué desembarcada para que se incorporase al segundo contingente expedicionario, que no tuvo ocasión de partir. Como correspondía al hecho de que el coronel Downman era de Mississippi, los reclutas de ese estado eran los más numerosos y en la colección de *Miscellaneous Letters* (julio-agosto de 1851) del State Department, que se conservan en The National Archives, en Wáshington, D. C., hay varias comunicaciones del fiscal Horatio J. Harris, de Vicksburg, Miss., dirigidas al subsecretario de Estado Derrick, en las cuales se habla libremente de los vecinos del Estado de Mississippi que iban para Nueva Orleans, donde se incorporarían a la expedición. Una de esas comunicaciones, fechada a 8 de agosto de 1851, informaba de que el día anterior una compañía de reclutas de Kentucky había pasado por Vicksburg, rumbo a Nueva Orleans, y procedía de Cincinnati, Ohio. Otros grupos de expedicionarios, menores en número de plazas, eran de Alabama, Arkansas y Texas.

Los húngaros, alemanes, británicos, irlandeses, franceses e italianos que figuraron en la Expedición de la Vuelta Abajo eran todos ellos de los liberales europeos complicados en el formidable movimiento político-social que fué la Revolución de 1848. Los de mayor jerarquía entre ellos eran los coroneles Pragay, húngaro, y Blumenthal, alemán; pero se puede tener una idea del numeroso contingente reclutado por Schlesinger entre sus compañeros de emigración si se tiene en cuenta que en las libretas que le fueron ocupadas cuando la detención de la expedición del *Cleopatra* figuraba una con 287 reclutas, casi todos húngaros, y otra con 86 polacos, 62 alemanes, 67 italianos y 13 suizos. ([429]) No todos ellos, sin embargo, embarcaron en el *Pampero*, unos porque se separaron de la empresa y otros porque iban a ir con el segundo contingente expedicionario, aunque no faltaron los que se convirtieron en confidentes y agentes al servicio de las autoridades federales norteamericanas y del despotismo español. Entre estos últimos hay que contar a Annabel Rakow, Paul Udwaddy, Henry Shroeder, Charles A. Rakielewicz, Ludwig Wiederhold, Leonard Saba y Edward Beczey, quienes llegaron a ser

acusadores de sus propios compatriotas y trataron de que fuesen castigados porque habían violado las leyes de neutralidad de los Estados Unidos.

López tenía tantas esperanzas en estos soldados veteranos, defensores del liberalismo europeo y que se consideraban en el continente americano como continuadores de una cruzada internacional contra el despotismo, que el propio Lawrence J. Sigur, al comentar los primeros planes de campaña de López y sus cambios en el último momento, dijo que originariamente el caudillo había proyectado invadir a Cuba con los cubanos y los húngaros, yendo él disfrazado, antes de que llegase la expedición del *Pampero*, a fin de lograr que se sublevasen los patriotas que habían ofrecido hacerlo y de organizarlos para la lucha. Según Sigur, el ardor de los jóvenes que se habían incorporado a la expedición y sus exhortaciones y las de ellos, fueron las que determinaron que López cambiase de parecer y decidiese que todos juntos realizaran la invasión de la Vuelta Abajo. ([430])

De entre todos aquellos combatientes del liberalismo europeo que se lanzaron a la lucha por la independencia de Cuba, el más representativo, aunque no el de mayor graduación militar, fué el húngaro Ludwig o Lajos Schlesinger, más tarde el cronista de la expedición de la Vuelta Abajo. Schlesinger había nacido en Nagykanizsa, "...alrededor de 1820...", dice Marco Pitchón ([431]), aunque en sus declaraciones como procesado por la Expedición del *Cleopatra*, en 1851, dijo que tenía veinte y cuatro años de edad y en ese caso había nacido en 1827. Tomó parte en la Revolución Húngara y al emigrar fué licenciado con el grado de teniente. Era hombre de algunas lecturas y escritor fácil, de religión hebrea, con grandes entusiasmos por la política y la milicia. Edward Beczey, también húngaro; pero de los que se convirtieron en confidentes de las autoridades federales norteamericanas y del espionaje español con ocasión del proceso más arriba mencionado, se refirió a Schlesinger para calificarle de "...joven vanidoso, que siempre pensaba en su uniforme..."; pero la realidad es que, desde que se relacionó con Narciso López, se convirtió en uno de sus hombres de confianza y como tal le acompañó a la Vuelta Abajo. Mientras se organizaba la Expedición del *Cleopatra* actuó Schlesinger como oficial reclutador, ascendido a capitán, y por ello mismo quedó sujeto a las resultas del proceso, aunque se fué temporalmente de Nueva York para ir a vivir en

Pittsfield, Mass., con una familia húngara de apellido Hovard. De ahí en adelante su seudónimo entre los revolucionarios fué "Pittsfield". Frustrada la Expedición del *Cleopatra*, Schlesinger partió para Nueva Orleans con un buen número de sus compatriotas, para ponerse a las órdenes de Narciso López, y le ayudó eficazmente con esos reclutas y con los demás que pudo alistar, de entre los antiguos combatientes del liberalismo europeo que se habían establecido en Texas. Ya en vísperas de la salida del *Pampero*, Schlesinger pasó de "capitán" a "comandante", y con ese grado y luego el de "ayudante de campo" del general Narciso López, fué que actuó, escribió sus memorias y siguió por mucho tiempo más asociado a las actividades de los revolucionarios cubanos en los Estados Unidos, después de la ejecución de López. (432)

En la ausencia de una lista completa y definitiva de los expedicionarios de la Vuelta Abajo, que no ha sido hallada, se puede preparar una relación de los europeos que vinieron en el *Pampero*, con Narciso López, y eso es lo que vamos a intentar ahora, no sin dejar constancia de que esa relación no es del todo exacta, ya que ha sido hecha con los datos obtenidos de diversas fuentes, como la narración de Schlesinger, la obra de Claiborne, lo publicado por Vidal Morales y Gerardo Castellanos y los papeles del *Archivo Villaverde*.

Aparte de Janos Pragay, Eugene Blumenthal y Lajos Schlesinger, ya citados con más detalle, la relación debe comprender a expedicionarios que procedían de Alemania, Dinamarca, Francia, Gran Bretaña, Hungría, Irlanda, Suiza e Italia y cuyos nombres aparecen en diversas publicaciones y en documentos de la época. El catálogo, conviene repetirlo, no es completo y se integra mayormente con las listas de los prisioneros hechos por los españoles, que son conocidas gracias a los esfuerzos de John S. Thrasher para ayudar a aquellos desdichados, en las cárceles de Cuba, los hospitales o los buques que les llevaban a los presidios de Africa. Con toda seguridad que hubo otros expedicionarios europeos cuyos nombres no han sido recogidos para la posteridad porque no cayeron prisioneros, sino que murieron en los combates habidos, o perecieron por el hambre, las enfermedades o las heridas, o fueron ultimados arteramente por los guerrilleros que colaboraron con las tropas españolas.

Aparte de los franceses incluídos en el llamado "Primer Regimiento de Patriotas Cubanos", se encuentran otros dos expedicionarios de esa nacionalidad, que fueron Charles de Bournazal y Michel Geiger. Hay el dato de un súbdito danés nombrado Richard Nelson, y el de un ciudadano suizo cuyo nombre era Louis Hackel. El teniente Giovanni Placosio, italiano, había servido bajo las banderas del rey de Piamonte y no era el único italiano que figuraba en la expedición, aunque por el hecho de que no se encuentran otros nombres italianos entre los prisioneros, puede conjeturarse que, o los demás perecieron en la empresa, o que pudieron escapar. Placosio fué indultado cuando cumplía condena en Ceuta.

La lista más completa de los húngaros que vinieron con Narciso López contiene veinte y cuatro nombres; pero sin duda que faltan otros y hay motivos para dudar de que Eugene Blumenthal, clasificado como húngaro por el Comité de Ayuda al Pueblo Húngaro, en su "Libro Blanco" (1945), publicado en La Habana, tuviese esa nacionalidad. El hecho de que pelease en 1848 contra los invasores de Hungría, no le hace nativo de ese país. Con anterioridad había combatido en Francia, Argelia, Egipto y Polonia como un soldado de fortuna y fué así que se incorporó a la Revolución Húngara. También pudiera ocurrir que el coronel Eugene Blumenthal, del estado mayor de la Expedición del *Pampero*, considerado siempre como *alemán*, no fuese el János Blumenthal que los húngaros incluyen en su lista. Esta contiene, con las rectificaciones y adiciones que le hemos hecho, los siguientes nombres: Géza Aiderlar, Imre Badney, László Berzencey, Mihály Biró, János Blumenthal, Gyorgy Bontilla, Konrád Cichler, József Csicsery, Dávid Ganó, Attila Geiger, Béla Kerekes, Adorján Kerr, János Kurmeli, Andor Lewohl, János Miskos, János Nyikor, Lajos Palanka, János Peteri, János Pragay, Elemér Radnitz, Tibor Reckendorf, Lajos Schlesinger, Hugo Ede Slesinger y János Virag. De entre ellos consta que Lewohl murió combatiendo en El Morrillo, así que su nombre, como el de Pragay, asesinado en Las Pozas, son de las excepciones en cuanto a los prisioneros húngaros hechos por los españoles. Por otra parte, con fecha 18 de julio de 1852 un J. Radnich, de 116 Spring Street, Nueva York, le escribió al Presidente Fillmore para que intercediese en favor de un hermano suyo, Emerich Radnich, expedicionario del *Pampero*, húngaro de nacimiento, pero que había declarado su inten-

cinó de hacerse ciudadano de los Estados Unidos, quien estaba cumpliendo condena de presidio en Ceuta. (433)

El segundo grupo, en cuanto a número, de los europeos que vinieron con Narciso López, es el de los alemanes, procedentes de Prusia, Sajonia, Baden y Hesse, en lo que entonces era la Confederación Germánica, sin que se hubiese producido la unidad imperial con exclusión de Austria, nación contra la cual habían luchado los liberales alemanes. Con inclusión del coronel Eugene Blumenthal como orlundo de Prusia, según fueron sus propias manifestaciones al caer prisionero de los españoles, es posible dar los nombres de veinte y dos alemanes entre los expedicionarios de la Vuelta Abajo, aunque sin duda fueron más. Los conocidos son: Ludwig Bawder, Conrad Bechtold, Eugene Blumental, Jacob Fonts, Servis Hagan, Jacob Harbele, Jacob Jessert, Henrik Jasper, Wilhelm Lossner, C. Noll, Conrad Paratolt, N. Port, Zyriack Scheipt, H. von Schlicht, Jarbo Schlüt, George Schmidt, Henrik Schmidt, C. Schneck, Robert Shuels, Robert Schutz, Conrad Tailor y Edward Weiss. A esta lista hay que agregar a Ludwig Müller, muerto en Las Pozas.

El grupo de los irlandeses, emigrados rebeldes que combatían la dominación británica sobre la Verden Erín, es de diez y nueve hombres, casi todos ellos condenados a presidio en Ceuta. Sus nombres eran: Bernard Allen, Edward Connelly, Patrick Coleman, S. L. Cully, Thomas Dailey, Patrick A. Gath, Timothy Henry, Michael Lyons, Peter McMullen, George Metcalf, H. B. Metcalf, Thomas McClelland, Bernard McCaben, John Murphy, James Myers, Joseph Myers, J. G. Porter, John T. Smith y William Young.

A primera vista puede parecer extraño que hubiese un grupo de británicos entre los expedicionarios del *Pampero*, sobre todo por el carácter de esclavista y de anexionista que ciertos escritores le han atribuído; pero es que, además, de lo infundado de esa acusación, que pretende convertir a las empresas libertadoras de Narciso López en aventuras anexionistas al servicio de los estados del Sur, hay que tener en cuenta que la Gran Bretaña acababa de pasar por la convulsión revolucionaria de los "chartists", ahogada por la represión de la Era Victoriana, y eran muchos los descontentos que habían emigrado. Sin duda que pertenecía a ellos el grupo de ingleses que vinieron con López a la Vuelta Abajo y de los cuales se conocen los nombres de James Brady, William Cousans, John Doyle, James Fiddes, Charles J. Hodge, James G. Iwen, William Miller, John Morris, Henry Sayle y John Robinson, para formar un grupo de diez, al que todavía habría que agregar los canadienses W. S. Constantine y James St. Levy.

Las cifras que anteceren dan un gran total de ochenta y dos expedicionarios que no eran norteamericanos ni cubanos y el número total, entre muertos, prisioneros y desaparecidos, se hizo ascender a unos ciento treinta quienes, si sumados con Narciso López, Gotay, los integrantes del llamado "Primer Regimiento de Patriotas Cubanos" y otros españoles y cubanos, en las unidades mandadas por Crittenden y Downman, hacen un gran total de doscientos expedicionarios, cerca de la mitad del contingente invasor, que NO ERAN NORTEAMERICANOS.

Estos datos, correlacionados con los que ya sabemos acerca de que, poco antes de su partida de Nueva Orleans, Narciso López hizo desembarcar a los rifleros de Nueva Orleans, para que fuesen con el segundo contingente invasor, y con las instrucciones al coronel Downman sobre la distribución de los reclutas que se hicieran en Cuba, demuestran bien a las claras que el jefe de la expedición, con el recuerdo de la insubordinación y el amotinamiento de sus soldados de Cárdenas, el año anterior, quería balancear sus fuerzas en todo lo posible, sin que tuviese que depender principalmente de un solo grupo nacional entre sus expedicionarios hasta que pudiese apoyarse en aquellos centenares y hasta millares de patriotas cubanos y desertores españoles que en términos tan entusiastas le prometían los conspiradores que estaban en Cuba.

4. La actitud del gobierno de Wáshington hacia la expedición de la Vuelta Abajo.

El Presidente Fillmore y todas las autoridades federales civiles y militares, con muchos de los funcionarios de los gobiernos estatales, fueron clara e implacablemente hostiles a las expediciones de Narciso López. Hay que agregar que Millard Fillmore, electo vicepresidente de la República en la candidatura del Presidente Taylor, a quien luego sucedió, sirvió principalmente los intereses de los esclavistas del Sur, con su apoyo al Compromiso de 1850 y a la Ley de Esclavos Fugitivos. España tuvo, por

parte del gobierno de Wáshington, con Fillmore en la Casa Blanca, todo el apoyo oficial que quiso para descubrir y combatir los esfuerzos revolucionarios de Narciso López en territorio norteamericano, y así lo hizo, sin que el Departamento de Estado o las demás autoridades federales mostrasen la más mínima preocupación de soberanía o de violación de las normas internacionales por las actividades de los agentes españoles quiénes, en muchos casos, se condujeron con la provocativa arrogancia y las seguridades de su impunidad que no habrían puesto de relieve en el caso de una nación de tercer orden. Una lógica irrebatible señala que si López hubiese estado trabajando para la anexión, como señalan sus detractores, no habría tenido la enemiga o la persecución del gobierno de Wáshington y de sus agentes, sino que habría dispuesto de su simpatía y su apoyo. Del mismo modo, tampoco las autoridades federales habrían permitido la actuación del espionaje español en territorio norteamericano. Fué por eso, precisamente por eso, porque López no trabajaba para la anexión, sino para el establecimiento de la República de Cuba, independiente y soberana, por lo que Polk, Taylor y Fillmore no vieron con buenos ojos las empresas revolucionarias de López, las persiguieron, las anatematizaron y les opusieron toda clase de obstáculos.

Las medidas represivas dictadas por el Presidente Fillmore cuando la Expedición del *Cleopatra* no habían dejado de estar en vigor cuando el *Pampero* estaba a punto de salir para Cuba, a fines de julio de 1851. No sólo seguían en vigor sino que, de la manera más oficial y terminante, se reclamó su cumplimiento por parte de fiscales, alguaciles, jefes de policía, administradores de aduanas, oficiales del ejército y de la marina y funcionarios consulares. Inclusive se conjuró a la ciudadanía para que no participase de las expediciones organizadas por López, ni las apoyase.

El 25 de abril de 1851, por medio de una proclama, el Presidente Fillmore había declarado de la manera más inequívoca e injusta, —como que también imprudente, ya que España se aprovecharía de sus palabras para justificar todas las atrocidades, —su oposición a las empresas revolucionarias de López. Hay que hacer notar, al mismo tiempo, que para nada condenó las ambiciones de los anexionistas, o sea que, de manera bien implícita, distinguió o diferenció la invasión de Cuba por Narciso López y sus hombres, como condenable, de todo lo que entonces se decía acerca de los planes para la anexión de Cuba, que abrigaban los esclavistas y los expansionistas norteamericanos. El texto de la proclama de Fillmore era como sigue:

> ...Por cuanto hay razón para creer que una expedición militar está a punto de ser equipada en los Estados Unidos con la intención de invadir la isla de Cuba, una colonia de España, nación ésta con la que este país está en paz; y
>
> Por cuanto se estima que esta expedición es intigada y organizada por extranjeros que se atreven a hacer de nuestras costas la base de sus culpables y hostiles preparativos contra una nación amiga y que buscan por medio de la falsedad y el infundio seducir a nuestros propios ciudadabos, especialmente los jóvenes y los imprudentes, para sus malvados proyectos, lo que constituye una ingrata respuesta a los beneficios que les fueron conferidos por este pueblo cuando les permitió que hiciesen de este país su asilo contra la opresión, además de un abuso flagrante de la hospitalidad que se les ha dado; y
>
> Por cuanto tales expediciones sólo pueden ser consideradas como aventuras para el robo y el saqueo, y deben recibir la condenación del mundo civilizado, al paso que van en detrimento del prestigio de nuestro país y violan el derecho internacional y lo dispuesto en nuestras propias leyes, las cuales dicen: "...que si una persona que está en el territorio o jurisdicción de los Estados Unidos, inicia, u organiza, o proporciona, o prepara los medios para una expedición o empresa militar contra el territorio o los dominios de algún príncipe extranjero, o de colonia, distrito o pueblo con el que los Estados Unidos estén en paz, toda persona que tal haga será considerada culpable de una grave falta y será castigada con multa de no más de tres mil pesos y prisión de no más de tres años...":
>
> Por tanto declaro en vigor esta proclama por la cual prevengo a todas las personas que se relacionen con tal empresa o expedición en contra de nuestras leyes y de nuestras obligaciones nacionales, que quedarán en el acto sujetas a las duras penas señaladas por tales faltas y perderán su derecho a la protección de este gobierno o a toda intervención en su favor, no importa a qué extremos puedan quedar reducidos a consecuencia de su ilegal conducta. Y, de consiguiente, exhorto a todos los buenos ciudadanos, por lo que estiman nuestra reputación nacional, por lo que respetan nuestras propias leyes y el derecho internacional y por el valor que dan a las bendiciones de la paz y al bienestar de su país, para que se opongan y por todos los medios legales impidan toda empresa de ese tipo, y reclamo de todo funcionario de este gobierno, ya sea civil o militar, para que ponga a contribución todos los esfuerzos que tenga en su poder a fin de arrestar y castigar a los que falten a las leyes del país.

Dado de mi mano el día 25 de abril, A. D. 1851, en el año septuagésimoquinto de nuestra independencia, (f) Millard Fillmore, (Hay un sello). Refrendado por (f) W. S. Derrick, secretario de Estado por substitución, (Traducción de H. P. V.) (434)

La transcripción de este documento es indispensable para la tesis de la obra, por los razonamientos que ya hemos expuesto; pero también es muy importante porque el Capitán General Concha entendió, como así era, en efecto, que se le había dado carta blanca para la más bárbara represión en cuanto a los expedicionarios que cayesen en sus manos y a quienes Fillmore calificaba de malvados, ladrones, saqueadores, ingratos y delincuentes, equiparados a los piratas de antaño y no considerados como combatientes por la libertad de un pueblo americano. Con ese doctrina, favorable a España como potencia colonial, se justificaban todos los horrores que pocas semanas después se cometerían en Cuba y el gobierno de Fillmore, que así procedía en el caso de los cubanos que aspiraban a librarse del despotismo español y que al efecto hablaba de la santidad del derecho internacional, de la paz y de los deberes de los Estados Unidos para con las naciones con las cuales estaba en paz, era el mismo que en esos meses, precisamente, se dedicaba a provocar a Austria con la famosa nota a M. de Hülsemann, encargado de Negocios del emperador austríaco. Como diría el propio Presidente Fillmore en su mensaje al Congreso de Wáshington de diciembre 6, 1852, si Cuba hubiese tenido menos habitantes "...la habría considerado, si voluntariamente cedida por España, la más deseable adquisición..." (435); pero él no quería la revolución para la independencia sino la anexión de acuerdo con España.

La correspondencia diplomática entre Calderón de la Barca, el representante de España en Wáshington, y la cancillería norteamericana, estuvo mayormente dedicada durante los meses de junio y julio de 1851 al caso de Cristóbal Madan, el antiguo presidente del *Consejo de Organización y Gobierno Cubano*, de Nueva York, que tanto había obstaculizado las expediciones de Narciso López porque no le ofrecían garantías de anexión a los Estados Unidos y de conservación de la esclavitud. Las notas intercambiadas por Calderón de la Barca, de un lado, y Webster y el subsecretario Derrick, del otro, eran meramente formales, sin que el gobierno norteamericano defendiese con mucho calor a Madan contra la jugarreta que le habían hecho Concha y Cal-

derón de la Barca, al facilitarle su regreso a Cuba para arrestarlo y procesarlo.

Paralelamente a ese incidente en las relaciones hispanonorteamericanas, sin embargo, Webster y Calderón de la Barca estaban a partir un piñón y este último le agradecía al primero la ayuda activa y decisiva que le había prestado para frustrar la Expedición del *Cleopatra*. El diplomático español y el "Ichabod" o traidor de la famosa poesía de Whittier, que era Webster, se llevaban muy bien. El estadista norteamericano se precipitaba por la pendiente de su deterioro moral y lo que quería era complacer a todos los poderosos y evitarse dificultades. Las expediciones de Narciso López le eran, pues, odiosas, ya que podían llevarle a un enojoso incidente con su amigo Calderón y de la Barca. No han quedado muchos documentos de tipo personal, o sea, fuera de los diplomáticos, en cuanto a las relaciones entre Webster y Calderón de la Barca; pero aquel turbulento personaje que fué Henry Augustus Wise, oficial de la marina norteamericana, yerno de Edward Everett, ayudante naval de Webster y residente con su esposa en casa de Webster, en Wáshington, D. C., nos ha dejado en su correspondencia con su suegro, algunos elementos de juicio que nos permiten concretar cuál era el criterio imperante en la residencia del secretario de Estado de los Estados Unidos, acerca de Narciso López y de Angel Calderón de la Barca, respectivamente. El no hablaba por sí, sino por la opinión de su digno jefe, que lo era Webster, cuando decía:

...La cuestión de Cuba parace reclamar una proporción mayor que la que le corresponde, en cuanto a la excitación pública en el país. Con una parte del gabinete que parece favorecer la causa de los Libertadores, me temo que nos veamos arrastrados a series dificultades con España... Es de esperar que el general López haya recibido antes que ésta llegue a manos de usted, por lo menos una de las balas que su perversidad merece... (436) (Traducción de H. P. V.)

Y con todavía mayor claridad el teniente Wise, después de insistir en que ninguna persona de respeto estaba en favor de la libertad de Cuba, escribiría días después lo siguiente:

...El garrote por fin le apretó el pescuezo al Sr. Narciso López, lo que quizás si pueda servir para ahogar a otros futuros aspirantes al mismo honor, por el lado de Cuba.

El pobre viejo Calderón de la Barca podrá ahora disfrutar de una temporada de tranquilidad... (437) (Traducción de H. P. V.)

No pasarían muchos meses sin que Everett, en su cargo de secretario de Estado del Gobierno de Fillmore, en el que reemplazó a Webster, dijese oficialmente a Francia y a la Gran Bretaña que los Estados Unidos no aceptaban compromiso alguno en cuanto a renunciar a la anexión de Cuba y que mantenían su aspiración en ese sentido, o sea, que el gobierno de Fillmore era partidario de la anexión de Cuba, aunque se mostraba resueltamente opuesto a las expediciones de Narciso López. Y esto era así porque Fillmore, Webster, Everett, etc., sabían muy bien que Narciso López había rehusado comprometerse a hacer la anexión de Cuba a los Estados Unidos y trabajaba por el establecimiento de la República de Cuba, aunque esta verdad todavía no haya penetrado en ciertas cabezas de historiadores improvisados, incapaces de hacer las adecuadas investigaciones originales, sin repetir lo publicado por quienes o no tenían suficiente información, o no le perdonaban a Narciso López el haber frustrado los planes de los anexionistas.

Aquel bajuno personaje que fué el cónsul Allen F. Owen, de Georgia, timorato e incapaz, comenzó a enviar a Webster sus alarmantes despachos acerca de la Revolución Cubana, a mediados de julio de 1851. El 16 de ese mes avisó a la cancillería de Wáshington de la sublevación de Agüero en Camagüey, y acompañó al efecto un ejemplar de la *Gaceta de La Habana* en la que se daba por aplastada la sublevación. Webster estaba de viaje por la Nueva Inglaterra y fué el propio Presidente Fillmore quien estudió el contenido del despacho de Owen y de su puño y letra lo anotó para decirle al subsecretario Derrick que sería bueno publicar un extracto en los periódicos norteamericanos, de lo que decía la *Gaceta*, "...to show the *sympathizers* here that the matter is at an end." (438) Pocos días después Owen volvía a escribir a Webster y su comunicación era la de un hombre dominado por el miedo y olvidado de la importancia de su representación consular. Decía Owen que la excitación antinorteamericana (entre los españoles, por supuesto, y no entre los cubanos, que eran la mayoría de la población), era enorme y que podía ocurrir alguna violencia por parte del populacho a pesar de la protección que pudieran dispensar las autoridades. Por todo ello Owen pedía apoyo y amparo "...del gobierno de los Estados Unidos, si viniesen ciudadanos norteamericanos, desde los Estados Unidos, en apoyo de los que se están movilizando aquí contra el gobierno de la isla de Cuba." (439). Esta petición fué concretada el 2 de agosto siguiente en un despacho de Owen en que solicitaba el envío de buques de guerra norteamericanos si venía la expedición de López, porque temía que el populacho cometiese violencias con la colonia norteamericana.

Por otra parte, Webster había comenzado a recibir informes confidenciales acerca de la nueva expedición de López, antes de que el cónsul Owen la mencionase en sus despachos. En las *Miscellaneous Letters* de los archivos diplomáticos norteamericanos, volumen correspondiente a los meses de julio-agosto, 1851, hay varias comunicaciones en ese sentido que comienzan con una carta confidencial, fechada a 6 de julio, de James Brooks, representante a la Cámara y periodista neoyorquino que luego cayó en el descrédito más absoluto por cohechos y sobornos políticos; pero quien ya en esa época hacía el papel de delator. A ese escrito siguieron otros muchos, entre ellos los de fiscales y alguaciles federales, desde Nueva York hasta Galveston, a lo largo de la costa de los Estados Unidos sobre el Atlántico y el Golfo de México.

El 17 de julio el subsecretario de Estado, W. S. Derrick, cumpliendo órdenes del Presidente Fillmore, envió una circular conminatoria a las autoridades federales de Vicksburg y de Pascagoula, Mississippi; Mobile, Alabama; Nueva Orleans, Luisiana; Savannah, Georgia; Filadelfia, Pennsylvania y otros lugares, para que impidiesen la organización y salida de expediciones para Cuba. La preocupacón y el interés del gobierno de Wáshington para impedir la invasión de Cuba llegó hasta el punto de que el Presidente Fillmore se dirigió oficialmente al gobernador del estado de Nueva York, Wáshington Hunt, para prevenirle de que la artillería y demás armas en los cuarteles estatales iban a ser utilizadas en la invasión de Cuba, noticia ésta que mucho hubo de sorprender al gobernador Hunt. La oposición del gobierno de Fillmore a la expedición de la Vuelta Abajo fué tan concreta y definitiva, que se decretaron cesantías de administradores de aduanas y otros funcionarios federales, como castigo por no haber impedido la salida del *Pampero*.

Los jefes de distritos militares cuyos campamentos estaban situados en las costas del Golfo de México también recibieron órdenes muy estrictas de la Secretaría de la Guerra para que ejer-

ciesen la más estrecha vigilancia sobre sus hombres y equipos, a fin de que no se mezclasen con las expediciones de López. Y, en cuanto al Departamento de Marina es un hecho que el secretario Graham despachó los buques de guerra *Saranac, Albany* y *Vixen* para el Golfo de México, y que se les dió orden al comodoro Parker y a los capitanes Platt y Randolph para que impidiesen el paso de toda expedición contra Cuba.

Las dificultades de las comunicaciones de entonces y el escaso número de unidades navales con que contaban los Estados Unidos en aquella época y que eran insuficientes para vigilar con eficacia millares y millares de kilómetros cuadrados, de costas y de mares, mucho tuvieron que ver con el fracaso de las medidas represivas dictadas por el gobierno de Wáshington contra las expediciones de López. Estas, además, contaban con las simpatías y el apoyo de los elementos locales en distintas poblaciones del Sur de los Estados Unidos.

5. Los preparativos del general Concha para hacer frente a la invasión del 1851.

El gobierno colonial estaba bastante bien enterado de los preparativos que hacía Narciso López para la invasión de Cuba y de los objetivos militares inmediatos de la expedición. El lector ya sabe que el Capitán General Concha, al utilizar los servicios del coronel Ordóñez, logró descifrar la clave que utilizaba Narciso López para comunicarse con Muñoz Castro, su sobrino, el representante consular de Venezuela en La Habana, y que en los interrogatorios de Carlos Collins, Graciliano Mentes de Oca y otros procesados, también obtuvo importantes informes acerca de los trabajos de los emigrados y de los conspiradores con quienes estaban de acuerdo. Todos esos datos se completaban con los que el espionaje español, que funcionaba en los Estados Unidos, trasmitía regularmente.

Nadie debe abrigar dudas acerca de la realidad de la información con que contaba el general Concha. Si por un lado hizo constar que sabía que el derrotero de López era hacia la Vuelta Abajo, entre otras razones "...por las comunicaciones interceptadas y noticias reservadas que tenía..." (440), por el otro añadió lo siguiente:

> ...Habíame hecho dueño de todos los papeles y correspondencia de Lopez, así como anteriormente había tenido en mis manos muchas de sus comunicaciones, y por otra parte las declaraciones ponían en evidencia las personas comprometidas en la Isla... (441)

Las cartas políticas del Capitán General Concha, dirigidas al gobierno de Madrid, de las cuales hay copias oficiales en el Archivo Nacional de Cuba, que han sido publicadas, asimismo ratifican que las autoridades coloniales estaban enteradas de muchos de los planes de los revolucionarios de la época.

También hemos hecho observar con anterioridad que en el *Diario*, de Villaverde, y en la correspondencia de éste con sus hermanos, más de una vez se hacía alusión a que se harían desembarcos en la Vuelta Abajo, en distintos parajes desde La Mulata (contigua a las Playitas del Morrillo, donde desembarcó López, al fin y al cabo), incluyendo Mantua, hasta Majana.

Cuando la Expedición del *Cleopatra*, el principal movimiento de patriotas dispuestos a sublevarse, como en el caso de Manuel Higinio Ramírez, los hermanos de Villaverde, etc., era de La Habana hacia la Vuelta Abajo, hasta la jurisdicción de San Cristóbal, Bahía Honda, Mariel y Consolación. Uno de los más sonados procesos políticos de la época, en Vuelta Abajo, había sido el seguido contra Pío José Díaz, antiguo alcalde de mar, de Guane, a quien se acusaba de estar en connivencia con Narciso López y de que había cooperado en el desembarco y la ocultación de armas y pertrechos enviados desde Nueva Orleans, en busca de cuyo material de guerra se hicieron averiguaciones, que no dieron resultado, en Cayo Cortés y en Arroyo de Puercos, a virtud de denuncia hecha por el representante consular de España en Nueva Orleans (442). Es prueba adicional de que Narciso López se proponía operar en la Vuelta Abajo lo que nos dice Cirilo Villaverde, en su *Diario*, al efecto de que López quería hacer salir de Pinar del Río al coronel Ramón Sánchez, venezolano de nacimiento, como él; pero que como teniente gobernador de esa jurisdicción se había mantenido firme al servicio de España. López, sin muchos escrúpulos, simuló una correspondencia comprometedora con Ramón Sánchez, destinada a caer en manos de los españoles y con la cual esperaba el relevo de ese militar y que le quedase el campo libre en la Vuelta Abajo. Esta jugarreta bastante condenable tuvo éxito y Ramón Sánchez pasó ratos

muy amargos mientras trataba de justificarse y, al fin y al cabo, tuvo que dejar su puesto.

Finalmente, P. F. Gournay, el agente personal de López para la sublevación de La Habana y la Vuelta Abajo, enviado desde Nueva Orleans a fines de julio, hubo de escribir a Cirilo Villaverde para darle cuenta del resultado de su misión, y después de relatarle lo que había ocurrido en La Habana con los que renegaron de sus promesas y ni se sublevaron ni dieron el golpe de mano que se había concertado contra las autoridades coloniales, le decía:

> ...sali para la Vuelta de Abajo, donde me decian que los gefes estaban anciosos y listos á moverse. Segun los detalles qe. me dieron escribí al Gral. diciendo qe. salia pa. la Vuelta (Abajo) y que esperaba dentro quinze dias tener de mil á mil quinientos hombres. Ademas, como el general me habia dicho qe. si a caso no me permitia el gobierno quedarme en la Habana de embarcarme para Cayo hueso y alla ver á Cruz (Francisco J. de la Cruz) y ocurriendo veinte ó treinta hombres hecharnos á cualquier punto de la Vuelta (Abajo), pensé bien hacer en escribiendo á Cruz dicendo cuales eran las instrucciones del general y q. si queria riesgar el hecho de hacerlo *despues del dia* 5. Ese era el dia qe. yo habia fijado por el movimento de acuerdo con Miguel Cantos.
>
> Sali en efecto y me fui á la casa de Miguel Cantos á cinco leguas de Pinar del Rio, desde mi llegada me sucedió un incidente qe. fue muy cerca de perderme; llegué á la casa de Cantos teniendo en mi baul un par de pistolas, un plan de la isla y una proclama escrita en español y firmada de mi nombre verdadero; Cantos me dijo qe. el era muy sospechado y vigilado por el gobierno y me hizo sacar esas cosas del baul y esconderlas. A penas habiamos tomado esta medida precautoria, que llego el Capitan de partido qe. me examino y registro el baul, tuve que sacar cada pieza de ropa y sacudirla y figurese mi posición cuando me acorde qe, en una corbata negra yo habia escondido cierta banderita cubana, la misma qe. yo tenia en N. O. El Capitan que hasta ahora no habia tocado la ropa, avanzo la mano y cohio la corbata, me crei perdido y mi primer pensamiento fue qe. si descubria la bandera, romperlo la cabeza con un martillo qe. veia cerca y huir, pero el no penso desplegar la corbata. Me mando á Pinar del Rio donde tuve qe. hacer una declaracion de cinco paginas, contestando á preguntas y firmando. Habia tomado todas las precauciones necesarias, diciendome enfermo del pecho y teniendo la consultacion de dos *médicos* para probar. Fui puesto en libertad sin otro perjuicio qe. perdida de tiempo.
>
> Empesamos entonces á trabajar, vi á *Utoa*, Capitan de Pinar del Río, paisano del Gral. y convenimos qe. con la gente de Cantos, de Pio Diaz y de Blanco nos pronunciaremos en Mantua el dia cinco (de agosto) y qe. el momento qe. el gobernador de Pinar del Rio mandaria la tropa á perseguirnos, él, Utoa se pronunciaria en Pinar del Rio. Ahora empese á dudar. Pio Diaz despues de prometer nos dijo qe. el no podia venir hasta el 7, en Blanco y los otros encontré hesitation (vacilaciones), qe. el movimiento era precipitado, qe. si el Gral. no venia pronto estariamos perdidos, etc. Yo les dije todo lo qe. me podia sugerir mi corazon, pensando á las cartas qe. habia ya escrito, qe. el Gral. podia contar sobre nuestro apoyo para alguna operacion, qe. Cruz tal vez podia llegar con sus 25 hombres y no encontrarme bajo las armas como le habia escrito, les dije que ellos habian visto las letras y la firma del Gral. diciendo qe. me podian confiar en todo qe. yo diria, qe. yo conocia su proyecto y qe. todo lo qe. yo aria, seria confirmado por el, qe. asi no podian dudar de mi, qe. yo les juraba qe. antes de quince dias estaria alli la espedicion, y qe. si no sucedia asi qe. me tenian en sus manos y me podian matar ó entregar al gobierno como ayudante y confidente del Gral. y salvarse asi. Enfin, el resultado fue qe. no se moverian hasta qe. viniese Diaz qe. era un hombre influyente y poderoso con la "guajiria", esperamos y el 7 por la mañana fuimos presos, Cantos, su hijo y yo y llevados á Pinar del Rio (20 leguas) con una guardia de ocho hombres. El gobernador *Elizalde* nos puso en libertad el once diciendome qe. el no tenia bastante prueba para castigarme, pero qe. yo era muy sospechoso, qe. me habia vigilado y qe. mi sociedad era compuesta de hombres "marquados" por el gobierno, qe. en las circunstancias si sucedia algo donde me quedaba, me fusilarian como emisario y qe. para evitar esto me mandaba para la Habana, en efecto me dio un pase y la orden qe. me embarcase el mismo dia. Dejé á Cantos desesperado y jurando qe. tan pronto qe. llegase el Gral. se le juntaria si sea solo ó se haria matar... (44a)

El lector sin duda que comprenderá la extraordinaria importancia de esta carta, de la que transcribiremos otros párrafos, más adelante, en relación con otros aspectos de los sucesos de 1851, cuando la Expedición de la Vuelta Abajo tuvo lugar. En este caso, sin embargo, constriñéndonos a lo que el Capitán General Concha pudo descubrir acerca de la invasión de la Vuelta Abajo, encabezada por Narciso López, los datos que da el agente De Gournay comprueban que las autoridades coloniales estaban en autos de que el *Pampero* haria un desembarco en las costas de Pinar del Río y habían hecho los preparativos adecuados para impedir que tuviese éxito aquella tentativa revolucionaria. El espionaje español sabía de los contactos de López con Pío José Díaz y con Bartolomé Blanco, y los tenía estrechamente vigilados. Se puede colegir que esa vigilancia respondía a informes concretos sobre las ideas políticas de numerosos vueltabajeros y

sobre sus relaciones con Narciso López. Vidal Morales, Arnao Santovenia, etc., han ignorado todo esto acerca de la realidad d que la Vuelta Abajo figuraba en primer término como objetiv militar de López, con promesas de ayudas, y que el Capitán Ge neral Concha así lo sabía.

En el proceso seguido contra Pío José Díaz, a fines de 1850, a que ya nos hemos referido, no sólo aparecía ese influyente pina reño entre los complicados, sino también Bartolomé Blanco, capi tán del partido de Mantua y "ayacucho", es decir, militar espa ñol de los que habían figurado en la derrota de España en la América del Sur, y compatriota de López, como así también lo era Utoa, el capitán del partido de Pinar del Río. En cuanto a Miguel Cantos, el hombre-clave en todo este plan para la su blevación de la Vuelta Abajo, de acuerdo con López, es casi por completo desconocido en la historia de Cuba. Infortunadamente la inmensa mayoría de los que se proclamaban simpatizadores de Narciso López, y dispuestos a combatir a su lado, no le apo yaron en aquellos días críticos de agosto de 1851.

El Capitán General Concha contaba con más recursos mili tares y navales que los que había tenido Roncali; pero en modo alguno, sobre todo por la extensión de Cuba y la configuración de la isla, los suficientes para aplastar una revolución en gran escala y que se extendiese por todo el país. El éxito de la estra tegia de Concha tenía que consistir en la oportunidad de batir, separada y escalonadamente, una serie de brotes revolucionarios que estallasen en distintos lugares de Cuba. Los preparativos he chos por los patriotas buscaban la explosión simultánea en todo el país, que no se dió por imprudencias, indiscreciones, vacila ciones y alzamientos prematuros, que no se hicieron coordinada mente. Más aún, si López hubiese recibido los refuerzos prome tidos del segundo contingente expedicionario, con toda probabi lidad se hubiese prolongado la lucha hasta dar lugar a que los que no estaban bien informados, y también los irresolutos, se hubiesen lanzado a combatir.

Contaba el gobierno colonial, después de las reformas hechas por Concha, en lo militar, con una distribución de sus tropas que era lógica y de cierta efectividad contra esfuerzos revolucio narios dispersos. El propio Concha dice que una de sus primeras iniciativas consistió en la creación de columnas de operaciones que debían estar listas, en todo momento, para lanzarse sobre todo

invasor, y luego explica lo relativo a esas columnas de operaciones de la siguiente manera:

> ...En la Vuelta de Abajo se organizó una columna de mil infantes, ciento veinte caballos y cuatro piezas de montaña; para cubrir las jurisdicciones de Matanzas y Cárdenas, había otra de igual ó mayor fuerza; dos batallones, dos compañías de mérito, dos escuadrones y cuatro piezas defendían el territorio de las Cuatro Villas, la guarnicion de Puerto-Príncipe podía contar para operaciones con doce compañías, doscientos caballos y cuatro piezas, mientras el coronel Quesada cubría las costas, Norte y Sur de los distritos de Bayamo y Holguín con igual fuerza, y en la estremidad del Departamento Oriental podía organizarse una columna igualmente fuerte con las tropas de guarnicion en Santiago de Cuba. Las fuerzas de mar estaban en combinación con las de tierra para reforzar los puntos atacados con las tropas mas inmediatas, y en la Habana quedaban mas de dos batallones disponibles, á fin de acudir al punto que fuera conveniente, con la facilidad que para ello prestaban los vapores de guerra y mercantes de que se podía disponer y el camino de hierro que hácia el interior parte de aquella ciudad con remales en varias direcciones.
>
> Los gefes de las diferentes columnas recibieron instrucciones terminantes y precisas, y como no podían cubrirse con guarniciones todos los puntos de la costa, ni las cortas que en algunos existían podrían en un evento resistir, se dieron órdenes para que estas se reconcentrasen á las fuerzas de operaciones, mientras que otras debían defender á todo trance los puntos mas importantes... (444)

La fuerza, pues, destinada a operaciones, o sea, a marchas y contramarchas, venía a tener entre nueve y diez mil hombres de tropa veterana. A ellos había que agregar las unidades de rurales y lanceros, que podían ser muy efectivas en labores de descubierta y guerrillas, por su gran movilidad y su conocimiento del terreno, así como las rondas de los distintos campesinos.

El propio Capitán General Concha es quien dice, sin embargo, que bajo su mando el ejército regular español en Cuba estaba compuesto por "...cerca de 18,000 hombres...", (445) y si a esa cifra se añaden las correspondientes a la marina de guerra y a las fuerzas irregulares de distintos tipos, dependientes del gobierno colonial, se advierte fácilmente que no hay exageración en el cálculo de que el Capitán General de Cuba contaba con unos treinta mil hombres armados en el apoyo de su régimen, además de las fortalezas de todas clases y la extraordinaria ventaja representada por el dominio del mar y que, en el caso de una isla, larga y estrecha, con numerosos puertos, era prácticamente decisiva.

De manera bien explícita confirma Concha la tesis de que esperaba el desembarco de López por la Vuelta Abajo cuando dice:

> ...Tiempo hacia ya que habia fijado como punto de desembarco de los enemigos la punta de Mántua en la costa Norte de la Vuelta Abajo, tanto porque se halla situada en paraje apropósito para el derrotero que aquellos debian llevar desde Nueva Orleans, como por las comunicaciones interceptadas y noticias reservadas que tenia. Así fué que, dejando desguarnecido aquel punto por su distancia á Pinar del Rio, habia nombrado á un jefe del E. M. para que reconociese detenidamente la situación topográfica de Mántua, y los diferentes caminos que á dicho punto conducían. El coronel Elizalde tenia ademas instrucciones precisas y terminantes sobre lo que debia ejecutar, si la espedicion desembarcaba en aquella parte... (446)

Con esos antecedentes y otros, como el dicho de Concha sobre que "...las tropas tenían órdenes para estar dispuestas al primer aviso con su equipo de campaña", la expedición no podía coger por sorpresa a las autoridades coloniales españolas. En realidad, se la esperaba y se habían hecho muchos preparativos para combatirla sin que tuviese tiempo de internarse y de provocar una sublevación general.

Narciso López pudo quizás haberse dirigido a Oriente con su expedición; pero ¿qué contactos le quedaban en esa región después de que la persecución del general Manzano había hecho huir a los Oberto, mientras que los demás conspiradores, como Baralt, Trigo, Santacilia, etc., habían sido arrestados y en su mayoría estaban en España, en calidad de desterrados? Además, no había entonces el espíritu revolucionario que en 1868 se manifestó tan potente entre los orientales. El fracaso de Agüero en Las Tunas, así lo evidencia; pero más lo confirma el hecho de que, según informaba a mediados de julio, desde Manzanillo, al general Concha, el espía español José Campoy, la revolución estaba del otro lado del Jobabo, en Camagüey, mientras que en Oriente había tranquilidad. (447) Ahora bien, López no tenía grandes esperanzas en que pudiera consoladarse la sublevación de Camagüey, a la que había sido ajeno, y no tuvo tiempo de enterarse de la de Trinidad, antes de salir de Nueva Orleans, y cuando llegó a Cayo Hueso ya habían sido derrotados Armenteros y los suyos.

Los hombres que estaban en contacto más estrecho y directo con él, eran los de La Habana y Pinar del Río, es decir,

de la región occidental de Cuba, con fáciles comunicaciones con Nueva Orleans, Cayo Hueso, Savannah y Charleston. Ellos eran los que le habían prometido su apoyo, los que se mostraban dispuestos a sublevarse cuando así se les ordenase, y los que, al propio tiempo, con frecuencia decían que bastaría la llegada de una expedición armada para que surgiese un potente movimiento revolucionario. Ahora bien, el desembarco en los alrededores de La Habana, jurisdición la más llana, la más poblada y la de mejores comunicaciones, de Cuba; pero también la de menor extensión territorial, habría sido una terrible y costosa imprudencia. Con ese razonamiento, lógico y ajustado a la realidad de los hechos, no quedaba otra posibilidad sino la invasión de la Vuelta Abajo, donde el terreno parecía preparado para la sublevación y en la que los amigos de López se proclamaban dispuestos a ir a la lucha contra España, cosa ésta que no hicieron a su debido tiempo.

Concha estaba al tanto de estas realidades que acabamos de señalar; pero, además, dueño de la clave secreta de Narciso López y conocedor de muchos de los planes de los patriotas, a virtud de los trabajos de sus espías, actuó taimada y habilidosamente para atraer a Narciso López y a sus expedicionarios, a la Vuelta Abajo. Las noticias de la prensa habanera, como muchas de las informaciones que llegaban a los periódicos norteamericanos, enviadas por sus corresponsales en La Habana, así como las cartas escritas de buena fe, desde Cuba, y hasta el uso de la clave descubierta por el coonel Ordóñez, con datos falsos, todo eso contribuyó a desorientar y a engañar la opinión de los patriotas emigrados en cuanto a la verdad de la situación existente en Cuba, con lo que se benefició el régimen colonial para llevar adelante la represión que tenía proyectada. Eso no habría sido suficiente, por otra parte, para darle la victoria a Concha, si los elementos que se habían comprometido a lanzarse a la lucha, hubiesen cumplido como buenos.

CAPITULO VI

1. El plan de invasión de Narciso López, los elementos con que contaba y los propósitos de la Revolución.—2. El *Pampero* y su viaje hasta las Playitas del Morrillo.—3. El desembarco y los primeros actos de indisciplina.—4. Los combates en Las Pozas, Cafetal de Frías, Tabla de Agua, Candelaria del Aguacate, etc.—5. La deserción de Crittenden y su grupo y el fracaso de las refuerzos prometidos.—6. Desastre final de la expedición; la cacería humana y la captura de Narciso López en los Pinos de Ragel.—7. La bárbara represión culmina en la matanza de Atarés y en la ejecución de Narciso López.

1. El plan de invasión de Narciso López, los elementos con que contaba y los propósitos de la Revolución.

Había en el plan de invasión de Narciso López mucho más que el desembarco de un grupo de combatientes para que éstos, por si sólos, destruyesen el régimen colonial español y establecieran la República de Cuba. Los historiadores que se han conformado con la tesis simplista de que López trajo un contingente invasor, aislado, y de que a última hora se decidió ir a desembarcar en la Vuelta Abajo, están por completos equivocados.

Los conspiradores de La Habana, como los de Pinar del Río, estaban comprometidos de la manera más solemne a tomar las armas y lanzarse a la lucha. Uno de sus primeros actos de hostilidad debía consistir en apoderarse de las autoridades coloniales, inclusive el Capitán General Concha y los jefes militares que pudiesen mantenerse firmes, ya que es bueno que se sepa que había oficiales del ejército español que estaban en contacto con los patriotas cubanos y que habían ofrecido colaborar con ellos al producirse la sublevación, cosa que no hicieron, quizás si porque, efectivamente, formaban parte del aparato de espionaje de Concha, o porque ellos también, como ocurrió con numerosos elementos civiles, a última hora no se atrevieron a desempeñar los papeles que les habían correspondido, en la confusión general que se produjo cuando Rodríguez de Mena se fué para los Estados Unidos, a fines de junio, y surgió su alejamiento de Narciso López, fatal para el buen éxito de la Revolución Cubana.

Esto que acabamos de exponer no es una hipótesis más o menos razonada, sino la verdad histórica apoyada en documentos

de la época. El agente confidencial de López, P. F. de Gournay, enviado a La Habana, desde Nueva Orleans, a fines de julio de 1851, hace muy importantes revelaciones acerca de la colaboración que se esperaba de los patriotas de La Habana en el plan de la invasión. Las revelaciones están contenidas en la misma carta a Villaverde, de fecha 27 de septiembre de 1851, parte de la cual ya hemos transcrito en lo relativo a la defección de los conspiradores de Pinar del Río. En cuanto a los habaneros y su retraimiento dice De Gournay lo que sigue:

> ....Llegué a la Habana con instrucciones de nuestro desgraciado geje sobre un movimiento qe. se debia hacer en la misma ciudad para apoderarse de las autoridades, etc. Se decia qe. el partido tenia organizado un batallon de criollos, comprometidos otro regimiento de la guarnición, los rurales, en fin, el plan parecia muy brillante, demasiado asi para poder realizarse. El gefe del movimiento era Esteban Dias (Diaz. N. del A.), qe. ha sido preso el dia de mi salida de la Habana y qe. me alegraria de saber fusilado. Llegando encontré todo desbaratado, el levantamiento de Puerto Principe habia precipitado las cosas en la Habana. Esteban Dias (Diaz) despues de haber recibido dinero para la tropa y gastado lo (reunido) apresurado por los patriotas, quizo hacer (ó pareció quererlo) un movimiento y el resultado fue que muchos fueron arrestados y otros sospechados y vigilados. Encontrando este estado de cosas y sabiendo por los mismos á quien era dirigido la imposibilidad de hacer algo en la ciudad, sali para la Vuelta de Abajo...
>
> ...Volvi á la Habana por su puerto el mismo dia qe. llego la espedicion, y alli me quedé, casi loco de no poder moverme. Calderón (el teniente coronel Gaspar García Calderón, del Regimiento de Cantabria. Nota del Autor) y Ayala (el comandante Abraham Ayala, jefe de las milicias de Güines. Nota del Autor), negaron de verme temiendo qe. les prendian, quize salir con cien ó doscientos hombres, no pude, se cogieron las armas dos veces. No podia salir de la ciudad sin guia y no pude encontrar uno, porque como se prendian todos los qe. trataban de dirigirse para el interior, nadie queria encargarse de un estrangero qe. no conocia los caminos, en fin, tuve que estar alla escondido el dia y saliendo de noche espuesto á ser cogido sin resultado...

A mayor abundamiento, uno de los más firmes patriotas cubanos de todas las épocas, Juan Arnao, quien vivió hasta ver el fin de la dominación española, también dejó constancia de otros datos con los cuales se comprueba que, en efecto, el plan de López incluía la sublevación de La Habana y territorios limítrofes. El lector acaba de ver en la carta inédita del agente De Gournay, que hemos transcrito, referencias a Esteban Díaz y a

Abraham Ayala, hechas en 1851. En 1877 Arnao los había mencionado, con detalle, junto con otros cubanos que conspiraban de acuerdo con Narciso López, y al hablar de los jefes escogidos para apoyar la expedición, dijo Arnao que fueron seleccionados:

> ...para el distrito ó barrio de Colon, Esteban Diaz y F. Martines, para los limitrofes de Guadalupe y de Peñalver, Federico Zenea y Francisco Piñeiro, para el del Pilar, José de los Angeles Morilla, para el del Horcon Benito Ragues y para el de Jesus del Monte Manuel Lazo de la Vega. Agregandose á estos varios individuos que habrian de operar por separado como espontaneos patriotas, entre los que debemos contar en primer termino por su decision y arrojo los tres hermanos Prieto. Ademas en los poblados y partidos cercanos á la Habana los hacendados de gran influencia Ramon de Osma y Francisco Valdez Herrera. La Vuelta Abajo quedaba librada á su propia discrecion corriendo la suerte que le cupiera segun sus propios elementos. La Vuelta Arriba en las cercanias á la capital, como Güines, debia operar Abraham Ayala, mliitar retirado, comandante de armas y de ls milicias de caballeria de los naturales de la jurisdiccion...
>
> ...El pueblo esperaba que los jefes preparados en la Habana para operar salieran á campaña pero visto que no sucedia, los patriotas J. Victoriano Betancourt, de Matanzas, y Goicouria y Antonio Mora, de la Habana, volaron a invitarnos para que salieramos á los campos á mover á los campesinos. Nosotfos en primer lugar corrimos á ver a los jefes al cargo de operaciones y los elementos de guerra. El primero Esteban Diaz, se habia eclipsado, Piñeiro, descubierto, estaba perseguido. Lazo de la Vega, aterrado, se presentó al gobierno. José de los Angeles Morilla, moria de una fiebre al despecho del fracaso y Federico Zenea nos dió por respuesta que esperaba las órdenes de la Junta que le habia prohibido moverse. Tratamos de persuadirle a la desobediencia en aquel caso supremo. Siendo negativos nuestros esfuerzos nos dirigimos á los campos cercanos á llamar á los patriotas al levantamiento. Nuestros ruegos fueron vanos... (448)

Como se ve, el plan de invasión de López no estaba constituído por un simple esfuerzo invasor con los elementos de guerra reunidos en los Estados Undos, sino que, además, estaba relacionado con una sublevación que debía tener lugar en las jurisdicciones de La Habana y de Matanzas, con jefes reconocidos, depósitos de armas, colaboración de militares españoles, de la guarnición, arresto de las principales autoridades coloniales, etc., al mismo tiempo que en la Vuelta Abajo, donde se efectuaría el desembarco, se sublevaban Pío José Díaz, Bartolomé Blanco, Miguel Cantos, quienes habían ofrecido hacerlo así y recibieron órdenes directas para que lo hicieran, órdenes que no obedecieron aduciendo diversos pretextos, aunque quien se las daba, que era

P. F. de Gournay, estaba expresamente autorizado por Narciso López para exigir el inicio de las hostilidades. No fué impulsivo López, como pretende Sanguily, quien tan irreflexivamente y con tan pocos elementos de juicio le calificó como tal, sino bien reflexivo, al organizar todo este movimiento que iba desde lo que nunca pensó un jefe revolucionario cubano es decir, el golpe de mano contra los gobernantes coloniales y el alzamiento en la propia capital, hasta la revolución entre los guajiros. Aunque mucho nos duela como cubanos, la verdad es que los conspiradores de Cuba, principalmente los jefes, no cumplieron sus compromisos más solemnes y se inhibieron cuando no traicionaron al caudillo que había confiado en sus promesas. El desembarco en la Vuelta Abajo era, pues, cosa convenida y parte de un plan vasto y bien coordinado.

Los irresolutos, los pusilámines y los flojos de voluntad, los mismos que en anteriores ocasiones tampoco habían cumplido con su deber, después encontrarían y expondrían mil excusas para justificarse. A ciertos historiadores les fué más fácil conformarse con esas excusas para condenar a López, que ir al fondo de las cosas con la investigación adecuada, hasta agotar la materia.

Por otra parte, asimismo es de justicia hacer constar que el retraimiento y la inhibición a última hora también tuvieron mucho que ver con la actitud condenatoria de la Expedición de la Vuelta Abajo, adoptada por el gobierno de los Estados Unidos y que, para muchos, venía a significar que con el *Pampero* ocurriría lo mismo que con el *Cleopatra*, meses atrás, cuando fué interceptado el buque y arrestados y procesados los tripulantes y los expedicionarios. Ante la inseguridad de la llegada de López era bastante arriesgado lanzarse a la lucha. A fin de cuentas, en tres años, de 1848 a 1851, López no había logrado sino una sola vez, cuando la toma de Cárdenas, substraerse a la persecución de los agentes federales, mientras que en otras tres ocasiones, en Cat Island, en Round Island y con el *Cleopatra*, había sido detenido por orden del gobierno de Wáshington, sin que se le permitiese emprender viaje, con el consiguiente fracaso de todos los preparativos hechos en Cuba.

Schlesinger ha dejado un relato del estado de cosas que encontró en Nueva Orleans, cuando llegó a esa ciudad el 28 de julio de 1851, pocos días antes de la salida de la expedición, y ahora vamos a reproducirlo aquí. Dice él:

...Encontré al viejo caudillo en un estado de vehemente impaciencia, irritado con la demora como un león enjaulado. Había pretendido marchar a Cuba antes de que la expedición estuviese preparada, con sólo unos cuantos de sus amigos cubanos, quienes también habían querido ir de esa manera, en un rápido barquichuelo que les dejase en la costa, en un paraje desde el cual les fuese posible incorporarse a los grupos de patriotas. No fué sin dificultad que se le convenció por sus amigos, (en cuyas manos estaban todos los medios de que él disponía para obrar), de que pospusiese este propósito y esperase un poco más, hasta que se completasen los planes que ellos estaban activando con la rapidez que les era posible. Era todavía huésped del agradable y hospitalario hogar del Hon. Laurence J. Sigur, director del *Delta* y senador en la legislatura del Estado, un caballero de talento superior, cumplidísimo, de noble corazón, de honor intachable y de generosa cordialidad de sentimientos. El general me mostró mucha de su correspondencia con la Isla. Expresaba gran ansiedad por su llegada, de parte de la población criolla. Su sola presencia para encabezar la insurrección, que entonces se haría general, era todo lo que pedían: su presencia y el envío de armas, de las que estaban totalmente desprovistos. Las sublevaciones hechas estaban descritas con vivos colores en algunas de las comunicaciones que le fueron enviadas, por corresponsales de indiscutible sinceridad. El general seguía el curso de la revolución con mucha ansiedad, temiendo que los patriotas serían exterminados antes que él pudiese llegar, aunque al mismo tiempo él veía que se le facilitaba mucho, de esa manera, el poder salir con una expedición de socorro desde cualquier punto de los Estados Unidos y, especialmente, de Nueva Orleans. Podía hacerlo ahora contando con propaganda, respaldado como estaba por un sentimiento público tan intenso y general que no permitía que se probase fortuna sin aprovecharse de esa ventaja, al mismo tiempo que ante la urgencia de la ocasión no se sentía ahora compelido a demorar su llegada a la Isla haciendo arreglos para organizar su expedición en cualquier lugar fuera de las aguas jurisdiccionales de los Estados Unidos. ¡Una preparación rápida y entonces, tan directo a Cuba como fuese posible! Esa era ahora, la orden del día... (448) (Traducción de H. P. V.)

Como se ve por el relato de Schlesinger, las excitaciones que desde Cuba hacían a Narciso López y algunas de las cuales es posible que fuesen redactadas por el espionaje español, al usar la clave cuyo secreto había sido descifrado, le decían que debía ir cuanto antes a Cuba y que su llegada era indispensable. Expulsado de Cuba el agente Muñoz Castro, y refugiado en Nueva York el Lcdo. Rodríguez de Mena sin siquiera rendir cuenta a López del destino dado a la clave secreta, cosa ésta de la que infructuosamente se quejaba el caudillo en una carta a Rodríguez de Mena, que ya hemos citado, Narciso López no tenía otros medios de averiguar la realidad de lo que estaba ocurriendo en

Cuba y tenía que conformarse con las noticias que recibía y que enseñó a Schlesinger, y con las informaciones exageradas o falseadas que se publicaban en esos días. Si decidía esperar por más tiempo en los Estados Unidos, la demora podía culminar en la destrucción de todos los centros revolucionarios de Cuba y sería difícil, casi imposible, lograr que pronto reviviesen. Si se lanzaba a la prometida invasión, todavía podía alcanzar la victoria y la independencia de Cuba, siempre y cuando que cumpliesen sus compromisos los conspiradores de la Isla, que los invasores se portasen a la altura de su misión y que no tardase en llegar la expedición de refuerzo, cuya base estaba en St. John, Estado de la Florida.

Mientras los emigrados de Nueva York le reclamaban la entrega de recursos para otra expedición y prácticamente agotados los obtenibles en Nueva Orleans, López no podía contar sino con el vapor *Pampero*, de setecientas toneladas de desplazamiento, dedicado que había estado al tráfico de cabotaje entre Galveston y Nueva Orleans, barco al que se le atribuía un rápido andar y que había sido adquirido por Sigur, sacrificando su fortuna, para ponerlo a disposición de Narciso López.

Añade Schlesinger, textualmente, lo que sigue:

...El plan del general López, al salir de Nueva Orleans, no era el de seguir inmediatamente para Cuba en las condiciones en que estábamos. Su propósito era el de hacer rumbo a las cercanías del río St. John, en la Florida, para tomar a bordo más expedicionarios, entre ellos varios de sus principales amigos cubanos, quienes allí le esperaban, y además un buen cargamento de artillería, municiones, rifles, armas de repuesto para los cubanos, etc., etc., que había depositado allí. Hecho esto, se proponía desembarcar en el Departamento Central de la Isla (450), donde ya habían sido aplastados varios levantamientos parciales, donde el gobierno era menos fuerte que en las proximidades de La Habana, comarca ésta en la que las tropas podían ser inmediatamente lanzadas sobre los invasores, y donde la población era más densa y estaba mejor mejor dispuesta para sumarse rápidamente a la revolución, que en ninguna otra parte de la Isla. Si este plan hubiese podido ser llevado a efecto, creo firmemente que la bandera de Cuba estaría ahora flotando victoriosa sobre los bastiones del Morro... (451) (Traducción de H. P .V.)

Dice Schlesinger por su cuenta que el *Pampero* iba directamente para St. John, Fla., para recoger a los expedicionarios y el equipo allí reunidos; pero que, ante el enorme consumo de car-

bón que hacía el buque, se decidió tocar en Cayo Hueso y allí se cambió el plan de la invasión ante las noticias recibidas. El lector sabe, sin embargo, que Villaverde había sido enviado a St. John para que dirigiese los preparativos del segundo contingente invasor, que sería recogido por el *Pampero* al hacer un nuevo viaje, y el propio Schlesinger es quien nos dice que, al salir la expedición de Nueva Orleans, se había hecho preciso aligerar el buque, congestionado de voluntarios y sobrecargado, y hasta fué necesario apelar a la fuerza para obligar a desembarcar a los que no cabían a bordo y ponían en peligro el buen éxito de la navegación. Al ser esto así, como él mismo lo dice, ¿cómo habría sido posible que el *Pampero* hubiese seguido a St. John, en su primer viaje, para hacer allí lo que no había hecho en Nueva Orleans en cuanto a más combatientes, artillería, rifles y municiones? Además, al principio de su narración Schlesinger declara que a los expedicionarios no les preocupó que cuando todavía el *Pampero* estaba anclado en el Missisippi, les pasase por el lado el viejo y lento vapor *Cincinnati*, rumbo a La Habana, fletado por el cónsul Laborde para que llevase al Capitán General Concha la noticia de la salida de la expedición. Según él, al segundo día de navegación lo pasaron en pleno Golfo de México y cuando el *Cincinnati* llegó a La Habana sus noticias eran fiambre y hasta se había librado la batalla de Las Pozas. ¿Habría sido, así, sin embargo, si el *Pampero* hubiese ido, en su primer viaje, hasta el río St. John, Fla., cerca de la línea divisoria con Georgia? ¿Habría él estado tan tranquilo ante las noticias que llevaba el *Cincinati* si, en efecto, el *Pampero* hubiese tenido que ir primero a St. John, Fla., y luego a Cuba?

Como puede juzgar el lector por lo que dejamos dicho, la escala en Cayo Hueso era decisiva y parte del plan de invasión de López para allí recibir las últimas noticias procedentes de Cuba y con las cuales decidiría el punto para su desembarco. Vuelta Abajo siempre había sido una de sus regiones favoritas para la invasión, como el propio Concha lo sabía y allí era donde había hecho sus principales preparativos para resistir y contra atacar. Al llegar a Cayo Hueso era que López seguía viaje a Cuba; pero sin que pudiese arriesgarse a perder el tiempo precioso que habría consumido en el recorrido hasta St. John y regreso.

No entraba en los cálculos de Narciso López el ofrecer batalla en seguida a las tropas españolas, una vez en Cuba. Su experiencia militar y el conocimiento que tenía del terreno en la Vuelta Abajo y de las realidades nacionales cubanas bajo el despotismo colonial, le aconsejaban internarse con la mayor rapidez posible en la región montañosa de la Vuelta Abajo, preferentemente en las lomas del Cuzco, por largos años guarida segura de los negros cimarrones "apalencados" y en donde se lisonjeaba con la esperanza de que tendría una buena base de operaciones hasta que se produjese la sublevación general con que contaba, o la deserción entre los soldados del coloniaje, o la llegada de los refuerzos prometidos.

Cierto que cometió imprudencias, algunas de ellas costosas, en el desenvolvimiento de ese plan; pero no pocas de esas imprudencias fueron el resultado de la confianza que había depositado en gentes timoratas, irresolutas y hasta desleales, y se convirtieron en decisivas por la concentración militar llevada a cabo por Concha, basada en lo que ya sabía del presunto destino de la expedición, y en la colaboración eficaz del gobierno del Presidente Fillmore para acabar con aquel pertinaz combatiente por la independencia de Cuba, a quien los anexionistas consideraban como un obstáculo para la incorporación de la Isla a los Estados Unidos, como así lo era, en efecto.

¿Qué otros planes llevaba Narciso López a Cuba, en 1851, cuando iba a frente de una expedición en la que casi la mitad de sus efectivos eran, o cubanos, o europeos, es decir, no norteamericanos, y en la que los mandos habían sido distribuídos de modo que siempre su autoridad militar y política hubiese contado con leales apoyos?

Para Sanguily y sus seguidores, Narciso López en 1851 era "declarado anexionista" y lo había sido así desde 1850, a pesar de todas las declaraciones suyas que en esta obra hemos reproducido y que señalan el establecimiento de la República de Cuba, la organización del gobierno republicano y hasta los posibles gobernantes, sin excluir al presidente de la República. Las fuentes en que se basa Sanguily para sus asertos son, o españolas, como Sedano, Torrente, etc., o de los cubanos anexionistas quienes nunca colaboraron en las empresas revolucionarias de López y antes bien, las obstaculizaron y combatieron, o en dos proclamas que él llegó a conocer, la de 1850, en inglés, dirigida a los norteamericanos de la invasión de Cárdenas, y la de 1851, dedicada a "Habitantes de la isla de Cuba". De esta última decía Sanguily,

en 1894, que era rarísima y que el ejemplar que él tenía a la vista era de Rodolfo Guzmán, a lo cual agregaba: "A no ser el Sr. Cirilo Villaverde no se quien pueda tener otro." (452) Efectivamente, Cirilo Vilaverde lo tenía y en esta obra lo publicamos en facsímil, entre las ilustraciones, y ahora vamos a transcribirlo integramente y a comentarlo.

Debemos comenzar por señalar, cosa que el lector puede por sí mismo comprobar, que el escudo de Cuba que encabeza esa proclama es el mismo que aparece en las otras proclamas de López, desde 1849, y en los bonos impresos y en la patente de corso, anteriores a 1851. Ni uno solo de esos documentos lleva la bandera definitiva de Narciso López, o sea, la actual bandera de Cuba, que no había sido ideada y confeccionada cundo se hizo el grabado utilizado en todos ellos y que hace años regalamos al Museo Nacional de Cuba. La proclama, además, no representaba compromiso alguno para la República de Cuba cuyo establecimiento era el verdadero anhelo de López, Villaverde y el propio Betancourt Cisneros, como ya hemos hecho notar con sus comentarios después de haberse firmado los ejemplares de la Constitución de lá República de Cuba, semanas antes de la partida del *Pampero*.

He aquí el texto de la proclama que para Sanguily venía a ser prueba decisiva de que en 1851, López era "anexionista".

> ...Ha llegado el momento en que merced á la Providencia Divina salgais de la objecta (sic) condicion de colonos, para ejercer como hombres libres el imprescriptible derecho que todos los pueblos tienen de gobernarse á sí mismos, y labrarse su propio felicidad. Pasó ya el tiempo en que Cuba ignorante y débil, pudo sobrellevar la dependencia del gobierno despótico y corrompido de España: los pueblos adquieren mas nobles necesidades políticas y morales, á medida que su civilización adelanta; y Cuba que á despecho de sus tiranos ha logrado civilizarse y robustecerse á los rayos del Sol de la libertad que tan cerca de ella alumbra los destinos de la gran nacion Norte Americana, no puede ya soportar la cadena cada vez mas pesada de injusticias y de crímenes con que la agovia (sic) su desmoralizada Metrópoli. Cuba conoce ya sus derechos: quiere, puede y debe ser libre; y lo será á pesar de cuantos se empeñen en oponerse.
>
> Sí, lo será· yo os lo juro, Cubanos. Humilde, pero confiado instrumento de la Providencia y del patriotismo cubano, para realizar tan heróica empresa y noblemente apoyado por patriotas dignos de Cuba y de nuestra mision libertadora, he meditado profundamente sobre mi encargo, y no es una esperanza falaz la que me anima. Vosotros todos sabeis que hace ya mucho tiempo pudiera haberse ya desplegado triunfante la bandera de nuestra regeneracion política. Empero nuestros planes que aun no estaban sazonados, fueron descubiertos; y antes que aventurar la causa de Cuba á los azares de una revolucion, sin la seguridad de un éxito pronto y dichoso, preferí ausentarme momentáneamente de su seno, con el fin tambien de preparar mejor nuestros recursos esteriores. Organizados estos, me habeis visto hace poco á la vanguardia de mis valientes compañeros, apoderarme como por encanto de Cárdenas; y si causas superiores á la voluntad y á la prevision del hombre, impidieron entónces cojer el fruto de tan fausto suceso, no por eso desmayó nuestro entusiasmo ni desistimos de nuestro propósito. La libertad de un pueblo es empresa demasiado grande para que los que se consagran á la noble mision de conquistarla hayan de abatirse por contradicciones de que ni siquiera estan exentos los negocios humanos menos importantes; y hoy me presento de nuevo en las playas de la oprimida patria cumplidos todos mis deseos de la manera mas satisfactoria, en lo que reconozco que la mano de la Providencia Divina se tiende hacia nosotros para elevarnos á la defensa de tan Santa y gloriosa causa. A la cabeza de sobrada fuerza para sacar en triunfo la bandera de Cuba contra todo el poder de sus enemigos vuelvo á dar la señal que tan impacientemente habeis esperado; y ademas dejo preparados y resueltos á acudir inmediatamente al apoyo de nuestra revolucion, cuerpos auxiliares numerosos, con gefes gloriosamente conocidos en el mundo civilizado por su valor y pericia.
>
> CUBANOS! Tres siglos y medio de iniquidad y de tirania dicen mejor que yo las causas de nuestro levantamiento. ¿Habrá uno solo de vosotros que no comprenda la degradecion en que vive? ¿Ignora uno sólo que cuando los gobiernos mas absolutos reconocen ya los derechos políticos de los pueblos, únicamente Cuba se halla despojada de todos los suyos? ¿Hay quien no sepa que siendo Cuba el pueblo de la tierra mas gravado de contribuciones no sirven estas mas que para remachar sus cadenas y alimentar la disolucion de la Corte de España? ¿Se oculta a nadie que su propiedad, su vida y hasta su honor y de sus familias, estan á la merced de un gobernante omnimodo, y de sus subalternos, que no tienen mas móvil que la rapiña ni mas ley que su capricho? ¿Desconoce ninguno que el llamado Gobierno de Cuba, á trueque de hartar su voracidad insaciable, y á despecho de la voluntad del pais, viola los mas sagrados compromisos de su nacion y precipita la Isla hácia su ruina y inevitable? Ese mismo gobierno, ó sus agentes, ¿no han pregonado con escándalo á la faz del mundo civilizado, que desolará la isla de Cuba, antes que consentir en verla libre y dichosa en poder de sus hermanos y de sus mismos hijos? ¿Qué esperanza le queda á Cuba miéntras la gobiernen esos tigres?
>
> Propietarios, á quienes ninguna ley asegura el dominio de vuestros bienes contra la arbitrariedad y la codicia de un gobernante; labradores, que derramais todo el año vuestro sudor, para que os robe vuestro fruto un Diezmo vejaminoso; artesanos que no ganais un pan con vuestro oficio, sin que os lo disfrute el último Comisario de Barrio; padres de familias, que no podeis educar, ni establecer á vuestros hijos porque

para ellos no hay profesion lícita en Cuba; vosotros todos, ricos y pobres, que no dormis seguros contra la alevosía de un delator, ni podeis siquiera salir de las puertas de vuestras casas, si no pagais la LICENCIA, como el mas vil de vuestros esclavos; habitantes, en fin, de la Isla, ¿Habrá uno solo de vosotros, que lleno de noble indignacion, no se presente al llamamiento de Cuba aparejado para el combate? ¿Y que ocasion pudo ofrecerse mas propicia? La corrupcion de los Gabinetes y el progreso de las luces, han disipado entre los Españoles Peninsulares las rancias ideas de devocion al Rey y á la Monarquia Tronos que parecian los mas firmes han caido ó titubeado hasta sus cimientos, al embate de las convulsiones populares: las Monarquías Europeas, desalentadas todas, desmayan en sus proyectos de influir en los gobiernos de América. Por el contrario el Coloso del Nuevo Mundo, la República de los Estados Unidos grande y poderosa porque descansa en la libertad del género humano, presenta el espectáculo del único gobierno cuyo porvenir está libre de los azares de una revolución. A su seguridad y bienestar interesa nuestra independencia y la libertad de nuestras instituciones; suceso nuevo, importante y grave, que debe decidir nuestro destino. De sus vecinas playas acudirán á millares, desde los primeros instantes de vida de nuestra naciente República, ciudadanos Anglo-americanos que ayudándonos á romper las cadenas, compartan con nosotros aquel amor á la libertad que arredra á los tiranos, que consolida el sosiego y la felicidad de los pueblos y que ha elevado su Nacion á la cumbre resplandeciente de gloria, desde donde vela y dirije la marcha sublime de la humanidad.

CUBANOS:—El 19 de mayo de 1850 no ha sido perdido para Cuba. Vosotros todos habeis visto en aquel dia solemne el terror de vuestros opresores, la ineptitud de sus gobernantes y gefes militares y la importancia de sus recursos, á pesar de un vano alarde de fuerzas de que ellos mismos mas que nadie desconfiaban. La toma de una poblacion como Cárdenas, por un puñado de valientes, casi á los tiros de las fortalezas de la Habana, donde ya no se consideraban seguras las Omnímodas Autoridades, y las consecuencias de aquel hecho importante, deben haberos dado á conocer que el gobierno despótico de Cuba no cuenta en ella con mas apoyo que su ejército; pero el soldado Español, víctima tambien de una opresion insufrible, en vez de esgrimir sus armas para despedazar á sus hermanos, las ofrecerá á su patria adoptiva, donde despues hallará los goces pacíficos y honrados del Ciudadano. Una prueba de esta verdad teneis en los dignos y generosos soldados de la guarnicion de Cárdenas, que hollando las insignias innobles del despotismo, tomaron lugar en nuestras filas, y en ellas vuelven ohora (sic) para combatir entusiástas á mi lado en defensa de la Justicia y de la Libertad.

Libertad y Justicia! Tales son los bienes supremos á que aspira Cuba y á que se encaminan mis esfuerzos y los de mis valientes compañeros. Con la Libertad y la Justicia por guia derrocaremos al despotismo; fundaremos el órden público; respetaremos y defenderemos las propiedades todas, tales cuales existen actualmente; y concurriremos por último á establecer la forma de gobierno Republicano que mejor se adapte á nuestras necesidades. Esta mision tan benéfica como gloriosa será cumplida. El poder caduco de nuestros tiranos desconcertados, no posee elementos que puedan contrarrestar el alzamiento magestuoso y terrible de un pueblo que jura ser libre, independiente y soberano: ni fió jamas pueblo alguno con mas fundamento en aquella verdad grato (sic) á los oprimidos, —que el Dios de los ejércitos levanta auxiliares á los que combaten por la justicia y el bienestar de sus semejantes.

Mas no se entiende por esto que proclamamos una guerra de venganza y de esterminio, Cuba generosa, olvida sus agravios; vuelve la espalda á lo pasado, y llena de fé y de esperanzas, entra en la nueva vida que el porvenir le promete. Para ella no hay distinciones de españoles y criollos, de nacionales y estrangeros: á todos llama con la misma confianza para luchar por la libertad contra el enemigo comun, que es el gobierno despótico; pues para ella son cubanos todos los hombres honrados y laboriosos, para todos hay lugar en su seno, y á todos invita con sus tesoros.

Habitantes de Cuba! la Patria os llama por mi voz. La ocasión es propicia: el enemigo, impotente; el éxito seguro; la gloria imperecedera. Un solo esfuerzo y caerán convertidas en polvo vuestras cadenas! Venid á mi lado á sostener la bandera de la libertad, y la estrella de Cuba, que brilla en esa bandera, se alzará bella y refulgente, ya sea para resplandecer con gloria independiente y eterna, ya sea para agregar su luz, si asi lo determina el pueblo soberano, á la espléndida Constelación Norte Americana, á donde parece encaminarla su destino. (f) NARCISO LOPEZ.

Este es el texto verdadero de la proclama de 1851, que tiene ligerísimas diferencias con el publicado por Sanguily cuando lo consideró como probablemente el único ejemplar existente de dicho documento, con la salvedad de que sólo Cirilo Villaverde pudiera tener otro, como era verdad, pues el que acabamos de transcribir y que figura en facsímil entre las ilustraciones de esta obra, procede del *Archivo Vilaverde*, adquirido por nosotros hace muchos años.

Entremos ahora a considerar las afirmaciones de Sanguily, en 1894, basadas en esta proclama, y luego repetidas hasta hoy por historiadores improvisados, cuando no cegados por sus prejuicios y por el apasionamiento. Es de todo punto adecuado que lo hagamos aquí, en este epígrafe, por cuanto el tema tiene que ver con los planes de Narciso López al llevar a cabo la invasión de Cuba, en 1851.

Lo que escandaliza a Sanguily y le lleva a decir que Narciso López"... ya en 1850 era anexionista", es la parte final de

la proclama, cuando señala lo referente a que los habitantes de Cuba fuesen al lado del caudillo "...A SOSTENER LA BANDERA DE LA LIBERTAD, Y LA ESTRELLA DE CUBA, QUE BRILLA EN ESA BANDERA, SE ALZARA BELLA Y REFULGENTE, YA SEA PARA RESPLANDECER CON GLORIA INDEPENDIENTE Y ETERNA, YA SEA PARA AGREGAR SU LUZ, SI ASI LO DETERMINA EL PUEBLO SOBERANO, A LA ESPLENDIDA CONSTELACION NORTE AMERICANA, A DONDE PARECE ENCAMINARLA SU DESTINO".

En realidad, sin embargo, como fácilmente se echa de ver, López no se pronunciaba en favor de la anexión con esas palabras que hemos destacado con mayúsculas, por nuestra cuenta. Para que se hubiese efectuado la incorporación de Cuba a los Estados Unidos, en el dilema que formulaba el jefe de la Revolución Cubana, era preciso que así lo determinase "el pueblo soberano", es decir, que lo quisiesen los cubanos, que eran los únicos que decidían lo que sería Cuba, al separarse de España, aunque ya él colocaba en el primer término del dilema el que era grato a su corazón, la solución que era afín a su nacimiento, a las experiencias que había vivido y a las reiteradas declaraciones que había hecho, la que él enunciaba como la aspiración que le animaba al decir "...YA SEA PARA RESPLANDECER CON GLORIA INDEPENDIENTE Y ETERNA" o, más concretamente, como nación independiente, con su estrella aparte. Este no es razonamiento forzado y sin conexión con el resto de la proclama, porque en el antepenúltimo párrafo de ese mismo documento está la promesa de que "...CONCURRIREMOS POR ULTIMO A ESTABLECER LA FORMA DE GOBIERNO REPUBLICANO QUE MEJOR SE ADAPTE A NUESTRAS NECESIDADES".

En todo, pues, está la declaración de que "el pueblo soberano" sería el que decidiría la cuestión, que es algo completamente distinto de lo que Céspedes y sus compañeros de Bayamo, en 1868, y Agramonte y los camagüeyanos, en 1869, habían suscrito con sus firmas al pedir la anexión Cuba a los gobernantes de los Estados Unidos sin contar con "el pueblo soberano", y a nadie se le ha ocurrido la aberración de condenar a Céspedes, Figueredo, Agramonte, Cisneros Betancourt, etc., como anexionistas, sino que son, con toda justicia, de los más nobles patriotas

cubanos de todas las épocas. ¿Acaso pudo creer Sanguily, en 1894, o los que se cobijan bajo su equivocado juicio acerca de los revolucionarios cubanos de 1851, que "el pueblo soberano" iba a escoger la anexión, que era lo que deseaban los elementos esclavistas de entonces?

Hay más, sin embargo. No podemos limitarnos al contenido de una y hasta de dos proclamas, para aceptar la injusta condenación lanzada por Sanguily en 1894 y que con esos razonamientos queda refutada. Hay otros elementos de juicio que tener en cuenta. Vidal Morales, quien tuvo a su alcance muchos de ellos y, como Sanguily, en cartas que poseemos, también pidió a Cirilo Vilaverde que le ilustrase acerca de los hombres, los acontecimientos y los objetivos políticos de Cuba, de 1848 a 1851, no se decidió a romper lanzas en defensa de Narciso López y sus amigos, diferenciados de los anexionistas de la época. En su irresolución, salió del paso lavándose las manos y diciendo: *Ai posteri l'ardua sentenza!* [453], con los versos de Manzoni.

La posteridad debe ahora resolver la cuestión y pronunciar la difícil sentencia, que no habría sido tan difícil hace medio siglo o tres cuartos de siglo, si se hubiese hecho investigación histórica antes de proceder, con apasionamiento, o con ligereza, a dar por probada lo que había que demostrar. Además de lo que dejamos dicho en torno a la extensa proclama de 1851, que acabamos de transcribir, hay que tener en cuenta el contenido de la proclama de 1850, llevada a Cárdenas, impresa y que tenía el encabezamiento de "Narciso López, jefe de las fuerzas cubanas", proclama que publicamos en facsímil y rubricada por el propio caudillo revolucionario, de su mano, entre las ilustraciones del segundo volumen de esta obra. Esa proclama es de organización constitucional y fué utilizada también en la invasión de 1851, como se hizo notar en un extenso trabajo que la revista *Cuba y América* dedicó a las expediciones de Narciso López hace cerca de cincuenta años, cuando Sanguily vivía [454]. Además, y esto es lo más interesante, ya la había publicado Juan Arnao, en 1877, en un libro que antecede en diez y siete años al trabajo de Sanguily en que se condena a Narciso López como anexionista y que figura en la bibliografía citada por Sanguily en dicho estudio, por lo que hay que llegar a la conclusión de que, o el ilustre historiador no leyó con detenimiento la obra de Arnao, contemporáneo éste de los sucesos de 1851 y hasta actor en ellos, o decidió pasarla por alto,

como si para él no tuviesen importancia otros pronunciamientos que los que pudiesen de alguna manera reforzar su tesis.

En 1850 y de nuevo 1851 Narciso López decía lo que sigue en cuanto a los planes que tenía para Cuba:

NARCISO LOPEZ, JEFE DE LAS FUERZAS CUBANAS:

CUBANOS: vamos á apresurar el dia en que la patria libre é independiente tome el puesto que le corresponde entre las potencias de la tierra por sus naturales derechos y por su actual importancia y población, ese dia, que ya seria ignominioso retardar, y desde el cual podremos ostentar con orgullo en el universo entero un nombre glorioso y nacional. Los compatriotas y los amigos vuestros que me acompañan y que me obedecerán hasta llegar á él, traen como yo la firme resolucion de morir o conquistarlo. Esta es la mejor respuesta que puedo dar á vustro llamamiento, y el homenage que merece vuestro patriotismo.

ESPAÑOLES Y CANARIOS, que asi en trage de soldados como sin él, sois nuestros hermanos; pero que el opresivo gobierno de Madrid y sus agentes quieren haceros nuestros enemigos á fuerza de invenciones calumniosas, para mejor sujetarnos y esplotarnos á todos· contemplad la justicia de nuestra causa, y unidos como hermanos y oprimidos, destruyamos para siempre la tirania en este bello suelo que nos es tan querido, y alcancemos la gloria de aquel dia.

HOMBRE DE TODAS LAS NACIONES que vivis bajo el cielo de Cuba: no lamenteis mas la esclavitud de sus hijos; se sabran hacer libres y se haran dignos de la libertad; apoyad sus esfuerzos y ellos on bendeciran, y la gran causa de la humanidad os quedará tambien reconocida.

Tanta gloria, tanto bien, no se adquieren sin grandes sacrificios; voluntad fuerte y ciega decision para ejecutarlos. La salud de la patria debe ser nuestro norte y nuestra ley suprema, y en tan solemnes momentos, ciudadanos, ella os demanda que cumplais con las obligaciones que á su nombre os impongo en los artículos siguientes:

Articulo 1º—Desde la edad de quince años hasta la de cuarenta, todo cubano tiene la obligacion de reunirse al Ejercito Libertador sin perder un instante, llevando consigo las armas que tenga y pueda adquirir.

Art. 2º—Los demas cubanos deben tambien armarse y adoptar una organización especial para cuidar de la conservacion del orden público, de niños, mugeres y ancianos, cuyas vidas y seguridad se encomiendan al honor de todos los habitantes del pais, asi en las poblaciones como en los campos.

Art. 3º—Los estranjeros pueden tambien armarse asociarse y reunirse con toda libertad para cooperar á la conservacion del órden público y protejer sus propiedades y familias en comun con los demas habitantes.

Art. 4º—En las plazas principales de las poblaciones, se enarbolará la bandera de la independencia y nacionalidad cubana, y todos los amantes de esa bandera deberan usar la escarapela tricolor, para reconocerse entre sí y ser reconocidos como hermanos por el ejército que la sostiene.

Art. 5º—Tan luego como sea conveniente y practicable, constituiré un Gobierno Provisional y daré publicidad á una Constitucion, tambien provisional, que hará de ley suprema, hasta tanto que libres los pueblos de esta isla, puedan ellos convocar una Asamblea Constituyente que organice definitivamente el gobierno y constitucion que les convenga.

Dado en el Cuartel general de (f) NARCISO LOPEZ (rubricado de su mano el documento. N. del A.)

Sanguily no se cuidó de tomar en consideración esta proclama de 1850-1851, es decir, del período en que, según él, Narciso López era anexionista declarado. Tras él siguieron los imitadores y los improvisados; pero cualquiera que lea esa proclama, de cuya autenticidad no puede haber dudas, ya que publicada por Arnao en 1877 y reimpresa por *Cuba y América* en 1912, en nuestro poder hay una de ellas rubricada personalmente por López, tiene que convenir en que ni los patriotas de 1868-1878, ni Martí, Gómez y Maceo, en 1895, pudieran encontrarle una sola alusión anexionista. Por el contrario, toda ella es de afirmación de soberanía, de establecimento de una nación independiente entre las potencias de la Tierra, de promesa de la República de Cuba, con una estructura democrática, y de confirmación de que los cubanos tendrían como tales un nombre nacional.

Hay más que decir en torno a los planes de López en cuanto a Cuba. En la proclama que antecede, en su artículo quinto, López alude a que constituirá "...un Gobierno Provisional y daré publicidad á una Constitución, también provisional, que hará de ley suprema..." ¿Qué decía esa constitución provisional? El lector de esta obra conoce su texto inicial por aparecer reproducida en la nota No. 392 del segundo volumen (pp. 474-476), tomada del folleto original que se conserva en la Biblioteca Cubana del Sr. Paul G. Mendoza, quien adquirió las colecciones documentales y bibliográficas de Francisco de P. Coronado y Alvaro. Además, ese texto fué reproducido sin comentarios, porque no le convenía hacerlo así, por el anexionista cubano José Ignacio Rodríguez en su estudio sobre estas materias. (455) El lector podrá comprobar que una y muchas veces Narciso López, al dirigirse al pueblo

de Cuba, le promete la constitución de una "...República libre é independiente, con el nombre de República de Cuba", sin la más remota ni disimulada alusión a la anexión; antes bien, cuidando en todos y cada de sus artículos de especificar que se organiza una nueva nación, de plena soberanía, que era la República de Cuba, ante cuya Asamblea Constituyente cumpliría el caudillo su juramento "...de deponer mi espada y volver al nivel del simple ciudadano". Es posible que Sanguily pasase por alto la proclama totalmente republicana de 1850 1851, primeramente publicada por Arnao en 1877. Es admisible que no le diese importancia cuando la reprodujo *Cuba y América*, en 1912; pero, ¿es concebible que no leyese el texto inicial de la constitución de Narciso López, inserta entre los apéndices de la obra del anexionista Rodríguez? Si la leyó, ¿cómo fué que no rectificó su juicio infundado e injusto de 1894, por el cual acusó a López de que en 1850-1851 se proponía anexar a Cuba, a los Estados Unidos? El tema era de suprema importancia para la historia de Cuba, como se demuestra con el hecho de que la mayoría de los detractores de López se cobijan tras el dicho de Sanguily y cierran los ojos a toda prueba documental que mantenga la tesis opuesta, cegados por su apasionamiento y sus prejuicios.

Como sabe el lector de esta obra y así aparece en este volumen, el texto inicial de 1850 volvió a ser discutido y revisado, en 1851, en Nueva Orelans, hasta hacerlo definitivo. Esa labor la llevaron a cabo, como destaca Cirilo Villaverde en su *Diario*, Narciso López, Gaspar Betancourt Cisneros, Pedro de Agüero y el autor de *Cecilia Valdés*, en el mes de marzo de ese año.

Por la misma tesis de esta obra se hace imperativo que ahora repitamos aquí, como argumentos en cuanto a los propósitos de Narciso López frente a los errores de sus detractores, todo lo que tuvo lugar en las reuniones de Nueva Orleans, en relación con la constitución provisional, por completo republicana, que había sido preparada para Cuba. Anota Villaverde en su *Diario*, con fecha 10 de febrero de 1851.

> ...el Gral. me habló largamte. de sus ideas democráticas republicanas diciendo q. como esperaba q. la revoln. fuese de corta duracion no habria ambiciones creadas i q. le seria mas fácil matar el espiritu militar en Cuba, causa de todas las guerras civiles i de los males de la América del Sur, ps. q. él q. naturalmet. seria el caudillo de los militares, seria el primero, concluida la revolun. en devolver su despacho al Congreso si este queria comprárselo pr. lo q. valiese i de todos modos renunciar á toda pretension ó fuero como militar, dando asi el ejemplo de obediencia i acatando el poder civil único q. debe prevalecer en las Repúblicas, so pena de degenerar estas en monarquias o cosa peor...

Pocos días después hay otra conversación entre López y Villaverde, también acerca del futuro político de Cuba, y he aquí lo que aparece en el *Diario*, como anotación del sábado 15 de febrero de 1851:

> ...Despues de un rato de conversacion sobre materias diferentes é indiferentes empezamos á hablar sobre la revolcn, de Cuba i del modo de conducirla á mejor i mas pronto término. El Gral. tenia algunas dudas sobre la clase de Gobo. q. debia establecerse durante el periodo revolucionario, aunq. cree q. el peor q. pudiera establecerse era el de un congreso pr. el estilo del q. existió n los Estados Unidos cuando la guerra revoluca. (el Congreso Continental. N. del A.) por la diferencia de hombres i de tiempos i de circunstancias entre Cuba i las antiguas colonias anglosajones. Cree, pr. el contrario, q. un gobierno provisional, compuesto de 7 miembros, sacados de la clase pobre é ilustrada, seria de gran bien i proporcionaria la unidad con la energia i la pronta ejecucion q. piden las cosas de la revolucion i la guerra. Cree tambien q. el gefe de las fuerzas debe presidir este cuerpo, pa. q. el acuerdo i la unidad sean mas fuertes, i q. no tenga voz ni voto en el modo de conducir la guerra, sino q. su oficio sea administrar la hacienda, entenderse con los paises estrangeros i proveer a la gobernacion civil i judicial del pais mientras dure el conflicto. Sobre los nomtos. i los elegidos no han de ser de la aristocracia del dinero, ni de la sangre, sino hombres del pueblo conocidos por patriotas i de corazon recto i fuerte. Diciendole yo q. debia nombrarse un miembro de cada una de las grandes ciudades de Cuba, es decir, uno pr. Santiago, uno pr. Matanzas, uno pr. Trinidad, uno pr. P. Principe, uno pr. la Habana, etc., lo aprobó, pr. cuando le indiqué a La O Garcia (Francisco de la O García, N. del A.) por Matanzas, me replicó con calor; No, yo no quiero hombres tales, no quiero santones buenos unicamente, pa. guardarlos en nichos, quiero hombres del pueblo, hombres del dia, de revolución. Los hombres q. ejercen influencia pr. su riqueza, yo los cojeré asi (i apretó el puño), los esprimiré, les sacaré el jugo, los arrojaré bagazos. Le indiqué desps. á Agustin Rodriguez, de Matzs. también, i contestó: ¿ ya lo vé? ese si; si los guagiros vieran que lo elegian se alegrarian mucho, se alegrarian mas i todo saldrá bien..

Estos diálogos reveladores del pensamiento político de López, además de comprobar que aspiraba a la organización republicana de Cuba, y no a la anexión, le presentan como un pa-

triota y un estadista de altos quilates, resuelto a evitar que la Revolución Cubana fuese a desembocar en las frustraciones y los fracasos de las otras repúblicas hispanoamericanas. De ese mismo carácter fué otra conversación con Villaverde, el sábado 1º de marzo de 1851, en la que ambos habían estado discutiendo las luchas civiles de México, las cuales López, militar de toda su vida, achacaba al militarismo, y a ese respecto decía, y así lo hace constar Villaverde en su *Diario*:

> ...En Cuba no será así, yo seré el primero en renunciar á todo grado i no daré ninguno sino con muchísima parsimonia, i me armaré de toda mi fortaleza pa. no hacer dos capitanes, si no se necesita mas q. uno, ni tres si solo se necesitan dos, i cuando se acabe la guerra, haré cuanto esté en mi poder para q. todos los militares se manumitan, pa. lo cual se establecerá un fondo, i se dará á cada uno q. quiera manumitirse en dinero ó en tierras el valor ó capital q. representa su grado. No habrá pensiones de ninguna especie, gangrena de los estados...

Enfoque magistral éste, de López, sobre el aprovechamiento económico de los aspectos militares de una revolución libertadora, que es lástima que no hubiese sido el de los gobiernos republicanos, cuando se logró la independencia. Por otra parte, sus observaciones acerca del militarismo y la política tienen cada día mayor vigencia, porque cada golpe de estado de nuestra vida republicana ha ido acompañado por la más escandalosa profusión de ascensos y hasta creación de grados rimbombantes y que resultan ridículos en hombres que en su inmensa mayoría jamás han participado de una verdadera batalla y quienes, en no pocos casos, ni tienen la capacidad técnica para manejar cuerpos de ejércitos y se cubren de estrellas, entorchados, galones, condecoraciones, etc., cuando a lo sumo, muchos de ellos, no son sino políticos con uniformes de militares.

Pocos días después, llegado Betancourt Cisneros a Nueva Orleans, se encontró Villaverde con que también el patriota camagüeyano tenía sus ideas acerca de la constitución de la República de Cuba. La anotación del martes 4 de marzo de 1851, en el *Diario*, de Villaverde dice así:

> ...Por la mañana fui á ver a Bett... i me leyó algs. apuntaciones ú observaciones q. habia habia hecho al borrador de la Constitucion provisional q. el Gral. habia estendido pa. Cuba el año pasado. La idea de Bett. es q. ningun empleado ni autoridad del Gobo. español se separe de su puesto por virtud de nuestro mandato, ó nuestra amenaza, sino por virtud de propia deliberacion, logrando asi quitar todo motivo de queja fundada contra el nuevo Gobo. Esto se opone á las miras del Gral. quien teme que muchos picaros retendran el puesto ó la autoridad pa. poder hacernos daño. Bett. tiene tambien entre manos el proyecto de una constitucion i cree q. sobre esto ya otros han preparado trabajos...

Cuando Betancourt Cisneros aludía a que otros habían preparado trabajos sobre la constitución provisional de Cuba, que López tenía redactada desde el año anterior, se refería a su amigo Pedro de Agüero, quien estaba a punto de hacer defección y pasarse al coloniaje. En efecto, la anotación del *Diario*, de Villaverde, correspondiente al lunes 17 de marzo de 1851, ya dice:

> ...Agüero i Betancourt quedaron en reunirse mañana en el cuarto del Gral. pa. enmendar y redactar la constitucion provisional q. se ha de dar á su llegada.

¿Cómo se preparó el texto constitucional definitivo, en la reunión del 18 de marzo? Villaverde nos lo dice en su *Diario* con el siguiente relato:

> ...Despues entraron Agüero y Bett. que venian citados por el Gral. para reformar la Constin. Povl. que él habia preparado el año pasado para Cuba, i q. no llegó á publicar por haberse demorado poco en Cárdenas. El Gral., B (Betancourt), A(güero) i yo bajamos á la sala de abajo, i en un poco mas de dos horas discutimos, reformamos é hicimos, se puede decir, una Constn. Provisional. Concluido el borrador, subimos i ya se habian ido todos los cubanos. Leyendo i ordenando los articulos, leimos delante de Sigur el q. hacia referencia al comercio, i por consejo de él se puso de la manera en que esta ahora: ("Art. 17º—Quedan abolidos desde ahora todos los derechos de importacion i esportacion; el derecho de alcabala; el papel sellado y timbrado; las licencias y pasaportes de tránsito". N. del A.), declarándose antes libres de dros. los artículos de esportacion y cargando un 20% ad valorem en los de importacion que estuviesen mas cargados por los aranceles españoles. En suma, se decretó el comercio libre. paso atrevido q. sin duda ganará á Cuba las simpatias del mundo comercial. En toda la tarde Bett. dictando i yo copiando pusimos en limpio la Constitucion Provisional. Los articulos q. hacen referencia al Gefe del ejército son redaccion del Gral. i por su insistencia se han puesto, lo mismo que todas las frases q. aluden á él, i q. le hacen mucho honor. Betanct., q. ha tomado gran parte en la redaccion, lo mismo q. el Gral. estan mui complacidos con la obra. Sin duda q. será la única en su clase en la historia de las colonias españolas i quizas del mundo...

Los artículos referentes al "jefe del Ejército Libertador", título que asumía Narciso López, a los que alude Villaverde en la cita que precede, son los relativos a que dependría su autoridad ante la Asamblea Constituyente y daría cuenta estricta a la misma acerca de su gestión, sin que para nada pudiera influir en sus deliberaciones y acuerdos, ya que era la representación de la soberanía del pueblo cubano.

Pocos días después, terminada la redacción de la "Constitución Provisional de la República de Cuba", Betancourt Cisneros iba a emprender viaje de regreso a Nueva York. El y Villaverde fueron juntos a tomar te en un café de la calle Canal en Nueva Orleans y allí y durante el camino hasta que se separaron en la calle Hevia, como anota el *Diario*, de Villaverde (domingo 23 de marzo de 1851):

> ...no dejamos de delirar con la libertad, engrandecimto. i felicidad de Cuba, ni de reirnos de los q. teniendonos por anexionistas furiosos, nos viesen salir con que haciamos mejor la independencia de Cuba. Qué chasco para los q. quisieron chafarnos combatiendo la anexion, q. en realidad no ha sido pa. nosotros mas q. un pretesto para cazar pájaros de muchas especies! Qué vergüenza i confusion pa. Saco que solo veia la independencia al traves de las imposibles concesiones de España...!

Semanas después era que Saco le escribía a Iznaga, desde Montpellier, y al tratar de lo que Iznaga le había dicho de que los patriotas de los Estados Unidos trabajaban por la independencia de Cuba, le había contestado con injusticia imperdonable que "...de todo se trata, menos de eso..." (456) Sanguily, en 1894, insistiría sobre lo mismo; pero como el lector habrá podido comprobar por sí mismo con los documentados razonamientos que acabamos de hacer y que en algunos casos repiten citas ya hechas con anterioridad; pero que era necesario reagrupar nuevamente, en 1850 y en 1851 Narciso López y sus amigos aspiraban a la independencia de Cuba y no a su anexión a los Estados Unidos: propósitos del general Narcso López, pues, eran los del establecimiento de la República de Cuba y cuando en algún documento pudo aparecer la solución anexionista como una remotísima y contingente posibilidad, junto a cien afirmaciones terminantes en favor de Cuba como nación libre y soberana entre las potencias de la Tierra, se había tratado de "...un pretesto para cazar pájaros de muchas especies", como había dicho Villaverde.

Pese a todas estas pruebas documentales, irrefutables, ha sido tal el cúmulo de patrañas acumuladas sobre Narciso López y sus empresas libertadoras, que pudiera ser que todavía hubiese quien continuase siguiendo la propaganda de los anexionistas, de los esclavistas y de los españolistas para presentar a López, el primer caudillo que de verdad tuvo la Revolución Cubana y el primero, también, que sacudió hasta sus cimientos al coloniaje y que impidió el triunfo de los planes de los anexionistas de Cuba, de los Estados Unidos y de España, como si hubiese sido partidario de la anexión que él hizo imposible al dar al pueblo cubano sentimiento de nacionalidad y orgullo de pelear y de sacrificarse por Cuba Libre.

2. El "Pampero" y su viaje hasta las Playitas del Morrillo.

El *Pampero*, comprado por Lawrence J. Sigur para que fuese utilizado en la última expedición de Narciso López, era un vapor que hacía la carrera entre Nueva Orleans, La., y Galveston, Tex., con viajes ocasionales a otros puertos del Golfo de México. No podía considerarsele, en realidad, como un buque de travesía, ya que con sólo ciento treinta y cinco pies de eslora, la cifra máxima de desplazamiento que se le atribuía era de setecientos toneladas. Dotado de poderosas máquinas, su andar era rápido y cuando Sigur lo compró le aseguraron que llegaba a hacer quince millas por hora, lo que probablemente exageraba algo su velocidad. Los organizadores de la expedición no pudieron examinar el buque hasta el 14 de julio de 1851, cuando acababa de llegar a Nueva Orleans, procedente de Galveston, con carga y pasaje. Sin duda que había mejores buques que el *Pampero* para utilizarlos en la invasión de Cuba; pero con la escasez de recursos que tenían los patriotas de Nueva Orleans y con los apremios que se les hacían desde Cuba, para que la expedición llegase sin más demoras, el *Pampero* venía a ser el único transporte marítimo utilizable y por eso fué adquirido.

La febril actividad de los organizadores de la expedición, en la segunda mitad del mes de julio, era acicateada por los mensajes y los requerimientos que recibían y que parecían ser de los conspiradores de La Habana. El 28 de julio el *Weekly Delta*, de Nueva Orleans, traía exageradas noticias de la sublevación de Camagüey, en una carta fechada en La Habana, el 17 de julio,

firmada con las iniciales E. F. y recibida por López. Un telegrama cifrado e inicialado E. D. (Esteban Díaz), enviado desde La Habana por vía de Estados Unidos y publicado en esa misma edición del *Delta*, decía:

> ...Los patriotas se han pronunciado en dos lugares y se mantendrán. Mañana 18 tendrá lugar otro pronunciamiento, en H..... Están bien preparados. ¡Vengan! ¡Vengan! (Traducción de H. P. V.)

El *Delta* también publicaba extractos de una carta, ya descifrada, que López había supuestamente recibido de *El Yankee* (John S. Thrasher); pero que sin duda había sido aderezada por el espionaje español. En ella se decía.

> ...Puede ser que Trinidad no se sublevase anoche; pero los patriotas se alzarán mañana o, cuando más tarde, pasado mañana. Uno de los jefes del a quien entregué su nombramiento de brigadier, que recibí de Ud. por medio de De G. (ournay), está hoy aquí para concertar sus medidas con los jefes de aquí a fin de atacar en .... el 20 del actual.
>
> Los camagüeyanos se sostienen y están recibiendo refuerzos. Hemos oído rumores de alzamientos en Bayamo y Holguín; pero nada de cierto. (Aquí el *Delta*, por su cuenta, aventuró una nota de redacción en la que garantizaba que Bayamo y Holguín se habían sublevado, como lo habían convenido con los camagüeyanos, y que los jefes orientales eran de fiar). Pero nuestra información recibida de Puerto Príncipe, Guáimaro y Tunas, es enteramente verídica. La llegada de ustedes será el golpe de muerte; pero tenemos que estar armados. Hasta los españoles dicen que lo que hay que temer ahora es que venga el *Caudillo Barrigón* (en español en el original), porque ello saben cómo los soldados quieren a *Chicho* (en español en el original).
>
> El Regimiento de León acaba de llegar a bordo del *Blasco de Garay* y está desembarcando a toda prisa. Al dudarse de su fidelidad, se ha resuelto fragmentarlo y distribuirlo en grupos entre los regimientos considerados más de fiar.
>
> El Gobernador de Matanzas también está concentrando sus fuerzas, diseminadas en la ciudad y sus alrededores; pero no se sabe con qué objeto.
>
> Acaba de llegar un mensajero de Baracoa e informa que también ha tenido lugar un pronunciamiento en esa ciudad. Los españoles están silenciosos y lucen descorazonados. Esta es una buena señal. Vuestro hasta la muerte. (f) El Yankee. (Traducción H. P. V.)

La carta que acabamos de transcribir contenía una postdata para informar que Villaclara se había sublevado al grito de "¡Viva Cuba! ¡Viva López!", y que un grupo de alzados, en

número de doscientos y reforzados por once lanceros desertores habían triunfado en su primer encuentro con las tropas españolas, todo lo cual era falso; pero López no tenía por qué sospechar de la veracidad de tales informes, que le llegaban cifrados, ni podía comprobar su veracidad, de haber abrigado alguna duda. Lo único que le correspondía hacer, en tales circunstancias, era el acelerar los preparativos para la expedición, y eso fué lo que hizo a pesar de los riesgos que se corrían con tal decisión.

El *Pampero*, pues, fué aceptado sin más dilaciones a pesar de que el estado de su maquinaria dejaba bastante que desear y de que tenía sucios los fondos. En cuanto a esta última deficiencia, que requería subir a un dique y hacer una costosa y demorada labor de limpieza, nada se hizo, ya que no había dinero ni tiempo para remediarla. El barco, pues, perdió mucha de la velocidad que se le atribuía y que es muy de dudar que jamás hubiese sido de quince nudos. La maquinaria fué objeto de una reparación hecha a toda prisa, el 29 de julio, cuando el *Pampero* regresó a Nueva Orleans; pero los arreglos no tuvieron completo buen éxito, ya que el buque, a los pocos días de navegación, quedó al garete durante varias horas, cuando se encontraba a la vista de La Habana, y fué con grandes dificultades que las máquinas volvieron a funcionar y continuó el viaje. Anclado en aguas del Mississippi el vapor expedicionario, estas deficiencias pudieron parecer de poca monta; pero una vez que hubo zarpado rumbo a Cuba y se comprobó que la velocidad era mucho menor que la calculada, que la maquinaria no funcionaba bien y que llegó a quedar paralizada por varias horas, con el barco al garete, se hizo evidente que el *Pampero* distaba mucho de ser el transporte adecuado para la expedición, aunque no hubiese habido otro, disponible, con los recursos con que contaban los patriotas.

López no tardó en instalar como capitán del *Pampero* a un marino de su confianza absoluta. El capitán Irving A. Lewis había estado al mando del *Creole*, cuando la expedición de Cárdenas, y había dado pruebas bien concluyentes de su habilidad, su energía, su valor y su lealtad. Lewis pasó a ser capitán del *Pampero*, nombrado por Sigur, el nuevo dueño del buque, el propio 29 de julio, y llevó consigo a varios marinos que le eran fieles. En la Aduana de Nueva Orleans, con todo el secreto que pudo garantizar el empleado de la misma, William L. Crittenden, quien iría en la expedición, se efectuaron los cambios de registro, de mando

y de tripulación del *Pampero;* pero no sin que el espionaje español llegase a concretar sus sospechas sobre ese buque, como el posible transporte a emplear por los expedicionarios, por lo que el cónsul Laborde despachó para La Habana al vapor *Cincinnati* con la noticia de que Narciso López se lanzaba a la invasión de Cuba.

Con una simple ceremonia de la que participaron López, Sigur y sus más allegados compañeros, se le cambió el nombre al *Pampero* por el de *Libertador,* se le expidió la patente de corso a nombre de la República de Cuba y se decidió que viajase bajo el pabellón cubano, tan pronto estuviese fuera de las aguas jurisdiccionales de los Estados Unidos, como así se hizo, al fin y al cabo.

Mientras tanto, todo el vecindario de Nueva Orleans estaba enterado de que la expedición estaba a punto de salir, como que ya no era posible conservar el secreto por más tiempo. Por supuesto, el espionaje español y los agentes federales norteamericanos, también sabían lo que ocurría; pero no se decidían a actuar en espera de que se produjese un hecho concreto.

Por lo que dice Villaverde en su *Diario,* con fecha 17 de agosto, parece que originariamente López había decidido llevar más hombres, de los reclutas de Nueva Orleans, porque no tenía la certeza de obtener en esa ciudad las armas suficientes, y que por eso quiso utilizar el armamento que tenía depositado en la boca del río St. John, en la Florida, donde habría hecho escala antes de ir a desembarcar en Cuba; pero cuando logró que le facilitasen en Nueva Orleans el material de guerra de la guardia estatal de Luisiana, cambió de plan, redujo el número de los expedicionarios para cargar esas armas y determinó seguir viaje a Cuba con una parada en Cayo Hueso para recibir las últimas noticias y enviar nuevas instrucciones a Villaverde.

El viernes 1° de agosto de 1851 (no el sábado 1° de agosto, como erróneamente dice Schlesinger), el cónsul Laborde y los agentes federales ya presentaron una denuncia formal ante la Aduana de Nueva Orleans, en relación con el *Pampero* y la expedición armada que iba a llevar a Cuba. William L. Crittenden, uno de los jefes de los expedicionarios norteamericanos, empleado de la Aduana, en seguida se enteró de la petición hecha para que fuese incautado el *Pampero* y avisó a López y a Sigur de lo que pasaba. La tramitación de la denuncia fué demorada unas

pocas horas hasta que llegó la hora de cerrar las oficinas marítimas federales sin que se hubiese dictado y firmado la orden de incautación del buque. De ese modo se ganaba parte del tiempo del sábado y todo el domingo para completar los preparativos de la partida y para comenzar el viaje antes de que el lunes 4, por la mañana, las autoridades federales procediesen contra la expedición.

Al llegar a este punto de la narración comenzaremos a utilizar una nueva fuente informativa, escrita de su puño y letra por uno de los actores en aquellos sucesos de 1851. Se trata de la memoria dejada por el capitán Robert Ellis, jefe de la Compañía "A" (también llamada "Guardias de Sigur"), que formaba parte de las fuerzas mandadas por el coronel Downman. El manuscrito original se encuentra en nuestro poder, como parte de los papeles del *Archivo Villaverde* y jamás ha sido publicado totalmente hasta ahora.

Schlesinger dice en su relato acerca de la partida de la expedición, que tan pronto como Narciso López supo que el lunes 4 iba a ser detenida la expedición,

> ...inmediatamente dió órdenes para que el embarque tuviese lugar el domingo por la noche. De todos modos y a toda costa ahora había que hacerlo así. Las reparaciones necesarias se harían navegando río abajo o en la boca del Mississippi, antes de salir al mar abierto, a cuyo efectos los mecánicos serían llevados a bordo. Las provisiones, el carbón, etc., tendrían que ser embarcados con extraordinario esfuerzo dentro de ese plazo. Los oficiales debían presentar sus hombres en Lafayette, donde el vapor estaba atracado, a los doce de la noche del domingo y los que estuviesen ausentes perderían su última oportunidad. Las armas y las municiones de guerra estarían a bordo del remolcador que iba a remolcar al *Pampero,* para ser trasbordadas en la desembocadura del río... (421) (Traducción de H. P. V.).

Continúa diciendo Schlesinger que las órdenes fueron ejecutadas, tal y como se había dispuesto, aunque con la prisa se produjo una gran confusión que se hizo mayor porque todo eso ocurría en domingo. A la una de la madrugada López, Pragay, Blumenthal, el propio Schlesinger y los demás jefes y oficiales del estado mayor subieron a bordo, en medio de los aplausos y los vítores de una multitud que se calculaba formada por entre diez mil y veinte mil personas.

El capitán Ellis, a su vez, en el manuscrito que tenemos y al

que ya nos hemos referido, describe la partida de la expedición en las siguientes palabras:

> ...En la madrugada del domingo 3 de agosto, al romper el día, el vapor *Pampero* soltó sus amarras al pie de la calle St. Mary, en el suburbio de Lafayette, recibiendo los vivas y los "hurrahs" de la inmensa multitud reunida en los muelles, que fueron contestados por los expedicionarios que estaban a bordo. El remolcador *Union* llevó al transporte río abajo hasta las 5 p.m. cuando lanzamos el ancla no lejos de la Baliza o boya que marca la salida al Golfo de México. Cuando se comprobó que el buque no podía lanzarse al mar abierto sobrecargado como estaba, se hizo difícil llevar a cabo una selección entre los expedicionarios; pero la necesidad exigía que algunos de los hombres que estaban a bordo volviesen a tierra. El capitán Lewis, al mando del *Pampero*, había declarado de la manera más terminante que el buque no podía realizar el viaje a menos de que el contingente invasor se redujese en cien hombres, como mínimun. A cada capitán se le dijo que seleccionase de su compañía los reclutas menos efectivos, como así se hizo, y con algunos que voluntariamente desistían de hacer el viaje, se completó el número pedido. A la mañana siguiente se descubrió que muchos de los que habían sido licenciados se las habían arreglado para eludir a los centinelas y estaban de nuevo en el *Pampero*. Ese día se pasó en inútiles discusiones, con cada capitán objetando a toda reducción en los efectivos de su compañía. El coronel Downman utilizó todos los argumentos para persuadir a algunos de los hombres, a fin de que se retirasen, aunque sin buen éxito, porque insistían en que ellos se habían embarcado para ir a Cuba y estaban resueltos a ir. Durante el día el carguero *Ben Adams* había llegado trayendo una gran cantidad de armas y municiones. Los voluntarios fueron puestos a trabajar trasbordando carbón del *Ben Adams* para el *Pampero*, y después de varias horas de esta fatigosa tarea algunos de los más obstinados ya se mostraban dispuestos a retirarse. El capitán Lewis de nuevo declaró que sería imposible maniobrar su buque a menos de que más hombres fuesen dado de baja, las selecciones se hicieron entonces arbitrariamente y los reclutas licenciados a la fuerza fueron enviados a bordo del *Ben Adams*, siendo la mayoría de ellos de la Compañía "E", mandada por el capitán Jackson quien, con el resto de sus hombres, decidió voluntariamente regresar a Nueva Orleans con la promesa de que se le permitiría ir con toda su compañía en la próxima expedición. Con los hombres que quedaban a bordo distribuídos a satisfacción del capitán Lewis, el *Ben Adams* remolcó al *Pampero* hasta pasar la barra de arena de la desembocadura y al atardecer del 5 de agosto ya navegaba hacia Cuba... (Traducción de H. P. V.)

Según el relato de Schlesinger, que hemos citado varias veces, el embarque de carbón y provisiones había comenzado cuando todavía el *Pampero* estaba atracado al muelle en Lafayette, Nueva Orleans, y se había interrumpido a las cuatro de la madrugada, cuando se dió la orden de partir a fin de evitar que con el nuevo día se verificase el arresto de los jefes de la expedición y la incautación del buque. Doce millas río abajo hubo un breve alto para que la "Compañía Cubana" y el grupo de los veteranos alemanes subiesen a bordo, y al caer la tarde el *Pampero* quedaba anclado en la desembocadura del Mississippi, donde los mecánicos siguieron con la reparación de la maquinaria y se reanudó el trasbordo del carbón, las armas y las municiones, que habían venido en el remolcador.

La cubierta, los pasillos y hasta los últimos rincones del *Pampero* estaban cubiertos con cajas, mochilas, maletas, sacos, paquetes y atados de cualquier clase, hasta el punto de que se hacía imposible caminar libremente. Curiosos, simpatizadores, observadores y espías se habían infiltrado por todos lados y se mezclaban con los expedicionarios y agravaban la confusión. Muchos de los oficiales, en su mayoría improvisados y sin experiencia, habían traído consigo equipos y materiales superfluos y parecían creerlos indispensables. Dice Schlesinger que el veterano Pragay trató de sacarlos de su error y les dijo:

> ...Señores: He participado de cuarenta y ocho batallas en Hungría, y ahora les mostraré todo el equipo que siempre llevé a la lucha, aun cuando se tratase de operaciones prolongadas e inciertas y a pesar de que tenía un carruaje a mi disposición. Mi equipaje nunca consistió de más que lo que ahora traigo conmigo, es decir, la ropa que traigo puesta, dos camisas, dos pares de calzoncillos y de calcetines, dos pañuelos, una capa, un par de buenas pistolas, que son las mismas que usaba en Hungría, esta espada que fielmente me ha defendido de todos los peligros, un catalejo ..y una brújula de bolsillo. Esto es todo lo que yo he considerado necesario para una campaña y no pasará mucho tiempo sin que ustedes tengan que lamentar el no haber dejado en casa todo ese bagaje con el cual se han sobrecargado... (Traducción de H. P. V.)

La primera orden del día, dictada el 4 de agosto, demandaba de todos y cada uno de los oficiales que entregasen una declaración acerca del número de reclutas en sus respectivos mandos. Esta orden del día fue hecha a través del coronel Downman por razones de edad y de experiencia; pero ya el coronel Crittenden puso de manifiesto su descontento y se estimó preterido en favor de Downman, al insistir en que Mr. Sigur le había prometido que sería el principal de los jefes y oficiales norte-

americanos. Con los informes acerca de los efectivos de cada unidad, el general López instruyó a los oficiales para que invitasen a regresar a Nueva Orleans a todas aquellas personas que quisieran hacerlo así o que no estuviesen inscritas en el rol correspondiente. Pocos lo hicieron así y se hizo entonces necesario desmbarcar por la fuerza a dichos elementos, no sin muchas protestas y demostraciones de descontento. En esos momentos el número total de reclutas recogidos en Nueva Orleans y sus alrededores pasaba de quinientos; pero con la purga hecha, vino a quedar reducido a cuatrocientos treinta y cuatro hombres. Schlesinger dice que había "a little over 400", o sea, un poco más de cuatrocientos; pero el capitán Ellis afirma concretamente que eran 434, y ésa es, también, la cifra que aparece en las publicaciones oficiales españolas de la época. Esta cuestión reviste mucha importancia porque, como ya veremos adelante, sobre esa cifra descansa el razonamiento de que más de cien hombres se incorporaron a la Expedición de la Vuelta Abajo o colaboraron con ella, hecho que los historiadores españoles y norteamericanos silenciaron, en su día, y que los cubanos han querido ignorar, hasta hoy.

El martes 5 de agosto (no el miércoles 5, como dice Schlesinger, porque el miércoles era día 6), al caer la tarde, las maquinarias del *Pampero* fueron declaradas en buen estado por los mecánicos que las había estado reparando, se levantó presión en las calderas y el *Ben Adams* navegó río arriba hacia Nueva Orleans, mientras el *Pampero* penetraba en el Golfo de México, al mando del capitán Armstrong Irvine Lewis, con el piloto Jean Fayssoux, como el segundo de a bordo. Ambos habían tenido esos mismos cargos en la Expedición del *Creole* el año anterior.

En la excitación de las últimas horas y mientras se trataba de eliminar a los que menos útiles parecían mediante el expediente de hacerles trasbordar carbón, buena parte del combustible quedó en las carboneras del *Ben Adams* y, como se vería después, el que se embarcó tampoco era de primera calidad.

Los expedicionarios habían sido distribuídos de la mejor manera posible, dentro del buque, el cual nunca había estado preparado para la navegación de altura o para viajes de varios días. El general López, con los miembros de su estado mayor, ocupaban la cabina que correspondía a las mujeres en los viajes regulares, mientras que los otros jefes y los oficiales se habían

instalado en el departamento correspondiente a los hombres que generalmente viajaban en el *Pampero*, entre Nueva Orleans y Galveston. En cuanto a las clases y soldados expedicionarios, se les había distribuído por cubiertas, pasillos, oficinas, etc., cada uno de ellos equipado con una manta que le servía de cama. Según Schlesinger, López utilizaba una pequeña cama plegable, que le había sido regalada por sus amigos de Nueva Orleans y la cual él, a su vez, obsequió al piloto Fayssoux, cuando se despidieron en las Playitas del Morrillo.

Ellis indica que, al comenzar la navegación, se impuso la más severa disciplina y que todo se habría desenvuelto sin mayores dificultades si no hubiese sido porque

> ... el equipo de cocina era insuficiente para el número de hombres que había abordo y muchos de ellos estuvieron a punto de perecer de hambre, ya que sólo había un pequeño fogón utilizable. El coronel Downman se esforzó por arreglar las cosas de una manera tan sistemática como fuere posible, y a cada compañía se le asignó una hora fija para que cocinase y el general López ordenó que sólo se preparase una comida al día para él y los miembros de su estado mayor. (Traducción de H. P. V.)

Schlesinger es más explícito al tratar este tema y dice:

> ...Muy pronto surgieron en el viaje los primeros casos de la fatal maldad a la cual la mayor parte de nuestro desastre final, si no todo él, es atribuible: me refiero a la insubordinación. El grueso de los expedicionarios, tanto oficiales como soldados, se componía, por supuesto, de voluntarios sin experiencia militar, valientes y temerarios hasta la exageración, si esto es posible, pero que aún no habían sido acostumbrados a la absoluta necesidad, en cuestiones militares, de la más estricta obediencia y de la sumisión y el sacrificio de las opiniones y los deseos individuales. Desdichadamente, demasiados oficiales también carecían de esta cardinal virtud de los militares y a este respecto, ni daban buenos ejemplos ni ejercían una buena influencia moral sobre sus hombres. Este mal fué quizás inseparable de las circunstancias del caso. Fué por sí mismo un gran mal, y lo fué por sus resultados. Se puso de relieve principalmente en lo tocante a la distribución de las provisiones. Se había adoptado un sistema económico de distribución, por medio de un comisariato, y se servían raciones marineras; pero no fue fácil que fuese obedecida esta regla. Los soldados y algunos oficiales pasaron por encima de lo dispuesto para apoderarse de lo que querían, casi por la fuerza. Barriles y cajas fueron rotos y mucho quedó echado a perder de la manera más irresponsable. Algunos de los oficiales compraron al sobrecargo artículos que este último no tenía derecho alguno a vender. El general (López) se vió obligado

a dirigir a algunos las más terminantes reconvenciones en cuanto a su conducta, y hasta severas prevenciones para que volviesen a sus deberes. Algún grado de descontento surgió, también, y hasta quizás si naturalmente, por la desorganización inicial imperante, la congestión a bordo del buque y el calor que había. Nosotros, los oficiales extranjeros del estado mayor, que éramos veteranos, no sólo por nuestra más estrecha relación personal con el general, sino principalmente también porque estábamos dedicados a los necesarios deberes de establecer el orden y alguna medida de disciplina, creo que llegamos a ser objeto de un poco de celo y de descontento temporal. Nuestro valiente cuanto infortunado Crittenden, además, estaba muy poco satisfecho porque el general López en cierta ocasión dictó una orden general por medio del veterano coronel Downman y no a través de él, cuando alegaba haber entendido que Mr. Sigur le decía que él sería el jefe superior de los norteamericanos que iban en la expedición...

Los fusiles fueron desempaquetados el viernes, día 7 (todavía aquí Schlesinger está equivocado, porque el día 7 fué jueves) y ya hubo un espectáculo de gran actividad mientras los reclutas limpiaban esas armas para que estuviesen listas. Cuando se completó esa operación, las compañías fueron inspeccionadas por sus oficiales y éstos reportaron al general López, quien dictó una disposición al efecto de que si, en un momento dado, nos encontrábamos con un crucero español cuyos cañones controlasen nuestros movimientos, las notas del "Yankee Doodle" serían la señal de alarma, ante la cual todas las compañías debían desaparecer de los lugares donde pudiesen ser vistas, para reunirse en lo que pudiéramos llamar los dormitorios, situados en una cubierta inferior. Con esto el *Pampero* vendría a tener el aspecto de cualquier buque de travesía, por lo que todo buque de guerra se vería obligado a acercarse muy mucho para reconocernos e inspeccionarnos. En ese caso nosotros nos lanzaríamos a toda máquina contra el crucero y nos apoderaríamos de él a fuego de fusil y mediante el abordaje. Los hombres fueron adiestrados en esta operación repetidamente, por medio de falsas alarmas, hasta que lograron llevarla a cabo muy satisfactoriamente. Así se hizo cada vez que hubo un buque a la vista, de modo que no hubiese grupo considerable de hombres que pudiesen despertar sospechas al ser vistos con un catalejo y provocar una persecución en el mar... (Traducción H. P. V.)

A todo esto agrega Schlesinger lo que es improbable que fuese cierto aunque así se le dijese en los primeros momentos antes de que razones de urgencia y de cálculos militares fijasen el punto de desembarco de la expedición en la Vuelta Abajo. Según él, el *Pampero,* ya convertido en el *Libertador,* iba a ir de Nueva Orleans al río St. John, en la Florida, a recoger otros expedicionarios y mucho armamento más para entonces seguir a Cuba e ir a desembarcar en el Departamento Central, o sea, Las Villas, donde habría mayores ventajas para hacer frente a

las tropas coloniales con buen apoyo popular. Según Schlesinger, si este plan se hubiese ejecutado, Narciso López habría puesto fin a la dominación española en Cuba. Lo que no explica Schlesinger, sin embargo, es cómo fue que hubo que obligar a uno cien hombres, a que saliesen del *Pampero,* con sus equipos, en Nueva Orleans, porque ponían en peligro la navegación del vapor sobrecargado, no obstante lo cual ese mismo buque, sin descargar un primer contingente expedicionario, iba a recoger otro más, en St. John, y así seguir a Cuba. Lo de las ventajas que la Revolución Cubana habría tenido, de haberse efectuado el desembarco en el Departamento Central, donde acababan de ser aplastadas las sublevaciones de Agüero y de Armenteros, es otro error de Schlesinger. Hay que tener en cuenta que Villaverde anotó en su *Diario,* con fecha 12 de febrero de 1851, que había escrito a su hermano Juan para decirle que una división expedicionaria iría a La Mulata (junto a las Playitas del Morrillo), o a Majana, parajes ambos de Vuelta Abajo, y que el enviado de López, P. F. de Gournay, en julio de 1851 visitaba a los conspiradores de la Vuelta Abajo y les prometía que la Expedición del *Pampero,* que todavía no había salido de Nueva Orleans, iría a la Vuelta Abajo.

Schlesinger también indica en su narración que el *Pampero* o *Libertador* había sido vendido con la garantía de que podía hacer quince nudos por hora, y que sólo con grandes dificultades fue que llegó a una velocidad de ocho o nueve nudos, y eso a costa de un excesivo consumo de carbón. En cuanto a esto último, López había recibido toda clase de seguridades, al salir de Nueva Orleans, acerca de que el buque llevaba carbón para diez y seis días de navegación, no obstante lo cual, cuando el 10 de agosto se acercó a Cayo Hueso, el capitán Lewis le informó a López de que sólo había combustible para *tres* o *cuatro días más,* o sea, que el suministro garantizado para diez y seis días quedó reducido ¡a ocho días solamente! No quedaba otro remedio sino enderezar el rumbo hacia Cuba, directamente, y que el *Libertador* fuese de regreso hasta la desembocadura del St. John para recoger al otro contingente expedicionario.

Según el memorial ya citado del capitán Ellis al obscurecer del día 7 el *Libertador* se encontró con que había otro buque de vapor, de alto porte, en su ruta, y torció el rumbo para alejarse de él, al mismo tiempo que se abrían las cajas de fusiles,

se repartían las armas y cada recluta recibía diez tiros, después de lo cual se hicieron los ejercicios de resistencia y ataque descritos por Schlesinger. Los dos buques continuaron navegando a la vista el uno del otro, hasta que el viernes 8 de agosto, a las nueve de la mañana, se pudo ver que el otro buque, cualquiera que fuese, iba en otra dirección. El viaje continuó sin otros incidentes y al mediodía del domingo 10 de agosto el *Libertador* estaba a la vista de Cayo Hueso. Schlesinger, en su relato, aduce que Narciso López, al llegar a Cayo Hueso y conocer la escasez de combustible, que comenzaba a manifestarse, decidió ir directamente a Cuba sin seguir hasta St. John, porque de otro modo habría fracasado la expedición. Después de exponer esta tesis es que entra en detalles en cuanto a la llegada a Cayo Hueso, las entrevistas celebradas por López con sus amigos y agentes allí establecidos, las celebraciones públicas que tuvieron lugar, la necesidad de encontrar en Cayo Hueso un práctico para las costas de Cuba y el hecho de que López esperaba encontrar allí alguna correspondencia de Cuba y, especialmente, las últimas noticias acerca de la situación en que se encontraba el país. Ellis, en su memorial, que también estamos utilizando como fuente de información, nos dice que, cuando el *Libertador* llegó a la entrada del puerto de Cayo Hueso, tomó un práctico para penetrar en el mismo y se ordenó a los expedicionarios que se escondiesen bajo cubierta, por si había algún buque de guerra norteamericano ondeado en la bahía. Ya dentro de la rada de Cayo Hueso se vió que no había unidades de la marina de guerra allí y que tampoco había guarnición en el cuartel, por lo que se autorizó a los expedicionarios para que saliesen al aire libre, lo que hicieron con algazara y vítores. La bandera cubana flotaba sobre el buque cuando éste ancló, sin apagar los fuegos de su caldera, a cierta distancia de la población, y el capitán Lewis fue a tierra en un bote con instrucciones de traer a bordo, a su regreso, un práctico de las costas de Cuba, lo que no logró, y a algunos de los amigos de López, lo que así hizo. Schlesinger cita específicamente entre éstos al senador Mallory, de la Florida pero no menciona a Francisco Javier de la Cruz, hombre de confianza de López, compañero suyo de la expedición del *Creole*, quien se había radicado en Cayo Hueso al regreso de Cárdenas. El Lcdo. de la Cruz era el enlace de López con los conspiradores de Cuba, a través de aquel punto avanzado de territorio norteamericano, con tan frecuentes contactos con Cuba.

A él se refería directamente el agente De Gournay, como ya hemos visto, en el cumplimiento de su misión cerca de los patriotas de la Vuelta Abajo, cuando daba cuenta de la misma a Villaverde, en su carta de 27 de septiembre de 1851, que ya hemos transcrito y comentado; pero es que, además, De Gournay le había escrito al Lcdo. de la Cruz, directamente, para decirle cuál era la situación política que había encontrado en Cuba. Por fortuna esa carta aparece incluida en el epistolario del insigne patriota Juan Manuel Macías, que luego pasó a poder de Villaverde para ayudarle en su anunciado propósito de escribir la biografía definitiva de Narciso López, y hoy se encuentra en nuestro poder. La carta de referencia, fechada en La Habana a 20 de julio de 1851, decía así en el español incorrecto que empleaba De Gournay:

> Muy Sr. mio: pidiéndole perdonar escribirle sin estar conocido de Vd. le comunicaré instrucciones de nuestro Gefe el Sor Lopez.
>
> El general me mandó á la Habana hace pocos dias para arreglar cierto movimiento que se debia hacer á su llegada allá, y me dijo que en cierto caso debia ir á Key West y entenderme con Ud. para salir con sus amigos y desembarcar en las costas de la Vuelta-Abajo. Pero he encontrado al llegar aqui la revolucion ya empesada y he tenido que cambiar parte del plan. Salgo hoy para la Vuelta-Abajo donde haremos en pocos dias un pronunciamiento: he pensado deber comunicarle esto, dejando á su buen juicio de decidirse á venir ó nó segun le pareciera; mas á propósito si Ud. se decide á venir al fin de mes, es á decir, en 10 ó 15 dias, Vd. me encontrará en la Vuelta-Abajo. Si logramos un buen resultado del pronunciamiento, su desembarcamiento ser fácil. Si tenemos que tomar por los montes Vd. encontrará algun peligro para juntarse con nosotros.
>
> Lo que es del General no sé todabia en que punto desembarcará, pero tantos pueblos se han pronunciado ya que su desembarcamiento no será mas que una marcha triunfal hasta la Habana, solo puesto fuerte del Gobo. á esta hora.
>
> Creo cumplir con un deber en escribiendole asi; pero espero de su prudencia no comunicar estos detalles á otros. Tenemos la certidumbre que el General será pronto entre nosotros; pero cuando ni como no se sabe. Si acaso Vd. viene trage todas las armas que pueda.
>
> Pidiendole perdonar las equivocaciones causadas por la dificultad del idioma y esperando tener el gusto de conocerlo mas adelante soy de Vd. el amigo y paisano Q. B. S. M. (f) P. F. de Gournay.—Le mando esta carta por un amigo de la causa... (422)

Esta importantísima carta ya estaba en poder de Francisco Javier de la Cruz, su destinatario, cuando el *Libertador* llegó a

Cayo Hueso, ya que estaba fechada el 20 de julio, tardaba menos de un día el viaje entre La Habana y Cayo Hueso, y al 10 de agosto habían transcurrido tres semanas. Con ella y con otros erróneos o exagerados informes acerca de la realidad de la situación cubana en aquellos momentos, fue que López decidió lanzarse a la invasión y por la Vuelta Abajo, como siempre había sido uno de sus planes preferidos. Pese a todo lo que digan Schlesinger, Ellis y otros autores, el viaje de Nueva Orleans al río St. John para luego ir a Cuba no constituía su verdadero plan de invasión por riesgoso, demorado y de muy difícil ejecución. Ahora bien, la escala en Cayo Hueso mientras se decía que el viaje era de Nueva Orleans a St. John, ofrecía una excelente oportunidad para enterarse de las últimas noticias procedentes de Cuba, desde el puerto más cercano que había en los Estados Unidos, y proceder en consecuencia. De ahí que De Gournay hubiese recibido las instrucciones, que cumplió, en cuanto a comunicarse con Francisco Javier de la Cruz, en Cayo Hueso, porque allí haría escala el *Libertador* y habría ocasión para enterarse de lo que estaba pasando en Cuba. El Lcdo. de la Cruz dió a Narciso López, a bordo del *Libertador*, en la rada de Cayo Hueso, el entusiasta cuanto que equivocado mensaje del agente De Gournay, y le agregó, como señala Ellis en su memorial, que trece poblaciones cubanas se habían sublevado en una semana, a lo cual se añadía, según relata Schlesinger,

> ...que una gran parte de las tropas habían sido enviadas al Departamento Central, la región de Puerto Príncipe y Trinidad, que los alzamientos se habían extendido hacia la Vuelta Abajo, al Oeste y que los cubanos, en general, ansiosamente esperaban nuestra llegada...

No había posibilidad alguna para que Narciso López comprobase la veracidad de esos informes, ya que no eran aquéllos los tiempos del teléfono y el telégrafo submarinos y mucho menos los de la radio y la televisión. Los informes venían por los buques y aquéllos que los suministraban desde Cuba tenían que depender de las noticias que se filtraban a través de la censura del régimen colonial. Además, si el *Libertador* se quedaba fondeado en Cayo Hueso, en espera de otros datos que fuesen verídicos, corría el peligro de ser detenido por los buques de guerra federales, los cuales tenían órdenes al efecto. La decisión, pues, de hacer rumbo a Cuba y de apoyar a los sublevados de quienes

hablaba De Gournay y que estarían en la Vuelta Abajo, era la que aconsejaban las circunstancias. Esa fue, precisamente, la que adoptó Narciso López, quien a nadie había dicho de modo determinante qué era lo que iba a hacer, sino que había mantenido en secreto el punto en que pensaba desembarcar con su expedición, mientras confundía a sus amigos y a sus enemigos en cuanto al paraje por el cual comenzaría la invasión. Por el trabajo preparatorio que habían hecho él y Cirilo Villaverde con los hermanos de este último, con Pío José Díaz, Bartolomé Blanco, Miguel Cantos, Utoa, etc., en la Vuelta Abajo, por lo que el mismo caudillo conocía acerca de esa región, por los informes que enviaba De Gournay y por los esfuerzos militares que Concha tenía que llevar a cabo en Las Villas y en Camagüey, la Vuelta Abajo se presentaba como la comarca más favorable a la invasión y allí estarían De Gournay y sus compañeros, dispuestos a apoyar un desembarco en las costas, de serles posible, y si no, en las montañas. Estas últimas, como Narciso López sabía muy bien, eran fragosas, casi despobladas y hasta inaccesibles en algunos lugares. Si el desembarco podía ser rápidamente respaldado por la llegada del segundo contingente invasor, que el *Libertador* iría a buscarlo en seguida, la lucha se haría favorable. No contaba López, por supuesto, en esos lisonjeros planes, con la triste realidad de que los conspiradores de La Habana y de la Vuelta Abajo no cumplirían sus compromisos, y tampoco con el hecho de que, habiendo descifrado Concha su clave, estaba en todo y por todo enterado de su correspondencia y de antemano sabía que pensaba ir a la Vuelta Abajo y había realizado los aprestos adecuados para combatirle desde los primeros momentos en la extremidad occidental de la Isla.

De ese modo, pues, el viaje imposible a St. John quedó descartado y se supo que la invasión sería por la Vuelta Abajo. En Cayo Hueso, tan peligrosamente cercano a La Habana, se perdió un tiempo precioso. Ellis nos dice que la goleta *Euphemia*, de Cayo Hueso, se colocó al lado del *Libertador*, llena de entusiastas vecinos de la población quienes traían provisiones frescas, varios barriles de cognac y cestas con champagne, bebidas todas que fueron consumidas mientras unos y otros brindaban por el éxito de la expedición. Según Ellis, después de las once de la noche del domingo 10 de agosto fue que los vecinos de Cayo Hueso se retiraron y el *Libertador* levó anclas e hizo rumbo a Cuba. Schlesinger es más prolijo en su relato acerca de la estan-

cia en Cayo Hueso, y dice que si los expedicionarios, en realidad, no fueron a la población, la población fue a ellos. Cita sin nombrarla a la goleta *Euphemia* y aclara que ella y otras embarcaciones menores rodearon al *Libertador*, llenas de gentes que daban vítores, agitaban pañuelos, etc., y algunas de las cuales subieron a bordo para felicitar a los expedicionarios y desearles que triunfasen. Agrega Schlesinger:

> ...No necesito hablar del entusiasmo general que se despertó a bordo del *Pampero* con las buenas noticias recibidas, aunque es cierto y este relato estaría incompleto si yo no aludiese al tema, que cuando llegamos a Cayo Hueso había surgido tal ola de descontento entre los expedicionarios, por las incomodidades del largo viaje, con el calor y el apiñamiento de los pasajeros, así como los celos y los rozamientos, que había varios oficiales que muy seriamente pensaban separarse de la expedición y hasta hablaban de ello, aunque otros jefes, y debo mencionar entre éstos al coronel W. S. Haynes, les reconvinieron por ello y se abandonó ese propósito...
>
> Nos despedimos de nuestros amistosos vecinos de Cayo Hueso con los más entusiastas vítores por ambas partes El senador Mallory colocó en el anular del general López un anillo de pelo que él esperaba fuese un talismán de buena suerte, así como una promesa de amistad. Varios de los oficiales habían pedido a tierra, que les enviasen champagne, etc., y hubo un torrente tanto del líquido espumoso como de los sentimientos patrióticos que se expresaron por los expedicionarios y por sus amigos de Cayo Hueso. El general López, sin embargo, como sabían sus amigos, nunca bebía vinos y a lo sumo coloreaba su vaso de agua con un poco de clarete, en la comida. Siempre era, digamos de paso, sencillo y abstemio a la mesa, comiendo poco, aunque era hombre de recia contextura y de grandes desarrollo muscular y fuerzas físicas. Muchas veces después, en nuestro deambular por la Isla, él cedería su parte y hasta toda su ración a uno cualquiera de los pobres expedicionarios, si le parecía que necesitaba ese alimento más que él... (Traducción de H. P. V.)

Según la versión de Schlesinger, el *Libertador* zarpó de Cayo Hueso a eso de las diez de la noche y a esa hora, aun sin que se supiese que López había decidido seguir viaje a Cuba, sin ir a St. John, los expedicionarios se mostraban ansiosos por ir sin más demora a Cuba, para invadir la Isla y combatir contra los españoles, y varios de los oficiales apelaron a López para que así fuese. El caudillo llamó a un consejo de guerra a los principales jefes y oficiales y les expuso su opinión de que si solamente la mitad de las noticias recibidas en Cayo Hueso eran ciertas, no había riesgos extraordinarios en lanzarse a la invasión, sin esperar por más. Agregó otros razonamientos al efecto de que las autoridades en cuestiones militares quizás si le censurarían por realizar un desembarco con fuerzas tan pequeñas y con escasos recursos; pero que la situación era excepcional y que se hacía imposible ir en busca de más materiales de guerra, por lo que lo indicado era proceder con el contingente que había disponible y suplir con audacia lo que faltaba en cuanto a número y equipo, ya que él recordaba haber logrado grandes resultados con pocos recursos y, además, el pueblo de Cuba clamaba por la llegada de la expedición, que sería pronto reforzada después de desembarcar en donde no se esperaba. López también indicó que las noticias que acababa de recibir indicaban que una parte considerable de la guarnición de La Habana había sido trasladada al Departamento Central de la Isla para combatir las sublevaciones que allí se habían producido.

La proposición de López fué secundada por el coronel Pragay, quien excluyó toda posibilidad de retirada una vez efectuado el desembarco. Sin excepción alguna, de acuerdo con la versión de Schlesinger, el consejo de guerra decidió la invasión de Cuba sin más demora y cuando el *Libertador* ya navegaba se informó a los expedicionarios que iban rumbo a Bahía Honda, puerto que el mismo López había señalado durante la reunión del consejo de guerra, como el más conveniente para el desembarco proyectado.

Algunos factores adversos militaban, sin embargo, contra la realización del plan que se presentaba en tan lisonjeros términos. En primer lugar, el capitán Lewis no había podido obtener en Cayo Hueso a persona alguna que fuese práctica en las costas de Cuba. Después se produjo una nueva descomposición en las máquinas del buque expedicionario, el cual quedó al garete durante varias horas, arrastrado por las corrientes mientras los mecánicos trabajaban afanosamente por arreglar los desperfectos. La descomposición había tenido lugar cuando ya el *Libertador* había adelantado bastante en su viaje en dirección S. O., hacia Bahía Honda. Al quedar al garete las corrientes le llevaban hacia La Habana y el capitán Lewis comprobó con alarma que tampoco la brújula funcionaba bien y que iban a la deriva y divisaban a lo lejos el faro del Morro de La Habana. La brújula, según interpretó él, había sido afectada, por la gran cantidad de hierro que llevaba el buque, con el material de guerra. Ellis, sin

embargo, no hace mención en su memorial de estos incidentes y se limita a decir que al aclarar del día 11 de agosto la costa de Cuba era bien visible y que a las nueve de la mañana el *Libertador* se encontraba a sólo diez millas del Morro de La Habana y que dos vapores habían salido a su encuentro; pero que el barco expedicionario, mucho más rápido, los había dejado atrás, aunque más tarde comprobaron que una fragata española trataba de darles caza.

El relato que hace Schlesinger y que se comprueba con los documentos españoles de la época, es mucho más dramático cuando dice, en relación con el mal estado de la maquinaria del *Libertador*:

> ...Durante el curso de la noche (del 10 al 11 de agosto) se hizo necesario detener la máquina durante varias horas y en ese tiempo la corriente del Golfo nos arrastró a una distancia que no esperábamos hacia el Este de nuestro rumbo. El funcionamiento de la brújula, según la explicación dada por el capitán Lewis, se alteró por la proximidad de tanto hierro como había en los fusiles y el hecho fué de que, como a las diez de la mañana, cuando íbamos a todo vapor hacia la Isla, que estaba por completo a la vista, nos dimos cuenta con asombro de que en vez de estar frente a Bahía Honda, navegábamos directamente hacia el canal de entrada de la bahía de La Habana. Allí estaban el Morro, el faro, el asta para las banderas de señales y cuando vimos bien donde estábamos y torcimos el rumbo, hasta se distinguían los centinelas sobre las murallas y las gentes que trabajaban en el litoral.
>
> Inmediatamente se tocó el "Yankee Doodle", como se había convenido y la alarma fué pronto obedecida con la desaparición de todos los expedicionarios que estaban en la cubierta superior. Se repartieron las municiones y todo quedó listo por si se producía un ataque. Parecía imposible que no hubiésemos sido observados y sospechados y esperábamos ver que en el acto salía un rápido crucero de vapor español en nuestro persecución por aqual estrecho canal de apenas si un cuarto de milla de anchura, entre el Morro y la Punta. El *Pampero* no tenía en ese momento una velocidad que hiciese muy cómoda nuestra posición, desarmado como estaba el buque y sin poder resistir fuego de cañón por parte de un enemigo que no nos diese la oportunidad de abordarle... Por supuesto que hicimos rumbo al N. O. tan aprisa como nos fué posible... (Traducción de H. P. V.)

Según Schlesinger, en aquella crítica situación se advirtió alguna intranquilidad entre los expedicionarios, aunque dispuestos a combatir; pero lo que más contribuyó a infundir confianza a todos fué la calma y la serenidad del propio Narciso López,

mientras examinaba la costa y la entrada del puerto con la ayuda de su catalejo. Aquellos aventureros pudieron comprobar que su jefe era un verdadero caudillo, valeroso, resuelto y sin desplantes, quien permanecía en el puesto de peligro mientras era necesario y que luego, cuando se retiraba a la cámara, lo hacía así porque la crisis había pasado.

La realidad era, sin embargo, que el *Libertador* había sido visto por el vigía del Morro de La Habana y que había despertado en algo sus sospechas, porque si no lo denunció en seguida a sus superiores, cuando hubo el cambio de guardia le informó al capitán del puerto que

> ...de dos vapores anunciados á la vista, como buques de guerra de los Estados Unidos, había reconocido que el uno no lo era y que despues de haber estado un momento como cruzando había tomado el rumbo N. O.... (423)

El capitán del puerto dió cuenta con este informe al Capitán General Concha en la misma noche del lunes 11 de agosto, sin que todavía el gobernador se decidiese a actuar; pero como relató del propio Concha en sus *Memorias*..., que venimos citando, a las dos y media de la madrugada le llegó el parte del teniente gobernador de Mariel con otro que le había confiado el capitán de la fragata española *Esperanza*, respecto a haber visto un vapor que se le había hecho sospechoso, cargado de gentes y con extrañas maniobras que habían impedido su adecuado reconocimiento. Concha se encontraba en la residencia veraniega de los gobernadores coloniales, en la Quinta de los Molinos, y de allí envió a uno de sus ayudantes con copia del escrito del capitán de la fragata *Esperanza* y la indicación de que se aprestase inmediatamente al crucero *Pizarro* para que zarpase. El *Pizarro* era el único buque de guerra, de vapor, que había disponible, por estar en reparaciones el *Colón* y Concha estuvo a punto de fletar un vapor francés que estaba fondeado en La Habana, como transporte. Al mismo tiempo se dió la orden al general Manuel Enna, segundo en el mando, para que se presentase en el Apostadero de Marina y dispusiese la movilización de las tropas de la guarnición que podían ser enviadas a campaña. La premura con que actuó Concha, sin embargo, no podía ya disminuir la ventaja que tenía el *Libertador* en su favor con veintiuna horas de navegación, desde las diez de la mañana del lunes 11 de agosto, cuando se alejó de La Habana, hasta las primeras horas

del martes 12, cuando salió de La Habana la columna al mando del general Enna. Si el vigía del Morro hubiese dado la alarma a tiempo, la expedición o habría sido capturada, o habría huído a los Estados Unidos.

Poco después del mediodía del mismo día 11 el *Libertador* avistó una pequeña goleta de cabotaje, la *Cecilia D.*, y como que había poco viento, le fué fácil alcanzarla. Los marinos de la goleta al principio izaron la bandera española; pero cuando se dieron cuenta de que el vapor que les interceptaba iba lleno de gente armada, la bajaron a toda prisa al sospechar que se trataba del buque expedicionario del que tanto se había hablado. No podían escapar, sin embargo, y puesta al pairo la goleta, López llamó al patrón y a su segundo para que fuesen a bordo del *Libertador*, cosa que hicieron ambos de bastante mala gana. El patrón se llamaba Felipe Turra y su segundo, Luis Díaz. En este punto hay alguna discrepancia entre los relatos de Ellis y Schlesinger. El primero habla de que fueron dos los marinos de la goleta detenidos, mientras que Schlesinger se refiere solamente al patrón. Por otras fuentes, inclusive las *Memorias*..., de Concha, se echa de ver que López retuvo al segundo de la goleta para que le sirviera de práctico por las costas de la Vuelta Abajo, y que al patrón se le permitió volver a su velero con órdenes de seguir al *Libertador* hasta la caleta de Ortigosa, entre Mariel y Cabañas, que le fué señalada como punto de reunión donde podría recoger al marino llevado como práctico. López sabía que no podía remolcar a la goleta y tampoco obligarle a que le siguiere sin disminuir la velocidad del vapor expedicionario. Estaba preparado, pues, para la escapada de la goleta a la primera oportunidad, y esperaba que se dijese entonces que La Ortigosa era el punto de desembarco, con lo cual confundiría a los españoles, como así fué, en efecto, y hasta el propio Concha así lo hace constar en sus *Memorias*... Los marinos de la goleta, interrogados por López, ratificaron la noticia de que había habido varios alzamientos en Cuba y de que se habían producido movimientos de tropas, parte de las cuales habían sido enviadas desde La Habana para el Departamento Central. No obstante el dicho de Concha, al que hacemos referencia, parece que López llevó consigo al patrón Turra y al marinero Díaz, ya que pocos días después se presentaron ambos ante el teniente gobernador del Mariel, mientras éste se encontraba en Cabañas, y le

relataron que López se los había llevado a la fuerza y les había dado un pase en que así lo hacía constar. (424)

Schlesinger relata que cuando López hizo el requerimiento de un práctico a los marineros apresados, el que fué escogido para ello hizo una patética escena de protesta y de lloros, al mismo tiempo que afirmaba que no conocía la costa vueltabajera; pero que, de todos modos, tuvo que conformarse con la exigencia y el caudillo le prometió que le daría un certificado acreditando de que había sido coaccionado al efecto, documento que sin duda fué el pase presentado al teniente gobernador del Mariel.

Así las cosas el *Libertador* continuó su marcha hacia el Oeste y, estando tan cerca el momento de desembarco, los comisarios distribuyeron los uniformes, armas y demás efectos de guerra, entre los expedicionarios. Cada hombre recibió una camisa azul, un pantalón gris, una cartuchera de goma impermeable para las municiones, la cantimplora para llevar en bandolera y una manta. El mosquete, provisto de bayoneta, y entre ochenta y cien cartuchos, completaban el equipo de cada soldado, aunque algunos de ellos, principalmente los oficiales, llevaban pistolas, revólvers y puñales. En cuanto a los rifles de repetición, que entonces comenzaban a ser usados, sólo había unos ocho o diez, en total.

Después de ese reparto se hizo la inspección, de la cual participó López, en persona, bromeando con los soldados y haciéndoles observaciones de acuerdo con la frenología de la época. Ellis no menciona el reconocimiento de la bahía de Cabañas como primer lugar para un desembarco; pero Schlesinger dice concretamente que sobre las tres de la tarde el *Libertador* se acercó a la costa e hizo rumbo a la entrada de la bahía de Cabañas; pero que, cuando estaba delante del canal, se vió que había fondeados en el puerto una fragata y una corbeta de guerra, españolas, cuyos tripulantes eran claramente visibles. El primero de esos buques soltó sus amarras e izó las velas para acercarse al misterioso vapor que se acercaba; pero tenía el viento contrario y no pudo maniobrar con rapidez, lo que aprovechó el *Libertador* para virar en redondo y alejarse a toda máquina sin que la fragata pudiera alcanzarla. Al caer la tarde, mientras el buque expedicionario estaba entre Cabañas y Bahía Honda, hubo la primera baja entre sus pasajeros cuando falleció uno de los alemanes que se habían alistado para venir a luchar por

la independencia de Cuba, médico de profesión y cuyo nombre nos ha sido imposible conocer. Desde la salida de Nueva Orleans había estado enfermo, con fiebres delirantes, y falleció entonces. Su cadáver fué arrojado al mar, con las ceremonias de costumbre, y el suceso produjo honda impresión entre los expedicionarios.

Había caído la tarde cuando el *Libertador* se acercó a Bahía Honda. El práctico de la *Cecilia D.* había dicho redondamente que desconocía el calado del canal de la entrada y el piloto del *Libertador*, Mr. Fayssoux, bajó con él a un bote y con varios remeros comenzó a hacer sus sondeos protegido por las sombras de la noche. Cuando menos lo esperaban, sin embargo, se encontraron con que estaban a corta distancia de un fortín cuyo centinela había advertido la presencia del bote, a pesar de la obscuridad, y había dado la alarma. Fayssoux y sus hombres se alejaron a toda prisa y reportaron lo ocurrido, por lo cual López ordenó que siguiese la marcha hacia las Playitas del Morrillo, donde podía efectuarse un desembarco sin encontrar mayor resistencia. Las Playitas del Morrillo, por otra parte, están al lado del Embarcadero de La Mulata que desde el mes de febrero había sido señalado por Cirilo Villaverde como uno de los lugares para llevar a cabo la invasión de la Vuelta Abajo. Según Ellis, la guarnición del fortín de Bahía Honda había disparado contra el bote del piloto Fayssoux y era imposible efectuar allí un desembarco por sorpresa. López llamó al práctico, habló brevemente con él y a poco se supo que el viaje terminaría en las Playitas del Morrillo al Oeste de Bahía Honda. A las diez de la noche el *Libertador* hizo rumbo a tierra, nuevamente, en busca de la entrada para el fondeadero allí existente; pero ya fuese por impericia, por error o por un propósito deliberado, el *Libertador* encalló en un banco de arena, a casi dos kilómetros de la orilla.

Iba a comenzar la última invasión de Cuba por Narciso López y sus hombres, en la Vuelta Abajo, en la noche del once al doce de agosto de 1851.

3. El desembarco y los primeros actos de indisciplina.

Entre las diez y las once de la noche del once al doce de agosto, el *Libertador* embocaba el difícil canal de entrada hacia las Playitas del Morrillo, que tenía una profundidad media de nueve pies, y mezclados el miedo, la poca práctica, la obscuridad

de la noche y otras circunstancias, el piloto tomado a la *Cecilia D.* hizo encallar el buque a gran distancia de la costa. La noche era clara y al cabo de cierto tiempo fué posible distinguir que, junto a la orilla, había dos pequeñas embarcaciones de cabotaje, que parecían cargadas, y otros botes menores, anclados o atracados a un pobre muelle de pilotes, que conducía al caserío del Morrillo. Este era un mísero villorrio de apenas dos docenas de vecinos, situado sobre la orilla izquierda del Morrillo, en una playa baja y arenosa hasta la cual llegaba la ciénaga o tembladera propia de la región. Según las descripciones de la época, el villorrio estaba formado por dos casas de mampostería, dos de tabla y tejas, dos de tablas y guano y una de embarrado y guano, casi todas ellas utilizadas como viviendas, aunque había dos tiendas mixtas. El Morrillo venía a ser el embarcadero para la jurisdicción de Las Pozas, pueblo viejo cuya fundación se remonta al año 1685 y situado a unos ocho kilómetros del Morrillo. El terreno entre El Morrillo y Las Pozas, pantanoso y conocido como la Tabla de Agua, tiene los desbordes de los ríos Manimaní o San Miguel, el Morrillo y las Pozas, con sus afluentes, y es de comunicaciones bastante difíciles, hasta hoy en día.

Discrepan Ellis y Schlesinger en cuanto al jefe que fué al mando del primer bote de desembarco. Según el primero citado, fué el coronel Downman quien tuvo esa misión con un destacamento de la "Compañía D", al mando del capitán Gotay, mientras que Schlesinger afirma que fué el coronel Pragay, con los soldados mandados por Gotay, quienes formaron el primer grupo en desembarcar.

A bordo del *Libertador*, cuando encalló el buque, hubo un conato de motín, porque varios de los expedicionarios entraron en sospechas con motivo de la varadura, al considerarla intencional, y quisieron matar al práctico; pero López actuó con energía y con rapidez para evitar el atentado y salvó la vida del piloto, quien en esos momentos estuvo en gran peligro y hasta se dió cuenta de lo que se tramaba y estuvo dominado por el terror hasta que se restableció la calma. Esto no obstante, el práctico fué a bordo del bote en que iba la primera partida de desembarco y allí pasó por otro rato angustioso cuando uno de los expedicionarios, con una broma del peor gusto, disparó un tiró con su pistola, después de apuntarle, y la bala le pasó por encima de la cabeza. López, por supuesto, se dió cuenta de que la disciplina estaba en crisis y de

que era indispensable poner coto a todo desenfreno o desobediencia, y retuvo el grueso de la expedición a bordo del *Libertador* para dar órdenes e instrucciones adecuadas a sus hombres. Reunidos éstos en cubierta, el caudillo les hizo saber que los que quisieran separarse de la empresa estaban a tiempo para hacerlo y podían regresar a los Estados Unidos cuando el buque saliese de su varadura. Dos de los expedicionarios aceptaron la invitación que se les hacía; pero los demás insistieron en continuar, inclusive unos quince que estaban enfermos. A todos ellos, por medio de intérpretes y con la colaboración de los oficiales, les previno de que habría grandes peligros y hasta lucha con fuerzas superiores, en número, al desembarcar, con enormes sacrificios antes de que pudieran dar por terminada su misión libertadora, para el buen éxito de la cual y por su propia seguridad, debían actuar con obediencia y subordinación, porque si no se cumplían estrictamente las órdenes, el jefe de la expedición no podía responder de nada. A esta terminante advertencia agregó la de que los expedicionarios iban a actuar en medio de un pueblo amigo y no hostil, al cual venían a ayudar para que se libertase de una odiosa tiranía. Por eso mismo se les conminaba a conducirse con la moralidad y el respeto más estrictos, ya que así también desmentirían a los españoles, quienes trataban de presentarlos como ladrones y saqueadores cuando en realidad eran los soldados auxiliares de la libertad, dispuestos a morir por ella. Infortunadamente estas palabras de admonición no fueron tenidas en cuenta pocas horas después, cuando resurgieron la indisciplina, el desacato y el desenfreno, que serían fatales para el esfuerzo liberador.

El bote con la partida de desembarco llegó a tierra al filo de la media noche y ya para entonces se había dado la alarma en el caserío, porque advertida la presencia del vapor en el canal y oído el disparo hecho con el propósito de asustar al práctico, los vecinos del embarcadero llegaron a la conclusión de que se trataba de la anunciada expedición de Narciso López. Tres o cuatro aduaneros y salva-guardias dispararon sus armas contra el bote y se dieron a la fuga, sin herir a nadie y sin que, a su vez, les alcanzase la descarga con que contestaron los expedicionarios.

Los invasores en seguida desalojaron las lanchas y las demás embarcacioness allí fondeadas, para lo cual se ayudaron con los vecinos que no habían huído, y la pequeña flotilla se acercó al

Libertador para llevar a cabo el trasbordo de la expedición, cosa que se hizo con el mayor orden y sin accidente alguno. Compañía tras compañía, con sus oficiales al frente, fueron desembarcando, y también se enviaron a tierra cuatro barriles de pólvora, dos de balas, el equipaje de los oficiales, armas de repuesto y una maleta que contenía ejemplares de la Constitución de la República de Cuba, proclamas impresas y efectos personales de Narciso López, entre ellos su espada y sus pistolas, que no llevaba consigo a virtud del hábito que había adquirido para entrar en combate, desarmado y a lo sumo con un junquillo de jinetear en la mano. El desembarco tuvo lugar utilizando los dos pobres muelles de manera que figuran en el grabado que reproducimos entre las ilustraciones de esta obra, tomado del dibujo por entonces hecho, allí mismo, por el artista aleman Hoefler, quien se encontraba en aquella comarca, cuyo dibujo publicó *Harper's New Monthly Magazine* (1853), p. 174, con otro de la calle principal de Las Pozas.

Los cubanos y los españoles que figuraban en la expedición no tardaron en entrar en conversación con los vecinos de las Playitas del Morrillo que allí habían permanecido y servían de intérprete a los extranjeros; pero Pragay, Downman y Crittenden establecieron centinelas en los alrededores, especialmente en los caminos que conducían al embarcadero, a fin de prevenir cualquier sorpresa.

La noticia del desembarco de la expedición llegó muy pronto a Las Pozas, con los individuos que habían huído de las Playitas del Morrillo, quienes dieron la alarma en la cabecera del partido y dejaron caer la información de que los invasores querían encontrar prácticos para iniciar la marcha tierra adentro, después de lo cual siguieron para Bahía Honda. Llevados más que por otra cosa, por el afán de aventuras, cinco jóvenes de Las Pozas, Miguel García de la Torre, José Acevedo y los hermanos Félix, José y Manuel Andrés Fuentes, montaron a caballo y partieron en dirección a las Playitas del Morillo, donde llegaron alrededor de las dos de la madrugada y se relacionaron con los invasores. Cuatro de los caballos que ellos llevaban fueron los que después utilizaron López y los principales jefes, en la marcha sobre Las Pozas y de los que Schlesinger dice que encontraron "...cuatro buenos caballos, listos para montar y que evidentemente habían sido dejados allí por manos amigas". (Trad. de H. P. V.) (425)

Mientras todo esto ocurría en el tranquilo embarcadero que de repente quedaba convertido en centro de operaciones militares, López permanecía a bordo del *Libertador*, junto al capitán Lewis, observando ansiosamente las maniobras que se hacían para sacar al buque de su varadura. Las primeras instrucciones, cuando todavía no estaba a flote, fueron las de incendiar el vapor y que Lewis, Fayssoux y los tripulantes se incorporasen a la expedición, en tierra, antes de permitir que el *Libertador* cayese en manos de los españoles. Cuando hubo desembarcado el grueso de la expedición, sin embargo, considerablemente aligerado el barco y efectuadas dos o tres tracciones bien dirigidas, el *Libertador* volvió a flotar en medio de los aplausos de los que habían participado de la operación de salvamento, que fueron coreados por los expedicionarios que estaban en tierra. Todos comprendían que el regreso del buque a los Estados Unidos ofrecía la oportunidad de contar con refuerzos, al traer el segundo contingente invasor, y veían con la mayor satisfacción el hecho de que ya podía navegar.

Con el *Libertador* ya en disposición de emprender viaje, López entró a desempeñar sus funciones como presidente provisional de aquella República de Cuba por la que daría su vida, y llenó y expidió el documento por el cual se comisionaba al *Libertador*, mandado por el capitán Lewis y enarbolando la bandera cubana, como buque de esa nacionalidad, despachado desde el embarcadero del Morrillo para puertos extranjeros. Schlesinger dice que, además, López entregó al capitán Lewis una carta para los patriotas cubanos que estaban en la desembocadura del río St. John, en la Florida, a quienes daba cuenta con el desembarco efectuado y les ordenaba que sin demora llevasen el segundo contingente expedicionario para el Departamento Central, en apoyo de los camagüeyanos sublevados y de cuya triste suerte él no tenía noticias. No hemos de negar la existencia y el envío de esa carta; pero sí queremos hacer constar que no figura en el *Archivo Villaverde*, que obra en nuestro poder y que no hay alusión a ella en el *Diario* del autor de *Cecilia Valdés*, a quien López había dado toda su autoridad en cuanto a la organización y el envío de los refuerzos acumulados en el río St. John.

A las 4 de la madrugada, resueltos todos los detalles, López se despidió cordialmente de sus buenos amigos, Lewis y Fayssoux, quienes habían sido de sus más fieles colaboradores, así como de

la tripulación, y bajó al bote que debía conducirle al embarcadero. Según Schlesinger.

> ...Iba vestido con chaqueta y pantalón blancos, con botonadura hasta el cuello y éste alto y con una estrella solitaria bordada. Ceñía la cintura con un fajín rojo, de general, y no llevaba armas. Su espada y sus pistolas estaban con el bagaje. Su fisonomía se iluminaba con un entusiasmo mesurado. A pesar de su bigote y barba grises, casi parecía un joven otra vez. Todos nos quedamos impresionados con su noble apostura y su gallardía... Al llegar a la orilla la primera cosa que hizo el general López fué arrodillarse y besar el suelo de su "querida Cuba" (en español en el original). Estas fueron sus palabras, palabras de saludo y ¡ay! pronto serían también las de su postrera despedida al país que había querido libertar y por el cual sólo pudo morir... (Traducción de H. P. V.) (426)

Al desembarcar Narciso López su pequeña tropa fue formada para pasarle revista, a excepción de los centinelas y avanzadas colocados a cierta distancia por los dos caminos que conducían al embarcadero y también en los flancos y otros lugares estratégicos. El coronel Pragay, comó segundo en el mando, le informó de las medidas de precaución adoptadas y los expedicionarios prorrumpieron en víctores, deseosos de entrar en acción. El regimiento en formación cuyo mando tenía el coronel Crittenden, ya cubría la retaguardia. No había en el embarcadero los medios de transporte necesarios para ir adelante con la impedimenta y, después de interrogar a los vecinos del lugar y a los curiosos que le habían llegado, se decidió dar un breve descanso de dos horas a los expedicionarios, después de lo cual el grueso de las fuerzas emprendería la marcha, con López a la cabeza, en dirección a Las Pozas, y Crittenden quedaría a cargo de la impedimenta hasta que la llegasen las carretas y las bestias para transportar los bagajes e incorporarse al grupo principal. Según el memorial del capitán Ellis, el propósito de López había sido seguir adelante con la totalidad de los invasores, salvo un pequeño destacamento encargado de custodiar las municiones hasta que hubiese medios de transporte; pero agrega él que el coronel Pragay fué de opinión que era más conveniente dividir la tropa y dejar a Crittenden a retaguardia, como así se hizo. Schlesinger, a su vez, nada dice al efecto: pero fija en ciento veinte el número de los hombres que quedaron al mando de Crittenden y como que éste, al salir de Nueva Orleans, sólo tenía ciento catorce plazas en su "Primer Regimiento de Artillería", es po-

sible colegir que fueron destacados varios cubanos y españoles para que permanecieran en la retaguardia y sirviesen de asesores e intérpretes, una hipótesis que se robustece con el dato de que el español Anselmo Torres Hernández se contó entre los fusilados de Atarés, capturado junto a Crittenden, aunque había formado parte de la "Compañía Cubana".

El descanso de dos horas se convirtió en una pesadilla para los expedicionarios recién desembarcados. La madrugada era húmeda y calurosa, estaban mal alimentados y sus uniformes no eran los más adecuados para el clima de Cuba en el verano. No había viviendas o tiendas de campaña suficientes y durmiendo a la intemperie las mantas de lana se hacían sofocantes. Los enjambres de mosquitos, propios de las costas de Cuba en lugares cenagosos, torturaban en la oscuridad a aquellos desdichados, sin que pudieran valerse. Tan pronto como aclaró, pues, sin mayores dificultades la totalidad de la tropa estuvo en pie y deseosa de alejarse de aquellos lugares. Escasos alimentos y poca agua pudieron tomar antes de iniciar la marcha hacia Las Pozas, bordeando las ciénagas de la Tabla de Agua antes de tomar el camino por tierra firme. García de la Torre, el centenario de Las Pozas del año 1930, a quien ya nos hemos referido, era uno de los guías y les condujo por Toscano, San Joaquín y el ingenio Duquesne, hoy demolido y en cuyo lugar se encuentra la finca "La Josefa".

Cuando ya se iniciaba la marcha, poco después de las 8 de la mañana, el *Libertador* levaba anclas y se alejaba para siempre de las costas de Cuba. Casi en seguida fué que López, Pragay, Downman y Haynes tuvieron a su disposición las cabalgaduras facilitadas por García de la Torre y sus amigos de Las Pozas.

El orden de la marcha era como sigue, según Schlesinger, y en esto su narración concuerda con el dicho de García de la Torre: la vanguardia la formaban los húngaros, tropa veterana y disciplinada; después venían el general López, el coronel Pragay y el estado mayor, seguidos por la "Compañía Cubana", mandada por el capitán Ildefonso Oberto, o sea, que López se había rodeado de los elementos en quienes tenía mayor confianza depositada; a continuación y por su orden marchaban las compañías del "Primer Regimiento de Infantería", mandadas por el coronel Downman y cerraba la columna el pequeño destacamento de los alemanes, también soldados aguerridos, al mando del capitán Schlicht.

No obstante todas las precauciones adoptadas y las órdenes dictadas al efecto, la caminata sirvió muy pronto para poner de relieve que había un fermento de indisciplina y de desorden entre los voluntarios norteamericanos, a pesar de los mejores esfuerzos del coronel Downman, del teniente coronel Haynes y de algunos oficiales que les apoyaron. La marcha era por un sendero fangoso, flanqueado de mangles, con unas pocas palmas costeras, sin árboles frutales ni manantiales. Mosquitos y cangrejos eran la única fauna encontrada. La primera parada fué en la tienda mixta o taberna de la Tabla de Agua, en el mismo lugar donde Crittenden y sus hombres serían atacados, horas después, por los españoles. El memorial de Ellis nada dice al respecto, pero Schlesinger indica que allí, en la tienda mixta o taberna de la Tabla de Agua, se pudo ver que había hecho crisis la disciplina y que existía un estado latiente de insubordinación y de irresponsabilidad, llamado a tener funestar consecuencias. En realidad, la inmensa mayoría de los voluntarios norteamericanos no eran soldados veteranos ni tenían experiencia militar. La expedición a Cuba constituía una aventura interesante para aquellos hombres de acción, recios y valientes; pero individualistas por el mismo tipo de vida que imperaba en los estados del Sur y del Medio Oeste de los Estados Unidos, por aquella época. Los emigrados europeos eran gentes que tenían tradición militar y, en cuanto a los cubanos, por espacio de más de un año habían estado sometidos a un estricto plan de entrenamiento, preparándose para la invasión de la Isla, y conocían e idolizaban a López. La quiebra de la organización y la disciplina estaba, pues, entre los voluntarios norteamericanos, al encontrarse éstos con que la campaña no era como ellos la habían imaginado.

Durante la marcha había resultado imposible lograr que los voluntarios conservasen sus filas y mantuviesen el paso que llevaban la vanguardia y la retaguardia, por lo que éstas, en varias ocasiones, habían tenido que hacer alto para reorganizar la columna. Señala Schlesinger que ya para entonces, a las pocas horas del desembarco, dos o tres de los expedicionarios, descontentos con el peso de sus armas bajo el calor sofocante que había, tiraron sus fusiles a un lado del camino y se hizo preciso llamarles al orden. Dos de los invasores, uno de ellos un italiano

cuyo nombre no da Schlesinger, y el otro el norteamericano Dr. Fourniquet, médico de la expedición, decidieron por su cuenta quedarse a descansar e informaron a la retaguardia que seguirían su marcha por la noche, cuando refrescase, o que se reincorporarían al grupo del coronel Crittenden, sin que se les viese más.

Al llegar a la taberna de la Tabla de Agua se encontraron con una arboleda de mangos y los expedicionarios, al hacer alto y romper filas, se dedicaron a comer la deliciosa fruta tropical, aunque no estaba en sazón y López y los cubanos les advertían de que los mangos no debían comerse si no estaban maduros. Fué allí donde hubo un conato de motín por parte de los voluntarios norteamericanos. Se habían dado órdenes bien estrictas al efecto de que se respetasen las personas y las propiedades en todas partes y uno de los voluntarios, subrepticiamente, violentó la puerta de una de las casas del batey para penetrar en ella. El coronel Pragay, cada vez más preocupado con el creciente desorden, tuvo oportunidad de ver al individuo cuando entraba en la casa y fué tras él, desenvainó su espada y se dispuso a ultimarlo allí mismo, como un escarmiento para todos los demás. El soldado indisciplinado ya había recibido uno que otro planazo administrado por Pragay, pero recogió su fusil y se dispuso a utilizarlo contra su jefe mientras a gritos llamaba a sus camaradas para que le ayudasen "...contra el maldito extranjero que había golpeado a un norteamericano", según anota Schlesinger. No fueron remisos los compatriotas del ofensor y corrieron a respaldarle mientras se producía un grave tumulto en el interior de la casa violentada, y cuando llegó López se encontró con Pragay, espada en mano, quien hacía frente, con los ojos llameantes de rabia y sin encontrar palabras en inglés para hacerse entender, a un grupo de los voluntarios. La presencia del caudillo y la resolución con que se enfrentó con los amotinados evitaron que se produjese un acto de violencia, que habría sido fatal, y la rápida actuación del coronel Downman y de otros jefes y oficiales norteamericanos contuvo al ofensor y al grupo que se le había unido y cuyos componentes todavía no sabían a ciencia cierta qué era lo que había ocurrido. En aquellas críticas circunstancias se apeló a un compromiso consistente en que el voluntario que había delinquido y se había insubordinado hiciese propósito de enmienda, como así ocurrió, al mismo tiempo que se le reprendía públicamente. Aquel arreglo, sin embargo, no era la

solución regular de una crisis de orden y disciplina en el seno de un ejército, sino el reconocimiento de que la autoridad estaba en precario y de que no había completa unidad de mando. Habría en lo adelante y en los momentos más críticos y decisivos, otros actos de indisciplina, que también quedarían impunes, y con ellos se prepararía el terreno para el desastre final.

La marcha de la taberna de la Tabla de Agua hasta Las Pozas continuó sin que hubiese desaparecido la tensión surgida momentos antes; pero con un poco más de orden. De trecho en trecho se veía una casucha cerrada a cal y canto y sin vecinos, y cerca del mediodía hubo el primer contacto con fuerza armada del régimen colonial cuando un grupo de jinetes, de la ronda de Bahía Honda, hicieron alto a poca distancia de la columna expedicionaria. Según Schlesinger el destacamento estaba compuesto por unos veinte y cinco hombres que no realizaron acto alguno de hostilidad, limitándose a observar a los invasores. El general López ordenó a uno de los hombres de la "Compañía Cubana", de apellido Ribas, que fuese al encuentro de la ronda y le diese informes acerca de la expedición y del objetivo que perseguía en cuanto a Cuba; pero el jefe de la ronda, apenas hubo escuchado el mensaje, contestó a gritos que él y sus hombres sólo reconocían a Isabel II y a su gobierno, con lo cual todos volvieron grupas y huyeron al galope. Dice Schlesinger que "...el general envió a uno de los soldados que se le había incorporado en Cárdenas, un hombre inteligente, de apellido Ribas...", para que hablase con el jefe de la ronda; pero entre los soldados de Cárdenas nadie tenía ese nombre, por lo que cabe colegir que se trataba de otra persona, cubano o español, que estaba en Nueva Orleans y había decidido venir con la expedición. Ese alto, según el práctico García de la Torre, tuvo lugar en el demolido ingenio "Duquesne", hoy "La Josefa", donde López, además, ordenó a los otros guías, los hermanos Fuentes, que procurasen dos reses que serían sacrificadas al llegar a Las Pozas, para alimentar a la tropa, como así se hizo, sin que los hermanos Fuentes quisiesen admitir el dinero que les ofrecía López para pagar el costo de las reses.

Al llegar a Las Pozas la columna invasora, descontados los ciento veinte hombres que habían quedado con el coronel Crittenden en la costa y una que otra deserción habidas durante el camino, apenas si estaba formada por unos trescientos diez com-

batientes, rendidos de fatiga y abrumados por el hambre y la sed; pero que todavía conservaban sus armas y pertrechos. Hay discrepancias entre Schlesinger y Ellis en cuanto a la hora de la llegada a Las Pozas, ya que el primero afirma que entraron en la población a las dos de la tarde, y el segundo dice que alrededor de las doce del día, hora ésta más de acuerdo con la que recordaba el guía de la Torre, años más tarde, y con el tiempo que se requiere para trasladarse de las Playitas del Morrillo a Las Pozas, a paso de marcha.

Hay bastante información, hasta gráfica, acerca del pueblo de Las Pozas en 1851. El pintor alemán Hoefler, quien se encontraba en esa comarca cuando la Expedición de la Vuelta Abajo desembarcó, recogió en un cuadro que publicó *Harper's New Monthly Magazine* (1853) y que reproducimos en esta obra, el aspecto general de la aldea a lo largo de la calle Real de la época, mientras que el agrimensor Mariano Carlés imprimió numerosas litografías de la población y sus alrededores, en relación con los sucesos de 1851, las cuales también aparecen entre las ilustraciones de este libro. Las Pozas es pueblo viejo, cuyo origen se remonta a la segunda mitad del siglo XVII y años después se estableció allí la parroquia de Cacarajícara, en el templo que aparece en uno de los dibujos de Carlés. Situado el pueblo sobre el camino real de la Vuelta Abajo, por la costa Norte, daba salida hacia el embarcadero de las Playitas del Morrillo a los productos de una extensa zona maderera, cafetalera y ganadera y tenía, además, cinco ingenios, entre ellos el "Duquesne" o "La Josefa", de Antonio Alvarez González, bastante importante, situado a corta distancia del pueblo.

El casco de la población lo componían por entonces la Plazoleta de la Iglesia Parroquial y la calle Real, con poco más de dos docenas de casas, casi todas ellas de madera y tejas, o madera y yaguas, con apenas si ciento treinta vecinos, la cuarta parte de ellos, esclavos. Aparte de las viviendas había dos tiendas mixtas, una herrería y uno que otro almacén de frutos de la zona.

Schlesinger nos dejó una descripción muy interesante de Las Pozas, tal y como lucía en agosto de 1851, cuando llegaron a ella los invasores, y esa descripción ha de ser de mucha utilidad al lector para imaginarse el teatro de los acontecimientos, al producirse el combate del 13 de agosto de 1851. Héla aquí:

...Las Pozas... es una pobre y pequeña aldea de quizás si cincuenta casas, que se extiende principalmente a lo largo de una sola calle que viene a ser la continuación del camino por el cual habíamos venido del Morrillo, es decir, del camino real de Bahía Honda en el que habíamos entrado, al estar a una legua de Las Pozas, cuando entroncaba con el de menor anchura, procedente del Morrillo. El inicio de esta calle o entrada en la aldea es considerablemente elevado, ya que está en la cima de una pequeña eminencia o colina. A cada lado de esa entrada hay otras pequeñas lomas y todas forman un sucesión de colinas, en realidad. Esta es la parte más alta del pueblo y desde este punto es que la calle va descendiendo, irregularmente. En la batalla que tuvo lugar al día siguiente, este lomerío fué nuestra línea de combate, con nuestros hombres ocupando las dos pequeñas eminencias a ambos lados del camino que penetraba en la aldea y por el cual el enemigo trató de avanzar. Ante nosotros había una hondonada o valle surcado por el camino, aunque no en línea recta, ya que serpenteaba de derecha a izquierda hasta llegar al fondo del valle, con lo que bordeaba la base de la eminencia que teníamos a la derecha. También a la derecha de este camino, a su subida, había un bosque que cubría nuestra izquierda. Al otro lado se encontraba un gran maizal, que comenzaba en la ladera de la colina sobre la cual descansaba nuestra derecha y estaba separado del camino por una cerca la cual, especialmente al fondo del valle, no estaba junto al camino, sino que dejaba un considerable espacio libre entre ambos. De consiguiente, por la misma naturaleza del terreno, el enemigo solamente podía atacar la posición que los invasores ocupamos durante la batalla, mediante una carga subiendo por el camino para penetrar en el pueblo, o a través del maizal a nuestra derecha, también cuesta arriba por esa colina o por las otras que había a su izquierda. Por el otro lado (que era el flanco derecho del enemigo), nuestro flanco izquierdo estaba eficazmente cubierto por el bosque ya mencionado. Un poco a la derecha del camino y más o menos en lo más alto de la loma, en lo que constituía la entrada del pueblo, había una casa aislada de las demás, como a quince o veinte yardas de las otras casas, que formaban la calle.

La aldea estaba casi por completo desierta cuando llegamos. Aparte del temor que cualquiera de los vecinos hubiera podido sentir, las autoridades les habían ordenado que se fuesen. Unos pocos de ellos, todos hombres, se quedaron, incluyendo los dueños de las dos tiendas mixtas del lugar, siempre catalanes o peninsulares, y unos cuantos esclavos negros.

El general López en seguida lanzó una proclama en la que le aseguraba al vecindario que veníamos solamente en calidad de amigos y de auxiliares para luchar contra sus opresores. También se ordenó en el acto una requisa por provisiones y carretas y no se perdió un momento en obtenerlas.

Se consiguieron tres de esas carretas y en una hora y media después de nuestra llegada habían sido enviadas a Crittenden, con una escolta de ocho hombres y con órdenes de que se nos incorporase

tan pronto como fuese posible, de todos modos antes del alba. De ese modo habría tenido la ventaja de la frescura de la noche para su marcha con la impedimenta. (El memorial de Ellis dice que eran sólo dos carretas con cinco hombres de escolta, pertenecientes a la "Compañía Cubana" (NOTA de H. P. V.)... ... Un cuarto de hora después de que las carretas habían partido para El Morrillo, el general López envió orden a Crittenden para que prescindiera del bagaje pesado y marchase inmediatamente a reunírsele sin falta aquella misma noche. Los millares de cartuchos que había, los papeles de la expedición, etc., de ese modo los hubieran podido llevar fácilmente consigo por los hombres de Crittenden, mientras que los fusiles, la pólvora y el equipaje López prefería abandonarlos antes que prolongar su separación de Crittenden y su estancia en Las Pozas, punto éste desde el cual se proponía salir por la mañana, lo más temprano posible. Yo mismo escribí esa orden para Crittenden y el general la envió por medio de uno de los vecinos del lugar, en quien podía confiar, como el medio de comunicación más seguro y por no querer distraer a ningún otro soldado de nuestra pequeña fuerza en Las Pozas, reducida a unos doscientos ochenta hombres.

La orden llegó a manos de Crittenden *como una hora antes que las carretas*. De esto no hay duda. Cuando una parte del comando de *Crittenden*, a las órdenes del capitán Kelly, se nos incorporó, la noche después de la batalla, se me informó así por varios de los oficiales. Recuerdo especialmente a Rekendorf, después muerto, el pobre y Radnitz, todavía más desdichado, ahora en Ceuta. ¡Ay! ¡Ay! Pero Crittenden, en vez de obedecer esas órdenes, se dedicó a juzgarlas, a deliberar acerca de ellas y por fin no las cumplió. Sin duda él creyó que se trataba de una desobediencia justificada; pero quizás si también pudo haber un poco de influencia, en su mente, del antiguo descontento que tuvo en cuanto a las posiciones del coronel Downman y de él mismo, así como el disgusto en cuanto a las más estrechas relaciones y la supuesta influencia de los oficiales extranjeros del estado mayor, con el general López, y todo esto le predispuso para actuar con el ejercicio independiente de su propio criterio, al mando de la unidad al frente de la cual por el momento estaba. Como quiera que tratemos de explicar lo ocurrido, hombre bravo, valiente y noble como era Crittenden, tan querido como nos fué en vida, y con su memoria tan orgullosamente venerada como nos es, en la gloria sangrienta de su tumba, con eso cometió un cardinal error militar y ése fué, en mi opinión, el punto crítico del fracaso de la empresa.

No sólo resolvió llevar consigo toda la pesada impedimenta sino que, al advertir que así las carretas quedaban demasiado pesadas por la carga, envió a uno de los negros carreteros a buscar más bueyes, y cuando de ese modo ya tuvo dos yuntas por carreta, en vez de una sola, con la que habían venido, comenzó su marcha a paso lento, sobre las once de la noche.

Mientras tanto, estábamos esperándole con la mayor ansiedad. Durante toda la noche el general estuvo esperando. No había la

menor duda de su llegada, de hora en hora... Cuando llegó el día sin que todavía Crittenden hubiese aparecido, el general López estaba en extremo preocupado. Suponía que no le había llegado la orden enviada y temía que las carretas con los escoltas habían sido capturadas. El perder a esas alturas a Crittenden y a su fuerza, que constituían casi la tercera parte de la expedición, iba a ser un golpe terrible, por el debilitamiento en cuanto al número de los invasores; pero más aún por la mala influencia que semejante calamidad podía representar para el país... (Traducción de H. P. V.)

Esta cita, extensa y detallada, de la narración hecha por Schlesinger, presenta el caso concreto de otra y gravísima insubordinación e indisciplina, confirmada por el relato que más tarde publicó el capitán Kelly, de la Compañía "B", al mando de Crittenden, quien pudo escapar con sus hombres de la terrible suerte sufrida por Crittenden, cuando quedó separado de este último en la Tabla de Agua y se incorporó al grueso de la fuerza, en Las Pozas. El relato del capitán Kelly apareció en el *Daily Picayune*, de Nueva Orleans, y trataba de excusar el error y la falta de Crittenden, aunque comprueba que, en efecto, este último recibió la orden de López para que a marcha forzada y abandonando la impedimenta se le uniese sin demora; pero que Crittenden estuvo vacilando porque no quería dejar la impedimenta y decidió enviar un mensajero a López para que le diese nuevas instrucciones y mientras tanto fué atacado por los españoles. Schlesinger sin embargo, aclara que no hubo tal mensajero de Crittenden y que no había por qué pedir más instrucciones ante una orden perentoria del general en jefe, que había sido reiterada. Por ese error y esa falta de Crittenden la batalla de Las Pozas no culminó en la completa destrucción de la más fuerte de las columnas españolas; pero si él hubiese cumplido lo ordenado, ni la batalla se habría dado y todo el contingente invasor, intacto, se habría adentrado en las montañas, como quería López, y el propio Crittenden y sus compañeros no habrían tenido el triste fin que tuvieron en la matanza de Atarés. Como veremos más adelante, la insubordinación de Crittenden tuvo el resultado directo de la dispersión fatal de las fuerzas que le habían sido confiadas, y el turbulento oficial siguió actuando por su cuenta y pretendió realizar la absurda escapada para regresar a Nueva Orleans en unas pequeñas embarcaciones, que terminó trágicamente.

Fácil es, a estas alturas, criticar a López porque no pudo evitar esos sucesos; pero la verdad es que él había hecho todo

lo posible para que no se produjeran, aunque las circunstancias le imponían la necesidad de contar con hombres como Crittenden, quien ya se había manifestado como díscolo en la Academia de West Point y en la guerra entre México y los Estados Unidos; pero quien, al mismo tiempo, por el puesto que tenía en la Aduana de Nueva Orleans y por sus relaciones de familias y de amistad, podía ser útil. El hecho de que López sabía a qué atenerse, en cuanto a Crittenden, se demuestra con su resolución de contar con el veterano coronel Downman, con preferencia a él, tan pronto como zarpó, y de dejarlo a cargo de la retaguardia y la impedimenta, responsabilidad de carácter secundario y que todavía resultó superior a las capacidades de Crittenden como militar. Alguien pudiera preguntar cómo fué que, en esas condiciones, López contó con Crittenden; pero esa pregunta solamente puede hacerse después de haber contestado esta otra: ¿dónde estaban todos aquellos conspiradores y revolucionarios quienes eran necesarios, en número de unos quinientos, de ser posible, los cuales prometían sublevaciones y pedían expediciones; pero nunca acudieron a combatir? Si López hubiese contado con varios centenares de cubanos expedicionarios, no habría tenido que apelar a reclutar extranjeros. En 1851, cuando así lo hizo, y ya lo hemos aclarado, cuidó muy bien de atraerse a los veteranos europeos de la Revolución de 1848, de modo que no tuviese que depender exclusivamente de los voluntarios norteamericanos quienes, si valerosos, fuertes y resueltos, carecían por otra parte de experiencia y disciplinas militares. Claro que todavía cabe la otra posibilidad, la de que López hubiese renunciado a sus empresas revolucionarias porque los cubanos no iban a pelear en número suficiente bajo la bandera que dió a nuestra Patria y por la cual sacrificó su vida; pero no es de creer que los detractores de Narciso López hubiesen esperado de él, precisamente, que hiciese tal cosa, ya que con ello Cuba hubiese perdido uno de los más estimulantes y gloriosos episodios de sus Guerras de Independencia, que es el de los esfuerzos libertadores del valiente caraqueño.

4. Los combates en Las Pozas, Tabla del Agua, Cafetal de Frías. Candelaria del Aguacate, etc.

La campaña de Narciso López en Pinar del Río, que culminó en un desastre a virtud de causas muy diversas, ha sido

muy imperfectamente estudiada hasta ahora, en la historia militar de Cuba y hasta en la historia general del país. Sin embargo, como el lector admitirá con este estudio, hay en esa campaña muy importantes elementos de juicio para considerarla como lo que fué, de mucha trascendencia para precisar los recursos de guerra con que contaba España en Cuba, y sus verdaderas posibilidades, así como para determinar lo que podía esperarse en el campo de batalla de una fuerza de desembarco compuesta por veteranos, bien armados, frente a las tropas españolas. La lección quedó allí, en los llanos y las montañas de la Vuelta Abajo, sin que fuese debidamente aprovechada en las Guerras de Independencia porque nunca más se dieron las circunstancias en que operaron los expedicionarios de Narciso López y los soldados españoles, ni siquiera con las expediciones desembarcadas en las costas de Pinar del Río después de que se completó la invasión hasta Mantua, al mando de Maceo, el hijo de aquel soldado de Narciso López cuando la Guerra de Independencia de Venezuela, establecido en Santiago de Cuba para después consagrarse, él y los suyos, a continuar la empresa de libertar a Cuba.

La extinguida Secretaría de la Guerra y Marina, como el disuelto Ejército Nacional de Cuba, tuvieron la intuición de la importancia de la campaña de Narciso López en la Vuelta Abajo, cuando en agosto de 1930 hicieron que un grupo de oficiales (el entonces capitán Manuel León Calás, el primer teniente René E. Reyna Cossio, el alférez de navío José A. Hernández Roger y el segundo teniente Arturo Arias Torres), reconstruyeran la ruta de los invasores de 1851 y los planos de las acciones de guerra de la época. Fuímos el asesor y consultor civil de esos militares, a quienes acompañamos en sus marchas, y relatamos nuestras impresiones del estudio hecho en una serie de artículos publicados en la revista *Carteles*, en 1930.

Años más tarde, cuando explicábamos la asignatura de Historia Militar de Cuba en la Escuela Superior de Guerra, siempre tratamos de destacar ante los oficiales alumnos la importancia de la campaña de Narciso López en la Vuelta Abajo, que aquí vamos a estudiar detalladamente.

No entraba en los planes de Narciso López trabar combate formal con las tropas españolas cuando apenas si había desembarcado en Cuba, en 1851. Calculaba que, con los sucesos de

Camagüey y de Trinidad y con las noticias que se le habían enviado acerca de otras sublevaciones, que nunca tuvieron lugar, el Capitán General Concha no tendría a su disposición mucha tropa veterana para enviarla contra los invasores, en los primeros momentos, sobre todo con el estado de inquietud política que había en La Habana y con las promesas formales hechas por los conspiradores habaneros para un alzamiento en la capital, con la participción de ciertas unidades de la guarnición. A todo esto habríase unido, además el elemento de la sorpresa en cuanto al lugar del desembarco, que representaba una gran ventaja. El cálculo de López, sin embargo, fallaba por su base en cuanto a que él carecía de un buen servicio de inteligencia militar y los informes que recibía no eran exactos cuando provenían de conspiradores que se dejaban arrastrar por su entusiasmo hasta el punto de faltar a la verdad y dar por probado lo que debía ser probado, y también cuando los recibía de los agentes del coloniaje infiltrados en las filas de los patriotas y que llegaban a utilizar su clave para dar noticias falsas. Aunque López abrigase alguna duda respecto a los informes que recibía, ya era por completo presa de las circunstancias y tenía que llevar hasta el final sus planes de invasión y de lucha contra el régimen colonial español, so pena de quedar desacreditado como jefe y con él, también lo habría sido la causa que representaba.

Dice Schlesinger en su narración que apenas si había transcurrido un cuarto de hora de que habían partido de Las Pozas las carretas enviadas a Crittenden, es decir, a mitad del mediodía, cuando llegó un guajiro procedente de Bahía Honda y le informó a López de que la noticia del desembarco ya había sido enviada a La Habana, la noche anterior, por la fragata española *Esperanza*, que había intentado perseguir al *Libertador*, entre Cabañas y Bahía Honda, y de que ya había llegado a este último puerto una división de tropas que estaba a punto de iniciar sus operaciones contra los invasores. La confidencia recibida por López y a la que se refiere Schlesinger, en términos generales se ajustaba a la verdad. Los aduaneros y salvaguardias que habían huído de las Playitas del Morrillo a medianoche del once al doce de agosto, se dirigieron a Bahía Honda, a pocos kilómetros de distancia, a llevar la noticia de la llegada de la expedición. Lo hicieron con gran rapidez, por cuanto a las cuatro de la madrugada del martes 12 de agosto ya el gobernador de

Bahía Honda estaba avisando al Capitán General Concha, por vía de Cabañas, Mariel y Guanajay, que

> ... en el punto titulado las Playitas, cuatro leguas a sotavento de dicho puerto había desembarcado una expedicion de piratas acaudillada por el traidor López... (427)

El aviso llegó después de la notificación enviada por el capitán de la fragata *Esperanza* sobre que "...un vapor sospechoso y de poco porte navegaba con mucha gente hacia el rumbo N. O.". Con esos datos y el parte que con cierta demora había dado el vigía del Morro, el general Concha tenía antecedentes bastantes para actuar, mucho más porque, como él mismo dice, había motivos para pensar que la Vuelta Abajo era uno de los objetivos de Narciso López. Como relatamos con anterioridad, a las dos y media de la madrugada del 12, recibida la notificación del capitán de la fragata *Esperanza*, Concha había dictado las órdenes para la urgente salida de una columna de operaciones para la Vuelta Abajo. El esfuerzo militar del gobierno español sería tan completo como lo permitiesen las precauciones necesarias en cuanto al mantenimiento del orden en La Habana. El general Manuel de Enna, en otro tiempo, como el propio Concha, había sido subordinado de Narciso López y pidió y obtuvo el mando de la columna de operaciones. Enna era el Segundo Cabo o segundo en el mando del régimen colonial y su salida a campaña demostraba la importancia que Concha atribuía a la invasión. Por si se necesita dato adicional al respecto conviene agregar que el vicealmirante José María de Bustillo, jefe de las fuerzas navales españolas en Cuba, asumió personalmente el mando del convoy que llevaría las tropas. Estas eran formadas por unidades de primera clase, pues no otra cosa significan las palabras "compañías de preferencia", utilizadas por Concha (428) para referirse a las proporcionadas por los regimientos "de la Reina, de la Corona, de Barcelona y de León", que eran siete con setecientos cincuenta hombres, por lo menos, veteranos todos ellos, a los que agregaba un pelotón de caballería. A las 7 de la mañana del día 12, pocas horas después del desembarco, ya estaban embarcando en el crucero *Pizarro* y una goleta que sería remolcada, los ochocientos hombres de la expedición, treinta caballos, botiquín completo de campaña, municiones de repuesto, doce mil raciones para los soldados y pienso para ocho días, para los caballos. Cruel, desleal, pérfido y dispuesto a enriquecerse

de cualquier manera, como era Concha, también era un militar hábil y experimentado y no había dejado nada al azar, sino que de antemano tenía hechos todos los preparativos para luchar contra los invasores. De la calidad de las tropas que enviaba contra López y que serían derrotadas en Las Pozas, no cabe dudar, ya que el mismo Concha es quien nos dice:

> ...No quise, sin embargo, detener la salida del general Enna y sus setecientos cincuenta granaderos y cazadores, QUE CONSTITUIAN UNA DE LAS MEJORES Y MAS BRILLANTES COLUMNAS DE PREFERENCIA QUE HABIA ALCANZADO A VER REUNIDA AUN EN EL PERIODO DE NUESTRA GUERRA CIVIL, y que no podía dejarme duda de su suficiencia para batir completamente la fuerza enemiga, tanto más, cuanto debía serle fácil en el caso de internarse como suponía, obrar en combinacion con la columna del coronel Elizalde. La direccion más natural, empero, que debian tomar los enemigos eran las lomas del Cuzco, punto muy conocido de su cabecilla y que ofrecía más facilidades para evitar el encuentro con nuestras tropas. Por esta razon, hice desembarcar solo al coronel Morales, gefe de E. M. que acompañaba al general Enna, y dispuse su marcha á las doce del mismo dia por el camino de hierro de Guanajay, en cuyo punto se reunió una columna de cuatrocientos hombres y ciento veinte caballos, para situarse á la salida de aquellas lomas en direccion á la capital... (420)

El lector advertirá que, según Concha, el contingente despachado de La Habana para ir a combatir contra los invasores de Narciso López constituía, como hemos destacado con mayúsculas, una de las mejores y más brillantes columnas que él había visto hasta en el período de la Guerra Carlista, en España, y esto es algo que hay que tener en cuenta al juzgar la demostración de coraje y de espíritu de lucha dada por los invasores quienes también tendrían en su contra la cuarta columna de operaciones al mando del coronel Angel Elizalde, la tercera, mandada por el teniente coronel Félix Sánchez, y la segunda, bajo la dirección personal del coronel Joaquín Morales de Rada, además de los lanceros y rurales de Fernando VII y las rondas armadas de los capitanes pedáneos. Sobre los expedicionarios del *Libertador*, cuyo número total apenas si pasaba de cuatrocientos hombres; pero quienes quedaban divididos en dos grupos por la desobediencia de Crittenden, convergían unos cuatro mil soldados españoles de infantería, caballería y artillería cuya consigna era la de no dar cuartel ni hacer prisioneros, sino matar a diestra y siniestra hasta asegurarse de que había quedado

destruído el contingente expedicionario. El 14 de agosto se agregaban a las fuerzas españolas, desembarcando del vapor *Almendares*, en Bahía Honda, varias compañías del Regimiento de Galicia, y el vapor *Habanero* llevó la artillería y la caballería al mismo puerto, ese día, todas ellas al mando del brigadier Martín Rosales, con lo cual se completaba el cerco de acero y fuego en torno a Narciso López y sus hombres.

El general Enna y el almirante Bustillos salieron de La Habana, a bordo del crucero *Pizarro* y con una goleta a remolque, a las siete y media de la mañana del día 12. Al pasar frente al Mariel todavía no había allí noticias concretas del desembarco; pero cuando el barco de guerra navegaba frente a Bahía Honda se vió que la bandera del castillo de San Fernando estaba a media asta, como para llamar la atención, y allí se supo la noticia del desembarco de López en las Playitas del Morrillo. El pesado barco de guerra no podía penetrar en ese embarcadero, así que hizo puerto en Bahía Honda y aún así tuvo que fondear por su gran calado a gran distancia del muelle. En las últimas horas de la tarde comenzó el transporte de la columna del general Enna, desde el *Pizarro*, a tierra, hecho con grandes dificultades y no fué hasta cerca de la medianoche que se completó el desembarco de hombres, caballos, armas y pertrechos. A las seis y media de la tarde del martes 12 el general Enna escribió al Capitán General Concha, para darle cuenta con su llegada, y a las once y media de la noche el almirante Bustillos comunicaba que había terminado el alijo y comenzaba a preparar su buque para recorrer la costa Norte de la Vuelta Abajo, crucero en el cual sorprendería y detendría la flotilla de lanchas en la que Crittenden y sus hombres habían intentado la absurda aventura de cruzar el Golfo de México para regresar a los Estados Unidos.

Desde los primeros momentos el general Enna, dominado por el pensamiento de llegar a combatir cuanto antes con los invasores, se aplicó a salir a campaña. Tan pronto como hubo conseguido los medios de transporte para su impedimenta y provisiones adicionales requisadas en Bahía Honda, dió orden de iniciar la marcha hacia San Miguel de Caldereteros, caserío situado a la mitad de la distancia entre Bahía Honda y Las Pozas, a pesar de que ya era medianoche.

Enna, en su excitación, se condujo con notable imprudencia, ya que no tuvo en cuenta el estado en que se encontraban sus tropas después de un día de viaje, desde La Habana, ni los azares del desembarco, ni el hecho de que no habían tenido una sola comida regular. Concha hubo de criticar su improvisión y su precipitación, entonces y años más tarde, cuando publicó su primer memorial acerca de Cuba, en el cual después de hacer notar que la partida de Bahía Honda había sido después de las once de la noche y de que en San Giguel de Caldereteros sólo había una reducida casa de guano, se puede leer lo siguiente:

> ... Pocos hombres han reunido un conjunto de circunstancias mas recomendables que el general Enna. Tan honrado como caballero, tan leal como buen español, era como militar de un valor frio y á toda prueba. Dotado de una naturaleza de bronce, sufria con la misma indiferencia la sed que el hambre, el sol que el agua, el calor que el frio: un solo pensamiento le ocupaba, el de buscar y batir a los enemigos, juzgando imposible que nada resistiese á su valor y al de sus soldados. No contaba, sin embargo, con la singularidad de su naturaleza privilegiada, capáz de sostenerse con solo su ardimiento y su amor á la gloria; y á esto se debió únicamente el que aun habiendo tenido tiempo suficiente y raciones sobradas, no ya por las que llevaba, sino por todas las que habria de proporcionarle la decidida y entusiasta poblacion de Bahia Honda, con abundancia de ganado y de vino, no tomaron sus soldados ni en este último punto, ni en el campamento de San Miguel, despues de haber estado en movimiento desde la madrugada del dia anterior, mas alimento que una galleta que se les habia distribuido á bordo del *Pizarro*... (430)

En las primeras horas de la madrugada del miércoles 13 de agosto, pues, la columna del general Enna, fuerte de unos mil hombres con las rondas y los rurales que se le habían incorporado, acampó en San Miguel de Caldereteros, a pocos kilómetros de Las Pozas. Allí descansaron durante el resto de la noche y al amanecer, sabedor Enna de que las fuerzas de López estaban divididas porque Crittenden había permanecido en las Playitas del Morrillo con la impedimenta, destacó al teniente coronel Juan Antonio Villaoz, con dos compañías de granaderos y cazadores del Regimiento de la Reina y del Regimiento de Barcelona, así como una sección de caballería, unos doscientos cincuenta hombres, en total, para que fuesen a atacar al grupo mandado por Crittenden, mientras él seguía con el grueso de sus fuerzas, más de setecientos cincuenta hombres, hacia Las Pozas. El lector puede ver en las *Memorias*, de Concha, que éste dice

que Enna entregó a Villaoz tres compañías de infantería y alguna caballería para su movimiento contra Crittenden, quizás si para disminuir artificialmente el número real de los efectivos de la columna con la cual Enna quedó derrotado en Las Pozas; pero nos atenemos al parte oficial del comandante Villaoz al Capitán General Concha, acerca de la acción de la Tabla del Agua, en la que dicho oficial dice que la columna que se le confió estaba compuesta por dos o tres compañías y una sección de caballería, (431) o sea, que Enna siguió para Las Pozas con fuerzas muy superiores a las que Concha le atribuyó. La separación de los dos contingentes españoles, el de Enna y el de Villaoz, tuvo lugar en Corralillo, ya más cerca de Las Pozas.

Volvamos ahora al estudio de la situación existente en Las Pozas después que Narciso López y sus hombres, en número de unos doscientos ochenta, se apoderaron de dicho pueblo. La tarde y las primeras horas de la noche del martes 12 las había pasado López en la angustiosa espera del contingente confiado a Crittenden y que no se le incorporaba a pesar de las órdenes terminantes enviadas y que habían llegado a manos del jefe de la pequeña columna, dominado por la irresolución y por los prejuicios cuando más necesarias le habrían sido la disciplina y la energía para decidir las cosas. Las vacilaciones y las demoras de Crittenden serían fatales. Una hora antes de que llegasen a las Playitas del Morrillo las carretas enviadas desde Las Pozas, el mensajero enviado exprofeso por López había entregado a Crittenden la orden de prescindir de la impedimenta y de ir a marcha forzada a incorporarse al grueso de los invasores. Por la distancia entre los dos lugarejos y el carácter urgente de la orden, se puede dar por seguro que Crittenden la recibió antes del anochecer; pero al llegar las carretas todavía se demoró y, por fin, decidió por su cuenta salvar la impedimenta aunque eso significaba, con los medios de transporte con que contaba, el estado de su tropa y la posibilidad de un ataque por parte de los españoles, correr un gravísimo riesgo de ser interceptado en el camino. La marcha se inició a las once de la noche.

En la espera por Crittenden, pues, pasó la noche del martes 12 al miércoles 13 sin que se llevase a cabo la evacuación de Las Pozas para internarse en las montañas y sin que hubiese noticias directas o indirectas de la decisión adoptada por Crittenden o

de lo que pudiese haberle ocurrido. Durante esas horas de espera y sin que se hubiese perdido el recuerdo del incidente habido en la Tabla del Agua, el comportamiento de los invasores en Las Pozas fué irreprochable. Pese a las noticias dadas por los españoles, con posterioridad, acerca de que el vecindario, en masa, había huido del pueblo, lo cierto es que los bodegueros y algunos otros vecinos no se fueron, entre estos últimos Miguel García de la Torre, los hermanos Félix, José y Manuel Andrés Fuentes y José Acevedo, todos los cuales actuaron como guías y ayudantes de los expedicionarios, y Agustín Artiles y Juan López Viera, con algunos esclavos. El cura párroco P. Juan José Baffi, cubano, natural de Trinidad, el capitán pedáneo Andrés Aparicio, Hipólito Alfaro y hasta la mamá de García de la Torre, señora María de la Luz de la Torre, se unieron al éxodo de la población hacia las montañas. Los vecinos que permanecieron en la aldea departieron con los soldados de la "Compañía Cubana" y con los otros expedicionarios que hablaban español, sin que se produjese incidente alguno, y los invasores pagaron escrupulosamente por lo que consumieron en las tabernas del pueblo. La noche transcurrió sin mayores ocurrencias, con los invasores bien alimentados y descansados, aunque se quejaban del calor, de los mosquitos y del croar de las ranas en el río cercano.

Al romper el día hubo llamada a tropa, se inspeccionaron y relevaron las avanzadas y centinelas sin que se reportarse novedad alguna, y fueron sacrificadas dos reses para preparar el desayuno y las comidas del resto del día. Alimentada la tropa se dispuso entonces la práctica de ejercicios militares, muy necesarios a aquellos soldados improvisados, y las marchas, las voces de mando y las evoluciones mantenían a todos muy interesados, hasta el punto de que los centinelas destacados a la entrada del pueblo, por el camino real, abandonaron sus puestos de observación y vigilancia para sumarse al resto de sus compañeros, en los ejercicios que tenían lugar.

La columna del general Enna, que al mismo tiempo llegaba a Las Pozas, por el camino real, de Bahía Honda a San Miguel y a Corralillos, se encontró con que no había centinelas allí. La patrulla enviada de descubierta informó a los españoles acerca de lo que ocurría en el pueblo, y Enna avanzó sigilosamente, con tres compañías de infantería y su caballería, unos quinientos

hombres, en total, mientras dejaba en reserva a las otras dos compañías con que contaba. Sin ser vistas las tropas coloniales avanzaron hasta la casa de Hipólito Alfaro, situada en la cresta de la loma, a la entrada del pueblo, separada del resto del caserío y con una posición dominante sobre la calle Real del pueblo. En ella se parapetaron los soldados de la vanguardia de Enna y desde allí, a las ocho de la mañana, hicieron una primera descarga de fusilería que tomó por sorpresa a los invasores. A los gritos de "¡El enemigo! ¡El enemigo!", que dice Schlesinger, las fuerzas de López se prepararon para combatir. Bisoños, indisciplinados e individualistas, como eran en su mayoría los voluntarios norteamericanos, por otra parte eran valientes y resueltos y buenos tiradores. En cuanto a los veteranos europeos, la determinación para repeler el ataque era casi automática y en el acto tomaron posiciones para ello. Correspondió a la "Compañía Cubana", por orden expresa de Narciso López, la encomienda de desalojar a los españoles de la casa en la cima de la loma, en la que se habían atrincherado y desde la cual hacían un fuego graneado sobre las fuerzas invasoras. De este modo eran cubanos los que tenían el primer papel en la batalla de Las Pozas contra los españoles. La "Compañía Cubana", mandada por Ildefonso Oberto, compañero del padre de los Maceo y de otros venezolanos que se habían quedado en Santiago de Cuba cuando llegaron a esa ciudad con Narciso López, en 1823, era una unidad escogida y a la cual se le había dado excelente preparación. Oberto y sus hombres se lanzaron al ataque cuesta arriba, por la calle Real, disparando mientras avanzaban, penetraron en la casa y desalojaron de ella a los españoles, arrollándolos por la ladera descendente de la loma hacia el vallecito por donde avanzaba el grueso de las fuerzas de Enna, las cuales fueron afectadas por la confusión con que huían sus compañeros de la vanguardia.

Schlesinger dice a este respecto, con elogios que debieran siempre tenerse en cuenta, en la historia militar de Cuba:

> ... El general en seguida ordenó a la "Compañía Cubana" que desalojase al enemigo de la casa en que estaba, a la bayoneta. El capitán Oberto se puso a la cabeza de sus hombres y gallardamente desempeñó su encomienda. El y sus hombres arrojaron a los españoles fuera de la casa, arrollándoles en medio del mayor desorden por el mismo camino por el cual la principal columna enemiga avanzaba para atacar. El valiente capitán Oberto recibió una herida mortal y expiró

durante el curso de la batalla tan bien comenzada por él. Esta fué, a mi juicio, la más hermosa demostración militar de toda la campaña. Los soldados españoles apostados en la casa superaban en número a los cubanos que los atacaron. Los mejores veteranos no pudieran haberlo hecho mejor. Esta fué, en realidad, la única carga hecha por los nuestros en toda la campaña... (Traducción de H. P. V.)

El memorial del capitán Ellis describe de otra manera los primeros momentos de la batalla de Las Pozas, cuando dice:

... La mañana siguiente (dia 13) los invasores estaban diseminados por el pueblo, unos cocinando y otros preparándose para cocinar el desayuno y un grupo numeroso bañándose en un arroyo distante un cuarto de milla. De repente se dió la alarma. Los centinelas fueron atacados con fuego de fusil y obligados a retirarse. La vanguardia del enemigo estaba a unas doscientas yardas del pueblo. Nuestros hombres corrieron a coger sus armas y en unos pocos momentos cada compañía quedó formada. La compañía del capitán Johnson, que estaba en la extrema izquierda, fué atacada primero; pero se sostuvo hasta ser reforzada por la compañía del capitán Steward y la de cubanos del capitán Oberto. Una fuerte columna del enemigo se veía venir a través del maizal con la intención de flanquearnos, se ordenó a la compañía del capitán Ellis que tomase posiciones sobre la colina alta, a la entrada del pueblo, mientras que las compañías mandadas por la capitanes Bingham y Gotay formaban el centro del regimiento de los patriotas, sobre otra loma, entre las unidades del capitán Ellis y el capitán Johnson. La batalla por entonces se había generalizado y el fuego era muy denso por ambas partes; pero los españoles gradualmente cedieron terreno hasta que les llegaron refuerzos y volvieron a la carga. Ya entonces, sin embargo, nuestros hombres habían avanzado y ocupaban mejores posiciones y de nuevo fueron rechazados los españoles con grandes pérdidas, aunque un fuerte grupo de ellos todavía se mantenía firme. El coronel Downman decidió cargar contra ellos, con el cuerpo principal del enemigo desplegado a lo largo del camino que conduce a Las Pozas. El coronel Downman encabezó el ataque en persona, seguido por unos cincuenta hombres, que eran bien suficientes para llenar el camino. El enemigo resistió a pie firme hasta que la fuerza del coronel Downman se le aproximó a unos pocos pies de distancia; pero parece que no le gustó la vista de las bayonetas norteamericanas y la mayoría de sus hombres huyó a la manigua. Algunos de ellos fueron heridos a la bayoneta y otros muchos a balazos; pero hubo una fuerte patrulla que se reagrupó y continuó retirándose en buen orden El coronel Downman, en vez de retirarse, temerariamente les persiguió y al encontrarse con que se había separado de sus hombres, al avanzar, dió la orden de retirada. El enemigo, al advertir que los invasores se retiraban, cargó sobre ellos, a su vez, y así fué alcanzado el coronel Downman, quien fué muerto allí mismo y recibió once heridas. El capitán Oberto, de la Compañía Cubana, también fué muerto en esa carga.

La compañía del capitán Ellis fué entonces trasladada de su posición en la colina sobre el camino real a Bahía Honda, y estacionada al otro lado del pueblo, en dirección a las montañas, ya que el general López creía que podía producirse otro ataque, por ese lado. Después de estar allí durante un rato sin que hubiese señal del enemigo, esta unidad recibió orden de incorporarse al grueso de la fuerza, la cual había tomado posiciones a lo largo del camino real por si se producía un ataque por la caballería española. El capitán Gotay y el capitán Bingham estaban ambos heridos y sus hombres habían sufrido importantes pérdidas; pero de todos modos ambas compañías tomaron su puesto a lo largo del camino real. Toda la fuerza permaneció sobre las armas durante varias horas sin que se produjese otro ataque del enemigo, por lo que después nos retiramos en buen orden de nuestras posiciones.

La batalla de Las Pozas duró unas dos horas durante las cuales el fuego de fusilería fué constante por ambas partes. Las fuerzas invasoras eran unos trescientos hombres y las de los españoles, unos setecientos. Los españoles declaran en sus partes oficiales que sus pérdidas fueron ciento ocho bajas, entre muertos y heridos, un gran número de ellos, oficiales, ya que nuestros soldados, que eran buenos tiradores, siempre seleccionaban a los oficiales como sus blancos, con preferencia a los soldados. Nuestra pérdida fué de unos veinte muertos y veinte y cinco heridos, entre los primeros el coronel Downman, el capitán Oberto y los tenientes Labuzan y Herring, y entre los heridos, el ayudante general Pragay, el capitán Robert Ellis, el capitán James C. Bingham, el capitán Felipe N. Gotay y los tenientes Quinn y Riley. . (Traducción de H. P. V.)

El relato que antecede, hecho por un oficial con deberes específicos al frente de su unidad, como era el caso del capitán Ellis quien, además, resultó herido en la acción de Las Pozas, no se ajusta del todo a la realidad porque su autor no podía ver por sí mismo todo lo que estaba ocurriendo en el campo de batalla. En el caso de Schlesinger, sin embargo, las circunstancias eran distintas, pues se trataba de un veterano cuyo papel de ayudante de estado mayor le permitía ir de un lado a otro, conocer mejor las unidades que participaban del combate y seguir las peripecias del mismo sin permanecer estacionado en un solo lugar. De ahí que el memorial del capitán Ellis, que acabamos de transcribir, deba ser completado con la narración hecha por Schlesinger antes de que entremos a considerar el parte oficial español sobre la batalla de Las Pozas. Dice Schlesinger que la lucha por parte de los invasores, excepción hecha de la carga a la bayoneta llevada a cabo por la "Compañía Cubana", mandada por el infortunado capitán Oberto,

... consistió enteramente en fuego de fusilería, el cual siempre se hizo, en realidad, con gran aplomo, valor y efectividad, con todo el coraje y el espíritu característicos de los voluntarios norteamericanos, cualidades que los convierten después de un corto tiempo de disciplina y experiencia de conjunto, en soldados de primera; pero a quienes, mientras no hayan pasado por ese período de entrenamiento, no es fácil inducirlos a atacar formando un cuerpo de tropas, compacto y de acción unánime. Piensan por su cuenta, individualmente, y son muy inclinados a opinar que pueden hacer más daño al enemigo con las balas, que con las bayonetas. Las órdenes para que se lancen al ataque es posible que se den en vano; por lo menos así ocurrió con nosotros y ciertamente que nunca hubo un grupo de hombres más valientes que los que formaban nuestro pequeño ejército, con pocos, poquísimos casos de nervios que se encogiesen en un momento crítico. La "Compañía Cubana" tenía, quizás y hasta naturalmente, un mayor sentimiento de subordinación respecto al general López, quien le dió la primera y más brillante encomienda a realizar, como su deber y su derecho, también, en su tierra nativa.

Mientras se completaba el desalojo de la casa ocupada por los españoles las otras unidades, bajo la activa dirección del general Pragay, se iban colocando en las posiciones que hube de mencionar al describir la topografía del campo de batalla de Las Pozas. La colina situada a la izquierda del camino real fué ocupada por la "Compañía Cubana", apoyándose ésta en la casa de la cual tan gallardamente habían expulsado al enemigo, y protegiéndose contra un flanqueo con el espeso bosque ya mencionado, mientras que como una obstrucción se colocaba sobre el camino una carreta volcada al efecto, y del otro lado hacia la derecha y más allá de la cerca que flanqueaba el camino, estaba el resto de nuestras fuerzas, formadas en compañías, sobre las eminencias que formaban la línea de lomas, ya descrita. Los principales esfuerzos de Enna se encaminaron a forzar el paso con sus tropas por el camino real, cubierto como estaba el mismo, en ambos lados, por nuestras tropas. Ante nosotros, como a una distancia de doscientas yardas, el terreno volvía a elevarse y formaba otra loma en la que se estacionó la reserva del enemigo, integrada por dos compañías. El grueso de la fuerza española quedaba, pues, en la depresión existente entre su reserva y nuestra posición, y esos soldados durante algún tiempo estuvieron desplegados en línea de batalla, cambiando fuego de fusilería con nosotros, y en dos ocasiones formaron en columna de ataque con el propósito de cortar nuestras líneas y de penetrar en el pueblo. También hubo algunos esfuerzos para atacar nuestra ala derecha a través del maizal allí existente; pero los principales golpes que se nos dirigieron fueron esas dos cargas en columna a lo largo del camino real. Después supimos que de la unidad que formaba la cabeza de la columna, en el primer asalto, solamente *cuatro hombres* quedaron ilesos con nuestra lluvia de fuego, y que de los que intentaron el segundo asalto, únicamente *diez y siete* resultaron ilesos. Hubo un momento en que algunos de ellos llegaron a estar a media docena de yardas, de nosotros. Las dos compañías españolas

que formaban la reserva y que permanecieron en la eminencia que se alzaba frente a nosotros, del otro lado de la depresión, nunca se aproximaron para la lucha cuerpo a cuerpo. Después del fracaso del segundo asalto ordenado por Enna y ante la terrible carnicería de sus camaradas, que ellos podían ver desde sus posiciones, no sólo se unieron a la rota general que se produjo entre los españoles, sino que por la misma posición que ocupaban, huyeron delante de los demás.

El fuego más mortífero duró unos treinta y cinco minutos. La efectividad de nuestros fusiles fué de lo más terrible que he visto. Los relatos españoles nos representan colocados detrás de trincheras y parapetos; pero no hubo tal cosa. Estábamos tan expuestos como el enemigo, con los contendientes por completo a la vista, unos de otros, sin protección o defensa; pero nosotros teníamos la ventaja de la puntería individual, rápida y con aplomo, de nuestros soldados. Los españoles, por otra parte, disparaban mal, en su mayoría antes de que el fusil estuviese bien colocado en el hombro y la mayoría de sus balas nos pasaban por encima de la cabeza. La carnicería que hubo entre ellos fué terrible y, en realidad, los españoles aguantaron bien el fuego, si se tiene en cuenta la severidad del mismo; pero su retirada, sin embargo, cuando se les rechazó por segunda vez, se convirtió en una completa rota y en fuga desordenada. Más parecía el pánico de una tribu de salvajes, al encontrarse por primera vez expuestos al fuego de fusilería, que la retirada de tropas disciplinadas. Como que no les perseguimos, unos cuantos de ellos se agruparon sin orden ni concierto, a buena distancia, protegidos por los árboles o por las irregularidades del terreno, y transcurrió una hora y media del inicio de la acción hasta que por fin cesó el fuego y los últimos fugitivos transpusieron la cima de la colina del otro lado de la hondonada que nos separaba.

Nosotros éramos unos 275 ó 280 hombres en la batalla de Las Pozas; los españoles sobre 800. Nuestra pérdida fué de 30 a 45 entre muertos y heridos, sin contar entre estos últimos a ocho de los nuestros cuyas heridas eran tan ligeras que pudieron seguir la marcha con nosotros. Del enemigo contamos 108 muertos en el camino real y en sus cercanías. No puedo decir el número de sus heridos, aunque fué grande, como supimos después, y así tenía que ser para que guardase proporción con el de los muertos. Las bajas fueron muy severas entre sus oficiales. Al general Enna le mataron el caballo que montaba y el teniente coronel Francisco Nadal, su segundo en el mando, quedó muerto sobre el campo de batalla. Era un excelente oficial y un antiguo amigo del general López...

Se nos dijo después en La Habana que los soldados españoles se llevaron de Las Pozas la impresión de que los invasores tenían algún tipo de armas y municiones extraordinariamente destructivas. Unicamente se emplearon fusiles corrientes. Nuestros hombres habían desembarcado con unos ochenta cartuchos por plaza. De las cartucheras de los españoles muertos en el campo de batalla obtuvimos un muy necesario repuesto de municiones, unos doce mil cartuchos, en total. Siendo de un calibre un poco mayor que el de nuestros mosquetes, ya que los fusiles españoles eran de manufactura inglesa, tuvimos que reducir un poco el

plomo de las balas, a fin de que pudiesen ser usadas esas municiones. Estas y las que de igual manera obtuvimos en la batalla del Cafetal de Frías, constituyeron todas las municiones de que pudimos disponer en nuestra breve campaña. Con estos pertrechos fué que combatimos y triunfamos contra grandes desventajas, en tanto que tuvimos cartuchos y armas utilizables...

He hecho completa justicia y nada más que justicia a la firme y valiente conducta, así como el efectivo fuego de nuestros hombres, en esta notable batalla. Ahora debo decir otra verdad acerca de ellos que es menos halagadora. Cierto que se mantenían y disparaban bien; pero se negaban a ir a la carga.

Estos hombres eran valientes sin sombra de duda o sospecha en contrario. Su misma presencia en Las Pozas era una prueba de ello; su permanencia sobre el campo de batalla, victoriosos en un terreno que habían defendido tan bien contra tropas buenas y disciplinadas, tres o cuatro veces más numerosas y cuyos soldados, o habían muerto o se habían dado a la fuga, es otra prueba aún más decisiva. Pero, sin embargo, estos mismos hombres, por falta de disciplina, de ese hábito militar de operar en conjunto o de obedecer órdenes sin ponerlas en tela de juicio, no podían ser lanzados al asalto contra el enemigo, no podían ser inducidos a terminar con la bayoneta lo que habían comenzado con las balas. En esta batalla cada uno de los voluntarios norteamericanos peleó por su cuenta y a su manera. Los oficiales no podían hacer otra cosa sino colocar a sus hombres en sus posiciones y alentarlos con su presencia y su ejemplo, luchando y disparando junto con ellos, en términos de igualdad. No había mucho acerca de dar o recibir órdenes y la mayoría de los oficiales norteamericanos eran tan bisoños como sus soldados. En nuestra ala derecha el general Pragay y el coronel Downman en vano trataron de dirigir una carga sobre las líneas españolas, en los momentos en que el primer ataque de Enna había sido rechazado y sus tropas estaban en estado de confusión. Un asalto decidido contra ellas habría producido allí mismo la derrota. Pragay... en el calor del momento y llevado por su indignación de veterano ante la manifiesta insubordinación, les dijo a gritos que "si no eran todos unos cobardes, que le siguiesen". Infortunadamente, cuando se lanzaba adelante fué derribado con una herida mortal. El coronel Downman, herido por las palabras de Pragay, inició la carga, siendo un hombre de imponente estatura y de edad avanzada, llamando a sus hombres para que le siguiesen. Algunos lo hicieron así; pero sin formar líneas o en conjunto.

Los españoles se estaban retirando entonces, pero se reanimaron y volvieron a avanzar. Downman siguió su marcha, sin perder el paso, aunque los hombres que al principio le habían seguido con cierta irregularidad, se habían quedado atrás para abrir de nuevo un mortífero fuego sobre el enemigo. El resultado fué, de consiguiente, que Downman se encontró con que estaba solo en medio de los españoles, allá abajo, en la hondonada, donde habían estado al principio. Así, pues, puede decirse que él solo cargó contra ellos y por un momento pudo vérsele cuando cambiaba mandobles de sable con un oficial español. Después recogimos

allí mismo parte de la charretera del oficial español, cortada por uno de los sablazos del valiente viejo y más tarde supimos que un soldado español, por cierto el más pequeño de su unidad, mientras que Downman, como se ha dicho, era un gigante, le dió un bayonetazo por el costado mientras él se batía con él oficial. Por supuesto, pronto cayó bajo el ataque de otros soldados y allí le encontramos luego, con tres balazos en su amplio y varonil pecho y cubierto por otras heridas. Fué vengado cumplidamente por las balas de nuestros fusileros, pues en aquel mismo paraje el número de los muertos de los españoles, amontonados, era impresionante. Su propio sable, también, con toda probabilidad que asimismo había hecho estragos y así fué que el coronel Downman tuvo la gloriosa muerte de un gran soldado.

Pragay me dijo que el coronel Downman había sido hecho prisionero cuando cayó solo sobre el enemigo y que entonces había sido fusilado, a un lado; pero a la vista de sus propios soldados, contra los cuales Pragay se mostraba muy indignado, por su falta de obediencia. Pero como que Pragay ya estaba él mismo gravemente herido, en esos momentos, es de presumir que él no había visto ese episodio con sus propios ojos. Por toda la información que me ha sido dable reunir, tanto por el lado de los españoles como por el nuestro (y yo estaba en el ala izquierda y tampoco fui testigo presencial), la muerte de Downman tuvo lugar como la he descrito. El oficial español reportó su lucha cuerpo a cuerpo con un oficial norteamericano muy corpulento, y que había recibido una herida en el cuello y luego un fuerte golpe en el pecho, dado con la empuñadura del sable, y el soldado que le enterró la bayoneta en un costado cuando Downman se batía con el oficial español, después recibió una recompensa especial por lo que había hecho. ¡Paz a las cenizas de Downman! ¡Era un soldado y un hombre hasta la última pulgada de su gigantesca estatura, animada ésta por un espíritu y un corazón de análogas proporciones!

En el ala izquierda nos encontramos con la misma oposición para lanzarse al asalto. Los de la "Compañía Cubana" obedecieron la orden de avanzar cuando el enemigo estuvo dominado por la confusión, en su primer asalto y hasta aprovecharon la oportunidad para apoderarse de varias cajas de cartuchos abandonadas allí por los españoles, en su fuga; pero cuando las tropas coloniales se reorganizaron y volvieron al ataque, los nuestros se replegaron a sus anteriores posiciones. En otro momento, cuando hubo una excelente oportunidad para cargar, le propuse al general López, quien estaba a mi lado, que nosotros nos lanzásemos al asalto. El general López convino conmigo en que tal cosa debía hacerse; pero añadió que nuestros hombres no llevarían a cabo esa operación. Le pedí permiso para solicitar cuarenta voluntarios con ese objeto y, al obtenerlo, hice la llamada lo mejor que pude con mi inglés imperfecto, diciéndoles que ya habíamos batido al enemigo y que lo único que teníamos que hacer era atacarles a la bayoneta para que se declarasen en fuga. Pronto me convencí de que el general López estaba en lo cierto. Aquellos hombres se negaban a seguirme. Carecían de la confianza de los veteranos y de hábitos y disciplina militares. Eran simplemente un número de individuos; pero no un número de soldados y en aquella condición, tenían

el sistema norteamericano de su opinión personal, independiente, en primer término, en cuanto a decidir si lo que se les pedía era o no, lo mejor, y en segundo término, si lo hacían o no...

La herida del general Pragay en realidad no era mortal, ya que fué una bala que le traspasó ambos muslos. Fué llevado a la retaguardia y uno de los húngaros me trajo la noticia de lo ocurrido y a toda prisa fui a recoger las que creía sus últimas palabras. Me encontré con él cuando le llevaban a una de las casas de las afueras del pueblo. En seguida me dijo que volviese a mi puesto, que él lo pasaría bien. Por supuesto, le obedecí, encantado de ver que su herida era menos grave de lo que había creído. Los pocos compatriotas nuestros, quienes formaban la "Compañía Húngara" y habían estado con Pragay en el ala derecha, cuando él cayó herido vinieron a mi lado en el ala izquierda.

Ya he mencionado la muerte del capitán Oberto, ocurrida cuando su brillante ataque contra los españoles atrincherados en la casa de Hipólito Alfaro. Hasta que llegué a Nueva York siempre creí que la herida que le habíamos encontrado en el cuello, después de la batalla, había sido de una estocada con bayoneta. Pero después he sabido por el joven Pedro Manuel López (sobrino del general y uno de los mejores hombres, de la "Compañía Cubana"), que el caso no fué así. Oberto cayó gravemente herido de bala y sabedor de que en nuestra situación una herida de ese tipo equivalía a la muerte, porque resultaba imposible que la víctima siguiese la marcha con nuestra pequeña fuerza y tendría que caer en manos de los españoles, decidió por su cuenta acabar con su sufrimiento y frustrar la venganza de los españoles, degollándose con su cuchillo. Esa fué la herida en el cuello que me hizo equivocarme. Pero el joven López había presenciado el suicidio y me aseguró que así había terminado la vida de aquel valiente y muy estimable caballero, patriota y soldado.

El pobre Gotay fué, asimismo, otra triste pérdida. El general López me dijo que su unidad decidió un fase crítica al inicio de la batalla, por el modo con que obedeció la orden que se le había dado para que ocupase una pequeña eminencia sobre la cual avanzaba rápidamente al mismo tiempo una compañía española. Habría sido difícil desalojar a los españoles y la posición les habría dado una ventaja grande y decisiva. Las dos unidades casi llegaron al mismo tiempo, pero Gotay y sus hombres fueron los primeros y su fuego hizo que los españoles se retirasen. Creo haber dicho antes que la Compañía "D" presentaba la singularidad de ser una unidad integrada por norteamericanos y mandada por un cubano. Gotay no había sido militar con anterioridad; pero había organizado su unidad en Nueva Orleans y tenía a sus hombres en buen orden. Era idolatrado por sus soldados y su muerte fué motivo de pena general para todos los expedicionarios. Cuando cayó herido el teniente coronel Haynes se encontraba de recorrido a retaguardia de las diferentes unidades, por orden del general López, para evitar que hubiese rezagados entre los invasores, que pretendiesen refugiarse en el pueblo. Al ver que Gotay se caía; pero tan lentamente como si de manera deliberada quisiese acostarse, el rudo y bravo Haynes se dirigió a él y le dijo: "¿Cómo? ¿Qué le pasa? ¡Levántese, hombre!" "¡Voy a morir, coronel", fué la respuesta, a lo

cual añadió Gotay con mucha calma: "Pero tenga presente que yo deseo que mi segundo teniente sea el que me reemplace en el mando, ya que es el más capacitado para ello. ¡Viva Cuba!" El pobre Gotay siempre era placentero y amable; pero estaba animado del mejor espíritu y era alto, gallardo y caballeroso. No murió, por fin, en el campo de batalla, sino como explicaré después.

No especificó la conducta individual de los diferentes oficiales que no tuviesen el mismo doloroso título a la mención personal de los que perecieron. Todos se comportaron con el mayor coraje. Del joven capitán Ellis, de Washington, D.C., recuerdo que después de estar mal herido de bala en una mano, permaneció en su puesto, serenamente alentando a sus hombres, y después de que fué a que le curasen, volvió a la lucha a pesar de que la herida le producía dolores de muerte.

La conducta del general López durante toda la batalla estuvo a la altura de su reputación en cuanto a serenidad y valor. Se expuso personalmente más que el resto de todos nosotros, ya que era el único a caballo; pero el fuego de los españoles era demasiado alto. Estaba en constante movimiento de un extremo a otro de la línea de fuego, fumando un tabaco y alentando a sus hombres, recibido en todas partes, por ellos, con vítores. "¡Bravo, bravo, americano!", era su más frecuente expresión a los invasores, después de darles cordiales palmadas en la espalda. "¡Fuego! ¡Adelante, muchachos!", eran otras de sus frases en inglés; pero eran palabras muy atinadas en esos momentos.

Después que terminó la batalla, como también había ocurrido en el curso de la misma, tuvimos que lamentar de nuevo la indisciplina de nuestros hombres. Si, como ya he dicho antes, aquellos combatientes que tan bien habían defendido sus posiciones y con tanta eficacia habían disparado, cada uno por su cuenta, hubiesen solamente tenido un poco más del espíritu de subordinación que resulta de haber sido acostumbrados a obedecer, de modo que pudieran haberse lanzado a hostigar al enemigo que se retiraba derrotado, nada habría faltado para que las consecuencias de nuestra victoria hubiesen sido completas, añadidas así a la brillantez de la proeza realizada. Una vez terminada la batalla, el general López ordenó al veterano coronel Blumenthal que saliese con dos compañías en persecución del enemigo, por el camino del Morrillo, hasta hacer su conjunción con Crittenden. Las tropas españolas estaban por entonces completamente desmoralizadas, dijo el general López, y no harán resistencia sería a la persecución: "Persíganlas vigorosamente y podrán ser completamente dispersadas y en algunos casos depondrán las armas". Se mostraba ansioso de hacer prisioneros y confiado en que la mayoría, si no todos, se le unirían, como había ocurrido en Cárdenas y aquí sucedió con los pocos que pudimos capturar. El coronel Blumenthal se dispuso a cumplir su cometido, llevando a las compañías de los capitanes Johnson y Ellis. Después de una hora y media comencé a sentirme intranquilo ante la posibilidad de que a Blumenthal, quien no hablaba el inglés, se le hiciese difícil lograr que sus hombres le obedeciesen, y pedí y recibí del general López el permiso para ir a ayudarle. Cabalgué unas tres

millas y media por un camino lleno con pruebas de la fuga desordenada del enemigo, mosquetes, cajas de cartuchos, bayonetas, mochilas, heridos, etc., y me topé con un grupo de hombres que veían a mi encuentro, caminando sin orden militar alguno y a gran distancia fuí saludado con un tiro de fusil. Los reconocí como los nuestros y les hice señas y les grité y cuando nos aproximamos lo suficiente para que me conocieran, entonces me dieron el saludo más agradable de un ¡hurrah! Al preguntarles la causa de su regreso, se me dijo que no querían seguir la persecución, que estaban cansados y que habiendo visto un cuerpo de soldados enemigos a distancia no se consideraron bastante fuertes para separarse más del grueso de las fuerzas, ya que por otra parte habían peleado lo suficiente por la mañana. En una palabra, no querían seguir: el día era caluroso, los hombres estaban fatigados y, por supuesto, los oficiales no podían obligarles a ello en contra de sus propios juicio y voluntad. El pobre Blumenthal con esto fué dominado por la mayor indignación, ya que no tenía medios para persuadirles de que obedecieran. Les arengué, preguntándoles si no eran los mismos valientes que por la mañana habían cumplido su deber tan noblemente, los mismos que aunque sólo formaban una pequeña fuerza de hombres sin disciplina, habían puesto en fuga a cuatro veces su número, de las mejores tropas del ejército español. Les pregunté si no eran ellos los hombres de Las Pozas y si en breve tiempo se iban a convertir en cobardes al retirarse ante un grupo de desmoralizados soldados españoles que estaban allí porque no habían tenido las suficientes velocidad y fuerza para correr con los demás. La palabra cobardes, que usé inconsideradamente y que era muy injusta, casi produjo un motín que me habría costado la vida, pero de todos modos seguí mi perorata, diciendo: "Vengan, muchachos, vamos a demostrar al enemigo que no sólo luchamos y ganamos victorias, sino que sabemos cómo completarlas. Además, recordemos al coronel Crittenden y a todos nuestros camaradas que están con él. Deben estar cerca y pueden ser atacados y quizás destruídos, cuando nosotros no sólo podemos salvarles, sino también destruír al enemigo, al cogerlo entre Crittenden, en el frente, y nosotros, en la retaguardia. Están dominados por el pánico más completo por su derrota de esta mañana y se rendirán a merced nuestra y habremos ganado una de las victorias más espléndidas para asegurar el triunfo de nuestra causa. Yo voy delante: ¡síganme!" Esto fué en substancia lo que les dije, lo mejor que pude y ellos, o una parte de ellos, comenzaron a seguirme; pero momentos después, cuando comenzaba a felicitarme por el éxito de mi apelación, miré atrás y ví que los hombres se consultaban sobre el asunto. "¿Qué tú crees?" "Creo que no; no somos bastante fuertes", era la respuesta. "Creo lo mismo", añadió un tercero: en una palabra, no querían ir, aunque estoy convencido de que no se nos haría resistencia alguna. El castigar la insubordinación en estas circunstancias habría sido absurdo. No trataré de describir el sentimiento con el cual me ví obligado a regresar a Las Pozas, cuando en lugar de anunciar la consumación de nuestra victoria y la llegada de Crittenden, tenía que reportar al general López una actuación tan fatal, con la prueba de la

insubordinación de nuestros hombres. Con la mente llena de malos augurios, ansiedad por Crittenden y preocupaciones por nosotros mismos, cabalgué junto a nuestra desordenada fuerza... (Traducción de H. P. V.)

Los dos relatos que hemos transcrito son muy interesantes y se prestan para una serie de importantes consideraciones. En primer lugar, sus discrepancias y sus diferentes enfoques demuestran que no había espíritu de unidad entre los distintos grupos de expedicionarios. El capitán Ellis describe la batalla de Las Pozas como si Narciso López no hubiese estado presente en ella, desde el primer momento, dirigiéndola personalmente, montado a caballo, sin armas y con solo un junquillo en la mano, como tal había sido su actuación. Pragay, Oberto y Gotay tienen escasa alusión en el memorial de Ellis, quien se circunscribe a detalles acerca de sus connacionales. Ellis, además, califica de imprudente y temerario al coronel Downman por haber iniciado la persecución de los españoles sin que le siguiesen todos sus hombres y no tiene crítica para éstos por haberlo dejado abandonado a su triste suerte, o sea, que su relato es la mejor prueba de la gravísima falta que Schlesinger, con toda razón, hubo de señalar a los voluntarios norteamericanos por el tipo de guerra individual que hacían. Por otra parte, la narración de Schlesinger tiende a destacar la actuación de López, de Pragay, de Oberto, de Gotay y de él mismo, mientras relega a segundo término a los voluntarios norteamericanos, de entre los cuales elogia por su nombre al capitán Ellis. De todos modos, hay mucha más información con lugares, nombres y hechos, en la narración de Schlesinger, como si hubiese sido hecha con mayor cuidado y con un mejor conocimiento de los actores y de los sucesos de los cuales participaron.

Nos queda por tomar en consideración el parte oficial español sobre la batalla de Las Pozas para después proceder a presentar el estudio más o menos definitivo que se puede hacer con todos esos elementos de juicio, los cuales deben comprender, además y por supuesto, el *Plano topográfico y pintoresco del pueblo de Las Pozas*, por Mariano Carlés Casadevall (1851), en que aparece la descripción de la batalla. El parte oficial que el general Manuel de Enna envió al Capitán General Concha acerca de la batalla de Las Pozas es una obra maestra de la superchería y de la habilidosa duplicidad que fueron características de los militares españoles en las guerras de Cuba, cuando

pretendían ocultar la verdad o deformarla para que mejor sirviese a sus fines de propaganda. Esos partes oficiales eran extractados, modificados y hasta rehechos, por completo, cuando se publicaban, según los criterios del censor político-militar. En este caso especial, además, cuando se publicó el comunicado cuya paternidad se atribuye a Enna, ya éste había muerto en acción de guerra y hasta Narciso López había sido ejecutado después de aplastada su tentativa libertadora. Concha y sus asesores podían entonces publicar su versión de la batalla de Las Pozas y así lo hicieron. Dice así:

> ... El Excmo. Sr. Teniente General Segundo Cabo D. Manuel de Ena ha dirigido al Excmo. Sr. Capitan General el parte que á la letra sigue, cuyo retraso dependió de la herida desgraciada que tuvo este bizarro General en la accion de Frias...
>
> Excmo. Sr.—Segun manifesté á V.E. con noticia á mi llegada á Bahia Honda que los piratas se hallaban situados en el pueblo de las Pozas, me dirigí á las 2 de la madrugada sobre dicho punto distante del anterior 4 leguas con las compañías de granaderos y cazadores de León, granaderos de Barcelona y cazadores de la Corona; serian las 8 de la mañana cuando lo avistamos. En el momento practiqué dos reconocimientos sin poder observar ninguna muestra de su ocupacion por los piratas, pues no tenian fuerza avanzada ni habían tomado al parecer las precauciones comunes en la guerra. Instantáneamente dispuse que el capitan de cazadores de Leon D. Julian Mateo Llorens marchára con su compañía sobre la derecha del pueblo y desplegase su primera mitad en guerrilla, rompiendo el fuego si veia enemigos como lo efectuó. Con el resto de las fuerzas marché á proteger dicha compañía porque instantáneamente se cubrieron de piratas las casas del recinto y bocacalles, ocupando estos un espeso y cercado aspillerado desde el cual nos hicieron el mas nutrido y mortífero fuego que nos causó la lamentable pérdida del bizarro y valiente segundo jefe de Leon Don Francisco Nadal. La primera mitad de este último cuerpo cargó á la bayoneta con una serenidad inexplicable, dejando muertos en el acto á los que tuvieron la osadía de llegar hasta la primera casa donde habían avanzado nuestras tropas, figurando entre los muertos el general húngaro Bragay. Continuó un vivísimo fuego por ambas partes y observando que como estaban a cubierto, con poca pérdida nos la causaban de consideración, dispuse finjir una retirada para atraerlos á terreno abierto. No me equivoqué, pues se avanzaron sobre nuestros valientes que haciendo frente á mi orden y atacándolos á la bayoneta les dieron otra carga que les causó diez muertos vistos en el acto. Una vez encerrado de nuevo el enemigo cuyo número era casi igual al de nuestras tropas crei deberme limitar a impedirles la salida hasta dar descanso á nuestra fatigada tropa que hacia 30 horas que no lo tenia. Entonces emprendí mi marcha hácia el Corralillo punto situado entre Las Pozas y el Morrillo con objeto de cortarles toda clase de comunicaciones y que no pudieran recibir ninguna clase de auxilio. El resultado de esta accion fue causarles 30 muertos y sin duda mayor número de heridos y aunque por nuestra parte por la desventajosa posicion en que nos hallabamos y la excesiva bizarría de nuestros soldados tuvimos que lamentar la de nueve oficiales heridos y mas de cien individuos de tropa fuera de combate, se consiguió escarmentar severamente a la gavilla de piratas y desalentarlos en terminos que aquella noche silenciosa y precipitadamente marcharon á guarecerse en las escabrosas sierras de las lomas, donde creyeron encontrar su salvacion sin comprender que la falta de subsistencias y la enérgica persecucion de nuestras valientes tropas los haria sucumbir en ellas con mayor rapidez arrojándolos por los precipicios. Con ese objeto continuo con la columna de mi inmediato mando en seguimiento esperando poder pronto participar á V.E. el resultado de mi operacion. Dios guarde á V.E. muchos años. Cafetal de Laborin 16 de Agosto de 1851. (f) Excmo. Sr. Manuel de Ena. (Publicado con fecha 6 de Setiembre de 1851 por el Coronel Jefe de Estado Mayor, Joaquín Morales de Rada. ([432])

Esta versión amañada y que en vano trata de disimular la realidad de la derrota sufrida por Enna en Las Pozas, debe asimismo ser correlacionada con la que dejó el propio Capitán General Concha al relatar los sucesos de 1851 y que dice así:

> ... Los enemigos se vieron sorprendidos con el inesperado ataque de nuestras tropas. No contaban, segun confesion propia como he dicho, con ser atacados antes de cuatro dias, y no habian transcurrido aun veinte y cuatro horas desde su desembarco, cuando el general Ena con su pequeña columna se presentó al frente de Las Pozas. No es sin duda una posicion fuerte la que ese pueblo ocupa, ni sus casas construidas de tabla y guano oponian notable abrigo á sus defensores Sin embargo, debo adverir que los accidentes del terreno hacian en realidad más ventajosa la situacion del enemigo de lo que parecia al avistar la poblacion desde el camino que nuestras tropas llevaban. Era este estrecho y difícilmente permitia la marcha de la columna sino por cuartas, porque tiene á la derecha un espeso bosque cerrado, del que salen algunas varas de terreno alto terminado en una casa, mientras por la izquierda corre á lo largo una empalizada de seto vivo, que lo separa de tierras bastante ondeadas y que terminan en una pequeña eminencia, la cual estendiéndose en descenso por el mismo lado sirve de asiento á otras casas. Sobre esa única casa situada al frente del camino se dirigió en la forma indicada la compañía de granaderos que marchaba en cabeza, y fué recibida con un vivo fuego; pero nuestros valientes, armando bayoneta se lanzaron al mismo tiempo que el general hacia desplegar en guerrilla las dos compañías restantes por la izquierda, para atacar la eminencia. Cargados á su vez los granaderos por las fuerzas enemigas, tuvieron que retirarse al verificar su primer ataque; mas habiendo llegado á la carrera la compañía que quedó á retaguardia, volvieron á cargar y se apoderaron

de nuevo de las primeras casas, llegando hasta dentro del pueblo que se estiende descendiendo hacia un pequeño rio inmediato. El valor hubo, no obstante, de ceder ante el número, y las dos compañias, después de una pérdida muy considerable, desalojaron el pueblo. El valiente general trajo en aquel momento las compañias que habia desplegado por la izquierda, para dar el último ataque, porque los enemigos, sorprendidos del denuedo de nuestros soldados, se replegaban á la parte inferior de la poblacion, y quedaba solo un grupo de los más audaces y desesperados sosteniendo la eminencia indicada; pero desgraciadamente la empalizada hizo imposible la reunion de nuestras tropas las cuales, cansadas y fatigadas ya, sufrian pérdidas considerables por los tiros certeros del enemigo, y el general, que mil veces habia buscado la muerte, se vió precisado á dar la órden de retirarse.

Nuestros soldados, sin embargo, no estaban batidos ni derrotados. Aprovechando los enemigos el momento de la retirada, intentaron tomar la ofensiva y salieron del pueblo para cargarlos; pero haciendo alto nuestros granaderos y cazadores á la voz de su general, y, dando el grito de "viva la Reina", en una carga a la bayoneta rechazaron á los piratas de tal modo, que los obligaron á encerrarse en la poblacion dejando muerto al general húngaro Pragay. Esto bastó para que nuestras tropas no fueran ya molestadas en su retirada, y pudiesen hacer alto y establecer el general su campamento á legua y media de las Pozas... (433)

Por todo lo que llevamos expuesto y por los datos de diversos autores y testigos de los sucesos de 1851, se puede formular una versión definitiva de la batalla de Las Pozas, que sería la siguiente:

Desde el mediodía del 12 de agosto de 1851 Narciso López y el contingente que le había acompañado desde las Playitas del Morrillo, unos doscientos ochenta hombres en total, estaban en el pueblo de Las Pozas, donde sin grandes dificultades obtuvieron vituallas y descanso. La pequeña tropa distaba mucho de tener unidad y disciplina, ya que se habían producido divisiones y recelos entre los heterogéneos elementos que la componían, los cuales formaban tres grupos principales: el de los cubanos y españoles afectos a Narciso López y cuyo número pasaba de cincuenta, el de los veteranos europeos quienes, llevados de su afán de aventuras libertadoras, se habían enrolado en la expedición, y el de los voluntarios norteamericanos, en su mayoría gente bisoña y sin experiencia y espíritu militares. En la mañana del miércoles 13, descuidado el cumplimiento de las más elementales precauciones de guerra en cuanto a avanzadas y centinelas, porque los soldados destinados a esas misiones habían abandonado sus puestos para reunirse al grueso de la fuerza,

se acercó a Las Pozas, por el camino real de Bahía Honda, la columna española mandada por el general Manuel de Enna, segundo en el mando de la colonia, que había desembarcado diez horas antes, en Bahía Honda, del crucero *Pizarro* y un barco auxiliar, procedente de La Habana. Entre infantería y caballería, una vez segregada en Corralillo la fuerza de ataque mandada por el teniente coronel Villaoz, que se había dirigido a las Playitas del Morrillo, el general Enna contaba por lo menos setecientos cincuenta hombres. El Capitán General Concha hubo de calificar a la columna del general Enna como la mejor que había visto hasta en la Guerra Carlista, o sea, que se trataba de tropas escogidas, de primera clase.

Las fuerzas de Enna pudieron efectuar dos reconocimientos de las inmediaciones del pueblo, sin ser descubiertas, y se ordenó a la compañía de cazadores del Regimiento de León, mandada por el capitán Julián Mateo Llorens, que ocupase la casa del vecino Hipólito Alfaro, a la entrada de la población, situada sobre un altozano y desde la cual se dominaba la calle Real en descenso, por un lado, y la hondonada por la cual discurría el camino a Bahía Honda, por el otro. El resto de las tropas españolas, salvo una reserva, quedó a cargo de la impedimenta, del otro lado de la hondonada, y se desplegó en una línea que, con el camino real a la derecha del centro de avance, se extendía desde el camino a las Playitas del Morrillo que, por detrás de la casa de Alfaro, iba a unirse al camino real de Bahía Honda cuando se formaba la calle Real del pueblo, hasta las otras lomas que se extendían tierra adentro, hacia el curso del río Las Pozas. Enna quedó, él mismo, a caballo, con sus ayudantes, sobre el camino real, mientras que su ala izquierda, al mando del teniente coronel Nadal, trataba de envolver al pueblo para cortar el paso hacia las montañas, en la dirección en la que los españoles esperaban, con acierto, que se movería Narciso López con sus fuerzas.

La primera fase del avance de las tropas de Enna se realizó sin dificultad y no fué hasta las ocho de la mañana que los invasores advirtieron la proximidad del enemigo y se dispusieron a repeler el ataque. Es falso que López tuviese un recinto aspillerado para defender a Las Pozas. Hacía pocas horas de que López había llegado al pueblo, sus hombres no eran, en su mayoría, soldados regulares, y no entraba en sus planes quedarse

en aquella localidad. Tenían los invasores ciertas ventajas topográficas, de las que se aprovecharon, y ellos mismos llamaron a la eminencia que tenían a su derecha, del otro lado del camino real, "loma de La Salvadora", porque dificultó el avance de las tropas del coronel Nodal y proporcionó a los tiradores certeros de la expedición la oportunidad de fulminar con sus tiros a los españoles quienes se creían ocultos por un maizal y eran localizados desde arriba con facilidad. Más que en la casa de Hipólito Alfaro fué en aquella altura, clave de la defensa de Las Pozas, donde se decidió la acción. En las faldas de la loma, bajo una enorme caoba, fué a morir el coronel Nodal, segundo jefe del Regimiento de León y amigo de otros tiempos de Narciso López, por defender al cual, cuando se le calumnió en su presencia, acababa de verse envuelto en un lance de honor, en La Habana.

Los cazadores del Regimiento de León fueron desalojados de la casa de Hipólito Alfaro a descargas cerradas y con una carga a la bayoneta, operación con toda brillantez llevada a cabo por la "Compañía Cubana", al mando de Oberto. Los españoles fueron arrollados loma abajo, hacia la hondonada, por el camino real, y Enna les hizo volver al ataque, con refuerzos, y le mataron el caballo que montaba, en esa nueva fase del combate. Frente a la casa del Alfaro, dominando el camino, se alzaba un mango de imponentes proporciones en el cual se encaramó uno de los invasores para mejor desarrollar su plan de hacer blanco en los oficiales españoles; pero cuando se advirtió su presencia entre las ramas del árbol, los españoles concentraron sus fuegos sobre él, le hirieron malamente y el cuerpo vino a quedar sujeto en una rama baja donde el herido fué ultimado a bayonetazos cuando el segundo asalto de los españoles, datos éstos de los que hay constancia en el plano levantado por el agrimensor Carlés, que figura entre las ilustraciones de esta obra.

Es posible colacionar las versiones dadas por Schlesinger y por Enna en cuanto a los ataques y contraataques a la entrada del pueblo y durante los cuales el dominio del camino real cambió de manos varias veces hasta que los españoles, tras las enormes pérdidas sufridas y sin que bastase a reanimarlos el envío de la reserva, se declararon en fuga y abandonaron el campo de batalla. En ningún momento las tropas coloniales lograron penetrar en el pueblo y la carreta volcada en la confluencia del

camino real de Bahía Honda con el de las Playitas del Morrillo, ni siquiera tuvo que servir de parapeto. El parte oficial, firmado por Enna, como la narración del Capitán General Concha en sus *Memorias*..., bien claramente prueban que los españoles fueron derrotados y abandonaron en confusión y desorden el campo de batalla de Las Pozas, aunque Concha falta a la verdad una vez más cuando pretende justificar la derrota de Las Pozas como resultado de la superioridad numérica que él quiere atribuir a los hombres de López cuando lo cierto es que, con las mismas cifras de los españoles se prueba que ellos estuvieron en proporción de casi tres a uno, en esa batalla, con las ventajas de la experiencia militar, del armamento, del conocimiento del terreno y de la sorpresa, que militaban en su favor. También hay error en las versiones de Concha y Enna cuando pretenden que Pragay (y hasta le llaman Bragay), murió en una de las cargas en el camino real, cuando el jefe que cayó allí fué Downman y Pragay sólo resultó herido para ser asesinado después en el hospital de sangre instalado en Las Pozas, cuando llegaron al mismo los españoles, días más tarde.

El cálculo de unas cincuenta bajas entre los invasores, por muertos y heridos, es más o menos el de todos los autores y viene a ser una proporción bastante elevada del número de los combatientes con que contaba Narciso López en aquella acción de guerra. Por otra parte, Schlesinger y Ellis concuerdan en la cifra de ciento ocho españoles muertos sobre el campo de batalla, mientras que el general Enna, en el parte oficial publicado el siguiente mes y ya bastante adulterado, habla de que tuvo ciento nueve bajas, cifra casi idéntica a la que Schlesinger y Ellis señalan en cuanto a los muertos. Consta, además, que hubo deserciones entre las tropas de Enna, en Las Pozas, tal y como Narciso López vaticinaba que ocurriría y así había sucedido en Cárdenas. Seis soldados españoles se presentaron a Narciso López el día 14 por la mañana, después de haber estado ocultos durante la noche en el bosque cercano al pueblo, y fueron a reforzar la "Compañía Cubana" después de informar que había otros muchos de sus camaradas que estaban dispuestos a hacer lo mismo.

En resumen, la batalla de Las Pozas fué una victoria para López y sus fuerzas, mucho más significativa por el hecho de que había sido obtenida sobre la que el propio Concha conside-

raba que formaba la mejor columna que había visto reunida hasta en la Guerra Carlista, la cual sufrió enormes pérdidas y huyó del campo de batalla. Narciso López, pues, había dado a los conspiradores de la Vuelta Abajo y de La Habana la más concluyente demostración de que había desembarcado con su expedición y de que peleaba y triunfaba por la independencia de Cuba. Correspondía a Díaz, a Cantos, a Utoa, a Núñez y a los otros jefes de grupos revolucionarios, en la Vuelta Abajo, hacer buenas sus promesas y lanzarse a la lucha para que los españoles no pudieran caer con fuerzas acumuladas sobre aquellos valientes. Infortunadamente, al caudillo lo dejaron solo en los momentos más difíciles, no sólo los vueltabajeros, sino también los habaneros, quienes no se atrevieron a intentar siquiera una algarada cuando Concha había reducido al mínimo las fuerzas de la guarnición en la capital de la Isla para enviar a campaña todos los recursos militares de los cuales pudo disponer.

Terminada la batalla las fuerzas de López procedieron a enterrar a los muertos, y también habilitaron dos hospitales de sangre, uno para sus hombres, y otro para los españoles. Del otro lado de la iglesia, cuyos restos todavía se ven en Las Pozas, fueron enterrados la inmensa mayoría de los muertos habidos, en dos enormes fosas comunes que pasaron más allá de las tapias del viejo cementerio. El coronel Downman, el capitán Oberto y otros dos oficiales de la expedición, fueron enterrados en el jardín de la casa de Hipólito Alfaro, cerca de un jagüey, y esa sepultura fué descubierta, en agosto de 1930, por el autor de esta obra y los oficiales del Ejército Nacional de Cuba que le acompañaron en la reconstrucción de la ruta de Narciso López. El agrimensor Carlés, en su plano de la batalla de Las Pozas, indica que el coronel español Nadal también fué enterrado en el mismo lugar que Downman (él dice Pragay, por error), Oberto y sus compañeros, y esto pudo haber sido así dada la amistad que López siempre había profesado a Nadal y la pena que le produjo su muerte. La cuarta de las casas en la calle Real, a la izquierda de la misma, fué destinada a hospital de sangre de los españoles, atendidos éstos con la mayor solicitud posible por los invasores. Cien varas adelante, al lado derecho de la calle Real, en el local de la escuela, se instaló el hospital de sangre de los expedicionarios, al que fueron llevados Pragay y unas dos docenas más, de heridos que no podían valerse. El doctor

Fourniquet, de Nueva Orleans, se había separado del contingente al mando directo de López, durante el camino, y había ido a reunirse con el de Crittenden; pero entre los expedicionarios que estaban en Las Pozas los había con experiencia en cuanto a curaciones y tratamiento de heridas de urgencia, y prestaron sus cuidados, de por igual, a sus propios compañeros y a los españoles, sin sospechar que las tropas coloniales asesinarían sin piedad a todo los hombres que encontraron en el hospital de sangre de los que ellos llamaban "los piratas", enterrados más tarde a lo largo del camino real de Las Pozas a Bahía Honda.

Cuando Schlesinger se encontró con la insubordinación de los hombres que, al mando del coronel Blumenthal, habían salido en persecución de las tropas de Enna, con grandes esfuerzos pudo lograr que un piquete de cinco voluntarios se prestase a llevar un urgente mensaje para Crittenden, en el cual Schlesinger, a nombre de Narciso López, le ratificaba la orden de incorporarse al grueso de las fuerzas a toda prisa, antes de las doce de la noche, si quería evitar el quedarse aislado a retaguardia. Los voluntarios recibieron instrucciones de avanzar con el mayor cuidado por un trillo paralelo al camino de las Playitas del Morrillo y de que si tenían noticias de que Crittenden estaba luchando con los españoles, destacasen a uno de ellos para que avisase al cuartel general en Las Pozas de lo que sucedía. El memorial del capitán Ellis no menciona siquiera a Blumenthal como jefe de la persecución de las tropas de Enna y dice que la Compañía "A", del capitán Ellis; pero al mando del teniente McDonald, y la Compañía "E", mandada por el capitán Steward, fueron las unidades lanzadas en seguimiento de los españoles y que sostuvieron su marcha durante unas tres millas, sin alcanzarlos y sin establecer contacto con Crittenden; pero que entonces llegó un enviado especial de López (Schlesinger), con la orden de que regresaran a Las Pozas, cosa ésta en abierta contradicción a la verdad, por lo que decidieron volver al pueblo. Según Ellis, la orden de López les prevenía de que debían enviar un piquete de voluntarios en busca de Crittenden y hubo ocho hombres que se dispusieron a hacerlo y fueron el comisario Simpson, el sargento Turner y los soldados Summers, Stephens y Little, de la Compañía "E", y el sargento Lee y los cabos De Wolf y Thompson, de la Compañía "A". El piquete avanzó unas dos millas por el camino de Playitas del Morrillo y a esa altura se dieron

cuenta sus integrantes de que los lanceros españoles les estaban rodeando, por lo que entraron en la manigua y con muchas dificultades regresaron a Las Pozas sin haber llegado a establecer contacto con Crittenden mientras las preocupaciones de López iban en aumento. Poco antes de caer la tarde López encargó a uno de los vecinos de Las Pozas que llevase a Crittenden una reiteración de la orden para que se incorporase a toda costa al grueso de la fuerza, y le ofreció cien pesos por la respuesta y le amenazó con quemarle su casa si no volvía; pero ya todo era inútil porque a esa hora la insubordinación y las vacilaciones de Crittenden lo habían llevado al combate de la Tabla de Agua y de un error en otro el grupo más numeroso de sus hombres, con él a la cabeza, se habían dirigido hacia la costa, mientras que el destacamento que él había dejado tras sí, en la Tabla de Agua, al mando del capitán Kelly y fuerte de unos cuarenta hombres, fué el que siguió la marcha hacia Las Pozas, donde llegó al filo de la medianoche con la noticia de que no se sabía de Crittenden y del resto de sus fuerzas, después del combate.

Esta es la oportunidad de relatar lo ocurrido a las fuerzas de Crittenden, después de su salida del caserío de las Playitas del Morrillo, que tuvo lugar con las primeras luces del miércoles 13 de agosto, cuando el obstinado e individualista jefe del llamado "Primer Regimiento de Artillería", emprendió la marcha hacia Las Pozas, con unos ciento veinte hombres, quienes escoltaban las pesadas carretas que Crittenden, de todos modos y a despecho de las órdenes en contrario que había recibido, se empeñaba en llevar a Las Pozas. La lenta marcha que esa impedimenta requería siempre habría estado llena de peligros; pero en aquellos momentos constituía una fatal imprudencia y una locura. Si el primer contingente de los invasores, mandado directamente por López, secundado éste por Pragay, Downman, Schlesinger, Oberto, Gotay, etc., e integrada la columna por unidades en las que había soldados veteranos, ya había realizado su marcha desde las Playitas del Morrillo hasta la Tabla de Agua en circunstancias de desorden y de indisciplina como las que ya hemos señalado, fácil es imaginar en qué condiciones hicieron su avance Crittenden y los suyos, cuando la insubordinación comenzaba con el propio jefe de la columna, quien se consideraba preterido y maltratado y así lo manifestaba. Además, al empeñarse en seguir con la impedimenta, de lento y trabajoso transporte, el

descontento y la confusión de este grupo fueron todavía mayores que los del primero.

La narración del capitán Ellis señala que a veces se hizo necesario desenganchar los bueyes de la primera carreta para ayudar a salir a la segunda del lugar en que había quedado atascada, con la consiguiente pérdida de tiempo. Fué de ese modo que Crittenden y sus hombres consumieron la mayor parte de la mañana en un recorrido de poco más de cuatro kilómetros, hasta que estuvieron a la vista de la taberna o tienda mixta de la Tabla de Agua, donde el día anterior había tenido lugar el desagradable y alarmante motín contra el coronel Pragay, cuando éste pretendió castigar a uno de los expedicionarios por haber roto la puerta de la casa para penetrar en ella. La vanguardia de Crittenden, apenas llegó a la taberna ya cerca del mediodía, dejó sus armas a un lado, sin grandes precauciones, y se dedicó a preparar el almuerzo. El propósito era el de hacer alto con toda comodidad, descansar y comer y luego proseguir la marcha, a pesar de todas las órdenes en contrario. Bien de madrugada, ese mismo día, en Corralillo, el general Enna había destacado dos o tres compañías de infantería con un destacamento de caballería y buenos prácticos, para que hicieran un reconocimiento sobre las Playitas del Morrillo, a tono con las confidencias recibidas de que la expedición se había dividido y quedaba un grupo a retaguardia. La columna española, fuerte de unos trescientos hombres, con las compañías del "Regimiento de la Reina", el "Regimiento de Barcelona", de infantería, y una sección de caballería del "Regimiento del Rey", iba al mando del coronel Juan Antonio Villaoz, segundo jefe de la primera de las unidades citadas.

Estaban vivaqueando los hombres de Crittenden cuando recibieron la primera descarga de los españoles, quienes se habían acercado a una distancia de apenas veinte metros de la taberna sin que fuese advertida su presencia. El combate tuvo dos fases. En la primera de ella Crittenden y sus ciento veinte hombres pelearon unidos, mientras que en la segunda Crittenden llevó a cabo una salida con la mayor parte de sus soldados y dejó en la Tabla del Agua unos cuarenta hombres, al mando del capitán Kelly, en torno a los cuales los españoles establecieron un cerco, sin poder aniquilarlos, en parte porque Enna, espantado con la derrota de Las Pozas, le exigió a Villaoz que fuese en seguida a reforzarlo, y en parte porque Kelly aprovechó la primera opor-

tunidad que se le presentó para seguir la marcha con sus hombres, en dirección a Las Pozas, donde llegó al filo de la medianoche. Como ya hicimos en cuanto a la batalla de Las Pozas, ahora transcribiremos los relatos de los dos bandos acerca del combate de la Tabla de Agua, librado en un paraje llano y cenagoso, cubierto de manglares y maniguas y con unos pocos árboles frutales que sombreaban el batey de aquel mísero paradero, a mitad de la distancia entre las Playitas del Morrillo y Las Pozas. Según Schlesinger, su compatriota Reckendorf y el cubano Esteban González llegaron al cuartel general de López, en Las Pozas, el miércoles 13, como a las diez y media de la noche...

> ... y por ellos supimos lo que les había ocurrido desde que nos separamos, la llegada de las carretas y de la orden del general López a Crittenden...; su infortunada vacilación y luego su decisión de no emprender la marcha sin llevar consigo la impedimenta, su demora en iniciar su avance y, finalmente, la parada hecha en la tienda mixta, a mitad del camino entre El Morrillo y Las Pozas. Nos dijeron que mientras se encontraban allí, preparando el almuerzo, un cuerpo de tropas españolas de repente hizo su aparición en el camino, como si viniese de Las Pozas, y les atacó con una descarga de fusilería. Estas tropas españolas fueron rechazadas por una o dos descargas hechas por los hombres de Crittenden, y después de una breve espera durante la cual no hubo más lucha, Crittenden tomó consigo ochenta hombres y penetró en la manigua, en persecución del enemigo, dejando al capitán J. A. Kelly con otros cuarenta hombres (entre ellos Reckendorf y González), en la taberna. Desde aquel momento no habían visto ni sabido de uno siquiera, de los hombres que habían seguido a Crittenden. Después de esperar mucho rato y de en vano mandar a varios exploradores para localizarlos, el enemigo reapareció, con más fuerzas, y la taberna quedó casi cercada por ellas En esas circunstancias Kelly y sus hombres decidieron seguir la marcha a Las Pozas, guiados por uno de los negros esclavos a cargo de las carretas, quien les hizo tomar un trillo a través de la manigua. En la incertidumbre acerca de lo que pudiera haberle ocurrido a la columna de López, Kelly y sus hombres habían estado escondidos a unas dos millas de Las Pozas hasta que fué de noche y Reckendorf y González, con su guía, se adelantaron hasta llegar al pueblo. Ya entonces el guía penetró en Las Pozas y luego regresó con el informe de que la aldea estaba ocupada por soldados con camisas azules, por lo que habían decidido presentarse en la seguridad de que se reunirían con López y sus compañeros... El general me ordenó que inmediatamente fuese con el guía hasta el lugar donde el capitán Kelly y sus hombres estaban escondidos y que les trajese en seguida a Las Pozas, población que se proponía evacuar sin demorar un momento más. Fuimos por un trillo que atraviesa el bosque del que ya hablé porque cubría nuestra ala izquierda durante la batalla de la mañana y después de una rápida marcha de alrededor de media hora, el viejo esclavo me dijo que no todos estaban en el mismo lugar. Ni sonido ni rastro de otros seres humanos se advertía en aquella soledad hasta que di la señal que se me había instruido que utilizase, consistente en un fuerte silbido. Me contestaron en seguida desde la espesura del bosque, donde la totalidad del grupo estaba escondido, la mayoría de ellos hasta dormidos, y el capitán Kelly se adelantó y me repitió el relato de todo lo que les había ocurrido a él y a sus hombres. Le pregunté cuántos tenía y me contestó que no sabía el número exacto; pero que eran unos cuarenta. Cuando les llamó salieron de sus escondites, los contamos e indagamos con el mayor cuidado si estaban todos presentes, ya que todo el que se quedase rezagado probablemente caería en manos del enemigo. Declararon que estaban bien y entonces nos encaminamos hacia el pueblo, al cual llegamos a eso de las doce de la noche, sin otros incidentes. Al día siguiente tuve el aviso y la amargura de saber que cuatro de los hombres del capitán Kelly se habían quedado detrás. Sin duda se habían quedado profundamente dormidos, quizás si algo apartados de sus compañeros, no habían oído las llamadas hechas y en la obscuridad no habían sido echados de menos al hacerse el recuento. Nunca más supimos de ellos... (Traducción de H. P. V.)

La narración citada del capitán Ellis presenta esta otra versión:

> ... Cerca de la medianoche llegó el capitán Kelly con treinta y tres hombres del batallón del coronel Crittenden. El capitán Kelly nos dijo que la marcha del coronel Crittenden era muy lenta porque tenía que agregar los bueyes de una carreta a los de la otra cuando se atascaba, y viceversa. Su avanzada había llegado a la tienda mixta distante del Morrillo unos seis kilómetros, habían puesto en pabellón sus armas y estaban comiendo en el interior de la taberna cuando se vieron atacados por una considerable fuerza de españoles que se habían aproximado hasta unos veinte metros de la casa. Los expedicionarios, por supuesto, se lanzaron sobre sus armas, y al ripostar Crittenden al ataque con sus hombres, el enemigo fué rechazado Pronto el coronel Crittenden se dió cuenta de que su fuerza era inferior a la del enemigo, el grueso de cuya columna ya había entrado en acción y, después de permanecer en el interior de la tienda durante un rato, el coronel Crittenden determinó lanzarse a la carga dejando tras sí al capitán Kelly y a unos cuarenta hombres para que defendiesen la posición. Antes de que pudiera iniciar su carga, sin embargo, el coronel Crittenden tuvo que hacer frente a otro asalto del enemigo, el cual fué rechazado con grandes pérdidas. El coronel Crittenden hizo una salida con las compañías del capitán Kerr y del capitán Sanders para atacar a los españoles y el grupo del capitán Kelly fué poco después atacado, a su vez, y obligado a refugiarse en la tienda mixta, la cual defendió durante algún tiempo; pero, al advertir que el enemigo le estaba rodeando y que el coronel Crittenden no regresaba ni daba señales de su paradero, el capitán Kelly determinó

evacuar su posición para unirse con el coronel Crittenden o para seguir la marcha hacia Las Pozas. Al encontrar que todos los caminos hacia Las Pozas estaban en manos del enemigo, envió exploradores en distintas direcciones; pero tampoco pudo ver ni oir nada relacionado con el coronel Crittenden. Después de ambular por la manigua durante el resto del dia, tuvo la suerte de encontrar un negro esclavo que les sirvió de guia hasta un bosquecillo a la vista de Las Pozas. Aqui el capitán Kelly hizo que se detuviesen sus hombres por no saber si Las Pozas estaba ocupada por el general López o por el enemigo. El capitán Kelly despachó a Esteban González con el guia para que hicieran un reconocimiento y ambos regresaron muy pronto con la noticia de que estaba ocupada por hombres que vestian camisas azules. La fuerza del capitán Kelly entonces entró en el pueblo... (Traducción de H. P. V.)

El cuadro que con estos detalles se va formando en cuanto a las imprudencias y locuras de William L. Crittenden, se hace más sombrío aún después de lo ocurrido en la Tabla de Agua porque, a pesar de las consideradas palabras de Schlesinger y de Ellis, es inescapable la conclusión de que Crittenden no tenía condiciones para el mando y que, dominado por sus complejos y prejuicios, que tanto le habían perjudicado en su carrera militar, hasta en West Point, había sido incapaz de dominar a sus hombres y se había dejado arrastrar por ellos en todos los errores cometidos, inclusive el de la salida de la Tabla de Agua, que le llevó a desertar a los compañeros allí dejados a cargo del capitán Kelly y a los que componían el grueso de la fuerza expedicionaria, al mando del general López, para buscar su salvación y la de un pequeño grupo de adictos suyos en la aventura imposible de escapar de Cuba en unas lanchas y botes para regresar a los Estados Unidos.

El parte oficial español acerca del combate de la Tabla de Agua presenta la misma curiosa característica del que ya hemos transcrito, referente a la batalla de Las Pozas. El gobierno colonial no lo publicó hasta el 6 de septiembre de 1851, es decir, casi tres semanas después del encuentro y, por supuesto, modificado y adaptado por los censores militares y políticos a la que se consideraba la versión oficial de la Capitanía General de Cuba, siempre apartada de la verdad. He aquí el contenido de dicho parte militar:

...El Teniente Coronel D. Juan Antonio Villaoz, segundo gefe del regimiento de la Reina, ha pasado al Excmo. Sr. Capitán general el parte que á la letra sigue:

"Excmo Sr.—Cumpliendo con lo que V.E tuvo á bien ordenarme en comunicacion del 27 del actual, tengo el honor de remitirle el parte detallado de la accion que tuvo lugar el 13 del pasado en la tienda de la Tabla de Agua conocida vulgarmente por el Morrillo, cuyo parte le dí, concluido que fué el ataque, al Excmo. Sr. General segundo cabo, que no podria sin duda trasladarlo á V.E. por su desgraciada herida en la accion de Frias.

"Segun manifesté al Excmo Sr. Teniente general segundo cabo D. Manuel de Ena el dia 13 del pasado á las 7 de la mañana desde la taberna del Corralillo, me dirigí con las dos compañías de granaderos y cazadores de la Reina y la de cazadores de Barcelona y una seccion de caballeria, que componian la columna que dicho Excmo. Sr. puso á mis órdenes, á la tienda de la Tabla de Agua, donde segun todos los datos adquiridos se encontraba un grupo de piratas como de unos 160 (sic) proximamente, que se habian quedado detras de los demas del grueso situado en las Pozas, con objeto de conducir y custodiar los efectos de repuestos que habian desembarcado.

"Dada mis instrucciones á la vanguardia, que la componia la compañía de cazadores de la Reina, la hice marchar á corta distancia de mi y con los mejores prácticos; mas las diferentes veredas que conducen al Morrillo hizo que uno de los prácticos se equivocara y dirigiera á la vanguardia por una mas corta y á mi con las restantes fuerzas y la caballeria, por la mas espaciosa aunque mas larga. Aun no habia transcurrido media hora de marcha, cuando sentí sobre mi flanco izquierdo un vivo fuego que no dudé fuese el de mis cazadores. En el momento hice al práctico que me condujese con la mayor rapidez al sitio á donde se oia el fuego; pero habiendo cesado este y viendo que el práctico no tenia seguridad de la direccion que daba á mi columna, destaqué una pequeña descubierta.

"Al salir de la espesura del bosque ví a mi vanguardia cargada por el enemigo en la pequeña plazuela en que está situado el Morrillo, y poniéndome al frente de la compañía de granaderos que marchaba á la cabeza, cargué á la bayoneta haciendo al enemigo cinco muertos, y encerrándole en la casa, llegando mezclados hasta la estacada que la circunda. En este momento de confusion crei apoderarme de ella, pero reforzado el enemigo por la gente que tenia detras de la estacada, no me fue posible tomarla desde luego; pero le rodeé á distancia de poco mas de un tiro de pistola, ocupando la casa de tablas que en la repentina carga les obligué á desalojar, y en la que dispuse se situase la compañía de cazadores de Barcelona, al mando de D. Andres Lamier, y la caballeria al mando del alferez D. Nicolas Vivas. Circunvalada de este modo la casa que le quedaba al enemigo por su frente y ambos costados por la compañía de granaderos de la Reina, le molestaba muy de cerca; y aunque trató tres veces de abrirse paso por mi frente, sin mover mi guerrilla, le salí siempre á su encuentro con la compañía de cazadores de Barcelona y le hice retroceder. Convencido entónces del desórden en que se encontraba á causa de los varios ataques que habia sufrido, y faltandome algunas fuerzas para situarlas convenientemente á la espalda de la casa

por donde podia escapar, mandé al capitan de artilleria D. Jaime Sancho le dijese á S.E. el General Segundo Cabo la posicion en que me hallaba, y que para coger el mayor fruto de este encuentro, era conveniente me mandase alguna fuerza para impedir que escapasen por retaguardia. Antes de volver el mencionado capitan, se me presentó un paisano con la órden del Excmo. S. General 2o. Cabo para que sin dilacion alguna me incorporase á él pues se hallaba atacando al grueso del enemigo en el pueblo de las Pozas, lo que efectué sin la menor demora, dejando por esta razon el resultado cierto y ventajoso de mi ataque. Avistado con S E. despues de haberse retirado del campo de las Pozas mandó que el capitan de E. M. D. Luis Jaraquemada marchara con un corto destacamento de infanteria y seis caballos para hacer un reconocimiento en el Morrillo, cuyo resultado fué quedar en poder de dicho capitan las banderas, armas y demas efectos que tenian, habiendo aprehendido 7 piratas, y dos de ellos que mató la tropa por haber hecho resistencia, habiéndose enterado de la completa dispersion en que se hallaba esta partida de piratas, en términos que 50 que se reembarcaron los apresó el vapor Habanero. A uno de los pequeños grupos en que quedaron divididos lo volví á atacar segun las órdenes de S.E. con las dos compañias de la Reina en el ingenio llamado del Oidor el 14 á la una de la madrugada dando por resultado causarles 4 muertos. La pérdida sufrida por mi columna en el ataque mencionado ha sido la de un capitan herido. un teniente muerto, 15 individuos de tropa muertos y 16 heridos, todos del Regimiento infanteria de la Reina No. 2. Al trasladar á V.E. el parte detallado de esta accion y los brillantes resultados que se ha tocado, pues ha sido el primer descalabro que han tenido los piratas en razon á que la fuerza con que ataqué no pudo reunirse mas al grueso, es de mi deber hacer presente la bizarria y entusiasmo con que se han conducido los Señores Oficiales y tropa del Regimiento Infanteria de la Reina, persiguiéndoles hasta su estacada, causándoles gran pérdida de muertos y cogiéndoles 4 prisioneros y 10 heridos. No menos serenidad y aplomo manifestó la compañia de cazadores de Barcelona y la seccion de caballeria del Rey que con el mayor silencio y circunspeccion acudieron siempre á los puntos que en los diferentes ataques les conduje. Dios guarde á V.E. muchos años. Cafetal de Frias, 27 de Agosto de 1851. (f) Excmo Sr. Antonio Villaoz. Excmo Sr. Capitan General de esta Isla. Habana, 6 de septiembre de 1851. Es copia. El Coronel Gefe de E. M. Joaquin Morales de Roda. (434)

Debe igualmente, tenerse en cuenta la breve referencia que Concha dedicó en sus *Memorias,* al combate de la Tabla de Agua, que él llama del Morrillo, y el cual describió de esta manera:

... Entre tanto que este ataque (el de Las Pozas) tenia lugar, el comandante Villaoz se dirigia al Morrillo, al frente de cuyo punto se presentó con solo dos compañias, por haberse estraviado entre aquellos espesos manglares la que iba de vanguardia y que mas tarde concurrió

al combate (Exactamente lo contrario de lo que dice el parte oficial del coronel Villaoz, que acabamos de transcribir.—NOTA de H. P. V.). El ataque no fué menos vigoroso en este punto. Nuestras tropas cargando constantemente á la bayoneta y despreciando el fuego de los enemigos, llegaron á cercarlos enteramente, y su situacion era tan desesperada, que aun habiendo desistido el comandante Villaoz de su esterminio, por haber recibido órden de su general para retirarse, los enemigos se consideraron tan perdidos, que su gefe Crittenden, seguido de cincuenta hombres, pensó ya solo en buscar su salvacion arrojándose en lanchas á la mar, donde á las pocas horas fueron apresados. Los restantes pudieron aquella noche refugiarse en las Pozas, aunque no sin haber dejado muchos dispersos que fueron cogidos y fusilados en los dias siguientes... (435)

Finalmente, no se puede prescindir de la desesperada y parcial explicación que de su propio fracaso y de su triste final dió el propio Crittenden. Esa explicación está contenida en la que él mismo llamó "una carta incoherente", dirigida al Dr. Lucien Hensley y fechada a bordo de la fragata española *Esperanza,* que le llevaba a La Habana, el 16 de agosto de 1851. (436) En esa carta Crittenden, el custodio de las armas y municiones de repuesto, el que lo arriesgó y lo perdió todo por seguir con ellas, a pesar de las órdenes en contrario que tenía, se permitió decir que López le había engañado y maltratado y que, por extraño que pareciese, le habían dejado sin un cartucho para los mosquetes, y esto sí que era extraño, porque en la Tabla de Agua los hombres de Crittenden pelearon a base de descargas de mosquetería, con las cuales rechazaron a los españoles y les mataron e hirieron oficiales y soldados, todo ello a despecho de que, según Crittenden, no le habían dejado un cartucho y en las carretas llevaba las municiones de repuesto. A punto de terminar su atormentada existencia, no se podía esperar que Crittenden se librase en medio de sus angustias, de los prejuicios, los celos, las quejas, y el disgusto que tenía contra todo y contra todos, y que venían de antiguo; pero, por lo menos, había derecho a que diese una explicación de aquella desacertada y fatal actitud suya de no obedecer las órdenes dadas y de hacer una salida en la Tabla de Agua, dejando detrás a cuarenta de sus hombres, salida que fué definitiva separación entre los ochenta seguidores de Crittenden y los cuarenta hombres de Kelly. Al final de esa salida Crittenden acometió la aventura imposible de regresar por mar a los Estados Unidos en unas pequeñas lanchas de las que se incautó en las Playitas del Morrillo. El infortunado Crit-

tenden poco o nada dijo al Dr. Hensley acerca del combate de la Tabla de Agua y de su subsiguiente conducta...; nada dijo porque nada podía decir que sirviera para justificar el gravísimo yerro cometido y con el cual perdieron la vida la totalidad de los ochenta expedicionarios que, siguieron a Crittenden, sin que dejasen una explicación válida, de lo ocurrido.

En resumen, el relato del combate de la Tabla de Agua debe ser como sigue: Crittenden avanzaba a disgusto para ir a reunirse con el grueso de las fuerzas de López, como se le había ordenado, alimentando sus resentimientos y sin reservarse de sus hombres en el descontento que le dominaba, por lo que la disciplina había desaparecido. El alto en la Tabla de Agua y las circunstancias en que había tenido lugar demostraban un cierto estado de desmoralización en aquella tropilla aunque los expedicionarios, una vez atacados, lucharon con valor y con efectividad contra los soldados españoles, que más que les doblaban en número y le rechazaron con el fuego certero que les hicieron hasta lograr que el coronel Villaoz prefiriese rodearlos para evitarse mayores pérdidas. Crittenden y sus ochenta hombres, sin embargo, no siguieron combatiendo en aquel lugar, sino que hicieron con éxito una salida y dejaron a los españoles... y al capitán Kelly y a sus cuarenta hombres, a sus espaldas. En las maniguas y los manglares Crittenden no pudo conservar a su lado a todos los que le habían acompañado y se le separaron varios grupos que luego fueron atacados aisladamente por los españoles y sacrificados sin piedad. Temeroso de ser aniquilado en un nuevo encuentro, sin deseo de ir a reunirse con López y sin grandes esperanzas de efectuar de nuevo su conjunción con el grupo a cargo de Kelly, Crittenden se dejó dominar por el despecho y la desesperación y adoptó el único camino que le pareció utilizable, con lo que sabía del país en el que acababa de desembarcar: el de volver a la costa, apoderarse de las lanchas que habían servido para el desembarco e intentar el regreso a los Estados Unidos. Los cuarenta hombres de Kelly, mientras tanto, daban tan buena cuenta de sí mismos en el combate que seguía en la Tabla de Agua, contra las fuerzas del coronel Villaoz, que éste envió al capitán Sancho para que pidiera refuerzos al general Enna, al propio tiempo que éste hacía lo mismo con él, mediante una orden escrita para que se le incorporase sin demora en Las Pozas. Tanto en la Tabla de Agua como en Las Pozas, pues,

los españoles abandonaron el campo de batalla a los invasores y se retiraron con enormes pérdidas. El coronel Villaoz, en el parte oficial del gobierno español y que ya había sido preparado para la publicidad, confiesa haber tenido treinta y tres bajas entre muertos y heridos, solamente en el Regimiento de Infantería de la Reina, que él mandaba, en persona. ¿Cuántos más hubo en el Regimiento de Infantería de Barcelona y el Regimiento de Caballería del Rey, cuyas unidades también combatieron en la Tabla del Agua? Se puede calcular que los españoles tuvieron bajas por un total del veinte por ciento de sus efectivos, por lo menos, en ese encuentro y que por eso mismo fué que Villaoz pidió refuerzos con urgencia. ¿Qué habría ocurrido si Crittenden, en vez de hacer su salida con las dos terceras partes de sus efectivos, para perderse en las maniguas, hubiese luchado junto a Kelly y los suyos, con toda determinación? El contingente de Villaoz habría sido destruído y aniquilado por completo, allí mismo, como así también pudo haber ocurrido con la columna del general Enna, en Las Pozas, si no hubiese cundido la indisciplina entre los expedicionarios quienes querían combatir y su modo y por el tiempo que les pareciese. En Las Pozas y en la Tabla de Agua habría desaparecido la fuerza más lucida y efectiva que, según Concha, había visto reunida bajo su mando, hasta en la Guerra Carlista. Los efectos de estas aplastantes victorias sobre el pueblo cubano y hasta sobre las demás unidades del ejército colonial, que no eran de igual calidad, habrían cambiado el curso de las hostilidades en la Vuelta Abajo y habrían impulsado los prometidos alzamientos de otros lugares de la Isla. Los expedicionarios, a pesar de todo, habían demostrado bizarría y efectividad en el combate, al derrotar a los españoles en los dos primeros encuentros que habían tenido lugar. El mito de la invencibilidad de los veteranos peninsulares en un país sin armas y sin tradición militar quedaba destruído y la suerte del régimen colonial español estaba en la balanza. Solamente se necesitaba la acción resuelta y concertada para decidir la cuestión de una vez para siempre. Por desdicha, no se produjo el movimiento revolucionario tantas veces prometido, sino que se esperaron nuevas y más decisivas victorias de los invasores, como si se tratase de superhombres, antes de que los llamados patriotas de La Habana y de tierra adentro se lanzaran a la lucha.

De todos modos, Narciso López había demostrado que era fiel a su palabra y que era capaz de derrotar a las mejores tropas españolas de Cuba, como las calificaba el propio Capitán General Concha, y que había cubanos, como los de Oberto, Hernández, Gotay, etc., cuyo ataque a la bayoneta no podían sostener los veteranos peninsulares. ¡Ah! Entonces y después discutirían los detractores de Narciso López, hasta nuestros días, haciéndoles el juego a los españoles y a los anexionistas de Cuba y de los Estados Unidos, los propósitos del valiente caudillo libertador, negándole el mérito insigne de haber sido el primero que había llevado al triunfo, a la bandera de Cuba, "su" bandera, la que nos había dado y que tenemos, derrotando a los españoles; pero lo que jamás podrán discutirle sin llevar la injusticia para con su memoria hasta los últimos extremos, es la realidad de que cumplió su compromiso en cuanto a venir a luchar por Cuba Libre y de que su esfuerzo libertador sacudió hasta sus cimientos el régimen colonial español en Cuba y le hizo tambalearse, como así ocurrió con Las Pozas y Tabla de Agua, dos acciones de guerra de cuyos resultados el gobierno español no se atrevió a hablar sino seis días después de la ejecución de Narciso López, porque los militares españoles sabían muy bien que habían sufrido dos serios descalabros.

El hilo de esta narración vuelve ahora a Las Pozas, en la noche del 13 de agosto, cuando López reunió un consejo de guerra y decidió emprender la marcha sin más demora hacia la región montañosa, en el interior de la Vuelta Abajo, donde con toda probabilidad le sería posible defenderse mejor, sin arriesgarse a una batalla campal mientras no tuviese sus tropas bien fogueadas y disciplinadas, y apoyadas por los brotes revolucionarios que habían sido prometidos. El refuerzo traído por el capitán Kelly representaba una adición de treinta y cuatro hombres y casi reponía las bajas sufridas en la batalla de Las Pozas, por lo que López volvía a tener a su disposición unos doscientos ochenta combatientes. Perdidas las armas y municiones confiadas a Crittenden, los invasores recogieron los fusiles, bayonetas, espadas, cartuchos, pólvora y mochilas que los españoles habían dejado sobre el campo de batalla de Las Pozas, y se los distribuyeron. En la búsqueda de este material de guerra, en el maizal, habían sido encontrados doce soldados españoles heridos, se les había curado con la mayor solicitud y se les había instalado junto a otros compañeros suyos, en el hospital de sangre habilitado al efecto.

La columna no tenía medios de transporte para los invasores heridos que no pudieran valerse. Si el capitán Ellis, con un balazo en una mano, y otros, con heridas análogas, podían seguir la marcha a caballo y hasta a pie, el coronel Pragay, con ambos muslos atravesados por un balazo, el capitán Gotay, que tenía un tiro en el pecho, y otros, tenían que ser dejados atrás, encomendados a la posible piedad de los españoles. Ya por la tarde Pragay había tratado de suicidarse de un pistoletazo, mientras gritaba, en español, "¡Viva la libertad de Cuba!", pero el fulminante había fallado. Poco después, visitado por Narciso López, de nuevo había tratado de quitarse la vida para evitar preocupaciones a sus compañeros y para no dar oportunidad a los españoles para sus venganzas, y el propio López le había sujetado para que no consumase su propósito. El caudillo sabía mejor que nadie los horrores que podían esperarse de las tropas coloniales, con las consignas que habían recibido; pero, de todos modos, en una hoja de papel, de su puño y letra, dejó un mensaje dirigido al primer jefe español que llegase a Las Pozas y en el que, a vuelta de indicarle que los invasores habían atendido y curado a los heridos de entre las tropas de Enna, con el mayor esmero, pedía que se respetase la vida y se continuase la curación de los heridos pertenecientes a la fuerza expedicionaria, por razones de humanidad y de sentimientos cristianos. ¡De nada valió aquella petición y tampoco se tuvo en consideración el hecho de que, a la llegada de los españoles, al día siguiente, varios de los invasores heridos cuidaban, a pesar de su estado, a los soldados españoles cuyos casos revestían mayor gravedad! Las órdenes de Concha, entonces y por algunos días más, eran las de ¡matar!, de no dar cuartel, de cazar como alimañas a los que habían venido a libertar a Cuba, hasta exterminarlos. Esas órdenes fueron ejecutadas de la manera más atroz y despiadada por el teniente del Regimiento de Infantería de Bailén, Manuel Hurtado, y los veintiún hombre de su mando, quienes entraron en Las Pozas el 14 de agosto, a las once y media de la mañana, cuando ya se sentían bien seguros de que López y su columna estaban lejos del pueblo.

Este acto de espantosa crueldad no fué inventado por los conspiradores cubanos de la época para desacreditar a España,

aunque sí fué conocido y condenado duramente por los sobrevivientes de la expedición. Schlesinger señala en su narración, tantas veces citada, que Pragay y Gotay se dieron cuenta de la llegada del teniente Hurtado y de sus hombres y de que estaban asesinando a sus compañeros y no esperaron más. El primero se degolló y el segundo se dió un balazo en la cabeza sin dar a aquellos facinerosos la oportunidad de torturarlos y de matarlos. Manos piadosas les enterraron luego juntos, al pie del jagüey situado junto a la casa de Hipólito Alfaro, a la entrada del pueblo, y allí estaban todavía sus restos, en agosto de 1930, cuando se llevó a cabo la reconstrucción de la ruta de Narciso López en la Expedición de la Vuelta Abajo. Por lo demás, es de fuentes españolas, precisamente, que se obtienen los datos de la matanza de Las Pozas. El plano de ese pueblo y de la batalla del 13 de agosto de 1851, levantado por el agrimensor Carlés en aquellos mismos días y que reproducimos entre las ilustraciones de esta, obra, señala dónde estaba el hospital de sangre de los invasores heridos y luego dice, en la orla, textualmente: "La columna del Cap. Hurtado, que fue la 1a. que entro en el pueblo después de la accion del 13 en numo: de 21 hombres, mando fusilar á dichos heridos y algunos sanos que los asistían, se hallan en esta casa los embases con que trasportaron los fusiles". Y el parte oficial español correspondiente tiene la siguiente versión de lo ocurrido:

> ... El Excmo. Sr. Gobernador Capitan General ha recibido del Teniente del regimiento de Bailen D. Manuel Hurtado, comandante de un destacamento en San Diego de Nuñez una comunicacion participando á S.E. que á las once y media de la mañana del 14 ocupó aquel pueblo (Las Pozas) y batió á una partida de piratas que custodiaban á igual número de piratas heridos, habiéndoles fusilado, quedando en su poder muchos fusiles, pistolas, carabinas y municiones, con que ha provisto varios paisanos que le acompañaban... (437)

Como se ve, el teniente Hurtado disfrazó la matanza de los heridos dejados en Las Pozas como un supuesto combate contra veinte expedicionarios que los custodiaban y de los que poco se dice, mientras que sí es evidente que "igual número de piratas heridos" fueron fusilados. Estos asesinatos de hombres indefensos y que no podían valerse ya eran de por sí escandalosos y presentan al teniente Hurtado, y a sus hombres, pertenecientes al hasta entonces prestigioso Regimiento de Bailén, como unos desalmados con uniforme. Pero todavía hubo más: los asesinos

no quedaron satisfechos con aquellos inhumanos atropellos, sino que fueron más allá y agregaron torturas y profanaciones a las otras violencias cometidas. El nombre del teniente Hurtado no figura en las listas de militares españoles recompensados por sus servicios en la campaña de la Vuelta Abajo; pero el plano de Las Pozas, hecho por el agrimensor Carlés y Casadevall pocas semanas después, ya alude a Hurtado como capitán, o sea, que fué premiado con un ascenso, por Concha, quien no podía ignorar la espantosa crueldad con que se había conducido su digno subordinado.

Alrededor de las 2 de la madrugada del jueves 14 de agosto fué que comenzó la marcha hacia las montañas por el camino del Pinalillo hasta cruzar el río Las Pozas y luego por un sendero que iba en dirección a Cacarajícara, el antiguo asiento de la jurisdicción, antes del traslado a Las Pozas, rodeado de lomas y de bosques y en el que se había refugiado el capitán pedáneo de Las Pozas, Andrés Aparicio, con los vecinos que habían huído del pueblo días atrás. El propósito de López era el de capturar a Aparicio y mantenerlo como rehén para salvar a los heridos dejados en Las Pozas, de cuyas vidas respondería con la suya el capitán pedáneo; pero no logró lo que quería. La columna constaba de unos doscientos noventa hombres, por lo menos, al agregarse un sargento y cinco soldados españoles, que habían desertado después de la batalla, y el capitán Kelly y los treinta y tres expedicionarios escapados del desastre producido por la deserción de Crittenden en la Tabla de Agua. Con las excepciones representadas por López y uno que otro jefe, así como los heridos, quienes iban a caballo, todos los demás integrantes de la columna iban a pie. La distribución de los doce mil cartuchos abandonados por los españoles en el campo de batalla había permitido aumentar a ciento veinte tiros por plaza las municiones de que podían disponer oficiales, clases y soldados, quienes también habían mejorado, en lo posible, su armamento y demás equipo. Por eso mismo los expedicionarios quizás si iban sobrecargados, sobre todo si se tiene en cuenta que marchaban de noche, por un trillo y ascendiendo continuamente. Al faltar los coroneles Pragay, Downman y Crittenden, el teniente coronel W. S. Haynes pasó a ser el segundo en el mando. La distancia en línea recta entre Las Pozas y Cacarajícara era de apenas media docena de kilómetros; pero esa distancia se dupli-

caba por los vueltas y revueltas del camino montañoso, el cual obligaba, además, a marchar en fila india. Comenzaba a alborear cuando se ordenó un alto, a dos kilómetros, más o menos, de Cacarajícara. Durante todo el trayecto, en la obscuridad, López había estado exigiendo el más estricto silencio a sus hombres, a fin de no despertar la alarma, y el coronel Haynes le había secundado en cuanto al cumplimiento de esa orden; pero, como señala Schlesinger, el hecho de que a doscientos noventa personas. en medio de las tinieblas, se les estuviera recordando que no debían hablar en voz alta, ya constituía por sí mismo un vocerío. Cuando López y una avanzada llegaron al batey de Cacarajícara el capitán Aparicio, advertido de su inminente arribo, había emprendido de nuevo la fuga, en busca de otro refugio, y no fué posible utilizarlo como rehén. Días después, reinstalado en Las Pozas, Aparicio se conduciría como un verdugo implacable de todos los expedicionarios capturados en las cercanías del pueblo y hasta alardearía de sus fechorías.

La escala en Cacarajícara fué muy breve, lo suficiente para recibir algunas noticias, apagar la sed, y descansar un rato, y López ordenó que continuase la marcha, adentrándose en las montañas, hasta que a las nueve de la mañana se hizo alto en una vega o finca, llamada *Limones*, donde el mayoral, su esposa, su yerno, sus hijas y varios niños, les recibieron con entusiasmo y con grandes demostraciones de afecto para Narciso López, porque su popularidad era real, sobre todo entre los criollos de la clase media y los pobres. Los expedicionarios veían a su jefe abrazado por las mujeres de la familia y ésta en la mejor disposición de ánimo para atenderlos, como así ocurrió en efecto, y se sintieron halagados y estimulados. Allí les dieron la noticia de que tenían las tropas españolas a sus espaldas y agregaron, de la mejor buena fe, sin duda, la información falsa que habían recibido acerca de una sublevavión en Pinar del Río, es decir, de aquel movimiento revolucionario que Cantos y Utoa le habían prometido a De Gournay y que éste había anunciado a Francisco Javier de la Cruz, en Cayo Hueso, para que se lo dijese así a López, con ocasión de su escala en ese puerto.

A López le pareció que se aclaraba el horizonte y que mejoraba su situación. Uno o más brotes revolucionarios harían que las tropas de Concha tuvieran que dispersarse para ir a combatir en distintos lugares, mientras el contingente expedicionario se

fortalecía y adquiría más experiencia militar para luego empeñar acciones decisivas. Del sitio *Limones* pasaron a *La Sierra*, al cabo de unas horas, para estar más seguros dentro de las montañas y los mismos anfitriones, en esta otra finca, les dieron una espléndida comida con dos novillos sacrificados expresamente, plátanos, maíz tierno, frutas y café. La parada en *Limones* y *La Sierra* duró desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde y no sólo sirvió para descansar los cuerpos y reponer las fuerzas, sino para dar alguna prueba a los expedicionarios extranjeros de que había simpatías por la revolución encabezada por Narciso López entre el pueblo de Cuba.

López quería internarse lo más posible en las montañas, sin tener que combatir y sin correr el riesgo de perder lo poco que había salvado, de los escasos recursos militares con que había desembarcado. La imprudencia y la insubordinación de Crittenden le habían hecho perder los mapas bien detallados que tenía. de la Vuelta Abajo. Por eso mismo se veía precisado a avanzar guiado por los prácticos que le suministraban de un pueblo a otro y de una finca a otra. Schlesinger y Ellis no se dieron cuenta de que, de este modo, se les incorporaban elementos locales, muchos de ellos negros esclavos quienes, para los esclavistas del Sur, no tenían consideración de hombres; pero que sí lo eran y representaban un contacto con el pueblo cubano. Sin embargo, López no podía menos de preguntarse, mientras la angustia del aislamiento comenzaba a adentrársele, qué había sido de todos aquellos patriotas que tan entusiastas y dispuestos a la lucha se habían manifestado, en sus cartas. Hacía tres semanas apenas que habían exigido su presencia al frente de una expedición, a De Gournay, como condición indispensable para lanzarse a la lucha ellos mismos, y por parte alguna aparecían los partidarios con quienes había contado.

La nueva jornada, en la tarde del jueves 14 de agosto, comenzó a las tres de la tarde y terminó al atardecer, cuando las fuerzas de López, marchando de Oeste a Este; pero internándose en las montañas, acamparon en una vega del demolido ingenio *La Unión*, cuyos moradores les recibieron con alegría y con demostraciones de amistad, las cuales se hacían más personales en cuanto a Narciso López, conocido en todas partes. La vega era más pobre que las anteriores; pero aquellos guajiros se desvivieron en preparar comida con lo que tenían y en hacer café

para aquellos hombres cuya misión libertadora les era conocida. Schlesinger nos dice que hasta las muchachas de la familia atendieron con amabilidad a los expedicionarios, a quienes se dió oportunidad de descansar desde las ocho de la noche hasta las doce, cuando salió la luna y se reanudó la marcha. Esta había sido positivamente dura y fatigosa. Desde la salida de Las Pozas, veinte y cuatro horas antes, estos hombres habían estado escalando lomas, por trillos incómodos y difíciles, con ropas inadecuadas y cada uno cargado con armas, mochilas y cartuchos que pesaban alrededor de sesenta libras. Pese a todas las órdenes y a la vigilancia que se ejercía, en algunos vericuetos se habían ido quedando los más débiles o cansados, o los más descontentos, quienes todavía no se daban cuenta de que había orden de matarlos sin compasión, por parte de las autoridades españolas, y que su única oportunidad de salvarse estribaba en no separarse de sus compañeros. Muchos años después, por mejores caminos y con mayores comodidades, el autor de esta obra hizo el recorrido que en 1851 había seguido Narciso López y pudo constatar por sí mismo que el esfuerzo realizado por los expedicionarios de la Vuelta Abajo para evitar verse envueltos en una decisiva acción de guerra con las tropas españolas, que les acosaban, y así dar tiempo a que se produjese la sublevación de los patriotas que habían ofrecido hacerlo, fué verdaderamente extraordinario. El avance de López a la salida de Las Pozas buscaba llegar a San Diego de Núñez, asiento de la familia de Cirilo Villaverde, cuyos hermanos, especialmente, José María y Juan Francisco, de antiguo estaban en comunicación con él y le excitaban para que efectuase un desembarco en la Vuelta Abajo en la seguridad de que le apoyarían. José María Villaverde, sin embargo, fué arrestado antes de que pudiera sublevarse con su grupo y las armas encontradas en su poder, la correspondencia que le había sido interceptada y sus otros antecedentes, justificaron su prisión y dejaron a López y a sus hombres sin la incorporación de la primera partida de patriotas criollos con que contaban. Cuando la columna invasora pasó por San Diego de Núñez, sobrecogidos los conspiradores con la prisión de José María Villaverde, y estrechamente vigilados, no se incorporaron a la fuerza libertadora. Este descalabro y esta decepción los conocía López; pero no tenía por qué comunicarlos a sus hombres, alistados para pelear, aunque desconocedores de los preparativos para la revolución y quienes sin duda se habrían sentido derrotados de antemano, de

haber conocido tales informes. No le quedaba al caudillo otra posibilidad de salvarse y de salvar la causa que él representaba, que la de mantenerse en continuo movimiento, andando y desandando el camino con toda la rapidez posible a fin de despistar a los españoles sin verse obligados a arrostrar los riesgos de una batalla decisiva. Su táctica, pues, fué la de ganar tiempo, ganar tiempo para que viniese el *Pampero* con el segundo contingente expedicionario, para que se sublevasen los patriotas que estaban comprometidos a ello, inclusive los militares españoles que así lo habían ofrecido, y para que sus bisoños y poco disciplinados soldados se convirtiesen en veteranos con la debida organización.

Por supuesto, Ellis no tenía por qué conocer todas estas interioridades de la difícil situación en que se encontraban los invasores y su memorial contiene más de una crítica de lo que a él le parecía inexplicable en aquellas continuas marchas y contramarchas, en que apenas si había tiempo para descansar y para hacer una mala comida. El cálculo de Ellis, sin embargo, es el de que desde el principio de la marcha hubo un promedio diario de deserción de diez hombres, quienes se quedaban atrás por cansados, por desalentados, por falta de espíritu de cuerpo o con la idea de que les sería posible llegar a un acuerdo con los españoles para escapar con vida y volver a los Estados Unidos. Como que las órdenes que tenían los militares españoles eran las de fusilar a todos los prisioneros y esas órdenes no fueron rescindidas hasta el 24 de agosto, todos esos desertores fueron pasados por las armas hasta en los casos en que se presentaban y pedían clemencia. Esas ejecuciones, hechas públicamente y con mucho aparato de terror, también ejercían una terrible influencia sobre la población civil para que no se decidiese a lanzarse a la lucha.

Muy de madrugada, el viernes 15 de agosto, la columna avanzaba trabajosamente por las quebradas y las lomas cercanas a Bahía Honda, sin lograr los contactos con los Villaverde, quienes allí cerca tenían su finca. A las 10 de la mañana fué que llegaron los expedicionarios, cansados y hambrientos, a los cafetales de las colinas al Sur de Bahía Honda, llamados *Besancon* y *Laron*, los cuales aparecían desiertos aunque, al cabo de un rato, según Schlesinger, descubrieron que había alguien que les espiaba y que escapó antes de que pudieran atraparlo. Estaban a corta distancia de Bahía Honda y los centinelas dominaban

todo el panorama hasta el pueblo y el puerto. En el batey, rodeado por una cerca de mampostería, estaban a cubierto de un ataque por sorpresa y, aunque la finca había sido abandonada por sus moradores, había ganado disponible, por lo que pronto comenzó la preparación de una buena comida mientras la tropa descansaba de la difícil caminata, siempre trepando, que habían iniciado en Las Pozas. Los relatos de Ellis y Schlesinger no concuerdan en cuanto a lo ocurrido entonces. El primero dice que Narciso López, al cabo de un rato, reunió a los oficiales y les dijo que se habían equivocado de camino durante la noche y que acababa de llegar un mensajero con la noticia de que estaban a menos de una legua de Bahía Honda, donde estaban acuertelados mil trescientos soldados españoles. Schlesinger, con mayor precisión, explica que cuando ya estaban bien adelantados los preparativos para la comida, o sea, que habían podido descansar algún tiempo, llegó un guajiro amigo, cuyo nombre se reservaba, y con gran urgencia pidió ver a Narciso López, a quien dijo que en Bahía Honda había concentrada uan fuerte columna española de mil doscientos infantes, doscientos jinetes y artillería, cuyos jefes sabían que los expedicionarios acampaban en aquella posición y al mediodía emprenderían la marcha para cortarles el paso hacia las montañas del Cuzco, por Buenavista, que constituía el acceso directo hacia el macizo montañoso que siempre había sido un refugio seguro para los esclavos cimarrones. El ataque de las fuerzas procedentes de Bahía Honda, mandadas por el brigadier Martín Rosales, sería combinado con otro a realizar por la caballería al mando del comandante Lambea, en dirección contraria, tratando de lograr un movimiento envolvente que de un solo golpe aniquilase a los invasores.

López no tenía por qué dudar de la veracidad del aviso recibido, que llegaba por uno de los confidentes de los Villaverde, en aquella jurisdicción, y en el acto ordenó formación para la marcha, aun sin terminarse la comida, pues era indispensable adelantarse a los españoles y pasar el entronque con el camino de Bahía Honda antes de que ellos pudiesen tomar posiciones allí. Aprovechó López la reunión con los oficiales en la que les comunicó estas noticias y las órdenes consiguientes, para hacerles algunas importantes consideraciones sobre la situación en que se encontraban. Según Schlesinger, López les dijo que hasta entonces él había esperado que todos y cada uno de ellos fuesen

como un ejemplo para sus soldados, le imitasen en cuanto a resistir alegremente las fatigas y las dificultades; pero que, aunque la paciencia y la resistencia eran las cualidades que él les pedía y que esperaba que a ninguno faltasen, veía con dolor que no eran lo bastante estrictos con sus hombres en cuanto al mantenimiento del orden y a exigirles obediencia y cumplimiento de sus deberes. Muchos, agregó, descuidan su responsabilidad más importante, aquella de la cual dependía la seguridad de todos, la de ellos mismos y la de sus camaradas, que era la de permanecer firmes en los puestos que se les asignaban, de centinelas y de descubiertas. Algunos de los soldados, además, no sólo arrojaban a un lado sus frazadas y chaquetas, sino también sus municiones y mosquetes. Ya teníamos quince o veinte mosquetes menos que hombres, en nuestro pequeño grupo, se les dijo, y si esto continuaba pronto llegaría el momento en que no tendríamos con qué defendernos o con qué ser útiles a la causa que habíamos venido a ayudar. A todos se les había dicho y recomendado que se mantuviesen siempre unidos y, sin embargo, varios expedicionarios se habían perdido por no cumplir esta orden, al quedarse rezagados para caer inevitablemente en manos del enemigo, que no perdonaba a nadie, armado o desarmado. Si todo seguía así, se produciría sin remedio la completa ruina de nuestra empresa, por lo que López repitió con insistencia la necesidad de que hubiese estrictas obediencia y subordinación, ya que al faltar éstas se habían producido serios males que mucho comprometían la causa de todos y la seguridad personal de cada uno. Según Schlesinger, hubo una promesa general de enmienda por parte de todos los presentes; pero había tal crisis de autoridad, que las cosas siguieron de mal en peor. En esa reunión López, alentado por noticias recibidas, dijo a sus oficiales que no pasaría mucho tiempo sin que se les uniesen partidas de insurgentes y sin que llegasen refuerzos de los Estados Unidos, por lo que entonces les sería posible tomar la ofensiva y no tendrían que estar evitando los encuentros con los españoles.

Ciertamente que la situación en que se encontraban López y los suyos, en esos momentos, era bastante difícil. El aviso enviado por los conspiradores de Bahía Honda no exageraba en cuanto a las fuerzas allí concentradas por los españoles. A las 4 de la tarde del día 14 de agosto habían entrado en Bahía Honda, procedentes de La Habana, los vapores *Almendares* y

Habanero con la segunda columna de operaciones que mandaba el Capitán General Concha, al mando del brigadier Martín Rosales, venezolano de nacimiento, como el propio López; pero completamente identificado con el despotismo colonial español. Este nuevo contingente estaba integrado según Concha, (438) por cinco compañías de infantería, del Regimiento de Galicia, y una batería de cuatro piezas de montaña; pero también llevaba fuerzas de caballería, como se echa de ver por el informe del almirante Bustillos, desde Bahía Honda, cuando dice que el *Habanero* llevaba la artillería y "el ganado". En cuarenta y ocho horas Concha había puesto a la disposición de Enna, en Bahía Honda, dos mil hombres de tropas veteranas, de las tres armas, enviadas desde La Habana, y a las cuales había que agregar las columnas de los coroneles Morales de Rada y Elizalde, despachadas por tierra, desde Pinar del Río y desde Artemisa y Guanajay, para que cerrasen el cerco en torno a los expedicionarios de López, desde Los Palacios, San Cristóbal o Candelaria, al Sur de la Sierra del Rosario, hasta Las Pozas, Bahía Honda y Cabañas, sobre la costa norte. Si se agregaban los destacamentos de lanceros, rurales, rondas y movilizados, se habían concentrado unos cinco mil hombres para la campaña contra los doscientos cincuenta combatientes que le quedaban a Narciso López, los cuales, además, estaban peor armados y municionados que sus enemigos.

Al emprender la marcha, adentrándose en las montañas, para adelantarse a los españoles, es que el relato de Schlesinger menciona, por la primera vez, que tenían un guía, de color, proporcionado por el mensajero que les había llevado el aviso desde Bahía Honda. Como es sabido, Schlesinger escribió su narración, de memoria, después de su prisión en Ceuta, de donde se escapó para regresar a los Estados Unidos, sin tener oportunidad de regresar a Cuba ni de comparar sus recuerdos con muchos de los sobrevivientes de la expedición, quienes se habían quedado en las mazmorras de Ceuta. Sólo así se explica que él pasase por alto el hecho real de que todo el extenso recorrido desde Las Pozas hasta la jurisdicción de San Diego de Núñez se había hecho con otros guías, también de color, y que uno de ellos, Manuel Diviñó, sobrevivió al desastre de 1851 sin que los españoles pudieran capturarle. En 1922 Diviñó, casi centenario, todavía vivía en las inmediaciones de Bahía Honda, donde relató

a Ramiro Cabrera, sobrino de Joaquín Cabrera, uno de los expedicionarios de 1851, sus recuerdos de la marcha desde Las Pozas (439). Habría sido de todo punto imposible que, sin guías experimentados, los expedicionarios, carentes de mapas, hubiesen podido encontrar su camino por llanos y montañas y atravesando ríos, hasta de noche, en un país que les era desconocido. El guía al que después se refiere Schlesinger, como proporcionado en las cercanías de Bahía Honda, no puede haber sido otro sino aquel *Menegildo* (Hermenegildo), cuyo triste fin después de la captura de Norciso López se describe en el libro de Ramiro Cabrera, que acabamos de citar.

Schlesinger anota que en esta nueva marcha, por Buenavista, internándose en las montañas, que comenzó alrededor de la una de la tarde, no pocos de los expedicionarios, desalentados, sin disciplina y abrumados por el calor, continuaron la funesta práctica de abandonar sus armas y que al caer la tarde ya había unos cincuenta hombres que carecían de fusiles y que no hacían caso de reconvenciones y quejas. En Buenavista la columna invasora fué alcanzada por otro guajiro que a marcha forzada venía de Bahía Honda con la noticia de que las tropas españolas habían iniciado la persecución. Los cansados expedicionarios redoblaron el paso, al mismo tiempo que trepaban las mayores alturas de la región de San Diego de Núñez, en dirección al macizo del Cuzco. Schlesinger se refiere a esta marcha diciendo:

> ... Ahora vadeábamos un torrente montañoso, después trepábamos por una cañada rocosa, y luego caminábamos por un terreno que parecía imposible que los hombres pudieran ir unos tras otros, todo esto siguiendo la dirección proporcionada por el honrado guía negro que nos había facilitado nuestro buen amigo de por la mañana. La noche estaba bastante avanzada y como a las once, probablemente, después de una caminata de increíble fatiga, fué que llegamos a una pequeña finca (Buenavista), en la cima de la montaña. Todavía no sé cómo lo logramos, ya que no creo que en pleno día lo hubiese intentado, por considerarlo imposible. Era la marcha más difícil para tropas que jamás yo hubiese presenciado o que hubiese llegado a mis oídos. La habíamos hecho, además, con los estómagos vacíos. Se recordará que nuestra comida de hoy estaba medio preparada en el cafetal cuando nos llegó la alarma enviada desde Bahía Honda, lo que nos obligó a levantar el campo precipitadamente... (Traducción de H. P. H.)

El memorial del capitán Ellis presenta algunas diferencias con el relato de Schlesinger cuando dice:

> ... Esta marcha forzada hizo que un gran número de nuestros mejores hombres quedasen rezagados, sin que jamás volviésemos a saber de ellos, con una sola excepción. El general López ordenó que hiciésemos alto en un pequeño rancho y la columna fué colocada en una fuerte posicion para repeler cualquier ataque enemigo, aunque éste no se presentó. Se sacrificó un toro, se recogió algún maiz y nuestros desfallecidos hombres tuvieron una comida tolerablemente reconfortante. Como a las tres de la tarde se reanudó la marcha y a eso de las seis el batallón se detuvo otra vez por unos cuantos minutos y todos los oficiales fueron llamados para que conocieran a *dos patriotas* que se nos incorporaban. Estas fueron las primeras y las únicas personas (?) que se nos habían unido, y de consiguiente, produjeron gran sensación. A las ocho de la noche el batallón hizo alto, ya que era imposible continuar la marcha cuando varias de las compañías estaban hasta una milla más atrás. A las doce de la noche casi todas habían subido... (Traducción de H. P. V.)

Y Schlesinger, a su vez, dice que como a las once fué que se detuvo la marcha, y que

> ... En la pequeña casa que encontramos en la cima de la montaña, que estaba cerca de San Diego (San Diego de esto o de lo otro, porque hay varios "San Diegos" por aquí), nos encontramos con dos amigos de La Habana, quienes habían venido a unirse a nosotros. Uno de ellos era un caballero llamado Julian Chassen (sic); no recuerdo el nombre del otro. Nos traían noticias desalentadoras. Las sublevaciones de Puerto Príncipe y de Trinidad habían sido aplastadas por completo antes de nuestra llegada. Cinco mil soldados habían salido de La Habana contra nosotros y ahora, con los que de antes estaban en la Vuelta Abajo, se movían en todas direcciones en torno nuestro. Estos dos hombres formaban parte de un considerable grupo de habaneros quienes se habían comprometido a reunirse en las montañas de Vuelta Abajo para unírsenos y ellos eran los únicos que habían llegado al punto de reunión después de hacer frente a muchas dificultades. Habían esperado en este lugar por sus camaradas sin que hubiesen llegado. No se sabía si se habían separado, descorazonados, de sus compromisos, o si se les había hecho imposible llegar al punto de reunión por la vigilancia de las tropas, de las rondas y de las partidas montadas de españoles al mando de los tenientes y capitanes de partidos, que reclutaban a todo el mundo, interrumpían todo viaje y balaceaban sin escrúpulo a cualquier sospechoso. Habían pretendido seguir cautelosamente por la mañana en dirección a Bahía Honda, para tratar de averiguar dónde podían encontrarse con nosotros y habían tenido la agradable sorpresa de ver que nos aproximábamos. Al mismo tiempo, nos confirmaron la noticia de una sublevación en Pinar del Río. (Traducción de H. P. V.)

El San Diego "de esto o de lo otro", al que alude Schlesinger era San Diego de Núñez o más bien sus inmediaciones o el territorio de esa capitanía de partido, y no precisamente en

la cabecera del mismo. Por fortuna podemos concretar sin dejar a dudas lo relacionado con los patriotas que se incorporaron a los expedicionarios porque uno de ellos, Julio Esteban Chassagne (el Julián Chassen que dice Schlesinger), dejó una memoria inédita de sus vicisitudes, cuyo manuscrito original obra en nuestro poder, como uno más de los papeles que componen el valioso *Archivo Villaverde*. Chassagne era orfebre de profesión, nacido en la Vuelta Abajo y vivía en Sol No. 17, en La Habana. Comprometido en las conspiraciones de la época y muy amigo de los Villaverde, salió de La Habana el 1º de agosto de 1851 y con grandes dificultades y sospechado por las autoridades españolas durante todo el trayecto, hizo el viaje hasta San Diego de Núñez. Logró a su paso por el cafetal *La Jura* que siguiese con él otro de los conspiradores, José Federico Herrén, y así llegaron al sitio *Damas*, de Pedro Chippis; pero no consiguieron sublevar al grupo de amigos a quienes llevó al potrero *Camarones* con el pretexto de una cacería, el mismo día 13 en que ya tuvo noticias del desembarco de Narciso López. El 15 de agosto salieron Chassagne y Herrén, por su cuenta, con la excusa de que iban al cafetal *La Cueva* aunque, en realidad, lo que buscaban era incorporarse a las fuerzas de López y lo lograron a la salida de San Blas, siguiendo con el contingente invasor hasta pasar la noche en lo alto de las montañas, en el cafetal *Perdido*, propiedad de Pedro Loño.(440) La ruta de Narciso López y las vicisitudes de la misma se pueden seguir en detalle a partir de la noche del 14 de agosto, por el *Diario* que dejó Chassagne y al cual en lo adelante nos referiremos con frecuenucia, al mismo tiempo que a los memoriales de Schlesinger y de Ellis.

Chassagne nos dice que a las tres de la madrugada del sábado 16 de agosto se reanudó la marcha y que pasando por el ingenio demolido *La Ceiba*, de Martín Ureta, al Norte de Cayajabos, a las siete de la mañana, la columna fué atacada por la ronda de Cabañas, la cual huyó a la desbandada, tras breve combate, dejando en poder de los expedicionarios tres prisioneros y varios caballos y sin que hubiese muertos o heridos. El objetivo inmediato eran las fragosidades del Cuzco y al mediodía, rendidos de cansancio, Narciso López ordenó que hiciese alto la columna en el cafetal *San Andrés*, de Pedro Laborí: habían corrido kilómetros tras kilómetros, en dirección S. O., por *Chávez, Rosario* y *La Madama*, por caminos infernales que les

permitían internarse en el macizo del Cuzco, antiguamente refugio de esclavos cimarrones que allí se "apalencaban".

El pasaje que con referencias topográficas precisas, como de vueltabajero que era, así describe el propio Chassagne, Schlesinger lo relata diciendo que el alto de la noche del 15 de agosto sirvió para un necesario descanso; pero sin comida y con los expedicionarios en extremo descontentos y levantiscos, oficiales y soldados de por igual, salvo las pocas excepciones representadas por el teniente coronel Haynes y el capitán Ellis, quienes daban un ejemplo admirable de buen humor, resistencia y disciplina. Agrega él que después de varias horas de marcha, el sábado 16 de agosto, antes del mediodía, llegaron a una hacienda llamada *Santa María*, cuyo dueño y López se reconocieron, después de diez y siete años sin verse, y que se decidió hacer una parada de suficiente duración para comer. Se sacrificación dos reses y se preparó carne con plátanos y maíz en abundancia, por todo lo cual López dió un recibo con promesa de pago, y el espíritu de la tropa se reanimó mucho con el descanso y los alimentos. Finalmente dice Schlesinger que, estando allí, López interrumpio unas pocas horas de sueño, las primeras que había tenido en dos días, para hablar con "...un guajiro que aquí se nos incorporó a pesar de la desalentadora situación en que parecíamos estar y en la cual, efectivamente, estábamos". Este nuevo recluta ratificó la noticia de que se había producido una insurrección en Pinar del Río; pero añadió que los vecinos de San Cristóbal estaban dispuestos a sublevarse, y entonces López decidió dirigirse a San Cristóbal para comprobar la veracidad de esta información y obrar en consecuencia.

Como se ve, Schlesinger no hace mención del encuentro con la ronda de Cabañas, al que sí alude Chassagne en su *Diario;* pero el memorial del capitán Ellis sí concuerda con el dicho de Chassagne cuando anota que horas después de iniciada la marcha la columna llegó a una hacienda fortificada, no lejos de la costa (el ingenio *La Ceiba*); pero que la fuerza española allí apostada (la ronda de Cabañas), huyó sin entablar combate, dejando tras sí seis excelentes caballos, bien equipados. En la casa de vivienda había, además, provisiones, de las que se aprovecharon los expedicionarios, quienes entonces cambiaron de rumbo, escalaron en dirección S. O. el pico más alto de todo aquel sistema montañoso, bajaron a un valle delicioso, donde

abundaban los mangos y las guayabas, que sirvieron para aplacar la sed y el hambre, y hacia el mediodía llegaron a la hacienda *Santa María*, a la que alude Schlesinger y de cuyo dueño dice Ellis que era hombre de patriotismo y de quien recibieron buen tratamiento, con abundante comida.

Ya entonces aquellas tropas sin orden y diciplina regulares, con equipos inadecuados y con formación heterogénea, habían recorrido en tres días más de cien kilómetros, casi siempre por los caminos más difíciles y en las peores circunstancias; pero todavía estaba vivo en los invasores el espíritu de lucha. Aunque ellos no lo sabían, las columnas que convergían sobre aquella comarca, desde distintas direcciones, y que sumaban varios miles de tropas veteranas, estaban bien enteradas de sus movimientos por los trabajos de descubierta, escucha e información, que realizaban las rondas y los rurales. Uno de esos partes, bien característico, se refiere a la estancia de Narciso López y sus hombres, el día 16, por la tarde, en el cafetal *San Andrés*, de Pedro Laborí. En él decía el cabo de ronda del Cuzco, Vicente Gortari, lo siguiente:

> ... En este momento que son las dos de la tarde los piratas estan en el cafetal San Andres de D. Pedro Laborí: segun los vemos de una loma estan comiendo mangos: Dios quiera que se revienten. Tan pronto como hagan movimiento lo pondré en su conocimiento. Es cuanto se ofrece por ahora. Lo que tengo el honor de elevar al superior conocimiento de V.E. haciéndole presente que dentro de hora y media estaremos en el cafetal San Andres y que mis paisanos van llenos de entusiasmo por su Reina y por su patria. ¡Viva la Reina! ¡Viva España! (441)

El breve combate del cafetal del Arrasti o de Errasti, como lo llama Pichardo, también llamado *Descubierta* y *Bocurt*, esto último por el apellido de sus fundadores, se preparaba con el propósito que anunciaba el capitán Gortari. En *San Andrés* fué que Narciso López puso en libertad a los prisioneros que había hecho a la ronda de Cabañas; pero allí también desertó Julio Federico Herrén, según anota el propio Chassagne en su *Diario*, o sea, que aquel recluta apenas si había completado un día junto a Narciso López y ya estaba desalentado hasta el punto de darse a la fuga sin dar explicación de su conducta.

Al marchar hacia San Cristóbal, saliendo de las montañas, la maltrecha tropa en la que, según Schlesinger, había doscientos sesenta hombres con sólo doscientos fusiles, llegó a la confluen-

cia de los caminos de Bahía Honda y San Cristóbal. El recorrido era por el potrero de Juan Pérez, también llamado de "Mr. Félix", a varias leguas al Norte de Candelaria. La ronda de Cayajabos, compuesta por unos treinta hombres montados, atacó a los expedicionarios en el cafetal *Descubierta;* pero a la primera descarga los hombres de Gortari se dieron a la fuga, dejando abandonadas algunas armas y sin causar daño alguno con su ataque, aunque Gortari después alardeó sin fundamento alguno de que había causado bajas a las fuerzas de López. En la misma comarca, al día siguiente, se repitió la escena cuando un piquete de la ronda de San Cristóbal se aproximó lo bastante a la columna para hacerle unos disparos y volver grupas a toda prisa. En ambos casos, anotan Schlesinger, Ellis y Chassagne, Narciso López se adelantó sólo hacia los atacantes, se les identificó y les invitó para que hablasen con él; pero no logró que le atendiesen.

Estando acampados en el asiento de la hacienda del Cuzco, fué Chassagne acompañado de otra persona a quien sólo indentifica en su *Diario* con las iniciales M. R., a realizar unas gestiones en busca de apoyo y de informaciones fidedignas de la situación, a unas tres leguas de distancia, distancia que pudiera haberles acercado a Candelaria o a San Cristóbal. El viaje, emprendido a las ocho de la noche, sin duda que revestía extraordinaria importancia para lograr que se decidiesen a la lucha los elementos que se habían ofrecido para ello; pero no tuvo el resultado que se buscaba. Posiblemente por el fracaso de la gestión de Chassagne fué que López desistió del ataque a San Cristóbal, que entonces tenía proyectado y que quizás si hubiese cambiado el curso de los acontecimientos.

El hecho significativo es el de que a las cuatro de la madrugada del domingo 17, cuando se reanudó la marcha, ya ésta fué en dirección a Candelaria y no hacia San Cristóbal, como se había decidido hacer al salir de la hacienda *Santa María*. Esta vez López se encaminó al demolido cafetal de la familia Frías, llamado también *San Juan Bautista*, entonces propiedad del Conde de Pozos Dulces, cuñado del caudillo. El Cafetal de Frías, muy venido a menos, cubría una extensión de doce caballerías de tierras, con sólo cuatro casas, entre ellas la de vivienda, de sólida construcción, y estaba al cuidado de un mayoral blanco y una dotación de veinte y seis esclavos, de color. De los tiempos en que estaba en producción y en los cuales López lo había visitado, quedaban las espléndidas arboledas de frutales, algunos cultivos menores, cierta cantidad de ganado y relativas comodidades en la casa central.

La llegada al Cafetal de Frías fué a las ocho de la mañana, según Chassagne; pero Schlesinger y Ellis están de acuerdo en señalar que fué al mediodía, aunque hay que advertir que Ellis es el único de los tres autores que habla de un supuesto encuentro con los lanceros españoles, esa mañana, durante la marcha hacia Frías, y lo hace para quejarse de que el fuego de los fusiles de los expedicionarios había sido inefectivo porque la "Compañía Cubana" era la que marchaba a la vanguardia, ya que, según él, si hubiesen sido los norteamericanos los que iban a la cabeza de la columna, otro habría sido el resultado de esa acción de la cual él es el único que habla y ni siquiera los españoles la mencionan. Para hacer más dudosa esta información de Ellis hay que tener en cuenta que él es también el único que atribuye a López la declaración de que los españoles habían perdido el rastro de la columna y no sabían dónde estaba (él, que habla de un combate en la ruta de la mañana, y con lanceros), y que en el Cafetal de Frías podrían descansar con toda seguridad durante varios días.

La descripción que hace Schlesinger del que iba a ser el campo de la batalla de Frías, tiene importancia. Según él:

> ...El Cafetal de Frías es un hermoso y espacioso cafetal, que cubre muchos "acres" de terreno, cerrado por tres de sus lados por una cerca de mampostería, mientras que el otro lado descansa en un espeso bosque, tupido hasta ser casi impenetrable. De esta manera la propiedad viene a formar una superficie más larga que ancha. Cerca de uno de los lados de mayor longitud de este cuadrilátero están la casa de vivienda y otros edificios, muy juntos, circundados por un amplio jardín y esta sección dentro de otra cerca de mampostería. Exactamente por este lado, más allá de la cerca exterior, es que pasa el camino, por un terreno que se va elevando. Del mismo lado del cuadrilátero en que está situada la casa de vivienda, hay dos amplias portadas, una en cada extremo, y el camino interior va de una de ellas a la otra, bordeando el jardín y los edificios por fuera del muro interior que cierra el jardín; pero, por supuesto, dentro del cuadrilátero principal. Del otro lado de este último, entre este camino y el lado opuesto del cafetal, había dos pequeñas colinas, la más pequeña más cerca del jardín y la mayor no lejos del muro opuesto, a unas trescientas o cuatrocientas yardas de la casa de vivienda. En esta última colina había un bosquecillo de unos veinte árboles frutales, mangos y otros.

El grueso de la fuerza había acompado en esta última loma, debajo de los árboles, con la excepción de dos compañías que habían ido a la colina más pequeña y de las cuales íbamos a extraer los centinelas y las avanzadas, los cuales fueron colocados en los lugares adecuados. Después de hacer los preparativos necesarios, me reuní con el general López en el interior de la casa de vivienda y le informé a su satisfacción de las medidas adoptadas. No se perdió un momento en la preparación de la comida. Era alrededor de las dos de la tarde y los hombres estaban cocinando. El general López y yo estábamos solos, o casi solos, en la casa de vivienda y nuestros caballos estaban amarrados en el exterior, el del general en una portada al costado y el mío en el frente. El general López se sentía como en casa, después de muchos años de ausencia. De pronto un centinela apostado ante la casa dió la alarma al aproximarse varios jinetes; casi en seguida un segundo centinela dió otra voz de alarma; pero desde otra dirección, y yo mismo pude ver a dos jinetes españoles que estaban a unos veinte pasos en frente de la vivienda, en la puerta de un pequeño recinto que había allí. El general López inmediatamente salió de la casa, primero a pie hasta montar a caballo, y luego galopando con rapidez para reunirse con los hombres acampados en la colina ya mencionada. Los centinelas se batieron en retirada, precipitadamente, en la misma dirección. No se había dado otra alarma sino la de los centinelas inmediatos a la vivienda. Como que mi caballo estaba en frente de la casa, tuve que desatarlo bien a la vista de mis dos inesperados amigos, los jinetes españoles, armados de carabinas, mientras que yo sólo tenía conmigo mi espada. Me permitieron hacerlo, sin embargo, sin molestarme, y salí al galope, indemne, aunque estaban bastante próximos a mí y podían haberme balaceado fácilmente con sólo apretar el gatillo. Creo que eran desertores que trataban de unírsenos porque dos jinetes españoles, quienes estimo que eran los mismos individuos, después se las arreglaron para dar la vuelta hasta la retaguardia, donde se nos rindieron fácilmente y se nos unieron... (Traducción de H. P. V.)

El capitán Ellis, a su vez, luego de señalar que el contingente, al llegar al Cafetal de Frías, estaba en completo estado de desorganización, sin que el teniente coronel Haynes, carente de experiencia militar, pudiera imponer obediencia a sus hombres, dice que la escala en Frías era indispensable para que aquella fuerza volviese a tener eficiencia. Agrega que la indicación de López en el sentido de que todo lo que había allí estaba a la disposición de los expedicionarios fué atendida matando reses, puercos y aves y recogiendo maíz, viandas y plátanos para una buena comida hasta con sal. Cuando se disponían a comer fué que los expedicionarios oyeron un tiro disparado por uno de los centinelas y este mismo vino a la carrera con la noticia de que se aproximaba un fuerte grupo de lanceros por el mismo camino que habían seguido los expedicionarios para llegar al Cafetal de Frías. Según el propio capitán Ellis, sus camaradas no mostraron mucho entusiasmo por pelear con los estómagos vacíos y Narciso López tuvo que hacer valer su autoridad para que tomasen sus posiciones para repeler el inminente ataque; pero él mismo dice que López tuvo la culpa de que las bajas de los españoles fuesen menores en el primer asalto, porque llegó a creerse, por la parada que hicieron los lanceros junto a la vivienda, que se disponían a unírsele, cuando lo que en realidad hacían era estudiar el terreno para lanzarse a la carga. De todos modos la carga se produjo y fué por las perentorias órdenes de López que los lanceros se encontraron con que los expedicionarios les recibían a tiros, bien parapetados detrás de los árboles y las rocas, y no sentados a la mesa. El mortífero fuego de los invasores se cebó en la masa de jinetes lanzados a la carga y la cabeza del escuadrón, quince o veinte hombres con sus cabalgaduras, fueron derribados mientras los demás volvían grupas a toda prisa. En la distancia aparecían las primeras compañías de la infantería española y el general Enna se aprestaba a lanzar todas sus fuerzas, más de mil quinientos hombres de las tres armas, sobre aquel reducido grupo de valientes, mal armados y con escasas municiones.

El memorial del capitán Ellis de nuevo critica el que Narciso López demorase la orden de disparar contra los lanceros y es que Ellis ignoraba que López seguía con la esperanza de una deserción en masa, por parte de las tropas españolas, en un momento crítico, y sólo se decidía a ordenar que los expedicionarios hiciesen fuego cuando no quedaba otro remedio. De todos modos, el propio Ellis es quien dice que fueron capturados dos lanceros, los mismos a quienes se refiere Schlesinger como incorporados a la columna, y que por ellos fué que se supo que el general Enna mandada una fuerte columna a base de infantería. López decidió buscar una posición más conveniente para resistir el ataque, que era inminente, y para ello sus hombres se movieron a paso redoblado y así y todo cuando pasaron frente la vanguardia española, recibieron su primera descarga a una distancia de cien yardas; pero lograron tomar posiciones en la colina a la cual se dirigían y escatimando hasta entonces sus municiones. Ellis indica que Enna trató de flanquear la colina a través de la manigua, sin lograrlo, y que entonces el fuego se hizo general y muy nutrido, con una duración de media hora, al cabo de la

cual las tropas españolas se retiraron en buen orden. Los expedicionarios no sabían que el general Enna había caído mortalmente herido mientras trataba de animar a sus hombres, y agonizaba con un balazo en la ingle. Sí se dieron cuenta, sin embargo, de que algo había ocurrido como factor determinante de la inesperada retirada y se lanzaron en persecución de los españoles sin poder alcanzarles.

El *Diario* de Chassagne no describe en gran detalle la batalla del Cafetal de Frías y se limita a decir, textualmente:

> ... Llegamos al Cafetal de Frias como á las ocho de la mañana, y como á las nueve fuimos atacados por un escuadron de caballeria y por una columna de infanteria y tambien por la artilleria, y todos tubieron que retirarse dejando en el campo de batalla barios heridos y muertos y como á las tres de la tarde sesó el fuego y nos dirijimos por el camino de Naranjo Dulce y fuimos hacer noche en el cafetal de Dolores de la propiedad de doña Paula Chaves...

El general Concha dejó su propia descripción de lo ocurrido en el Cafetal de Frías con estas palabras, después de hablar de la reunión de Enna con los refuerzos traídos por el brigadier Rosales:

> ... De este modo se encontraba el general Enna inmediato al enemigo con una fuerza de mil quinientos hombres, cuatro piezas y ciento veinte caballos... cuando volvió á ponerse á la vista de los piratas frente al cafetal de Frias, en donde estos se hallaban descansando despues de una larga marcha sin conocimiento de la proximidad de nuestras tropas. Mas de una hora hacia que estas avistaban al enemigo, ocupandose el general en preparar su ataque, cuando la llegada de una nueva columna de dos compañias y cien caballos, fuerza que habia situado nuevamente en Guanajay para observar las salidas de las lomas del Cuzco, y que adelantó una seccion de caballeria, previno á los piratas del peligro inminente en que se encontraban, obligándoles á dejar sus ranchos precipitadamente y ponerse en marcha hácia la montaña. Tal fué el momento en que adelantandose el intrépido general con una mitad de cazadores sobre el flanco enemigo para detenerlo en su retirada, recibió á muy corta distancia una herida mortal que le puso en el caso de mandar hacer alto á su columna; suceso desgraciado que le interrumpió las operaciones aquel dia, y que valió á los piratas su salvacion, aun cuando se hallaban rendidos y fatigados hasta el punto de haber tenido que descansar á legua y media del cafetal de Frias... (442)

El gobierno colonial hizo todo lo posible por disimular y hasta ocultar la importancia del descalabro sufrido en la acción de Frías y cuyas repercusiones pudieron haber sido fatales para

la dominación española en Cuba si aquéllos que se habían comprometido a la lanzarse a la lucha, lo hubiesen hecho así. La muerte de Enna, segundo en el régimen colonial, y la retirada de sus tropas, fueron noticias sustraídas a la información pública hasta que Concha creyó que podía hacerlo sin mayores peligros. De ahí que el parte oficial acerca de lo ocurrido en el Cafetal de Frías, después de alterado y adaptado a la propaganda oficial, se limitase a decir:

> ... El Sr. Brigadier D. Martin Rosales ha participado al Excmo Sr. Gobernador y Capitan General con fecha de ayer desde la Carambola (ingenio demolido, de los herederos de Vicente Segundo, en la jurisdicción de Candelaria, entre los ríos Hondo y Yaguasas, a buena distancia de Frias. NOTA del Autor), que tenia combinada su reunion con el Excmo. Sr. General Segundo Cabo y cuando muy oportunamente iba á lograrlo vió que la columna de S. E. atacaba á los piratas y que avanzándose sobre ellos con los primeros cazadores recibió dicho señor general una herida de mucha gravedad. Este incidente desgraciado detuvo algun tanto al expresado brigadier para tomar el mando de aquella fuerza y continuar como lo hizo en seguida la persecucion del enemigo, que emprendió su fuga desde luego, no sin dejar en el campo cinco muertos y abandonar algunas armas y otros efectos, llevando tambien algunos heridos. Habana, 19 de agosto de 1851... (443)

Es difícil reconciliar el dicho del brigadier Rosales sobre que había ido en persecución de las fuerzas de Narciso López, cuando escribía al día siguiente del combate desde el demolido ingenio *Carambola*, con el dato concreto de que habían sido los españoles los que habían abandonado el campo de batalla después de sus infructuosos ataques y luego que el general Enna había caído herido de muerte y sus hombres lo llevaban a toda prisa hacia Candelaria por si todavía podían salvarle la vida.

Schlesinger, como ya vimos en el caso de la batalla de Las Pozas, es el cronista militar por excelencia de la campaña de la Vuelta Abajo. Por eso, antes de dar nuestra versión de la acción de Frías, ahora vamos a transcribir la descripción que él hizo en su tantas veces citada narración, de lo ocurrido en el Cafetal de Frías. Héla aquí:

> ... El enemigo estaba sobre nosotros, y fuerte, a las órdenes del general Enna, comandante en jefe de operaciones y el segundo en el mando de la Isla de Cuba; pero esto último todavía nosotros no lo sabíamos. Probablemente Enna había calculado que haríamos alto en el Cafetal de Frías, y pensó que allí nos habría cogido en una trampa. Su

infantería entraba en el batey por la amplia portada de la izquierda, tal y como ahora estaba situada nuestra posición sobre una de las colinas, mientras que su caballería, que había venido siguiéndonos, entraba en el cuadrilátero cercado por el extremo opuesto, en el mismo lado. Tenía varios cañones (cuatro, si mi memoria no me es infiel), emplazados del otro lado del camino principal, fuera de la cerca del cafetal, allá donde el terreno comenzaba a elevarse, según ya hemos mencionado. El total de sus efectivos era de 120 jinetes, 1,200 infantes, y la artillería. Es claro que había confiado en cogernos en la casa de vivienda y edificios adyacentes del cafetal que venían a quedar bajo los tiros de su batería, de modo que al entrar por las dos portadas, unidas éstas por un camino que luego recorría la cerca, sin duda contaba con que podría envolvernos por retaguardia y así llegar a rodearnos por todas partes. En realidad, debido a la incorregible imprevisión de los centinelas, estuvo bastante cerca de apoderarse de una gran presa en la persona del general López... Pero afortunadamente y con prudencia nuestros hombres habían quedado acampados bajo los mangos de la colina, como ya se ha descrito, y hacia esa posición se replegó todo el mundo y de prisa. La artillería de Enna así resultó inútil, porque los edificios se interponían entre sus cañones y nosotros, y cuando la caballería y la infantería españolas entraron en el cuadrilátero del batey, el camino que habían seguido desde las portadas situadas en los extremos opuestos de la cerca, en vez de hacer que llegasen hasta nosotros por retaguardia, lo que hizo fué colocarlos frente a una buena posición, desde la cual estábamos listos para rechazarlos.

El propio general Enna estaba con la caballería que entró por la portada de la derecha. Entonces se condujo, en realidad, con poco buen juicio y sin aptitudes de general. Pudiera ser que él confiase más en su caballería que en su infantería, o que estuviese dominado por el despecho al recuerdo de la derrota sufrida en Las Pozas, o que se dejase llevar por una impetuosa seguridad en que podía barrernos y destruirnos mediantes cargas de sus jinetes, o quizás si se mostrase ansioso de alcanzarnos antes de que pudiéramos refugiarnos en los bosques cercanos; pero cualquiera que fuese el motivo que tuvo para actuar como lo hizo, lo cierto es que el desdichado Enna se condujo más como un soldado temerario que como un caudillo hábil. En vez de atacarnos con su infantería, ayudada por la caballería, se lanzó a atacarnos con esta última, antes de que la infantería pudiese siquiera entrar en acción. La primera carga fué rechazada por la misma fusilería mortífera que él ya había experimentado en Las Pozas. Entonces, indignado ante la cobardía de sus hombres, quienes habían roto filas y vuelto grupas antes de acercarse a nosotros, formó a sus jinetes en dos columnas de ataque, para volver a la carga, una por la derecha y la otra por la izquierda, aunque sus hombres no parecían dispuestos a seguirle. Nosotros apenas si teníamos doscientos fusiles, pero funcionaron bien. Hombres y caballos quedaron regados por el suelo, ante nosotros y por debajo de nosotros. El propio Enna cayó, mortalmente herido. Los dos grupos de la caballería rompieron filas y huyeron, dominados por el pánico, y no fué sin dificultad que los ayudantes de Enna pudieron reunir unos quince o veinte jinetes para

que llevasen consigo al caído general. Por supuesto que nosotros entonces no sabíamos, por nuestra parte, quién era el herido; aunque nos dimos cuenta de que había caído un jefe importante. La propia caballería de Enna fué la que entonces hizo el resto del trabajo a nuestro favor. Huyeron, presas de pánico, por la primera vía de escape que encontraron, que era el camino a continuación del que les había servido para entrar y por el cual en ese momento comenzaban a penetrar en el cuadrilátero, en dirección opuesta, las columnas de infantería. La desbocada carrera de los jinetes sirvió para cortar en dos a su propia infantería, mientras los caballos pisoteaban y dispersaban a los soldados que hacían su entrada por donde los jinetes querían escapar. El resultado fué de completa derrota y pánico absoluto. La caballería hizo su escape principalmente por aquella salida, aunque unos cuantos huyeron al galope por el otro lado. La parte de la infantería que ya estaba dentro del cuadrilátero también apeló a la fuga, unos volviendo sobre sus pasos; pero la mayoría de ellos empujándose por el camino que bordeaba la pared del jardín, a fin de escapar por la otra salida. De esta manera tenían que pasar por delante de nuestros mosquetes, apiñándose mientras lo hacían y devolviéndonos unos pocos tiros inofensivos en ese desfile. Nuestras descargas les llegaban mas bien desde lejos; pero eran efectivas.

¡Oh! Si hubiésemos tenido cincuenta caballos y jinetes dispuestos a montarlos, para ir en su persecución. ¡Oh! Si aun sin caballos, se hubiese podido obligar a nuestros hombres para que les persiguiesen. El general López, quien siempre estaba a la cabeza de sus soldados, tan expuesto que no tuve más remedio que reprochárselo, se adelantó para encabezar a los nuestros en la persecución; pero pocos le siguieron. La tentativa, evidentemente, no tuvo el resultado apetecido y resultó inútil. Lo único que teníamos que hacer era lanzarnos sobre los españoles en fuga y sus cañones habrían sido nuestros. ¡Quién sabe cuántos del enemigo habrían depuesto sus armas para luego incorporársenos! La persecución habría consumado una victoria que quizás si habría sido decisiva, si la hubiésemos llevado hasta el final y en un momento dado el efecto moral lo era todo. Con Enna caído, la artillería capturada y la infantería dispersa y presa del pánico por todos lados, los fatales efectos producidos por la captura y la matanza de los hombres de Crittenden habrían sido anulados y compensados...

Tal fué la batalla de Frías, en la cual la disparidad de las fuerzas fué todavía mayor que en Las Pozas. Certera puntería y firmeza de posición, por nuestro lado; pánico repentino y rápido, con mala dirección, por parte del enemigo: eso fué todo. La infantería española nunca nos atacó y su caballería si lo hizo; pero débilmente, y pronto huyó en una rota a la desbandada pisoteando y fomentando el pánico entre sus propias columnas de infantería, que avanzaban. La huida se generalizó a derecha e izquierda, y en ella sufrieron considerablemente los españoles; pero no porque nosotros les persiguiésemos, sino porque su vía de escape les colocó al alcance de nuestro fuego de flanqueo. Sus pérdidas fueron grandes, aunque yo no puedo fijarlas con exactitud. Sus muertos cubrían en gran número el terreno de la antigua finca de López. Parecerá

> increíble si no fuese por la forma peculiar en que se discutió esta batalla, conforme la he relatado; pero el hecho es que nuestra pérdida fué de sólo *tres heridos* y uno de ellos lo fué por imprudencia de uno de sus camaradas. Esta cifra, por sí sola, basta para probar el miedo pánico con que nuestro fuego fué considerado por los soldados españoles... (Traducción de H. P. V.)

La comparación de todas estas versiones lleva a la conclusión de que en la batalla del Cafetal de Frías los españoles sufrieron una segunda derrota, quizás si más importante que la de Las Pozas, ya que sus efectivos, de las tres armas, duplicaban a los que Enna había tenido en Las Pozas, mientras que López contaba con fuerzas menores y peor armadas en esta segunda acción de guerra. Los españoles cuidaron muy mucho de ocultar las cifras acerca de los muertos y heridos que tuvieron en Las Pozas y reservaron la noticia acerca de la muerte del general Enna. Si dicho jefe, en el parte oficial acerca de Las Pozas, llegó a admitir que había tenido ciento nueve bajas entre muertos y heridos, cifra inferior a la verdadera, hay derecho a pensar que en Frías las pérdidas todavía fueron mayores, cuando por parte alguna aparecen en los informes españoles. En la historia militar española es probable que no haya otro caso tan escandaloso de incapacidad e ineficacia en los mandos como el de Frías. Las tropas coloniales, hasta con cañones y en número seis veces mayor que el de los expedicionarios de López, huyeron a la desbandada sin que el brigadier Rosales tuviese la resolución y la capacidad militar necesarias para reemplazar a Enna y continuar la lucha, a sabiendas de que aquellos doscientos y pico de hombres, mal armados, que tenía frente a sí, eran todos los que López podía oponerle, sin posibilidad alguna de refuerzo, mientras que los españoles contaban con otras columnas de tropas veteranas en las cercanías, mandadas por los coroneles Elizalde, Morales de Rada, Sánchez y Lago.

En el Cafetal de Frías volvió a discutirse el porvenir de la dominación española en Cuba y los españoles dieron una prueba concluyente de que no podían enfrentarse con cuerpos armados más o menos regulares, al mando de un jefe valiente, popular y experimentado. En menos de una semana, en dos ocasiones, teniendo en su favor todas las ventajas, los defensores del coloniaje habían sido vencidos: servían, como todos los ejércitos con funciones policíacas o políticas, para imponerse a la población civil y para dominarla por el terror; pero en el campo de batalla no eran los mismos soldados españoles de brillante historial en guerras civiles e internacionales. Los dos golpes recibidos por el régimen colonial español, en Las Pozas y en Frías, fueron terribles. No se necesitaba más que la sublevación general, prometida por los conspiradores, para que aquella lucha se convirtiese en la Guerra de Independencia de Cuba. Si López hubiese podido recibir refuerzos, como los que se creyó que traería el *Pampero* con un segundo viaje, también se habría producido la Guerra de Independencia de Cuba porque si Concha no había podido destruir a un grupo invasor de apenas cuatrocientos hombres, con las fuerzas con que contaba, mucho menos le habría sido posible aplastar a un segundo contingente expedicionario. Además, las posibilidades de refuerzos para el régimen colonial español, estaban del otro lado del Atlántico, en Europa, y requerían un mes en cuanto al viaje redondo entre España y Cuba, sin cable submarino para las noticias, aparte del tiempo necesario para reunir y equipar tales refuerzos en un país que vivía al borde del cuartelazo y cuyo gobierno no podía desprenderse de efectivos militares que le eran indispensables para continuar en el poder.

En la Guerra de los Diez Años, hasta la batalla de Las Guásimas, no se encuentra una acción de guerra con resultados tan mortíferos para los españoles, como los que pueden señalarse a Las Pozas y a Frías. Los historiadores, los verdaderos y los de pacotilla, que han preferido dedicar su tiempo, al estudiar a Narciso López y a sus empresas libertadoras, a la cuestión de los propósitos que ellos le atribuyen, dominados por sus prejuicios, habrían hecho mejor en preocuparse con el punto fundamental de que el 13 de agosto de 1851 y otra vez el 17 de agosto, en Las Pozas y en Frías, Narciso López y sus compañeros derrotaron y pusieron en fuga a las mejores tropas coloniales, reputadas así por el propio Capitán General Concha, causándoles enormes pérdidas, y en vano esperaron el apoyo de aquellos conspiradores quienes preferían esperar a que les entregasen a Cuba, ya libre, para que entonces ellos se dedicasen a aprovechar el resultado de los esfuerzos y los sacrificios de los que la habían libertado, aunque con anterioridad a la llegada de la expedición se habían desgañitado pidiendo que viniese y asegurando que lo único que se necesitaba para que se produjese una sublevación

general era que desembarcase Narciso López. Este cumplió lo que había prometido y realizó verdaderas hazañas en Las Pozas y en Frías, aparte de la representada por la expedición en sí: los que no cumplieron fueron los que se dedicaron a buscar excusas y subterfugios para su flaqueza cívica y entre los cuales estaban los anexionistas y esclavistas, temerosos de que la Revolución Cubana acaudillada por López, al triunfar, barriese con los privilegios y las injusticias para establecer una República de Cuba sin esclavos.

Nadie comprendió mejor la extrema gravedad de la situación que se le había presentado al régimen colonial español con las derrotas de Las Pozas y de Frías y con el hecho de que todas las tropas lanzadas contra López no habían podido detenerle, que el propio Capitán General Concha. Si aquella situación se prolongaba, todo se perdería, irremisiblemente. El alto mando español se había movido con extraordinaria celeridad y desde el primer movimiento estaba enterado de la llegada de la expedición y hasta del punto en que había desembarcado. Veinte y cuatro horas después ya tenía lugar la batalla de Las Pozas y comenzaba López su formidable marcha hacia las montañas sin que los españoles pudieran ni darle alcance, ni detenerlo, ni cortarle el paso con todas las columnas lanzadas contra él. Hay que conocer la ruta de Narciso López y sus hombres en la Vuelta Abajo para comprender el derroche de energía, de resistencia física y de valor, que hicieron. El segundo objetivo militar de López (el primero había sido el de realizar el desembarco sin ser interceptado), también estaba logrado después de la batalla del Cafetal de Frías; se había sostenido cinco días frente a fuerzas infinitamente superiores y en todas las ocasiones en que se había visto obligado a combatir, había triunfado. Concha se lo jugó todo por el todo y salió a campaña él mismo. Su determinación queda explicada por el militar español con estas palabras:

> ... No teniendo á mis órdenes ninguno de los generales á quienes pudiera emplear en el mando de las operaciones, tomé por mi mismo su direccion. Era preciso reorganizar las diferentes columnas, ponerlas en disposicion de batir á cualquier nueva espedicion que se presentase, como se anunciaba, y hacer imposible al mismo tiempo que un solo hombre de los de Lopez consiguiese salvarse, embarcandose en cualquiera de las costa y refugiandose en uno de los infinitos cayos que hay a su inmediacion, para aprovechar el paso de cualquier buque que cruzase. Y tal fué el objeto que me propuse haciendo salir el 18 (día siguiente de la derrota de Frías.—NOTA del autor) precipitadamente de la Habana al teniente coronel (Félix) Sanchez, con cuatrocientos hombres del regimiento de la Corona, cuya llegada á San Cristóbal impidió oportunamente que se verificase lo que yo había calculado evitar... (444)

Estas tropas del Regimiento de la Corona se unían a los regimientos de la Reina, de Bailén, de Galicia, de Barcelona, de León, de España, de Isabel II, de Caballería del Rey, de Lanceros de Fernando VII, a la brigada maniobrera de artillería, y a las rondas de partidos, que formaban la fuerza militar más poderosa que España pudo concentrar, en momento alguno de nuestras Guerras de Independencia, en un teatro de operaciones tan reducido como el cuadrilátero que se extendía desde las Playitas del Morrillo hasta Cabañas, pasando por Bahía Honda, y desde Los Palacios hasta Santa Cruz de los Pinos, pasando por San Cristóbal y Candelaria. Concha tuvo que desguarnecer bastante a La Habana sin que los oficiales españoles comprometidos en la conspiración, se sublevasen, y sin que tampoco lo intentasen siquiera los conjurados de La Habana.

Las fuerzas de López no vivaquearon sobre el campo de batalla de Frías, a pesar de su victoria, porque en seguida reanudaron la marcha hacia las montañas; pero todavía tuvieron tiempo para recoger armas, pertrechos y otros efectos, de los que los españoles habían abandonado allí. Algunos de los expedicionarios que en su cansancio y desaliento habían tirado sus armas por los caminos, volvieron a armarse, y la totalidad de los que estaban armados se distribuyeron varios millares de cartuchos, de los españoles, como ya había ocurrido en Las Pozas. Es de justicia aclarar que, aunque Schlesinger dice que López sólo tuvo tres heridos en Frías, el memorial de Ellis señala que hubo dos muertos y tres o cuatro heridos muy leves, entre los invasores. Ellis dejó en blanco la cifra relativa a las bajas de los españoles, sin duda porque le fué imposible saberla y solamente señala que en la primera de las cargas de la caballería española, hecha por un pelotón, fueron derribados entre quince y veinte jinetes. Fué después que las pérdidas de los españoles se hicieron mayores.

Al salir del Cafetal de Frías llevó López consigo un guía del lugar, uno más de los muchos cubanos sin nombre, blancos y de color, que se le incorporaron y que le ayudaron para que los expedicionarios pudieran realizar aquellas marchas extraordinarias. Quería el caudillo aproximarse todo lo más posible a

San Cristóbal, aunque sin abandonar la protección que ofrecían las montañas. La partida fué alrededor de las tres de la tarde, a paso redoblado, y en dos ocasiones hubo que hacer alto porque los guías señalaban la posibilidad de ataques de los españoles, ataques que no se produjeron aunque en ambos casos la columna permaneció formada y lista para disparar durante algún rato. El memorial de Ellis señala esto en son de crítica; pero es una realidad que los rurales y las rondas seguían a los expedicionarios y vigilaban sus pasos desde lugares adecuados, que conocían, en los montes, porque esa era la misión que se les había encomendado. Los guías se daban cuenta de la proximidad de esas patrullas enemigas y avisaban a López y éste tomaba la elemental precaución de prepararse para el posible ataque antes de reanudar la marcha. En aquellos momentos los informes que tenía López y que conocían Schlesinger y unos pocos más, eran de que se iba a producir en San Cristóbal la esperada sublevación al presentarse los expedicionarios en las cercanías de la población.

El camino seguido al salir del Cafetal de Frías era el que llevaba a la Sierra de Naranjo Dulce y la columna hizo alto durante la noche en el cafetal *Dolores,* propiedad de la señora Paula Chávez y situado en la línea divisoria de los actuales municipios de Cabañas y Candelaria. El memorial de Ellis es la única de las fuentes que describe el lugar como una fortificación natural llamada "el viejo castillo", antiguamente usado por las tropas españolas y el cual podía ser defendido por cien hombres contra un ejército entero. La llegada fué al oscurecer y hubo tiempo para preparar y consumir una buena comida antes de que comenzase a llover. Llovió torrencialmente durante la noche, el primero de los terribles aguaceros de lo que pronto sería el temporal de aguas de agosto de 1851. Los expedicionarios estuvieron resguardados de la lluvia, sin embargo, y alimentados, y la peor molestia fué la de que en la madrugada del lunes 18, cuando reanudaron la marcha, aunque ya no llovía, los caminos se habían convertido en lodazales. La marcha, con la que se quería confundir a los españoles, era irregular y sin que se le pudiese adscribir un rumbo fijo. Del cafetal *Dolores* bajaron al sitio *San Agustín,* de Manuel Oropesa, para volver a subir y por el camino de la Casa Blanca o la Peña Blanca, atravesar los terrenos del cafetal *El Jura,* de Plácido Spengler, e ir a tomar un breve descanso en el cafetal demolido *San Pedro,* de Lamothe. Reanudada la marcha, pasaron los expedicionarios por el cuartón de San Blas y el sitio *La Vega,* de Domingo León, y luego por el cafetal *La Sofía* y el potrero *Nuestra Señora de la Luz,* ambos de la propiedad de Tomás Chassagne, a cuya familia pertenecía Julio Esteban Chassagne, el minucioso narrador de todo este recorrido por terrenos que conocía al detalle y que así lo anotó en su *Diario* manuscrito, que obra en nuestro poder. Cuando se acercaba la noche la columna estaba en la hacienda *El Brujo,* en la Sierra del Rosario, pero no pernoctaron en la casa de vivienda, sino que fueron a dormir a más de un kilómetro de la misma para mayor seguridad, donde había un cobertizo con una sierra para la tala de los montes. Anota el capitán Ellis en su memorial que el día 18 se les reunió el cabo Miller, quien se había quedado rezagado tres días atrás, cerca de Bahía Honda, y había sido atendido por una familia cubana en un rancho de las montañas donde hasta le facilitaron ropas y guía para que se reincorporarse a la columna. Dice, además, Ellis que ése fué el primer día en que tuvieron dos comidas, después de haber desembarcado en Cuba.

Según Schlesinger, todo ese recorrido lo hizo López a la cabeza de una pequeña patrulla montada en la que iban ellos dos y cuatro hombres más, de escolta. La mayoría de los expedicionarios, descalzos, harapientos, barbudos y sucios, no presentaban un aspecto tranquilizador y por ello y por la propaganda con que los españoles trataban de desacreditarlos y de provocar la hostilidad del pueblo en su contra, se hacía preciso enviar una avanzada o descubierta encargada de conquistar las simpatías de los criollos. La pérdida de la impedimenta confiada a Crittenden privaba a Narciso López de los folletos con la Constitución de la República y de las proclamas impresas que tan útiles le habrían sido para atraerse a los cubanos; pero, de todos modos, lo intentó.

El martes 19 de agosto, cuando ya se cumplía una semana del desembarco de la expedición y en toda Cuba se sabía que Narciso López había invadido la Vuelta Abajo, por la madrugada la columna partió de la hacienda *El Brujo* por el camino de El Rosario en dirección a San Cristóbal, sin forzar el paso. López, Schlesinger y su escolta se habían adelantado al grueso de las fuerzas para realizar una exploración preliminar del territorio cercano al pueblo de San Cristóbal con vistas a un po-

sible ataque contra el mismo, que favoreciese una sublevación. Schlesinger es quien hace el relato de esa gestión, a la que no aluden Ellis y Chassagne; pero este último sí deja constancia de que la marcha del 19 fué hacia San Cristóbal. El relato de Schlesinger es como sigue:

> ... El general se adelantó a caballo, acompañado por mí y por otros cuatro hombres, hacia San Cristóbal. El camino que descendía irregularmente hacia la llanura era aquí excesivamente malo, con altibajos, rocoso, roto y a veces impasable. Cabalgamos una distancia de cinco o seis millas (nueve kilómetros), hasta el otro lado de un río (el San Cristóbal). Visitamos cierto número de fincas o sitios de labor, en todos los cuales fuimos siempre recibidos con el corazón, con toda apariencia de bondad, aunque al mismo tiempo los guajiros revelaban el mayor temor por si ese recibimiento llegaba al conocimiento de las autoridades españolas. Nos dijeron que hacia el Oeste, Pinar del Río estaba en estado de insurrección; pero que en cuanto a ellos les era imposible sublevarse, no sólo por la falta de armas, sino también por la fuerte presión de las tropas españolas en aquella comarca. Supimos por ellos que había unos dos mil soldados en San Cristóbal y sus alrededores, por lo que el general López decidió que lo más prudente era no acercarnos al pueblo, sino regresar a nuestras fuerzas, llevando con nosotros dos cabezas de ganado, y tratar de pasar el San Cristóbal para tomar el camino del Oeste, hacia Pinar del Río... (Traducción de H. P. V.)

Ellis había quedado detrás con el grueso de la columna invasora y es conveniente saber qué había ocurrido en el seno de la misma mientras López reconocía los alrededores de San Cristóbal. El descenso de las montañas se había hecho por el lindero de *Sitio Herrera* y los expedicionarios habían hecho alto en la finca *Viejo Lima* hasta que López se les reincorporó. A este respecto dice el memorial de Ellis:

> ... Al romper el día en la mañana del 19, de nuevo nos pusimos en marcha y a eso del mediodía empezó a llover muy fuerte; pero el general López parecía resuelto a seguir adelante sin reparar en las consecuencias, casi la totalidad del batallón estaba descalzo, el fango en el camino casi nos llegaba a las rodillas y los torrentes de agua que bajaban de las montañas casi arrastraban a nuestros hombres, algunos de los cuales se dejaron caer, muertos de cansancio, mientras que otros tiraron a un lado sus fusiles y sus municiones porque les resultaba imposible mantenerse en pie al bajar así de las montañas. A eso de las tres de la tarde el general López con su avanzada llegó a la llanura cercana a San Cristóbal y en ese momento el grueso de la columna estaba casi cinco millas a retaguardia. Sin duda que ésta fué la más dura jornada que habíamos hecho a partir del desembarco y durante las primeras horas de la noche nuestros hombres, que se habían quedado rezagados, continuaron incorporándose. Una patrulla exploradora volvió con la noticia de que se había dado la alarma en San Cristóbal y la impresión general era la de que pronto seríamos atacados. Se hizo una inspección detenida del equipo y se comprobó que no más de una tercera parte de nuestros fusiles estaban en disposición de ser usados, casi todas las municiones habían sido dañadas por la lluvia y no había más de cinco cartuchos, como promedio, utilizables, por cada hombre armado... (Traducción de H. P. V.)

Según el memorial del capitán Ellis, ese día se planteó el primer motín y los expedicionarios designaron un comité para que pidiese explicaciones al general López acerca de lo que se proponía hacer y, una vez enterados los invasores de que el caudillo quería que continuasen la marcha, se negaron en redondo y reclamaron quedarse donde estaban y correr todos los riesgos de un combate final. Llegóse después a un acuerdo para acampar durante la noche del 19 en las estribaciones de la sierra y según el *Diario* de Chassagne, el campamento estuvo en el camino real, en el lindero del *Sitio Herrera*. Llovía torrencialmente; pero la posición era fuerte y resguardada de todo, menos de la lluvia. Fué posible hacer una comida aceptable y tener algún descanso, y a la mañana siguiente, miércoles 20 de agosto, muy temprano, se logró con gran dificultad y con evidentes muestras de desorden e indisciplina, que la columna contramarchara en la dirección que López había señalado el día anterior. La poca organización militar que hasta entonces había existido; pero que, de todos modos, funcionaba en momentos de crisis, había desaparecido. Se habían roto las unidades o compañías y los hombres marchaban como se les antojaba. Apenas si tenían unos noventa fusiles y entre diez y quince de ellos carecían de municiones. Las bayonetas tampoco habían sido conservadas y si los que tenían fusiles hacían dos o tres descargas, se quedaban sin los últimos cartuchos. La lluvia torrencial y constante, agravaba la situación. Sin esperanzas y sin ilusiones, sumidos en la desesperación, los expedicionarios se arrastraban, más que marchaban, lentamente, y emplearon todo un día, desde la madrugada hasta la noche, para llegar al cafetal *Candelaria del Aguacate*, propiedad del hacendado Belén Marticorena.

Como era de esperar, el recorrido que López y su escolta hicieron por las fincas cercanas a San Cristóbal, despertó la alarma entre los españoles. El teniente coronel Félix Sánchez, con el Regimiento de la Corona, desde Candelaria, el comandante

Villaoz, con parte del Regimiento de la Reina, desde el Cafetal de Frías, y la columna del brigadier Rosales, desde el cafetal *Dantín*, cerca de Candelaria, se dirigieron con fuerzas acumuladas de más de dos mil hombres a San Cristóbal y *Sitio Herrera*. El miércoles 20, desde San Cristóbal, el teniente coronel Félix Sánchez enviaba al Capitán General Concha un informe en el que le decía:

> ... A nuestra aproximacion supe por los exploradores á caballo que anticipadamente mandé observar al enemigo, que este se replegaba á las lomas de la hacienda de Herrera, extendiéndose por sus cercados. En vista de lo que, calculando que no podia batirlos hasta las nueve ó diez de la noche, me decidí á situarme en la poblacion haciendome cargo que si bien tenia los medios para arrollar á los foragidos no podia hacerlo con la ventaja que se necesita para exterminarlos de un golpe.
>
> En la madrugada de hoy mis confidentes me avisaron que los enemigos abandonaban su vivac retrocediendo por el camino del Rosario (que es un desfiladero muy escarpado por donde solo puede ir la infanteria en una hilera) dejando marcada la huella de su miseria y destruccion con armas, municiones y otros enseres inutilizados por los aguaceros que sufrieron en la mañana de ayer. En lo que no hay la menor duda, Excmo. Sr., porque tengo en este momento á mi presencia el dueño de la hacienda en cuya casa estuvieron y del interrogatorio que le hago resulta que Lopez se le acercó dándole la mano y diciendo que lo habian engañado y comprometido haciendole creer que podia contar con el ejército y el pais; pero que ya no tenia remedio. Marcha en mangas de camisa sobre la cual lleva una banda roja desteñida por la lluvia; se ha dejado su larga barba cana. Otros diez ó doce que le acompañaban a caballo estaban consternados sin hablar una palabra, y únicamente el referido cabecilla le hizo varias preguntas, una de ellas fué la de informarse cual era el camino de la Angostura que está en la inmediacion de este pueblo en direccion á la costa del Sur.
>
> Los demas foragidos que á juicio del referido hacendado no llegaban á 200 estaban situados como queda dicho en la embocadura alta del camino del Rosario asando mazorcas de maiz y trozos de carne sin sal en unas cuantas hogueras, hasta que despues de haber salido la luna dispararon un fusil y se pusieron en marcha retrógada. . (445)

El cerco ya tendido de Sur a Norte ahora iba a cerrarse de Norte a Sur. Desencadenado el temporal de aguas y con los expedicionarios acampados en el cafetal *Candelaria del Aguacate*, bastante cerca de Bahía Honda, salió de ese pueblo la cuarta columna de operaciones de los españoles, mandada por el coronel Angel Elizalde y que constaba de tropas de infantería, caballería y artillería del Regimiento de Infantería de España, el Regimiento de Infantería de Isabel II, la brigada maniobrera

de artillería y un escuadrón de caballería al mando del comandante Juan de Mata Ramos, con un total de cerca de mil hombres, bien armados y municionados. Al pasar por el ingenio *La Vigía del Aguacate*, de Manuel Quiñones, el coronel Elizalde ya tuvo noticias bastante concretas acerca de que las maltrechas fuerzas de López se encontraban allí cerca, en el cafetal de Marticorena, y se preparó para atacarlas, llevando consigo, como guías, a varios esclavos facilitados por el hacendado Quiñones.

Schlesinger nos ha dejado esta descripción de lo que entonces era el cafetal *Candelaria del Aguacate*.

> ... El cafetal estaba en una ladera de la loma; detrás de nosotros se alzaba una montaña rocosa y teníamos enfrente un jardín, debajo del cual se extendia un maizal cultivado en forma de terrazas, con una pendiente bastante empinada. Habia una especie de camino que iba de de derecha a izquierda, por el frente. No habia via de retirada por detrás, donde se alzaba un bosque espeso y al parecer impenetrable, que cubria la montaña por completo salvaje. Sin embargo, un poco a la izquierda, por debajo de nosotros, habia una cañada rocosa o desfiladero entre dos lomas que se adentraba en el corazón de las montañas y en su fondo corria un arroyo o mas bien, torrente... (Traducción de H. P. V.)

Según Schlesinger, Belén Marticorena, el propietario del cafetal, estaba en la casa de vivienda de la finca cuando ellos llegaron, bien avanzada la noche. Sorprendido con la llegada de los expedicionarios y sin fuerzas para resistir, aceptó de mala gana los hechos consumados y facilitó los alimentos necesarios para la columna. Si en cuanto a otros de la comarca Schlesinger anotó las simpatías y cordialidad genuinas de su recepción, en lo tocante a Marticorena su primera impresión fué de desconfianza y consideró que estaba ante un hombre sin escrúpulos y sometido a la presión oficial española. Se tomaron las precauciones del caso para la mayor seguridad del campamento por medio de centinelas; pero el mismo Schlesinger nos dice que las dos veces que recorrió las postas, durante la noche, pudo ver que los centinelas las habian abandonado.

Poco después de las diez y media de la noche, con grandes protestas de lealtad, Marticorena le pidió a Narciso López que le permitiese ausentarse de la finca para ir a ver un hermano suyo, residente en las cercanías, y el caudillo le dió la autorización solicitada y Marticorena regresó con el alba, según Schlesinger.

para guarecernos en algo de las lluvias y estabamos casi helados y muertos de frio y sin haber tomado ninguna clase de alimento...

El memorial de Ellis, al relatar lo ocurrido en *Candelaria del Aguacate*, culpa a la Compañía Cubana de no haber resistido el ataque de los españoles y casi insinúa que López y su estado mayor habían abandonado a los norteamericanos cuando el hecho es que estaban abriendo en el monte la brecha por la que después escaparon todos los que no se dispersaron. Los elogios de Ellis son para sus compatriotas, quienes luego siguieron a López por la abertura que su machete iba abriendo, con la excepción de la Compañía "B", al mando del capitán Johnson, que fué la última en retirarse y se dispersó en todas direcciones.

Toda esta información se complementa con los detalles que aparecen en los documentos oficiales españoles. El coronel Elizalde hizo el siguiente reporte:

...En este dia y con objeto de cumplimentar la superior disposicion de V. E. rélativa á que emprendiese mi marcha para San Cristóbal salió la columna de mi mando de Bahia Honda á las cuatro y media de la mañana con tiempo metido en agua. En el ingenio de Quiñones (La Vigia del Aguacate) tuve aviso de que los enemigos ocupaban el sitio llamado de la Candelaria (¿sería este aviso llevado desde el propio cafetal? NOTA del Autor), hácia donde me dirigi y llegué como á las siete de la mañana marchando las tropas á la desfilada para cruzar las lomas de este cafetal. La columna marchaba llevando á los descubridores dirigidos por el Gefe de Estado Mayor D. José Inza, á quien seguia inmediata una cuarta de cazadores mandada por un oficial: yo iba á la cabeza del resto y de la compañía de granaderos; detras con la demas fuerza del Regimiento de España el señor mayor comandante D. Salvador Alverniz, y á este seguia la artilleria, caballeria, bagages y una compañia de retaguardia. En esta forma se llego hasta la avanzada enemiga que atacó el Gefe de Estado Mayor con la avanzadilla, matando al centinela avanzado con la bayoneta, y siguiendo hasta la casa donde estaba el grueso de la fuerza de los piratas, en cuyo tránsito de maizales y un rio con agua á la cintura se reunió la compañia de cazadores y tendió en guerrilla con objeto de cercarla: al pie de ella formé la compañia de granaderos por cuartas en columna y puesto á su frente cargué á la bayoneta, obligando á huir á los enemigos y á dispersarse en todas direcciones por los bosques y trochas que circundan el sitio.

El mayor comandante D. Salvador Alverniz condujo su fuerza con el mayor órden y buena direccion, segun mis instrucciones para flanquear las posiciones por mi derecha, hasta que situada en punto conveniente se destacaron las compañias de preferencia por las veredas y bosques en busca de los enemigos dispersos, cuya operacion continuó en medio de un horroroso tiempo de agua y viento, hasta que considerando imposible encontrarlos por la espesura del bosque y la manigua dispuse volver á este punto con objeto de dejar pasar el mal tiempo.

La batería de á lomo, venciendo todas las dificultades del terreno, hizo dos disparos oportunamente sobre el mayor grupo de los enemigos, causándoles pérdidas de consideracion. La caballería mandada por el comandante D. Juan de Mata Ramos y el capitan D. Felipe Lazaro, tambien trepó en cuanto le fue posible con la mayor prontitud empleandose á su regreso en traer los heridos á la casa con sus caballos.

La pérdida del enemigo ha sido considerable, pues que se han contado hasta treinta muertos en el campo. La nuestra consistente en cinco muertos y un capitan, un teniente y 17 individuos de tropa heridos. Los piratas que perdieron hasta el práctico que llevaban y que fue aprehendido por nuestros soldados en la batida del monte, debian quedar ocultos y dispersos por las grandes pendientes que suben desde Candelaria; la mayor fuerza de ellos debió vadear el rio San Cristóbal por el fuego que hicieron en su direccion: si asi fué por el tiempo huracanado con aguas fuertes que sufrieron los enemigos desde por la mañana, debió ponerse el rio invadeable é imposibilitar la uhion de los dispersos: los que lo pasaron forzosamente se dirigian hácia San Diego de Tapia, y los que no al Brujo u Ortiz. Todos ellos iban en pequeños grupos y distintas direcciones y muchos ya sin armas.

Excmo. Sr., toda la fuerza que compone esta columna, al grito de "Viva España" y de nuestra adorada Reina, ha vencido los obstáculos del terreno, las aguas y los vientos, de tal modo que no han sido suficientes á enfriar el ardor de los soldados españoles.

En la casa de la Candelaria y batey que abandonaron los enemigos cobardemente, dejaron sus bagages, caballos, monturas, ranchos, cuarenta y un fusiles y varias municiones, de los cuales se ha provisto á los paisanos que salieron de Bahia Honda al sitio de la accion á los primeros tiros que oyeron.

Debo hacer recomendacion especial del asesor de Pinar del Rio D. Manuel Royo que acompañandome desde mi salida de aquel punto, no me abandonó en el ataque de la casa de la Candelaria, pues que marchando á mi lado en persecucion del enemigo hasta lo último.

Al tomar al enemigo la casa y batey fui herido en un costado (Según otras versiones, la herida fué en la espalda.—NOTA del Autor) y continué a la cabeza de las tropas hasta el término de la jornada, pareciéndome que el haberme retirado ántes hubiera acaso entibiado el ardor con que los granaderos y cazadores embestian al enemigo.

El traidor á los primeros tiros, en mangas de camisa y pié a tierra, dió el ejemplo de huir á sus secuaces.

Dios guarde á V.E. muchos años.—Aguacate 21 de agosto de 1851. (f) Excmo. Sr. Angel Elizalde... (446)

El coronel Elizalde, como así también el censor militar, se despachaban a su gusto en el parte que antecede al describir la

y éste, en su narración, insinúa su sospecha de que hubiese sido él quien diese a los españoles la noticia de que López y sus hombres estaban en *Candelaria del Aguacate,* aunque en los documentos oficiales de la época no hay información al respecto.

Desde muy temprano López había estado tratando de poner en marcha a sus hombres, sin lograrlo porque siempre había una u otra excusa para iniciar la partida. Dominado por la inquietud de tan prolongada escala en un lugar que habría sido fácil defender con el armamento adecuado; pero del cual era difícil una retirada en caso de ataque, el caudillo insistía sobre los peligros que le rodeaban; pero los detalles de la comida se prolongaban y los centinelas abandonaron sus posiciones para comer ellos, también. Así fué que las tropas del coronel Elizalde, protegidas por los maizales, treparon la empinada cuesta sin que las descubriesen hasta que sus avanzadas habían llegado a veinte yardas apenas, del campamento. La primera señal del ataque que tuvieron los expedicionarios fué la descarga hecha por la vanguardia, casi a quemarropa, y todos corrieron a buscar sus fusiles, que habían dejado a un lado, formando pabellones. Al titubear los españoles, quienes tenían que seguir escalando la loma, ya hubo tiempo para una primera descarga por parte de los invasores y los soldados de Elizalde volvieron a refugiarse en los maizales. Desde lo alto del batey, sin embargo, López podía ver que había otras dos columnas de ataque, a derecha e izquierda y que se colocaban en posición las piezas de artillería, al mismo tiempo que la caballería entraba en acción. El coronel Elizalde, tratando de animar a sus hombres para que se lanzasen al asalto, recibió un balazo en la espalda y hubo otros heridos y también muertos, entre los españoles, quienes hicieron un breve alto. Para López y para sus compañeros con experiencia militar era evidente que la posición resultaba insostenible ante fuerzas tan superiores y sin contar con el armamento adecuado. Schlesinger nos cuenta que fué López el primero que, armado de un pesado machete campesino, se dirigió a la manigua que cerraba el paso hacia la cañada por donde se despeñaba el torrente, y con aquellas fuerzas hercúleas que le caracterizaban y la desesperación de abrirle una salida a sus hombres, en breves momentos hizo un corte suficiente para que pudieran retirarse escalonadamente por aquella brecha, como así lo hicieron. Cierto que fueron enormes las dificultades de aquella retirada por riscos y lodazales cubiertos de bejucos y por un torrente que hubo que vadear durante largo trecho; pero quienes lo hicieron, que fueron la mayor parte de los componentes de la columna, salvaron sus vidas y en muchos casos de manera definitiva porque sobrevivieron hasta que el Capitán General Concha prohibió el fusilamiento de los prisioneros, días después. En cambio, los que prefirieron quedarse en el batey del cafetal y luego se rindieron, fueron pasados por las armas, ya que todavía la consigna era la de no hacer prisioneros. Schlesinger se vió precisado a abandonar su caballo, no obstante los esfuerzos que hizo para conservarlo; pero López, jinete excepcional en todos los terrenos, logró salir adelante con el suyo, que después sirvió de comida a los sobrevivientes. En *Candelaria del Aguacate* ya hubo una verdadera dispersión y por primera vez los españoles pudieron proclamarse vencedores, aunque su victoria, con la disparidad de fuerzas y de armamento y en el estado en que se encontraban López y sus hombres, era bastante pobre. El memorial de Ellis dice que al acampar en *Candelaria del Aguacate* la columna constaba de doscientos veinte hombres, la mitad de los que originariamente había formado la expedición, y que de ellos solamente cincuenta o sesenta tenían fusiles y muy escasas municiones. Al hacer el recuento de los sobrevivientes, según Ellis, sólo había ciento cuarenta hombres. En el combate habían perecido cuatro, seis habían sido fusilados, al rendirse, y unos setenta, entre ellos el coronel Blumenthal, quien se las arregló para sostenerse en las montañas durante tres semanas y escapó con vida, se habían dispersado en todas direcciones. Schlesinger, por otra parte, dice que el recuento hecho de los sobrevivientes, cuando cesó la tormenta, dió un total de cineto sesenta hombres. El no da cifras en cuanto a las bajas habidas en el combate. El relato que Chassagne dejó en su *Diario* vamos a reproducirlo. Dice así, con su ortografía original:

> . . . El dia 21 como á las ocho de la mañana fuimos sorprendidos por la tropa y tubimos q. abandonar el sitio por falta de municiones abiendo dejado en dicho lugar varios muertos y diez y siete heridos del enemigo, habiendonos esparcido por los caminos y por el monte como á las diez del dia y desde ese dia quedamos disueltos y tomando rumbo por San Cristóbal mas nuestra desgracia fue tal q. á los pocos momentos se declaró un horroroso temporal tan recio q. ni aun pudimos encender candela porque las lluvias eran continuas q no nos permitian encender la candela y formando una especie de chosa con las ramas de los arboles

sorpresa y el combate del cafetal *Candelaria del Aguacate:* pero aún así y con la ridícula pretensión de presentar a López como si hubiese sido un cobarde cuando siempre había hecho derroches de valor, no tenían más remedio que admitir que la columna española había sufrido al enfrentarse con superioridad numérica de cinco a uno, con hombres que ya estaban virtualmente desarmados, y que no obstante las ventajas de la sorpresa y del flanqueo de la posición que ocupaba López, no habían podido aniquilar a aquellos valientes.

Los relatos de Schlesinger, Ellis y Chassagne convienen en que los sufrimientos de los expedicionarios por el hambre, el frío, la lluvia incesante y la angustia de la indefensión en que se hallaban, en su mayoría cubiertos de harapos y descalzos; fueron terribles los días 21 y 22 de agosto. El temporal de agua no cesaba y los hombres se apiñaban en pequeños grupos allá donde encontraban alguna protección contra la lluvia y el viento y trataban de mantenerse en calor unos juntos a otros. El sábado 23 de agosto mejoró algo el tiempo y se hicieron varias tentativas para averiguar dónde se habían refugiado y si había algún lugar habitado en los alrededores. Los hombres comían frutas silvestres y raíces para aplacar el hambre y, finalmente, se le pidió a Narciso López que permitiese sacrificar al caballo que tenía desde el día de su desembarco y que, según Schlesinger, era un donativo de un simpatizante de la expedición. Muerto el caballo, que era "a splendid animal" según Ellis, la carne fué devorada por aquellos hombres desesperados y que hacía varios días que no comían.

Los gérmenes de la deserción ya eran incontenibles. El expedicionario Antonio Falcón, fugitivo de la justicia colonial por haber estado dedicado al bandolerismo; pero quien había escapado de la Isla para refugiarse en los Estados Unidos, era de los más preocupados con su suerte. Pretendió convencer a López para que se fuese con él con la esperanza de que le sería posible regresar a Nueva Orleans; pero López rechazó el ofrecimiento y ratificó su decisión de continuar con sus compañeros hasta el último momento. Falcón, sin embargo, logró convencer a Francisco Curbia y a Julio Esteban Chassagne para que se fuesen con él, mientras que otros pequeños grupos hacían lo mismo a partir del 24 de agosto. Ese día el capitán Stewart, quien conservaba una brújula, escaló un árbol desde el cual alcanzó a ver

terreno cultivado, se orientó así y los sobrevivientes iniciaron una penosa marcha que les llevó al camino del Rosario poco después del mediodía. Los pocos que tenían fusiles fueron enviados a vanguardia y con grandes dificultades se llegó a un claro del bosque donde se hizo alto para descansar.

Ya por entonces López no tenía nada bueno que esperar y había perdido unas tras otras todas sus esperanzas de que los cubanos se sublevasen contra el régimen colonial. Reunióse con los oficiales de los expedicionarios sobrevivientes. Según el memorial de Ellis, después de varias opiniones más o menos desacertadas para escapar de Cuba, el tono de la reunión fué de crítica y recriminaciones a López porque los patriotas no habían acudido a sumarse a la expedición, como se había prometido. El caudillo entendía bastante de lo que se decía y todavía más comprendía por el tono de la voz y por los gestos. Algo se le tradujo y así completó la información que necesitaba para la proposición que iba a hacer y con la cual silenció a sus críticos. El memorial de Ellis relata lo ocurrido con estas palabras:

> ... El general Lopez, después de oir múltiples quejas acerca del recibimiento que se nos había hecho en la Isla, nos informó que si nos apoderábamos de él y lo entregábamos a las autoridades españoles, los norteamericanos recibirían el más completo perdón y quedarían libres. Esta proposición fué rechazada con indignación por nuestros hombres, con pocas excepciones y entonces él sugirió que le abandonásemos a su suerte y que los oficiales escribiesen al Capitán General para pedirle un salvoconducto para ellos y sus soldados, a fin de que pudiesen regresar a los Estados Unidos Esta propuesta fué considerada más favorablemente; pero tampoco se aprobó... (Traducción de H. P. V.)

En esa desesperada situación López resolvió intentar un golpe de mano sobre San Cristóbal, aunque de los sesenta y nueve fusiles que había sólo dos podían disparar y en total no llegaban a veinte los cartuchos utilizables; pero había pistolas y cuchillos. Aunque ya nada tenía que esperar de quienes no le habían apoyado en Cuba, todavía tenía alguna remota esperanza en cuanto a la llegada del segundo contingente expedicionario, a bordo del *Pampero,* y también en lo que se refería a un grupo de refuerzos que debía salir de Nueva Orleans. La llegada de esos combatientes habría trastornado todos los planes de Concha para consolidar la dominación española y los restos de la expedición original todavía se habrían salvado. Para eso era indispensable mantenerse a todo trance y a costa de todos los sacrificios. Según

Schlesinger, en esos momentos los conspiradores, habaneros aquéllos que habían traído a López a Cuba con sus promesas de una revolución general, se las arreglaron de modo que hicieron llegar a López un emisario con la proposición de que se hiciera pasar por un correo militar que iba para La Habana, a cuyo efecto le enviaron ropa, papeles falsos y cabalgadura, para después facilitar su huida a los Estados Unidos; pero el caudillo se negó a aceptar semejante indignidad y reiteró su propósito de continuar junto a sus hombres, cualquiera que fuese la suerte que le esperaba y que él sabía muy bien.

Schlesinger relata los incidentes de la marcha hacia San Cristóbal por el camino del Rosario con gran detalle, aunque de nuevo se equivoca en cuanto a la fecha, ya que dice que fué el 23, cuando la realidad es, por los dichos de Ellis, de Chassagne y de los propios españoles, que no fué hasta el mediodía del domingo 24 de agosto que aquella turba famélica y andrajosa, resto de lo que había sido la Expedición de la Vuelta Abajo, inició su marcha por el camino del Rosario. López iba al frente, con su machete de campesino criollo, seguido por Schlesinger y varios de los húngaros, y el resto de los expedicionarios, más de cien hombres, iban detrás en una larga hilera que se rompía de trecho en trecho según el cansancio, la energía, las heridas, etc., de los que la formaban. De este modo los que iban a retaguardia, a gran distancia de la avanzada que encabezaba López, nunca supieron con exactitud lo que le ocurrió a la vanguardia, y viceversa. El camino del Rosario, salida de la abrupta sierra de ese nombre hacia la llanura inmediata a San Cristóbal, era en aquella época un difícil y empinado sendero montañoso que durante largo trecho bordeaba precipicios, cavernas y cañadas rocosas. Un paso en falso equivalía a una caída mortal. El grueso de la fuerza estaba todavía dentro de ese trecho en extremo peligroso, del camino, cuando López y los que le acompañaban llegaron a terreno llano y se toparon de manos a boca con dos hombres armados quienes les dieron el alto. Al ¿quién vive? de la pareja el propio López contestó "¡España!" para tratar de acercárseles; pero antes de que pudiera conseguirlo los dos hombres desaparecieron en la manigua y no fué posible encontrarlos a pesar de que se les buscó activamente. Este incidente alarmó a López, ya que venía a demostrar que el camino hacia San Cristóbal estaba vigilado y que había tropas en los alrededores. Se dividió el pequeño grupo de

la vanguardia, cuyos componentes tenían mosquetes, y mientras que los húngaros quedaban allí, en la avanzada, los demás fueron enviados a la retaguardia con el fin de que pudiesen protegerla en caso de ataque. No se había completado este movimiento de precaución cuando se escuchó una descarga cerrada en lo alto de la montaña, hacia la Peña Blanca, y luego más disparos, al mismo tiempo que un tropel de jinetes, con sus gritos, el relincho de los caballos y el ruido de los cascos de los mismos, revelaba que la caballería española había caído por sorpresa sobre el grueso de las fuerzas, precisamente donde estaba la mayoría de los expedicionarios desarmados, o heridos, o enfermos, quienes no podían defenderse. A la carrera escalaron el sendero Schlesinger y los húngaros que le acompañaban, entre los cuales los había que conservaban sus mosquetes; pero nada pudieron hacer. El pánico que se había apoderado de aquellos desdichados de la retaguardia, ametrallados y acuchillados, se generalizó, y los expedicionarios buscaron escapar de cualquier manera, aunque fuese dejándose caer por los despeñaderos y abismos que les rodeaban. Los jinetes españoles se cebaron, sableándoles y alanceándoles, en aquellos infelices ante los cuales habían huido, en Las Pozas y en Frías, cuando habían tenido con qué defenderse. En la dispersión que se produjo Schlesinger y un grupo de compatriotas suyos se fueron por su lado; los norteamericanos lo mismo, y Narciso López se encontró con que solamente quedaban a su lado los más fieles de sus acompañantes, su sobrino Pedro Manuel López, el "mulatico del general", Pedro Velasco Isla, considerado como otro de sus hijos naturales, Diego Hernández, teniente de la "Compañía Cubana", el sargento Miguel López, de los españoles que se le habían incorporado en Cárdenas, el año anterior, y unos pocos más.

Schlesinger dejó este relato de la matanza:

> . . . Espantosos, verdaderamente espantosos eran los sonidos que llegaban a mis oídos mientras permanecía escondido a unas veinte yardas del camino. Los soldados, siendo de caballería, no se aventuraron a dejar el camino para penetrar en la manigua, probablemente por el temor de ser atacados uno a uno; pero alcanzaron y mataron a muchos de nuestros pobres compañeros en el camino y junto al mismo. Los quejidos, los gritos, los disparos y los mandobles eran cosa que me enfermaban el alma, al oírlos. Hubo un caso de quejido, en particular, cerca del macizo de manigua en que yo estaba y que se fué extinguiendo hasta convertirse en silencio, que parecía proceder de algún pobre herido que se arrastraba

llevando consigo la agonía de la muerte, que lo tengo todavía presente, aunque había visto y oído bastante en cuanto a la muerte en gran escala, en los campos de batalla de mi Hungría.

No hubo misericordia con los indefensos, con los desarmados, con los que se rendían, con los heridos... La crueldad, como siempre, estuvo en proporción directa con la cobardía, una cobardía de la cual tuvimos buena prueba siempre que pudimos luchar con nuestras armas, a pesar de la vasta disparidad de nuestras respectivas fuerzas. Fueron nuestros matarifes cuando les resultó fácil serlo; pero era y es un consuelo saber que siempre les habíamos vencido... (Traducción de H. P. V.)

El informe oficial español acerca de la sorpresa y la matanza del Rosario dice lo siguiente:

... El Coronel graduado D. Ramon de Lago ha participado con fecha de hoy desde S. Cristóbal al Excmo. S. Gobernador Capitan General que acababa de recibir una comunicacion del Teniente Coronel D. Felix Sanchez Comandante de la 3a. columna de operaciones fechada en el campo del Rosario a las 8½ de la noche del 24, diciéndole que habiendo tomado aquella direccion en virtud de las órdenes é instrucciones de S.E., encontró á los piratas sobre la misma senda que subia, la cual solo permitia marchar un hombre de frente; que á pesar de esta desventaja, no titubeó ni un momento en atacarlos y lo hizo á la bayoneta con tal resolucion que no les dió lugar mas que para hacer una descarga, dispersándose en seguida por aquellos impenetrables bosques y precipicios inmediatos á la senda; y que habiéndole cojido allí la noche se quedó en el mismo punto al vivac para continuar al amanecer á la vega de Candelaria, siguiendo la pista de los pocos piratas que van reunidos. Reconocido el campo vió que les había causado quince muertos, casi todos de bayoneta. El citado gefe elogia el entusiasmo y bizarría de las tropas que forman su columna y encarece el mérito de esa marcha por la fragosidad del terreno y los obstáculos que le oponian los muchos árboles caidos de resultas del temporal, los cuales obstruian el paso del desfiladero. Por su parte no había tenido pérdida alguna y si solo habian salido contusos de los arbustos y peñas uno que otro soldados. Concluye el Coronel Lago diciendo que con arreglo á lo que le había indicado el Gefe de la columna enviaba algunas partidas de paisanos que se le habian ofrecido marchar voluntariamente hácia el punto de su encuentro para perseguir á los piratas dispersos...

Este parte se completa con otro enviado por el teniente gobernador Ignacio Sequeira, el 25 de agosto, y en el que aparecía la siguiente información:

...: Excmo. S.: Ahora que son las doce de la mañana acaba de llegar á esta cabecera el teniente coronel D. Félix Sanchez con la columna de su mando. Segun dije á V.E. esta mañana el expresado gefe tuvo ayer la dicha de encontrar y dispersar al enemigo. Los detalles de la accion que verbalmente me ha manifestado son los siguientes: A las cinco de la tarde del dia de ayer alcanzó y embistió al enemigo como á una hora del Rosario, y este ataque que fué intrépido a la bayoneta no le dejó lugar mas que para disparar sus armas, arrojarlas y dispersarse á derecha é izquierda del escabrosísimo terreno que tenia que atravesar, por el que no obstante los precipicios que le aguardaban, se arrojó ciego huyendo del infalible destino á que le sujeta la ley sabiamente promulgada por V.E. Los resultados, Excmo. Sr., de esta jornada, segun el referido Gefe, han sido ademas de la dispersion completa de los bandidos, dejarles tendidos en el campo quince muertos, sin contar los que pudieron alcanzar igual suerte al precipitarse por las peñas de los barrancos huyendo de las bayonetas. Se les han cogido cuarenta fusiles, muchos rotos, y por último se les ha desorganizado quizas para siempre, pues segun los informes de los prácticos, los precipicios en que se encuentran los que no han sucumbido, forman un laberinto peligroso del que difícilmente podran salir con vida y contribuirá tambien á aumentar su derrota la persecucion activa que les hacen los paisanos, con arreglo a las disposiciones que tengo adoptadas en atencion á que no llegará a cuarenta el número de los que se hallan reunidos... (447)

La dispersión en el camino del Rosario había sido mayormente de acuerdo con la nacionalidad de los diversos grupos de expedicionarios, lo que constituía una prueba adicional de las disensiones y prejuicios que se habían manifestado desde el momento mismo de la salidad del *Pampero*, de Nueva Orleans. Así por un lado se habían ido Chassagne y otros cubanos; por otro siguieron Schlesinger y los húngaros; por un tercero el propio López y sus más fieles partidarios y, finalmente, los norteamericanos sobrevivientes siguieron otra ruta. Este último grupo, como de unos cuarenta hombres desesperados y sin rumbo rijo, fueron a parar a la Sierra de Arroyo Grande, al Oeste de San Cristóbal. Allí fueron atacados, poco después del mediodía del lunes 25 de agosto, por la ronda de San Cristóbal, al mando del capitán Nicolás Cortina. Siete muertos dejaron sobre el campo aquellos desdichados y los sobrevivientes escaparon como pudieron, ya que no tenían con qué defenderse.

El Capitán General Concha, por medio de una circular dictada el domingo 24 de agosto, cuando ya se sabía de la dispersión de los expedicionarios, suspendió la orden anterior por la cual no se daba cuartel a los invasores de la Vuelta Abajo, todos los cuales debían ser ejecutados sumariamente, y concedió cuatro días de gracia para todos los que se presentasen o fuesen aprehendidos, a quienes se indultaría de la pena capital. El segundo

de los pronunciamientos hechos por Concha prometía indulto total y retorno a su país a todo expedicionario que presentase a Narciso López. ¿Cómo estaba enterado el caudillo de esa disposición gubernativa, horas antes de ser promulgada, hasta el punto de que pudo anunciarla así a los oficiales de la expedición, reunidos con él en la Sierra del Rosario, el propio día 24? ¿Se la habría comunicado el mensajero al que se refiere Schlesinger y que desde La Habana fué a ofrecerle la oportunidad de escapar con papeles falsos y disfrazado de correo militar?

De todos modos, así quedaba terminada, con un terrible desastre militar, la Expedición de la Vuelta Abajo. Narciso López había demostrado con dos resonantes victorias, en batallas campales, contra las tropas españolas, que era posible derrotarlas; pero aparte de los factores adversos representados por la indisciplina de los expedicionarios y por el temporal que se desató sobre la Vuelta Abajo, también quedaba demostrado que para destruir el régimen colonial español era indispensable que se produjese la Revolución Cubana, la que no estalló en agosto de 1851 por la irresolución de los conspiradores más dispuestos a hablar y a prometer, que a luchar y a sacrificarse.

5. La deserción de Crittenden y los suyos y el fracaso de los refuerzos prometidos.

Los historiadores de la Expedición de la Vuelta Abajo y, muy especialmente, los de nacionalidad norteamericana, quizás si influídos por un equivocado patriotismo, siempre se han detenido ante la verdadera calificación que debe darse a la conducta y a las acciones del coronel William L. Crittenden, después del combate de la Tabla de Agua. El hecho cierto es que Crittenden desertó con un número de sus compañeros y que no sólo abandonó al grueso de las fuerzas expedicionarias, que estaban en Las Pozas, sino que hizo lo mismo con los cuarenta hombres que quedaron en la tienda mixta de la Tabla de Agua, al mando del capitán Kelly. Más que por la personalidad de Crittenden o la prominencia de su familia en los Estados Unidos, debe haber intervenido en esa decisión de pasar por alto lo ocurrido, la circunstancia de que Crittenden se portó bravamente ante sus ejecutores y de que éstos se comportaron con los más condenables ensañamiento y crueldad para con Crittenden y sus compañeros.

Crittenden, como ya hemos destacado con anterioridad, venía descontento en la expedición, desde la salida de la misma, de Nueva Orleans, cuando pretendió que se le considerara como el oficial norteamericano de mayor graduación, por encima del coronel Robert L. Downman, con más años y más experiencia militar que él y sin uno que otro lunar que había en la hoja de servicios de Crittenden, desde su paso por West Point. Ese descontento se acentuó al desembarcar en las Playitas del Morrillo, cuando su esqueleto de "Primer Regimiento de Artillería" quedó a cargo de la impedimenta, aunque con órdenes de marchar adelante sin tardanza hasta incorporarse al grueso de las fuerzas, en Las Pozas, cosa ésta que Crittenden demoró en hacer, por su propia cuenta. Cuando se le ordenó que prescindiera de la impedimenta para que su marcha fuese más rápida, volvió a decidir por sí mismo que seguiría con la impedimenta, a pesar del retraso que esto suponía, y así dió oportunidad a la columna del teniente coronel Villaoz para que pudiera alcanzarle y atacarle en la Tabla de Agua. Las disposiciones entonces adoptadas por Crittenden durante el curso de ese combate, son en extremo curiosas. La sabana anegadiza de la Tabla de Agua es esencialmente una llanura de escasa vegetación y en un "cayo" o espacio de tierra firme, de la misma, estaba la tienda mixta donde hicieron alto Crittenden y sus ciento veinte hombres, con la impedimenta. El día claro y con terreno llano a su alrededor, los expedicionarios no se dieron cuenta de que "una gran fuerza española", como dice el capitán Ellis, se lanzaba al ataque, hasta que esa tropa había llegado a veinte yardas de la tienda mixta, un dato que demuestra que el comando de Crittenden estaba desorganizado. Ese primer ataque fué rechazado: pero, sigue relatando el memorial de Ellis,

> ... que el coronel Crittenden pronto advirtió que su fuerza era muy inferior a la del enemigo, el grueso de cuyas tropas ahora entraba en acción, por lo que, después de permanecer en la tienda mixta un corto tiempo, el coronel Crittenden decidió lanzarse a la carga, dejando al capitán con encargo de de-Kelly y unos cuarenta hombres en la casa, fenderla, aunque antes de iniciar la carga el coronel Crittenden se había producido otro ataque de los españoles, que había sido rechazado con grandes pérdidas. Entonces el coronel Crittenden, con las dos compañías de los capitanes Kerr y Sanders (unos 80 hombres), se lanzó a la carga. El capitán Kelly y sus soldados volvieron a ser atacados a poco y obligados a refugiarse en la tienda mixta, que fue defendida por algún rato hasta que al darse cuenta de que el enemigo le estaba rodeando mientras

que el coronel Crittenden no regresaba ni se le veía por parte alguna, el capitán Kelly determinó abandonar la casa con el propósito de reunirse con el coronel Crittenden o de abrirse paso hasta Las Pozas. (Traducción de H. P. V.)

Esto último fué lo que, al fin y al cabo, hicieron Kelly y sus hombres, quienes llegaron a Las Pozas por la noche. ¿Qué era, pues, lo que había hecho Crittenden con su carga? Se había abierto paso entre los españoles, a la primera oportunidad, y se había alejado de la tienda mixta, donde quedaron Kelly y cuarenta expedicionarios más, resistiendo el ataque de los españoles, quienes no habían perseguido a Crittenden y los suyos. Ahora bien, la Tabla de Agua, o sea, la sabana donde todo esto ocurría, sin bosques ni montañas, ocupa una superficie de veinte kilómetros, poco más o menos. ¿Para qué hizo su salida Crittenden con los ochenta hombres, si ni siquiera pudo arrastrar a los españoles en su persecución? Y una vez que la hubo hecho con la mayor parte de sus fuerzas, sin ser perseguido, oyendo, como tenía que oirlas, las descargas de fusilería de los españoles y de la solitaria compañía mandada por el capitán Kelly, en la tienda mixta, ¿por qué no fué en auxilio de sus camaradas?

Hay motivos para sospechar que la salida de Crittenden fué hecha con el propósito de regresar al punto de partida es decir, a las Playitas del Morrillo, al lugar por donde habían desembarcado y en el cual había estado más tiempo que nadie, al demorar la marcha hacia Las Pozas. El sabía que allí había algunas embarcaciones menores y ofuscado como estaba por su descontento, sus prejuicios y ls violencias de su carácter, creyó que le sería posible, si no llegar a puertos norteamericanos, por lo menos salir mar afuera hasta ser recogido por algún buque de travesía.

La famosa carta de Crittenden a su amigo el Dr. Hensley (448), es la carta de un valiente a quien le quedan pocos minutos de vida, porque sabe que será irremisiblemnte fusilado. Por esa circunstancia es respetable y, sobre todo, cuando fué escrita, mereció que se pasaran por alto sus inexactitudes y sus injusticias porque la había escrito un condenado a muerte. Al cabo de más de un siglo, sin embargo, y en una obra que aspira a ser la definitiva historia de los sucesos de 1851, no hay más remedio que señalar que Crittenden faltó a la verdad en esa carta. Si Narciso López no le había dejado "un solo cartucho para los mosquetes", como dice él, ¿con qué fué que rechazó él dos ataques de los españoles en la Tabla de Agua y con qué siguió peleando el capitán Kelly, por varias horas, cuando él le abandonó? ¿Qué había entonces en aquella impedimenta que él quiso llevar de todas maneras, hasta cuando se le ordenó que la abandonase para una marcha más rápida? Además, tampoco López "separó el resto de las fuerzas, de mí", como decía él. El tenía el mando del llamado "Primer Regimiento de Artillería" y con él quedó a cargo de la impedimenta, como era lo indicado en cuanto a esa arma, porque lo injustificado habría sido enviar a la "artillería" a la vanguardia y dejar a la "infantería" a retaguardia. Ordenes reiteradas le fueron dadas para que se pusiese en marcha, primero, y para que la hiciese después, a paso redoblado y abandonando la impedimenta, y se negó a cumplirlas y obró por su cuenta.

Indignado porque Downman estaba por encima de él, se consideró postergado y humillado y reaccionó violentamente. En su ofuscación, se queja de que cuando tenía lugar el combate de la Tabla de Agua, Narciso López estaba a tres millas de distancia, en Las Pozas, y no acudió en su ayuda. ¿Dónde le habría encontrado, de ser eso posible, si él no se mantuvo en su posición de la Tabla de Agua, sino que la abandonó en seguida y en ella abandonó al capitán Kelly con sólo cuarenta hombres, mientras que él se llevaba a otros ochenta? Si Crittenden no se hubiese demorado, con sus vacilaciones y su indisciplina, habría contribuído a hacer decisiva la batalla de Las Pozas, que había tenido lugar en horas de la mañana, a esa misma distancia de tres millas de que hablaba él, y sin que él hubiera participado de ella. Después de la batalla de Las Pozas, como antes de ella, la preocupación de López había sido Crittenden y sus hombres y no fué culpa del caudillo el que los expedicionarios que combatieron en Las Pozas no llegasen a la Tabla de Agua; fueron ellos los que se negaron a hacerlo cuando el mismo Crittenden había abandonado a una tercera parte de sus hombres para volver a las Playitas del Morrillo. Cuando Crittenden dice, en su carta: "Nos habíamos retirado del campo de batalla para embarcarnos, y fuímos interceptados por el *Habanero*, y capturados", no tiene una sola palabra de recuerdo para el capitán Kelly, y los cuarenta hombres que había dejado en la Tabla de Agua, ni para los otros treinta que no le siguieron en la desesperada aventura de huir por mar a los Estados Unidos, porque

la cuestión fundamental, en cuanto a Crittenden, antes de su reembarque, es que nunca volvió a la Tabla de Agua y dejó entregados a su suerte al capitán Kelly y a su grupo.

Es evidente que cuando Crittenden y las compañías mandadas por Kerr y Saunders, abandonaron la tienda mixta de la Tabla de Agua, aprovecharon un momento propicio en la preocupación que dominaba al coronel Villaoz y que le había hecho suspender el fuego, para cruzar las líneas españolas y encaminarse a las Playitas del Morrillo. En horas de la tarde y por la noche del día 13 de agosto, aquellos ochenta hombres dominados por las pasiones de Crittenden, se movieron con lentitud hacia la costa. No todos ellos estuvieron dispuestos a seguir al jefe que desertaba, en su aventura, porque sin más combates ni otras dificultades el grupo de Crittenden quedó reducido a cincuenta y dos hombres en unos ocho kilómetros de marcha, o sea, que cerca de treinta de ellos se separaron para buscar su salvación por otro lado, aunque sin conseguirlo, porque fueron cazados como alimañas por los manglares y las maniguas. Caritativamente el historiador Caldwell; quien se equivoca en cuanto a las fechas del caso, dice que Crittenden, cuando escapó de la Tabla de Agua, trató de incorporarse a López por otro camino (449); pero esta afirmación no se ajusta a la verdad de los hechos ni tampoco justifica el que fuesen abandonados en la Tabla de Agua el capitán Kelly y sus hombres, si aquél había sido su propósito, ya que el propio Crittenden, en su carta al doctor Hensley, que publica Caldwell, dice que él y los suyos se dirigían al mar.

¿Cuánto tiempo permanecieron Crittenden y sus cincuenta y un hombres en los manglares y maniguas, entre la Tabla de Agua y las Playitas del Morrillo, una distancia de no más de ocho kilómetros? A lo sumo un día. Al romper por entre las líneas españolas el día 13, era el mediodía. Penetraron por lo que los expedicionarios norteamericanos, con el recuerdo de México muchos de ellos, llamaban "el chaparal", y trataron de regresar a la costa, en parte a campo traviesa y en parte por el camino que ya conocían y que era el único existente. No tuvieron que combatir más, porque las tropas del teniente coronel Villaoz habían ido a reunirse con las del general Enna, muy maltratadas en la batalla de Las Pozas. Con todas las precauciones del caso, a alguna hora durante la noche del 13 al 14 ya

Crittenden y sus compañeros estaban en el caserío de las Playitas del Morrillo, donde permanecían fondeadas o amarradas las embarcaciones de cabotaje que el martes 12 habían sido utilizadas para el desembarco de la expedición. La confusión de los expedicionarios fusilados en Atarés en cuanto a los sucesos y las fechas, explicable en hombres sumidos en la desesperación y a quienes esperaba la muerte poco después, se advierte claramente en la carta que envió R. C. Stanford, ayudante de Crittenden, con fecha 16 de agosto, a su amigo Huling. Desde la afirmación de que el desembarco había tenido lugar el domingo 10, cuando tuvo lugar el martes 12, hasta la de que habían vivido por dos días y dos noches en la manigua, pasando por la de que habían estado otros dos días, después de la partida de López con el grueso de las fuerzas, sin tener noticias de él, todo es falso.(450) Ya en la tarde del día 12 López estaba reclamando de Crittenden que se le incorporase, lo que éste no se decidía a hacer, el miércoles 13 tuvieron lugar los combates en la Tabla de Agua y en Las Pozas, con la deserción de Crittenden y parte de sus hombres, y el día 15, al mediodía, fueron capturados los fugitivos, quienes habían dejado las Playitas del Morrillo el jueves 14, por la noche, y la habían pasado, con las horas de la mañana del 15, en la infructuosa tentativa para escapar de Cuba. Stanford, pues, se equivoca al afirmar que él y sus compañeros habían pasado "dos días y dos noches" en la manigua, sin comer ni beber, antes de embarcarse. El relato de lo ocurrido con Crittenden y sus hombres aparece en el siguiente comunicado del jefe naval español, contraalmirante Bustillos, al Capitán General Concha, que se publicó en La Habana el día sábado 16 de agosto. Dice así:

> ... En la amanecida de ayer (viernes 15) salí de Bahía Honda con el vapor Habanero con objeto de reconocer la costa de las Playitas y el Morrillo para retirar todas las embarcaciones que pudiera haber en ella en que pudieran fugarse los piratas, como para que en el caso de recalar sobre dichos puntos alguna nueva expedicion no encontrasen este medio para su desembarco. A las siete de la mañana comuniqué con las rancherías del Morrillo y sabedor por los paisanos propietarios de ellas que á las 10 de la noche anterior (jueves 14) se habían embarcado en las cuatro embarcaciones que había en la playa un crecido número de la canalla que desembarcó a las órdenes del traidor López, con objeto de dirigirse á Nueva Orleans cogiendo el primer buque que encontrasen, calculando la hora que había salido y la distancia que podían andar en las diez horas que habían mediado suponiendo que habían hecho rumbo

á N.O., que fué en el que le perdieron de vista los individuos de la ranchería, navegué en esta dirección diez y ocho millas a toda máquina, y como cumplida esta distancia no se avistase ninguna de las embarcaciones que buscaba, comprendí que la derrota que habían seguido era otra por dentro de los cayos y desde luego dirigí la mia á la pasa de los Alacranes para por ella entrar dentro de los arrecifes y practicar cuantas diligencias estuviesen en mis alcances para encontrar los piratas fugitivos. (451) A las diez de la mañana me hallaba en las proximidades de dicha pasa avistándose á esta hora las cuatro embarcaciones que perseguía navegando á longo de costa, pero tan próximas a ella que casi desconfié de poderlos apresar. Para lograrlo dispuse forzar la máquina cuanto fuera posible; creo no aventurar nada en asegurar á V.E. que pasaba de trece millas la distancia que llegó a andar el buque; pero ni aun esta fué suficiente para alcanzarlas todas á flote, solo una pude apresar en estos términos; otras dos embarcaciones sobre los mangles de la Isla (Cuba); la cuarta sobre los del Cayo Levisa por lo que cuando recogí la gente de la primera armé los botes del buque para perseguir la segunda y tercera que habian embarrancado sobre los citados mangles; pero tanto los oficiales de la Armada que iban en los botes como la tropa y marinería de ellos, el sobrecargo del buque D. Ignacio de Arellano y el capitán del vapor *Cárdenas* D. Francisco Estoll que estimulado de honroso patriotismo ha tomado parte en todos los servicios que ha prestado este buque desde que tengo en el mi insignia, se arrojaron al agua para perseguir á los piratas, de los cuales solo dos pudieron escapar; pero dejando ambos sus armamentos, no habiendo seguido en su persecución para poder ocuparse de la embarcacion varada en Cayo Levisa, por ser una de las más grandes y que conducia mas fuerza. En efecto, luego que se colgaron los botes me puse en demanda del expresado Cayo y dando fondo en sus inmediaciones volví á armar los botes y me dirigí con ellos para reconocer sus esteros hasta encontrar la lancha que buscaba con el objeto de saltar en tierra y perseguir hasta dar con ellos á los piratas fugitivos. Estos se hallaban escondidos dentro de un estero en número de veinticuatro con la embarcacion varada en el mangle donde fueron presos resultando ser cincuenta el número de los apresados, entre ellos un gefe y cinco oficiales todos ellos armados.

Las noticias de importancia que dan son que la faccion se halla muy desanimada y que la mayor parte estan resueltos á buscar su salvamento en la fuga, todos asombrados del valor de nuestros soldados y convencidos del ningun eco que sus doctrinas encuentran en el pais.

A las dos y media de la tarde comuniqué nuevamente en el Morrillo y como los individuos de la ranchería que me dieron parte de la salida de los piratas capturados sugieren que por sus inmediaciones vagaban fugitivos y en pequeñas partidas gran número de aquellos y que las tropas de S. M. se hallaban á corta distancia de aquel punto me dirigí por un paisano de confianza al Gefe de aquellas con una comunicacion participándole esta noticia y también la de los individuos apresados, los cuales pongo á la disposición de V.E. en la fragata *Esperanza*, haciéndome yo de nuevo a la mar en este mismo momento... (452)

De esa manera la deserción de Crittenden y sus hombres culminó en su captura por los españoles, con la excepción de dos que pudieron escapar a los marinos españoles. Armados como estaban, no hubo resistencia, posiblemente porque pensaron que de ese modo escaparían con vida, sin saber los infelices que los órdenes dadas por el Capitán General Concha eran las de exterminarlos y de no darles cuartel. Crittenden había logrado restarle a Narciso López un considerable número de combatientes con su desobediencia, su indisciplina, sus vacilaciones y su deserción. También le había privado de armas y municiones de repuesto y tuvo como triste y postrero desahogo el propósito de infamar la memoria del caudillo y de presentarlo como el culpable de todo lo ocurrido; pero lo que no pudo lograr con su deserción, que tanto daño hizo, fué salvar al grupo desertor, de cuyo final hablaremos más adelante.

Para completar este epígrafe tenemos que tratar ahora del fracaso de los refuerzos prometidos por los amigos de Narciso López que se habían quedado en los Estados Unidos.

El miércoles 13 de agosto, en horas de la mañana, con una buena travesía desde las Playitas del Morrillo, entró de nuevo en Cayo Hueso el vapor cubano *Libertador* (a) *Pampero*, el cual enarbolaba la bandera cubana. El capitán Lewis, al desembarcar para hacer los trámites de rigor, se declaró ciudadano cubano, presentó el certificado de registro del buque, como cubano, firmado por Narciso López a nombre de la República de Cuba, e informó que procedía de puertos cubanos e iba para Savannah, Georgia. No ocultó Lewis que había desembarcado pasajeros y carga al Oeste de Cabañas y cuando el inspector de Aduanas, confundido con el despacho y la bandera del buquete, fué a consultar con el administrador, Lewis zarpó para continuar navegando por la cayería, que conocía tan bien y en la que permaneció hasta el viernes 15 cuando, ya habiendo embarcado 25 expedicionarios de Cayo Hueso, siguió para Savannah, Ga.(453), aunque no pudo completar el viaje porque de nuevo se descompuso la maquinaria. Según el *Sun*, de Nueva York, edición del 22 de agosto de 1851, el buque expedicionario había hecho escala en Jacksonville, Fla., para hacer reparaciones, o sea, que la posibilidad de enviar con rapidez los refuerzos prometidos y las armas y las municiones depositadas en las cercanías del río St. John, ya se esfumaba.

Según el *Diario*, de Villaverde, el sábado 26 de julio, es decir,

arrived at Jacksonville Hotel on 28th.

una semana antes de la salida de la expedición, de Nueva Orleans, él y Leopoldo Turla se habían trasladado a Jacksonville, Florida, para tratar con aquel extraño personaje que era mister Henry Titus, de la preparación del armamento que hacía meses que tenía en su poder y que sería utilizado por el segundo contingente expedicionario. Titus era dueño de un aserradero, y allí le visitó Villaverde, el día 28; pero al repetir la visita, a las pocas horas, ya se encontró allí con el coronel Theodore O'Hara, uno de los expedicionarios del *Creole* en 1850, a quien López se había negado a llevar consigo en otra tentativa revolucionaria. O'Hara, excluído de las expediciones del *Cleopatra* y el *Pampero*, no ocultaba su resentimiento, y el hecho de que estuviese en contacto con Titus no auguraba nada buena. El miércoles 30 de julio habían ido a incorporarse a Villaverde y a Turla otros cubanos, entre ellos Macías y Angulo Guridi, y ya iban en aumento las dificultades para lograr que Titus entregase el armamento que le había sido confiado. No fué hasta el 6 de agosto, cuando ya el *Pampero* navegaba hacia Cayo Hueso, que Villaverde, Macías, Turla y Manresa, en compañía de Titus, fletaron un remolcador para ir hasta el aserradero donde se guardaban las armas; pero no tardaron en darse cuenta de que estaban en mal estado, por no haberse tomado precauciones para su conservación. El 10 de agosto, cuando el *Libertador* o *Pampero* hacía rumbo a Cuba, desde Cayo Hueso, Villaverde y sus amigos se habían convencido de que el armamento en el cual se habían cifrado tantas esperanzas, era casi inútil. Ese día llegó la noticia, enviada por Sigur, desde Nueva Orleans, a Savannah, y traída por Sánchez Iznaga, al efecto de que podía ser que López fuese directamente a Cuba, sin ir a Jacksonville, una determinación que el caudillo se había reservado hasta el último momento; pero que era lógica y de prudencia irreprochable para mejor evitar que una indiscreción cualquiera hubiese dado aviso, por anticipado, a los españoles, de que navegaba hacia las costas de Cuba. Esto, sin embargo, molestó a los cubanos de Jacksonville y Savannah, porque no iban con el primer contingente expedicionario, y Villaverde, en la anotación de su *Diario*, que corresponde al 12 de agosto de 1851, dice que Sánchez Iznaga comentó que ni uno sólo de los cubanos que habían ido con López a Cárdenas, el año anterior, le acompañaba entonces en la Vuelta Abajo.

El viernes 15 de agosto, según el *Diario*, de Villaverde, quedó demostrado que Titus no cumplía su compromiso de restituir las armas cuya custodia le había sido confiada, en buen estado, y se supo que el *Libertador* o *Pampero*, descompuesta su maquinaria, tampoco podía hacerse a la mar y tenía que ser reparado. En esos momentos, aunque ya López, con la captura de Crittenden y los suyos, había perdido toda oportunidad de ser reforzado por ellos, todavía el contingente expedicionario se mantenía fuerte, como lo demostraría, dos días más tarde, en la batalla del Cafetal de Frías; pero para Villaverde y los cubanos que estaban en Savannah y en Jacksonville, las perspectivas de enviar los refuerzos prometidos y que eran más necesarios que nunca, se hacían sombrías. El 17 de agosto, de regreso en Savannah, ya Villaverde, dominado por la desesperación y la impotencia, escribe a Rodríguez de Mena, quien está en Nueva York, le explica la gravedad de la situación y le implora para que gestione dos o tres mil pesos que se necesitan para fletar una expedición a Cuba; pero, según el *Diario* de Villaverde, en anotación del día siguiente, Narciso López había escrito a Rodríguez de Mena, Betancourt Cisneros y Pedro de Agüero, antes de salir de Nueva Orleans, para reprocharles que no iban a pelear y que se quedaban en los Estados Unidos cuando era en Cuba donde tenían que cumplir con su Patria. Villaverde comenta en su *Diario*:

> ... Este ha sido un golpe de politica maestro. Betancourt por ocultar su miedo, i sus amigos por adularlo, bajo la capa de un patriotismo herido, hacian correr que el Gral. queria alejar de Cuba á todos los cubanos que podian hacerle sombra, particularmente á Betancourt. De modo que retirándoles el poder que les habia dado i diciéndoles q. en Cuba es donde ellos deben estar, les quita la máscara i los pone en el compromiso de ir ó de declararse cobardes i malos patriotas...

A Villaverde no se le ocurrió, sin embargo, que en esas circunstancias su petición de ayuda a Rodríguez de Mena no tendría muy buena acogida, ya que él y sus amigos estarían más irritados que nunca contra López y poco dispuestos a correr en su auxilio. La causa de Cuba era la que importaba; pero la falta de concordia entre López y sus amigos, de un lado, y Betancourt Cisneros y los suyos, del otro, que venía de antiguo, impediría que hubiese la indispensable colaboración para enviar en tan crítica coyuntura el segundo contingente expedicionario.

Sigur, en Nueva Orleans, ayudado por el general Félix Huston, cuyo sobrino había ido en la Expedición de la Vuelta Abajo, y por los cubanos que habían quedado en la Ciudad del Delta, se había esforzado por organizar otro contingente expedicionario, en el que habrían ido los reclutas quienes, como se recordará, habían sido desembarcados antes de la salida del *Pampero*, con otros muchos, llegados de Arkansas, Mississippi, Texas y Kentucky. Ese grupo se pensó que iría a la desembocadura del río St. John para recoger los expedicionarios que allí estaban y las armas confiadas a Titus; pero cuando Sigur llegó a Savannah, el miércoles 20 de agosto, informó a Villaverde y éste lo hizo constar así en su *Diario*, que el individuo encargado de fletar el vapor para la expedición se había desaparecido con los cuatro mil pesos laboriosamente reunidos al efecto y que en definitiva se perdieron. Sigur siguió para Charleston, S. C., con la esperanza de que le fuese posible obtener un vapor para el envío de refuerzos. No fué hasta entonces que se supo con más o menos exactitud que López había desembarcado al otro lado de Bahía Honda, hacia el Oeste; pero ya habían transcurrido ocho días del desembarco y todavía ni siquiera había buque disponible para el transporte de refuerzos ni recursos para fletarlo. En los recelos y rivalidades que dividían a los cubanos emigrados y que también alcanzaban a los norteamericanos con quienes laboraban, los mejores deseos se neutralizaban unos a otros y no había cohesión ni entusiasmo para esfuerzos de conjunto. La anotación del *Diario*, de Villaverde, correspondiente al jueves 21 de agosto, se refiere a una fiesta en la residencia del jefe de policía de Savannah, Ga., en la que se había brindado con champán por la libertad de Cuba el mismo día de la derrota y dispersión de *Candelaria del Aguacate*, que anunciaba la catástrofe final de la expedición. Villaverde incluyó en esa anotación un párrafo al efecto de que en todo se advertía la hostilidad de los camagüeyanos emigrados contra López, que era el resultado de la rivalidad con Betancourt Cisneros y al día siguiente, mientras Savannah se embanderaba en celebración de las victorias iniciales de López, ya seguidas de derrotas irremediables, llegó la noticia de los fusilamientos de Atarés y Sigur estalló en quejas y recriminaciones por la inactividad de los que podían y tenían con qué ayudar a López y no lo hacían. Según el *Diario* de Villaverde, Sigur, airado, llegó a decirle a Arteaga que si López fracasaba sería por culpa de los "junteros", de Nueva York, que nada hacían por él. En opinión de Villaverde, Arteaga tenía en su poder, en esos momentos, dos mil pesos, y no los entregaba.

En estos dimes y diretes pasaban los días y los periódicos publicaban las más fantásticas noticias de victorias cubanas y de fracasos de los españoles que eran falsas; pero con las que se entretenían las gentes. Los horrores cometidos con Crittenden y los suyos, en los fusilamientos de Atarés, habían producido verdaderas tormentas de protestas en los Estados Unidos y hasta motines antiespañoles, de los cuales el peor fué el de Nueva Orleans; pero con las proclamas federales contra las expediciones a Cuba y la falta de un jefe reconocido por todos, esas protestas no se canalizaron hacia el envío de hombres y armas en apoyo de López.

La anotación del *Diario*, de Villaverde, correspondiente al domingo 24 de agosto, dice:

> ...Sigur me enseñó la carta que había recibido del Gral. escrita el 10, delante de la Ortigosa, en que le dice que nosotros con su equipage, todas las municiones y armas, i bajo el mando de un gefe de esperiencia, hagamos un desembarco en la bahía de Nipe ó en la de Cebollas; que le mande los kentuckianos á donde el se halla i que no permita el embarco en la expedición a J. M. Hernández, a Roca, a Jiménez Carrillo ni B. García. Yo dije que esto era una severidad del Gral., aunque no podía menos que añadir que esos jóvenes se lo merecían por su mala conducta hacia la causa i hacia el Gral. Arteaga se sentía dispuesto a defenderlos, po, comprendía q. era imposible delante de tantos amigos del Gral. i se calló...

El 25 de agosto Villaverde, dominado por los más funestos presagios, escribió directamente a Rodríguez de Mena, quien se encontraba en Nueva York, e impetraba su ayuda para hacer frente a los gastos de la reparación del *Libertador* o *Pampero*, Juan Manuel Macías y varios otros cubanos fueron a Jacksonville para escoger las armas que hubiese utilizables entre las que Titus tenía en su poder, y Villaverde anotó en su *Diario* que se buscaba al jefe de la experiencia que reclamaba López para que fuese al frente de la expedición de refuerzo. Ese día, sin embargo, después de las matanzas de los expedicionarios, famélicos e indefensos, en El Rosario y en Arroyo Grande, se había consumado en las serranías de la Vuelta Abajo la dispersión de los restos de las fuerzas de Narciso López. Ambrosio José González, titulándose general, llegó a Savannah, procedente de Charles-

ton, S. C., y en seguida comenzó a trabajar febrilmente para ser el jefe del segundo contingente expedicionario. Villaverde confió a su *Diario* estas líneas que evidenciaban su preocupación:

> ... Estoy asustadisimo pensando en la suerte del Gral. López. Han cargado tantas fuerzas sobre él i luego llevó tan pocas municiones i armas, que es mucho de temerse un desastre si no se le han pasado tropas ni se le han unido grandes masas de pueblo...

El Capitán General Concha, a la salida de La Habana del vapor *Cherokee*, había puesto a bordo las últimas noticias de la campaña de la Vuelta Abajo, con destino a la legación de España en Wáshington, y el 28 de agosto la prensa de Baltimore publicaba que entre esas noticias se daba por segura la captura de Narciso López. En Charleston y en Savannah los cubanos se negaron a dar crédito a esa información. Todavía ese día seguían las disensiones entre los distintos grupos de cubanos, desde Nueva York a Nueva Orleans, pasando por Cayo Hueso. En Nueva Orleans decían tener lista una fuerte expedición con destino a Cuba y podían que se les enviase el *Pampero*, cuyas reparaciones no se habían terminado. Sigur se había constituído en el astillero de Doboy Sound, Darien, Georgia, donde se arreglaba la maquinaria y se quitaban los tabiques divisorios de los camarotes, a fin de llevar más gente. Inclusive se habían instalado bases para montar dos cañones de veinte y cuatro libras. Según el *Diario*, de Villaverde, el sábado 30 de agosto, lleno de entusiasmo, regresó Sigur a Savannah. Traía la noticia de que el *Pampero* o *Libertador* regresaba al río St. John y estaría listo para navegar el martes 2 de septiembre. Sigur y sus amigos, sin embargo, ignoraban que desde el día 29 de agosto López, traicionado por Castañeda y sus pandilleros, estaba en poder de los españoles, y que si, efectivamente, el barco expedicionario podía zarpar el 2 de septiembre, horas antes el caudillo único de aquella Revolución Cubana de 1848-51, incomprendido y calumniado, habría sido ejecutado.

Cuando el 9 de septiembre el *Libertador* o *Pampero*, lleno de expedicionarios armados, fué a salir del río St. John, se encontró con que el guardacostas *Jackson*, con funcionarios federales y un destacamento de tropas al mando del teniente Merchant, le cerraba el paso. Subió el buque expedicionario por el río unas veinte millas y embarcó más hombres y armamento para intentar una salida desesperada en horas de la noche; pero, al fin y al cabo, muerto López y desbaratada la expedición inicial, se desistió de lo que habría sido un esfuerzo inútil para revivir la lucha.

En el *Diario*, de Villaverde, se encuentran algunas dramáticas referencias a los sucesos de aquellos últimos días, como cuando dice, con fecha 5 de septiembre:

> ...Anoche, con el corazon oprimido, me separé temprano de Sanchez i Ortega i por la mañana temprano vi en el *Republican* que el *Cherokee* subia al Misisipi el 4, i desde la Baliza envió la noticia de la captura i ejecucion del Gen. Lopez el 1o. de Spte. en la Habana. El golpe fue terrible. Salí a vaguear i no encontré á nadie. Durante el dia se confirma la noticia por despacho telegráfico de Cushing á Sigur. Arteaga se determina á mandar la expedicion. Sanchez i yo desistimos de ir no solo por la caida de Lopez, sino porq. no hay cabeza que dirija entre los expedicionarios ni creemos q. haya en Cuba patriota alzado...

Mientras Arteaga se mostraba entonces muy interesado en enviar una expedición a Cuba, cuando nada quedaba de la que López había encabezado y que había sido dejada a su suerte, el Titus y sus partidarios se apoderaron del vapor *Pampero*, el capitán Lewis y la tripulación tuvieron que abandonarlo, y el 6 de septiembre llegaban a Savannah, para incorporarse a aquel segundo contingente expedicionario que en más de un mes no había embarcado, los cubanos Ambrosio y Octaviano Duany, los camagüeyanos Miranda y Arteaga Pina, Porfirio Valiente y otros. El 28 de julio de 1851 el *Sun*, de Nueva York, había publicado una carta de varios de estos señores en la que pedían que se les indicase cómo debían ir a luchar por la libertad de Cuba, y habían tardado desde entonces hasta el 6 de septiembre para llegar al lugar donde se había pretendido organizar una expedición.

En Nueva Orleans, donde también se había prometido el envío de una expedición con refuerzos, nada se logró en ese sentido. Cuando llegó la noticia de la ejecución de Crittenden y sus compañeros y de los ultrajes a sus cadáveres, la Ciudad del Delta vibró de indignación. El 21 de agosto y los días subsiguientes se produjeron motines antiespañoles en Nueva Orleans, que llegaron al saqueo del consulado desde el cual José Ignacio Laborde había dirigido el espionaje español sobre los conspiradores, y a la destrucción de la imprenta del periódico *La Unión*.

Se efectuaron mítines para organizar una nueva expedición, se recaudaron miles de pesos para financiarla y se ratificó el propósito de llevarla a cabo a pesar de todas las prohibiciones del Presidente Fillmore (454); pero pasaron los días sin que embarcase el contingente expedicionario y cuando el 4 de septiembre llegó a Nueva Orleans la noticia de la captura y ejecución de Narciso López, se desvaneció el interés por revivir la lucha contra la dominación española en Cuba.

6. Desastre final de la expedición; la cacería humana y la captura de Narciso López en los Pinos de Rangel.

Desde el 20 de abril de 1851, cuando parecía inminente la llegada de la *Expedición del Cleopatra*, luego interceptada por el gobierno de Wáshington, el Capitán General Concha había dictado una orden general a la tropa, la policía de todas clases y el pueblo mismo, que imponía una implacable política de represión, que no daba cuartel, a todo el que viniese a Cuba en una expedición armada.

Esa orden general estaba en vigor cuando desembarcaron los expedicionarios de Narciso López, en agosto de 1851, y fué aplicada con el mayor rigor desde el 12 hasta el 24 del propio mes, cuando Concha hizo pública una circular por la cual concedía indulto a "todo individuo que pertenezca á la gavilla invasora bajo el mando del traidor Lopez que se presente ó fuera aprehendido por las tropas de S. M. ó por partidas de paisanos en el término de cuatro dias contados desde la fecha en que se publique esta resolucion en los respectivos distritos"... (455), bien entendido que después de esa fecha volvería a regir la pena de la vida para todo expedicionario y que aquél de entre ellos que entregase a López a los españoles quedaría exento de toda pena y hasta se le devolvería a su país, de ser extranjero. No deja de ser interesante el hecho de que no hubo uno solo de los expedicionarios, cubano o extranjero, que aceptase el papel de traidor que le ofrecía Concha.

Durante aquellos doce días del mes de agosto, hasta que se hizo la oferta de indulto, la represión feroz y despiadada practicada por los españoles llegó a los más terribles extremos y no se limitó, como veremos, a los expedicionarios, sino que alcanzó a muchos vueltabajeros de cuya fidelidad al régimen colonial

se sospechaba o que incurrieron en actos de oposición a España o de simpatía hacia Narciso López y los suyos.

El mismo día 13 de agosto, cuando el secretario del gobierno político, Pedro Esteban, daba las primeras noticias del desembarco de Narciso López, ya se anunciaba que el día anterior, o sea, el martes 12, partidas de paisanos de Bahía Honda habían dado muerte a dos expedicionarios que se habían quedado rezagados en la marcha de Playitas del Morrillo a Las Pozas. El día 14 la columna del capitán Luis Jaraquemada, al llegar a la Tabla de Agua para incautarse de la impedimenta abandonada por Crittenden, encontró que allí estaban dos expedicionarios, sin duda de los que en la tarde anterior habían seguido a Crittenden en su salida; pero que no habían continuado la marcha hacia las Playitas del Morrillo con la vana esperanza de que se salvarían al regresar a la Tabla de Agua. Allí mismo fueron ultimados y antes de abandonar el lugar se fusiló a otro expedicionario, presentado cerca de San Miguel, y luego a "otros varios" que encontraron en el camino da Las Pozas. La orden era de no hacer prisioneros y el capitán Hurtado, al entrar en Las Pozas, la puso en práctica sin piedad para con los expedicionarios heridos, rematados en sus camastros, y contra los que se habían quedado para cuidarlos y para curar a los españoles heridos. Estos últimos en vano imploraron que no matasen a sus bienhechores. El general Enna, en un parte de fecha 16 de agosto, anunció que había fusilado nueve prisioneros a la salida de Corralillo y que en Bahía Honda habían fusilado a otros tres. Cinco de las víctimas de Corralillo habían sido enviados bajo bandera de parlamento, por López, para devolver a las líneas españolas a varios soldados coloniales; pero Enna se apoderó sin escrúpulo alguno del piquete de invasores y les aplicó la última pena a sus componentes. En Cacarajícara, el día 16, el brigadier Morales de Rada hizo pasar por las armas a cinco rezagados de la columna de Narciso López, de quienes se anota en el informe "que rehusaron los auxilios espirituales", quizás si porque estaban en la tierra de aquel Hatuey que prefería no ir al Cielo si allí podía encontrarse con los españoles. En Las Pozas, el mismo día 16, se fusiló a otros dos desdichados que se presentaron allí, mientras que los lanceros de Fernando VII exterminaban hasta el último hombre a dos partidas de a diez hombres cada una, en las cercanías de Bahía Honda, quienes probablemente eran del grupo que hizo la

salida con Crittenden, de la Tabla de Agua, y no le siguieron hasta las Playitas del Morrillo. El gobernador de Bahía Honda, a su vez, el propio día, hizo fusilar a "dos piratas" entregados por el vicealmirante Bustillos, a otro más capturado en las cercanías de la población y a otros dos entregados por los rurales de San Miguel. Ese día terrible fueron fusilados en San Cristóbal ocho expedicionarios aprehendidos por el paisanaje, según los informes oficiales españoles.

Los días subsiguientes se publicaron datos poco precisos sobre las sumarias ejecuciones que tenían lugar; pero el día 19 se fusiló a un expedicionario en Bahía Honda y los vecinos de Las Pozas nombrados Ramón, José y Víctor de la Cruz dieron muerte a tres más, en las cercanías de dicho pueblo, proeza por la cual Concha les confirió la cruz de plata de San Fernando, pensionada. No obstante esa cooperación así premiada y las ofertas de ayuda que recibían los españoles, el teniente coronel Félix Sánchez, en un informe de 20 de agosto, dirigido al Capitán General Concha, se manifestaba opuesto a aceptar la colaboración del paisanaje. El 21 de agosto, entre Las Pozas y Bahía Honda, el alférez Carlos Pascual, a la cabeza de ocho voluntarios, fusiló a dos "piratas" que se le habían presentado. El mismo día, en Bahía Honda, fueron fusilados seis "piratas", identificados dos de ellos como el ayudante George "Grachang" y el teniente "Fereanding", y en Candelaria se fusiló al cubano Juan Antonio Rosales, natural de Guisa, Bayamo, hijo de Juan Antonio y Ana María, tabaquero, de 31 años de edad y vecino de Nueva Orleans, quien había venido como expedicionario y combatió en Las Pozas, donde resultó herido.

En San Cristóbal, el 23 de agosto, fusilaron a otros dos expedicionarios; el brigadier Rosales hizo lo mismo con otros quince, en plena sierra, el sanguinario gobernador de Bahía Honda le aplicó la última pena a diez y seis más, y el implacable capitán pedáneo de Las Pozas, Andrés Aparicio, quien tanta prisa se había dado para huir del pueblo, a la llegada de los invasores, fusiló a diez "piratas". El período de la "guerra a muerte", decretada por Concha, no se interrumpió sin que el mismo 24 de agosto fuese fusilado en Bahía Honda otro expedicionario apresado en las cercanías del pueblo.

Ya vigente la circular que daba cuartel a quienes se rindiesen, la cacería humana continuó febrilmente: era preciso capturar a todos los sobrevivientes y ponerlos a buen recaudo por dos razones principales. La primera de esas razones era la de privar a Narciso López de todo posible apoyo, y la segunda buscaba desalentar e impedir cualquiera sublevación por parte de los cubanos. Se apeló a todos los medios. A los esclavos se les ofrecieron ventajas materiales si cooperaban en la persecución; a los rancheadores, especializados en la búsqueda y captura de negros cimarrones, también se les dió oportunidad de tener una recompensa. Monteros, rurales y celadores, también participaron de la persecución y hubo criollos que hicieron lo mismo, temerosos de represalias por parte del régimen colonial. Donde no podían llegar los jinetes, iban los de a pie y todos ellos bien armados y precedidos de los feroces y bien adiestrados mastines que durante muchos años habían servido en Cuba para las cacerías de otros seres humanos, los esclavos fugitivos. Uno de esos perros fué el que dió con el refugio de Schlesinger y sus compañeros húngaros, el 26 de agosto, cerca de Las Vegas del Bermejal, y no los atacó, aunque de todos modos sirvió para descubrirlos y facilitar su captura.

La circular que daba cuartel a los rendidos salvó las vidas de diez y siete expedicionarios aprehendidos el 24 de agosto, cerca de Bahía Honda. En la Vega de las Mercedes, el 25, hubo tres prisioneros más, y al día siguiente fueron capturados diez más en las lomas de Aguacate y seis en la jurisdicción de San Diego de Núñez. El brigadier Rosales comunicó el 27 que había hecho catorce prisioneros y había destacado a uno de ellos, con el decreto de indulto, impreso, para que recorriese los bosques y convenciese a sus compañeros de que debían presentarse. Los prisioneros que tenía el coronel Lago, en El Bermejal, el 27 de agosto, ya eran veinte y seis. Ese mismo había cincuenta prisioneros concentrados en San Cristóbal, e iban a ser enviados para La Habana, donde el 28 habían llegado, presos, Agustín Montoro, James Smith y Joseph Gunst, también remitidos desde San Cristóbal. El 29 de agosto llegó a La Habana, procedente de Bahía Honda, el vapor *Habanero* y a su bordo llevaba treinta y ocho "piratas aprehendidos y presentados". El informe del coronel Lago, ese mismo día, daba cuenta con la captura de cincuenta y siete expedicionarios y añadía que se había visto precisado a dar muerte a siete más, porque pretendieron resistir. En La Vigía, el 29 de agosto tenía en su poder 29 expedicionarios más y todavía

se hicieron algunos más en distintos parajes de las sierras de Pinar del Río. El 31 de agosto anunciaba el coronel Esteban que habían llegado a La Habana 155 prisioneros que habían formado parte de la expedición de Narciso López a la Vuelta Abajo. Todavía vagaron por los bosques algunos más, durante cierto tiempo, y el coronel Blumenthal logró evadir a sus perseguidores hasta bien entrado el mes de septiembre. Antonio Falcón, el antiguo bandido, refugiado en los Estados Unidos y quien había venido con Narciso López, consiguió esconderse en Bahía Honda durante cierto tiempo, hasta que logró volver a los Estados Unidos. En los primeros días de septiembre, en alta mar, un mercante español tomó a bordo y apresó después a Robert H. Breckinridge y Ransom Beach, dos expedicionarios que hacía día y medio que navegaban en un pequeño velero en demanda de las costas de los Estados Unidos y quienes fueron agregados a los demás prisioneros. El *Delta*, de Nueva Orleans, en su edición del 8 de septiembre de 1851, dió la noticia de que el Dr. Lightcap, de aquella ciudad, había recibido por manos propias una carta enviada por el expedicionario B. F. Colyer, confiada a un español o cubano que iba con Narciso López y el cual había podido escapar de Cuba, clandestinamente, al salir por el puerto de Cárdenas para el de Cayo Hueso. La lista compilada por John S. Thrasher, que publicamos en esta obra y que es el informe más completo acerca de los sobrevivientes de la expedición que estaban presos, fija el número de los mismos, con sus nombres, hasta el 11 de septiembre de 1851, en 167 hombres. Entre ellos no figuraban aún Breckinridge y Beach, y tampoco Blumenthal, porque fueron capturados después del 11 de septiembre y sus nombres se encuentran en otra lista de Thrasher, fechada a 1º de octubre, con los de David Cano y Charles J. Hodge, cuyos nombres no estaban en la primera lista, por lo que el número más o menos definitivo de los prisioneros, hasta el 1º de octubre, era de 172 hombres. En el *Diario*, de Villaverde, anotación del domingo 9 noviembre de 1851, aparece que el cubano Joaquín Aragón, expedicionario, logró escapar a la persecución y se escondió en Guanajay, de donde pasó a La Habana "...tomando los carros de Guanajay", y luego embarcó a escondidas en el vapor *Georgia* y así llegó a Nueva Orleans.

Por supuesto que el interés principal de los españoles estaba en la muerte o en la captura, para su subsiguiente ejecución, de

Narciso López. Hasta que actuase con la misma resolución que él, en 1868, Carlos Manuel de Céspedes, no habría otro caudillo entre los conspiradores cubanos que supiese como él, poner en peligro la dominación colonial española en Cuba. Con todos sus errores de juicio, con sus pasiones y con sus prejuicios, era el hombre de acción al que España temía, con sobra de razones. Como se recordará, López había indicado a los expedicionarios amotinados, después del descalabro de la Candelaria del Aguacate, que lo entregasen a los españoles para salvarse ellos, sin que fuese aceptada su proposición. El indulto proclamado por Concha contenía una cláusula con ese mismo objeto y aunque el caudillo se había negado a aceptar la propuesta de Falcón para que escapase con él, después del desastre definitivo y la dispersión en El Rosario, vigente el perdón que el gobierno colonial otorgaba a los expedicionarios que se rindiesen, el caudillo estaba en libertad para actuar por su cuenta y hasta intentar su salvación, ya que él era el único para el cual no había cuartel.

Sin plan determinado para escapar de la implacable persecución lanzada contra él, López pretendió por lo menos demorar su captura. Alentaba una vaga esperanza de que quienes habían faltado a sus compromisos todavía pudieran ayudarle a eludir a sus perseguidores hasta que se presentase la oportunidad favorable para Cuba.

Desde el lunes 25 de agosto las tropas regulares españolas, secundadas por los rurales, las rondas y partidas de voluntarios, estaban cerrando todas las veredas del bosque de la Peña Blanca, por el cual había penetrado López con un pequeño grupo de sus más fieles partidarios, entre ellos su sobrino Pedro Manuel López, su hijo natural Pedro Velasco Isla, el antiguo sargento de la guarnición de Cárdenas, ascendido a capitán expedicionario, Miguel López (después fusilado), el teniente Diego Hernández Navarro, de la "Compañía Cubana", santiaguero, el corneta Antonio Hernández y uno o dos hombres más. Iban en su mayoría desarmados, salvo en cuanto a unos pocos cuchillos y machetes. Dejando atrás el bosque de la Peña Blanca el pequeño grupo, padeciendo hambre y sed, se internó por la Sierra de Rangel, caminando hacia el Oeste.

Un informe del brigadier Morales de Rada, el 28 de agosto, desde *La Vigía*, decía que por la mañana se le había presentado

un montero para decirle que hacía dos horas que se había encontrado con López y sus compañeros y que el caudillo le había ofrecido doscientos pesos en efectivo y dos mil en un pagaré para que les llevase a San Diego de Tapia; pero que luego, como si recelase de él, le había mandado alejarse y había seguido su marcha hacia los Pinares de Rangel. En esos momentos la caballería del comandante Mata Ramos cortaba el paso hacia Pinar del Río, las tropas del coronel Sánchez y del comandante Lago hacían lo mismo por San Diego de Tapia, San Diego de los Baños y San Diego de Núñez; las del coronel Andriani dominaban los caminos de *El Brujo* y los cafetales *Dolores* y *Las Cuevas*, y el resto de las fuerzas españolas avanzaban desde Candelaria y San Cristóbal hacia las montañas. El cerco era completo y ayudaban a cerrarlo las partidas de celadores, voluntarios y rondas, formadas por gentes conocedores del terreno, que iban en busca de las recompensas ofrecidas por la entrega de Narciso López, vivo o muerto, recompensas que comprendían dinero, condecoraciones, pensiones y otros regalos.

Entre esas rondas se había manifestado muy activa la de Candelaria, mandaba por José Antonio de los Santos Castañeda, natural de Canarias y vecino de esa jurisdicción, en la que tenía historial de hombre turbulento. En la época en que López todavía vivía en Cuba, sin haber perdido sus grados en el ejército español, había recorrido la Vuelta Abajo en distintas direcciones, no pocas veces con el Cafetal de Frías, perteneciente a la familia de su esposa, como su centro de actividades. Populachero y amigo de las diversiones criollas, López había conocido al guajiro Castañeda, le había ayudado en dificultades de menor cuantía con la justicia y hasta era fama que le había bautizado un hijo y que eran, por lo tanto, compadres. Estas consideraciones no pesaron en el ánimo de Castañeda y se convirtió en el más sañudo perseguidor de López, atraído por el cebo de las recompensas que ofrecía el Capitán General Concha por su captura. Ha habido quienes han querido identificar a Castañeda con el montero a quien se refirió el brigadier Morales de Rada en su informe del 28 de agosto, ya citado, como la persona con quien López sostuvo una entrevista para tratar de que les guiase hasta la hacienda de San Diego de Tapia. De todos modos, siempre se ha aceptado la versión de que Castañeda estuvo en contacto con López,

antes de su captura, y que ambos habían llegado a un acuerdo de ayuda, después de lo cual Castañeda reunió el mayor número de hombres armados que le fué posible para caer por sorpresa sobre López y sus compañeros, sabedor de que no podían defenderse eficazmente. La traición de Castañeda y la decisión cubana de que esa traición no quedase impune, arrancan, pues, de ahí, del hecho de que Castañeda engañó al caudillo caído en desgracia, al que había llamado amigo, y compadre, después de que le había prometido ayudarle, y que cobró por el servicio prestado al despotismo colonial. En agosto de 1930, cuando los oficiales del Ejército Nacional de Cuba y yo, reconstruímos la ruta de Narciso López en la Vuelta Abajo, el Sr. Baldomero Quiñones, vecino de San José de los Jaguales, hombre de edad muy avanzada y nieto de D. Manuel Quiñones, bilbaíno, dueño del ingenio *La Vigía del Aguacate*, nos dijo que, en efecto, López y Castañeda en una primera entrevista, en los Pinares de Rangel, habían convenido en que el traidor guajiro le guiaría hasta *La Vigía del Aguacate*, que era una fortaleza natural, para que se ocultase allí en espera del segundo contingente expedicionario. Al día siguiente regresó a los Pinares de Rangel, pero con las rondas de Candelaria y de Santa Cruz de los Pinos, reunidas y bien armadas, para apoderarse de López y de sus compañeros por sorpresa, como así lo hizo.

El viernes 29 de agosto, en horas de la mañana, hambrientos y rendidos de fatiga, esperaban López y sus siete compañeros la llegada de Castañeda, quien iba a guiarlos por caminos seguros hasta el refugio convenido. Castañeda se había asegurado la cooperación de Francisco (Pancho) Cea, otro cabo de ronda a quien se consideraba hombre resuelto y capaz de todo, y la partida la componían diez y seis monteros, bien armados. La versión que da Zaragoza ([456]) es la que más se ajusta a la verdad de los hechos. Según ella, los integrantes del grupo prepararon una emboscada y cayeron sobre López y sus compañeros al grito de ¡Viva España!, por sorpresa, sin que Castañeda se hiciera reconocer en los primeros momentos, ya que Cea parecía ser el que mandaba a los asaltantes. A él le correspondió abalanzarse sobre López, tratando de sujetarle; pero la empresa era superior a lo que él y cualquiera otro pudiera hacer al pretender reducir por la violencia a un hombre dotado de fuerzas hercúleas, como era López. Este no tardó en reducir a la impotencia a Cea; pero fué

entonces que Castañeda entró en acción y le puso su afilado machete a López sobre el pecho, intimándole la rendición, "¡Esto era lo que me quedaba por ver!", fué el grito de amarga desesperación del caudillo (457), es decir, era la última traición, la del supuesto amigo y hasta compadre que así le traicionaba. No había resistencia posible por parte de aquellos desdichados, sin armas y postrados por su debilidad; pero Castañeda y Cea, llenos de temor, decidieron amarrarlos fuertemente para mayor seguridad y así lo hicieron. López cuidó de advertirles que sus compañeros todavía tenían derecho a la vida en el cuarto día del indulto de Concha, y que él sabía muy bien la suerte que le esperaba, personalmente.

Castañeda emprendió la marcha en dirección a Santa Cruz de los Pinos, donde pensaba entrar en triunfo con sus prisioneros; pero los dos avisos que envió por delante se toparon con las tropas españolas de los capitanes Luis Jaraquemada y Pedro Pocurull, que operaban por Bermejales, Mercedes y Chirigota, como a las cuatro de la tarde del día 29. Los militares españoles salieron al encuentro del grupo, que avanzaba con gran lentitud por las dificultades de la marcha por aquellos terrenos escabrosos, cuando los cautivos iban a pie y amarrados. En el cafetal *El Chico* se efectuó la conjunción de aquellas fuerzas y se pudo ver que la preocupación de los españoles en cuanto a la posible repercusión de la noticia sobre la prisión de López era muy grande, porque el coronel Lago y el brigadier Morales de Rada decidieron sobre la marcha que la columna no fuese a Santa Cruz de los Pinos, sino que se dividiese para ir, una parte a San Cristóbal y la otra a Candelaria. Según el informe del coronel Lago el capitán Jaraquemada

> ... me manifestó que la noticia había puesto en movimiento á todo el país, y que de todas partes acudían numerosas gentes para salir al encuentro de los presos; por mi parte había observado lo mismo y con objeto de burlarlos á todos para que no interrumpieran mi marcha de noche (pues ya eran las ocho), tomé en el acto á López con la fuerza que yo llevaba y haciendo seguir á los demas á San Cristóbal, me dirigí yo por otro camino á pernoctar en Candelaria... (458)

La escolta encargada de custodiar a los presos fué puesta al mando del hermano del general Enna y del capitán de estado mayor de dicho jefe, caído en la acción del Cafetal de Frías, como una especie de homenaje a su memoria; pero, no obstante lo

dicho en el informe que acabamos de citar, el gobernador de San Cristóbal comunicó al Capitán General Concha que el 29, a las seis de la tarde, había entrado en ese pueblo "...el traidor López, aprehendido por Antonio Santos Castañeda". Esta discrepancia quizás si se explica con lo que dice Schlesinger en su memorial al efecto de que, estando él en la cárcel de San Cristóbal se produjo una gran conmoción porque llegaban los captores de López y sus compañeros; pero él no vió al caudillo y sí tuvo al poco rato la compañía del sobrino del general y de sus otros compañeros, o sea, que López fué separado de ellos para ser llevado a Candelaria y evitar que se produjese algún incidente con el pueblo o con los numerosos prisioneros que había en San Cristóbal. Los españoles no querían correr el riesgo de perder a su ilustre cautivo, cuyas iniciativas y energías tenían buenos motivos para temer.

La partida de Castañeda estaba integrada por él y por Francisco Cea, Nicolás Amorena, Clemente Rodríguez, Luis González, Valentín Tosca, Telesforo y Ceferino Amores, Antonio Sánchez, Miguel Oyoa, Vicente Valdés, Joaquín Morales, Juan Asusmendi, Domingo Cordero, José Cuba y Rafael García. Aparte de los premios en metálico, como premios a la traición y al servicio prestado contra la independencia de Cuba, Castañeda y sus hombres recibieron la condecoración de la Cruz de María Isabel Luisa, otorgada por el Capitán General Concha y que en el caso de Castañeda, además, conllevaba una pensión (459). El traidor fué llevado en triunfo a La Habana, donde fué recibido por Concha, quien le sentó a su mesa y escribió con insistencia al gobierno de Madrid para que le fuesen otorgadas otras mercedes y distinciones. Así se hizo y pocos meses después el funesto Bravo Murillo, como presidente del Consejo de Ministros, comunicó a Concha la R. O. de 2 de enero de 1852 por la cual Isabel II y su hija señalaban al traidor audiencia particular en el Palacio Real, con besalamanos, se le concedía el empleo de capitán de rurales y la Cruz de Caballero de la Real Orden de Isabel la Católica, y se disponía que sus hijos Basilio, Simón y Damiana fuesen educados a costa del Tesoro español y que se le regalasen doce esclavos para que trabajasen la finca de dos caballerías de tierra que le había regalado el opulento terrateniente y esclavista español, Joaquín Gómez (460).

Pese a todas estas demostraciones de cordialidad y de gra-

titud oficiales en cuanto a Castañeda, por parte del gobierno de Isabel II y de su digno representante en Cuba, el general Concha, los militares españoles en campaña no se mostraron muy dispuestos a alternar con Castañeda y sus secuaces. Estos, luego de amarrar estrechamente a López, le habían colocado al cuello un nudo corredizo como al Caupolicán de *La Araucana*, ensalzado por Ercilla, y tan pronto como la partida de Castañeda se encontró con las tropas regulares, los oficiales de ésta dispusieron que se quitasen al preso aquella cuerda y las que representaban otras indignidades. Mejor tratado y hasta alimentado, en una marcha rapidísima, durante la noche un escuadrón de caballería con avanzadas y flanqueadores trasladó al preso, desde Candelaria hasta Guanajay, ciudad ésta en la que entró por el camino de Cayajabos.

Aquel viejo patriota y educador que fué Joaquín Néstor Aramburu, nos dejó un interesante relato de la llegada y la partida de Narciso López, y de su breve estancia en Guanajay, que debe ser reproducido aquí, a pesar de una que otra inexactitud. Describe él la indiferencia de unos y el regocijo de otros ante el espectáculo del libertador vencido cuyo esfuerzo y cuyo sacrificio el pueblo parecía no comprender, y luego dice:

> ... No bien resonaron los primeros ecos del clarín de lanceros, la multitud corrió, se arremolinó, voló hacia lo que hoy es calle Maceo, sur-oeste de la villa, á donde afluye el viejo callejón de Cayajabos.
>
> En efecto: Narciso López, el valiente ex-General español, la brillante espada puesta al servicio de los ideales anexionistas de la época, llegaba por el camino de Vuelta-Abajo, conducido por el escuadrón que acababa de hacerle prisionero, cerca de Candelaria.
>
> Vestía flus oscuro, manchado de lodo; cubría su airosa cabeza un sombrero ennegrecido por la lluvia; llevaba toda la barba y el pelo y reflejábase en su simpático rostro la huella de las fatigas de la campaña, por barrancos y vericuetos, por cumbres casi inaccesibles, bajo los rigores de un cruel temporal de aguas y perseguido por un enemigo numeroso y disciplinado. Era presa de la amargura inmensa que produce un desengaño y causa una traición: los vueltabajeros, comprometidos á secundarle, ó se habían quedado en sus casas, ó se unieron a sus perseguidores. Y José Antonio Castañeda le había entregado, á cambio de los favores recibidos.
>
> Empero, de toda su persona; de la melancólica mirada de sus grandes ojos, como de la triste sonrisa con que sus labios respondían á las burlas del populacho, emanaba algo misterioso que hubiera infundido respeto y amor á gentes más conscientes: la majestad del valor vencido, el infortunio de un ideal, la aureola incipiente de un martirio.

> La muchedumbre, flanqueando la marcha del escuadrón, discurría, curiosa y regocijada. En el número cuarenta y uno de lo que ahora es calle de los Mártires, estaba la Capitanía del Partido. Allí se detuvo la fuerza. Penetró el prisionero. Los soldados custodiaron el edificio y el General López rogó que se le permitiese asear su cuerpo y cambiar sus ropas; á lo que accedieron de buen grado el Pedáneo, Faustino Labarga, y el Jefe de la Escolta, capitán Vidal.
>
> Llamado el noble montañés, don Manuel Bustamante, propietario de la fonda establecida donde hoy es el elegante café **El Niágara**, acudió éste; y después de abrazar á su ex-protector y de llorar su infortunio, trájole un vestido blanco de dril, rico jipi-japa, botas nuevas, tabacos..., lo que pidió él. Aseado, afeitado, alimentado, descansó el preso. Y dos horas más tarde se le condujo por las calles que rodean el parque de mi pueblo, al camino que conduce a Mariel, Tenencia de Gobierno entonces, á cuyo frente se encontraba un militar pundonoroso, Santiago Gurrea, subordinado que fué del ilustre vencido. Desde allí se le trasladó a La Habana; se le formó consejo de guerra el día 31, y se le fusiló (sic) el 1o. de septiembre.
>
> ... Un detalle de este triste episodio de la historia cubana. Mientras el noble caído era llevado por las calles de mi pueblo natal, chiquillos, mozalbetes y hombres con discernimiento y capaces de compadecer, atronaban los aires con gritos, silbidos y ultrajes. El capitán Vidal, servidor de España y vencedor de López, sintió sublevarse su sangre contra la cobardía de aquellos esclavos y pichones de esclavos; y montando en santa indignación, ordenó una carga a planazos. La caterva se despertigó... Es la triste historia de los pueblos sin cultura... (461)

El crucero *Pizarro*, varias veces burlado por López con sus expediciones, era el barco de guerra español que esperaba al caudillo en el puerto de Mariel, para trasladarlo a La Habana. Era la más poderosa y la más rápida de las unidades navales españolas en aguas de Cuba y se la escogió precisamente para prevenir todo riesgo de huída. Tan pronto como López subió al crucero, el capitán Ignacio de Arellano pidió a López su palabra de que no trataría de escapar y, una vez que la tuvo, ordenó que se le quitasen todas las ligaduras y que se le diese libertad para moverse por todo el buque. El vencido caudillo, seguro de que le esperaba la muerte en La Habana, pudo ver cómo se alejaban rápidamente las montañas y las costas de la Vuelta Abajo mientras el *Pizarro* navegaba velozmente hacia La Habana. Atrás quedaba el escenario de su última campaña militar en casi cuarenta años de incesantes guerrear. Había comenzado peleando contra la independencia de Venezuela y la terminaba luchando por la independencia de Cuba. Otra vez había tenido en sus manos la posibilidad concreta de libertar a Cuba

y con escasas fuerzas había derrotado a los españoles en dos batallas para luego ser vencido por la traición, la indisciplina, la insuficiencia de los medios disponibles, el concierto entre los Estados Unidos y España contra Cuba Libre y hasta las fuerzas de la naturaleza en el temporal de aguas de agosto de 1851. Al cabo de varias horas de viaje el *Pizarro* entró en el puerto de La Habana y se dispuso lo necesario para el traslado del temido prisionero, bien custodiado, a los calabozos de la fortaleza de San Carlos de La Cabaña, originariamente escogida como su prisión. Tan agradecido estaba López, sin embargo, de las atenciones y la hidalguía con que le había tratado el capitán Arellano que, al despedirse le pidió, sencillamente: "Arellano, ¿me permite usted abrazarle?".(462) Y los dos hombres, valerosos y nobles, se abrazaron sobre la cubierta de la nave.

Ya después López volvía a estar en manos de los golillas de Concha, quien se quejaba de que no tenía autoridad sobre la marina de guerra española, y en camino hacia La Cabaña y dentro de ella se le encadenó sañudamente.

Es de este lugar, narrada la *Expedición de la Vuelta Abajo*, el tratar de uno de los más curiosos misterios relacionados con ella, que es el que se refiere a la realidad del apoyo que López tuvo, a pesar de todo, por elementos populares de las provincias occidentales. No fué el apoyo prometido por jefecillos que se vendieron o que se amilanaron y que así traicionaron al caudillo y a su causa, sino la ayuda de gentes sin pretensiones y que simpatizaban con Narciso López y con sus empeños revolucionarios. Algo ya hemos dicho en ese sentido al tratar de los guías con que contó López, desde las Playitas del Morrillo hasta la retirada del Cafetal de Frías, y de los informes que recibía en distintos lugares y que le permitieron saber con anticipación lo relativo al indulto que ofrecía Concha y rechazar la proposición de que escapase disfrazado de correo militar español. También, concretamente, mencionamos los casos de Chassagne, Herrén, Quiñones y Hermenegildo, entre los incorporados a López.

Pero hay más que decir sobre esto. En el *Diario* de Villaverde, anotación de enero 12, 1852, se alude a un Núñez y a un Barroso, de Santa Cruz de los Pinos, que se lanzaron al campo, en apoyo de López, con un grupo de patriotas, y quienes se presentaron al gobierno español después del indulto y luego huyeron a los Estados Unidos y se encontraban en Nueva York.

Por supuesto que Cantos, Díaz, Blanco, Utoa y los otros conspiradores vueltabajeros que en julio se proclamaban dispuestos a sublevarse tan pronto llegase Narciso López, nada hicieron en ese sentido; pero ahora hay que mirar a las cifras españolas, norteamericanas y cubanas acerca de los componentes de la *Expedición de la Vuelta Abajo* y de los que murieron y los que sobrevivieron, de entre ellos.

Aunque ha habido afirmaciones de que en el *Pampero* venían cuatrocientos ochenta y hasta más de quinientos expedicionarios, los datos de Schlesinger, Ellis y otros participantes de la expedición, a quienes correspondía el deber de saber con exactitud estas cuestiones, fijan el número total de los invasores, al llegar a las Playitas del Morrillo, en 434 hombres, y que dos de ellos, enfermos, regresaron a Cayo Hueso en el mismo buque, en su viaje de retorno, lo que deja reducido el rol de la columna invasora a sólo 432 hombres. La Junta de La Habana, integrada por conspiradores platónicos e irresolutos, la misma que no se atrevió siquiera a organizar un motín en la capital de la Isla mientras López y los suyos combatían en la Vuelta Abajo, publicó en el *Sun*, de Nueva York, un extenso manifiesto sobre la *Expedición de la Vuelta Abajo*, sus resultados y las causas de su fracaso. El documento, a vuelta de culpar a López porque la expedición era pequeña (y quienes así le criticaban, no le proporcionaron recursos para que fuese mayor) y porque había escogido un mal paraje para su desembarco, presentaba la compilación de las bajas de los patriotas y de los españoles. En cuanto a los primeros, según los partes oficiales españoles, ciento treinta y uno habían muerto en combate, ciento cincuenta y ocho habían sido fusilados y había doscientos setenta prisioneros, por lo que el gran total de las bajas de los patriotas llegaba a QUINIENTOS CINCUENTA Y NUEVE, o sea, ciento veinte y siete individuos más que los cuatrocientos treinta y dos desembarcados en las Playitas del Morrillo. ¿Quiénes eran esas otras víctimas de la represión española? Patriotas cubanos quienes, a pesar de todo, no obstante la irresolución de sus jefes, trataron de cumplir sus compromisos y fueron muertos, o heridos, o prisioneros(463). Ubieta, al tratar de este mismo tema, indica que los muertos en combate y los fusilados fueron 277 hombres; pero añade que hubo 120 simpatizadores fusilados, cuando pretendían unirse a López,(464) o sea, que surgió un principio de

reacción popular favorable a la expedición libertadora, aunque al mismo tiempo faltó la resolución necesaria entre los dirigentes de la conspiración platónica o contemplativa. Por supuesto que la mayoría de los muertos por encima de la cifra total de los expedicionarios fueron criollos sospechosos como desafectos al régimen colonial o que se habían lanzado a la lucha y fueron sorprendidos y aniquilados por las tropas españolas; pero no hay que descartar la posibilidad de que entre ellos se contasen también militares peninsulares. El informe de la Junta de La Habana, publicado por el *Sun*, de Nueva York, repite la versión circulante entonces de que el ejército español destacado en Cuba no mostró, sobre todo al principio de la campaña, mucho interés por pelear. En ese informe se hace constar que el brigadier Rosales, al suceder al general Enna, evitaba la lucha y se le amenazó con un consejo de guerra, a lo cual había contestado él que 17 de sus oficiales se habían escondido con el pretexto de operaciones y recorridos, y que entre los soldados no había entusiasmo por combatir y que por eso mismo Enna se había visto precisado a correr los riesgos que en el Cafetal de Frías le costaron la vida. Ubieta en la cita que acabamos de hacer, dice que los españoles tuvieron 72 muertos y 174 heridos, o 296 bajas, en total, pero esas cifras son inadmisibles si se tiene en cuenta que, solamente en Las Pozas, los españoles tuvieron más de cien muertos. El informe de la Junta de La Habana, publicado por el *Sun*, dice que los españoles perdieron 386 hombres, muertos en combate, entre ellos un general y veinte y nueve oficiales, y tuvieron 622 heridos, además de que 117 caballos quedaron inutilizados.

Los golpes que López asestó al régimen colonial con la breve campaña de Vuelta Abajo, fueron, pues, en extremo rudos. Si los que le abandonaron y luego le criticaron con diversos pretextos, hubiesen cumplido su deber, en agosto de 1851 se habría producido la Guerra de Independencia de Cuba a la que España no habría podido hacer frente y que hubiese ahorrado a Cuba, España y los propios Estados Unidos ríos de sangre y enormes cantidades de dinero, durante el resto del siglo. En una carta del agente de Narciso López, P. F. de Gournay, a Cirilo Villaverde, carta de la cual ya hemos citado varios párrafos, se le decía al autor de *Cecilia Valdés*:

> ... Su hermano Juan (el Dr. Juan Francisco Villaverde, médico), salió para el Centro (Las Villas) al mismo tiempo qe. yo me fui á la Vuelta de Abajo, para hacer un movimiento y juntarse con nosotros. No se donde está ahora pero él no ha sido preso...

Efectivamente, una carta anónima del Dr. Villaverde, publicada en el *Delta*, de Nueva Orleans, explicó después que el 9 de agosto había sabido de la salida del *Pampero* y él y sus amigos en el acto enviaron correos a caballo hacia las costas de Remedios y hasta el Norte de Bayamo, en espera del desembarco por aquellos parajes. No había sido hasta el 21 de agosto que les había llegado la noticia enviada desde Matanzas de que el *Pampero* había ido a las Playitas del Morrillo. En el caserío de Porcallo, en Camagüey, llegaron a reunirse con el Dr. Villaverde hasta 105 hombres, sesenta y dos de ellos con armas de fuego. De allí fueron a la comarca de Sancti Spíritus y el 24 de agosto por la mañana, acamparon en el valle de Santa Lucía, donde se les incorporaron diez y siete patriotas más, mal armados, y siguieron para Santa Clara, a cuyos alrededores llegaron al día siguiente, marchando de noche. Lograron allí seis reclutas más y continuó la marcha por caminos extraviados hasta Matanzas, llegando a las afueras de la ciudad al oscurecer del día 29. Fué entonces que supieron de la captura de Crittenden, la matanza de Atarés y los otros desalentadores sucesos y sin que hubiese entre ellos un dirigente con madera de caudillo, acordaron desbandarse y así lo hicieron. Muchos fueron apresados y algunos fusilados para aterrorizar a la población.([465])

Cuando López llegó a La Habana, preso y en vísperas de ser ejecutado, circulaban toda clase de calumnias en su contra, echadas a rodar con el propósito de destruirlo material y moralmente. El despotismo colonial, que no era sólo político-militar, sino también económico, religioso, etc., estaba decidido a obliterar hasta el recuerdo de Narciso López. Habían exagerado hasta lo último los extravíos de su juventud y las irregularidades de su carácter. Le habían presentado como partidario de la anexión para que no pudiese aparecer como el campeón de la independencia de Cuba, que sí lo era. En una sociedad venal, corrompida y dominada por todos los vicios imaginables, a él sólo lo destacaban como mujeriego y jugador. Entonces comenzaría el otro esfuerzo encaminado a desprestigiarlo como militar, como jefe, como valiente y como abnegado servidor de la causa de Cuba Libre. Quería el régimen colonial que en lo adelante Narciso López fuese objeto de

execración y de oprobio para los cubanos, por haber pensado en libertarlos y por haber demostrado con hechos la vulnerabilidad de la dominación española en Cuba.

Se buscaron y se encontraron dóciles instrumentos para esa campaña entre los mismos expedicionarios. Crittenden y los suyos, dominados por la desesperación y deseosos de culpar a López o a cualquiera por los que habían sido errores fatales de aquel perturbado oficial, fueron utilizados al efecto por Concha, sin que se dieran cuenta de lo que hacían; pero más tarde ya hubo quienes se prestaron a lanzar calumnias contra Narciso López y contra los cubanos, en general, a cambio de mercedes otorgadas por el gobierno colonial. El capitán J. A. Kelly, abandonado por Crittenden en la Tabla de Agua y salvado porque López esperó en Las Pozas hasta el último momento, lo que le permitió incorporarse al grueso de las fuerzas, participó de esa campaña con sus primeras declaraciones y no sólo recibió gracia de la vida, sino que también fué puesto en libertad. Luego actuó un James Sumners, de Nueva Orleans, persona que hablaba español y a quien emplearon los españoles, a partir del 24 de agosto, para difundir la oferta de indulto entre los expedicionarios que permanecían escondidos en los bosques. Libertado por orden de Concha, regresó a Nueva Orleans y publicó artículos acerca de la expedición del *Pampero* en los que llegó a acusar a López, hombre de reconocida moderación en materia de licores, de estar continuamente borracho durante la campaña de la Vuelta Abajo. (466) El peor de todos estos casos, sin embargo, fué el del teniente P. S. Van Vechten, de Nueva York, perdonado por Concha y devuelto a los Estados Unidos, donde inició una campaña periodística de mentiras y calumnias contra López y contra todos sus compañeros, campaña de la cual se hacía eco con fruición la prensa española en Cuba. La bajuna conducta de Van Vechten fué duramente calificada por el teniente coronel W. S. Haynes, el capitán Ellis y otros oficiales norteamericanos, en una controversia pública en la que el calumniador quedó muy mal parado y acusado de cobarde y de mentiroso.

Es de justicia señalar que entre los conspiradores radicados en Cuba y quienes habían quedado en entredicho, como entre los emigrados que siempre habían encontrado en Narciso López un obstáculo para llevar adelante sus planes anexionistas, también se apeló a los ataques a Narciso López para mejor disimular

la flaqueza cívica con que se habían conducido los que le habían abandonado, después de obstaculizarle de mil maneras la realización de sus planes para lanzar una vigorosa y efectiva revolución contra España. Por supuesto los españolistas formaron el coro más abyecto de elogios a España y de insultos a López.

Allá en Europa los reformistas que afectaban creer en concesiones políticas españoles y que tenían muchos motivos, hasta de índole personal, como en el caso de Saco (467), para temer el triunfo de Narciso López en Cuba, batieron palmas con el fracaso de la *Expedición de la Vuelta Abajo* y el eclipse definitivo de su caudillo. Saco había llegado a escribir que si el mar se tragaba al barco expedicionario con todos los que viajasen en él, haría un gran bien. Pasaron unos pocos meses y a las manos desacreditadas de Isabel II llegó una bajuna exposición de españolismos a ultranza firmada por veinte y cuatro cubanos radicados en Madrid. La sexta de esas firmas era la de Domingo del Monte, quien tan duro había sido con José María Heredia por parecida claudicación, y el segundo párrafo de esa exposición decía, al referirse al atentado frustrado contra Isabel II, que acababa de tener lugar:

> ... La mano sacrílega de un hombre feroz, que jamás debió pertenecer á la especie humana, quiso privarnos á los españoles de ambos mundos de una Reina idolatrada, simpática, humana i generosa...
> ... Los cubanos, Señora, son españoles fidelísimos... (468)

Eran muchos y en extremo poderosos los enemigos que Narciso López había concitado en su contra, al querer establecer una República de Cuba con base democrática, sin militarismo, sin esclavos, con una clase de pequeños terratenientes y sin privilegios. Todos ellos iban a vengarse el 1º de septiembre de 1851, de los malos ratos que habían pasado durante los tres años en que López había estado dedicado a combatir el régimen colonial español en Cuba.

7. La bárbara represión española culmina en las matanzas de Atarés y en la ejecución de Narciso López.

El vapor *Habanero*, trayendo a bordo a Crittenden y a sus compañeros apresados en Cayo Levisa, entró en el puerto de La Habana el viernes 15 de agosto, en horas de la noche, y poco

después trasbordó al medio centenar de desdichados a la fragata *Esperanza,* donde todos fueron puestos en la barra, lugar de seguridad y de tormento en el que las anillas de hierro que sujetaban las muñecas les mantenían de pie o de rodillas; pero sin que pudieran sentarse o acostarse. En esa posición comieron una galleta marinera por único alimento y se les dió un poco de agua. Hambrientos, sufriendo de sed y entumecidos los cuerpos vieron llegar la aurora del fatídico 16 de agosto de 1851. Aunque Concha, en una de sus cartas políticas al gobierno de Madrid, luego hubo de decir que el crucero *Pizarro* había intervenido en la captura de Crittenden y sus hombres y los había traído a La Habana ([469]), solamente el *Habanero* y la *Esperanza* participaron en esos sucesos.

La copia de los autos del sumarísimo proceso, el cual duró unas pocas horas, fueron enviados a la legación de España en Wáshington y Calderón de la Barca los remitió al secretario de Estado interino, J. J. Crittenden, tío de William L. Crittenden, una de las víctimas de las matanzas de Atarés, al cabo de varias semanas. ([470]) Por esos documentos podemos enterarnos de que los fiscales que actuaron fueron Pedro Pablo Cruces y Luis de la Guardia y que el procedimiento empleado fué el de interrogarlos por grupos para acelerar los trámites y producir la sentencia de muerte con la mayor rapidez posible. Consta en esos documentos que la primera declaración la hizo Anselmo Torres Hernández, de 40 años de edad, cubano y natural de Managua, condenado a muerte y ejecutado con norteamericanos, irlandeses, ingleses y alemanes, que completaban el grupo. Al despuntar el alba, conocido que no había otra sentencia sino la de muerte, varios sacerdotes católicos acudieron a ofrecer sus auxilios espirituales a los reos, algunos de los cuales profesaban esa religión.

Durante unas pocas horas había habido una cierta esperanza de que no todos los prisioneros serían ejecutados a pesar de las rigurosas medidas de exterminio imperantes. Aquello parecía demasiado monstruoso en el caso de hombres capturados cuando trataban de huir de Cuba, con la remota posibilidad de un incidente internacional y, sobre todo, con el crecido número de reos. Son varias las fuentes que alegan que Concha pensó en quintar a los condenados para disminuir el número de las víctimas, y entre esas fuentes figura el relato más circunstanciado de los sucesos del 16 de agosto, hecho por el cubano Antonio María Fajardo y cuyo original se conserva en los archivos diplomáticos de Wáshington, D.C. ([471]) El memorial de Fajardo llega a decir que Concha había dado la orden en ese sentido al teniente-rey de la plaza; pero que, hombre sin "...carácter ni voluntad propia, cedió á las insinuaciones de los que le dijeron que era preciso satisfacer las exigencias de los españoles..." Entre los anexos de una comunicación del comodoro Parker al Departamento de Estado, sobre los sucesos del 16 de agosto de 1851, también se dice que Concha quiso fusilar a diez y ocho de los presos, solamente; pero que después decidió el completo exterminio del grupo ([472]), conforme a la sentencia que en pocos minutos de actuación dictó el consejo de guerra.

A las siete de la mañana, notificado el fallo, se concedió una hora a los reos para que escribiesen a sus familiares y amigos; pero el traductor de la Capitanía General iba leyendo las cartas, a medida que aquellos desdichados las entregaban, y sólo se daba libre curso a las que criticaban a López, a los cubanos o a la expedición, y las que no estaban concebidas en esos términos eran retenidas. En el estado de ánimo en que se encontraban las víctimas, no es de extrañar que hubiese cartas de amargas censuras, que llegaban a las más duras injusticias, como las de Crittenden al Dr. Hensley, de Nueva Orleans, y a su tío, el secretario interino de Estado, J. J. Crittenden, ambas de acuerdo con el odio que había llegado a sentir contra Narciso López, al creerse postergado.

A medida que avanzaba la mañana se hizo evidente que no había esperanza de salvación para aquellos infelices y que todos perecerían. Concha se amparaba, muy principalmente, en la proclama y las declaraciones del Presidente Fillmore, que señalaban como fuera de la ley internacional e indignos de la protección de los Estados Unidos a los expedicionarios "...no matter to what extremities they may be reduced in consequence of their illegal conduct..." (textual). La corbeta norteamericana *Albany,* que había intervenido en otros incidentes entre los Estados Unidos y España con motivo de las expediciones de López, estaba fondeada en la bahía de La Habana, bastante cerca del Arsenal y en la ruta que conducía a la playa tras la cual se extendía la explanada cercana al castillo de Atarés; pero su capitán, oficiales y tripulación tenían las órdenes más estrictas de

a las siete y media de la noche del mismo día 4 de septiembre. La versión que conocemos acerca de lo tratado en la entrevista es la que dejó el comodoro Parker. Según ella, Concha le dijo que lamentaba haberse visto precisado a ordenar los fusilamientos de Atarés; porque se trataba de un escarmiento necesario en unas personas de quienes el propio Presidente Fillmore, en su proclama, había calificado como piratas, y que había dado a los reos tiempo para que escribiesen a sus familiares. Finalmente, como para que no quedase duda alguna en el ánimo del marino norteamericano sobre la humillante posición a la cual le relegaban, Concha le negó el permiso para ver a sus compatriotas presos, aunque el capitán Platt y otros sí lo habían hecho, y agregó que los informes que acababa de darle se los suministraba por mera cortesía y sin obligación alguna para ello, pues no le reconocía carácter oficial alguno para tales preguntas (476).

El comodoro Parker intentó, por su cuenta, reunir algunos informes fidedignos de lo ocurrido el 16 de agosto y en un escrito del 12 de septiembre, que envió al secretario de Estado, Daniel Webster, (477) le dijo que no había podido encontrar un solo ciudadano norteamericano que hubiese presenciado las matanzas de Atarés, cosa bastante improbable; pero que había logrado testimonios de cubanos y de súbditos ingleses, que describían aquellos sucesos. Días más tarde el comodoro Parker volvió a escribir a Webster y le relató que, a su paso por La Habana, el ministro de los Estados Unidos en México, Robert P. Letcher, había visitado al Capitán General Concha, a quien había dicho que el gobierno de los Estados Unidos lamentaba los motines antiespañoles de Nueva Orleans. Concha entonces le preguntó si ésa era una declaración oficial, que hacía autorizado para ello, y Letcher dijo que no, que era su impresión personal, y que por esa aclaración no habían sido libertados diez y siete prisioneros norteamericanos que estaban en turno para recibir esa gracia. Con esta carta Parker remitió los testimonios de dos ingleses y de tres cubanos "de respetabilidad garantizada", sobre las matanzas de Atarés y la profanación de los cadáveres de las víctimas. En estos testimonios se dice que los fusilados lo fueron en grupos de diez u once y que los tiradores empezaban a disparar contra los extremos de la fila, por lo que el último en caer era el reo que estaba en el centro. También aparece en estos documentos la versión de que Crittenden fué fusilado aparte, antes del tercer grupo, a petición suya, y que le

escupió la cara a un oficial español que le había dado un planazo. Los testimonios enviados por Parker confirmaban en todo y por todo las noticias acerca de la profanación de los cadáveres de las víctimas. De esos testimonios el más completo es el de Antonio María Fajardo, que reproducimos en nota aparte (478).

Pudiera alguien pretender que el hecho de que Fajardo era uno de los más prominentes conspiradores habaneros influyese en su informe, hasta hacerlo tendencioso; pero el alférez William May, U. S. Navy, al escribir a su hermano, el Dr. Frederick May, de Wáshington, D. C., le informó del resultado de las pesquisas hechas en La Habana, donde se encontraba como miembro de la tripulación de la fragata *Saranac*, sobre los sucesos del 16 de agosto de 1851. En ese informe decía el alférez May que los prisiones, una vez fusilados...

> ... fueron mutilados, arrastrados por los pies y ultrajados de una manera que habría escandalizado a nuestros indios salvajes. Orejas, dedos, pedazos de cráneos, etc., fueron llevados para ser exhibidos y los colgaron o los clavaron en los lugares públicos...
>
> Crittenden, uno de los últimos en dejar el bote para saltar a tierra, estaba entumecido y se movía con lentitud; se le ordenó que apresurase el paso y se le golpeó brutalmente en la cara, unos dicen que con una espada, mientras que otros y un testigo presencial así me lo dijo, afirman que fué con la mano; acogotado y amarrado; pero no sometido, Crittenden rechinó los dientes y le escupió la cara al perro cobarde español que le había golpeado.
>
> Fueron llevados a morir en grupos de a diez y cuando las balas no completaban su misión, se les remató con las culatas de los fusiles. Uno de estos desdichados quedó ligeramente herido, se levantó y salió de entre los cadáveres; pero así mismo lo despacharon. Sin excepción caminaron hasta el lugar del suplicio, con paso firme, y con los ojos abiertos recibieron la muerte. Mientras la muchedumbre inhumana se burlaba de ellos, les escupía y les golpeaba, despreciativamente mantuvieron la cabeza en alto y frustraron las esperanzas de sus verdugos para que se mostrasen atemorizados. Crittenden fué como el vigésimo de los fusilados y se les llevó solo ante los fusiles. Si se arrodilló, fue obligado a ello, pero cuando daba la voz de mando para disparar, que fué el único privilegio que se le concedió, trató de volverse de frente al piquete, como debe morir un verdadero soldado, y la parte superior del cráneo le fué literalmente arrancada por la descarga.
>
> Diez de los cuerpos fueron colocados en cajas mortuorias, el resto, o lo que quedó de ellos, fueron arrojados en una fosa común. Y así murieron estos valientes, unos ante los ojos de los otros, sin una persona amiga que suavizara sus últimos momentos, que dijese una palabra amable, o que recibiese un mensaje postrero... (479) (Traducción de H. P. V.)

permanecer impasibles ante todas las provocaciones de los españoles.

Como a las 10 de la mañana fueron sacados de la barra de la fragata *Esperanza* los cincuenta reos y, amarrados de dos en dos, se les trasladó al remolcador de vapor *Jor*, que hacía la travesía entre Regla y La Habana y en el que ya había una escolta de ciento ochenta soldados, bien armados. El *Jor*, con su triste cargamento, recorrió la bahía hacia el litoral de Atarés, a unos cables de distancia de la *Albany*, sin otro consuelo para ellos que ver a lo lejos la bandera de las barras y de las estrellas cuando iban a morir. Al llegar a la playa el remolcador no pudo atracar porque corría peligro de vararse, y hubo un nuevo trasbordo, esta vez a una lancha, pero; ¡en qué condiciones! Cada uno de los reos, los brazos atados a la espalda, de un empujón era arrojado desde la amura del remolcador hacia la lancha, cayendo como podía en ella con la ayuda que quisieran dar los marinos y soldados españoles que allí estaban. Una vez en tierra aquellos desdichados fueron llevados al cuadro formado por dos mil hombres de tropa en la explanada al terminar la cual se alzaba la ladera de la loma de Soto, coronada por el castillo de Atarés. Era día de fiesta para los más intransigentes elementos del coloniaje cuyas pasiones habían sido excitadas hasta el rojo vivo durante varios días, y allí se habían dado cita comerciantes, empleados, marineros, carretoneros, salvaguardias, etc., de entre los españoles, y mucho pueblo bajo, de los ignorantes, viciosos y desmoralizados que formaban un grupo numeroso de la sociedad colonial y que carecían de sentimientos cubanos. La chiquillería desordenada y escandalosa había ido allí, también, desde el último rincón de La Habana, porque el terrible espectáculo se quería que fuese un saludable escarmiento y la propaganda oficial había funcionado a ese efecto. Uno de los relatos contemporáneos dijo:

> ... Créese que presenciaron este sangriento espectáculo, por la parte de tierra, sobre 10,000 personas, y por la parte del mar, en unas 300 embarcaciones menores, fletadas á buen precio, de 700 á 800, casi todos españoles y gentes de color... (473)

Hay distintas versiones acerca del curso de los fusilamientos y de los incidentes que les caracterizaron. El informe oficial español entregado por Calderón de la Barca al secretario interino de Estado, J. J. Crittenden, dice que los reos fueron fusilados

en dos grupos de a trece cada uno, y dos de a doce cada uno, sin incidente alguno, y que los cadáveres fueron enterrados en el Cementerio de Espada y que no ocurrieron actos de profanación y de escándalo (474). El capitán Charles Platt, de la corbeta *Albany*, impasible testigo presencial de los sucesos del 16 de agosto; pero furibundo enemigo de las expediciones de López, permaneció extrañamente silencioso en lo referente al horrendo espectáculo de las matanzas de Atarés. Cuando en esos días los españoles de La Habana acusaron a la *Albany* y a la *Vixen*, de colaborar con los expedicionerios, el marino norteamericano sí se interesó en aclarar que eso no era cierto y escribió el mismo día 16 una carta al Capitán General Concha para negar la acusación de que la *Albany* y la *Vixen* hubiesen tenido

> ...colusión con las bandas piráticas y sin ley que recientemente han hecho un desembarco hostil en Cuba y, sintiendo de modo muy profundo tal imputación en lo que afecta al honor de la bandera norteamericana, respetuosamente deseo preguntar a V.E. si alguna acusación de esa clase ha recibido crédito por parte de personas merecedoras de respeto... (Traducción de H. P. V.) (475)

¡Extraños escrúpulos los del capitán Platt en cuanto a la imputación de que él hubiese colaborado con los invasores de 1851! ¡Singular actitud de colaboración con el sanguinario despotismo imperante en Cuba, al calificar de piratas, fuera de la ley, a sus propios compatriotas, llevados al matadero ante sus propios ojos sin que él osase siquiera pedir el más elemental respeto por los cadáveres de aquellos desdichados! ¡Sin duda que el capitán Charles Platt, U. S. Navy, no era de la misma fibra que aquel Sir Lambton Lorraine, de la marina de guerra británica, cuya enérgica actuación impidió que continuasen los fusilamientos de los expedicionarios del *Virginius*, años después!

El comodoro Foxhall A. Parker, U. S. Navy, a bordo de la fragata *Saranac*, no llegó a La Habana hasta el 4 de septiembre, después de dar tiempo a los españoles para que liquidasen lo relacionado con la *Expedición de la Vuelta Abajo*. Por su graduación y por instrucciones al efecto recibidas, el comodoro Parker tenía una especie de misión oficial para averiguar lo ocurrido el 16 de agosto y para ayudar a los norteamericanos sobrevivientes del desastre, que estaban presos, a virtud de una orden del Presidente Fillmore, fechada a 23 de agosto. A su llegada pidió entrevistarse con Concha y éste le recibió en su despacho

Este testimonio corrobora el de Fajardo y tiene mucho valor para la comprobación de lo ocurrido cuando las matanzas de Atarés; pero hay que agregar el comentario adecuado de que todo eso ocurría porque el gobierno de Fillmore se oponía a la Revolución Cubana y calificaba de piratas a quienes luchaban por la independencia de Cuba y los declaraba fuera de la ley. En cuanto a la persona amiga que endulzara los últimos momentos de las pobres víctimas del despotismo español que los Estados Unidos ayudaban a mantener, a corta distancia del lugar de los fusilamientos estaba la corbeta *Albany*, capitán Platt, sin atreverse su comandante o sus marinos a mostrar el menor interés por la triste suerte de sus compatriotas. El cónsul de los Estados Unidos, Allen F. Owen al servicio del despotismo español, como también lo estaba su jefe, Daniel Webster, ni siquiera se acercó a aquellos desdichados.

El relato publicado por *La Verdad*, de Nueva York, sobre las matanzas de Atarés, que ya hemos citado, contiene otros detalles horrendos y dice que, al terminarse los fusilamientos...

> ... el populacho español europeo rompió el cuadro de las tropas, que no ofrecieron resistencia, y cual hienas hambrientas, alzando feroz algazara, se avalanzó sobre los humeantes cadáveres. Esta escena pareció mas de fieras que de hombres. Les arrancaron y despedazaron los vestidos, pateáronles en el rostro a los que el rostro les habian dejado las balas, cortáronles las orejas, los dedos, hasta las partes pudendas del cuerpo; unos recogieron del suelo porciones de los sesos, otros pedazos de cráneos, otros jirones de vestidos ensangrentados; quienes, botas; quienes, cachuchas ó gorras; y cuando saciaron su bestial ferozidad, aquellas fieras en figura humana, divididas en partidas de 400 y 500, se esparcieron en toda la ciudad y barrios estramuros .....
>
> La embriaguez por sí sola basta para transformar al hombre y los españoles el 16 de Agosto estaban doblemente borrachos, primero de licor y luego de saña, en parte satisfecha... Y no se diga que sola la hez, ó la canalla, se vió en las calles, tinta de sangre y de vino, no; porque muchos de los españoles acaudalados de la ciudad, muchos de los que han pasado del mostrador al escritorio, que no se cuentan por canalla, sábese de positivo que hicieron cabeza en las tumultuosas procesiones de borrachos y ostentaron en los parajes mas públicos sin ningun empacho, quien un dedo, quien una oreja, quien un pañuelo empapado en sangre americana, llevando los primeros fijos al ojal de la casaca, como una decoración que les hacia mucho honor, y este á guisa de bandera, atado al estremo de un baston.
>
> El general Concha dispuso que los agentes funerarios cediesen catorce carros y se encargaran de transportar los cadaveres mutilados de las faldas de Atares al cementerio general en el estremo opuesto de la poblacion estramuros. El camino que siguió el cortejo una vez cargado, fué el de la Calzada del Monte, á tomar la de Belazcoain hasta salir á la de San Lázaro, que conduce al comenterio (de Espada). Tras él siguió la procesion mas numerosa y horrible de las que se formaron en aquel dia, compuesta de lo mas soez y brutal que encierra la Habana en españoles y gentes de color. Unos iban a caballo, otros a pie, dando alaridos, tirando al aire este la bota, aquel la cachucha ó gorra, esotro el jiron del vestido que habia arrancado de las victimas y le servia de estandarte. Los carros no cesaban de andar, aunque á paso lento, por cuyo motivo la procesion hacia alto en todas las tabernas, bebia cada cual á su satisfaccion, alzaba la multitud en ronca voz el salvaje grito de: ¡Viva la Reina! ¡Viva España! ¡Mueran los yankees! ¡Mueran los filibusteros! y volvia á emprender la marcha y alcanzar los carros. Dos capatazes de las cuadrillas de carretones, montados en mulas, con la bandera española enastada en una larga vara, recorrian frenéticos de un estremo á otro la procesion, actuando como bastoneros y dando gritos de vivas desaforados.
>
> A las puertas del cementerio (de Espada), el populacho se avalanzó á los carros, no hay duda con la intencion de sacar de ellos los cadáveres y llevarlos arrastrando hasta las fosas que se habian abierto para darles sepultura. Pero este nuevo ultraje solo pudo impedirlo la serenidad del cura. Sin intimidarse por los ahullidos de la canalla se acercó al oficial de la tropa, que custodiaba los carros y en alta voz le recordó su deber como militar, como caballero y como cristiano. Colocada la tropa, con arma preparada entre el populacho y los 49 cadaveres, estos pudieron recibir sepultura sin mas indignidad de parte de unos hombres que por lo mismo que tan ferozes se mostraban viéndolos sin vida, hubieran huido desalentados de su presencia, si por un milagro Dios los hubiera resucitado en aquel momento.
>
> Satisfecha la saña de la plebe al ver que los obgetos principales de su odio quedaban bajo el palio de la religion, se esparció por la ciudad y descargó el resto de su furor sobre los vivos. El criollo, el estrangero ó el individuo que no tomó parte ninguna en la salvaje alegria de la multitud y tuvo la desgracia de tropezar con alguna de las partidas de frenéticos que recorrian las calles, de seguro que recibió mil insultos y escapó con la vida encerrándose en su casa, como lo habia hecho desde temprano la mayoria inmensa de la poblacion criolla y estrangera...
>
> En el puerto se observaba el mismo desórden, el mismo escandalo. Las embarcaciones menores, coronadas de gente que asistia al feroz espectaculo, asi que este se concluyó, se esparcieron por todas partes con los mismos alaridos y las mismas demostraciones de salvaje alegria que los canibales de la ciudad. Los oficiales y tripulacion de la corbeta Americana de guerra **Albany**, que se hallaba fondeada á poca distancia del lugar de la ejecución, fueron los primeros con quienes dieron los de los botes y guadaños, y al pasar por los costados del buque gritaron: ¡Mueran los yankees! ¡Viva España! y alejandose hacian demostraciones indecentes al Comandante Platt y otros oficiales, que se paseaban á

popa sobre cubierta. Iguales insultos y gritos infamantes recibieron las tripulaciones de los buques americanos o estrangeros mercantes, que se encontraban al paso de la canalla, por lo cual el general Concha hizo comunicar la órden á todos los capitanes de los buques estrangeros: "Que no permitiesen saltar á tierra ningun hombre de sus tripulaciones porque él no se hacia responsable de las desgracias que pudiera ocasionar la presencia de un marinero estrangero en las calles".

La noche vino á cubrir con su negro manto aquella gran escena de sacrílego escándalo, de infamia, de salvaje alegria y de horror. La parte española europea de la poblacion culta y moderada de La Habana habia dado por doce horas seguidas rienda suelta a sus pasiones mas feroces y brutales, hasta entónces nunca vistas de la generacion actual en tierra de Cuba; y cuando llegó la noche, mas cansada que satisfecha, halló en el sueño, bendicion del Cielo, no negada a ningun mortal por alta merced de la Providencia, no solo el descanso del cuerpo y la restauracion de las fuerzas vitales agotadas, sino la vuelta de la razon, distintiva entre el hombre y el bruto, que del todo se habia perdido en el memorable 16 de Agosto de 1851 (480).

Cremos haber dejado demostrado, sin dejar lugar a dudas que, efectivamente, pese a las disculpas del Capitán General Concha y a lo publicado por la prensa españolista de la época, las matanzas de Atarés culminaron en desórdenes espantosos de profanación de cadáveres, que quedaron impunes y hasta se cometieron por la tolerancia oficial, la cual así comenzaba a dar a los funestos voluntarios españoles las facultades extraordinarias para asaltar, injuriar, maltratar y matar, que tantas veces emplearían después aquellos desalmados para manchar el nombre de España como nación civilizada. Fueron tales los horrores de aquel día de espanto, que el poeta Juan Clemente Zenea abandonó los acentos elegíacos y suaves de su lira para escribir la vigorosa condenación de aquellos sucesos en la silva dedicada al 16 de agosto, de la que son los memorables versos:

. . . . . .
¡Horror! ¡horror! Del héroe moribundo
en los santos despojos
halló placer la turba embrutecida,
y yo entretanto, en mi dolor profundo,
con ambas manos me cubrí los ojos
y ansié en mi angustia abandonar el mundo
y en otro mundo redimir la vida!
Allí se disputaban los malvados
el robo vil sobre el cadáver frío,
y pagaban con risa de desprecio
de la víctima inerme los clamores;

y allí desordenados
a las reliquias señalaron precio,
y las prendas de amores
sirvieron de juguete a los soldados
Allí el retrato del amigo amante,
el blondo rizo de una niña hermosa
con el rizo flotante
de una madre llorosa;
allí el anillo que en la vez postrera
gimiendo dió la prometida esposa:
todo lo roba con descaro y saña
la chusma imbécil que en mostrar se esmera
la ilustración y la piedad de España
. . . . . (481)

¿Cuál fué la actitud de aquel funcionario consular norteamericano en La Habana, Mr. Owen, hechura de Fillmore y de Webster, quien había iniciado su gestión para ayudar al despotismo español en Cuba antes de partir para La Habana, cuando actuó como espía y delator de los expedicionarios del *Cleopatra*, según destacamos en otro lugar de esta obra? La que correspondía a un hombre de sus antecedentes y con las instrucciones que tenía de su gobierno. Mientras los presos de la *Expedición de la Vuelta Abajo* no tenían sino elogios y expresiones de gratitud para William Sydney, vicecónsul británico en La Habana, por sus atenciones y por su digna actitud, así como para el norteamericano John S. Thrasher, el director de *El Faro Industrial*, de La Habana quien lo arriesgó todo, y lo perdió, por ayudarles, las críticas y los ataques al cónsul Owen por su negligencia y por su sumisión al régimen colonial español, fueron durísimas, con toda justicia. La prensa norteamericana se hizo eco de esas críticas y de esos ataques, que tuvieron espacio destacado hasta en las páginas del influyente diario *The Republic*, de Wáshington, D.C., en su edición de agosto 28 de 1851. Al director del *Republic* escribió una carta Mr. Owen y en ella trataba de justificarse diciendo que él vivía a cuatro millas de La Habana y que cuando llegó a sus oficinas, después de las diez de la mañana, ya se habían ejecutado los fusilamientos y la población estaba muy tranquila. A esto agregaba que la colonia norteamericana de La Habana le había visitado para protestar de su pasividad y de que nada había hecho por Crittenden y sus compañeros; pero que él se conformaba con la opinión que tenía y que Concha le había ratificado, al

efecto de que las ejecuciones no se habrían pospuesto para que él hablase con los presos.(482) Ese mismo día, en un informe a Webster, su digno jefe, el cónsul Owen, le decía que los norteamericanos eran muy bien tratados en Cuba y no había por qué preocuparse con hablillas y rumores sin fundamento.(483) Owen no se detuvo ahí sino que, al día siguiente, escribió al propio Presidente Fillmore para exculparse de la tacha de indiferente que se le hacía y para acusar a la colonia norteamericana de La Habana de estar integrada por gentes de baja estofa y fugitivos de la justicia.(484)

Fillmore y Webster, sin embargo, a pesar de sus simpatías por Calderón de la Barca, veían que las cosas habían ido demasiado lejos con la represión en La Habana. El secretario de Estado no tardaría en recibir una carta del norteamericano James Wilson, vecino de La Habana, en la que se confirmaban todos los detalles de los maltratos a Crittenden y a sus compañeros y de la profanación de sus cadáveres, con otros horrores cometidos, y se le decía que Crittenden no había querido arrodillarse, le dieron un tajo en las piernas, a ellas le dispararon los primeros tiros y hasta le dieron un culatazo de fusil en el cráneo para hacerle caer de rodillas. Wilson acusaba al cónsul Owen de pusilánime, de mal hombre y de mal funcionario.(485)

El 1° de septiembre la cancillería de Wáshington, asustada por la reacción de la opinión pública norteamericana ante las matanzas de Atarés, ya le había reprochado a Owen su negligencia y le había exigido una explicación; pero Owen se escudaba en que Concha no habría tolerado interferencia alguna por su parte y en que Crittenden y los suyos no habían querido tener nada que ver con él.(486) La indigna conducta de Owen como soplón al servicio de Concha para bienquistarse con él se demuestra con la delación que hizo el 22 de agosto, al recibir carta de un James G. Bancroft sobre que el *Pampero* estaba en St. Marks. Fla., e iría a Dry Tortugas para embarcar expedicionarios. Como informó Owen al State Department, en el acto había ido a ver al verdugo de sus propios compatriotas, con la carta de Bancroft, para informarle de todo,(487) seis días después de las matanzas de Atarés. Así se explica que Concha elogiase la conducta sumisa de Owen y del capitán Platt cuando aquellos teribles sucesos. Del primero hubo de decir que había observado

> ... una conducta de dignidad y decoro que nada ha dejado que desear. Para que el Gobierno de S.M. pueda apreciarla debidamente V.E. me permitirá que le reseñe algunos de los particulares más notables... que... han dado á conocer la lealtad y honradez de sus sentimientos y el respeto que le merecen los sagrados principios del derecho de gentes en que descansa la conservacion de la existencia de las naciones. En la noche del 15 del corriente fueron conducidos a éste puerto...50 prisioneros pertenecientes á la gavilla del traidor don Narciso Lopez, á los cuales capturó en los momentos de su huida el Excmo. Sr. Comandante general de Marina. La ejecución de su fusilamiento debia verificarse, como se verificó, en la mañana del siguiente dia, y en vano algunos americanos residentes en esta trataron de interponer con el Gobierno en favor de ellos el respeto y consideracion del repetido agente comercial. Con la mayor dignidad rechazo éste semejante propuesta, contestando que segun la solemne declaracion del Presidente de la Union, habian perdido el caracter de nacionalidad en el momento de lanzarse á una empresa pirática, *y esto mismo me manifestó personalmente cuando despues de haberse llevado a cabo el severo castigo que la Habana entera presenció..., se me presentó en la noche del espresado dia 16 á poner en mi conocimiento las noticias de un nuevo procsimo desembarco que se le habia comunicado, á fin de que mi autoridad adoptase las precauciones conducentes de seguridad.* Esto en cuanto al Sr. Owen... (488)

En este mismo despacho Concha dedica otros elogios al capitán Platt por haber contemplado impasible los horrores del 16 de agosto de 1851, y por haberse tragado los insultos y amenazas de que fué objeto; pero también por haber aconsejado a los marinos mercantes norteamericanos cuyos barcos estaban fondeados en La Habana a la sazón, que se sometiesen a las mismas indignidades.

Sin embargo, lo de Owen resultó demasiado para la obsequiosa política de Fillmore y Webster, y el 25 de noviembre de 1851, sin siquiera haberle notificado que quedaba relevado del cargo en que tan indignamente se había comportado, el Departamento de Estado ya había nombrado a William L. Sharkey como nuevo cónsul de los Estados Unidos en La Habana.

Las matanzas de Atarés, además, determinaron numerosos y violentos actos de hostilidad a España en los Estados Unidos, principalmente en Nueva Orleans y en Cayo Hueso. El 21 de agosto llegó a la primera de esas ciudades, a bordo del *Empire City*, un agente del cónsul español Laborde, portador de las cartas escritas por Crittenden y sus compañeros, con instrucciones de entregarlas a los destinatarios o ponerlas al correo. Al circular la noticia de los fusilamientos y de los horrores perpetrados a los

cadáveres de las víctimas, surgió un incidente en la cigarrería de un español apellidado González, en la esquina de las calles Gravier y St. Charles, cuando el González salió cuchillo en mano a desafiar a quienes criticaban a España. La multitud le hizo huir, asaltó su establecimiento y se dirigió al consulado español, en la esquina de las calles Bourbon y St. Louis, y lo saqueó, después de lo cual hubo otras violencias antiespañolas, aunque sin derramamiento de sangre. Correspondió a J. J. Crittenden, el tío de William L. Crittenden, como secretario interino de Estado, recibir la insolente nota de protesta y reclamación del gobierno español por los sucesos de Nueva Orleans,(489) y el Presidente Fillmore, Webster y Crittenden decidieron dar las más cumplidas satisfacciones a España a pesar de que la simple lectura de los libros copiadores de cartas del consulado saqueado(490) habría dado ocasión para que los Estados Unidos hubiesen planteado, a su vez, con todo derecho, su propia reclamación a España, por los insultos y calumnias de aquel perverso personaje que era José I. Laborde. Este se dió el gusto de regresar a Nueva Orleans el 9 de febrero de 1852, a bordo del crucero español *Colón*, saludados él y el pabellón de España con treinta y un cañonazos de desagravio disparados por la batería del ejército de los Estados Unidos al mando del general Twiggs. España, pues, por la torpe política del Presidente Fillmore y de Webster contra la Revolución Cubana, no sólo dejaba vigente los insultos de Laborde contra los Estados Unidos y lograba que quedasen impunes los horrores de Atarés, sino que, además, tenía la satisfacción de que los Estados Unidos le diesen disculpas y honrasen su bandera y un funcionario consular que por escrito había acumulado las peores calumnias contra los Estados Unidos.

Ya terminando este capítulo queda por relatar lo que se refiere a la ejecución de Narciso López, hecho que consolidó la dominación española en Cuba por casi medio siglo más, ya que en la época de Narciso López, con un poco de lealtad, de cooperación y de resolución por parte de los cubanos, habría quedado destruído el régimen colonial y se habría alcanzado la independencia sin los enormes sacrificios de vidas y de haciendas que fué preciso hacer, de 1851 a 1898.

La llegada de Narciso López, preso, a La Habana, fué saludada con extraordinario regocijo por parte de los españoles, desde el Capitán General hasta el último hortera o marinero re-

cién llegado de la Península, todos ellos formando parte del engranaje de la dominación española en Cuba. Todos ellos sabían que había caído en su poder el único enemigo que habría podido derrotarles, el único con popularidad, experiencia militar y espíritu resuelto, entre todos los que desde 1808 habían tratado de sacudir el yugo metropolitano. Sin él, sólo había abogados, médicos, escritores, maestros, hacendados, campesinos, etc., quienes se dedicaban a hablar de la libertad e independencia de Cuba y a detestar la dominación española; pero sus conspiraciones no habían pasado de ahí. José Gutiérrez de la Concha, el implacable procónsul español, había nacido en América, como Narciso López, y había sido edecán de este último y en alguna ocasión participó de los cuartelazos típicos de España y hasta es fama que llegó a conspirar con Pintó contra la dominación española en Cuba; pero en aquel momento iba a actuar de manera inexorable contra el que había sido su jefe, amigo y protector, ya que el papel que le correspondía era el de defensor del coloniaje contra el único caudillo revolucionario que hasta entonces lo había hecho temblar, el que había demostrado con hechos que era posible desembarcar en Cuba con expediciones armadas y derrotar a las tropas coloniales. Narciso López, vivo, era una perenne amenaza para la dominación española en Cuba. Estaba ampliamente demostrado que no era posible sobornarle, amedrantarle o desorientarle para que abandonase sus propósitos de libertad a Cuba. Sí era posible calumniarle y desacreditarle al querer reducir al campeón de la independencia de Cuba, combatido por los anexionistas de los Estados Unidos y de Cuba, a la condición de instrumento del anexionismo, aunque con ello se faltase a la verdad y a la justicia históricas. De eso se encargaría la propaganda oficial española de la época que, en su terror, se revolvía contra el adalid que la había hecho temblar; pero la campaña de las mentiras, así iniciada, la aceptarían historiadores norteamericanos, españoles y ¡hasta cubanos en nuestros días!, a quienes les ha resultado más fácil conformarse con las versiones circulantes, que hacer investigaciones serias para llegar a la verdad.

A principios de mayo Concha había detenido en La Habana a Maximilian Galody, uno de los agentes secretos de López, sin que lograse encontrarle encima pruebas de su culpabilidad; pero conversó con él y le dijo, antes de ordenar su reembarque, según anota Villaverde en su *Diario* (mayo 9, 1851):

> ... El Gral Lopez es un valiente po. hombre sin seso que á una brillante posicion preferia hacer leones, de perros...

También anotó Villaverde en su *Diario* (junio 5, 1851) que al pronunciarse él por la muerte de Concha, aún antes del desembarco, López había contestado:

> ... sentiria q. mataran á Concha porque lo quiero i es un buen muchacho...

Estas ideas de López, características de sus sentimientos humanitarios, no eran reciprocadas por su antiguo subordinado para quien la muerte de López, y una muerte infamante, venía a ser el punto cardinal de su política en Cuba. Al igual que los demás españoles, Concha había llegado a la conclusión que todavía hoy no ha penetrado en las cabezas de ciertos improvisados historiadores, cual es la de que Narciso López, ERA, EL, POR SI MISMO, la Revolución Cubana, y siguió siéndolo ante los fracasos y la resolución de sus sucesores, hasta que entró en acción Carlos Manuel de Céspedes.

Hombre tan temido y de tantas hazañas, capaz todavía de cualquier sorpresa, como era Narciso López, no era posible que los españoles olvidasen una sola precaución para evitar que escapase con vida al fracaso de la *Expedición de la Vuelta Abajo*. El 31 de agosto de 1851, mientras se ponían colgaduras y banderas en los edificios públicos y en los comercios y las residencias de los españoles, se concentraban tropas en La Habana y se adoptaban disposiciones extraordinarias de la policía para frustrar cualquiera tentativa de liberar al preso o de impedir su ejecución. Detallada como es la información acerca de López, desde Guanajay y hasta su llegada a La Habana, los archivos de Cuba contienen datos muy poco precisos en cuanto a las horas que el caudillo pasó en la capital antes de su ejecución, sin duda porque los documentos respectivos fueron llevados a España, con otros muchos, al terminarse la dominación española en esta Isla.

Narciso López tenía en su contra una sentencia de muerte dictada el 23 de abril de 1849 por el consejo de guerra que entendió en lo relacionado con la *Conspiración de Trinidad*. Su suerte, pues, estaba decidida de antemano y le correspondía la pena capital por esa sentencia y por sus subsiguientes actividades revolucionarias, muy especialmente por la toma de Cárdenas y por

la *Expedición de la Vuelta Abajo*, que habían sacudido hasta sus cimientos al régimen colonial español en Cuba y habían aumentado la saña de sus antiguos compañeros de armas contra él. Por su condición de militar con más de treinta años de servicios distinguidos y que le habían llevado a los más altos grados del ejército español, así como por la sentencia del 23 de abril de 1849, le correspondía la muerte del soldado, frente al pelotón de fusilamiento; pero le fué negada para humillarle en todo lo posible y para amargarle sus últimos momentos. Sabedor de que le esperaba la muerte, trató de que ésta fuese mediante el fusilamiento; pero Concha no las tenía todas consigo, tampoco, ante la posibilidad de que López, con su ascendiente sobre los soldados y sobre el pueblo, en el instante decisivo, hubiese apelado a algún recurso desesperado para interferir con la ejecución. De ahí que se decidiese aplicarle la pena de muerte en garrote vil, como al último de los criminales, y a manos de un verdugo del cual no se podía esperar sino la más ciega obediencia a las órdenes recibidas. Asombrado y visiblemente molesto ante la humillación y el ensañamiento, reclamó el fusilamiento en vez del garrote sin que se le complaciese, y ante la reiterada negativa se conformó diciendo: "Para el que tiene la conciencia limpia, lo mismo es morir en garrote vil, que de fiebre inflamatoria", y sonrió despreciativamente ante el bajuno recurso del gobierno colonial.(491)

Concha había dispuesto que, sobre la marcha, con vista de la sentencia ya dictada y ratificada, un consejo de guerra dispusiese el cumplimiento del fallo y agotase todos los trámites de rigor. Correspondió al entonces coronel Francisco de Albear y Lara, el célebre constructor del Acueducto de La Habana, subordinado que había sido de López en España, cuando la Guerra Carlista, el trámite del postrero interrogatorio y descargos de López, si los había. Con amplias facultades otorgadas por Concha para que diese cumplimiento a su misión, el coronel Albear fué a realizar la diligencia que se le había encomendado y que Rodríguez Morejón dice que fué practicada en la fortaleza de La Cabaña. La descripción hecha por el brigadier Albear y luego publicada por Rodríguez Morejón, de los primeros momentos de la entrevista, debe ser reproducida. Dice así:

> ... Una vez abierta la reja me hallé enfrente de aquel hombre grande, corpulento y robusto, de rostro expresivo y de mirada fogosa y refulgente, revelando ambos inmediatamente la intrepidez y el valor...

> Estaba sentado y hasta medio acostado en el suelo; los pies, rodeados de argollas, estaban ligados a unas gruesas cadenas que se desprendían del muro de la prisión. Se levantó con dificultad y me dijo que estaba a mi disposición. Le pregunté si de momento algo podía hacer en su favor y si se sentía en aptitud de prestarse a la conferencia y declaración. Me dijo: "Cuando me prendieron, los perros que lanzaron contra mí, me mordieron violentamente en los jarretes; sufro de estas heridas y las argollas me molestan mucho. Agradecería a usted, si fuera posible, que me las quitaran... (492)

El coronel Albear no estaba dominado por las bajas pasiones que influían sobre Concha y sus secuaces, y reclamó del gobernador de La Cabaña, dice Rodríguez Morejón, que fuesen curadas las heridas del preso quien tenía, además, otra en un hombro, que le quitasen las cadenas y que se redujese al mínimo el número de centinelas que le acosaban. No sin dificultad y, haciendo valer las facultades que le habían sido conferidas, fué que el fiscal militar logró que se cumpliese lo que él reclamaba, después de lo cual, sentados uno frente al otro, Albear y López, se tomó la declaración y se firmó el acta correspondiente.

Cumplido el trámite, cuando iba a retirarse el fiscal militar, agrega Rodríguez Morejón en su artículo, Narciso López preguntó a Albear si podía hacerle un último favor, y a la respuesta afirmativa, le pidió que le llevase una carta suya al Capitán General Concha. Albear no pudo menos de vacilar porque una de las consignas recibidas de Concha era, precisamente, la de que no se hiciese portador de escrito o mensaje alguno para él. Sin embargo, por su hidalguía, por lo que López había representado y por la triste condición en que le dejaba, optó por desobedecer la orden que tenía con la esperanza de que le sería posible justificarse. López escribió una breve carta, que fué sellada y lacrada en su presencia, y Albear le ofreció que la entregaría en persona a Concha, ordenó que se le entregasen a López cien tabacos, que fué lo único que pidió para pasar el tiempo, como fumador que era, y fué a entrevistarse con el gobernador de Cuba para comunicarle lo relacionado con su misión. Asegura Rodríguez Morejón que Concha escuchó el relato, pero que al llegar al punto referente a la carta de Narciso López, que Albear le entregaba, le reconvino por haberle desobedecido y luego se calmó ante los razonamientos que se le hicieron en cuanto a la petición de un condenado a muerte que estaba en capilla. Concha abrió la carta, la leyó para sí y sonrió, y después rompió el papel

en menudos pedazos sin que dejase traslucir información alguna acerca del contenido, secreto que jamás fué revelado a la posteridad.

De madrugada Narciso López fué trasladado al viejo Castillo de San Salvador de La Punta, cercano a la explanada escogida para su ejecución y del otro lado de la cual estaba el imponente edificio de la Cárcel de La Habana. Ya en capilla el reo, se suscitó la cuestión de ayudarle a bien morir y de sus últimas disposiciones. Fueron varios los sacerdotes españoles que se presentaron con el propósito de lograr que el derrotado campeón de la independencia de Cuba se confesase y comulgase. Significativamente Narciso rehusó los auxilios de los sacerdotes españoles, quizás si con la preocupación de llevar a la tumba todo secreto que perteneciera a otras personas, también, y que pudiera perjudicarlas por cualquier imprudencia que se cometiese. En aquella época, además, circulaba el rumor de que en algunos casos los clérigos peninsulares habían prestado servicio de carácter político al gobierno español, en contra de los cubanos. Por eso fué que primeramente escogió a un cura venezolano, el P. Correa, a quien conocía; pero luego, al reparar en que dicho sacerdote era hombre de muy avanzada edad, a quien no debía molestársele a horas desusadas y para tan tristes deberes, seleccionó al P. Polo, sacerdote cubano, quien le acompañó hasta sus últimos momentos.(493) El folleto de Caracas publica dos versiones de las últimas horas de Narciso López y ambas concuerdan en afirmar que se confesó y comulgó y que lo hizo con demostraciones bien evidentes de piedad y de sentimientos religiosos, a pesar de que el régimen colonial extremaba su odio y sus malos tratos para quien le había tenido en serios aprietos. No quiso, sin embargo, que hubiese equívoco alguno en cuanto a lo que pudiera decirse de confesión y arrepentimiento y aprovechó la primera oportunidad en que estaban juntos el P. Polo, el Conde de Pozos Dulces y los encargados de tomar razón de su última voluntad, para aclarar que mantenía las convicciones por las cuales daba su vida, ya que

> ...dirigiéndose á su confesor le dijo en alta voz y con profunda pena: "Padre, me arrepiento de las locuras de mi juventud, de mis culpas y pecados, y por ellos pido el perdon del Cielo; pero no me arrepiento de haber traido mi brazo á Cuba para librarla del gobierno despótico que mata. Esta obra es demasiado santa y gloriosa, demasiado humanitaria para que vos mismo en nombre de Dios podais pedirme de ella arrepentimiento ó pesar como de un pecado. Dios no ha

querido que yo la llevara á cabo á pesar de mi firme é inalterable resolucion de ahorrar la sangre de mis enemigos: hágase Su voluntad... Yo no he asesinado á sangre fria al maniatado prisionero, sino respetádole y dirigidole á su campamento; con mis propias manos he curado sus heridas y dádole consuelo en la afliccion; yo no he saqueado las poblaciones ni los campos; no he incendiado ni traido la comun desolacion de las guerras á las playas de Cuba; no he combatido mas que á su gobierno. ¡Solo para los mios no ha habido misericordia! No, padre, no me arrepiento sino que moriré haciendo votos por la libertad de mi idolatrada Cuba..."(494)

Hay motivos para pensar que "C' y "Un habanero", el relator de esos últimos momentos en capilla, no fué otro que su cuñado, Francisco de Frías, Conde de Pozos Dulces, su albacea testamentario, encargado de hacer llegar a la madre del caudillo, Ana Paula de Uriola, en Caracas, a su hijo, Narciso López y Frías, en Ginebra, y a su amigo, Lawrence J. Sigur, en Nueva Orleans, los postreros recuerdos y disposiciones del insigne defensor de la independencia y la libertad de Cuba, que por ellas iba a morir al cabo de unas pocas horas. Concuerda esa tesis con la invocación que en el folleto se hace a "C...", el infortunado que fué el mensajero de la eterna despedida y se sabe que el Conde de Pozos Dulces fué la única persona allegada a quien se le autorizó para que se viese con Narciso López en capilla en relación con su testamento y las instrucciones a sus familiares y amigos.

El gobernador de la fortaleza, comandante Francisco Enríquez, lleno de temores por la responsabilidad que tenía con el preso y por las órdenes que había recibido, lo que anhelaba era verse libre de aquel terible deber sin que se produjese ningún incidente. Por eso extremaba sus precauciones y sus rigores; pero, en su fuero interno, no tenía más remedio que admirar aquella serenidad y aquel valor ante la muerte. No fué hasta después de las cuatro de la madrugada que el comandante Enríquez recibió la orden de autorizar la entrevista entre Narciso López y su cuñado, el Conde de Pozos Dulces. A lo que parece, Concha no sabía que Pozos Dulces, con Anacleto Bermúdez, José Morales Lemus y otros prominentes habaneros, eran los principales jefes del grupo revolucionario de La Habana con el que López había establecido contacto y cuyas vacilaciones e irresolución habían contribuído muy mucho al fracaso del esfuerzo libertador de 1851. La entrevista se celebró ante testigos y ha quedado un relato de

lo que en ella se trató, que podemos reproducir aquí, ya que los familiares de Narciso López en Venezuela jamás explicaron en detalle el mensaje que les envió el desdichado caudillo, y tampoco lo hizo su hijo. El aludido relato se encuentra en la siguiente carta del Conde de Pozos Dulces a Mr. Sigur, que decía así:

...Habana, 17 de Sepe. de 1851

A L. J. Sigur.

Caballero y muy señor mio:

Tengo el honor de dirigirle estas pocas lineas á solicitud del malogrado D. Narciso Lopez, ejecutado en esta el dia primero de este mes, (solicitud) que me hizo como cuñado suyo y albacea:

Me permitieron conversar con él en la prision pocos momentos antes de su muerte y me encargó de un modo muy particular que le remitiera á V. su último a Dios y las espresiones de su ardiente afecto y gratitud pr. su constante generosidad y grandes servicios hacia él. Tambien me suplicó é insistió repetidas veces qe. le pidiera á V. como último favor que pusiera en mi poder el baul de papeles y cartas qe. le dejó de modo que, yo pudiese destruir los que hicieran referencia a las espediciones de esta Isla, de un caracter qe. comprometan en lo mas mínimo á ninguna persona unida á estas empresas.

Por consiguiente le suplico me permita ejecutar los últimos deseos de nuestro comun amigo, y como yo no puedo viajar á su ciudad de V., le suplico me informe si está dispuesto á acceder á sus deseos, en cuyo caso le mandaré á V. una persona revestida de las facultades suficientes qe, en presencia suya efectue la destrucción de estos papeles, reservando solo los que interesen á su hijo y heredero, qe. reside en Ginebra.

En sus últimos momentos, cuando estaba solo con su confesor, y marchando al lugar de la ejecucion, volvió otra vez á este asunto y suplicó al buen sacerdote me recordara sus deseos sobre el particular.

Me aprovecho de esta ocasion pa. unir mis gracias á las del difunto pr. su amistad y servicios, y quedo su mas obediente y seguro servidor (f) El Conde de Pozos Dulces (495).

No hay documentación posterior acerca del cumplimiento de la diligencia por la cual se interesaba Francisco de Frías y que era de la mayor importancia para él y sus compañeros de conspiración en La Habana, acerca de los cuales Sigur no estaba muy bien dispuesto que digamos. Posiblemente no se cumplió, pues los papeles del *Archivo Villaverde*, que obran en nuestro poder, y no pocos de los cuales originariamente pertenecieron a Narciso López, así como los que tuvo Narciso López y Frías, denotan que la destrucción pedida no se llevó a cabo o abarcó a los documentos que específicamente comprometían a los conspiradores habaneros.

Las horas se iban rápidamente y tocó el turno al notario Félix Lancís, ante el cual otorgó Narciso López el testamento por el cual disponía la distribución de los bienes que pudiera tener después de tantos embargos y pago de costas en los cuales había sido condenado por sus actividades revolucionarias.

Aclaraba y la guarnición de la fortaleza, movilizada al efecto, se aprestaba a tomar las posiciones que se le habían encomendado. Un fuerte piquete de tropa escogida esperaba para hacerse cargo del condenado a muerte, a quien era preciso degradar como militar aunque se le ejecutaba como un criminal de la peor especie y en contra de la ordenanza. Vistió por última vez el uniforme del ejército español; pero no vino a degradarle el comandante José M. Callejas Pallarés, designado al efecto, ayudante y amigo que había sido de Narciso López. El comandante Callejas Pallarés alegó una enfermedad repentina y grave, y hubo que excusarle de aquel triste deber, al cual dió cumplimiento otro oficial, sin más miramientos. A todas éstas, rodeado del comandante Enríquez, del P. Polo, del Conde de Pozos Dulces, del notario Lancís y de otras pocas personas, y vigilado de cerca por numerosos centinelas, el único de los presentes que se mantenía sereno, erguido y dueño de sí, consumiendo sus tabacos, era Narciso López.

Cuando llegó el momento para que el reo fuese conducido al cadalso, todavía tuvo buen ánimo para otras últimas disposiciones. Conservaba el sombrero de paja, fino, que le había regalado su amigo, el español Bustamante, al pasar por Guanajay, y que estaba en buen estado. Se lo entregó al comandante Enríquez con el encargo de que se lo diese a un pobre que pudiese usarlo; pero enterado de este rasgo el alcalde mayor de La Habana, Martín Galeano, secretario político de la Capitanía General, decidió adquirir el sombrero de Narciso López, como un recuerdo, y entregó a cambio todo el dinero que tenía consigo y que ascendía a seis pesos y treinta centavos, con la encomienda de que esa suma fuese enviada al Hospital de Caridad de San Juan de Dios, de La Habana, institución de beneficencia que así resultó favorecida por Narciso López.(496) Había que decidir, también, lo relativo al crucifijo que el condenado a muerte llevaría hasta el patíbulo. Lo destinó a su amigo, Lino López de Quintana y Párraga, y pidió al P. Polo que lo hiciera llegar a sus manos.(497)

Nada más quedaba por hacer en aquella fortaleza donde

había pasado las últimas horas de su vida el insigne campeón de la independencia de Cuba y en cuyo recinto la República de Cuba no ha erigido un monumento a su memoria, como tampoco lo ha hecho en la explanada de La Punta, sobre la cual dió su vida por Cuba Libre. Formada la fuerte escolta, López y el P. Polo fueron colocados en el centro después de los últimos saludos, que eran para la eternidad, y al redoble de los tambores con sordina el cortejo avanzó hacia la puerta principal de la fortaleza, ante la cual se abría una doble fila de soldados fuertemente armados por entre los cuales sería el desfile final.

Concha y sus auxiliares no habían perdido el tiempo mientras apuraban los trámites para la ejecución de Narciso López. Por todos los barrios de La Habana y los pueblos de los alrededores había circulado, como por reguero de pólvora, la noticia de la inminente ejecución del caudillo de la Revolución Cubana. Los personajes de la colonia española y los peninsulares de todas las clases sociales se regocijaron abiertamente con el desenlace de aquella breve campaña que en sus inicios había puesto en peligro al régimen colonial. Ellos y las personas que dependían de ellos festejaban el desenlace, y también los cubanos pertenecientes a las clases adineradas, identificadas con el coloniaje por el interés que en ello les iba. Banderas y colgaduras aparecían en edificios públicos y en numerosos establecimientos comerciales, la mayoría de los cuales pertenecían a españoles. Los diarios publicaban diatribas contra López y cantaban alabanzas de España y de los defensores de España. Por todas partes, sin embargo, había un sentimiento de revulsión y de vergüenza por los bochornosos desmanes con que días antes habían terminado las matanzas de Atarés, en las que habían sido víctimas Crittenden y sus compañeros. Se quería evitar la repetición de tales horrores y el conflicto que en ese caso podía surgir por la popularidad de Narciso López y por el ascendiente que tenía sobre la tropa.

De ahí la alocución del general Concha, el 31 de agosto, en que decía:

HABITANTES DE ESTA CIUDAD:

A las siete del dia de mañana expiará en un patibulo el traidor Narciso Lopez los horrendos crimenes que ha perpetrado y de que es responsable á la Nacion Española Al tener efecto este solemne acto deseo que se observe en él toda la mesura y circunspeccion que debe acompañar la accion de la justicia y que es propia y peculiar de la gra-

vedad del caracter Español. Espero por lo tanto que cuantos individuos presencien dicha ejecucion guarden el decoro y moderacion debida, pues que un profundo silencio en estos casos es el mas elocuente testimonio con que debe revestirse el imponente espectáculo que presenciará esta ciudad... (498)

El brigadier Cristóbal Zurita, amigo y subordinado que había sido de López, tenía la responsabilidad del mantenimiento del orden en La Habana en aquellos momentos. Las disposiciones dictadas por Concha para la ejecución de Narciso López fueron las siguientes:

... Por superior decreto del Excmo. Sr. Gobernador y Capitan General ha sido condenado á la pena de garrote vil, D. Narciso Lopez que capitaneaba la gavilla de piratas que desembarcaron en la mañana del 12 del actual en el punto llamado las Playitas á sotavento de esta Capital y debiendo efectuarse dicha ejecucion á las 7 del dia de mañana 1o. de Septiembre, las tropas de todas armas de la guarnicion de esta plaza y fuertes exteriores concurriran con toda la anticipacion debida al campo de la Punta donde se halla situado el patibulo para la formacion del cuadro; debiendo el Regimiento de Galicia colocarse en frente de aquel, llevando la bandera. Los demas cuerpos asistiran con toda la fuerza que tengan disponible, tomando la derecha la Artilleria y seguidamente Ingenieros y los demas piquetes sin distincion de lugar se les designará el que hayan de ocupar. A la caballeria se le dará la colocacion que convenga por el Sr. Brigadier Teniente de Rey de la Plaza que mandará las tropas teniendo á sus órdenes dos oficiales del cuerpo de E.M. de este egército é igual número de Ayudantes de la Plaza... (499)

Se calculó por entonces, con los elementales datos dados por la censura española, que el cuadro en la explanada de La Punta había quedado formado por unos cuatro mil soldados. Es posible que su número haya sido mayor y, de todos modos, la guarnición del Castillo de La Punta, a pocos pasos de distancia, como la guarnición de los otros fuertes y retenes cercanos, estaban sobre las armas y listas para entrar en acción. Además, la movilización de policías, salvaguardias y serenos, en número de varios centenares, había sido completa. Los barcos de guerra también estaban en zafarrancho de combate.

Detrás del cuadro formado por la tropa con bayoneta calada y vigilada por los esbirros de Concha que se habían mezclado con ella, se agolpaba una multitud que el propio Concha calculó en unas "veinte mil almas" (500) y en la cual figuraban, en las

primeras filas, una gran mayoría de españoles. Naturalmente que el suplicio de Narciso López no era un espectáculo que atrajese a los cubanos, a pesar del desamparo en que habían dejado al desdichado caudillo.

No era López hombre que pudiese dar a sus verdugos la satisfacción de verle flaquear ante la muerte, ni podía esperarse que fuese a dejar a los cubanos, por los cuales moría, el recuerdo de una vacilación o de una debilidad en el momento supremo Cualquier otro hombre habría estado agotado por la fatiga, las hambres pasadas y las tribulaciones de aquellos últimos días, así como por las lesiones recibidas y mal curadas; pero aquella naturaleza privilegiada, alentada por un espíritu indomable y valeroso, se sobreponía a todo. Cuando la escolta que le rodeaba emprendió la marcha desde la puerta del calabozo hacia la entrada de la fortaleza, erguido, musculoso y arrogante, Narciso López caminó marcialmente al paso de sus custodios, esperó a pie firme mientras se cumplía el trámite por el cual le daban de baja en la prisión militar y con la misma gallardía recorrió el trayecto entre la fortaleza y el patíbulo, porque ni siquiera las ataduras de los brazos a la espalda interfirieron con aquella demostración de coraje y de gallardía que estaba dando.

Al llegar al tablado el verdugo y su ayudante pusieron de manifiesto la hopa, muchas veces usada y sucia por la ejecución de otros condenados a muerte, criminales de la peor especie, que España le reservaba al militar que la había defendido en la América del Sur y que había sido uno de los primeros soldados de la Guerra Carlista, mariscal de campo, senador del reino, gobernador de Madrid y de Valencia y condecorado con las cruces y medallas más distinguidas de la nación española. Era una nueva humillación que al libertador derrotado le imponían los que habían temblado ante la posibilidad de que él los hubiese derrotado. Era mucho esperar el que aquellos jefes y oficiales que por su cuenta traicionarían a Isabel II, a Amadeo I y a la República Española, pocos años después, especialistas en motines, cuartelazos, asonadas y revueltas; pero siempre al servicio de intereses mezquinos, reaccionarios y perjudiciales al pueblo español, fuesen a poner de relieve los sentimientos de hidalguía y de consideración que se necesitaban en aquel caso, cuando el reo moría por la libertad del pueblo cubano... El P. Polo, acongojado, pronunciaba palabras de consuelo y Narciso López intentaba distraerse contem-

plando a los soldados y a la multitud que le rodeaban. ¿Esperaba algo? ¿Una manifestación de simpatía? ¿Una tentativa desesperada para rescatarle y con la cual los soldados le habrían ultimado allí mismo, ahorrándole la muerte en garrote vil? Nada ocurrió. Los militares, los golillas y el verdugo tenían prisa por acabar para librarse de los temores que les asaltaban. Con paso firme y elástico aquel formidable atleta ascendió a la plataforma y entonces ocurrió algo verdaderamente extraordinario y que echó por tierra todo el plan de Concha y de sus consejeros para humillar a Narciso López ante los cubanos y para que no quedase memoria grata y permanente del insigne luchador por las libertades de Cuba: ¡el cadalso de la explanada de La Punta se convertía en la primera tribuna pública de nuestra historia desde la cual se pronunciaba un discurso revolucionario! Cierto que había pena de la vida por aquel desafío al régimen colonial español; pero allí mismo, instantes antes de morir, Narciso López les decía a los cubanos y a los españoles, que seguía la Revolución Cubana. Concha le había proporcionado al adalid libertador la tribuna para su inmortal pronunciamiento cuando, dominado de su odio, quiso llevar hasta lo último su empeño de vejarlo y de presentarlo como un criminal sobre el tablado de la infamia, el cual así quedaba transformado en pedestal eterno de la personalidad y de la obra revolucionaria de Narciso López.

Por supuesto que los españoles se esforzaron, en sus versiones oficiales de la ejecución, en silenciar todo lo referente a los detalles de la misma que pudieran conservar viva y estimulante la memoria de Narciso López. Los relatos españoles de la época, o pasan por alto lo ocurrido cuando Narciso López subió la escalerilla de la plataforma y se dirigió de viva voz al público allí congregado, o a lo sumo dicen que el reo intentó hacerse escuchar; pero que no lo logró por el redoble de los tambores de la tropa.

Sin embargo, hubo quienes escucharon las últimas palabras de López y las circunstancias en que las pronunció, y recogidas por ellas esas palabras han llegado a la posteridad. P. F. de Gournay, el agente de Narciso López enviado en el mes de julio a la Vuelta Abajo, estaba en La Habana el 1º de septiembre de 1851. Nacido en Cuba y hablando español y en contacto con los miembros de la Junta de La Habana, su relato es de primera mano. En una carta autógrafa del agente de Gournay, que obra en

nuestro poder, se dice que regresó de la Vuelta Abajo a La Habana, el 12 de agosto y que estuvo allí...

> ... escondido el dia y saliendo de noche espuesto á ser cogido sin resultado, viendo las mil y mil noticias y rumores que corrian por la ciudad y sin poder comunicar con el que no debia volver á ver. Tuve qe. aprender dia por dia sus primeras victorias, y despues su desgracia y su prision, cada propio qe. llegaba al gobierno yo sabia qe. llevaba el nombre de algunos conocidos, algun amigo, matado ó prisionero, hasta qe. en fin para coronar mi suplicio VI LLEGAR EN LA MISMA HABANA MI GENERAL, EL HOMBRE QE. YO IDOLATRABA MAS QE. A UN PADRE, VI LOS PREPARATIVOS PARA EL SACRIFICIO DEL QE. HIZO EL SUEÑO DE SU VIDA LA LIBERTAD DE CUBA Y VINO ABANDONADO Y VENDIDO, A MORIR EN CADALSO EN ESTA HABANA QUE DEBIA (SER) EL TEATRO DE SU GLORIA. ¡AH! CIRILO, Ud. qe. sabe como yo queria a nuestro martyr, Ud. qe. tambien le queria verdaderamente, Ud. puede juzgar segun su propio corazon, de lo qe. he padecido en esos últimos dias... (501)

Esta carta prueba que De Gournay estaba en La Habana desde antes de la captura de López y de su subsiguiente ejecución, es decir, que pudo ser testigo de la ejecución. Pues bien, el 8 de septiembre, después de que De Gournay escapó de La Habana y se encontraba en Nueva Orleans, el *Delta* publicó una extensa información acerca de los últimos momentos del general López, en la que extractaba las noticias que al efecto había suministrado De Gournay. Según esa información el infortunado caudillo marchó al cadalso con paso firme, tenía una herida en un hombro y habló al público antes de morir, desde lo alto de la plataforma para decirle que había buscado el progreso y la felicidad de Cuba, que la acusación de rapiña y piratería que se le hacía era una calumnia y que su crimen consistía en aspirar a la independencia de Cuba y por ello estaba dispuesto a morir, a lo que después había agregado: "¡Adiós, Cuba querida!".(502)

El diario *The Sun*, de Nueva York, bien informado en cuanto a los asuntos de Cuba por las relaciones de los propietarios del mismo con los emigrados cubanos, (recuérdese que en su edificio, como en el del *Delta*, de Nueva Orleans, se izaron banderas cubanas cuando la expedición de Cárdenas!) publicó el 5 de septiembre un telegrama escueto de Nueva Orleans, fechado dos días antes, con la noticia de la inminente ejecución de López,

Al día siguiente *The Sun* confirmaba esa información y agregaba que López había dicho: "¡Adiós, Cuba querida!"; pero la edición del lunes 8 de septiembre daba más detalles sobre la ejecución y entre ellos aparecían las palabras de López sobre los propósitos que le habían animado con sus expediciones, el perdón que pedía a quienes había perjudicado y que daba a quienes le llevaban al cadalso, la breve discusión con el verdugo que había pretendido arrastrarle hasta el garrote, y la frase después tan conocida y circulada de: "Mi muerte no cambiará los destinos de Cuba".(503) Estos datos el diario neoyorquino declaraba que los tenía por una carta de septiembre 1, 1851, el mismo día de la ejecución de López, que un cubano cuyo nombre se omitía en la información le había enviado.

En 1851, pocas semanas después de la ejecución de López, apareció en Nueva York, impresa en inglés, una biografía del infortunado caudillo, anónima y generalmente atribuída a su amigo, el escritor, político y diplomático norteamericano John L. O'Sullivan. En esa biografía, que contiene detalles muy interesantes, se publicó una traducción inglesa de las últimas palabras de López, con el siguiente texto:

> ... Ruego a las personas que me han comprometido que me perdonen como yo las perdono. Mi muerte no cambiará los destinos de Cuba. ¡Adiós, Cuba querida! ¡Adiós, hermanos míos! (Traducción de H. P. V.) (504)

Una versión bastante parecida está escrita de puño y letra de Villaverde en un rarísimo folleto que obra en nuestro poder y que contiene la biografía del general Quitman, escrita por el poeta y patriota José Agustín Quintero e impresa en Nueva Orleans, poco después de la ejecución de Narciso López. *La Verdad*, el periódico cubano de Nueva York, también dió cabida en sus páginas a la frase de López sobre que su muerte no cambiaría los destinos de Cuba, aceptada por Villaverde y los conspiradores de la época y que así ha llegado a nuestros días.

El folleto de Venezuela, publicado en Caracas a raíz de la muerte del héroe, sin duda que con materiales suministrados por el Conde de Pozos Dulces por la encomienda que López hubo de darle para la autora de sus días, doña Ana Paula de Uriola, como se echa de ver del testamento otorgado ante el notario Félix Lancís, tiene dos descripciones de los últimos momentos de López. La primera, firmada con las iniciales D. T., dice a este respecto:

> ...Subio con majestad y sin detenerse la fatal escalera, y ya de pié sobre el cadalso dirigió en torno de sí una tranquila mirada y con voz clara y perfectamente distinta hizo una breve alocucion despidiéndose de Cuba. Trató de interrumpirle al principio el verdugo, mas quedó anonadado al enérgico acento del heroe, que le mandó á esperar. Dijo en su discurso que al venir á la isla no habia tenido otro objeto que el de hacerla independiente; que sus deseos sin embargo habian quedado frustrados, y viendo la imposibilidad de realizarlos se habia entregado; que su muerte no cambiaria los destinos de Cuba; que perdonaba á todos los que le habian comprometido y á todos los que habian maquinado su mal; y finalmente levantando sus brazos en varias direcciones á su alrededor, exclamó: muero por ti, querida Cuba, y se sentó animoso en el banquillo donde exhaló aquella noble alma que debió rodear su inanimado cuerpo como una aureola de gloria... (505)

La segunda descripción, que es la que lleva la firma *Un habanero*, dice lo siguiente:

> ... Marchó hasta el cadalso como se esperaba que marchara Narciso López, con su paso habitual, noble y majestuoso. Aquella calma produjo un silencio sepulcral en la multitud; su presencia impuso respeto a la turba vil que le contemplaba. Alzó su sonora voz y dijo: "Compatriotas y hermanos, no vine á las playas de Cuba á traer males, sino bienes, á sus habitantes. Mi empresa ha sido desgraciada... Voluntariamente me he entregado al gobierno español para salvar la vida de los míos... Ya solo me queda rogaros que pidais á Dios por el descanso de mi alma; que me perdoneis los que he podido ofender, asi como yo de todo corazon perdono el que me haya ofendido a mi. Compatriotas y hermanos: ¡Adios! ¡Adios, mi Cuba querida... (506)

El cuadro de los últimos momentos de López se reconstruye como sigue, según el consenso general de las versiones conocidas: Al llegar ante el tablado fatal, ante la hopa asquerosa que le presentaba el verdugo, titubeó y luego la aceptó a indicaciones del P. Polo, después de lo cual subió a la plataforma y se dirigió al pueblo con la defensa que hacía de su conducta y de sus propósitos, que buscaban la independencia de Cuba. Fué entonces cuando el verdugo trató de empujarlo hacia el garrote; pero fué el verdugo el que salió despedido por una violenta sacudida con que López se desprendió de él, al mismo tiempo que decía: "¡Espere, señor!". Después de lo cual vino la frase profética sobre los destinos de Cuba y la declaración de su ca-

riño por la tierra que consideraba suya y por la cual daba su vida, así como del recuerdo que dedicaba a sus amigos. Los oficiales españoles intentaron apagar la voz que se alzaba sobre el cadalso convertido en tribuna de la independencia de Cuba y ordenaron el redoble de los tambores; pero ni así lograron impedir acallar la voz que pagaba con su vida el derecho de hablar de Cuba Libre.

Lo que sucedió después fué cosa rápida. López fué por sí mismo al banquillo del garrote, dejó que le amarrasen y que le colocasen al cuello el corbatín mortal, y en unos pocos minutos había pasado de la condición de héroe a la de mártir por la independencia de Cuba. El golpe de mano en el momento de la ejecución, por cincuenta patriotas de La Habana que trataban de rescatar a López y al cual alude Schlesinger en su tantas veces citada narración de la expedición de la Vuelta Abajo, ni siquiera se preparó, sino que fué una iniciativa generosa y entusiasta que no pasó de ahí. Los restos de Narciso López, fuertemente escoltados y con todo género de precauciones fueron trasladados al Cementerio de Espada, a una tumba sin marca alguna y en la que sus cenizas se confundieron con la tierra cubana que había jurado libertar. (507) Cuenta Gerardo Castellanos que durante la Primera Intervención Norteamericana se dió la orden para la demolición del Cementerio de Espada y que él visitó la vieja necrópolis y se interesó por la tumba de Narciso López y al efecto preguntó por ella a un antiguo celador del camposanto. La respuesta fué que, según la tradición, estaba señalada por una barreta de hierro verticalmente enterrada en una fosa común cerca de la puerta de San Lázaro. Fueron a dicho lugar y allí estaba la barreta a la cual alguien había amarrado un macho cabrío que pastaba de la abundante yerba que crecía sobre la sepultura, la cual había sido removida, con su contenido, ya que por todas partes había huesos humanos y hasta había unos niños que jugaban con dos tibias que quizás si eran de la osamenta del insigne campeón de la libertad de Cuba, por cuyos restos nadie se había preocupado en medio siglo, ni siquiera su hijo, Narciso López y Frías, aquél a quien dedicó su pensamiento al manifestar su última voluntad en capilla y que había visitado La Habana pocos años antes, en las postrimerías de la dominación española. ¡Caso extraordinario de ingratitud el del pueblo cubano y el del hijo del héroe, para con la memoria de aquel aladid!

Las calumnias y los esfuerzos para desprestigiar a López y a sus empeños revolucionarios no terminaron con el suplicio del 1º de septiembre de 1851: todavía continúan en cuanto a historiadores improvisados, dominados por el apasionamiento y los prejuicios y el 19 de mayo de 1950, al inaugurarse la estatua erigida a Narciso López en Cárdenas, los puso de manifiesto el presidente de la República, Dr. Carlos Prío Socarrás, cuando se permitió oponer objeciones a su participación en las ceremonias inaugurales porque el monumento había sido la iniciativa y la obra de la masonería cubana, a pesar de que Narciso López, masón,(508) recibió del P. Polo los santos sacramentos a la hora de su muerte.

Aquel marino norteamericano, el capitán Platt, de la corbeta *Albany*, quien obsequiosamente cortejó al Capitán General Concha cuando los teribles sucesos de agosto de 1851, fué uno de los primeros en pretender enlodar la memoria de Narciso López. Concha le dió permiso para que visitase a los norteamericanos presos en el Castillo de La Punta, lo que hizo el 30 de agosto, y fué portador de la noticia de que López había sido capturado. Según él:

> ... al decírseles que el general López había caído prisionero, un grito de júbilo y de triunfo surgió entre la muchedumbre... (Traducción de H. P. V.), (509)

de prisioneros; pero Mr. Thomas P. Larkin, de Opelousas, La., quien también se entrevistó en los calabozos de La Punta con los prisioneros, a nombre de éstos desmintió públicamente a Platt en una carta publicada por *The New Orleans Delta*, edición de octubre 13 1851, diciendo que los presos no aplaudieron el triste fin de López y que, por el contrario, seguían considerándole "un patriota valiente y honrado". La Junta de La Habana, en la que estaban el Conde de Pozos Dulces, Anacleto Bermúdez, José Morales Lemus, Miguel de Aldama, Carlos del Castillo y otros cubanos prominentes, quienes no habían cumplido sus compromisos en cuanto a apoyar a López, en su manifiesto publicado en el *Sur* y *La Verdad* de Nueva York, el *Delta*, de Nueva Orleans, y otros periódicos, también se esforzó por justificarse de su inacción con acusaciones más o menos veladas de imprudencia y de incapacidad lanzadas contra Narciso López, de las cuales se hicieron eco en los Estados Unidos algunos emigrados como Lorenzo de Allo, Plutarco González, Manuel Rodríguez de Mena y otros.

Los ataques a López y a su memoria también alcanzaron a su fiel amigo, Lawrence J. Sigur, el hombre cuya amistad y cuya cooperación le habían sostenido en sus esfuerzo revolucionarios y a quien tenía que llegar la campaña de difamación, que trataba de presentar las expediciones de López como plan al servicio de los anexionistas. Sigur tuvo que defenderse y de paso defendió a López, también. La especie echada a rodar fué la de que las expediciones habían sido financiadas con la venta de bonos a los intereses anexionistas norteamericanos, cuando lo cierto es que muy pocos de los bonos emitidos se vendieron y con enorme descuento, y que los ingresos así obtenidos fueron mayormente empleados en el sostenimiento de emigrados cubanos y simpatizadores dispuestos a participar de la invasión de Cuba y cuyo número aumentó con los soldados españoles que desertaron en Cárdenas para seguir a López.

Sigur no pudo menos de contestar la calumniosa especie circulante y que le colocaba a él en el papel de negociante con las ideas y las vidas de los hombres que habían querido liberar a Cuba. El *Evening Times*, de Nueva York, había publicado que Sigur había invertido todo su capital "...en la especulación" relacionada con Cuba. A esto contestó el fiel amigo de López, desde Savannah, donde se encontraba:

> Salí de Nueva Orleans el 9 de agosto último con el propósito de despachar la expedición que iba a salir de las costas de Georgia para reforzar al general López...
>
> ...La parte ofensiva del párrafo (del *Times*) está en su final, cuando delicada y caritativamente sugiere mi epitafio. Por fortuna, para mi buen nombre y el de mis hijos, muchos, muchos de los recipientes de mis favores y de mis caridades me sobrevivirían si yo fuese a morir de mi actual "peligrosa enfermedad", y ellos darían el mentís a la infame calumnia que se ha hecho circular en contra mía y que sin duda ha llevado al error a ese periódico. Los cubanos también le dirían al público que yo he "especulado" con su libertad al darles todo lo que tenía, hasta el último céntimo, para la redención de su país, sin estipular recompensa alguna y sin tener posibilidades de lucro, salvo la satisfacción moral que habría tenido en lo íntimo de mi corazón por haber contribuido a la liberación de medio millón de mis semejantes, del despotismo más cruel y degradante. Este es el límite de mi especulación. El general Henderson, el general González y otros, en el Sur, como los Sres. Betancourt, Iz aga, Arteaga, Macías, Villaverde y O'Sullivan, en Nueva York y, en realidad, toda persona que haya tomado parte en los asuntos de Cuba, le dirían que jamás fuí dueño de un solo centavo de bonos cubanos y que en todo momento, para colocar mis motivos por encima de toda sospecha, me negué a adquirir bonos. Mis aportes fueron hechos libremente y con la simple promesa del general López, de quien era devoto amigo y cuya memoria siempre veneré, respecto a que mis anticipos me serían devueltos, peso por peso, por el futuro gobierno de Cuba. El general López había sido mi huésped durante la mayor parte de su exilio y había vivido casi dos años bajo mi techo; él había sacrificado fortuna y posición brillante en una conspiración que buscaba dar la libertad a su Patria, era pobre y el objeto de las más viles calumnias. ¿Por qué maravillarse de que, estando tan cerca de él y conociéndole tan bien, mi devoción hacia él se hiciese tan ilimitada y desinteresada como era la de él por la causa por la cual perecería? Su triste suerte, aunque me ha abrumado de dolor me ha hecho comparativamente indiferente a mis propias pérdidas, y por ella ha aumentado mi respeto por su memoria al mezclarme hasta cierto punto con él en una desgracia común.
>
> Pero si mi conducta en la causa de Cuba no le satisface en cuanto a mi manera personal de "especular" con la felicidad o la desdicha de mis semejantes, pregunte Ud. a mis vecinos y a los habitantes todos de Nueva Orleans, que me conocen, pregunte Ud. a los emigrados políticos, sean cubanos, húngaros o italianos, que han estado en dificultades y que han acudido a mí para que les ayudase. Entiendo que el coronel Blumenthal será libertado por Concha y que irá a Nueva York. Le ruego, Sr. Director, que le pregunte qué clase de "especulador" soy yo... (Traducción de H. P. V.) (510)

P. F. de Gournay, el agente confidencial de López para sus contactos con los conspiradores de Cuba, también entró en la palestra para refutar los ataques que se hacían contra López hasta por la Junta de La Habana, y en las ediciones del *Delta* el 29 de septiembre, publicó la información de que la expedición del *Pampero* había costado $40,000.00 y la casi totalidad de esa suma había sido aportada por Mr. Sigur, sin que hubiese dinero proveniente de los bonos. Decía el periódico:

> ...El dinero fué todo él aportado por un solo caballero, Mr. Sigur, con sus propios recursos, y el fracaso de la expedición le ha dejado arruinado. La muy repetida afirmación de que esos fondos habían sido anticipados por especuladores, o reunidos mediante la venta de votos, es completamente falsa... (Traducción de H. P. V.)

Y el teniente coronel William Scott Haynes, a vuelta de llamar cobarde y mentiroso al teniente Van Vechten por sus calumnias contra López y Sigur, ya dió en el clavo cuando señaló como una de las causas fundamentales del fracaso de la expedición de la Vuelta Abajo la conclusión a la que había llegado sobre que la suerte de Cuba se la discutían tres partidos: el de los partidarios de la independencia, con López, el de los que

preferían la anexión, que eran los hacendados y esclavistas, y el de los españoles.(511) A López lo habían dejado los que temían a la independencia y de ese modo había fracasado el formidable esfuerzo libertador que los anexionistas miraban con recelo y contra el cual habían combatido los españoles.

No hay más que seguir el curso de los acontecimientos políticos de Cuba desde septiembre de 1851, cuando López pereció en el cadalso tras haber sido el único que había sacudido hasta sus cimientos al coloniaje, hasta el 10 de octubre, cuando Carlos Manuel de Céspedes hizo el otro reto efectivo a la dominación española en Cuba, para comprender por qué fué que España puso tanto empeño en destruir a López y hasta obliterar el recuerdo de su heroísmo y de sus hazañas, y por qué los anexionistas se esforzaron por infamar su memoria, discutirle su gloria y presentarlo como un guerrero sin ideales y sin capacidad. En todos esos diez y siete años no hubo más que flojas intentonas y conspiraciones platónicas. Con López, de 1848 a 1851, había habido lucha, una lucha que pudo haber resultado triunfante sin la irresolución y los egoísmos de quienes no supieron o no quisieron cooperar lealmente con él.

CAPITULO VII

1. La bochornosa política de Fillmore y Webster acerca de la última expedición de Narciso López.—2. La actitud de las potencias ante la revolución cubana.—3. Los cubanos y el fracaso de los esfuerzos libertadores de Narciso López.—4. El final del traidor Castañeda.

1. La bochornosa política de Fillmore y Webster acerca de la última expedición de Narciso López.

En la historia de los Estados Unidos no hay otro caso tan flagrante y escandaloso de hostilidad a los esfuerzos libertadores de un pueblo y de negación de la protección de sus propios ciudadanos en el extranjero, como el que protagonizaron el Presidente Fillmore y su secretario de Estado Daniel Webster, con ocasión de la última expedición de Narciso López, en la segunda mitad del siglo XIX. La actitud del gobierno de Wáshington en aquella época habría sido inconcebible a un Andrew Jackson o o un Theodore Roosevelt, digamos como ejemplos. Para hacer más extraña e injustificable la actitud de Fillmore y Webster en cuanto a Cuba y a los expedicionarios del *Pampero*, en esos momentos el gobierno norteamericano que adulaba a España con las mayores claudicaciones, era el mismo que en la lejana Hungría se mostraba desafiante ante los emperadores de Austria y de Rusia y que amenazaba al sultán de Turquía para que libertase a Luis Kossuth, el patriota húngaro derrotado por la reacción imperial.

La explicación de éste al parecer inexplicable contraste, sin embargo, estaba en que la independencia de Cuba hacía imposible la anexión de la Isla a los Estados Unidos y en que los gobernantes norteamericanos creían en que a fuerza de claudicaciones podían comprar la buena voluntad de sus colegas de Madrid para la compra-venta de Cuba. En esa engañosa ilusión vivieron los gobernantes norteamericanos durante toda la pasada centuria hasta que, por fin, se vieron arrastrados a la guerra con España, en 1898. Millard Fillmore no era sincero en su oposición a los esfuerzos revolucionarios de López por respeto a los compromisos de los Estados Unidos con España, porque Claude G. Bowers ha podido señalar que, comenzada la Guerra de los

Diez Años en Cuba, Fillmore se complacía en escribir artículos para *The Western World* en los cuales se mostraba interesado en la expansión imperial de los Estados Unidos, mediante la anexión de territorios de otros países, por supuesto.(512) Las actividades revolucionarias de López, pues, interferían con tales planes encaminados a lograr que España se aviniese a vender a Cuba para lograr una anexión tranquila y a la que las potencias europeas no pudieran oponer otra objeción que la de la consolidación de la esclavitud de Cuba.

Ni que decir tiene que Francia y la Gran Bretaña y, en menor grado, las otras potencias europeas, no veían con buenos ojos el movimiento anexionista norteamericano, ya manifestado en Texas y las provincias mexicanas y que también se había dirigido hacia Canadá, además de Cuba; pero si los españoles tenían el estribillo de que Cuba sería "española o africana"; pero no cubana, en los Estados Unidos se conformaban con Cuba española mientras no fuese norteamericana; pero que tampoco fuese cubana. Al servicio de esta política los Estados Unidos se sometieron al abusivo derecho de registro en sus buques, puesto en práctica por España, la misma humillante práctica que en 1812 había llevado a los Estados Unidos a la guerra con la Gran Bretaña y casi había producido una ruptura con la Francia de Napoleón. Todo sacrificio, hasta el de la tradicional política norteamericana de la protección del buque, de su tripulación y de sus pasajeros, por la bandera de las barras y de las estrellas, se hizo en aras de la adulación a España con la remota esperanza de que así consentiría en vender a Cuba.(513)

La famosa proclama del Presidente Fillmore fechada a 25 de abril de 1851, al amparo de la cual había sido destruída la expedición del *Cleopatra*, como ya hemos señalado, fué la utilizada para las medidas que llevaron al desastre de la Vuelta Abajo. Protegido por aquella declaración norteamericana que calificaba de saqueadores, piratas y ladrones, colocados fuera de la ley, a quienes pretendiesen llevar la revolución a Cuba, el Capitán General Concha se despachó a su gustó. En esa declaración se decía que los expedicionarios perderían

> ... su derecho a la protección de este gobierno o a cualquier intervención en su favor, sin importar los extremos a que puedan quedar reducidos a consecuencia de su ilegal conducta... (Traducción de H. P. V.)

Lo que el Presidente Fillmore hacía al dirigirse así a sus compatriotas, a quienes insultaba y dejaba abandonados a su suerte, era alentar a Concha y a sus esbirros para que procediesen sin escrúpulos y sin contemplaciones, en el disfrute de la indemnidad que el gobierno de los Estados Unidos le daba al de España para una represión a sangre y fuego, sin sentimientos de humanidad y sin temor a represalias o reclamaciones. ¡Caso rarísimo el que se daba con esa invitación del Presidente Fillmore para que un régimen despótico, caracterizado por su crueldad, la emplease contra los propios compatriotas de aquél!

Como era de suponer, Concha vió que le daban carta blanca para todos los excesos y se aprovechó del permiso. De ahí los fusilamientos, los mandobles y los bayonetazos a los expedicionarios que se rendían en la Vuelta Abajo y hasta a los heridos que estaban en los improvisados hospitales de sangre. De ahí, también, las matanzas de Atarés, con todos los horrores que las acompañaron. Concha afectaba entender que Fillmore estaba de acúerdo con aquellas atrocidades y que las había autorizado, y esa tesis encajaba perfectamente con las palabras de Fillmore en su proclama. Como para añadir al insulto la injuria, Concha escribió al gobierno de Madrid para decirle que el cónsul Owen, cuando sus compatriotas residentes en La Habana le pidieron que intercediese por Crittenden y sus compañeros, había rechazado esa pretensión "con la mayor dignidad" y agregado

> ... que segun la solemne declaracion del Presidente de la Union habian perdido el caracter de nacionalidad en el momento de lanzarse á una empresa pirática, y eso me manifestó personalmente... (514)

Entre los jueces despiadados, ante los implacables ejecutores, al lado de los verdugos y profanadores de cadáveres y respaldando a quienes ordenaban aquellas atrocidades, estaban en espíritu Millard Fillmore y Daniel Webster, con cuya aquiescencia y con cuyas palabras de justificación se cometieron aquellos horrores.

Las instrucciones dadas al comodoro Parker, al comandante Platt y a los otros marinos norteamericanos, al salir la expedición del *Pampero*, eran de perseguirla e interceptarla, de evitar que saliesen refuerzos y de no plantear reclamaciones o buscar incidentes con España. Esas instrucciones fueron cumplidas cuidadosamente y fueron de decisiva ayuda para que España sa-

liese triunfante en 1851, porque no sólo los Estados Unidos, con la marina, el ejército, los jueces, los fiscales, los guardacostas y los administradores de aduanas, impidieron la salida del segundo contingente expedicionario, del río St. John, sino que la misma expedición del *Pampero*, por la amenaza de la intervención federal y por los obstáculos de todo género que encontró, no fué todo lo poderosa que pudo haber sido, ni llegó a completar una preparación adecuada. Después de lo sucedido meses atrás con la expedición del *Cleopatra*, detenida y confiscada por el gobierno federal, Narciso López y sus colaboradores tenían que contar los minutos y adoptar precauciones extraordinarias para que no se repitiese el caso del *Cleopatra*. Por eso mismo la expedición del *Pampero* no fué tan poderosa como se habría necesitado y el Presidente Fillmore, a pesar de todas las quejas de España, ayudó eficazmente a ésta para que la última invasión de Narciso López resultase más débil de lo que pudo haber sido.

No puede haber duda de la resolución con que Fillmore y Webster persiguieron a los que aspiraban a libertar a Cuba y a quienes, o les ayudaron o no les opusieron obstáculos. Una carta de Fillmore a Webster, en aquellos días críticos de verano de 1851, le decía:

> ... No estoy satisfecho con la excusa dada por el administrador de la aduana de Nueva Orleans al permitir la salida para Cuba del vapor *Pampero* sin un solo esfuerzo para detenerlo, y lo he cesanteado...
>
> He dado nuevas facultades a los administradores de aduanas y alguaciles para que vigilantemente atiendan a impedir la preparación de expedición alguna en contra de los preceptos de la ley.
>
> En tiempos como éstos el telégrafo en las manos de hombres irresponsables y dedicados a conspirar es una formidable máquina de maldad, ayudados aquéllos, como es el caso, en muchos lugares, por una prensa mercenaria y prostituída. La agitación y la excitación parecen extenderse por todas las ciudades grandes, y esta situación se agrava muy mucho por los partidarios sin escrúpulos que desean aprovecharse de la crisis para su campaña política contra este gobierno. Estimo que la sumaria ejecución de los cincuenta prisioneros hechos en Cuba fué cosa infortunada. Esta matanza al por mayor de oficiales y soldados, de manera tan expeditiva, excitó la simpatía y la indignación de nuestro pueblo. Pero todavía confío en impedir otra nueva violación de nuestras leyes de neutralidad y en salvar a nuestros jóvenes de un final análogo.
>
> López parece que todavía está en campaña; pero sin adelantar. Los informes son tan contradictorios que no sabemos a quién creer. Sin embargo, él no puede permanecer estático: tiene que avanzar o fracasar... (Traducción de H. P. V.) (516)

En los días subsiguientes la correspondencia entre Fillmore y Webster ya tiene un tono más optimista en cuanto a la destrucción de la expedición de la Vuelta Abajo y de cualquier otro esfuerzo revolucionario en Cuba; pero el gobierno de Wáshington, ante la presión de la opinión pública norteamericana por los horrores de Atarés y los malos tratos recibidos por los sobrevivientes de la expedición, que estaban siendo enviados a los presidios de España y del Norte de Africa, buscaba sobre quien descargar la culpa de lo ocurrido. El inepto y pusilánime cónsul Owen fué escogido al efecto, aunque siempre había actuado dentro de sus instrucciones y con conocimiento de sus superiores. La conducta del representante consular inglés en La Habana, como las de sus colegas de otras naciones europeas y hasta los simples comerciantes alemanes, suecos, etc., en favor de los expedicionarios, contrastaban de tal manera con la indiferencia y hasta la hostilidad de Owen para sus connacionales, que en Wáshington tenían que dar alguna demostración de inconformidad con lo ocurrido y así fué que Owen fué despedido sin contemplaciones.

Webster inició gestiones con el ministro de España en Wáshington, su amigo Angel Calderón de la Barca, para lograr que fuesen puestos en libertad los expedicionarios norteamericanos a quienes Concha había enviado a los presidios metropolitanos. El tonante autor de la carta al caballero d'Hülsemann no se mostró tan decidido ante el diplomático español como lo había estado ante el representante de Austria-Hungría. Rogó como un favor lo que hubiera podido plantear como una reclamación si no hubiese perdido el respeto de Calderón de la Barca. Este, en una carta que figura entre los papeles de Webster, le decía con la mayor arrogancia que, en cuanto a la liberación de los presos norteamericanos, quería recordarle que todavía esperaba su respuesta a una nota de la legación española "...which would be agreeable at Madrid", es decir que fuese grata al gobierno de Madrid. (516)

El Presidente Fillmore, cuando se refería a una "prensa mercenaria y prostituída" en la carta que le envió a Webster y que ya hemos citado, tenía la vista fija en los periódicos norteamericanos que criticaban su política acerca de España y Cuba y que le trataban muy duramente. Por supuesto que el *Sun*, de Nueva York, y el *Delta*, de Nueva Orleans, llevaban la voz can-

tante en los ataques dirigidos a Fillmore y a Webster; pero no eran los únicos diarios en hacer tal cosa y el coro de las protestas y de las censuras era bastante general.

El *National Intelligence*, de Wáshington, D. C., había defendido la política de Fillmore y el *Sun* le llamaba "Fillmore-booster-in-chief", o sea "propagandista-en-jefe, de Fillmore", para negar que los expedicionarios fuesen piratas y para argüir que, en ese caso, Benjamín Franklin también lo había sido al organizar en Francia las expediciones que habían ayudado a los norteamericanos en su Guerra de Independencia. El 23 de septiembre de 1851 el *Sun* titulaba un editorial como sigue: "Nuestro gobierno apoya la causa del despotismo y de la bárbara tiranía".

Poco después de la ejecución de López el Capitán General Concha descargó su rabia contra el ciudadano norteamericano John S. Thrasher, socio de la antigua casa de comercio de Charles Tyng and Co. y dueño del diario *El Faro Industrial*. Mr. Thrasher, nacido en Portland, Me., vivía en La Habana desde 1834 y era uno de los más prominentes miembros de la colonia norteamericana, muy relacionado con los cubanos y siempre sospechado de ser antiespañol. Cuando el desastre de la expedición de 1851 y ante la abyecta sumisión del cónsul Owen, tomó sobre sí el deber de ayudar a sus compañeros presos, recogió miles de pesos, ropas, medicinas y comidas, para ellos, y se hizo odioso a Concha y a sus esbirros. Preso e incomunicado en octubre de 1851, sin protección de su consulado, fué juzgado y condenado a presidio, "como español", y enviado a España. Aquí surgió otro incidente al que en vano Fillmore y Webster quisieron disimular y restarle importancia. Los padres, los demás familiares y los amigos de Thrasher apelaron al gobierno de Wáshington, a los congresistas y a la prensa, con sus denuncias y sus quejas, y de nuevo Fillmore y Webster trataron de salir del paso con ruegos al ministro Calderón de la Barca y sin hacer la correspondiente reclamación.

El interés del Presidente Fillmore y de Webster estaba en dar satisfacciones a España, en ganarse su simpatía y su confianza y por eso mismo pusieron cuanto estuvo en su mano en el empeño de desagraviar a España por los motines antiespañoles de Nueva Orleans y de Cayo Hueso. El mensaje presidencial del 2 de diciembre de 1851, a vuelta de pasar como por sobre ascuas por el tema de las atrocidades cometidas en Atarés, que

ni siquiera eran mencionadas como tales, sino como la justificada ejecución de los invasores de Cuba, repetía todas las acusaciones y condenaciones del gobierno de Wáshington contra sus propios ciudadanos, así como la declaración de que habían perdido todo derecho a ser protegidos, y luego entraba a considerar el motín de Nueva Orleans contra el cónsul Laborde y el periódico español *La Unión*. Fillmore pasaba por alto todas las violaciones de la soberanía norteamericana cometidas por Laborde y los insultos que él y el diario español lanzaban contra los Estados Unidos y su gobierno: lo que le interesaba era complacer a España y a Calderón de la Barca aun a costa de una humillación oficial norteamericana que años más tarde, y con mucha mayor justificación para otorgarla, otro presidente de los Estados Unidos le negaría a Italia en la propia Nueva Orleans, porque no mediaban las mismas circunstancias de obsequiosa complacencia que inspiraban a Fillmore y a Webster al pedir satisfacciones para España. (517)

A petición de Fillmore, el Congreso de Wáshington finalmente concedió un crédito de veinte y cinco mil pesos para indemnizar al procaz Laborde y a *La Unión* por las pérdidas que habían sufrido, o sea, que sus insultos y provocaciones eran recompensados generosamente por los mismos a quienes habían insultado y provocado. Además, se convino en rendir honores oficiales a la bandera española en Nueva Orleans. El 19 de noviembre de 1851 ya Mr. C. M. Conrad, secretario de la Guerra, expidió órdenes al general D. E. Twiggs, comandante de la Western Division del ejército norteamericano, para que saludase la bandera del buque en que Laborde regresara a Nueva Orleans. Laborde esperó un poco más, a pesar de sus bravatas, y llegó a Nueva Orleans el 9 de febrero de 1852 a bordo del crucero español *Colón*. El general Twiggs encontró dificultades para cumplir la orden de la Secretaría de la Guerra, porque no tenía una bandera española; pero el *Colón* se la prestó para que se dispararan treinta y un cañonazos en su honor mientras el populacho de Nueva Orleans se burlaba de la ceremonia de desagravio.

Todo esto lo habían hecho Fillmore y Webster con la esperanza de que esas claudicaciones serían gratas a España y prepararían el terreno para la anexión realizada de acuerdo con el gobierno de Madrid; pero no porque ellos, como tampoco sus antecesores y sucesores, fuesen partidarios de que España que-

dase como dueña de Cuba de manera permanente. La condenación contra Narciso López y sus expedicionarios se hacía porque interferían con los planes anexionistas y buscaban la independencia de Cuba y porque las expediciones se hacían en nombre de la República de Cuba, como ya hemos demostrado con documentos fehacientes. La prueba de que los Estados Unidos, hasta con Fillmore y Webster, no estaban dispuestos a garantizarle su soberanía sobre Cuba, se produjo cuando el gobierno de Madrid logró el apoyo de Francia y la Gran Bretaña para el propuesto convenio tripartito, entre Estados Unidos, Francia y la Gran Bretaña, en favor de la soberanía española sobre Cuba. Como veremos en seguida, la proposición fué rechazada sin la más remota alusión a la posibilidad del establecimiento de la República de Cuba o sea, que las potencias europeas y los Estados Unidos consideraban el porvenir de Cuba como un problema a discutir y decidir por esos países, sin contar con el pueblo de Cuba. Eliminado Narciso López, el campeón de la independencia de Cuba que no se había comprometido a la anexión y que prometía la República de Cuba, sin que hubiese quien se mostrase capaz de seguir sus ejemplos, en Wáshington planteaban el dilema de que Cuba seguiría siendo española y si dejaba de serlo, lo sería para convertirse en norteamericana.

2. La actitud de las potencias ante la Revolución Cubana.

Tan fué aquélla la época de Narciso López, la de 1848 a 1851, en la historia de Cuba, por encima de toda otra actividad u opinión de los cubanos, que no sólo afectó a Cuba, sino que la Revolución Cubana representada por el valiente caraqueño también afectó a España y a los Estados Unidos y se convirtió en preocupación extraordinaria de las potencias europeas. Se hablaba de Cuba en la prensa mundial y el tema de Cuba lo estudiaban las cancillerías y lo discutían en las Cortes españoles, el Parlamento británico, la Asamblea francesa, el Congreso norteamericano y mantenía la atención de políticos y diplomáticos porque Narciso López, a fuerza de audacia, de sacrificios y de empeños, le había dado jerarquía internacional. Narciso López, al perecer en el cadalso, ganaba una última victoria para Cuba porque fué por él, por sus heroicos esfuerzos y su martirologio, que las potencias europeas prestaron atención a la cuestión de Cuba y al mismo tiempo que prevenían a los Estados Unidos contra la anexión, insistían con España para que llevase a cabo reformas políticas, sociales y económicas, en Cuba, que agradasen a la población cubana y la tranquilizaran. Saco, del Monte y los ilusos reformistas partidarios de la dominación española liberalizada, nunca pudieron lograr de Francia y de la Gran Bretaña que ejercieran presión sobre el gobierno de Madrid en favor de las reformas en Cuba. Narciso López sí lo logró, a costa de su propia vida, porque no sólo dió a los cubanos la bandera y la constitución de la República de Cuba, con exponentes concretos de lucha por la independencia que formarían la tradición revolucionaria cubana en el porvenir, sino que proporcionó a Francia y la Gran Bretaña los argumentos que esgrimieron para criticar a España los errores del coloniaje, por lo que bien puede decirse que así se echaban los cimientos sobre los cuales un día se construiría la independencia de Cuba con plena justificación internacional.

Jerónimo Becker, el historiador de las relaciones exteriores de España, dedica varios capítulos de su obra a tratar de los problemas surgidos por los movimientos revolucionarios de Narciso López. Claro que lo hace partiendo del supuesto equivocado de que López laboraba por la anexión y que en ningún momento considera a la República de Cuba, que era el anhelo de López, apartado de los anexionistas de Cuba y de los Estados Unidos y hostilizado por ellos; pero, ¿cómo se le pudiera pedir a Becker que estuviese al tanto de esa distinción entre los dos grupos de conspiradores de 1848-1851, al escribir sobre este tema ya hace más de treinta años, cuando todavía hay pretensos historiadores cubanos que se aferran a ese error y que no quieren librarse de los prejuicios formados al calor de la ignorancia y la incomprensión?

Becker hace notar que Fillmore acusó a López y a sus expedicionarios de moverse por el robo y el pillaje, y elogia con entusiasmo a Fillmore y a Webster por la "sinceridad de sus intenciones" (518) en cuanto a perseguir a quienes trataban de invadir a Cuba con propósitos revolucionarios. El mismo destaca que Fillmore, "...dando una nueva prueba de la sinceridad de sus intenciones", ratificó sus propósitos y recibió mensajes de gracias del gobierno español; pero cuando surgieron nuevos incidentes entre España y los Estados Unidos por los motines

de Cayo Hueso y Nueva Orleans, así como por la detención en alta mar del vapor mercante norteamericano *Falcon*, por un crucero español, las relaciones entre los dos países se hicieron tirantes. El ministro de Estado del gobierno de Madrid era el Marqués de Miraflores y no se conformó con sus protestas y reclamaciones altaneras en Wáshington, sino que buscó el apoyo de Francia y de la Gran Bretaña para que ejercieran una presión combinada sobre los Estados Unidos, "negociando con ellas con feliz éxito", como hizo constar en sus memorias, aunque sin decir toda la verdad acerca de lo ocurrido.

Aclara el historiador de la diplomacia española que los Estados Unidos dieron satisfacción a España por los sucesos de Nueva Orleans; pero que, al mismo tiempo, el gobierno de Madrid "...gestionó en Europa lo que era indispensable al mantenimiento de la soberanía de España en la Gran Antilla". Esto se hizo aun antes de la *Expedición de la Vuelta Abajo*, porque a mediados de julio el diputado a Cortes Jaime Badía, amigo de Saco y de del Monte y antiguo residente en Cuba, interpeló al gobierno español en relación con los proyectos revolucionarios de Narciso López y la política que seguiría España en cuanto a ellos, al mismo tiempo que afirmaba que en los Estados Unidos gobernaban las ideas, una vez que eran populares. Ya en ese debate el Marqués de Miraflores solicitó de Badía que retirase su interpelación porque las escuadras de Francia y la Gran Bretaña, así como las relaciones con ambos países "...nos ofrecen medio seguro de conservar la integridad de nuestro preciosa Antilla". (519) España, pues, desde los primeros momentos y mientras Fillmore y Webster se lisonjeaban con la esperanza de que el gobierno de Madrid creía en su buena fe, ya se había buscado dos valedores frente a los Estados Unidos.

Era un hecho que los buques de guerra de Francia y de la Gran Bretaña tenían órdenes de actuar en apoyo de la dominación española en Cuba contra los buques expedicionarios procedentes de los Estados Unidos. El 5 de septiembre de 1851 el Foreign Office había comunicado esas noticias al gobierno español y había dado instrucciones a su legación en Wáshington para que hiciera las advertencias del caso a los Estados Unidos, como así se hizo. El Marqués de Miraflores contestó con la declaración de que la nota confidencial que acababa de recibir en ese sentido

> ... confirma la noble resolución adoptada por el Gobierno inglés de oponerse decididamente a los atentados que con desprecio de la ley de las Naciones se están cometiendo de algún tiempo a esta parte en varios Estados de la Confederación americana. El paso dado por el Gabinete británico cerca del de Wáshington es tan franco como cumple a la lealtad de la gran Nación inglesa, y será tan eficaz como desea la España para evitar las tristes escenas de que acaba de ser teatro la Isla de Cuba El Gobierno de S. M. felicita cordialmente al de S. M. Británica por una resolución que le coloca a tanta altura entre las Naciones del Mundo y se felicita a sí mismo por la insigne muestra de amistad que en esta ocasión ha recibido de su antigua aliada, la Gran Bretaña... (520).

Como se ve, el apoyo británico para que Cuba no fuese libre en 1851, borraba el recuerdo de la Armada Invencible, Drake, Morgan, Albemarle, Gibraltar, la ayuda británica a Bolívar y a San Martín y la presión de los abolicionistas ingleses para que España cumpliese su promesa de suprimir la libertad en Cuba. ¡Ya Albión no era pérfida, sino leal, noble y antigua aliada! En esos mismos días el Capitán General Concha escribía a Madrid y sin tapujos denunciaba al cónsul inglés en La Habana, Mr. Crawford, y a su gobierno, de dar alientos al movimiento cubano por la independencia y se quejaba de que Mr. Crawford siempre usaba la palabra "independencia" y no "anexión", al referirse a los objetivos de Narciso López y los conspiradores de la época. (521)

Entre los papeles de Webster figura un despacho confidencial del ministro de los Estados Unidos en Madrid, Mr. David Barringer, acerca de la política que seguía el gobierno español hacia la república norteamericana en los mismos momentos en que Fillmore y Webster trataban de conquistar sus simpatías a fuerza de claudicaciones. En ese despacho decía Mr. Barringer.

> ... A toda prisa me aprovecho de la oportunidad que se me ofrece con el viaje de un norteamericano para los Estados Unidos, desde esta ciudad, para incluirle un ejemplar del *Times*, de Londres, del 19 del actual, que contiene un importante editorial acerca de los recientes sucesos en Cuba y en los Estados Unidos.
>
> Presumo que a estas alturas ya Ud. tiene despachos acerca de la política seguida por Francia y la Gran Bretaña en estas cuestiones, enviados por nuestros respectivos ministros ante ambas cortes (NOTA DEL AUTOR.—Todavía Francia era una república; pero Mr. Barringer se anticipaba al imperio de Napoleón III).

> En una conversación casual que tuve hoy con el Ministro de Estado de este gobierno, me expresó su sincera esperanza de que todas las dificultades existentes entre nuestros países sean amigablemente resueltas. Uno de mis temores, sin embargo, es que el tono de desafío y de insulto en que se complace la prensa de este país, puede que no sea el más beneficioso en cuanto a sus efectos sobre la opinión pública del nuestro... (522) (Traducción de H. P. V.)

Pocos días después Fillmore tenía más concreta información acerca del resultado de sus claudicaciones para con España y la sinceridad del gobierno de Madrid cuando se manifestaba esperanzado de llegar a un acuerdo con los Estados Unidos. Esa información aparece en una carta de Fillmore a Webster en la que le decía:

> ... Mr. Rives (W. C. Rives era el nombre del ministro de los Estados Unidos en Francia) escribe para decir que se ha firmado un tratado entre Francia, España y la Gran Bretaña, para garantizarle a España la dominación de Cuba, pero no nos envía el tratado, ni su texto, ni su fecha. El encargado de Negocios de la Gran Bretaña nos da noticia verbal de que Inglaterra ha ordenado a sus buques de guerra que protejan a Cuba contra la invasión procedente de nuestro país; pero agrega que nada sabe acerca de ese tratado. Se le ha escrito a Mr. Rives para que complete su información. Me parece que semejante paso por parte de la Gran Bretaña está mal aconsejado, y si se repite otra tentativa contra Cuba (lo que confío que no suceda), todo intento para impedir tales expediciones, realizados por cruceros británicos, necesariamente tendría que comprender el derecho de registrar nuestros buques que constituyen una buena proporción de la marina mercante en esos mares, para determinar quiénes podían ser arrestados y quiénes podían pasar. Y esto sería en extremo mortificante y llegaría a perturbar las amistosas relaciones existentes entre ambos gobiernos... (523) (Traducción de H. P. V.)

La sinceridad de Fillmore y todas sus altisonantes declaraciones de la Ley de las Naciones y los deberes para con los países vecinos, que el gobierno de Wáshington había esgrimido en el caso de Cuba para impedir su independencia y para preparar el camino en favor de la anexión mediante un acuerdo con España, no quedaron muy bien paradas cuando en esos mismos días México le pidió a Fillmore que expidiese una proclama similar a la del 25 de abril de 1851, esta vez contra los aventureros que organizaban en Texas una expedición contra México. Aunque, finalmente, Fillmore expidió dicha proclama, no tan terminante como la empleada en cuanto a Cuba, le escribió a

Webster para decirle que los casos eran distintos y que no era prudente generalizar la aplicación de tales proclamas. En esa carta a su secretario de Estado, agregaba Fillmore:

> ... Después de que le escribí la anterior he sabido que el ministro de Francia ha dicho, aunque con dificultad, que su gobierno ha dado a la escuadra de las Antillas órdenes similares a las dictadas por la Gran Bretaña para sus buques en el caso de Cuba. Un despacho de Mr. Rives acerca de la conversación sostenida con el secretario de Asuntos Extranjeros del Gobierno de París, dice que el diplomático francés negó todo propósito intervencionista por parte de su gobierno.
>
> Todo esto presenta un estado de cosas bien singular y luce como si hubiese una pequeña intriga por parte de Francia y la Gran Bretaña para cortejar a España y, en lo posible, no ofender a los Estados Unidos. Por lo menos parece que Francia lo ha querido así... (Traducción de H. P. V.)

El *Times*, de Londres, en su edición del 25 de septiembre de 1851, había publicado que Francia reforzaba su escuadra en las Antillas, con instrucciones de que ayudase a España si así lo necesitaba; pero agregaba que la Gran Bretaña no había adoptado medidas especiales acerca del particular, a pesar de lo mucho que le interesaba la cuestión. El gobierno de Londres, sin embargo, aprovechó la extravagante e insincera expresión de gratitud enviada por el Marqués de Miraflores, para dar a España algunos consejos acerca de Cuba, consejos que se basaban en las conspiraciones cubanas de la época y en las tentativas revolucionarias de Narciso López, y no en el enfermizo e ineficaz reformismo de del Monte, Saco y sus adláteres. Los puntos de vista del Foreign Office recomendaban reformas liberales en el régimen colonial existente en Cuba, que debían ser implantadas a tiempo para evitar nuevos brotes revolucionarios. Como destaca Becker en su obra, España declinó el complacer a la Gran Bretaña y planteó la tesis de que Cuba no era un país que pudiese disfrutar de libertades.

El Departamento de Estado, al fin y al cabo, se vió obligado a tomar en consideración las noticias que recibía sobre la acción naval conjunta anglo-franco-hispana para mantener la dominación española en Cuba. Lo hizo así mientras toleraba que Calderón de la Barca, por escrito, le decía que "una bala norteamericana" había matado al general Enna, que España sostendría a todo trance, sus derechos y su honra, sin arredrarse por nada, y que si los Estados Unidos no daban una satisfacción amplia, cual

cumplía "...al honor castellano...", los norteamericanos residentes en Cuba serían expulsados. (524) A la interpelación hecha por la Secretaría de Estado contestó el Conde de Sartiges, ministro de Francia en Wáshington, que los territorios que las potencias europeas tenían en el Nuevo Mundo formaban parte del sistema de política continental de las mismas, por lo que

> ... en virtud de este principio de derecho común, manifiesta su interés por la seguridad, amenazada en plena paz, de una isla que es territorio español según los tratados vigentes. Por este interés, Francia ha tomado en seria consideración la declaración de los Estados Unidos de que no podía ver con indiferencia que la Isla de Cuba pasase de manos de los españoles a las de otro Estado europeo. El Gobierno francés piensa de la misma manera que, en el caso de que conviniese un día a los intereses de España, renunciar a la posesión de Cuba, la posesión de esta Isla o su protectorado no debería recaer en ninguna de las grandes potencias marítimas del mundo... (525).

Esta declaración de la Segunda República Francesa proporcionaba una excelente oportunidad al Presidente Fillmore, si de veras hubiese estado en contra de la anexión de Cuba a los Estados Unidos, para hacer un pronunciamiento en favor de la independencia de Cuba, que habría obligado a Francia y a la Gran Bretaña a manifestarse partidarias de la solución de la independencia; pero Fillmore estaba en contra de las expediciones y los movimientos revolucionarios de López porque no facilitaban la anexión, sino que la hacían imposible, y antes de mucho y de la manera más terminante aclararía que él no hacía ascos a la adquisición de Cuba cuando calificaba a López y a sus compañeros de piratas y ladrones, dignos de la pena capital.

Desde el 16 de septiembre de 1851 España había enviado una real orden circular a sus representantes diplomáticos en el extranjero en la que denunciaba "la impotencia o tolerancia" del gobierno de Wáshington en cuanto a las expediciones a Cuba, llamaba "desenfrenada e insolente democracia" a los estados del Sur, calificaba a todo el pueblo norteamericano de "audaz y turbulento", invitaba a los demás países a marcar el alto a quienes despreciaban la fe de los tratados y se conducían como las naciones bárbaras, y señalaba que los Estados Unidos "bajo la bandera de la licencia política y de la piratería", pudiera un día invadir a Europa. (526) En el caso concreto de la Gran Bretaña, la circular de referencia fué acompañada por la notificación de que España iría a la guerra y emplearía corsarios contra los Estados Unidos. Parece inconcebible que, con la impopularidad en que había caído el gobierno de Madrid en la vida internacional, no hubiese por lo menos un país que se prestase a revelar el contenido de la circular del 16 de septiembre: pero en Wáshington permanecieron inconmovibles en su resolución de complacer a España y de atraerse sus simpatías, sin parar mientes en insultos o acusaciones: eso siempre era preferible a manifestar una opinión favorable a la independencia de Cuba.

La diplomacia norteamericana no podía ignorar que la actitud de Francia y la Gran Bretaña contra la anexión de Cuba a los Estados Unidos tenía mucho que ver con su política contraria a la esclavitud, ya que la esclavitud, que estaba en crisis en Cuba bajo la dominación española, se habría consolidado si la Isla pasaba a poder de los Estados Unidos. No había ni podía haber genuina simpatía del gobierno de Londres por la dominación española en Cuba cuando España hacía más de treinta años que se burlaba de sus más solemnes tratados con la Gran Bretaña por la supresión de la trata de esclavos y hacía poco tiempo de que el gabinete de Madrid había ordenado la expulsión del ministro de S. M. Británica en España, Sir Henry Lytton Bulwer. El representante diplomático español en París, Marqués de Valdegamas, escribía a su cancillería para informarle que Palmerston, el jefe del gabinete británico, había acogido fríamente los sondeos de Francia para una declaración en contra de los Estados Unidos, en el caso de Cuba.

Ya entonces comenzaban los conciliábulos para un tratado anglo-franco-norteamericano que garantizase a España la posesión de Cuba, que era lo que España reclamaba de las potencias europeas y que éstas contemplaban con evidente desgano por las quejas que tenían en cuanto a la política colonial de España en Cuba. Los Estados Unidos pudieran haber desbaratado esa maquinación con la declaración de que no aspiraban a quedarse con Cuba y de que no se comprometían a nada en cuanto a la posibilidad de independencia; pero Fillmore y Webster no estaban dispuestos a hacer semejante promesa cuando contemplaban la otra posibilidad, la de la anexión, y no querían la independencia. Los historiadores de la época de Narciso López no toman en cuenta, en ningún momento, el punto fundamental de

que ni Polk, ni Taylor, ni Fillmore, y tampoco sus secretarios de Estado, Buchanan, Clayton y Webster jamás tuvieron un documento firmado por Narciso López en el que propusiese y ofreciese la anexión de Cuba a los Estados Unidos, cosa ésta que sí hicieron los revolucionarios cubanos de la Guerra de los Diez Años. La conclusión inescapable en la Casa Blanca y en el Departamento de Estado era la de que el caudillo de aquellos movimientos revolucionarios, de 1848 a 1951, no era anexionista, no buscaba compromisos que hicieran posible la anexión y preparaba la independencia de Cuba y la constitución de la República de Cuba como necesariamente tenía que ser, sin esclavos, todo lo cual venía a ser un problema de la mayor magnitud para los Estados Unidos, divididos como estaban en lo que Lincoln señalaría después como el complejo nacional norteamericano de un país, mitad de libres y mitad de esclavos. ¡Qué satisfacción habrían tenido los detractores de Narciso López si alguien hubiese podido presentar un documento en el que el infortunado caudillo pedía a los gobernantes norteamericanos la anexión de Cuba a los Estados Unidos! No lo tenían en las cancillerías de Wáshington, Londres, París o Madrid; pero sí había excelentes elementos de juicio acerca de que buscaba la independencia de Cuba y así se lo informaba el cónsul inglés en La Habana, Mr. Crawford a su gobierno y éste se lo comunicaba al de Madrid mientras el Capitán General Concha se esforzaba indignado por rechazar la tesis de la independencia y en decir que sólo se trataba de la anexión. El acuerdo general, pues, de la metrópoli con las potencias, inclusive los Estados Unidos, era el de descartar e ignorar la independencia y el de considerar la anexión. Esta aberrración, por otra parte, era la misma en que caían los reformistas cubanos de la época.

A partir del 31 de diciembre de 1851 las insistentes gestiones de España cerca de Francia y la Gran Bretaña ya habían logrado un acuerdo inicial para proponer a los Estados Unidos una declaración de renuncia específica a la adquisición de Cuba por cualquiera de las tres potencias, aunque la diplomacia española pudo advertir que había recelos entre Francia y la Gran Bretaña y que distaban mucho de estar identificadas en cuanto a sus puntos de vista. No obstante todos los reparos, al fin quedó redactado, en el mes de febrero, el propuesto convenio tripartito, y en las semanas subsiguientes se dieron las instrucciones pertinentes a los representantes diplomáticos de la Gran Bretaña y de Francia para que planteasen la cuestión ante el gobierno de Wáshington. La nota presentada al efecto por el ministro Crampton era el despacho recibido de Lord Malmesbury con tales instrucciones y que decía así:

> ... Los ataques que últimamente se han hecho contra la Isla de Cuba por parte de bandas de aventureros sin ley, desde los Estados Unidos, con el propósito declarado de apoderarse de dicha Isla, han merecido la seria consideración del asunto en cuanto al gobierno de S.M. Británica, muy especialmente así cuando en Londres se muestran muy ansiosos de que no peligren las amistosas relaciones existentes entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos, como pudiera ocurrir con la repetición de tales ataques.
>
> El Gobierno de los Estados Unidos ha declarado repetidamente que no vería con indiferencia el que la Isla de Cuba cayese en manos de otro potencia europea que no fuese España. El Gobierno de S.M. Británica comparte del modo más amplio posible los puntos de vista expuestos por el Gobierno de los Estados Unidos y jamás pudiera ver con indiferencia a la Isla de Cuba en poder de otra potencia que no fuese España.
>
> El Gobierno de Francia, con el cual el Gobierno de S.M. Británica ha estado en comunicación acerca de este importante asunto, cordialmente adopta el mismo criterio y concurre con el de S.M. Británica para pensar que se debe hacer un esfuerzo, de acuerdo con el de los Estados Unidos, para colocar esta cuestión sobre una base que impida todo riesgo de choque entre cualquiera de las tres potencias en el caso de que se repita la agresión contra Cuba.
>
> El Gobierno Británico no titubea para declarar explícitamente que no tiene deseo o intención de apoderarse de Cuba.
>
> El Gobierno Francés ha notificado al de S.M. Británica su completa conformidad con tales sentimientos y su disposición para hacer una declaración formal a ese efecto.
>
> El Gobierno de los Estados Unidos, habiéndose pronunciado también en ese sentido, varias veces y, además, habiéndose esforzado en estos últimos tiempos, en lo que le permitían las leyes, para impedir y frustrar las tentativas hechas por ciudadanos de los Estados Unidos y de otros países contra la Isla de Cuba, el hecho es que los tres países parecen estar de completo acuerdo para repudiar, cada uno por sí mismo, todo pensamiento de quedarse con Cuba y que, de consiguiente, luce como si todo lo que hubiese que hacer fuese dar efectos prácticos a los puntos de vista en común mantenidos por las tres potencias.
>
> Estima el Gobierno de S.M. Británica, y el Gobierno de Francia ha expresado el mismo criterio, que el propósito que se persigue se obtendrá mejor por los tres países por medio de un acuerdo tripartito, ora fuese una convención, ya se tratase del intercambio de notas formales por las

cuales se obligasen, individual y colectivamente, a renunciar ahora y después a toda intención de lograr la posesión de la Isla de Cuba y a desalentar a otros países de toda tentativa en ese sentido... (527) (Traducción de H. P. V.)

El despacho enviado por Malmesbury y que fué leído al secretario de Estado, Daniel Webster, era acompañado del borrador del tratado que proponían Francia y la Gran Bretaña a los Estados Unidos y que sólo contenía dos artículos, el primero de los cuales estipulaba lo siguiente:

... Las altas partes contratantes separada y colectivamente, ahora y en el porvenir, por la presente niegan toda intención de obtener la posesión de la Isla de Cuba, y respectivamente se obligan a desautorizar toda tentativa en ese sentido por parte de toda otra potencia o de individuo alguno.

Las tales partes contratantes declaran, separada y colectivamente, que no obtendrán o mantendrán para ella o para ninguna de ellas, control exclusivo alguno sobre dicha Isla y que tampoco asumirán o ejercerán dominio alguno sobre ella. (528)

Este planteamiento antianexionista no excluía la independencia de Cuba, ya que ni siquiera la mencionaba. Si el Presidente Fillmore en realidad no hubiese sido partidario de la anexión de Cuba a los Estados Unidos; si Daniel Webster de verdad hubiese estado en contra de la anexión de Cuba a los Estados Unidos, o se habrían conformado con lo propuesto, lisa y llanamente, o se habrían aventurado a mencionar una contraproposición por la que la independencia de Cuba quedase a salvo, como una posibilidad más o menos distante. Pero Fillmore y Webster, quienes habían llamado piratas, bandidos, ladrones y saqueadores a Narciso López y a sus compañeros que hacían la revolución en nombre de la República de Cuba, no renunciaban a la anexión de Cuba a los Estados Unidos y esperaban lograrla a fuerza de concesiones a España y de claudicaciones ante ella, concesiones y claudicaciones entre las cuales se contaron las persecuciones contra las expediciones de López y la humillante tolerancia ante las atrocidades cometidas por España, los insultos que dirigía contra los Estados Unidos y las maquinaciones que llevaba a cabo con las potencias europeas para amedrentar a los Estados Unidos. Fillmore y Webster querían la anexión por acuerdo con España y las expediciones de López, que buscaban la independencia de Cuba, hacían imposible ese acuerdo.

Las instrucciones que con fecha 8 de abril de 1852 dió el Marqués de Miraflores a Calderón de la Barca, ya le prevenían para que apoyase la gestión de los diplomáticos británicos y franceses ante la cancillería de Wáshington y le indicaban que si los Estados Unidos rechazaban la propuesta convención tripartita, era deber del diplomático español el lograr que el gobierno norteamericano apareciese opuesto a la anexión.

Transcurrieron los últimos días del mes de abril y luego los de mayo y junio sin que Webster diese respuesta a la proposición anglo-francesa. El 8 de julio de 1852 los representantes de Francia y de la Gran Bretaña hicieron un recordatorio conjunto a la cancillería de Wáshington, en el que hacían observar que sus gobiernos respectivos esperaban la contestación de los Estados Unidos. Webster descuidó la Secretaría de Estado durante la mayor parte del año de 1852, en parte por sus esfuerzos para lograr la postulación presidencial que siempre había ambicionado; pero también porque el mal que le llevaría a la tumba, que era una cirrosis del hígado, avanzaba rápidamente. De todos modos, no le faltaban hábiles asesores en la cancillería para que redactasen la respuesta debida y hasta pudo haber apelado a Edward Everett y algún otro amigo, como había hecho en casos anteriores, para que le auxiliaran; pero prefirió posponer y hasta dejar sin contestación lo que le proponían Francia y la Gran Bretaña, de acuerdo con España, para que los Estados Unidos no se comprometiesen por un tratado a renunciar a la anexión de Cuba. El propio Presidente Fillmore pudo haber exigido que no se demorase más la respuesta pedida; pero tampoco lo hizo y Webster murió, en octubre de 1852, sin que hubiese hecho buenas por medio de un tratado todas aquellas declaraciones, intrigas y concesiones beneficiosas a la dominación española en Cuba a las que había estado dedicado cuando Narciso López quería el establecimiento de la República de Cuba.

Correspondió a su sucesor en la cancillería, Edward Everett, consultor y hasta colaborador de Webster en la preparación de documentos oficiales, el dar respuesta a la proposición anglo-francesa, ¡siete meses después de que había sido hecha! Everett no se conformó con una simple declaración contentiva de la opinión de los Estados Unidos en contra del tratado. Por su formación intelectual, de erudito, por sus antecedentes de diplomá-

tico y de maestro, y por su complejo de intelectual de la Nueva Inglaterra dominado por los recelos en cuanto a la superioridad de que alardeaban los europeos, Everett necesitaba escribir un documento de estado, solemne y cuajado de razonamientos que en ningún momento tuviesen expresión favorable a la independencia de Cuba sin esclavos, aunque esto último era lo que había derecho a esperar de un educador puritano con pretensiones de reformador humanitario.

El extenso documento con que Mr. Everett rechazó la propuesta anglo-francesa no hay por qué transcribirlo aquí; pero basta decir que el secretario de Estado del Presidente Fillmore tuvo muchos y muy sólidos argumentos para rebatir la política adoptada por Francia y la Gran Bretaña en la cuestión de Cuba y para demostrar a ambas potencias que no tenían el más mínimo derecho, con sus antecedentes y con la actuación que desarrollaban en aquellos mismos momentos, para pedirles a los Estados Unidos que se comprometiesen a no aspirar y no aceptar la anexión de Cuba. Más aún, el gobierno de Fillmore, por boca de Mr. Everett, se declaraba partidario de la anexión de Cuba cuando fuese posible lograrla de acuerdo con las conveniencias norteamericanas; pero aquel demócrata y abolicionista de mentirijillas, de la Nueva Inglaterra, se hermanaba con los imperialistas europeos y con los esclavistas del Sur para prescindir de toda alusión a la independencia de Cuba y al establecimiento de la República de Cuba. Esa solución racional, humana, liberal, progresista y americana, no existía para Fillmore, Everett, Concha, Miraflores, Malmesbury y Turgot, todos ellos de acuerdo en que Cuba no debía ser libre, aunque conviene hacer la distinción de que Concha, Miraflores, Malmesbury y Turgot no alentaban pretensión alguna de ser partidarios de la democracia, ni consideraban al Nuevo Mundo el Continente de la Libertad, y en cuanto a Concha y Miraflores, se favorecían con la esclavitud, mientras que Fillmore y Everett pretendían aparecer como gobernantes de ideas liberales, progresistas y justicieras. (529)

Ahora bien: ¿cuál es la conclusión inescapable de que Fillmore, Webster y Everett se declarasen partidarios de la anexión de Cuba a los Estados Unidos y, al mismo tiempo, persiguiesen y destruyesen las expediciones de Narciso López y calumniasen e insultasen a éste y a sus compañeros con la misma saña e idénticas expresiones que las que utilizaban los españoles? No hay ni puede haber otra explicación sino la de que López y sus esfuerzos revolucionarios eran un obstáculo insuperable para la anexión porque estaban encaminados a lograr el establecimiento de la República de Cuba, libre e independiente.

Después de estos incidentes todavía hubo otros entre los Estados Unidos y España, por causa de Cuba, como fueron las arbitrariedades del Capitán General de Cuba con el vapor correo norteamericano *Crescent City*, las actividades de la *Orden de la Estrella Solitaria*, las imprudentes manifestaciones anexionistas del nuevo ministro de los Estados Unidos en Madrid, Mr. Pierre Soulé y los escándalos de la Conferencia de Ostende y del manifiesto de la diplomáticos allí reunidos, en favor de la anexión de Cuba a los Estados Unidos; pero todo eso ya fué agitación anexionista norteamericana de la que participaron algunos cubanos. Este tema será objeto de un detenido estudio, en otro libro, por el autor de esta obra, ya que tenemos para ello excelente documentación inédita acerca del general John A. Quitman y los conspiradores de entonces.

El lector tiene que convenir con nosotros en que tan pronto llegó a su fin la época de Narciso López, con la muerte del héroe en el cadalso, el período que siguió fué de completa agitación anexionista sin la más remota alusión a la independencia para el establecimiento de la República de Cuba, que López había proclamado en múltiples ocasiones, en sus proclamas, en sus proyectos constitucionales, en su correspondencia, en sus conversaciones y en documentos diversos.

Las potencias, los Estados Unidos inclusive, al desaparecer Narciso López, estaban de acuerdo en que Cuba no fuese libre y después diferían en cuanto a si debía seguir siendo colonia española o si tenía que incorporarse a los Estados Unidos. Con Narciso López y su época no había sido así y la posibilidad concreta de la independencia de Cuba y de la instauración de una nueva nacionalidad que hasta hubiese incluído a Puerto Rico, había estado siempre presente.

3. Los cubanos y el fracaso de los esfuerzos libertadores de Narciso López.

Nos dice Villaverde en su *Diario*, anotación del martes 23 de septiembre de 1851, que el autor del informe de la Junta de La Habana, publicado anónimamente en el *Herald*, de Nueva

York, y luego en otros periódicos, y en el que se culpaba a Narciso López por el fracaso de la expedición de la Vuelta Abajo, lo fué Lorenzo de Allo. Agrega el autor de *Cecilia Valdés* que el día 9 de septiembre, al visitar en Nueva York a Rodríguez de Mena, se encontró allí con Lorenzo de Allo, recién llegado de La Habana, quien llevaba noticias de que Manuel Costales y Manuel H. Ramírez habían sido desterrados, de que Carlos Collins había sido puesto en libertad por servicios prestados al gobierno español, de que Domingo de Goicou[illegible] había sido arrestado y de que Esteban Díaz, uno de los más importantes jefes revolucionarios de La Habana, había traicionado el movimiento. Los días subsiguientes Villaverde había asistido a otras reuniones en las que las críticas a Narciso López habían sido frecuentes y el 21 de septiembre el *Herald* había publicado los descargos de la Junta de La Habana, sin que Villaverde supiese quién era el autor de ese informe que tendía "...a echar toda la culpa del desastre de la revolución de Cuba al Gral. López". Las quejas de Villaverde por esos injustos ataques, hechos públicamente, le llevaron a saber que el autor era Lorenzo de Allo, con quien sostuvo una acalorada discusión. Ahora bien, Lorenzo de Allo, aparte de haber escrito una oda de escaso valor literario en homenaje a Narciso López, fué también el autor de dos de los folletos en favor de la anexión publicados en Nueva York con el seudónimo de *El Discípulo*, en la famosa polémica con José Antonio Saco. Así resultaba que el crítico más duro e implacable de Narciso López, cuando hacía pocos días de su ejecución, era uno de los más intransigentes partidarios de la anexión de Cuba a los Estados Unidos, defensor de esa tendencia hasta el último día de su vida. Como ya había ocurrido años atrás con los anexionistas del *Consejo de Organización y Gobierno Cubano*, de quienes se separó López para organizar la *Junta promovedora de los intereses políticos de Cuba*, al morir López eran los anexionistas quienes le atacaban. Como bien dice Vidal Morales no se había querido una invasión real y efectiva que llevase a Cuba la guerra y que produjese la paralización de los negocios, sino que se quería

> ... una correcta amenaza y mantener en jaque al gobierno español para que otorgase concesiones, si bien el general López y los que con él trabajaban de buena fe, ignoraban al principio estas intenciones... (530)

Lo más monstruoso, sin embargo, de la mala fe de los conspiradores habaneros, partidarios de la anexión, contra Narciso López, hace muchos años que se publicó y si José A. Fernández de Castro, que fué quien lo hizo, ni siquiera entendió la enorme importancia del documento para probar la realidad de que López no era anexionista y de que los anexionistas estaban contra él, los historiadores improvisados que siguen siendo detractores de Narciso López y que pretenden ser especialistas en cuanto a Domingo del Monte y sus ideas, tampoco se han dado cuenta de que en noviembre de 1851 los anexionistas de La Habana, por boca de Miguel Aldama, confesaban que Narciso López era un obstáculo para sus planes. Sin embargo, el documento que tal dice hace muchos años que se publicó y nadie puede alegar que sea desconocido. Se trata de una carta de Domingo del Monte a José Antonio Saco en la que, a vuelta de decirle que ciertos amigos cubanos, residentes en San Sebastián, eran partidarios de su folleto contra la anexión, agregaba este párrafo terrible:

> ... los cubanos de la Habana e *incapete*, mi hermano Miguelillo (Miguel Aldama, hermano politico), son de opinion completamente contraria: este me ha soplado una carta fecha el 8 de noviembre, en que á ti y a mi nos pone de retrogrados vejestorios, que no sabemos pizca de lo que pasa en el mundo nuevo y no conocemos la indole de la brillante civilizacion: que el espiritu de la anexion está hoy más vivo que nunca en Cuba y en los Estados Unidos, y que la muerte de Narciso (Narciso López) y la derrota de los invasores ha sido miel sobre hojuelas para la *causa*, porque Narciso (Narciso López) era un obstáculo y la derrota ha probado que los negros se estan quietos y los muy perros se estaran mano sobre mano cuando llegue la cosa á ponerse seria... y que se yo cuantas lindezas por el estilo. Yo estaba en la persuasion de que Pepe (José Luis Alfonso) habria convertido a toda esta gente á la razon; pero me he engañado y lo siento a fe... (530-A)

En ese párrafo del más descarnado realismo está la confesión de que los anexionistas habaneros creían que Narciso López les era un obstáculo. ¿Por qué un obstáculo? Pues porque sabían que no era anexionista y que aspiraba al establecimiento de la República de Cuba. Se habían aprovechado de él y de sus empeños revolucionarios para asustar a España y para preparar el terreno en favor de la anexión; pero le habían traicionado deliberadamente, sin cumplir sus compromisos de ayudarle una vez que hubiese desembarcado. Muerto él por Cuba Libre, tenían el campo abierto para llevar adelante sus planes: o para el refor-

mismo imposible con que soñaban del Monte y Saco y que nunca se implantaría, o para la anexión a los Estados Unidos; pero siempre con exclusión de la solución republicana, que era la de Narciso López. La preocupación principal de los dos grupos era con la actitud que pudieran asumir los esclavos y ya se mostraban convencidos de que no se sublevarían. Del Monte murió poco después y, según José Antonio Echevarría, uno de sus más íntimos amigos, declarándose anexionista. En cuanto a Saco, su pensamiento político no evolucionó con los años porque todavía en plena Guerra de los Diez Años calumniaba a los cubanos revolucionarios porque no habían creído en las reformas que España debía implantar. De todos modos, hay que destacar una vez más el hecho de que había una profunda división entre Narciso López, de un lado, y los anexionistas, y que éstos no tuvieron escrúpulo alguno para lanzarlo a una empresa desesperada y en la que le dejarían solo, para librarse de él como de un obstáculo.

En la carta de De Gournay a Villaverde, fecha a 27 de septiembre de 1851, cuyo original obra en nuestro poder y la cual hemos citado más de una vez, se encuentra un párrafo que dice, con mucha verdad:

> ... Parece que hubo muchas delaciones. Amigo: si en esta revolución hubo mártires y víctimas, si se encontraron nobles patriotas como los Agüero, Betancourt, Armenteros y otros q. han dado su sangre para fecundar las raizes del árbol de la libertad, ¡cuántos traidores y cobardes hemos visto!

Parece que Villaverde siguió preocupado con este asunto porque la anotación del 16 de octubre, que aparece en su *Diario*, dice:

> ... Cuando volvi á casa me puse á escribir un artículo sobre los *españoles cubanos*, cuyos escritos contra la revolucion de Cuba quieren presentar los órganos del Gobierno como prueba de la lealtad de los cubanos. Hasta ahora, que yo sepa, estos no pasan de 4: M. Costales, Rafael Díaz, Antonio González Ponce de Llorente i Miguel de Cardenas i Chavez, i de ellos Costales se que escribió obligado por el Capn. Gral. Ponce de Llorente es venezolano, i Cardenas i Chavez es un tonto de capirote q. las echa de noble. Lo que parece estraño es que R. Diaz (el abogado D. Rafael Diaz), que no ha escrito nunca, salga ahora con la pata de banco q. ha salido, por donde colijo q. en este tal vez ejercieron la misma fuerza q. en Costales...

El *Diario* del insigne novelista, tan rico en información, trae el 22 de octubre la que sigue acerca de la llegada a Nueva York del Dr. Francisco Pérez de Zúñiga, el abogado trinitario que logró escapar del desastre de Armenteros y los suyos, en Trinidad. Pérez de Zúñiga dijo a Villaverde, de la manera más terminante: "Nadie se presentó como se ha dicho; fueron cogidos por su indisciplina".

Cinco días después, el 27 de octubre, hay otra anotación que dice:

> ... Estuve hablando con M. Agüero en la imprta., el que me dijo haber recibido carta de sus hermanas de Pto. Principe i le hacen una relacion de todo lo hecho alli por los patriotas, que nunca numeraron mas de 56 i se dividieron cerca de las Tunas por resultas del encuentro fatal de las dos partidas, despues de lo cual solo quedó en pie la de Agüero con 25. Serapio Recio i un Man. Arteaga han sido unos traidores. El primero, q. debió ser uno de los deportados, se quedó en Cuba por revelaciones que hizo sin duda al Gobierno. Primelles fué el delator de J. Agüero i sus compañeros. El padre de Primelles oculta al hijo porque lo buscan para matarlo...

Los dimes y diretes de los emigrados, entre sí, y de ellos con los conspiradores de Cuba, agravaron las preocupaciones que pesaban sobre Rodríguez de Mena por las fracasadas tentativas revolucionarias, y el 19 de diciembre de 1851 falleció en Nueva York el que había sido uno de los principales jefes de la Junta de La Habana.

No hubo quien diera explicación satisfactoria de la inactividad de los jefes de los grupos de acción que estaban comprometidos para alzarse en La Habana, salvo en el caso de Esteban Díaz ,a quien correspondía encabezar un alzamiento y "se eclipsó", según la frase de Juan Arnao ([531]), aunque fueron varios en acusarlo de que había traicionado el movimiento. Se dijo después por la Junta de La Habana que la sublevación había sido fijada para el 29 de junio y que luego había sido pospuesta por obstáculos de última hora sin que esa demora hubiese sido aceptada por Agüero, en Camagüey y Armenteros, en Trinidad. Como el lector habrá visto ya con los datos aportados en relación con el viaje de Rodríguez de Mena a los Estados Unidos, a fines de junio, se puede aceptar que, en efecto, esa fecha fué la que en primer término se fijó para el alzamiento general y que por eso mismo él emigró con días de anticipación, aunque sin acuerdo previo con Narciso López. Ahora bien, hay prueba bien concreta

de que la sublevación en gran escala fué pospuesta por unos pocos días solamente y de que Joaquín de Agüero, por lo menos, se lanzó a la lucha de conformidad con lo acordado aunque sin lograr que cumpliesen con su deber todos los que se habían comprometido a secundarle. En los archivos del Departamento de Estado, de Wáshington, D. C., se encuentra una copia certificada de la asamblea revolucionaria cubana, celebrada en Camagüey, el 4 de julio de 1851, y ese documento demuestra que sí había un acuerdo general, desde San Antonio a Maisí, para iniciar la Revolución de Cuba. Lo que ocurrió fué que no hubo resolución suficiente para dar cumplimiento a lo acordado. El documento en cuestión dice así, textualmente:

> ... En la ciudad de Puerto Principe, en cuatro de julio de mil ochocientos cincuenta y uno, reunida la junta provincial de los representantes de la Isla de Cuba en la casa del Presidente Dn. Agustin Agüero acordaron: que en virtud de las calamidades y dura opresion que sufren todos los naturales del pais y que cada dia se les recarga más con impuestos y esacciones forzosas para la mantension del egercito opresor y del inumerable cúmulo de empleados ademas de todos los sueldos de la Peninsula que se pagan en esta Isla y por otra parte en vista de las vejaciones y degradasiones que cada dia se esperimentan por el gobierno que alevosamente usurpa nuestros derechos privandonos de representacion y declarandonos viles colonos el degradado gobierno español rejido por dos mujeres deshonrradas con escandalo de todas las naciones civilizadas y atendiendo al voto general de todos los pueblos de la Isla despues de otras consideraciones de mucho peso han venido unanimemente en declarar independiente la Isla de Cuba del gobierno y peninsula española para que á la faz del Universo se le reconozca como nacion independiente que espontaneamente se pone bajo la protecsion y amparo de la Republica de los Estados Unidos cuya forma de gobierno hemos adoptado. Dado en la Ciudad de Puerto Principe á cuatro de Julio de mil ochocientos cincuenta y uno. (f) Agustin Agüero y Agüero representante por Puerto Principe.—A. M. Fajardo por la Habana.—S. C. por Villa-Clara. J. E por Cuba (Santiago).—F. M. por Baracoa.—H. C. S. (¿Hilario Cisneros Saco?) por Bayamo.—C. F. por Matanzas.—F. D. por Remedios.—C. Z. M. por Guanajay y Mariel.—F. P. por Bahia Honda y San Diego.—Y. A. por Pinar del Rio y Coloma —M. M. por Mantua. Es copia fiel del original que se conserva en el archivo de Puerto Principe. Jn. Ml. Agüero, Secretario. (532)

Este importantísimo documento demuestra que Joaquín de Agüero no procedió por su cuenta, sino de acuerdo con otros muchos dirigentes revolucionarios que hasta llegaron a celebrar un asamblea en Camagüey, el 4 de julio de 1851, de la cual

él no participó, dicho sea en justicia. Ahora bien lo que sí llama la atención es que la Junta de La Habana, cuyo representante, Antonio María Fajardo, quien sería el informante del comodoro Parker acerca de las matanzas de Atarés, participó de la reunión de Camagüey, después pretendiese acusar a López de haber precipitado los acontecimientos sin la adecuada preparación, como para mejor disimular sus gravísimas responsabilidades ante la inacción de los conspiradores platónicos. ¿Dónde estaban y qué se hicieron los representantes "de todos los pueblos de la Isla" cuando Agüero y Armenteros se lanzaron a la lucha y cuando López desembarcó en la Vuelta Abajo? ¿A qué se dedicaron Fajardo y sus compañeros, en La Habana, el "C. Z. M." de Guanajay y Mariel, el "F. P.", de Bahía Honda y San Diego, el "Y. A.", de Pinar del Río y La Coloma y el "M. M.", de Mantua, quienes sabían de los propósitos de López por las entrevistas sostenidas con su agente, P. F. de Gournay, a quien habían hecho exigencias concretas sobre la necesidad de que llegase la expedición prometida?

De Fajardo sólo sabemos que actuó como acusador con su firma, de las atrocidades cometidas por los españoles en Atarés, por los papeles que el comodoro Parker envió al gobierno de Wáshington y que ya hemos transcrito y comentado. Pero en cuando a Esteban Díaz y F. Martínez, jefes del barrio de Colón, Federico Zenea y Francisco Piñeiro, del de Guadalupe y el de Peñalver, José de los Angeles Morilla y Benito Ragués, del Pilar o el Horcón, y Manuel Lazo de la Vega, de Jesús del Monte, nada hicieron para cumplir sus compromisos. (533) Lo mismo ocurrió con los hacendados Ramón de Osma y Francisco Valdés Herrera, de los alrededores de La Habana, y el comandante retirado Abraham Ayala, de Güines, a quienes también alude Arnao. Tampoco hay una sola noticia más acerca de aquel teniente coronel García Calderón, jefe de uno de los regimientos de la guarnición y en quien se confiaba para que sublevase dicha unidad, a menos que sea él la persona mencionada por De Gournay en su varias veces citada carta a Villaverde, fechada a 27 de septiembre cuando dice que "...Calderón y Ayala se negaron á verme, temiendo que les prendieran".

No puede haber duda de que hubo orden de sublevación y que esa orden señalaba a los habaneros que la Vuelta Abajo sería teatro de la lucha decisiva, al desembarcar Narciso López.

La referida carta del agente De Gournay es buena prueba de ese aserto por lo que dice de su viaje hasta Pinar del Río, las visitas que hizo, las exigencias hechas por los conspiradores y las promesas que empeñó con ellos en cuanto al desembarco de López. Debemos agregar que Julio Esteban Chassagne, el patriota cubano de cuya incorporación a López en la Vuelta Abajo hay datos concluyentes, en su *Diario inédito*, en nuestro poder, señala que él salió de su casa, en Sol No. 17, en La Habana, el 1º de agosto de 1851, para la Vuelta Abajo, y que el día 15 ya se había incorporado a los invasores. Son varias las fuentes documentales, cubanas y españolas, que aluden al caso del farmacéutico Silvestre Pérez de la Hera y el arquitecto Manuel Galeano, ambos enanos, quienes salieron de La Habana a caballo y pretendieron sublevar a la tropa y a los vecinos del Rincón, Ceiba del Agua y San Antonio de los Baños para que apoyasen a Narciso López y a sus expedicionarios. Los dos fueron encarcelados, procesados y condenados a prisión.(534)

Arnao es el único autor que cita el caso de la señorita Francisca González Ruz, en cuya casa escondió armas y municiones el revolucionario Nicolás Piñeiro y que fue perseguida por las autoridades coloniales,(535) y él mismo nos dice que José Victoriano Betancourt, de Matanzas, y Domingo Goicouría y Antonio Mora, de La Habana, le invitaron a que saliese por los campos a sublevar a los campesinos; pero que él decidió que primeramente se entrevistaría con los jefes encargados de las operaciones y los elementos de guerra, y al querer hacerlo se encontró con que Esteban Díaz se había eclipsado, Piñeiro estaba perseguido, Lazo de la Vega, dominado por el terror, se había presentado al gobierno, José de los Angeles Morilla había muerto "...y Federico Zenea nos dió por respuesta que esperaba las órdenes de la Junta, que le había prohibido moverse..."(536) Si esto fué así, entonces la Junta de La Habana fué la gran culpable de la inacción de los que se habían comprometido a ayudar a López, porque dió la consigna de que no hubiese respaldo a los invasores ni lucha alguna.

Todo esto parece llevarnos a la conclusión de que la Junta de La Habana no quería, en realidad, la Revolución Cubana, la que encabezaba Narciso López y la que habían iniciado Agüero y Armenteros. La Junta de La Habana, en 1851 como en 1848, 1849 y 1950, estaba en esa disposición a la que alude

Vidal Morales y que ya hemos citado, de no querer guerra, invasión, paralización de los negocios y, pudiéramos agregar, crisis en la esclavitud. Lo que se quería, de nuevo con las palabras de Vidal Morales, era una amenaza adecuada, que mantuviese en jaque al gobierno español y le inclinase a otorgar reformas.

A pesar del secreto con que la Junta de La Habana ocultó su integración y sus actividades, por lo que llevamos dicho en esta obra sabemos que entre los miembros de la Junta figuraron José Luis Alfonso (hasta que le convino identificarse con el coloniaje), José Antonio Echevarría, Ramón de Palma, Lorenzo de Allo, José Morales Lemus, Miguel Aldama, Anacleto Bermúdez, Carlos del Castillo, Manuel de J. Carrerá, Porfirio Valiente y otros hombres de negocios y abogados y escritores identificados con ellos y que les debían las posiciones que ocupaban. En cierto modo, hasta era natural que no quisieran Revolución Cubana y la República de Cuba libre e independiente, a la que aspiraba Narciso López, y que prefiriesen obtener concesiones y reformas por parte de España, o la anexión a los Estados Unidos si ésta podía lograrse sin que ocurriesen cambios sociales, económicos y políticos, que pudieran perjudicarles en sus intereses. Lo que es bien condenable es que procediesen tan sin escrúpulos al jugar con los ideales de otros hombres y con los esfuerzos y hasta con las vidas de esos hombres, a quienes habían engañado.

Así se explica el que, muerto López en el cadalso y otros muchos patriotas fusilados, con centenares de revolucionarios cubanos o desterrados o en presidio, aquéllos que no habían cumplido sus compromisos de 1848 a 1851 siguieron con las conspiraciones platónicas en las que faltaba la resolución de la lucha a muerte contra la dominación española.

Los que no se habían sublevado prepararon la Conspiración de la Vuelta Abajo, alentaron la publicación del periódico *La Voz del Pueblo Cubano*, se relacionaron con el general John A. Quitman para una expedición que nunca vino, conspiraron con Ramón Pintó, etc., etc., como si con ellos se hubiese podido llevar a cabo el movimiento revolucionario que no pudo llevar adelante el general Narciso López, a pesar de su valor, de su abnegación, de su perseverancia y de su dedicación a la causa de Cuba Libre. Los resultados de todas esas intrigas, vacila-

ciones, egoísmos y flaquezas están escritos en las páginas de la historia de Cuba con procesos, ejecuciones, destierros, etc.; pero nunca con los gloriosos caracteres que para los empeños revolucionarios de Narciso López siempre habrá que emplear, porque entre la época de Narciso López y la época de Carlos Manuel de Céspedes de 1851 a 1868, no hay hechos históricos como los de esas épocas ni figuras que se igualasen a ambos caudillos de la independencia de Cuba.

4. La muerte del traidor Castañeda.

Entre las curiosas y a veces inexplicables reacciones sociales del pueblo cubano, una de las más extrañas es aquélla que le lleva a concentrar su odio sobre los servidores del despotismo, así como a saciar su venganza sobre tales servidores, mientras el déspota mismo, manchado de crímenes, queda incólume. Así ocurrió con el general José Gutiérrez de la Concha, tres veces gobernador de Cuba en un cuarto de siglo y cuyos períodos de mando siempre quedaron marcados por sangrientos hechos represivos, de extremada crueldad.

Los amigos y admiradores de Narciso López dejaron tranquilo a Concha, quien se había ensañado con el caudillo de la Revolución Cubana y le había vejado y maltratado antes de hacerle perecer en el "garrote vil". El objeto del odio y de la venganza de quienes recordaban los sucesos de agosto de 1851, hasta la muerte de López en el cadalso, fué José Antonio de los Santos Castañeda, el traidor de los Pinos de Rangel, el jefe de la ronda de Santa Cruz de los Pinos que se apoderó de Narciso López.

Castañeda aparece en la historia de Cuba de repente, como si saliese por un escotillón, o sea, y su poco envidiable reputación duró poco más de tres años, todo el tiempo que sobrevivió a Narciso López. Los españoles contribuyeron no poco a su trágico fin cuando le convirtieron en el símbolo vivo de la supuesta lealtad de los criollos al régimen colonial, en el hombre que pasaba por encima de toda otra consideración para servir a España y a quien Isabel II, sus ministros, los jefes militares y los elementos todos del coloniaje elogiaban y recompensaban porque, o había sido mal cubano al traicionar al jefe de la revolución liberadora de Cuba si, en realidad, Castañeda era cubano, o porque había usado de todas las malas artes para

con un hombre que le había protegido y se había fiado de él, si en efecto, era español.

El punto de la naturalidad de José Antonio de los Santos Castañeda no está por completo aclarado, al cabo de los años, de manera satisfactoria. La confusión también existió en cuanto a su verdadero nombre, aunque ésta cuestión sí ya está resuelta. De todos modos, el hecho mismo de que haya tales confusiones en cuanto a la identidad del siniestro personaje es la mejor prueba de su baja extracción y de que sólo alcanzó aquella triste prominencia de que disfrutó por lo que se prestó a hacer. Muchos autores se refieren a Castañeda llamándole "isleño", es decir, hijo de Canarias, con ese gentilicio que se emplea en Cuba, a pesar de su condición insular, para designar a los nacidos en las Islas Canarias. Sedano, por ejemplo, al referirse a la captura de López por la ronda de Santa Cruz de los Pinos, dice que era "...capitaneada por un paisano natural de Canarias, llamado Castañeda...".(537) Cierto que el poblamiento de la Vuelta Abajo, en el siglo pasado, atrajo gran número de emigrantes de Canarias y es posible que Castañeda, si no había nacido en las Islas Afortunadas, fuese hijo de "isleño", en primera generación y que por eso le llamasen así. Sin embargo, la partida de defunción de Castañeda lo presenta como "...natural de San Marcos de Artemisa..."(538) y así también lo identificaron los periódicos de la época.(539)

Parece indudable que el general Narciso López, más probablemente en los tiempos en que presidió la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente, pudo hacer un importante favor a Castañeda, procesado por un delito del cual no hay detalles. El joven campesino vueltabajero quedó muy agradecido a su protector y en uno de los viajes de López por la región occidental de Cuba, años después, volvieron a encontrarse y son varios los autores que afirman que López bautizó uno de los hijos de Castañeda, o sea, que ambos eran compadres.

El nombre de Castañeda no aparece junto a los de Utoa, Díaz, Cantos, Blanco y los demás conspiradores de la Vuelta Abajo comprometidos a sublevarse en apoyo de Narciso López; pero esto es explicable si se tiene en cuenta que Castañeda era hombre rudo, de escasa instrucción y sin relieve alguno en la región pinareña. Ahora bien, cuando se había consumado el desastre de la Expedición de la Vuelta Abajo y López se había

quedado con unos pocos fieles partidarios y buscaba eludir a sus perseguidores, el caudillo volvió a encontrarse con su compadre, convertido éste en jefe de una de las rondas que perseguían a los expedicionarios. No es posible precisar si el encuentro tuvo lugar porque López enviase a buscar a su antiguo protegido o porque se viesen casualmente; pero es un hecho que, a pesar del abandono en que le dejaron los conspiradores de la Vuelta Abajo, López tuvo ocasión de recibir noticias y de enviarlas, a su vez, por medio de hombres de contacto situados en diversos lugares de la región en que operó.

El "joven montero", que el 28 de agosto se entrevistó con el brigadier Morales de Rada en *La Vigía* para informarle de que hacía dos horas que había estado hablando con López, quien le había ofrecido dinero para que le guiase a la hacienda San Diego de Tapia,(540) era José Antonio de los Santos Castañeda, quien así se preparaba para traicionar al bravo caudillo, en su desgracia. En agosto de 1930, en presencia de los oficiales de las fuerzas armadas de Cuba con quienes se reconstruyó la ruta de Narciso López en la Vuelta Abajo, nos dijo el anciano Baldomero Quiñones, vecino de San José de los Jaguales y nieto del hacendado Manuel Quiñones, propietario del ingenio *La Vigía del Aguacate,* que López había convenido con Castañeda, en la Sierra de Rangel, que le guiase hasta esa finca, donde pensaba refugiarse, y que por eso mismo no hubo resistencia por parte de López y sus compañeros cuando al día siguiente volvió Castañeda, según lo convenido; pero con la ronda de Santa Cruz de los Pinos y para hacerles prisioneros y ganar las recompensas ofrecidas. El historiador español Zaragoza(541) es quien dice que López y sus compañeros se dirigían a un escondite en los terrenos del ingenio *Limones,* cerca de Los Palacios, cuando fueron sorprendidos por la ronda de Santa Cruz de los Pinos, y que fué Francisco Cea el que se abalanzó sobre López, intimándole la rendición, y que cuando López luchaba con Cea, con ventaja, se adelantó Castañeda, el cual se había quedado rezagado, y le puso su machete en el pecho, al caudillo, al mismo tiempo que le exigía que se rindiese, como así fué. La frase de López sobre que "¡Esto era lo que me quedaba por ver!", se relacionaba directamente con Castañeda, el hombre a quien había protegido y cuyo hijo había bautizado y el mismo que horas antes se había comprometido a

ayudarle para que eludiese a sus perseguidores. Así se comprende la actitud tranquila, de quienes esperan sin alarma, con que el dibujante Mariano Carlés presentó a López y a sus compañeros, mientras Castañeda y los suyos se acercaban a través del bosque y puede vérseles a corta distancia del grupo de sus víctimas. Carlés hizo ése y otros dibujos de la campaña de la Vuelta Abajo, en 1851, a los pocos días de aquellos sucesos y recorriendo el teatro de los hechos. El dibujo, que reproducimos entre las ilustraciones de esta obra, demuestra que López y sus compañeros aguardaban sin preocupación alguna a quienes se les acercaban porque creían que venían a cumplir lo convenido el día anterior.

La traición de Castañeda se hace más grave por todas estas circunstancias; pero a todas ellas se agrega lo referente a los vejámenes y a los malos tratos que dió a aquellos hombres a quienes había engañado vilmente y con los cuales se ensañó de la manera más inhumana. Son los oficiales de las tropas regulares españolas los que aflojan las ligaduras a López y le quitan del cuello el nudo corredizo del cual se servía Castañeda para obligarle a que le siguiese por el camino de San Cristóbal.

Se dijo entonces que había una recompensa de mil onzas oro para el que entregase a Narciso López y que Castañeda fué quien la recibió. Schlesinger recoge esa versión(542) e indica que ese premio correspondió a Castañeda; pero el traidor tuvo muchas otras mercedes y demostraciones de la gratitud de España, que constan de manera fehaciente.

La R. O. No. 77, de 31 de enero de 1851, comunicaba al Capitán General Concha, quien ya había recibido en su despacho a Castañeda, lo siguiente:

> ... S. M. la Reina (q. D. g.) á quien he dado cuenta de la carta de V.E. de 3 de diciembre ultimo recomendando de nuevo los meritos y servicios prestados por Don José Antonio Castañeda en la invasion de los piratas que acometieron esa Isla, y aprehension de su gefe el traidor Narciso Lopez, manifestando ademas que Castañeda salia en el Vapor Caledonia con direccion á esta Corte á fin de presentar personalmente á S.M. el homenage de su adhesion y gratitud por las gracias que habia recibido, se ha dignado oir con agrado dicha manifestacion, y dispensarle la honra de admitirle en audiencia particular á besar su Real Mano y la de su Augusta Hija la Princesa Heredera: y deseando recompensar al mismo tiempo la lealtad de esos fieles y beneméritos habitantes en la persona de Don José Antonio Castañeda, natural

de esa Isla, se sirvió ordenar que el Consejo de Ultramar le propusiera las gracias que habida consideracion á las circunstancias y méritos de Castañeda podria acordarle la munificencia soberana; y en su consecuencia el Consejo consultó lo que tuvo por conveniente y S.M. de acuerdo con el de Ministros se ha dignado resolver: Primero. Que á Castañeda se le confiera el empleo de Capitan de milicias rurales de Caballeria con el haber íntegro que le corresponde en activo servicio: Segundo. que el Gobierno costée á sus dos hijos varones Don Basilio y Don Simon desde la edad de siete años hasta la de veinte y uno cumplidos, su educación en algun Colegio ó establecimiento literario de esa Isla ó la Peninsula, satisfaciendo la pension que en ellos se ecsija; y que á su hija Doña Damiana se le reserve una plaza gratuita en el Colegio del Obispo de esta Ciudad, en el que podrá permanecer desde la edad de seis años hasta la de diez y ocho: Tercero. Que de los fondos de emancipados se le auxilie con los necesarios para adquirir doce negros de ambos sexos con destino al cultivo de las dos caballerias de tierra de que le ha hecho graciosa donacion Don Joaquin Gomez Capitalista y rico propietario en esa Isla: y Cuarto. Que se le confiera libre de todo gasto la Cruz de Caballero de la Real Orden americana de Isabel la Catolica: todo como testimonio de lo gratos que han sido á S.M. los servicios de Castañeda, y de los sentimientos de benevolencia que la animan en favor de esos leales habitantes.

De Real órden lo digo á V.E. para su conocimiento y satisfaccion de esos moradores... (f) Bravo Murillo (543)

Pudiera alguien pensar que, después de las recompensas y las consideraciones que ya Concha había otorgado a Castañeda la lista de mercedes que aparece en la real orden que acabamos de citar, tocaba en los límites de la extravagancia más escandalosa porque no había habido riesgo ni heroísmo alguno en la actuación de Castañeda, porque se trataba de un palurdo sin título a tan especiales distinciones y porque lo que había hecho había sido una burda traición; pero es que para el régimen colonial español representaba tanto la captura de Narciso López, que privaba a los cubanos del único caudillo que hasta entonces habían tenido, capaz de organizar y dirigir activamente un verdadero movimiento revolucionario, que todas las recompensas parecían pocas a Concha, a Isabel y a sus ministros y a los grandes beneficiarios del régimen, porque "el... Don Joaquín Gómez, Capitalista y rico propietario...", era con Forcade, Primo de Rivera, Parejo y otros, de los principales traficantes de esclavos que había en Cuba y la ejecución de Narciso López le aseguraba sus privilegios por muchos años más. La Segunda República Francesa, que en 1848 había proclamado la abolición de la esclavitud, la Gran Bretaña de Palmerston y Malmesbury,

que presumía de ser la primera potencia abolicionista, y el inefable Edward Everett, abolicionista de la Nueva Inglaterra, iban de bracete con los traficantes de esclavos de España y de Cuba. Inclusive de los fondos de los esclavos emancipados, surgidos a virtud de un tratado entre España y la Gran Bretaña para poner fin al tráfico de esclavos africanos, salían los dineros que se emplearían en comprar diez esclavos que se regalaban a Castañeda, a fin de que le trabajasen la finca con que le obsequiaba Joaquín Gómez.

Castañeda, tal como se dice en la real orden que acabamos de transcribir, viajó en triunfo a España, Isabel II y su hija le recibieron en audiencia especial, los ministros se disputaron el honor de hablar con el traidor y los periódicos de Madrid y de La Habana se hicieron eco de las atenciones y los homenajes tributados al hombre que había entregado a Narciso López.

Toda esta notoriedad de Castañeda no era cosa que le conviniese al siniestro personaje. A su regreso a Cuba, en el apogeo de su influencia y de su encumbrada posición, usó y abusó de ellas para su beneficio personal y se dedicó a hacer alarde de su triste hazaña de los Pinos de Rangel. Su digno protector, el Capitán General Concha, había sido destituído como gobernador de Cuba y llamado a Madrid; pero este cambio de mandones no redujo la influencia ni rebajó la posición de Castañeda, ya que el Capitán General Cañedo mantuvo las cosas a estilo de su antecesor.

José Antonio de los Santos Castañeda, ya con su uniforme de capitán de milicias y bien provisto de dinero, era asiduo visitante de oficinas públicas, de reuniones españolistas y de los principales cafés habaneros. En estos últimos disfrutaba de especiales consideraciones y con frecuencia acudía al café *Marte y Belona*, situado en la esquina de la Calzada del Monte y la calle de la Amistad, para jugar al billar con sus amigos, casi siempre oficiales de la guarnición española de los que allí, en el cercano Campo de Marte, en la Puerta de Tierra, de las murallas, y en el Paseo del Prado o de Isabel II, pasaban sus ocios.

El resentimiento contra Castañeda se convirtió en odio por sus alardes y por los de los españoles, y tanto entre los emigrados que había en los Estados Unidos, como entre los conspiradores que quedaban en La Habana, se empezó a hablar del

castigo de Castañeda, por su traición. Los fracasos revolucionarios de tiempos del general Cañedo contribuyeron a que la idea de la venganza mediante un atentado mortal se abriese paso, mientras que el régimen más liberal y justiciero del general Pezuela aquietó algo los ánimos; pero luego se supo que Pezuela iba a ser relevado por el gran verdugo de 1851, por el Marqués de La Habana. En esos años Concha había sido, a su vez, conspirador en España, contra el gobierno constituído, como era lo corriente entre los militares españoles, y derrotado, había estado en prisión y en el destierro; pero siempre a salvo del piquete de fusileros, de la horca y del garrote que él empleaba para con todo otro conspirador contra el gobierno español. Triunfante, al fin, la facción en la que él militaba, volvió a Cuba a mediados de septiembre de 1854 para un segundo período de aquel mando en Cuba que se había convertido en la máxima ambición de todos los "espadones" españoles. El general José Gutiérrez de la Concha, perseguidor de los cubanos descontentos con el gobierno español, también había sido perseguido por conspirador y por faccioso; pero había escapado con vida. De nuevo tendría oportunidad de enfrentarse con movimientos revolucionarios en Cuba, ya abiertamente anexionistas, sin aspiración alguna en cuanto a la creación de la República de Cuba, como había querido Narciso López, y en la *Conspiración de Pintó*, en la cual Concha estuvo mezclado hasta cierto punto, el procónsul cruel e implacable volvió a apelar a los rigores extremos para acabar con los descontentos.

Ahora bien, el general Concha tomó posesión de su cargo en la segunda mitad de septiembre de 1854, y a Castañeda, su digno protegido y servidor, casi le faltó tiempo para ir, obsequioso, a ponerse a sus órdenes por si había alguna otra traición en que se le pudiese utilizar. Los conspiradores decidieron que había llegado el momento de hacerle justicia a Castañeda y de lanzarle un reto a Concha, quien venía en el papel de amigo de los integristas y de los privilegiados, como en 1850, y reputado de "hombre fuerte". Para ese reto se escogió la muerte de Castañeda por la notoriedad que éste había alcanzado y con la que se regodeaba. Pudieran los conspiradores haber escogido al propio Concha; pero no lo hicieron así, y conviene aclarar que no fué por cobardía, sino por esa curiosa aberración del pueblo cubano, en todas las épocas, cuando ha considerado a los instrumentos y servidores del despotismo como acreedores a las más duras sanciones, mientras que a los propios déspotas se les ha permitido vivir. En el caso de Concha, todavía vendría a Cuba como gobernador de la Isla una tercera vez, durante la Guerra de los Diez Años, y entonces le correspondió pasar por los peores fracasos de su carrera, como militar y como gobernante; pero, a pesar de todo, escapó con vida.

Un grupo de antiguos "lopiztas", quienes habían permanecido en la emigración por espacio de varios años, volvió a reunirse en La Habana, a fines de septiembre de 1854, cuando ya Concha había asumido el mando. Entre los que regresaban estaban Agustín Montoro, sobreviviente de la expedición de la Vuelta Abajo, aquel contradictorio personaje que fué Carlos Collins, emisario de Narciso López cerca de su sobrino, el cónsul de Venezuela, Manuel Muñoz y Castro, el venezolano José Machado, antiguo residente en Cienfuegos, evadido de Ceuta con varios patriotas cubanos y un joven quien se hacía llamar Camilo Hurtado López, considerado hijo natural de Narciso López.(544)

En la averiguación de los hechos relacionados con la muerte de Castañeda el juez militar español llegó a establecer que en Nueva York se había acordado dar muerte al Capitán General Concha y a Castañeda, y que a ese efecto se había instituído una recompensa consistente en cincuenta onzas de oro, recogidas entre los emigrados.(545) Era preciso encontrar un tirador certero, que fuese hombre de valor frío y sereno y que no simpatizara con la dominación española. No se ha sabido cómo fué que los organizadores del atentado contra Castañeda llegaron a relacionarse con el que sería el ejecutor de la venganza, que fué Nicolás Vignau y Asanza, empleado del Rastro de La Habana y persona que vivía en las cercanías de los Cuatro Caminos. Según Vidal Morales,(546) Vignau era

> ... como de cuarenta años, de pequeña estatura, trigueño, con los pómulos salientes y de penetrante mirada. Era poco comunicativo: de aspecto tétrico, dejando adivinar á primera vista su resolución y energía...

Pese a lo que después se dijo por los españoles, Vignau actuó en el atentado contra Castañeda sin interés pecuniario alguno. Era uno de tantos cubanos descontentos con el coloniaje y se acordaba de la traición de que había sido víctima Narciso López, cuya memoria se mantenía viva entre los verdaderos pa-

triotas. Sí se hizo indispensable contar con recursos para propiciar la fuga del matador, de modo que pudiera refugiarse en los Estados Unidos, y se convino en que habría un grupo de hombres resueltos y armados, que le guardasen las espaldas.

Castañeda no sospechaba nada. Estaba tan seguro de sí mismo como el propio Concha y los dos vivían convencidos de que no habría quien se atreviese a intentar una venganza contra ellos. En el disfrute de la jugosa posición que había sido el premio de su traición, el antiguo montero de Santa Cruz de los Pinos gustaba de jugar al billar y no se hizo difícil conocer sus hábitos al respecto, después de lo cual se hicieron los planes para el atentado.

El jueves 12 de octubre de 1854, al caer la tarde, Castañeda se encontraba, según su costumbre, jugando al billar en el café *Marte y Belona*, con algunos amigos. Allí cerca, al costado del Campo de Marte, un joven sujetaba por la brida a un excelente caballo de silla. Varios hombres caminaban por la acera de la calle de la Amistad sobre la cual se abrían las puertas del famoso café de los militares españoles; pero las que daban al billar estaban cerradas con persianas. Uno de los transeúntes se separó de los otros con mucha naturalidad y se acercó a una de las mamparas para mirar al interior del café, como si buscase a alguien, y cuando hubo satisfecho su curiosidad pasó por entre las tablillas de las persianas un objeto, se oyeron dos disparos y José Antonio de los Santos Castañeda y Robaina, el hombre que había traicionado a Narciso López, había caído de bruces sobre la mesa de billar con dos balazos en el cerebro: ¡estaba muerto! El hechor, Vignau, se dirigió pausadamente al caballo que le tenían preparado, montó y entonces salió a escape en dirección a los muelles, donde ya había quienes le esperaban y subió clandestinamente a bordo de un buque mercante norteamericano que iba para los Estados Unidos, donde llegó sin contratiempo alguno porque los golillas españoles, confundidos, sólo acertaron a poner sus manos sobre los cubanos sospechosos por sus antecedentes revolucionarios y una vez que los tuvieron presos, se conformaron con lo que habían logrado y creyeron que entre ellos estaría el autor del atentado. El arma empleada, una pistola de arzón a la que faltaba una cacha, quedó junto a una columna del portal y su propiedad no pudo ser adscripta a Collins, Machado, el joven Hurtado López, Montoro o los demás detenidos, entre los cuales se contaban Silvestre Pérez de la Hera, el farmacéutico quien en 1851, cuando la Expedición de la Vuelta Abajo había tratado de sublevar a San Antonio de los Baños, José de J. Muñoz, Rita Balbín, Manuel Fuentes y otros.(547) La policía de Concha sí logró comprobar que Collins había regresado de los Estados Unidos el 23 de septiembre anterior, en el bergantín *Kate Keith*, a virtud de la amnistía promulgada, que había ido a vivir a la calle Estrella No. 143, bastante cerca del café *Marte y Belona*, y que había estado reuniéndose con los otros detenidos. Como era de rigor, por las acostumbradas imprudencias de Collins, se le ocuparon papeles comprometedores en los registros practicados.

En cuanto a Vignau, el plan ideado para que pudiera escapar de La Habana funcionó a las mil maravillas, porque pocos días después ya estaba a salvo, en Cayo Hueso, y de allí pasó a Nueva Orleans, refugio de los principales emigrados revolucionarios cubanos, cuyo número había aumentado desde la época de Narciso López por las subsiguientes conspiraciones, en las cuales habían resultado complicados muchos habaneros prominentes. Vignau no quiso permanecer en Nueva Orleans, ya que no hablaba inglés y el clima no le sentaba bien, por lo que, con el consejo de Pedro Manuel López, el sobrino del general López, de Pedro Santacilia y de otros cubanos relacionados con México, emigró a ese país y allí fué a morir de disentería. (548)

Los revolucionarios cubanos audazmente se identificaron con el castigo de la traición de Castañeda. Ocho días después del atentado el periódico de la emigración, *La Verdad*, en Nueva York, daba la noticia del atentado mortal contra Castañeda y pasaba a justificarlo con una serie de razonamientos según los cuales el pueblo cubano había sido el que había dado muerte al traidor, como una reacción contra el despotismo colonial, apoyado en treinta mil bayonetas, en jueces serviles, en periodistas vendidos y en delatores a sueldo. A ese respecto decía el periódico revolucionario.

> ... Diente por diente, ojo por ojo, esa es la ley bíblica de las sociedades oprimidas.
>
> La muerte de Castañeda no tiene otra significacion. Hagamos abstraccion del hombre: él representaba una idea... En él no solo se mató al verdugo de Lopez, al asesino de su bienhechor; él personificaba ademas la traicion recompensada, el estimulo para los incautos, el ejemplo para los cobardes, el sarcasmo y la irrision de los vencidos. Castañeda, en su maldad y en su orgullo, en su vileza y en su depravacion, simbolizaba al Gobierno, era la encarnacion del Gobierno de Cuba... A éste, no

á aquel, se dirigió el tiro de muerte Como soldado de España podia vivir. Como cubano vendido al opresor y participe de sus gracias, su hora habia sonado. Y sonó con la precisión histórica de los sucesos providenciales. Para la inmolacion de la victima faltaba el gran sacrificador. El General Concha, que le ciñera su frente de coronas de flores, llegó a tiempo marcado para solemnizar el holocausto de expiacion. Esa es la ofrenda que Cuba reservaba á su venida, esos los festejos preparados al vencedor, ese el homenaje destinado al verdugo de la Punta y de Atares...

No busqueis al matador: no tiene nombre individual, esa bala la disparó la indignacion de toda una sociedad herida y lentamente asesinada en sus derechos y en sus aspiraciones. ¿Que importa que no tenga jueces asalariados, ni verdugos de nombramientos real? Su justicia divina no la encomienda Dios á los doctores de la ley, ni á las comisiones militares. Desencadena el rayo ó pone la muerte en manos del primero que pasa. Asi murió Castañeda; asi debió morir. A Lopez y á Agüero, á Facciolo y á Montes de Oca, los asesinó la justicia de España. A Castañeda lo mató la justicia del pueblo, que es la justicia de Dios... (549)

Entre los papeles del *Archivo Villaverde*, en nuestro poder, obra una carta autógrafa del poeta y patriota José Agustín Quintero dirigida a Cirilo Villaverde, en la que le dice:

...Va un alcance á la Verdad escrito por Frias i por mi en la muerte del miserable Castañeda.

Agustin Montoro se halla preso en la Habana por sospechas juntamente con un joven de 19 ó 20 años llamado Camilo Hurtado qe. se dice hijo del Gen. Lopez i ha sido denunciado (segun cartas qe. recibió Frias) por D. Tranquilino Sandalio de Noda... (550)

Por lo que se dice en la carta que antecede, es posible identificar a José Agustín Quintero como el autor del artículo que acabamos de transcribir, publicado por *La Verdad*, acerca de la muerte de Castañeda. La prosa de ese artículo, vibrante y apasionada, es más propia de él que de Francisco Frías, el Conde de Pozos Dulces. Además, conviene muy bien con la poesía titulada "Muerte de Castañeda", por José Agustín Quintero, escrita en aquellos mismos días y cuyos versos sonoros aprendieron de memoria los cubanos de la época como un homenaje y un recuerdo consagrados a Narciso López.

El efecto producido por la muerte de Castañeda fué sensacional. Para Concha fué como si a él mismo le hubiese alcanzado el atentado. Es fama que esa vez no empleó la frase despectiva que había tenido para con los cubanos, cuando López vivía y se disponía a invadir a Cuba, al decir: "El error de

López ha consistido en querer hacer leones, de perros". Entonces, saludado con la muerte violenta de su amigote y servidor, del palurdo traidor a quien había encumbrado, exclamó: "Los cubanos me han arrojado a la cara la sangre de Castañeda". Veinte y dos años después, derrotados los ejércitos españoles por la invasión mambisa de 1875-1876, mandada por Máximo Gómez, mientras Concha se encerraba medroso en La Habana y la prensa integrista exclamaba que los insurrectos tocaban en las puertas de la capital con los pomos de sus machetes, el flamante Marqués de La Habana ya no tuvo otra frase para la situación en que estaba colocado porque, en efecto, López no había estado equivocado cuando creyó que los cubanos eran leones, ya que como tales se habían batido desde Las Guásimas hasta las márgenes del Mayabeque, guiados por aquella bandera de Cuba por la cual había dado su vida. Los periódicos habaneros, todos ellos españolizantes, formaron coro de denuncia rabiosa contra los cubanos, por la muerte de Castañeda, y en los círculos españoles, civiles y militares, hubo consternación y alarma. El propio Concha adoptó precauciones extraordinarias para protegerse contra un atentado, mucho más cuando en el curso del proceso se supo que él y Castañeda habían sido señalados para que cayese sobre ambos la que se llamaba la justicia del pueblo cubano y que ya había alcanzado al traidor de Santa Cruz de los Pinos.

La carta de Quintero a Villaverde acerca de la nueva delación atribuída a Noda es otro dato más acerca de las flaquezas cívicas del científico vueltabajero. (551)

El régimen colonial vaciló ante el tipo de entierro que debía tener el cadáver de José Antonio de los Santos Castañeda y Robaina. En vida los españoles habían ensalzado al traidor, desproporcionadamente, y le habían cubierto de honores y de recompensas por sus bajunos servicios políticos. Hacía tiempo, sin embargo, de que solamente los titulares y los beneficiarios del coloniaje continuaban con los homenajes a Castañeda, por cuestión de fórmula; pero sin verdadera simpatía para con el execrado personaje. La tropa de línea, especialmente, miraba al traidor y a los alardes de su privanza con desprecio y repulsión. Además, había el peligro de que una exagerada demostración de duelo, en el sepelio de Castañeda, provocase una reacción de violentas protestas por parte del pueblo.

Por todas esas razones el sepelio se llevó a cabo estrictamente de acuerdo con lo que determinaba el ceremonial en atención al grado de capitán de milicias y a las condecoraciones que tenía Castañeda. Al coche fúnebre seguían el hermano del muerto, dos comisarios de policía y la escolta de guardias civiles, mientras que en el Cementerio de Espada se había estacionado el piquete de tropas encargado de los honores militares. Ahora bien, si no hubo un grupo numeroso de acompañantes, en el Cementerio de Espada se había reunido una multitud de vecinos de La Habana, desde las primeras horas del viernes 13 de octubre de 1854, en espera de que fuese enterrado el cadáver de Castañeda. Los guardias civiles manifestaron su preocupación por la actitud hostil de la muchedumbre, de la cual habían partido algunos gritos en los que se pedía que los restos del traidor quedasen insepultos, y pretendieron dispersar a la multitud; pero se encontraron con la sorpresa de que se les hacía resistencia. Se produjo entonces un verdadero motín y cuando uno de los guardias civiles golpeó con su sable a uno de los que protestaban, los gritos fueron acompañados por una pedrea y se hizo necesario apelar a la tropa y a sus fusiles para imponerse al pueblo.

Los funerales de Castañeda, pues, fueron marcados por la violencia. No había desaparecido el recuerdo de Narciso López y tres años después del fracaso de su gallardo esfuerzo libertador y de su muerte en el cadalso, el pueblo habanero no perdonaba a quien le había traicionado, vejado y maltratado, y al llegar al Cementerio de Espada, a pocos pasos de distancia de la tumba del caudillo, luego perdida, no se quería que le enterrasen en los mismos terrenos en que había sido sepultada su noble víctima y se peleaba por impedirlo. López había augurado que su muerte no cambiaría los destinos de Cuba, que los cubanos mantendrían sus anhelos de independencia y que seguirían aspirando al cese de la dominación española, y su predicción se cumpliría por encima de todas las ambiciones de los integristas.

Narciso López había enseñado a los cubanos a batirse por su libertad e independencia, les había dado su bandera y su escudo nacional y les había proporcionado, con el sacrificio de su propia vida y con el ejemplo de valor y de abnegación ofrecido en el destierro, en los campos de batalla y en el cadalso, la tradición del heroísmo y del martirologio que nunca más desaparecerían del suelo de Cuba. El nombre del caudillo había llenado una época de la historia de Cuba, su época, LA EPOCA DE NARCISO LOPEZ que el despotismo español jamás podría hacer olvidar y en la cual se inspiraría el patriotismo cubano para el establecimiento de la República de Cuba.

F I N

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

(1) Archivo Nacional de Cuba. **Comisión Militar,** Leg. 100, No. 1, Calderón de la Barca-Roncali, Wáshington, D.C., abril 24, 1850.
(2) **Medio siglo de historia colonial de Cuba,** por J. A. Fernández de Castro, La Habana, 1923, p. 171.
(3) **Ibídem,** p. 179.
(4) **Diario de Cirilo Villaverde,** manuscrito en poder del Dr. Antonio M. Eligio de la Puente, anotaciones de 21 de junio y septiembre 29, 1850.
(5) The National Archives, Wáshington, D C. **State Department Files, Miscellaneous Letters,** octubre-noviembre 1850, Sedgwick-Webster, Nueva York, octubre 4, 1850. (Traducción de H. P. V.)
(6) **Ibídem.**
(7) **Ibíd.,** Madan-Webster, Nueva York, enero 1, 1851.
(8) **Ibídem,** volumen de febrero de 1851, Dickinson-Webster, febrero 22, 1851.
(9) **Ibíd.,** Curtis-Webster, Wáshington, D. C., febrero 28, 1851
(10) **Ibídem,** O'Sullivan-Curtis, Nueva York, febrero 25, 1851.
(11) **Ibíd.,** Sánchez Iznaga-O'Sullivan, febrero 14, 1851.
(12) **Ibíd.,** acta notarial de Cristóbal Madan, Wáshington, febrero 19, 1851, ante el notario J. K. Morsell.
(13) **Diario de Cirilo Villaverde.** Original en poder del Dr. Antonio Ma. Eligio de la Puente. Anotación del sábado 8 de marzo de 1851.
(14) **Ibídem,** anotación del viernes 21 de marzo de 1851.
(15) **Ibíd.,** anotación del lunes 24 de marzo de 1851.
(16) **Hojas literarias,** La Habana, 1894, Vol. IV, No. 1, p. 44. Artículo "Propósitos del general Narciso López", por Manuel Sanguily.
(17) **The National Archives,** Wáshington, D. C. **State Department Files, Consular Despatches-Havana,** vol. 24, Madan-Owen, La Habana, junio 6, 1851.
(18) Esta carta, además, aparece originalmente en el proceso seguido contra Ambrosio José González y otros, que está en el Archivo Nacional de Cuba.—**Comisión Militar,** Leg. No. 100, No. 1. Al ser favorable el dictamen de Calderón a las pretensiones de Madan, con fecha 7 de mayo de 1850, el mismo día en que salió Narciso López de Nueva Orleans y los revolucionarios cubanos seguían confiando en Madan, Roncali autorizó el regreso del presidente del **Consejo... Cubano,** pero a discreción del ministro español en Wáshington.
(19) **The National Archives,** Wáshington, D. C. **State Department Files, Miscellaneous Letters,** octubre, 1851.
(20) Fernández de Castro, **obra citada,** p. 147.
(21) **Ibídem,** p. 110, Alfonso-Saco, La Habana, junio 1, 1849.
(22) **Ibíd.,** p 126, Del Monte-Saco, Madrid, octubre 30, 1849.
(23) **Diario de Cirilo Villaverde,** ya citado, anotación del viernes 21 de junio de 1850.
(24) **Ibídem,** anotación del sábado 3 de agosto de 1850.
(25) Fernández de Castro, **ob. cit.,** p. 159. Del Monte-Saco, Madrid, agosto 29, 1850.
(26) **Diario de Cirilo Villaverde,** ya citado, anotación de agosto 5, 1850.
(27) **Ibídem,** anotación de septiembre 19, 1850.
(28) **Ibídem,** anotación de noviembre 22, 1850.
(29) Fernández de Castro, **ob. cit.,** pp. 178-179.
(30) **Diario de Cirilo Villaverde,** ya citado. Anotación de marzo 6, 1851.
(31) **Ibídem,** anotación de marzo 7, 1851.
(32) **Ibíd.,** anotación de marzo 8, 1851.

(33) **Parnaso cubano,** por Antonio López Prieto, La Habana, Vol. I, 1883, p. 99.
(34) **Narciso López y su época,** por Herminio Portell Vilá, La Habana, 1930, Vol. I, pp. 198-199.
(35) **Iniciadores y primeros mártires de la Revolución Cubana,** por Vidal Morales, La Habana, 1901, pp. 204-207.
(36) **Archivo Villaverde,** borrador manuscrito, de letra de Villaverde, sin fecha, en nuestro poder.
(37) Véase la biografía de Concha en **Diccionario Biográfico Cubano,** por Francisco Calcagno, Nueva York, 1878, pp. 204-205.
(38) Véase **Narciso López y su época,** por Herminio Portell Vilá, La Habana, 1952, Vol. II, pp. 440-442.
(39) Fernández de Castro, **ob. cit.,** p. 159, Del Monte-Saco, Madrid, agosto 29, 1850.
(40) **Ibídem,** p. 170, Del Monte-Saco, Madrid, febrero 18, 1851.
(41) **The New Orleans Picayune,** edición del domingo 8 de septiembre de 1850.
(42) **Memorias sobre el estado político, gobierno y administración de la isla de Cuba,** por José de la Concha, Madrid, 1855, p. 133.
(43) **Boletín del Archivo Nacional,** La Habana, mayo-junio, 1905, Vol. IV, No. 3, p. 46.
(44) **Ibídem,** julio-agosto, 1905, Vol. IV, No. 4, pp. 67-69.
(45) Véase **Narciso López y su época,** por Herminio Portell Vilá, La Habana, 1952, Vol. II, p. 146.
(46) "Ichabod", el poema de Whittier, decía:

¡Tan caído! ¡Tan perdido! ¡La luz ya ida
Que una vez le iluminó!
¡La gloria de su pelo gris desvanecida
Para siempre jamás!

(47) **Daniel Webster,** por Claude M. Fuess, Boston, 1930, Vol. II, páginas 198-199.
(48) **Ibídem,** p. 248. Ante este hecho, bien conocido de todos los biógrafos de Webster, resulta más sorprendente aún el alboroto político causado por la revelación de que el senador Richard Nixon, candidato vicepresidencial del Partido Republicano de los Estados Unidos, en 1952 contaba con el apoyo económico de un grupo de sus correligionarios de California en el desempeño de su cargo en Wáshington. Hay que tener en cuenta que, según Fuess, Henry W. Longfellow comentó que no había nada en la vida de Webster que permitiese pensar que tuviese "una elevada actitud" moral en cuanto a la esclavitud, mientras que el filósofo Ralph W. Emerson anotó que "... la absoluta carencia de la facultad moral de Webster era degradante para los Estados Unidos".
(49) **Ibídem,** p. 257.
(50) **Ibíd.,** p. 258
(51) **The Writings and Speeches of Daniel Webster,** Wáshington, D. C., 1903, Vol. 18, p. 437. Webster-Blatchford, Wáshington, D. C., abril 30, 1851.
(52) Fuess, **ob. cit.,** Vol. 2, p. 258. Este escritor tendencioso e ignorante de todo tópico que tuviese que ver con algún país extranjero, ni siquiera dice la verdad acerca de la expedición del **Pampero.**
(53) **Páginas para la historia política de la Isla de Cuba,** por Juan Arnao, Brooklyn, 1877, p. 38
(54) **Diario de Cirilo Villaverde,** ya citado, anotación correspondiente al sábado 22 de febrero de 1851.
(55) **Ibídem,** anotación del domingo 23 de febrero de 1851.
(56) **Ibíd.,** anotación del jueves 27 de marzo de 1851.
(57) **Archivo de Villaverde,** en poder del autor de esta obra. Carta manuscrita de Angulo Guridi a Villaverde, Charleston, S. C., diciembre 21, 1850.

(58) **Archivo Villaverde,** en poder del autor de esta obra. Carta manuscrita de Leopoldo Turla a Cirilo Villaverde, Charleston, S. C., diciembre 22 de 1850.
(59) **Archivo Villaverde,** en poder del autor de esta obra. Carta manuscrita, sin firma, de Ramón de Palma a Cirilo Villaverde, enviada desde La Habana, a mediados de 1850, según se colige de su texto.
(60) Véase el folleto **Apuntes biográficos sobre el presidente de la Comisión Ejecutiva de la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico** (J. M. Macías), Nueva York, Imp. Hallet y Breen, 1866, p. 12.
(61) **Archivo Villaverde,** en nuestro poder
(62) **Narciso López y su época,** ob. cit., Vol. I, pp. 230-231.
(63) **Archivo Villaverde,** la copia fiel de esta carta, La Habana, diciembre 3, 1850, está en nuestro poder y aparece dirigida a Simón J. Paz, Esq., New York, por el seudónimo que había adoptado Villaverde a fin de engañar a los censores.
(64) Véase **The New York Sun,** julio 1-6, 1850.
(65) **Las insurrecciones cubanas,** por Justo Zaragoza, Madrid, 1872, Vol. 1, p. 615.
(66) Por lo que se ve, López se mantenía en contacto con José Antonio Echeverría, venezolano de nacimiento, como él, o sea, "paisano", y secretario de la Empresa del Ferrocarril de Matanzas, quien sin despertar sospechas podía relacionarse con Escarraz, también empleado ferroviario. Echeverría, antaño unido a los Aldama, Alfonso, etc., en el **Club de La Habana,** seguiría consagrado a la independencia de Cuba hasta sus últimos días, muchos años después Este documento se encuentra en el Archivo Nacional de Cuba, Expediente "Historia", 1851.
(67) Esta alusión era al Dr. Santiago Bombalier, de carácter arrebatado y un tanto imprudente, quien era mirado por ello con cierta preocupación por los demás conspiradores.
(68) **Boletín del Archivo Nacional,** La Habana, Vol. XX, No. 4, julio-diciembre, 1921, pp. 299-300.
(69) Arnao, **ob. cit.,** p. 43.
(70) Morales, **ob. cit.,** pp. 235-238 y **Archivo Nacional,** La Habana, Leg. 83, No. 5 (1851)
(71) Zaragoza, **ob. cit.,** Vol. I, p. 515.
(72) Fernández de Castro, **ob. cit.,** p. 193, Del Monte-Saco, Madrid, diciembre 6, 1851.
(73) **Ibídem,** p. 195. Del Monte-Saco, Madrid, diciembre 18, 1851.
(74) **Ibíd.,** pp. 196-197, Del-Monte-Saco, Madrid, febrero 4, 1852.
(75) **Ib.,** Del Monte-Saco, Madrid, febrero 10, 1852, p. 197.
(76) **The Weekly Delta,** Nueva Orleans, edición de marzo 24, 1851.
(77) Arnao, **ob. cit.,** p. 36.
(78) **Narciso López y su época,** por Herminio Portell Vilá, La Habana, 1930, Vol. I, pp. 43-45.
(79) **Breve biografía de Antonio Maceo,** por Herminio Portell Vilá, La Habana. Sociedad Colombista Panamericana, 1945, p. 3.
(80) **Archivo Nacional de Cuba. Comisión Militar,** Leg 72, No 1.
(81) Arnao, **ob. cit.,** p. 36.
(82) **Archivo Nacional de Cuba. Comisión Militar Ejecutiva y Permanente,** Leg. 66, No. 4.
(83) Vidal Morales, **ob. cit.,** pp. 211-214.
(84) **Ibídem,** p. 212.
(85) **Ibídem.,** pp. 279-281.
(86) **Archivo Villaverde,** en poder del autor de esta obra. Copia hecha por Villaverde de la carta que con fecha 6 de febrero de 1851 le envió López a Macías.
(87) **Archivo Villaverde,** ya citado, López-Macías, Nueva Orleans, febrero 14, 1851.
(88) **The New York Sun,** edición de febrero 13, 1851.
(89) **The Weekly Delta,** Nueva Orleans, febrero 24, 1851.

(90) **Diario de Cirilo Villaverde,** ya citado, anotación fechada en Nueva Orleans, domingo 9 de febrero de 1851.
(91) **Libro copiador de cartas del consulado español en Nueva Orleans,** ya citado, Laborde-Calderón de la Barca, febrero 26, 1851.
(92) **Ibídem,** Laborde-López Roberts, febrero 27, 1851.
(93) **Boletín del Archivo Nacional de Cuba,** La Habana, año IV, No. 3, mayo-junio de 1905, pp. 45-46.
(94) **Memorias sobre el estado político, gobierno y administración de la isla de Cuba,** por José (Gutiérrez) de la Concha, Madrid, 1853, p. 204.
(95) **Ibídem.,** p. 20?
(96) **Ibídem,** p. 205.
(97) **Joaquín de Agüero y sus compañeros,** por Miguel R. Rivas Agüero, La Habana, 1951, p. 239.
(98) **Ibídem,** p. 53.
(99) Zaragoza, **ob. cit.,** Vol. I, p. 614. Sin duda que Oberto conspiraba con Esteban Aguirre y Facundo de Agüero, de Tunas, y con Francisco Vicente Aguilera, de Bayamo, quienes fueron perseguidos por las autoridades españolas.
(100) Rivas Agüero, **ob. cit.,** p. 59.
(101) Arnao, **ob. cit.,** p. 33.
(102) Fernández de Castro, **obra citada,** p. 181 Del Monte-Saco, Madrid, junio 12, 1851.
(103) Dolores M. de Ximeno, **ob. cit.,** Vol. I, pp. 38-39.
(104) **Boletín del Archivo Nacional,** La Habana, septiembre-diciembre de 1918, Vol. XVII, Nos. 5-6, pp. 548-549.
(105) **Diario de Cirilo Villaverde,** ya citado, anotación del sábado 12 de febrero de 1851. Pocos días después, el 25 de febrero, anotaba Villaverde la exclamación de López ante un choque entre cubanos y españoles, en las calles de Nueva Orleans: "¡Señor! ¡Qué me gustan los cubanos guapos!"
(106) **Boletín del Archivo Nacional,** ya citado, julio-agosto de 1918, Volumen XVII, No. 4, pp. 427-433.
(107) **Archivo Nacional de Cuba,** La Habana **Comisión Militar,** Leg. 72, No. 4.
(108) **Ibídem,** Leg. 79, No. 2.
(109) Arnao, **ob. cit.,** p. 28.
(110) **Ibídem,** p. 29.
(111) **Diario de Cirilo Villaverde,** ya citado, anotación de marzo 17, 1851.
(112) **Apuntes biográficos sobre el presidente de la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico,** segunda edición, Nueva York, 1880, pp. 11-12.
(113) Esta carta, cuyo original figura en el **Archivo Villaverde,** en nuestro poder, la hemos transcrito en su totalidad, al tratar de otro de los epígrafes de este capítulo.
(114) **Archivo Villaverde,** en nuestro poder, Angulo y Guridi-Villaverde, Charleston, S. C., diciembre 21, 1851
(115) **Diario de Cirilo Villaverde,** ya citado, anotación del miércoles 18 de diciembre de 1851.
(116) **Archivo Villaverde,** en nuestro poder, Turla-Villaverde, Charleston, S. C., diciembre 22, 1850, parcialmente en clave.
(117) **Ibídem,** López-Villaverde, Nueva Orleans, noviembre 28, 1850. El original de esta carta la entregamos el 14 de junio de 1930 al Licenciado Francisco de P. Coronado a cambio de que nos dejase copiar de su archivo el memorial de Schlesinger sobre la expedición de la Vuelta Abajo.
(118) **Archivo Villaverde,** en nuestro poder, López-Macías, Nueva Orleans, diciembre 3, 1850.
(119) **Ibídem,** López-Macías, Nueva Orleans, diciembre 19, 1850. La paisana puede haber sido Luisa Macías o Maciá, emparentada con Juan Lama. Este Lama residía en los Estados Unidos desde tiempos de Tacón, cuando huyó de Cuba por aparecer como complicado en la misma **Conspiración de la Cadena Triangular y Soles de la Libertad** (1838),

cuando ya el nombre de Narciso López se mencionó como enemigo del coloniaje español en Cuba.
(120) **Ibíd.,** López-Macías, Nueva Orleans, diciembre 21, 1850.
(121) **Ibíd.,** Juan Villaverde-Cirilo Villaverde, (Simón J. Paz, Esq.), La Habana, diciembre 3, 1850.
(122) **Ibíd.,** López-Macías, Nueva Orleans, enero 3, 1851. El "joven" aludido en la carta debió ser Manuel Peraza, quien pedía que se le garantizase el grado de capitán si iba a Cuba, solo en un velero, llevando armas y municiones.
(123) **Ibíd.,** López-Macías, Nueva Orleans, enero 7 de 1851. El original de esta carta lo obsequié a la Division of Manuscripts, The Library of Congress, el 6 de julio de 1932, en reconocimiento a las facilidades que allí se me dieron para consultar numerosos documentos sobre las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos.
(124) **Diario de Cirilo Villaverde,** anotación del sábado 22 de febrero de 1851.
(125) **Archivo Nacional,** ya citado, López-Macías, Nueva Orleans, enero 20, 1851.
(126) **Ibídem,** Narciso López y Ambrosio J. González-Villaverde, Nueva Orleans, enero 23, 1851.
(127) **Diario de Cirilo Villaverde,** ya citado, anotación de diciembre 19, 1850.
(128) Fernández de Castro, ob. cit., p. 162, Iznaga-Saco, Aix-la-Chapelle, octubre 7, 1850.
(129) **Ibídem,** p. 166, Del Monte-Saco, octubre 14, 1850.
(130) **Los mambises italianos, por Fernando Ortiz.** La Habana, 1909, p. 5. Véase también **Garibaldi por Cuba Libre, en Revista Bimestre Cubana,** La Habana, 1938, Vol. XLI, No. 1, e **Italia y Cuba,** La Habana, 1944, ambos trabajos también por Fernando Ortiz.
(131) **Indice de extranjeros en el Ejército Libertador de Cuba,** por Jorge Quintana, La Habana, 1953, Vol. 1, p. 297.
(132) **Archivo Villaverde,** ya citado, López-Macías, Nueva Orleans, febrero 6, 1851.
(133) **Ibídem,** López-Macías, Nueva Orleans, febrero 14, 1851.
(134) **Ibídem.,** Macías-Villaverde, Charleston, S. C., febrero 19, 1851.
(135) **Diario de Cirilo Villaverde,** ya citado, anotación del sábado 8 de febrero de 1851
(136) **Libro copiador de cartas del consulado español en Nueva Orleans,** ya citado, Laborde-Salas, Nueva Orleans, febrero 12, 1851.
(137) **Diario de Cirilo Villaverde,** ya citado, anotación del domingo 9 de febrero de 1851.
(138) **Ibídem,** anotación del lunes 10 de febrero de 1851.
(139) **Ideario de José Martí,** editado por M. Isidro Méndez, La Habana, 1930, p. 118.
(140) **Diario de Cirilo Villaverde,** ya citado, anotaciones del miércoles 12 de febrero de 1851 y del jueves 13 de los mismos mes y año.
(141) Véase el volumen II de esta obra, p. 62, en las palabras finales de la carta de conveniencias a José Antonio Echeverría, uno de los jefes del anexionismo habanero, escrita en septiembre 6. 1848.
(142) **Narciso López,** por Manuel de la Cruz, en **Revista Cubana,** febrero de 1891.
(143) **Diario de Cirilo Villaverde,** ya citado, anotación del jueves 20 de febrero de 1851.
(144) **Ibídem,** anotación del viernes 21 de febrero de 1851.
(145) **Ibíd.,** anotación del domingo 23 de febrero de 1851.
(146) Véanse los periódicos **Weekly Delta** (marzo 17, 1851) y **Daily Picayune** (marzo 13, 1851), de Nueva Orleans.
(147) **Diario de Cirilo Villaverde,** ya citado, anotación del martes 25 de febrero de 1851.
(148) **Ibídem,** anotación del miércoles 26 de febrero de 1851.
(149) **Ibíd.,** anotación del martes 4 de marzo de 1851.

(150) **Ibíd.**, anotación del viernes 7 de marzo de 1851.
(151) **Ib.**, anotación del domingo 9 de marzo de 1851.
(152) **The National Archives**, Wáshington, D. C. **State Department Files-Miscellaneous Letters**, febrero-marzo de 1851.
(153) **Ibídem, Spanish** Legation, Vol. 13, Calderón-Webster, marzo 12, 1851.
(154) Figarola Caneda, **ob. cit.**, p. 115, Saco-Alfonso, París, julio 13, 1871.
(155) **Diario de Cirilo Villaverde**, ya citado, anotación del sábado 8 de marzo de 1851.
(156) **Ibídem.**
(157) **Ibíd.**, anotación del miércoles 12 de marzo de 1851.
(158) **Ib.**, anotación del sábado 1º de marzo de 1851.
(159) **Ibíd.**, anotación del lunes 17 de marzo de 1851.
(160) **Archivo Villaverde**, en poder del autor de esta obra, Macías-Villaverde, Charleston, S. C., marzo 1º de 1851.
(161) **Ibídem**, Macías-Villaverde, Charleston, S. C., marzo 3, 1851.
(162) **Ibíd.**, López-Macías, Nueva Orleans, La., marzo 29, 1851.
(163) **Ibíd.**, Macías-Villaverde, Charleston, S. C., marzo 25, 1851.
(164) **Diario de Cirilo Villaverde**, anotación del sábado 22 de marzo de 1851.
(165) **Ibídem**, anotación del lunes 31 de marzo de 1851.
(166) **Archivo Villaverde**, López-Macías, mayo 12, 1851. (El original de esta carta fue entregado al Dr. Francisco de P. Coronado a cambio de las facilidades brindadas por él para copiar el memorial de Schlesinger, publicado en **U. S. and Democratic Review**, acerca de la expedición de la Vueltabajo).
(167) El general Francisco Peraza, después asesinado en Loma del Toro, al sublevarse contra la tiranía de Machado, me dijo en 1930 que Manuel Peraza había sido tío suyo y que había sido muerto por los españoles al completar su arriesgado viaje. La referencia a su salida de Charleston, S. C., para Mariel, figura en una nota manuscrita de Cirilo Villaverde que se encuentra en uno de los cuadernos copiadores de cartas del **Archivo Villaverde**, precisamente al final de la copia de la carta del 12 de mayo de 1851 citada en la nota No. 166. Dos cartas más, de López a Macías, contienen alusiones acerca de Peraza y figuran en el cuaderno copiador de cartas que hemos citado. En la primera de ellas, fechada a 26 de mayo de 1851, decía: "...Deseo saber que ha hecho Peraza al fin, pues aun no he tenido noticias de allá desde que contesté su carta en que me hablaba de él". En la segunda, de fecha 2 de junio, comentaba López: "...Considero que ya Peraza estará en camino para la Habana á esta fecha, de lo que me alegro, á pesar de que la cuenta que hace Lama era más de lo que yo esperaba y podía esperar, puesto que me dice el mismo sugeto que pondrá de su bolsillo lo que falte...".
(168) **Diario de Cirilo Villaverde**, anotación del miércoles 19 de marzo de 1851.
(169) **Archivo Villaverde**, López-Macías, Nueva Orleans, marzo 29, 1851.
(170) Dolores M. de Xurieno, **ob. cit.**, Vol. 1, pp. 40-41.
(171) Véase el **Weekly Delta**, de Nueva Orleans, edición de marzo 24, 1851.
(172) **Archivo Villaverde**, Macías-Villaverde, Charleston, S. C., marzo 13, 1851.
(173) **Diario de Cirilo Villaverde**, anotación del viernes 21 de marzo de 1851.
(174) **Archivo Villaverde**, Macías-Villaverde, Charleston, S. C., marzo 16, 1851.
(175) **Ibídem**, López-Macías, Nueva Orleans, marzo 29, 1851.
(176) **Diario de Cirilo Villaverde**, anotación del viernes 14 de marzo de 1851.
(177) **Ibídem**, anotación del martes 18 de marzo de 1851.
(178) **Ibíd.**, anotación del miércoles 19 de marzo de 1851.
(179) **Ibíd.**, anotación del jueves 20 de marzo de 1851.
(180) **Archivo de Villaverde**, Villaverde-Macías, Nueva Orleans, marzo 8, 1851.
(181) Diego Hernández, de Santiago de Cuba, era uno de los más activos conspiradores orientales, compañero de los Oberto, Baralt, Trigo, etc.,

los venezolanos amigos de Narciso López, de todos los cuales hemos hablado en el capítulo anterior. Es concluyente, repetimos, que los revolucionarios más relacionados con López se manifiesten tan decididamente en favor de la República de Cuba, sin anexión.
(182) **Diario de Villaverde**, anotación del domingo 23 de marzo de 1851.
(183) Fernández de Castro, **ob. cit.**, Iznaga-Saco, París, mayo 7, 1851.
(184) **Nuevos documentos sobre las conspiraciones de Narciso López**, por Luis Marino Pérez, en **Cuba Contemporánea**, La Habana, Vol. 12, No. 2, octubre de 1916, p. 106.
(185) **Jefferson Davis, Constitutionalist**, por Dunbar Rowland, Jackson, Miss., 1923, Vol. V, pp. 143-144, Davis-González, Richmond, Va., octubre 16, 1861.
(186) Véase **Cuba Contemporánea**, edición citada en la nota 184, pp. 119, 120 y 121.
(187) **Ibídem**, pp 108-109. Hemos utilizado la traducción del documento, hecha por Luis Marino Pérez.
(188) **Diario de Cirilo Villaverde**, ya citado, anotación del sábado 5 de abril de 1851.
(189) **Cuba Contemporánea**, ob. cit., pp. 110-112.
(190) **The National Archives**, Wáshington, D. C. **State Department Files-Spanish Legation**, Vol. 13, Calderón-Webster, abril 14, 1851.
(191) **The National Archives**, Wáshington, D. C. **State Department Files-Miscellaneous Letters**, abril-mayo, 1851, Akin-Webster, Cassville, Ga., abril 5, 1851.
(192) **Ibídem**, Owen-Webster, Columbus, Ga., abril 10, 1851.
(193) **Ibíd.**, Scott-Webster, Macon, Ga., abril 13, 1851.
(194) **Ib.**, Brown-Fillmore, Tallahassee, abril 28, 1851.
(195) **Diario de Villaverde**, ya citado, anotación de marzo 26, 1851.
(196) **Ibídem**, anotación de abril 2, 1851.
(197) **Ibíd.**, anotación de abril 3, 1851.
(198) **Ib.**, anotación del martes 22 de abril de 1851.
(199) **Ib.**, anotación del jueves 24 de abril de 1851.
(200) De Hernández y de sus imprudencias hablaremos más adelante, en el texto de esta obra; pero ahora conviene destacar lo que relata Villaverde acerca de sus alardes e indiscreciones en el muelle de "Levée", de Nueva Orleans, el domingo 6 de abril de 1851, al atracar el vapor **Ohio**, procedente de La Habana, con numerosos pasajeros entre los cuales se contaba el paradójico senador Henry Clay, quien acababa de hacer muy buenas migas con el despótico general Concha, con ocasión de su visita. Cuenta Villaverde: "...En esto se asomó por las bordas del **Ohio** un venezolano llamado Tobar, conocido de Hernández, i este apenas lo vió empezó á decirle que allí con el estaban muchos piratas, señalando para todos nosotros é indicando con la mano que éramos decididos, añadiendo en seguida: **Pronto nos vamos**. Luego se acercó Hernández un poco mas i preguntó por Manuel Muñoz Castro, á lo que contestó Tobar que había salido para Venezuela, desterrado". López no había tenido más remedio que reprender pública y agriamente a Hernández, dice Villaverde en su **Diario**. Sin duda que Hernández lo merecía por su tontería y por sus absurdos alardes; pero así se le desarrolló su resentimiento, al que luego dió rienda suelta.
(201) **Diario de Cirilo Villaverde**, ya citado, anotación del domingo 11 de mayo de 1851.
(202) **The New York Sun**, edición de diciembre 12, 1849
(203) **The New Orleans Picayune**, edición de diciembre 18, 1849.
(204) **Ibídem**, edición de enero 24, 1850.
(205) **The Hungrarian Revolution-Outlines of the Prominent Circumstances Attending The Hungarian Struggle for Freedom together with Brief Biographical Sketches of the Leading Statesmen and Generals Who Took Part in it**, por Johann Pragay, Colonel and Adjutant General in the Hungarian Army under Kossuth, New York, George P. Putnam..., ed. 1850, 177 pp. y mapas.

(206) Louis Schlesinger nació en Nagykanizsa, Hungría, hacia 1820, de familia hebrea y, siendo oficial de los ejércitos húngaros, peleó contra los austríacos y los rusos y tuvo que emigrar. Participó de las últimas expediciones de Narciso López y hecho prisionero por los españoles, en la Vueltabajo, fué enviado a Ceuta, de donde escapó para volver a los Estados Unidos. Allí escribió y publicó en la revista de O'Sullivan su extensa memoria titulada "Personal Narrative of Louis Schlesinger, of Adventures in Cuba and Ceuta". (Vol. XXXI, No. 3, 1952), años más tarde traducida al español e impresa en **La Voz de América**, de Nueva York, a partir de abril de 1866. Schlesinger se dedicó a organizar el voto de los emigrados europeos naturalizados en los Estados Unidos, junto a John Van Buren, cuando las elecciones presidenciales en las que triunfó el general Franklin Pierce. Después con los equivocados revolucionarios cubanos que siguieron al "filibustero" William Walker, fué a parar a la América Central. Sobrevivió al desastre de Walker y se estableció en Guatemala, donde hizo fortuna. Hacia 1883 fijó su residencia en París, y allí murió en 1907, cuando ya Cuba era libre

(207) Carlos M. Trelles cita todos estos títulos acerca del coronel Ordóñez y la clave de Narciso López:

Exposición de don Agustín Ordóñez Romero á S. M. la Reina de España (1853) 12 pp.
Representación con varios documentos que á las Cortes del Reino dirige el coronel primer comandante de infantería retirado D. Agustín Ordóñez (1864) 29 pp.
Una acción heroica (1867) 38 pp.
Servicio extraordinario de inmenso interés nacional (1867) 39 pp.
El coronel Ordóñez y Cuba en 1851 (1867) 50 pp.
Voto imparcial de varios españoles, europeos y americanos, en la cuestión Cuba-Ordóñez (1858) 13 pp.
¿Quién salvó á Cuba en 1851? (1870) 19 pp.

(208) Véase el folleto titulado **Una acción heroica,** ya citado en la nota anterior, publicado en Londres y cuyo autor se colige que debió ser el propio coronel Ordóñez, aunque se publicó anónimamente.
(209) **Obra citada,** p. 2.
(210) **Ibídem,** pp. 4-5.
(211) Gutiérrez de la Concha, **ob. cit.,** p. 210.
(212) **Ibídem,** p. 221.
(213) "The Late Cuban State Trials", en **United States Democratic Review,** Nueva York, vol. 30, abril, 1852, pp. 307-319.
(214) Caldwell, **ob. cit.,** pp. 83-86.
(215) "La Expedición del "Cleopatra", en **Boletín del Archivo Nacional,** La Habana, 196, Vol. 5, Nos 1 y siguientes.
(216) Es posible que el llamado capitán Freeman fuese el trinitario Francisco Javier Vingut, uno de los conspiradores cubanos de la época.
(217) **Boletín del Archivo Nacional,** La Habana, 1906, Vol. V, No. 2, pp. 24-25, carta del cónsul Francisco Stoughton, desde Nueva York, a Mauricio López Roberts, fechada a 26 de agosto de 1851.
(218) **Ibídem,** pp. 24-25. Stoughton-López Roberts, Nueva York, agosto 26, 1851, y borrador al Superintendente de la Real Hacienda, La Habana, septiembre 30, 1851.
(219) **Libro copiador de cartas del Consulado de España en Nueva Orleans,** ya citado, Laborde-Cruzat, Nueva Orleans, octubre 8, 1850 (apéndice).
(220) **Ibídem,** Laborde-Chacón y Laborde-López Roberts, Nueva Orleans, abril 12, 1851.
(221) **Navy Department Archives, Executive Letters,** Wáshington, D. C., abril 17, 1851, W. S. Derrik-Wm. A. Graham.
(222) **The New York Sun,** edición del jueves 17 de abril de 1851.
(223) **Ibídem,** edición del lunes 28 de abril de 1851.
(224) **The Savannah News,** edición del jueves 1º de mayo de 1851.

(225) **A mis amigos de Cuba,** por José M. Sánchez Iznaga, Nueva Orleans, mayo 4, 1853. Reproducida por Vidal Morales, **ob. cit.,** p. 272.
(226) Arnao, **ob. cit.,** p. 54.
(227) **Archivo Villaverde,** ya citado, original en poder del autor de esta obra.
(228) **Cuba-Estudios Políticos,** por Carlos de Sedano, Madrid, 1872, p. 47
(229) **Archivo Villaverde,** ya citado, original en poder del autor de esta obra.
(230) **Diario de Villaverde,** ya citado, anotación de abril 3, 1859.
(231) **Ibídem,** anotación de abril 5, 1851.
(232) **Archivo Villaverde,** original del telegrama de abril 24, 1851, cursado por la Wáshington and New Orleans Telegraph Co., en poder del autor de esta obra.
(233) La noticia publicada por el N. Y. **Sun,** el 25 de abril de 1851, acerca del mensajero especial enviado a Wáshington, está confirmada por el espía Burnett ("Duncan Smith"), quien en la relación de sus servicios por la expedición del **Cleopatria** lo identifica como Mr. James Ridgway, agente del gobierno federal y quien, efectivamente, el martes 22 de abril fué a Wáshington a entrevistarse con el Presidente Fillmore, le informó de todo y volvió a Nueva York con las órdenes dictadas para detener a la expedición. El ministro Calderón de la Barca estaba también informado de todo.
(234) **Boletín del Archivo Nacional** (1906), ya citado, p. 8.
(235) **The New York Herald,** edición de abril 27, 1851.
(236) Véase **"The Late Cuban State Trial"** en **The United States Democratic Review,** Nueva York, Vol. 30, No. 166, abril de 1852, pp. 307-319.
(237) **The National Archives,** Wáshington, D. C. **Diplomatic Files: Miscellaneous Letters, 1851,** Hall-Webster, Nueva York, abril 22, 1851.
(238) **Ibídem,** Webster-Fillmore, Boston, abril 23, 1851.
(239) **Ibíd.,** W. C. Derrick y James Ridgway-Fillmore, Wáshington, D. C., abril 23, 1851.
(240) **Ibíd.,** A. F. Owen-Webster, Talbottom, abril 24, 1851.
(241) **Ib.,** J. Prescott Hall-Webster, Nueva York, abril 24, 1851. En Pert Amboy, N. Y., desde el 23 de abril habían sido arrestados los expedicionarios a bordo de la corbeta **William Rae** y del vapor **John Po** en total unos doscientos.
(242) **Ib.,** Webster-W. S. Derrick, Nueva York, abril 25, 1851.
(243) **Ib.,** Hamilton Fish-Fillmore, Nueva York, abril 26, 1851.
(244) **Ib.,** Hiram Roberts-W. L. Hodge, Savannah, abril 26, 1851.
(245) **Diario,** ya citado, anotación del miércoles 23 de abril de 1851.
(246) **Ibídem,** anotación del jueves 24 de abril de 1851.
(247) **Ibíd.,** anotación del lunes 28 de abril de 1851
(248) **Ibíd.,** anotación del jueves 8 de mayo de 1851.
(249) **Ib.,** anotación del viernes 9 de mayo de 1851.
(250) Fernández de Castro, **ob. cit.,** pp. 170-172.
(251) **Ibídem,** pp. 175-176.
(252) **Ibíd.,** pp. 177-178.
(253) **Ib.,** pp. 182-183.
(254) Figarola Caneda, **ob. cit.,** Saco-Alfonso, Montpellier, mayo 5, 1851, pp. 58-68.
(255) **Ibídem,** Saco-Alfonso, Bayona, junio 29, 1851, pp. 87-88.
(256) **Diario de Cirilo Villaverde,** ya citado, anotación del lunes 12 de mayo de 1851.
(257) Es en extremo curioso que Cirilo Villaverde anotase tal información en su **Diario** (domingo 19 de mayo de 1851), y no se cuidase de rectificarla después, cuando pudo relacionarse durante algún tiempo con Collins y Ramírez, a quienes había dado por muertos en garrote. Manuel Higinio Ramírez, procurador público y maestro, director del "Colegio Cubano", de La Habana, en el que se educaban los hijos del Dr. Juan Francisco Villaverde, sobrinos de Cirilo Villaverde, fué detenido con varios acompañantes cuando se hizo sospechoso en los caminos de Pinar del Río en los días en que se esperaba la expedición del **Cleopatra,** a la que sin duda se proponía apoyar. Procesado y

luego deportado a España, a fines de 1851, después fué a los Estados Unidos y figuró en la extravagante y lamentable aventura de William Walker en la América Central, que le costó la vida, en 1855 (Archivo Nacional de Cuba.—**Comisión Militar, Leg. 98, No. 1**). En cuanto a Collins, varias veces detenido y condenado a prisión en la época de las expediciones de Narciso López, sobrevivió a ellas y en 1854 fué arrestado como uno de los sospechosos en el famoso atentado contra el traidor Castañeda, el delator de Narciso López, muerto a balazos en el café "Marte y Belona", de La Habana (Archivo Nacional—**Comisión Militar, Leg. 118, No. 1**). Como se ve, la noticia de que ambos habían sufrido la pena de garrote, en mayo de 1851, anotada por Villaverde, era falsa.

(258) **Archivo Villaverde.** Original de la carta de Betancourt Cisneros a Villaverde, fechada en Nueva York, mayo 28, 1851, en poder del autor de esta obra.

(259) Mucho se rumoraba por entonces que los rurales mandados por el comandante Juan de Mata Tejada estaban dispuestos a sublevarse en apoyo de López; pero nunca ocurrió tal cosa y, por el contrario, los rurales figuraron entre los más implacables perseguidores de López.

(260) El caso del coronel García Calderón, cuya esposa, de apellido Espiroz, fué muy admirada por su belleza, fué probablemente otro más dentro de la red de espionaje organizada por el Capitán General Concha, aunque es un hecho que José María Salinero, periodista y conspirador matancero, padre de la Srta. Concha Salinero, novia de Carlos Collins, colaboró en los preparativos revolucionarios de la época de López.

(261) El Dr. Manuel Rodríguez de Mena, de Santiago de Cuba, merece una biografía detallada por el relevante papel que durante muchos años desempeñó en los esfuerzos por la independencia de Cuba, al servicio de los cuales murió en los Estados Unidos. Casado con la Srta. Montserrate Canalejo (quien, a su viudez, fué esposa de Gaspar Betancourt Cisneros), sus hijos pelearon por Cuba libre en las guerras de independencia. Ejercía la abogacía en Santiago de Cuba cuando el movimiento constitucionalista del mariscal Lorenzo, en 1836, que fué aplastado por el feroz Tacón con la colaboración del capitán Jones, de la fragata británica **Vestal**. Sujeto a vigilancia pasó a residir en La Habana, donde se distinguió notablemente como abogado a hizo fortuna. Figuró en el **Club de La Habana**, aunque se mostraba muy amigo de Narciso López, y se las manejó siempre con tal habilidad que el espionaje español y las imprudencias de los conspiradores cubanos no lograron descubrir sus actividades, ni comprometerle seriamente. Cuando partió para los Estados Unidos con su familia, en mayo de 1851, llevaba instrucciones y recursos para un último esfuerzo decisivo contra la dominación española; pero con sorpresa para López, no colaboró con éste sino que se fué para Nueva York, a reunirse con Betancourt Cisneros y los otros emigrados allí establecidos. En la conspiración se le conocía por los sobrenombres de "El Compadre" y "El Cubano".

(262) **Archivo Villaverde,** ya citado, en poder del autor de esta obra. Original, manuscrita, González-Villaverde, Wilmington Island, junio 23 de 1851.

(263) **Archivo Villaverde,** ya citado, en poder del autor de esta obra. Original, manuscrita, López-Macías, Nueva Orleans, mayo 26, 1851.

(264) **Archivo Villaverde,** ya citado, en poder del autor de esta obra. Original, manuscrita, Macías-Villaverde, Savannah, Ga., junio 17, 1851.

(265) **Ibídem,** original, manuscrita, en una hoja doblemente fechada.

(266) **Ibíd.,** original, manuscrita.

(267) **Ibíd.,** original, manuscrita.

(268) Estos datos concuerdan con los del plan original de lo que se ha llamado la Expedición del **Cleopatra**, ya que había un grupo que partía de Nueva Orleans y otro que saldría de Nueva York. El primer fracaso afectó al grupo de Nueva Orleans y luego se frustró el otro, cuando fué detenido el **Cleopatra** en Nueva York.

(269) Es evidente que se trata de los fuertes de Santa Clara, La Chorrera (el Chorro) y El Príncipe, en La Habana, y no de las ciudades de Santa Clara o Camagüey (Puerto Príncipe), y esto se relaciona con los contactos que se buscaban entre los oficiales españoles, uno de ellos el coronel Gaspar García Calderón, del que ya hemos hablado.

(270) **Archivo Villaverde,** ya citado, manuscrito de Cirilo Villaverde con la fecha 1851, a lápiz, en el margen.

(271) **Ibídem,** manuscrita.

(272) **Vuelta Abajo en la independencia de Cuba,** por Emeterio S. Santovenia, La Habana, 1923, p. 21.

(273) **Archivo de Francisco de Paula Coronado,** hoy propiedad del Sr. Paul Mendoza, López—para un tal Macías, Nueva Orleans, mayo 12, 1851.

(274) **Archivo Villaverde,** ya citado, carta original, manuscrita, Macías-Villaverde, Savannah, Ga., junio 3, 1851.

(275) **Ibídem,** carta original, manuscrita, López Macías, Nueva Orleans, marzo 29, 1851.

(276) Manuel Ramón de Silva Barberis (y no Barbieri) según consta de los documentos de filiación que forman su expediente de estudios en el colegio "El Siglo", de Camagüey, y en las Universidades de La Habana y Nueva York (Archivo de la Universidad de La Habana), nació en la antigua Puerto Príncipe el 4 de septiembre de 1820 y comenzó sus estudios de Medicina en la Universidad de La Habana, en 1840. Mezclado en las conspiraciones de 1848-1851, se refugió en los Estados Unidos y continuó allí esos estudios, a partir de 1854, en la Universidad de Nueva York. En 1858 revalidó en la Universidad de La Habana su título de médico norteamericano.

(277) **Joaquín de Agüero y sus compañeros,** por Miguel A. Rivas Agüero, Camagüey y La Habana, 1951, pp. 58-59.

(278) **Ibídem,** pp. 63-64.

(279) **Hombres del 51,** por Jorge Juárez Cano, La Habana, 1930, pp. 3-4.

(280) **Ibídem,** p. 3.

(281) **Breve historia de las logias masónicas "Camagüey" y "Tínima",** por Francisco de Miranda Varona, La Habana, 1950, citado por Rivas Agüero en su biografía de Joaquín de Agüero.

(282) **El delito de francmasonería en Cuba,** por Francisco J. Ponte Domínguez, México, D.F., 1951, pp. 138-148.

(283) Rivas Agüero, **ob. cit.,** p. 55.

(284) "Insurrección de Joaquín de Agüero", por Adolfo Fierra, en **Cuba y América,** La Habana, 1902, p. 301. El soneto de Martina Pierra dice como sigue:

"A los camagüeyanos al entregarles la bandera"
De libertad, sublime y glorioso,
El pendón recibid, camagüeyanos,
Con entusiasmo desplegadlo ufanos
Que ha llegado el momento venturoso.
Hacedlo que tremole siempre hermoso,
En vuestras firmes y valientes manos,
Y el que ostentan los déspotas hispanos
Destruid con su influjo portentoso
¡Valientes! ¡Combatid, mientras al Cielo
Una plegaria alzamos fervorosa
Para que Dios nos dé pronto el consuelo
De libre ver a nuestra Patria hermosa!
¡Combatid! ¡Combatid! ¡Que la victoria
Risueña os muestra el campo de la Gloria!

(285) **Colección de datos históricos, geográficos y estadísticos de Puerto Príncipe y su jurisdicción,** por Juan Torres Lasquetti, Camagüey, 1888, volumen II, p. 263.

(286) Juárez Cano, **ob. cit.**, pp. 86-8, reproduce el texto de esa proclama, que es como sigue: "Al general Narciso López. Invicto General: el gobierno pregona por todas partes, vuestra importancia y vuestro valor. Si así no fuere, ¿se ocuparía tanto de ello?, ¿llenaría sus periódicos con vuestros nombres, un día tras otro? ¿Propalaría tantas mentiras y calumnias? Bien sabe que vencisteis en Cárdenas y vuestra retirada fue prudente, meditada y sabia. El no ignora que plantasteis en la feraz tierra de la dulce Cuba el refulgente y sublime pabellón cubano; que por dieciséis horas ondeó impelido por el aire puro de la preciosa Antilla, y por eso dice que huisteis vergonzosamente, para engañar a los ignorantes. Sabe el gobierno que tenéis las simpatías de todo un pueblo cubano y quiere haceros descender del alto puesto que ocupáis, llamandoos en sus asquerosos papeles traidor y bandido y pirata; pero esos epítetos en la boca de un gobierno despótico, tiránico e ignorante, significan y se traducen por los de honrado, leal, patriota, ilustrado y amigo de los buenos. No ignora que el soldado simpatiza siempre con los valientes y que entre la tropa vuestro nombre se pronuncia con veneración; por eso le habla contra vos en la orden del día; pero la guarnición de Cuba está sabedora de que veníais a libertarla del yugo de hierro que pesa sobre ella; del humillante banco en que se le pone hasta por mirar a la cara de otro hombre igual, al pobre soldado de quien se valen los jefes y oficiales, como de una bestia, para ganar cintas, honores y ascensos; y en fin, que elevaréis a esos pobres infelices a la clase de ciudadanos, y temen que ellos os reciban en sus brazos y engruesen nuestras filas, como sucedió en Cárdenas; por eso el gobierno les dice que sois un bandido y os vitupera.

Para privaros del afecto de los cubanos supone que están embargadas o vendidas sus propiedades; pero semejante necedad no la piensan sino los idiotas y los hombres que no tienen sentido.

Los libertadores de los pueblos jamás han sido salteadores de caminos; son los déspotas absolutistas los que roban al hombre sus bienes, su libertad y su vida. Todos, pues, esperamos ansiosamente vuestra presencia, seguros de que con vuestro pujante brazo arrollaréis a los miserables que os opongan. La causa a cuya cabeza estáis es justa y santa y su triunfo no debe ser dudoso. Con vuestra invencible espada y con la protección del Altísimo desaparecerán de nuestro suelo la servidumbre, la tiranía y el despotismo, y

"Cuba será libre y pura
Como el aire de luz que respira"

Abreviad el día venturoso en que os podamos estrechar en nuestros brazos y elevar nuestra voz hasta los cielos, gritando:

¡Viva Cuba! ¡Viva la libertad! ¡Viva el general López!

Octubre 1 de 1850. Imprenta Cubana **El Pueblo Cubano.**

(287) Zaragoza, **ob. cit.**, Vol. I, pp. 613-614.
(288) Juárez Cano, **ob. cit.**, p. 18.
(289) Gutiérrez de la Concha, **ob. cit.**, pp 205-207.
(290) Juárez Cano, **ob. cit.**, pp. 13 y 93-94. El texto de la proclama era como sigue: "A la guarnición de Puerto Príncipe. Número 11. Valientes: La hora suprema ha llegado. El pueblo proclama su libertad y su independencia. ¿Mancharéis vuestras manos derramando la sangre de vuestros hermanos? ¿Seréis tan ingratos que paguéis con la muerte la acogida hospitalaria y filial que os ha hecho el pueblo? Decid: ¿Quitaréis a las madres sus hijos, a los hijos sus padres, tan sólo porque vuestros jefes os quieran conducir, como máquinas o como bestias, a batiros y a morir también, para que ellos asciendan y para que un gobierno opresor, tiránico y corrompido, mantenga entre cadenas al pueblo de que salís vosotros mismos, y al que volveréis después sin un maravedí en la faltriquera? ¿Cuál será vuestro premio después de que hayáis derramado vuestra sangre y la de los hombres que defendiendo la santa causa de la libertad, defienden la vuestra propia?

El palo, camaradas, el banco, la humillación y la miseria, ése sería el fruto de vuestros esfuerzos si venciérais, lo que no es ni aun probable, porque nadie puede con un pueblo que quiere ser libre... Y por otra parte, uniéndoos a los libertadores, ¿cuál será vuestro galardón? Vedlo: recuperáis la dignidad de hombre que no tenéis bajo el pesado yugo que os abruma; seréis ciudadanos y por consiguiente gozaréis de todos los derechos que gozan los hombres libres de otros países; podríais descansar en medio de vuestras familias pacíficas y cómodamente, viviendo con el fruto de vuestro trabajo y con el auxilio que os dará seguramente la República, bien sea en dinero o de otro modo; en fin, quedará en vuestro arbitrio tomar una mujer entre nosotros en nuestros países ricos y fecundos, o volver a aquel en que habéis nacido y de donde se os ha arrancado de por fuerza y arbitrariamente. ¡Soldados! Estas no son promesas vanas; solo los déspotas y los defensores de la servidumbre son los que necesitan mentir y engañar, porque su causa es mala y no la pueden sostener con razones. Los hombres que defienden la libertad y que pelean por sus derechos usurpados, levantan su frente erguida y solo dicen palabras de justicia y de verdad. ¿Por qué si no, os privan de que leais lo que escribimos, y os castigan si lo hacéis? Si no tenemos razón, ¿por qué no os convencen de ello y por qué no refutan nuestros argumentos? Ya lo habéis visto, hermanos, vuestros amos se contentan con llamar piratas, desleales, traidores, a los hombres que tienen bastante valor para decirles la verdad y para empuñar las armas en defensa de la libertad y de sus derechos; pero esas injurias despreciables no son una razón Ya habéis experimentado que el gobierno cobarde, mentiroso y taimado, os da algunas largas y os hace ofrecimientos, mientras dura el peligro; pero inmediatamente después vuelve a su antiguo sistema. Esto es lo que tenéis que esperar de los déspotas. ¡Soldados! Hoy mismo nuestros hermanos de la Península se preparan a pelear por la República y por derrocar un gobierno corrompido, sin moralidad, sin crédito, sin justicias; no derraméis pues, vuestra sangre para sostener en Cuba la tiranía de ese mismo gobierno; no temáis a nuestros hermanos que quieren establecer la libertad y destruir la servidumbre. Ponéos la mano sobre corazón valiente, y preguntáos si es honroso pelear en favor de la esclavitud y contra la libertad augusta y sacrosanta: respondéos vosotros mismos y no hagáis traición a vuestros sentimientos. Reflexionad que sois hombres y que no os debéis dejar conducir como bestias de carga. L S. L. de P.P. Abril de mil ochocientos cincuenta y uno. Imprenta Cubana".

(291) **Ibídem,** pp. 86-88.
(292) Fernández de Castro, **ob. cit.**, p. 179.
(293) **La Verdad,** Nueva York, mayo 13, 1851.
(294) Sedano, **ob. cit.**, pp. 47-48.
(295) Torres Lasquetti, **ob. cit.**, vol. II, pp. 264-265.
(296) Juárez Cano, **ob. cit.**, p. 14.
(297) **Ibídem,** p. 16.
(298) **Ibíd.**
(299) **Una feria en la Caridad en**... por José Ramón Betancourt, La Habana, 1856, Vol. II, p. 55.
(300) Rivas Agüero, **ob. cit.**, p. 198.
(301) **Ibidem.**
(302) Archivo Nacional de Cuba. **Comisión Militar,** Leg. 82, No. 4 (1851).
(303) **Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España,** por Herminio Portell Vilá, La Habana, 1938, Vol. I, pp. 381-385.
(304) **Diccionario geográfico, estadístico, histórico, de la isla de Cuba,** por Jacobo de la Pezuela, Madrid, 1866, Vol. IV, pp. 618-628.
(305) Juárez Cano, **ob. cit.**, p. 39.
(306) **Ibídem,** p. 40.
(307) Concha, **ob. cit.**, p. 207.
(308) Vidal Morales, **ob. cit.**, p. 282.
(309) Rivas Agüero, **ob. cit.**, p. 79.

(310) Archivo de la Comandancia Militar de Camagüey, según Juárez Cano, **ob. cit.**, p. 20.
(311) Rivas Agüero, **ob. cit.**, p. 38.
(312) **Cuba Revolucionaria-El Cafetal Azul**, por Francisco Puig de la Puente ("Julio Rosas"), La Habana, 1906.
(313) Juárez Cano, **ob. cit.**, p. 21.
(314) **Ibídem**, pp 21-22.
(315) **El coronel Ordóñez y Cuba en 1851**, (por) Dos cubanos, París, Garnier, ed., 1867, p. 11.
(316) **Ibídem**, pp. 16-17.
(317) Juárez Cano, **ob. cit.**, p. 25.
(318) **Ibídem.**
(319) Vidal Morales, **ob. cit.**, pp. 291-292. Diario de Adolfo Pierra y Agüero, tomado del Leg 82, No. 4, de la causa instruída contra Joaquín de Agüero y los otros conspiradores de Camagüey por la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente.
(320) **Cuba y su gobierno**..., por Pedro J. Guiteras, (2da. edición), con introducción por Herminio Portell Vilá, La Habana, Cultural, S. A., 1932.
(321) **Anales de la guerra de Cuba**, por Antonio Pirala, Madrid, González Rojas, ed., 1895, Vol. I, pp. 91-92.
(322) Archivo de Cirilo Villaverde. **Manifiesto á los habitantes de la Isla de Cuba y proclamación de su independencia por la Junta del Gobierno Provisional de L. S. de P. P. No. 19.**
(323) **Hojas literarias**, por Manuel Sanguily, La Habana, 1894, Vol. No. 1, artículo titulado "Propósitos del general Narciso López".
(324) Juárez Cano, **ob. cit.**, pp. 35-36.
(325) **Francisco Vicente Aguilera y la Revolución de Cuba**, por Eladio Aguilera Rojas, La Habana, Vol. I, 1909, pp. 4-5.
(326) **Datos recopilados para la historia revolucionaria de Cuba.—1851 en Camagüey.—La primera jornada por la independencia de Cuba**, por Francisco de Arredondo y Miranda, en **La Discusión**, La Habana, julio 9, 1911, p. 11.
(327) Rivas Agüero, **ob. cit.**, pp. 94-95, en despacho que, según el autor, publicó **El Fanal**, de Puerto Príncipe, en su alcance del jueves 17 de julio de 1851.
(328) **Insurrección de Joaquín de Agüero**, por Adolfo Pierra, en **Cuba y América**, La Habana, Vol. 1902, pp. 301-311.
(329) **Biografía de Joaquín de Agüero**, por Francisco Agüero Estrada (**El Solitario**), anotada por Emilia Bernal, La Habana, 1935, p 35.
(330) Arredondo Miranda, estudio ya citado, en **La Discusión**, La Habana, agosto 24, 1915, p. 5.
(331) **Ibídem.**
(332) **Levantamiento de Puerto Príncipe. Joaquín de Agüero, 1851**, atribuido este trabajo a Juan Clemente Zenea y publicado en **La Voz de América**, Nueva York, junio 11, 1866, p. 12.
(333) Leg. 82, No. 4 (Comisión Militar), del Archivo Nacional de Cuba, ya citado, carta de Ana Josefa de Agüero a Joaquín de Agüero, Puerto Príncipe, junio 30, 1851.
(334) El soneto, que después cayó en manos de los españoles y determinó el proceso contra Martina Pierra, aparece en la Nota No. 284.
(335) Juárez Cano, **ob. cit.**, pp. 29-30. Infortunadamente el Sr. Juárez Cano no cita la autoridad de la cual toma las palabras entrecomilladas o cita textual, que aparecen al final de los párrafos que acabamos de transcribir.
(336) **La masonería en la independencia de Cuba**, por Francisco J. Ponte Domínguez, La Habana, 1944.
(337) El original de esta carta lo tenía Joaquín de Agüero Sánchez cuando fué capturado por los españoles en Guanamaquilla y figura en el Leg. 82, No. 4 (Comisión Militar), del Archivo Nacional, como documentación del proceso instruído.

(338) Rivas Agüero, **ob. cit.**, pp. 158-159.
(339) Esta declaración figura en el Leg. 82, No. 4, de la causa instruída contra Joaquín de Agüero por la Comisión Militar, que se conserva en el Archivo Nacional
(340) **Ibídem**, a fojas 63.
(341) **Huellas de gloria**, por Emeterio S. Santovenia, La Habana, (s. a.) p. 38.
(342) La sentencia se encuentra en el Leg. 82, No. 4, de la causa instruída por la Comisión Militar, que se conserva en el Archivo Nacional de Cuba.
(343) Agüero Estrada, **ob. cit.**, p. 41.
(344) Rivas Agüero, **ob. cit.**, pp. 116-117.
(345) Vidal Morales, **ob. cit.**, pp. 299-300. Arredondo Miranda señala la fecha del 15 de agosto para estas otras actuaciones de la Comisión Militar.
(346) Archivo Nacional de Cuba—**Legajos de Historia**, 1848-49.
(347) **Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España**, por Herminio Portell Vilá, La Habana, 1938, Vol. I, p. 380.
(348) **Ibídem**, p. 384. El original de ese documento se encuentra en The Historical Society of Pennsylvania, Filadelfia, Penna, donde lo encontró el autor de esta obra en 1932.
(349) **Ibídem**, pp. 384-385. Con detalles completas y las correspondientes referencias a documentos oficiales está descrita toda esta trama en la obra del autor a la cual se alude en esta obra.
(350) **Ibíd.**, p. 383. La copia de esa nota de gracias por los informes de Buchanan acerca de la Conspiración de Trinidad se encuentra en las colecciones diplomáticas ahora depositadas en la sección correspondiente de **The National Archives**, Wáshington, D. C. (**Spanish Legation**, Vol. 12).
(351) **Archivo Nacional de Cuba-Comisión Militar**, Leg. 66, No. 4 (1848).
(352) Vidal Morales, **ob. cit.**, p. 270. Reproducción del manifiesto de José María Sánchez Iznaga titulado "A mis amigos de Cuba", fechado en Nueva Orleans, mayo 4, 1853.
(353) **Trinidad, la secular y revolucionaria**, por Gerardo Castellanos, La Habana, 1942, p. 362.
(354) Vidal Morales, **ob. cit.**, pp. 313-314.
(355) **Archivo Nacional de Cuba.—Comisión Militar.** Leg 67, No. 1, ya citado.
(356) Arnao, **ob. cit.**, p. 33.
(357) **Archivo Nacional de Cuba.—Comisión Militar**, Leg. 74, No. 2.
(358) **Memoria histórica de la villa de Santa Clara**, por Manuel Dionisio González, Villaclara, 1858, p. 287.
(359) **Brisas de Cuba.** La Habana, 1855, Vol. I.
(360) **Archivo Nacional de Cuba.**—Comisión Militar Leg. 101, No. 1. Cuando el autor de esta obra estudió esta documentación, en 1929, tenía la signatura Leg 83, No. 9, que luego le fué cambiada por la que más arriba se cita.
(361) **Ibídem.**
(362) **Las banderas, el escudo y el himno de Cuba**, por Enrique Gay Calbó, **La Habana, 1950.**
(363) **Efemérides cubanas**, por Enrique Ubieta, en **La Discusión**, La Habana, julio 28, 1915, p. 7.
(364) Vidal Morales, **ob. cit.**, pp. 320-321.
(365) **Archivo Nacional de Cuba.—Asuntos Políticos**, Leg. 122, Sig. 18. Los comandantes Bediola y Aymerich, los tenientes Espinosa, Nieto, Puente y Catalá, los sargentos Lausin, Alcaraz y Navarro, y treinta y tres hombres más, entre clases y soldados, fueron los directamente recompensados por su actuación en las operaciones militares contra Armenteros.
(366) **Archivo Villaverde**, en poder del autor de esta obra Carta manuscrita, Iznaga-Villaverde, París, julio 17, 1852.

(367) **Las Villas (Biografía de una provincia)**, por Rafael Rodríguez Altunaga, La Habana, 1955, pp. 292-293.
(368) La carta aparece impresa en uno de los apéndices de la obra de Marín Villafuerte, ya citada, pp. 379-380.
(369) **Archivo Villaverde: Libro copiador le cartas**, López-Macías, Nueva Orleans, junio 2. 1851.
(370) **Archivo Villaverde.** Carta autógrafa, Macías-Villaverde, Savannah, Ga., junio 17, 1851.
(371) **Archivo Villaverde.** Manuscrito de Cirilo Villaverde, anexo al borrador de su **Reseña biográfica del general Narciso López**, inédita. El comisionado del duunvirato, Carlos de Arteaga, era primo de Waldo Arteaga Piña, compañero de Joaquín de Agüero en la Revolución de Camagüey, quien logró escapar a los Estados Unidos.
(372) **Archivo Villaverde.**—Borrador de la carta López-Rodríguez de Mena (El Cubano), Nueva Orleans, junio 24, 1851.
(373) **Archivo Villaverde.**—Borrador de la carta Villaverde-Rodríguez de Mena, Savannah, Ga., agosto 30, 1851
(374) **Archivo Villaverde.** Carta manuscrita, original, Betancourt-Villaverde, mayo 28, 1851.
(375) "Narciso López", en **Revista Cubana,** febrero de 1891, carta de Cirilo Villaverde a Manuel de la Cruz.
(376) "New Orleans and the Cuban Question During the López Expeditions of 1849-1851: A Local Study in Manifest Destiny", por Chester Stanley Urban. **The Louisiana Historical Quarterly.** Oct. 1939. Vol. 22, No. 4, p. 50.
(377) **La Voz de América,** Nueva York, edición de junio 11, 1866, p. 12.
(378) Véase la cita No. 410.
(379) **The National Archives,** Wáshington, D. C. **State Department Files: Miscellaneous Letters,** julio-agosto, 1851, J. Prescott Hall-Daniel Webster, Nueva York, julio 25, 1851.
(381) **Ibíd.,** Horatio J. Harris-W. S. Derrick, Vicksburg, Miss., julio 28, 1851.
(382) Ya por entonces el pueblo cubano caía en la tentación de "fabricar" noticias y de exagerarlas, en torno a los tópicos políticos. Esa costumbre ha llegado hasta nuestros días y ha dado origen a las "bolas" o infundios que se echan a rodar cuando las informaciones están restringidas por la censura.
(383) **The Democratic Review,** Nueva York, Vol. XXXI, No. 3, septiembre de 1852, p. 212, en "Personal Narrative of Louis Schlesinger, of adventures in Cuba and Ceuta".
(384) **Ibídem,** p. 223.
(385) **Archivo Villaverde.** Carta original manuscrita, Martínez-Villaverde, diciembre 24, 1851
(386) **Life and Correspondence of John A. Quitman,** por J. F. H. Claiborne, Nueva York, 1860, Vol. II, p. 85.
(387) Vidal Morales, **ob. cit.,** p. 259.
(388) **Archivo Villaverde.** Carta original, manuscrita, Rodrigue de Mena-Villaverde, Nueva York, septiembre 1, 1851.
(389) **Museo Nacional de Cuba.** Original, de puño y letra de López, procedente del Archivo Villaverde y donada a ese Museo por el autor de esta obra, en 1930. Está fechada en Nueva Orleans, julio 15 de 1851 y dirigida "A Mr. Gonzales, Mr. Lamas, Mr. Titus y Mr. Macías".
(390) Schlesinger, **ob. cit.,** p. 216.
(391) **Archivo Villaverde.** Borrador manuscrito, en inglés, sin fecha, de Narciso López para el coronel Downman, con numerosas correcciones e interpolaciones, hechas con tinta o con lápiz.
(392) Urban, **ob. cit.,** p. 55.
(394) **The National Archives,** Wáshington, D C. **State Department Files, Miscellaneous Letters,** (abril, 1852), transcripción del proceso por la expedición del **Cleopatra,** publicada por el **Herald,** de Nueva York, en sus ediciones de marzo 5-27, 1852.
(394) **The New Orleans Delta,** septiembre 7, 1851.

(395) **Fragmentos,** La Habana, 1953, Vol. II, No 15, contiene unas notas biográficas de Schlesinger por Marco Pitchón.
(396) Hemos podido encontrar en los archivos norteamericanos más datos de Schlesinger, cuando éste regresó a los Estados Unidos, después de fugarse de Ceuta, y junto a John Van Buren y otros políticos del Partido Demócrata se convirtió en organizador del voto de los emigrados europeos en favor de dicho Partido. Después figuró, con varios de los cubanos revolucionarios de la época de López, en la invasión de Walker en la América Central, y luego se estableció en Guatemala, fomentó cafetales, hizo fortuna y en el año 1883 fué a vivir en París, donde falleció en mayo de 1907. Hay familiares suyos que todavía viven en Guatemala.
(397) **The National Archives,** Wáshington, D. C. **State Department Files: Miscellaneous Letters,** (July, 1852).
(398) **A compilation of the messages and papers of the presidents (1789-1902),** por James D. Richardson, Vol. V, 1904, pp. 111-112.
(399) **Ibídem,** p. 165.
(400) **The Edward Everett Papers, en The Massachusetts Historical Society,** Boston, Mass, A. Wise-Edward Everett, Wáshington, D. C., agosto 31, 1851.
(401) **Ibídem,** Wise-Everett, Wáshington, D. C., septiembre 8, 1851.
(402) **The National Archives,** D. C. **State Department Files: Consular Despatches** (Havana), Vol. 24, Owen-Webster, La Habana, julio 16, 1851.
(403) **Ibídem,** Owen-Webster, La Habana, julio 22, 1851.
(404) Gutiérrez de la Concha, **ob. cit.,** p. 210.
(405) **Ibídem,** p. 221
(406) **Archivo National de Cuba.—Comisión Militar:** Leg. 74, No. 3 (nomenclatura de 1930).
(407) **Archivo Villaverde,** Gournay-Villaverde, N. Orleans, septiembre 27, 1851 (original, manuscrito).
(408) Gutiérrez de la Concha, **ob. cit.,** p. 143.
(409) **Ibídem,** p. 153.
(410) **Ibíd.,** pp. 210-211.
(411) **Boletín del Archivo Nacional,** La Habana, 1918, Vol. XXII, Nos 5-6, pp. 544-546.
(412) Arnao, **ob. cit.,** pp. 38 y 46-47.
(413) Schlesinger, **ob. cit.,** pp. 212-213.
(414) Esta aseveración de Schlesinger está en abierta contradicción con todas las otras fuentes informativas de la época acerca del particular, especialmente las de los hombres de mayor confianza de López, como Villaverde y De Gournay, y también con las expresiones vertidas por el propio caudillo respecto a las sublevaciones en la región central de Cuba. Schlesinger, como ya sabemos, no se entrevistó con López hasta tarde, el 28 de julio, setenta y ocho horas antes de que el **Pampero** emprendiese viaje. No había estado en correspondencia con López, por otra parte y hasta puede admitirse que no supiese muy bien cuál era Departamento Central de Cuba, al que aludía. Por todas esas razones nos inclinamos a considerarle equivocado en su acerto sobre el paraje dónde se proponía desembarcar López y que solamente Schlesinger señala que estaba en Las Villas o Camagüey.
(415) Schlesinger, **ob. cit.,** p 217.
(416) Sanguily, **ob. cit.,** p. 48.
(417) Vidal Morales, **ob. cit.,** p. 195.
(418) **Narciso López, en Cuba y América,** La Habana, edición de agosto 31, 1912.
(419) **Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos,** por José Ignacio Rodríguez, La Habana, Imp. "La Propaganda Literaria", 1900, pp. 447. 451.
(420) Fernández de Castro, **ob. cit.,** p 182, Saco-Iznaga, París, mayo 7, 1851.

(421) Schlesinger, **ob. cit.**, p. 213.
(422) **Archivo Villaverde. Epistolario de Juan Manuel Macías.** De Gournay-Francisco Javier de la Cruz, La Habana, julio 20, 1851.
(423) Gutiérrez de la Concha, **ob. cit.**, p. 209.
(424) **Colección de partes y otros documentos publicados en la "Gaceta Oficial de La Habana" referentes a la invasión de la gavilla de piratas capitaneada por el traidor Narciso López,** La Habana, 1851, declaración de Turra y Díaz ante el teniente gobernador Santiago Gurrea.
(425) Esta información sobre los vecinos de Las Pozas que fueron a las Playitas del Morrillo la obtuvimos el 13 de agosto de 1930, de labios de Miguel García de la Torre, el único sobreviviente de ellos, a la sazón de 101 años de edad, como nacido que era el 29 de septiembre de 1829 en Las Pozas, y todavía en pleno uso de sus facultades, físicas y mentales, pues a esa edad todavía montaba a caballo por su cuenta, sin necesidad de ayuda alguna y recordaba los más importantes detalles de los hombres y los hechos de 1851, que convenían con los documentos de la época.

García de la Torre sirvió de guía y asesor a la comisión nombrada por la Secretaría de la Guerra y Marina, de Cuba, en 1930, para reconstruir la ruta de Narciso López y sus hombres, cuando la Expedición de la Vuelta Abajo. Esa comisión estuvo integrada por el capitán (después coronel) Manuel León Calás, el primer teniente René Reyna Cossío, el segundo teniente Arturo Arias Torres, del disuelto Ejército Nacional, el alférez José A. Hernández Roger, de la extinguida Marina de Guerra Nacional, y el autor de esta obra, este último en atención a los estudios que había hecho sobre Narciso López y sus empresas libertadoras.

La comisión desembarcó en las Playitas del Morrillo el 12 de agosto de 1930, después de varias horas de viaje, desde El Mariel, a bordo del cañonero "Habana", y con el Sr. García de la Torre y otros antiguos vecinos hizo recorridos, excavaciones y observaciones de los cuales quedaron actas firmadas, que obran en poder del autor de esta obra.

Carteles (1930) publicamos una serie de artículos con ilustraciones y con el título genérico de "Sobre la ruta de Narciso López", en los cuales quedó relatado todo lo que se había visto y comprobado acerca del itinerario seguido por los invasores de 1851 y de las vicisitudes que sufrieron hasta el desastre final de la expedición. El recorrido hecho por los comisionados se ajustó en lo posible, día a día, en 1930, al de la marcha de López y sus hombres, en 1851.
(426) Esta descripción del uniforme de Narciso López, al desembarcar en las Playitas del Morrillo, conviene con el dibujo hecho entonces y que se reproduce entre las ilustraciones de la presente obra.
(427) **Colección de los partes y otros documentos...**, ya citada, anuncio hecho el 12 de agosto de 1851 por la secretaría militar, a cargo de Pedro Esteban.
(428) Gutiérrez de la Concha, **ob. cit.**, p. 210.
(429) **Ibídem**, pp. 211-212.
(430) **Ibíd.**, p. 212.
(431) **Colección de partes..., ob. cit.**, informe del teniente coronel Villaoz, fechado en Cafetal de Frías, agosto 27, 1851.
(432) **Ibídem.**
(433) Concha, **ob. cit.**, pp. 213-214.
(434) **Colección de partes..., ob. cit.**
(435) Concha, **ob. cit.**, p. 214.
(436) Esta carta fué publicada, con otros documentos, en el periódico **The Bee**, en francés **L'Abeille**, de Nueva Orleans, edición del 3 de septiembre de 1851.
(437) **Colección de partes, ob. cit.**
(438) Concha, **ob. cit.**, pp. 214-215.

(439) **¡A Sitio Herreral**, por Ramiro Cabrera, La Habana, 1922, pp. 303-308 y 320-334.
(440) **Mi primer paso al mundo, o sea, mis prisiones**, por Julio Esteban Chassagne, Castillo del Hacho, Ceuta, 17 de enero de 1852. Manuscrito en poder del autor de esta obra.
(441) **Colección de partes, ob. cit.**
(442) Concha, **ob. cit.**, p. 215.
(443) **Colección de partes, ob. cit.**
(444) Concha, **ob. cit.**, p. 215.
(445) **Colección de partes..., ob. cit.**,
(446) **Ibídem.**
(447) **Ibíd.**
(448) La carta la publicó el **New Orleans Bee**, edición de septiembre 3, 1851.
(449) Caldwell, **ob. cit.**, p. 101.
(450) **The N. O. Delta**, edición de agosto 25, 1851 con las cartas de Stanford, Víctor Kerr, Thomas C. James y I. Brandt, en que se despedían de familiares y amigos.
(451) Es evidente que las cuatro lanchas en que iban los infortunados fugitivos, en vez de adentrarse de inmediato en el Golfo de México, habían navegado a lo largo de la costa por el Cayo Morrillo, el Cayo Blanco, Punta Chiva, el amplio seno de la Bahía de La Mulata, Cayo Ratón y Cayo Alacranes, para seguir a Cayo Blanquizal por la pasa que separa a este último, por el estero Reduán, de la península de este nombre.
(452) **Colección de partes, ob. cit.**
(453) **The National Archives, Wáshington, D. C.—State Department Files: Miscellaneous Letters,** William R. Hackley-Daniel Webster, Cayo Hueso, agosto 23, 1851.
(454) Véase **Urban, ob. cit.**, pp. 57-75.
(455) **Colección de partes..., ob. cit.**
(456) Zaragoza, **ob. cit.**, vol. II, p. 635.
(457) **El general Narciso López y la Isla de Cuba. Relación histórica de los últimos acontecimientos políticos de Cuba,** por "Un habanero", Caracas, Imprenta de Valentín Espinal, 1851.
(458) Relación de partes, ob. cit.
(459) **Ibídem,** decreto de 2 de septiembre de 1851.
(460) **Boletín del Archivo Nacional,** Vol. XVIII, Nos. 5-6, julio-octubre, 1919, pp. 377-378.
(461) **Páginas,** por Joaquín N. Aramburu, La Habana, 1907, pp. 254-255.
(462) **Sobre la ruta de Narciso López,** por Herminio Portell Vilá, en **Carteles,** La Habana, octubre 5 de 1930.
(463) **Cuba and Her Revolution,** por La Junta de La Habana, en **The N. Y. Sun,** octubre 13, 1851.
(464) Ubieta, **ob. cit.**, en **La Discusión,** La Habana, septiembre 1, 1915.
(465) **The N. O. Delta,** Nueva Orleans, septiembre 11, 1851. Carta anónima del hermano de Cirilo Villaverde.
(466) **Ibídem,** edición de septiembre 15, 1851.
(467) **Véase Narciso López y su época,** Vol. 1, pp. 78-82, en lo tocante a las relaciones de Saco y López por razón de la esposa de este último.
(468) **La Verdad,** Nueva York, edición de marzo 30, 2852.
(469) **Boletín del Archivo Nacional de Cuba,** La Habana, Vol. IV, No. 5, septiembre-octubre de 1905, Concha-Ministro de Estado, agosto 31, 1851.
(470) **The National Archives, Wáshington, D. C.—State Department Files: Spanish Legation,** Vol. 13, Calderón-Crittenden, octubre 20, 1851.
(471) **The National Archives, Wáshington, D. C.—State Department Files: The Lopez Expeditions, 1849-1851.** Este documento, y otros del propio Fajardo, parecen haber sido enviados al State Department por el comodoro Parker, U. S. Navy, desde La Habana.

(472) **The National Archives, Wáshington, D. C. State Department Files: Miscellaneous Letters,** Parker-Webster, La Habana, septiembre 25, 1851.

(473) **La Verdad,** Nueva York, Vol. V, No. 119, edición de septiembre 30, 1851, articulo titulado "El 16 de agosto de 1851 en La Habana".

(474) **The National Archives, Wáshington, D. C.—State Department Files: Spanish Legation,** Vol. 13, Calderón-Crittenden, octubre 20, 1851.

(475) **The U. S. Navy Archives, Wáshington, D. C.—Home Squadron Files: Commo. Parker's Cruise,** Platt-Parker, La Habana, agosto 17, 1851.

(476) **The National Archives, Wáshington, D. C.—State Department Files: Miscellaneous Letters,** Parker-Webster, La Habana, septiembre 6, 1851.

(477) Parker-Webster, La Habana, septiembre 12, 1851.

(478) **The National Archives, Wáshington, D. C.—State Department Files: The Lopez Expeditions,** Vol. 1. He aquí los relatos del testigo Fajardo:

El 16 de Agosto presenciaron los habitantes de la Habana un espectáculo horrible que llenó de amargura á sus hijos y de indignacion y esuanto á los extrangeros y que la posteridad creerá fabuloso cuando la historia imparcial lo refiera. Cincuenta de los que formaron parte de la espedicion del Gral. Lopez fueron sin piedad sacrificados despues de recibir los mayores ultrages, los Españoles peninsulares mostraron un regocijo frenético y salvaje, y el lugar en que espiraron los generosos mártires de la libertad de Cuba fue el elegido por más de cinco mil hombres para celebrar allí el bárfaro festin de los caribes ..... de Atares con las manos atadas a las espaldas se les arrojó desde la proa al suelo recibiendo golpes que los espectadores Españoles celebraban con cruel y estúpida alegria. Una escolta los condujo al lugar en que estaba formado el cuadro y en su tránsito sufrieron los mayores ultrages; un insolente descargó su mano sobre el rostro del indefenso coronel Crittenden á quien otro malvado hirió la rodilla con su bayoneta y el cuerpo de aquel martir fue despues como el de otros muchos de sus compañeros profanado por los Españoles. Hubo espectador que intentó tirar de los cabellos al desgraciado que iva á sufrir la muerte; el ilustre americano volvió con dignidad la vista hacia su ofensor, escupió con desprecio y marchó sereno al lugar de la ejecución. La multitud frenética se lanzó sobre los cadaveres y los jefes y los funcionarios públicos toleraron esos abusos. Tres soldados tuvieron la humanidad que faltó á su gefe y quisieron impedir tan barbaros ecsesos, pero el oficial que los mandaba detuvo ese generoso impulso diciendoles que debia permitirse al pueblo saciar su venganza. Algunos conducian al principio con órden los cadaveres á los carros. "A ellos, perros —les dijo el oficial, se les arrastra y no se les carga." Y fueron arrastrados después que muchos empaparon sus pañuelos en la sangre Americana, despues que otros con palos y con piedras rompieron los craneos de algunas de las víctimas y despues que fueron mutilados varios de los cadaveres

La noticia de la indignacion que tales ecsesos produjeron en los Estados Unidos ha hecho adoptar á los redactores del "Diario de la Marina" y de la "Gaceta" la resolucion de negar unos hechos que fueron demasiado publicos. Insolentes y altaneros con los inermes cubanos, y timidos al prever los resultados que puede producir la barbarie, han pensado solo en justificarse pero es ya demasiado tarde. En el suplemento á "La Prensa" del diez y seis de agosto después de referir con inesactitud las ocurrencias de aquel dia se hallan las siguientes palabras: "los vivas a la Reina y a la patria se repitieron con mas estruendo, las tropas desfilaron y **entonces el** pueblo se arrojó sobre el lugar de la ejecucion donde quedaban algunos restos de los criminales". No hay quien ignore que "La Prensa" y los demas periodicos de la Isla son el eco del gobierno y que nada se imprime en ellos sin previa censura...

Al retirarse la tropa venian mezclados con ella los peninsulares é innumerables muchachos de color conduciendo los unos y los otros las gorras, las botas ensangrentadas y algunos miembros de los martires. Sus gritos atronaban la ciudad. El joven D. N. Acosta sensuró esa conducta manifestando que en todas partes los muertos eran respetados y gime hoy en una cárcel...

El tambor mayor llevaba en el puño de su bastón el gorro de uno de los Americanos muertos; el sastre que vive al frente de "La Dominica" y bajo de la casa de Gobierno mezcló un pedazo del craneo que tomo en el lugar de la ejecucion con el refresco que vevia, el carpintero bizcayno D. José Zalazar que habita en la calle de La Diaria llevaba los sesos de un americano y en la bodega del Canal se presentaban al público los de otro; D. Agustin, tendero, paseó en la calle del Consulado las orejas de un americano; el curro D. José Salomon dueño de la fonda y carniceria de "Las Californias" en el mercado del barrio de Colon, introdujo su mano en la herida de uno de los cadaveres, empapó en la sangre de este su camisa, se apoderó de un pedazo de sombrero y proferia gritos horribles y palabras ofensivas contra la república Americana. El asturiano D. Evaristo Vega vecino del barrio de Colon y de oficio escogedor de tabaco rompió el craneo de un Americano lo llevaba en una mano y agitaba en la otra el sombrero de la victima ultrajando con sus palabras á los Cubanos y á los hijos de los Estados Unidos.

Un dependiente de la confiteria de "La Dominica" presentaba en este establecimiento á todos el dedo de una de las victimas con su sortija; Don N. Costa dueño de la misma confiteria conserva los organos genitales de otro en un pomo de aguardiente. Un soldado en el lugar de la ejecución alzó con la bayoneta á uno de los cadaveres gritando que asi debian de morir todos los yanquis. Un español, al pasar por la casa de las Srtas. Salazares que viven en la calle de Villegas se acercó á la casa y salpicó á una de las jovenes con los sesos que llevaba diciéndole que ya que era crioya queria hacerla veber los sesos de un Americano D. Alonso de la Campa, dueño de la bodega situada en la esquina que forman las calles del Prado y de Neptuno cortó las orejas de un Americano y las puso a la espectacion publica. Uno de los dependientes de la tienda de ropas "El Zapato" se apoderó de un pedazo de craneo, tomandolo por el pelo lo arrojaba al aire y prorrompia en horribles vivas al patriotismo Español, D. Luis Susini empapó su pañuelo en sangre y lo presentaba á todos los que concurrian á "La Dominica". El barbero que vive en la calle de la Muralla debajo de la casa de D. Ramon Ario y Vega mordia un pedazo de craneo en la puerta de su casa y lo arrojaba despues á la calle. Por enfrente de la casa de Da. Barbara Parra situada en la calle de la Amargura entre las de Habana y Compostela, pasearon unos Españoles las orejas de un Americano. Un dependiente de D. Franco. Alvarez enseñaba todos los organos genitales de otro de los martires y en la calle de Villegas esquina á la de Lamparilla se colgó una gorra ensangrentada. D. Franco. Alvarez Hermosilla cartero del Correo llegó al cafe de "Las Ninfas" en la Plaza del Vapor, pidió brandy, antes de veverlo introdujo en él una oreja y la saco despues para ejecutar lo mismo en otros lugares publicos. D. Francisco conocido por el apodo de "Guagua", dueño de la tienda de "La Carlota" en la Calzada del Monte en la esquina del Indio llevaba sesos en un pañuelo y un pedazo de craneo y dijo que haria con este un sortija luego que estuviese seco. D. Juan que vive en la pulperia "La Perica" en la calle de La Gloria se arrojó sobre los cadaveres, se tiñó con su sangre y paseó luego las calles jactandose de su barbarie. El joven Bohorques vió con horror en "La Dominica" á varios Españoles vever vino de gerez con sesos de los americanos. Un platero de la calle de la Muralla conservó los

organos genitales y la oreja de una de las victimas muchos dias. El gallego Lambei que no pertenece á la hez del pueblo y es escritor público paseaba enseñando á todos un pedazo de carne de un americano .....

Los comerciantes Abrisqueta, Costa, Ventosa, Fontanills y otros distribuyeron pesetas entre los negros y los muchachos para que ultrajaran á los presos y la multitud al victoriar á la Reina gritaba mueran los yanquis y aun hubo quienes profirieran iguales gritos contra los criollos .....

Sabiendo que todos los partes é informes que ha dado el govierno español son enteramente falsos, yo como testigo ocular de los acontecimientos declaro al gobierno de los Estados Unidos y á cada uno de sus estados en particular, la verdad de lo que ha pasado..... .....Los cincuenta americanos que se volvian en cuatro lanchas para su pais fueron apresados...los cuales llegados á la Habana el diez y seis por la mañana fueron inmediatamente fusilados....; después de perpetrado este horrible asesinato, que llenó de escandalo á toda la poblacion sus cuerpos fueron despojados y despedazados por los españoles cortandoles á la mayor parte de ellos las narices y las orejas que en las puntas de los bastones fueron paseadas en procesion por toda la Ciudad amedrentada. Hay español que conserva en un pomo las dos orejas de Crittenden y otro que empapó su pañuelo en la sangre de esta victima y lo puso de bandera en su baston; todos los cuerpos mutilados y desnudos fueron profanados con el mayor furioso escandalo; el que no tenia algun miembro tomaba un zapato, ó un sombrero ó un pedazo del vestido para ponerlo en su baston y esta tropa de canibales paseó toda la Ciudad acompañada de un rejimiento á son de musica ..... Habana, 16 de Agosto de 1851. (f) Antonio Maria Fajardo.

NOTA DEL AUTOR. Antonio María Fajardo firmó como representante de los conspiradores de La Habana el acta de la "Junta provisional de los representantes de la Isla de Cuba", reunida el 4 de julio de 1851 en la residencia de Agustín Agüero y Agüero, en la ciudad de Camagüey y a la que asistieron doce de esos representantes, desde los de Mantua hasta los de Baracoa. La copia autenticada de esa acta está en **The National Archives, Wáshington, D. C. State Department Files: The Lopez Expeditions, 1849-1851**, Vol. I.

(479) **The Library of Congress, Washington, D. C.—Division of Manuscripts. The J. J. Crittenden Papers,** William May-Frederick May, U S. Steam Frigate **Saranac,** Havana, Sept. 16, 1851. El Dr. May envió este informe a Mr. Crittenden, secretario de Justicia e interino de Estado en el gobierno del Presidente Fillmore, tio de William L. Crittenden, y por eso dicho documento se encuentra entre los de J. J. Crittenden.

(480) **La Verdad,** Nueva York, edición de septiembre 30, 1851, ya citada.

(481) **Poesías,** por Juan Clemente Zenea, La Habana, 1936, pp. 68-69.

(482) **The National Archives, Washington, D. C.: State Department Files, Consular Despatches, Havana,** Vol. 24, Owen-The editor of "The Republic", La Habana, septiembre 16, 1851

(483) **Ibídem,** Owen-Webster, La Habana, septiembre 16, 1851.

(484) **Ibid.,** Owen-Fillmore, La Habana, septiembre 17, 1851.

(485) **Ib.,** Wilson-Webster, octubre 27, 1851.

(486) **Ib.,** Owen-Webster, septiembre 18, 1851.

(487) **Ib.,** Owen-Webster, La Habana, agosto 22, 1851.

(488) **Boletín del Archivo Nacional,** La Habana, Vol. IV, No. 5, septiembre-octubre, 1905, pp. 87-88, Concha-Ministerio de Estado, La Habana, agosto 31, 1851.

(489) **The National Archives, Washington D. C.—State Department Files: Spanish Legation,** Vol. 13, Calderón de la Barca-Crittenden, octubre 14, 1851

(490) Uno de los libros copiadores de cartas se vendió públicamente en Nueva Orleans, años después y figura en las colecciones de la gran biblioteca cubana del Sr. Pablo G. de Mendoza, en La Habana. En esa correspondencia oficial española estaban las pruebas concluyentes de la violación de la soberanía norteamericana por el cónsul Laborde y los más terribles ataques y las peores calumnias contra los Estados Unidos y contra Fillmore y sus colaboradores del gobierno. cualquiera de ellas mil veces por que la famosa carta de Dupuy de Lome contra el Presidente McKinley; pero a Fillmore y a Webster lo que les interesaba era complacer a España en su reclamación.

(491) **Cuba y América,** La Habana, agosto 31, 1912, articulo titulado "Narciso López".

(492) **Carteles,** La Habana, Vol. 31, No. 28, julio 9, 1950, p. 28. Articulo "En vísperas del trágico epílogo", por G. Rodríguez Morejón.

(493) **Narciso López y la isla de Cuba,** ya citado, p. 11.

(494) **Ibídem,** pp. 15-16.

(495) Archivo Nacional de Cuba, La Habana, Leg. 88, No. 5, (Antigua clasificación).

(496) **El Boletín del Archivo Nacional,** de La Habana, Vol. XXII, Nos. 1-6, enero-diciembre, 1923, pp. 172-173, publica el intercambio epistolar entre Martín Galeano, el comandante Enríquez y el administrador del Hospital de Caridad de San Juan de Dios, en torno al donativo originado por el destino del sombrero de Narciso López.

(497) Julio Rosas, **ob. cit.,** p. 17.

(498) **Colección de los partes..., ob. cit.**

(499) **Ibídem.**

(500) Gutiérrez de la Concha, **ob. cit.,** p. 221.

(501) **Archivo Villaverde,** De Gournay-Villaverde, Nueva Orleans, septiembre 27, 1851, original, manuscrita.

(502) **The N. O. Delta,** septiembre 8, 1851. Artículo titulado: "Authentic Intelligence of the manner of Gen. Lopez' capture and execution". Basado en informes de P. F. de Gournay.

(503) **The N. Y. Sun,** edición de septiembre 8, 1851.

(504) **Life of General Lopez and history of the late attempted revolution in Cuba,** por A filibustero. Nueva York, Dewitt Davenport, impresores, 1851, p. 27. La cubierta está concebida en los términos arriba transcritos; pero la portada agrega, después de las palabras "revolution in Cuba", lo siguiente: "from its first invasion at Cardenas down to the death of Lopez at Havana".

(505) **Narciso López y la Isla de Cuba, ob. cit.,** p. 11

(506) **Ibídem,** p. 16.

(507) En la **Revista de la Biblioteca Nacional,** La Habana, 1953, Vol. IV, p. 150, el distinguido heraldista cubano Sr. Rafael Nieto Cortadellas ha publicado la partida de defunción de Narciso López, que dice así: "Parroquia habanera de Monserrate, folio 292, libro 2. **Al margen.** No. 444. D. Narciso Lopez. "Limosna". **Dentro:** En primero de Setiembre de mil ochocientos cincuenta y un años, se dió sepultura de limosna en el Cementerio gral. segun certificó su Capellan, al cadaver de D. Narciso Lopez, el cual fue ajusticiado segun oficio del Scrio de la Rl. Cofradia de Caridad que obra en este Archivo, era natural de... Caracas, de sesenta (sic) y cuatro años de edad; de estado casado con Da. Dolores Frias; otorgó testamento por ante Dn. Felix Lancis, pero no han remitido la clausula testamentaria; no pudieron averiguarse las demas circunstancias; recivió los santos Sacramentos y lo firmé. (f) Francisco de P. Gispert.

(508) En Savannah, Ga., Narciso López, rechazado por las logias de Nueva Orleans, en las que predominaban los españoles, fué iniciado en la masonería: pero se confesó y comulgó cuando estaba en capilla. Los datos de Narciso López en la masonería norteamericana (posiblemente había pertenecido a esa institución en España), son como sigue: El 1º de agosto de 1850 el general Narciso López pidió su ingreso en la Logia "Solomon No. 1", de Savannah, Ga., y se le aceptó el 5 de septiembre. El dia 9 pasó al grado inmediatamente superior y el martes 10 de septiembre de 1850 por el Venerable Maestro R. J. Turner,

asistido por Geo. W. Aldrich, William Cox y James J. Jones, fué elevado a la condición de maestro masón, recibió su diploma y pagó $26.00 de derechos.

(509) **The Navy Department Archives,** Wáshington, D. C. **Home Squadron-Como. Parkers Cruise:** Platt-Parker, **La Habana, septiembre 1, 1851.**

(510) **The New Orleans Delta,** edición de noviembre 17 de 1851. La carta de Mr. Sigur era del 28 de octubre.

(511) **Ibídem,** edición de octubre 6, 1851. Estas declaraciones también se publicaron en el **Sun** de Nueva York.

(512) **The Tragic Era,** por Claude G. Bowers, New York, Blue Ribbon Books, 1929, p. 264.

(513) Fueron varios y muy señalados los casos de buques norteamericanos detenidos y registrados por los españoles, con el arresto de personas que estaban a bordo, y hasta hubo la concreta amenaza y la definitiva exigencia de que determinados ciudadanos norteamericanos no podian pasar por La Habana en buques de los Estados Unidos.

(514) **Boletín del Archivo Nacional,** La Habana, 1909, (segunda edición), Vol. IV, No. 5, septiembre-octubre, 1905, p. 88, Concha-Ministerio de Estado, La Habana, agosto 31, 1851

(515) **The Daniel Webster Papers,** en The Manuscripts Division, The Library of Congress, Wáshington, D. C., Fillmore-Webster, Wáshington, septiembre 2, 1851.

(516) **Ibídem,** Calderón de la Barca-Webster, Wáshington D. C., enero 26, 1852.

(517) Richardson, **ob. cit.,** Vol. 5, pp. 113-118.

(518) **Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX,** por Jerónimo Becker, Madrid, 1924, Vol. II, pp. 217 y siguientes.

(519) **Heraldo de Madrid,** edición de julio 17, 1851, con la información sobre la sesión de las Cortes, del día anterior.

(520) Becker, **ob. cit.,** Vol 2, pp. 227-228.

(521) **Boletín del Archivo Nacional,** La Habana, 1909 (Segunda edición), Vol. IV, No. 6, Concha-Ministerio de Estado, La Habana, noviembre 8, 1851, pp. 101-104.

(522) **The Daniel Webster Papers,** ya citados, Barrington-Webster, Madrid, septiembre 25, 1851.

(523) **Ibídem,** Fillmore-Webster, Wáshington, D. C., octubre 2, 1851.

(524) **The National Archives, Wáshington, D. C.—State Department Files: Spanish Legation,** Vol. 13.

(525) Becker, **ob. cit.,** Vol. 2, p 229.

(526) **Ibídem,** pp. 230-231.

(527) **The National Archives, Wáshington, D. C.—State Department Files: British Legation,** Vol. 34, Malmesbury-Crampton, Londres, abril 28, 1852.

(528) **Ibídem.**

(529) Este tema ha sido ampliamente estudiado por Amos A. Ettinger en su estudio: **The proposed Anglo-Franco-American Treaty to Guarantee Cuba to Spain** (1930).

(530) Vidal Morales, **ob. cit.,** p. 197.

(531) Juan Arnao, **ob. cit.,** p 46.

(531-A) Fernández de Castro, **ob. cit.,** p. 195, Del Monte-Saco, Madrid, diciembre 18, 1851.

(532) Este documento se conserva en un volumen con el titulo genérico de **The Lopez Expeditions,** 1848-1851, en **The National Archives,** Wáshington, D. C.—State Department Files.

(533) Arnao, **ob. cit.,** p. 38.

(534) **Archivo Nacional de Cuba: Comisión Militar,** Leg. 81, No. 5 (Nomenclatura antigua).

(535) Arnao, **ob. cit.,** p. 46.

(536) **Ibídem,** pp. 46-47.

(537) Sedano, **ob. cit.,** p. 56.

(538) Archivo de la Iglesia de la Caridad, La Habana, Libro 22 de entierros, folio 197, partida No. 1,311: "En trece de Octubre de 1,854 años: se dió sepultura en el Cementerio gral., en 3er. tramo, segun consta de la papeleta de su capellan el cadaver de Jose Antonio Castañeda, Capitan efectivo de rurales de Fernando septimo, natural de San Marcos de Artemisa, vecino de Pinar del Rio y accidentalmente en esta feligresia, de edad 32 años, hijo legitimo de Don Antonio Santos Castañeda y de Dña. Basilia Robaina, casado en primeras nupcias con Dña. Maria del Cármen Verde, de quien tuvo por sus hijos á Dn. Basilio y á Dña. Damiana y en segundas con Dña. Carlota Capote, de la que no deja sucesion, se ignora si tenia otorgado testamento, no recibió los Santos Sacramentos **por haber sido asesinado,** de cuyo hecho ha tomado conocimiento el Sr. Alcalde Mayor tercero de esta Ciudad, quien previno su enterramiento en oficio fecha de hoy; y lo firmé. José Francisco Padrón"

(539) Véase **La Prensa,** La Habana, ediciones de octubre 14 y 15, 1854.

(540) **Colección de partes..., ob. cit.**

(541) Zaragoza, **ob. cit.,** Vol. 1, p. 635.

(542) Schlesinger, **ob. cit.,** p. 576.

(543) **Boletín del Archivo Nacional,** La Habana, Vol. 18, Nos 4-5, julio-octubre, 1919, pp. 377-378.

(544) Aparte del hijo de su matrimonio, Narciso López y Frías, quien se hacía llamar en Europa el Conde de Pozos Dulces y el Vizconde de la Albufera, Narciso López dejó varios hijos naturales en Cuba. La Sra Tomasa María del Carmen Vázquez, bautizada en la iglesia auxiliar de San Francisco de Paula, en Trinidad, el 24 de mayo de 1843, era hija del caudillo y así se hizo constar por diligencia de Sept. 30, 1867, en el Libro 3 de bautizos de blancos, folio 224, inscripción No. 900. Este Camilo Hurtado López pudiera ser el mismo Pedro Nolasco Isla, conocido como "el mulatico del General", quien escapó con López para los Estados Unidos, en 1848 y le acompañó fielmente en el destierro y en la Expedición de la Vuelta Abajo. Cayó prisionero en los Pinos de Rangel, al lado de López, y aunque era un niño, Concha lo envió a Ceuta y luego fué indultado y regresó a los Estados Unidos. Hay motivos para sospechar que Camilo Hurtado López, Camilo López y Pedro Nolasco Isla, fueron una misma persona.

(545) Archivo Nacional de Cuba, La Habana; **Comisión Militar** (1854) Leg. 118, No. 1.

(546) Vidal Morales, **ob. cit.,** p. 248.

('47) **Archivo Nacional de Cuba,** La Habana: **Comisión Militar,** Leg. 118, No. 1.

(548) Vidal Morales, **ob. cit.,** p. 249.

(549) **La Verdad,** Nueva York y Nueva Orleans, edición de octubre 20, 1854.

(550) **Archivo Villaverde,** ya citado, carta autógrafa J. A. Quintero-Cirilo Villaverde, marcada "Confidential", así, en inglés, Nueva Orleans, octubre 21, 1854.

(551) Las conspiraciones de la época de Narciso López dieron ocasión al naturalista, historiador y geógrafo Tranquilino Sandalio de Noda para caer en la más abyecta profesión de españolismo y para hacer servicios de espionaje, delación y colaboración con la represión política encabezada por Concha. El **Boletín del Archivo Nacional,** de La Habana, ha publicado documentos relacionados con esas actividades de Noda; pero esta acusación que le hace Quintero es nueva.

INDICE ALFABETICO

Abolición de la esclavitud, esclavos, etc. I: 151; 172; 176-178; 180-183; 196; 208; 223; 245; 281; 289. II: 56-57; 143-144; 147; 150-152; 156; 183-185; 190-192; 219; 284; 302; 371; 418; 420-421-422; 423; 440; 442-446; 478; 489. III: 25; 29; 51; 121; 201; 212; 243; 247; 252; 254; 269-270; 282-283; 297; 298; 305-306; 355; 376; 379; 449; 735; 741.

Acevedo Blanco, Pedro, conspirador matancero, II: 143.

Acevedo Somodevilla, Juan, conspirador matancero, I: 253.

Acevedo Somodevilla, Pedro, conspirador matancero, II: 143.

Acosta y Rendón, Francisco, conspirador, I: 291; 292.

Acosta y Rendón, Gaspar Mateo, conspirador, I: 261; 291; 292.

Acha, Ramón de, oficial español, II: 146; 149; 201; 302; 469.

Acha, Tomás de, oficial español, II: 201.

Adams, John Quincy, secretario de Estado y presidente de los Estados Unidos, I: 171; 174; 180.

Agramonte, Gaspar de, conspirador camagüeyano, II: 59; 104; 144; 436.

Agramonte Loynaz, Ignacio, general del Ejército Libertador de Cuba, III: 375.

Agüero, Francisco de, conspirador camagüeyano, ejecutado por los españoles en 1826. I: 56; 63.

Agüero, Melchor de, conspirador camagüeyano, I: 259.

Agüero, Miguel de, conspirador camagüeyano, II: 59; 436.

Agüero Agüero, Joaquín de, jefe principal de la Revolución de Camagüey, I: 190; 191; 197; 206. II: 144. III: 37; 67; 235; 243-247; 251-252; 260; 264-266; 269-274; 275-286; 287-377; 378; 413; 443; 444; 460; 461; 467; 470; 500; 541; 736; 737; 739; 740.

Agüero Estrada, Francisco (El Solitario), dirigente del movimiento revolucionario de Camagüey, en 1851. III: 37; 242; 259; 280; 296; 306; 338; 366; 470; 736.

Agüero Perdomo, Ana Josefa de, (Pepilla), esposa de Joaquín de Agüero y Agüero. III: 250; 269; 341-352; 368-371; 374.

Agüero Sánchez, Joaquín, conspirador camagüeyano. III: 250; 340; 341; 347-351; 361; 375; 736.

Agüero Sánchez Pedro de, conspirador anexionista, quien luego se pasó al "reformismo" españolista. I: 192; 195; 197; 201; 202; 259. II: 40; 46; 58; 96; 97; 104; 117; 144; 210; 211; 252; 254; 256; 258; 308; 426; 427; 432; 435; 490. III: 9; 15; 20; 21; 27; 33; 37; 47; 73; 96; 98; 105; 119; 120; 121; 122-126; 130; 131; 136; 137; 138; 139; 140; 141; 142; 145; 165; 187; 191; 194; 217; 438; 441; 526; 529; 657.

Aguila Negra, vea Conspiración de la Gran Legión del Aguila Negra.

Alaiz, Isidro, militar español, I: 96; 109.

Aguilera, Francisco Vicente, insigne patriota cubano, I: 254. II: 138; 144; 270. III: 69; 308.

Albear y Lara, brigadier Francisco, y su última entrevista con Narciso López. III: 695-697.

Alberich, Mariano, I: 248.

Alcaraz, Padre, I: 129.

Alcoy, Conde de, vea Roncali, Federico.

Aldama y Alfonso, Miguel, hacendado cubano, emparentado con José Luis Alfonso y con Domingo Delmonte, en un principio anexionista y luego partidario de la independencia, cuando la Guerra de los Diez Años. I: 19; 234; 243; 294. II: 63; 153; 302; 392; III: 45; 134; 216; 225; 709; 735; 741.

Alegre, José María, militar español, I: 228; 229.

Alfonso García, José Luis (a) *Beppo*, después Marqués de Montalo, dirigente anexionista, emparentado con los Aldama y Delmonte, amigo de Saco, luego convertido al "reformismo" españolista y enemigo de la independencia. I: 79; 124-125; 131; 181; 187; 188-189; 193; 200; 202; 203; 207; 210; 234; 243; 245; 266; 294. II: 40; 41; 62-63; 66; 90; 153; 155-156; 182; 183-184; 267; 302; 392; 425; 427; 435. III: 9; 10; 15-22; 23-32; 33; 37; 44; 45-46; 71; 96; 119-120; 122; 123; 141; 143; 146; 217; 218-219; 220; 243; 735.

Alvarez de Mendizabal, Juan, político español, I: 121.

Allo, Lorenzo de, poeta y conspirador anexionista. III: 709; 734; 741.

Anexión: a Haití, I: 168; **a Inglaterra**, I: 170; 177; **a la Gran Colombia**. I: 62; **a México**, I: 169; 170; 171; **causas exógenas**, I: 173-176; **causas endógenas**, I: 179-185.

Anexionismo, I: 124; 125; 127; 166; 167; 170-171; 172-173; 174; 177; 179; 185; 227; 229; 230-231; 233; 236; 245-246; 288-289. II: 8; 9; 10; 12; 13; 16; 23; 49; 61-62; 72-73; 79; 83; 116; 123; 128-129; 131; 133; 138; 139; 153; 180; 186 y sigts.; 224; 230-231; 233; 234-236; 239; 249; 255; 446; 451. III: 8; 9; 10; 13; 15; 16; 17; 22; 24; 25; 26; 27; 30; 31; 33; 52; 53; 66; 81; 96; 102; 110; 111; 113-115; 117; 131; 148; 150; 152; 153; 158; 159; 160; 161; 185; 190; 197; 201-203; 210; 214; 217; 218-221; 234; 245; 246; 247; 299-302; 326; 354; 356; 366-367; 379; 381; 401-403; 415-417; 436; 438; 449; 471-472; 474; 496; 498; 500; 517-531; 672; 677; 693; 713; 714; 724; 726-728; 730; 732; 733; 734-735; 746.

Anexionistas, I: 186-190; **análisis y clasificación**, 190-214.

Angiona, Príncipe de: Pedro Téllez Girón, Capitán General de Cuba, 1840-1841, I: 176.

Angulo, Laureano, I: 128; 129; 130; 132; 134.

Angulo Guridi, Alejandro, poeta y conspirador, oriundo de la República Dominicana. II: 59; 185; 425; III: 47-50; 53; 59; 91; 99; 130; 467; 656.

Aponte, José Antonio, conspirador cubano, de color, ejecutado por los españoles, I: 53; 168.

Arango, Manuel de J., conspirador camagüeyano. I: 259. II: 42; 144.

Arango y Núñez del Castillo, Andrés de, I: 121; 130.

Argüelles, Agustín, político español. I: 101.
Arcís Bravo, Rafael, patriota trinitario, fusilado por los españoles. I: 225; 260; 272. III: 391; 396-399; 403-406; 412; 414; 416-435.
Arias, Anselmo, I: 263.
Arias Torres, Arturo, oficial de las fuerzas armadas de Cuba, participó de la reconstrucción de la ruta de Narciso López en la campaña de la Vuelta Abajo. III: 567.
Aristizábal Zequeira, Domingo, marino español. I: 99-100.
Armas y Carmona, Francisco de, I: 101; 123.
Armenteros, Carlos de, I: 145; 150.
Armenteros Muñoz, José Isidoro de, coronel de milicias, regidor de Trinidad, hacendado y revolucionario, fusilado por los españoles. I: 122; 197; 225; 228; 260; 272; 292. II: 144; 150; 212; 220. III: 37; 66; 378; 386-387; 391-399; 400-403; 405-435; 443; 541; 736; 737; 739; 740.
Armero, Francisco, marino español. II: 380; 386; 387; 388; 395; 398; 402; 404.
Arnao, Juan, patriota matancero. I: 192; 253. II: 330. III: 45; 47; 58; 63; 65; 81; 86-88; 392; 523; 737.
Arnao, Ramón Ignacio, revolucionario matancero, expedicionario del *Pampero*. I: 192; 292. II: 336-337. III: 58; 88; 142; 212; 463; 478; 480.
Arrieta, Joaquín de, I: 83; 84; 205.
Arrieta, Victoriano de, seudoconspirador cubano de 1848-1850. I: 83; 204-205; 255; 256. II: 58; 81; 98; 106-110; 120; 148-149; 250; 328-329.
Arteaga, los, patriotas camagüeyanos. I: 259; II: 144.
Arteaga, Carlos, conspirador camagüeyano. II: 59.
Asencio, Tomás, conspirador santiaguero. I: 261. II: 144.
Audiencia de Puerto Príncipe, (Camagüey). III: 36; 73-79; 191; 256-265.
Avellaneda, Gertrudis Gómez de, llamada la Avellaneda, insigne poetisa cubana. III: 132-133; 141.
Avezzana, Giuseppe, patriota italiano. III: 101-103; 452.
Ayala, Abraham, conspirador habanero. II: 142. III: 512.
Ayala, Esteban de. II: 59.
Ayala, José Ramón, agente del espionaje español. II: 47; 48; 49; 146; 201.
Ayala, Juan Pablo. I: 21.

Bahía Honda, Minas de. I: 223.
Bailey, John, cónsul de U.S. en Matanzas. II: 395.
Baldasano y Ros, Miguel, marino español. II: 306; 309; 392.
Banderas de 1848-1852. I: 273; 275-277. II: 135-138; 172; 217; 253-254; 269-270; 280; 307; 324; 325. III: 409; 655.
Baralt, Luis Alejandro. I: 45; 261.
Beach, familia. II: 136.
Beach, familia, (Moses, Alfred y Ely), propietarios del diario *The Sun*, de Nueva York. I: 237. II: 40.
Beard, J. A., II: 174.
Becker, Jerónimo, historiador español. II: 10; 22.
Beech, Beecher, error por Alfred and Moses Beach, propietarios del diario *The Sun*, de Nueva York y parientes de Mrs. William L. Cazneau (Cora Montgomery), directora del periódico *La Verdad*, de Nueva York. I: 237. II: 40.
Belascoaín, Conde de, vea *León*, Diego de.
Bell, George, vicecónsul de los Estados Unidos en Cárdenas. II: 371; 372; 394-395.
Bell, William H., II: 264; 315; 349; 350; 360; 379.
Bellido de Luna, Juan, revolucionario cubano. I: 193.
Benavides Pardo, Miguel Antonio, patriota camagüeyano, fusilado en 1851 por los españoles. III: 37; 271-272; 274; 290; 319; 322; 325; 328; 332; 334-377.
Beppo, seud, vea Alfonso, José Luis.
Bermúdez, Anacleto, abogado y conspirador habanero. I: 190; 192; 211; 234; 243; 245. II: 142; 392. III: 45; 62; 225; 406; 347; 698; 709; 741.
Betancourt, Alonso de, ("El Solitario"). I: 62; 63; 71; 206; 211; 237; 259. II: 16; 24; 37; 144; 254; 426; 427; 435. III: 8; 216.
Betancourt Cisneros, Gaspar, ("El Lugareño") insigne patriota cubano. I: 62; 79-80; 188; 190; 191; 193; 195; 197; 198-199; 201; 202; 206; 207; 209; 211; 212; 220; 221; 222; 229; 230; 231; 232; 237; 240; 244; 259; 267; 270; 282. II: 16; 24; 36; 40; 41-42; 44; 46; 49; 50; 57; 60; 61; 62; 63; 64; 69; 75; 77; 98; 104; 110; 125; 128-129; 144; 154; 158; 161; 168; 182; 184; 223; 256; 258; 259; 396; 427; 435; 452. III: 8; 9; 15; 23; 28; 32; 44; 46; 70; 71-72; 73; 98; 103; 104; 105; 106; 118-127; 130; 131; 135; 136; 137; 138; 139; 140; 141; 143; 144; 145; 146; 187; 191; 196; 213; 216; 217; 222-224; 239; 240; 243; 244; 245; 252; 254; 260; 270; 275; 295; 300; 343; 382; 410; 438; 441; 444; 447; 448; 451; 456-461; 463; 464; 483; 526; 529-530; 657; 658.
Betancourt, José V., escritor costumbrista y conspirador. III: 27; 37; 84; 512; 740.
Betancourt Zayas, José Tomás, patriota camagüeyano, fusilado en 1851 por los españoles. III: 271-273; 274; 309; 325; 328; 332; 334-377; 736.
Blanco, Bartolomé, conspirador pinareño. I: 262. III: 504-506; 512; 545.
Blankman, Edward, II: 429.
Blumenthal, Eugene, militar alemán. II: 468.
Bohlen, Henry, agente norteamericano ante el "Club de la Habana". I: 240; 269. II: 21; 37; 60; 62.
Bolívar, Simón, Libertador sudamericano. I: 20; 21; 25; 32; proyecto para independizar a Cuba. 41; 42; 62; muerte. 88; 168.
Bomballer, Santiago, abogado y conspirador habanero. II: 192. III: 60-62; 109; 135.
Borso di Carminati, Cayetano, militar español. I: 104-105; 108; 139; 140.
Boves, Juan Tomás, jefe de los llaneros venezolanos, feroz partidario de España. I: 21; 23; 24; 26; 27.
Bravo, Francisco de Paula, conspirador santiaguero. I: 261.
Brigbt, George V., II: 49.
Brujo, El (apodo), vea Madan, Cristóbal.
Buch, William M., I: 291. II: 43.
Buchanan, James, secretario de Estado y después presidente de los Estados Unidos, delator de la conspiración de Trinidad. I: 238-239; 240. II: 8; 10; 11-15; 17; 19-20; 22; 23-28; 29-30; 182. III: 381-385.
Buitrago, Antonio de, I: 145; 146.
Bulwer (Lytton), Henry, diplomático británico en España y en los Estados Unidos. II: 17; 163; 165; 418-419; 420; 422. III: 29; 182.
Bunch, W. J., II: 265; 274; 351; 359; 375; 379; 380; 382; 478.
Burtnett, Henry o "Duncan Smith", espía al servicio de España. II: 146. III: 178-184; 197-199; 203.
Butler, general W. O., II: 22.

Cadalso, Juan, patriota trinitario. I: 201; 248. III: 389-390; 399; 408; 411; 414.
Cadwalader, general John. II: 210.
Cafetal de Frías, batalla del. III: 620-631; 657; 674; 676.
Cagigal, Juan Manuel de, militar español. II: 22; 32; 103.
Calfas, Manuel. II: 263.
Calderón de la Barca, Angel, después marqués de ese nombre, diplomático y político español de origen argentino con tormentosa actuación en México y en los Estados Unidos. I: 203. II: 24-25; 52; 84; 146; 148; 174; 177; 178; 189; 201; 203-204; 206-207; 249; 289; 290; 405; 409; 411; 415-417; 422; 428; 430; 435; 464; 469. III: 8; 20; 21; 41; 43; 117; 121; 122; 135; 161; 185-186; 384; 468; 473; 498; 499; 680; 682; 717; 719; 725; 735.
Caldwell, James. II: 414.
Calhoun, John C., político sudista. I: 175. II: 168.
Camagüey, sublevación de. III: 235-377.
Campbell Robert B., llamado "el general" Campbell, cónsul de los Estados Unidos en La Habana, sirvió a Buchanan para su delación. I: 241; 242; 282. II: 11-13; 22-28; 29-31; 49-50; 52-53; 97; 153-154; 170; 182; 204; 291; 371; 403-406; 416-417; 458-459. III: 380-385.
Candelaria del Aguacate, combate de. III: 636-642; 658; 667.
Carlisle, Calderón, abogado norteamericano. II: 464.
Casanova de Villaverde, Emilia, indomable patriota cubana. III: 133.
Castañeda, José Antonio de los Santos, su traición en los Pinos del Rangel. III: 668-672; su castigo, 742-754.
Céspedes, Carlos Manuel de, el "Padre de la Patria Cubana". III: 69.
Clayton, John M., secretario de Estado. III: 38; 728.
Cleopatra, expedición del. III: 43; 99; 131; 135-234.
Club de la Habana. III: 380-381; 444.
Collins, Carlos, conspirador cubano. III: 55-60; 100; 109; 126; 129; 135; 177; 212; 222; 734; 749; 750-751.
Concha, José Gutiérrez de la, tres veces Capitán General de Cuba. II: 56; 333; 442. III: 7; 9; 10; 15; 17; 18; 24; 27; 28; 30; 32-37; 59; 60; 62; 67; 70; 73-82; 84; 119; 120; 126; 129; 131; 134; 136; 137; 145; 171; 174-179; 191; 199; 202; 212-214; 225; 229; 254-268; 276; 280; 286-287; 312; 351; 360; 372; 394; 396; 412; 425; 435; 447; 468; 498; 502; 509; 510; 516; 517; 549; 550; 569; 573; 587-592; 600; 603-605; 607; 614; 624; 629-631; 639; 643; 662; 664; 667; 678; 680-681; 683; 684; 688; 689; 691; 693; 694; 695; 696; 698; 701; 702; 704; 709; 714; 715; 718; 723; 728; 733; 742; 745-753.
Consejo de Organización y Gobierno Cubano, junta secreta de Nueva York, dirigida por Cristóbal Madan, de tendencia anexionista. II: 73-93; 246-272. III: 8-15.
Conspiraciones en Oriente. I: 260-261. II: 102-103; 144.
Conspiraciones en Sancti Spíritus. I: 257-258.
Conspiraciones platónicas. II: 36; 43; 72.
Constitución provisional, Ideas fundamentales para una, (1850). II: 448-449; 240-241.
Constitución Provisional de Cuba, (1850). II: 242-245; 474-476.
Conte, Ramón, militar español. I: 290.
Contoy, prisioneros de (Islote de). II: 294-295; 297; 379; 401-408; 415; 416.
Coronado, Francisco de Paula, historiador cubano, quien trabajó sobre las expediciones de Narciso López. I: 263.
Corso, Patentes de. II: 223.
Costales, Bernardo. I: 264.
Costales, Manuel. II: 204.
Costales, Miguel, costumbrista y conspirador habanero. III: 37; 113; 127; 734: 736.
Crawford, George, sec. de Guerra. II: 172; 186.
Crawford, Joseph, cónsul inglés en La Habana. I: 177. II, 423.
Creole, vea, además, expedición de Cárdenas. II: 274; 478.
Crescent (periódico de Nueva Orleans). II: 198-199.
Crittenden, J. J., senador por Kentucky, secretario de Justicia e interino de Estado con el Presidente Fillmore. III: 680-682; 692.
Crittenden, William L., expedicionario del *Pampero*, fusilado por los españoles. III: 484; 489; 533; 534; 537; 555; 559; 561; 564-566; 568; 572-574; 593-603; 648-655; 679-692.
Crónica, La, periódico español de NewYork. II: 148.
Cruz, Blas, abogado matancero. I: 165; 204; 225; 252; 253; 254. II: 143; 348-349; 393.
Cruz, Francisco Javier de la, filósofo y revolucionario matancero, expedicionario del *Creole*. I: 190; 192; 252; 253. II: 58; 89; 143; 215; 247; 297; 308; 357; 432; 472. III: 84; 131; 464; 473; 483; 543; 544; 608.
Cruz, Manuel de la, historiador cubano. I: 211; 218. II: 282.
Cubano, seud., vea Rodríguez de Mena, Manuel.
Cubanos en la Expedición del *Pampero*. III: 475-483.
"Cuerpo de Nobles Vecinos", origen de los funestos "voluntarios" españoles. II: 352.
Cuevas, Marcelino conspirador camagüeyano. I: 259; 291.
Custardoy, Casimiro, militar español. I: 256; 330.
Chacón, Jorge de, cónsul de España en Filadelfia. II: 177.
Chapelgorris de Guamutas, milicia española formada por vizcaínos. II: 352.
Charum, Ramón, notable abolicionista, amigo de Narciso López. I: 161; 163.
Chassagne, Julio Esteban (Chassen le llama Schlesinger), cubano que se incorporó a las fuerzas de Narciso López. III: 616-618; 620; 621; 624; 633; 634; 635; 639; 642; 644; 647; 674; 740.

Dale, Tomás, (seud.), corresponsal de *La Verdad* en Camagüey. I: 268.
Dallas, George M., vicepresidente de los Estados Unidos. I: 175. II: 8.
Davis, Jefferson, político norteamericano de la época, más tarde presidente de los Estados Confederados en la Guerra de Secesión. I: 202. III: 147.
Delmonte y Aponte, Domingo, humanista cubano, oriundo de Venezuela, emparentado con los Aldama, amigo y protector de Saco y partidario del "reformismo". I: 73-75; 79; 89; 124; 130; 132; 176; 188-189; 194-195; 234; 243; 264. II: 14; 44; 63; 90; 155-156; 158; 159; 160-161; 302; 388. III: 9; 14; 22-24; 27; 33-36; 44-45; 50; 60-61; 75; 81; 103; 132; 218; 219; 254; 259; 262-263; 679; 735.
Delta (Semanario de New Orleans). II: 194-196.
Díaz, Esteban, conspirador habanero a quien se debió en gran parte el fracaso de la

prometida sublevación de La Habana, 1850-1851. II: 142. III: 511-512.
Luis Díaz, marino español, co-práctico del *Pampero* por imposición. III: 550-553.
Díaz, Pío José, conspirador de la Vuelta Abajo, quien faltó a sus compromisos. I: 155; 163; 223; 262. II: 142. III: 503-506; 512; 545.
Díaz, Rafael, conspirador habanero. I: 204.
Díaz de Villegas, Andrés, conspirador de Cienfuegos. I: 247.
Díaz de Villegas, Francisco, conspirador de Cienfuegos. I: 247.
Díaz de Villegas, licenciado José Gregorio, conspirador cienfueguero, amigo personal de Narciso López. I: 204; 225; 244; 247; 249; 250; 271; 278; 281; 285. II: 31.
Domínguez, José Ramón o Montalvo, Ramón, espía al servicio de España. II: 43.
Douglas, Stephen, senador. II: 10; 118.
Douval (argentino). II: 271: (215 aparece Duval).
Downman, coronel Roberto L., expedicionario del *Pampero*, muerto en Las Pozas. III: 166; 211; 484-495; 537; 553; 558; 559; 576-577; 580-583; 585; 591-592; 594; 607; 649.
Duany, Ambrosio, patriota santiaguero. II: 59. III: 661.
Duany, Pablo Octaviano, patriota santiaguero. II: 59. III: 661.
Duval, León, argentino que figuró en la Expedición de Cárdenas, había peleado junto a Garibaldi. II: 215; 271; 277; 308; 358; 471.

Echemendía, Diego Manuel. I: 145.
Echevarri, José Antonio de, militar español que se pasó a la Revolución Mexicana. I: 71.
Echevarría, José Antonio, (a) *Paisanito*, venezolano de nacimiento y cubano de sentimientos, escritor y revolucionario, dedicó su vida a la independencia de Cuba, al principio cayó en la aberración anexionista. Muy relacionado con los intereses de los Aldama, emigró con éstos en la Guerra de los Diez Años y representó a la Revolución Cubana en los Estados Unidos, donde falleció. I: 73; 74; 189; 194; 204; 207; 234; 241; 243; 244; 245; 266; 277. II: 35; 36; 60-62; 66-68; 76; 99; 120; 152; 156; 224; 259; 265; 392. III: 23; 25; 45-46; 52; 56; 57; 216; 225; 448; 489; 736; 741.
Eliot, Lord, militar británico, amigo de Narciso López. I: 93-94.
Elizalde, coronel Angel, militar español. I: 290. III: 505; 570-572; 614; 628; 636; 637; 638; 640-642.
Ellis, Robert, expedicionario del *Pampero*, y cronista de la invasión de 1851. III: 535; 541; 542; 544-545; 552; 557; 559; 576-577; 583; 585; 591; 593; 595; 597; 609; 611; 615; 618; 620; 621-624; 632-635; 639; 640; 643; 644; 649-650; 678.
Enna, general Manuel de, segundo en el mando de Cuba, muerto en la batalla del Cafetal de Frías. III: 36, 569-574; 579; 585-591; 599; 603; 623; 624; 626; 628; 652; 670; 676.
Entenza, Juan Bautista, conspirador cienfueguero. I: 247; 268; 279; 282.
Escalona, Juan de, patriota venezolano. I: 22.
Escarraz, A., venezolano, empleado de los ferrocarriles cubanos y conspirador. II: 142.
Escauriza, Juan de, propietario del café "El Louvre", de La Habana. II: 47.
Escudo de Cuba, inventado en 1849 por Miguel Teurbe Tolón. II: 138-140.
España, Carlos de, cónsul español de Nueva Orleans. II: 47; 49; 50-52; 55; 146; 195; 198; 200.
Espartero, Baldomero, general español, amigo de López y Regente que fue del Reino. I: 45; 90; 94; 95; 96; 104; 109; 110; 137; 138; 139.
Espoz y Mina (Francisco), militar español de la lucha contra Napoleón. I: 90; 92.
Esteva, Jaime, venezolano, conspirador en Santiago de Cuba. I: 45; 261.
Everett, Edward, secretario de Estado. III: 499-500; 731-733.
Ewing, Thomas, secretario del Interior. II: 169; 172; 186.
Expedición a Vuelta Abajo. I: 77; 156; 219; 223. III: 436-679.
Expedición de Cárdenas. I: 77; 200-201; 256. II: 149; 191; 254; 256; 260; 261; 262 y sig.; objetivo al llegar a Cárdenas: 308-309; 321; 345-346.
Expedición de Cat Island. II: 72; 74; 148; 168 y sig.; 192; 210.
Expedición de los Trece. I: 56; 62. III: 57.
Expedición de Round Island. II: 72; 74; 77; 96; 148; 170 y sig.; 192; 210.
Expedición del *Cleopatra*. I: 77. II: 146. III: 135-234.
Expedición del *Creole*, vea Cárdenas. I: 77. II: 262-398.
Expedición del *Pampero*, vea Vuelta Abajo. I: 77; 156; 219; 223. III: 530-556.
Exposición al Congreso mexicano, (1825). I: 63-71.

Fajardo, Antonio María, delegado de los revolucionarios habaneros. III: 681; 685; 738.
Falgueras, José, brigadier, teniente gobernador de Matanzas. I: 160; 286; 287. II: 34; 351; 393; 394; 395; 433.
Fallon, Christopher, agente financiero de la reina María Cristina en los Estados Unidos. III: 40; 452.
Fayssoux, True, marino del *Creole* y del *Pampero*. II: 307.
Fernández, Vicente. II: 45-57.
Fernández de Castro, José Antonio, historiador cubano. I: 132.
Fernández de Cossío, Tomás, administrador de la Aduana de Cárdenas en 1850. II: 317.
Fernández de Cueto, Rafael, conspirador cienfueguero. I: 204; 241; 247; 251.
Fernando de Camarones, San (Minas de), de Narciso López. I: 164.
Ferreter, Rafael, sargento español de la guarnición de Matanzas. II: 131.
Figarola Caneda, Domingo, biógrafo de Narciso López y emigrado revolucionario en Europa. II: 40; 42; 469.
Fillmore, Millard, presidente de los Estados Unidos. II: 155; 182; 408; 417. III: 37; 40; 114; 135; 163; 197; 199; 208; 467; 493; 495-498; 502; 517; 662; 681; 683; 690; 691; 692; 713; 714; 715-720; 721-728; 731-732.
Fish, Hamilton, secretario de Estado. III: 206-207.
Foote, Henry Stuart, senador por Mississippi. I: 202. II: 118.
Fragua del Calvo, León, seud., vea Madan, Cristóbal.
Francisco, Blas, conspirador matancero. II: 247.
"Free soilers", grupo político norteamericano partidario de la abolición de la esclavitud. II: 9; 190-191; 219.
"Free-soilism". II: 7.
Freeman Fr. Columbano, seud., vea Quintero, Tomás.

Frémont, coronel John C., político norteamericano partidario del expansionismo y una vez candidato a la presidencia de los Estados Unidos. II: 23.
Frías, Antonio de, suegro de Narciso López. I: 61; 71.
Frías y Jacott, Ana, cuñada de N. López. I: 61; 77; 99.
Frías y Jacott, Dolores, esposa de N. López y después de J. A. Saco. I: 61; 62; 77; 78; 81; 99; 138-139.
Frías y Jacott, Francisco, vea Pozos Dulces, conde de.
Gaceta de La Habana, periódico oficial del gobierno colonial. I: 111-114.
Galody Maximilien M., agente secreto al servicio de Narciso López y quizás al de los españoles, también. I: 265.
García Calderón, Gaspar, militar español, quien había ofrecido colaborar con Narciso López. III: 226; 227; 238; 511; 739.
García de la Torre, Miguel, vecino de Las Pozas. III: 555; 558; 561; 574.
García Enseñat, Juan G., historiador cubano. I: 275; 276. II: 136; 138.
García Oña, Antonio, militar español, contemporáneo de Narciso López. I: 144. II: 328; 393.
García Rey, Juan, llavero de la Cárcel de la Habana, quien facilitó la fuga de Cirilo Villaverde y huyó con él. II: 46; 47-56; 195; 198-199; 447.
Garibaldi, Giuseppe, el insigne libertador italiano. II: 270. III: 101-104; 452.
Gauneaurd, Felipe, patriota cardenense encarcelado en 1850. I: 255-256. II: 324; 328-330.
Gener, Benigno, patriota matancero. I: 204.
Gener, Plácido, patriota matancero. I: 253. II: 143.
Germán, Don, seud., vea González, Ambrosio José.
Giddings, Joshua R., ardiente abolicionista y contrario a la anexión de Cuba, jefe de los "free soilers". II: 9; 191.
Gómez, Miguel, general "carlista" español. I: 95; 96; 97.
González, Anacleto, cardenense encarcelado cuando la expedición de Cárdenas. II: 327-328.
González, Cecilio, general de la Guerra de los Diez Años. I: 249.
González, Plutarco, conspirador matancero, exiliado en los Estados Unidos. I: 204; 253. II: 58; 143; 150; 256; 308; 425; 472.
González, William Elliot, hijo de Ambrosio José González. II: 450.
González Abreu, José, conspirador de Trinidad. I: 282.
González Barreras, Juan, primo de Plutarco González, conspirador matancero. I: 204; 253. II: 58; 88; 143; 425; 472.
González de Chávez, Ambrosio José, conspirador y expedicionario de Cárdenas. I: 202; 239; 240-241; 243; 283. II. 20-21; 36; 42; 58; 60; 75; 82; 84; 95; 96; 97-98; 133; 153; 168; 171; 210; 211-212; 213; 215; 218-219; 221; 234; 236; 268; 269; 271; 272; 274; 296; 297; 307; 314; 323; 388; 412; 425; 432; 435-436; 450-451. III: 53; 71-72; 84; 99; 100; 104-105; 107; 114; 130; 141; 147-161; 165-166; 191-195; 206; 209; 225; 227-231; 245; 448; 473; 482; 489; 659.
Goicouría, Domingo de, insigne patriota cubano que dedicó a la independencia de Cuba los últimos veinte años de vida, hasta darla por ella. I: 190; 192; 194; 198; 211; 234; 243; 256-257. II: 42; 142; 152; 153. III: 98; 105; 124; 130; 165; 166; 192; 225; 227; 238; 439-442; 445; 451; 455; 456; 458; 512; 734; 740.
Goicouría, Felipe, conspirador matancero. I: 287. II: 33.
Gotay, Felipe o Teodoro, valiente puertorriqueño, nacido en Peñuela, se unió a Narciso López en Cárdenas, murió combatiendo en la batalla de Las Pozas. II: 342-345; 349; 432. III: 109; 167; 209; 221; 232; 473-476; 478; 485; 495; 553; 576-577; 582; 583; 585; 594; 604; 606.
Gournay, P. F., agente de Narciso López en Cuba cuando la Expedición de la Vuelta Abajo. I: 262. II: 216. III: 212; 232; 465; 504-505; 511; 543-545; 608-609; 676; 704; 705; 711; 736; 740.
Guane. I: 155; 223.
Guiteras, Antonio, patriota y educador matancero. I: 253.
Guiteras, Eusebio, patriota y educador matancero. I: 133; 253. II: 130; 143; 226-227.
Guiteras, Pedro José, patriota e historiador matancero. I: 129; 130; 133; 134; 135; 180. II: 130; 143; 226-227.
Garnwood, coronel, militar británico, amigo de Narciso López. I: 93; 94.
Gurrea, Santiago, militar español, amigo de Narciso López. I: 90. III: 673.

Hall, A. Prescott, fiscal de Nueva York. II: 177-178; 429; 435; 469. III: 135-234.
Hardy, Richardson, expedicionario del *Creole*. II: 262; 278; 294; 379; 381; 382; 383.
Hawkins, Thomas I., expedicionario del *Creole*. II: 219; 262; 263; 316; 350; 357; 358-359; 360; 379; 412.
Haynes, W. Scott, teniente coronel del Regimiento de Mississippi en 1851. III: 607; 608; 618; 678; 711.
Hechavarría O'Gaban, Prudencio, miembro del "Club de los Habaneros", de Madrid. I: 121.
Hecheverría, Cayetano, conspirador de Santiago de Cuba. I: 261.
Henderson, general John, político sudista, implicado en el proceso por la expedición del *Creole*. II: 97; 98; 118; 191; 211; 213; 222; 261; 264; 271; 272; 276-277; 309; 384; 412; 415.
Heredia, José María, insigne poeta y patriota cubano. I: 73; 74; 172.
Hernández, Bernardino, partidario de Narciso López, ejecutado en Cárdenas por los españoles. II: 326; 347; 484.
Hernández, Diego, patriota de Santiago de Cuba, expedicionario del *Pampero*. III: 145; 231-232; 478; 480; 645.
Hernández, Bienvenido, conspirador de Santiago de Cuba. I: 261. II: 144.
Hernández, José Elías, patriota matancero. I: 253; 291.
Hernández, José M., conspirador matancero, expedicionario de Cárdenas y luego opositor de Narciso López. I: 253. II: 59; 215-216; 297; 308; 324; 357; 359; 435. III: 25; 107; 108; 109; 209; 216; 221; 222; 231-233; 451; 473; 481; 659.
Hernández, Luis, conspirador de Santiago de Cuba. I: 261. II: 144.
Hernández Cano, Juan José, revolucionario de Matanzas. II: 215.
Hernández Echerri, Fernando, educador y patriota cubano, discípulo de Luz Caballero, el ideólogo de la sublevación de Trinidad, en 1851, fusilado por los españoles. I: 272. III: 37; 387; 395-396; 403-406; 408; 410; 414; 415-435.

Hernández Roger, José A., oficial de las fuerzas armadas de Cuba, participó de la reconstrucción de la ruta de Narciso López en la campaña de la Vuelta Abajo, III: 567.
Hernández Ruiz, Diego, conspirador de Santiago de Cuba y expedicionario del *Pampero*, I: 261.
Herrera Dávila, Juan, militar español, I: 249; 268; 280-281; 289.
Holmes, Isaac E., representante por Carolina del Sur, II: 168.
Houston, general Félix, militar y político norteamericano, II: 213; 265.
Hoy, Thomas P., expedicionario del *Creole*, II: 263.
Hunton, Logan, fiscal federal de Nueva Orleans, II: 50; 174; 271; 290-291; 410-413; 415.

Iglesias, Francisco, asistente y delator de R. I. Arnao, II: 336.
Independencia de Cuba, vea República de Cuba.
Insa, José María, juez militar español, I: 274; 291. II: 45.
Iraragorri, Dionisio de, concejal de Trinidad, I: 145.
Iribarren, José, conspirador matancero, I: 291. II: 43.
Iturbide, Agustín de, emperador de México, I: 169.
Iznaga, Alejo, concejal en Trinidad, más tarde emigrado revolucionario en los Estados Unidos, I: 145; 156; 201.
Iznaga, Félix, concejal de Trinidad, I: 150.
Iznaga, José Andrés, emigrado revolucionario en los Estados Unidos, II: 59.
Iznaga Borrell, José Aniceto, patriota trinitario, quien vivió en el destierro la mayor parte de su vida, I: 62; 79; 80; 81; 146; 190; 191; 198; 211; 212; 219; 220-222; 229; 237; 269; 280; 282. II: 16; 17; 24; 36; 39; 40; 41; 57; 64; 69; 75; 80; 81; 104-105; 121-122; 125-126; 158-159; 182; 251-253; 254-255; 269; 287; 425; 426; 427-428; 429-430; 432; 434; 435; 436. III: 8; 103; 146; 217; 218; 219; 220; 382; 389; 427.
Iznaga de Sánchez, Bárbara de, la madre de José M. Sánchez Iznaga, el compañero de Narciso López, I: 279-280.
Iznaga Hernández, Pedro José, patriota trinitario, II: 59; 455-456.
Iznaga Valle, Antonio Abad, uno de los primeros conspiradores de este linaje trinitario. Murió prematuramente, I: 71.
Istúriz, Francisco Javier, diplomático y político español, II: 163; 419. III: 29.

Jaramillo, Julia, compañera de Narciso López en Matanzas, I: 254. II: 34-35; 392.
Jardines, Porfirio, emigrado revolucionario cubano en los Estados Unidos, II: 59; 103; 446.
Jefferson, Thomas, presidente de los Estados Unidos y partidario de la anexión de Cuba, I: 170-171; 174.
Junta Abolicionista y Republicana de Matanzas, I: 207. II: 44; 143.
Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico, II: 238.
Junta Cubana de New York, II: 193-194.
Junta de Gobierno, II: 75-76 y 451. Vea también Consejo de Organización y Gobierno Cubano.
Junta de Organización y Gobierno Cubano, II: 75-76; 449; 451. Vea también Consejo de Organización y Gobierno Cubano.
Junta patriótica promovedora de los intereses políticos de Cuba, organización NO ANEXIONISTA fundada por Narciso López, I: 192; 200. II: 84 y siguientes; anuncio de su constitución: 84 y 129 y sigts., 209; 221; 263; 456-457. III: 8; 12-15.

Kelly, capitán John A., expedicionario del *Pampero*, III: 565; 595; 604; 607; 648; 649; 650; 651; 652; 678.
Kentucky, Regimiento de, II: 218-219; 220; 262-263; 265; 268; 269; 272-273; 277; 292-294; 307; 308; 316; 355; 356; 357; 359-360; 363; 375; 377; 379; 381; 383.
Kindelán, Sebastián, gobernador de Cuba (1822-1823). I: 54; 56.
Kindelán y Mozo de la Torre, Juan, representante de Cuba en las cortes de 1836, I: 101; 121; 132; 178.
Kossuth, Lajos o Louis, patriota húngaro, III: 41; 42; 161; 169; 170; 452; 713.

Laborde, Angel, almirante español en la guerra de independencia de Venezuela, I: 36; 37; 38; 39.
Laborde, Juan Ignacio, a veces aparece José Ignacio, cónsul español en Nueva Orleans, jefe del servicio de espionaje en esa ciudad, II: 146; 149; 155; 156; 189; 200-201; 203; 265; 267-268; 290; 335-336; 339; 349; 408-409; 412; 415; 482. III: 73; 127; 184-185; 534; 661; 719.
Labra, Ramón María de, militar español, amigo de Narciso López, gobernador de Cienfuegos cuando fue descubierta la Conspiración de Trinidad y padre del insigne abolicionista Rafael María de Labra, II: 248; 249; 250; 281; 283; 284; 285.
Lainé, Pedro Alejandro, expedicionario del *Pampero*, II: 216.
Lama, Juan o John, conspirador cubano radicado en los Estados Unidos, III: 163; 229; 241; 465; 466; 467; 482.
Lamadrid, Juan Francisco, conspirador matancero, I: 129; 133; 253. II: 143.
Lamadriz, José Francisco, vea Lamadrid, Juan Francisco.
Lamar, Mirabeau Buonaparte, político y militar sudista de los Estados Unidos, III: 147-161; 163.
Lamas, *Juan*, posiblemente, Juan Lama, años más tarde establecido en Savannah, Georgia, y uno de los más fieles partidarios de López, I: 129. II: 59; 410; 425.
Lancis, Lcdo. Félix, notario del testamento de Narciso López, III: 700; 706.
Landa, Ladislao, conspirador de Trinidad, I: 225; 250; 267; 277; 279.
Lazo de la Vega, Manuel, conspirador habanero, II: 143.
Lee, Robert E., militar norteamericano, más tarde jefe de los ejércitos confederados en la Guerra de Secesión, II: 189.
Lemery, mariscal José, gobernador de Camagüey, III: 36; 77-79; 255-268; 291; 292; 309; 363-364.
León, Diego, Conde de Belascoaín, militar español a quien se consideraba el rival de Narciso López como lancero, I: 33; 139; 140.
León Calás, Manuel, oficial de las fuerzas armadas de Cuba, participó de la reconstrucción de la ruta de Narciso López en la campaña de la Vuelta Abajo, III: 567.
Levy (o Yulee), David, político norteamericano de la Florida, I: 175. II: 8.
Lewis, Irving o Irvine Armstrong, capitán de los buques expedicionarios de Narciso López

en 1850 y 1851, II: 274; 303; 351; 375; 376-379; 380; 384; 385; 386; 478. III: 189; 194; 497; 533; 536; 538; 541; 547; 556; 655; 661.
Libro copiador de cartas del Consulado español en New Orleans, II: 146; 200; 468-469.
Logan, John A., expedicionario del *Creole*, muerto en el combate de Cárdenas, II: 263; 361; 375.
Logias masónicas y la Revolución Cubana, I: 55; 76-77.
Loño, Angel, revolucionario cubano quien no figuró entre los amigos de Narciso López, II: 59; 216.
López, Francisco, (a) Gorrita, militar español, tío de N. López, I: 16; 28.
López, José Antonio, sobrino de Narciso López, I: 15.
López (sargento) Miguel, militar español quien se incorporó a López en Cárdenas y luego le acompañó en la expedición de la Vuelta Abajo, lo que le costó la vida, II: 333-334-335-336; 338, III: 478-479; 645; 667.
López, Pedro Manuel, padre de Narciso López, I: 14-15; 21; 23; 26.
López, Pedro Manuel, sobrino de Narciso López y expedicionario del *Pampero*, I: 15; 219. II: 114; 216; 277; 308; 334; 357; 431; 470. III: 221; 232; 478-480; 645; 667; 751.
López Camacho, Narciso, sobrino de Narciso López, I: 16.
López de Santa Ana, Antonio, dictador mexicano, I: 232.
López Frías, Narciso, hijo de Narciso López y de su esposa, la Sra. Dolores de Frías, entenado de José Antonio Saco, I: 81; 99; 148. III: 698; 699; 706; 708.
López de Uriola, Narciso, primer gran caudillo para el establecimiento de la República de Cuba, causa por la cual dio su vida después de haber sido general del ejército español, senador, gobernador de Valencia y de Madrid, y condecorado por su valor con las más altas distinciones militares de España, I: nacimiento, 13-14; familia, 14-18; infancia, 18-21; educación, 20; solicitud para luchar por la independencia de Venezuela, 20; junto a Bolívar (1813), 20; ingreso en las filas españolas, 24-28; subteniente, 28; teniente, 32; capitán, 33; teniente coronel, 33; gobernador de Maracaibo y comandante general de la provincia, 35; segundo jefe del ejército, 36; ofertas para ingresar en el ejército republicano de Venezuela, 41-43; traslado a Cuba, 43; viaje a España, 62; regreso a Cuba 62; matrimonio, 62 y 77-78; ante la Real Audiencia de Puerto Príncipe, 71-72; en la masonería, 76-77; traslado a España, 82-83; en el Ejército del Norte, 90-91; en el Ejército de Observación de Portugal, 91; coronel, 91; brigadier, 91; Comandante General de la Mancha, 93; jefe superior de la Guardia Nacional de Madrid y gobernador de la plaza, 93; en la Comandancia General de Cuenca, 93, 99; La Matilla, 97-98; en Ecija, 102; en el Ejército del Norte, 104; mariscal de campo, 104; en el Ejército del Centro, 104; propuesto para la Gran Cruz de Isabel la Católica, 105; Capitán General interino de Valencia, 106; Segundo Cabo de Valencia, 108; en Burgos, 109; senador por Sevilla, 103; 109, en el Ejército de Cataluña, 109; hoja de servicios en el ejército español, 111, 306-316; regreso a Cuba, 140-141; teniente gobernador de Matanzas, 143, 144; gobernador de Trinidad y comandante general del Departamento Central, 144; hijos naturales, 147; relevado del mando en Las Villas, 149; presidente de la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente, 155 y sigts.; cese como presidente de esa Comisión, 159-160; razón de su permanencia en Cuba, 159-161; en Las Pozas, 162; en Trinidad, 163; en Cienfuegos, 164; labor conspiradora, 217 y sigts.; contacto con el *Club de La Habana*, 241-243; 266-267; renuncia de todos los grados y condecoraciones en el ejército español, 267-268; proyecto de bandera, 267-268; proclama a los cubanos, 267-268; huida de Cuba, 283-287; baja de López en el ejército español, 290; exposición a la Reina Regente, María Cristina, 299-305; descripciones de su persona, 293-294. II: contra la anexión, 16; 62; 73; 84-86; 91-93; 96; 99; 115; 129; 131-135; 137; 139-140; 181-185; llegada a los Estados Unidos, 33-35; desacuerdos con los anexionistas, 36-39; 60-73; 74-81; 83; 87-90; 93; 99-102; 103-127; 180; 209; 212; 246-253; 255-262; 265-267; 281; 332 426-427; 430; 435; 445-459; y su reclamación para desembarcar en Mantua al retirarse de Cárdenas, 381-384; 486-487; en Cárdenas, 306-374; en Cayo Hueso, 381-389; y el proceso contra él en Nueva Orleans, 410-415. III: contra la anexión, 7-8; 16-17; 21; 23; 24; 25; 28; 32; 52; 58; 62; 113; 116; 144-161; 517-531; y los bonos de 1849, 10; desaprobado por Madan, 11-13; y Concha, 33; 694-697; 701-704; y los húngaros, 41; 170-174; y Webster, Daniel, 43-44; y Betancourt Cisneros, 46; 71-73; 105-107; 116; 118-126; 128; 130; 213; 222; 438; 441; 445; 447-450; 456-464; y los revolucionarios habaneros, 48-50; y Leopoldo Turla, 49; y el futuro gobierno de Cuba, 82-83; 110-111; y la expedición pequeña, 88-100; y Garibaldi y Avezzana, 102-103; y el militarismo en la futura república cubana, 110-113; 126; y Manuel Peraza, 131-132; 240-241; 437; y las cubanas de la época, 132-134; y la expedición del *Cleopatra*, 135-212; y M. B. Lamar, 147-161; y la expedición a la Vuelta Abajo, 177; 237; 436-509; 511-648; y los disidentes cubanos de Nueva Orleans, 209; 216; 221-234; y la sublevación de Camagüey, 235; 244-247; 250; 252-253; 285-286; 295; y la sublevación de Trinidad, 379-392; 398; 400-404; 413-416; y Rodríguez de Mena; 437-448; y Crittenden, 484; 489; 533; 534; 537; 555; 559; 561; 564-566; 568; 572-574; 593-603; 648-655; y Schlesinger, 471; 476; 486-487; 491-492; 513-516; 534-542; 545-548; 550-551; 553; 557; 559-567; 568; 575-586; 591; 593; 596; 608-609; 611-612; 614-628; 632-642; 645; 647; y su captura por Castañeda, 668-672; y su traslado a La Habana, 672-674; y el apoyo recibido en la Vuelta Abajo, 674-676; preso y ejecutado en La Habana, 692-709; y los conspiradores que le sobrevivieron, 733-742; y las potencias, 720-733.
López Roberts, Mauricio, funcionario colonial español de triste recordación en Cuba. El y su hermano estuvieron relacionados con el fusilamiento de los estudiantes de 1871: I: 265. II: 201.
Lorenzo, Manuel, militar español, gobernador del Departamento Oriental, perseguido por el absolutista Tacón cuando implantó el régimen constitucional en su jurisdicción, I: 45; 90; 94-95; 121; 122; 137; 138; 233. II: 164.
Luisiana, Regimiento de, II: 264-265; 269-270; 273; 277; 279; 293; 307; 315-316; 325; 350-351; 360; 375; 379; 381.
Luz y Caballero, José de la, insigne educador y filósofo cubano, I: 189; 242-243. III: 46.

Luz Sánchez Silveira, Román de la, conspirador cubano de principios del siglo pasado, tío de Luz y Caballero. I: 53.
Llamosas, Ramón de las, militar español, concuño de Narciso López. I: 61; 77-78; 99.
Llanes, Félix, conspirador de la jurisdicción de Cárdenas, en 1851. I: 256. II: 328.

Mc Cann, Rvdo. John, capellán de la expedición de Cárdenas, muerto en el combate del 19 de mayo de 1850. II: 356.
Maceo, Marcos, venezolano de origen, antiguo soldado de Narciso López, padre de los Maceo. III: 64; 567.
Maceo Grajales, lugarteniente general Antonio. III: 64; 567.
Macías, Juan Manuel, patriota matancero quien dedicó su vida a la causa de Cuba Libre: expedicionario del *Creole*. Fue también secretario de Domingo Faustino Sarmiento. I: 190; 192; 253. II: 57; 82; 84; 88-89; 118; 143; 171; 185; 215; 238; 269; 270; 297; 307; 308; 329; 344; 357-358; 425; 431; 435; 486. III: 53; 84; 90-99; 104-107; 127-133; 136-137; 138; 141; 144; 227; 230; 231; 239; 241; 245; 246; 439; 459; 465; 466; 467; 473; 482; 543; 656; 659.
Macías, Vicente, conspirador en tiempos del general Tacón. I: 132.
Macrum, Tomás, conspirador de Matanzas. I: 256.
Macurijes, Güira de. I: 163.
Machín, Tomás, emigrado cubano, misteriosamente muerto en Nueva Orleans. II: 49; 195.
Madan, Cristóbal, personaje singular de las conspiraciones cubanas de tiempos de Narciso López. Anexionista convencido, combatió a Narciso López e hizo defección para someterse a España. Amigo del poeta W. C. Bryant, con él dirigió el *Evening Post*, de New York, publicó libros sobre Cuba, en inglés y bajo seudónimos, lo que para él constituía una obsesión. Era hombre de gran fortuna y muy bien relacionado en los Estados Unidos. II: 58; 61; 64; 65-66; 69; 75-76; 80-82; 84-87; 90-95; 97-98; 105-106; 110-112; 114-115; 117-118; 119; 122-123; 125-126; 129; 154; 167-168; 180; 182; 209-210; 212; 248-253; 254-257; 308; 426-427; 431-432; 435; 450-451; 453; 458; 462-463; 466; 471. III: 8-21; 23; 28; 30; 33; 37; 71; 96; 119; 127; 129; 131; 136; 137; 141; 142; 143; 146; 202; 203; 219; 456; 498.
Mahy, Nicolás, gobernador de Cuba. I: 178.
Mallory, Stephen H., político de Cayo Hueso, más tarde personaje sudista en la Guerra de Secesión. II: 388.
Managua, uno de los lugares de la conspiración de 1848. I: 194.
"Manifest Destiny", doctrina expansionista norteamericana de mediados del siglo pasado. II: 7-8; 9; 20; 23; 56; 190.
Manifiesto a los "freemen of America", pronunciamiento republicano de Narciso López en 1850. II: 479-482.
Manifiesto a los hombres libres de América, pronunciamiento republicano de Narciso López en 1850. II: 281-286.
Manrique, Manuel, general venezolano, escogido para mando de una expedición a Cuba. I: 39; 40.
Mantua y Narciso López. I: 155; 223.
Marcy, William Learned, secretario de la Guerra con el Presidente Polk y de Estado con el Presidente Pierce, político poco escrupuloso, partidario de la anexión de Cuba a los Estados Unidos. II: 14; 21-22.
María Cristina de Borbón, viuda de Fernando VII y madre de Isabel II, después Duquesa de Riánzares. II: 56.
Márquez Sterling, Manuel, su juicio sobre los anexionistas. I: 212-213.
Martínez, F., conspirador habanero. II: 142.
Martínez de la Rosa, Francisco, político y poeta español. I: 91; 102; 105-106-107.
Martínez de Pinillos, Claudio, hacendista cubano. I: 179-180; 244; 278.
Martínez-Fortún y Erles, León, militar español de la jurisdicción de Cárdenas, en 1850. I: 256. II: 351; 352; 355; 359; 389; 390; 397.
Marty, Francisco, millonario español de la época colonial, contrabandista y traficante de esclavos. II: 295-296; 391.
Mason, John Y., secretario de Marina en la presidencia de Polk, después representante diplomático en Francia. II: 11; 23; 36.
Matanzas y Narciso López. I: 143-144; 165; 223; 252; y sigts.
Matilla, La, combate de la Guerra Carlista en España. I: 60, 97-98.
Matthews, Waverly, expedicionario de Cárdenas. II: 269.
Means, M. W., espía al servicio del Departamento de Estado, de Washington, D.C. II: 204-205.
Mendive, Rafael María de, patriota y educador cubano, maestro de Martí. I: 190; 203-204-205; 209; 243.
Meredith, William M., secretario de Hacienda con el Presidente Taylor. II: 186.
México, Exposición al Congreso de. I: 63.
Miguel Cantos, conspirador de Pinar del Río, quien hizo defección en 1851. III: 504-506; 512; 545.
Milady, otro seudónimo de Mrs. Cazneau, la directora de *La Verdad*, de Nueva York. II: 40.
Milanés, José Jacinto, poeta elegíaco matancero. III: 27; 37; 84.
Milicia Voluntaria de los Nobles Vecinos, origen de los funestos voluntarios españoles de Cuba. II: 390.
Miralla, José Antonio, conspirador argentino establecido en Cuba. I: 62; 73-74; 171; 180.
Miranda, Francisco de, llamado el precursor de la independencia de América. I: 18-20; 141.
Mirasol, Conde de, segundo en el mando español en Cuba, en tiempos del Capitán General Roncali. II: 149; 161-162; 165; 302; 392-393-394; 398; 433.
Mississippi, Regimiento de. II: 264-265; 277; 307; 316; 351; 360; 375; 379-380-381; 478.
Mola, Gregorio, emigrado y conspirador de Camagüey. II: 59; 144.
Molina, Manuel, conspirador de tiempos de Tacón. I: 128-129-130-131-132-133-134.
Monroe, James, presidente de los Estados Unidos y autor de la doctrina que lleva su nombre: Doctrina de Monroe. I: 170; 178.
Montalvo, Ramón o Domínguez, José Ramón, espía al servicio de España. II: 43.
Montalvo y Castillo, Juan, uno de los diputados cubanos expulsados de las Cortes de 1836. I: 101; 121; 123.
Montelo, Marqués de. Vea Alfonso, José Luis.
Montes de Oca, Graciliano, conspirador habanero, ajusticiado en tiempos de Concha. I: 292. III: 58-60; 109; 212; 226.
Monteverde, Domingo, general español de la guerra de independencia de Venezuela. I: 21.
Montgomery, Cora, seud. de Mrs. William L. Cazneau, directora de *La Verdad*, de Nueva York y pariente de los directores del *Sun*. En su casa vivía Gaspar Betancourt Cisneros. II: 38-44. III: 187.
Montiel, Gabriel, conspirador cienfueguero. I: 204; 247; 251; 290.
Montoro, Agustín, abogado y patriota cubano de tiempos de Narciso López. III: 478; 479.
Monumento a los españoles caídos en Cárdenas. II: 361.
Mora, Ignacio, conspirador camagüeyano. II: 58.
Morales, alférez, José N., militar de la guarnición de Cárdenas. II: 352; 355; 357; 358; 359; 397.
Morales, Francisco Tomás, militar español. I: 24; 25; 32; 35; 36; 37; 39; 44; 57; 61; 114.
Morales, Sebastián Alfredo de, insigne hombre de ciencias y patriota matancero. I: 190; 192; 207; 208; 224; 252; 253; 255; 287; 291; 292. II: 33; 43; 44; 143; 184.
Morales, Vidal, historiador cubano. I: 135; 217; 235-236; 280. II: 69. III: 30; 45; 67; 70; 215; 296; 375; 398; 404; 408; 413; 415; 420; 422; 478; 523; 734; 749.
Morales de Rada, Joaquín, militar español. III: 570; 587; 600; 614; 663; 667; 668; 670.
Morales Lemus, José, abogado y conspirador cubano desde tiempos de Narciso López, más tarde representante de la Revolución de Yara en los Estados Unidos, donde falleció. I: 189.
Morante, José, emigrado español de Nueva Orleans. II: 48; 49.
Moreno, sargento Tomás, desertor español, refugiado en los Estados Unidos. II: 473.
Morgan, Matthew, banquero neoyorquino. II: 86; 210; 427.
Morillas, José de los Angeles, conspirador habanero. II: 143. III: 37; 45; 47-49; 512; 739.
Morillo, Pablo, militar español. I: 32; 33; 34.
Morning News, periódico neoyorquino dirigido por John L. O'Sullivan. II: 8.
Morris, Charles, oficial naval norteamericano. II: 405; 407.
Mozo de la Torre, José Antonio, conspirador de Santiago de Cuba. I: 71; 121.
Mujeres, Islas, grupo de islas en las costas de Yucatán, México. II: 219; 275; 276; 295; 296; 379.
Muñoz Castro Manuel, (*Catuche*), sobrino de Narciso López, cónsul de Venezuela en La Habana, expulsado por Concha al descubrirse sus actividades revolucionarias. I: 15; 241; 243-244; 267; 277-280; 282; 284. II: 26; 332; 450. III: 55-60; 100; 109; 126; 175; 176; 177; 213; 226; 227; 238; 286; 382; 514; 749.
Muñoz del Monte, Francisco, abogado y escritor cubano, primo de Domingo del Monte, radicado Madrid desde 1836, al fracasar en Santiago de Cuba el movimiento constitucionalista del general Lorenzo. I: 122; 128.
Muro y Salazar, Salvador de, marqués de Someruelos, gobernador de Cuba. I: 52; 53.

Nadal, Pedro, militar español de Cárdenas. II: 371.
Narváez, Ramón María, general español, varias veces jefe del gobierno y uno de los más famosos "espadones" de España en el siglo pasado. I: 239. II: 17-18; 163; 165; 406; 419. III: 29.
Navarro, José M., testigo presencial de la toma de Cárdenas. II: 305; 325.
Noda, Tranquilino Sandalio de, científico cubano servidor del coloniaje. III: 752-753.

O'Bourke, Juan, patriota de Cienfuegos y Trinidad, se sublevó en 1851 con Armenteros y, condenado a presidio, escapó de Ceuta, donde había sido confinado. I: 156.
O'Donnell y Jorris, Carlos, militar español, rival de Narciso López. I: 91; 110-111.
O'Donnell y Jorris, Leopoldo, militar y político español, gobernador de Cuba y jefe del gobierno en España, hombre sin escrúpulos, despiadado y cruel. I: 91; 110-111; 135; 136; 139; 140; 159; 160; 161; 163; 176; 262.
O. García, Francisco de la, patriota matancero de tiempos de Narciso López. I: 204; 253. II: 143.
O'Hara, coronel Theodore, norteamericano, herido en la toma de Cárdenas. Más tarde López le miró con desconfianza y se negó a traerlo en la Expedición de la Vuelta Abajo. Peleó junto a los sudistas en la Guerra de Secesión y alcanzó alguna nombradía. II: 118; 137; 211; 219; 262; 263; 270; 294; 314; 316; 379; 381; 383; 412.
O'Sullivan, John Louis, a veces citado como J. J. O'Sullivan y también como James L. O'Sullivan, escritor, político y diplomático norteamericano, partidario de la zona radical del Partido Demócrata, mezclada con los "freesoilers" y los "barnburners"; cuñado de Cristóbal Madan y muy afecto a Narciso López. II: 8; 10; 11; 13-15; 21; 23-24; 42; 75-76; 83; 86; 87; 96; 97; 114; 117; 190-191; 219; 261; 415; 425; 432; 449; 450-451; 462-463; 479. III: 12-14; 53; 101; 106; 107; 131; 135; 141; 143; 165; 173; 174; 179; 181; 182; 191; 192; 194; 198-201; 208; 210; 439-441; 445-446; 450; 454; 466.
Oberto Urdaneta, Francisco, antiguo soldado venezolano del Ejército Español, conspirador en tiempos de Narciso López en Santiago de Cuba. I: 45; 261. II: 144. III: 63-64; 475.
Oberto Urdaneta, Ildefonso, antiguo soldado venezolano del Ejército Español, muerto heroicamente por la independencia de Cuba en Las Pozas. I: 45; 261. II: 102; 103; 144. III: 63-64; 475; 480; 558; 575-577; 582; 585; 592; 594.
Oliván, Alejandro, político español del siglo XIX. I: 124.
Olózaga, Salustiano de, político español del siglo XIX. I: 124.
Orás, Cayetano, militar español. I: 104; 105.
Ordaz, Pedro, conspirador de 1850. II: 328.
Ordóñez Romero, Agustín, militar español quien descifró la clave de Narciso López. III: 175-177; 286-287; 502; 509.
Ortiz, Fernando, eminente polígrafo y erudito cubano. I: 214. II: 450.
Osma, Ramón de, conspirador habanero. II: 142.
Ostende, Conferencia de, reunión de diplomáticos norteamericanos para la anexión de Cuba a los Estados Unidos. II: 8.
Ostende, Manifiesto de, declaración anexionista de los diplomáticos norteamericanos reunidos en esa ciudad belga. II: 10.
Owen, Allen F., el pusilánime cónsul de los Estados Unidos en la Habana, en 1851. III: 17; 162; 193; 204; 500-501; 686; 689; 690; 691; 715; 717.
Oyón, Luis, conspirador de Santiago de Cuba. I: 261.

Padilla y Bravo, Carlos, seud. usado por Cirilo Villaverde. II: 45.
Páez, José Antonio, libertador venezolano, luego dictador y expulsado del poder. I: 28; 30; 33-34; 35; 39; 40-42; 88. III: 102; 452.
"Paisano" o "Paisanito". Vea Echeverría, José Antonio.

Palma, José Joaquín, revolucionario oriental, III: 69.

Palma, Ramón de, poeta y patriota cubano, muy relacionado con el *Club de La Habana*. I: 90; 204; 243; 244. II: 152. III: 51; 90-91; 305; 745.

Palmerston, Lord, político británico y jefe del gobierno en la era victoriana. I: 219. II: 163; 418; 419; 420; 421; 422.

Pampero, expedición del. I: 261; 262; 284; 292. III: 43; 113; 174; 177; 228; 454; 530-556.

Parejo, Francisco, marino español muy relacionado con el tráfico de esclavos en Cuba. I: 278.

Parker, comodoro Foxhall A., marino norteamericano de la época de las expediciones de López. II: 169; 170; 174; 177.

Partido Progresista, grupo político español al que perteneció Narciso López. I: 137-138.

Pastor, Manuel, militar español de la época colonial, influyente traficante de esclavos. I: 278.

Patria, La, periódico español de New Orleans. II: 49; 148.

Pavón, Rafael, herrero de las minas de Managua, fabricante de lanzas. I: 225.

Pendleton, Simeon, capitán del bergantín *Susan Loud*, utilizado en la expedición que luego fue a Cárdenas. II: 279; 297; 306; 307; 363; 376; 482-483.

Peña, Pedro de la, militar español, sucesor de Narciso López en el gobierno de Trinidad. I: 149.

Peraza, Manuel, revolucionario de Las Villas, emigrado en los Estados Unidos. III: 97; 131-133; 240; 241.

Pérez, Dr. Enrique, sobrino de Narciso López. II: 39.

Pérez de Zúñiga, Francisco, abogado y patriota de Trinidad, único jefe revolucionario que pudo escapar a la represión española. III: 390; 398; 407-409; 411; 412; 414; 417; 425-426; 428; 431; 432; 737.

Pérez y Pérez, Ignacio de Belén, abogado y patriota trinitario, compañero de Armenteros en la sublevación de Trinidad, fue enviado al presidio de Ceuta, de donde se evadió. I: 156. III: 378; 390; 398; 407; 414; 417; 423; 425; 426; 431-433.

Piar, Manuel, general venezolano. I: 32.

Picayune, The, periódico de Nueva Orleans. II: 196-197; 198.

Pickett, coronel John T., expedicionario de Kentucky, participó de la expedición de Cárdenas y después López no volvió a utilizarlo. Figuró en la Guerra de Secesión de los Estados Unidos. II: 211; 219; 262; 263; 308; 309; 316; 350; 360; 370; 379; 412.

Pidal, Pedro José, ministro de Estado español. II: 17; 18; 24-25; 421-422.

Pierce, Franklin, presidente de los Estados Unidos. I: 236. II: 129.

Pierra Agüero, Adolfo, patriota camagüeyano. II: 144. III: 250-251; 293-304; 319; 322; 324-336; 355-357; 361-368; 460.

Pierra Agüero, Martina, poetisa camagüeyana. III: 250-295; 361-362.

Pineda, José Rosario, cardenense, simpatizador de Narciso López, condenado a presidio. II: 327.

Pintó, Ramón, conspirador anexionista habanero, de origen catalán, ejecutado en tiempos de Concha a virtud de un misterioso proceso. III: 33; 212.

Piñeiro, Francisco, conspirador habanero. II: 143.

Pizarro, crucero español. II: 376-377; 385; 386-387; 388; 402.

Polhamus, Juan, conspirador de tiempos de Narciso López. II: 216.

Polk, James Knox, presidente de los Estados Unidos. Trató de comprar a Cuba. I: 237-239; 282. II: 8; 9; 10-17; 21; 23-27; 36; 182; 185; 195; 205. III: 381-385.

Polo, José, presidiario de Cárdenas, indultado por haber combatido a los expedicionarios de Narciso López. II: 311; 340; 341; 345; 397.

Fonte Domínguez, Francisco, historiador cubano. III: 247; 344-346.

Porras Pita de Valdés de la Torre, Cecilia, patriota y poetisa cubana quien dedicó los primeros versos a la bandera cubana llegada en 1850 a Cárdenas, donde ella vivía. II: 325. III: 133.

Pozas, Las, batalla de. III: 561-565; 574-593; 603; 604; 607; 628-629; 649; 650; 651; 653; 663; 664.

Pozas, Las, poblado de la provincia de Pinar del Río, y Narciso López en 1844-1845. I: 162; 163.

Frías y Jacott, Francisco de, conde de Pozos Dulces, insigne patriota y economista cubano, cuñado de N. López. I: 61; 99; 162; 189; 190; 192; 204; 234; 243; 245. II: 213. III: 45; 47; 62; 225; 697-700; 706; 709; 752.

Pragay, coronel Janos o Johann, militar húngaro, jefe de estado mayor en la Expedición de la Vuelta Abajo, herido en la batalla de Las Pozas y luego asesinado por los españoles en el hospital de sangre. II: 99; 468. III: 170; 174; 486; 489; 490; 493; 535; 537; 553; 557; 558; 560; 577; 580-583; 585; 591-592; 594; 605; 606; 607.

Primelles, Norberto, delator de Joaquín Agüero. III: 327-334; 737.

Proclamas: De Narciso López dirigida "A los europeos e hijos del país", 1848. I: 289. III: 388. De Narciso López "Al Egercito de la Isla de Cuba". II: 130; 227. De Narciso López "A los españoles peninsulares". 131; 228-229. III: 246. De Narciso López "Al Egercito Español en Cuba". II: 132. De Narciso López sobre la "Organización constitucional de la República Cubana". II: 133-134. De Narciso López "Al Sargento 2do. Rafael Ferreter y sus compañeros". II: 227. De José M. Sánchez Iznaga "A los amantes de la libertad en Cuba". II: 230-231. III: 245. De Narciso López "A los cubanos, españoles y canarios y hombres de todas las naciones". II: 232-233; 473-474. III: 523-525. De Narciso López a "Soldiers of the Liberating Expedition of Cuba". II: 234-236. De Narciso López "A los miembros del ejército español que se incorporen al Ejército Libertador". II: 242. De Narciso López "Al pueblo de Cuba". II: 243-244. De Narciso López a los "Freemen of America". II: 282-286. De la Junta de Gobierno Provisional de la Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe "A los habitantes de la Isla de Cuba y proclamación de su independencia". III: 249; 295-306. De la Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe, octubre 1, 1850. III: 253. De Trinidad, en la sublevación de 1851. III: 410-411. De Trinidad "A los hijos de Cuba". III: 415. De Trinidad "Al Egército Español". III: 416. Del Presidente Fillmore, 1851. III: 496-498. De Narciso López a los "Habitantes de la Isla de Cuba". 1851. III: 517-522. De Narciso López a los vecinos de Las Pozas. III: 563. Del Capitán General Concha. III: 701.

Presas, Manuel, conspirador matancero. I: 255; 287. II: 33.

Presas y Cía., véase Presas, Manuel. II: 215.

Preston, William B., secretario de Marina. II: 169-170; 172; 174; 177; 186; 291.

Proclamista, El, seud. Echeverría, José Antonio, o de Palma, Ramón de.

Pronunciamiento de 1840 en España. I: 136; 138.

Puerta (La), batalla. I: 21; 25; 32; 33.

Puerto Cabello, sitio de esa plaza venezolana. I: 20.

Puerto Rico, Narciso López, partidario de la independencia de. II: 237-239.

Queipo, Joaquín, comerciante cardenense, guía que fue de los expedicionarios de López cuando desembarcaron en Cárdenas. II: 308; 310.

Quesada, Cayetano de, cónsul cubano en Nueva Orleans, adquirió para la Biblioteca Nacional el "Libro copiador de cartas" del consulado español de aquella ciudad, saqueado en 1851. II: 59.

Quintayros, Francisco Javier, militar español que fue gobernador de Cárdenas. I: 255; 256; 286. II: 296; 309; 328; 330.

Quintero, José Agustín, poeta y patriota cubano, luego diplomático sudista en la Guerra de Secesión de los Estados Unidos. I: 244. III: 751-753.

Quintero, Tomás, escritor colombiano residente en España. I: 75; 89; 130.

Quitman, general John A., militar improvisado y político sin escrúpulos, de Mississippi, quien engañó por mucho tiempo a los emigrados cubanos. I: 197. II: 122-124; 188; 189; 193; 198; 213; 264; 268; 412.

Ragués, Benito, conspirador habanero. II: 143.

Ramírez, José Mariano, conspirador de Pinar del Río. I: 263.

Randolph, capitán Víctor M., marino norteamericano. II: 170; 174-175; 176; 195; 403; 404; 406.

Rangel, Pinos de, lugar de la captura de Narciso López. III: 662; 667; 668; 669; 744.

Recio, Serapio, conspirador de Camagüey. I: 259. III: 248; 267-268; 280; 339.

República e independencia, afirmación por la. I: 41; 191; 192; 212; 222; 226-227; 229; 230-231; 232; 246; 257-258; 268; 289. II: 11; 16; 21; 31; 37; 38; 45; 62; 65; 73; 85; 96; 117; 119; 123-124; 127; 129-131; 151; 158-159; 161; 165; 171; 180-185; 219; 221; 223; 224; y siguientes; 230-236; 240-246; 253-254; 266-267; 278-288; 319-320; 338; 411; 414-415; 421; 423; 429; 436; 437; 439-440; 448; 451; 452; 454; 458; 465-466; 473-476; 479-482. III: 10; 12-17; 25-26; 46-47; 82-84; 97; 103; 110-114; 116; 119; 122; 125-126; 131; 139-140; 146; 153; 154; 159; 160-161; 185-186; 196-197; 201-203; 212-215; 217-221; 234-236; 245; 246; 254; 291; 294; 297-302; 325-326; 354; 356; 372; 379; 385; 388; 401-403; 410; 415-417; 428; 437-438; 450; 471-472; 488; 496; 517-531; 555; 556; 633; 655; 677; 679; 693; 697-698; 705-707; 710-711; 713; 720-721; 723; 724; 728; 730-731; 732-733; 735; 741.

Restauración española. I: 52-53.

Revolución de 1848, en Francia. I: 208; 244. II: 151; 418.

Reyna Cossio, René E., oficial de las fuerzas armadas de Cuba, participó de la reconstrucción de la ruta de Narciso López en la campaña de la Vuelta Abajo. III: 567.

Ribas, José Félix, general venezolano. I: 21.

Riddle, Henry R., cónsul de los Estados Unidos en Nuevitas. II: 204; 469.

Rivera, Primo de, José, marino español cuya tolerancia con el contrabando de esclavos en Cuba fue escandalosa. I: 278.

Rodil, José Ramón, militar español. I: 90; 91; 92; 137; 139.

Rodríguez, Felipe, conspirador de Güines. II: 142.

Rodríguez, Gaspar, militar español quien en 1822 fracasó con un movimiento revolucionario. I: 55.

Rodríguez, José Ignacio, abogado e historiador cubano, emigrado revolucionario en 1869 y luego furibundo anexionista. I: 170; 213; 237; 242.

Rodríguez de Mena y Garibaldo, Manuel, abogado y revolucionario, oriundo de Santiago de Cuba y luego radicado en La Habana, quien desde 1836 había estado frente al despotismo colonial, Dirigente del *Club de La Habana*, en 1851 retiró todo apoyo a López, emigró a los Estados Unidos y allí murió poco después. I: 121; 192; 234; 243. II: 142; 152-153; 392; 450; 477. III: 23; 45; 46; 62; 98; 104; 116; 216; 225; 227; 239; 437-448; 456; 458; 459; 460; 463; 482; 483; 489; 511 514; 657; 659; 709; 734; 737.

Roig de Leuchsenring, Emilio, historiador cubano, autor de obras fundamentales sobre las relaciones con los Estados Unidos. I: 213-214.

Rojo, Manuel, conspirador cubano. I: 127; 128; 129; 131; 132; 263. II: 142.

Roncali, Federico, Conde de Alcoy, presidente del Consejo de Ministros y embajador de España en Londres, Capitán General de Cuba en tiempos de Narciso López. I: 182; 184; 198; 203; 268; 278-279; 281-282; 290. II: 26; 35; 37; 47-48; 49-50; 51-54; 249; 250; 302-303; 311; 374; 389-390; 391; 395; 397-398; 401; 403-409; 416; 419-422; 424; 440-442. III: 8; 20; 21; 34; 48; 51; 53; 244; 254; 380; 382.

Rosa Cubana, La, uno de los nombres de la Conspiración de 1848, en Las Villas, por la mina de ese nombre, propiedad de Narciso López, cerca de Manicaragua. I: 164.

Rosales, Martín, militar español, uno de los jefes en la campaña de la Vuelta Abajo. III: 570; 612; 614; 622; 625; 636; 664; 665; 676.

Rosario, combate de El. III: 644-648; 659; 667.

Saco, José Antonio, historiador y sociólogo cubano, en un principio amigo de Narciso López y luego enemigo suyo por cuestiones familiares: figura principal de la campaña contra la anexión después de haber hecho manifestaciones anexionistas; partidario del 'reformismo'; pero no de la independencia de Cuba. I: 75; 78-82; 101; 119; 120; 123; 124; 126; 127; 130; 131; 132; 133; 134; 181; 184; 186-190; 194; 195; 197; 198; 200; 204; 205; 207; 209; 210; 212; 214; 234; 243; 264. II: 63; 64; 90; 155-162; 164; 302. III: 14; 21; 22; 23; 33-36; 44; 45; 60-61; 75; 81; 103; 132; 146; 216; 218-219; 220-221; 254; 259; 679; 734; 735.

Salas, Fulgencio, militar español, presidió el primer consejo de guerra contra Narciso López. I: 290.

Salicrup, Rosa, sobrina de Narciso López. I: 164.

Salicrup de Sánchez, Narcisa, sobrina de Narciso López, vivió en Cuba. I: 15-16; 247.

Salicrup Becerra, Narciso, sobrino de Narciso López. I: 16.

Sánchez, Antonio Guillermo, conspirador de Cienfuegos. I: 204; 247; 251.
Sánchez, Félix, militar español. III: 570; 635-636; 646.
Sánchez, Pedro Gabriel, hacendado de Trinidad, complicado en la conspiración de 1848, sobrino de José Aniceto Iznaga. I: 190; 249; 270; 279; 280-281; 282; 289.
Sánchez, Román, militar español, nacido en Venezuela, amigo y luego enemistado con Narciso López. I: 263-265. II: 142. III: 184; 502.
Sánchez Iznaga, José M., patriota trinitario, miembro de la expedición de Cárdenas. I: 77; 190; 192; 200-201; 208; 219; 220-222; 225; 226; 229; 237; 244; 246; 249; 250; 260; 267; 268; 269; 270; 271; 272; 274-275; 277; 278; 279; 280 281-282; 283; 290. II: 16; 31; 39; 57; 58; 64; 74; 82; 84; 94; 98; 131; 133; 154; 171; 184; 191-192; 215; 218; 221; 231; 248; 256-259; 260-261; 276; 308; 309; 357; 371; 389; 411; 430; 450. III: 13-14; 104; 143; 148; 159; 179; 189; 200; 216; 227; 230; 231; 245; 385; 386-389; 403; 439; 441; 458; 473; 656; 661.
Sánchez, Andrés Manuel, conspirador cubano ejecutado por la represión española. I: 56; 63.
Sánchez Iznaga, Pedro Manuel, sobrino de José Aniceto Iznaga. I: 225; 257. II: 59; 210; 426; 427; 435; 453. III: 21; 25.
Sancti Spiritus. I: 257.
San Fernando de Camarones (minas de) propiedad de Narciso López. I: 164, 223; 246; 249.
Sanguily Garritte, Manuel, patriota e historiador cubano. I: 103; 135; 194; 226-227; 234. II: 130; 132; 135; 154; 224; 226; 228; 232; 234. III: 17; 111; 115; 120; 139; 215; 296-305;353; 517-526.
Santa Bárbara (o Recurso) ingenio de José María Sánchez Iznaga. I: 246; 249; 267; 271 272.
Santacilia, Pedro de, historiador, poeta y revolucionario de Santiago de Cuba, casó con una hija de Benito Juárez y se radicó en México. I: 190; 192; 261. II: 64; 144. III: 67; 68; 69; 751.
Santa Rosa, Agustín, revolucionario cubano, dedicó muchos años de su vida a la causa de Cuba Libre y por ella pereció. II: 216.
Santiago de Cuba. I: 260-61.
Santovenia, Emeterio S., historiador cubano. I: 263; 265.
Sartiges, Conde de, ministro de Francia en los Estados Unidos. II: 165. III: 726.
Saunders, Rómulo M., ministro de los Estados Unidos en España a quien se encomendó en 1848 la misión de comprar a Cuba. I: 238; 239. II: 14; 15; 17-19; 22; 194.
Schlesinger, teniente (luego comandante) Lajos, Ludwig o Louis, militar húngaro, conspirador en Nueva York, en 1851, y luego historiador en la Expedición de la Vuelta Abajo de la cual participó. Condenado a presidio por los españoles, se escapó de Ceuta, regresó a los Estados Unidos y participó de las aventuras de Walker en la América Central. I: 156. II: 99; 468. III: 172; 182; 200; 208; 471; 472; 476; 484-492; 513-516; 534-542; 544-550; 551; 555-566; 568; 574-585; 589-593; 594; 596-606; 608; 611; 612; 614; 615-622; 625-628; 631; 633; 637-648; 665; 675; 708.
Sedano y Cruzat, Carlos de, historiador español. I: 232-233; 236.
Sedgwick, Theodore J., abogado y político norteamericano. II: 169; 220; 462; 466. III: 10-14.
Segura, cap. Andrés, militar español de la guarnición de Cárdenas. II: 314-315; 323; 324; 340; 397.
Semi-Yankee, seud., ver. Madan, Cristóbal.
Seudónimos de miembros del Club de La Habana. I: 243-244.
Siglo, Fermín del, seud. Ver a Cruz, Francisco Javier de la.
Sigur, Lawrence J., periodista y político de Nueva Orleans, el más fiel y útil de los amigos de Narciso López entre los norteamericanos. Se arruinó para ayudarle en sus expediciones. II: 26-28; 137; 213; 214; 262; 271; 272; 412; 413; 414; 485. III: 93; 96; 106; 124; 137; 144; 161; 167; 189; 191-196; 209; 210; 211; 223; 227; 382-384; 449-453; 460; 464; 466; 477; 484; 514; 515; 529; 534; 535; 537; 656; 658 660; 698-699; 710-711.
Silva Barberis, Manuel Ramón, conspirador camagüeyano. III: 242; 248; 357; 358.
Slidell, John, político de Luisiana. II: 26.
Smith, Cotesworth Pinckney, magistrado del Tribunal Supremo de Luisiana. II: 214; 222; 264; 412.
Smith, Duncan o Dr. H. H. Burnett, espía estadounidense al servicio de España, hizo fracasar con su traición la Expedición del *Cleopatra*. II: 146.
Smith, general Persifor Frazer, militar norteamericano. II: 210.
Smith, Peter, hijo del magistrado Smith, de Luisiana, y expedicionario de Cárdenas. II: 264-265; 375; 382; 412.
Sociedad Filarmónica de Matanzas. II: 150.
Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe, también llamada "La Libertadora", que organizó el movimiento revolucionario de Camagüey, en 1851. I: 259. II: 144.
Sociedad Patriótica de Venezuela. I: 18; 19; 20.
Sociedades secretas. I: 54; 76-77; 243.
Someruelos, Marqués de, vea Muro, Salvador de.
Soublette, Carlos, militar venezolano. I: 32; 35.
Soulé, Pierre, pintoresco personaje de la política y la diplomacia norteamericanas. Fue ministro de los Estados Unidos en España, con turbulenta actuación, y luego figuró en el escándalo internacional de la Conferencia de Ostende para imponer la compra-venta de Cuba. II: 464.
Sterling, Domingo, agente del Capitán General Roncali para que los revolucionarios cubanos de los Estados Unidos desistiesen de sus actividades. I: 198.
Stevenson, Thomas, desertor en Cárdenas. II: 362; 394; 395.
Stoughton, Francisco, cónsul español en Nueva York. II: 146; 308; 429; 430; 435.
Suárez del Villar, José, conspirador de Trinidad y Cienfuegos. I: 280.
Sun The, diario de Nueva York, propiedad de los hermanos Beach y gran simpatizador de las empresas revolucionarias de Narciso López. I: 237. II: 136-137; 199-200; 253-254.
Suzarte, José Quintín, periodista liberal del siglo XIX. I: 219; 286-287.

Tabaqueros de New Orleans, simpatizadores de las expediciones de López. II: 59.
Tabla del Agua, combate de. III: 594-604; 607; 648; 649: 650; 651; 652; 653; 663.
Tacón y Rosique, Miguel, déspota implacable durante cuyo mando se inició el extrañamiento definitivo entre Cuba y España. I: 90; 94-95; 101; 109; 118-119; 120; 121; 122; 124; 126; 127; 128; 129; 131; 137; 245.

Talavera, Alzamiento de, inicio de la Guerra Carlista en España. I: 88.
Tanco y Bosmeniel, Félix, escritor, abogado abolicionista y espíritu inconforme de la época colonial, nacido en Colombia. I: 73; 74.
Tarafa, Carlos, conspirador de Pinar del Río. I: 263.
Tattnall, comodoro de la marina norteamericana. II: 403; 404; 405; 406.
Taylor, Marion C., expedicionario de Cárdenas, quien llevó un *Diario* de sus experiencias como tal, luego publicado por la Kentucky Historical Society. II: 262; 263.
Taylor, Zacarías, caudillo norteamericano en la guerra contra México y Presidente de los Estados Unidos. I: 239. II: 8; 19; 50; 51; 52; 55; 72; 74; 90; 95; 99; 155; 175; 182; 185; 188; 200; 289-290; 291; 403; 405; 406-407; 409; 412; 413; 414; 415; 416; 417; 424; 428. III: 37; 38; 42; 172.
Teurbe Tolón Blandino, José, conspirador de tiempos del general Vives. I: 71.
Teurbe Tolón, Miguel, patriota, poeta, periodista y dibujante matancero, vivió muchos años en el destierro. I: 204; 253; 254; 255; 259; 273; 274; 291; 292. II: 40; 41; 42; 43; 44; 58; 89-90; 110; 125; 135; 138-139; 143; 216-217; 246-248; 287; 308; 394; 430; 426; 437-438.
Teurbe Tolón, H., hermano de Miguel Teurbe Tolón. II: 203; 469.
Texas, Expedicionarios de. II: 265; 277.
Thrasher, John S., periodista norteamericano establecido en La Habana, muy relacionado con los conspiradores habaneros y luego confinado a Ceuta. I: 204. II: 364. III: 462; 532; 666; 689; 718.
Tirte, seudónimo, vea Miguel Teurbe Tolón.
Títus, Harry T., expedicionario de Cárdenas, quien luego tuvo turbia actuación cuando la invasión de la Vuelta Abajo. I: 77; 263; 383. II: 383. III: ~~12~~ 30; 465; 466; 482; 656; 661. 463
Tolón, Emilia, esposa y prima de Miguel Teurbe Tolón, entusiasta defensora de la causa de Cuba Libre. II: 58; 136; 143.
Torrente, Mariano, historiador español de virulento espíritu anticubano. I: 135; 136.
Tosca, Basilio N., conspirador de la jurisdicción de Cárdenas, procesado cuando López tomó la ciudad. I: 255-256. II: 328-330; 344.
Tosca, Pedro, hermano de Basilio N. Tosca. I: 255. II: 329.
Totten, comandante, marino norteamericano encargado de interceptar las expediciones de Narciso López. II: 176; 467.
Trelles, Carlos M., el más eminente bibliógrafo cubano de todos los tiempos. II: 40.
Trespalacios y Line, Juan, militar español a cuyo cargo estuvo la delación del movimiento revolucionario de Trinidad. I: 249; 268; 281; 283. II: 26.
Tribune, The, periódico neoyorquino. II: 255.
Tribuno, El, seudónimo, vea Agüero, Pedro de.
Trinidad, centro conspirador de la época de Narciso López. I: 144 y sig., 164; 223; 228; 248; 266; 271. III: 378-443.
Trinidad, sublevación de. III: 378-435.
Trist, Nicholas P., deudo del ex-Presidente Jefferson y cónsul de los Estados Unidos en La Habana. II: 168.
Troncoso, Eugenio, conspirador de Pinar del Río. I: 263.
Trujillo, Enrique, periodista y patriota cubano, avecindado en Nueva York. I: 193.
Turla, Leopoldo, poeta y patriota cubano, refugiado en los Estados Unidos. I: 190; 192; 209. II: 58; 153; 216; 308; 425. III: 48-50; 53; 90; 91; 99; 130; 467; 656.
Turnbull, David, cónsul de la Gran Bretaña en La Habana, gran abolicionista, perseguido por el despotismo colonial. I: 151; 156; 163; 177. II: 164.
Turra, Felipe, marino español compelido a servir de práctico del *Pampero*. III: 550-553.
Twiggs, general D. E., jefe del ejército norteamericano en Luisiana. II: 169; 173.
Tyler, John, presidente de los Estados Unidos. III: 39.

Ulloa, Francisco Javier. I: 159.
Urban, C. Stanley, historiador norteamericano especializado en el estudio de las expediciones de Narciso López. I: 275; 277.
Urdaneta, José María. I: 39.
Uriola, Ana Paula de (dícese también Oriola), madre de Narciso López. I: 14; 16-18; 30-32; 159; 161; 164; 219. III: 698; 706.
Ultra, capitán Angel, militar español, oriundo de Venezuela, a quien se consideraba complicado en las conspiraciones de 1851, en Pinar del Río. I: 262. III: 504-506; 512; 545.

Valdemoro, Arturo, seudónimo, vea Teurbe Tolón, Miguel.
Valdés, Antonio José, conspirador e historiador cubano de principios del siglo XIX. I: 71.
Valdés, Joaquín, espía y delator de la Conspiración de 1838, en que ya estaba mezclado Narciso López. I: 128; 129; 131; 133.
Valdés, P. Joaquín, párroco de la Sabanilla, conspirador refugiado en los Estados Unidos. II: 18; 143.
Valdés Herrera, Francisco, conspirador de la jurisdicción de La Habana. II: 142.
Valdés Noriega y Sierra, Jerónimo, militar español de ideas progresistas, enemigo de la esclavitud y amigo de Narciso López, a quien trajo a Cuba cuando le nombraron Capitán General de la Isla. I: 90; 92-93; 101; 104; 109; 114-116; 118; 135; 136; 137; 138; 139; 140; 149; 153; 159; 160; 161; 163; 176.
Valencia, folleto de. I: 60.
Valiente, José, patriota de Santiago de Cuba. I: 261. II: 144.
Valiente, Porfirio, conspirador y escritor cubano, dedicó su vida a trabajar por la libertad de Cuba. I: 122. II: 103; 144; 153. III: 45-46; 661; 741.
Valle, Joaquín María del, pariente de los Iznaga, quien los persiguió por sus ideas revolucionarias. I: 251.
Van Halen, militar español de la Guerra Carlista. I: 107; 138.
Van Vechten, P. S., expedicionario de la Vuelta Abajo convertido en confidente de los españoles. III: 678; 712.
Vasey, cap. J., II: 269.
Vegueros, Sublevación de los, movimiento revolucionario que de 1717 a 1723 agitó a los productores de tabaco en la jurisdicción de La Habana. I: 51.
Velazco, Francisco de, militar español. I: 155; 249.
Velazco, Perico, también Pedro Velasco Isla, ahijado, o quizás si hijo natural de Narciso López. I: 284; 285; 286; 287. II: 357. III: 478; 481; 645; 667; 752.
Velázquez, Juan Bautista, fiscal militar en la Conspiración de 1845. I: 282.

Veranes, Felipe, patriota cubano, emigrado en los Estados Unidos, I: 201. II: 59. III: 8; 21.
Verdad, La, periódico publicado por el grupo anexionista cubano de Nueva York, I: 237; 244; 249; 253; 254; 258; 278; 282; 291. II: 29; 30; 35; 37; 38; 39-44; 45; 83; 84-85; 146; 194; 213; 445-446; 455.
Vignau Asanza, Nicolás, ejecutor del traidor Castañeda, III: 749-751.
Villanueva, Conde de, vea Martínez de Pinillos Claudio.
Villaoz, Juan Antonio, militar español, III: 539; 545; 598-603; 636; 649; 652.
Villas, Las, jurisdicción de, I: 267.
Villaverde, Cirilo, insigne novelista y patriota cubano, secretario que fue de Narciso López, I: 25; 76-77; 78-79; 80-81; 101; 126-127; 136; 138; 139; 146; 158; 166; 190; 192; 193; 194; 195; 196; 198; 199; 200; 202; 204; 206; 207; 219; 220; 222; 224; 228; 230-231; 234; 235; 237; 241; 242; 244; 257; 262; 263; 264; 265; 271-272; 273-274; 275; 280; 283; 286; 287; 291; 292. II: 16; 17; 33; 41; 42; 43; 44-46; 55; 56; 64; 75; 82; 84; 90-93; 98; 125; 135-136; 138-139; 153; 172; 182-184; 185; 238; 249; 258-260; 269; 308; 425; 428; 431-434; 436; 452. III. 9; 15-17; 20; 23-25; 27; 30-32; 46; 47-54; 63; 72; 82-83; 89-93; 95; 100-101; 105; 106-116; 118-125; 127-130; 131; 132; 136-147; 151; 152; 153; 165-168; 175; 188; 190-193; 207; 209; 210-214; 221-232; 236-240; 245; 437-457; 470-478; 482; 483; 487-489; 492; 503; 518; 521; 526-531; 545; 552; 556; 610; 655; 656; 657; 658; 659; 660; 661; 674; 677-693; 694; 733-734; 736.
Villaverde, José María, hermano de Cirilo Villaverde, I: 262. II: 90-93; 142. III: 610.
Villaverde, Juan Francisco, conspirador vueltabajero, hermano de Cirilo Villaverde, I: 230; 262. II: 90-93; 142. III: 53; 95; 236-238; 610; 676; 677.
Villaverde y Casanova, Narciso, hijo de Cirilo Villaverde y de Emilia Casanova, II: 136.
Vingo, seudónimo, vea Betancourt Cisneros, Gaspar.
Vingut, Francisco J., emigrado revolucionario cubano, I: 59.
Vives, Francisco Dionisio, gobernante español, corrompido y corruptor, I: 44-56; 57; 58; 59; 62; 82; 120; 154; 178; 180; 210.
Vizcarrondo, Julio, patriota puertorriqueño quien estaba en contacto con los revolucionarios cubanos de tiempos de López. II: 185.
Voluntarios, españoles, II: 389; 390; vea también milicia de "Nobles Vecinos", II: 389.
Vuelta Abajo, I: 162; 223.
Vuelta Abajo, expedición de la, III: 436-679.

Walker, Robert J., I: 238, secretario de Hacienda en la presidencia de Polk, II: 11; 12; 14; 21; 23; 24; 36.
Wanstosten, Rafael, educador venezolano, maestro de Narciso López, I: 20.
Webster, Daniel, corrompido político norteamericano desprovisto de escrúpulos en política, quien hizo perjuicios irreparables a la Revolución Cubana por su amistad con Calderón de la Barca, el representante de España en Washington, II: 408; 417; 427. III: 10-14; 18-19; 37-44; 114; 117; 121; 135; 161-189; 200-208; 210; 467; 498-502; 684; 686; 690; 691-692; 713; 715-728; 731-732.
Weekly Delta, periódico de Nueva Orleans, propiedad de L. J. Sigur, amigo y simpatizador de Narciso López, II: 49.
Wellington, Duque de, militar y político británico, I: 93.
Weyler, Valeriano, el más cruel y sanguinario de los gobernadores españoles en Cuba, apodado "El Carnicero", I: 132.
Wheat, coronel Chatham Robert, militar norteamericano, quien figuró en la expedición de Cárdenas, II: 219-220; 264; 269; 273; 279-281; 293; 297; 314; 315; 381; 382; 412.
White, coronel George W., aventurero norteamericano, quien actuó en la "Guerra de Castas", de Yucatán, y en las primeras expediciones de López, II: 77; 87; 452; 453.
Whitney and Co., banqueros de Nueva Orleans, II: 172-173.
Wilson, Juan, conspirador de la jurisdicción de Cárdenas, I: 256.
Williams, John S. Esq., militar norteamericano, quien actuaba de acuerdo con el grupo anexionista de Nueva York, II: 98; 210; 451.
Worth, William J., general norteamericano de la guerra con México a quien los anexionistas del Club de La Habana quisieron hacer jefe de "su" revolución, en 1848. I: 235-237; 239; 240; 241; 245; 266; 269; 270; 283. II: 20-22; 36; 60; 62; 167.

Xenes de San Martín, Antonio, periodista o ingeniero español, II: 301.
Ximénez de Sandoval, Crispín, uno de los jefes del espionaje español en 1850. II: 201.
Ximeno, Dolores M., escritora matancera, I: 165; 254.

Yucayo, seudónimo, vea Teurbe Tolón, Miguel.
Yumurí, Encuentro del, combate en Matanzas, II: 330; 349; 395.

Zabala, Lorenzo de, historiador y político mexicano, I: 71.
Zambrano, Santiago, conspirador cubano de principios del siglo XIX, I: 62.
Zayas, José Ignacio de, concejal de Trinidad, I: 146; 150.
Zayas Cisneros, Fernando Secundino, patriota camagüeyano, fusilado en 1851 por los españoles, III: 271-274; 290; 318; 325; 330; 332; 334-377.
Zenea, Benito, conspirador habanero, I: 232.
Zenea, Federico, conspirador habanero, II: 142-143.
Zenea, Juan Clemente, poeta y revolucionario cubano, ejecutado por los españoles, III: 459; 688-689.
Zurita, brigadier Cristóbal, militar español, fiscal en varios de los procesos de 1848-1851, jefe de la plaza al ser ejecutado Narciso López, I: 222; 229; 251; 260; 269; 270; 274; 282; 283; 290; 291. III: 400-401; 702.

"NARCISO LOPEZ Y SU EPOCA"

(VOLUMEN III)

TABLA DEL CONTENIDO

Págs.

Lista de suscriptores V

Introducción 1

CAPITULO I: 7

1.—Reagrupación de los emigrados revolucionarios cubanos: los cambios en los dos grupos de conspiradores de 1850 7
2.—El Capitán General Concha: sus antecedentes y su gobierno.. 32
3.—Fillmore y Webster: nueva orientación política del gobierno de Wáshington 37
4.—Los conspiradores de Cuba después de la expedición de Cárdenas 44
5.—El "Encuentro del Yumurí" y los actos de represión en Camagüey y en Santiago de Cuba 88
6.—El proyecto de la pequeña expedición desaparecida 125

CAPITULO II: 135

1.—La organización de la Expedición del *Cleopatra* 168
2.—Los emigrados revolucionarios y su participación en este esfuerzo libertador 174
3.—El espionaje español y el norteamericano 188
4.—La Expedición del *Cleopatra*: sus recursos la delación y el fracaso 215
5.—Efectos de esta infructuosa tentativa sobre la emigración cubana 235

CAPITULO III: 235

1.—La sublevación de Camagüey: sus antecedentes; su organización y sus conexiones en los Estados Unidos 269
2.—Carácter y antecedentes de Agüero, Betancourt, Zayas, Benavides y Castellanos 275
3.—La lucha con los españoles y el fracaso del alzamiento 352
4.—El proceso contra los patriotas y su resultado 378

CAPITULO IV: 378

1.—La sublevación de Trinidad: historial y organización 399
2.—Carácter y antecedentes de Armenteros, Hernández Echerri y Arcís 406
3.—Fracaso del alzamiento y captura de los patriotas 427
4.—El proceso y las represalias de los españoles 436

CAPITULO V: 436

1.—La organización de la Expedición de la Vuelta Abajo 475
2.—Los cubanos que figuraron en la empresa libertadora de 1851.. 483
3.—Los expedicionarios extranjeros: norteamericanos europeos, etc. 495
4.—La actitud del gobierno de Wáshington hacia la expedición de la Vuelta Abajo 502
5.—Los preparativos del Capitán General Concha para hacer frente a la invasión de 1851 .....

Págs.

CAPITULO VI: 510

1.—El plan de invasión de Narciso López: los elementos con que contaba y los propósitos de la revolución 510
2.—El *Pampero* y su viaje hacia las Playitas del Morrillo 531
3.—El desembarco y los primeros actos de indisciplina 552
4.—Los combates en Las Pozas, Cafetal de Frías, Tabla de Agua, Candelaria del Aguacate, etc. 566
5.—La deserción de Crittenden y su grupo y el fracaso de los refuerzos prometidos 648
6.—Desastre final de la expdición; la cacería humana y la captura de Narciso López en los Pinos de Rangel 662
7.—La bárbara represión culmina en la matanza de Atarés y la ejecución de Narciso López 679

CAPITULO VII: 713

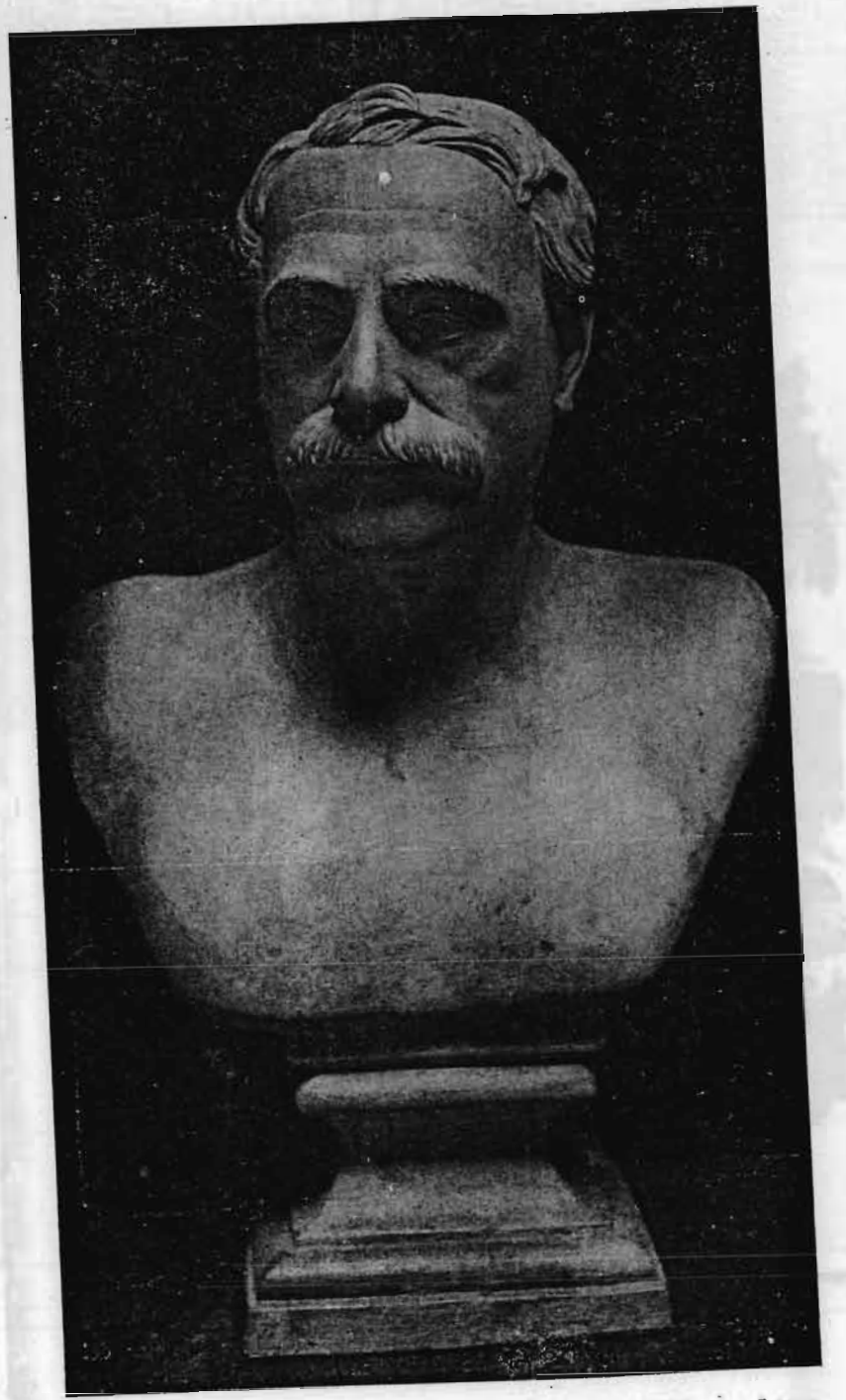
1.—La bochornosa política de Fillmore y Webster acerca de la última expedición de Narciso López 713
2.—La actitud de las potencias ante la Revolución Cubana 720
3.—Los cubanos y el fracaso de los esfuerzos libertadores de Narciso López 733
4.—El final del traidor Castañeda 742

NOTAS BIBLIOGRAFICAS 757

INDICE ALFABETICO 783

LAMINAS ..... (fuera de texto)

* * *



Busto del general Narciso López, que perteneció a su hijo Narciso López y Frías, donado por él a Domingo Figarola-Caneda quien lo regaló, a su vez, al Museo Nacional de Cuba. (Debió ser el hecho en Nueva Orleans, en 1851, por el escultor M. Trudeau).

Frontispice d'un livre

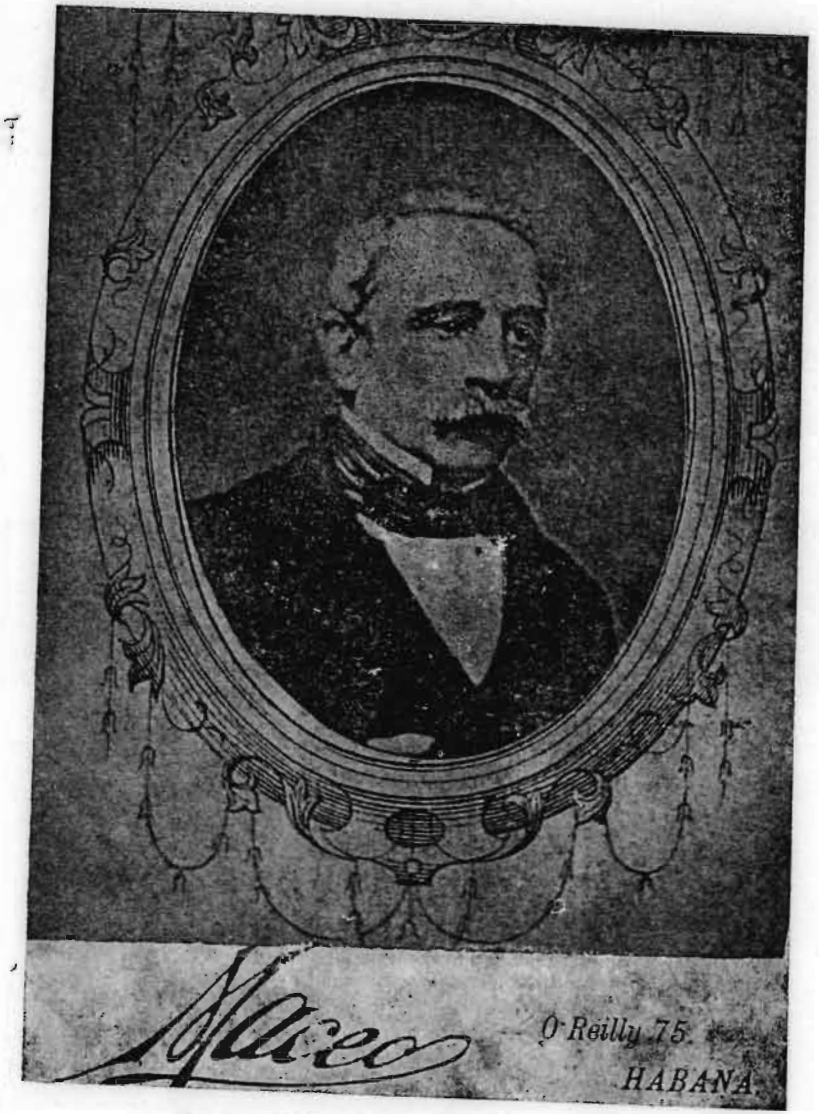
(Grandeur naturelle)

Alegoría sobre el desembarco de Narciso López en las Playitas del Morrillo, publicada por *La República Cubana*, de París.

Grabado en madera

(Tamaño natural)

Retrato de Narciso López, de completo uniforme de general del Ejército Libertador, según un grabado en madera publicada por *La República Cubana*, de París, periódico dirigido por Domingo Figarola Caneda.



Retrato de Narciso López, hecho en 1851.

La República Cubana

Patria y Libertad

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Año 2º ★ PARIS.- Septiembre 9 de 1897 ★ Nms. 77-78

SE PUBLICA LOS JUEVES

DOMINGO FIGAROLA CANEDA

EL GENERAL NARCISO LÓPEZ

Aniversario

Segunda campaña

Visita a Cuba

La conspiración

En Venezuela

BUSTO

DEL GENERAL NARCISO LÓPEZ, PERTENECIENTE

Facsímil de *La República Cubana*, de París, edición de septiembre 9 de 1897, dedicada a Narciso López por Domingo Figarola Caneda.

Alegoría sobre el desembarco de Narciso López en las Playitas del Morrillo, según una litografía que perteneció a su hijo, publicada en París.

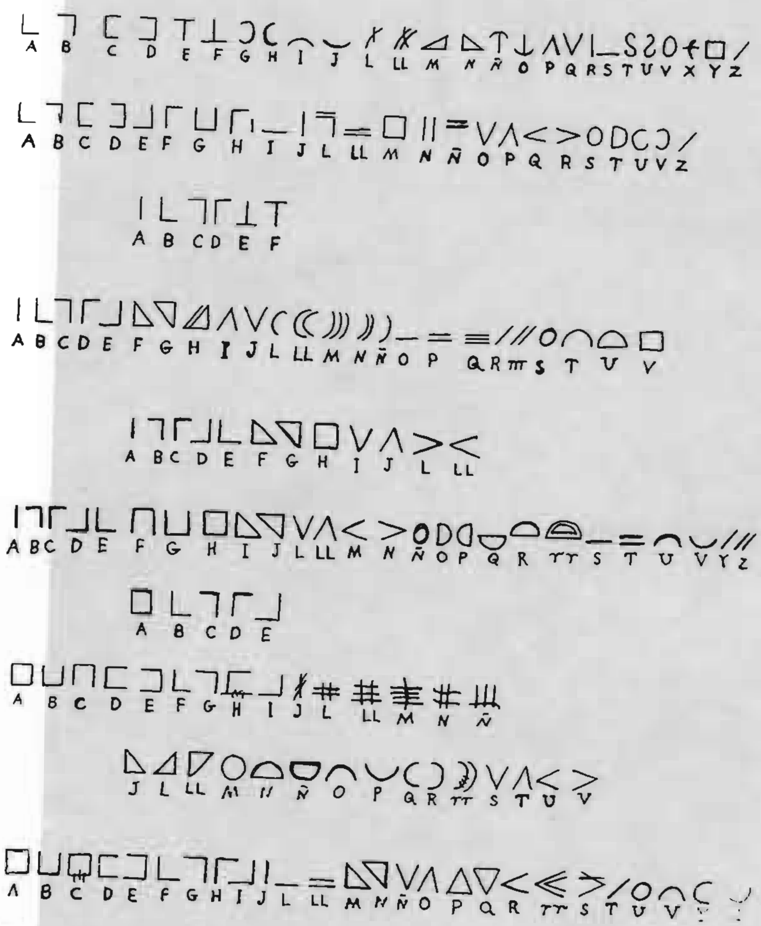
Retrato de Narciso López, con la guerrera de general del Ejército Libertador, según un grabado de la época, hecho por F. A. Ringler & Co., de Nueva York.

Retrato de Narciso López, publicado en Nueva York como ilustración del folleto *Cuba en* 1851, por Alexander Jones.

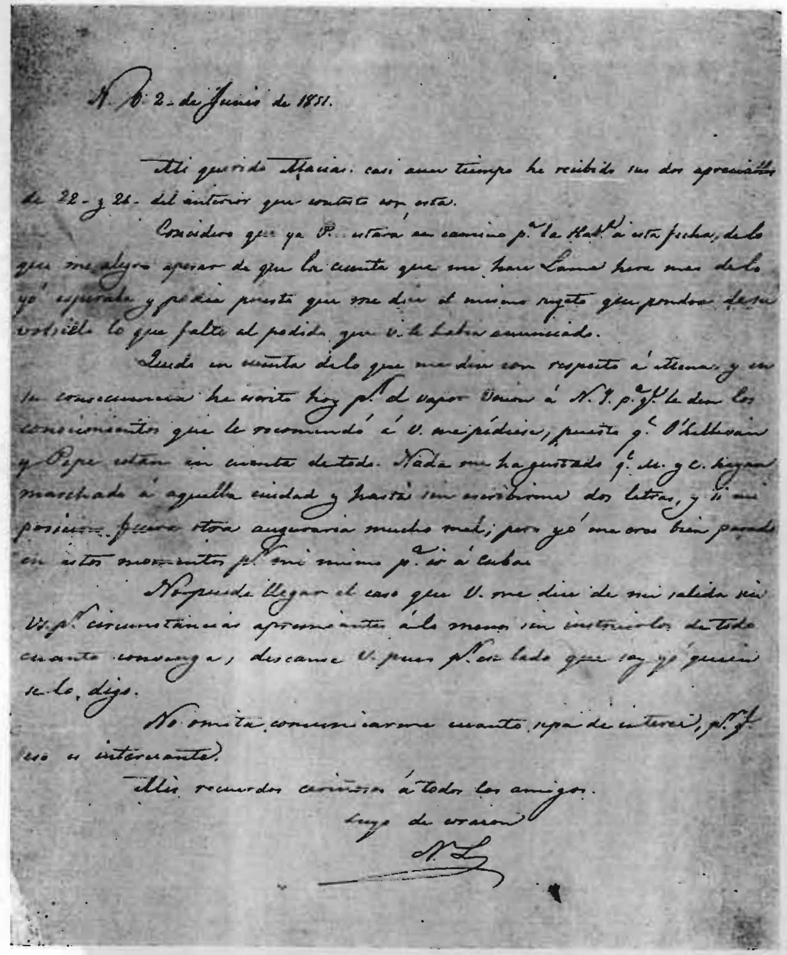
Retrato de Gaspar Betancourt Cisneros, El Lugareño, en sus últimos años.

Miguel García de la Torre, el centenario de Las Pozas, guía que fué de los expedicionarias de Narciso López, tenía esta estampa en 1930, a los 102 años de edad.

Retrato del Capitán General José Gutiérrez de la Concha, Marqués de La Habana, tres veces gobernador de Cuba.



La clave usada por Narciso López y los conspiradores de la época, que fué descifrada por los españoles, según la copia que Cirilo Villaverde conservaba en su *Diario*.



N. O. 2 de Junio de 1851.

Mi querido Macias: casi a un tiempo he recibido sus dos apreciables de 22 y 26 del anterior que contesto con esta.

Considero que ya P... estará en camino p.a la Hab.a á esta fecha, de lo que me alegro apesar de que la cuenta que me hace Lamar hace mas de lo yo esperaba y pedia puesto que me dice el mismo sujeto que pondrá de su bolsillo lo que falte al pedido que V. le habia anunciado.

Quedo en cuenta de lo que me dice con respecto á Atenas, y en su consecuencia he escrito hoy p.r el vapor Union á N. Y. p.a q.e le den los conocimientos que le recomendó á V. me pidiese, puesto q.e O'Sullivan y Pepe están en cuenta de todo. Nada me ha gustado q.e M. y C. hayan marchado á aquella ciudad y hasta sin escribirme dos letras, y si mi posicion fuera otra auguraria mucho mal; pero yo me creo bien parado en estos momentos p.r mi mismo p.a ir á Cuba.

No puede llegar el caso que V. me dice de mi salida sin Vs. p.r circunstancias apremiantes á lo menos sin instruirlos de todo cuanto convenga; descanse V. pues p.r ese lado que soy yo quien se lo digo.

No omita comunicarme cuanto sepa de interés, p.r q.e eso es interesante.

Mis recuerdos cariñosos á todos los amigos.

Suyo de corazon

N. L.

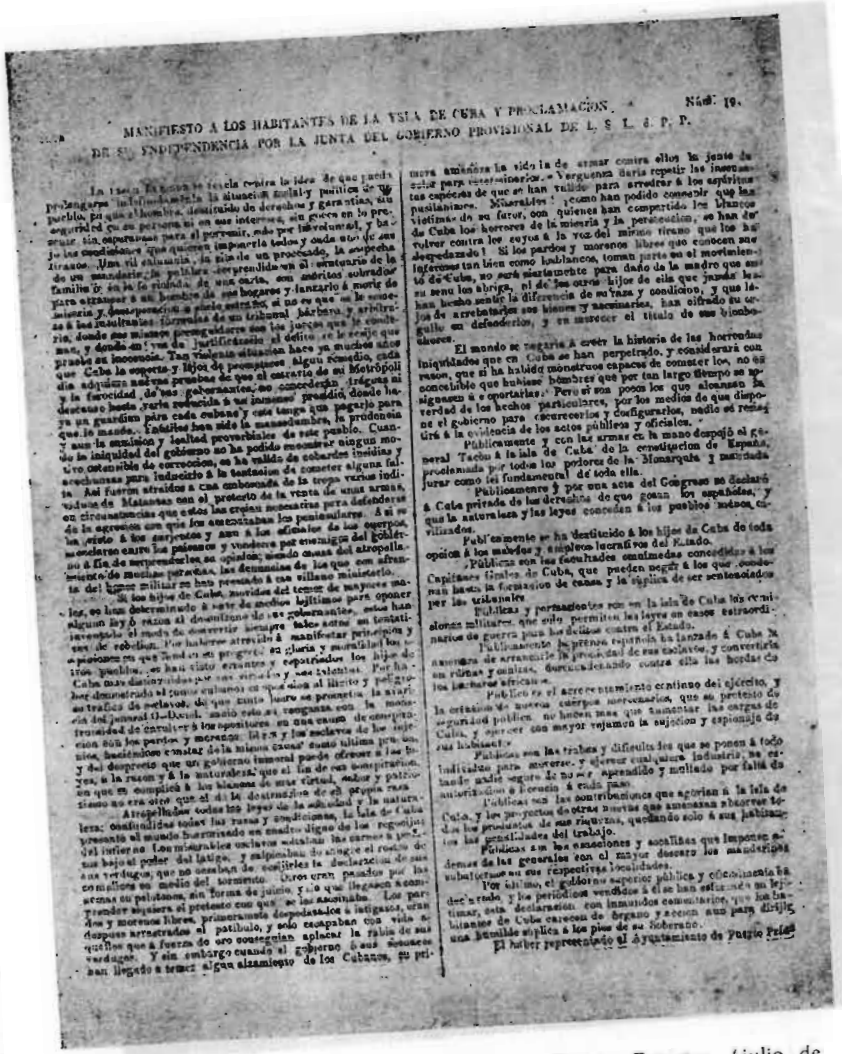
La última carta de Narciso López a Juan Manuel Macias, cuando preparaba la Expedición de la Vuelta Abajo.

Retrato del general español Manuel de Enna, segundo en el mando de la Isla de Cuba, muerto el 18 de agosto de 1851, de resultas de las heridas recibidas en la batalla del Cafetal de Frías.

Millard Fillmore, Presidente de los Estados Unidos en 1851, cuya proclama contra las expediciones de Narciso López tanto tuvo que ver con el desastre de aquel esfuerzo libertador.

HABITANTES DE LA ISLA DE CUBA.

Facsimil de la proclama de Narciso López para la Expedición de la Vuelta Abajo (1851) Archivo Portell Vilá.



MANIFIESTO A LOS HABITANTES DE LA ISLA DE CUBA Y PROCLAMACION. Núm. 19.

DE SU INDEPENDENCIA POR LA JUNTA DEL GOBIERNO PROVISIONAL DE L. S. L. S. P. P.

La proclama de la Sociedad Libertadora de Puerto Principe (julio de 1851), sin firmas, según el ejemplar impreso que poseia Cirilo Villaverde y que por primera vez en más de cien años se publica en facsimil (3 pp.)

cipé á la Reina, con autorizacion del gobernador que lo presidia para que no se suprimiera la Audiencia de aquel distrito, fué causa de la destitucion de los capitulares, y de la insólita arbitrariedad de esta última declaratoria, en que se agrega para mayor vejamen, que el gobierno no tiene que consultar la opinion y los intereses del pais en sus determinaciones.

Tantos y tan repetidos agravios, tantas y tan poderosas razones, son suficientes no solo á justificar [illegible] á los ojos del mundo entero la causa de la independencia de Cuba, y cualquiera tentativa de sus habitantes á conseguir por sus propios esfuerzos ó con auxilio de los estraños, el término de sus males, y la asegu[illegible] de los derechos que Dios y la naturaleza han concedido al hombre en todos tiempos.

¡Quienes podrán oponerse en Cuba á este instinto imprescindible, á esta imperiosa necesidad de conservar la vida, de defender las propiedades, y de buscar en las instituciones de un gobierno justo, libre y arreglado, el bienestar y la seguridad sin cuyas condiciones no puede existir ninguna sociedad civilizada!

¡Acaso los peninsulares que han venido á Cuba á casarse con nuestras mugeres, que aquí tienen sus hijos, [illegible] sus propiedades, desconocerán la justicia de nuestra causa, [illegible] de las leyes de la naturaleza, para ponerse de parte de un gobierno que [illegible] como á nosotros, y que ni les [illegible] el sacrificio, ni podrá impedir con su ayuda el triunfo de la independencia de los cubanos!

¡No se hallan ellos [illegible] á la felicidad y los intereses de Cuba como los que han nacido en ella de su propia sangre, que jamás podrán renegar del nombre de sus padres, y que al levantarse hoy contra el despotismo del gobierno, quisieran contar con ellos como la mejor garantía de su nueva organizacion social, y el testimonio irrefragable de la justicia de su causa!

¡No han combatido ellos en la Península por su independencia nacional por el sostenimiento de [illegible] principios que los hijos de Cuba proclamamos, y que [illegible] para el hombre [illegible] chazarlos, sin hacer [illegible] á la naturaleza y á la luz de la razon que se los ha [illegible]!

No, no es posible que se obcequen hasta el punto de preferir su propia [illegible] de sangre [illegible] hermanos, al triunfo de la [illegible] abandonos que llevan por fin la felicidad de ellos mismos, y la aseguracion de sus derechos y propiedades.

Los peninsulares que honran y enriquecen nuestro suelo, y que por los títulos del trabajo tienen tanto derecho á su conservacion como nosotros, saben muy bien que los hijos de Cuba los aman personalmente, que no han desconocido nunca los intereses y necesidades recíprocas que los unen, y que jamás los han hecho responsables de la perversidad de unos pocos, ni de las iniquidades de un gobierno, cuya infernal política ha sido la única [illegible] en desunirlos para dividir y vencer, segun la máxima conocida de los tiranos.

Nosotros que procedemos de buena fé, y con la [illegible] ambicion de que el mundo entero aplauda la justicia de nuestros actos, nosotros, no podemos [illegible] hermanos, ni á la usurpacion de los bienes que les pertenecen; lejos de merecer esa vil calumnia con que desde luego procurará el gobierno [illegible], no dudamos jurar ante la faz de Dios y de los hombres, que [illegible] confiarse á los sentimientos, ni á la gloria y ventura de nuestra patria que la cooperacion de los peninsulares en la santa obra de libertarla. Unidos [illegible], podríamos realizar esa idea de independencia absoluta, que [illegible] á nuestro ánimo, [illegible] presentan por esa [illegible], ni podremos [illegible] de la seguridad de sus personas y sus intereses ni al aventurarlo todo por el principal objeto de la libertad de Cuba, podemos renunciar á medio ninguno de alcanzarla.

Pero si tantos motivos tenemos para esperar que los peninsulares que en nada dependen del gobierno y que tan ligados se hallan á la suerte de Cuba, permanezcan neutrales por lo menos, no se crea que dejamos [illegible] igual conducta del ejército, cuyos individuos sin vínculos ni afecciones no reconocen mas ley ni consideraciones, que la voluntad del que los manda. Nosotros compadecemos la suerte de esos infelices, sujetos á una tiranía tan dura como la nuestra, y que arrancados en la flor de la juventud de sus hogares, se les ha traido á Cuba para oprimirnos, bajo la condicion de que renuncien á la dignidad de hombres y á todos los goces y esperanzas de la vida. Si ellos, comprendiendo la diferencia que hai de un ciudadano libre y feliz á un soldado dependiente y mercenario, quieren aceptar los bienes de la libertad y la fortuna con que les brindamos, nosotros los admitimos en nuestras filas como hermanos. Pero si desoyendo la voz de la razon y sus intereses, se dejan imbuir por las insidiosas palabras de sus tiranos, y creen de su deber presentársenos en el campo de batalla como enemigos, nosotros aceptaremos el combate sin encono ni temor y siempre dispuestos en el punto que depongan las armas á recibirlos en nuestros brazos.

El usar el lenguaje de la moderacion y la justicia, el buscar los medios de paz y conciliacion, el invocar los sentimientos de union y fraternidad es propio de un pueblo culto y cristiano que apela por necesidad al violento recurso de las armas, no para atentar contra el órden social y la vida de sus semejantes, sino para recobrar la condicion y los derechos de hombres que un poder injusto y tiránico les ha usurpado. Pero que la espresion de nuestros votos y deseos no aliente á los contrarios con la idea de que desconocemos nuestros recursos, o desconfiamos de nuestras fuerzas. Todos los elementos reunidos de que pueden disponer los peninsulares en Cuba contra nosotros lograrían prolongar mas la lucha, y hacerla mas desastrosa, pero el éxito á nuestro favor no sería por eso menos cierto y decisivo.

En las filas de la independencia debemos contar á todos los hijos libres de Cuba cualesquiera que sean los matices de su raza, [illegible] de la América del Sur que habitan este suelo, y que ya han experimentado la fuerza y el comportamiento de los tiranos: á los fuertes isleños de las Canarias, que aman á Cuba como su patria, y que han tenido á un Hernandez y un Montes de Oca, que han sellado con la prueba del martirio, la heróica decision de los suyos por nuestra causa.

Las filas de los peninsulares se verian incesantemente mermadas por la desercion, por los rigores del clima, por la muerte que brotaría bajo mil formas de todas partes. Faltos de recursos para costear y mantener su ejército, atenidos á los reemplazos de España para cubrir sus bajas, sin un palmo de tierra amiga donde asentar la planta, ni un individuo seguro de quien fiarse, la guerra en el campo sería exterminadora para ellos, y si se encierran en las guarridas de sus fortalezas, pronto se las harian abandonar el hambre y la necesidad, si no eran arrojados por la fuerza de las armas. El ejemplo de todo el continente de la América, en circunstancias mas favorables para ellos, cuando contaban con el arsenal de Cuba, con los auxilios de sus cajas y con las ayudas de aquellos mismos naturales, debe servirles de leccion para no empeñar una lucha [illegible] y fratricida que no podría dejar de tener los mismos ó peores resultados.

Nosotros, ademas de nuestros propios recursos, tenemos en los vecinos estados de la Union, y en todas las repúblicas de la América, los campamentos de nuestras tropas, los depósitos de nuestros víveres, los arsenales de nuestras armas. Todos los hijos de este inmenso mundo, en cuyo seno se abriga la isla de Cuba, y que han tenido como nosotros que sacudir por la fuerza el yugo de la tiranía, aplaudirán nuestra revolucion llenos de entusiasmo, volarán á centenares á ponerse bajo la bandera de la libertad en nuestras filas, y sus brazos valientes y aguerridos, nos ayudarán á despedazar de una vez y para siempre el último padron de ignominia que aun afrenta al libre é independiente suelo Americano.

Si hasta ahora hemos esperado con paciencia y resignacion que la justicia ó su propio interés apiadasen el ánimo de nuestros tiranos, si hemos confiado en las tentativas anteriores para conducir la Metrópoli á una negociacion que evitara los desastres de la guerra, ya estamos decididos á probar con los hechos, que la inaccion y el sufrimiento no han sido obra de nuestra impotencia y cobardía. Desengáñese el gobierno del poder de sus bayonetas, y de la eficacia de todos los medios que ha inventado para oprimirnos y espiarnos. A la faz de sus mismas autoridades, á la vista de los esbirros que nos cercan, el dia que nos hemos resuelto á recobrar nuestros derechos, y á romper por la fuerza nuestras cadenas, nada nos ha impedido reunirnos, combinar el plan de nuestra revolucion y alzar el grito de libertad é independencia desde la punta de Maisí al cabo de San Antonio.

Nosotros pues, como representantes provisionales del pueblo de Cuba, y en uso de los derechos que Dios y la naturaleza han concedido á todo hombre libre para proporcionarse su bienestar y constituirse bajo la forma de gobierno que le convenga, declaramos solemnemente, tomando á Dios por testigo de los fines que nos proponemos, é invocando el favor de los pueblos de América que nos han precedido con su ejemplo, que la isla de Cuba es, y debe ser independiente de España por las leyes y la naturaleza, y que desde luego los habitantes de Cuba se hallan libres de toda obediencia y sujecion al gobierno Español y á los individuos que lo componen, debiendo solo sujetarse á la autoridad y direccion de los que á reserva del voto jeneral del pais están encargados ó se encarguen provisionalmente del mando y gobierno de cada localidad y de los cuerpos militantes.

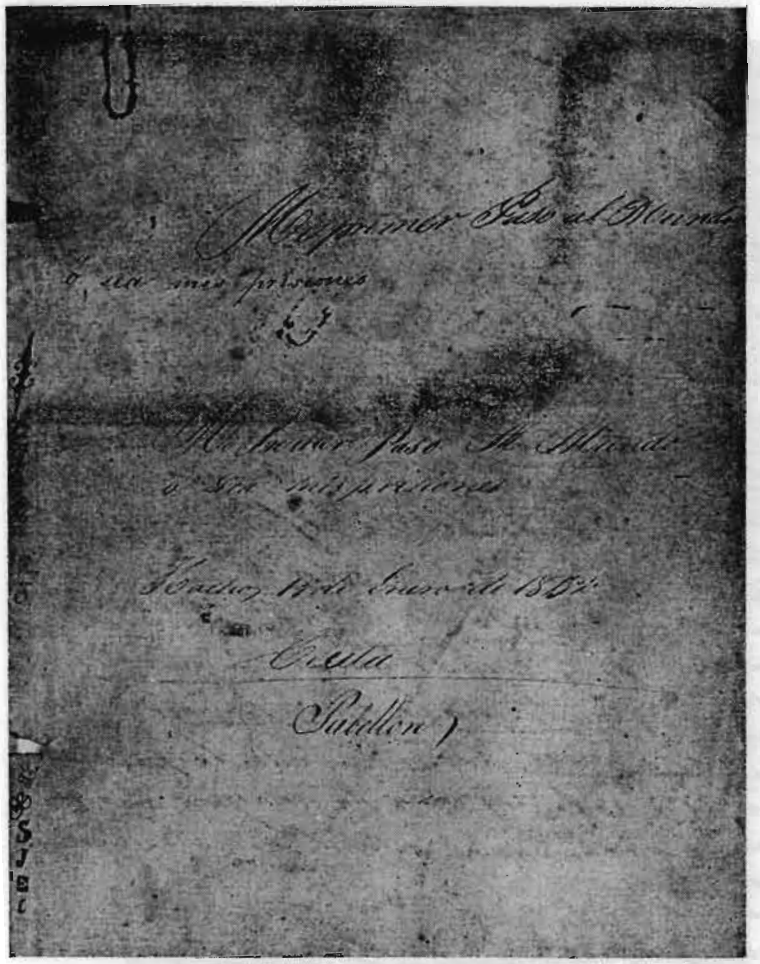
En virtud de esta declaracion, quedan autorizados los hijos libres de Cuba, y los demas habitantes de ella que se adhieran á su causa á tomar las armas, á reunirse en cuerpos, á nombrar jefes y juntas de gobierno que los organicen y dirijan, y que se pongan en relacion con las otras juntas constituidas para la proclamacion de la independencia de Cuba, y que han dado la iniciativa de este movimiento.

Colocados en la actitud imponente de hacerse respetar preferirán nuestros compatriotas todos los medios de persuasion á los de la fuerza: protejerán las personas de los neutrales cualquiera que sea su procedencia: acojerán en sus filas á los peninsulares como hermanos y respetarán las propiedades, sosteniendo á todo trance aquella que constituye la base principal de la riqueza de Cuba, y en cuya conservacion y subordinacion estamos todos los hombres libres [illegible] interesados.

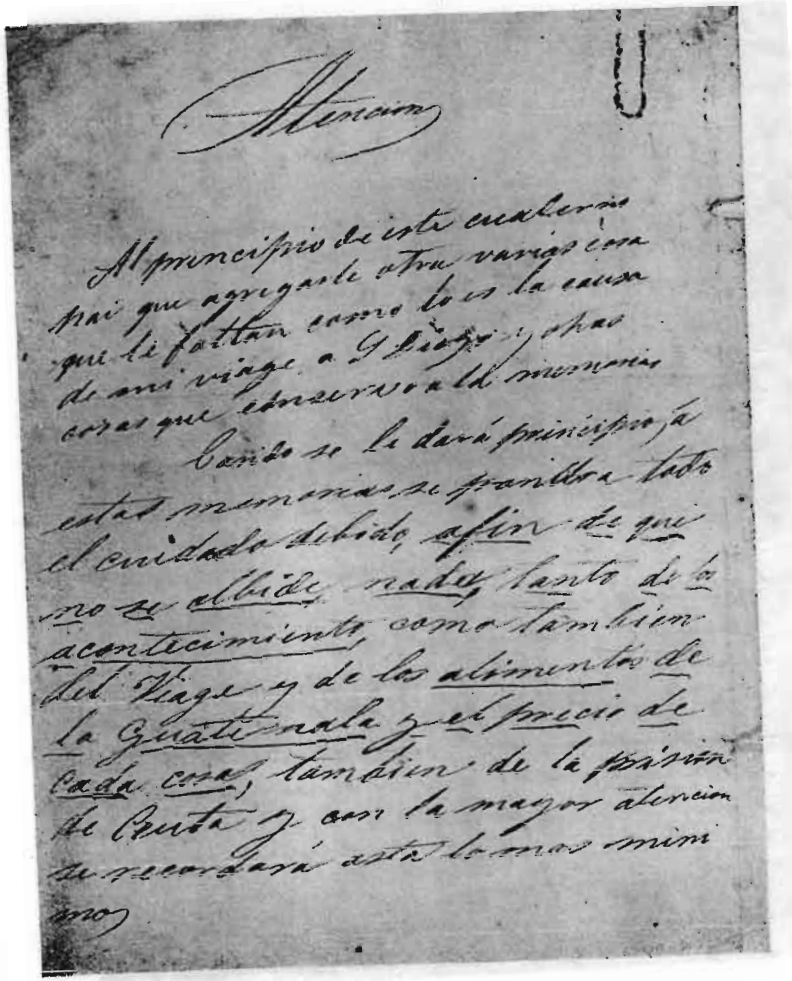
Si apesar de nuestros propósitos y fraternales intenciones, el gobierno español encuentra partidarios que se obstinen en sostenerlo, y tenemos que deber nuestra libertad únicamente á la fuerza de las armas [illegible] protestamos á las repúblicas de la América que nos contemplan, que el haber sido los últimos á seguir su ejemplo no nos hace indignos de ellas ni incapaces de merecer la libertad y alcanzar nuestra independencia.

Puerto Príncipe Julio de 1851

IMPRENTA CUBANA



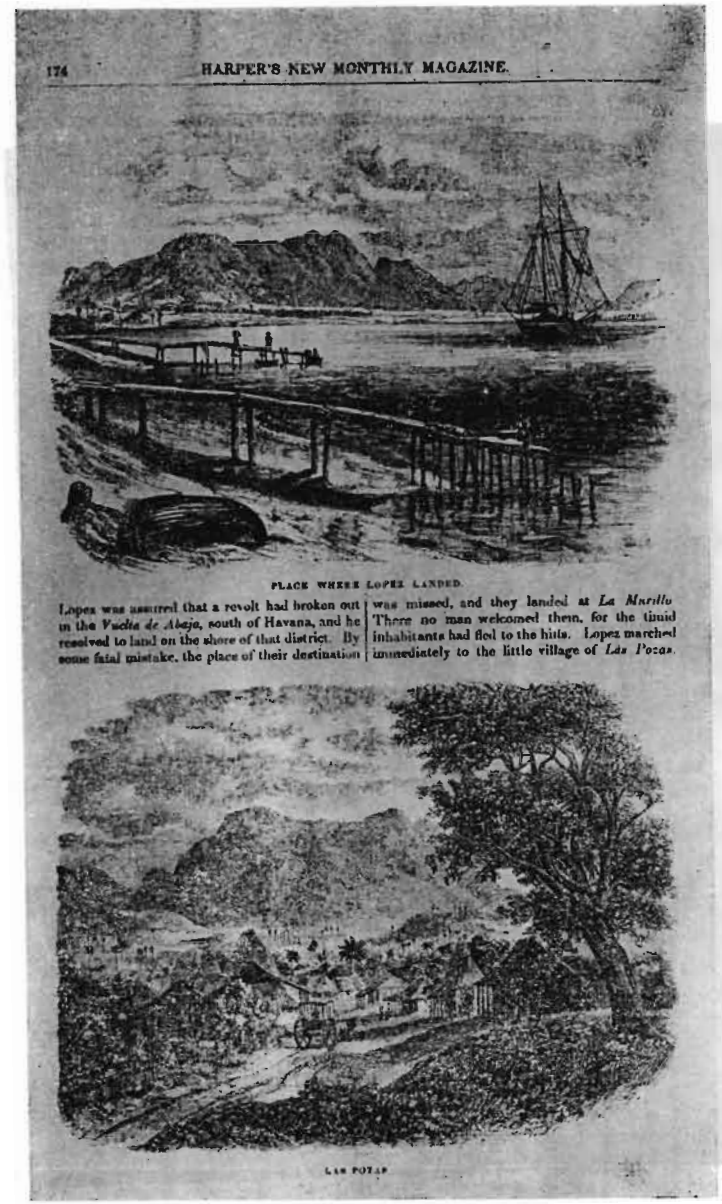
Páginas del diario manuscrito de Julio Esteban Chassagne, el patriota que se incorporó a los expedicionarios de Narciso López en la Vuelta Abajo, en 1851, y que fué a cumplir condena en el presidio de Ceuta, en Africa. (4 pp.)



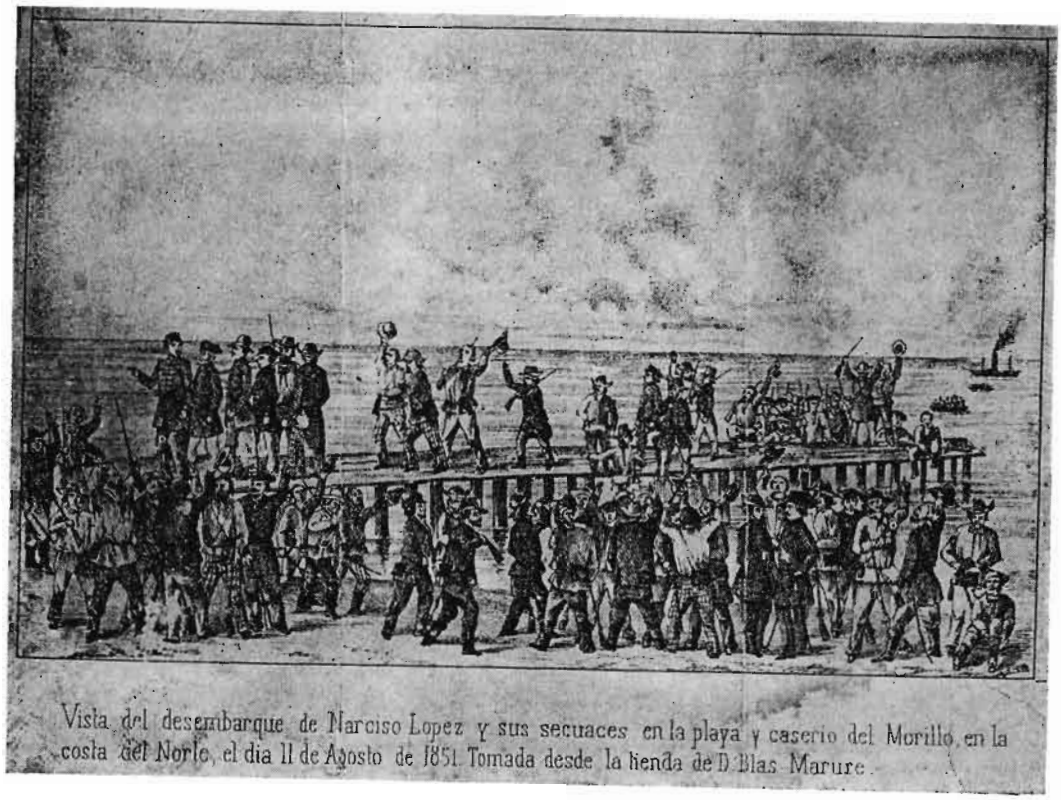
dad de Dn Chanito Loza y asendado por Dn
Marcos Lopez, fuimos a dormir á una milla de
las fabricas de la Hacienda
El dia 19 por la madrugada emprendimos
el camino del rosario con direccion del
Pueblo de Sn Cristobal y isimos noche
en el camino Real junto al Sitio de Her
rera abiendo recibido un mas aguacero
El dia 20 por la madrugada emprendimos el ca
mino regresando elo q. el dia anterior se abia
andado y fuimos al Cafetal de la ban
delaria de la propiedad de D Belen Marti
cirena en donde permanecimos hasta el
siguiente dia
El dia 21 como á las ocho de la mañana
fuimos sorprendido por las tropa y tu
bimos q. abandonar el sitio por falta
de municiones abiendo dejado en di
cho lugar varios muertos y diez y seis
herido del enemigo, habiendonos espar
cido por los campos y por el monte como
a las diez del dia y desde ese dia quedamos
dispersos y tomando rumbo por Sn Cristobal
nos mostro desgracia fue tal q. á los pocos mo
mentos se declaro un horroroso temporal tan
recio q. ni aun pudimos encender candela
porq. las lluvias eran tan continuas q. no

nos permitia encender la candela y formar
do una especie de choza con las ramas de
los arboles para guarecernos en algo de las
lluvias y estabamos casi helado y muerto
de frio y sin aber tomado ninguna clase
de alimento
El dia 22. permanecimos en el mismo sitio.
El dia 23 seguia las lluvias y a las cuatro
de la tarde, se le pidio permiso al Gral para
q. nos permitiese matar su caballo pues
la debilidad no nos permitia seguir las jor
nada q. teniamos q. andar
El dia 24 como a las dos y media de
la tarde salimos al camino del Rosario
de donde pude separarme con Urbia
y Falcon y asiendo noche en el mismo
camino como a media milla de donde
abia dejado a los demas compañeros los
cuales fueron esparramado en el mo
mento pues con las fuersa de las
aguas se habian mojado todas las
armas y estaban en tal disposicion
q. no daban fuego y las municio
nes se abian mojado y estaban en
un estado fatal por causa del mal
tiempo q. no cesó desde el dia 21 hasta el
dia 24 por la tarde.. . . .

Facsimil de otra proclama de 1851, impresa, rarísima, sin el nombre de Narciso López, que figuraba entre los papeles de Cirilo Villaverde y muestra una curiosa confusión entre la independencia y la anexión.



El lugar de desembarco de la Expedición de la Vuelta Abajo en las Playitas del Morrillo, y la Calle Real de Las Pozas, como estaban en tiempos de Narciso López, según dibujos hechos entonces por el artista alemán Hoefler y publicados por *Harper's Weekly* poco después.



El desembarco de la expedición en las Playitas del Morrillo, el 12 de agosto de 1851, según la reconstrucción hecha contemporáneamente por el agrimensor Mariano Carlés.

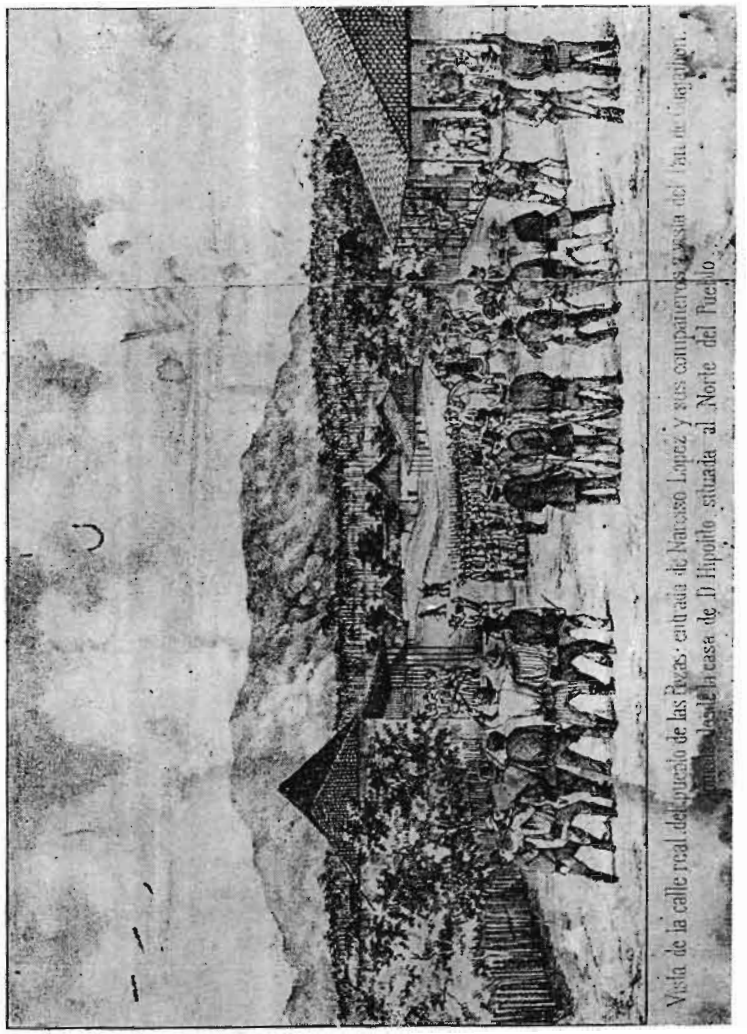
La evacuación de Las Pozas por sus vecinos, el 12 de agosto de 1851, al aproximarse los expedicionarios del general Narciso López, según la reconstrucción hecha por Mariano Carlés.

Vista del ataque de las Pozas, tomada desde la orilla del izquierda del camino Real de la parte de adentro de la cerca de palo, N E del Pueblo

En este dibujo, hecho sobre el terreno, Mariano Carlés recogió los detalles del infructuoso ataque de los españoles a Las Pozas, el 13 de agosto de 1851. Hay varios soldados que yacen en tierra y a la derecha se ve a un oficial de las tropas coloniales, herido, que es retirado del campo de batalla.

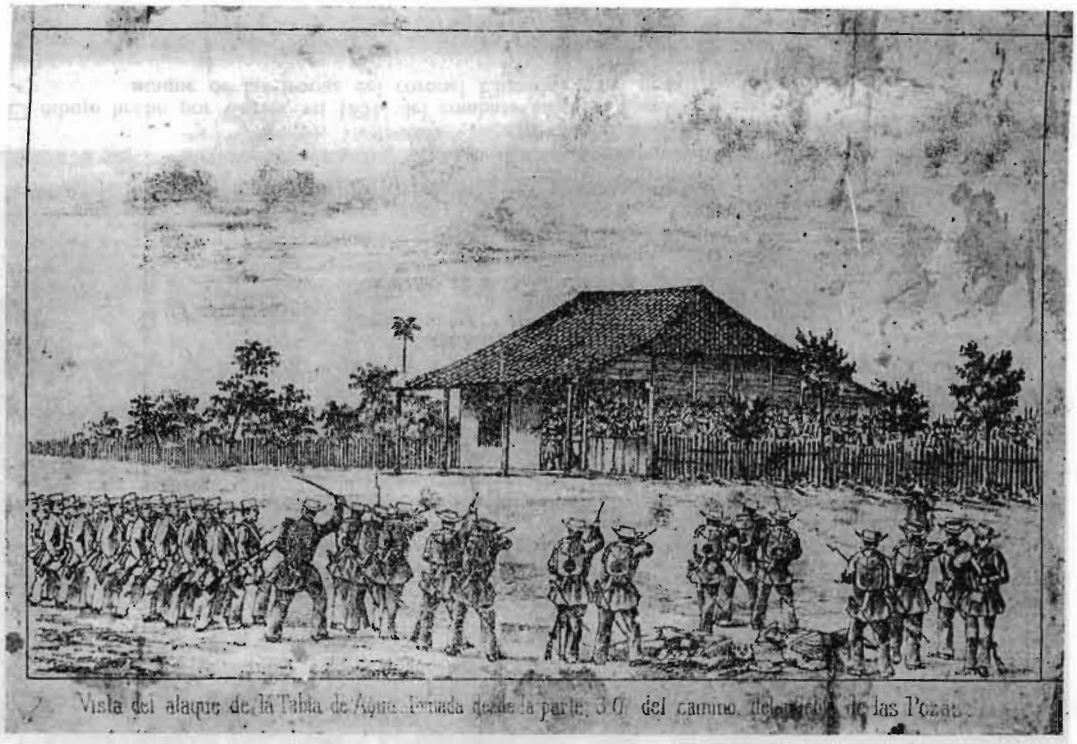
Vista de la accion de Frias, al tiempo de cortar el General Enna á los invasores con la columna de su mando, y momento en que fue herido.

La recosntrucción hecha por Mariano Carlés, en 1851, sobre el terreno, del ataque que le costó la vida al general Enna.

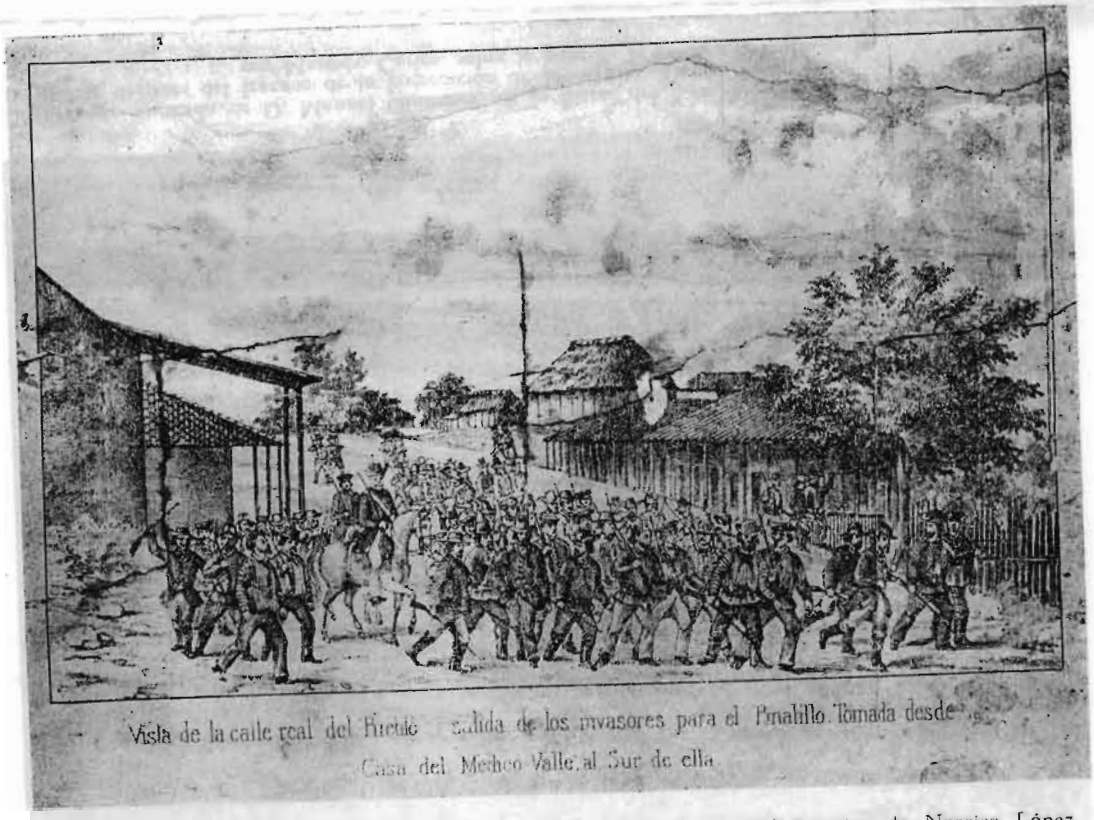


La Calle Real de Las Pozas, el 12 de agosto de 1851, a la llegada de los expedicionarios de Narciso López, según el dibujo en aquellos días hecho por Mariano Carlés.

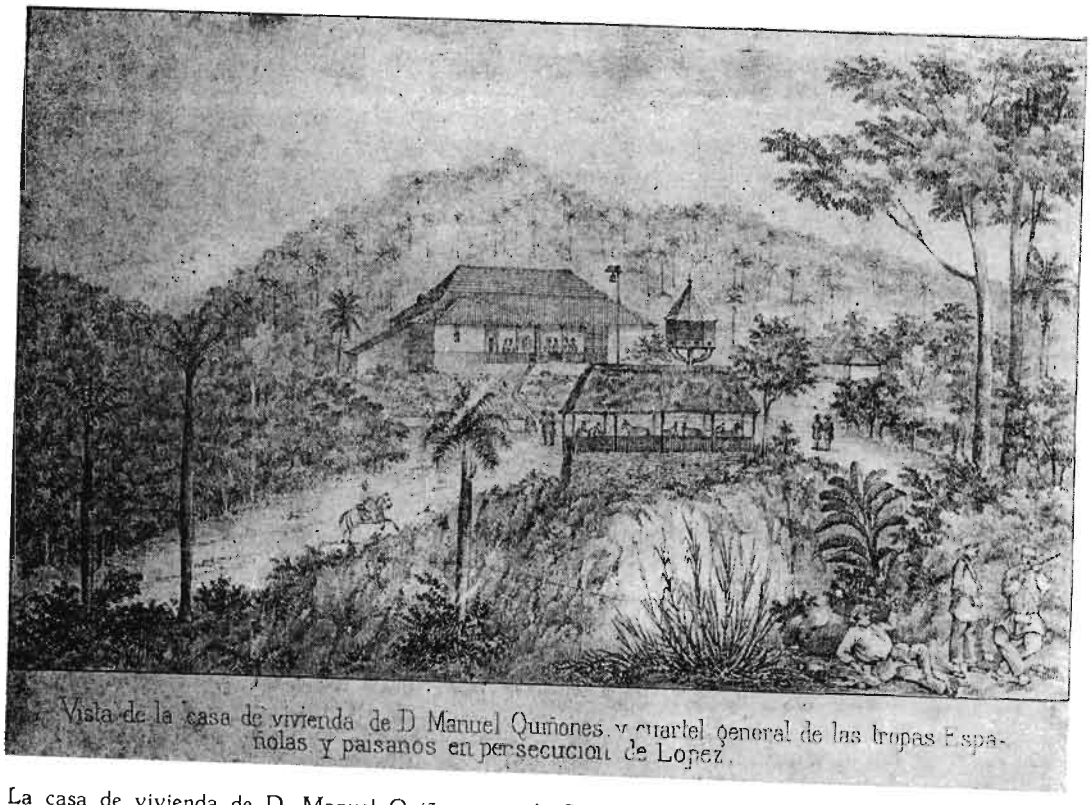
El plano de la batalla de Las Pozas, librada el 13 de agosto de 1851 y que fué una derrota para las tropas españolas, según la reconstrucción hecha pocos días después, sobre el terreno, por el agrimensor Mariano Carlés.



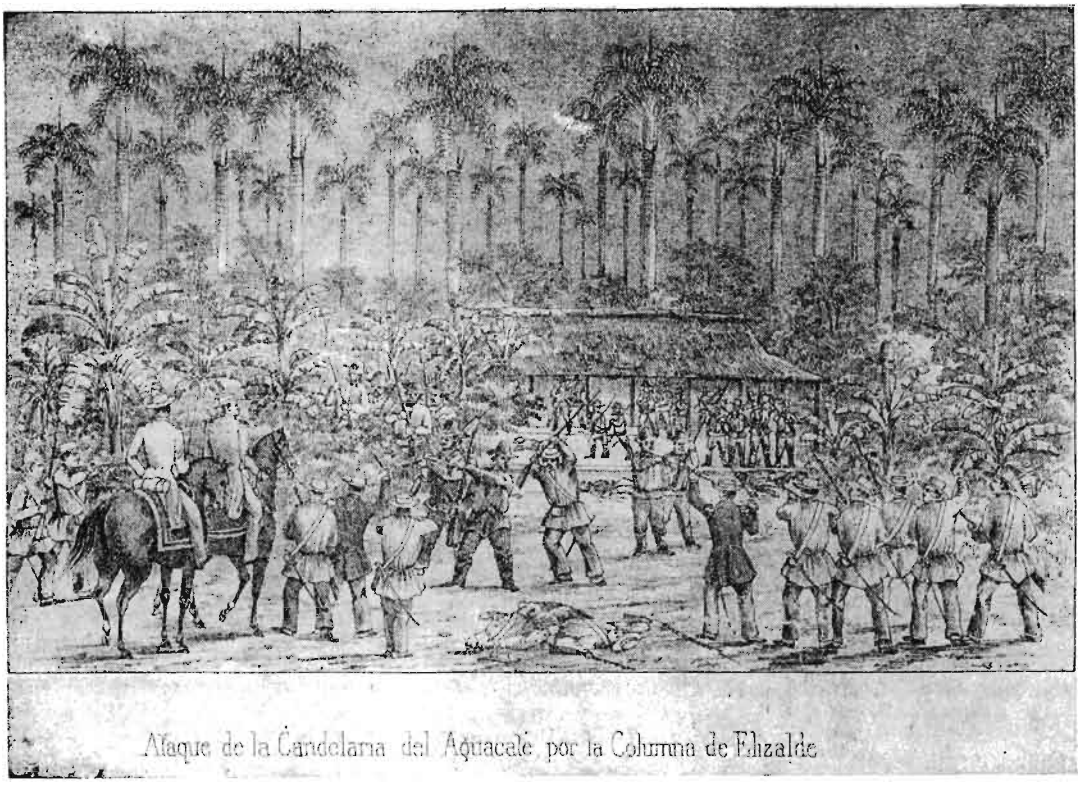
El ataque a las fuerzas del coronel Crittenden, parapetadas en la tienda de la Tabla de Agua, el 12 de agosto de 1851 por la columna del teniente coronel Villaoz.



Mariano Carlés reprodujo así la evacuación de Las Pozas por los expedicionarios de Narciso López, camino de las montañas, pocos días después de que tuvo lugar y sobre el terreno.

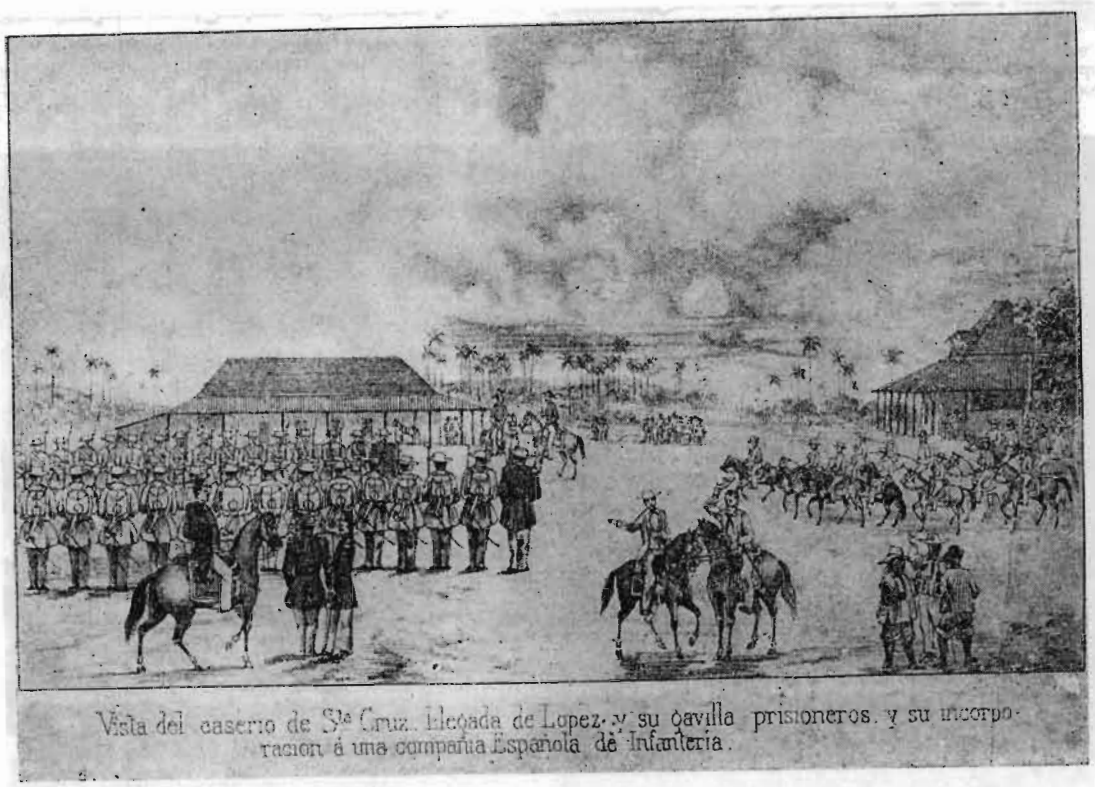


La casa de vivienda de D. Manuel Quiñones, en la Sierra del Aguacate, donde Narciso López pensó refugiarse después del fracaso de la Expedición de la Vuelta Abajo, según el dibujo hecho en 1851 por Mariano Carlés, sobre la base de la cámara obscura.

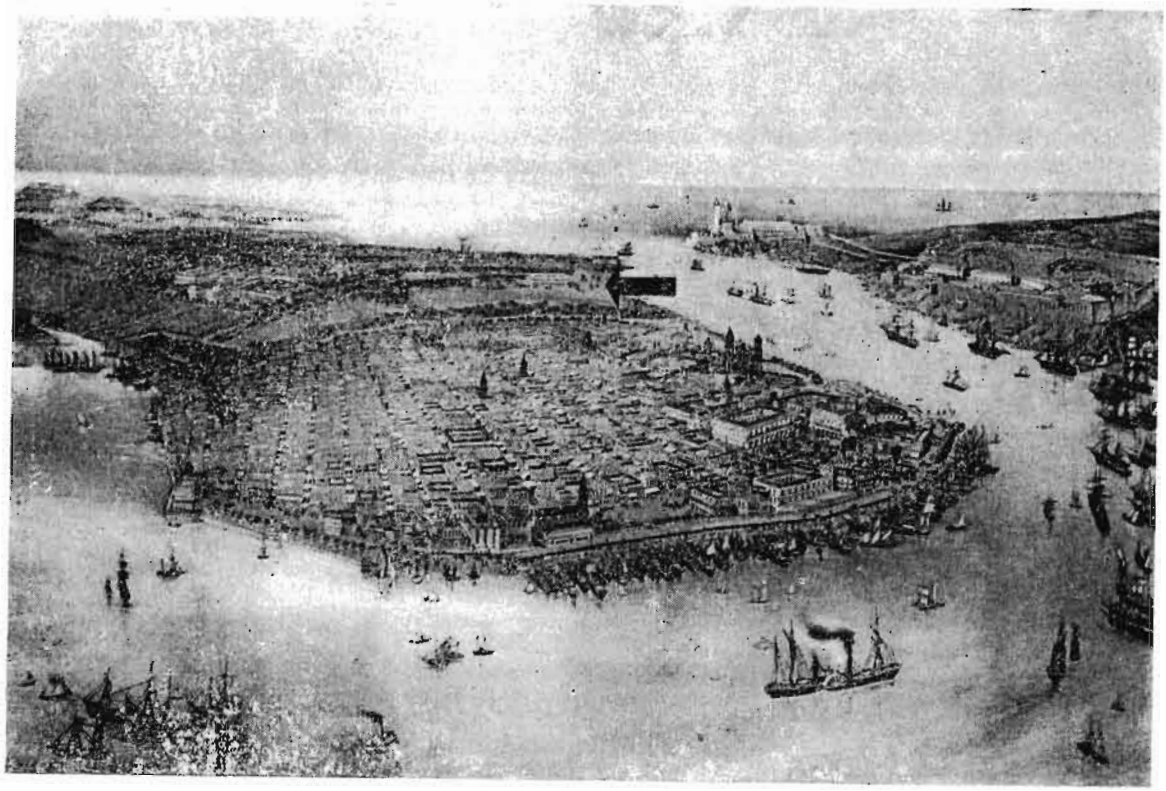


El dibujo hecho por Carlés, en 1851, del combate ante la Candelaria del Aguacate, al producirse el ataque de las tropas del coronel Elizalde, quien quedó herido en esa acción.

Pocos dias después de la captura y ejecución del general Narciso López el agrimensor Mariano Carlés reconstruyó así la escena en que el traidor Castañeda, y sus compañeros acuden a la cita concertada con López y sus fieles amigos, quienes les ven venir sin disponerse a la lucha.



La llegada de López y sus compañeros, amarrados, a Santa Cruz de los Pinos, según el dibujo hecho en aquellos mismos dias por Mariano Carlés.



La Habana en 1851, según el dibujo de J. Bochman, grabado por A. Guerber Co., Nueva York. Colección de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana. La marca (1) corresponde a la explanada de Atarés, donde fueron fusilados Crittenden y sus compañeros. La marca (2) a la explanada de la Punta, por donde pasa la Avenida del Malecón interior. Allí tuvo lugar el suplicio del general Narciso López.

La ejecución del general Narciso López, el 1º de septiembre de 1851. A su lado está el P. Polo, sacerdote cubano. El edificio que se ve al fondo es el de la antigua Cárcel de La Habana, ya derruida y que estuvo situada donde hoy está el Parque de los Mártires. Frente al cadalso estaba el Castillo de San Salvador de La Punta, por lo que puede precisarse que el lugar de la ejecución fué en el límite de la actual Avenida del Malecón interior. Esta copia ha sido tomada del grabado que perteneció al Ldo. Francisco de P. Coronado.